MEMORIAS BIOGRAFICAS DE SAN JUAN BOSCO

XVII

CENTRAL CATEQUISTICA SALESIANA / MADRID

Memorias Biográficas

de

San Juan Bosco

XVII

Traducción del italiano por
BASILIO BUSTILLO

Central Catequística Salesiana C.C.S.
ISBN: 84-7045-490-X
ISBN: 84-7043-513-2 (O.C.)
Depósito legal: M. 26.879-1988
Imprime: Instituto Politécnico Salesianos Atocha
Encuadernación: Ruisán
Papel: Offset Duna de Torras Hostench

MEMORIAS BIOGRAFICAS

DE SAN

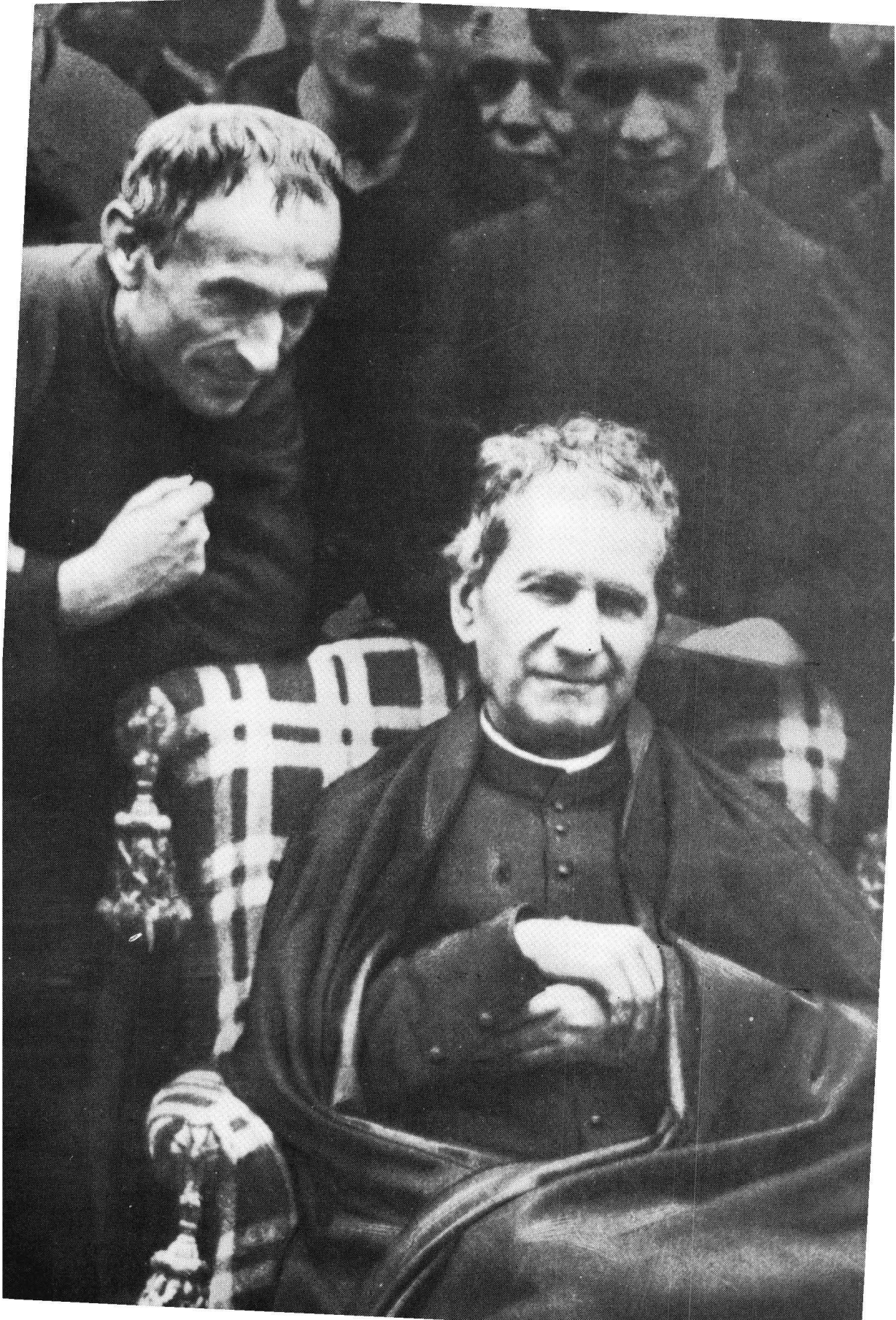
JUAN BOSCO

EUGENIO CERIA

1884 - 1885

VOLUMEN DECIMOSEPTIMO

CENTRAL CATEQUISTICA SALESIANA
Alcalá, 164 - 28028 Madrid
1988



El Beato MIGUEL RUA,
de pie, detrás de san Juan Bosco.
(Detalle del grupo fotográfico: Barcelona, 1886).

PRESENTACION

A punto de ponerme a escribir esta presentación del XVII volumen de las MEMORIAS BIOGRAFICAS DE SAN JUAN BOSCO, *llegaba a mis manos un* regalo *encantador.*

Encantador por su dedicatoria, que escribe de su puño y letra, con tinta de su gran corazón de padre bueno y generoso, don Egidio Viganó. Encantador por su tema: DON BOSCO NELLA FOTOGRAFIA DELL'800 [1], *con cuarenta y una fotografías de la imagen del «héroe» de nuestras* Memorias. *Es un gran libro, un tesoro bibliográfico para el más exigente bibliófilo.*

No es un rico álbum, no; es una historia interesantísima, ordenada, documentada y magistral sobre la imagen fotográfica de don Bosco.

Naturalmente hay fotos reales y las hay retocadas. No en vano suele buscar un fotógrafo la imagen real «embellecida». Y ya se sabe que los más competentes retocadores quieren ser intérpretes de una realidad y, a la par, eliminar defectos y acentuar ciertos rasgos.

En este tesoro de libro son pocas las fotos retocadas y tienen todas una discreta veracidad, en expresión de quienes le conocieron personalmente.

Pero eso, sí: todo él es un estudio de su imagen física, pretendiendo mostrar, a su través, la personalidad de don Bosco.

Naturalmente el campo de nuestras Memorias *es más amplio que el de* Don Bosco nella fotografia, *que estudia la simple fotografía, aunque, a veces, esté muy retocada y ambientada.*

Las Memorias Biográficas *reproducen mejor y más fácilmente su personalidad, con sus rasgos físicos y psicológicos.*

Y así, en el presente volumen vas a ver, lector, cómo en los años 1884 y 1885 se queja continuamente de ser ya cecuciente (su ojo derecho estaba sin luz hacía años y «con el izquierdo veía poco, poco, poco...»). Le quedaba, sin

---

[1] G. SOLDÀ.—Don Bosco nella fotografia dell'800-*Società Editrice Internazionale-Turín.*

embargo, una mirada —así cuentan los que le conocieron y se sintieron mirados— penetrante como un rayo de sol, a través de sus dos ojitos, ¿negros o castaños?

Caminaba ya tan encorvado que parecía no alcanzar los ciento sesenta y tres centímetros de estatura que señala su pasaporte: el peso de los años y los achaques le hacían parecer más viejo.

Veremos sus manos grandes, huesudas y fuertes marcando los sesenta grados en el dinamómetro del doctor Albertotti, aun cuando ya esté hecho un «gabinete patológico ambulante», en expresión del mismo médico.

Y observaremos su cabello siempre negro, ensortijado, largo y descuidado. Llamará nuestra atención la «atrevida devoción» de la señora Olive que se lo recorta, mientras él habla con su marido y se resigna, callado y paciente, a las tijeras furtivas de la señora: él es capaz de todo por amor de Dios.

En el crepúsculo velazqueño del singular atardecer bosquiano, se va arrugando su frente, se espesan sus cejas, se acentúan sus grandes orejas, y sonríe todavía su boca grande en aquel rostro de cura de aldea, lleno de encanto espiritual, envuelto en un halo de hombre de Dios, que se transfunde a los demás.

¿Que exagero? Lo recalcan así cuantos le conocieron.

Cuando leas sus palabras y sus hechos podrás componer tú mismo su mejor fotografía psicológica, porque, igual que los suyos, igual que yo, también tú serás prisionero del «ladrón de corazones», como le llaman los suyos en el capítulo XVII, en una porfía de amor el día de su santo. Había recibido el don de hacerse querer.

El lo sabía y se reía: quizá por eso un día posó para un pintor aficionado y le dijo: —Esmérese por hacerme guapo, porque si no, nadie querrá ser amigo mío.

Así vamos a verle, siempre él («ladrón y amigo nuestro»), por cuanto es dado presentarlo a un biógrafo: dulce, sereno, fuerte en una ancianidad cansada, llena de preocupaciones y sufrimientos físicos, en todos los lugares y circunstancias, con toda suerte de personas y ambientes.

Siempre sacerdote, siempre místico; siempre educador y fundador; siempre carismático y sobresaliendo a veces el hombre y a veces el santo.

Siempre como un cuerpo poliédrico, en cuyas caras brillan su obra, su espíritu, sus ideas espirituales, económicas, sociales, políticas, para poderlo estudiar y analizar en los distintos aspectos de la historia que vive.

Siempre veremos su persona, sin las luces y los disfraces de un filme, dentro de la esfera de los hombres que le rodean.

Realmente él: en su ambiente, en su tiempo, con su familia en pleno desarrollo, con su humanidad. Siempre el PERSONAJE de la obra y no como el mensaje de su autor, aunque en ocasiones «retoque» éste su figura: con su estructura sacerdotal, a todos los niveles, dentro de la sociedad en la que vive y de acuerdo con su ideología. Pero muy cansado físicamente y

reclamando la necesidad de don Miguel Rúa, liberado de otros cuidados, a su lado, para que sea su Vicario, su alter ego, *y lo consigue: la Santa Sede lo nombra, don Bosco queda tranquilo y lo celebra toda la Comunidad. Si ha elegido a Carlos Viglietti para que sea «cayado de su cuerpo viejo», a Miguel Rúa lo ha querido para que constituyera la «supervivencia segura de su Congregación y de su espíritu».*

Siguen las MEMORIAS *su plan cronológico. Pero sobresalen algunos temas: su* salud *quebrantada «como un traje viejo y gastado», en frase del famoso doctor Combal; su imperiosa* necesidad de dinero, *que sabe encontrar en la generosidad del conde Colle; su constancia por* afirmar *la* Congregación *hasta conseguir los privilegios. Es éste un momento que retrata su espíritu indomable y su voluntad inquebrantable frente a toda adversidad para seguir la voluntad de Dios. Tanto le costó esta concesión que le hizo pronunciar el* Nunc dimittis *de satisfacción, con aquella frase dolorida, que encerraba las dificultades sufridas, que no lograban superar sus valedores, ni el «correcto y sencillo latín» de sus escritos: «Si hubiera sabido que costaba tantos dolores fundar una sociedad... tal vez no habría tenido ánimos...».*

Sumóse el firmamento a su satisfacción con cuatro espantosos truenos, que resonaron sobre el Oratorio el día de la comunicación de estos privilegios, que «quiso» concederle León XIII, contra los más altos opositores (cap. IV).

Hay páginas que quedan grabadas en la memoria, como son las que se refieren al templo del Sagrado Corazón de Jesús en Roma; fechas inolvidables como la del siete de diciembre de 1884 con don Juan Cagliero consagrado Obispo; sueños, como el de Roma, tesoro pedagógico, casi tesis doctoral para su sistema educativo, con el principio de una pedagogía del amor y la familiaridad; y descripciones como la del sueño misionero en el que viaja por los aires, a tiempo de que los hermanos Renard acaban de inventar el primer dirigible.

Y es, sobre todo, un volumen que no olvida el lector español, porque ve a los Salesianos actuando en Barcelona, en el momento de su plena transformación económica y social.

Aparece allí la gran dama doña Dorotea de Chopitea, que funda los Talleres de Sarriá. Don Juan Branda, su director, acoge al huerfanito raterillo que vive por la playa, para convertirle en hábil sastre; da vida y alegría al pobre muchacho, atado de pies y manos bajo los tablones de una obra...

Y en Madrid, una Comisión quiere atender a la juventud abandonada y organiza la fundación del Reformatorio de Santa Rita *en Carabanchel. Son los tiempos de Cánovas y Sagasta, bajo el rey Alfonso XII, que también se interesa por la obra; el Nuncio Rampolla escribe; Silvela y Lastres visitan Turín, van a Sarriá, hablan, se hacen ilusiones...*

Pero la calidad disciplinaria del instituto no permitió que se aceptara. Era una dificultad insalvable para el sistema y espíritu educador del Santo, que no todos llegaban a conocer y entender, tan bien como lo entendía y presenta-

ba el escritor francés Du Boys, cuya biografía sobre don Bosco difunde el Santo, como lo mejor que de él se ha escrito.

Este volumen, como ves, tiene veintitrés capítulos más el prólogo y un apéndice de documentos.

Aunque don Bosco «parece un viejo de cien años», no tiene más que sesenta y nueve. Se preocupan por su salud: el Papa, —«Le quiero, le quiero, le quiero»— (Cap. III); el Arzobispo, el médico y sobre todo sus hijos.

Pero él «que va a donde le llevan», que se somete a todos («Haced lo que queráis»), todavía viaja, habla, busca dinero, que tanta falta le hace, y sueña en futuras empresas apostólicas y con el crecimiento de sus obras... Quiere «estar siempre en brazos de la Providencia» y León XIII le ha dicho: «Dios está con usted» (pág. 94).

Sin embargo, el pensamiento de su próximo fin le domina... Hace testamento antes de salir de viaje... Escribirá también (cap. X) una especie de testamento espiritual con toda suerte de detalles para después de su muerte... Entregará a Cagliero, como recuerdo, una cajita con el anillo de su padre.

Y seguirá haciendo obras prodigiosas y repartiendo normas prácticas para sus Congregaciones...

Lo mismo cura los ojos a un niño deshauciado en Niza que restaña la olla de la sopa agujereada en la finca de los Olive, en Marsella, e igual que traspasa un dolor de cabeza o de muelas. Dice que «hay que tener fe, para obtener las gracias» y que «él no ha curado a nadie: ha sido María Auxiliadora».

Las gentes le quieren sin medida, y le dan limosnas. («¿Era posible conocer a aquel hombre y no quererle?, dijo un día Margotti, el director de Civiltà Cattolica*).*

Agradecidos a sus bendiciones, se le llevan la pluma con que firma estampas (su secretario Viglietti dirá un día que ya le ha dado siete docenas de plumas), el bonete, retazos de sábanas, mantas y almohadas...

Hay tres personajes en el presente volumen que llaman poderosamente la atención.

Monseñor Cagliero sería el primero. Fue Cagliero el primer obispo de la Congregación y representa la eficacia educativa del método bosquiano. El día de difuntos del 1851, en Castelnuovo, pidióle a su madre que se lo «vendiera»; y ella se lo dio, diciéndole que se lo «regalaba», porque sólo se «vendían» los terneros...

A través de los anteriores volúmenes le hemos visto de niño, clérigo, sacerdote, músico y jefe de la Primera Expedición de misioneros salesianos. La misteriosa predicción de «uno de vosotros será obispo», se cumplió el año 1884. Su anciana madre le abrazaba y don Bosco besaba su anillo pastoral.

Otro es el príncipe Augusto Czartoryski, nieto de María Cristina de España, que sigue preocupado por su porvenir. Don Bosco le hace rezar y rezar para conocer la voluntad de Dios y le escribe cartas y más cartas; pero la prudencia no le permite hacer más y nunca le manifiesta explícitamente una solución para la indecisión del Príncipe.

El tercero sería el Duque de Norfolk, gran personaje de los católicos de Gran Bretaña, padre de un niño enfermo y ciego. Va al Oratorio de Turín con todo su séquito. Don Bosco le tributa una recepción real. Se oyen los acordes del himno inglés por la banda de música. Le dice misa aparte y, con veinte hostias en el copón, da la comunión hasta doscientas personas.

Dirá a la amiga de la Duquesa: «Rece por la madre y no por el hijo.»

Don Bosco le escribe por última vez el día 13 de enero de 1888 y le recuerda el templo del Sagrado Corazón de Jesús de Roma, como volverá a hacerlo en la visita del Duque a don Bosco, ya a punto de muerte, cuando estará media hora de rodillas en el suelo, ante su cama.

Otra idea importante de este tomo es la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús en Roma.

Puede muy bien decirse que fue su «pesadilla», desde 1881 hasta su muerte. ¡Cuántas cartas escribió! ¡Cuánto dinero tuvo que buscar! Organizó una rifa fantástica para la que reunió ocho mil trescientos premios, que presentó en una exposición en la que había tres secciones especiales: una para la cristalería (¡se hubiera dicho una exposición de Murano!); otra para la madera y la tercera para libros; en otras estaban los objetos preciosos, las cerámicas, porcelanas, bordados y pinturas...

Las obras le ocasionaron verdaderos disgustos por cuestiones de edificación y de contabilidad.

Por fortuna recibió muchos donativos y hasta la colaboración personal del Papa: León XIII quiso pagar la fachada, pues, como él mismo dijo, quería ser su primer Cooperador.

En el pergamino, encerrado en la piedra angular, extendió un gran elogio de los condes Colle que tanto le ayudaron, pero que no pudieron asistir a su colocación.

No pretendo hacer el índice de la obra: sólo quiero levantar el telón para que veas cómo don Bosco conserva en su ancianidad la veneranda compostura del rostro; para que leas sus palabras y admires los detalles de dominio de sí mismo ante el dolor, el calor, la curiosidad; para que sepas de sus carismas adivinatorios y curativos; para que le contemples pidiendo oraciones, entre lágrimas, «porque las necesita mucho» y «teme olvidar la salvación de su alma».

Y eso sí; antes de acabar, te invito, lector, a que leas aquel momento digno del pincel de un gran pintor (cap. XX).

Es la última vez que va a la Casa madre de sus hijas. Se han reunido en Nizza Monferrato más de doscientas Hijas de María Auxiliadora. Le suben

casi en volandas a la tarima desde donde les habla de la cruz, de hacer el bien y de las Reglas...

Y después, después, le llevan a un salón para saludar a las Capitulares. Hace, por así decir, ante ellas su profesión de viejo caduco y dice, con los ojos vidriados por las lágrimas clavados en el infinito y acçionando con los brazos:

—La Virgen os quiere mucho... y se encuentra entre vosotras...

No admite las correcciones explicativas de don Juan Bonetti. Y repite una y otra vez:

—No, no; quiero decir que la Virgen está aquí, precisamente aquí, en vuestra casa y que os mira y os protege...

—Aquí... aquí... entre vosotras y os cubre con su manto.

.....

Adelante. Pasad.

Es él. Vedle, lectores; trazad, según vuestro gusto y vuestros posibles, la fotografía real, histórica, psicológica, que os ha inspirado la lectura apasionada de la más completa biografía de un hombre santo.

Mas, si queréis darle gusto, no es menester que presentéis a su mesa los «tomates de su jardín», ni que leáis, con toda la gracia, el brindis de Gastini, que ocupa un rollo de papel de medio kilómetro... Sobran gestos, palabras y... hasta fotografías. Basta que le llaméis PADRE.

«Llamadme siempre PADRE y seré feliz.» Es su título más honroso: él mismo lo dice (cap. V).

BASILIO BUSTILLO
Madrid, 12 de junio de 1988

[5]

PROLOGO

La vida de san Juan Bosco durante este bienio abunda en acontecimientos. Dos viajes a Francia y uno a Roma, la obtención de los privilegios, la participación en la Exposición Nacional de Turín, la organización del Oratorio, el nombramiento del Vicario, la consagración del primer Obispo salesiano, la fundación de los Salesianos en París y en Barcelona, su entrada en Brasil y muchas otras y variadas cosas, que diríamos de la vida ordinaria, pero que, por venir de don Bosco y suceder bajo su impulso o según sus directrices, adquieren siempre un sello de peculiar importancia. Al mismo tiempo, se acentúa desgraciadamente la pérdida de su salud, que, si bien nunca estuvo libre de molestias, ahora va desmejorando hasta el extremo de que también su cuerpo se encorva exteriormente bajo el peso de las enfermedades.

De aquí en adelante su preocupación dominante es la de dar a sus propias obras una sólida estabilidad. Para ello asegura el gobierno de toda la Congregación, creando de acuerdo con la Santa Sede, un Vicario general en la persona de don Miguel Rúa, con derecho a sucesión después de su muerte; para ello, organiza definitivamente las misiones de América del Sur, obteniendo de Roma que sean confiadas a un Vicario y a un Prefecto Apostólico en las personas de don Juan Cagliero y de don José Fagnano; para ello, se preocupa de la reorganización de la Casa Madre, para que se mantenga constantemente como modelo de las demás; para ello, normaliza **[6]** *la marcha interna del noviciado y el procedimiento a seguir en las admisiones. La pía Unión de los Cooperadores aumenta en número y adquiere mayor fuerza de cohesión. En fin, trabaja para lograr que los Salesianos adquieran dentro de la Iglesia y ante la sociedad civil la consistencia de un cuerpo*

homogéneo, vigoroso y capaz de ulterior desarrollo cuando él deje de existir.

Mientras tanto, su fama de santidad va llenando el mundo. Las gracias obtenidas mediante sus oraciones, el cumplimiento de sus predicciones, las curaciones prodigiosas sucedidas con su presencia o al invocar desde lejos su bendición, confirman cada vez más la opinión general de que es un gran taumaturgo y un enviado del Cielo y, en consecuencia, acuden a él y le escriben desde los más remotos países de Europa y de América para implorar el favor de sus luces o el beneficio de sus oraciones. Y no es sólo la gente del pueblo la que se siente atraída de este modo hacia su persona; sino que se ve a altísimos dignatarios del clero y de la sociedad, italianos y extranjeros, que van a visitarlo al Oratorio o durante el curso de sus peregrinaciones para conocerlo, pedirle consejo, recibir su bendición. Y, todo ello, a pesar de que los periódicos sectarios lancen contra él venenosas insinuaciones y negras calumnias. El heroísmo de sus virtudes y la realidad de sus grandes obras no pueden quedar bajo el celemín, y se imponen de tal modo que cualquier manejo de sus adversarios acaba por caer en el vacío, como telum imbelle sine ictu *(como flecha impotente, lanzada sin impulso).*

El sapientísimo León XIII, a medida que iba conociendo al hombre de Dios, daba cada vez pruebas mayores del aprecio que sentía por él. Un día, rodeado de un grupo de Prelados, llevó la conversación hacia don Bosco y les preguntó qué pensaban de él. Los pareceres estaban divididos. Por fin, preguntó el Papa: —¿Puede un hombre hacer lo que hace don Bosco sólo con sus fuerzas naturales? Y después de enumerar sus obras concluyó: —No, no es posible. Se necesita, por consiguiente, algo sobrenatural que lo anime, y esto lo puede nada más que Dios o el espíritu de las tinieblas. Pero es fácil calcular el móvil, el verdadero móvil **[7]** *por los efectos.* Ex fructibus eorum cognoscetis eos [1] *(Por sus frutos los conoceréis).*

Continúan en 1885 los sueños misioneros. El panorama de las futuras misiones salesianas se perfila y se dilata hasta inconmensurables dimensiones ante la previsora mirada de don Bosco. En 1883, en el fulmíneo viaje desde Cartagena de Indias hasta Puntarenas, divisó las localidades de América del Sur, adonde serían llamados sus hijos. Después, entre enero y febrero de 1885, vislumbrando confusamente

[1] El Obispo de Milo narra este hecho en *Don Bosco y su Obra,* págs. 73-74. El autor afirma que la verdad de «esta bella anécdota» no se puede poner en duda, ya que «persona merecedora de entera fe nos la ha referido». (Barcelona, Tip. Cat., calle del Pino, 1884).

los nuevos medios de comunicaciones aéreas, contempló los triunfos que se alcanzarían especialmente desde Brasil hasta la Tierra del Fuego, y, en julio, recorrió en vuelo el campo de acción, que la Providencia reservaba a los Salesianos en Asia, Africa y Australia. Es una expansión tal, que, entonces, ni en alas de la más exaltada fantasía, hablando humanamente, se habría podido alcanzar ni sospechar siquiera. Y aún tendrá don Bosco otras manifestaciones de la misma clase más adelante, de modo que, al término de su vida, habrá profetizado y proyectado a sus hijos un programa misionero, cuya realización se actuará progresivamente por varias generaciones.

La mención de estos sueños singulares invita a decir una palabra acerca de los sueños de don Bosco en general. Los que él llamaba sueños acompañaron al Santo desde los primeros albores de la razón hasta el ocaso de su vida. Pero hay que hacer una neta distinción entre unos sueños y otros, porque la común denominación ha mezclado fenómenos muy diferentes. Para clasificarlos debidamente, diremos que, con el nombre genérico de sueños de don Bosco, se mezclan sueños que no fueron tales, sueños que no fueron más que puros sueños y sueños reveladores. Hay ciertos sueños que absolutamente deben llamarse visiones, porque sucedieron fuera del estado de sueño; tales fueron, por ejemplo, la revelación profética tenida a la cabecera del jovencito Cagliero moribundo y la del 1870 sobre el porvenir de Italia y Francia, de Roma y **[8]** *París. Son del mismo género las apariciones de Luis Colle, que él solía llamar distracciones. A veces, por el contrario, narró en la intimidad sueños verdaderos y propiamente tales, algunos de los cuales se hallarán también en el presente volumen y en el siguiente. Bien mirada la cuestión, no habría que tenerlos en cuenta en su biografía; con todo, como él los contó, y nos gusta saber todo lo que es posible conocer en torno a su persona, los hemos admitido en estas* Memorias, *mas sin concederles mayor importancia de la que él mismo les daba; y así pueden, por lo menos, tener siempre algún interés por el lado psicológico. Pero la categoría más numerosa y característica de los sueños de don Bosco está constituida por los que contenían elementos reveladores inalcanzables solamente con las fuerzas de su mente. El veía en ellos el pasado, el presente y el futuro. Las más de las veces se le presentaban las revelaciones en forma de símbolos; pero, no raras veces, se le ofrecía también la escueta realidad, como cuando se le descubrían los secretos de las conciencias o se le descubrían los detalles de lugares por él desconocidos o fuera del inmediato alcance de su mano.*

Y aquí surge la cuestión sobre el origen de semejantes sueños.

Es teológicamente cierto que los ángeles buenos y los ángeles malos, si Dios lo permite, ejercen un poder sobre la materia. Nada, pues, les impide actuar sobre nuestro cerebro para «excitar una determinada célula, cuya actividad está ligada a la formación de un determinado sentimiento, de una determinada imagen o de un determinado pensamiento», produciendo así en nosotros la impresión de que se nos quiere tentar o iluminar. Además, puede Dios «crear sin más una realidad, que nos salga al encuentro en sueños en forma de sueño o estando uno despierto, en forma de visión» [1]. *Esta precisamente parece haber sido la manera elegida con preferencia por la Providencia para guiar a don Bosco en su camino.*

Es también bíblicamente cierto que Dios habló a veces por medio de sueños a sus siervos o les proporcionó la representación **[9]** *de varios objetos. A Aarón y a María, su hermana, díjoles Dios que se aparecería a los otros profetas en visión y les hablaría en los sueños* [2]. *A Abimelek, rey de Gerara, Dios reveló en un sueño la suerte que le aguardaba por haber raptado a Sara; en sueño fue advertido Labán de que no profiriese palabra injuriosa contra Jacob* [3]. *En el libro de Joel, con alusión a la abundancia de gracia, que se infundiría sobre los cristianos, se anuncia que habrá profecías, sueños y visiones* [4]. *En sueños habló Dios a Salomón, colmándolo de celeste sabiduría* [5]. *Y, más de una vez, el Angel dio a conocer en sueños a san José la voluntad de Dios, así como también fueron advertidos en un sueño los Reyes magos de que no volviesen a ver a Herodes. Tres motivos presenta el cardenal Bona para probar que la quietud del descanso nocturno se presta más para recibir ciertas impresiones del cielo en la forma de visiones, que se llaman imaginarias. Durante el sueño, el alma está menos distraída con la multiplicidad de pensamientos; además, en su estado pasivo está más dispuesta a aceptar y menos a discutir; en fin, en ese silencio de los sentidos, las imágenes se graban mejor en la fantasía* [6].

Está, además, históricamente demostrado que ciertas almas selectas fueron favorecidas de esta manera con visiones imaginarias durante el sueño. Desde la célebre Acta de su Pasión *de la mártir africana*

---

[1] HENRI GHÉON, *Saint Jean Bosco.* En la colección «Les grands Coeurs». París, E. Flammarion ed. Pág. 38.

[2] *Nm* XII, 6.

[3] *Gn* XX, 3 y XXXI, 24.

[4] *Jl* II, 28 y *Hch* II, 17.

[5] 3 *R* III, 5.

[6] BONA, *De discretione spiritum,* C. XV.

santa Perpetua, del año doscientos tres, hasta la historia de no pocos fundadores y fundadoras de Ordenes Religiosas y hasta las vidas de ilustres convertidos ¡cuántas veces no vemos entrar el sueño como elemento sobrenatural para poner sobre aviso, consolar, inspirar, estimular!

Un Santo, que se pareció mucho al nuestro desde joven, por haber recibido durmiendo ilustraciones de lo alto, acerca del carácter de la misión a que le destinaba el Cielo, fue san Oscar, el gran Apóstol del Norte en el siglo noveno.

Por otra parte hay que tener presente que las revelaciones, procedentes realmente de Dios, en los sueños suelen ser más bien raras y que, de ordinario, los sueños de esta naturaleza resultan ser de difícil interpretación, **[10]** *pues se presentan envueltos en símbolos y figuras poco inteligibles. Y, por eso, se necesitan para ellos intérpretes, que posean el don del discernimiento de los espíritus, si se quiere penetrar con seguridad en su recóndito significado. Nadie interpretó los dos sueños de José hebreo y sólo se logró su inteligencia cuando los hechos dieron la explicación muchos años después. No sucedió lo mismo con los sueños de las siete vacas macilentas y las otras siete lustrosas, de las siete espigas lozanas y las otras siete flacas, que tuvo el Faraón de Egipto, porque José aclaró su sentido, y lo mismo le acaeció a Daniel con la interpretación de los sueños de la estatua gigante y del árbol colosal, que tuvo Nabucodonosor. Los sueños de don Bosco solían ser simbólicos, pero la dificultad en entenderlos le era remediada durante los mismos sueños con la intervención de personajes, que le servían de guías, o con leyendas escritas u orales.*

El discernimiento de los espíritus no es menos necesario para distinguir rectamente cuándo se trata de sueños divinos, de ilusiones diabólicas o de juegos de la fantasía. Gozaba sin duda de este carisma el alma del Beato Cafasso. Pues bien, consultado él, repetidas veces, por don Bosco en confesión, le contestaba siempre que estuviera tranquilo y que contara aquellos sueños, porque producían buenos efectos. Y realmente producían gran fruto, porque estimulaban a los jóvenes oyentes a acudir a la piedad y a huir del pecado. Además, teniendo en cuenta que las noticias recibidas por este conducto respondían a la verdad y que se cumplían las previsiones de defunciones y de otros hechos contingentes y humanamente previsibles, tenemos las más tangibles pruebas de que no se navegaba por el vulgar y acostumbrado mar de los sueños. También la manera que don Bosco empleaba al exponerlos, atestiguaba su naturaleza sobrenatural, puesto que el Santo sazonaba con sincera humildad sus narraciones, industriándose con

destreza por alejar de la mente de los demás la menor idea de que él poseyera méritos o gozase de excepcionales privilegios. Por esta razón, el siervo de Dios don Miguel Rúa los calificaba en los Procesos como visiones; es más, declaraba que se sentía movido a creer que don Bosco consideraba como un deber dar a conocer, para provecho espiritual de las almas, las cosas **[11]** *que se le presentaban en los sueños, y que movíale a ello un impulso sobrenatural.*

Para mejor comprender la naturaleza específica de estos sueños, es útil considerar cómo en la marcha de los mismos se nos presenta un desarrollo lógicamente ordenado a un fin; lo cual no sucede en los sueños ordinarios. En efecto, en éstos hay una sucesión más o menos confusa de recuerdos como de notas musicales, que se acosan alocadamente unas a otras sobre el teclado de nuestra inteligencia adormecida. ¡Qué de cosas absurdas en esa vertiginosa danza de imágenes! Por eso, se dijo que afanarse en descubrir en semejante conjunto de cosas un nexo y un sentido es como querer descubrir un motivo musical en una tumultuosa correría nocturna de ratones por el teclado de un piano. En cambio, en los sueños de don Bosco se descubre constantemente un fondo serio, que constituye la base de toda la acción onírica; además, semejante acción, ora sencilla ora múltiple, procede por sus pasos sin dar lugar a las incongruencias o a los disparates, que generalmente se asocian siempre a las fantasmagorías, que se despiertan y dan vueltas por la imaginación de quien duerme. Y si, a veces, aparecen fenómenos, que tienen algo de extraño, don Bosco los advierte como tales, pregunta la razón de los mismos y recibe explicaciones por todo concepto satisfactorias. Estamos, pues, fuera del mundo de los sueños propiamente tales.

Hay ciertos sueños, que, cuando él los contó, parecieron verdaderamente sueños, y nada más que eso; sin embargo quien ha podido esperar, debió convencerse de que escondían el anuncio de acontecimientos futuros. Valga para todos ellos el siguiente. Una vez, no sabemos en qué año, don Bosco soñó que se encontraba en la basílica de San Pedro en Roma, dentro del gran nicho situado debajo de la gran cornisa a la derecha de la nave central sobre la estatua de bronce del Príncipe de los Apóstoles y del medallón en mosaico de Pío IX; no sabía cómo había ido a parar allí arriba y tampoco cómo salir del apuro. Miró a su alrededor para ver si había manera de bajar, pero no vio nada. Llamó, gritó; pero nadie contestó. Por fin, abrumado por la angustia, se despertó. Pues bien, si alguno, al oír este sueño hubiese creído descubrir en él algo profético, se hubiera dicho que soñaba despierto. **[12]** *En cambio, cuando estas páginas caigan bajo los ojos*

de los lectores, sonreirá precisamente desde lo alto de aquel nicho el magnífico don Bosco del gran escultor Canónica.

Agradará, por último, conocer qué pensaba don Bosco sobre sus sueños. Para captarlo en su realidad no hay que parar mientes en lo que él decía en público, sino en su manera de actuar y de expresarse en privado. Su único público, para esto, era el de los muchachos y los hermanos de Oratorio y, a veces, sólo los superiores del Capítulo. En público no empleaba más termino que el de sueños, y no se le escapaba ninguna expresión por la que se pudiera argüir que quería se tomasen por revelaciones sobrenaturales; al contrario, al contarlos, usaba frases y dichos agudos, con la intención de que sirviesen para apartar de la mente de los oyentes toda idea de esta clase. Por el contrario, él personalmente daba mucha importancia a lo que había visto. Así, por ejemplo, con los condes Colle, hablando o escribiendo sobre las apariciones de su difunto hijo, nunca empleaba la palabra sueño, *sino que exponía todo sin calificarlo* [1]. *Es también muy digna de notar una observación de Lemoyne. Conversaba éste con don Bosco el 5 de enero de 1886 sobre el sueño de la curación del clérigo Olive, de cuyo sueño nos ocuparemos en el volumen XVIII, cuando el secretario del Capítulo llamó visiones a sus sueños y el Santo le dio la razón. En consecuencia, advertía Lemoyne en su noticiario: «Hasta el año 1880 aproximadamente, cuando don Bosco contaba los sueños, nunca había pronunciado la palabra* visiones, *pero, en los últimos años, hablando con Lemoyne, aunque no era el primero en decirla, sin embargo asentía a la frase empleada por el que conocía muy bien al querido Padre, y sólo en estos coloquios confidenciales».*

Todavía hoy, después del ya largo lapso de tiempo, en que la viva voz y la presencia del Santo añadía eficacia a sus exposiciones, los sueños de don Bosco vuelven a ser leídos por nosotros con verdadera utilidad y, al repetirlos a los jóvenes, despiertan en ellos vivo interés y producen buenos frutos. Entre personas ajenas, puede darse que, más tarde o más temprano, se deje de **[13]** *darles gran importancia, prevaleciendo el natural prejuicio, que induce a catalogar todos los sueños en una sola categoría y a considerarlos cuando más como singulares devaneos de una poderosa imaginación; pero, en nuestros ambientes, donde uno se habitúa a oírlos mencionar a menudo y, por consiguiente, los ánimos se acostumbran a tenerlos como arcanas revelaciones, seguirán teniendo su curso, formando un manantial perenne de aquella tradición salesiana, que se remonta a los orígenes.*

[1] Véase Vol. XV. Cap. III, págs. 75 y siguientes.

Y ésta es precisamente una de las más fuertes razones, que aconsejan reunir y ordenar en estas Memorias biográficas *todo hecho, todo dicho, todo escrito de nuestro gran Fundador. No debe sorprendernos que, fuera de nuestra familia, haya ciertas cosas que parezcan menudencias no merecederas del honor de figurar al lado de hechos dignísimos de un poema y una historia; el gran público no hace cuenta de cosas pequeñas; mas, para nosotros, son elementos preciosos, que contribuyen a fijar sólidamente la tradición. Y para alcanzar este intento es indispensable que las generaciones lejanas reencuentren después en nuestros volúmenes la figura viviente del Padre con sus rasgos característicos, con sus costumbres hogareñas y con sus maneras personales de pensar, de hablar y de actuar, de forma que, a través de estas páginas, siga él ejerciendo, hasta donde sea posible, sobre los suyos, la primitiva eficacia formativa, y no tengan que insinuarse jamás incomprensiones desviadoras. Se evitará más fácilmente este último peligro, si existe un punto seguro de referencia, para poder acudir a él y repetir:* Inspice et fac secundum exemplar [1].

Turín, 1935

[1] Mira y haz como el modelo (Ex 25, 40).

[15]

CAPITULO I

PRINCIPIO DE AÑO, VISITAS, CONFERENCIAS. ENFERMEDAD DEL SANTO

CON ocasión de las fiestas navideñas y principio de año nuevo, los hijos de don Bosco presentaban a su querido padre, de palabra o por escrito, sus personales felicitaciones acompañadas de delicadas manifestaciones de afecto. Daba él mucha importancia a tales demostraciones filiales, que contribuían enormemente a estrechar los vínculos de familiaridad espiritual; y no dejaba de demostrar a cada uno, más tarde o más temprano, de viva voz o por escrito, según la ocasión o la conveniencia, que recordaba lo que le habían dicho.

El año 1884 quiso manifestar su agradecimiento de una manera más solemne, enviando a todos una hermosa circular, en la que, después de recordar los generales testimonios de afectuosa devoción que había recibido, animaba a todos a esforzarse para alcanzar el fin, que se habían propuesto al abrazar la vida salesiana y señalaba la observancia de las Reglas como medio único para alcanzar con seguridad el intento.

W. J. M. J.

Muy queridos hijos míos:

Experimento una gran satisfacción cada vez que tengo la suerte de oír palabras obsequiosas y afectuosas de vuestros labios, mis queridos hijos. Pero las cariñosas expresiones, que de palabra o por escrito me habéis manifestado **[16]** al felicitarme las fiestas de Navidad y año nuevo, me piden con razón que os dé las gracias de un modo especial, como respuesta a los filiales afectos que me habéis exteriorizado.

Os digo, pues, que estoy muy satisfecho de vosotros, de la diligencia con que acometéis toda suerte de trabajo, aun asumiendo graves compromisos para promover la mayor gloria de Dios en nuestras casas y con los muchachos que la divina Providencia nos confía cada día, para que los guiemos por el camino de la virtud y del honor, que conduce al cielo. Me habéis agradecido de mil modos y con variadas expresiones cuanto he hecho por vosotros; os habéis ofrecido a trabajar con ardor y compartir conmigo las fatigas, el honor y la gloria en la tierra para conseguir el gran premio, que a todos nos tiene Dios preparado en el Cielo; me habéis dicho incluso que no deseáis conocer más que lo que yo crea bueno y útil para vosotros, y que lo

aceptaréis y llevaréis a cabo hasta la última tilde. Agradezco, pues, estas preciosas palabras, a las que respondo sencillamente como padre, diciéndoos que las agradezco de corazón y que *haréis lo que más quiero en el mundo, si me ayudáis a salvar vuestra alma.*

Sabéis muy bien, amados hijos, que os acepté en la Congregación y dediqué constantemente todos los cuidados posibles a vuestro bien para aseguraros la eterna salvación; por tanto, si me ayudáis en esta gran empresa, hacéis cuanto mi corazón de padre puede esperar de vosotros. Lo que debéis hacer para triunfar en este gran proyecto, podéis adivinarlo fácilmente. Observad nuestras reglas, esas reglas, que la Santa Madre Iglesia se dignó aprobar para nuestra guía y el bien de nuestra alma y para provecho espiritual y material de nuestros queridos alumnos. Hemos leído esas reglas, las hemos estudiado y son ya el objeto de nuestras promesas y de los votos, con que nos hemos consagrado al Señor. Por tanto, os recomiendo con toda mi alma que ninguno deje escapar palabras de pesar o, peor todavía, de arrepentimiento por haberse consagrado al Señor de esta manera. Esto sería un acto de negra ingratitud. Todo lo que tenemos en el orden material y espiritual pertenece a Dios; por lo cual, cuando nos consagramos a El con la profesión religiosa, no hacemos más que ofrecer a Dios lo que El mismo nos da, por así decirlo, prestado, pero que es de su absoluta propiedad.

Por consiguiente, si nos apartamos de la observancia de los votos hacemos un hurto al Señor, cuando ante sus ojos tomamos de nuevo, pisoteamos y profanamos lo que le hemos ofrecido y puesto en sus santas manos.

Alguno de vosotros podría decir que la observancia de nuestras reglas cuesta trabajo y sacrificios. La observancia de las reglas es dura para quien las observa de mala gana, para quien las descuida. Mas, para los diligentes, para los que aman el bien del alma, esta observancia resulta, como dice el Salvador, **[17]** un yugo suave, una carga ligera. *Iugum meum suave est et onus meum leve.*

Además, queridos míos, ¿pretendemos, acaso, ir en coche al Paraíso? No nos hicimos religiosos precisamente para gozar, sino para sufrir y ganar méritos para la otra vida; no nos consagramos a Dios para mandar, sino para obedecer; no lo hicimos para apegarnos a las criaturas, sino para practicar la caridad hacia el prójimo, movidos por amor de Dios; no fue para llevar una vida regalada, sino para ser pobres con Jesucristo, padecer con Jesucristo en la tierra y hacernos así dignos de su gloria en el cielo.

Animo, pues, queridos hijos míos; pusimos la mano en la mancera del arado, mantengámosla firmemente; que ninguno de nosotros vuelva la vista atrás para mirar al mundo falaz y traidor. Marchemos adelante. Nos costará trabajo, nos costará penas, hambre, sed y, tal vez, hasta la muerte; nosotros contestaremos siempre así: si nos halaga la magnitud de los premios, no deben en absoluto acobardarnos las penalidades que hay que sufrir para merecerlos: *Si delectat magnitudo praemiorum, non deterreat certamen laborum.*

Una cosa más creo conveniente manifestar. Me escriben nuestros Hermanos de todas partes y me gustaría mucho dar a cada uno la respuesta correspondiente. Pero, como esto no me es posible, cuidaré de enviar cartas circulares más a menudo; circulares que, al paso que me ofrecen la oportunidad de abriros mi corazón, podrán servir también de respuesta; es más, de guía a los que, por santos motivos, viven en tierras lejanas y no pueden por tanto oír personalmente la voz del padre, que tanto los quiere en Jesucristo.

La gracia del Señor y la protección de la Santísima Virgen María estén siempre

con nosotros, y nos ayuden a perseverar en el divino servicio hasta los últimos instantes de la vida. Así sea.

Turín, 6 de enero de 1884

Afectísimo en J. C.,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Mutatis mutandis, envió también la misma circular a las Hijas de María Auxiliadora.

Ya no hablaba a los alumnos del Oratorio después del rezo de oraciones de la noche, pero los superiores les hablaban continuamente de él; seguía, en cambio, prodigándose en el tribunal de la penitencia, que ya no abandonó después de su regreso de París. En el mes de enero, dijo categóricamente al alumno Vivaldi, de Roccaforte, antes de dejarle comenzar la acusación:

—Procura hacer una buena confesión, porque es la última vez que te confiesas conmigo.

El muchacho se devanó los sesos pensando en aquellas palabras, **[18]** por si debía morir pronto o si iba a ser expulsado de la casa. Pero ninguna de las dos hipótesis respondía a la verdad. El caso es que, a partir de aquel día, el muchacho no pudo confesarse ni siquiera una vez más con el Santo, por no encontrarse éste en el confesonario o por hallarse el joven en otras casas.

Un amigo de muy atrás era monseñor De Gaudenzi, obispo de Vigévano. Cuando era canónigo párroco de la catedral de Vercelli, le socorría en sus múltiples necesidades, le trataba habitualmente con la mayor familiaridad y, cuando llegó a Obispo, siguió queriéndole, ayudándole de buen grado con el peso de su autoridad y estimándole siempre mucho. Quien trataba con don Bosco, cuanto más íntimamente lo conocía, tanto más sentía crecer en él el buen concepto por su persona. Por eso, al contestar ahora a sus felicitaciones de año nuevo, le escribía cordialmente Monseñor [1]:

«Le agradezco el buen recuerdo que guarda de este pobrecito. El Señor le guarde para bien de tantas almas, para esplendor de la Iglesia, y para demostrar cuánto vale un sacerdote, que posee el espíritu del Señor. No me atrevo a rogarle de nuevo que venga a verme. Sólo digo que don Bosco sigue siempre presente en mi mente». Al mismo tiempo le enviaba una limosna para las misiones.

Bienhechores y bienhechoras no dejaban pasar la fecha del año nuevo sin acordarse de él y enviarle su aguinaldo. Han llegado hasta

[1] Vigévano, 9 de enero de 1884.

nosotros algunas cartas de agradecimiento. Una es para la señora Magliano, a la que ya hemos citado varias veces [1]:

Benemérita señora Magliano:

No sé si su venida a Turín será pronto o no tan pronto. Por esto, me apresuro a asegurarle que, al empezar el año, hemos comenzado las oraciones por usted y seguiremos haciéndolas hasta enero del año que viene. Yo, por mi parte, tendré un *memento* especial en la santa misa.

Pedimos constantemente para usted salud y santidad; y todo ello **[19]** como una pequeña muestra de gratitud por la caridad que nos ha hecho, y sigue haciéndonos todavía en nuestras diversas necesidades.

Dios la bendiga y María Santísima la proteja. Tenga a bien rezar por toda esta familia nuestra y especialmente por este pobrecillo, que siempre será para usted en nuestro Señor Jesucristo.

Turín, 1 de enero de 1884

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Hay otra carta dirigida a la condesa Sclopis [2]:

A la señora condesa Sclopis

Benemérita señora Condesa:

Encargo a la Santísima Virgen Auxiliadora que la recompense de mi parte. Le agradezco su caridad y rezaré con mis huerfanitos por usted, por la caridad que se digna dispensarnos.

Espero tener el honor de poder volver a verla y darle las gracias personalmente dentro de poco.

Tenga a bien pedir también por este pobrecito que, muy agradecido, será siempre en J. C.

Turín, 2 de enero de 1884

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

La tercera va dirigida a la cooperadora lionesa, señora Quisard, la cual, a la par que solicitaba la apertura de una casa salesiana en su ciudad, se desvivía por ayudar al Santo [3].

Durante los dos primeros meses, honraron el Oratorio visitas ilustres. El cardenal Caverot, arzobispo de Lyon, que se había mostrado algo frío con don Bosco el año anterior, ahora, camino de Roma, se

[1] Véase Vol. XV, pág. 544.
[2] Véase Vol. XIII, pág. 706.
[3] Apéndice Doc. núm. 1: A-B.C.

detuvo en Turín expresamente para verlo. Llegó, después del mediodía del día primero de enero, mientras los muchachos estaban en el santuario cantando vísperas y escuchando la plática. Don Bosco le recibió respetuosa y cordialmente y le invitó a entrar en la iglesia para asistir a la función del primer día del año. La ceremonia fue bastante larga por el acompañamiento **[20]** de la música; sin embargo, el Cardenal estuvo hasta después de la bendición, admirando el comportamiento de los muchachos, por lo que felicitó al Siervo de Dios.

—Se dice, observó, que don Bosco hace milagros, pero yo podré referir al Padre Santo que he visto con mis propios ojos uno grande; a tantos muchachos asistiendo recogidos y silenciosos a una función muy larga para su edad.

Hubiera deseado ver los talleres; pero, como no era día de trabajo en el Oratorio, prometió que volvería otra vez para completar la visita. Se detuvo después un rato con los muchachos y con los superiores que le habían rodeado enseguida. Cuando hizo ademán de querer marchar, se arrodillaron todos y él los bendijo [1].

En el mes de febrero, llegaron tres Obispos franceses para ver a don Bosco. El día diez por la tarde se presentaron juntos monseñor Fava y monseñor Bonnet, obispos de Grenoble y de Viviers, respectivamente. Era domingo y toda la comunidad se encontraba en la iglesia. El Siervo de Dios recibió amablemente a los Prelados, que se entretuvieron largo tiempo con él y manifestaron después el deseo de ver a los muchachos. Como faltaban pocos minutos para la bendición, la impartió pontificalmente monseñor Fava, mientras su compañero asistía en el presbiterio. A la salida del templo fueron recibidos a los sones de la banda entre grandes aplausos. Habló monseñor Fava. Dio las gracias, felicitó a los músicos y siguió diciendo:

—Hace algunos años, dirigía yo también una banda de música de muchachos ya creciditos; pero el color de su piel no era el vuestro. Eran pobres habitantes de Zanzíbar. Mi corazón de misionero se regocija hoy al pensar que muchos de vosotros, siguiendo las huellas de los que os han precedido, irán un día a tierras de salvajes o de cristianos abandonados para llevarles la dulce y benéfica luz del Evangelio. Mas, por desgracia, ¿acaso no se han vuelto nuestros países católicos, digámoslo así, tierras de misión? La ignorancia religiosa y el indiferentismo, incluso el odio contra la religión alimentado por la ignorancia y fomentado por impías instigaciones, hacen **[21]** progresos cada

[1] El cardenal Caverot es uno de aquéllos cuya semblanza trazó don Bosco en *Il più bel fiore del Collegio Apostolico* (Ap. Doc. núm. 2).

día mayores. Mil gracias sean dadas al Señor que se dignó suscitar aquí, bajo el manto virginal de su Madre, un nutrido grupo de obreros instruidos y celosos, que, seglares unos y otros sacerdotes, acudirán a su hora en ayuda de la Iglesia y mantendrán en las almas el respeto, el conocimiento, el amor y la práctica de nuestra santa religión.

Calurosos aplausos respondieron a sus palabras; después, todos acompañaron hasta la salida a los dos venerandos Pastores.

El día veinticuatro por la mañana, llegó monseñor Soubiranne, obispo de Belley. Celebró la misa en el altar de María Auxiliadora, subió a la habitación de don Bosco, que era la razón de su visita y que, por encontrarse algo indispuesto, hacía unos días que celebraba la misa, más tarde de lo acostumbrado, en la capillita contigua a su habitación. Monseñor mantuvo con él una larga conversación. Hubiera deseado después visitar los talleres; mas, como era domingo, éstos ofrecían el aspecto de cuerpos sin alma. Pero no renunció a ver la tipografía, en la que admiró la amplitud de los locales, las medidas de precaución para evitar desgracias [1], las instalaciones higiénicas y toda la maquinaria. Al despedirse, manifestó también sus deseos de volver cuando pudiese para contemplar a los aprendices trabajando [2].

En el volumen anterior, ya hemos narrado la primera visita del nuevo Arzobispo de Turín al Oratorio, el día quince de enero de aquel año.

En este mismo mes de febrero, tuvo la distinguida bondad de hacer la segunda y pasar todo el día con don Bosco y con los Salesianos. Unos días antes, el veinticuatro de enero, había estado en Valsálice, donde se anticipaba la fiesta de san Francisco de Sales. Durante el mes de enero solíase, en aquel colegio de nobles, premiar y honrar con una velada al alumno que, al acabar el bachillerato superior, más se hubiera distinguido por su aplicación y conducta; **[22]** se le fotografiaba y se exponía su retrato en el aula principal del colegio. Aquel año había merecido tal honor el joven Bonifacio Di Donato, hijo de una distinguida familia de Fossano. Entre las personas que intervinieron, estuvo con el cardenal Alimonda monseñor Manacorda, obispo del premiado. El mal estado de salud impidió tomar parte a don Bosco. El premiado se vio ensalzado en verso, en prosa y con cantos

[1] No existían entonces leyes especiales para la protección de los jóvenes obreros: pero don Bosco quiso que las correas de las poleas para la transmisión del movimiento a las máquinas, giraran debajo del piso y que hubiese alambreras defensivas alrededor de las poleas superiores, en cada una de las máquinas.

[2] Véase *Bull. Salés.* enero y febrero de 1884.

y, además, con los discursos de los dos Prelados. Este joven ingresó después en la Compañía de Jesús.

Habíase anticipado la fiesta en Valsálice para no estorbar la del Oratorio, donde también se quería la presencia del Cardenal, el cual se mostró tan complaciente que se quedó allí hasta muy avanzada la tarde. Escribe el *Boletín* de febrero:

«Don Bosco y algunos de sus primeros alumnos parecieron rejuvenecer. Les parecía que habían vuelto a los felices días, en que tenían la gran suerte de verse honrados con la presencia del arzobispo Luis Fransoni, tan amable con los muchachos del Oratorio y con la juventud en general, como valiente e intrépido en sus deberes contra los enemigos de Dios y de la Iglesia. Aquel ilustre Prelado, aquel héroe de la Iglesia, aquella víctima gloriosa de su oficio pastoral, que tanto nos amaba y que, hasta durante su largo destierro, no dejó nunca de ayudarnos y protegernos, ciertamente nos habrá sonreído ese día desde el cielo y se habrá regocijado al ver a un digno Sucesor suyo, y además paisano genovés, siguiendo sus antiguas huellas y abriendo su corazón de padre hacia un Instituto, que tuvo su comienzo y su primer desarrollo al amparo de las alas de su benevolencia, a la luz de sus consejos y al ardor de sus afectos».

Era la primera vez que se celebraba la fiesta de san Francisco de Sales con la asistencia del Arzobispo y por añadidura Cardenal; y no se dejó de poner de relieve este detalle en la circular de invitación redactada por don Juan Bonetti y firmada por don Bosco; por lo que, aunque fuera un día de trabajo, la asistencia fue muy grande. El Eminentísimo Cardenal pontificó por la mañana y por la tarde. Apareció en la iglesia **[23]** por vez primera el cuadro del santo Patrono, pintado por Rollini, que fue colocado en el altar de san Pedro.

Don Bosco, considerando aquel día como uno de los más felices del Oratorio, invitó a comer a unos cuarenta bienhechores, que hicieron digna corona al Arzobispo. Fue prioste de la fiesta el coronel de la reserva Carlos Rocca. A los postres se interpretó un entusiástico himno, original de Lemoyne y con música de Dogliani, que expresaba a su Eminencia la vivísima alegría de don Bosco y de sus hijos [1]. Brindaron varios; al final se levantó don Bosco. Alabó ante el Arzobispo a los sacerdotes y seglares presentes, declarándolos a todos beneméritos de las instituciones salesianas, todos encariñados con su Eminencia, todos fidelísimamente adictos al Padre Santo León XIII y dispuestos a dar hasta la vida por la religión católica. Dio las gracias al Cardenal

[1] Ap. Doc. núm. 3.

por su bondad con los Salesianos y sus muchachos e invitó a todos los comensales a vitorear al Papa y al Cardenal. Después, en tono jocoso, invitó a todos a comer en su compañía el mes de junio de 1891, cuando celebrara las bodas de oro sacerdotales. A aquella invitación tan anticipada contestó Su Eminencia en nombre de todos que aceptaban la invitación y harían lo posible para estar presentes, pero exhortó, al mismo tiempo, a don Bosco a que también él asistiese a la fiesta, pues le tocaba hacer el papel principal. La nota cómica de Gastini puso término al alegre convite. Después de contar cómo había sido recogido por don Bosco a los diez años, huérfano y abandonado, y encaminado a una vida honrada en el mundo, hizo, a su estilo y entre las risas de los comensales, un *pot-pourri* de versos latinos, italianos y piamonteses en alabanza del Cardenal.

El provicario, monseñor Gazzelli de Rossana, hubiera debido actuar de arcediano en la bendición, como lo había hecho en la misa solemne, pero poco antes de revestirse fue a rogar a don Bosco tuviera a bien substituirlo, porque Su Eminencia deseaba verlo a su lado. Don Bosco, aunque le costaba trabajo subir las **[24]** gradas del altar, condescendió al momento. Así todos vieron la unión perfecta entre don Bosco y el Prelado de la diócesis.

Avanzada la tarde, asistió el Arzobispo a la representación teatral. Se ponía en escena una comedieta en tres actos, titulada *Antonio* y original del padre salesiano Bongiovanni, cuyo argumento era el arrepentimiento de un hijo holgazán. El tema y el desarrollo del mismo eran como don Bosco quería que fueran semejantes representaciones para los alumnos de sus colegios, sin preocuparse de los gustos de los espectadores extraños.

A la salida, el patio estaba convertido en un mar de luz. A lo largo de la galería del primer piso corría una inscripción con lucecitas, que decía: *Viva san Francisco de Sales.* En la del piso superior brillaba, formando tres líneas, esta otra: *Viva Su Eminencia el cardenal Cayetano Alimonda, nuestro amadísimo Arzobispo.* Al despedirse dijo el Cardenal:

—Cada uno de los momentos de este día ha sido para mí una alegría y un triunfo.

Para don Bosco, añadiremos nosotros, fue un inefable consuelo [1].

La conferencia para los Cooperadores se trasladó al día diecinueve de febrero. La dio don Juan Cagliero en la iglesia de san Juan Evange-

[1] Véase *Bollettino* de febrero de 1884.

lista. Don Bosco no acudió por su mal estado de salud. Presidió el Cardenal, que quiso, además, hablar y pronunció un discurso muy importante, en el que justificó públicamente su afecto a la obra salesiana, demostrando que ella poseía el espíritu del Evangelio, es decir, el espíritu de Jesucristo [1].

Estas reuniones de Cooperadores se celebraron en diversos lugares de Italia; pero nos limitaremos a mencionar solamente la de Padua, que se debió en gran parte a las diligencias de la condesa Bonmartini [2]. Se celebró el día veinte de enero en la iglesia de San Francisco; los alumnos cantores del colegio de Este interpretaron bonitos números musicales. Habló don Pedro Pozzan, enviado por el mismo don Bosco. El Obispo, monseñor Callegari, que honró con su presencia la piadosa reunión, quiso decir algo muy justo **[25]** y oportuno, calificando a don Bosco de hombre de Dios, hombre de la Providencia. Se detuvo sobre todo para hablar de los Cooperadores.

—No están solamente, dijo, para ayudar a las obras de don Bosco, sino para bien de la Iglesia universal y, especialmente, de las respectivas diócesis, y son ellos otros tantos brazos que quieren ayudar a los obispos y párrocos.

Después respondió a una objeción, que se iba haciendo acá y allá:

—Se nos recomiendan mucho las obras de don Bosco, decían algunos, pero, ¿es que nosotros no tenemos también obras que fundar y sostener? ¿No hemos de atender primero a las nuestras?

El Obispo contestó que ayudar a las obras de don Bosco era favorecer a toda la Iglesia; porque don Bosco no limitaba su acción únicamente a la ciudad de Turín, sino que la extendía a toda la juventud y a la restauración cristiana de la sociedad. Por consiguiente, Monseñor invitaba al clero y al pueblo a inscribirse entre los Cooperadores Salesianos, cuya difusión en su diócesis consideraba como una bendición del cielo.

Cuando don Bosco oyó la relación de este discurso, quedó tan contento que, el dieciséis de febrero, conversando acerca de los Cooperadores con Lemoyne, le manifestó su satisfacción:

—He estudiado mucho la manera de fundar los Cooperadores Salesianos. Su verdadera finalidad inmediata no es la de ayudar a los Salesianos, sino la de prestar socorro a la Iglesia, a los obispos, a los párrocos, bajo la alta dirección de los Salesianos, en obras de beneficencia, como la catequesis, la educación de los niños pobres y otras

[1] Apéndice, Doc. núm. 4.
[2] Véase Vol. XV, pág. 573.

parecidas. Socorrer a los Salesianos no es más que ayudar a una de las muchas obras que se encuentran en la Iglesia Católica. Verdad es que acudiremos a ellos en nuestras situaciones de urgencia, pero ellos son un instrumento en las manos del Obispo. El único que hasta ahora ha entendido la cuestión en su cabal sentido es el Obispo de Padua, el cual dijo claramente que no hay que abrigar celos contra los Cooperadores Salesianos, porque son algo de la diócesis y que todos los párrocos con sus feligreses deberían ser Cooperadores. Se han añadido las Cooperadoras, porque así lo quiso Pío IX.

El día treinta y uno de enero por la tarde, fue don Bosco a San Benigno **[26]** para celebrar la fiesta de san Francisco de Sales con los novicios. Las confesiones y las audiencias le cansaron; juntáronse al cansancio las molestias que lo atormentaban más de lo acostumbrado en las últimas semanas, y resultó que, al marcharse, parecía agotado del todo. Don Julio Barberis, dolorosamente impresionado por ello, dijo en las «buenas noches» que parecía llegado el momento de ofrendar algo grande y, aun extraordinario, al Señor para obtener la prolongación de una vida tan preciosa. Repitióse entonces lo que había sucedido en 1872 cuando la enfermedad de Varazze: algunos clérigos se declararon al momento dispuestos a ofrecer la propia vida por don Bosco. Pero llamó la atención de todos Luis Gamerro, un clérigo de veinticuatro años, de gran talla, fuerte complexión y tan pletórico de salud que, en dos años, no había sufrido nunca la más mínima molestia. Con una energía, que impresionó a cuantos lo oyeron, dijo que pedía a Dios poder morir él en lugar de don Bosco.

Se apreciaron tan pronto los efectos, que les pareció a todos que su generoso sacrificio había sido grato al Señor. Soñó la noche siguiente que iba a morir. Por la mañana, sin mentar los sueños, decía risueño a los compañeros:

—¡Me toca a mí!

Poco después se señalaban los nuevos puestos en el comedor y dijo, con un tono de voz que excluía toda duda, al superior encargado de aquella función:

—Es inútil que me dé el sitio; pues no lo ocuparé.

En efecto, al día siguiente se encontró mal. Creció el mal a ojos vistas y tanto que, al tercer día, muy temprano se confesó y recibió el Viático. Siguió un momento de mejoría y don Julio Barberis quería halagarlo con la esperanza de la curación para ir a las misiones, según sus ansias. Pero Gamerro, después de escucharlo en silencio, dejó que se fuera y dijo al enfermero:

—¡No, no! Yo moriré esta tarde.

Un compañero a quien había contado el sueño comenzó a creer que era cierto. Don Eugenio Bianchi fue a verlo y le dijo:

—Puesto que aseguras que vas a morir, encomiéndate a la Virgen, pidiéndole que te saque pronto del purgatorio.

El respondió:

—Esta tarde **[27]** estaré con Ella. Me lo ha dicho Ella misma.

Se mantuvo constantemente sereno y alegre hasta el último instante, que fue hacia las dos de la tarde. En el sueño había sabido también que su madre iría a verlo; mas que, por llegar tarde, lo encontraría ya cadáver. Y así sucedió punto por punto. Como le hubiera sido imposible salir tan pronto como recibió la noticia de la gravedad, llegó dos horas después del fallecimiento.

Llegó a Turín la voz de lo sucedido. Un periódico de la ciudad, neciamente humorístico, publicó una caricatura en la que se veía a un clérigo ahorcado colgado de un árbol y a don Bosco de rodillas ante él. ¡Pobre gente sin fe y sin amor!

¿Y la salud de don Bosco?

La salud de don Bosco iba de mal en peor. En primer lugar, una extraordinaria postración de fuerzas había sido la causa de que el mismo hablar en voz alta le perjudicase al estómago; aquejóle además un principio de bronquitis con tos y esputos sanguinolentos. En la noche del diez de febrero, llenó de sangre el pañuelo. La hinchazón de las piernas, que lo atormentaba desde hacía años, le llegó hasta las caderas. El día doce fue a visitar al doctor Albertotti que le obligó a guardar cama. Aquella noche una consulta celebrada por los doctores Albertotti y Fissore diagnosticaron síntomas de extrema debilidad: el latido del corazón era apenas perceptible. El cardenal Alimonda, lleno de ansiedad, enviaba dos veces al día a preguntar por el paciente.

En tal estado, el siervo de Dios tuvo la noche del día trece un sueño que se aprestó a contar cuando estuvo algo repuesto.

Le pareció hallarse en una casa donde se encontró con San Pedro y con San Pablo. Vestían unas túnicas que les llegaban hasta las rodillas y llevaban en la cabeza unos gorros estilo oriental. Ambos sonreían a don Bosco. Habiéndoles preguntado si tenían alguna misión que encomendarle o algo que comunicarle, no respondieron a su pregunta, sino que comenzaron a hablar del Oratorio y de los jóvenes. Entretanto, he aquí que llega un amigo de don Bosco, muy conocido entre los Salesianos, pero que el siervo de Dios no recordaba después quién era.

—Mire estas dos personas, dijo al recién llegado.

[28] El amigo las miró y dijo:

—¿Qué veo? ¿Posible? ¿San Pedro y San Pablo aquí?

Don Bosco repitió la pregunta que había hecho poco antes a los dos Apóstoles, que, a pesar de mostrarse amabilísimos continuaron hablando de otra cosa.

De pronto, San Pedro le preguntó:

—¿Y la vida de San Pedro?

Y el otro:

—¿Y la vida de San Pablo?

—¡Es cierto!, replicó don Bosco en actitud de humilde excusa.

En efecto, había tenido en proyecto hacer imprimir aquellas dos vidas, pero después se había olvidado por completo de hacerlo.

—Si no lo haces pronto, después no tendrás tiempo, le advirtió San Pablo.

Entretanto, habiéndose San Pedro descubierto la cabeza, apareció calvo, con dos mechones de pelo sobre las sienes: tenía todo el aspecto de un anciano fuerte y simpático. Y habiéndose apartado un poco, se puso en actitud de orar.

—¡Déjalo que rece!, añadió San Pablo.

Don Bosco replicó:

—Querría saber delante de qué objeto se ha arrodillado.

Fue, pues, junto a él y vio que estaba delante de una especie de altar, aunque no era tal, y preguntó a San Pablo:

—¿Pero no hay candeleros?

—No hacen falta donde está el eterno sol, le replicó el Apóstol.

—Tampoco veo la mesa.

—La víctima no se sacrifica, sino que vive eternamente.

—Pero en suma, ¿el altar no es el Calvario?

Entonces San Pedro, con voz elevada y armoniosa, pero sin llegar a cantar hizo esta oración:

—Gloria Dios Padre Creador, a Dios Hijo Redentor, gloria a Dios Espíritu Santo Santificador. A Dios solo sea el honor y la gloria por todos los siglos de los siglos. A ti sea alabanza, oh María. El cielo y la tierra te proclaman su Reina. María... María... María.

Pronunciaba este nombre haciendo una pausa entre una y otra exclamación y con tal expresión de afecto y con tan creciente emoción, que sería imposible describir, de forma que todos lloraban de ternura. **[29]** Cuando se hubo levantado San Pedro, fue a arrodillarse en el mismo lugar San Pablo, que con voz clara comenzó a rezar así:

—¡Oh profundidad de los arcanos divinos! Gran Dios, tus secretos son inaccesibles a los mortales. Solamente en el cielo podrán penetrar la profundidad y la majestad, únicamente al alcance de los bienaven-

turados. ¡Oh Dios uno y trino! A ti el honor, la salud, la acción de gracias desde todos los puntos del universo. Que tu nombre, oh María, sea de todos alabado y bendecido. Los cielos canten tu gloria, y que sobre la tierra seas Tú siempre el auxilio, la salvación. *Regina Sanctorum omnium, alleluia, alleluia.*

Don Bosco al contar el sueño concluyó:

—Esta oración, por la manera de proferir las palabras, produjo en mí tal emoción, que comencé a llorar y me desperté. Después sentí en mi alma un consuelo indecible.

¿Fue efecto de la fiebre? La costumbre de celebrar en el altar de San Pedro contribuyó también acaso al desarrollo de esta representación de la fantasía. Por lo demás, se trata de un sueño que revela cuáles eran habitualmente los pensamientos y los sentimientos que le llenaban el alma.

Acostumbrado a una vida de incesante actividad, le pesaban las mantas de manera insoportable; pero no estaba su cabeza para serias reflexiones, ni para lecturas de ninguna clase. Se apreciaban en su hablar ideas inconexas y las cartas, que escribía durante algunas horas que se levantaba cada día, tenían frecuentes omisiones de vocablos. Al recibir la noticia, la tarde del día trece, con la muerte de Gamerro y de las circunstancias que la habían precedido, se conmovió, estuvo un rato silencioso y, después, dijo sonriendo:

—¡Ahí lo tenéis! ¡Esto es una injusticia! Después de tantos años de trabajos y penas, me tocaría a mí ir a descansar; en cambio, van los que no han comenzado todavía. ¡Me tocaba a mí y no a él!

De su correspondencia se trasluce cuánta era su tranquilidad de espíritu. Escribió el día catorce a la señorita Louvet: «Tengo el pecho algo cansado». Había escrito al conde Colle: «Desde hace algunos días **[30]** mi salud no va muy bien». Volvió a escribir el veinte al mismo: «Tengo la salud algo maltrecha y no salgo todavía de mi habitación». Sin embargo, el deseo de descansar en el Señor volvía de vez en cuando a sus labios. A veces, cuando se le daban informes sobre ciertos asuntos, exclamaba:

—A este paso no llegaré seguramente a la fiesta de mis bodas de oro sacerdotales... Estos asuntos los despachará el que me suceda.

Sin embargo, parecía superada la crisis. Después del mediodía del día catorce, salió a dar un paseo con don Juan Bautista Lemoyne. Fueron hacia el ferrocarril de Milán. Al pasar ante la iglesia de María Auxiliadora, don Bosco se detuvo, levantó los ojos y, mirándola un instante, dijo:

—En otro tiempo había aquí un campo de alubias y patatas; ahora

están la iglesia y el Oratorio. Exactamente aquí donde está el santuario, vi aparecer en sueños a la Virgen que, parándose y volviendo la mirada alrededor, dijo: *Hic domus mea; hinc gloria mea.*

El día quince, tuvo un fuerte ataque de fiebre, que le duró desde las once de la mañana hasta las siete de la tarde; pero no se acostó.

Pasaba sin dormir noches enteras. Desde 1872 los abundantes sudores nocturnos le obligaban cada mañana, después de levantarse, a permanecer casi una hora en la habitación para no detener bruscamente la transpiración y cambiarse de camiseta y de camisa. Estaba entonces peor que nunca.

El día diecisiete, confió a don Juan Bautista Lemoyne que la hinchazón de las piernas le había subido hasta la boca del estómago y que en lugar de esta cavidad tenía una hinchazón globular tan gruesa como un huevo. El doctor Albertotti avisó que se le vigilara, pues don Bosco podría fallecer de improviso; que se le velase también de noche, porque podía suceder fácilmente que, una mala mañana, se le encontrase muerto.

El pensamiento de su próximo fin se apoderó de su mente, tanto que, el día dieciocho, preparó una circular para que su sucesor la enviara a los Cooperadores Salesianos, cuando dejase de vivir. Después dijo a Lemoyne:

—Veo ante mí el progreso que hará nuestra Congregación. **[31]** De América del Sur pasará a la del Norte, después a Austria, a Hungría, a Rusia... [1]. Después a la India, a Ceylán, a China... Dentro de cien años ¡qué maravilloso desarrollo de los Salesianos veríamos, si estuviésemos todavía en este mundo! Las Ordenes antiguas, los Dominicos, los Franciscanos y otros fueron destinados por la Providencia para ser columnas de la Iglesia; nuestra Congregación, en cambio, está instituida para atender las necesidades actuales y se propagará con una rapidez increíble por todo el mundo. Sin embargo, bastarían dos o tres Salesianos degenerados para arrastrar a todos los demás fuera del camino. ¡En cambio, solamente con ser fieles a las virtudes comunes del cristiano, qué esplendido porvenir nos prepara el Señor!

En la segunda mitad de febrero, hubo en la Roma eclesiástica un cambio, que no podía dejar de interesar a don Bosco. El cardenal Mónaco La Valletta había sido nombrado Penitenciario Mayor de la Santa Iglesia y en su lugar, al frente del Vicariato, eligió León XIII al

[1] Tocante a Rusia, en las actas de una sesión del Capítulo Superior (28 de febrero) se lee: «Don Miguel Rúa informa que, en los días pasados, han llegado dos peticiones de fundación: una de Petrogrado, que pide un sacerdote salesiano y a nuestras hermanas; la otra de Odessa para una casa salesiana».

cardenal Parocchi, que fue muy mal visto por los liberales, siendo obispo de Pavía, y que, nombrado Arzobispo de Bolonia, no pudo obtener del Gobierno el regio *exequátur* en cinco años [1]. Era un hombre de selecto ingenio, de rica cultura y muchos méritos y no debía permanecer bajo el celemín por la animadversión de los sectarios; el alto cargo que le confiaba el Papa, lo ponía en condiciones de prestar señalados servicios a la Iglesia. Don Bosco le escribió enseguida una cartita de felicitación a la que respondió Su Eminencia con una sencilla tarjeta de visita y unas palabras de cumplido, pero el día catorce de marzo, después de tomar posesión de su cargo, le envió una carta, en la que le decía:

«Por el aprecio y afecto que le profeso, puede V. S. calcular cuánto me agradó su benévola felicitación. Le doy las gracias por ello y me encomiendo a sus fervorosas oraciones y a las de **[32]** toda la Congregación Salesiana. Será para mí una verdadera satisfacción proporcionarle todo el bien que yo pueda, dentro de mis atribuciones y mis fuerzas».

Los días veintiuno, veintidós y veintitrés de febrero salió don Bosco de paseo con Lemoyne aunque con dificultad. Pero su mente no descansaba, sino que rumiaba la reanudación de unas gestiones, ya intentadas una y otra vez en circunstancias poco propicias y que ofrecían entonces más probabilidad de éxito, a saber, la concesión de los privilegios. Iba, además, madurando la idea de emprender un nuevo viaje a Francia para encontrar los medios con que hacer frente a múltiples necesidades. De lo uno y de lo otro hablaremos más adelante.

Debemos, sin embargo, decir en seguida que esta última decisión alarmó a los Superiores. El mismo tenía también alguna aprensión. Pero escribía don Francisco Dalmazzo, desde Roma, que las obras de la iglesia del Sagrado Corazón estaban suspendidas por falta de dinero; añadíase a esto que el Oratorio y otras casas se encontraban en graves apuros económicos. Baste decir que el Capítulo Superior aguantaba entonces la enorme deuda de un millón ciento veintiséis mil liras.

Desde Marsella insistían pidiendo su visita anual porque la casa necesitaba mucho dinero y él escribía una carta al párroco Guiol, diciéndole que, en verdad, sus ojos y su salud difícilmente le consentirían arrostrar el viaje y, mientras tanto, con su acostumbrada jovialidad, le encargaba que pagase él mismo las deudas. El párroco le con-

[1] Véase Vol. XIV, pág., 95 y sigts.

testó que eso sería mucho más fácil estando don Bosco allí y le prometía defenderlo del gentío oprimente de otras veces, teniéndolo escondido en el noviciado recién abierto fuera de la ciudad, adonde pocos irían a buscarle [1]. Estas presiones contribuyeron también a que tomara la determinación de emprender aquel viaje.

Cuando manifestó definitivamente su arriesgado proyecto, don Juan Cagliero se opuso con respetuosa firmeza, **[33]** diciéndole que su vida era más querida por todos que cualquier bien del mundo y preferible a todos los tesoros. El cardenal Alimonda, que pensaba igual, quiso intentar impedir la salida, y cuando le comunicaron que antes de emprender el viaje deseaba hacerle una visita, respondió:

—Sería pecado mortal permitir que don Bosco viniera hasta aquí. Está muy cansado y tiene demasiados asuntos entre manos. Digan al querido don Juan que dentro de una hora estaré yo en el Oratorio.

Don Bosco le explicó entonces los motivos, que le obligaban a hacer aquel viaje; y su Eminencia se conformó con que le prometiese que volvería atrás, si, al llegar a Alassio, se encontraba peor.

Durante esta visita, manifestó el Cardenal a don Bosco que había pedido al Papa un Obispo auxiliar, de acuerdo con la promesa que le había hecho el Padre Santo al enviarlo a Turín.

—¿En qué persona pensaría? preguntóle don Bosco.

—En varios y, primero, en el canónigo Pulciano.

—¡Bien! ¿Y en quién más?

—También he pensado en el canónigo Richelmy.

—¡Bien! Son sacerdotes excelentes.

—Pero usted, don Bosco, ¿quién piensa que podría ser un buen obispo auxiliar, capaz de ayudarme? Déme por favor su opinión.

—Desde luego, no siempre se puede tener en este mundo lo mejor y hay que conformarse con lo bueno. Pero, si se quisiese lo mejor, se podría elegir al canónigo Bertagna, vicario general de Asti.

El Cardenal no añadió una palabra más y cambió de conversación, pero apenas volvió a palacio, telegrafió a Roma, pidiendo al Pontífice como obispo auxiliar al canónigo Bertagna. Fue una elección afortunada, como todos saben, además de una tardía, pero justa reparación [2].

[1] *Libro de actas,* 11 de enero de 1884.

[2] ¡Singulares coincidencias! Monseñor Bertagna fue preconizado en el Consistorio del veinticuatro de marzo. El veinticinco era el primer aniversario de la muerte de monseñor Gastaldi; mas, por coincidir con la fiesta de la Anunciación, se ordenó el toque de difuntos para el día veintitrés por la tarde y el funeral solemne para el veinticuatro por la mañana. Además, un ataque de apoplejía acabó con el eminentísimo Ferrieri el día veinticinco.

[34] Aquella tarde se celebró reunión capitular, y el Santo abrió la sesión, dando gracias a la divina Providencia por la bondad y el amor con que el cardenal Arzobispo trataba a don Bosco y a la Congregación.

—El Cardenal, dijo, abre para nosotros una nueva era en esta diócesis.

Se trataron después varios asuntos y, antes de cerrar la sesión, anunció oficialmente que el día primero de marzo saldría para Francia.

—Durante mi ausencia, siguió diciendo, reúnase el Capítulo por lo menos una vez al mes; doy a don Miguel Rúa plenos poderes para presidiros. Los miembros sigan queriéndose unos a otros; para hacer mejor las cosas que han de hacerse, se necesita caridad. Promuévanse fervorosas oraciones por mí entre los muchachos, mientras yo esté ausente y esto por dos motivos: 1.º para que mi salud pueda aguantar las incomodidades del viaje; 2.º porque necesito mucho dinero. Dígase esto a los mayores y dígaselo también a los pequeños. El pobre don Bosco no arrostra semejante viaje por capricho personal, sino para proveer al Oratorio y pagar las deudas. Háblese de ello a los Salesianos en las conferencias, exhortándolos a ahorrar gastos lo más posible. Y, una vez más, sea bendito el Señor por la benevolencia que nos dispensa el Cardenal. Vaya don Miguel Rúa alguna vez a visitarle.

Todo esto sucedía el día veintiocho de febrero. El veintinueve por la mañana lo visitó el doctor Albertotti, que no lo encontró en buenas condiciones e hizo cuanto pudo para disuadirlo de la determinación tomada.

—Si llega vivo hasta Niza, le dijo, será un milagro.

—¡Si no vuelvo ya, paciencia!, contestó don Bosco. Esto quiere decir que antes de marchar arreglaremos todo; pero es necesario marchar.

—Presten mucha atención, recomendó el médico al secretario, apenas salió de la habitación. No me extrañaría que don Bosco dejase de vivir, sin que ninguno de ustedes se dé cuenta. No se hagan ilusiones.

[35] El Santo hizo lo que había dicho al Doctor. Por la tarde, mandó llamar al notario y a los testigos y dictó su testamento como si estuviese a punto de emprender el viaje para la eternidad. Mandó llamar después a don Miguel Rúa y a don Juan Cagliero y, señalando la escritura notarial que estaba sobre la mesa, les dijo:

—Aquí tenéis mi testamento. Os he dejado a los dos herederos universales. Si no vuelvo, como teme el médico, ya sabréis vosotros cómo está todo.

Y como don Bosco no tenía nada más que añadir, don Miguel Rúa salió de la habitación muy emocionado y apenado probablemente, aunque exteriormente se dominara como solía. El Santo hizo señas a don Juan Cagliero para que se quedara. El hijo entrañablemente querido, después de unos instantes de silencio, le preguntó:

—Entonces ¿quiere usted salir de veras en este estado?

—¿Qué quieres que haga?, le contestó. ¿No ves que nos faltan recursos para seguir adelante? Si no salgo, no sabría cómo arreglármelas para proveer de pan a nuestros jóvenes. Sólo puedo esperar socorros de Francia.

—¡Eh!, replicó don Juan Cagliero llorando como un niño. Hemos ido adelante hasta ahora a fuerza de milagros. ¡Veremos... también éste! Vaya ¡y nosotros rezaremos!

—Así, pues, salgo para Francia. El testamento está hecho y todo está en regla. Te lo entrego en esta caja. Guárdala y que sea para ti mi último recuerdo.

Don Juan Cagliero, convencido de que conocía suficientemente su contenido, la tomó y sin abrirla se la echó al bolso. No la abrió hasta seis meses después cuando el Santo, contra las previsiones del médico y contra toda esperanza, regresó. Entonces vio que dentro estaba el anillo de oro que había pertenecido al padre del Santo. El guardó durante toda su vida aquel hermoso recuerdo como un precioso y querido tesoro.

[36]

CAPITULO II

POR LIGURIA A FRANCIA Y DE FRANCIA OTRA VEZ A LIGURIA

ESTA vez la salida de don Bosco para Francia dejó en los corazones un sentimiento de acentuada tristeza, que su habitual jovialidad intentaba atenuar sin conseguirlo. Era, en realidad, una escena conmovedora que infundía compasión, verlo tan achacoso salir del Oratorio e ir por el mundo para implorar la caridad.

Rezar y hacer rezar fue desde aquel momento la palabra de orden en toda la casa. En el último decenio de su vida una corona de jovencitos, durante el recreo de la merienda, se reunían en la antesala de su habitación, junto a un altarcito con una estatuita de la Virgen, para rezar algunas oraciones por su padre y bienhechor. Cuando se hubo marchado, esta piadosa práctica se prosiguió con mayor fervor.

Le acompañaron hasta Alassio, don Julio Barberis y don Angel Savio. Los superiores de aquel colegio, que lo esperaban en la estación, lo encontraron muy alegre, aunque hasta allí había sufrido un intenso dolor de cabeza y malestar de estómago. En el atrio del Instituto, los alumnos le saludaron con un himno expresamente compuesto en su honor por don Carlos M.ª Baratta. Para dar facilidad a todos de besarle la mano, empleó un buen cuarto de hora en atravesar la turba juvenil. Se fue inmediatamente a **[37]** descansar, haciendo que le pusieran una campanilla junto al lecho y advirtiendo a don Julio Barberis que, si oía llamar, acudiese inmediatamente.

Durmió bastante bien y tuvo uno de sus sueños acostumbrados que contó a don Francisco Cerruti.

Le pareció encontrarse en la plazuela existente al comienzo de la calle de San Máximo, bajando hacia el edificio Defilippi. En ella había concentrado un grupo de personas que le rodeó diciéndole:

—Don Bosco, le estábamos esperando.

—¿Y qué queréis de mí?

—Que venga con nosotros.

—Vamos; es cosa fácil el contentaros.

Le condujeron al lugar ocupado entonces por el taller de fundi-

ción, en la planta baja situada bajo sus habitaciones, y antes parte del prado donde había comenzado la gesta del Oratorio. Don Bosco entró con ellos por una puerta, pero en lugar de penetrar en el taller de fundición se encontró en una hermosísima iglesia.

—Usted ahora, don Bosco, nos debe hacer una plática, le dijeron.

—Pero yo no estoy preparado.

—No importa. Díganos lo que se le ocurra.

—Bien, prediquemos, pues.

Subió al púlpito donde comenzó a razonar sobre las malas costumbres. Describió el diluvio universal y la destrucción de Sodoma, continuando con tal orden en la distribución de los puntos, que al despertarse se acordaba perfectamente de todo:

Hecho el sermón, la gente se dijo.

—Ahora debe celebrar la Santa Misa.

—No tengo dificultad alguna, replicó, ahora mismo.

Fue, pues, a la sacristía. Pero faltaba todo. Tuvo gran dificultad en encontrar el misal, después no hallaba el cáliz, seguidamente tuvo que buscar la patena; por último, no había ni hostias ni vinajeras; registra aquí, busca allá, lo encontró todo, se revistió y salió al altar. Al llegar a la comunión, algunas personas se acercaron a comulgar. Apartó el misal, pero no estaba la llave del sagrario. Angustiado, la busca por el **[38]** altar sin encontrarla. Nadie se movió para ir por ella. Entonces baja él mismo del altar, se quita la casulla y, revestido con el alba, comienza a buscar a alguien que le ayudase a encontrar la llave. De la iglesia pasa al edificio contiguo donde entonces vivían las hermanas; pero no encuentra alma viviente. Finalmente oye reír. Era la voz de don Antonio Notario. Entra en aquella habitación y se encuentra con el mismo hablando y riendo con un jovencito.

—Sabe, se dice para sí don Bosco, que en la iglesia lo necesitamos y que falta la llave del sagrario y está aquí riendo.

Una vez que hubo entrado, pidió la llave del tabernáculo y, obtenida, volvió al altar.

Don Bosco, al recorrer la Casa de las Hermanas, no encontró ni a una sola. Cuando llegó de nuevo al altar, prosiguió y terminó la misa. El sueño duró toda la noche.

El día siguiente, que era domingo, celebró sin dificultad; pero mas tarde, después de dar audiencia a dos o tres personas, tuvo que suspender toda actividad, porque se desvanecía. Hubo que llevarlo a su habitación. Como se había anunciado una conferencia para los Cooperadores en la iglesia del colegio, se le aconsejó que no tomase la

palabra y habló en su lugar el director don Francisco Cerruti, mientras él asistía en el presbiterio. Acudieron también don Nicolás Cibrario, de Vallecrosia, y don José Ronchail, de Niza. El *Boletín* de abril, al dar la noticia, aprovechaba la ocasión para recomendar a las oraciones de todos a don Bosco, que desde algún tiempo sentía que se debilitaban sus fuerzas. «No hay nada alarmante por el momento, escribía don Juan Bonetti; pero un excelente doctor de Turín, que le visitó antes de emprender el viaje, nos dijo que no debemos hacernos muchas ilusiones acerca de su vida; puesto que, añadió, teniendo en cuenta los trabajos que ha llevado a cabo, puede considerarse a don Bosco como un viejo de cien años, aunque no tenga más que setenta».

Don Francisco Cerruti, con la idea de distraerle un poco, lo llevó a bendecir a un joven de más de veinte años, un tal Airoldi, que se había vuelto loco. Este, en su locura trató descortésmente a don Bosco. El Director, aunque le veía tranquilo, manifestóle su pesar por las palabras **[39]** y modales vulgares de aquel infeliz.

—¡Oh, querido mío!, contestó el Santo, esto no es nada. ¿Quieres saber lo que me sucedió en Turín hace unos años?

—Sí, cuéntemelo.

Y le contó don Bosco que, un día, había ido a visitarle una señora y le rogó encarecidamente que fuese a ver a cierto señor próximo a morir. Ocupaba éste un altísimo grado en la masonería y había rechazado resueltamente de su lado a todo sacerdote; aunque con dificultad, sólo permitía que se invitase a don Bosco. Acudió el Santo al momento; pero, nada más entrar en la habitación y cerrar la puerta, oyó que le decía con un esfuerzo desesperado:

—¿Viene como amigo o como sacerdote? ¡Pobre de usted, si me mienta la confesión!

Y, dicho esto, sacó dos pistolas, que tenía a los dos lados de la cama, se las apuntó al pecho y siguió diciendo:

—No olvide que, sólo al oír la palabra confesión, un tiro será para usted y el otro para mí. Ya no me quedan más que unos pocos días de vida.

—¿Y no se asustó usted?, le preguntó don Francisco Cerruti.

Le contesté sencillamente que estuviese tranquilo, pues no le hablaría de confesión sin su permiso. Le pregunté después sobre la enfermedad y el diagnóstico de los médicos. A continuación, empecé a hablarle de cosas de historia, hasta que, paso a paso, llegué a describirle la muerte de Voltaire. Acabé diciendo que, si bien algunos opinaran que Voltaire se condenó, yo no le daba por condenado o, por lo

menos, no me atrevía a afirmar que lo estuviese, puesto que la misericordia de Dios es infinita.

—¿Cómo puede ser esto?, interrumpió el enfermo, que había seguido con interés la narración. ¿Todavía hay esperanza para Voltaire? Tenga entonces la bondad de confesarme.

—Me entregué a ello: lo preparé y lo confesé. Al darle la absolución rompió a llorar, exclamando que nunca había gozado de tanta paz en su vida como en aquel instante. Hizo todas las retractaciones del caso. Al día siguiente, recibió el Viático; pero llamó primero a todos los de casa y pidió **[40]** públicamente perdón del escándalo que les había dado. Después del Viático, se recobró y vivió todavía dos o tres meses que dedicó a la oración, a volver a pedir perdón y a recibir varias veces con gran edificación a Jesús Sacramentado. Ten en cuenta, repitió don Bosco, que aquel señor tenía un alto grado en la masonería. Demos gracias a Dios por todo [1].

El día tres, a las nueve, salió para Menton en compañía de don Julio Barberis y don José Ronchail. Una bonísima y rica familia polaca, que vivía allí, le había prometido una importante limosna si aceptaba su hospitalidad. Cuando se les aseguró por carta que iría a su casa, aquellos señores avisaron a cuantos compatriotas de los alrededores pudieron, de suerte que, entre unos veinte que acudieron de Niza, más los de Mónaco y Cannes, se juntaron cuarenta personas. Pero, al informarse de su delicada salud, fueron tan discretos que se pusieron de acuerdo para no cansarlo; en consecuencia cada uno preparaba de antemano lo que quería decirle y no le exigía más respuesta que un sí o un no. De esta manera, pudieron hablarle todos sin aumentar su cansancio.

Cuando terminaron las audiencias, rogáronle que visitara a un sacerdote anciano gravemente enfermo y desahuciado por los médicos. Fue al instante, y ya lo encontró casi sin conocimiento. Preguntóle cómo se encontraba, mas no dio señales de haber entendido. Entonces el Santo le gritó fuertemente al oído:

—¿No me entiende?

El enfermo balbuceó unas palabras sin sentido y el Siervo de Dios añadió:

—¿Conoce usted a don Bosco?

—¿Don Bosco? Sí, le conozco; ¿qué pasa?

—Yo soy don Bosco. ¿Tiene algo que decirme?

—¿Cómo puede ser esto? ¿Usted aquí?

---

[1] *Summarium super introductione causae* (testigo don Francisco Cerruti), pág. 467.

Y de golpe se sentó en la cama y dijo que quería levantarse. La hermana pensó que había perdido el juicio. Pero él repetía:

—Te digo que me quiero levantar. Avisa al párroco que no se moleste; yo no estoy enfermo como para recibir los Santos Oleos.

[41] Efectivamente se levantó, hablaba perfectamente y, al día siguiente, fue a oír la misa de don Bosco. Debemos, sin embargo, añadir que recayó unos meses después; y entonces no estaba ya don Bosco para hacerle levantar. Es innegable, a pesar de todo, que la primera vez las declaraciones de los médicos habían quitado toda esperanza de volver a verlo en pie. Don Bosco pernoctó en Menton con don José Ronchail, y don Julio Barberis siguió viaje a Niza con la alegre noticia de que él llegaría allí a la mañana siguiente. Como quiera que se supo también fuera de casa la hora de su llegada, se encontró don Bosco, sin pretenderlo, en un brete. El marqués de Avila, español, acudió a la estación con su coche para llevarlo a casa; pero también la condesa de San Marzano envió el suyo guiado por el barón Héraud. Los dos reclamaban el honor de llevar a don Bosco en su coche y ninguno de ellos estaba dispuesto a ceder. Don Bosco cortó la cuestión entrando en el que estaba más cerca, que era el de la Condesa, y asignando el otro coche a don Julio Barberis, que había ido a esperarlo, y a don José Ronchail.

—Son dos hombres de bien, se lo aseguro, dijo al Marqués al ofrecérselos.

Además de la mayor proximidad del coche había también una razón especial para la preferencia tenida por don Bosco. La Condesa le había visitado en el Oratorio pocos días antes de que saliese don Bosco y quiso le diera seguridad de que, a su llegada a Niza, se serviría de su coche para ir, desde la estación, al *Patronage* de San Pedro. Por lo demás, no fue aquella la primera vez que sucedieran en Niza estas embarazosas porfías, que ponían a prueba la rapidez de sus agudas ocurrencias. En cierta ocasión, se encontró no con dos, sino con toda una fila de coches de nobles señores y, a medida que iba avanzando, el lacayo de cada uno decía señalándole el propio: —Aquí tiene el coche del Conde tal; quisiera tener el honor de que usted se sirviera de él... —Aquí tiene el coche del Duque cual, quien le ruega se digne servirse de él... —Este es el coche de la Marquesa X, a quien usted prometió aceptarlo para ir al *Patronage*... **[42]** Y, de esta manera, siete u ocho veces más. Don Bosco, que a primera vista había adivinado de qué se trataba, no queriendo ofender a los demás, aceptando la invitación de uno, dijo:

—Escuchen; vamos a arreglarlo así. El coche de la señora Marque-

sa, al que ya me comprometí en Turín, me llevará hasta el *Patronage*. El señor Conde vaya y esté preparado a la puerta del colegio; en cuanto yo llegue allí, subiré a él y me haré conducir de nuevo a la estación. El coche del señor Duque quédese aquí, porque yo no tardaré en volver y con él me haré llevar otra vez a casa. Seguiremos así hasta que todos queden satisfechos.

Aquellos señores, cada uno de los cuales ignoraba la intención de los demás, al darse cuenta del caso, comprendieron su apuro, rieron la graciosa salida y no llevaron a mal que hubiese tomado el coche de la Marquesa.

En el colegio encontró, con los alumnos, a muchísimos señores, que habían acudido para tomar parte en la recepción. Los Salesianos experimentaron una gran pena cuando, después de retirarse los forasteros, le vieron expectorar saliva mezclada con sangre; todos se pusieron de acuerdo para impedir que lo molestasen. Don José Ronchail, especialmente duro como las rocas de sus Alpes, era inexorable, despidiendo sin prestar oídos a las razones de cuantos pedían ser recibidos. Le proporcionó enseguida una esmerada visita del doctor D'Espiney, autor de la conocida biografía. Este rogó a don Bosco que guardara cama y le esperara hasta las siete; examinó después diligentemente su estado y formuló un diagnóstico muy diverso del de sus colegas de Turín. La extraordinaria inflamación del vientre era efecto de la hinchazón del hígado, que aumentaba con las medicinas que le habían prescrito en Turín. Además de otras cositas, le ordenó que tomara cada día dos cucharaditas de quinina disuelta, para combatir la fiebre, que le asaltaba diariamente.

Enseguida experimentó los benéficos efectos de la nueva medicación. Sin fatigarse, pudo celebrar la misa el día seis por la mañana ante más de quinientos forasteros. Para la comida del mediodía aceptó la invitación de los señores de Montigny, que después le entretuvieron en conversación **[43]** por lo menos un par de horas. Al salir de allí fue a ver a un señor enfermo. Era un americano de Bahía (Brasil), que ofrecía a don Bosco en su ciudad una casa amueblada, con tal de que enviase allí a los Salesianos. La dueña de la casa donde vivía el enfermo, quedó tan encantada de la conversación del Santo que fue varias veces a visitarlo, declarándose dispuesta a cederle sin más aquel edificio, para que lo destinara a residencia de sacerdotes ancianos, imposibilitados para el trabajo. El Siervo de Dios volvió al colegio cansado, cansadísimo; y, sin embargo, celebró todavía reunión capitular para tratar de la admisión de un hermano a los votos y de otros a las sagradas órdenes.

Al saberse en la ciudad su mejoría, acudieron sin parar los coches de los visitantes. Don Bosco, muy amablemente como de costumbre, daba audiencias, incluso prolongadas. Uno iba para entregarle una limosna, otra para pedirle consejos espirituales, otro para referirle gracias obtenidas por intercesión de María Auxiliadora. Algunos que el año anterior habían recibido su bendición y a quienes les había aconsejado hacer ciertas oraciones por su necesidad, declaraban entonces que habían sido escuchados. Otros, que habían escrito a Turín, daban ahora las gracias; otros, por fin, se recomendaban al Santo y se marchaban con la confianza en el corazón. Una muchacha de catorce años llevó el dinero obtenido con una rifa organizada por ella misma. En 1883 los médicos la daban por desahuciada. En aquel trance don Bosco la había bendecido y había recobrado la salud. Agradecida, no hacía más que hablar de don Bosco, postulando para las obras salesianas.

Llegó a Niza el coadjutor Rossi del Oratorio, procedente de París y de Marsella, donde había estado por asuntos de la Congregación; llegaron don Pedro Perrot, de La Navarre, y don Nicolás Cibrario, de Vallecrosia. Llegó una carta de Praga escrita por fray Pedro Belgrano, agustino, el cual, en nombre de la emperatriz María Ana de Austria, agradecía un ejemplar elegantemente encuadernado de los *Boletines,* que don Bosco le había enviado y remitía una limosna de quinientas liras, encomendándose a sus oraciones para obtener una gracia especial.

[44] El siete de marzo recibió don Bosco a los seminaristas. Eran unos cincuenta. Se reunieron en la biblioteca, que servía de antesala. Después de decirles unas breves palabras, los bendijo y ellos desfilaron uno por uno para besarle la mano. También le visitaron varios predicadores cuaresmales, pero individualmente. Se hablaba de don Bosco en todas partes.

El día diez tuvo lugar una escena curiosa en la habitación de don Bosco.

Presentóse una madre con un chiquillo de unos diez años, que llevaba los ojos vendados.

—Hace ya algún tiempo, decía la mujer, este hijo mío sufre tanto de los ojos que se queja siempre y grita durante toda la noche.

Don Bosco lo bendijo, le dio a besar la medalla de María Auxiliadora y después le preguntó:

—¿Qué mal sientes?

—Ninguno, contestó el muchacho.

—¿Cómo que ninguno?, respondió la madre. ¡Le duelen mucho los ojos, Padre!

—¿Te duelen todavía los ojos?, volvió a preguntarle el Santo.

—No, ya no me duelen.

—Que sí que le duelen, repitió la madre. No puede aguantar la luz y grita continuamente.

—¿Puedes ver?, le preguntó don Bosco, después de quitarle los emplastos de los ojos.

—Sí, veo perfectamente, respondió.

—¿Puedes fijar la mirada en la luz?

—Sí, puedo; dijo el muchacho mirando afuera por la ventana.

La madre no se podía sosegar, como si temiese pasar por mentirosa. Al oír las respuestas del hijo, perdió los estribos de tal modo que hubo un momento en que quería abofetearlo. Don Bosco tuvo que decirle:

—Pero, ¿en qué quedamos? ¿Quiere usted que su hijo esté enfermo? Pues bien, si así lo quiere...

El hijo, por el contrario, brincaba, reía, miraba acá y allá, sin comprender por qué tenía que prestar más fe a la madre que a él mismo. En realidad, estaba perfectamente curado.

[45] Aquella tarde quiso don Bosco dar una conferencia a los Cooperadores y amigos en la capilla interna del *Patronato.* Llegaron cien coches que se colocaron en la carretera que pasa por delante de la casa. Como era la época turística, muchos no eran de Niza. El Santo habló durante tres cuartos de hora, describiendo las obras salesianas y demostrando cuánta necesidad tenía de que los buenos cristianos le ayudaran en sus obras benéficas. Bajó del púlpito y pasó él en persona a hacer la colecta. Recogió mil ochocientos francos, la mitad de la última vez; pero hay que tener en cuenta que aquel año se atravesaba un período de crisis económica, por lo que estaban estancados los negocios y había disminuido mucho el número de turistas forasteros. La tentativa de una exposición nacional, en lugar de aportar ganancias, había producido apuros económicos, causando pérdidas a los especuladores, a los expositores y a la comisión organizadora.

La salud de don Bosco iba muy bien; por eso repetía muchas veces al día: *Bendito sea Dios en todo.* Así, el día doce, pudo ir a Cannes en compañía de don José Ronchail. Tal vez pertenecen a este viaje unos episodios, de los que nos habla una cooperadora, apoyándose en la fe de testigos oculares.

En Cannes el Santo celebraba con gusto la misa en la iglesia de las religiosas de Santo Tomás de Villanueva, que dirigían un orfanato de niñas fundado por los marqueses de Vallombrosa. Apenas se esparcía la voz de que iba allí don Bosco, como por ensalmo acudían de todas

partes de la ciudad hasta llenar capilla y patio. Una mañana le presentaron para que le bendijera una muchacha con una enfermedad intestinal, que le causaba hinchazón del vientre. Preguntóle la madre, después de la bendición, si la niña curaría:

—Sí, contestó don Bosco; pero el Señor les pedirá a ustedes un gran sacrificio.

Efectivamente la enferma curó; pero, de allí a poco, la señora perdió a su padre.

En otra ocasión estaban reunidas alrededor del Santo las huérfanas a las que había bendecido y, de pronto, dirigiéndose a la superiora, le dijo:

—Usted, madre, tiene a una de estas muchachas **[46]** muy enferma.

Exactamente era así; pero el mal no se veía, puesto que se trataba de una úlcera maligna en la base de la espina dorsal. Había que renovar las curas cada día. Don Bosco se acercó a la joven, que tenía unos dieciocho años, y, después de bendecirla, le dijo:

—Se curará, sí se curará, hija mía.

Y efectivamente curó.

Un día, mientras se entretenía familiarmente con las buenas religiosas, les preguntó:

—¿Qué quieren que pida al Señor para ustedes?

—Que nuestras muchachas sean muy piadosas, le respondieron.

—¿Podría decirnos, preguntó una de las más antiguas, si volveremos al hospital?

Antes de la ley de supresión de las órdenes religiosas, llevaban ellas desde hacía mucho tiempo la dirección del hospital de Cannes, que cayó después en manos del Gobierno y fue secularizado. Ante aquella pregunta, levantó el Santo los ojos al cielo, y contestó:

—Sí, pero tiene que pasar todavía algún tiempo. Yo ya habré muerto, usted también habrá muerto, usted también...

Y fue repitiendo las mismas palabras a todas individualmente, excepto a una sola; a la que saltó. Esta se llamaba sor Valeria, la cual en, efecto, murió el año 1932, dos años después de la vuelta de las hermanas a su antiguo hospital.

Esta hermana no estaba presente cuando don Bosco habló a la joven de la úlcera. Habiendo entrado de improviso después del hecho, le dijo:

—Padre, tenemos una joven muy enferma...

Y don Bosco la interrumpió diciendo:

—Lo sé, sor, todo está remediado.

Después de la partida para Cannes, habíase presentado en Niza una Condesa para rogarle que fuera a bendecir a un nietecito suyo, que padecía dolorosísimas convulsiones con las que parecía iba a morir asfixiado; pero, no habiéndolo encontrado, le telegrafió a Cannes. Dos días después, llegó momentáneamente don José Ronchail a Niza y le sustituyó don Julio Barberis para atender a don Bosco. Volvió de nuevo la Condesa a preguntarle:

—Usted, que estaba con don Bosco, ¿sabría decirme con exactitud la hora en que recibió mi telegrama?

[47] —Lo recibió a las cuatro y media de la tarde e inmediatamente envió la bendición de María Auxiliadora, rezando por el enfermo.

—¡Qué maravilla!, exclamó la señora. A las cuatro y media en punto cesaron las convulsiones y el chiquitín ya está mejor, y casi totalmente curado.

La primera vez había dado una limosna y, la segunda, dio otra mayor.

Acompañado por don José Ronchail y don Julio Barberis siguió el Santo viaje hacia Fréjus, donde comió con el Obispo, siempre muy bondadoso con los Salesianos. No se había dicho nada a nadie de que don Bosco iba a Fréjus; al mismo Obispo habíasele escrito la tarde anterior a hora muy avanzada.

A pesar de todo, inmediatamente después de la comida, había una multitud de personas esperando en palacio para hablarle, y él, siempre condescendiente, dio audiencias hasta la hora de salir. Entre otros, se presentó el vizconde de Villeneuve, que vivía cerca de la casa de La Navarre, para rogarle que diese allí a su hijo la primera comunión. No tenía el niño los once años cumplidos, y, por entonces, no se admitía en Francia a los niños a la mesa eucarística hasta los catorce años cumplidos. Por consiguiente, el párroco se oponía resueltamente a aquella peligrosa excepción; el Obispo mismo habría negado el permiso, de no haber intervenido el Santo de la comunión temprana y frecuente.

Lo acompañaron a la estación los dos Vicarios Generales, el predicador de la cuaresma en la catedral y cinco o seis personas más. Después de despedirse de don José Ronchail, que volvió a Niza, siguió con don Julio Barberis hasta Tolón, donde le esperaban ansiosamente los condes Colle. Pasó la noche con ellos. En el mes de febrero don Bosco había pedido al Conde cien mil francos para comprar la casa Belleza [1]: mas su carta, no bien entendida, produjo alguna turba-

[1] Véase Vol. XVI, pág. 572.

ción en el ánimo de ambos. Oídas las explicaciones en aquella ocasión, intercambiáronse los dos algunas palabras, y concluyó el Conde sonriendo:

[48] —Pues bien, le daremos cincuenta mil francos, cuando podamos.

—¿Y por qué no cien mil?, replicó la Condesa.

—Bueno, sean cien mil, añadió el Conde. Aunque, pensándolo mejor... tengo que vender ciertos títulos... Si te parece bien (volviéndose a su esposa), podríamos dar a don Bosco ciento cincuenta mil francos.

—Sí, sí, aprobó la santa mujer.

—Helos, pues, aquí: cincuenta mil francos para comprar los terrenos Belleza del Oratorio; cincuenta mil para la iglesia del Sagrado Corazón en Roma y cincuenta mil para las misiones de Patagonia.

La generosidad superó toda esperanza; más tarde dobló la cantidad para la compra dicha. Cuando el Conde y la Condesa tenían la suerte de hablar con don Bosco, no se cansaban de preguntarle y escucharle. Aquella noche ya se prolongaba mucho la conversación después de cenar, sin que diesen muestra de querer acabar. Hacia las diez, don Bosco se caía de sueño y dio a entender que sentía necesidad de descansar. Se levantaron, pero el diálogo siguió en pie. Por fin, tomó el Conde la luz y le acompañó con la Condesa hasta la puerta de la habitación preparada para él; pero estaban ya en el umbral y saltaron nuevas preguntas, que requerían nuevas respuestas. Entró, por fin, y siguióle el Conde para cerciorarse de si todo estaba en orden. Cuando el Siervo de Dios se acostó, faltaba poco para medianoche.

Partió a los ocho y media del día quince y, en dos horas, llegó a Marsella. Como de costumbre, el gentío de visitantes se apiñó a su alrededor sin parar. Sin embargo, todo procedía con más tranquilidad que el año anterior. Pero se repitieron con más frecuencia los casos de señoras, que, queriendo confesarse con él y no sabiendo cómo lograrlo de otro modo, se arrodillaban en el suelo en medio de la habitación y empezaban la acusación de sus faltas. Inútilmente insistía don Bosco diciendo que aquél no era lugar para confesar a mujeres y que las leyes **[49]** de la Iglesia no lo consentían; no había manera de hacerlas callar.

—Es que yo no puedo confesarla aquí, replicaba don Bosco.

—Vamos, pues, a la iglesia.

—No puedo, no tengo tiempo.

Era preciso resignarse. Cuando terminaban, les decía:

—¿Y ahora qué hacemos? No me es lícito darle aquí la absolución.

Pero ellas no se desconcertaban, sino que se consideraban felices por haberle abierto su corazón y recibir de él algún buen consejo.

Recibió en Marsella una carta muy conmovedora de París. En el año 1883 había bendecido allí a una muchachita de unos diez años, dejando en ella tal impresión de bondad, que quedó como santamente sugestionada. Habiéndose enterado de los apuros económicos de don Bosco, la niña guardó desde entonces en adelante todo el dinero que recibía como regalo, sin gastar ni un céntimo, como acostumbran los niños para chucherías o juguetes; y cuando tuvo reunidos cien francos, se los envió con una cartita suya, acompañada por otra de la madre [1].

Cerca de Marsella estaba la casa de la Providencia, abierta en otoño de 1883 para los novicios franceses. Ya hemos hablado del sueño, en el que don Bosco había visto claramente tres años antes el lugar del futuro noviciado [2]; nos falta ahora completar la narración y hablar de la visita que hizo el Santo.

El año 1883 la señora parisiense Pastré, después de haber oído a don Bosco en la Madeleine, quiso a toda costa abrirse paso entre el inmenso gentío para llegar hasta él, hablarle en la sacristía y poner en sus manos una limosna, como veía que hacían muchas otras señoras; después, rebosando alegría, se fue. No mucho más tarde cayó enferma la hija y se agravó hasta llegar a las puertas de la muerte. Con aquellos días de preocupación coincidió el día **[50]** onomástico de la madre y he aquí que la víspera le llegaba una carta de don Bosco con la felicitación y la promesa de que la hija curaría; que empezara, por tanto, una novena a María Auxiliadora, al tiempo que él unía desde Turín sus oraciones a las de ella.

¿Cómo había podido enterarse don Bosco de la enferma? ¿Y cómo podía conocer con tal precisión la calle y número de su casa? Impresionada por el doble enigma, empezó con fervor la novena. Al tercer día, la hija, que hacía días no probaba bocado, pedía de comer. Volvió a pedirlo por segunda y tercera vez; después se levantó y pudo caminar y, una vez terminada la novena, fue a la iglesia para dar gracias a la Virgen.

Toda la familia, fuera de sí por la alegría, estudiaba cómo demostrar su agradecimiento cuando se supo que don Bosco necesitaba una casa cerca de Marsella para instalar a sus novicios, y la señora que, además de algunas fincas por los alrededores de París, poseía otras dos

[1] *Bull. Salés.* mayo 1884.
[2] Véase Vol. XV, pág. 57.

próximas a Marsella, ofreció inmediatamente una a don José Bologna y a don Pablo Albera. Fueron éstos a verla y les pareció capaz, bien emplazada y bien amueblada, ya que la señora no quería tocar los muebles que en ella había. A tambor batiente, se estipuló un contrato legal de arriendo para quince años por mil doscientos francos al año; pero la propietaria se obligaba, con escritura privada, a ceder el uso completo y gratuito durante todo aquel período, dejando para otra fecha otras determinaciones; en aquel momento, había razones familiares que no le dejaban mano libre para obrar de otro modo [1].

Don Bosco fue el diecisiete de marzo a ver aquel nuevo vivero de la Congregación. Fue recibido con las acostumbradas aclamaciones y, apenas puso el pie en casa, preguntó:

—¿Hay pinos?

—¡Sí; los hay!

—¿Pero muchos?

[51] —¡Sí muchísimos! Toda la montañeta está cubierta de pinos.

—¿Hay también alamedas?

—Sí, muy hermosas.

—Pero ¿hay una o más de una?

—Hay varias.

—¿Hay también un canal de agua, detrás de la casa?

—Hay un magnífico canal.

—¿Pero atraviesa de parte a parte toda la finca?

—La atraviesa totalmente.

—Pues bien, es realmente aquélla. No necesito verla. Más aún, ahora comprendo por qué en el sueño no se me dijo: Aquí tienes una casa, que te ha sido regalada o comprada, sino que se me dijo: Esta casa está a tu disposición.

El último Capítulo General había reconocido la necesidad de un noviciado especial para Francia, y eso antes de que se hiciese el ofrecimiento; he aquí, pues, cómo aquella providencia venía no sólo a confirmar la verdad del sueño, sino también a sancionar la determinación tomada.

El buen Padre hubiera deseado pasar un rato después del mediodía con aquellos sus hijos queridos; pero tuvo que conformarse con unos pocos minutos, porque iba llegando gente y las señoras de la comisión marsellesa, que habían determinado celebrar una reunión en la nueva casa bajo la presidencia de don Bosco, y ya estaban dando vueltas por las alamedas. Don Bosco las recibió con la mayor bondad,

[1] Véase el *Libro de actas* de la Comisión de Damas, de Marsella, 16 de noviembre de 1883.

interesándose por las presentes y también por las pocas que no habían podido acudir. Rezáronse las oraciones reglamentarias, oyó la lectura del acta de la última sesión, dio las gracias por las laudatorias palabras en ella consignadas sobre su persona y, como algunas se lamentaban de que ciertos suscriptores se negaban a seguir dando sus caritativas aportaciones, dijo:

—En estos casos, no se puede hacer más que estar tranquilos y buscar la manera de substituir a quien se retira. Es verdad que los tiempos son críticos; mas, por el bien de las almas, de la sociedad y de nosotros mismos, importa mucho preservar a la juventud en medio de tanta perversidad. La escuela **[52]** del mal no actúa sólo en la sociedad; sino que, a menudo y por desgracia, los jóvenes encuentran maestros de perversión hasta en sus casas y entre sus parientes. Es consolador ver los buenos resultados que se obtienen en San León; es muy consolador, además, observar cómo los alumnos observan buena conducta y gozan de perfecta salud. Tienen todos buen apetito y es una delicia verlos comer, aunque vengan después las cuentas del panadero.

Alabó, a continuación, el celo de la Comisión, diciendo que él no podía olvidar su benevolencia con el oratorio de San León y asegurando que cada mañana tenía por ellas un recuerdo especial en el altar. Supuso al llegar a este punto que le preguntaran si hacía lo mismo con todas las Comisiones, y contestó:

—Les diré que, en otras partes, ya se ha hablado y vuelto a hablar de las comisiones; pero las buenas intenciones no dan pan para sostener a nuestros jóvenes, de modo que sólo en Marsella hay una verdadera comisión.

Algunas socias pusieron de relieve que, si sólo en Marsella había una comisión, era porque sólo en Marsella había un cura párroco como el canónigo Guiol. Don Bosco manifestó su satisfacción de que se reconociera esta verdad y de poder manifestar su alegría. Después siguió diciendo:

—Ya que no puedo dar las gracias personalmente a cada una de las señoras de la comisión, lo hago a todas juntas en la persona del párroco, organizador de la Comisión y tan benemérito de la obra. Mientras Dios no llame a don Bosco a la eternidad, recordará a todas de una manera especial ante el Señor para que les colme de sus bendiciones en este mundo y, a su tiempo, lo más tarde posible, les dé el paraíso.

Por fin habló de San León:

—El oratorio marcha bien, dijo. En este momento no hay albañi-

les en casa y, por tanto, las salidas casi no superan las entradas. Pero se necesitaría dinero para el Orfanato de Saint-Cyr, donde se preparan unas niñas pobres para la agricultura. Hay que hacer reparaciones cuando todavía no se ha pagado el tejado. Don Pablo Albera no quiere darme nada y, por eso, yo recomiendo Saint-Cyr a la Comisión.

Para hacer efectiva esta recomendación, se determinó en la sesión el día veinticuatro de abril que, **[53]** reservando la zona de Marsella totalmente para San León, se recogería para Saint-Cyr el óbolo de la caridad en el territorio de Aubagne, en cuya periferia se encontraba la casa de Saint-Cyr. Una vez acabada la reunión, invitó a las señoras a ir a la capilla para la bendición, y después las recibió en audiencia una a una como deseaban, con lo que estuvo ocupado hasta la noche. Se hubiera deseado que durmiese en la quietud de aquella morada; pero, la promesa de celebrar en Marsella al día siguiente le obligó a salir [1].

Por las relaciones orales y escritas de don Julio Barberis, se sabe que el entusiasmo de Marsella por el Siervo de Dios superó toda imaginación. Empleados de toda clase se sentían honrados por atenderle; los notarios y abogados le ofrecían gratuitamente sus servicios, considerándose afortunados de que se los pidiese; los médicos le visitaban a él y a sus muchachos, felices por haberle hecho un favor; los poetas componían versos para ensalzarlo; y los pintores de valía sacaban su retrato. Los periodistas corresponsales de Francia llamaban la atención de los buenos sobre él en otros países. De la vecina España llegaban cartas entusiastas, invitándole a cruzar los Pirineos, y, en la lejana Hungría, el *Magyar Atlant* de Budapest publicaba en apéndice la traducción de la biografía de don Bosco, escrita por D'Espiney.

Adondequiera que iba recibía nuevas pruebas de la bondad de María Santísima, invocada con el título de Auxilio de los Cristianos. En las familias visitadas y en las cartas recibidas se percibía un himno continuo de acción de gracias a la Virgen por los favores obtenidos con su mediación durante el transcurso del último año. Iban a referirle curaciones extraordinarias, conversiones ansiadas, asuntos domésticos arreglados contra toda esperanza humana, beneficios espirituales y materiales obtenidos después de una novena o tras unas simples oraciones. Todo esto conmovía de tal manera al Santo que, al hablar de ello, se le saltaban las lágrimas; consolaba, **[54]** además, ver cómo se disipaba la errónea opinión de que se debía recurrir a él para alcanzar gracias, cuando, por el contrario, bastaba socorrer las obras sale-

[1] Lleva fecha del diecisiete de marzo una carta de don Bosco, de la que tenemos copia, mas sin designar al destinatario (Ap. Doc. núm. 5).

sianas para ser recompensados por la Santísima Virgen, que las consideraba como suyas.

El veintidós de marzo, fue a comer en casa del señor Broquier. Era un abogado muy conocido en Marsella; Pío IX le había encargado algunas causas, que interesaban a la Santa Sede. En otro tiempo, dominado por la manía de figurar, no se daba en la ciudad una fiesta importante a la que no acudiese para hacer alarde de su persona. Pero más tarde, meditando en la *vanitas vanitatum* de la gloria del mundo, había cambiado completamente de parecer y de sentimientos y vivía apartado incluso del foro. Tenía en casa capilla privada, donde pasaba buena parte del día en oración. Y, cada mañana, revestido con hábito de capuchino, ayudaba a la misa. Su mujer cantaba magníficamente; y, si en tiempos pasados, no faltaba nunca la señora Broquier para hacer gala de su voz en veladas públicas y en tertulias de las familias señoriales, ahora tampoco salía casi nunca, sino que trabajaba asiduamente agujando y calcetando para el oratorio de San León. Como eran muy ricos, los dos esposos gastaban mucho en beneficencia y socorrían a don Bosco con generosidad.

Después de la comida era esperado el Santo en varios lugares, a los que no pudo negarse a ir; pero lo aguardaban especialmente las monjas de la Visitación. Una de ellas hacía verdaderamente desesperar a las superioras, al capellán e incluso al Obispo. Don Bosco no la conocía ni sabía una palabra de sus extravagancias. Pues bien, apenas entró arrodilláronse las religiosas a la espera de su bendición, y, mientras se encomendaban todas a sus oraciones, él, tomando a aquélla de la mano le dijo:

—Rezaré especialmente por usted, para que el Señor le conceda esto y aquello, le libre de eso y de lo otro, y pueda usted hacer así y asá.

Las hermanas, sorprendidas primero y emocionadas después, se miraban unas a otras llorando y diciendo:

—¡Esto es un milagro!

Sugirióle, después, los medios para corregirse de sus defectos y aseguró a las superioras que, de aquel momento en adelante, ella no **[55]** sería ya la de antes. Por la fiesta de la Anunciación, fue el capellán a decirle que la monja se pasaba las horas en la iglesia rezando, que había pedido perdón a las superioras y que, desde hacía tres días, daba buen ejemplo a la comunidad en todo y por todo.

El día veinticuatro creció tan desmesuradamente la afluencia de visitantes que don Julio Barberis se coloccó a la entrada de la habitación obligándoles a pasar en grupos de seis y de ocho y recomendando

que saludaran, recibieran la bendición y se retiraran. Las dos primeras cosas las observaban, pero la tercera no había manera de lograrla. Los grupos se arrodillaban enseguida; pero, una vez recibida la bendición, se agolpaban a su alrededor, poniendo en sus manos rosarios y escapularios y entonces cada uno tenía una palabra que decirle, una limosna que entregarle, una bendición que pedirle para el hijo o la hija, para el padre o la madre, para el pariente enfermo, para necesidades familiares. Hubo un momento en el que estaban arrodillados ante él hasta cinco sacerdotes. Para aquel lunes había invitado a ir a San León a los novicios, ya que no les había podido hablar en la Providencia como él hubiera deseado; pero no les fue posible a éstos decirle una palabra.

Aunque estaba tan asediado, todavía encontró la manera de cumplir dos ceremonias. Por la mañana, bautizó y dio la comunión a un joven negro, internado en el oratorio; la capilla lógicamente estaba de bote en bote. Por la tarde, dio la conferencia a los Cooperadores, con asistencia del Obispo, que confirmó al negro. Fue breve y sencillo: pidió a los bienhechores que le ayudaran a pagar las facturas de panaderos y albañiles, pues los muchachos no podían vivir sin pan y sin techo. Monseñor apoyó y encareció sus recomendaciones y, cuando estuvo fuera, dijo de él:

—Habla como hablan los Santos; tan grande es la eficacia y la unción de sus palabras [1].

Todos los años los alumnos de la casa hacían una excursión a la finca del señor Olive, el generoso Cooperador, que ya conocemos. En esta ocasión el padre y la madre servían **[56]** la mesa de los superiores; y los hijos, las de los alumnos. Habían preparado una rifa, para la que cada uno de los superiores y de los muchachos tenía su número, de suerte que a todos les tocaba algún objeto; de este modo precisamente regalaron su coche al oratorio de San León. En 1884, se hizo la excursión durante la estancia de don Bosco en Marsella; y sucedió un curioso episodio. Mientras se divertían los alumnos por los jardines, una sirvienta acudió apurada a la señora Olive, diciendo:

—Señora, la olla, donde se cuece la sopa para los muchachos, tiene un escape y no logro en modo alguno poner remedio. Tendrán que quedarse sin sopa.

El ama, que poseía una gran fe en don Bosco, tuvo una idea. Mandó llamar a todos los muchachos y les dijo:

—Escuchad: si queréis comer la sopa, arrodillaos aquí y rezad un

[1] *Bull. Salés.* mayo 1884.

padrenuestro, avemaría y gloriapatri a don Bosco, para que haga restañar la olla.

Los muchachos obedecieron. Y, al instante, acabóse el escape de la olla. El hecho es histórico; pero, cuando don Bosco lo oyó contar, rióse con todas sus ganas y dijo:

—En adelante llamarán a don Bosco protector de los *stagnín* (soldadores o estañadores).

Los trabajos descritos hasta ahora no induzcan a creer que don Bosco se había rehecho como por ensalmo; su recuperación era tan escasa que el inspector, don Pablo Albera, muy preocupado por su situación, se adhirió a la sugerencia de quien le aconsejaba llamar al doctor Combal, profesor en la Universidad de Montpellier y verdadera celebridad médica. Acudían a él de todas partes de Europa, hasta de Prusia. Recibir la invitación y emprender el viaje fue cosa de un instante. Pasó la noche en el tren, y llegó a Marsella el día veinticinco, al rayar el día.

Era un católico ferviente y fue antes a cumplir con sus devociones en el santuario de la Guardia; después se presentó en San León. Introducido hasta don Bosco, se arrodilló a sus pies y besó humildemente su mano. Don Bosco, al ver su modesto traje y su humilde actitud, lo tomó por un ayudante del médico y, sin más, le pidió noticias de su jefe.

[57] —Soy yo Combal, dijo el doctor. Me considero muy afortunado por poderle ser útil de alguna manera y servirle.

—¿Es usted el célebre Combal? ¿Por qué, por qué, presentarse de esta manera? ¡No puedo permitirlo, levántese! ¡Qué dicha para mí poder conocerle!

Levantóse el doctor, examinó atentamente a don Bosco durante más de una hora, lo interrogó y estuvo pensativo un rato sin decir nada.

—Y bien, ¿qué le parece?, preguntó don Bosco.

—Usted, contestó el médico, ha agotado la vida con un trabajo excesivo. Es como un traje gastado, por haberlo llevado días festivos y laborables. Para conservar todavía este traje por algún tiempo, el único medio será guardarlo en el armario ropero. Quiero decir que la mejor medicina para usted sería el descanso absoluto.

—Pues éste es el único remedio, al que no puedo someterme, contestó sonriendo el Siervo de Dios. ¿Cómo es posible descansar, cuando se llevan entre manos tantos asuntos ya empezados?

—Comprendo, replicó el médico, pero ¿cómo hacer? Dé al menos a sus dependientes todo el trabajo que pueda, y usted descanse lo más

posible. Yo no sabría qué otro consejo darle. No encuentro desarreglos orgánicos; intentemos, por tanto, remediar su extremada debilidad general.

Rogáronle que extendiese un diagnóstico pormenorizado y prescribiese los remedios más eficaces, y se prestó a ello con gusto.

He aquí su informe:

Los informes, que me proporcionó el Rvmo. Padre don Bosco, acerca de los antecedentes y el resultado de las investigaciones, que yo mismo hice, nos autorizan a reconocer en él la existencia de un estado morboso general y local en el hígado.

A. Elementos generales:

1.º Debilidad general con anemia.

2.º Una dirección de flujo hacia la mucosa del aparato respiratorio.

3.º Erectismo nervioso.

4.º Tal vez también un residuo de infección palúdica.

[58] B. Elementos locales:

5.º Algo de irritación en la mucosa bronquial, resultante de la repetición de los movimientos del flujo.

6.º Ligero aumento del volumen del hígado.

Estos diversos elementos son la base de las indicaciones terapéuticas principales. Se tendrá que poner remedio con el auxilio de los medios siguientes:

1.º Tomar mañana y tarde, inmediatamente antes de cada comida, una cucharada de vino de Vial (fosfato de cal, pulpa de tamarindo y quina).

2.º Beber medio vaso de Vals, fuente Dominique, mezclada con el vino en las comidas.

3.º Tener libre el vientre tomando a intervalos (una vez a la semana) por la noche a la hora de acostarse una cucharadita de café con polvo de Vichy del doctor Soulegoce en un cuarto de vaso de agua.

4.º Régimen alimenticio mixto: carne con verdura cocida, huevos pasados por agua, lacticinios.

5.º Alternar cada mes durante diez días, el agua de Vals con la de la Bourbade, a beber en las comidas.

6.º Dejar por algún tiempo los trabajos habituales y sobre todo las tensiones de espíritu prolongadas.

Marsella, 25 de marzo de 1884

Firmado, COMBAL

Cuando el Santo tuvo en sus manos la hoja, dijo al Doctor:

—No sé cómo expresarle mi gratitud. Sé que usted es generoso, pero quiero que, al menos, no tenga usted que cargar con los gastos del viaje.

—De ningún modo, contestó con brío el Doctor. He esperado mucho el precioso momento de ver a don Bosco y este momento ha llegado. Mi recompensa consiste en poder decir que he visto a don Bosco. No le toca a usted, sino a mí estar agradecido. Le debo a mi

hija. ¿No recuerda que el año pasado le escribí recomendándola a sus oraciones? Hacía mucho tiempo que estaba enferma de un mal incurable. ¡Imagínese los sufrimientos de mi pobre corazón! Pero después que usted rezó, empezó ella inmediatamente a sentirse mejor y, en breve, se restableció perfectamente. Debo, pues, a usted la curación de mi hija y he venido aquí, no sólo como médico, sino también como deudor, que quiere pagar su **[59]** deuda a la Santísima Virgen Auxiliadora. Ruégole, pues, se digne aceptar esta pequeña limosna.

Y, así diciendo, le entregó un sobre con tanta insistencia, que don Bosco tuvo que aceptar. Eran cuatrocientos francos. Al despedirse, renovó con las más cordiales expresiones el ruego de que lo considerase siempre como un humilde servidor suyo, dispuesto a acudir a toda indicación en cualquier tiempo y en cualquier lugar.

Desde Marsella volvió don Bosco a Tolón el día veintiséis, con inmensa alegría de los condes Colle, que atrancaron las puertas de la casa para que nadie fuera a interrumpir sus conversaciones y ni siquiera le dejaron dar la conferencia para la colecta.

—Aquí mandamos nosotros, decían, y también queremos disfrutarlo nosotros.

A pesar de todo, la noticia de su llegada fue sabida por uno o dos, y se difundió poco a poco de tal modo que, por último, fue forzoso ceder y dejar entrar; de esta suerte el Siervo de Dios, que esperaba descansar, se cansó y no poco.

El día veintisiete partió para La Navarre en compañía de los condes. Encontró la finca en plan de transformación. El lugar es encantador por sí mismo. Un amplio semicírculo de bellísimas colinas, cubiertas de verdes pinos y alcornoques, lo mismo en verano que en invierno, ciñe una llanura, primero pendiente y cubierta de magníficos viñedos, después llana y tapizada de prados y trigales. Exactamente en su centro se levanta la blanca silueta de la casa; detrás, se extienden los campos de flores, industria del país y las tierras de huerta; más allá de los prados, dan su preciado fruto millares de olivos. No hay a su alrededor servidumbre de gente extraña ni de ninguna otra clase, ni se ven caseríos en mucho trecho más allá de su límites. Cuando se tomó posesión del lugar, aquella amenidad era una desolación; entonces iba en aumento el medro de todo: la cosecha del año anterior había producido doce mil francos sólo de vino [1].

La casa, pues, se levantaba aislada en medio de una deliciosa soledad; pero a la llegada de don Bosco bullía en ella, **[60]** dentro y fuera,

[1] *Libro de crónica,* 30 de noviembre de 1883.

un gentío que se había trasladado hasta allí desde las primeras horas de la mañana. Cuatro ómnibus de Tolón, tres de Hyères, uno de La Crau, y otros de diversos pueblos habían llevado más de un centenar de personas. Se había organizado una verdadera peregrinación desde Marsella. Llegaron coches particulares con nobles señores de las cercanías. Acudieron también diversos párrocos con el Vicario General de Fréjus y se presentaron el barón Héraud y el arquitecto Levrot de Niza.

Los vigías adelantados dieron a las diez y media el grito de que llegaba don Bosco. El gentío salió a su encuentro y lo rodeó. El, siempre tranquilo y dispuesto a contentar a todos, no daba muestras de tener ninguna prisa. Todos aquellos forasteros habían acudido para asistir a la bendición de la nueva iglesia dedicada a María Auxiliadora y construida con el dinero del conde Colle. El Siervo de Dios descansó un rato y, después de tomar un refrigerio, procedió a la ceremonia, asistido por numeroso clero y el Vicario General que cedió muy gustoso a don Bosco el honor de presidir el sagrado rito. Estaban presentes el abate Guiol, el inspector don Pablo Albera, y un grupo de párrocos de las cercanías. Terminado el acto, no quiso don Bosco que faltase una breve conferencia [1].

El día veintiocho por la mañana hubo otra función, pero toda ella en la intimidad: la primera comunión del hijo y de la hija de los vizcondes de Villeneuve. Se celebraba la fiesta de San José, Patrono de la casa. Don Bosco celebró la misa de comunidad y el Vicario General de la diócesis predicó el panegírico en la misa solemne. Fue una jornada de cantos y música y de alegría desbordante.

El Santo no volvería a ver aquella escuela de agricultura, la primera por él instituida; pero su bendición no quedó sin fruto. La obra progresó material y moralmente, hasta superar la expectación de los mismos superiores y de los bienhechores. Y hoy sobrevive después de tantos avatares **[61]** y lleva visiblemente grabada la huella de aquella última bendición paterna.

El domingo día treinta, después de vísperas, salió don Bosco de La Navarre: un desagradable contratiempo dióle ocasión de ejercitar la paciencia. Tenía que ir a buscarle el coche de una señora, que había prometido con gran júbilo prestarle aquel servicio; mas por un malentendido no fue. Por tanto, hubo que enganchar el caballo de la casa

[1] Recuerda aquella jornada la carta, que una Cooperadora de Auxerre dirige a don Miguel Rúa después de la muerte de don Bosco. Sólo tenemos la copia, tal vez algo desviada de la verdad en un punto; pero es útil conocerla (Ap. Doc. núm. 6).

a una primitiva e incómoda tartana. Como el camino era pedregoso, el carruaje iba a brincos, descomponiendo de mala manera el estómago a don Bosco. Vióse, por ello, obligado a apearse y hacer a pie con mucho trabajo media hora de camino entre guijarros y polvo, teniendo, además, que luchar contra un viento fuerte y frío. Llegaron de este modo a un castillo denominado Castilla, a cuyos señores había prometido el día anterior una visita. Ellos, que lo esperaban, al verle en aquel estado, le prepararon rápidamente una providencial taza de té. Y, al llegar la hora de la partida, le ofrecieron su coche de dos caballos, en el cual recorrió el resto del camino.

El hijo de los señores, que el año anterior se encontraba gravemente enfermo y había ido a pedirle la bendición, se presentó para darle las gracias, ya que, a partir de aquel momento, había comenzado a mejorar y se encontraba muy bien. Durante la conversación se lamentaban todos de la obstinada sequía, que abrasaba el campo.

—Diga usted una palabra al Señor, le suplicaban, y el Señor nos enviará la lluvia.

—Sí, sí, respondió él, ruego por la lluvia y mañana celebraré la misa según esta intención.

—¿Cree usted, que lloverá?

—Sí, lo creo. El Señor ha prometido que donde dos o tres se reúnen para pedir algo al Eterno Padre, en su nombre, El estará en medio de ellos. Nosotros estamos reunidos aquí unos cuantos para pedir una cosa al Señor; por consiguiente, Jesús está con nosotros.

—Pero nosotros somos muy malos y el Señor no nos escucha.

[62] —Nosotros somos muy malos y no merecemos que el Señor nos escuche; pero, en medio de nosotros, está Jesús que hace nuestras veces.

—¿Así, dice usted de veras que lloverá? Hace poco menos de un año que no llueve.

—Sí, sí, lloverá. Hace unos días que el Obispo ha ordenado se diga en todas las misas la oración por la lluvia. El Señor no es sordo a tantas oraciones. Preocupémonos solamente de no impedir a Jesús que esté con nosotros.

Después de estas y otras conversaciones, tras rezar para obtener la lluvia y dar la bendición a todos, partió hacia otro castillo, La Bastide, a media hora de coche. Allí tenían que pernoctar los viajeros con la familia Obert. En la cena se habló también sobre la lluvia tan necesaria y, de nuevo, volvió don Bosco a prometer que llovería. La señora contestó:

—Daría cualquier cosa, si lloviese.

Con este pensamiento fueron a descansar. Estaban en el primer sueño, cuando un gran estruendo despertó a don Julio Barberis y a otros: la lluvia caía a cántaros; llovió durante toda la noche y aún siguió toda la mañana. La señora entregó a don Bosco quinientos francos y prometió otras limosnas semejantes si el campo marchaba bien. Un sacerdote de Lyon, que estaba allí de paso, exclamó:

—He ahí lo que significa hospedar a los Santos.

Distaba poco Antibes, pequeña ciudad de la costa entre Cannes y Niza. Una rica familia de allí ponía a disposición de don Bosco una finca de su propiedad, para que abriese en ella una casa. Visitó a aquellos señores el día primero de abril, a su regreso a Niza. Durante las pocas horas de parada se le presentaron tres personas distinguidas para saludarle y agracederle el saludable efecto de una bendición que les había dado. A este propósito, atestigua su compañero de viaje: «Puedo asegurar con toda certeza que, por lo menos cien personas, unos por carta y otros de viva voz, dieron gracias a don Bosco en este mes por el mismo motivo, a saber, por el resultado de bendiciones, que les había dado el año anterior».

Tomó el tren para Niza y, en una estación intermedia, subió **[63]** al mismo departamento una familia entera que, al ver a dos curas italianos, comenzó a lamentarse de que, el año anterior en París, no habían tenido tiempo para visitar a don Bosco. A la hora de bajar, mientras se disponían a ello, una de las hijas dijo al padre:

—Me parece que aquel sacerdote debe de ser don Bosco.

El padre, como disparado por un resorte, le preguntó:

—Perdone, ¿es usted don Bosco?

A la respuesta afirmativa, padre, madre e hijos se arrodillaron pidiendo la bendición. El Santo los bendijo. Aquellos señores no sabían resignarse, por no haberlo conocido hasta el mismo momento de tener que separarse.

En Niza dio una conferencia el día dos y, a las ocho de la tarde del día tres, llegó a Alassio, donde se encontró con don Juan Cagliero y don Juan Bautista Lemoyne, que habían predicado los ejercicios espirituales a los muchachos. Con ellos siguió viaje el día cuatro hacia Sampierdarena, adonde llegaban contemporáneamente los otros miembros del Capítulo Superior, excepto don Celestino Durando. Los había convocado allí para celebrar aquella misma tarde una reunión y tratar diversos asuntos de la Congregación. Pero antes tuvo tiempo para acercarse a Pegli y visitar a la condesa Solms, que habitaba allí desde hacía diez años. Era prima del emperador Guillermo y católica; educaba en la religión católica a su hija, mientras los hijos

seguían siendo protestantes. Tenía muchos deseos y necesidad de ver a don Bosco. Entresacamos algunos datos de las actas de la sesión capitular. Con motivo de la admisión de un clérigo francés a las sagradas órdenes, manifestó don Bosco este parecer:

—Cuando uno no está preparado para hacer la profesión religiosa al mismo tiempo que los demás, hay que despedirlo definitivamente. Cuando uno no es admitido a las órdenes, hay que resolverse y decir: usted ya no pertenece a la Congregación. Y se le despide formalmente.

Entonces don Juan Cagliero recordó la idea del padre Franco: que es uno de los mayores errores tener en casa a quien no es capaz para recibir las órdenes o profesar.

El Santo comunicó que su viaje a Francia había dado buenos frutos.

—Las casas de Francia, dijo, han vuelto a quedar libres de deudas. La Providencia acudió en nuestra ayuda. **[64]** En Francia nos lo han prometido y nos entregarán mucho dinero. El conde Colle nos ofrece ciento cincuenta mil francos, que entregará en este mes. El ingeniero Levrot regaló a nuestra casa de Niza ochenta mil. En Saint-Cyr los gastos de construcción superaron los ochenta mil, pero hay de por medio un bienhechor. Sin embargo, se hicieron obras no adecuadas al fin que se pretende alcanzar y sin haber informado previamente al Capítulo. En Niza, en Marsella, en La Navarre marchan muy bien y sin deudas.

Unicamente lamentó la manía de un Director por hacer obras. Para frenarla en todos, dijo que era preciso poner siempre dos condiciones: 1.ª, el permiso del Capítulo, y 2.ª, contar con los medios precisos. De no ser así, no.

Le dolía también que, en Francia, se introdujesen costumbres disconformes con la pobreza; por ejemplo, alfombras en las salas de recibir, con la excusa de que lo exigían los bienhechores.

La generosidad del ingeniero Levrot pide alguna aclaración. Por una gracia singularísima recibida después de la bendición de don Bosco, se había puesto totalmente a su disposición. Un día le habló el Santo de la necesidad de ampliar la casa de Niza.

—Es cosa hecha, respondió el ingeniero. Basta comenzar los trabajos.

—Se dice pronto; pero ¿y el dinero? No sé donde encontrarlo.

—No se preocupe por eso. Empecemos a trabajar.

—¿Y después?

—Después algo habrá. ¿Me da usted permiso para empezar?

—Comience en buena hora, pero piense que don Bosco no tiene dinero.

Al día siguiente, presentóse Levrot con su maestro de obras; trazó los planos, envió tablones, pies derechos y puentes para los andamios, y a continuación materiales y obreros. Se empezaron así las obras y, al cabo de unos meses, el edificio tenía un piso más para dormitorios y se levantaba una amplia capilla. Cuando todo estuvo concluido, **[65]** dijo Levrot al Director:

—¿Ve usted cómo se ha hecho la ampliación sin gastos?

El gasto se había hecho; pero el generoso señor lo había pagado de su bolsillo.

En Sampierdarena hizo una parada relativamente larga, con gran satisfacción de superiores y alumnos. Los muchachos habían hecho tres días enteros de adoración perpetua ante el Santísimo Sacramento por su curación; por eso, como había una mejoría, se celebró una gran fiesta el seis de abril, domingo de Ramos. Tomaron parte en la comida algunas señoras francesas. Habían buscado a don Bosco en Marsella, en Cannes y en Niza. Mientras ellas bajaban de un tren, don Bosco partía en otro para Italia. Sin acobardarse, fueron tras él hasta Alassio, pero tampoco lo alcanzaron. Por fin, pudieron verle y hablar cómodamente con él en Sampierdarena. Desde allí, se le adelantaron hasta Roma, donde permanecieron un mes, visitándole casi a diario.

Conversando don Bosco con sus hijos de Sampierdarena y tratando de los ejercicios espirituales de los muchachos, dijo:

—En nuestras casas e iglesias, es preferible llamar siempre para predicar los ejercicios de los nuestros a Salesianos, aun cuando sean mediocres en el ministerio de la palabra, mejor que a predicadores óptimos que no pertenezcan a nuestra Congregación. Es más, los mejores predicadores, si son extraños, ganan la estimación para sí mismos y, si son religiosos, la ganan para su orden y hacen perder a los muchachos el aprecio que tienen de nosotros. Además, éstos no tienen nuestro espíritu, por muy santos y doctos que sean. Invítense, pues, lo menos posible. Por esta razón, los jesuitas no permiten que prediquen en sus iglesias más que sus hermanos.

El itinerario de don Bosco comportaba un nuevo viaje a Roma. Desde Francia había mandado escribir dos veces a don Miguel Rúa para que le dijese quién creía era conveniente que lo acompañara, si el secretario don Joaquín Berto o algún otro. No sabemos cuál fue el parecer de don Miguel Rúa; pero el Santo hizo que don Juan Bautista Lemoyne se quedara en Sampierdanera para este fin. **[66]** Pero su

delicadeza de padre le movió a dirigir un pensamiento al primero, escribiéndole:

Carísimo Berto:

Me dicen que tu salud no es todavía la que se desea. Lo siento. Guarda durante mi ausencia todos los cuidados que necesites. Yo rezaré por ti. Don Juan Bautista Lemoyne me acompaña a Roma; no sé todavía si me harán falta papeles. Te lo comunicaré, si los necesito. Del doce al quince de mayo espero estar en Turín.

Mi salud ha mejorado algo; pero necesito muchas oraciones.

Dios te bendiga, mi siempre querido Berto; encomiéndame a Dios en la santa misa y créeme en J. C.

Sampierdarena, 6 de abril de 1884

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

El día siete por la tarde visitó en Sestri-Ponente a la viuda Cataldi, celosa cooperadora salesiana, y, el día ocho por la tarde fue a ver a la baronesa Podestà, esposa del alcalde de Génova. Estas y otras señoras de Génova y de los alrededores formaban grupo, con la marquesa Ghiglini a la cabeza, para ayudar a don Bosco y a sus obras.

En los ratos libres, el Siervo de Dios descansaba su espíritu con el recuerdo de antiguas vicisitudes. El día ocho escribía Lemoyne a don Juan Bonetti: «Nuestro querido Padre no sabe sostener una conversación sin recordar los tiempos heroicos del Oratorio. Por eso, me encarga te comunique que don Domingo Belmonte participó [1] en muchos paseos famosos y que recuerda muchas anécdotas graciosas y cómicas de aquel tiempo. Sería, por tanto, oportuno que procurases tener una entrevista con él antes de cerrar esta parte de la Historia del Oratorio [2] **[67]** cuando tú vengas a Sampierdarena, o vaya don Domingo Belmonte a Turín. La primera solución sería la mejor; son palabras de don Bosco».

Por fin, el día nueve se despidió don Bosco de Sampierdarena y salió para Génova con don Juan Bautista Lemoyne, que substituía a don Julio Barberis. Comió en casa de la marquesa Ghiglini, donde se encontró con un numeroso grupo de señoras, que lo esperaban. Después se dirigió a Rapallo para visitar al conde Riant, miembro del Instituto de Francia, rico señor parisiense y escritor de merecida

[1] Era director del hospicio de Sampierdarena.

[2] Don Juan Bonetti publicaba por entregas periódicas en el *Boletín* la *Historia del Oratorio,* que fue reimpresa más tarde aparte en un volumen titulado *Cinco lustros del Oratorio de San Francisco de Sales.*

fama. Era aquel que, el año anterior, había experimentado los benéficos efectos de una bendición del Santo [1]. El Conde y la Condesa, felicísimos de tenerle consigo, le invitaron a pernoctar en la espléndida quinta donde vivían y él aceptó. Después de los primeros agasajos salieron a pasear por el parque, que se extendía desde la cumbre de una colinita hasta el mar. El paseo duró hora y media. Don Bosco iba con los Condes, y don Juan Bautista Lemoyne con los hijos. Al día siguiente, jueves santo, se confesaron éstos con dos Bosco y le ayudaron a misa en la capilla de casa; todos cumplieron con Pascua. Escribe Lemoyne [2]: «Al despedirse, el Conde estrechó a don Bosco la mano de un modo que parecía un saludo eficaz, sólido, afectivo y efectivo». Tomaron el tren y llegaron a La Spezia hacia las dos de la tarde. Aquel descanso había repuesto visiblemente a don Bosco.

En la Spezia le esperaban el día nueve para una conferencia a los Cooperadores, pero la parada de Rapallo, más larga de lo previsto, se lo impidió. Habló en su lugar el canónigo David Marinozzi, predicador de la cuaresma. Su estancia hizo que la Pascua fuera más alegre que nunca para los Salesianos y sus muchachos. Pero, como sentía marcharse sin haber dicho una palabra en público, lo hizo por la tarde de la gran solemnidad; y, como se encontraba con más fuerzas que de costumbre, habló con brío y largo rato. Lemoyne envió a Turín **[68]** un amplio resumen de su discurso, que nos parece oportuno trasladar aquí tal como se publicó en el *Boletín* de mayo.

Me presento antes vosotros, queridos oyentes, verdaderamente conmovido y agradecido por el bien que habéis hecho y seguís haciendo todavía a este Oratorio Salesiano. ¡Cuántos jovencitos os deberán el haber conservado la fe, haber vivido como buenos cristianos y haber alcanzado la eterna felicidad! Con tal fin, llamo de nuevo a vuestra caridad, y os recomiendo una colecta para el sostenimiento de obras que no son mías, sino del Sumo Pontífice, y que le interesan mucho. El, el inmortal Pontífice León XIII, es el primero en daros un espléndido ejemplo. Si existe en La Spezia este Oratorio, donde tantos jovencitos encuentran el pan de la vida a El debemos darle las gracias. Sí; el Padre Santo es pobre, vive de limosna, porque le arrebataron todo; sin embargo, el pobre Pontífice encuentra la manera de enviar a La Spezia unos socorros que le empobrecen todavía más, para ayudar a los jovencitos de vuestras familias, de vuestra ciudad. Imitad, pues, este espléndido ejemplo de generosidad.

Me diréis: —¿Y hasta cuándo tendremos que seguir prestándonos a estas obras de beneficencia? ¿Hasta cuándo?— Queridos míos, hasta que haya almas que salvar, hasta que los muchachos pobres no estén libres de asechanzas y de engaños, hasta que lleguen a las puertas de la eternidad y hayan entrado en el paraíso, donde podrán encontrarse al seguro de las emboscadas que les prepara el enemigo.

---

[1] Véase Vol. XVI, pág. 192.

[2] Carta a don Juan Bonetti. La Spezia, 10 de abril de 1884.

Podría hoy hablaros de las misiones de nuestros Salesianos, esparcidos por las diversas regiones del mundo y especialmente en América, hablaros de sus trabajos, de sus necesidades, del bien que hacen; pero me limito, en cambio, a hablaros de la iglesia y del hospicio del Sagrado Corazón de Jesús en Roma. Los protestantes han abierto en Roma escuelas y templos para seducir a los cristianos y especialmente a la pobre juventud. El Papa León XIII, dolorido por tamaño desastre, mandó decir a don Bosco que era necesario salvar el honor de la Religión Católica y poner un dique a la propagación de la herejía y a la perversión de la juventud. ¿De qué manera? Levantando una iglesia al Sagrado Corazón de Jesús y un gran hospicio para recoger a los jovencitos en peligro.

—Santo Padre, contesté, de buen grado me lanzo a esta obra, pero no tengo dinero.

—Tampoco yo, replicó el Sumo Pontífice. Dirigíos, pues, a los fieles y decidles que el Padre Santo recomienda a todos la iglesia del Sagrado Corazón y que el Señor bendecirá material y espiritualmente a todo el que prestare ayuda a esta obra tan hermosa.

Este es, queridos cristianos, el motivo por el que he buscado y busco subsidios en todas partes, ésta es la razón de la colecta que ahora se hará en esta iglesia. Se trata de honrar al amoroso Corazón de nuestro dulcísimo Salvador. El Sagrado Corazón de Jesús, es la fuente de todas las bendiciones, de todas las gracias. Todos las necesitamos. Por tanto, al hacer una limosna en **[69]** honor del Sagrado Corazón, pedimos, al mismo tiempo, la gracia que especialmente necesitamos para el alma o para el cuerpo, para los padres o para los hijos, para nuestros intereses materiales, para alcanzar un bien intelectual o moral, y estad seguros de que obtendréis lo que vais a pedir, porque Dios no se deja vencer en generosidad, siempre y cuando vuestra petición no se oponga a vuestro bien espiritual.

Otra razón para contribuir es la condición del que pide vuestra limosna en nombre del Sagrado Corazón. Y el que pide vuestra limosna es el mismo Sumo Pontífice, nuestro Padre, el Vicario de Jesucristo. El Padre Santo pide que procuréis favorecer dos cosas de manera particular; la obra del Oratorio de la Spezia y la del Sagrado Corazón de Jesús en Roma. ¿Y qué hace, qué promete, por su parte, el Padre Santo? Con las manos levantadas al cielo, ruega por vosotros, os bendice y os recuerda cada día en la santa misa. Su intercesión es valiosísima por la autoridad que ostenta y por el amor de predilección que le tiene el Sagrado Corazón de Jesús. Habla El en nombre de la sangre del Salvador y ¿no le vamos a escuchar? Nos invita El en nombre de la salvación de tantas almas inmortales ¿y vamos a ser reacios? Pide El socorro a los hijos en favor de los hermanos ¿y se lo vamos a negar? ¡Ah, no! Ciertamente no haréis este desacato al Vicario de Jesucristo y a vuestro carácter de cristianos católicos.

Puede que alguien diga: —¿Y de dónde tendré yo que sacar el dinero? Mis ingresos son pocos, los tiempos son difíciles, los negocios no prosperan. —Dejad que os hable con libertad. Si queremos satisfacer un capricho, tomarnos una diversión, lucirnos en sociedad en ciertas circunstancias, entonces, sí que sabemos de dónde y cómo sacar el dinero. ¿Y no vamos a encontrar un óbolo para entregar a Jesucristo, cuando todo lo que poseemos nos viene de El, que puede devolvernos centuplicado, aun en este mundo, nuestro donativo?

Otros dirán: —¡Son muchos a pedir limosna para mil y variadas obras buenas! ¡Es demasiado! —Esta contestación, queridos míos, no es cristiana. Vosotros decís: no puedo sostener todas estas buenas obras y yo os pregunto en confianza: ¿Sostenéis alguna siquiera? Yo creo que los que gritan que hay demasiadas, no contribuyen a

ninguna. ¡Ah! No olvidéis que es una obligación hacer obras de caridad. Cuando no se tiene dinero, se pueden dar prendas de vestir, se pueden entregar comestibles, se puede buscar y animar a otros para que lo den. Si no tenemos absolutamente nada, queda todavía la obra de las obras: la oración. Rezad para que el Padre Santo encuentre satisfacción y aliento en su gran misión de gobernar la Iglesia; rezad por los operarios evangélicos, para que el Señor les dé salud, fuerzas, virtudes, medios, correspondencia y triunfo en sus misiones; rezad por las almas de los descarriados para que se conviertan, de los justos para que perseveren; ésta es una limosna que no todos la dan.

[70] Algún otro, para librarse de dar limosna, dice: —Yo podría dar limosna, pero deseo ahorrar algo para mis necesidades futuras; pueden llegar años en los que el campo rinda poco, de estancamiento económico, de quiebra y desgracias parecidas. Es preciso, pues, que piense en el porvenir y ponga a buen recaudo algunos fondos.

—Por desgracia, lo que se llama previsión es efecto de falta de confianza en la divina Providencia; por desgracia, se ahorra hoy, se ahorra mañana; a los excedentes de años anteriores se añaden los sobrantes del año siguiente, aumenta en el corazón el amor al dinero y el espíritu de avaricia; por desgracia, al aumentar la fortuna se endurece cada vez más el corazón hacia los pobrecitos y, poco a poco, el mismo dinero arrastra a un cristiano al infierno. Los cristianos inteligentes no amontonan dinero para un tiempo que pasa veloz como el relámpago, dinero que, hablando en plata, puede calificarse como dinero de muerte; los cristianos inteligentes llevan a la eternidad el dinero de la vida con sus buenas obras. San Lorenzo era el depositario de los tesoros de la Iglesia Romana. El Presidente pagano, codicioso de estas riquezas, llamó ante su Tribunal al santo diácono, y le mandó entregar todo el oro, plata y piedras preciosas que tenía en depósito. San Lorenzo prometió que lo haría, si le dejaba unos días para juntarlo todo. Asintió el Presidente, seguro de tener en su poder al poco tiempo la presa ansiada; pero Lorenzo, después de repartir a los pobres el dinero obtenido con la venta del tesoro, juntó un crecidísimo grupo de ellos en el atrio del Presidente. Entró en el palacio, presentóse a él y le rogó que tuviera a bien salir hasta el atrio para ver allí cumplida la promesa. Al contemplar el Presidente aquella turba de miserables, extrañado, preguntó a Lorenzo por qué había llevado toda aquella gente.

—Estos pobres, contestó el Santo, son los tesoros de la Iglesia y te los presento como había prometido.

El Presidente, creyendo que se burlaba de él, se enfureció:

—Te he pedido el oro y la plata; ¿dónde lo has escondido?

Y el Santo le contestó:

—*Facultates Ecclesiae, quas requiris, in caelestes thesauros manus pauperum deportaverunt.* (Las riquezas de la Iglesia que tu quieres, fueron llevadas a los tesoros celestes por manos de los pobres).

Sí, queridos míos. Las manos de los pobres llevan nuestras limosnas al paraíso. Dar a los pobres nuestro óbolo es ponerlo en manos de Jesucristo. El divino Salvador protestó que, en el juicio final, pronunciará su sentencia de acuerdo principalmente con las entrañas de misericordia que hayamos tenido o dejado de tener con los pobres, y dirá paladinamente ante todo el mundo:

—Lo que habéis hecho al más pequeño de éstos, me lo habéis hecho a mí.

—¿Queréis llevar con vosotros vuestro dinero, pero no a la tumba, ni a la perdición, ni a la eternidad del infierno, sino a la eternidad del Paraíso? Dad limosna a los pobres, especialmente cuando se trata de ayudar a la salvación de sus almas. El

Salvador sufrió, sudó, vivió pobre, trabajó, murió por las almas. Mirad vosotros cuántos pobres muchachos hay en el mundo, que caen en el vicio y se pierden traicionados, engañados, sin educación religiosa. **[71]** ¿Podéis vivir impasibles ante un espectáculo tan desgarrador? Mirad que Jesucristo dice a los corazones endurecidos:

—Tú no haces nada para salvar las almas con los medios que yo te he dado; por tanto, vaya contigo tu dinero a la perdición.

Procuremos, pues, promover nuestros verdaderos intereses. Demos a Jesucristo, y todo lo que demos, se nos devolverá con creces en el tiempo y en la eternidad, porque el banco del Señor no quiebra.

Os he hablado como a hermanos; perdonadme, pues, la libertad y la confianza de mis palabras. Voy a Roma y llevaré la limosna, que daréis, para la construcción de la iglesia y el hospicio del Sagrado Corazón. Hablaré de vosotros al Sumo Pontífice, que tanto aprecia a la población de La Spezia, como lo demuestra este mismo Oratorio, socorrido por él con más abundancia de lo que sus haberes le permiten. Le pediré la bendición para vosotros, para vuestras familias y para vuestros intereses.

Yo, por mi parte, no dejaré de hacer cada mañana una oración especial por vosotros, y vosotros tened la bondad de rezar por mí. De este modo, con el ejercicio de la caridad de las buenas obras y con la oración, tendremos fundada esperanza de encontrarnos todos juntos en el Paraíso.

El auditorio se componía de obreros en su mayor parte, por ser la hora de la comida de los señores; sin embargo, la colecta fue bastante considerable. Hasta se encontró en ella un anillo de oro.

Entre los visitantes estuvo en La Spezia el Inspector escolástico en el que don Bosco reconoció al antiguo catequista del oratorio de Turín Carlos Albano Bonino. Hacía treinta años que no lo veía. Felicitó éste a don Bosco por el bien que había hecho en La Spezia y narró una graciosa anécdota, de la que había sido testigo en 1850. Un padre de familia saboyano se había hecho protestante en Turín, ganado por el dinero con que se pagaban las apostasías, y pretendía que su esposa y su hijo hiciesen lo mismo; pero no lo conseguía porque la mujer se mantenía firme y mantenía firme a su hijo. Una noche el muchacho tuvo un sueño. Le parecía que le arrastraban al templo de los protestantes y que, mientras forcejeaba para oponerse a aquella violencia, apareció un cura para librarlo y llevarlo consigo. Al día siguiente, contó el sueño a la madre, que buscaba todos los medios para colocarle al seguro en algún colegio. Una persona **[72]** le aconsejó que lo colocara con don Bosco en el Oratorio de Valdocco. Fue ella con el chico un domingo por la mañana y enterada de que era la hora de la función litúrgica, entró en la iglesia. Salió don Bosco a celebrar. Albano Bonino, catequista a la sazón, estaba de rodillas al lado del niño. Este, nada más ver al celebrante gritó:

—*C'est lui même, c'est lui même!* (es él, es él mismo).

Y como el chiquillo seguía gritando y la madre lloraba, el cate-

quista los llevó a la sacristía, donde oyó contar el sueño y todo lo demás. Cuando don Bosco terminó la misa, volvió a la sacristía y se quitó los ornamentos, corrió el niño a él y le suplicó con las manos juntas:

—¡Padre mío, sálveme!

Don Bosco aceptó, sin más, al pequeño saboyano y lo tuvo varios años en el Oratorio.

¡Cosa singular! Después de cincuenta años se repite todavía el mismo hecho; adondequiera que uno vaya, se encuentran muy a menudo personas que tienen alguna interesante novedad que contar acerca de don Bosco.

Las felicitaciones del Inspector escolástico por el bien obrado por los Salesianos en La Spezia eran justificadas y merecidas. La casa había conseguido realmente el fin pretendido por don Bosco al fundarla, a saber, detener la carrera triunfal de los protestantes en la ciudad. Había contribuido a hacerles perder la pública estimación la conducta de su ministro, un subdiácono, que se había casado con una monja. Según afirmaba el Inspector, en los años anteriores asistían a las escuelas protestantes unos ochocientos muchachos, y en 1884 apenas si había diecisiete; las escuelas salesianas las habían despoblado lindamente.

El lunes después de Pascua, muy temprano, don Bosco salió para Roma.

[73]

CAPITULO III

UN MES EN ROMA. IGLESIA DEL SAGRADO CORAZON Y AUDIENCIA PONTIFICIA. SUEÑO SOBRE EL PASADO Y EL PRESENTE DEL ORATORIO. REGRESO POR FLORENCIA Y BOLONIA

LA prudencia humana habría aconsejado que, después de los excesivos trabajos y fatigas del viaje por Francia y para no acelerar el desgaste de fuerzas, don Bosco se tomase una temporada de descanso; pero la divina caridad, que *non quaerit quae sua sunt,* no sabe poner límites al sacrificio. La necesidad de proporcionarse nuevos recursos pecuniarios que le consintieran llevar adelante las obras de la iglesia y del hospicio en Roma y la urgencia de obtener la concesión de los privilegios, para completar la organización de la Pía Sociedad antes de dejar este mundo, pudieron en él, como hemos visto, más que ningún otro cualquier miramiento personal; y, por eso, se puso de nuevo en camino rumbo a la ciudad eterna. Nada diremos en este capítulo sobre su segunda finalidad, porque nos parece más oportuno tratarla aparte; nos ocuparemos solamente de la primera, a más de las diversas circunstancias que acompañaron el viaje, la estancia y el regreso.

Desde el año 1851 en adelante, una larga experiencia le había demostrado que, para estimular la pequeña y pública beneficencia, las rifas eran el medio más compatible con los tiempos y el más apto para alcanzar **[74]** sus fines» [1]; por eso, organizó tantas rifas. Desde 1882 había determinado montar una en favor de la iglesia del Sagrado Corazón; pero vio que en Roma no se la secundaba tanto como él hubiese deseado. El 26 de febrero de 1884, se quejó vivamente de ello en el Capítulo Superior.

—Por la inercia de los encargados en Roma, dijo, esta rifa es mi castigo y mi continuo tormento.

Esperaba con su presencia que allí se moviesen e ingeniasen, para encaminar las cosas de modo que se pudieran colocar con seguridad hasta cien mil boletos para la misma.

[1] Circular del 30 de enero de 1862.

Volvió sobre el mismo tema en la sesión capitular del veintiocho y dijo:

—¡Pienso escribir a nuestro Procurador general en estos términos: inventa cualquier otro plan para sacar dinero, porque nosotros no podemos ya proporcionarlo. Si lo quieres, promueve la rifa. Supera las dificultades; sírvete del apoyo del diputado Sanguineti; arréglate, pero comienza. La Providencia nos ha trazado el camino y ha puesto en nuestras manos el resorte de una rifa; ¿por qué hemos de buscar nosotros otros caminos que no son los de la Providencia?

No había tiempo para perder, puesto que, de allí a poco, iba a empezarse una lotería colosal por valor de algunos millones para la Exposición en Turín y, por tanto, muy difícilmente permitiría el Gobierno una rifa salesiana.

Por ello, ordenó don Bosco a don Juan Bonetti:

—Escribe una carta a don Francisco Dalmazzo con las ideas que acabo de exponer; dile que yo no puedo tenerme en pie por mis achaques y que, sin embargo, debo ir a Francia para obtener socorros en favor de nuestras obras.

Y con tal de que hubiera una persona segura y apta para clasificar, ordenar y numerar los regalos, mandar imprimir el catálogo con el nombre de los donantes, presentarlo a las autoridades en el más breve plazo posible y formar los paquetes de los billetes, él tomaba sobre sí el despacho de éstos, aunque fueran trescientos mil, que esperaba colocar en pocos días.

[75] El pensamiento de la rifa se lo llevó consigo a Francia; escribía desde Marsella el diecinueve de marzo a don Francisco Dalmazzo:

Queridísimo Dalmazzo:

Si no puedes, procura que alguien me escriba, pero de manera positiva. ¿Podré llevar conmigo el próximo abril o siquiera en la primera quincena de mayo al conde Colle para colocar la piedra angular de nuestro hospicio? El aportaría una limosna de cincuenta mil francos.

¿Hay dificultades para la rifa o para buscar otro camino de beneficencia? Son dos cosas de la máxima importancia para nosotros en este momento.

Don Antonio Sala me escribió una carta y no me dijo nada. Esto no basta para que vengan dineros.

Dios nos bendiga a todos y créeme en J. C.

Marsella, 19 de marzo de 1884

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Es verdad que en Francia había recogido doscientos cincuenta mil francos; pero también lo es que debía hacer frente a gastos enormes: la iglesia del Sagrado Corazón absorbía gran parte de la beneficencia, obligaba a dejar sin liquidar otras deudas e impedía contraer otras. Por consiguiente, aquella cantidad no sólo no se detuvo, sino que ni siquiera paró íntegra en sus manos, puesto que, apenas tenía algunos miles, los enviaba adonde era mayor la urgencia. Por eso, el permiso de la rifa sería providencial.

En torno al asunto, se había tenido en Roma una conferencia de damas nobles en casa de la condesa de la Somaglia, con el fin de estudiar cuáles eran los caminos para obtener la aprobación gubernativa. A fines de febrero, llegaban ya casi al millar y medio los objetos recogidos, muchos de los cuales tenían gran valor. Había buenos señores, jefes de negociado en los Ministerios, que prestaban sus servicios en los preparativos.

Mientras tanto las obras de la iglesia progresaban y lógicamente aumentaban también las deudas. Presbiterio, coro y ábside estaban ya en condiciones de poderse abrir al culto; en efecto, fueron bendecidos por el nuevo Cardenal Vicario Parocchi **[76]** el veintitrés de marzo, cuarto domingo de cuaresma. Una crónica del corresponsal en Roma comunicaba a la *Unità Cattolica,* del veintiséis, que habían acudido numerosos fieles a la sagrada función y añadía: «En todas partes se rinde tributo de merecidos encomios a ese apóstol de caridad, que es el venerando don Bosco, el cual, confiando en la Providencia, se ha lanzado valientemente a la atrevida empresa. Esta dará gran lustre a Roma y mucha utilidad espiritual a la nueva barriada, lejos hasta ahora de toda iglesia y privada de comodidad para las prácticas de los cristianos y perseguida, además, por los protestantes, que con la protección del Gobierno italianísimo han plantado allí sus tiendas».

Su Eminencia manifestó en su discurso la alegría de ver que, con la construcción de casas donde antes no había más que campos, había ido adelante la edificación de una hermosa iglesia para facilitar la oración a los nuevos habitantes y pronunció palabras de elogio para don Bosco, a quien proclamó hombre de Dios; y para los Salesianos, sus imitadores y seguidores, exhortando a todos a concurrir como pudieran para lograr acabar el sagrado edificio [1].

Así estaban las cosas el catorce de abril, cuando don Bosco llegó a Roma. Los muchachos del oratorio le tributaron en casa un entusiasta y alegre recibimiento. El les dio las gracias y les prometió una

[1] *Voce della Verità,* núm. 70 del 1884.

merienda para el día que señalaran los superiores, les exhortó a comulgar por él un domingo precisamente señalado y les aseguró que rezaría por ellos y por sus familias.

A la vista de aquellos muchachos, voló su pensamiento a los de Valdocco y mandó escribir, augurándoles la continuación de una Pascua feliz para toda su vida, y diciéndoles que el aleluya fuese de hecho y de palabra el cántico de esta vida mortal; y que todos hicieran de manera que mereciesen cantarlo eternamente en el Paraíso. ¡Ay del que faltase a la cita! Que **[77]** siguieran, mientras tanto, rezando por él, recordando a menudo la gran suerte que tenían de ser hijos de la Virgen de una manera tan especial [1]. Don Miguel Rúa comunicó estos augurios y estas recomendaciones en unas «buenas noches».

Una semana después, pensaba especialmente en los alumnos de tercero y cuarto curso del bachillerato y escribía a don Esteban Febbraro, jefe de estudios del Oratorio [2]. Deseaba el Santo que cada uno de ellos le escribiese un papelito diciéndole confidencialmente a qué estado le parecía ser llamado, es decir, si al estado eclesiástico o al seglar; y el que aspirase al eclesiástico le dijese si pensaba prepararse para ingresar en el seminario o romper definitivamente con el mundo y consagrarse a Dios en la vida retirada, como era precisamente la de los Salesianos; pero que cada uno partiese del principio de elegir el estado que le pareciera más oportuno para la salvación de su alma [3].

Los muchachos escribían individualmente o por grupos a su querido padre. El veintiséis de abril le anunciaban los miembros del clero infantil una corona de comuniones [4], y don Bosco encargó a Lemoyne que les contestase, recomendando a todos y a cada uno que fueran azucenas del Corazón de Jesús, explicándoles que la azucena es blanca y que, por consiguiente, fueran puros; que la azucena huele bien y, por tanto, que dieran buen ejemplo; que la azucena hay que guardarla con cuidado, ya que, de lo contrario, se aja enseguida; y que, por ende, fueran mortificados. Estas eran sus dulces diversiones entre las preocupaciones por los privilegios y por la rifa. Para la buena marcha de los preparativos de la rifa llamó a Roma al coadjutor José Buzzetti. Por aquellos días, había ido don Miguel Rúa a Tolón para recibir de

[1] Carta de don Juan Bautista Lemoyne a don Miguel Rúa, Roma, 16 de abril de 1884.

[2] No poseemos el texto, pero sí conocemos suficientemente su contenido por los apuntes de Lemoyne. Don Bosco había anunciado el envío de esta carta, al escribir a don Miguel Rúa el día diez de abril desde La Spezia: «Dice don Bosco que es deudor de una respuesta a don Esteban Febbraro, pero que contestará él mismo en persona».

[3] Notable es por varias razones la respuesta que el pobre don Esteban Febbraro dio a esta carta de don Bosco (Ap. Doc. núm. 7).

[4] Véase Apénd. Doc. núm. 8.

manos del conde Colle los **[78]** ciento cincuenta mil francos prometidos, parte de los cuales llevó Buzzetti a don Bosco, justamente sesenta y siete mil, cantidad que se gastó en un abrir y cerrar de ojos. Las mejores esperanzas descansaban entonces en la rifa. Los ricos y numerosos premios estaban expuestos en la casa parroquial. Buzzetti compiló el catálogo de los mismos y lo presentó a la Administración Provincial.

Una ley de 1883 sobre rifas y loterías las autorizaba únicamente a los entes legalmente constituidos y aprobados, y también a alguna obra no aprobada, a la que un ente aprobado prestase su nombre. En nuestro caso sólo dos cuerpos morales podían conceder útilmente su firma, el Ayuntamiento y el Patronato de Beneficencia, puesto que el hospicio a erigir pertenecía a éste. Se pidió a la Junta Municipal que prestara su apoyo. El rey Humberto, rogado por persona amiga de los Salesianos y sin que éstos se enterasen, envió a la Junta una calurosa recomendación, para que tuviese a bien aceptar favorablemente la petición. Verdad es que en el Ayuntamiento todos eran más o menos católicos; pero unos, por miedo a ser tildados de clericales y otros, por sistemática oposición al Rey, los miembros de la Junta respondieron negativamente. Pero el asunto sólo se trató verbalmente, y no se tuvo valor para tomarlo en cuenta en las actas de la sesión. Evidentemente el público no supo nada de ello, pues en el Consejo no se hizo mención del hecho [1]. Pero hay que notar que en la petición no aparecía el nombre de don Bosco, sino el de don Francisco Dalmazzo.

El otro cuerpo moral estaba presidido por el príncipe Pallavicini, a quien don Bosco dirigió entonces una instancia, que fue rechazada. «¡Y son todos católicos!», exclamaba Lemoyne en carta a don Miguel Rúa. Y después proseguía: «De ello puede deducirse que esta casa de Roma será obra de Dios (...). Acaso esta vez, como las otras, los hijos de las tinieblas nos presten la ayuda que nos niegan los hijos de la luz» [2]. En los viejos **[79]** romanos de Roma prevalecía siempre la aversión contra los *buzzurri* (brutos) invasores [3].

A pesar de estos fracasos y aun cuando todo hacía prever que las negociaciones irían para largo, don Bosco no se rindió, sino que quiso se continuase el asunto de la rifa. Sin embargo, las diversas oposicio-

---

[1] Hubo más tarde alguna noticia en la prensa; en efecto, el *Capitale* del 28 de abril, en un artículejo digno de barrios bajos ponía en guardia al Ayuntamiento contra cualquier concesión en favor de la rifa.

[2] Carta del 28 de abril de 1884.

[3] *Buzzurri:* era el nombre que se dio en Toscana a los suizos que bajaban en invierno a ejercer el comercio de castañas al por menor *(N. del T.)*.

nes, contra las que tenía que luchar, aunque no abatieron su moral, influyeron en su físico y ocasionaron molestias a su salud. Comentaba Lemoyne [1]. «Realmente parece que el demonio quiera cerrarle todos los caminos. Pero él está perfectamente resignado y no guarda cama».

Un día de abril o mayo volvían tres Salesianos de Valdocco, de confesar en la *Generala* [2] y se encontraron en la avenida de Stupinigi con el cardenal Alimonda, quien nada más verlos, preguntó:

—¿Y dónde se encuentra nuestro querido don Bosco?

Al enterarse de que estaba en Roma, preguntó cómo andaba su salud. Le contestaron que, según las últimas noticias, iba algo mejor.

—¡Sí, sí; algo mejor!, siguió diciendo Su Eminencia. No me gusta ese algo mejor; querría que estuviese muy bien. Es anciano, y ¿por qué dejarle que trabaje tanto? Cuando los hijos ven al padre avanzado en años y delicado le dicen: —Padre, descanse, deje que trabajemos nosotros.

—Lo haríamos con mucho gusto, respondieron ellos; pero don Bosco no quiere obedecer.

—Pues bien, entonces mándenselo en mi nombre. ¿Me obedecerá?

—Creemos que lo hará de mala gana. Le obedecería en todo; pero, tal vez en esto, se arriesgara a desobedecer.

—Ya, es verdad; don Juan no quiere descansar en la tierra, sino en el cielo. Recemos, pues, al Señor para que nos lo conserve muchos años; pidamos que le ayude y que, entre todos, podamos hacer mucho bien [3].

El día primero del mes brilló un rayo de esperanza para la rifa. **[80]** La condesa de la Somaglia, dama de palacio de la reina Margarita, prometió rogar ella misma al alcalde Torlonia que permitiera hacer en su nombre la rifa y pidiera la autorización al Gobernador de Roma. La noble dama era la presidenta de la Comisión de señoras constituida para la construcción del hospicio.

En otras ocasiones, don Bosco visitaba en Roma a muchísimas personas; pero en el 1884, ya fuera por la dificultad de caminar, ya fuera por las recientes molestias que lo aquejaban, tuvo que limitar muchísimo sus visitas. El 17 de abril visitó al cardenal Consolini que, muy benévolo con la Congregación Salesiana, se alegró mucho al verlo y manifestó su buena disposición para ayudarlo; es más, tuvo la

[1] Carta, 28 de abril de 1884.
[2] La cárcel de menores o reformatorio.
[3] Carta de don Domingo Cánepa a Lemoyne. Turín, 4 de mayo de 1884.

bondad de devolverle la visita unos días después. El dieciocho fue a ver al cardenal Ludovico Jacobini, secretario de Estado, que le prometió hacer todo lo posible por él. El veinticinco, en compañía de don Francisco Dalmazzo, fue a visitar al cardenal Parocchi, Vicario de Su Santidad.

Aunque hacía poquísimas visitas, recibía en cambio muchas individuales y colectivas. Fueron a verlo el padre Carrie, de la Congregación del Espíritu Santo, superior de la misión del Congo con el título de Viceprefecto apostólico; monseñor Gandolfi, que había sido obispo de Civitavecchia; un representante del Obispo de Santiago de Chile, que pedía Salesianos para aquella república; el obispo Kirby, rector del Colegio Irlandés, en compañía del arzobispo Domingo Jacobini, secretario de Propaganda, que se quedaron a comer con él [1]; monseñor Rota, **[81]** obispo de Guastalla primero, después de Mantua y entonces arzobispo titular de Cartago [2]. Volvió el cardenal Consolini y fue también el cardenal Nina. El cardenal Bonaparte, al pasar en coche por delante de la casa y no pudiendo apearse por una enfermedad, envió a don Bosco su tarjeta de visita.

De vez en cuando llenaban la habitación grupos de jóvenes clérigos y era continua la afluencia de personas piadosas. El había esperado que en Roma iba a disfrutar un poco de la tranquilidad que tanto necesitaba; pero a veces eran muy pocos los momentos de paz que

---

[1] En otras ocasiones había ido a comer en casa de monseñor Kirby. ¡Don Bosco era muy querido y venerado en el colegio irlandés! Pero también el colegio inglés lo conocía y apreciaba, tanto que volvió a introducirse en él una hermosa y antigua costumbre. En tiempos de san Felipe Neri los sacerdotes ingleses ordenados en la ciudad eterna, antes de volver a su patria, solían pedir al Apóstol de Roma la bendición para su apostolado sacerdotal y misionero en Inglaterra; y el Santo, el encontrar a alguno de ellos por Roma cuando iban a clase, los saludaba con las palabras: *Salvete, flores Martyrum.* Ahora bien, hacía ya varios años, cuando corrió la voz en el colegio de que don Bosco era un santo, los noveles levitas se apresuraban a ir con este mismo fin a él en Roma o a su paso por Turín. Este afecto a don Bosco fue para algunos irlandeses e ingleses el germen de su vocación a la vida salesiana, en vida del fundador (Ap. Doc. 9).

El reverendo Santiago Rowan, estudiante en aquel colegio, había sido despedido por el Rector por falta de salud. Todos creían que sus días estaban contados. Volvió, pues, a Inglaterra convencido de que tenía que renunciar definitivamente a los estudios y al sacerdocio. Sin embargo, antes de salir de Roma, escribió a don Bosco, el cual le contestó con una carta muy tranquilizadora. En efecto, cuando llegó a su patria, ya no tenía tos, ni tuvo en adelante enfermedad alguna. Pudo, pues, volver allí a sus estudios, fue ordenado sacerdote y llegó a ser párroco celoso en los Santos Mártires de Manchester, en el centro de cuya ciudad levantó una magnífica iglesia con escuelas anejas y trabajó incansablemente hasta un año antes de su muerte, ocurrida en 1935. Así lo declaraba públicamente su Obispo en una asamblea diocesana y concluía: —Este es uno de los milagros obrados por don Bosco estando en vida. —La misma declaración había hecho en la Catedral el día de Pascua de 1934, por la tarde.

[2] El 10 de noviembre de 1884 volvió a ser restablecida por León XIII la sede arzobispal de Cartago; monseñor Rota fue trasladado entonces a la sede titular arzobispal de Tebas.

tenía, desde las ocho de la mañana hasta las siete de la tarde. Para que pudiese tener una horita libre después de la comida, era necesario dar órdenes draconianas al portero, poner a alguno de guardia en la antesala y cerrarlo con llave en su habitación. A pesar de todo en ciertos casos todas las precauciones eran inútiles, porque llegaban personajes eminentes y bienhechores insignes, que llevaban limosnas. «Los sacrificios, que don Bosco hace por la Congregación, escribía Lemoyne, no se pueden medir».

Un día recibió la visita del joven sacerdote de Catania, el reverendo Nicotra, compañero de estudios del futuro Benedicto XV en el colegio Capránica. Iba en nombre de su Arzobispo para solicitar el envío de Salesianos a aquella ciudad. Don Bosco justificaba la demora, aduciendo la falta de personal; mas, ante la insistencia del otro, invitóle al fin con gracia a ayudarle a solventar la cuestión, haciéndose él salesiano. **[82]** El hijo de Sicilia, que iba por camino muy distinto, sonrió finamente.

—He comprendido, le dijo don Bosco, usted tiene aspiraciones más altas. Pues bien, sepa que recibirá grandes honores, tendrá mucho que sufrir; pero no llegará a la meta, a la que espera llegar.

Y cuando más tarde se acordó de él su antiguo condiscípulo y lo nombró Nuncio Apostólico en Portugal, los que eran sabedores del hecho, monseñor Cicognani entre otros, Nuncio entonces en Perú, se apresuraron a decir que aquella vez don Bosco no había acertado, puesto que monseñor Nicotra estaba ya en el camino, que conducía a la púrpura [1]. En cambio aquella Nunciatura fue para el pobre Prelado causa de graves disgustos, hasta que al fin fue retirado y acabó sus días en la obscuridad.

Hubo enfermos, que iban a que los bendijese o que enviaban pañuelos y rosarios para que los tocara. Muchos de los que pedían ser recibidos eran romanos; pero eran más los franceses, siempre numerosos en Roma en la época de pascuas. Empezaron a acudir desde los primeros días. Todas las mañanas llenaban la parte de la iglesia destinada al culto, para asistir a su misa e invadían después la sacristía, donde querían hablarle todos y le entretenían horas enteras. Cuando se encaminaba a su habitación, encontraba la antesala abarrotada. En general, le daban pequeñas limosnas, pues estaban de viaje, pero prometían enviarle mucho más cuando estuviesen de vuelta en sus hogares.

[1] Monseñor dijo esto en Lima, en presencia del salesiano don Luis Pedemonte y otros; lo repitió más tarde, pero con las debidas rectificaciones, en el Oratorio el 5 de septiembre de 1934.

La piedad de los franceses se manifestaba también de maneras singulares. El día veintidós de abril por la mañana, algunos de ellos llevaron tres amitos, para que don Bosco los empleara en la celebración y los devolviera después, para enviarlos a sacerdotes, que pedían desde Francia aquel favor. Un día protestaron cinco señoras diciendo que no cumplirían con Pascua, si él no las confesaba, de suerte que las tuvo que contentar.

[83] La señora Berk Meda, fue a verlo la víspera de su salida para Francia, le entregó una limosna y le pidió la bendición. Don Bosco al despedirla, le preguntó:

—¿Vendrá todavía mañana a oír la misa?

—No; no podré venir, porque como tengo que salir de Roma mañana por la tarde, tendré que emplear las horas de la mañana para los preparativos del viaje.

A la mañana siguiente, al repasar sus cuentas, vio que le quedaba todavía una cantidad de dinero superior a la que necesitaba y le dolió no haberle dado más. Dominada por este pensamiento, aunque había pasado ya la hora de la misa, alquiló rápidamente un coche y corrió a ver a don Bosco a quien por suerte encontró solo en su habitación. Nada más verla entrar, le dijo:

—¡Oh, la señora Meda! Ya sabía yo que algo sucedería.

—Verdaderamente yo no debería haber vuelto, contestó la señora, pero he querido traerle un poco más de dinero antes de marchar.

—No se olvide de esta venida, añadió el Santo, porque se palpa de cerca lo sobrenatural. En este momento, yo debería estar en el extremo opuesto de Roma donde tenía una cita con un Cardenal para después de la misa, con lo que yo no habría vuelto a verla ni usted me habría encontrado. Pero, al salir de casa, me detuvo en la puerta un acreedor exigiendo que le pagara una deuda bastante considerable. Le di cuanto tenía: vea usted mi portamonedas abierto y vacío; no me quedó ni una lira para tomar el coche. Pedí entonces a María Auxiliadora que mandase alguien en mi ayuda; y, mientras tanto, me puse a trabajar. Está usted viendo que yo la aguardaba y sabía que vendría [1].

Y, como si no bastaran las audiencias y los asuntos, recibía siempre muchas cartas, que exigían contestación [2]. Al fin de la **[84]** jorna-

---

[1] Carta de la señora a don Miguel Rúa 1891.

[2] Abundaban las súplicas para obtener condecoraciones. A primeros de mayo, escribía Lemoyne a don Miguel Rúa: «Uno que quiere ser nombrado caballero, comendador, por el Rey o por el Papa; otro que quiere el título de Monseñor o ser nombrado Obispo; éste que tiene un sobrino a recomendar para que le den un empleo en un Ministerio; aquél que desearía obtener la facultad de un altar en su casa, el otro una capilla en su finca de veraneo; y todas estas

da, su pobre cabeza estaba tan cansada que, a menudo, ya no era capaz de hilvanar las ideas; por eso salía todas las tardes a respirar un poco de aire y paseaba unos tres cuartos de hora, apoyándose en el brazo de don Juan Bautista Lemoyne. Por entonces se podía andar por aquellos parajes de Roma con tranquilidad, porque escaseaban los edificios y el tráfico.

Fueron sobre todo los periódicos italianos y franceses los que más concurrieron para poner en movimiento a tanta gente hacia él. *La Croix,* por ejemplo, en su número del veintidós de abril, anunciaba la llegada de dos ilustres obispos y añadía: *Et de dom Bosco, le grand bienfaiteur des orphelins.* No se contentó con tan lacónica noticia el *Journal de Rome,* sino que, en el número del veinticinco de abril, publicó nada menos que la entrevista de uno de sus colaboradores con don Bosco. Es una conversación que merece ser leída siquiera en resumen.

—Hacía mucho tiempo, dijo el interlocutor, deseaba yo saludar al insigne sacerdote, que presta tan luminosos servicios a la causa católica; pero mi visita tiene además un motivo de curiosidad, que le ruego tenga a bien satisfacer. Yo siempre me pregunto en virtud de qué milagro pudo usted fundar tantas casas en tan diversos países del mundo.

—Sí, contestó el Santo, he logrado hacer más de lo que esperaba, pero ni yo sé cómo sucedió. Mas, vea de qué modo me lo explico. La Iglesia y, sobre todo, las actuales generaciones han sido consagradas de una manera especial a la Santísima Virgen por el Papa. Ahora bien, la Santísima Virgen, que conoce las necesidades de nuestros tiempos, hace que sus devotos sientan el deber de contribuir con limosnas y donativos a crear y sostener la obra más necesaria de nuestros días, la educación de la juventud. Mire: en cierta ocasión, estando yo en Turín, me escribieron mis hermanos, **[85]** pidiéndome para nuestra iglesia, que se construye aquí en Roma, veinte mil liras, que imperiosamente necesitaban en el plazo de ocho días. En aquel momento, yo no tenía dinero. Se me ocurrió una idea. Coloqué la carta junto a la pilita del agua bendita; elevé una fervorosa oración a la Virgen y me acosté, dejando en sus manos el asunto. A la mañana siguiente, recibí carta de un desconocido la cual decía en resumen que: había prometido a la Virgen dar veinte mil liras para una obra de

---

peticiones van acompañadas de cartas y recomendaciones de personajes poderosos». Una carta de muy otra especie, que le satisfizo mucho fue la que recibió de su queridísimo padre Mortara (Ap. Doc. núm. 10).

caridad, si le concedía cierta gracia; que había recibido la gracia y ponía a mi disposición aquella cantidad para alguna de mis obras. En otra ocasión, me encontraba en Francia, huésped de un amigo, cuando al caer de la tarde recibí la noticia de que una de mis casas corría grave riesgo por no disponer al momento de setenta mil francos. Preocupado y no viendo en aquel instante cómo remediarlo, acudí nuevamente a la oración. A eso de las diez, estaba a punto de acostarme y, de pronto, oí llamar a mi puerta. Fui a abrir. Entró mi amigo, con un grueso legajo en las manos, y me dijo:

—Querido don Bosco, había dejado en mi testamento una cantidad para sus obras; pero hoy he pensado que, cuando se trata de hacer una obra buena es mejor no aguardar hasta la hora de la muerte. Así que le traigo hoy la cantidad. Aquí la tiene: son setenta mil francos.

—Estos son verdaderos milagros, interrumpió el periodista. Pero, si no es indiscreción, permítame preguntarle si ha hecho otros milagros.

—¿Cómo quiere que pueda contestar semejante pregunta? Yo sólo he pensado en cumplir mi deber, rezando y confiando en la Virgen.

—¿Querría ahora decirme cuál es su sistema educativo?

—Muy sencillo: dejar a los muchachos en plena libertad para hacer lo que más les gusta. El punto de vista está en descubrir en ellos el principio de sus buenas disposiciones y procurar desarrollarlas. Y puesto que cada uno hace con gusto solamente lo que sabe que puede hacer, yo me regulo por este principio, y todos mis alumnos trabajan no sólo con actividad, sino con amor. **[86]** En cuarenta años no he dado ningún castigo y me atrevo a afirmar que mis alumnos me quieren mucho.

—Su sistema educativo es ciertamente bonísimo. Otra cosa: ¿cómo ha podido extender sus obras hasta Patagonia y Tierra del Fuego?

—Poquito a poco y yendo, o mejor, siendo llamado de un lugar a otro. Puede decirse que mis hijos han descubierto Patagonia y Tierra del Fuego. Ya han sido bautizados quince mil salvajes. Encontramos simpatías en todas partes y el gobierno argentino nos protege eficazmente. Dentro de poco tendremos en aquellas tierras, tan extensas como Europa, un Vicariato Apostólico.

—Parece, observó el visitante, que Dios hace recuperar a la Iglesia en países bárbaros el terreno perdido en Europa. ¡Es un hecho consolador! ¿Pero, qué piensa usted acerca de las condiciones de la Iglesia en Europa y en Italia, y acerca de su porvenir?

—Yo no soy profeta... En cambio lo sois algo vosotros los periodistas; por tanto, mejor sería preguntaros a vosotros qué sucederá. Nadie, excepto Dios, conoce el porvenir; sin embargo, de tejas abajo, puede creerse que el porvenir será grave. Dice un poeta latino que son inútiles los esfuerzos por volver a subir, cuando uno marcha por la pendiente de un despeñadero y va desplomándose inevitablemente hacia abajo hasta llegar al fondo. Mis previsiones son muy tristes, pero no temo nada. Dios salvará siempre a su Iglesia y la Santísima Virgen, que protege visiblemente al mundo contemporáneo, sabrá muy bien hacer que surjan redentores.

—¡Uno de éstos es cabalmente usted, don Bosco!, exclamó concluyendo aquel señor.

Otro caso gracioso, análogo a los anteriormente narrados, le acaeció también entonces a don Bosco en Roma. Un acreedor, con una letra de cambio que vencía, acosaba a don Francisco Dalmazzo para que le pagase una deuda de quinientas liras. Don Francisco Dalmazzo repetía sin cesar que no tenía un céntimo en caja; el otro insistía y levantaba la voz, diciéndole que hiciera un préstamo, **[87]** pero que él no saldría de allí mientras no tuviera en sus manos aquella cantidad. Rogábale en vano don Francisco Dalmazzo que no chillara tanto, pero, aun sabiendo que don Bosco no tenía dinero, se había llevado él todo por la mañana, entró en su habitación para pedirle consejo. En aquel momento, se encontraba con el Santo la familia Migone, natural de Bordighera. Don Francisco Dalmazzo entró precisamente cuando la señora entregaba a don Bosco como limosna un billete de quinientas liras. El Siervo de Dios oyó el caso y no hizo más que pasar sonriendo a sus manos aquella cantidad. La buena señora quedó profundamente emocionada al verse convertida de aquel modo en instrumento de la Providencia.

Es también curioso otro incidente. La señora de Fontenay, una prima suya y la hija de ésta eran las más asiduas en ir a ver a don Bosco; durante tres semanas fueron todos los días. Una vez la prima perdió el portamonedas en el que llevaba una buena cantidad de monedas de oro. Se lo estaba contando a don Bosco y se le ocurrió decirle que él podría hacer que lo encontrara, en cuyo caso aquel dinero sería para sus muchachos. Sonrió el Santo y no contestó. Salieron ellas y quisieron volver a tomar el coche de antes para ir a San Pedro; pero el cochero rehusaba llevarlas tan lejos, porque el caballo estaba muy cansado. Mientras discutían se acercó a galope otro cochero con su carruaje y gritó:

—Dejen en paz a ese gruñón; yo las llevaré adonde quieran.

¿Quién lo hubiera imaginado? Apenas se sentaron, la prima de la señora notó bajo su pie un cuerpo duro. Levantó la alfombrita y vio que era su portamonedas, que había estado allí veinticuatro horas, sin que nadie lo advirtiera. Fue realmente un caso afortunado; pero escribía la nonagenaria señora en abril de 1926: *Nous savons ce qu'étaient les hasards de votre père.* (Nosotras sabemos algo de las casualidades de su padre).

El veintiséis de abril llegaron unos sacerdotes franceses en coche para llevar a don Bosco a celebrar en la capilla de las Hermanas de la *Retraite* o del Cenáculo, adonde él había prometido ir. Allí encontró reunidas a muchas señoras francesas **[88]** y romanas. Después del evangelio, habló y dijo que aquella vez no recomendaba su caridad para sus muchachos de Turín, sino para una obra de Roma, para la iglesia del Sagrado Corazón y su hospicio anejo.

—En Roma, siguió diciendo, hay muchos jovencitos necesitados y abandonados que vagabundean por calles y plazas; hay que ampararlos, si no se quiere que pierdan el alma y vayan a aumentar el triste grupo de los que pueblan las cárceles. Muchos son forasteros y no encuentran asilo en los hospicios de la ciudad, en los que sólo se admite a los romanos; y, por esto, son enviados a nuestras casas de Toscana y Piamonte. Pero todos pueden calcular que eso comporta muchos gastos para llevarlos y después devolverlos a sus pueblos. Y tampoco hay sitio para todos. Pero, un hospicio aquí en Roma remediaría una necesidad, que todos sienten. Aquí los muchachos serán educados en su lugar de origen, sin verse obligados a cambiar de clima, cambio perjudicial a veces para la salud en esa edad. No tendrán que cambiar de costumbres y alimentación y se les dará una educación según las exigencias de la ciudad eterna, su patria, y no según costumbres forasteras.

Exhortó, por fin, a la generosidad con los predilectos de Jesucristo y con una obra eminentemente romana. Se sacaron setecientas veinticinco liras. Pasó luego a bendecir a la comunidad; y, por fin, marchó, dice la crónica del vetusto convento, resurgido hoy en la plaza de Santa Priscila, *laissant la vraie impression que fait le passage d'un saint* (dejando la verdadera impresión del paso de un santo).

Los mismos sacerdotes lo acompañaron en coche a casa de monseñor Jacobini, con quien gestionó un subsidio para sus misiones, entregáronle copia de una carta recientemente escrita por don Domingo Milanesio en sus excursiónes apostólicas por el valle del Río Negro. Por último, fue acompañado hasta casa por aquellos mismos corteses sacerdotes.

Al anochecer, presentóse un señor polaco, riquísimo y ferviente católico, que dedicaba abundante dinero para costear en su patria los estudios de jóvenes aspirantes al estado eclesiástico, rogándole que fuera a visitar a una hermana suya gravemente enferma. Don Bosco, aunque estaba cansado, no se atrevió a negarse. Toda la familia **[89]** lo recibió de rodillas con la misma veneración que sólo se tiene a los Santos.

Tantas fatigas, agravadas por penosos disgustos, avivaban más y más sus achaques. Padecía del hígado y tenía un ojo inflamado. El veintisiete de abril, lo acometió una fiebre que le duró tres días. Una noche fue tan grande el malestar que se vio forzado a dejar la cama; a ciertas horas del día se quedaba agotado y sin fuerzas. Lemoyne escribía en la primera semana de mayo a don Miguel Rúa estas angustiadas palabras: «Esta mañana me ha dicho que su cabeza está muy cansada; sin embargo, sigue ocupándose de todo lo de nuestra Congregación. A cada instante, se ve cuánto nos quiere y cuántos sacrificios y humillaciones soporta por sus hijos. A veces, cuando me cuenta las vicisitudes de su vida pasada, sonríe; pero, al oírle, siente uno oprimírsele el corazón. ¡Cuánto ha sufrido durante cuarenta y ocho años! Este debería ser un tema a tratar por todos, grandes y pequeños, puesto que, por desgracia, no pensamos en ello. A veces nos quejamos de lo que parece que nos falta, sin reflexionar en lo que le costó a don Bosco lo que tenemos».

A pesar de todo, se preparaba para dar una conferencia a los Cooperadores romanos. Los convocó, pues, en la iglesia de las nobles Oblatas de Tor de'Specchi para el ocho de mayo. La incesante lluvia no impidió que se reuniese en ella un selecto auditorio. Presidía el Cardenal Vicario. Cantóse un motete y se leyó un capítulo de la vida de san Francisco de Sales. Y don Bosco, desde la tribuna, pronunció estas breves palabras, que fueron recogidas por Lemoyne.

Empiezo por dar las gracias, de forma viva y cordial al Eminentísimo Cardenal Vicario, que se ha dignado aceptar la presidencia de esta pía reunión, y, a pesar del mal tiempo, ha tenido la bondad de venir hasta aquí. Dirijo, después, mi saludo a vosotros, señores cooperadores y señoras cooperadoras, y al mismo tiempo os manifiesto mi profunda gratitud por haber aceptado con tanta caridad mi invitación. Si me lo permitís, os haré deprisa una breve relación de las obras llevadas a cabo por los Salesianos, pues han pasado ya dos años desde que tuve el honor de hablaros.

Hace dos años se trataba de buscar la manera de aumentar las casas **[90]** donde educar cristianamente a los jóvenes, ya que crecen, cada día más, los peligros para sus almas. Gracias al Cielo y a la caridad de los Cooperadores Salesianos, puedo anunciaros con gran satisfacción de mi alma que los deseos entonces manifestados alcanzaron un buen resultado, pues casi se han duplicado las casas. Hay en ellas más de cien

mil jóvenes que aprenden una profesión y reciben el pan de la vida material y espiritual. Tengo que agradecer a Dios y, después, a los cooperadores y cooperadoras la ayuda que me proporcionaron para alcanzar tan abundantes frutos.

Os hablaba también hace dos años de las misiones de Brasil, Uruguay y Patagonia, y de las esperanzas de salvación para aquellas tierras. Ahora las misiones gozan de estabilidad y los bautizos de los infieles en los desiertos de Sud América ascienden a quince mil. El sapientísimo Pontífice León XIII ha dividido Patagonia en un Vicariato y una Prefectura Apostólica, confiando estas misiones a los Salesianos. Al aumentar los operarios evangélicos, crecerá también el número de las conversiones de los infieles.

Se notaba también hace dos años la necesidad que se sentía aquí en Roma de una iglesia y un hospicio dedicado al Sagrado Corazón de Jesús, como monumento de homenaje a Pío IX; iglesia y hospicio que sirvieran de parroquia para la nueva barriada de la ciudad en el Castro Pretorio y, al mismo tiempo, de asilo para la educación religiosa y civil de tantos pobres muchachos abandonados, que vagan por calles y plazas con peligro para el alma y para el cuerpo. Y ahora me siento feliz al deciros que no sólo se empezó la iglesia, sino que la construcción ha llegado al punto de colocar la bóveda; y una parte, el coro y el presbiterio, está ya terminada y se emplea para las funciones parroquiales. Y debe satisfacer a todos, especialmente al Cardenal Vicario, saber que es muy numerosa la afluencia del pueblo a las sagradas funciones y grande la recepción de los sacramentos por adultos y niños. Anejo a la parroquia, tenemos también el Oratorio festivo y los domingos acuden a él unos doscientos niños para oír misa y asistir al catecismo, que se les da expresamente en la capilla destinada a ello. Después, se quedan en el patio para divertirse y, en vez de ir vagando por la ciudad, expuestos a los más graves peligros de irreligión e inmoralidad, se divierten allí alegremente bajo la mirada y asistencia de los Salesianos.

Las niñas, que también acuden a recibir regularmente la instrucción religiosa superan las trescientas. Asimismo debemos estar satisfechos por la asistencia de los muchachos a nuestras escuelas. Bendito sea el Señor por la manera con que se ha comenzado el ejercicio del mes de mayo en honor de María Santísima. Casi un millar de fieles acude a él, todas las tardes, a oír el sermón y hacer las prácticas de piedad propias del mes, y otro grupo numeroso acude por la mañana a otra función parecida, que se hace normalmente para los que no podrían tomar parte en la de la tarde.

Sin embargo, no debo dejar de decir que todavía falta mucho para terminar el templo dedicado al Sagrado Corazón **[91]** de Jesús y que apenas ha empezado la construcción del hospicio con capacidad para quinientos muchachos por lo menos. Aún hay que proceder a las excavaciones para los cimientos de una parte muy notable. Las obras siguen con cierta rapidez pero han estado suspendidas durante algún tiempo, porque los medios no corresponden siempre al buen deseo. Para remediar esta necesidad, he pensado hacer una rifa aquí en Roma. Ya se han recogido muchos premios, están impresos los boletos; sólo falta la aprobación de la autoridad y se espera obtenerla dentro de unos días. Dada la influencia de las personas que se han interesado por ello, espero que no falte la autorización.

Acudo, pues, de nuevo a reclamar la caridad de los cooperadores y cooperadoras de Roma para que se animen a cumplir una obra que ha empezado y que es tan necesaria para una parte de la ciudad como la del Castro Pretorio. Es una obra romana, de los romanos y para los romanos. Yo la he comenzado; otro la continuará y llevará a término.

Termino encomendándome a vuestras oraciones, mientras os aseguro que rezaré y haré que mis muchachos recen siempre por vosotros.

Después de bajar de la tribuna el Santo, subió el Cardenal. El eminentísimo Parocchi poseía la cultura y la facundia del verdadero conferenciante y así lo apreciaron hasta los profanos. Su discurso, aun en la resumida forma en que nos ha llegado, parece de tanta importancia para nuestra historia que conviene referirlo en el curso de la narración, mejor que relegarlo como apéndice, al final del volumen.

Querría tener plena libertad de palabra, sobre la misión de los salesianos y de su fundador, libertad para expresar mi pensamiento, mi sentir respecto a él, a sus obras y a su benemérita Congregación. Pero mi libertad está coartada por la presencia del hombre de Dios, del hombre de la Providencia, de la perla del Sacerdocio italiano católico y de algunos de sus socios. Me conviene, pues, callar, porque un elogio ofendería su modestia. Mas, si yo callo, hablan bastante sus obras. Hablan de don Bosco y de sus hijos los muchos colegios esparcidos por Italia, Francia, España y hasta por las lejanas Américas. Hablan de don Bosco y de sus hijos, celebran sus alabanzas las numerosas iglesias levantadas en diversas partes del mundo en el lapso de pocos años; hablan los muchos libros impresos para la instrucción religiosa del pueblo; hablan las muchas obras de valer dadas a luz, y los clásicos expurgados para librar a la juventud de lo que hay en ellos de peligroso en la literatura italiana; hablan los oratorios festivos, las escuelas diurnas, festivas, **[92]** en las que los jovencitos aprenden a amar a Dios y a servirle, y reciben al mismo tiempo una instrucción como conviene a su condición; hablan las numerosas misiones que, a la vuelta de pocos años se establecieron en América y prosperaron para gloria de la Iglesia católica y de la civilización. Si yo callo, el nombre de este hombre de la Providencia, de don Juan Bosco, resuena en los labios de cien mil jovencitos, que lo reconocen como padre. Si yo callo, predica su nombre su Congregación junto con sus numerosos socios; habla de él la obra verdaderamente romana, comenzada y proseguida por él con un coraje romano, habla la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús y el hospicio anejo, que vemos levantarse entre nosotros.

Ciertamente no puede haber elogio que iguale la magnitud, el beneficio, el heroísmo, que caracterizan las obras del incomparable don Bosco. De la Congregación por él fundada y ampliamente extendida ya se recogen en el suelo tan espléndidos y providenciales frutos que sólo el pensar en ellos causa estupor.

Pero, señores cooperadores y señoras cooperadoras, estas obras, aunque sean admirables, no son algo que sepa a novedad, algo que en los pasados siglos no tenga su comparación. Siempre se habló de misiones en los pueblos salvajes y bárbaros; se habló de predicaciones, de iglesias, de hospicios, de difusión de buenos libros, de educación de la juventud. Todas estas obras existían antes de los Salesianos, existen ahora y existirán en el porvenir, porque son propias de la naturaleza misma de la Iglesia Católica.

Por consiguiente, no quiero llamar vuestra atención sobre este punto; sino que me dirijo a vosotros, que os honráis con el nombre de salesianos, nombre hermoso que recuerda al Santo de la dulzura y la caridad, nombre hermoso también por la significación, que presta a vuestras obras *sal* y *luz,* y es mi intención hablaros de lo que

distingue a vuestra Congregación de las otras, lo que forma vuestro carácter, vuestra fisonomía. Lo mismo que en todo hombre, que Dios envía al mundo, graba una nota, que lo distingue de todos los demás hombres, así también, como nos lo atestigua la historia y lo vemos con nuestros ojos, sella Dios a cada Congregación Religiosa con una nota, con un carácter, con un sello que la distingue de las demás Congregaciones. La Orden de San Francisco de Asís tiene el carácter procedente de su misión y es la *pobreza,* con la que debían los Franciscanos oponerse a un siglo, totalmente entregado a la ostentación y a los placeres. La Orden de Santo Domingo tuvo y tiene también su carácter, la *fe,* porque debía combatir en un siglo, en el que surgían ferozmente las herejías. *Haec est victoria, quae vincit mundum, fides nostra.* Ignacio y su Compañía de Jesús tuvieron como carácter la *ciencia,* con la que debían combatir la ignorancia de los que acusaban a la Iglesia de ignorante, detener los avances del Protestantismo, disputándoles el terreno palmo a palmo, penetrar en las regiones ya ocupadas por él, conquistar las almas no sólo con la santidad, sino con el saber. Y dígase lo mismo de todos los **[93]** demás Institutos religiosos, que sería largo reseñar aquí para considerar la nota singular de cada uno.

Vosotros los Salesianos tenéis, pues, una misión especial que constituye vuestro carácter, y yo, Cardenal de la Santa Madre Iglesia, al predicar en este lugar de la verdad, no vengo para adular o para disimular; hablo por tanto con toda franqueza. Al hacer una comparación con los fundadores de las grandes Ordenes religiosas, Dominicos, Franciscanos, Ignacianos, don Bosco supo inspirarse en las tres y sacar de cada una algún elemento que sirviera al edificio de su obra, la cual, sin embargo, se distingue de éstas.

Parece que vuestra Congregación responde a la de San Francisco en la vertiente de la pobreza, pero vuestra pobreza no es la de los franciscanos. Parece que responde a la de santo Domingo, pero vosotros no debéis defender la fe contra preponderantes herejías, porque éstas no sólo están envejecidas, sino decrépitas y caducas y también porque vuestro fin principal es la educación de la juventud. Parece que responde a la de san Ignacio en la ciencia, por el gran número de obras que publicáis para el pueblo, y don Juan Bosco es hombre de gran talento, de profundo saber y docto en varias disciplinas; pero no lo toméis a mal, si digo que no sois vosotros los que habéis inventado la piedra filosofal.

¿Qué hay, pues, de especial en la Congregación Salesiana? ¿Cuál es su carácter, su fisonomía? Si lo he comprendido bien, si he captado su concepto, si no me oculta ningún velo la inteligencia, su fin, su carácter especial, su fisonomía, su nota esencial es la Caridad, ejercida según las exigencias de nuestro siglo. *Nos credidimus caritati, caritas est Deus,* y se revela por medio de la caridad. El siglo actual sólo puede ser seducido y arrastrado al bien por las obras de caridad.

Hoy el mundo no quiere conocer, ni conoce, más que las cosas materiales; no sabe nada, no quiere saber nada de las cosas espirituales. Ignora las bellezas de la fe, desconoce las grandezas de la religión, repudia las esperanzas de la vida por venir, reniega del mismo Dios. ¿Podrá un ciego opinar sobre los colores? ¿Podrá un sordo comprender las sublimes armonías de un Beethoven o un Rossini? ¿Podrá un idiota apreciar las bellezas de una obra de arte? Así es el siglo actual: ciego, sordo, obtuso para las cosas de Dios y para la caridad. Este siglo sólo comprende el medio de la caridad, pero no el fin ni el principio. Sabe hacer el análisis de esta virtud, pero no sabe componer su síntesis. *Animalis homo non percipit quae sunt spiritus Dei,* como dice san Pablo. Decid a los hombres de este siglo: hay que salvar las almas, que se pierden; hay que adoctrinar a los que ignoran los principios de la religión; hay que

dar limosna por amor de aquel Dios, que un día premiará cumplidamente a los generosos; y los hombres de este mundo no entienden.

Es preciso, pues, adaptarse al siglo, que vuela a ras del suelo. Dios se da a conocer a los paganos por medio de la ley natural; se da a conocer **[94]** a los hebreos a través de la Biblia; a los griegos cismáticos por medio de las grandes tradiciones de los Padres; a los protestantes a través del Evangelio; al siglo actual se da a conocer por la caridad: *Nos credidimus caritati.*

Decid a este siglo: os quito a los muchachos de las calles para que no los atropellen los tranvías, para que no caigan en un pozo; los recojo en un hospicio para que no se deteriore su lozana edad en los vicios y en la crápula; los reúno en las escuelas para educarlos, para que no se conviertan en azote de la sociedad, no acaben en una cárcel; los llamo para que vengan a mí y los vigilo para que no se arranquen los ojos unos a otros; y entonces los hombres de este mundo comprenden y empiezan a creer: *et nos cognovimus et credimus caritati, quam habet Deus in nobis* (y conocimos y creímos en la caridad que Dios nos tiene).

Y ahora ha venido don Bosco a Roma, ha plantado sus tiendas en la nueva Roma, en la Roma sin bautizar, ha venido a fundar su iglesia y su hospicio; ha venido a la Roma de las tabernas, de los cafés, de las amplias calles, de las avenidas bien alineadas, ha venido a dar el espectáculo de la caridad cristiana y conforme a las exigencias de este siglo. Ha venido a la nueva Roma sin bautizar, donde no se oye más que el silbido de las locomotoras y las campanillas de los protestantes, que, aparte de toda otra consideración, desentonan hasta en el aspecto del sonido.

Allí no había una iglesia y ya se levanta la cúpula del Sagrado Corazón, que se da la mano con la de San Lorenzo, por encima de la marquesina de la estación. En la nueva Roma sin bautizar la única cruz elevada sobre una torre es la del Sagrado Corazón. En esta zona no hay centros religiosos o están escondidos, como si no se atrevieran a dejarse ver en medio de aquel ambiente profano.

Don Bosco ha dicho que él ha comenzado la iglesia en el Castro Pretorio y que nos corresponde a nosostros continuarla y terminarla. No, querido don Bosco, usted la ha empezado; permita le diga que debe terminarla usted. Digo terminarla, y no acabarla, esto es, adornarla hasta el último detalle, dorarla, pintarla. Nosotros pediremos a Dios que nos conserve a don Bosco al menos hasta ver terminada la iglesia, terminado el edificio del Instituto con los quinientos muchachos internos, provistos no sólo del histórico y famoso panecillo, que la Providencia sabrá darles, sino de algo más, porque *non in solo pane vivit homo* (no sólo de pan vive el hombre).

Es don Bosco quien debe terminar esta obra, él, a quien nada se niega, él que tiene tanto ascendiente sobre los que le escuchan, él que goza de veneración mundial. Necesitamos su nombre. Su nombre, con su prestigio, llegará a recoger lo que no podríamos todos nosotros juntos. Su nombre ha llenado el mundo y sólo él puede hacer que contribuya a esta obra todo el mundo. Es conveniente, es necesario. Roma tiene derecho a que todo el mundo concurra a su obra, pues el beneficio redunda para ventaja de todo el Orbe católico.

El pueblo Romano es el pueblo príncipe, el primer pueblo de la tierra, **[95]** y para él redunda en cierto modo la dignidad del Soberano Pontífice que vive en medio de él y es su propio Obispo. La Iglesia Romana, primogénita y madre de todas las Iglesias, tiene derecho a que se le rinda tributo de reverencia. De ella parte todo bien para todo el mundo, y a ella se debe el agradecimiento de todo el mundo ayudándola en sus empresas.

El pueblo romano estuvo hasta ahora acostumbrado al gobierno de un padre y

avezado a recibir, más que a dar. Hoy han cambiado las cosas y día tras día se nos merma lo poco que poseemos con las contribuciones que exige el nuevo gobierno. A pesar de ello, se sostienen en Roma las obras de caridad como antes. ¿Y quién las sostiene? El pueblo romano. Estáis viendo con qué magnificencia se adornan nuestras iglesias: ¿y quién prodiga estos tesoros? El pueblo romano. Los altares de la Virgen resplandecen con el fulgor de tantas luces, alegran a los devotos con tantas flores: y ¿quién ofrece su óbolo para honrar a la Madre de Dios? El pueblo romano. Y hay patricios que dan de limosna hasta cien mil liras de una vez.

Parecería, pues, que tendrían que bastaros las obras buenas que ya hacéis, señores cooperadores y señoras cooperadoras de Roma. Imponeros nuevas cargas podría parecer algo inoportuno. Pero yo conozco vuestra generosidad. Los romanos no dejarán, sin duda, a don Bosco solo en esta empresa, sino que contribuirán con su fe y caridad, cuya fama corre por el mundo. Sí, socorred también esta obra en la medida de vuestros medios y aun con algo más. Vosotros mismos veis la necesidad que hay de una iglesia en el nuevo barrio tan poblado, la necesidad de un hospicio para tantos muchachos pobres. Contribuid también a ayudar a los Salesianos en esta empresa, que les confía la Providencia de Dios por manos del Sumo Pontífice. No temáis por vosotros ni por vuestros seres queridos, pues, si necesario fuere, Dios echará mano también de los portentos para premiar vuestra caridad. Merced a vuestra cooperación, se podrá repetir con más razón que el siglo, atraído por el fulgor de las obras de la caridad, ha confesado la verdad de nuestra santísima religión y quedó prendado de ella: *et nos cognovimus et credidimus caritati.*

Un precioso motete cantado por las nobles Oblatas y la bendición eucarística, impartida por monseñor Kirby, pusieron término a la ceremonia. Don Bosco, así que estuvo de vuelta en casa, pensó inmediatamente en los preparativos para la audiencia pontificia.

Era una audiencia que le tocó esperar mucho. La había pedido por escrito a monseñor Macchi el día veintitrés de abril. El portador de la carta había recibido el encargo de preguntar al maestro de Cámara cuándo podía volver para la contestación, **[96]** pero Monseñor le dijo que no tendría que molestarse, pues él mismo enviaría, dentro de uno o dos días, la tarjeta de entrada a don Bosco, al cual, mientras tanto, mandaba sus saludos. Pasaron los dos días y no llegó la contestación. Y, sin embargo, el predicador cuaresmal siciliano Di Pietro, que había predicado en Turín y a su paso por Roma se hospedó en el Sagrado Corazón, obtuvo enseguida la audiencia el día veinticinco por medio de monseñor Macchi. A pesar de todo, don Bosco se animó, al oír de su huésped que en la audiencia, que duró cerca de hora y media, el Papa le había pedido noticias de él, de su salud y particularmente de sus ojos, hablando de él con mucha amabilidad [1].

[1] El sacerdote Salvador Di Pietro, de Palermo, escribía en una carta del 9 de febrero de 1888: «La imagen cariñosamente amable de nuestro queridísimo don Bosco quedó profundamente grabada en mi corazón, cuando al volver de los sermones de cuaresma de Turín, me detuve en

Al ver que no llegaba nada del Vaticano, envió el día veintinueve un mensajero a monseñor Macchi, para saber si ya le habían señalado día y hora para la audiencia; pero la contestación fue negativa y repitió Monseñor que, a su tiempo, escribiría al Sagrado Corazón. El dos de mayo visitó el comendador Sterbini, trinchante [1] secreto de Su Santidad a don Bosco, quien se quejó con él de la larga tardanza. Aquél, indignado, le sugirió que se presentara, sin más, en el Vaticano al día siguiente por la tarde, porque entonces prestaba servicio en la antesala monseñor Marini, amigo del Santo y ciertamente sería introducido; pero don Bosco no consideró prudente proceder de aquella manera.

Quejóse igualmente el Siervo de Dios con monseñor Negrotto, canónigo de San Pedro, observando que a algunas **[97]** señoras francesas, llegadas después de él, les había sido concedida inmediatamente la audiencia.

—Y yo, añadió, tengo que hablar al Papa de asuntos que él mismo me ha confiado.

El canónigo, muy extrañado, prometió ocuparse de ello. Pero Lemoyne, angustiado, escribía todavía el 5 de mayo a don Miguel Rúa: «En cuanto al Vaticano, monseñor Macchi todavía no ha contestado después de semana y media. Es algo amargo, pero hay que aguantar».

En el capítulo IV, podrán adivinar los lectores por sí mismos las causas que tuvieron que determinar alrededor del Pontífice esta especie de obstrucción.

Llegó por fin hacia el mediodía del seis de mayo la comunicación de que la audiencia estaba fijada para el día nueve, viernes, a las once. Lo acompañaron don Juan Bautista Lemoyne y don José Daghero [2].

Roma, en los padres salesianos de la iglesia del Sagrado Corazón, y tuve la fortuna de pasar cinco días a su lado (abril 1884). Había por aquellos días un continuo ir y venir a aquel santo templo, todavía sin terminar, de gente de toda nación y lengua, que iba allí para ver de cerca, oír y admirar al *santo*. No se marchaba ninguno sin haber obtenido alguna cosita que hubiese sido tocada, bendecida o usada por don Bosco. ¡Oh, si supiese, mi querido Padre, todo lo que entonces vi y cómo se renovó en mí la fe y el amor a nuestro Amor Crucificado! El me quería a su lado y pasamos largas horas en santas conversaciones. Vi entonces a señores de la más alta aristocracia romana, francesa, alemana, acudir al templo del Sagrado Corazón de Roma, para dejar pañuelos de color y blancos y muchos otros objetos para que el *Padre* los usara al menos una sola vez y guardarlos, al serles devueltos como precioso recuerdo.»

[1] *Trinchante:* empleado de palacio en lo antiguo, que era gentilhombre de boca, y trinchaba, servía la copa y hacía la salva de la comida, según leo en el diccionario *(N. del T.)*.

[2] Según su costumbre, don Bosco apuntó algunas cosas en una cartulina:

Para el Padre Santo

Audiencia mayo 1884: 1.º Privilegios-Dimisorias prov. 2.º Iglesia y hospicio del Sagrado Corazón. 3.º Fachada. 4.º Casa de La Spezia. 5.º Misiones extranjeras. 6.º Condecoraciones. 7.º

A la una y tres cuartos entró don Bosco en la sala del Papa. La puerta quedó abierta unos instantes. Los camareros de honor, el camarero secreto participante y el oficial de los guardias nobles se acercaron a ella para observar cómo lo recibía el Padre Santo. Resonó la voz del Pontífice tan claramente que Lemoyne la pudo oír.

—¡Oh, don Bosco, dijo enseguida el Papa, cómo está? Cómo va su salud? ¿Y los ojos? Oigo decir que no está muy bien.

Don Bosco, que se había arrodillado, besó su pie: después pidió permiso para permanecer de pie, porque, en aquella posición, no habría podido resistir.

—De pie no, contestó el Papa, sentado.

Y le señaló una silla, que mandó acercar a monseñor Macchi. Don Bosco dio las gracias a Su Santidad y se sentó.

En presencia de León XIII, sólo **[98]** el ya difunto cardenal Caterini había tenido el privilegio de estar sentado, porque frisaba los noventa años. Monseñor Macchi no se había movido todavía de su sitio. El Papa le dijo:

—Puede retirarse.

Al salir éste, los que estaban a la escucha se echaron atrás. Ahora, siguiendo los apuntes de Lemoyne y algunos datos tomados de las actas manuscritas del Capítulo Superior, iremos exponiendo detalladamente el desarrollo de la audiencia.

El preludio del coloquio fue el tema de la salud. León XIII, después de pedirle noticias al respecto, dijo:

—Es absolutamente necesario que se cuide y no escatime los medios necesarios para sostenerse y recobrar sus fuerzas. Tenga cuidado de sí mismo sin tantos escrúpulos. Deje de desgastarse en adelante. Haga trabajar a los otros. Hace falta que viva todavía, porque su vida no le pertenece a usted sino a la Iglesia y a la Congregación que ha fundado, la cual le necesita para obtener los frutos que la Providencia de Dios quiere. Don Bosco, usted es necesario. Su obra ha crecido y se ha extendido. Italia, Francia, España, América, los mismos salvajes reclaman su existencia. Usted tiene hijos que seguirán su espíritu, pero ellos estarán siempre en segunda línea detrás de usted. No importa que, en este momento, no pueda dedicarse a trabajar mucho. Su vida, su existencia, su consejo son cosas necesarias, que yo y todos sus amigos deseamos vivamente, a fin de que pueda llevar a término las obras empezadas. Si yo estuviese enfermo, usted haría, no lo dudo,

---

Bendición especial para colaboradores de la iglesia y hospicio del Sagrado Corazón. 8.º A todos los salesianos, alumnos y cooperadores. 9.º Secretario (es decir, *presentarlo al Papa*).

todo lo posible para conservar mi vida. Pues bien, quiero que usted haga para sí mismo lo que haría por mí. Cuídese, pues, emplee todos los medios necesarios para conservarse bien, lo quiero yo, ¿comprende?; se lo mando, el Padre Santo lo quiere así, el Papa se lo manda. La Iglesia necesita de su vida.

—Padre Santo, contestó don Bosco; es demasiado grande su bondad al compararme con Vos. Es un honor, **[99]** que me confunde. Procuraré, sin embargo, hacer todo lo que esté de mi parte para obedecer a vuestra voluntad.

—Muy bien. ¿Y ahora, qué tiene que pedirme? Pida en hora buena porque el Padre Santo está dispuesto a concederle cuanto pida.

Entonces don Bosco presentó el conjunto de los privilegios, que deseaba obtener para la Congregación, y le dijo:

—Padre Santo, suplico se digne completar la Pía Sociedad Salesiana, que actualmente está a medio camino. Eso sería la concesión de los privilegios. Hay Congregaciones, cuyos miembros se cuentan con los cinco dedos de una mano y han obtenido enseguida estos privilegios de forma amplísima; y para nosotros, que somos tantos y sentimos su necesidad, hace ya muchos años que los pido y no puedo obtener nada.

El Pontífice dio una mirada a los papeles que don Bosco le presentaba y le repitió:

—Concederemos todo lo que quiere. Para agilizar las cosas, monseñor Masotti, secretario de la Congregación de Obispos y Regulares, podría presentar, sin más, los documentos necesarios y yo los firmaría sin presentarlos a la Congregación entera. Diga a Monseñor que ésta es mi intención. Tanto más que ahora, añadió el Papa sonriendo, ya no está el pobre arzobispo Gastaldi. Entonces resultaba difícil poder hacer las concesiones de buen acuerdo. Aquél era un verdadero adversario suyo. ¡Cuánto hizo, cuánto dijo para impedir la concesión de los privilegios! No tema, pues; yo quiero que esta vez quede satisfecho. No, la Santa Sede no se opone a darle todo lo que le es necesario. Creía usted que se hostilizaba a su Congregación. ¡No! Eran circunstancias involuntarias las que así lo exigían. Tampoco el Papa, ya lo ve, puede hacer muchas veces lo que desea. Yo le quiero, le quiero, le quiero. Estoy por los Salesianos totalmente. Soy el primero entre los Cooperadores. Quien sea su enemigo es enemigo de Dios. Yo tendría miedo a actuar en su contra; en efecto, hace obras colosales con medios muy mezquinos. Ni siquiera usted mismo conoce la extensión de su **[100]** misión y el bien que debe acarrear a toda la Iglesia. *Usted tiene la misión de hacer ver al mundo que se puede ser buen católico y,*

al mismo tiempo, ciudadano bueno y honrado; que puede hacerse un gran bien a la juventud pobre y abandonada en todos los tiempos, sin chocar con la corriente de la política, y siendo siempre buenos católicos. El Papa, la Iglesia, el mundo entero piensa en usted, en su Congregación y le admira; y el mundo le quiere o le teme. No es usted sino Dios, quien actúa en su Congregación. Su admirable crecimiento, el bien que hace no tiene explicación suficiente en las causas humanas; es Dios mismo quien guía, sostiene, lleva a su Congregación. Dígalo, escríbalo, predíquelo. Este es el secreto que le ha hecho vencer todo obstáculo y todo enemigo.

—Padre Santo, dijo don Bosco, no encuentro palabras para agradecer las benévolas expresiones con que se digna considerar a don Bosco y a sus hijos. Le aseguro que siempre hemos hecho lo que estaba a nuestro alcance para promover entre nuestros muchachos y entre el pueblo el afecto, el respeto, la obediencia a la Santa Sede y al Vicario de Jesucristo. El poco bien que hemos hecho lo atribuimos a la bendición y a la protección del Papa.

—Y el Papa seguirá protegiéndole y bendiciéndole. Y ahora dígame: ¿está contento con su Arzobispo? Ah, sí, añadió sonriendo, pensé también en usted. Ya lo ve: el cardenal Alimonda le quiere, le quiere mucho y esto me satisface; ya lo sabía yo. Me ha escrito, haciendo un gran elogio de su Congregación y rogándome le conceda los privilegios. El Papa ha hecho un gran regalo a Turín. Y yo estoy satisfecho de que el cardenal Arzobispo le sostenga, le apoye, le proteja, sea todo para usted.

—Sí, Beatísimo Padre, Turín debe estar y está agradecida a Vos por haberle regalado tan gran pastor. Y tampoco los Salesianos podían tener un pastor más afectuoso.

[101] Mientras tanto el Papa, que por su temperamento nervioso, necesitaba cambiar de posición y de silla, se levantó y llamó a monseñor Macchi. También don Bosco quería levantarse y cambiar de silla.

—¡No, le dijo, usted no se mueva! ¡No se moleste! Ya lo hará monseñor Macchi.

Y, tan pronto como se retiró Monseñor, volvió el Papa a arrellanarse en su asiento:

—Padre Santo, siguió diciendo don Bosco, las concesiones anteriormente hechas por Pío IX ya han caducado, y, en este momento, me encuentro apurado. Pediría que me concediera de nuevo la facultad de dar las cartas dimisorias a los clérigos ordenandos, hasta que no sean concedidas regularmente las concesiones mediante un Breve.

El Papa accedió por vía provisional.

Después empezó a hablar de la iglesia del Sagrado Corazón y preguntó:

—¿Qué obras se están haciendo ahora?

Don Bosco explicó a qué punto había llegado el edificio en construcción y cuáles eran las obras en curso; habló de las dificultades que se habían encontrado, del bien que ya se hacía en el presbiterio terminado, que servía por el momento de parroquia, del mes de mayo, al que asistía un millar de personas cada tarde; del oratorio festivo; de las escuelas con doscientos alumnos; de la catequesis dominical, a la que acudían trescientas muchachas; del hospicio que se iba a construir y de los locales ya hechos o comprados, que podrían dar cabida a unos cincuenta internos. El Papa escuchaba con vivo interés la exposición, cuando de pronto don Bosco se lanzó a decir:

—Querría pedir a Su Santidad me permitiera expresar una idea mía.

—Diga, diga, contestó el Padre Santo.

—Esta iglesia, prosiguió don Bosco, es católica, porque todo el mundo toma parte en su construcción y este hospicio es para los jovencitos de todas las naciones de la tierra. Yo quisiera que Su Santidad figurara en esta obra.

—No debo negarme, dijo el Papa ¿Y qué propondría?

—Que Su Santidad asumiera el gasto de la fachada de la iglesia del Sagrado Corazón. ¡Sería muy bonito que en **[102]** el frontispicio se leyese grabada esta inscripción: *Catholicorum pietas construxit; frontem autem hujus ecclesiae Leo XIII Pont. Max. proprio aere aedificavit!*

—¿Ya ha preparado la inscripción?

—Esta u otra mejor; con tal que exprese este pensamiento.

El Papa se echó a reír.

—¿Y por qué no? Acepto la fachada; la haré.

—Pero, Santidad, explicó don Bosco, no quiero, sin embargo, que os quedéis sólo en la empresa de edificar esta fachada; quiero ayudaros con lo que pueda. ¿No le trajo el otro día la condesa Fontenay diez mil liras?

—Sí, es verdad.

—Pues bien, fue don Bosco quien le aconsejó que hiciera este donativo. Dentro de poco, recibirá su Santidad otras diez mil liras, y sé que otra persona de Marsella se dispone a hacer otra generosa ofrenda a Su Santidad para que se continúen las obras de la iglesia.

—Sí, sí; queda, pues, concluido el negocio de este modo.

—Padre Santo, le agradezco tanta bondad; pero permítame añadir

algo más. Querría que el mundo conociera su generosidad, y, si me lo permite, la publicaría en el *Boletín Salesiano.*

—Dé en hora buena a este hecho la publicidad que le agrade y según su prudencia.

Veía don Bosco en su proposición un medio para fomentar el óbolo de San Pedro, a la sazón muy mermado.

Recordarán los lectores que el Papa otorgaba una asignación mensual a la casa de La Spezia; era, por tanto, natural que don Bosco le diese cuenta de aquella casa, con lo que abría el camino para darle noticias de los otros colegios, del Oratorio y de las dos principales asociaciones, a saber la del clero infantil y la del Santísimo Sacramento.

Díjole entonces el Papa:

—Diga de mi parte a los jovencitos de la compañía **[103]** del Santísimo Sacramento que los quiero, que son la pupila de mis ojos; hágales una caricia paternal de mi parte y déles, también de mi parte, una bendición *manu ad manum.* Estos queridos jovencitos están destinados a explicar al mundo cómo la caridad cristiana logra mejorar a la sociedad mediante la buena educación impartida a los niños pobres y desamparados... ¿Y cuántos novicios tiene?

—Doscientos ocho, Santidad, repartidos en los diversos noviciados de San Benigno, Francia y América, y otros esparcidos acá y allá por las casas, para no llamar demasiado la atención.

—¡Doscientos ocho! ¡Es maravilloso! ¡Doscientos ocho novicios!

A petición de don Bosco, autorizó entonces el Papa a la Congregación Salesiana a tener novicios también en las casas profesas de Turín y de Marsella; y siguió diciendo:

—Ayúdelos a superar todas las asechanzas del demonio y cuide que se mantengan en su puesto; dígales de mi parte que harán mucho bien, si son como antorchas encendidas en medio del mundo y si guardan con firmeza la moralidad entre aquellos con quienes les toque hablar o actuar.

Después, la conversación versó sobre los Cooperadores Salesianos, a quienes bendijo ampliamente el Papa a ruegos de don Bosco.

—Yo mismo, siguió diciendo, quiero ser llamado no sólo cooperador, sino operador, porque los Papas no deben dejar de intervenir en estas obras de beneficencia. Si queremos una sociedad buena, no hay otro medio mejor que el de educar bien a esta pobre juventud, que anda al presente suelta por la calles; ella formará en breve el género humano; si se la educa bien, tendremos una sociedad sana y de buenas costumbres; y si mal, la sociedad estará en mal estado y nuestros

hijos tendrán que lamentar en su virilidad la mala educación que les dieron los antepasados, si es que no tuvieren que maldecir eternamente su recuerdo. Pero la piedad no desfallecerá nunca en los cristianos.

Al llegar a este punto, presentó don Bosco la lista de algunos para los que deseaba obtener condecoraciones de la Santa Sede. La súplica estaba redactada en estos términos:

[104] *Beatísimo Padre:*

Me presento humildemente a Vuestra Santidad para indicar a Vuestra augusta clemencia algunas personas muy beneméritas de la Iglesia y de la sociedad civil y muy conocidas por favorecer el óbolo de san Pedro.

1. Entre los personajes insignes bienhechores de la religión y de la sociedad civil hay que señalar, sin duda, al conde Luis Antonio Fleury de Tolón. Por su beneficencia ya fue nombrado Conde de la Santa Iglesia Romana por Su Santidad. Ahora acaba de hacer construir una iglesia y una casa para huérfanos en nuestra escuela agrícola de La Navarre (Fréjus). Ha entregado más de cien mil liras para el pago de diversas deudas, que nos habrían obligado a suspender las obras de la iglesia del Sagrado Corazón en Roma. Sostiene también eficazmente las escuelas libres y la prensa católica de su patria. Para él se pide respetuosamente la condecoración de Comendador.

2. El barón Amado Héraud, fervoroso católico, Camarero de capa y espada, promotor del óbolo de san Pedro en Niza y en las ciudades próximas suplica se le haga Comendador.

3. El señor Alfredo de Montigny, rico y generoso católico de Lille, en Francia, poderoso promotor de las obras católicas, abrió a los Salesianos un hospicio para niños pobres. Le interesaría sumamente el título de Conde Romano, para ligar de este modo a su hijo único a la Santa Sede. El Obispo de Cambrai ha enviado una carta comendaticia especial directamente a Su Santidad.

4. El doctor Carlos d'Espiney de Niza, fervoroso católico y médico afamado, se presta gratuitamente para asistir a todos los pobres que piden sus servicios y especialmente a los huerfanitos de nuestro hospicio de San Pedro en aquella ciudad. Suplica una condecoración de Caballero de San Gregorio Magno. Se adjunta, para este fin, una carta comendaticia del Obispo de Niza.

5. El Obispo de Fréjus en Francia suplica humildemente a Vuestra Santidad tenga a bien honrar y recompensar el celo del Rvmo. sacerdote monseñor Mario Guigou, Camarero Supernumerario, promoviéndolo a la prelatura de grado superior. Le adjunto la honorable carta comendaticia de su Ordinario.

El Papa dio una rápida mirada a la instancia y dijo después a don Bosco que hiciese escribir en hojas separadas cada una de las súplicas para presentarlas en la oficina y atenderlas más cómodamente. Llamó mientras tanto a monseñor Macchi e hizo que le entregara la nota, para que se ocupara de ella. Dicho esto, reanudó la conversación:

—¿Y ahora tiene algo más que pedir? Pida libremente, que estoy dispuesto a concederle todo.

[105] —Santidad, todavía una bendición especial para todos los Cooperadores, para sus familias y amigos.

El Papa se la concedió benignamente.

—Y ahora, si me lo permite, añadió don Bosco, llamaré a mi secretario y a don José Daghero, director del seminario de Magliano Sabino para que tengan el alto honor de besar el pie a Su Santidad.

Y así diciendo, se levantaba para ir a la puerta.

—No, no se moleste, dijo el Papa; yo los haré entrar.

Sonó la campanilla, entró monseñor Macchi y le ordenó que los introdujera.

—¿Quién de ustedes es el Director de Magliano?, preguntó.

—Un servidor, Santidad, contestó don José Daghero.

—He oído decir que hay alguna disensión entre el colegio y ciertas personas.

—Pero esperamos que todo se arregle, dijo don José Daghero.

—Sí, sí, se arreglará.

—Y éste, dijo don Bosco, es don Juan Bautista Lemoyne, mi secretario. Ha sido director de varios colegios y últimamente Director de las Hijas de María Auxiliadora, en Nizza Monferrato.

—¡Muy bien! ¿Así que usted es su secretario? A usted confío la persona de su Superior. Debe usted cuidar su salud y procurar que no se canse demasiado. No le permita escribir; tiene los ojos muy cansados y enfermos. Usted debe ser su apoyo y es usted responsable de la vida de su Superior ¿comprende? Y lo quiero yo así, lo quiere el Padre Santo, es el Papa quien lo quiere. Prodíguele todos los cuidados, sea su consuelo. ¡Qué honor el suyo! Es un gran honor para ustedes los Salesianos la misión que Dios les confía; es una gran obligación, a la que debe corresponder. Dígaselo a todos sus demás hermanos y que sean el consuelo de este pobre anciano.

—Padre Santo, contestó Lemoyne conmovido; se lo diré a mis hermanos, los cuales quedarán así más confirmados en su vocación.

[106] —¿Y sus misiones?, preguntó el Papa volviéndose a don Bosco.

—Van bien, Padre Santo. Ya se ha bautizado a quince mil salvajes.

—Quince mil salvajes es un buen número y yo les agradezco tantas almas salvadas. Es algo magnífico salvar las almas y el Papa goza con ello. Pero, a propósito de almas, ¿por qué no me contentáis al pobre Obispo de Mantua? Ha venido a verme y me ha pedido que interponga mis buenos oficios para que usted le envíe cuatro o cinco sacerdotes salesianos. El está dispuesto a hospedar en su palacio a

estos salesianos. Me daría un gran gusto si lo contentara. Los necesita mucho este buen Obispo [1].

—Puesto que le gusta a Su Santidad, veremos si se le puede contentar. Es verdad que el número de nuestros salesianos es muy reducido para las muchas casas que debemos proveer de personal, pero intentaremos contentar a Su Santidad.

—Antes de enviarlos espere a que yo escriba al Obispo. Mientras tanto, *Benedictio Dei omnipotentis, etc.*

Se arrodilló don Bosco, mientras el Papa quería impedírselo. Por fin, dijo a don Juan Bautista Lemoyne:

—Secretario, ayúdele a levantarse, sosténgalo.

Cuando salieron de la presencia del Sumo Pontífice, eran las tres y media. Don Bosco, pese a su acostumbrada tranquilidad, parecía muy contento. Cuando estuvieron en el coche, le preguntó Lemoyne:

—¿Está usted contento, don Bosco?

—¡Sí! ¡Qué bueno es el Padre Santo! Lo necesitaba yo muy de veras; ya no podía más.

Cuando llegó a casa, su alegría llegó al colmo con la noticia de que el Alcalde de Roma había finalmente pedido al Gobernador en nombre del Ayuntamiento el permiso para hacer la rifa. Ya no podía dudarse de la concesión. En efecto, **[107]** el veintisiete de mayo, la Administración Provincial emitió el decreto, por el cual se autorizaba el despacho de doscientos mil boletos a una lira cada uno.

Aquel mismo día envió Lemoyne, de parte de don Bosco, una tarjeta a don Miguel Rúa con la orden de comunicar su contenido a todas las casas, para que se enteraran de la audiencia, de todo lo obtenido en Roma y del próximo regreso [2].

Próximo a partir de Roma, don Bosco hizo escribir al Oratorio, en forma de carta, la narración de un sueño de la máxima importancia. Lo había tenido una de aquellas noches, en las que se encontraba mal. Lo contó por partes a Lemoyne, indicándole que lo desarrollase, y después se lo hizo leer y dictó algunas correcciones. El seis de mayo había mandado escribir a don Miguel Rúa: «Don Bosco está preparando una carta que desea enviar a los jóvenes y en la que quiere decir cosas muy bellas a sus amadísimos hijos».

La carta fue expedida el diez de mayo, pero don Miguel Rúa, no juzgando conveniente leerla en público por entero, rogó que se le

---

[1] Este obispo pedía algunos salesianos, que estuviesen a su disposición para enviarlos a predicar y confesar donde lo pidiese la necesidad.

[2] Apéndice, Doc. núm. 11.

enviase una copia adaptada a los jóvenes. Lemoyne eliminó la parte que interesaba sólo a los superiores. La lectura, hecha por don Miguel Rúa por la noche después de las oraciones, fue acogida por los muchachos con temor, máxime porque el Santo decía en ella que había conocido el estado de muchas conciencias.

A su regreso, hubo una continua peregrinación de jovencitos a su habitación para saber el estado en que los había visto. De todo esto se derivaron dos efectos principales: un principio de reforma en la vida del Oratorio y el alejamiento de algunos, que parecían bonísimos. He aquí el texto completo del sueño.

Mis queridos hijos en J. C.:

Lo mismo cerca que lejos, siempre pienso en vosotros. Uno solo es mi deseo, que seáis felices en el tiempo y en la eternidad. Este pensamiento, este deseo me ha impulsado a escribiros esta carta. Siento, queridos míos, el peso de la distancia a que me encuentro de vosotros y el no veros y el no oíros me causa una pena como no podéis imaginar. Por eso, habría deseado escribir estas líneas hace ya una semana, pero las **[108]** continuas ocupaciones me lo impidieron. Con todo, aunque faltan pocos días para mi regreso, quiero anticiparos mi llegada, al menos por medio de una carta, ya que no puedo hacerlo en persona. Son las palabras de quien os ama tiernamente en Jesucristo y tiene el deber de hablaros con la libertad de un padre. Y vosotros me permitiréis que así lo haga ¿no es cierto? Y prestaréis atención y pondréis en práctica lo que os voy a decir.

Os he afirmado una y otra vez que sois el único y continuo pensamiento de mi mente. Ahora bien, en una de las noches pasadas yo me había retirado a mi habitación y, mientras me disponía a entregarme al descanso, comencé a rezar las oraciones que me enseñó mi buena madre.

En aquel momento, no sé bien si víctima del sueño o fuera de mí por alguna distracción, me pareció que se presentaban ante mí dos antiguos alumnos del Oratorio.

Uno de ellos se acercó y, saludándome afectuosamente, me dijo:

—¡Don Bosco! ¿Me conoce?

—Sí que le conozco, le respondí.

—¿Y se acuerda aún de mí?, añadió.

—De ti y de los demás. Tú eres Valfré y estabas en el Oratorio antes del 1870.

—Diga, continuó, ¿quiere ver a los jóvenes que estaban en el Oratorio en mis tiempos?

—Sí, házmelos ver, le contesté, eso me proporcionará una gran alegría.

Entonces Valfré me mostró todos los jovencitos con el mismo semblante y con la misma edad y estatura de aquel tiempo. Me parecía estar en el antiguo Oratorio a la hora de recreo. Era una escena llena de vida, de movimiento y alegría. Quién corría, quién saltaba, quién hacía saltar a los demás; quién jugaba a la rana, quién a bandera, quién a la pelota. En un sitio había reunido un corrillo de muchachos pendientes de los labios de un sacerdote que les contaba una historieta. En otro lado, había un clérigo con otro grupo jugando al «burro vuela» o a los «oficios». Se cantaba, se reía por todas partes, había por doquier sacerdotes y clérigos y alrededor de ellos jovenci-

tos que alborotaban alegremente. Entre jóvenes y superiores reinaba la mayor cordialidad y confianza. Yo estaba encantado al contemplar aquel espectáculo y Valfré me dijo:

—Vea, la familiaridad engendra afecto y el afecto, confianza. Esto es lo que abre los corazones y los jóvenes manifiestan todo sin temor a los maestros, a los asistentes y a los superiores. Son sinceros en la confesión y fuera de ella y se prestan con facilidad a todo lo que les quiere mandar aquél que saben los ama.

En tanto se acercó a mí otro antiguo alumno, que tenía la barba completamente blanca y me dijo:

—Don Bosco ¿quiere ver ahora los jóvenes que están actualmente en el Oratorio?

Este era José Buzzetti.

—Sí, respondí; pues hace un mes que no los veo.

[109] Y me los señaló: vi el Oratorio y a todos vosotros que estabais en recreo. Pero no oía ya gritos de alegría y canciones, no contemplaba aquel movimiento, aquella vida que vi en la primera escena.

En los ademanes y en el rostro de algunos jóvenes se notaba una tristeza, una desgana, un disgusto, una desconfianza que causaba gran pena a mi corazón. Vi, es cierto, a muchos que corrían, que jugaban, que se movían con placentera despreocupación; pero otros, y eran bastantes, estaban solos, apoyados en las columnas, presa de pensamientos desalentadores; otros estaban por las escaleras y los corredores o en los poyetes, que dan a la pared del jardín, para no tomar parte en el recreo común; otros paseaban lentamente formando grupos y hablando en voz baja entre ellos, lanzando a una y otra parte miradas sospechosas y mal intencionadas; algunos sonreían pero con una sonrisa acompañada de gestos que hacían no solamente sospechar, sino creer que san Luis habría sentido sonrojo si se hubiese encontrado en compañía de los tales; incluso entre los que jugaban había algunos tan desganados, que daban a entender a las claras que no encontraban gusto alguno en el recreo.

—¿Ha visto a sus jóvenes?, me dijo aquel antiguo alumno.

—Sí que los veo, le contesté suspirando.

—¡Qué diferentes son de lo que éramos nosotros!, exclamó.

—¡Mucho! ¡Qué desgana en este recreo!

—Y de aquí proviene la frialdad de muchos para acercarse a los santos sacramentos, el descuido de las prácticas de piedad en la iglesia y en otros lugares; el estar de mala gana en un lugar donde la Divina Providencia los colma de todo bien corporal, espiritual e intelectual. De aquí el no corresponder de muchos a la vocación; de aquí la ingratitud para con los superiores; de aquí los secretitos y las murmuraciones, con todas las demás deplorables consecuencias.

—Comprendo, entiendo, respondí yo. Pero ¿cómo animar a estos jóvenes para que vuelvan a la antigua vivacidad, alegría y expansión?

—Con la caridad.

—¿Con la caridad? Pero ¿es que mis jóvenes no son bastante amados? Tú sabes cuánto los amo. Tú sabes cuánto he sufrido por ellos y cuánto he tolerado en el transcurso de cuarenta años y cuánto tolero y sufro en la actualidad. Cuántos trabajos, cuántas humillaciones, cuántos obstáculos, cuántas persecuciones para proporcionarles pan, albergue, maestros y especialmente para buscar la salvación de sus almas. He hecho cuanto he podido y sabido por ellos que son el afecto de toda mi vida.

—No me refiero a usted.

—¿De quién hablas, pues? ¿De los que hacen mis veces? ¿De los directores, de los

prefectos, de los maestros, de los asistentes? ¿No ves que son mártires del estudio y del trabajo? ¿Cómo consumen los años de su juventud en favor de ellos, que son como un legado de la Providencia?

—Lo veo y lo sé; pero eso no basta; falta lo mejor.

[110] —¿Qué falta, pues?

—Que los jóvenes no sean solamente amados, sino que se den cuenta de que se les ama.

—Pero ¿no tienen ojos en la cara? ¿No tienen la luz de la inteligencia? ¿No ven que cuanto se hace en su favor se hace por amor?

—No, lo repito: eso no basta.

—¿Qué se requiere, pues?

—Que al ser amados en las cosas que les agradan, participando en sus inclinaciones infantiles, aprendan a ver el amor también en aquellas cosas que les agradan poco, como son: la disciplina, el estudio, la mortificación de sí mismos; y que aprendan a obrar con generosidad y amor.

—Explícate mejor.

—Observe a los jóvenes en el recreo.

Hice lo que me decía y exclamé:

—¿Qué hay de particular?

—¿Tantos años como hace que se dedica a la educación de la juventud y no comprende? Observe mejor. ¿Dónde están nuestros Salesianos?

Me fijé y vi que eran muy pocos los sacerdotes y clérigos que estaban mezclados entre los jóvenes y muchos menos los que tomaban parte en sus juegos. Los Superiores no eran ya el alma de los recreos. La mayor parte de ellos paseaban hablando entre sí, sin preocuparse de lo que hacían los alumnos; otros asistían, pero sin pensar para nada en los jóvenes; otros vigilaban desde lejos sin advertir las faltas que se cometían; alguno que otro corregía a los infractores, pero con amenazas y esto raramente. Había algún Salesiano que deseaba introducirse en algún grupo de jóvenes, pero vi que los muchchos buscaban la manera de alejarse de sus maestros y Superiores.

Entonces me dijo mi amigo:

—En los primitivos tiempos del Oratorio ¿no estaba usted siempre en medio de los jóvenes, especialmente a las horas de recreo? ¿Recuerda aquellos hermosos años? Era una alegría de Paraíso, una época que recordamos siempre con emoción, porque el amor lo regulaba todo y nosotros no teníamos secretos para usted.

—¡Cierto! Entonces todo era para mí motivo de alegría y los jóvenes iban a porfía por acercarse a mí, por hablarme y existía una verdadera ansiedad por escuchar mis consejos y ponerlos en práctica. Ahora, en cambio, las continuas audiencias, mis múltiples ocupaciones y la falta de salud me lo impiden.

—Bien, bien; pero si usted no puede, ¿por qué sus Salesianos no se convierten en imitadores suyos? ¿Por qué no insiste, no exige que traten a los jóvenes como usted los trataba?

—Yo les hablo e insisto hasta cansarme, pero muchos no están decididos a tomarse el trabajo de antaño.

—Y así, descuidando lo menos, pierden lo más, y este más es el fruto **[111]** de sus fatigas. Que amen lo que agrada a los jóvenes y los jóvenes amarán lo que es del gusto de los Superiores. De esta manera el trabajo les será muy llevadero. La causa del cambio presente del Oratorio es que un buen número de jóvenes no tiene confianza con los Superiores. Antiguamente los corazones todos estaban abiertos a los Superio-

res, por lo que los jóvenes amaban y obedecían prontamente. Pero ahora los Superiores son considerados sólo como tales y no como padres, hermanos y amigos; por tanto, son más temidos que amados. Por eso, si se quiere hacer un solo corazón y una sola alma, por amor a Jesús, se debe romper esa barrera fatal de la desconfianza que ha de ser suplantada por la más cordial confianza. Es decir: que la obediencia ha de guiar al alumno como la madre a su hijito; entonces reinarán en el Oratorio la paz y la antigua alegría.

—¿Cómo hacer, pues, para romper esta barrera?

—Familiaridad con los jóvenes, especialmente en los recreos. Sin la familiaridad no se puede demostrar el afecto y, sin esta demostración, no puede haber confianza. El que quiera ser amado es menester que demuestre que ama. Jesucristo se hizo pequeño con los pequeños y cargó con nuestras debilidades. ¡He aquí el Maestro de la familiaridad!

El maestro al cual sólo se le ve en la cátedra, es maestro y nada más, pero, si participa del recreo de los muchachos, se convierte también en hermano.

Si a uno se le ve en el púlpito predicando, se dirá que cumple con su deber, pero si se le ve diciendo en el recreo una buena palabra, habrá que reconocer que esa palabra proviene de una persona que ama.

¡Cuántas conversiones no fueron efecto de alguna de sus palabras pronunciadas improvisamente al oído de un jovencito mientras se divertía! El que sabe que es amado, ama, y el que es amado lo consigue todo, especialmente de los jóvenes. Esta confianza establece como una corriente eléctrica entre jóvenes y Superiores. Los corazones se abren y dan a conocer sus necesidades y manifiestan sus defectos. Este amor hace que los Superiores puedan soportar las fatigas, los disgustos, las ingratitudes, las faltas de disciplina, las ligerezas, las negligencias de los jóvenes. Jesucristo no quebró la caña ya rota, ni apagó la mecha humeante. He aquí vuestro modelo. Entonces no habrá quien trabaje por vanagloria, ni quien castigue por vengar su amor propio ofendido; ni quien se retire del campo de la asistencia por celo a una temida preponderancia de otros; ni quien murmure de los otros para ser amado y estimado de los jóvenes, con exclusión de todos los demás superiores, mientras, en cambio, no cosecha más que desprecio e hipócritas zalamerías; ni quien se deje robar el corazón por una criatura y, para agasajar a ésta, descuide a todos los demás jovencitos; ni quienes, por amor a la propia comodidad, menosprecien el deber de la asistencia; ni quienes, por falso respeto humano, se abstengan de amonestar a quien necesite ser amonestado. Si existe este amor efectivo, no se buscará más que la gloria de Dios y el bien de las almas. Cuando languidece este amor, es que las cosas no marchan bien. ¿Por qué se quiere sustituir la caridad por la frialdad de un reglamento? ¿Por qué los Superiores dejan a un lado la observancia de **[112]** aquellas reglas de educación que don Bosco les dictó? ¿Por qué, al sistema de prevenir, de vigilar y corregir amorosamente los desórdenes, se le quiere reemplazar por aquel otro más fácil y más cómodo para el que manda, de promulgar la ley y hacerla cumplir, mediante los castigos que encienden odios y acarrean disgustos; y, si se descuida el hacerlas observar, son causa de desprecio para los Superiores y de desórdenes gravísimos?

Y esto sucede necesariamente, si falta la familiaridad. Si, por tanto, se desea que, en el Oratorio, reine la antigua felicidad, hay que poner en vigor el antiguo sistema: el Superior sea todo para todos, siempre dispuesto a escuchar toda duda o lamentación de los muchachos, todo ojos para vigilar paternalmente su conducta, todo corazón para buscar el bien espiritual de sus subalternos y el bienestar temporal de aquéllos a quienes la Providencia ha confiado a sus cuidados.

Entonces los corazones no permanecerán cerrados y no se ocultarán ciertas cosas que causan la muerte de las almas. Sólo en caso de inmoralidad, sean los Superiores inflexibles. Es mejor correr el peligro de alejar de casa a un inocente que hacer que permanezca en ella un escandaloso. Los asistentes consideren como un estrechísimo deber de conciencia el referir a los Superiores todo aquello que crean puede constituir ofensa de Dios.

Entonces yo le pregunté:

—¿Y cuál es el medio principal para que triunfe semejante familiaridad y ese amor y confianza?

—La observancia exacta del Reglamento de la Casa.

—¿Y nada más?

—El mejor plato en una comida es la buena cara.

Mientras mi antiguo alumno terminaba de hablar con estas palabras, yo continué contemplando con verdadero disgusto el recreo y, poco a poco, me sentía oprimido por un gran cansancio que iba en aumento. Esta opresión llegó a tal punto, que no pudiendo resistir más, me estremecí, y desperté a renglón seguido.

Me encontré de pie junto a mi lecho. Mis piernas estaban tan hinchadas y me dolían tanto que no podía estar de pie. Era ya muy tarde; por tanto, me fui a la cama decidido a escribir estos renglones a mis queridos hijos.

Yo deseo no tener estos sueños, porque me producen un cansancio enorme.

Al día siguiente, sentía aún un gran dolor en todos mis huesos y no veía la hora de poder descansar. Pero he aquí que llegada la noche, apenas en el lecho, comencé a soñar nuevamente.

Tenía ante mi vista el patio ocupado por los muchachos que están actualmente en el Oratorio y junto a mí al mismo antiguo alumno.

Comencé a preguntarle:

—Lo que me has dicho se lo haré saber a mis Salesianos, pero ¿qué debo decir a los jóvenes del Oratorio?

Me respondió:

—Que reconozcan los trabajos que se imponen los Superiores, los maestros y los asistentes por amor a ellos, pues si no fuese por su bien no se impondrían tantos sacrificios; que recuerden que la humildad es la fuente de toda tranquilidad; que sepan soportar los defectos de los demás, pues la perfección no se encuentra en el mundo, sino solamente **[113]** en el Paraíso; que dejen de murmurar, pues la murmuración enfría los corazones; y, sobre todo, que procuren vivir en gracia de Dios. Quien no vive en paz con Dios, no puede tener paz consigo mismo ni con los demás.

—¿Me estás diciendo, pues, que hay entre mis jóvenes quienes no están en paz con Dios?

—Esta es, entre otras, la primera causa del malestar reinante, a la que usted debe poner remedio y que no es necesario que yo enumere. En efecto, sólo desconfía quien tiene secretos que ocultar, quien teme que estos secretos sean descubiertos, pues sabe que, de ponerse de manifiesto, se derivaría de ellos una gran vergüenza y no pocas desgracias. Al mismo tiempo, si el corazón no está en paz con Dios, vive angustiado, inquieto, rebelde a toda obediencia, se irrita por nada, le parece que todo marcha mal y, como él no ama, cree que los Superiores tampoco aman.

—Con todo, ¿no ves, querido mío, la frecuencia de confesiones y comuniones que hay en el Oratorio?

—Es cierto que la frecuencia de confesiones es grande, pero lo que falta en absoluto, en muchísimos jóvenes que se confiesan, es la firmeza en los propósitos. Se confie-

san, pero siempre de las mismas faltas, de las mismas ocasiones próximas, de las mismas malas costumbres, de las mismas desobediencias, de las mismas negligencias en el cumplimiento de los deberes. Van así adelante durante meses y años y algunos llegan hasta el final de los estudios.

Tales confesiones valen poco o nada; por tanto, no proporcionan la paz y, si un jovencito fuese llamado en tal estado ante el tribunal de Dios, se vería en un aprieto.

—¿Y hay muchos de éstos en el Oratorio?

—En relación con el gran número de jóvenes que hay en la casa, afortunadamente son pocos. Mira.

Y, al decir esto, me los señalaba.

Yo los observé uno a uno. Pero en esos pocos vi cosas que amargaron grandemente mi corazón. No quiero ponerlas por escrito, pero cuando esté de regreso quiero comunicarlas a cada uno de los interesados. Ahora os diré solamente que es tiempo de rezar y de tomar firmes resoluciones; de cumplir, no de palabra sino de hecho, y demostrar que los Comollo, los Domingo Savio, los Besucco y los Saccardi, viven aún entre nosotros.

Por último pregunté a aquel amigo:

—¿Tienes algo más que decirme?

—Predica a todos, mayores y pequeños, que recuerden siempre que son hijos de María Santísima Auxiliadora. Que Ella los ha reunido aquí para librarlos de los peligros del mundo, para que se amen como hermanos y para que den gloria a Dios y a Ella con su buena conducta; que es la Virgen quien les provee de pan y de cuanto necesitan para estudiar, obrando infinitos portentos y concediendo innumerables gracias. Que recuerden que están en vísperas de la fiesta de su Santísima Madre y que, con su auxilio, debe caer la barrera de la desconfianza que **[114]** el demonio ha sabido levantar entre los jóvenes y los Superiores y de la cual sabe servirse para ruina de las almas.

—¿Y conseguiremos derribar esa barrera?

—Sí, ciertamente, con tal de que, mayores y pequeños, estén dispuestos a sufrir alguna pequeña mortificación por amor a María y pongan en práctica cuanto he dicho.

Entretanto, yo continuaba observando a los jovencitos y, ante el espectáculo de los que veía encaminarse a su perdición eterna, sentí tal angustia que me desperté.

Querría contaros otras muchas cosas importantísimas que vi en este sueño, pero el tiempo y las circunstancias no me lo permiten.

Concluyo: ¿Sabéis qué es lo que desea de vosotros este pobre anciano que ha consumido toda su vida buscando el bien de sus queridos jóvenes?

Nada más que, observadas las debidas proporciones, florezcan los días felices del antiguo Oratorio. Las jornadas del afecto y de la confianza cristiana entre los jóvenes y los Superiores; los días del espíritu de condescendencia y de mutua tolerancia por amor a Jesucristo; los días de los corazones abiertos a la sencillez y al candor; los días de la caridad y de la verdadera alegría para todos. Necesito que me consoléis haciendo renacer en mí la esperanza y prometiéndome que haréis todo lo que deseo para el bien de vuestras almas. Vosotros no sabéis apreciar la suerte que habéis tenido al estar recogidos en el Oratorio. Os aseguro delante de Dios que basta que un joven entre en una Casa Salesiana, para que la Santísima Virgen lo tome en seguida bajo su celestial protección. Pongámonos, pues, todos de acuerdo. La caridad de los que mandan, la caridad de los que deben obedecer, haga reinar entre nosotros el espíritu de San Francisco de Sales. ¡Oh, mis queridos hijos!, se acerca el tiempo en que me tendré que

separar de vosotros y partir para mi eternidad. [*Nota del secretario.* Al llegar aquí, don Bosco dejó de dictar; sus ojos estaban llenos de lágrimas, no a causa del disgusto, sino por la inefable ternura que se reflejaba en su rostro y en sus palabras; unos instantes después, continuó]. Por tanto, mi mayor deseo, queridos sacerdotes, clérigos y jóvenes, es dejaros encaminados por la senda que el Señor desea que sigáis.

Con este fin, el Padre Santo, al cual he visto el viernes nueve de mayo, os envía de todo corazón su bendición. El día de María Auxiliadora me encontraré en vuestra compañía ante la imagen de nuestra amantísima Madre. Deseo que su fiesta se celebre con toda solemnidad y que don José Lazzero y don Segundo Marchisio se preocupen de que la alegría reine también en el comedor. La festividad de María Auxiliadora debe ser el preludio de la fiesta eterna que hemos de celebrar todos juntos un día en el Paraíso.

Roma, 10 de mayo de 1884

Vuestro afectísimo en J. C.,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[115] Esta carta es un verdadero tesoro que, juntamente con el tratadito sobre el Sistema Preventivo y con el Reglamento para las Casas, forma la trilogía pedagógica dejada por don Bosco como herencia, a sus hijos. Pedagogía humilde y elevada que, donde sea entendida y puesta en práctica, puede convertir a los institutos educativos en remansos de paz, asilos de inocencia, hogar de virtudes, palestra de estudio, viveros en suma de óptimos cristianos, de honrados ciudadanos y dignos eclesiásticos. Pero todo ello ha de conseguirse con buena voluntad y espíritu de sacrificio.

Antes de seguir adelante, presentaremos aquí las cinco cartas, que llegaron a nosotros, de las muchas que escribió en Roma. La primera está dirigida a don José Lazzero, que seguía dirigiendo el Oratorio con el título de vicedirector. Se habla en ella de la «coraza», que don Miguel Rúa debería quitarse del pecho, porque podría cansarlo demasiado. No sería extraño que se tratase del cilicio. Estaba entonces don Miguel Rúa delicado; añadíase a otros achaques un ataque de lumbago, que le obligó a guardar cama algunos días. De ahí las preocupaciones del Santo por su salud, manifestadas al que era su confesor durante la ausencia de don Bosco.

Queridísimo Lazzero:

Es ésta quizás la primera carta que escribo después de mi salida de Turín, y quiero que sea para ti, mi siempre querido Lazzero.

Dirás a nuestros amados hermanos y queridos hijos de la casa que mi salud, especialmente desde hace dos días, ha mejorado notablemente y, por eso, deseo que, a mi llegada, hagamos un bonita fiesta en la iglesia para agradecer a la Virgen los innumerables beneficios que nos ha concedido y también en el comedor para quitar la melancolía y estar alegres en el Señor.

Creo que don Juan Bautista Lemoyne ya os da noticias especiales; hay tantísimas como para escribir volúmenes enteros.

Di a don Miguel Rúa que se quite la coraza del pecho, porque podría cansarle demasiado.

¿Y Suttil y don Pedro Pozzan están bien? ¿Son buenos?

No sé cómo estarán mi viña, mis judías, mis calabazas, etc. [1].

[116] Hay que agradecer, además, de un modo especial a la señora Nicolini los preciosos racimos que me regaló en Turín y los que envió a Roma; pero que no conviene mande más, porque se echan a perder por el camino.

Entrega, por favor, la carta adjunta a don Esteban Febbraro.

Desciendan sobre ti, sobre todo el Capítulo Superior, sobre todos nuestros queridos hermanos y alumnos las gracias del Señor y María nos mantenga firmes por el camino del cielo. *Amén.*

Dios mediante, espero estar en Turín del doce al quince de mayo.

Actuará como mayordoma de las fiestas la mariscala de Saint-Arnaud, que estará presente durante toda la novena de María Auxiliadora.

Roma, 23 de abril de 1884

Afectísimo amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

La segunda carta es para la condesa Callori, con ocasión de la próxima boda de su hija. La escribió Lemoyne al dictado del Santo, que se limitó a firmarla.

Mi buena Mamá:

Queda bien entendido que el día veintiocho celebraré la santa misa por usted y por la señora María. Pido a Dios que el nuevo estado sea para ella feliz en la tierra y una preparación para la bienaventuranza del cielo. Confío plenamente que seguirá siendo una insigne bienhechora de nuestras obras.

Me encuentro en la iglesia del Sagrado Corazón. Todo marcha bien, pero estamos algo estancados por falta de fondos, que disminuyen sensiblemente.

Dios les bendiga a usted, a toda su familia, a la señora María y le suplico rece también por mí, que, muy agradecido, la encomiendo a diario en la santa misa y me profeso en J. C.

Roma, 24 de abril de 1884

Muy agradecido hijo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

La tercera carta está dirigida a una religiosa, la condesa Filomena Medolago-Albani, hija de De Maistre, que ingresó, a la muerte del marido, en las Hijas del Sagrado Corazón [2].

[1] Alude al conocido *jardincito*, en la galería de su vivienda.
[2] Véase Vol. XV, pág. 404.

[117] *Benemérita Sor María Teresa:*

Su carta me ha satisfecho mucho, porque veo que usted se acuerda todavía de este pobre don Bosco. De todo corazón rezaré por la hija de la señora Condesa Passi y confío plenamente en Dios que escuchará nuestras oraciones, si la petición no se opone al bien de su alma. María Santísima llevará en mi lugar una bendición especial.

Por mi parte, recomiendo acendradamente a esta señora la construcción de la iglesia y el hospicio del Sagrado Corazón en Roma. Estas obras adelantaron maravillosamente hasta ahora, pero actualmente están casi paradas, porque disminuye el dinero. Usted sabe que el Sagrado Corazón es poderosa fuente de gracias y bendiciones.

El Señor le bendiga, a la familia Passi y a su comunidad religiosa, a la que Dios la llamó para ser otra santa Teresa.

La recordaré cada día en la santa misa; ruégole pida también por mí, que siempre seré suyo en J. C.

Roma, 24 de abril de 1884
Calle San Lorenzo, núm. 42

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

La cuarta es para la señora Magliano, a quien ya conocen los lectores. En lugar de la circular manuscrita, que solía enviar a los más distinguidos Cooperadores para comunicarles la bendición del Papa, quiso enviar a la señora Magliano una cartita autógrafa, porque sabía muy bien cuán agradable le sería este rasgo de delicadeza.

Benemérita señora Magliano:

Deseo que V. S. B. sea la primera en saber cómo el Padre Santo, a través de mi persona, le envía con fecha de hoy a las doce del mediodía, una bendición especial. El me aseguró que rezaría también por su salud y santidad, como yo hago también en mi poquedad cada día.

Que Dios nos bendiga a todos y créame en J. C.

Roma, 9 de mayo de 1884

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[118] Una de las cinco cartas antes dichas está escrita en francés y va dirigida al conde Villeneuve. Hace mención en ella de su *petit prieur* en la fiesta de María Auxiliadora de 1881 [1]. Preocupado por las dificultades económicas que atravesaba la casa de Saint-Cyr, le ruega se ponga de acuerdo con los curas párrocos de La Cioat y de Aubagne,

[1] Véase Vol. XV, pág. 157.

a los que también escribe, para estudiar todos juntos la manera de ayudarla [1].

Como parecía que las negociaciones para obtener los privilegios no estaban próximas a llegar a término, don Bosco salió de Roma el catorce de mayo. Fue el primero en aprovechar el billete reducido a la mitad del precio, recientemente concedido a los Salesianos por la Compañía de ferrocarriles romanos, cuya dirección residía en Florencia. Tomó el tren para Florencia con don Juan Bautista Lemoyne y don Francisco Dalmazzo. Le esperaban en el Borghetto, estación de Magliano Sabino, los clérigos y los alumnos de aquella casa. Como quiera que la parada era bastante larga, bajó a la sala de espera, donde el jefe de estación había permitido reunirse a los alumnos; por lo que apresuróse don Bosco a visitarle y darle las gracias. Después dio audiencia a los muchachos, que se le presentaban uno a uno. A las once, comieron allí mismo, y tuvieron todos gran alegría al ver cómo él comía con buen apetito.

Pero sucedió un desagradable contratiempo. A las doce y minutos, llegaba el tren rápido, que debía tomar para llegar a Florencia aquella misma tarde; y así lo había avisado al director de allí don Faustino Confortóla. Mas, he aquí que mientras esperaban en el andén, llegó un tren de mercancías larguísimo, que se paró en la vía más próxima a la estación. Pasaron pocos instantes; y entró el tren rápido por la segunda vía. Tenía que parar sólo un minuto. Los otros viajeros, que estaban al tanto, atravesaron por delante de la máquina del tren de mercancías y llegaron a tiempo para subir al rápido. Don Bosco, cercado de los muchachos que atestaban el andén, no se dio cuenta de aquella maniobra e, imaginando que el tren primeramente llegado sería **[119]** también el primero en salir, no se movió. Pero el silbido agudo del otro tren le advirtió de su error. Ya no había remedio: había que esperar hasta las ocho. El Santo se mostró muy contrariado; pero pronto se resignó, volvió a la sala y siguió oyendo a seminaristas y colegiales hasta las dos, hora en que emprendieron el camino de vuelta para Magliano. Era la víspera de la fiesta del patrono, a la que asistía por vez primera el nuevo cardenal-obispo Martinelli, sucesor del recién fallecido Bilio, y ellos tenían que asistir a las primeras vísperas.

¿Cómo emplear las seis horas restantes? Al quedarse solos, nuestros tres viajeros se retiraron a una fonda próxima, lugar de cita de arrieros y carreteros. Hacía un calor sofocante. Don Bosco, que no

[1] Ap. Doc. núm. 12.

podía aguantar ya su cansancio y sentía mucho dolor de piernas, entró en un cuartucho para estirarlas un poco y descansar. Las tenía tan hinchadas que costó un triunfo ayudarle a quitarse las medias elásticas. Quitóse después la sotana, se recostó en la cama, pero no pudo dormir. Después de hora y media de tormento, se levantó, se vistió con mucho trabajo y con gran dificultad volvió a ponerse las medias. Se encontraba tan agitado y agotado que impresionaba. Tuvo don Francisco Dalmazzo una idea: fue a pedir a aquellos buenos aldeanos una taza de café, y se lo dieron exquisito. Aquella bebida caliente y aromática resultó un providencial sedante. El buen Padre se recobró poco a poco y se entretuvo agradablemente hasta las siete, hablando del Oratorio y de sus antiguos tiempos.

Don Francisco Dalmazzo volvió para Roma y don Bosco, saludado por don José Daghero, que había vuelto de Magliano, subió con Lemoyne al rápido de Orte. Pero no habían terminado todavía las aventuras de aquella jornada. En Orte había que esperar el rápido de Florencia, desde las ocho y media hasta tres cuartos de hora después de medianoche. Y el Señor acudió a aligerarle el malestar. Mientras él, recostado en un sofá en la sala de espera de la estación, buscaba en vano el beneficio de dormir un poco, de pronto desaparecieron de sus ojos los objetos materiales que lo rodeaban, se le acercó el angélico joven Luis Colle y sostuvo con él un coloquio, que se prorrogó **[120]** hasta la hora de la salida. Hablaron especialmente de lo que Luis le había mostrado en el sueño de las misiones. Al final, don Bosco manifestó el temor de que su mal estado de salud le impidiese llevar adelante las obras comenzadas; pero Luis le dijo: —¿Su salud va mal? ¡Mañana me dará la respuesta!— Fueron éstas sus últimas palabras. Desaparecida la visión don Bosco se encontraba mejor; tan mejorado estaba que Lemoyne veía maravillado que, al subir al tren, parecía casi rejuvenecido. Era el primer día de la novena de María Auxiliadora [1].

A eso de las seis llegaron a Florencia, en cuya estación les esperaban el director don Faustino Confortóla y el de Lucca, don Juan Bensi. Los muchachos le dieron la bienvenida a su entrada en casa. Fue enseguida a la capilla a celebrar; y después dedicó el resto de la mañana a escribir cartas. Por la tarde, los muchachos cantaron un himno y leyeron diversos saludos en su honor; y luego dio audiencia a bienhechores y bienhechoras hasta la noche.

Su estancia en Florencia fue corta: el día dieciséis por la mañana

[1] Véase Vol. XV. pág. 88.

se ponía en viaje hacia Bolonia, adonde llegó hacia las once. Brindóle jubilosa hospitalidad el arzobispo monseñor Battaglini, el mismo, a quien había conocido en 1882 siendo obispo de Rímini [1]. Se encontró en el palacio arzobispal con don Juan Bautista Rinaldi, llamado a Faenza por el mismo Arzobispo. Desde las dos de la tarde del dieciséis hasta las once del diecisiete recibió numerosas visitas de los más distinguidos ciudadanos que quisieron hablarle, y asistieron a su misa en la capilla arzobispal muchas señoras de la nobleza.

En aquella ocasión profirió don Bosco ciertas palabras, que le gustaba recordar a don Juan Bautista Rinaldi [2]. En una conversación íntima se habló de Bismarck. El gran Canciller alemán, obligado ya por la fuerza de las circunstancias a suavizar **[121]** el *Kulturkampf* y, más tarde, a entablar negociaciones con la Santa Sede, aumentaba el rigor pretendiendo siempre de Roma lo que él no estaba dispuesto a conceder. Sin embargo, la prensa católica no dejaba de resaltar lo que entonces se llamaba «la ida a Canossa»; a su vez y por intereses políticos, los órganos oficiales del imperio, a cada acto de condescendencia hacia los católicos, aclamaban al Gobierno. Pues bien, don Bosco pronunció estas palabras: —Cierta gente, cuando parece que protege a la Iglesia, hace como aquel que os ofrece asiento y os pone una silla rota, de modo que, en lugar de haceros sentar, os hace caer.

Después de siete horas de viaje, llegó finalmente don Bosco a Turín el día diecisiete por la tarde. Cruzó el umbral del Oratorio y fue derecho a la iglesia, donde impartió la bendición eucarística; después, atravesó el patio, empavesado con banderas, entre los aplausos frenéticos de los muchachos y los acordes de la banda de música y subió a sus habitaciones. La alegría era inmensa ante la visible mejoría de salud, que disipó inmediatamente los temores que se tenían. Al día siguiente, hubo fiesta en la iglesia, en el patio y en el comedor. Entre los saludos que le leyeron, le gustó sobre todo la corona de comuniones, que habían hecho por él los muchachos durante su ausencia.

A don Juan Bautista Lemoyne le tocó cumplir rápidamente dos encargos relacionados con el viaje: enviar las disculpas correspondientes al Obispo de Ventimiglia, que se lamentaba de que hubiese pasado don Bosco dos veces por su diócesis sin dejarse ver [3] y al Director de la Compañía de los ferrocarriles romanos, a quien no había podido visitar a su paso por Florencia y agradecerle el favor recientemente obtenido [4].

---

[1] Véase Vol. XV. pág. 470.
[2] Las refiere también monseñor Taroni en su crónica manuscrita de la casa de Faenza.
[3] Apéndice Doc. núm. 13.
[4] Apéndice Doc. núm. 14.

No podríamos cerrar este capítulo mejor que presentando las reflexiones que le sugirieron a Lemoyne los recuerdos del viaje, acerca de la memoria, el talento y la cultura del Santo.

He aquí lo que dejó escrito el óptimo secretario.

[122] Resulta admirable ver cómo don Bosco, pese a su avanzada edad de sesenta y nueve años, toma parte en cualquier cuestión y sabe decir su palabra oportuna. Por su memoria, hoy menos feliz que antaño, se puede calcular lo rico que debió ser su saber en la edad florida. Si se presenta a él un antiguo alumno, de los miles que estuvieron en el Oratorio (hace poco los reconocía a todos), recuerda todavía su nombre o bien, después de preguntárselo, las más de las veces sabe decir su pueblo y recuerda después todo lo que le sucedió en el Oratorio, incluso mil pequeñas anécdotas. Este año se encontró con uno que había vivido con él en 1846 y le pidió noticias de un hermano suyo, que estaba entonces también en el colegio, recordando su nombre y el de su madre viuda.

Cuando don Bosco se encuentra con un médico y hablan de enfermedades, él conoce las causas, el curso, la crisis y los principales remedios de las mismas.

Cuando conversa sobre la lengua griega, no le faltan textos de autores para exhibir a los oyentes.

Si se habla de autores italianos o latinos, don Bosco no deja de recitar trozos de memoria. Especialmente recita de corrida cantos enteros de Dante.

Comía en Roma con el abogado Menghini, doctísimo profesor de hebreo; salió esta lengua a la conversación y vino a colación aquel pasaje del Eclesiástico: «Hay tres cosas que no sé y una cuarta, que *penitus ignoro: viam viri in adolescentia sua*».

—En lengua hebrea corresponde, decía Menghini, a una frase que indica el milagro de la generación. Por eso, en el texto hebreo, en lugar de *adolescentia,* se lee *adolescéntula, alma* con la letra *a* minúscula y no con *A* mayúscula, que significaría virgen, título que propiamente se da sólo a la Virgen: *Alma circumdabit virum.*

Y he aquí que don Bosco dijo de improviso el texto íntegro hebreo, que Menghini repitió con la misma pronunciación.

Se encontraba don Bosco en Sampierdarena, presentóse a los postres Parodi, capitán de corbeta, y salió la conversación en torno a la manera de sacar a flote una nave hundida en el fondo del mar. Y don Bosco se puso a explicar cuándo esta operación es posible y cuándo no lo es o resulta inútil. Y cuando es posible, explicó los tres sistemas con sus dificultades y maneras, y cuál de las tres era la preferible. Semejante erudición naval llenó de asombro a todos, pues era inesperada.

Lo mismo sucedía si se hablaba de armas antiguas y modernas, de astronomía, etcétera.

Pero, cuando se trataba de historia, se encontraba en su fuerte. En cualquier punto de ella que se tomase, especialmente si era la eclesiástica, él citaba no sólo los detalles, sino hasta los autores que habían escrito sobre aquella materia, y no uno sino muchos.

En fin, tenía algo más que una noción en muchas ciencias.

Estos hechos sucedieron en el viaje de ida y vuelta de Roma.

[123] Además, don Bosco narraba con admirable erudición la historia de los telégrafos, de la magia, de la arquitectura, de la imprenta, de las letras, de los números arábigos y romanos y resultaba agradabilísimo oírlo.

El alborozo, que despertó su regreso, redobló en el Oratorio el ardor de los preparativos para la fiesta de María Auxiliadora, al tiempo que las voces, que corrían sobre su mal estado de salud, sirvieron para atraer mayor número del acostumbrado de amigos y admiradores del Santo para asistir a la gran solemnidad.

[124]

CAPITULO IV

LA COMUNICACION DE LOS PRIVILEGIOS

EN la memorable audiencia del nueve de mayo, había dicho don Bosco con sentimiento de humildad y confianza al Papa, poco antes de recibir su bendición junto con don Juan Bautista Lemoyne y don José Daghero:

—Padre Santo, todavía no hemos tenido la satisfacción de conseguir la firma de Su Santidad. Dénos esta alegría.

La firma que el Santo invocaba con aquellas insinuantes palabras era la firma del decreto para la concesión de los privilegios, que se pensaba obtener mediante un Breve. Cuanto más cuenta se daba de la proximidad de su muerte, tanto más le acuciaba el ansia de dar de este modo la última mano a su Congregación, poniéndola en plan de igualdad con las otras aprobadas por la Iglesia y suministrándole los mismos medios para hacer el bien en el mundo. Esa era la intención que estaba por encima de todos sus pensamientos, cuando decidió ir a Roma.

Pero no había aplazado para entonces la continuación de las negociaciones; hacía tres meses que, a pesar del tormento de las enfermedades, había vuelto a ocuparse seriamente de este asunto. Después de tantos años de estudios y de gestiones, poseía ya más que suficiente conocimiento de la materia; y, sin embargo, en esta última fase tuvo que comenzar de nuevo el trabajo y perseverar en la obra, frente a desconcertantes sorpresas, capaces de descorazonar a quien no tuviese su temple.**[125]** Con mucha razón dijo Pío XI al Rector Mayor don Pedro Ricaldone, cuando éste le ofreció el precioso relicario con una vértebra del Santo en el mes de abril de 1934: —¡Ah, sí! don Bosco tenía espina dorsal, a diferencia de muchísimos otros que no la tienen.

Puso mano a la obra desde enero. Redactó un escrito con los motivos por los que pedía aquellos favores y el alcance que tenían, y envió copia del mismo al Cardenal Protector y al Cardenal Arzobispo, rogándoles que examinaran el contenido y le dieran su parecer. Los dos Purpurados se pronunciaron favorablemente. Entonces envió la

súplica al Padre Santo, adjuntando el memorial enviado a los dos Cardenales y anteponiendo una breve aclaración en lengua latina [1]. Decía en la súplica:

Beatísimo Padre:

Humildemente postrado a los venerados pies de V. S. imploro una señalada gracia para la Pía Sociedad de San Francisco de Sales. El Sumo Pontífice Pío IX, vuestro glorioso antecesor, comenzó a favorecer a esta Congregación desde sus comienzos. Trazó sus Constituciones el año 1858, las alababa el 1864, las aprobaba el 1869 y les concedía específica y definitiva aprobación el 3 de abril de 1874.

La enriqueció después con diversos favores espirituales, algunos de los cuales, por ser concedidos *ad tempus* y otros *vivae vocis oraculo,* tuvieron en la práctica serias dificultades. Estas fueron superadas por otras Congregaciones Eclesiásticas, gracias a la comunicación de los Privilegios.

El mencionado Pontífice Pío IX estaba para conceder este señalado favor, cuando plugo a Dios llamarlo a Sí.

Permitidme ahora, Beatísimo Padre, hacer una breve exposición sobre la comunicación de los Privilegios y sobre las causas especiales, que me mueven a suplicar su obtención.

En la «exposición acerca de la comunicación de los privilegios» demostraba cómo, hacía ya tres siglos, solían los Sumos Pontífices conceder privilegios *per communicationem,* lo mismo a las Ordenes religiosas de votos solemnes que a las Congregaciones Eclesiásticas de votos simples. En efecto, León X concedió la recíproca comunicación de los privilegios a todas las Ordenes mendicantes; Clemente VII **[126]** comunicó a los Teatinos todos los privilegios y favores espirituales concedidos o por conceder a los Canónigos Regulares; y, más tarde, concedió a los religiosos de la *Regular observancia* los privilegios y gracias espirituales de cualquiera Orden religiosa. En el mismo siglo XVI las Congregaciones de votos simples, aunque habían obtenido por concesión directa algunos privilegios, sin embargo, para que entrara en vigor para todos la misma regla, se comenzó a concederles también los privilegios de las Ordenes religiosas, como lo hicieron Paulo IV y san Pío V con los Teatinos. En el siglo siguiente, Urbano VIII tuvo igual bondad con los Padres de la Misión; y dígase otro tanto de otros Pontífices para con los Jesuitas, los clérigos Regulares de la Madre de Dios, los Píos Operarios, los Ministros de los Enfermos, el Oratorio, los Hermanos de la Doctrina Cristiana, los Pasionistas, los Redentoristas y, por último, para con los Oblatos de María en 1826 y con el Instituto de la Caridad en 1838. Con este medio, quisieron los Papas

[1] Apéndice, Doc. núm. 15.

honrar y favorecer a instituciones que, unidas estrechamente a la Santa Sede, ejercían en la Iglesia un amplio y fecundo apostolado [1].

Don Bosco se expresaba de la manera siguiente respecto «a las causas especiales que le movían a suplicar la obtención» de los privilegios:

Los motivos especiales, por los que se hace esta humilde súplica en favor de la Congregación Salesiana, son:

1.º Esta Congregación se halla completamente privada de medios materiales, por lo cual necesita mucho apoyo y muchos auxilios espirituales, para poder alcanzar su fin.

2.º Esta Congregación comenzó y fue consolidándose en tiempos borrascosos, en los que todavía nos encontramos; no obstante, pudo crecer, abrir hospicios, colegios y seminarios menores en varias diócesis de Italia, Francia, España, Brasil, Uruguay, República Argentina y entre los mismos salvajes de las más apartadas regiones de América del Sur. En estos calamitosos tiempos y con la diversidad de países, tan distantes unos de otros, especialmente en tierras de salvajes, si los socios Salesianos tuviesen que recurrir a la Santa Sede en las dudas y para las facultades, que les son indispensables, sería cosa siempre difícil y no raras veces imposible.

3.º Los malos tiempos que corren hacen que ciertas autoridades civiles vean con malos ojos el frecuente recurso a la Santa Sede; es más, sucedió varias veces **[127]** que exigieron se entregasen Decretos y Breves de concesión, que ya no fue posible recuperar.

4.º Por lo demás, el humilde exponente desea emplear los pocos años de vida, que pluguiere a Dios concederle todavía, en regular las diversas casas y uniformar a todos los que tienen su dirección para servirse de los privilegios con prudencia y parsimonia y sólo en los casos en que aparezca clara la voluntad de Dios y el provecho de las almas.

5.º El número de las casas ya abiertas y muchas otras, que se van abriendo, hacen cada día más difícil el uso de los Privilegios sin una regular concesión de los mismos.

Al final contestaba con la mayor sencillez a cuatro «observaciones», que algunos levantaban con nuevas concesiones de privilegios.

Algunos quisieron observar en torno a la comunicación de los Privilegios que estas concesiones:

1.º Pueden ser ocasión de conflictos.

2.º Pueden turbar la armonía y la paz con los Ordinarios.

3.º Pueden conceder Comunión de Privilegios a Institutos, a los cuales no les conviene.

4.º La Congregación Salesiana está aprobada hace poco tiempo.

1.º En cuanto a los primero: Si estas concesiones fuesen nuevas, podrían ser ocasión de cuestiones; pero parece que los Privilegios se van comunicando de unos a otros, desde hace más de trescientos años; que fueron constantemente estudiados, interpretados y practicados de manera uniforme y según el espíritu de la Santa Sede,

[1] Apéndice, Doc. núm. 16.

y parece que deben calificarse más bien de vínculo de unión y de uniformidad y por ende, excluir todo motivo de conflictos.

2.º En cuanto a lo segundo: Tampoco parece que puedan turbar la paz con los Ordinarios, puesto que, en la práctica, obispos y párrocos ya conocen los Privilegios de los Institutos aprobados por la Iglesia, y, en nuestras tierras, causaría extrañeza que un Instituto goce de mayores o menores favores que los otros. Además, siendo como son los Privilegios una realidad que honra altamente a la suprema autoridad del Pontífice y manifiesta su pleno agrado hacia una institución, haría suponer que una Congregación no estaba definitivamente aprobada si no gozaba de los mismos privilegios que los otros.

Un respetable Ordinario no pudo nunca creer que nuestra Congregación estaba definitivamente aprobada, *porque no le constaba que gozara de los Privilegios de los Ministros de los Enfermos, de los Padres de la Misión y de los Oblatos de María.* Por este motivo, la Congregación Salesiana ha tenido que soportar muchas molestias y sufrir muchos daños materiales y morales, que estorbaron gravemente el progreso **[128]** de la misma, que habría podido tal vez duplicar el número de casas, religiosos y alumnos.

3.º En cuanto a lo tercero: Tampoco parece que se pueda decir que con esta Comunicación a los Nuevos Institutos se concedan favores no oportunos, ya que, en estas concesiones, se dan siempre por supuestas las cláusulas: *Dummodo Institutis eorum conveniant ac Regulari Observantiae non sint contraria.* Añádase, además, que, como estos favores sólo puede concederlos la Santa Sede, ella puede modificarlos y también revocarlos, siempre que viese que esto sirve para mayor provecho de aquéllos a los que se les concedió.

4.º Y en cuanto a lo cuarto: Es verdad que la definitiva aprobación de las Constituciones de la Pía Sociedad de San Francisco de Sales fue concedida el 3 de abril de 1874, pero su existencia y la práctica de las Constituciones se remontan al 1841. Por otra parte, ha crecido mucho en número, puesto que cuenta ya con unos mil cuatrocientos religiosos, ciento sesenta y seis casas, en las que reciben cristiana educación más de ciento cincuenta mil, entre niños y adultos. En tiempos pasados, a la aprobación seguía ordinariamente y casi enseguida la Comunicación de los Privilegios. Los Oblatos de María obtuvieron esta Comunicación pocos días después de su aprobación.

Dada esta breve exposición de la Concesión de los Privilegios, renuevo humildemente la petición suplicando a V. S. cumpla este acto de suma clemencia y conceda a la Congregación Salesiana la Comunicación de los Privilegios con la Congregación de los Oblatos de María de Turín, cuyas constituciones y finalidad son casi idénticas a las salesianas.

El Rescripto con el que S. S. León XII, de feliz memoria, concedía aquel favor dice así:

«Ex audientia S.S.mus Congregationis introscriptae Superiorem Generalem, et Oblatos specialibus favoribus et gratiis prosequens, omnia et singula indulta, privilegia, indulgentias, exemptiones et facultates Congregationi S.S.mi Redemptoris concessa iisdem Oblatis eorumque Ecclesiis, Capellis et domibus benigne communicat, extendit atque in perpetuum elargitur cum omnibus clausulis et decretis necessariis et opportunis.

(«Su Santidad, colmando de especiales favores y gracias al Superior General y a los Oblatos de la infrascrita Congregación, comunica benignamente a los mismos Oblatos y a sus iglesias, capillas y casas todos y cada uno de los indultos, privilegios,

indulgencias, exenciones y facultades concedidas a la Congregación del Santísimo Redentor, y las extiende y concede perpetuamente con todas las cláusulas y decretos necesarios y oportunos»).

I. Cardinalis PACCA
Sacrae Congregationis Episcoporum
et Regularium Praefectus».

Todos los Salesianos, representados por su Rector, se postran suplicantes e invocan dicho favor, mientras en nombre de todos invoco la Bendición Apostólica.

Turín, 20 de enero de 1884

Humilde y agradecido suplicante,
JUAN BOSCO, *Rector*

[129] El cardenal Alimonda, «con verdadera satisfacción del alma», confirmaba por escrito la verdad de los motivos expuestos por el Santo y alababa la ejemplaridad de la disciplina en su Congregación y el gran bien obrado por ella, añadiendo, por iniciativa personal, un nuevo argumento sobre la oportunidad de la implorada concesión; esto es, que, por estar dispersos en la ciudad y diócesis de Turín los religiosos de las otras órdenes, importaba mucho que favoreciese y apoyase a una Congregación, que, a la vez que remediaba tantas pérdidas, tenía la ventaja de eludir los golpes de las leyes civiles [1]. Hizo aparte una recomendación, al mismo tiempo, al Cardenal Protector, del que recibió la siguiente respuesta.

Eminentísimo y Rvmo. Señor:

He recibido el muy respetable escrito de V. E. del día cuatro de los corrientes, en el que se complace recomendarme la súplica del Rvmo. don Bosco referente a los privilegios para su Congregación, y para la cual me había enviado dicho Sacerdote su expreso testimonio. Agradezco mucho a V. E. tanta bondad, por haberme proporcionado un válido apoyo para lograr el intento; y el próximo jueves, si mi salud lo permite, me propongo conferenciar seriamente con Su Santidad sobre el asunto e inducirlo a superar las dificultades extrínsecas que, hasta ahora, desgraciadamente opuso quien menos hubiera debido hacerlo. Y no callaré a Su Santidad que, si se empeñara en mantener su recusación, yo me vería obligado a presentar mi dimisión de Protector de la benemérita Congregación, por no parecer que, de algún modo, estoy confabulado o soy indiferente ante un rechazo, que no tiene más motivo que la arbitrariedad.

Ruégole, mientras tanto, no se olvide de mí en sus oraciones, asegurándole mi fiel correspondencia y mi inalterable veneración y aprecio, al tiempo que beso humildemente sus manos y me profeso.

Roma, 7 de marzo de 1884

Humilde, atento y seguro servidor,
L. Card. NINA

[1] Apéndice, Doc. núm. 17.

Una vez enviados a Roma estos documentos, don Bosco volvió a pensar en su viaje a Francia, confiando que, **[130]** cuando estuviese de vuelta, las gestiones habrían dado ya un buen paso hacia adelante; pero las cosas marcharon en sentido muy diverso a sus esperanzas, aunque le llegaron dos alegres noticias, la primera, a punto de dejar Francia, y, la otra, al emprender viaje para Roma.

Llevóle la primera noticia la condesa de San Marzano, cuando él se encontraba de nuevo en Niza para entrar en Italia. La bonísima cooperadora salesiana, que había estado en Roma en aquel entretanto, había dicho al Papa en la audiencia que le había concedido:

—Padre Santo, le pido una bendición especial también para don Bosco.

—¿Cómo? ¿Conoce usted a don Bosco de Turín? ¿Dónde se encuentra actualmente? ¿Dónde está?

—Lo he dejado en Niza.

—¿Cómo está de los ojos? ¿Y de sus piernas? Dígale que se cuide y ahorre sus fuerzas... Don Bosco nos ha hecho pedir muchas cosas; cosas serias y difíciles de obtener. ¡Pero le concederemos todo!

Al referir este diálogo, la Condesa no sabía a qué aludían las palabras del Papa, porque el Pontífice no había dado más explicaciones y ella no se había atrevido a preguntar. Pero don Bosco comprendió perfectamente que el Papa quería hablar de los privilegios y que, al decir aquello a la señora, no ignoraba que ésta vería al Santo y le contaría todo; no es, pues inverosímil que quisiera hacerle llegar, por aquel trámite, la certificación de su voluntad dispuesta a favorecerle.

Y así precisamente lo entendió don Bosco, el cual, cuando se encontró a solas con sus hijos, dijo:

—¡Buena señal, buena señal! Esperamos obtener esta vez lo que hace tantos años es objeto de todos mis deseos. Para lograr obtener estos privilegios, he perseverado, intentado y vuelto a intentar todos los caminos, he sufrido humillaciones y repulsas; pero nada de este mundo debe acobardarnos. Hubiera podido desistir; pero no quise. Era por ellos *[esto es, para servicio de los que en Roma tienen las riendas en sus manos],* **[131]** por la Iglesia y no por mí; era por el bien de las almas; era para dejar consolidada a mi muerte nuestra Congregación, la cual después de todo, pertenece a la Iglesia. Cuando parecía perdida toda esperanza de éxito, habría podido decir: —¡Dejémoslo ya! ¡Allá ellos! Pero no; tenemos que hacer los imposibles para conseguirlo, no dejemos nada por intentar. Para cortar las rosas, ya se sabe, se tropieza con las espinas; pero con las espinas está siempre la rosa. Cuando presenté mi súplica a Pío IX y se trató de los privilegios, el

Sumo Pontífice se alegró mucho. Monseñor Vitelleschi parecía favorable. Prometía, aseguraba todo su apoyo, de suerte que yo confiaba plenamente en él, teniendo como cierto el buen resultado del asunto. Pero, cuando se reunió la Sagrada Congregación, Vitelleschi se mantuvo tan resueltamente contrario, que todos los Cardenales, antes favorables a nosotros, votaron *negative* [1].

La segunda noticia, que le llevó don Francisco Dalmazzo a Sampierdarena, pareció que debía quitarle todo temor del lado más difícil. Es sabido que el más enérgico opositor a la concesión de los privilegios era el cardenal Ferrieri, a quien, por ser Prefecto de la Congregación de Obispos y regulares, correspondía de oficio tratar todo el asunto [2]. Pues bien, ocurrió que este Eminentísimo Cardenal sufrió el veinticinco de marzo un ataque de parálisis, que le dejó sin fuerzas, y, mientras se encontraba en peligro de vida, se mostraba propenso a ceder sobre aquellos benditos privilegios, si curaba. En los primeros días, la singular coincidencia de aquel veinticinco de marzo debió tenerlo algo preocupado. El hecho es que mandó varias veces avisar al Procurador que presentara rápidamente una lista detallada de los privilegios que se deseaban. Don Bosco, más positivo que don Francisco Dalmazzo, observaba:

—Puede ser que Ferrieri se sienta movido a ceder más por las cartas del cardenal Alimonda que por su enfermedad... **[132]** Desde luego, especificar detalladamente los privilegios es un trabajo ímprobo.

Don Francisco Dalmazzo sólo estuvo allí dos horas y partió para Roma, donde al poco tiempo menguó su optimismo, puesto que el ilustre enfermo, por quien don Bosco había ordenado oraciones, apenas desaparecido el peligro, volvió a alegar los consabidos motivos para la consabida denegación. Tenía arraigada en el alma la convicción de que la Congregación de don Bosco no podría sobrevivir a su Fundador.

El cardenal Nina, como lo había prometido, defendió con celo la causa de don Bosco ante el Padre Santo, como él mismo lo refirió a don Francisco Dalmazzo.

—Padre Santo, habíale dicho, ¿por qué no conceder estos privilegios también a don Bosco? ¿Acaso su instituto es distinto de los demás? Ahora bien, si se conceden estos privilegios a los otros, ¿por qué

---

[1] Estas y otras noticias del capítulo segundo proceden de unas notas de viaje tomadas por don Julio Barberis, que acompañaba al Santo por Francia.

[2] A él aludía el cardenal Nina en la carta que acabamos de presentar.

no concedérselos a éste? ¿Para qué constituirme en Protector de esta Congregación, si se tiene en tan poca cuenta mi protección? Si la Congregación Salesiana no merece estos privilegios, como todas las demás Congregaciones, dígaseme en qué desmerece y yo intervendré para corregirlo; pero, si no es así y, a pesar de ello, no se quieren conceder, yo estoy cansado de pedir y no obtener nunca nada. Los Salesianos tendrían motivo para acusarme de que descuido sus asuntos, o para creer que yo no puedo obtener nada de Vuestra Santidad. ¡Por lo tanto, renuncio al título de Protector, pues de nada me sirve! Yo no quiero ocuparme más de estos asuntos.

—No, contestó el Papa, no diga eso. Yo deseo hacer lo que conviene a los Salesianos; deseo favorecerlos. Tenga paciencia. Ya ve cuántos asuntos me agobian.

—Me encomiendo, pues, a Vuestra Santidad; dígnese dar curso a los papeles que le entrego.

Pero, cuando volvió otro día a hablar del asunto con el Santo Padre y pidió aquellos papeles, no se encontraron en ninguna parte. El secretario, o el camarero que fuere, los había quitado y echado a la papelera y, a la llegada del Santo, habían **[133]** desaparecido. Hubo, pues, que rehacer el trabajo con notable pérdida de tiempo. Pareció, sin embargo, en un principio que había un nuevo indicio de esperanza, puesto que el Cardenal Prefecto, por motivos de salud, estaba entonces dispensado de sus ocupaciones y los asuntos dependían únicamente del secretario monseñor Masotti, que iba a la audiencia en lugar de su Superior, y se manifestaba benévolo; sin embargo, no hacía nada sin consultar a Ferrieri. Transmitidos, pues, los nuevos papeles, en los que se pedían los privilegios *per communicationem* a la Sagrada Congregación, con orden del Papa de que se examinaran, don Bosco vio llegar, como respuesta, una notificación, en la que se decía que un Breve de Pío IX había abolido esta manera de dar los privilegios; era, por tanto, indispensable una petición detallada de cada uno de los privilegios, que se creía necesitar.

Lacerado el cuerpo por sus achaques y agobiada la mente por tantas intrigas, don Bosco hizo de tripas corazón y se sometió otra vez a este esfuerzo de búsqueda para presentar después la lista al Padre Santo y suplicarle se dignase cursarla. Como Dios quiso, se llegó al fin; así, por lo menos, pensaba el Santo. Pero, el día primero de mayo por la tarde, recibió una carta oficial muy seca de Su Eminencia Ferrieri, pidiendo que se uniera a cada uno de los privilegios solicitados la fecha de los Breves, los nombres de los Pontífices que los habían concedido y las indicaciones de las Ordenes religiosas que los

disfrutaban. ¡Otro trabajo ímprobo como para quedar uno aniquilado! Llegó, como solía hacer con frecuencia, el abogado Leonori a visitar a don Bosco para asegurarle que, a pesar de aquel contratiempo, le serían concedidos los privilegios.

—Ya no aguanta mi cabeza, exclamó don Bosco, y me veré obligado a renunciar a los privilegios. Pediré sólo uno o dos de los más esenciales y, después, me volveré a Turín. Si me los quieren conceder, bien; y, si no, paciencia. Seguiremos como hemos hecho hasta ahora.

—Esté tranquilo, le repetía el abogado, ya verá usted cómo obtendremos **[134]** todo, yo se lo prometo, y si usted no puede aguantar este trabajo buscaremos nosotros los Breves y las citas.

Determinóse, pues, escribir a don Joaquín Berto, pidiéndole que enviase en seguida los elencos de los privilegios concedidos a los Oblatos de María, a los Redentoristas y a los Padres de la Misión. Cuando éstos llegaron, don Bosco y don Juan Bautista Lemoyne se pusieron a revisar los volúmenes para encontrar los privilegios pedidos, las fechas correspondientes y todo lo demás. Don Bosco se dedicó a ello varios días; también don Francisco Dalmazzo dedicó una noche entera; por último, se copiaron los privilegios con sus citas, y se presentó todo el conjunto a monseñor Masotti [1].

En medio de tantas angustias, don Bosco escribió al Cardenal Alimonda una carta, en la que se traslucen su descorazonamiento y su resignación [2].

Eminencia Rvma. y queridísima:

Nuestros temores se hicieron realidad. El asunto de los privilegios pasó totalmente a manos del cardenal Ferrieri, que contestó ayer por escrito, diciendo que no se pueden conceder sin que cada uno lleve adjuntos los documentos auténticos, con que fueron concedidos y a quiénes fueron concedidos. Después de esto, se examinará cuáles se han de conceder y cuáles no. Esto significa que, por ahora, tengo que resignarme y no hablar más de esta petición. Mientras tanto, ha caducado el tiempo de la facultad de las dimisorias y pediré al Padre Santo que, por lo menos, me sea prorrogada ésta. Pero no he podido presentar a ninguno para las ordenaciones de Pascua y quizás tampoco para Pentecostés.

A pesar de mi insistencia, no he podido obtener la audiencia del Santo Padre en los veinte días que estoy en Roma.

El cardenal Nina está al día de todo. Está enojado. El mismo le escribirá.

---

[1] Don Bosco lo encabezó con una carta en latín, preparada en Turín, insistiendo especialmente en la necesidad de tener la facultad de dar las dimisorias, la cual se le había concedido para diez años por Pío IX y caducaba el tres de abril de aquel año. Junto con dicha carta publicamos en el Apéndice (doc. 18) el elenco y los correspondientes accesorios, para que se tenga una idea de aquel rompecabezas.

[2] El original estaba en 1899 en poder de don José Diverio, de Mondoví, antiguo secretario del cardenal Alimonda en Turín.

Estábamos de acuerdo en que era inútil hacer nuevas instancias a este propósito, mientras estuviese el asunto en manos del C. Ferrieri y ahora lo estamos.

[135] Mi salud sigue renqueando; espero poder saludarle personalmente cuanto antes y poderme recuperar algún tanto.

Con suma veneración pido su santa bendición, al tiempo que, con la mayor gratitud, me profeso.

De V. E. Rvma.

Roma 3 de mayo de 1884
Porta S. Lorenzo 42

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

El buen Cardenal le respondió solícito y cordial:

Rvmo. y querido don Juan:

He recibido su carta del tres del corriente mes y me apresuro a manifestarle los sentimientos de mi vivo disgusto. Imagino cuánto debe sufrir con ello su corazón. Animo, querido don Juan. Dios nos somete a durísimas pruebas para consolarnos; mas, después del combate, vendrá la victoria.

Aunque yo sé que usted hace mucho bien en Roma, sin embargo le recomiendo que venga pronto a Turín, donde me alegraré de verle y abrazarle, como lo hago ahora en espíritu, profesándome con todas mis veras,

De V. S. Rvma. y carísima

Turín, 6 de mayo de 1884

Afectísimo como hermano,
CAYETANO, *Card.* ALIMONDA

El día dos de mayo había expresado don Bosco a sus amigos nuevos temores.

—Estoy viendo, dijo, el plan de Ferrieri. El ha declarado que don Bosco no obtendría jamás los privilegios; por consiguiente, ahora no quiere negarlos, porque el Papa dice que los quiere conceder, pero dará largas al asunto.

Los impedimentos para la audiencia pontificia parecían justificar estas previsiones; pero, después de la audiencia, las cosas tomaron otro cariz. La misma tarde del día nueve el cardenal Nina, deseoso de conocer el resultado, visitó a don Bosco y le contó que el día anterior Su Santidad había mandado que le leyera las cartas comendaticias de Alimonda y después la súplica de don Bosco unida a la nota de los privilegios.

—Me gusta el latín de don Bosco, había dicho el Papa. No es ciceroniano, pero es correcto y sencillo.

Todo esto manifestaba **[136]** las buenas disposiciones del Papa que claramente hizo patentes después en la audiencia, al concederle que siguiera dando las dimisorias en espera del decreto formal.

¿Y el famoso Breve de Pío IX contra la concesión de los privilegios *per communicationem?* Este Breve dio lugar a una divertida escenita, que no queremos ocultar a los lectores. En el mes de junio, tuvo que presentarse don Francisco Dalmazzo en la oficina de la Congregación de Obispos y Regulares. Estaban allí algunos monseñores, y entre ellos el subsecretario Trombetta, Boccafogli coadjutor del auditor De Luca y el secretario Masotti. Salió a colación el Breve, en el que se decía que Pío IX había prohibido los privilegios *per communicationem.* Aquellos oficiales no abrigaban la menor duda sobre la realidad y el contenido del documento. Pero don Francisco Dalmazzo dijo:

—Perdonen; ustedes se equivocan; ese decreto no existe.

—¿Que no existe? ¿Querrá usted negar un hecho que todos conocen?

—Pues bien, con su venia, afirmo que no existe.

—¿Lo dice usted?

—No, lo dice don Bosco, y don Bosco es una autoridad en esta materia, pues la ha estudiado y la posee a fondo.

—¿Encima eso?... No nos parece que don Bosco sea una autoridad.

—Sí, señores; y cuando don Bosco habla de estos temas, no yerra, porque conoce a fondo decretos y cuanto a ellos concierne.

—Puede que sea así; pero, en este caso, don Bosco se equivoca y mucho... Es algo certísimo... No hay problema... Me parece que fue el año 1848... No, fue el 1852... Bueno, no lo recuerdo ahora... Pero el decreto existe... Seguro... No puede haber duda.

Corrían de uno a otro estas afirmaciones; pero don Francisco Dalmazzo no se rendía.

—Perdonen, replicó; tratándose de cosas tan importantes, hay que ser positivos e indicar dónde está este decreto y citarlo con su fecha exacta. ¿Dónde lo han leído?

[137] Mirábanse los interlocutores a la cara. Ninguno lo había leído; habían oído hablar de él, pero sin tomarse la molestia de acudir a la fuente. Ya iba don Francisco Dalmazzo a cantar victoria, en nombre de don Bosco, cuando saltó uno diciendo:

—Esto se averigua pronto. Vamos a tomar la *Collectanea,* donde sin duda se encuentra el Breve.

Collectanea in usum Secretariae S. C. Episcoporum et Regularium es el título de una colección de decretos dictados por esta Congregación, compilada por Andrés Bizzarri, inmediato antecesor de Ferrieri, que fue secretario y más tarde Cardenal Prefecto de la misma.

Fue uno a tomar el volumen, y busca que te busca, revuelve y hojea, pero no se encontraba ni rastro del Breve. Acudieron a los índices, los examinaron y nada de nada. Hubo que concluir que don Bosco tenía razón. El sabía, además, de dónde había nacido la historia. Hacia 1850 la Sagrada Congregación llegó a conocimiento de que los Redentoristas gozaban de diversos privilegios, obtenidos quizás *per communicationem,* e intentó quitárselos con un decreto: pero los Redentoristas apelaron y el decreto fue anulado. Esta sentencia armó mucho ruido en Roma; por lo cual la Congregación determinó para cortar por lo sano, que, en adelante, no permitiría la concesión de los privilegios de aquella forma. De esta determinación privada, no sancionada nunca con un documento público, pero que quedó siempre en las oficinas, tuvo origen la errónea opinión del Breve de Pío IX. Don Bosco, y se comprende el motivo, si bien no ignoraba la verdad, sin embargo no juzgó prudente, en el curso de las negociaciones, impugnar su existencia.

Lo que hemos narrado sucedió, después de haber salido don Bosco de Roma sin haber podido llegar a la conclusión del asunto.

Volvamos a León XIII. La promesa que hizo a don Bosco se cumplió sin demora. Cuando monseñor Masotti fue a la audiencia, díjole el Papa:

—Deseo que se concedan a don Bosco los privilegios.

[138] —Vuestra Santidad sabe perfectamente que quien se opone es el Cardenal Prefecto.

—Busque usted la manera de que podamos contentar a don Bosco.

—Haré por lograr que se cumpla el deseo de Vuestra Santidad.

Hubo una amenaza de dimisión por parte del Prefecto; pero el Papa le recomendó que reflexionara. El día diez informó monseñor Masotti que el Padre Santo había decidido conceder los privilegios a los Salesianos *per communicationem* con los Oblatos de María; que se buscase, por tanto, copia del decreto de concesión y el Procurador de los Oblatos prestara juramento de que, aquellos privilegios, no habían caducado ni se habían anulado. Cuando oyó esto don Bosco, dijo:

—Si conceden esto, conceden mucho más de lo que se pide. Pero puede haber en ello algún subterfugio para complicar la negociación. Monseñor Masotti, que es quien lleva actualmente el despacho de los asuntos y el que va regularmente a la audiencia, ¿por qué no hace nada sin pedir consejo a Ferrieri? Podría presentar al Papa un Breve de pocos renglones, que sería firmado en seguida. El Papa mismo ha sugerido este medio. Y, además ¿querrán los Oblatos mostrar sus pri-

vilegios? Todas las órdenes procuran celosamente no darlos a conocer a otros. ¿Y si hubiese realmente caducado algún privilegio?

A pesar de todo don Bosco se lanzó a actuar personalmente y con rapidez. Pasó los días once, doce y trece de mayo consultando con el abogado Leonori y con varios monseñores amigos suyos, haciendo siempre hincapié en la explícita voluntad del Papa. Se hicieron indagaciones en los archivos de la Congregación de Obispos y Regulares y sólo se encontró un Breve, que comunicaba los privilegios de los Redentoristas a los Oblatos; pero él logró hacerse con el elenco de los privilegios de éstos. Ya no quedaban más que las gestiones de oficio y creyó que podía salir de Roma; tanto más cuanto que, en estos asuntos no se suele tener prisa en Roma.

Pero se ingeniaba en Turín por encontrar la manera de solicitar el efecto de las promesas del Papa, manteniendo relación epistolar con monseñor **[139]** Masotti y dando prisas al Procurador. Un mes después de salir de Roma, renovó la súplica al Papa. Repetía en ella las partes esenciales de la anterior y añadía la petición explícita de que se comunicaran a los Salesianos los privilegios concedidos por León XII a los Oblatos de la Virgen María, los cuales, a su vez, habían obtenido por comunicación los de los Redentoristas [1].

En la reunión capitular del veintisiete de junio. don Bosco pudo anunciar que se había extendido el decreto de los privilegios por comunicación, mas no con los Oblatos, sino con los Redentoristas; que el decreto visto y leído por don Francisco Dalmazzo contenía magníficos elogios de la Congregación Salesiana; que estaba incluida la exención de la jurisdicción episcopal; y que no le faltaba al decreto más que la firma del cardenal Ferrieri, el cual había dicho que, si así lo quería el Papa, él se lavaba las manos.

Pero ¿y por qué ya no era la comunicación con los Oblatos? Había habido unas intrigas dilatorias, que, sin embargo, habían resultado ventajosas para don Bosco. En un primer momento, el secretario Masotti, desde luego no por iniciativa personal, había negado en presencia de don Bosco la existencia misma de la comunicación a los Oblatos; pero los archivos dieron la respuesta. Entonces, consideradas las insistencias del Papa para que se acabase de una vez con las demoras, monseñor Massotti observó al Padre Santo que los Oblatos no tenían privilegios particulares, y era verdad, como acabamos de decir.

—¿Y eso qué importa? replicó el Padre Santo. Haga un decreto semejante al que ellos tienen.

---

[1] Apéndice, Doc. 19.

—Los Oblatos no tienen más que la comunicación con los Redentoristas.

—Pues bien, haga un decreto, que comunique a los Salesianos los privilegios de los Redentoristas.

Ya no era posible llevar más adelante la resistencia. Se pidieron todos los libros de sus privilegios a los Redentoristas; pero costó algún tiempo, porque el General estaba ausente. Cuando volvió, como apreciaba muchísimo a don Bosco, dio en seguida una copia de los mismos. **[140]** El Secretario puso en seguida manos a la obra y, para que el Prefecto no pudiese poner objeciones, extendió el decreto que concedía genéricamente a los Salesianos todos los privilegios de los Redentoristas, sin indicar ninguno de ellos en particular. El decreto, así redactado, contenía unos elogios a la Congregación de los que don Bosco había hablado a los capitulares; pero, cuando Ferrieri los leyó, tomó la pluma y los borró del todo, mandando añadir el período, con el cual se quitaba a la Congregación todas las concesiones y privilegios concedidos *ad tempus,* por escrito o *vivae vocis oraculo.* Era una cláusula superflua, porque aquellos favores ya habían caducado. Así, secamente, se envió el decreto a Turín [1].

Eran las seis de la tarde del día nueve de julio; estaba el cielo completamente sereno cuando en un brevísimo intervalo cayeron sobre el Oratorio cuatro rayos, acompañados de truenos tan estruendosos que el Oratorio entero tembló como si fuera a derribarse. Todos los de la casa quedaron aterrorizados. Unos huían para un lado, otros para otro; algunos corrieron a refugiarse junto al altar de María Auxiliadora. Un muchacho que llevaba unos libros, asustado por la sacudida y el fragor, se cayó por la escalera que da a las habitaciones de encima de la iglesia. El último estruendo fue terrorífico. Don Juan Bonetti, que yacía en cama, llamó varias veces a don Juan Bautista Lemoyne, que estaba en la habitación contigua. Este acudió después de unos minutos, porque el catastrófico estruendo le había impedido oír la voz enseguida.

—¿Oyes qué estruendo?, dijo Bonetti a Lemoyne, apenas lo vio. No me parece natural. Se ve que el diablo necesita desahogar su rabia. Apostaría cualquier cosa a que, en este momento, firma el cardenal Ferrieri el decreto de la comunicación de los privilegios con los Redentoristas.

—¡Ojalá!, contestó Lemoyne. Hace ya quince **[141]** años que don

---

[1] Apéndice, Doc. 20 Cuáles eran los privilegios obtenidos de esta manera, pueden verse en la colección titulada *Elenchus Privilegiorum* (S. Benigno Canavese 1888).

Bosco trabaja y sufre para obtenerlos. Parecía realmente que todo se conjurase en contra.

—Ya verás como no me equivoco, replicó Bonetti.

—¡Caramba, sería bonito que fueras profeta! ¡Qué satisfacción para don Bosco!

Se rieron y no añadieron palabra. Quiso después don Juan Bautista Lemoyne ir a ver a don Joaquín Berto, secretario de don Bosco, para manifestarle la idea de don Juan Bonetti. Pero hizo como que no iba sólo para esto; por lo cual tomó una carta con la intención de pedirle aclaraciones sobre la respuesta que había de darse. Llamó dos veces a la puerta y helo salir afuera enfadado como aquel a quien se le molesta y aparta de una ocupación muy interesante y décirle excitado:

—¿Qué quieres de mí? Tengo mucho que hacer. Este tiempo endiablado no me deja ni leer el decreto.

Tenía en efecto en la mano un papel al que daba vueltas de un lado para otro, sin mirar la cara al importuno.

—¿Qué decreto?, preguntóle Lemoyne muy sorprendido.

—El decreto de la comunicación de los privilegios.

—¿De veras?

—Sí, sí, el decreto firmado por Ferrieri.

—Esto es asombroso. ¿Cuándo ha llegado?

—Hace unos minutos. Ponerlo en manos de don Bosco y estallar el primer rayo fue cosa de un instante. Intentó leerlo don Bosco y no pudo. Estaban abiertas las ventanas y los tres primeros rayos casi rozaron el hueco de las mismas. Agarré a don Bosco por un brazo y, arrastrándolo a la otra habitación, le dije: —Venga afuera, ¿no ve que aquí está usted en peligro? Parece que estos rayos le buscan a usted. Y, mientras don Bosco se encaminaba, estalló el cuarto; la estela de fuego pareció extenderse hasta el escritorio sobre el que había sido colocado el decreto. Don Bosco, muy emocionado, no pudo ponerse a leerlo en seguida; y yo intentaba ahora descifrar la escritura y no lo conseguía.

—Ven, ven, le dijo don Juan Bautista Lemoyne fuera de sí; vamos a don Juan Bonetti.

[142] De camino le contó el diálogo, que había tenido con él poco antes. Entraron en su habitación y le refirieron lo sucedido con las exclamaciones de maravilla, que es fácil imaginar. Entonces don Juan Bonetti, lleno de entusiasmo, dijo a Lemoyne:

—¿Recuerdas el sueño de los cuatro truenos, la lluvia de espinas, de capullos, flores y rosas? ¡Don Bosco tuvo aquel sueño hace ahora cuatro años! Toma la cartera que tengo en mi sotana y dámela.

Así que la tuvo, se sentó en el lecho, sacó de ella una cartulina y exclamó leyendo:

—Aquí está. Don Bosco tuvo el sueño el año 1880, en la noche del 8 al 9 de julio, es decir, la noche pasada, y a la mañana siguiente, el día nueve, hace hoy cuatro años, lo contó en Capítulo [1].

El gozo y la emoción de los tres llegaba al colmo, y se decían uno a otro:

—¿Cómo negar la protección de María Santísima?

Aquella misma tarde, se encontró Lemoyne con don Antonio Notario, le contó el hecho y exclamó éste:

—Ahora comprendo, por qué al caer el cuarto rayo toda la sala de la biblioteca, donde yo me encontraba, se llenó de olor a azufre y de un calor tan sofocante, que me vi obligado a salir.

La biblioteca del Oratorio comunicaba por una portezuela interior con la habitación de don Bosco.

Escribe Lemoyne [2]: «Podrá parecer extraña esta coincidencia de rayos con un decreto que nos favorecía, pero está, sin embargo, en perfecta armonía. Aquel decreto podía considerarse como un documento arrancado casi a la fuerza. Sin la intervención de León XIII, jamás hubiera visto don Bosco cumplido su deseo.

—¡Lo quiero! había dicho el Pontífice. ¡Lo quiero! Quiero que don Bosco quede satisfecho.

Pero ¡cuántas humillaciones y cuántas negativas había tenido que aguantar el Venerable durante diez años! Nosotros lo vimos llorar, cuando parecía que iban a frustrarse una vez más las esperanzas, que había concebido y le oímos exclamar:

—¡Si hubiese sabido de antemano que costaba tantos dolores, trabajos, **[143]** oposiciones y contradicciones la fundación de una Sociedad religiosa, tal vez no habría tenido suficiente ánimo para emprender la obra!

Don Bosco no hizo mucho caso de la mezquindad de la forma y se dio por satisfecho con el contenido. «He recibido el decreto sobre nuestros privilegios, escribió inmediatamente al Procurador. Faltan los ribetes, pero la sustancia está toda; si ves a monseñor Masotti dale humildemente las gracias de mi parte y de toda la Congregación.»

Podía, por fin, con toda razón, entonar su *Nunc dimittis.* En efecto, cuando el asunto quedó concluido, fueron estas sus palabras [3]:

---

[1] Véase Vol. XIV, pág. 460.

[2] *Vita del Venerabile Giovanni Bosco,* Vol. II, pág. 601.

[3] *Summ. sup. virt.* Núm. VI 159. *De heroica spe* (testigo Luis Piscetta).

—Ya no tengo nada más que desear; pido al Señor que me lleve consigo.

Desgraciadamente su vida declinaba hacia el ocaso. Todavía vivió tres años y medio, que fueron años de sufrimientos físicos, pero en ellos brilló con más luz su santidad.

[144]

CAPITULO V

DON BOSCO EN EL ORATORIO DESDE MARIA AUXILIADORA HASTA SAN JUAN. LA GRAN RIFA DE ROMA

LOS que trataron de cerca a don Bosco, en los últimos años de su vida, lo veían constantemente asistido o acompañado por un clérigo joven, alto de estatura, de finos modales, y aspecto abierto y jovial.

Era el clérigo Carlos María Viglietti, turinés, que parecía nacido para atender con su buen trato el servicio de antesala, que había llegado a ser extremadamente delicado por la calidad y cantidad de visitantes y las condiciones físicas del visitado, y para sostener con el vigor de su brazo al decrépito anciano. El Santo lo llamó a San Benigno el 20 de mayo de 1884 para que estuviera a su lado; pero se lo había ido preparando desde mucho tiempo atrás para el piadoso oficio. Le había visto en el colegio de Lanzo el año 1878, le había dicho que lo quería a su lado y, dos años después, volvió a repetírselo. Aquel joven inteligente y sensible, que oyó tales palabras de labios de don Bosco no las olvidó y miraba ansioso el porvenir, fantaseando sobre su cumplimiento.

Le explicó su pensamiento más claramente el año 1882, cuando terminó el bachillerato y aprobó la reválida; invitóle entonces a que fuera a los ejercicios espirituales, que se hacían como preparación para ingresar en el noviciado. En aquellas vacaciones, mientras los otros novicios fueron enviados a pasar un par de meses en el colegio de Borgo San Martino, don Bosco lo retuvo consigo **[145]** en Turín y le encargó algunos trabajos, entre los cuales un mapa geográfico de Patagonia. El joven pasaba varias horas al día junto al Padre querido, el cual le contaba un sinfín de cosas y, entre ellas, sus sueños. Eran confianzas que le encantaban. Después, durante el año de noviciado, hacía que le escribiese de vez en cuando y le enviaba algún regalito. Fue admitido para la profesión perpetua el año 1883 y no quiso don Bosco que fuera con los compañeros a Lanzo en el verano, sino que mandó se quedara de nuevo en el Oratorio, donde lo trató con mucho

afecto y confianza. El clérigo lo esperaba muy de mañana ante la puerta de su habitación, lo acompañaba a la iglesia, le ayudaba a misa en el altar de San Pedro y, durante el día, estaba en la antesala, organizando las audiencias. En todo ello hemos de ver una gradual y necesaria preparación para las funciones que Viglietti tenía que desarrollar más adelante al lado de don Bosco, cuando se haría indispensable una cariñosa, asidua y pesada asistencia.

Mientras se acercaba este momento, dio don Bosco a Viglietti un encargo especial para la llegada del cardenal Alimonda. Le confió el estudio y trazado de un mapa topográfico de la archidiócesis para ofrecérselo al nuevo pastor, como obsequio de la Congregación. Y él trabajó en ello con ardor en San Benigno, trazó detalladamente caminos, senderos y torrentes y señaló el lugar de casas, capillas, parroquias y vicarías. En noviembre pudo volver a Turín y presentar el obsequio, del que quedaron complacidísimos el Cardenal y don Bosco; éste en particular se complacía al ver figurar en él su pueblo y señalada su casita natal. Al despedirse Viglietti para volver al estudiantado, le dijo:

—¿Quieres venir a Turín para hacerme de secretario?

Viglietti, fuera de sí por la alegría, le contestó que, aunque no se consideraba digno de tal suerte, se daría por muy dichoso en servirle.

—Yo iré a Roma, añadió don Bosco, y quiero que a mi vuelta estés aquí; serás el *baculus senectutis meae* (cayado de mi vejez).

Cuando volvió de Roma, el diecisiete de mayo, lo llamó tres días después para ayudar a don Joaquín Berto y a don Juan Bautista Lemoyne, con la incumbencia **[146]** personal de acompañarle adondequiera que tuviese que ir fuera de su habitación.

Pero el fiel acompañante tomó sobre sí y por su cuenta una obra supererogatoria, muy meritoria, a saber, escribir una crónica que va desde el 20 de mayo de 1884 hasta el 31 de enero de 1888. Generalmente se trata de apuntes sumarios e intermitentes, que constituyen, sin embargo, un conjunto de noticias, que sólo él podía recoger y registrar y que nosotros aprovecharemos de aquí en adelante. Para conocer los criterios que le guiaban y las circunstancias en que las escribió, es útil presentar su declaración final:

«He escrito esta Crónica con la mayor verdad de que he sido capaz; en ella me propuse evitar descripciones inútiles, reflexiones, etc. He expuesto sencillamente los hechos, a medida que iban sucediendo y como yo mismo los había visto o como los había oído al mismo don Bosco o a otros, expresamente citados. Si me he equivocado en algo, no se me culpe demasiado, si se considera, sobre todo, que

cuando estábamos de viaje, el mucho trabajo impedía generalmente escribir de día, y sólo, llegada la noche, podía tomar algunos apuntes (...). Cuanto aquí se narra está escrito por quien no abandonó jamás a don Bosco, ni de día ni de noche, estando al corriente de todos sus secretos, por lo cual mejor que muchos otros ha podido contar lo que sucedía en torno a este hombre santo». Así termina la crónica con la muerte de don Bosco.

La mejoría en la salud de don Bosco se consideraba en el Oratorio como una gracia de la Virgen. Nadie tenía conocimiento de la aparición de Luis Colle; pero todos sabían cuántas oraciones se habían hecho por él a María Auxiliadora y que había empezado a mejorar precisamente el primer día de la novena. Con satisfacción de todos, veíasele caminar bastante expeditamente, y los más íntimos no ignoraban que le había disminuido mucho la hinchazón del hígado. Pero, siempre incansable, pensaba que aquella recuperación de fuerzas no era una invitación a descansar, sino una llamada a más intenso trabajo. Corrió, pues, en seguida su pensamiento a la próxima conferencia.

Mientras tanto le urgía mucho cumplir un deber sin la **[147]** más pequeña demora, el de visitar al Arzobispo; pero no le dio tiempo. Se le adelantó Su Eminencia, nada más oír su llegada, compareciendo de improviso en el Oratorio, donde permaneció casi dos horas con el Santo.

Era siempre don Bosco muy previsor para sus cosas. A mediados de abril en Roma, las modalidades de la conferencia habían ocupado su mente, ya asediada y agobiada por tantos cuidados. El 19 de aquel mes mandó escribir a don Miguel Rúa: «Un último aviso en nombre de don Bosco. Deja él a tu discreción que decidas cuándo conviene dar la conferencia a los Cooperadores y Cooperadoras Salesianas. Y si hay que hacer dos, una para los cooperadores y otra para las cooperadoras. En tal caso, la primera podría darse el veinte de mayo, la segunda el día veintitrés. Esta reunión se haría en la iglesia de María Auxiliadora. Podría ser a las cuatro de la tarde. Resuélvelo tú y manda imprimirlo en el *Boletín*».

La invitación, enviada por don Bosco unos días antes, atrajo al santuario más de dos mil personas, entre las que había muchas llegadas de Francia. Su sencillo discurso en cuanto a la sustancia, descendía sobre el atento auditorio como lluvia suave y benéfica sobre los sedientos parterres de un jardín [1].

[1] La copia manuscrita, que sirvió para el *Boletín* (julio 1884), tiene tres pequeñas modificaciones hechas por don Bosco; las indicamos con letra cursiva. Nótese la corrección de la primera: el copista había escrito «y ayudaros a celebrar».

Os hablo con mucho gusto en este día, ya sea por lo que he de deciros, ya sea porque este año os hablo en la iglesia de María Auxiliadora. Y es algo verdaderamente agradable hablar a los Cooperadores y a las Cooperadoras en este lugar, que podemos llamar casa de María y casa que Ella misma se ha edificado: *aedificavit sibi domum María.* Quiero precisamente entretener vuestra piedad, y *así ayudarnos recíprocamente* a celebrar devotamente la fiesta de María Auxiliadora, mostrándoos las gracias obradas por Ella en los comienzos en favor de los que contribuyeron a levantar y adornar esta su iglesia.

Cuando se comenzó la construcción, faltaban los medios materiales. Había que pagar a los obreros y don Bosco no tenía dinero. Y he aquí que una señora, por su consejo, se encomienda a María, y María la cura prodigiosamente. La señora agradecida ofrece, en honor **[148]** de la Virgen, el dinero necesario para pagar la primera quincena a los obreros. Llega este hecho a conocimiento de otros y ellos también invocan a María, prometiendo un donativo para su nueva iglesia, y obtienen gracias extraordinarias. Entonces comienza una serie ininterrumpida de curaciones de *graves* enfermedades y llegan de todas partes donativos, por gracias obtenidas o por obtener, y se ve de esta manera levantarse esta iglesia, día tras día, como por ensalmo.

Cuando estuvo edificada, se trataba de adornarla, y María Auxiliadora proporcionó también los recursos para ello. Aquí tenéis, por ejemplo, el altar de San Pedro: ¿cómo se sufragaron sus gastos? Os contesto. Una piadosa dama romana enferma se encomienda a María, cura milagrosamente y, al punto, escribe que se levante un altar en su iglesia por su cuenta: el altar se levantó *y es el de San Pedro.* Un poco más allá está el altar dedicado a los santos Mártires de Turín, Solutor, Adventor y Octavio, de la Legión Tebea, y a Santa Ana: ¿quién lo mandó levantar? Fue otra señora de Roma, favorecida también con una gracia extraordinaria, por intercesión de María. Se encontraba gravemente enferma, prometió hacer construir este altar y, al momento, recobró la salud. En la otra nave, al fondo, está el altar del Sagrado Corazón: también éste nos recuerda una gracia obtenida por una persona de Milán, que, como prueba de agradecimiento, pagó el gasto. La construcción, la balaustrada, el cuadro del altar de San José son fruto de abundantes gracias y bendiciones obtenidas de la misma manera. El pavimento de la iglesia, el mismo púlpito, desde donde estoy hablando, proceden así mismo de una gracia recibida. Otro regalo de beneméritos donantes, en obsequio a María Auxiliadora, es la estatua de bronce que está sobre la cúpula; regalo y trabajo de un modesto carpintero es el coro y, si quisiéramos pasar por todos los rincones de esta iglesia y presentar toda su ornamentación como fruto de favores recibidos, no acabaríamos nunca, porque puede decirse que las columnas, las bóvedas, el techo, cada piedra, cada ladrillo y cada adorno es una gracia de María.

Hay en la sacristía una cantidad de cuadritos, que son pruebas de otras tantas gracias. Allí véis a una madre, con su hijo liberado de la muerte; una persona curada de un fuerte dolor de muelas; otra salvada de una peligrosa caída; y otros prodigios parecidos. Yo mismo debo deciros detalles que se refieren a mi persona. Habréis sabido que, hace algún tiempo, mi salud estaba tan quebrantada que no podía trabajar. Pues bien, el día quince del corriente mes, primer día de la novena, empecé a mejorar; la mejoría creció día tras días y ahora, gracias a María, me encuentro tan bien como hace muchos años.

Y, si fuera conveniente descorrer un velo y manifestar las gracias espirituales recibidas por sus devotos, ¡qué himno tan precioso podríamos cantar en honor de la poderosísima Virgen Auxiliadora! Esposas, cuyos maridos volvieron al buen camino; padres y madres, que vieron convertirse en obedientes a sus hijos rebeldes; pecadores

y **[149]** pecadoras, que lloraron sus culpas, hicieron una buena confesión y empezaron a llevar una vida ejemplar.

Pero vosotros, beneméritos señores, me diréis: ¿por qué esta exposición de hechos y de gracias en la víspera de la fiesta de María Auxiliadora? Os respondo: para animaros a confiar en su bondad y poder, y para que sepáis cómo obtener más fácilmente las gracias. Esta Madre celeste nos las tiene ya preparadas y sólo quiere que se las pidamos y prometamos ayudar y promover las obras, que son para gloria de Dios, para su honra y para provecho de las almas, especialmente de la juventud pobre, como lo hacen los Cooperadores y las Cooperadoras. Estoy seguro de que todos los que pidan gracias a María las obtendrán, siempre y cuando no se opongan al bien del alma.

Mañana se rezará aquí mucho por vosotros, que sois nuestros bienhechores y bienhechoras, y no sólo mañana, sino que continuamente se reza por vosotros en esta iglesia. Cada día, desde las primeras horas de la mañana, varios centenares de muchachos se reúnen aquí, rezan la tercera parte del rosario, oyen misa, y muchos jóvenes y mayores se confiesan y comulgan. A las siete y media, vienen otros centenares de muchachos que hacen lo mismo; después, a cada hora uno viene a visitar al Santísimo Sacramento y a María Auxiliadora, otro a hacer la meditación y la lectura espiritual, éste a recomendar a las personas, que encargaron oraciones para alcanzar gracias de todo género; por consiguiente, desde la mañana temprano hasta que llega la noche, se suceden sin interrupción las prácticas de piedad. Ahora bien, todas estas oraciones van encaminadas particularmente a implorar las bendiciones del cielo sobre nuestros bienhechores y sobre nuestras bienhechoras de Italia, Francia, España, América y de cualquier otra parte del mundo. Y yo creo que, en atención a tantas oraciones como aquí se le hacen, sigue María esparciendo bendiciones más abundantes cada año.

Debo deciros, además, que María Santísima no sólo concede gracias aquí y a los que vienen a rezar en este lugar, sino que también las concede en otras partes. Ya próximo al término de mis días, disfruto inmensamente al ver que, en vez de disminuir los favores de María, aumentan cada día y en todas partes. Aumentan en Italia, en Francia, en España, en Portugal, en Bélgica, en Rusia, en Polonia, en Austria, en la República Argentina, en Uruguay y en la Patagonia. Todos los días se reciben de aquí y de allá, de lejanos países, largas relaciones de gracias extraordinarias obtenidas por intercesión de María Auxiliadora. Y los Cooperadores y Cooperadoras Salesianas son instrumentos, de los que Dios se sirve para propagar más y más su gloria y la de su Madre. Todos vosotros tenéis que alegraros de ello y colocar, por tanto, la mayor confianza en el patrocinio de María.

He querido exponer brevemente todo para no alargarme demasiado y no abusar de vuestra cortesía. Sin embargo, añado todavía **[150]** que he estado en Roma y a los pies del Santo Padre León XIII, el cual habló de los Cooperadores Salesianos y dijo que los bendecía de corazón y que reza cada día por ellos. Repitió que, no sólo quiere ser Cooperador, sino el primer Operador, porque, dijo, los Papas tienen que estar siempre a la cabeza de todas las obras de beneficencia y, muy especialmente, cuando éstas tienen por mira el bien de la juventud pobre. Al saber la importancia de las obras ya hechas y las que quedan por hacer para la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús en Roma, quiso asumir el compromiso de construir a su cargo la fachada de la misma iglesia, que importa una cantidad muy notable. Desea también que se levante junto a la iglesia un hospicio, y ya hemos puesto manos a la obra. Pero ¿por qué, me preguntaréis, un nuevo hospicio en Roma, donde ya hay tantos? Os respondo que, las

más de las veces, los centros existentes en Roma exigen por su finalidad y por su fundación que los muchachos cumplan ciertas condiciones, por las que muchos no pueden ser admitidos en ellos; por ejemplo, unos exigen que los muchachos sean romanos; otros, que pertenezcan a determinadas ciudades y naciones y, después, la mayor parte de ellos se han convertido en insuficientes para la necesidad, en razón de los tiempos y las cosas. Actualmente el Papa quiere un instituto verdaderamente católico, es decir, que admita a muchachos pobres en peligro, no sólo romanos e italianos, sino franceses, alemanes, españoles y de cualquier nación y condición que sean, con tal de que se encuentren en peligro para el alma o para el cuerpo. El Santo Padre desea mucho esta obra, y, por eso, la recomienda encarecidamente y bendice a los Cooperadores y Cooperadoras, que concurren a ella con sus limosnas.

Oyó también hablar, con mucha satisfacción, de la iglesia de San Juan Evangelista en Turín. Al lado de esta iglesia, dedicada al Apóstol de la caridad, se necesitaba también un internado para que se pudiese decir: he aquí la caridad en la práctica; he aquí cómo se honra al Apóstol de la caridad. Se comenzaron las obras, se trabaja en él, ya se está acabando y espero quede concluido este año y que pronto lo tengamos lleno de muchachos. Al oír esto el Sumo Pontífice, concluyó diciendo:

—Si queremos una sociedad buena, debemos dirigir todos nuestros esfuerzos a la educación cristiana de la juventud, que constituirá los hombres del mañana. Si se la educa bien, tendremos una sociedad familiar y civil de buenas costumbres; si se la educa mal, la sociedad irá empeorando cada día y los hijos lamentarán, al llegar a la edad madura, la mala educación que les dieron sus padres, si es que no tienen tal vez que maldecir su memoria.

Estos son los sentimientos, que expresó el Vicario de Jesucristo, el cual terminó impartiendo su apostólica bendición para todos.

Entretanto, para merecer una especial bendición de María Auxiliadora y corresponder al vivo deseo del Santo Padre, procure cada uno hacer lo que pueda para el hospicio del Sagrado Corazón de Roma y para el de San Juan Evangelista de esta ciudad. Vuestra caridad favorece a la sociedad civil, a las familias cristianas y, digámoslo **[151]** en hora buena, también a las que no lo son, porque, al menos, tendremos con vuestra caridad hombres bien educados e instruidos, reinará la paz en las familias y el padre, la madre y los parientes se verán mejor correspondidos por los hijos, que, en lugar de ser su azote, llegarán a ser su consuelo y apoyo en la vejez.

Es más, vuestra caridad os aprovechará a vosotros y a vuestros hijos porque Dios, manteniendo su promesa, os dará el céntuplo en esta vida y un premio eterno en la otra.

Mañana pienso celebrar la santa misa para pedir al Señor que os bendiga a vosotros, vuestros parientes, vuestros intereses espirituales y temporales y para obtener la gracia más preciosa e importante de encontrarnos un día todos juntos en el paraíso y alabar y gozar de Dios con nuestra dulcísima Madre Auxiliadora.

Don Bosco había hablado con vigor ya no acostumbrado; más aún, al bajar del púlpito, dijo que se sentía con ánimos para seguir predicando mucho más tiempo. Con este bienestar, pudo aguantar el cansancio que le causó la solemnidad.

El día de la fiesta, se apiñaron en el templo y en sus alrededores nutridos grupos de fieles, llegados hasta de lugares remotos de Italia y

del extranjero. El Cardenal Arzobispo y su auxiliar monseñor Bertagna oficiaron las sagradas funciones con gran júbilo del Santo, que podía, por fin, dar a las ceremonias el máximo esplendor litúrgico. Como por aquellos días se hablaba mucho de la Exposición, recién abierta en Turín, la *Unità Cattolica,* del día veintisiete, definió la fiesta como una exposición católica, dada la afluencia de fieles, la singular piedad, la magnificencia del culto y de la ornamentación, la excelente música interpretada. El artículo terminaba así: «Quisiéramos cerrar esta sencilla relación con una alabanza al principal promotor de fiestas tan espléndidas en Turín, tan aptas para mantener encendida la fe y reavivar la piedad cristiana entre nosotros; pero ¿hay alabanza suficiente para su obra? En lugar de las alabanzas de unos pobres periodistas, don Bosco goza del aprecio, la veneración y el afecto de los turineses: goza de la protección de la Virgen Auxiliadora; goza de la alabanza, la bendición, el premio de Dios, a cuya gloria ha consagrado la vida».

[152] En efecto, sólo Dios podía medir la abundancia de los frutos espirituales, que el celo del Santo producía en las almas, mediante celebraciones tan solemnes. Prueba de ello es la escena, que se desarrolló el día veinticuatro por la mañana, ante diversos testigos. A eso de las ocho, mientras confesaba como de costumbre a los muchachos del Oratorio en la sacristía, entró un señor, de unos treinta años, se plantó junto a la pared de enfrente y allí se quedó contemplando cómo los pequeños penitentes pasaban uno tras otro para confiar sus íntimos secretos al padre de sus almas. La actitud de aquel hombre reclamó la atención y también la vigilancia de los sacerdotes destinados al servicio del público. El desconocido parecía inquieto, agitado; de vez en cuando daba unos pasos hacia adelante y hacia atrás, para volver después a su puesto de observación. Cuando quedó libre el reclinatorio de uno de los lados de don Bosco se acercó a él, pero como permanecía de pie y veía el Santo que no se alejaba, preguntóle qué quería.

—No sé, contestó.

—¿Quiere confesarse?

—¡De ningún modo! No creo en eso.

—Si no va a confesarse, retírese y deje que vengan otros.

Pero aquel hombre daba la impresión de que no podía retirarse, como si una fuerza interior lo tuviera allí clavado. Don Bosco, para no perder tiempo, volvióse del otro lado y confesó al último muchacho. Y el hombre seguía sin moverse. Aquello era suficiente para comprender que se trataba de una alma acosada por la gracia de Dios.

Con un gesto dulce y resuelto, hízole el Santo señas para que se arrodillase. Aquél obedeció como un autómata. Sólo Dios sabe qué sucedió entre don Bosco y aquel señor. Los circunstantes lo vieron levantarse muy conmovido y con los ojos lacrimosos. Alguno le oyó exclamar: —¡La Virgen me ha traído aquí!

Entró después en la iglesia y estuvo allí en oración largo rato, levantando a menudo la mirada hacia la bendita imagen de la Santísima Virgen.

[153] Eran muchos los que acudían a implorar favores temporales para sí o para otros. Durante la novena en Montemagno el muchacho de trece años, Juan Vaira, recobró el bienestar físico, que todavía disfruta hoy, como sacerdote salesiano en Patagonia, y que fue allí a pedir la gracia a María Auxiliadora por mediación de don Bosco. El malestar procedía del pie izquierdo, que le atormentaba intensamente. Los médicos le sometieron durante cuatro meses a diversas curas, mas sin provecho alguno. La desnutrición general habíale reducido a un esqueleto. Llevóle la madre a Turín, donde le dijeron que urgía amputar la pierna. Madre e hijo se resistieron a ello. Una buena señora, compadecida, dijo a la mujer:

—¿Por qué no lleva su hijo a que lo bendiga don Bosco? Todos los días van a él muchos enfermos y curan.

Atendieron al consejo. Don Bosco preguntó al muchacho si quería a María Auxiliadora.

—Sí, contestó.

Entonces el Santo le dio la bendición, le prescribió que hiciera la novena y le prometió que rezaría por él. Aún no había terminado la novena, cuando no le quedaba más que el recuerdo del mal. Habíale dicho don Bosco al bendecirlo, que, algún día, sería uno de sus hijos, y ello se verificó unos años después.

Mientras el pueblo buscaba con tanto fervor a don Bosco y su Virgen, sucedía en una ciudad del sur de Italia uno de esos hechos, que puede recordarse como signo de los tiempos. Una inspectora de enseñanza visitaba en Capua un centro de educación, dirigido por religiosas, y descubrió que se había adoptado en él como texto la *Historia de Italia* de don Bosco. Indignada, como ante un grave escándalo, denunció el hecho y no descansó hasta saber que el libro sería desterrado de la escuela. «Don Bosco, escribió en aquella ocasión un diario del lugar [1], es un sacerdote de Turín que ha fundado hace mucho en aquella ciudad un orfanato con cuantiosos donativos

[1] *La Campania libera*, 27 de mayo de 1884.

de damas bienhechoras. Y por este lado hay que alabarlo. Mas, por la *Historia de Italia* **[154]** que ha publicado, no habría sanción suficiente para él». La justificación de tan draconiana severidad se fundaba en una triple culpa cometida por aquel libro, a saber: la apología de los Borbones, la defensa del poder temporal de los Papas y la aversión a todo sentimiento de libertad. Desagradaba inmensamente al periodista ver que Nicolás Tommaseo recomendase a las escuelas «la vergüenza» de un libro de aquella calaña y, para disculpar al fiero dálmata [1], acudía a la doble hipótesis de que, o bien había tomado una cosa por otra o su «recomendación» era «un mero y fraudulento artificio de don Bosco». Educar a la juventud con los principios contenidos en aquel libro era lo mismo que preparar «una generación de víboras» para Italia. Por desgracia, ya había bastantes víboras. Menos mal que don Bosco consumía su existencia preparando contravenenos.

Después de las fiestas, don Bosco dedicó su actividad a la rifa de Roma, ya aprobada, como se dijo, el veintisiete de mayo. Envió ante todo la siguiente circular.

La gran bondad, con que varias veces habéis concurrido a la construcción de la iglesia dedicada al Sagrado Corazón de Jesús en Roma, en el Castro Pretorio, me hace esperar que os gustará saber algo sobre las obras ya realizadas y las que todavía hay que hacer.

Ya sabéis que, lo mismo la iglesia que el hospicio en construcción junto a ella, deben recordar las glorias de Pío IX y presentar a los católicos un monumento de fe. También sabéis que el Papa León XIII confió la realización de esta obra a los Cooperadores Salesianos. Ellos aceptaron el honroso encargo; se compró el terreno suficiente para construir en él una iglesia y un orfanato; con grandes gastos se efectuaron las excavaciones y, apresurando los trabajos, en pocos años se llevó a buen punto la construcción y se llevaron a cabo las obras del ábside y del presbiterio.

El Eminentísmo Cardenal Vicario, en atención a la gran dificultad en que se encuentra aquella numerosa población para cumplir los deberes religiosos y procurar enseñanza a sus hijos, fue el día veintitrés del mes pasado a bendecir la parte del edificio preparado; así ya hay algunos millares de fieles que están en condición de asistir a los divinos oficios y cumplir allí sus prácticas de piedad.

El día nueve del corriente mes de mayo tuve la gran suerte de postrarme a los pies del Vicario de Jesucristo y el Santo Padre se complació en oír los detalles de la piadosa empresa, manifestó su gran satisfacción, **[155]** alabó la caridad de los donantes, pero se quedó preocupado, al enterarse de que había habido que aminorar la marcha de las obras por falta de recursos económicos.

—Seguid adelante, me dijo, no os faltará la piedad de los fieles; buscad la manera de dar a conocer la necesidad de este sagrado edificio; poned de relieve la necesidad existente en Roma de un hospicio para muchachos pobres, procedentes de cualquier

[1] *Nicolás Tommaseo* (1802-1874) natural de Sebenico (Dalmacia), es un escritor y político italiano, que fue ministro de Instrucción Pública, sufrió el destierro, por sus ideas liberales y contribuyó poderosamente al resurgimiento de su país *(N. del T.)*.

parte del mundo que puedan encontrarse abandonados en esta ciudad, y tendréis ayudas.

En aquel momento, pude señalar la generosa colaboración que hemos tenido de diversas naciones; prometí que, en nombre de Su Santidad, llamaría de nuevo a la beneficencia pública y, con tal motivo, pedí una bendición especial para nuestros beneméritos donantes.

Su Santidad, sensiblemente enternecido, contestó:

—Con todo mi corazón, imparto la bendición apostólica a todos los Cooperadores, a todos los beneméritos donantes. No dejaré de rogar por ellos cada día en la santa misa, rogaré por la paz en sus familias, por la prosperidad de sus intereses temporales y por el feliz resultado en la educación cristiana de sus hijos.

Y añadió:

—Y como quiera que el Padre Santo no solamente debe cooperar, sino también operar, quiero concurrir también materialmente a esta empresa. Por esto, a pesar de los apuros económicos en que me encuentro, me comprometo a sufragar los gastos necesarios para la fachada de la iglesia. Las paredes, la ornamentación, los ventanales, las tres puertas correrán a mi cargo. Así sabrá el mundo cómo la Cabeza de la Iglesia propaga y sostiene la religión y no rehúsa tomar parte en obras que son para bien de la sociedad civil, especialmente de la porción más selecta del género humano, la juventud, por la que los Sumos Pontífices han prodigado siempre los más solícitos cuidados. Confío que muchos otros católicos, siguiendo mi ejemplo, acudirán generosos en vuestra ayuda para llevar a cabo ésta y otras obras de beneficencia para mayor gloria de Dios y salvación de las almas.

Procuré responder a estas amables palabras del Santo Padre con sincera acción de gracias, asegurándole que todos nosotros elevaremos a Dios nuestras oraciones por el bien de la Santa Iglesia y redoblaremos nuestro entusiasmo colaborador para llevar a término y sostener las obras, que la inagotable caridad del Papa recomienda y promueve.

Por mi parte, beneméritos Cooperadores, mientras os profeso la más profunda gratitud, no dejaré de rezar y hacer que recen también por vosotros los muchachos que favorecéis, para obteneros una vida feliz en el tiempo y felicísima en la eternidad.

Turín, 31 de mayo de 1884

Su seguro servidor,

JUAN BOSCO, *Pbro.*

[156] Esta circular, que fue reproducida por los diarios católicos [1], servía de preludio a la invitación, que dirigía a los Cooperadores y Cooperadoras para que le ayudasen a colocar los boletos, para cuyo fin envió a cada uno un paquete, rogando que se quedara con él o lo distribuyera y se le enviase a él el importe. Además, no dejaba descansar al Procurador.

[1] La publicó también *Fede e azione* de Malta (5 de julio de 1884).

Queridísimo Dalmazzo:

Lee las dos cartas adjuntas y llévalas después o envíalas a su destino. Son cosas de la máxima urgencia. Todo está a punto para el reparto de los boletos, pero enviádnoslos.

Rezamos mucho por todas nuestras promotoras y pedimos sin descanso el céntuplo de su caridad.

Omnibus confratribus nostris in Domino salutem dicito (Saluda en el Señor a todos nuestros hermanos).

Turín, 8 de junio de 1884.

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Las «cosas de máxima urgencia» eran peticiones de condecoraciones sobre las cuales le escribirá [1]: «Para nosotros son importantes las letras de cambio para el Sagrado Corazón». Es decir, como más tarde se expresará [2]: «Comprendo que tenemos deudas y hemos de industriarnos por todos los medios para seguir las obras; pero, al presente, la única fuente de dinero son las condecoraciones arriba anotadas».

Pidió ayuda también a los Directores salesianos: a través de esta cartita al Director del colegio de Este, se ve de qué manera los estimulaba a cooperar.

Queridísimo Tamietti:

Como colector que eres, tienes que hacerte ayudar por las familias conocidas, especialmente por las Señoras, para que promuevan suscripciones, aunque sean de pequeñas cantidades; por los colegios, los alumnos y las alumnas; y hacer de modo que cada uno de los del colegio aparezca escrito en la hoja con algún donativo.

Si no basta la hoja sellada, tómense otras sin el sello. *Vale.*

Turín, 24 de junio de 1884

JUAN BOSCO, *Pbro.*

[157] La más importante y constante ayuda para la obras de don Bosco procedía siempre de la caridad de personas poco acomodadas y hasta pobres. Si fuera posible documentarlo todo, se tocaría con la mano lo mucho que responde a la realidad aquel dicho: ¡Ay de los pobres, si no hubiese pobres!

Una humilde sirvienta, natural de Reggio Emilia, que trabajaba en Novara, oyó tal vez hablar a los amos sobre la rifa y escribió a don

[1] Carta a don Francisco Dalmazzo. Turín, 15 de junio de 1884.
[2] Al mismo, Turín, 10 de julio de 1884.

Bosco el treinta de julio: «Quiero contribuir con un mes de mi salario para ayudar a otros como yo, acusando recibo de veinte boletos de la serie A y enviando a V. S. Rvma. el importe de veinte liras, que incluyo en esta carta certificada».

Esta sirvienta se llamaba Angela Duri y servía en casa Duelli. Recordaba en la carta que había sido educada en su niñez por las Hermanas de la Caridad, gracias a las caritativas limosnas de los bienhechores y, por eso, quería ayudar a otros como ella.

Los donativos expuestos llegaron a cinco mil setecientos, como resulta por el catálogo impreso. Los nombres del Papa y del Rey estaban uno junto a otro. León XIII había regalado un rico medallón de oro con once perlas orientales y un camafeo representando su retrato; Humberto I, una grandiosa y elegante vasija de cerámica. La reina Margarita envió otro jarrón igual; el Cardenal Vicario, dos elegantes cofres chinos de caoba con ornamentos de metal y dos cerraduras de estilo chino; el cardenal Nina, un rico anillo de oro con un camafeo representando a Nerón, contorneado de diamantes y un elegantísimo libro de oraciones con preciosas miniaturas; el cardenal Consolini, un jarrón de porcelana con flores y adornos dorados y una estatuita de porcelana que representaba la primavera; el cardenal Bonaparte, un elegante breviario; el Kedivé [1] de Egipto, un riquísimo brazalete de oro con la letra I en brillantes y turquesas y un gracioso collar de oro con un colgante de esmeraldas y brillantes con piedras preciosas; la princesa Blanca de Orleáns, un cuadro al óleo de **[158]**estilo bizantino con un bonito marco, representando a Santa Clara y pintado por ella misma. Abundaban anillos, pendientes, brazaletes, collares de oro labrados con arte primoroso y piedras preciosas engastadas. Una comisión de damas promotoras, presidida por la condesa Della Somaglia, colaboró en la preparación y trabajó también por el feliz resultado de la rifa [2]. Estas son las «promotoras» mencionadas por don Bosco en la carta a don Francisco Dalmazzo.

---

[1] *Kedivé:* título del virrey de Egipto, cuando este país formaba parte del Imperio otomano *(N. del T.).*

[2] La comisión se componía de las siguientes señoras:

Condesa Guindalina Doria Della Somaglia, *Presidènta.*
Princesa Francisca Massimo.
Princesa Lucía de Motta Bagnara.
Princesa Emilia Odescalchi.
Princesa del Drago.
Condesa Caprara.
Condesa Visone.
Condesa Catucci
Marquesa Theodoli
Marquesa Vitelleschi.
Marquesa Berardi.
Marquesa Raggi.
Ilustre Dama Grazia Astor Bristed.
Ilustre Dama Julia Valdré.
Señora Teresa Cortesi.

Al seguir paso a paso a nuestro Santo en el declinar de sus años, no podremos seguir contando mucho tiempo su vida sin detenernos de vez en cuando a hablar de su salud. Seguía la mejoría, ¿pero cuánto tiempo iba a durar? En previsión de una fácil recaída, cedió a la insistencia de los médicos y de sus hijos, moderando algo su trabajo y permitiéndose una horita de paseo por la tarde. Le acompañaban don Juan Bautista Lemoyne y el clérigo Viglietti. Caminaba despacio, muy despacio. Iban por la avenida de Rívoli, avenida de la Reina Margarita, paseo de Valdocco o por la calle Cottolengo, llegando a veces hasta la barrera de Lanzo. Don Bosco se complacía en contemplar las flores del campo y clasificarlas señalando con su bastoncito las diversas especies de hierbas. Entonces no había tantos edificios por los alrededores y todavía se atravesaban prados y campos. Siempre quería ir a pie. Si se le invitaba a tomar un coche, al menos para salir de la ciudad y después pasear **[159]** por el campo abierto y libre, contestaba que los pobres no van en coche. Después le regalaron tres, uno el comendador Faja y dos el conde Sacchi de Nemours, natural de Casale; pero él vendió dos para pagar el pan de sus muchachos y se resignó a valerse del tercero el último año de su vida, dado que el médico le había ordenado el movimiento y que encontraba mucha dificultad para tenerse en pie. Muchos le reconocían durante el camino y le saludaban y le detenían, de modo que, a veces, quedaba rodeado por muchas personas, especialmente niños. A menudo la gente se arrodillaba en las calles y le obligaba a bendecirla.

Doña Serafina Archini Cauvin fue testigo una tarde de estas escenas en la avenida Reina Margarita [1]. Se acercaban a él los muchachos en grupos y, una vez bendecidos, lo aclamaban con alegría. La persona, que le daba el brazo, le aconsejaba que se acercara también ella para ver si su bendición la libraba de la artritis, que hacía años la atormentaba; pero no le era fácil ponerse a su lado a lo largo del camino por impedírselo los muchachos, que casi continuamente lo rodeaban. Fue, pues, a aguardarlo a la entrada de la portería. Para llegar hasta allá tuvo que sentarse más de veinte veces por la gran dificultad con que caminaba. Cuando el Santo llegó al umbral y vio a la señora arrodillada, pidiéndole que la bendijese, se detuvo, volvióse a ella y la bendijo pronunciando las palabras con tanto afecto que ella rompió a llorar. Le dio cordialmente las gracias, se levantó, echó a andar y marchaba tan expeditamente que volvió a su casa de un tirón sin sentir dolor alguno.

[1] Carta a don Miguel Rúa, Turín, 27 de marzo de 1890.

El ocho de junio, fiesta de la Santísima Trinidad, hubo una novedad en el Oratorio. Coincidió aquel domingo con el aniversario de la primera misa de don Bosco, y se celebró, por vez primera, el fausto acontecimiento. Hubo música en la iglesia, menú especial en el comedor y concierto por la banda en el patio. En el comedor leyeron los jóvenes discursitos en prosa y en verso y también don Juan Bautista Lemoyne alegró **[160]** la fiestecita de familia con la lectura de un delicado soneto.

Entre las pocas cartas de aquellos días llegadas hasta nosotros, hay una muy interesante: es la del padre César Flechia, rosminiano, con su correspondiente respuesta. Le había conocido el Santo durante las vacaciones del año 1840; era entonces subdiácono y visitó, en compañía del clérigo Giacomelli, el Monasterio de San Miguel [1], y habían seguido siendo siempre buenos amigos. El padre Paoli, que escribía la vida de Rosmini, pedía testimonios de sus virtudes a cuantos habían conocido personalmente al gran filósofo de Rovereto; y, por eso, solicitaba el mismo favor a don Bosco [2] por medio del padre Flechia. Don Bosco encargó la respuesta a don Juan Bonetti, con una nota al margen de la carta del padre Flechia, que decía: «Don Bosco tuvo siempre buenas relaciones con el abate Rosmini y con sus hijos, como puede verse en la *Historia de Italia.* Véase biografía de Rosmini, etc.». Y no se conformó con estas indicaciones; sino que quiso revisar el borrador de don Juan Bonetti, lo corrigió con esmero y le dio la forma definitiva. Por eso, la presentamos íntegra. Sin duda, él habría sido más explícito, de no haber previsto que, en lo vivo de las polémicas, su escrito sería objeto de comentarios más o menos apasionados por ambas partes.

Reverendísimo padre Flechia:

Mi venerado Superior don Juan Bosco ha recibido la carta de V. P. del doce de los corrientes, en la que le pide un testimonio sobre las virtudes de su ilustre fundador y padre, el abate Rosmini, por él conocido personalmente. Como no está en condiciones, dada su precaria salud, para contestarle de su puño y letra, me cede el honroso encargo de manifestarle en su nombre los pensamientos siguientes:

Don Bosco tuvo siempre buenas relaciones con el abate Rosmini, admiró sus virtudes y su sapiencia, como se pone de relieve en la biografía que don Bosco mismo escribió e incluyó en su *Historia de Italia para la juventud.*

[161] Y el aprecio que tuvo al Padre, lo sigue teniendo a sus hijos, los Rosminianos, especialmente a V. P., a quien me encarga dé su más sentida condolencia por la

[1] Véase LEMOYNE, *Mem. Biogr.* Vol. I, pág. 396.
[2] Apénd. Doc. núm. 21.

enfermedad que sufrió; todos nosotros pedimos a Dios que, por la intercesión de la Santísima Virgen Auxiliadora, le devuelva pronto la perfecta salud.

Acepte, buen Padre, los cordiales saludos de don Juan Bosco y don Miguel Rúa, mientras tengo el honor de profesarme con tal aprecio,

De V. P. Rvma.

Turín, 17 de junio de 1884

Su atento y seguro servidor,
JUAN BONETTI, *Pbro.*

Le agradaba a don Bosco entretenerse algún rato en conversación familiar con sus hijos, a los que contaba cosas que le habían ocurrido recientemente, pero a menudo le gustaba más narrar sucesos de tiempos pasados. Así, el dieciséis de junio, refirió un hecho importante acaecido el día anterior en su habitación.

Había ido a visitarle un noble señor francés, gran admirador del Siervo de Dios, a quien había visto últimamente en Marsella. Era un excelente abogado, que se había retirado de los negocios por las dificultades de la época, pero que no dejaba de trabajar privadamente por la buena causa, sobre todo cuando se trataba de sostener las escuelas libres; por lo cual, el Padre Santo le había concedido el título de Comendador. Hablaba él de sus buenas obras con ardor y don Bosco escuchaba sus palabras con interés; pero de pronto, mirándole amablemente, le dijo:

—Señor, está usted defendiendo muy meritoriamente la religión; pero, ¿la practica?

La inesperada pregunta desconcertó al noble interlocutor, que de pronto se ruborizó y quedó confuso, pero se recobró y preguntó a su vez:

—¿Por qué me habla así?

—Porque, contestó don Bosco, usted me trata con tanta familiaridad y cortesía que yo creería faltar a mi deber, si no le correspondiera con estas señales de amistad y confianza.

Intentó entonces el abogado desviar la conversación, pero don Bosco **[162]** insistía con firmeza, apretando mientras tanto su mano derecha entre las suyas.

—¿Por qué me tiene usted tan agarrado?, preguntó.

—¿Y por qué quiere usted soltarse? Responda a mi pregunta: ¿practica también la religión que tanto defiende?

—Don Bosco, usted ha leído en mi corazón, ¿no es verdad?

En aquel momento sentía don Bosco cómo caían en sus manos las ardientes lágrimas del abogado, que dijo entre sollozos:

—Se lo confieso, don Bosco; nunca la practiqué; más aún, ni creía en la confesión.

—Pues bien, dígame que, a partir de hoy, la practicará; y prométame que la primera vez que nos encontremos en Marsella o en cualquier otra parte, me podrá dar la mano y decirme: He cumplido mi promesa.

—Sí, contestó, se lo prometo; es más, añado que tan pronto como llegue a casa, me confesaré y se lo comunicaré a usted; y esto será dentro de pocos días. Mi palabra de honor... Don Bosco, si todos los sacerdotes fuesen como usted, todos se someterían fácilmente a la práctica de la religión.

Y don Bosco corrigió:

—Si todos se acercaran al sacerdote como usted ahora, nunca habría ninguno descontento de nosotros.

—Aquel señor, concluyó don Bosco su narración, es el abogado Blanchard, noble caballero y de óptimo corazón. Estoy seguro de que mantendrá la palabra.

Siguiendo la conversación, repitió el Santo algo que ya había dicho y redicho infinidad de veces.

—Vienen a verme personas de lejanos países, llenas de aprecio y entusiasmo por mí, como si hubiese en don Bosco algo extraordinario, mientras yo me veo tal vez inferior a ellas en virtud. Con una sola palabra podría desengañarles y aun lo querría, pero esto redundaría en deshonra mía y del clero y perjudicaría a mis queridos hijos y a la Congregación Salesiana. Recuerdo siempre lo que está escrito sobre una tumba en la iglesia de Crea, cerca de Casale, que pertenece a los **[163]** religiosos de santo Tomás: *Fama fumus, homo humus, finis cinis* (la fama es humo, el hombre es tierra, el fin es ceniza) [1].

Pero, el día anterior, había salido un poco de su acostumbrado comedimiento. Entre los muchos que cada día se apiñaban en la sacristía para hablarle, hubo algunos que, nada más verlo, se echaron a reír sin poder aguantarse. Se imaginaban tal vez que iban a encontrar a un hombre alto y de aspecto imponente y, en cambio, veían allí a un curita flacucho y bajito. También don Bosco se echó a reír, y ellos siguieron riendo.

—Señores, les dijo, ¿se extrañan de verme así, tal como soy? Convendría que pudieran contemplarme en el colmo de mi gloria, sobre todo en dos circunstancias; la primera, a la hora de comer, ¡y qué bien

[1] *Summarium* (proc. dioc.), XVI, 106 (testigo J. Bautista Lemoyne).

como! la segunda, en medio de mis muchachos, haciendo chiquillerías con ellos.

No sabemos el efecto que produjeron estas palabras; pero don Bosco tenía el don de conquistar hablando.

La conversación, que ha poco mencionábamos, giró después en torno a los primeros tiempos del Oratorio. ¡Qué escenas sucedían aquellos años! Como entonces era cosa lícita y que no escandalizaba lo más mínimo, solía ir por tabernas y cafés en busca de descarriados para llevarlos al buen camino. Eran jóvenes tunantes y golfos, encenagados en los vicios. En ciertos casos, los que no conocían a don Bosco lo insultaban; pero otros, que sabían quién era y trataban de defenderlo a su manera, sacaban del bolsillo la navaja y la esgrimían gritando (palabras textuales repetidas por él y aptas más que cualquier otro argumento para darnos a conocer hoy la ralea de jóvenes que él buscaba): *Shalòp del boia, it sastu nen ch'a l'è Dun Bosc cul li? Se ti' i't die ancura quaich cosa, i't scanu* (Asquerosos cerdos, ¿no sabéis que este cura es don Bosco? Si decís una palabra contra él, os abro en canal). Y don Bosco, metiéndose entre ellos, lograba encontrar las palabras adecuadas para amansar a aquellos energúmenos, de suerte que, poquito a poco, insinuaba en sus almas pervertidas sentimientos de humanidad, **[164]** haciéndoselos amigos, dispuestos a escucharlo y a desear volver a verlo.

Volver a ver a don Bosco varias veces al día y poder hablar con él, en el confesonario, en el patio, en el comedor o en su habitación, producía la ilusión de que había recobrado la salud de antes. Con esta ilusión, se hacían más alegremente los preparativos para su día onomástico. Esta demostración anual de afecto filial no perdió nunca su encanto. Entre los ilustres personajes que intervinieron sobresalían el año 1884 los condes Colle y el príncipe Augusto Kzartoryski.

Gustó mucho en la velada de la víspera el diálogo en verso compuesto por don Juan Bautista Lemoyne y titulado: *Augurios y esperanzas para el año 1891.* Era aquél el año de las bodas de oro sacerdotales de don Bosco; en aquella ocasión el domingo de la Trinidad, día de su primera misa, coincidía exactamente con el veinticuatro de mayo; hubiera sido también el cincuentenario del Oratorio, que comenzó el día de la Inmaculada Concepción de 1841 [1]. Don Bosco clausuró el acto, dando las gracias a los muchachos y a las personas que lo rodeaban y deseando una feliz fiesta a todos. Refirióse después a las alabanzas que le habían tributado y dijo que, por el bien obrado,

[1] El diálogo fue impreso (S. Benigno, 1884).

había que rendir alabanzas a Dios, a María Auxiliadora y a todos los que le habían ayudado con su caridad; y que, por lo que a él se refería, como no poseía las virtudes, que el amor filial le había atribuido, procuraría adquirirlas en adelante, para que, en otra ocasión, no tuviesen que decir mentiras poéticas; lo único que admitía como verdad era el gran amor que siempre había tenido a los muchachos, en cuyo provecho quería gastar el poco tiempo de vida que todavía le quedase. Mientras tanto, sabedor de que muchos otros deseaban manifestarle sus propios sentimientos, el Siervo de Dios prometió, con una amable sonrisa y alegre humor, que, al día siguiente, volvería al mismo lugar para oír *sus alabanzas.*

El día siguiente fue una jornada verdaderamente alegre. Monseñor **[165]** Bertagna, que celebró la misa de la comunidad y administró a muchos el sacramento de la confirmación, estaba todavía con don Bosco, cuando, según costumbre, llegaron, hacia las diez, los representantes de los antiguos alumnos con sus regalos, que eran unos ricos paramentos para la iglesia. Monseñor se dignó asistir a la recepción, que tenía aquella vez un carácter más solemne por cumplirse los quince años de la fecha, en que los primeros alumnos de don Bosco concertaron celebrar la fiesta del Padre común de aquel modo, con regalos y homenajes. El profesor Nicolás Fabre leyó un breve saludo, en el que decía entre otras cosas: «Toda la vida de don Bosco es una vida de amor (...). Ni el tiempo, ni las incomodidades, ni los disgustos sufridos pudieron dejar en su rostro las huellas de la tristeza. Su cara está siempre serena, surcada, es verdad, por algunas arrugas y coronada por cabellos casi encanecidos; pero en sus labios se dibuja siempre la sonrisa bondadosa y sincera del padre, feliz con el cariño de sus hijos» [1].

Invitaron a hablar a monseñor Bertagna, el cual dijo que invitaba, en nombre del Cardenal, a los antiguos alumnos a dejar por un momento de buscar a los santos en el Cielo y se limitaran a contemplarlos vivos en esta tierra; que contemplaran a don Bosco en quien se encontraban juntas todas las virtudes de san Juan Bautista.

Respondióle don Bosco y dijo que, si le fuera lícito a un inferior

[1] El discursito fue publicado (Turín, Tip. Sal. 1884). Un apéndice contiene tres afectuosas inscripciones del profesor don Juan Turchi, la segunda de las cuales decía: SOBRE EL HORIZONTE INMENSO - DE TU CARIDAD - NUNCA SE PONE EL SOL - EN NUESTROS CORAZONES - NUNCA SE EXTINGUIRÁ EL CARIÑO POR TI - AMADO DON BOSCO -. Y la tercera: FUIMOS TUYOS - ESFORZADO DON BOSCO - EN LOS DIAS DE LA PRUEBA - SOMOS TUYOS EN LOS DIAS DEL TRIUNFO - HAZ - QUE ESTEMOS TAMBIÉN CONTIGO - CUANDO CON UNA MIRADA - ABARQUES LOS CONFINES - DE LOS DOS HEMISFERIOS BENEFICIADOS, POR TI.

insultar a su superior, lo haría él, asegurando que monseñor Bertagna mentía; pero se conformaba, rogándole que tuviese a bien impartir a los presentes su paternal bendición. A lo que repuso el buen Obispo:

—Su Eminencia me dijo que recibiera la bendición y no que la diera.

[166] Y, como al decir esto, se arrodilló con todos los demás, don Bosco tuvo que bendecirlos.

Durante la comida, la fiesta fue íntimamente familiar. Don Bosco presidió en el comedor grande, todo engalanado, y se sentaba a su derecha la condesa Colle y a su izquierda el conde. Una graciosa escenita alegró a los comensales, hacia la mitad del banquete. Don Francisco Dalmazzo, que había llegado de Roma pocas horas antes, se levantó y leyó en alta voz un Breve, con el que León XIII honraba al Conde con el título de Comendador de la Orden de San Gregorio Magno. La inesperada condecoración conmovió hasta las lágrimas a los dos nobles esposos. Don Francisco Dalmazzo besó al Conde y entregó la insignia a don Bosco, el cual la puso en manos de la Condesa. Esta la colgó al cuello del marido, entre las aclamaciones entusiastas de los presentes.

La vida de don Bosco se embelleció con muchos graciosos episodios, que es lástima grande no se pensara a tiempo coleccionarlos; tendríamos ahora material para una de las publicaciones más originales de la literatura hagiográfica. Mientras disfrutaban los comensales la alegría del banquete, adelantóse hacia don Bosco un joven estudiante del Oratorio con dos preciosos tomates en un plato y los colocó con gracia ante él, sobre la mesa. Aquella aparición despertó la curiosidad de los invitados. Don Bosco dijo:

—Es el único fruto de mi huerto.

Y sin más, se puso a rebanarlos, condimentarlos y comerlos. ¿De dónde procedían los dos rojos tomates? En una de las cajas que, a manera de arriate, había a lo largo de la pared exterior de su galería, en las que crecían plantas de judías para hacer sombra con su follaje en las ventanas, había brotado casi tímidamente como un intruso un tallo de tomatera. Nadie lo había sembrado; pero era natural que la tierra, llevada de la huerta, encerrase en su seno simientes de varias clases. Cuando aparecieron en el tallo las florecitas amarillas, el Santo se dio cuenta y preguntó al muchacho que actuaba como primer encargado del «jardincito»:

—¿También cultivas tomates?

—No, señor, repuso él; ha nacido él solo. Pero, si quiere, lo arranco en seguida.

[167] —No, déjalo; si da fruto, lo comeré.

El muchacho se consideró feliz, ayudó al ramo a crecer y robustecerse y he aquí que, para san Juan, colgaban de él dos hermosos tomates maduros. Don Bosco ordenó que se los llevaran a la mesa, mientras los numerosos comensales celebrasen con él su día onomástico. A él le servía todo para captarse santamente el afecto de sus hijos [1].

Parece que también sucedió este mismo año otro gracioso episodio, que se refiere a la galería de don Bosco; aprovechamos la ocasión para contarlo aquí. Recuerden los lectores aquellas frondosas parras que subían por la pared, desde el patio hasta la galería, y sombreaban sus amplios ventanales. Un sábado por la tarde, cuando el Santo confesaba allí a los alumnos de los cursos superiores, hubo un jovencito de cuarto curso, Pablo Falla, que, esperando su turno de rodillas ante aquellos frondosos sarmientos, entrevió en el follaje un racimo que comenzaba a pintar; lo arrancó y se puso tranquilamente a picar las uvas. Distraído con su tarea y sin pensar en más, no se dio cuenta de que el penitente, que lo separaba del confesor, se había retirado ya. Don Bosco, después de absolver al que estaba del lado opuesto, se volvió a él para confesarlo. El muchacho, con el racimo en la mano, se sonrojó y farfulló unas excusas; pero don Bosco suavemente le dijo:

—Tranquilo, tranquilo, acaba el racimo y después te confesarás.

Dicho esto, se volvió del otro lado y siguió confesando [2].

Después de la comida, el mal tiempo amenazaba aguar la fiesta de la **[168]** tarde; es más, comenzadas las vísperas, cayó un aguacero, que seguía todavía después. Ya no se esperaba que se pudiera celebrar la fiesta en el patio. Algunos iban a la iglesia para pedir a la Virgen que acabase el mal tiempo, otros hasta pretendían un milagro de don Bosco.

A eso de las seis y media, entró en el patio el cardenal Alimonda en un coche tirado por dos briosos caballos. El alegre entusiasmo de los Salesianos no tuvo límites. Por la mañana, Su Eminencia había enviado a un sacerdote para felicitar a don Bosco; y entonces acudía

[1] Aquel muchacho se llamaba José Grossoni; hoy es el párroco de Moncucco de Vernate (Milán). Al terminar el bachillerato, pidió consejo a don Bosco sobre su porvenir. El Santo le contestó en piamontés: —Tú serás carabinero—. Y, al verle dolorosamente impresionado, le explicó sus palabras: —Tranquilo, irás al seminario, serás sacerdote y, así, hecho carabinero del Señor, apresarás al diablo.

[2] El joven Falla entró aquel mismo año en el noviciado de San Benigno. Es sacerdote y vive actualmente en Cavallermaggiore (Cúneo). Más de una vez se nos preguntó si las parras, que hoy sombrean el apartamiento de don Bosco, son las mismas de entonces. No. Aquéllas eran de uva moscatel y se secaron poco después de la muerte del Santo. Las actuales, de uva americana, fueron mandadas plantar por don Miguel Rúa.

personalmente a renovar la felicitación. Estuvo una hora hablando en privado con él, asistió a su cena y, como oyera que iba a comenzar la presentación de los regalos y el acto académico en honor de don Bosco como en la tarde anterior, quiso quedarse y participar en la fiesta. Pocos minutos después de su entrada en el Oratorio, se habían disipado las nubes. Entonces todos juntos habían hecho prodigios para adornar el lugar destinado a la velada, que empezó a las ocho.

El Cardenal ocupó el puesto de honor con don Bosco a su derecha. El acto se abrió con un saludo a Su Eminencia, redactado a toda prisa poco antes, y leído por un joven con hermosísima voz y emotiva expresión. Desarrollóse luego el programa que se alargó hasta eso de las diez. Por último, se levantó don Bosco, dio brevemente las gracias al Cardenal por su extraordinaria bondad y anunció que Su Eminencia iba a decir unas palabras, que todos escucharían con amor y agradecimiento.

—Para juntar una con otra, dijo el cardenal Alimonda, la fiesta de san Juan Bautista y la de don Bosco, observó que el Bautista predicaba en el desierto y a orillas del Jordán la penitencia, el odio al pecado y la práctica de la virtud: el Bautista preparaba la mente y el corazón de las muchedumbres para conocer y amar a Jesucristo; el Bautista enseñaba quién era Jesús y lo mostraba diciendo: *He aquí el Cordero de Dios, éste es el que quita los pecados del mundo.* Y conducía las almas a El. Pues bien, si la sociedad actual puede compararse con aquel desierto, **[169]** aquí tenéis cómo, en este desierto y a orillas del Po y del Dora, don Juan Bosco imita el ejemplo de san Juan Bautista y se hace precursor. Sí, también don Bosco hace conocer y amar a Jesucristo: lo hace conocer y amar en los oratorios y en los hospicios, lo hace conocer con la palabra y los escritos; lo hace conocer y amar en las ciudades y en los pueblos y, por medio de sus Salesianos, lo hace conocer y amar hasta en las más remotas tierras del mundo. Acudían las muchedumbres para oír a san Juan Bautista y acuden también aquí otras muchedumbres alrededor de don Bosco. Estas muchedumbres bienaventuradas sois vosotros, especialmente, mis queridísimos hijos; sí, escuchad siempre a este precursor, haced lo que os dice, y él os conducirá a Jesús, el único que puede haceros felices en el tiempo y en la eternidad.

Dicho esto, impartió su bendición y dejó el Oratorio entre calurosísimas aclamaciones. «Fue una velada hermosa, agradable y conmovedora», escribe Carlos Viglietti en su crónica.

Quiso el Cardenal que don Bosco fuera a comer con él el día seis de julio. Después, a eso de las seis de la tarde lo acompañó a casa en

su coche. A este propósito, pone de relieve don Carlos Viglietti dos cosas. La primera que, cuando don Bosco ponía los pies en el palacio arzobispal, comenzaba el portero a ir tras él y, a medida que iba subiendo, todos los que encontraba a su paso, criados, cocheros, secretarios, familiares, todos lo seguían, de suerte que, cuando llegaba ante el Cardenal, tenía consigo a toda la casa. A su vez, apenas veían los jóvenes del Oratorio que se abría de par en par el portón del patio y avanzaban los dos caballos negros, que conocían muy bien, acudían corriendo y vitoreando con énfasis y con todo el corazón al Cardenal. Se echaba de ver con evidencia el gran amor que allí se tenía al Arzobispo.

Entre las felicitaciones llegadas a don Bosco, es digna de mención la de la princesa Solms, a la que visitó en Pegli, camino de Roma [1]. «Ruégole, escribíale ella, se digne **[170]** aceptar para su querido día onomástico nuestros más sinceros augurios de felicidad. Nunca olvidaremos su bondadosa visita, de la que guardamos el más feliz recuerdo, y esperamos que se repita pronto. Nos encomendamos todos muy encarecidamente a sus santas oraciones. Le pedimos especialmente tenga a bien rezar por *la salud de todos nosotros;* que mi querido hermano Alberto tenga pronto curada su pierna todavía tan débil y, asimismo, que Dios se digne conceder, a mi buen hermano Jorge, el hijo tan deseado. Ruego a V. S. tenga a bien acoger estas mis peticiones con toda su bondad. Besa su mano y se profesa, con la más alta estima, *su atenta y segura servidora* ISABEL, princesa SOLMS». El mayor de sus dos hijos fue más tarde al Oratorio para ver a don Bosco; mas, al no encontrarlo en Turín, entregó su tarjeta de visita a don Celestino Durando. Le invitaron a esperar su pronto regreso, pero el joven no pudo, porque tenía que ponerse en viaje hacia Prusia. Antes y después de su visita, entró a rezar en la iglesia de María Auxiliadora y habló y actuó de tal modo que don Celestino Durando creyó que era católico.

Sucedíanse las fiestas una tras otra. La proximidad del día onomástico de don Bosco no había mermado importancia a la fiesta de san Luis, que se celebró el domingo anterior, día veintidós de junio. Hubo la tradicional iluminación, los fuegos artificiales de siempre y la acostumbrada procesión. Celebró de pontifical monseñor Chiesa, obispo de Pinerolo y gran amigo de don Bosco. El jueves, día veintiséis, festejó don Bosco a su Santo con sus hijos del colegio de Lanzo.

Las dos reuniones de antiguos alumnos se hicieron en julio. La de

[1] Pegli, 24 de junio. Véase más atrás pág. 63.

los seglares el día trece y la de los eclesiásticos el diecisiete. Como de costumbre, las manifestaciones más significativas tuvieron lugar en la comida. Intérprete de los seglares fue nuevamente el profesor Fabre, que conmovió a todos con la evocación de viejos recuerdos y los alentó con sus pronósticos.

«Recuerdo, dijo, aquellos años, cuando estaba don Bosco en la edad florida de su juventud; cuando nosotros éramos niños y nos apretábamos alrededor de él, que tomaba parte en todas **[171]** nuestras alegrías y en todas nuestras penas; que era nuestro consuelo, nuestro amor, nuestro padre. Recuerdo cuando hablaba de san Francisco de Asís y de los comienzos de la Orden Franciscana que, en poco tiempo, llegó a ser numerosísima y a extenderse por la faz de la tierra. Entonces no lo comprendíamos; pero ahora entendemos perfectamente cómo su idea, clavada en la mente, era la fundación y propagación de la Sociedad Salesiana. Recuerdo, repito, los tiempos de antaño y pienso en el presente; miro a don Bosco y el corazón se me estremece, embargado de inefable ternura. ¡Cuánto ha cambiado de como él era cuando lo conocimos nosotros, niños todavía! Se encorva su cuerpo, encanecen sus cabellos, su paso es lento y vacilante. Que el Señor mantenga alejado todavía el día en que deberá recibir el premio por tantos trabajos como aguantó por nosotros. Quiera Dios que permanezca entre sus hijos hasta después de celebrar sus bodas de oro sacerdotales. Los años pasan inexorablemente. Pero esperamos que, tal vez antes que tú, querido Padre, seremos llamados a la eternidad, y entonces saldremos nosotros a tu encuentro por el camino que tú nos trazaste. Si, por el contrario, fueren nuestros días más largos que los tuyos, nos consuela el pensamiento de que aquí habrá quedado la mejor parte de ti mismo, ¡tu espíritu! Elías dejará su manto a Eliseo. Aquí estará siempre nuestra madre, la Congregación Salesiana. A menudo oímos en el mundo repetir a personas de escasa visión sobre el porvenir: ¿qué será del Oratorio después de don Bosco? Y a otros: ¡cuando falte don Bosco, se extinguirán con él todas sus obras! Pero estos tales no saben que tus obras están marcadas por la Providencia con un sello indestructible. No saben que están destinadas a vivir siglos y siglos. ¿No ven cómo, ya ahora, se le puede dar el nombre de Héroe de dos mundos [1]? Así, pues, te agradecemos, querido don Bosco, no sólo habernos educado y mantenido, sino también haber fundado la Congregación Salesiana. Cuando tú estés en el Cielo gozando

[1] Este glorioso calificativo solía darse entonces a Garibaldi, porque, además de Italia, había luchado también en América del Sur en favor de Uruguay.

el triunfo de tus innumerables buenas obras y vengamos nosotros y nuestros hijos **[172]** aquí al oratorio de San Francisco de Sales, te volveremos a encontrar siempre, porque aquí estará siempre tu espíritu y podremos repetir al atravesar estos umbrales: «Estamos en nuestra casa, porque siempre es la casa de nuestro padre».

Los recuerdos ofrecieron también mucha materia a Gastini, el encuadernador y juglar desde niño en las fiestas de familia. Compuso un poema, que constaba de prólogo y seis partes y lo leyó deshaciendo un rollo de papel de medio kilómetro de largo. Cantó los tiempos pasados, presentes y futuros; cantó a vivos y muertos, a enfermos y sanos, a presentes y ausentes, a Europa y América, a don Bosco y a la Congregación Salesiana y acabó dando gracias al Cardenal Arzobispo por su amor a don Bosco y a sus hijos. Hubo risas, lágrimas y aplausos [1].

Después de hacer la colecta para la misa solemne de difuntos, en sufragio de los antiguos alumnos fallecidos, habló don Bosco y dijo:

Querría deciros muchas cosas, pero el tiempo apremia y muchos de vosotros deseáis ir a vuestros asuntos o a vuestras casas. Por consiguiente, os diré poquitas palabras. Y, en primer lugar, os diré que estoy muy contento de veros reunidos aquí en este lugar; sobre todo, porque este año llegué a tal punto de malestar y postración que creí no podría volver a veros. Bendito sea Dios, que me ha permitido encontrarme todavía con mis queridos hijos.

Alguno de vosotros habló de mis bodas de oro sacerdotales, que debería celebrar el año 1891, y yo, desde luego, no rehúso encontrarme en aquella época en la gran solemnidad; pero hay que tratar este asunto, hay que contar con uno, que es el dueño de los dueños, Señor de la vida y de la muerte. Sin embargo, desde ahora os invito a todos vosotros, para aquella fiesta, tanto más **[173]** que aquel año coincidirá con el quincuagésimo aniversario de la fundación del Oratorio. Si Dios nos conserva la vida, queremos cantar un *Tedéum* muy solemne.

Pero una cosa por la que debemos dar solemnemente gracias al Señor, y que constituye mi mayor satisfacción, es que, adondequiera que voy, siempre oigo buenas noticias de vosotros; en todas partes se habla bien de mis antiguos hijos; todos alaban esta nuestra reunión, porque es el verdadero medio para recordar los avisos y consejos que yo os daba cuando erais niños. Sí, lo repito, esto me proporciona una gran satisfacción; es la honra y la gloria de mis últimos años.

---

[1] En cierta ocasión le había dicho don Bosco para darle una prueba de su satisfacción: —Tú, Gastini, serás el juglar de los Salesianos hasta los setenta años. —Gastini, satisfecho, solía repetir después en sus poesías: —Yo seré el juglar de los Salesianos hasta los setenta años, me lo dijo papá Juan. Al acercarse a aquella edad, cayó enfermo. Don Miguel Rúa fue a verlo. Como no había ninguna gravedad, le manifestó la esperanza de volver a verlo pronto en el Oratorio, alegrando a todos con sus versos y sus cantos. El contestó: —¡Ay!, No, don Rúa; no volveré al Oratorio: ¡tal día entraré en mis setenta! Don Bosco me dijo que seré el juglar hasta los setenta años: es hora de que me prepare en serio. En efecto, pocos días después de entrar en su septuagésimo año, murió santamente (*Summarium super virtutibus*, XVII § 7).

Veo que muchos de vosotros tienen ya la cabeza calva, los cabellos encanecidos y la frente surcada de arrugas. Ya no sois los muchachos, que yo quería tanto; pero siento que ahora os quiero más que antaño, porque, con vuestra presencia, me aseguráis que están firmemente grabados en vuestro corazón los principios de nuestra santa religión, que yo os enseñé y que son la guía de vuestra vida. Y os quiero todavía más, porque me demostráis que vuestro corazón está siempre con don Bosco. Vosotros me decís:

—Mire, don Bosco, aquí nos tiene para decirle que todos seguimos siendo suyos por el camino de la salvación y que sus pensamientos son todavía los nuestros.

Y yo os respondo que soy todo vuestro en mi actuación y en mi pensamiento, en cada una de mis acciones.

Habéis aplaudido a nuestro querido Arzobispo, el cardenal Cayetano Alimonda, y vuestro aplauso me ha proporcionado otra gran satisfacción. El cardenal Alimonda es una gran fortuna para nosotros. ¡Es un verdadero protector nuestro, un amigo, un padre! Todo el agradecimiento que le manifestamos será siempre inferior a los beneficios y al amor con que nos ha consolado.

Vuestros vítores al sapientísimo León XIII resonaron también en mi corazón agradecido por todo lo que ha hecho en nuestro favor. Me faltan palabras para expresar la bondad que ha tenido con nosotros. Todo lo que podemos hacer es rogar al Dios de bondad, que se digne hacer con los tesoros de sus gracias y de sus consuelos lo que no nos es posible a nosotros.

Habéis hablado también de las Misiones. Don Bosco no puede ir a la Patagonia. Me gustaría mucho poder ir a ver a tantos, a quienes debo llamar con el nombre de hijos, que me escriben cartas afectuosas y a quienes nunca he visto; me gustaría mucho volver a ver a los que partieron con tanta abnegación de este Oratorio para llevar la civilización cristiana a las tribus salvajes. Pero yo no puedo ir, irá monseñor Cagliero. El llevará a aquellas tierras la fama de vuestra bondad y os propondrá como modelos a sus nuevos amigos. Dirá a aquellos pueblos:

—Venid a Turín y allí veréis a mis antiguos compañeros que, por ser buenos cristianos, son felices en sus familias, en la sociedad y en sus negocios.

Cuando estos salvajes estén convertidos y se hayan recogido en nuestros colegios miles de niños, **[174]** entonces y en un siglo que tan poco se cuida de todo lo que sabe a religión, ellos harán ver al mundo cómo se puede amar a Dios y estar, al mismo tiempo, honestamente alegres y ser a la par buenos cristianos y honrados y laboriosos ciudadanos.

Termino. Seguid caminando por el buen camino, que hace tantos años emprendisteis; de suerte que podáis teneros por dichosos de haber venido aquí; don Bosco estará también satisfecho y podrá gloriarse de que los jóvenes, ya hombres, saben guardar y practicar las enseñanzas que recibieron de sus labios. Erais un pequeño rebaño que ha crecido mucho y se multiplicará todavía más, seréis luz resplandeciente en todo el mundo y, con vuestro ejemplo, enseñaréis a los demás cómo se debe hacer el bien y aborrecer y huir del mal. Estoy seguro de que seguiréis siendo la satisfacción de don Bosco. Queridos hijos míos, que Dios nos ayude con su gracia, de suerte que podamos un día encontrarnos todos juntos en el Paraíso.

Un detalle digno de mención es que tomaban parte en la reunión tres de aquellos primeros muchachos, que dormitaban el año 1841 ante el altar de la iglesia de San Francisco de Asís, y don Bosco los vio

e invitó al catecismo. En verdad eran auténticos representantes de los veteranos de la primera hora.

¡Qué bonito, qué agradable y qué edificante resulta recoger hoy el eco lejano de aquellas periódicas demostraciones filiales! También en la comida de los antiguos alumnos eclesiásticos resonó elocuente la voz del corazón. Don Félix Reviglio, párroco de San Agustín, pronunció unas emocionantes palabras.

—Soy feliz, dijo, y estoy orgulloso por encontrarme al lado de don Bosco. Estoy seguro de que todos vosotros me envidiáis por el puesto que ocupo. Cada uno de vosotros querría ciertamente estar en mi lugar. Pero es muy justo que se me dé esta preferencia, porque soy uno de los primeros muchachos del Oratorio y fui el primero que llegó a ser ordenado sacerdote. Siempre recuerdo que, cuando éramos pequeños, le rodeábamos y corría él con nosotros. Hoy me considero más feliz todavía, no sólo por estar a su lado, sino por lo que acabo de oír de sus labios. Le he preguntado:

—Don Bosco, ¿cómo podríamos recompensarle por todo lo que ha hecho y sufrido por nosotros?

[175] Y me ha contestado:

—Llamadme siempre padre y ¡seré feliz!

—¡Sí, le llamaremos siempre nuestro padre!, fue el grito unánime de los oyentes.

Don Juan Bautista Francesia regocijó a los convidados con unos versos en piamontés. Habló después otro de los más antiguos, el canónigo Ballesio, vicario foráneo de Moncalieri, y dijo:

—¡Ah! Ensalcen otros a los grandes escritores, que legaron a la posteridad las grandes empresas; yo ensalzo al que escribió y escribe la ley santa del Señor en el corazón de tantos hijos y amigos suyos. Ensalcen otros a los artistas, que dieron vida a los lienzos, a los mármoles inmortales; yo ensalzo al que hizo y sigue haciendo más bella y más digna la imagen viviente de Dios en tantos hijos y patrocinados suyos. Ensalcen otros a los valientes guerreros, a los sagaces políticos; yo ensalzo al que honra a la patria con sus pacíficas e inconmensurables empresas dándole útiles, honrados y dignos ciudadanos. Sí, yo te ensalzo a ti, querido don Bosco, ángel de nuestra vida; a ti, a quien yo y muchos amigos míos debemos el pertenecer a la noble carrera eclesiástica. Te cantamos a ti, cuyo bendito recuerdo sigue grabado en nuestra mente, esculpido dulce y fuertemente en el corazón. Te festejamos a ti, cuyo nombre suavísimo es como el nombre de Dios, que ilumina en las dudas, alienta en los peligros, frena en los enconos, estimula a obrar bien. ¡Cuántas veces nos aparece tu imagen, en los

turbios y mundanos momentos, como arco iris conciliador de piadosos, castos y nobles pensamientos! ¡Cuántas veces el recuerdo de un Padre tan grande detuvo al hijo al borde del abismo de la culpa y de la deshonra! ¡Cuántas veces el ánimo agriado, dolorido, profundamente dolorido, sintió nuevas fuerzas al acordarse de ti, y la mente y el corazón se abrieron a pensamientos más serenos, al santo gozo de la esperanza cristiana! Eras tú, eres tú, nuevo Felipe, quien sostenías y sostienes de esta suerte a tus hijos. Ojalá que siempre seas obedecido e imitado por todos tus hijos. ¡Que todos nosotros, multiplicados por miles te veamos, en el suspirado cincuentenario. Y aquí tus hijos, los del Antiguo y los del Nuevo Mundo puedan entonces también deleitarse con tu amable **[176]** semblante, besar tu sagrada y benéfica mano y decirte que te quieren y que por ti aman al buen Dios, del que eres tan bella imagen.

Y tras el hinchado, pero sincero y eficaz, decir del orador, se oyó la palabra sosegada y paternal de don Bosco que escuchó en religioso silencio el bullicioso auditorio, interesado hasta el final.

Estoy muy contento de que hayáis venido a pasar esta jornada conmigo y os agradezco todas las muestras de afecto que me habéis dado. Decid a los que no pudieron acudir a esta nuestra reunión que también a ellos les doy las gracias, que los invito de nuevo y que vengan otra vez. Repito que os llevo a todos, a los sacerdotes y a los seglares, en el corazón; a todos os considero como hijos queridos y os agradezco lo que habéis hecho y haréis por mí.

A vosotros en particular os diré que el Oratorio, como puede verse, es bendecido por el Señor. Nos llaman de todas partes y habría que centuplicar el personal para atender a todas las peticiones. Los muchachos, salidos de nuestra casa, son los preferidos cuando concurren con otros para ocupar cualquier puesto. Hay incluso algunos, que no parecían tan buenos aquí entre nosotros y ahora, en los pueblos donde se encuentran, se portan excelentemente. Los hubo de carácter reacio, indolente, fogoso; y, sin embargo, cambiaron completamente de conducta al pensar que eran hijos del Oratorio. Sé de uno, que fue despedido del Oratorio, el cual ha hecho un viaje larguísimo a pie para volver a Italia.

—¿Y por qué no te las arreglas por ti mismo para llevar una vida más cómoda?, le decían algunos.

—No tengo dinero, contestaba.

—Busca la manera de ganarlo; medios no faltan...

Y contaba él después:

—Tuve muchas veces ocasión de poderme quedar impunemente con lo ajeno, pero siempre pensé: no quiero deshonrar al Oratorio.

Y así recorrió doscientos kilómetros a pie. Esto es solamente un hecho; pero hay muchos otros similares que nos han producido una gran satisfacción. Ciertamente el amor propio habrá tenido su parte, mas no por ello es menos feliz el resultado.

Y ahora hablo para vosotros, párrocos, vicepárrocos, sacerdotes, clérigos, emplea-

dos, jefes de taller [1]. Bendito sea el Señor que ha permitido nos encontrásemos juntos en esta fiestecita y nos ha dejado vivir para que pudiésemos trabajar siempre y prepararnos la eterna salvación de nuestra alma. Esta debe ser la finalidad de todo salesiano y su continuo anhelo. Con el nombre de Salesiano entiendo englobar **[177]** a todos los que fueron educados según las normas de este gran Santo. Por consiguiente, todos vosotros sois también salesianos.

Os invito para el próximo año a una reunión como ésta y espero que vengáis todos vosotros y que yo esté también. Este es mi deseo y ésa mi intención. Sólo queda por ver si el Dueño de la vida piensa como pensamos nosotros. Digo esto porque tengo varias cosas que deciros para el año que viene, pero que se cumplirán durante el año en curso y estoy seguro de que os alegraréis por ello.

Está, en primer lugar, la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús en Roma. Es ésta una empresa colosal que me cansó mucho por las graves y continuas preocupaciones y me obligó a doblarme bajo el peso de los enormes gastos. Había que encontrar veinticinco mil francos cada mes. Pero ahora las obras de la iglesia están ya muy adelantadas, se trabaja con intensidad en el nuevo hospicio y espero poder llevar a cabo todo para el próximo año. Y, puesto que hablo de la iglesia del Sagrado Corazón, ya sabéis que he organizado una gran rifa para hacer frente a los gastos que aumentan cada día. He contado también con vuestra caridad y, por tanto, os enviaré un pequeño número de boletos. Repartidlos entre la gente; quedaos con ellos, si vuestra bolsa os lo permite, y, si no podéis quedaros con ellos, devolvédmelos, pues os lo agradeceré igualmente. Lo que os recomiendo, es que me ayudéis de la manera que podáis y sepáis, a llevar a cabo la empresa que me confió el Sumo Pontífice León XIII.

En segundo lugar, os diré que el cólera hace estragos en países no lejos del nuestro y también tememos que tal vez invada nuestras provincias. Por esto, os sugiero un fácil antídoto contra este mal. Consiste en una medalla que lleva grabado el Sagrado Corazón de Jesús en el anverso y en el reverso la imagen de María Auxiliadora. Llevad esta medalla al cuello, en el bolsillo o en la agenda; basta que la tengáis encima. Al mismo tiempo, repetid cada día la jaculatoria *María Auxilium Christianorum, ora pro nobis.* Si lo hacéis así, estad tranquilos y seguros de que la Virgen hará patente su poderoso patrocinio. Me gustaría que observarais atentamente si cae enfermo de este contagio uno solo que tenga encima esta medalla. Id también con valor a asistir a los enfermos en las casas, en los hospitales y en los lazaretos y no temáis.

Además, es necesario recibir a menudo la santa Comunión. Pero hablando a sacerdotes, que celebran la santa misa cada día, esta exhortación es superflua. Más bien os exhorto a que lo digáis a los demás, porque aquí está la raíz de la devoción. Teniendo limpia el alma, todos pueden estar seguros de no ser atacados por ninguna enfermedad.

Esta práctica de llevar la medalla, rezar la jaculatoria y recibir los sacramentos, no es sólo para que la observéis vosotros, sino para que la propaguéis en todo lugar entre vuestros parientes, amigos y conocidos, y sirva a todos de antídoto contra el cólera.

El Señor quiere sacudir las conciencias con este despertador. Predicad, pues, también esta devoción desde el **[178]** púlpito. Puede que a alguno le parezca extraño, atrevido y hasta ridículo; recordad que, ante la muerte, cesan las risas. Os diré que,

[1] Con los eclesiásticos se encontraban también algunos seglares, que no habían podido intervenir con sus colegas.

hace pocos días, vino a mi habitación un rico señor que se jactaba de estar libre de prejuicios. Había oído decir que yo hablaba de la eficacia de la medalla de María Santísima Auxiliadora. Y me preguntó:

—¿Es verdad que usted propaga supersticiones?

—¿A qué supersticiones se refiere usted?

—A la de llevar encima la medalla de María Auxiliadora para librarse del cólera.

—¿Y qué le importa a usted eso?

—Me importa, porque mi familia y especialmente mi hijo mayor quieren a toda costa tener la medalla.

—¿Y usted cree en la eficacia de esta medalla?

—¿Yo? De ningún modo.

—Es usted muy dueño de no creer en tal cosa. Nadie le obliga. Si usted no cree, siga sin medalla; nadie pretende dársela a la fuerza. Pero, si usted creyese en ella, fácil le sería hacerse con una.

—¿Y la superstición? ¿Cómo puedo yo creer que un pedazo de metal tenga tanta eficacia?

—No se preocupe por ello. Pero usted comprenderá que una práctica, aprobada por la Iglesia, nunca es supersticiosa.

Después hablamos un buen rato de las noticias de Francia. Aquel señor se quedó pensativo. Al despedirse, dijo con cierta duda.

—Don Bosco ¿querría hacerme un favor?

—Y diez, si hace falta; hable con libertad.

—¿Tendría todavía alguna de esas medallas?

—¡Pero usted no cree en ellas!

—Cuando se trata de salvar la piel... comprenderá... en conclusión... lo he dicho de broma... déme la medalla. Yo creo en ella y quiero que me dé una también para mi mujer y para cada uno de mis hijos.

¿Habéis comprendido? El Señor, que nos quiere a todos felices, nos da a conocer con estos azotes lo preciosa que es también nuestra vida temporal. Y vosotros, queridos hijos míos, procurad en vuestros sermones hablar a menudo de la muerte. Hoy en día no se hace aprecio alguno de la vida. Uno se suicida porque no puede soportar los dolores y las desgracias; otro arriesga la vida en un duelo; éste la derrocha en el vicio; ése se la juega en arriesgadas y caprichosas empresas; aquél la echa por la borda, arrostrando peligros para lograr venganzas y desahogar pasiones. Predicad, pues, y recordad a todos que no somos nosotros los dueños de la vida. Sólo Dios es el dueño. Quien atenta contra su vida, hace un insulto contra Dios; la criatura hace un acto de rebeldía contra su Creador.

Vosotros, que tenéis talento, encontraréis ideas y razones en abundancia y la manera de exponerlas para inducir a vuestros oyentes a amar la vida y respetarla, con el gran pensamiento de que la vida temporal bien empleada es precursora de la vida eterna.

[179] Los recuerdos evocados de los primeros tiempos del Oratorio y de algunos sucesos ocurridos en él durante aquellos años podrían hacer pensar que las cosas hubieran cambiado radicalmente y que ya no reinasen en él la primitiva piedad e inocencia entre los muchachos. Nada más equivocado. Mientras escribimos, vive en Inglaterra la señorita Gerardina Penrose Fitz Gerald, con residencia en Ensbury

Park, Bournemouth; tiene ochenta y cuatro años de edad y conserva un imborrable recuerdo de su encuentro con don Bosco, hace exactamente cincuenta años. Iba a Roma el año 1884 con una peregrinación, en compañía de Lord Denbigh y su señora. Junto con Mr. Jorge Lane Fox visitaron estos nobles señores a don Bosco el cual les enseñó toda la casa. Al cruzar los patios, les encantaba ver cómo los muchachos se acercaban a don Bosco, besaban su mano y él ponía la otra sobre su cabeza y les hacía una caricia. Mr. Lane Fox, que había oído hablar de un alumno del Oratorio, con indicios de santidad, preguntó si los visitantes podían verlo. Don Bosco lo mandó llamar inmediatamente:

—Jamás vi, dice la señorita Fitz Gerald, un rostro más bello ni más celestial.

Apenas se fue el muchacho dijo don Bosco:

—¡Dios es muy bueno! Me consuela dándome, de vez en cuando, almas bellas como ésta.

Entonces le preguntó Mr. Lane Fox:

—¿Tiene otros como éste?

El Santo hizo un pequeño gesto festivo acompañado de una amplia sonrisa y dijo:

—¡Oh, sí!; seguramente más de los que usted pueda imaginar.

Al despedirse, los forasteros se arrodillaron para recibir la bendición, y la señorita Fitz Gerald recuerda que con ella pareció difundirse en ellos una insólita y suave sensación de paz [1].

Como corona de la fiesta onomástica, llegáronle a don Bosco las oportunas felicitaciones del más lejano de sus hijos. Don José Fagnano le escribía desde Patagones, con fecha del veintiséis de mayo: «Deseo **[180]** ardientemente verle una vez más, besar su mano después de nueve años de destierro voluntario, sí, pero penoso, por estar lejos de usted. Acepte las felicitaciones de los quinientos salvajes bautizados este año, de los ciento cincuenta muchachos y muchachas, que vienen a nuestras escuelas, de los ocho salesianos y de las siete hijas de María Auxiliadora, que forman la casa de Patagones».

Se ha visto ya varias veces y se volverá a ver todavía más adelante cómo, hablando de su jubileo sacerdotal, nunca dijo con Bosco que llegaría a él. Sin embargo, le gustaba a veces bromear, señalando quién tenía que ayudarle la misa, quién debía proporcionarle el vino, la carne, las velas, quién haría esto o aquello; incluso que acudirían

[1] *The Univers* de Londres, 18 de mayo de 1934, en un artículo titulado: *A Memory of 50 years ago in Turin* (Un recuerdo de hace cincuenta años en Turín).

cuatrocientos cantores desde Patagonia. De ahí nació que muchos tuviesen cierta persuasión de que se celebraría la gran fiesta; pero era el afecto quien prestaba alas a la fantasía. El mismo Lemoyne atestigua que el Santo no dio nunca a conocer a nadie que aceptara ni siquiera el auspicio de que venimos hablando.

[181]

CAPITULO VI

ACERCA DE LA MARCHA DEL ORATORIO

EL sueño, que don Bosco tuvo en Roma y que casi dictó a Lemoyne, fue leído un día por don Miguel Rúa a toda la casa del Oratorio después de las oraciones de la noche y produjo benéficas consecuencias. Algunos jóvenes escucharon la lectura con ansiosa curiosidad, otros con temor y temblor. El Santo, a su regreso, despachó los asuntos más apremiantes, y comenzó a dedicar unas horas cada tarde para darles audiencia. Como había dado a entender claramente que había visto el estado de las conciencias, los buenos ansiaban saber lo que había respecto a ellos y fueron, por consiguiente, los primeros en acudir. Uno de éstos, don Pablo Ubaldi, atestigua que don Bosco le dijo de modo maravilloso cómo iban sus cosas. Otros, por el contrario, vacilaban en presentarse y eran los que más necesitaban oír una palabra amonestadora y alentadora.

Algunos de éstos hacía un año o dos que no habían hablado con él; y los había que llevaban cinco años en el Oratorio y no se habían acercado a él ni una sola vez, de suerte que le eran nuevas sus fisonomías. Las más de las veces se lo impedían vicios ocultos. Al preguntarles entonces en su habitación por qué no se habían dejado ver nunca, respondían que don Bosco no era accesible, que estaba fuera de casa y ellos tenían que estudiar... Y, sin embargo, cuando don Bosco estaba en casa, confesaba casi cada mañana **[182]** en la sacristía, adonde fácilmente podía ir a hablarle todo el que quisiese. Ordinariamente contestaba a quien adelantaba semejantes disculpas:

—Tú te las has arreglado para huir de mí; pero ¿quieres que te diga por qué?

El interrogado le miraba aturdido y él seguía diciendo:

—No hay más que un porqué: tenías miedo a don Bosco. No te atrevías a confiarle algunas cosas que hacías cuando estabas todavía en tu casa... y que has seguido haciendo.

Si el joven balbuceaba más excusas, entonces don Bosco, con calma y paternalmente, le contaba con todos los pormenores y circunstancias lo que el pobrecito llevaba celosamente escondido hacía años

en el corazón. De ordinario, el que veía descubiertos sus secretos caía de rodillas, y con voz ahogada por los sollozos, exclamaba:

—¡Basta, don Bosco, basta ya!

Y don Bosco añadía:

—Si esta conversación te disgusta, vamos a dejarla. Pero ya ves que yo tenía razón para decirte que el estar alejado de mí era tu ruina...

Contaron algunos jóvenes que don Bosco les había hablado de un monstruo parecido a un elefante, visto por él en el patio haciendo estragos, aplastando o lanzando al aire y destrozando a todo el que se le plantaba delante.

Durante aquel período, dijo un día el Santo a don Juan Bautista Lemoyne:

—¡Qué bueno es el Señor con nosotros! Nos prepara de mil modos extraordinarios para nuestro bien y el de nuestros jóvenes. Pocos tuvieron en este mundo los medios que nosotros.

No tardó en manifestarse el efecto de estas saludables sacudidas. Aumentaron las comunicaciones frecuentes y las visitas diarias a Jesús Sacramentado; creció la docilidad; se reanimaba la vida del Oratorio. El ciclo de fiestas, además, puso remate a la obra. Pero se requerían medidas duraderas: y se dedicó a buscarlas el Capítulo Superior, en cuyas reuniones, se fue estudiando cuidadosamente la situación ambiental del Oratorio. Es instructivo conocer, al menos en parte, lo que se discutió en ellas bajo la presidencia de don Bosco.

Nos parece importante para dicho tema la sesión del cinco de junio. Asistieron a ella, junto con los Capitulares, don José **[183]** Scappini, director de Lanzo y don José Bertello, director de Borgo San Martino. Después de discutir una propuesta de don Julio Barberis, tomó de repente la palabra don Bosco. Agradará leer íntegramente este punto de las actas.

DON BOSCO.—Se trata de ver y estudiar qué debe hacerse y qué debe evitarse para asegurar la moralidad entre los jóvenes y para cultivar las vocaciones. Ya se establecieron diversas normas en el Capítulo General, que fueron impresas. Es doloroso ver cómo muchos jóvenes, que marchan bien al principio, han cambiado por completo al llegar al quinto curso. Ya se ha observado que muchos del cuarto y quinto curso, en vez de decidirse por el estado eclesiástico, optan, por la universidad o por un empleo. Una parte de ellos ingresó en el estado eclesiástico, pero fue al seminario para complacer a los padres, por manejos de los párrocos y por consejo de los Obispos. De cien alumnos del cuarto y quinto curso, quizás sólo dos pagan pensión normal. Los demás son mantenidos gratuitamente o, cuando menos, reciben de la casa los libros y la ropa.

Resulta, pues, que damos de caridad lo que recibimos de otros, a quien pretende

llegar a abogado, profesor, médico o periodista. Que sea ésta la salida de los jóvenes, que se educan en otros colegios nuestros, no tengo nada que decir; pero esto no debe tolerarse en nuestra casa de Turín, donde los muchachos viven de la caridad pública. Propongo, pues, que se examine cuál es nuestra obligación de conciencia y qué se debe hacer. En años anteriores, había muchos, jóvenes, que querían hablarme de vocación. Pero, este año, en el que se reunió a los aspirantes para darles conferencias especiales (lo cual no se había hecho nunca) las cosas van por otros cauces. Pocos, y con dificultad, vinieron a hablarme y unos me dijeron francamente que querían ir al mundo y otros al seminario. Al preguntarles por qué iban a las conferencias de los aspirantes, algunos contestaron: —Para oír lo que se dice en las conferencias—. Otros, más francamente: —Para ser mejor vistos por los Superiores—. Serán buenos muchachos, pero tienen trazado su plan. De suyo no es malo ayudar a éstos tales, pero, en resumidas cuentas, damos nuestro pan a muchos que luego nos vuelven las espaldas y lo damos por recomendación de quien a veces, después de quitarnos los jóvenes, nos critica por añadidura, diciendo que nos quedamos con las vocaciones. Esto lo he comprobado hoy mismo.

Pero baste lo dicho sobre esta materia. A mi entender, tendríamos que tomar una medida acerca de la organización de nuestros estudios. Deberíamos reducirlos a lo que se hace en las escuelas apostólicas de Francia. Será difícil, mas, sin embargo, habrá que lograrlo. Hecho esto, veremos cómo se pueden aleccionar y cómo se deben cuidar los jóvenes. Verdad es que no tendremos ya un número tan extraordinario. Puede que no tengamos más que un centenar, cincuenta o cuarenta, y habrá que tomar paciencia; pero no habrá gangrena moral. Creo que, para **[184]** alcanzar nuestro fin, no bastan las resoluciones tomadas en los Capítulos Generales.

DON JOSÉ LAZZERO propone que se vuelva a suprimir el quinto curso de bachillerato.

DON BOSCO.— Mi plan es el de encargar a una comisión el estudio de la idea expuesta sobre las escuelas apostólicas. Yo no puedo reflexionar, porque no lo resiste mi cabeza. Necesito que se comprenda la necesidad de la cuestión y que se estudien seriamente los medios para llevarla a cabo. Creo también oportuno quitar a los jóvenes la libertad de ir a confesarse con quien quieran. Se designarán confesores en número suficiente, pero los estudiantes necesitan una dirección particular. Si no se atreven a confesarse con los cinco o seis sacerdotes destinados para ellos, que esperen la ocasión de los ejercicios.

DON MIGUEL RÚA afirma que él ha observado que el resultado bueno o malo del quinto curso del bachillerato depende siempre del profesor. Desde que don Herminio Borio lleva el curso de retórica en Lanzo, siempre hubo en la Congregación novicios procedentes de aquel Colegio.

DON BOSCO.— Desde hace algún tiempo ha mermado el número de novicios procedentes del Oratorio, ya sea porque los párrocos nos envían el *rocló* (el desecho), avalados con los mejores certificados de buena conducta, ya sea porque, cuando éstos son aceptados, no se tiene suficiente energía para devolverlos a sus casas.

Por consiguiente, hay que tener prudencia al aceptar y ver la manera de purgar la casa. Mientras tanto, hay que ver: 1.º, si conviene organizar nuestras escuelas, según el plan de las apostólicas; 2.º, cómo son estas escuelas apostólicas. Según lo que resulte de estas dos cuestiones, se verá si se debe mantener o no el quinto curso.

DON JOSÉ SCAPPINI propone suprimir en nuestras escuelas el griego y las matemáticas o dar solamente los rudimentos de estas asignaturas, como se hace en los Seminarios. Entonces, al llegar al tercer curso del bachillerato, los jóvenes que no quieren

saber nada del estado eclesiástico, pensarán en resolver de otra manera sus asuntos. Los otros que quieren quedarse con nosotros y tienen que prepararse el examen para la reválida del bachillerato, podrán estudiar el griego y las matemáticas en San Benigno.

DON JUAN BONETTI aprueba lo que se ha dicho, pero sostiene que esto debe ser una consecuencia y no el principio de una reforma. Sería como cuidar las hojas de un árbol cuando hay que atender a las raíces.

DON BOSCO.— Ahora la cuestión que se propone es la aceptación y la manera de echar fuera los huesos rotos. Mientras tanto, un punto a estudiar bien son las escuelas apostólicas, tal y como se hace en los seminarios.

DON JOSÉ BERTELLO, preguntado por don Bosco, responde que no cree conveniente establecer escuelas apostólicas en el Oratorio. Tendríamos en contra a los párrocos, a los Obispos, a los padres y al gobierno. Por consiguiente no aprueba **[185]** la supresión del quinto curso del bachillerato. Está firmemente convencido de que, para curar nuestros males, hace falta: 1.º, disciplina, 2.º, severidad en despedir a los que no van bien, 3.º, vigilar escaleras, pasillos y patios no destinados a los recreos.

DON JUAN CAGLIERO advierte, en cuanto a las aceptaciones, que éstas tendrían que depender de uno sólo; de lo contrario, sucederá que uno aceptará las ovejas y otro los lobos, que son las personas adultas, aceptadas por caridad y destinadas a los diversos oficios.

DON BOSCO explica su idea de una catequesis dominical para instruir a los jóvenes según nuestros principios.

DON JUAN BONETTI vuelve a hablar de la necesidad de cuidar las raíces e interpela a don José Lazzero, quien, en su calidad de Director del Oratorio, debe saber las cosas mejor que los otros miembros del Capítulo. Por tanto, que hable él.

DON JOSÉ LAZZERO.— Ante todo, habría que cumplir el reglamento de las casas, lo mismo que en los demás colegios. Por consiguiente, debe haber unidad de mando; de lo contrario, el cargo de Director se reduce al de un humilde servidor. En efecto, los alumnos expulsados, obtienen, antes de salir, certificados de buena conducta de algún miembro del mismo Capítulo, movido por su corazón excesivamente bueno; como esto llega a conocimiento de los jóvenes, menoscaba el orden o la autoridad del Director. El Director queda atado, etc.

DON BOSCO decide que se establezca una Comisión, que estudie las medidas a tomar para promover la moralidad en el Oratorio. Son elegidos miembros de esta Comisión: don Miguel Rúa, don Juan Bonetti, don José Lazzero, don Celestino Durando y don Juan Cagliero. Se reunirán el lunes a las dos y media de la tarde para comunicarse sus propias reflexiones bien ponderadas. Don Juan Bonetti queda encargado de pedir privadamente el parecer a cada uno de los miembros del Capítulo de la casa que se deja llevar por la bondad del corazón; y a cada uno de los maestros y dar una relación de ello a la Comisión del lunes.

DON JOSÉ BERTELLO propone: 1.º, distinción y división absoluta de los internos en la casa en tres grandes categorías: estudiantes, aprendices y personas no pertenecientes a la Congregación; 2.º, vigilancia de escaleras, corredores, etc.

DON JOSÉ LAZZERO hace notar que, antaño, los grupos para salir de paseo se componían de sólo veinticinco jóvenes. Ahora, en cambio, lo forman todos los alumnos de un curso. Los paseos son un gran peligro, si no se vigila. Lamenta también las vacaciones, etc.

DON BOSCO concluye insistiendo sobre la urgencia de tutelar la moralidad. Para lograrlo, no hay que ahorrar personal, trabajo, fatigas ni gastos.

DON JOSÉ LAZZERO se lamenta todavía de que falta la unidad de dirección y de que no se le apoya.

DON BOSCO pone fin a la reunión repitiendo sobre qué puntos hay que señalar el resultado práctico de la misma: 1.º, regular la aceptación de los jóvenes; 2.º, sanear el ambiente la casa; 3.º, dividir, repartir, regular cargos, jóvenes, patios, etc.

[186] No era la primera vez, ni tampoco la última, como veremos al año siguiente, que don Bosco hablaba de reducir de esta manera el Oratorio a un vivero de vocaciones eclesiásticas y, preferiblemente, salesianas.

El veintisiete de enero, ya había expuesto a don Juan Bautista Lemoyne el plan que él tenía sobre el particular.

—Yo querría trasladar, había dicho, el cuarto y quinto curso del bachillerato a San Benigno y sólo para los que quisiesen quedarse en la Congregación, haciendo antes firmar a los padres una declaración por la que dejaban en plena libertad a sus hijos. En el Oratorio sólo quedarían los cursos primero, segundo y tercero. Si un muchacho, al acabar el tercer curso, no quiere quedarse con nosotros, intervengan en el asunto los padres o su párroco. De este modo, se quitaría una cantidad de bocas, que destripan panecillos sin provecho y no se mantendría a muchachos que, cuando nos podrían ser útiles, nos los quitan los párrocos con halagos u otros medios.

Precisó todavía mejor su pensamiento ante los capitulares en la sesión del dieciocho de julio.

Léase y póngase en práctica lo deliberado por el Capítulo. Nos equivocamos siempre en torno a la conducta de los muchachos, porque las calificaciones mensuales de las decurias son siempre buenas. Cuando se conoce a un muchacho como malo, no hay que ilusionarse con esperanzas de cambio de conducta. Estas vacaciones procuraré proveer al Oratorio del personal necesario y, especialmente, de un catequista.

Preveo que, querámoslo o no, nuestras escuelas deberán ajustarse al modelo de las llamadas apostólicas. Por cuanto sea posible, acéptense sólo aquellos muchachos que quieren ser salesianos o ir a las misiones. Los muchachos, que se aceptasen con esta condición y no quisiesen después hacerse salesianos, paguen la pensión entera, si desean continuar.

Al volver los muchachos de vacaciones, se podrían hacer en seguida los ejercicios espirituales. Después de las vacaciones, no se acepte nunca a los jóvenes que vuelven de sus casas sin el certificado de buena conducta firmado por el párroco. Algunos regresan, sin haberse presentado nunca al propio párroco, durante los dos o tres meses que estuvieron en su pueblo. Y, aun cuando algunos presentasen este certificado, pídanse informes confidenciales al párroco, prometiendo absoluta reserva.

Se verá también si es del caso reformar los Capítulos de las casas y, especialmente, si los catequistas están a la altura de su cargo. Sepa el Consejero escolástico qué se hace en cada una de las clases y **[187]** visítelas con frecuencia. Cumpla cada uno con los deberes de su cargo en la presencia de Dios.

Una cosa a estudiar es ésta. Cuando hay un muchacho que da esperanzas de llegar a ser un buen salesiano, no se miren gastos, tanto si puede pagar la pensión como si no puede. La casa mirará por él. Estoy seguro de que el Señor nos ayudará con medios extraordinarios e inesperados, cuando se hagan todos los esfuerzos posibles para tener vocaciones. No nos preocupemos por los gastos. Sirva esto de regla también para los demás colegios nuestros. Si un muchacho da esperanzas de éxito y los padres no pueden pagar, si ponen dificultades, si se quejan con los superiores de que se encuentran en apuros económicos y que no podrán pagar los gastos necesarios, entonces, atendida la buena conducta del muchacho, se le podrá conceder la remisión de un mes o de un trimestre; pero sin que falte nunca la esperanza de una probable vocación. Hoy en día van disminuyendo continuamente las vocaciones.

Impedir con el mismo celo que sigan la carrera eclesiástica los no llamados a ella y los indignos. Hágase esto con la máxima prudencia. Nunca se reciban a prueba los que anteriormente dieron mal resultado.

Para cerrar la puerta a posibles y peligrosos subterfugios, se dieron órdenes para no enviar a los muchachos fuera de casa. Hacía tiempo que algunos iban a enseñar catecismo en la parroquia de San Donato y en el Oratorio de San Juan; otros iban a ayudar en las funciones religiosas de las Hermanas de San Pedro y las del Buen Pastor.

Aprovechando la ocasión, había quien escapaba a su casa para ver a sus familiares, pretextando tener permiso, y quien iba a los cafés; y además todos perdían horas de estudio, prácticas religiosas y sermones adaptados a ellos. Dijo don Bosco:

—Hay que avisar a estas instituciones que, dentro de un mes, ya no se podrá enviar muchachos para el servicio del altar y que se busquen otros ayudantes en este lapso de tiempo. Si el seminario no se presta a ello, ¿por qué motivo tenemos que prestarnos nosotros? Dése aviso también a la iglesia de San Donato para que organice la catequesis con los obreros católicos, advirtiendo que ya no enviaremos a nuestros pequeños catequistas, porque se distraen demasiado.

A veces se enviaban muchachos enfermos a los hospitales de la ciudad; pero, a propuesta de don Miguel Rúa, se decidió renunciar a esta costumbre, en atención a los inconvenientes morales que había por causa de médicos, enfermos y enfermeros. Nada, en fin, **[188]** sabemos acerca de las determinaciones tomadas por la comisión nombrada por don Bosco para arbitrar los medios con que dar nuevo vigor a la buena disciplina en el Oratorio.

Cuando se trató de la disciplina, hubo una interpelación al término de la sesión del treinta de junio. La promovió el director don José Lazzero, al anunciar que, al domingo siguiente, se haría una pequeña fiesta en honor del Sagrado Corazón de Jesús, según la intención de don Bosco para obtener las gracias especialísimas que necesitaba la

casa. Don Juan Bonetti introdujo entonces el tema de la asistencia a los muchachos y de los dormitorios, abiertos durante el día. Al llegar a cierto punto, don Bosco cortó la cuestión con una serie de preguntas:

—¿Quién es actualmente el responsable de la disciplina? ¿A quién han de acudir los maestros y asistentes para encontrar apoyo? ¿Y el contencioso según las reglas? ¿Y cuando falta un maestro, quién se cuida de que haya otro en su lugar?... He dicho que no se repare en gastos, con tal de que haya todo lo necesario para garantizar el orden... El Director no tiene que actuar él en persona, sino velar para que actúe otro.

Propuso después una sesión sobre el mismo tema para el día cuatro de julio.

Pero, preocupado por los inconvenientes, que a menudo se sucedían y que ocasionaban gran descontento entre los muchachos, sin aguardar a aquella fecha, escribió de su puño y letra siete cosas, que creía necesarias, para que terminase el curso en paz. Las tituló «Disposiciones temporales». Y eran las siguientes:

«1.ª, Una novena a María Santísima, según la intención de don Bosco. 2.ª, Tomar a los muchachos por las buenas, demostrarles que todo se hace por su bien y que se tiene interés por su progreso en los estudios. 3.ª, De cuando en cuando organizar alguna charla, por la tarde, dada por alguno de los miembros del Capítulo Superior. 4.ª, Asistencia: esfuércense los miembros del Capítulo por compartir el recreo con los muchachos. 5.ª, El Director, u otro en su lugar, dé una conferencia a todos los que asisten a los jóvenes, para animarlos a proceder de tal manera que desaparezcan las murmuraciones. 6.ª, Procurar **[189]** promover la frecuencia de los sacramentos y decir francamente en público que algunos no se han confesado ni en los ejercicios ni por la fiesta de María Auxiliadora. 7.ª, Hable alguna vez don Bosco a los jóvenes.» Cuando llegó el día cuatro de julio, don Bosco mismo volvió a entablar la cuestión de la reforma del Oratorio, tomando el Reglamento como punto de partida.

DON BOSCO.— He examinado el reglamento que se seguía antaño y me he convencido de que debe observarse también en nuestros días, porque previene y resuelve todas las necesidades. Pero es necesario que el Director gobierne, que conozca bien su reglamento y el de los otros y todo lo que deben hacer y que todo parta de un principio único. Ahora ha comenzado un relajamiento en esta unidad. Uno dice: la responsabilidad no es mía. El otro la rehúsa. Todos mandan, y de ahí proceden los desconciertos. Uno da una orden y el otro no la cumple. Los asistentes quieren tener también su autoridad y, ¡ay! de quien los toque. Establézcase, pues, este principio de autoridad como lo había antes: haya un solo responsable. Este no tome sobre sí el

más mínimo trabajo; estése en hora buena de brazos cruzados, pero vaya y pregunte continuamente: ¿Has hecho esto? ¿No lo has hecho? Encargue a uno que lea las cartas, las apostille y reparta a los diversos despachos. No le quedarán más que tres o cuatro, cuyas apostillas ver, y entregarlas al secretario para que las conteste.

DON JOSÉ LAZZERO, preguntado por don Bosco, responde que eso no es todo, aunque es un inconveniente bastante grave.

DON JUAN BONETTI pide a don José Lazzero que, puesto que él se halla, como director que es, en contacto inmediato con la realidad, especifique francamente las dificultades que encuentra.

DON JOSÉ LAZZERO responde que falta esta unidad, debido a que los interesados acuden a diversos miembros del Capítulo Superior en busca de dirección y se guían por sus consejos, a veces contrarios a los del Director.

DON BOSCO.— Si el Director interviniese, vería lo que hay que hacer y, al poco tiempo, sería el dueño de todo y de todos. Haya uno solo, el Director de la casa, para hacer contratos; dependa de uno solo la aceptación de los que han de pertenecer a la casa y de él solo las expulsiones; determine uno solo las obras que deben hacerse en el Oratorio, y éste sea el Director. Haga sólo él las invitaciones para comer, o, por lo menos, notifíquensele antes las invitaciones que se han hecho, para que no se encuentre en la mesa con personas desconocidas o inesperadas. El Capítulo Superior no tiene más ingerencia en el Oratorio que la que debe tener con las demás casas en particular. El Director del Oratorio es el que debe tener aquí toda la libertad de acción, que tienen los demás Directores en sus casas. A él corresponde determinar las obras que deben hacerse y solamente compete al Capítulo Superior aprobar o rechazar el proyecto, pero **[190]** contando siempre con el parecer del Director. El Capítulo no es el dueño en el Oratorio; quien manda en él es el Director local. Repito que he leído atentamente en estos días el reglamento de las casas y no encuentro nada que modificar. Haya, pues, unidad de mando. El personal destinado a esta casa está al servicio del Director y no de otros. Cuando llegan forasteros desconocidos, entreténgaselos en la portería y se avise al Director; pero no se introduzcan directamente en el comedor, como hace ahora el portero, sin conocer quiénes son tales huéspedes. De ellos procede gran molestia en la casa.

Después pasa don Bosco a preguntar qué disposiciones pueden tomarse para el próximo año, con respecto al cuarto y quinto curso del bachillerato, para asegurar la moralidad.

—He determinado, añadió, que se advierta a los muchachos que, el próximo año, no serán admitidos para los cursos superiores más que aquellos que quieren abrazar el estado eclesiástico y que el Oratorio no asegura a los alumnos los exámenes de grado de bachillerato.

DON CELESTINO DURANDO afirma que esta medida alejará de nosotros a muchachos de talento y sólo quedarán los mediocres. Que solamente el estudio y la ayuda para un buen resultado en ellos alientan a los jóvenes a ser buenos.

DON BOSCO.— No quiero que se me contraríe, sino que se me ayude a llevar a cabo mi plan, que considero el mejor para alcanzar mi fin.

DON CELESTINO DURANDO retira sus observaciones.

DON BOSCO propone otra reunión para el lunes y concluye:

—Ayuden todos al que ejerce el mando. Don Miguel Rúa dé una conferencia a todos los empleados de la casa en este sentido, pero atienda a que, antes, vayamos de acuerdo nosotros. Aquí se requiere una cabeza. La plática de las «buenas noches» es la llave maestra de la casa. Muchísimo, si no todo, depende de ella.

Don Bosco no dejaba las cosas a medio hacer; hasta que sus ideas no estaban bien comprendidas y puestas en marcha, no se cansaba de clavarlas en la mente de quien debía ayudarle a realizarlas. Por eso, la mayor parte del tiempo de la sesión del día siete de julio, se dedicó al restablecimiento del orden interior del Oratorio. Primero, resumió sus instrucciones y, después, escuchó a los demás.

DON BOSCO.— 1.º Unidad de mando: el Director conozca bien las atribuciones de cada uno de sus súbditos.

2.º Disponga que otro se informe y seleccione la correspondencia; lea sus apostillas; encomiende a persona de confianza que conteste las confidenciales, pero no lo haga en presencia de otros.

[191] 3.º Acepte o despida al personal de la casa y a los mismos alumnos con las condiciones, que se estimen oportunas para cada caso. Pero, si surgen dificultades relacionadas con los hermanos, informe de ello al miembro del Capítulo Superior encargado de tratar tales asuntos cuando haga falta, pida también el parecer del Rector Mayor.

4.º Hasta donde sea posible, el Director limítese a observar si las cosas se hacen por otros subalternos; pero él no se entretenga en asuntos determinados; proporcione predicadores, confesores, profesores, asistentes en número suficiente, y examine después si cada uno conoce las reglas correspondientes, si las practica y las hace practicar a sus dependientes.

En cuanto a la aceptación: a.—Admítase para estudiantes únicamente a los que tienen voluntad de abrazar el estado eclesiástico y, preferiblemente, a los que dan algún indicio de querer hacerse salesianos.

b.—Aléjese severamente a los que dijeren, insinuasen o hiciesen algo reprensible contra la moralidad. No se tema proceder en esto con excesivo rigor.

c.—Dedíquese a un oficio, pero nunca al estudio, a quien no frecuente la santa comunión y descuide las prácticas de piedad.

d.—Alterne, el Director de buena gana con los estudiantes fuera de la confesión, llámelos a menudo en particular y pregúnteles por sus necesidades, su salud, los estudios, las dificultades, la vocación, etc., etc.

DON JUAN CAGLIERO y DON JOSÉ LAZZERO observan que, en esta casa, son excesivas las atribuciones del Director y de los otros miembros del Capítulo local del Oratorio.

DON BOSCO.— Haga cada uno solamente lo que debe hacer. El Catequista dé clase de catecismo, enseñe a ayudar a misa, observe si se cumplen las reglas. El Catequista es la llave del Oratorio y de toda la buena marcha del mismo. El Director haga que otros prediquen; si es necesario, dé a otro el encargo de confesar.

Para él cada cosa particular del Oratorio es *per accidens* (accidental). Su único y verdadero cometido es vigilar continuamente todo y a todos.

DON JOSÉ LAZZERO observa que, en tal caso, el Director no puede tratar directamente con los jóvenes.

DON BOSCO le contesta que, si el Director no puede llamar a los jóvenes, haga que los llame el Catequista.

DON JULIO BARBERIS observa que lo más importante para el Director es dirigir el personal; y el personal del Oratorio casi llega a setenta hermanos.

DON BOSCO.— Repito. Cada uno haga su papel. También los miembros del Capítulo Superior hagan únicamente lo que es propio de sus cargos, librándose de otras ocupaciones. Por ejemplo, el Consejero escolástico no lleve la dirección de monjas. Don Miguel Rúa está agobiado por el trabajo, por los asuntos materiales, los pagos, los pleitos. El Catequista deje todo otra ocupación ajena y procure conocer a todos los **[192]** miembros de la Congregación; por tanto para librarse de mucho trabajo y cumplir las reglas, los acostumbre a dirigirse al Inspector de la propia Inspectoría. Y los del Capítulo local del Oratorio pónganse todos de acuerdo, si quieren que las cosas marchen bien.

DON JOSÉ LAZZERO dice que los miembros del Capítulo de la Casa tienen buen espíritu, pero que hay que formarlos.

DON BOSCO.— El Director escúchelos bondadosamente, estimúlelos a hablar, quite las incomprensiones y los malos humores, soporte también algún arranque repentino o debilidad humana; sea tolerante y no brusco, sea anillo de unión con la caridad. En cuanto a mí, ya no puedo ir adelante en el estado de cansancio físico y mental, en que me encuentro. Necesito que don Miguel Rúa esté a mi lado para sustituirme en muchas cosas y me ayude en lo que tengo dificultad para despachar yo solo. Por tanto, que don Miguel Rúa no tenga ya ocupación directa alguna en la casa; y, en cuanto atañe a la Sociedad Salesiana, dense a otros muchas de las ocupaciones que él despacha y que serían propias de un ecónomo. Estúdiese el modo de poner un procurador, que se ocupe de herencias, créditos, deudas, pleitos, contratos y testamentos. Encárguese de despachar estos asuntos un sacerdote o un seglar, un abogado o un procurador de profesión. Sea éste la cabeza en lo contencioso y administrativo. Si don Angel Savio quisiese asumir esta tarea, sería habilísimo para desempeñarla.

Aún quiero notificaros dos cosas más con respecto al Oratorio. El Director espiritual o Catequista de la Congregación, si acepta a un sujeto que quiere pertenecer a ella, y éste debe quedarse en el Oratorio, informe de ello al Director de la Casa. Los jóvenes que se aceptan, tengan inclinación al estado eclesiástico.

Vigílese atentamente para que no se introduzca en los muchachos el veneno de la inmoralidad. Si, por desgracia, entra este veneno, se infiltra inobservado, no se deja ver y acaba por causar un daño general, que luego no es posible remediar. Si no se quiere advertir a los muchachos, que han de admitirse para el próximo curso, que sólo serán admitidos los que aspiran al estado eclesiástico, búsquese otro recurso, otro pretexto; pero obténgase este fin, que yo me propongo.

DON JUAN CAGLIERO hace la siguiente propuesta con respecto a los del cuarto y quinto curso: —En cuanto vayan los jóvenes a sus casas para vacaciones, escríbase a todos los que no se quiere que vuelvan, diciéndoles que no serán aceptados para el curso siguiente, si no renuevan la petición de aceptación, a la que se contestará con un sí o un no.

El Capítulo aprueba la propuesta.

DON BOSCO ordena que se formule y examine semejante carta, que deberá ser redactada más o menos en estos términos: *Si no recibís una carta de aceptación dentro de tal tiempo, buscad otro lugar, donde acabar vuestros estudios.* Hay que excluir a los que pudiesen servir de mal ejemplo para los otros y de daño para sí mismos. A ciertos sujetos no se les debe tener ya en casa. Cuando dan verdaderos indicios de no ser llamados al **[193]** santuario y llevan una conducta equívoca, hay que sacarlos del colegio y despedirlos. Hay que estar atentos para no pasar estos estudiantes a la sección de aprendices. Si se pone con los aprendices a un estudiante

que no tiene vocación, hace estragos entre ellos a diestro y siniestro, porque estos tales son individuos de la peor calaña.

Dominado por todos estos pensamientos, tuvo el Santo un sueño en el mes de julio. Le pareció encontrarse ante un inmenso y suave collado espléndidamente iluminado por una luz más pura y más viva que la del sol, totalmente cubierto de verde hierba, esmaltada de flores variadísimas, y sombreado por muchos árboles, cuyas ramas se entrelazaban entre sí y se extendían a manera de arcos. Se habría dicho que era un verdadero paraíso terrenal. Pero, más que el jardín encantado, llamaron su atención dos hermosas jovencitas, como de doce años, sentadas en la orilla de la cuesta, junto al caminito donde él estaba. Una celestial modestia emanaba de sus rostros y de todo su porte. De sus ojos, siempre fijos en el cielo, se trasparentaba una ingenua sencillez de paloma y un gozo de sobrehumana felicidad. El garbo de sus ademanes daba a las dos un aire de nobleza, que contrastaba con su juventud. Una túnica blanquísima llegaba hasta sus pies. Ceñía su cintura una faja de púrpura con bordados de oro, sobre la cual destacaba un adorno a manera de cinta entretejida con azucenas, violetas y rosas. Llevaban al cuello un aderezo a manera de collar. Cercaban sus muñecas dos hacecillos de cuentecillas blancas como brazaletes. Su calzado era blanco, bordado con una cinta veteada de oro. La cabellera larga sujeta con una corona que ceñía su frente, caía flotando, ensortijada sobre las espaldas. Las dos doncellas mantenían entre sí un diálogo, hablando, preguntando, exclamando, ora sentadas las dos, ora una sentada y la otra de pie, ora moviéndose arriba y abajo a paso lento. Don Bosco, espectador silencioso, escuchaba la conversación, que duró largo rato, sin dar indicios de que advirtieran su presencia. Al fin, volvieron las espaldas y subían la cuesta, caminando sobre las flores sin aplastarlas **[194]** y cantando un himno angelical, al que respondieron grupos de espíritus celestiales, que les salieron al encuentro. A los primeros se iban añadiendo unos tras otros sin interrupción y elevaban juntos un himno inmenso y muy armonioso, acabado el cual, se elevaron poco a poco a las alturas todos juntos y desaparecieron con toda la visión.

En aquel momento se despertó don Bosco. Durante los días siguientes expuso a don Juan Bautista Lemoyne en resumen lo que había visto, refiriéndole solamente el sentido muy genérico de las cosas que había oído, que eran alabanzas de la pureza, medios para conservarla y premios que le aguardan en este mundo y en el otro; después le dijo que se sirviese de ello como de un esbozo para desarrollarlo libremente. El secretario cumplió la orden, pero no pudo leerle

su larga composición; por lo cual nos limitaremos a exponerla al final de volumen [1].

El Capítulo no se ocupó ya hasta septiembre de lo relacionado con la disciplina del Oratorio; volveremos a hablar de ello en el capítulo decimoséptimo. Antes de reanudar el hilo de nuestra narración, siguiendo la guía de las actas capitulares, daremos espacio aquí a algunos detalles, que contribuyen a formar un cuadro menos incompleto del Oratorio y su ambiente de entonces.

Aquel año murieron en él varios jóvenes, cuyo fin nos da indicios de que la lamentada relajación no había llegado a extinguir la antigua piedad. El día treinta de enero, falleció Virgilio Paganini, natural de Vezzano Lígure, alumno del segundo curso, pero ya bastante crecido. Don Bosco fue a verle todavía la última tarde. Al verlo, el enfermo se reanimó y le dijo:

—Don Bosco, le agradezco que me admitiera en el Oratorio. Si no me hubiese admitido en su casa, ¿quién sabe cómo estaría yo en este momento? Le agradezco todo el bien que ha hecho a mi alma.

—Yo, le contestó don Bosco, me alegro de que estés tranquilo. ¿Rezarás por mí?

[195] —Sí, rezaré por usted y por *nuestra Congregación,* para que el Señor la haga crecer y salve muchas almas.

Estas fueron sus últimas palabras. Don Bosco se separó de su cama y, aún no había llegado a la puerta de la enfermería, cuando Paganini expiraba.

El día diecisiete de febrero, murió el aprendiz Honorato Chiappelli, natural de Pistoya. Mientras deliraba, repetía: —¡Oh María, Madre nuestra, ayudadnos a todos..., pero especialmente a mí... a mí... a mí.

Le había precedido dos días antes en el viaje a la eternidad, su asistente don Vicente Reggiori, de Sangiano. Decían los aprendices que, si hubiese muerto el mismo don Bosco, no lo habrían sentido tanto. La comparación les salía espontánea, pues eran los días de la grave enfermedad de don Bosco.

El día dieciocho de junio dejó de vivir Carlos Godi, de Gozzano, alumno también del segundo curso del bachillerato y algo mayor. Pocos días antes de morir dijo a unos amigos:

—María Auxiliadora me ha concedido la mayor de las gracias. Soy feliz. En estos ejercicios he podido confesarme y comulgar, como si fuese la última vez. Soy feliz, feliz.

Hubo dos sucesos que impresionaron mucho a los aprendices y

[1] Apéndice, Doc. núm. 22.

que hubieran podido acarrear trágicas consecuencias, mas, por fortuna, todo acabó en nada. Un aprendiz de cajista, ya avanzada la tarde y estando ausentes el asistente y el jefe del taller, se puso a jugar con un compañero y fue a esconderse en el hueco del montacargas, que subía desde los subterráneos hasta su taller. Creído de que la plataforma de la máquina se hallaba a nivel del pavimento, se lanzó sobre ella; pero, como la máquina estaba en la planta inferior de la imprenta, cayó cabeza abajo en el hueco desde una altura de siete metros y fue a dar con la cabeza contra el hierro de la tapa. Los que acudieron, al oír el ruido, lo encontraron inmóvil, como muerto; subiéronle a la enfermería donde recobró los sentidos y no le quedó más que la señal del golpe y un ligero desvanecimiento, que desapareció pronto.

No fue menos peligroso el caso de un aprendiz de sastre. Mientras daba vueltas con otros tres compañeros al paso volante, el árbol que sostenía las cuerdas se rompió **[196]** por su base, cayó sobre él y lo dejó tendido en el suelo con el ímpetu de su peso. El poste más el peso de las abrazaderas de hierro, que lo coronaban, hubiera podido matarlo; en cambio, apenas si le hizo daño en una pierna. Los aprendices consideraron aquellos dos sucesos como gracias señaladas, que atribuyeron a María Auxiliadora.

Don Bosco, firme en su propósito de dar al Oratorio una reorganización satisfactoria, volvió al mismo tema, en septiembre, cuando el Capítulo Superior tenía sus sesiones para destinar el personal de las casas. Así, el día doce, hizo dos observaciones sobre la manera de conservar la moralidad y el orden en la Casa Madre y en las demás.

—Trátese, dijo, de apartar de nuestros alumnos todo libro prohibido, aun cuando esté prescrito por los programas escolares y mucho menos se pongan a la venta tales libros. Cuando yo escribía la *Historia de Italia,* expuse brevemente la biografía de Alfieri y cité algún trozo de autores prohibidos. Pero el célebre profesor Amadeo Peyron, que examinó el manuscrito, me reprendió diciendo: —No cite jamás autores prohibidos, porque, al citarlos, pone en los jóvenes las ganas de leerlos; déjelos en el olvido. Así tenemos que hacerlo nosotros; no introducir, no citar, no nombrar a los autores prohibidos. Sólo pueden exceptuarse los que tienen que presentarse a exámenes públicos; pero, aun en estos caso, empléense ediciones expurgadas. Sin embargo, los autores prohibidos y expurgados no se pongan en manos de los muchachos de cursos inferiores. Porque esto despertaría en ellos la fatal curiosidad de averiguar y comparar las correcciones con el original. Por tanto, téngase precaución al hablar de ellos; por ejemplo, si se quiere exponer algún trozo de historia literaria, evítese hacerlo, si no

es necesario. Los directores y profesores, que tuviesen que manejar alguno de estos libros, guárdenlo bajo llave. No creía yo que pudiese haber tanta manía de leer libros prohibidos como ahora la hay; ni tampoco la de perder el tiempo y arruinar el alma con las novelas. Léanse y dense a leer con preferencia las biografías de nuestros **[197]** alumnos y también todos los libros de las *Lecturas Católicas* y los de la *Biblioteca de la Juventud.* Los hay magníficos. Nosotros apreciamos poco nuestras cosas. Hasta tenemos miedo a ponerlos en la lista de los libros de premio en nuestros mismos colegios. Les parece a algunos una humillación dar libros religiosos a muchachos de cuarto y quinto curso del bachillerato. Recomendó, además, otra cosa. Dedíquese toda diligencia y todo esfuerzo para introducir y practicar en nuestras casas el sistema preventivo. Los Directores den conferencias sobre este importantísimo punto. Son incalculables las ventajas que ello aportará para la salvación de las almas y la gloria de Dios.

A propósito de las lecturas hacía mucho tiempo que don Bosco rumiaba la idea de hacer llegar a todos una palabra autorizada de su propio cuño. En efecto, en 1883 había dicho a Lemoyne:

—En su día te daré un trabajo.

Un año después, le preguntó de repente:

—¿Recuerdas lo que te dije sobre un trabajo, que te daría a hacer? Pues bien, ya ha llegado la hora.

Y le trazó el esquema de una circular acerca de las lecturas para enviarla después a las casas, al principio del curso escolar. Don Juan Bautista Lemoyne la escribió y don Bosco revisó esta larga carta que fue repartida por los colegios a primeros de noviembre.

Muy queridos hijos en J. C.:

Un gravísimo motivo me determina a escribir esta carta a principios del curso escolar. Todos sabéis lo mucho que quiero las almas, que nuestro Señor Jesucristo quiso confiarme en su infinita bondad, y no debéis por otra parte olvidar ni minusvalorar la gran responsabilidad que pesa sobre los educadores de la juventud y la estrechísima cuenta que éstos deberán dar de su misión ante la Divina Justicia. Pero yo debo llevar esta responsabilidad inseparablemente unida con vosotros, mis queridos hijos, y ansío que sea para vosotros y para mí, origen, fuente y causa de gloria y vida eterna. Por esto, he pensado llamar vuestra atención sobre un punto importantísimo, del que puede depender la salvación de nuestros alumnos. Me refiero a los libros, que se deben apartar de las manos de nuestros jovencitos y de los que deben usarse para las lecturas individuales y para las que se hacen en común.

Las primeras impresiones, que reciben las mentes castas y los corazones tiernos de los jovencitos, duran todo el tiempo de su vida; y los libros son hoy día una de las principales causas de éstas. La lectura tiene para ellos **[198]** vivísimo atractivo y excita su impaciente curiosidad, de la que depende muchísimas veces la elección definitiva, que hacen del bien o del mal. Los enemigos de las almas conocen el poder de esta

arma y la experiencia os enseña cuán criminalmente saben emplearla para daño de la inocencia. Los títulos llamativos, la buena calidad del papel, la limpieza de los caracteres de imprenta, la finura de los grabados, la economía en el precio, la garra del estilo, la variedad de la trama, el fuego de las descripciones, todo está estudiado con arte y sagacidad diabólica. Toca a nosotros oponer armas contra armas, arrancar de las manos de nuestros jóvenes el veneno, que la inmoralidad y la impiedad les ofrece; oponer libros buenos a libros malos. ¡Ay de nosotros, si durmiésemos, mientras el enemigo vela continuamente para sembrar la cizaña!

Por eso, desde el principio del curso escolar, hay que cumplir lo que prescriben los reglamentos: obsérvese pues, atentamente qué libros traen consigo los alumnos al entrar en el Colegio, destinando, si hace falta, una persona para revisar baúles y paquetes. Además, mande el Director de cada casa hacer a los muchachos la lista detallada de los libros que traen y entregarla al Superior mismo. Esta medida no será superflua, porque así se podrá examinar mejor si se dejó de ver algún libro y porque, si se conservan estas listas, podrán servir en determinadas circunstancias para actuar contra quien maliciosamente hubiese ocultado un libro malo.

Manténgase esta vigilancia durante todo el año, exigiendo a los alumnos que entreguen cualquier libro nuevo que adquieran o reciban de parientes, amigos y condiscípulos externos; observando si, por malicia o por ignorancia, se hiciera llegar a sus manos paquetes envueltos en diarios malos; y haciendo prudentes inspecciones en el salón de estudio, en los dormitorios y en las aulas.

Nunca serán excesivas las precauciones, que se tomen con este fin. El profesor, el director de estudios y el asistente observen también lo que leen los muchachos en la iglesia, en el patio, en el aula y en el estudio. Además, hay que eliminar los vocabularios no expurgados. Para muchos jóvenes son el principio de la malicia y de las asechanzas de los compañeros malos. Un libro malo es una peste, que contamina a muchos jóvenes. El Director debe considerarse afortunado, cuando logra arrancar de las manos de cualquier alumno uno de estos libros.

Desgraciadamente los muchachos que tienen estos libros difícilmente se prestan a la obediencia y acuden a toda suerte de artimañas para esconderlos. El Director debe luchar contra la avaricia, la curiosidad, el miedo al castigo, el respeto humano y las pasiones desenfrenadas. Por eso, creo que es necesario ganarse el corazón de los jóvenes, convenciéndolos con la dulzura. Varias veces al año, debe tratar el tema de los libros malos en el púlpito, en la plática de después de las oraciones de la noche, en las aulas y hacer ver los daños que de ellos se siguen; convencer a los jóvenes de que no se pretende más que la salvación de sus almas y de que, después de Dios, lo queremos más que cualquier otra cosa. Se proceda con rigor solamente **[199]** cuando un joven sirviese de daño a los demás. Si uno entrega un libro malo ya avanzado el curso escolar, disimúlese la desobediencia cometida y acéptese el libro como un precioso regalo. Tanto más cuanto que puede ser que el confesor le haya prescrito esta entrega, y sería imprudente hacer más averiguaciones. La noticia de esta benignidad por parte de los superiores induciría a los compañeros a denunciar a los que tuviesen escondidos tales libros.

Pero, una vez descubierto un libro prohibido por la Iglesia o por ser inmoral, échese en seguida a las llamas. Hubo libros, que fueron quitados a los jóvenes y, por guardarlos, acarrearon la ruina de sacerdotes y clérigos.

Procediendo de este modo, espero que no entrarán libros malos en nuestros colegios, y, si entran, serán pronto destruidos.

Pero, además de los libros malos, hay que vigilar otros que, aun siendo buenos o

indiferentes por sí mismos, pueden, sin embargo, resultar peligrosos por no ser convenientes a la edad, al lugar, a los estudios, a las inclinaciones, a las pasiones nacientes, a la vocación. También deben eliminarse estos libros. En cuanto a los libros honestos y amenos, se haría un gran favor a los estudios, si se pudiese prescindir de ellos; los profesores podrán, así, medir los deberes escolares de los alumnos en proporción al tiempo de que disponen. Mas, como hoy día es casi incontenible la manía de leer y como también hay muchos libros buenos que excitan demasiado las pasiones y la imaginación, he pensado, si el Señor me da vida, organizar e imprimir una colección de libros amenos para la juventud.

Todo esto que digo es con respecto a los libros que se leen privadamente. Tocante a las lecturas comunitarias en comedores, dormitorios y salón de estudio, diré, en primer lugar, que no se lean nunca libros, sin ser aprobados previamente por el Director, y exclúyanse las novelas de toda clase, que no hayan salido de nuestra tipografía.

Léanse en el comedor el *Boletín,* las *Lecturas Católicas,* a medida que se publican, y, en los intervalos, los libros de historia impresos en el Oratorio, la *Historia de Italia,* la *Historia Eclesiástica* y *de los Papas,* las *Narraciones de América* y otros temas, pero preferentemente publicados en la colección de las *Lecturas Católicas* y los libros de historia y de cuentos de la *Biblioteca de la Juventud.* Estos últimos podrían leerse en el salón de estudio, donde hubiese todavía la costumbre de una lectura durante el último cuarto de hora antes de la escuela de canto.

En la lectura de los dormitorios quiero se destierre en absoluto toda lectura recreativa o amena; deseo se adopten libros, que causen en el ánimo del jovencito, que va a descansar, impresiones aptas para hacerlo mejor. Por tanto, será muy útil que se empleen libros agradables, pero de tema más bien religioso o ascético. Empezaría por las biografías de nuestros jovencitos *Comollo, Savio, Besucco, etc.;* seguiría con los libritos de las *Lecturas Católicas,* que tratan de religión; terminaría con las vidas de santos, eligiendo las más atrayentes y oportunas. Estas lecturas **[200]** después de la brevísima plática de la noche, hechas por un corazón que desea la salvación de las almas, estoy seguro que a veces harán más efecto que una tanda de ejercicios espirituales.

Para obtener plenamente estos deseados efectos y lograr que nuestros libros sirvan de antídoto contra los libros malos, os ruego y os suplico que vosotros mismos améis las publicaciones de nuestros Hermanos, manteniéndoos libres de todo sentimiento de envidia o menosprecio. Si encontraseis alguna deficiencia, prestaos, de palabra y también de obra si podéis, a que se puedan hacer las correcciones necesarias, notificando vuestras observaciones al autor mismo o a los Superiores, a quienes incumbe la revisión de nuestras publicaciones. Si los jovencitos oyen al maestro o al asistente alabar un libro, también ellos lo alabarán, lo apreciarán y lo leerán. Recordad aquellas palabras que el Padre Santo Pío IX dirigía un día a los Salesianos: «Imitad el ejemplo de los Padres de la Compañía de Jesús. ¿Por qué sus escritores son tan estimados? Porque los hermanos se cuidan de revisar y corregir, como si fuesen suyas propias, las obras de otro hermano; después ponderan en público sus méritos a través de los periódicos y revistas, de que pueden disponer, les crean buena fama y, en sus conversaciones privadas, no salen de sus labios más que palabras laudatorias. Nunca oiréis a uno solo de esos Padres, que por cierto se cuentan por millares, proferir palabras de crítica, que puedan menoscabar la fama de un Hermano».

Proceded así también vosotros en medio de nuestros queridos jovencitos y estad seguros de que nuestros libros harán un bien inmenso.

Queridos hijos míos, escuchad, recordad y practicad estos avisos que os doy. Advierto que mis años declinan a su ocaso. También los vuestros van pasando velozmente. Trabajemos, pues, con celo, para que sea abundante la mies de las almas salvadas, que podamos presentar al buen Padre de familia, que es Dios. El Señor os bendiga y con vosotros, a nuestros jóvenes alumnos, a quienes saludaréis de mi parte, encomendando a sus oraciones a este pobre anciano, que tanto los quiere en Jesucristo.

Fiesta de Todos los Santos.

Afectísimo en Jesucristo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Para el Oratorio en particular quedaban sobre el tapete dos relevantes propuestas, que después se redujeron a una sola. Se trató de cambiar el Director o de poner dos. El Capítulo General de 1883 había deliberado que se nombrase un Consejero profesional para toda la Congregación. Ninguno parecía más apto para aquel cargo que don José Lazzero; prevaleciendo, pues, la primera propuesta, se elevaría a don José Lazzero a aquel cargo; y se **[201]** confiaría la dirección del Oratorio a don Juan Bautista Francesia. Pero, como alguno dudara de que don Juan Bautista Francesia se las tuviese todas consigo para mantener el orden en el Oratorio, don Bosco cortó así el debate, en la sesión del cuatro de septiembre, después de dejar que cada uno expresase su parecer:

—Es difícil encontrar una persona, que congenie con todo el mundo y guste a todos. A uno le parecerá demasiado dulce; a otro, poco condescendiente; a un tercero, muy descuidada; a un cuarto, excesivamente rigurosa. Somos hombres y tenemos que hacer las cosas humanamente. Pongamos nuestras resoluciones dentro de un plan de posibilidades. Me parece que lo único por lo que se puede criticar a don Juan Bautista Francesia es por su excesiva bondad. Pero tiene tanta ciencia y piedad como no es fácil encontrar en otros. Trabajó durante mucho tiempo en el Oratorio y lo conoce a fondo. Hace lo que se debe hacer y tiene, además, gran conocimiento del Reglamento.

Por último, después de escuchar varias observaciones, concluyó diciendo que don Juan Bautista Francesia pasaría al Oratorio y don César Cagliero tomaría la dirección del colegio de Valsálice.

En cuanto a la propuesta de poner en el Oratorio un nuevo Director, se presentaba la de poner dos, uno para los estudiantes y otro para los aprendices, pero independientes uno del otro. La razón era la inmensidad del Oratorio, donde un hombre solo no podía atender a la responsabilidad de todo el complejo; cada taller, por ejemplo, proporcionaba a la dirección el peso de todo un colegio. Pero, una vez constituido este doble régimen dentro del mismo ambiente, ¿reinaría

un acuerdo tal como para evitar todo roce? Don Bosco dejó también que se discutiese libremente el pro y el contra sobre este asunto, hasta que, en la sesión del día doce, intervino diciendo:

DON BOSCO.— He meditado sobre el proyecto de dos directores en el Oratorio. Pues bien, necesito que venga aquí don Juan Bautista Francesia y que él con don José Lazzero me dirijan esta casa. Un solo Director es imposible que gobierne a tantos en la casa de Valdocco. Don José Lazzero me ha pedido varias veces ser exonerado de tanta carga. Hay que dividir, por tanto, las atribuciones entre don Juan Bautista Francesia y don José Lazzero. Confiar a don Juan Bautista Francesia los estudiantes y todo lo que les concierne; a don José Lazzero, toda la parte de los aprendices y, además, el cargo de Catequista para **[202]** todo lo que refiere a los artesanos de la Congregación en las demás casas. A él pertenecerá todo lo concerniente a la moralidad y disciplina de los artesanos en el Oratorio y en toda la Congregación Con respecto a las otras casas, su título será el de *Consejero profesional* y, en el Oratorio, será llamado Director de los aprendices. El nuevo cargo de Director de los aprendices será estable en adelante. Habrá que establecer un *modus vivendi* entre don Juan Bautista Francesia y don José Lazzero que pueda mantenerse ahora que estamos nosotros, después sin nosotros, y más adelante después de nosotros. Si se quiere concentrar toda la autoridad del Oratorio entero en una sola persona, se necesitaría de aquí en adelante un régimen nuevo y yo no quiero cambiar de sistema. Los aprendices, hasta donde se pueda, formen una sección autónoma con respecto a la dirección. También los estudiantes sean una sección autónoma independiente de la de los artesanos. Si no se procede con una organización moderada del personal, iremos a parar a una monstruosa mezcolanza y confusión. Don José Lazzero me ha escrito más de una vez en este sentido.

DON JOSÉ LAZZERO observa la dificultad existente con tantas personas de servicio o mejor, con ciertos asilados y huéspedes o con los comúnmente llamados *barba* [1], que van y vienen según su interés o capricho y pregunta en qué sector clasificarlos.

DON BOSCO.— Con la experiencia, con la buena voluntad, con el acuerdo entre los dos Directores, modificando, cambiando, se llegará a la solución de todo problema. No se trata de fijar desde el primer momento principios invariables, sino de estudiar cómo llevar a la práctica mi idea, de suerte que se pueda continuar. Hay que establecer ciertas máximas tradicionales, que sirvieron de norma hasta ahora. Sin embargo, son cosas que conviene tratar con tranquilidad.

DON MIGUEL RÚA observa que es necesario determinar bien las atribuciones de los dos Directores, para que no surjan sombras, roces, etc.

DON CELESTINO DURANDO pregunta: —¿De quién dependerán la iglesia, la cocina, etc.?

DON BOSCO.— Dejemos de lado el nombre de las personas. Es indispensable que haya un Director para los aprendices y sea responsable de la disciplina y moralidad de éstos en la casa de Valdocco. Este director sea también en las otras casas donde hay aprendices y para esta única sección, lo que es el consejero escolástico en los colegios de la Congregación y también para proveerlas de personal y para tutelar la moralidad.

---

[1] *Barba:* Vocablo piamontés, equivalente a *tío*, con el que parece se clasificaba a ciertos sujetos que vivían en el Oratorio, sin ser salesianos, ni empleados de la casa o donados para realizar servicios domésticos *(N. del T.)*.

¿Podrá ir a visitar las casas? Entiéndase con el Inspector de la Inspectoría; pero aquí en el Oratorio necesitamos un jefe para los aprendices. Quisiera que se estudiasen las varias ideas que he expuesto. Que don Miguel Rúa, don Juan Bautista Francesia, don Juan Cagliero celebren una reunión preparatoria: después intervendré yo personalmente para determinar lo que proceda. Olvídense las personas, para que todo proceda a la mayor gloria de Dios. Se trata de funciones y no de personas.

DON JUAN CAGLIERO afirma que, quien tiene a su cuidado el Oratorio, no es posible **[203]** que pueda tratar los asuntos de otras casas. El gobierno local ya tiene aparejados muchos problemas.

DON BOSCO.— Eso es lo que vosotros veréis y deliberaréis.

DON JUAN CAGLIERO insiste en la necesidad de ampliar el horizonte de las ideas en todas las cuestiones. ¿Será preciso tener dos cocinas, dos despensas separadas?

DON BOSCO.— Tan pronto como se pueda, se estudiará la manera de que cada sección, la de estudiantes y la de aprendices, tenga todo dividido, para conceder a los dos Directores absoluta independencia, también en los locales.

DON MIGUEL RÚA pregunta: —Y ahora ¿cómo se hará?

DON JUAN CAGLIERO contesta que los roces hacen ir adelante al tren.

DON MIGUEL RÚA observa que es necesario examinar bien los asuntos del Consejero Escolástico y del Ecónomo del Capítulo Superior en relación con el nuevo cargo en la persona de los dos Directores para los estudiantes y para los aprendices en el Oratorio.

DON JUAN CAGLIERO insiste en que se preste atención al punto principal. En los choques se pensará después, a medida que surjan.

DON BOSCO.— Don Juan Cagliero lleva razón. Limitaos con toda tranquilidad a la cuestión principal. La decisión tiene que ser independiente de cualquier consideración secundaria. Establézcase el principio de los dos Directores.

DON JULIO BARBERIS pregunta si no podría ser el Inspector el Jefe del Oratorio y si no sería preferible que los dos jefes para los aprendices y para los estudiantes fuesen dos vicedirectores.

DON BOSCO.— Empecemos por salvaguardar la moralidad y la disciplina estableciendo dos Directores. Después vendrán las cuestiones: ¿Deberá el Director de los aprendices tener ingerencias con los Inspectores de las otras casas? ¿Tendrá que intervenir en la elección de los maestros de taller a pedir o enviar a las otras casas? Eso es secundario y se estudiará más adelante. La segunda cosa que deseo es depurar las casas de esos elementos heterogéneos que no son de la Congregación, a saber; que no se sienten a la mesa con nosotros, ni intervengan en los entretenimientos, conferencias, etc, etc. Estas personas se meten en todas partes, oyen, ven, comunican a los extraños nuestras cosas y las saben ellos mejor que nosotros.

DON JULIO BARBERIS pregunta quién será el Inspector de la provincia para Piamonte.

DON BOSCO.— Ahora la cuestión no es ésta.

A las seis se levanta la sesión.

Esta sesión capitular se tuvo en Valsálice, donde se hacían los ejercicios espirituales. Allí, en presencia de algunos sacerdotes, entre los que se encontraba don Antonio Notario, contó un sueño, que tuvo por aquellos días.

[204] Le pareció encontrarse a la puerta del Oratorio en actitud de

entrar, viéndose rodeado improvisamente de algunos de los suyos que permanecían a poca distancia, pero a los que no podía reconocer porque estaban envueltos en una densa niebla. Al acercarse a ellos para intentar identificarlos, pudo comprobar que éstos se esforzaban por no ser reconocidos; pero, habiéndolos llamado, consiguió verlos de cerca. Tenían el pecho descubierto y en el lado del corazón llevaban una mancha en forma de tumor pestilente sobre el cual se descubrían tres colores: negro, rojo intenso y amarillo.

Habiéndose despertado por la impresión, hacía todo lo posible para desechar aquellas imágenes, pero todo era inútil, pues aquellas desagradables figuras volvían a aparecer delante de él mientras permanecía sentado en el lecho. Pudo notar entonces que la niebla era aún más densa en torno a la cabeza, de manera que a duras penas se podían leer ciertas palabras escritas sobre la frente de aquellos infelices, pues las letras aparecían, además, al revés.

Entonces se levantó y escribió los nombres de todos los jóvenes que vio en el sueño. De su manera de expresarse, se podía colegir que se dieron ciertas circunstancias en el sueño que no habría sido oportuno ponerlas de manifiesto.

La estancia en Valsálice no fue para él de larga duración. Una tarde, al volver con el clérigo Viglietti de visitar a cierta familia, que veraneaba en las cercanías, manifestó que sentía dolor en la pierna izquierda. Esta se le hinchó mucho por la noche: era erisipela. El día catorce fue a verle en Valsálice el doctor Fissore, quien, después de examinarlo, le sugirió, como único remedio, que guardara cama para que la pierna descansase. Entonces volvió al Oratorio e hizo lo que el médico había ordenado. El mal se agravaba cada día. Se le presentó una fiebre continua con respiración afanosa y una extraordinaria hinchazón junto al corazón; por causa desconocida se le había levantado una costilla. Además, residuos miliares le causaban fuerte escozor en todo el cuerpo. A pesar de esto, como el día veintisiete se clausuraban los ejercicios en San Benigno, dio esperanzas de ir a tomar parte en la función, si de allí lo suplicasen.

No guardaba cama todo el día; ordinariamente se levantaba a primeras horas de la tarde y estaba sentado hasta el anochecer, en la habitación o en la galería. Un día fue a verle el cardenal Alimonda. Después volvió a celebrar la misa, haciendo patente a veces un encendido fervor. Una mañana, **[205]** se la ayudó don Francisco Cerruti y fue testigo de que, tres o cuatro veces, rompió a llorar con lágrimas y sollozos incontenibles.

Son también de este tiempo dos demostraciones de fuerza muy

conocidas y narradas por los biógrafos. El hijo del doctor Albertotti, médico también, queriendo probar su energía, le rogó que le apretara la mano. Don Bosco se la apretó.

—Más fuerte..., más fuerte todavía..., le dijo el médico.

—¡Mire que le haré sangrar!, repuso el enfermo.

—No importa, apriete.

—¡Ay, caramba, qué fuerza tiene!, gritó entonces el médico.

Al atardecer, volvió con el dinamómetro para medirle la fuerza. Lo apretó él mismo con toda la energía de su mano derecha; y el aparato señaló cuarenta y cinco grados. Lo tomó después don Joaquín Berto y alcanzó los cuarenta con la derecha y los cuarenta y cinco con la izquierda. Don Bosco llegó a los sesenta. Era el máximo. Sin embargo, dijo que había apretado con moderación por miedo a romper el instrumento.

Quiso ir a San Benigno como había pensado. El tres de octubre por la mañana, estaban los Superiores celebrando allí sesión capitular bajo la presidencia de don Miguel Rúa, cuando a las once y media llegó un telegrama de Turín anunciando que don Bosco, algo mejorado, se encaminaba a la estación para ir a San Benigno. Al momento suspendieron la sesión para salir a su encuentro. Escribe Lemoyne en las actas: «Llegó a las doce con su alegría, nuestro alborozo y su indescriptible afecto y el nuestro». Caminaba con su bastoncito. Dejó oír aquella su voz, que sacudía las almas y las consolaba. Don Juan Bautista Francesia expresó la alegría de todos en doce estrofas de seis versos endecasílabos, que empezaban y terminaban así:

¡Oh, buen Padre Don Bosco, qué alegría
nos dio el poderle ver en este día!:
Presente aquí, con su bastón en mano,
cuando temimos verlo tan lejano...
Lejano, enfermo, inmóvil en la cama...
¡Qué gozo ver al Padre que nos ama!

[206] Después de su salida de Valsálice, el Capítulo Superior, presidido por don Miguel Rúa, reunióse allí otras cinco veces, del día dieciocho al veinte de septiembre, y dedicó tres sesiones al tema de los dos Directores, para así darse cuenta de las eventuales dificultades y peligros y para acordar un *modus vivendi* que pudiera ofrecer alguna seguridad de éxito. Todos los Superiores, salvo don Juan Cagliero, creador y defensor de la innovación, la aceptaban de mala gana. Don Miguel Rúa, que, desde el principio, había puesto sus objeciones, la aceptaba, mas no por una íntima convicción de que fuese aquél el mejor camino, sino únicamente por su innata docilidad al querer de

don Bosco. En la sesión del día dieciocho, habló de la cuestión en estos términos:

—Yo estoy dispuesto a obedecer a don Bosco, pero preveo dificultades y desórdenes. Creo que don Bosco se ve empujado por otros a tomar semejantes decisiones, pues antes estuvo siempre por la unidad de mando.

Hízose, pues, como quedó establecido: don Juan Bautista Francesia, director de los estudiantes, don José Lazzero de los aprendices y, como anteriormente, don Bosco, Rector. Pero el nuevo sistema apenas si duró dos cursos escolares y después se volvió al antiguo.

La reunión del día diecinueve acometió un tema doloroso y delicado, pero impuesto por las circunstancias. La enfermedad de don Bosco daba que pensar seriamente; era también preciso considerar el caso de una triste eventualidad y prever sus efectos inmediatos: ¿qué se debería hacer para los funerales y qué medidas tomar para la sepultura? Don Miguel Rúa opinaba que, si se verificaba el temido desenlace, se pidiese permiso al Gobierno para enterrarlo en la iglesia del Oratorio y presentó algunos hechos, que probaban la posibilidad de obtener la concesión. Se había querido, en años anteriores, comprar un lugar en el cementerio y el empresario Carlos Buzzetti había gestionado en el Ayuntamiento la posibilidad del contrato; pero ya no se encontraban espacios vendibles. Don Juan Bautista Lemoyne propuso colocar provisionalmente los restos mortales en un nicho del cementerio para sacarlos después, cuando estuviese preparado un panteón de nuestra propiedad. Una gran tristeza **[207]** pesaba sobre todos. Intervino don Francisco Cerruti y dijo que la cuestión que se discutía era de poca y última importancia, y se pasó a otra cosa.

Nosotros comprendemos perfectamente que don Miguel Rúa, que tenía la oportunidad de hablar confidencialmente con el doctor Albertotti, médico de don Bosco, y que conocía, por tanto, mejor que nadie las condiciones reales del querido enfermo, sentía el deber de hacerse violencia a sí mismo y pensar en el futuro. Albertotti, por su parte, había escrito que «después del año 1880 aproximadamente, el organismo de don Bosco estaba casi reducido a un gabinete patológico ambulante» [1]. Y, desde 1884, fuéronse acentuando en él la disminución de la vista, la nefritis y la debilitación de la médula espinal. El hijo del médico que, por encargo del célebre especialista Reymond, le examinó repetidas veces el fondo del ojo con el oftalmoscopio de

[1] DR. JUAN ALBERTOTTI, *Chi era don Bosco.* Biografía físico-psico-patológica escrita por su médico. Génova, Hermanos Pala, 1934 (obra póstuma), pág. 83.

Liebreich, encontró en él hemorragias retínicas. Su visión disminuyó tanto que el día catorce de octubre obtuvo de la Sagrada Penitenciaría el indulto para poder celebrar la Misa votiva de la Bienaventurada Virgen María en los días festivos y en los de rito doble y los demás días la Misa de difuntos. Por consejo del mismo Reymond, se le examinaron también los inquietantes desarreglos renales que crecieron al extremo de causarle enorme albuminuria en los últimos meses de 1887. Y la debilitación de la médula espinal, comenzada al parecer en 1871, progresaba sensiblemente en 1884; tanto que le hacía andar encorvado y llevar los brazos al dorso para equilibrarse. Pero, no obstante todas estas afecciones orgánicas que le desgastaban la vida, lo veremos todavía ocuparse de todo y de todos, para promover sin descanso la gloria de Dios y el bien de las almas.

[208]

CAPITULO VII

ESTANCIA DE DON BOSCO EN PINEROLO

SE hubiera dicho que don Bosco, que era todo corazón por los demás cuando caían enfermos, no tenía, en cambio, entrañas para su persona: su amor al trabajo era tan grande que prevalecía sobre las atenciones que se debía a sí mismo; pero, en el verano del 1884, sus más eficaces colaboradores y sus médicos, preocupados al verlo excesivamente aquejado de dolencias, le obligaron, de común acuerdo, a ir a descansar a Pinerolo, para distraerlo así de sus ininterrumpidas ocupaciones. Intervino para determinar el lugar el obispo de la diócesis, monseñor Felipe Chiesa, el cual, lleno de afectuosa veneración hacia el Hombre de Dios, le ofreció gratuita hospitalidad en la finca episcopal. Se dejó conducir hasta allí el día diecinueve de julio, en compañía de don Juan Bautista Lemoyne y don Santiago Ruffino, sustituido pocos días después por el clérigo Carlos Viglietti.

Don Bosco tenía un grato recuerdo de Pinerolo desde su juventud. Cuando estudiaba el bachillerato y en el seminario, había estado allí dos veces como huésped de la familia de su amigo Aníbal Strambio, como les contó en esta ocasión a sus compañeros de viaje [1]. Contó también que volvió a pasar por allí, a poco de haber sido ordenado sacerdote, cuando tuvo que ir a predicar en Fenestrelle.

[209] Salió de Turín a las diez de la mañana para encontrarse en la misma estación de Pinerolo con el Obispo, quien, nada más llegar, le hizo subir a un coche de dos caballos. El joven y óptimo Prelado lo rodeó, del principio al fin, de las más delicadas atenciones, felicísimo al verle recuperarse día a día.

El ambiente fresco de la montaña le proporcionó enseguida gran alivio y le libró del sofoco que le causaba el calor de Turín, que llegaba al punto de impedirle la respiración a ciertas horas del día. La tranquilidad del lugar contribuía también a la buena digestión, a medida que iba recobrando el apetito. El Obispo acudía a todos los recursos para distraerlo. Todo esto permitió a Viglietti escribir, con

[1] Véase LEMOYNE, *Mem. Biogr.* Vol. I, pág. 287 y ss.

fecha siete de agosto, a don Miguel Rúa: «Si no fuera por esa molestia en el corazón, que me tiene preocupado, don Bosco disfrutaría de perfecta salud. Vamos de paseo juntos, canta, me cuenta un sinfín de cosas interesantes y reza conmigo el rosario. Don Juan Bautista Lemoyne, hace tres días que tuvo que dejarnos para ir a predicar en Fenestrelle».

Viglietti lo asistía todas las mañanas en la santa misa y, al acabar, algunas veces con él solo y otras acompañado de don Juan Bautista Lemoyne, daba un primer paseo por las vecinas colinas; y, al caer de la tarde, volvía a hacer otra excursioncita. Pasaba fuera de la casa algunas horas. En agosto ya lograba caminar sin bastón; evidentemente andaba a paso lento y, de cuando en cuando, se sentaba en los prados. En las horas del mediodía, un magnífico pino secular, que extendía sus largas ramas junto al chalet, le ofrecía agradable sombra.

Los dos acompañantes, con su temperamento jovial, le alegraban la estancia y él mismo les enseñaba a veces bellas canciones y sobre todo los deleitaba con amenas narraciones. El día primero de agosto, en uno de aquellos íntimos coloquios, propuso a don Juan Bautista Lemoyne echar al fuego los documentos relacionados con las controversias habidas con el Arzobispo monseñor Gastaldi. Observóle el secretario:

—¿Qué dirían los venideros, al ver en los documentos de nuestros archivos una laguna tan grande? ¿Y la historia de la Congregación?

[210] —Cuando haya que decir, contestó, qué hizo don Bosco durante aquellos diez años, en los que sufrió vejaciones, bastará una fórmula como ésta: Continuó atendiendo a sus asuntos.

Lemoyne, que no podía dejar de ver la necesidad de conservar aquellos papeles, cambió graciosamente de conversación y por miedo a que don Bosco le mandara hacer lo que él no se sentía con ánimos de cumplir, se apartó un rato y fue a dar vueltas por los setos en busca de flores.

Una prueba de su recuperación es la correspondencia que nos queda fechada en Pinerolo. Omitimos las cartas enviadas a Francia, ya conocidas por los lectores en su mayor parte, y daremos cuenta de las otras.

El pensamiento de la rifa para la iglesia del Sagrado Corazón tampoco lo abandonaba allí. Pedía boletos al coadjutor Rossi, el cual se los enviaba por paquetes y él los repartía entre los cooperadores próximos y lejanos. De esta carta se desprende que se había ocupado del asunto desde los primeros días del veraneo.

Mi querido Rossi:

He recibido los boletos; muy bien.
Envíame ahora un centenar de los de color rojo, porque me los piden.
Mándame la lista de los cooperadores de Pinerolo y su contorno.
Diplomas veinte, etc.
Saluda a don Juan Bonetti; necesito mucho su salud y su trabajo.
Dios nos bendiga a todos y considérame en J. C.

Pinerolo, 26 de julio de 1884

Afmo amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Veraneaba en Pinerolo la señora Losana, cooperadora turinesa. Véase en qué términos la animaba para el reparto de boletos.

Benemérita señora Losana:

Como aquí en Pinerolo no puede usted trabajar mucho en favor de nuestros muchachos, le ruego se dedique un poco a nuestro Padre Santo. Procure, pues, **[211]** colocar, en honor del Sagrado Corazón de Jesús, los boletos de la rifa adjuntos y Dios se lo recompensará dignamente.

Que Dios la bendiga a usted y a toda su familia y créame, con toda gratitud
De V. S. B.

Pinerolo, 1 de agosto de 1884.

Su humilde servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P.D. Bien entendido que puede devolver los que no distribuya.

Agregó a la pía Unión de los Cooperadores la comunidad de religiosas de la Visitación de Pinerolo y, después, se apresuró a pedir su ayuda para la rifa.

Reverenda Madre Superiora:

Cada día he querido hacer la visita prometida, pero siempre me lo impidió algún obstáculo. Para que sus hijas puedan, al menos, comenzar a ganar las santas indulgencias, le envío el diploma de agregación y ya he escrito a Turín para que reciba también en seguida el *Boletín* mensual.

Le adjunto unos boletos para que los despache en ayuda de nuestro Padre Santo. Puede devolver los que no logre colocar ni tampoco guardar para sí.

Que Dios los bendiga a usted, a su familia religiosa y a las educandas y tenga a bien rezar por mí y por toda mi familia de huerfanitos, al tiempo que me profeso en J. C.

Pinerolo, 5 de agosto de 1884

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Escribió a don Tulio De Agostini manifestándole lo providencial de la cantidad que le enviaba desde Padua, en nombre de dos donantes [1].

Querido don Tulio:

Con toda regularidad he recibido la cantidad que me envió, a saber:

Quinientas liras de la señora Antico, a la que el Señor asegura el céntuplo ya en la vida presente.

[212] Seiscientas liras de la señora Mainardi en honor del Sagrado Corazón de Jesús.

Creo que la recompensa será más abundante por la oportunidad, en que se hizo el donativo. Mire usted. Vino aquí a Pinerolo don Miguel Rúa para pedirme dinero, que debía enviar urgentemente a don Francisco Dalmazzo, quien se lo pedía desde Roma para continuar las obras. Yo no tenía nada, pues estaba fuera de casa. Oportunamente he recibido la suma enviada, que al punto me apresuré a enviar a Roma. Así eché un poco de agua en la tierra seca.

Pido cada día en la santa Misa por la señora Antico, por la condesa Mainardi, por Paquito y por usted, mi siempre querido don Tulio.

Que Dios nos bendiga y nos mantenga a todos en su santa gracia Amén.

Pinerolo, 13 de agosto de 1884

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

No perdía de vista las necesidades espirituales de personas con quienes por esto sostenía correspondencia habitual. Se ve por la carta dirigida a la muy benemérita señora Magliano que era inspirada precisamente por un pensamiento de caridad en favor de su alma.

Benemérita Señora:

Estábamos con ansias por saber noticias de su salud; pero ya veo que, al volver de Susa, partió en seguida hacia Busca.

Si su amabilidad le permitiese decirme cómo se encuentra al presente de salud y, especialmente, cómo ha aplicado el remedio de no preocuparse en absoluto de su vida pasada, me haría un regalo.

Por razones de salud, he venido a veranear con el Obispo de Pinerolo en su casa de campo, donde me encuentro muchò mejor. Que Dios la bendiga, benemérita señora Magliano, y, con usted, bendiga sus asuntos y su familia. Ruegue usted a su vez por este pobrecito y por todos nùestros muchachos. María nos ayude para guiarlos a todos a gozar un día con Ella la gloria del Paraíso.

Siempre suyo en J. C.

Pinerolo, 25 de julio de 1884

Atento y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[1] Nos llegó demasiado tarde esta carta para publicarla con las otras dirigidas a don Tulio y a la familia Bonmartini en el XV volumen (páginas 573-583).

El día veinticinco de julio, fiesta de Santiago, era el día onomástico de don Santiago Ruffino. Don Bosco se acordó de él y le envió una estampa de María Auxiliadora, al dorso de la cual escribió en latín unos renglones muy afectuosos. Como el escrito lleva la fecha de la fiesta, **[213]** es probable que se la entregase por medio de alguien que fuera a verle aquel día; puesto que, desde el Oratorio, iban a visitarle con cierta frecuencia [1].

Don Juan Cagliero pasó la primera quincena de agosto en Nizza Monferrato predicando los ejercicios espirituales a las señoras y después a las Hermanas. Escribía a don Miguel Rúa este informe: «El Capítulo General de las Hermanas marcha viento en popa, porque está calcado sobre el de los Salesianos. Hemos repasado la Santa Regla y ahora estamos adaptando nuestras deliberaciones a su Congregación. Todo se someterá a don Bosco y su Capítulo. Las actas de las discusiones son mejores que las de Montecitorio [2]. A veces asisten a las sesiones don Juan Bonetti, don José Bertello y el Director». En la misma carta decía: «Don Bosco nos ha escrito hasta dos veces, lo cual indica que debe estar mejor. *Deo gratias* [3]». Pero de las dos cartas sólo tenemos la que envió durante la primera tanda de ejercicios.

Mi querido Cagliero:

Me alegro verdaderamente de que las Señoras ejercitantes sean muchas, como me escribes, a pesar de las voces desalentadoras que se hacen correr acerca de que el cólera está amenazando nuestros pueblos. Lo que más me ha satisfecho es la manera ejemplar con que estas almas escogidas hacen los ejercicios espirituales.

[214] Pero tú ya sabes cómo se quita todo miedo a este mal. El consabido antídoto. La medalla de María Auxiliadora con la jaculatoria: *María Auxilium Christianorum ora pro nobis.* Frecuente Comunión; ahí está todo.

Y, como la fuente de todas las gracias es el Sagrado Corazón de Jesús, creo que, con el consentimiento de la madre Superiora, harías algo muy bueno si promovieras una colecta para la iglesia y el hospicio del Sagrado Corazón de Jesús en Roma.

Aunque mi salud ha mejorado mucho, sin embargo, no puedo ir a Nizza como

---

[1] Esta es la cartita:

Al querido hijo en Cristo Santiago Ruffino, presbítero.

Sea María para ti y los tuyos auxilio en la vida, socorro en los peligros, y, acompañándote una gran comitiva de almas, os reciba en las eternas mansiones. *Amén*

25 de julio de 1884

JUAN BOSCO, *Pbro.*

[2] Palacio de Roma, sede de la Cámara de Diputados.

[3] Carta a don Miguel Rúa, Nizza 18 de agosto de 1884. La Madre General Catalina Daghero envió al Santo una relación del Capítulo y de los ejercicios el 22 de agosto (Ap. Doc. núm. 23).

era mi vivo deseo. Pero procuro hacer desde aquí lo que puedo. Desde el día primero de agosto he tenido cada mañana un recuerdo especial en la santa misa por las ejercitantes, enviándoles al final la bendición de María Auxiliadora. Seguiré haciéndolo hasta el día de la Asunción de María al Cielo.

Tenemos en estos días la gran dicha de encontrarnos en la preciosa novena de la Asunción y yo querría hablar con cada una de ellas y darles un consejo, que les asegurase el camino del Paraíso. Me parece realmente que, en estos momentos, María Santísima está propicia y dice así:

—Hijas mías, no tardéis en acabar de una vez para siempre con el mundo. Es un enemigo que no paga o paga mal y traiciona. Consagraos generosamente a mi hijo Jesús por completo, consagradle vuestros haberes, vuestra salud, vuestro corazón; que ahora y siempre sean de Jesús a costa de cualquier sacrificio, por grave que sea. Queridísimas Hijas de María, dignaos rezar por mí y comulgad una vez según mi intención, que yo seguiré rezando por vosotras. Hasta vernos un día en el Cielo con Jesús y con María. Así sea.

Don Juan Bautista Lemoyne fue enviado por el Obispo a Fenestrelle para suplirle en una conferencia a los sacerdotes, pero volverá esta tarde o mañana por la mañana.

Monseñor Espinosa ha enviado una graciosa crónica de la excursión hecha con los salesianos a Patagonia. Viglietti la está traduciendo y ya la verás antes de que se imprima.

Monseñor Chiesa me presta toda clase de atenciones. Hoy, aniversario de su episcopado, hemos hablado mucho de ti a la sombra del pino y hemos brindado a tu salud.

¿Qué hace don Angel Savio? ¿Cómo está? Salúdale cariñosamente de mi parte. ¿Por qué no me das noticias de Gaia y de Vigna? [1].

Dios nos bendiga a todos y María nos ayude a marchar por el camino del Cielo.

Pinerolo, 6 de agosto de 1884

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P.D. Saluda en el Señor a nuestras hermanas.

[215] En la función de clausura de aquella tanda de ejercicios para las hermanas, se encontraba, entre las que iban a tomar el hábito, Eulalia Bosco, sobrina del Santo, a quien le regaló este precioso escrito.

Mi buena Eulalia:

Bendije al Señor cuando tomaste la resolución de hacerte religiosa y ahora le doy gracias de todo corazón por haberte mantenido en tu buena voluntad de romper definitivamente con el mundo y consagrarte totalmente al buen Jesús. Haz con gusto este ofrecimiento y piensa en la recompensa del céntuplo en la vida presente y en el verdadero premio, el gran premio de la vida futura.

---

[1] Dos coadjutores, dedicados a la cocina y a los quehaceres domésticos en la *casa sucursal* de Nizza Monferrato.

Pero, mi buena Eulalia, esto no sea de broma, sino en serio. Y recuerda las palabras del padre de Juana Francisca Chantal, cuando se encontraba en tu caso. Lo que se da al Señor, no se le quita jamás.

Recuerda que la vida religiosa es vida de continuo sacrificio y que cada sacrificio es recompensado con largueza por Dios. La sola obediencia, la sola observancia de las reglas, la sola esperanza del premio celeste son nuestro consuelo en el curso de la vida mortal.

He recibido todas tus cartas y con agrado. No he contestado por falta de tiempo.

Dios te bendiga, Eulalia, y sea María tu guía, tu consuelo hasta el cielo. Espero que todavía nos veremos en la vida presente; de lo contrario, adiós; nos veremos hablando de Dios en la vida bienaventurada. Así sea.

Deseo toda clase de bendiciones a la Madre General y a todas las hermanas, novicias, postulantas de María Auxiliadora. Soy deudor de una contestación a la Madre y la haré. Reza por mí y por toda nuestra familia y considérame siempre en J. C.

Pinerolo, 20 de agosto de 1884

Afmo. tío,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Un desagradable percance sucedido en San Benigno requirió la autorizada intervención de don Bosco ante la autoridad civil. El alcalde, sin decir palabra al Director don Julio Barberis, como hubiera sido su elemental deber, había destinado el patio del antiguo claustro donde se reunían los externos, a alojamiento provisional de los soldados. De improviso, un día llegó un escuadrón de caballería. Las puertas estaban cerradas y llovía a cántaros. Empezaron a llamar con gran estrépito y, de repente, estalló un altercado. Se dijo que un muchacho había lanzado una piedra contra un militar. Pero, abiertas las puertas y **[216]** colocados hombres y caballos, todo quedó arreglado y en paz; es más, los oficiales entraban y salían complacidos por el interior, alternando familiarmente con los nuestros.

Pero, como depués se supo, había la oculta intención de tender un lazo con el fin de alejar del pueblo a los Salesianos. Los periódicos se adueñaron del caso y lo pintaron con negros colores como un acto de rebelión y de ofensa al ejército, fruto de una educación reaccionaria. Se amenazaba con una catástrofe. El Santo, enterado de la cuestión, escribió un informe puro y llano y lo envió al Gobernador de Turín, acompañado de una carta, escrita en Pinerolo, pero fechada como si estuviese en el Oratorio.

Ilmo. y Benemérito señor Gobernador:

Un incidente, que parecía de escasa importancia, en nuestro hospicio de San Benigno, proporciona graves molestias a los pobres muchachos allí asilados.

La exposición, que se hace en el escrito adjunto, puede proporcionar fiel y exacto conocimiento de la cuestión.

Sólo me permito observar que, en este momento, en el que nos encontramos amenazados por el cólera, plantar una cuadra bajo los soportales de un centro escolar, cuyos talleres, comedores y dormitorios quedan apestados con la exhalación de la misma, parece algo digno de ser tomado en la más seria consideración, aunque sólo sea bajo el punto de vista de la higiene pública.

V. S. sabe que yo me he prestado con todos los medios a mi alcance para librar al gobierno de las preocupaciones, ocasionadas por los que se encuentran pobres y abandonados. Además, ya he tenido que alejar de aquella casa a varios alumnos y no sabría adónde enviar a los que todavía se encuentran en ella.

Advierta también que los balcones y galerías existentes en aquel edificio constituyen precisamente la parte que hizo se considerase como monumento nacional y, como tal, fue cedido para pública utilidad, a la que realmente está ahora destinado y quedaría ciertamente afeado si el local siguiera por más tiempo reducido a caballeriza. Ofreciéndome para continuar mi servicio en favor del gobierno, le pido encarecidamente acuda en mi ayuda en el caso presente, mientras me profeso con suma gratitud,

De V. S. Ilma.

Turín, 8 de agosto de 1884

Su seguro Servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[217] Aclaradas bien las cosas, el asunto no siguió adelante. De los astutos intentos para echar fuera de San Benigno a los Salesianos, hablaremos más adelante, en lugar oportuno.

Dos días después envió el pésame y bendiciones al joven estudiante Pedro Olivieri y a su familia, domiciliada en Calizzano, lugar próximo a Finalmarina en Liguria.

Mi querido amigo:

Recibo con gozo tu carta, pero siento la triste noticia de la muerte de tu tío Francisco, que yo ignoraba. Rezaré mucho por su alma. Ya hablaremos también de él. Comenzaremos cuanto antes nuestros ejercicios espirituales; reza para que podamos hacerlos bien, que cada uno practique el precioso dicho: *Nostrae divitiae, nosterque thesaurus bona sint animarum, et in arca nostri pectoris recondantur talenta virtutis* (san Pedro Damián). Felices vacaciones. Que Dios os bendiga a ti, a tu piadosa madre, a todos tus parientes y especialmente a tu abuela, a quien el Señor conserve muchos años. Amén.

Pinerolo, 10 de agosto de 1884

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

En las actas del Capítulo (sesión decimotercera del día veinte de agosto), se menciona una carta, en la que don Bosco recomendaba a

las Hermanas tres cosas, a saber: que, en sus conferencias, se diera más importancia a la práctica que a la reforma de las reglas; que se considerara como camino más seguro y más breve para llegar a la perfección el don de la humildad y de la obediencia; que, en las determinaciones, se tuviera por mira dejar el cuerpo en la tierra y fijar el espíritu en el cielo.

Al aproximarse el día onomástico de personas de cierta consideración, preparaba las felicitaciones convenientes con la calidad de aquellos a quienes quería honrar. No tenemos la carta dirigida al cardenal Alimonda para San Cayetano, que caía el siete de agosto; pero no debe quedarse en el olvido la respuesta de Su Eminencia.

Rvmo. y queridísimo don Juan:

¡Ha querido molestarse enviándome una preciosa carta de felicitación y afectuoso recuerdo por san Cayetano!... No me desagrada, pues tengo mucho interés en ser ayudado por sus **[218]** fervorosas oraciones y en conservar su benevolencia y amistad. Por eso me apresuro a manifestarle mi más viva y sincera gratitud por tanta cortesía.

Me alegro realmente al saber que la salud de V. S. Rvma. y queridísima ha ganado con ese buen clima. No dejo de pedir al Señor, dentro de mi pequeñez, que conserve largo tiempo a nuestro querido don Bosco para bien de la Iglesia y de la Congregación Salesiana. Y seré escuchado, porque son innumerables las almas santas que hoy día rezan con este mismo fin en los dos hemisferios.

Quisiera tenerle aquí junto a mí; mas, por su bienestar, deseo que pase en el campo todavía este mes. Supongo que el bonísimo monseñor Chiesa le hará compañía a menudo; por lo que le ruego le presente mis respetuosos saludos.

Y usted acepte los de mi familia, que recuerda agradecida su bondad.

Le abrazo en el Señor con afecto fraternal. Le bendigo juntamente con su gran familia y sus grandes empresas y me siento feliz al declararme,

De V. S. Rvma.

Turín, 9 de agosto de 1884

Afectísimo hermano,
† CAYETANO, *Card. Arz.*

La fiesta de San Lorenzo era el día onomástico del cardenal Nina, Protector de la Congregación. Aquel año tenía don Bosco un nuevo motivo para manifestarle su gratitud. Escribióle, pues:

Eminencia Reverendísima:

Siempre, pero especialmente en el día onomástico de Vuestra Eminencia, deben los Salesianos unirse en un solo corazón y una sola alma para presentar a su augusta persona los sentimientos de su común gratitud por los muchos favores que en este año se dignó concedernos.

El mayor fue, sin duda, la comunicación de los privilegios de los Redentoristas.

Esta concesión ha colocado a nuestra humilde Congregación en un estado normal y dio a mi corazón tranquilidad para poder cantar el *Nunc dimittis.* Gracias, pues, sean dadas, junto con nuestras oraciones y acción de gracias, a V. E. y al Padre Santo, que colocó a nuestra Congregación, definitivamente aprobada, en condiciones de cumplir sus dilatadas incumbencias y en la posibilidad de sostenerse en las diversas diócesis y, más especialmente, todavía en las misiones extranjeras.

Ruégole acepte un *Album,* en el que se describen las casas de la Congregación en Europa y América. Se presentará una copia idéntica al Padre Santo en su día onomástico.

[219] En este día feliz, todos los Salesianos y sus alumnos piden al buen Dios le devuelva la buena salud, le guarde *ad multos annos* para bien de la Iglesia, consuelo de sus pobres hijos que rezan mucho por V. E. a quien aman como a tierno Padre.

Me encuentro aquí en Pinerolo para cuidar de mi salud. Resido con el Obispo, que me presta todas las atenciones posibles. Por mi medio le ruego acepte sus respetuosos saludos.

Dígnese, por último, impartir su santa bendición para todos nosotros, mientras, con profunda gratitud, considero mi más alto honor poderme declarar en nombre de todos los Salesianos,

De V. E. Rvma.

Pinerolo, San Lorenzo 1884

Muy humilde y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Por último llegó san Joaquín, día onomástico del Papa. El *Album* arriba mencionado debería poner ante los ojos del Vicario de Jesucristo la situación de la Congregación, a la que el mes anterior había concedido los Privilegios: una congregación, que bien merecía tanta gracia, pues ya era tan grande en el presente y prometía agradarse más en el porvenir. Don Bosco había encargado la preparación del *Album* a un buen calígrafo salesiano, antes de salir de Valdocco. Se lo envió a don Francisco Dalmazzo, para que lo presentase al Padre Santo con esta carta suya, fechada en Turín.

Beatísimo Padre:

En este faustísimo día, Beatísimo Padre; dedicado a la gloria del Santo que recuerda vuestro venerable nombre, los Salesianos, afectísimos y muy agradecidos hijos vuestros, sienten el grave deber de exteriorizar este año su profunda gratitud e inalterable agradecimiento a V. S., su insigne bienhechor.

Bien sabéis, Beatísimo Padre, cómo nuestra humilde Congregación, carecía de un señalado favor, esto es, de un fuerte vínculo que la atase inalterablemente a la Santa Sede y Vos os dignasteis otorgar esta merced, para nosotros tan gloriosa, el día nueve de mayo próximo pasado, al concedernos la comunicación de los Privilegios con los Redentoristas.

Esta concesión fue para nosotros el coronamiento de la obra, la completa satisfacción de nuestras solicitudes y deseos.

Ya no nos queda, a todos vuestros Salesianos, más que unirnos en **[220]** un solo corazón y en una sola alma para trabajar por el bien de la santa Iglesia. Verdad es que, en los difíciles tiempos que atravesamos y con la gran mies que se nos presenta, apenas si podemos llamarnos *pusillus grex;* sin embargo, con todo gusto pondremos nuestros haberes, nuestras fuerzas y nuestra vida en manos de V. S. para cuanto juzgue que pueden servir a la mayor gloria de Dios en Europa, en América y, sobre todo, en Patagonia.

No creo que desagrade a V. S. le adjunte el catálogo de los religiosos, de los hospicios, de las casas y residencias, en las que procuramos trabajar en favor de la juventud en peligro y también de los adultos, especialmente en las misiones extranjeras entre los salvajes de Brasil y Uruguay, de la República Argentina y en todas las tierras meridionales, donde es enteramente desconocido el santo nombre de Jesucristo.

A nuestros pequeños trabajos añadiremos cotidianas y particulares oraciones para que Dios conserve todavía muchos años la augusta persona de V. S. para el sostenimiento de la santa Iglesia, la gloria de nuestra santa religión y la mayor consolidación de la naciente pía Sociedad de San Francisco de Sales.

Humildemente postrados, pedimos todos su santa apostólica bendición, mientras en nombre de todos me cabe el incomparable honor de poderme profesar,

Turín, 17 de agosto de 1884

Muy agradecido hijo de la Santa Iglesia,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

El día de la Asunción, fecha en la que se había arraigado la costumbre de celebrar el cumpleaños de don Bosco, trasladáronse todos a la ciudad, para asistir a las funciones en la catedral y oír el sermón del Obispo, según quiso el Santo. Antes de bajar de sus habitaciones a la iglesia, le presentó Monseñor a diez seminaristas, que debían acompañarle. Don Bosco los miró fijamente sonriendo y les dijo:

—Prepárense para recibir las órdenes con la adquisición de las virtudes propias de un sacerdote. Un sacerdote no va nunca solo al paraíso o al infierno.

Y explicó en pocas palabras la significación de aquella sentencia. El Obispo, entre burlas y veras, según su característico ademán, añadió:

—¡Que les dé por no ser buenos y poco me cuesta echarlos del seminario! Ya saben que el año pasado dos de sus compañeros tuvieron que dejar la sotana.

Para honrar a don Bosco, Monseñor preparó en su palacio un banquete, al que invitó a los canónigos. Al final, cuando **[221]** todos se levantaron de la mesa, fue don Bosco a sentarse con Viglietti sobre un poyete del jardín. Mientras estaban conversando tranquilamente, acercóse a ellos un empleado para entregarle dos cartas a él dirigidas. Don Bosco abrió una y la leyó; tras su lectura, arrugó un poco el ceño.

Abrio la otra, puso un instante los ojos sobre ella y se echó a llorar. Viglietti se asustó y le preguntó qué pasaba.

—La Virgen, dijo don Bosco, nos quiere mucho.

Y, por toda explicación, le dio a leer dos cartas.

La Providencia le pagaba abundantemente la fiesta. En la primera carta se le exigía la pronta restitución de treinta mil liras, que le había prestado el que escribía, que era Gazzolo. ¿Dónde encontrar una cantidad tan alta para liquidar su deuda? De momento le resultó molesto aquel pensamiento. En la otra carta, escribía una noble señora desde Bélgica preguntando a don Bosco cómo podría emplear para gloria de Dios la cantidad de treinta mil francos.

—¡Bendito sea el Señor!, exclamó el Santo mientras Viglietti le devolvía las cartas, embargado él también por la conmoción.

Por lo demás, eran maravillas a las que la Virgen habíale acostumbrado desde hacía mucho tiempo. El año anterior, las obras para adaptar en Mathi Torinese el edificio, que servía de vivienda para los Hijos de María, habían costado treinta mil liras. Don Bosco comía con el conde Colle en Tolón y estaba interiormente preocupado buscando la manera de satisfacer aquella deuda. Acabada la comida, el Conde, que no estaba enterado de nada, le presentó un sobre que contenía treinta mil francos para sus obras. Don Bosco se volvió a él sonriendo y le dijo que, durante la comida, su mente había andado en busca de una solución para pagar treinta mil liras y que precisamente el señor Conde había sido elegido por Dios como instrumento de su providencia. Al oír estas palabras, el Conde lloró conmovido. El mismo año de 1883 asistía don Bosco en San Benigno a los ejercicios espirituales de sus hijos. Estaban junto a él don Miguel Rúa y don José Lazzero, con quienes estudiaba la manera de pagar **[222]** urgentemente una deuda de veinte mil liras. Los apuros económicos angustiaban a los Superiores en aquel momento crítico. Mientras se hacían proyectos y cálculos, abrió don Bosco el sobre que acababa de recibir, sacó la carta y leyó. Un señor le escribía que tenía preparadas veinte mil liras para una obra de beneficencia y le preguntaba qué destino debía darles.

—Son cosas de todos los días, concluía el Santo después de haber narrado los dos episodios. Sin embargo, los venideros no querrán creerlas y las calificarán de fábulas.

Aquella tarde hubo también una velada en miniatura. Los muchachos del Oratorio habían enviado dos saludos, uno para don Bosco y otro para Monseñor. Don Juan Bautista Lemoyne se los leyó durante la cena en el palacio episcopal. El primero llevaba este encabezamiento: «Los afectísimos hijos, aprendices y estudiantes, del Oratorio a su

amadísimo Padre». Contenía filiales expresiones de afecto, augurios de perfecta curación y promesas de oraciones y buen comportamiento. En el otro manifestaban al Obispo, a quien ya habían visto en el Oratorio, su agradecimiento por los amorosos cuidados que prodigaba a su buen Padre.

Casi a la par llegó el *Osservatore Cattolico* de Milán con un artículo titulado «El cumpleaños de don Bosco», que comenzaba así: «Mañana, día de la Asunción de María, entra don Bosco en el septuagésimo año de su vida; de una vida totalmente dedicada a la gloria de Dios, al triunfo de la Iglesia, al bien de la humanidad. Los humildísimos principios de su larga carrera, las inmensas dificultades que encontró y tuvo que superar, los malos tiempos en que se halló sirvieron para dar más brillo a la chispa de su genio, a la fuerza de su carácter y, sobre todo, para manifestar la mano de Dios, que, al bendecir sus obras, las fecundó y multiplicó maravillosamente por el Piamonte y la Liguria, por toda Italia, Francia y América». Y lo que hoy oímos proclamar a todos sobre la misión de don Bosco ya se decía allí claramente.

«Ha sido respetado hasta por los grandes y, en los momentos en que la furibunda revolución se paseaba por **[223]** las comarcas del Piamonte, echando por tierra todo lo que tenía las huellas de lo sagrado, fueron respetadas las obras de don Bosco. Este hombre fue suscitado por Dios para defensa de la religión y de la Iglesia». Después de recordar que había gozado de la confianza de Pío IX y que disfrutaba de la de León XIII, sacaba el escritor esta lógica consecuencia: «Su institución vivirá, porque don Bosco la ha colocado sobre una *Piedra,* que nunca se quiebra». Terminaba anunciando un libro sobre don Bosco y su obra, aparecido aquel mismo año en Francia y recién traducido al italiano.

Ya había hablado de este libro *L'Eclair* de Lyon en su número del día diecisiete de mayo y, tomando pie del mismo, enaltecía la eficacia social de la Obra de don Bosco [1]. Su autor era Alberto Du Boys, ex presidente de la Audiencia territorial de Le Puy (Haute Loire). A través del *Boletín,* había conocido a don Bosco y sus instituciones y había quedado admirado. Deseoso de escribir sobre este tema para sus compatriotas, fue expresamente a Italia, visitó las principales casas salesianas, preguntó a amigos, condiscípulos y alumnos del Santo y, después de recoger abundantes datos, puso mano a la pluma. El libro se divide en tres partes. En la primera enlaza la biografía del Funda-

[1] Véase Ap., Doc. núm. 24.

dor con la historia de sus fundaciones en Europa, dedica la segunda a las Misiones de América, y da en la tercera una mirada retrospectiva. Tiene un Apéndice con la estadística de las fundaciones salesianas en los dos mundos, comprendidas también las Hijas de María Auxiliadora; presenta además el texto francés de las Reglas, el Reglamento de los Oratorios festivos, una noticia sobre Buenos Aires y, fuera de texto, un amplio mapa geográfico de América del Sur en el que señala la extensión de las misiones [1]. Es un trabajo diligente y cuidado en la forma; tiene un capítulo original, en el que se presenta a don Bosco **[224]** como un eminente poeta y su obra como un grandioso poema [2].

El autor envió a don Bosco el primer ejemplar, lo cual dio lugar a un notable episodio. Un día, mientras don Joaquín Berto le afeitaba, recibió en su habitación al hijo del doctor Albertotti, le invitó a sentarse hasta que acabasen de afeitarle y dijo en piamontés al «barbero»:

—Escucha, Berto, dale al doctorcito aquel libro.

Don Joaquín Berto entregó a don Bosco un bonito volumen y éste lo presentó al joven Doctor, preguntándole si lo aceptaba. Aquél echó una ojeada a la portada y, al ver de qué trataba, diole las gracias añadiendo que le gustaría más con unas palabras suyas en la cubierta, por las que se diese a conocer que el regalo procedía de él mismo. La petición, tan a quemarropa, pareció desconcertar a don Bosco, cuya cara cambió dos veces de color. Hizo ademán de querer eludirla y contestó confusamente, siempre en piamontés:

—Es el primer ejemplar que tengo y es el primero que doy.

Pero lo bueno de la respuesta vino después.

—Habla demasiado bien de mí.

Don Joaquín Berto disuadió al Doctorcito de seguir insistiendo; por lo que éste retiró su petición. Y guarda todavía religiosamente el libro en cuyo forro había escrito la fecha de la visita con esta nota: «El regalo y la respuesta tienen para mí un gran valor para conocer el carácter de don Bosco» [3].

Creemos que Albertotti, hijo, veía en el regalo cómo don Bosco no tenía ningún miedo a la publicidad, que se daba a sus obras y a los hechos de su vida, y, en la respuesta, su modestia personal. A observadores superficiales podrían parecer inconciliables estas dos cosas; pero a tiempos nuevos, propaganda nueva; y don Bosco, aun siendo santo

---

[1] ALBERT DU BOYS. *Dom Bosco et la pieuse Société des Salésiens.* París, Gervais 1884.—La traducción italiana, hecha por José Novelli, se imprimió en San Benigno Canavese aquel mismo años, sin el texto de nuestras Reglas.

[2] Véase Ap., Doc. núm. 25.

[3] G. ALBERTOTTI, *L. c.*, pág. 25.

de la más auténtica santidad antigua, era, a la par, hombre de su siglo. Cuadra con este hecho lo que dijo en una conversación con sus íntimos el día 16 de octubre de 1884. No se podría desear un lenguaje más franco y razonable.

[225] —Por cuanta fama dejamos en esta tierra, otro tanto de gloria se nos quitará en el cielo, si fuésemos hallados dignos de ir allí. Por lo demás, yo he hecho todo lo posible para ocultarme. Se hablaba por todas partes de este pobre cura; uno decía una cosa, otro la contraria y don Bosco callaba siempre. Pero cuando la Congregación adquirió estabilidad, entonces me vi obligado, no digo a publicar mis cosas, pero sí a no oponerme tan enérgicamente, como lo había hecho anteriormente a los que querían acudir a la prensa para dar a conocer nuestras obras. La persona de don Bosco queda identificada con nuestra Pía Sociedad, y ésta necesitaba ser conocida [1].

En aquel mismo otoño habló de igual manera con el señor S. Sestini de Roma que, en el periódico *La Rassegna Italiana,* escribía sobre la *Caridad privada en Italia* y quería publicar también un estudio suyo sobre don Bosco. Al llegar a Turín para la Exposición entre septiembre y octubre, fue a ver al Santo y le expuso el plan que tenía pensado, pidiéndole que le animase a ello.

—Si es para incensarme, le contestó don Bosco, le digo que no. Mas, si es para dar a conocer y ayudar más y más a la institución, bendigo su idea.

Y, al despedirse, le repitió la misma frase [2].

Todavía una palabra del día de su cumpleaños. Debió recibir muchas felicitaciones de todas partes, unas de viva voz y otras por escrito; pero sólo nos ha llegado una respuesta, con su poquito de sal y pimienta, a la condesa Balbo.

[226] *Benemérita señora Condesa:*

Mi buena mamá se acordó de éste su hijo, aunque sea malo. Quiero ser bueno en adelante y rezar mucho por usted. Si el señor César juzgare oportuno decirme una

---

[1] Du Boys respondió a una carta de don Bosco, cuyo texto ignoramos, el seis de octubre, desde Tain (Valence):

«Su Bondadosa carta me ha conmovido y ha recompensado con creces mis trabajos. Es una satisfacción pensar que usted, reverendo Padre, y tras usted los miembros de la pía Sociedad de los Salesianos, rogarán por mi familia, por mis hijos y mis nietos. No diga, reverendo Padre, que mis apreciaciones han herido su modestia; peor sería si le dijera que me he quedado por debajo de la verdad, ante el pudor que experimentaba al tener que decir tantas cosas buenas de un hombre vivo».

[2] Extractado del periódico *La Rassegna Italiana* del 15 de enero de 1885. Roma, Befani, 1885. Pág. 27. Es un trabajo bien hecho, de treinta y una páginas de gran formato, en caracteres del cuerpo nueve.

palabra sobre nuestro asunto, me haría un favor y me serviría de norma en otras cosas.

Que María desde el cielo diga a toda su familia: sois mis hijos y os protejeré a todos.

Rueguen también por este pobrecito, siempre suyo en J. C.

Pinerolo, 16 de agosto de 1884

Humilde y afmo. servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Estaban a punto de empezar los ejercicios para los hermanos en Valsálice y don Bosco quería ir hasta allí para asistir a los mismos y confesar. Dejó, pues, la hospitalaria morada el día veintidós de agosto y, ya en Valsálice, encargó el día veinticinco a don Juan Bautista Lemoyne que escribiera al Obispo y le diera las más expresivas gracias.

El día tres de septiembre, decía Monseñor en su respuesta: «Me considero muy feliz por haber podido hospedar en mi casa de campo al veneradísimo don Bosco, pues estoy seguro que habrá atraído sobre ella muchas bendiciones del cielo, parte de las cuales habrán caído también sobre su pobre Obispo. Y, si don Bosco se contentó con lo poco que se podía hacer, quiero esperar que lo demostrará volviendo de nuevo a alegrarnos con su presencia y a respirar los aires purísimos de San Mauricio, a la sombra del famoso *Pino.* Verdad es que yo no soy capaz de hacer ceremonias o cumplidos, pero su bondad sabrá hacer caso omiso de mi pequeñez y disfrutar un poco de descanso y otro poco de aire purísimo. Quede, pues, bien entendido; la casa de campo está siembre abierta en cualquier estación del año para don Bosco y con el buen *Víctor* a sus órdenes, aunque el Obispo no pudiese estar largo tiempo en San Mauricio».

El «buen Víctor» era el familiar del obispo. Servía a don Bosco, persuadido de que lo hacía a un santo; y don Bosco, a su vez, lo trataba con el amor que san Francisco de Sales tenía a sus dependientes. Un día fue Monseñor **[227]** a Brichèrasio para la fiesta del entonces Beato Fidel de Sigmaringa. La criada, Luisa Barberis, estaba fuera de casa para el lavado de la ropa, y Víctor había preparado la comida. Pues bien, don Bosco quiso a toda costa que Víctor y el jardinero Francisco Badino se sentaran a la mesa con él. Víctor ponía mil humildes excusas para eludir tan gran honor, pero don Bosco acabó diciéndole:

—¿No quiere usted venir conmigo? ¿Es que no tendremos que estar juntos en el Paraíso?

Ante aquella inesperada salida, no supo Víctor qué replicar.

¡Qué bien sabía don Bosco elegir el tiempo oportuno para todo! Lo mismo para hacer un reproche que para dar una demostración de afecto, sabía siempre escoger el momento propicio y emplear la forma adecuada. El Obispo se ausentaba de vez en cuando. Invitar entonces a su mesa a Víctor, cuando la cocinera estaba en su puesto, no convenía; tampoco invitar también a la mujer. Por eso, en semejantes casos, no decía nada.

Cuando se marchó, dio a Víctor una estampa de María Auxiliadora con estas palabras escritas por él al pie de la misma: «Mi querido Víctor, Dios le bendiga, la Santísima Virgen le guíe por el camino seguro, que conduce al cielo. Así sea. JUAN BOSCO, *Pbro.*». También la criada quiso que escribiese unas palabras para ella al dorso de una estampa. El Santo la contentó, pero llamándola «Señora Luisa»: no se quedó muy contenta, porque a Víctor le había dado el calificativo de «querido», pero no se atrevió a quejarse. ¡Qué delicadeza, la de don Bosco! Tenemos que añadir todavía que el «buen Víctor» era tan bueno que, no contento con rehusar cualquier propina, le obligó a aceptar unas monedas de oro, fruto de sus ahorros, para las obras salesianas.

La generosidad de monseñor Chiesa con don Bosco fue muy meritoria, pues sus condiciones económicas eran más bien escasas. Al año siguiente, don Bosco prefirió trasladarse a Mathi, desde donde le hizo llegar una señal patente de su gratitud. Recogía entonces Monseñor limosnas para las obras, que se ejecutaban en su catedral. Don Bosco quiso contribuir **[228]** y le envió cien liras por medio de Lemoyne. Este acto conmovió al digno Pastor y le proporcionó la oportunidad de renovar la expresión de los sentimientos de profunda veneración, que guardaba hacia el Siervo de Dios [1].

[1] Véase Ap. Doc. núm. 26. A su reiterada invitación, don Bosco hizo contestar: «Gracias por el ofrecimiento. Negocios complicados tal vez me lo impidan. ¿Visitará a don Bosco en la Fábrica de papel?».

[229]

CAPITULO VIII

EL COLERA DE 1884

CUANDO don Bosco volvió al Oratorio, la ciudad de Turín tenía el cólera a las puertas [1]. El día cuatro de junio se manifestó la fatal epidemia en Tolón y a mitad de julio en Marsella; amabas ciudades se convirtieron en doble foco. Los Salesianos comprendieron entonces el misterioso significado de ciertas palabras, que el Santo escribió por Navidad a don José Ronchail, director de la casa de Niza. «Di a tus hijos que el próximo año es muy importante para ellos y serán testigos de grandes acontecimientos; que, por tanto, sean buenos de verdad» [2]. Se habían hecho mil cábalas para adivinar a qué apuntaba el funesto anuncio; pero, cuando comenzó a aparecer la epidemia en Provenza, ya no hubo dudas. El día dos de julio, estando en el refectorio, en presencia de don Juan Bautista Lemoyne y don Camilo de Barruel, preguntó Viglietti a don Bosco si el cólera llegaría también a Italia y don Bosco respondió:

—Sí, y más virulento de lo que todos piensan.

Así sucedió. El espanto favoreció la salida de las ciudades atacadas, de suerte que las fronteras y los puertos italianos se cubrieron muy pronto de fugitivos. Se manifestó algún caso en Ventimiglia y en Saluzzo. **[230]** El gobierno italiano aplicó rígidamente las leyes sanitarias, encaminadas a impedir el contagio; pero, entre julio y agosto, se dieron varios casos en Livorno, en Río Maggiore, junto a La Spezia, y en Pancalieri, cerca de Pinerolo. Los atacados eran obreros, que, burlando la vigilancia, habían vuelto a Italia. Estas localidades fueron aisladas completamente y se reforzaron los cordones sanitarios para cerrar el paso a la invasión; pero ésta se extendió desde Piamonte hasta Sicilia por las provincias donde había más repatriados. Sin embargo, en los primeros momentos, no alcanzaron cifras muy elevadas los casos de apestados ni las defunciones. Por el contrario, en septiembre, las provincias afectadas llegaban a veinticuatro y las víctimas

[1] Carta al conde Colle, Turín, 23 de agosto de 1884: «He encontrado la ciudad de Turín invadida por el cólera, pero hasta ahora enteramente inmune».

[2] Carta de don J. Ronchail a don Miguel Rúa, Niza, 4 de julio de 1884.

eran cada vez más numerosas en las dos grandes ciudades de La Spezia y Nápoles. Todas las clases sociales entablaron admirable porfía para aportar socorros, aun cuando el azote se recrudecía; y recrudeció de tal modo que, en dos meses, se enterraron en la ciudad de Nápoles más de seis mil quinientas víctimas.

Es increíble lo mucho que don Bosco influyó en la difusión de la calma, como óptimo medio para conjurar el peligro. En privado y en público, por cartas y por medio del *Boletín,* no cesaba de dar como preservativo infalible el empleo de los siguientes medios: 1.º recibir a menudo la santa comunión con las debidas condiciones; 2.º repetir frecuentemente la jaculatoria *María, Auxilium Christianorum, ora pro nobis;* 3.º llevar al cuello la medalla bendecida de María Auxiliadora y colaborar en alguna obra de caridad y de religión en su honor.

Escribía a la marquesa Carmela Gargallo, de Nápoles, con ocasión de su día onomástico el catorce de julio: «Vaya tranquila con este antídoto a servir en los lazaretos, porque no sufrirá ningún mal».

Naturalmente no cesaban las peticiones de medallas. El coadjutor José Rossi escribía a don Bosco el cinco de septiembre: «Creo darle una grata noticia, diciéndole que, en menos de cinco días, salieron del almacén sesenta y tres mil medallas».

Don Bosco estaba informado en Pinerolo sobre la marcha **[231]** de la epidemia [1], y enviaba palabras de aliento a los bienhechores italianos y franceses.

Escribió a la señora Magliano, que veraneaba en Busca:

Benemérita señora Magliano:

Alguien, es más, los mismos diarios han publicado que en Busca se dieron algunos casos de cólera. Pero usted, señora Magliano, no tenga ningún miedo. Nuestro antídoto es seguro. Sin embargo, si la epidemia se difundiera verdaderamente en esa ciudad, podría usted venir a Turín donde, gracias a Dios, estamos hasta ahora totalmente tranquilos y también usted lo estaría.

No tenga, pues, miedo alguno ni por su alma ni por su cuerpo.

El pobre don Bosco y todos sus hijos, muchachos, clérigos y sacerdotes, ruegan por usted; María nos escuchará. Estoy aquí con el Obispo de Pinerolo hasta el día veintidós de los corrientes; después, en Turín.

María la proteja y conserve en salud y santidad durante todos los días de nuestra vida y créame en J. C.

Casa de campo del Obispo, Pinerolo, 16 de agosto de 1884

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[1] Carta al conde Colle, 20 de julio de 1884: «Todos los días sigo con la ansiedad de que se extinga el cólera».

Busca fue precisamente una de las poblaciones más probadas. El ayuntamiento, poco distante de Cúneo, está formado por un sinfín de barrios esparcidos en un territorio de unos veintiocho kilómetros. Durante el invierno emigra a Francia casi la mitad de la población, de suerte que, en el mes de junio, los obreros, que habían quedado en Tolón y Marsella y que escaparon después a los retenes armados y a las cuarentenas, volvían a sus lares, llevando consigo los gérmenes del mal. Cuando don Bosco escribió la carta citada, la epidemia hacía estragos. El rey Humberto, que estaba de caza por las cercanías de Valdieri, voló al lugar del desastre, donde prodigó consuelos y socorros. Sólo la llegada de quinientas medallas señaló el momento de la disminución y, después, del término de la calamidad.

La guadaña de la muerte arrebató los padres a muchos pobres niños. Preocupado por su infeliz suerte, el Santo mandó enviar a todas las casas salesianas la siguiente circular.

[232] *Queridísimo Director:*

Como anuncian los periódicos, son ya varias las ciudades y pueblos de Francia y también de Italia, donde se dan casos de cólera. Ante semejante peligro, creo oportuno enviar algunos avisos a todas nuestras casas, recomendando a los prudentes Directores que los den a conocer a sus subordinados. Primero, recomiendo que, mientras dure el peligro, se imparta cada día en nuestras iglesias la bendición con el Santísimo Sacramento, dando también comodidad a la gente para tomar parte en ella, allí donde la iglesia esté abierta al público.

En segundo lugar, recomiendo, lo mismo para los Salesianos que para todos los demás de la casa, que se guarden las precauciones que la prudencia cristiana aconseja para evitar la fatal enfermedad. Deseo, además, en tercer lugar, que, cuando sea necesario, nos prestemos para servir al prójimo, dentro de los posibles de nuestra condición, para asistir a los enfermos, socorrer espiritualmente y también recibir en nuestros hospicios a los pobres jovencitos que quedasen huérfanos y desamparados por causa de la epidemia. En este caso, empero, convendrá, ante todo, atenerse al juicio de la comisión sanitaria local, para que no haya peligro de contagio de la epidemia para los demás.

Mientras te comunico estos avisos, imploro para ti y para tu casa toda suerte de bendiciones del cielo y envío los más cordiales saludos para ti y para todos esos mis queridos hijos.

A 26 de agosto de 1884

Tu afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P.D. El ofrecimiento para recibir en nuestros hospicios a los jovencitos pobres que quedasen huérfanos por causa del cólera, podrá hacerse a las Autoridades locales: al Alcalde, al Gobernador y Jefe de distrito.

Los Salesianos secundaron los deseos de su Padre. Así, en Marsella, el Gobernador de la Provincia recibió agradecido la propuesta, que le hizo el Director del Oratorio de San León y envió e hizo enviar varios jovencitos, que habían quedado huérfanos. En La Spezia sucedió lo mismo. También las Hijas de María Auxiliadora hicieron su parte; así en Nizza Monferrato, con el pleno consentimiento de don Bosco, cedieron al Ayuntamiento la casa de campo, para que sirviera de lugar de cuarentena a los que llegaban de Francia y las Hermanas se ofrecieron para la asistencia. El Ayuntamiento aceptó agradecido **[233]** la generosidad, e instaló allí a personas llegadas de pueblos infectados, a las que las Hermanas mismas proporcionaron ropa blanca y alimento. Sentimos no poder traer más ejemplos, aun sabiendo que, también en otras casas, se prodigó la beneficencia; pero, por falta de crónicas, descuidadas o perdidas, carecemos de documentación para ello.

La *Unità Cattolica,* del treinta de septiembre, publicaba magníficos elogios de los Salesianos de La Spezia. Después de describir la desolación de la ciudad que, cercada por tierra y por mar de milicias armadas, tenía el aspecto de una inmensa cárcel, abierta sólo a la muerte; y tras alabar la abnegación del clero de la ciudad, continuaba el corresponsal: «Me es grato presentar para admiración pública a los sacerdotes de la casa salesiana que fueron y van todavía a porfía con las personas más caritativas y generosas de la ciudad. Ofrecieron a las autoridades civiles su propia casa para albergar a los muchachos que quedasen huérfanos y abandonados, como ya lo hicieron sus hermanos en Marsella y en otras partes, y encima pusieron en peligro su propia vida; unos asistiendo día y noche a los enfermos, otros aconsejando y animando a los sanos despavoridos y temblorosos; más aún: aunque ellos viven de limosna y caridad, supieron proveer a varias familias necesitadas de socorros materiales, con prendas de vestir, ropa blanca y dinero. Y después, su iglesia, en la que se venera una imagen milagrosa de la Virgen de las Nieves, está atestada de penitentes que, a toda hora, acuden a los confesonarios».

En el mismo artículo se lamentaba también de la provocadora obstinación de algunos descreídos; y resultaba oportuno para aplastar la desvergüenza de un órgano sectario titulado *Il muratore* (el albañil). El ayuntamiento había confiado al colegio salesiano un grupo de huérfanos, pagando una subvención. Parecióle al periódico masónico una enormidad tan grande confiar aquellos niños «al cuidado de don Bosco», que, fingiendo no dar crédito a la voz que corrió por la ciudad, tachaba de infamia aquel caer en «las garras de las arpías

católicas, **[234]** a las que el decoro y el amor de la patria querría desterrar para siempre del consorcio humano y de las costumbres civiles»; que Italia pedía, quería, exigía que se preparen jóvenes magnánimos, «ciudadanos honrados, laboriosos, dispuestos y aptos para tomar en las manos un fusil, derribar privilegios y ganar libertad, no hombres cobardes, pusilánimes, atontados con la superstición católica, aptos únicamente para recitar las bobadas infantiles del *catecismo,* diccionario del cretinismo»; que las instituciones católicas son «muladares, donde no brilla el sol de la libertad y de la verdad», y de donde «no pueden salir más que conciencias blandengues, atiborradas de ascetismo y de ignorancia». Aquí concepto y forma van juntos para descubrirnos un estado de ánimo que, por desgracia, reinó largo tiempo en Italia; pero el final es el que descubre el motor de la guerra encarnizada, que el anticlericalismo masónico movía especialmente en el terreno escolástico contra las iniciativas de los buenos y, por ende, contra la obra de don Bosco. En aquel momento trágico, el gobierno, la reina Margarita y el rey Humberto rendían públicamente honor al heroísmo del clero, y se temía ver asomar debajo de todo aquello el espantajo de lo que hoy día se saluda con el nombre de Conciliación. Esto tenía continuamente en sobresalto a la facción imperante, cuyo portavoz, con aire de epiléptico, voceaba: «La brutal violencia, con que en estos días levantan la cabeza por doquier para imponerse los enemigos de la patria, sólo encuentra una suficiente disculpa en los afectados amoríos, con que se ensucian (bajo los auspicios de Depretis y de una rubia cabellera graciosa) [1] el Vaticano y el Quirinal; y si el pueblo no vigila, pronto veremos restablecido el Santo Oficio». Es éste un nuevo documento que ayuda a comprender el proceloso mar plagado de escollos, por el que don Bosco tuvo que conducir su nave, y qué experto piloto debió ser para guiarla sana y salva al puerto.

Parecía que una mano invisible mantuviera la peste alejada **[235]** de Turín; sin embargo podía irrumpir cualquier día. Por eso, don Bosco, ante la luctuosa eventualidad, ofreció sus servicios al conde de Sambuy, alcalde de la ciudad.

Ilustrísimo señor Alcalde:

Según algunas noticias, parece que el cólera ha penetrado ya en algunos pueblos de la provincia, que va acercándose cada día y acosando a la ciudad de Turín; por eso, y pese a las laudables y útiles precauciones tomadas por las Autoridades, hay que temer que venga a azotar también a nuestros conciudadanos.

[1] Alusión a la reina Margarita.

Abrigamos confianza de que esto no suceda; pero, si fallaren las comunes esperanzas, creo hacer algo grato a V. S. Ilma. al ofrecerme para albergar en el Oratorio de San Francisco de Sales a todos los pobres jovencitos de doce a dieciséis años que, a causa de la epidemia, quedaran huérfanos de padres y abandonados, y se encontraran dentro de las condiciones físicas requeridas por el Reglamento del Instituto.

Cuando la invasión del cólera de 1854 y 1855, también se hizo parecido ofrecimiento al alcalde de entonces y, con mucho gusto, lo repito de nuevo ahora a V. S., contento de poder contribuir de algún modo al alivio de las miserias humanas.

La única condición que pongo es que los jóvenes, que hayan de ser albergados, sean primero examinados por el médico, el cual asegure que no presentan ningún síntoma de la enfermedad, para no poner en peligro la salud de los compañeros.

Confiamos que Dios, en su infinita misericordia, tenga alejada de Turín toda desgracia. En todo caso, pido al Cielo que conserve muchos años a V. S. como alcalde de esta grande e ilustre ciudad, guarde su persona y la de todos los miembros del Ayuntamiento del temido azote y nos conceda fuerza y coraje para hacer el bien a todos.

Con toda la confianza de que V. S. se digne conservar su preciosa benevolencia para los muchachos de esta casa, tengo el honor de profesarme con todo respeto y aprecio,

De V. S. Ilma.

Turín, 24 de septiembre de 1884

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

El Alcalde, a vuelta de correo, contestó noblemente:

Reverendísimo Señor:

Hace muchos años que V. S. Rvma., inspirándose en sentimientos de evangélica piedad, recoge en su casa a los hijos del pueblo faltos de medios de vida y carentes de consejo y de consuelo y con constantes y **[236]** solícitos cuidados, los mantiene en el camino del deber y los educa en la escuela del trabajo que ennoblece, es fuente de moralidad y bienestar material, y hace de ellos buenos ciudadanos útiles para sí mismos y para el País.

A los muchos títulos de alta benemerencia ya adquiridos y tan apreciados por cuantos se interesan por la suerte de la clase obrera, quiso V. S. Rvma. añadir otro digno de vivísima admiración, ofreciéndose con toda espontaneidad a admitir gratuitamente en el Oratorio de San Francisco de Sales, del que es Fundador y solícito e inteligente Director, a los muchachos de doce a dieciséis años que, en el caso de invasión en esta nuestra querida Ciudad del morbo asiático, quedaren huérfanos de padres y abandonados.

La Administración Municipal, consciente de sus deberes, no ha omitido ni omite nada a fin de garantizar, de la mejor manera posible, la inmunidad de la población contra la fatal peste que, desde hace ya bastante tiempo, siembra el luto en muchos municipios italianos; pero, si fuese destino inexorable que también aquí deba segar el cólera sus víctimas, no dude que la Autoridad Municipal se valdrá del generoso ofrecimiento, que V. S. Rvma. hace.

Por tanto, y también en nombre de la Junta a la que entregué la carta que se cita

al margen, le ofrezco, Reverendísimo Señor, palabras de merecida alabanza y sincera gratitud, por su nuevo acto de filantropía y le ruego permita que aproveche la ocasión para manifestarle los sentimientos de mi total estima y gratitud.

Turín, 25 de septiembre de 1884

El Alcalde,
DI SAMBUY

El mismo Alcalde tuvo que dirigirse a don Bosco para otro asunto. La condesa Sanseverino Vimercati y la princesa Stróngoli habían pedido, desde Nápoles, al Alcalde de Turín que se dignase colocar en un colegio de su ciudad a algunos huerfanitos napolitanos, cuyos padres habían sido víctimas del cólera, y, habiendo recibido respuesta afirmativa, se apresuraron a enviar a los dos primeros, que fueron confiados al Oratorio. Pero, cuando volvió la normalidad a Nápoles, unos parientes de los dos niños reclamaron su regreso a la ciudad; por lo que aquellas nobles señoras determinaron no enviar ninguno más a Turín. Comunicaron la cuestión al Alcalde y éste, lamentándose de que no se hubiesen investigado antes las intenciones **[237]** de los parientes, se disculpó muy cortésmente con don Bosco [1].

La caridad de don Bosco hubiera querido abrazar a todo el mundo. Avanzado el otoño, llegaron noticias de la India de que el cólera hacía estragos por aquellos países y que, en todas partes, se abandonaba a los míseros huerfanitos. Cuando él lo oyó, su primer impulso fue decir a don Juan Bautista Lemoyne:

—Escribe en seguida a aquellos Obispos, diciéndoles que don Bosco está dispuesto a recibir y mantener a los jovencitos que le envíen.

La caridad no conoce diversidad de razas, ni distancia de lugares.

Cuando se volvieron a abrir las escuelas, hubo en el Oratorio una sola novedad. Por lo regular, los alumnos que pedían ingresar para comenzar el bachillerato, entraban en agosto y empezaban un curso preparatorio; pero, aquel verano, aconsejaba la prudencia que no comenzaran tan pronto. Se prorrogó, pues, su entrada hasta mediados de octubre y, después de una prueba de quince días, hicieron el examen correspondiente al cuarto grado elemental, último entonces de la enseñanza primaria, sin excluir a los que presentaban el certificado de haberlo aprobado. Los que no salieron airosos fueron devueltos a quienes los habían enviado para que siguiesen en otra parte el curso elemental.

El gran problema a resolver era siempre el de encontrar los recur-

[1] Véase Ap. Doc. núm. 27.

sos económicos, y, por aquel entonces, crecía cada vez más la dificultad de la solución. Así comprendemos perfectamente qué quería decir don Bosco cuando escribía al conde Colle [1]: «El cólera ha hecho estragos en varias comarcas de Francia y ahora está atacando a Italia de manera espantosa. Nuestras casas y nuestros muchachos se han librado, hasta ahora, pero la beneficencia ha disminuido de manera alarmante; así que nos encontramos en grave dificultad para atender a los gastos que reclaman las construcciones y el mantenimiento de nuestras obras». Y, sin embargo, se estaba todavía a primeros de septiembre. Por **[238]** no dejar nada sin intentar, don Bosco acudió a todos los sacerdotes que pudo, pidiéndoles que lo ayudaran con la celebración gratuita de misas. Para ello dio una gran difusión a la circular siguiente:

Muy reverendo y caritativo Sacerdote:

Las dolorosas vicisitudes que, este año, afectaron a nuestros pueblos, han causado muchas desdichas especialmente en nuestras casas de beneficencia. Eran muchos los jovencitos abandonados víctimas del cólera que iban pidiendo albergue. Y ahora, a fin de atender a estos huerfanitos y socorrerlos, me he decidido a acudir a la caridad del clero, que ya me ayudó tantas veces y de tantas maneras.

Para favorecer la beneficencia, ha habido algunas piadosas personas que me han encargado la celebración de un discreto número de misas y, por ello, suplico a sacerdotes caritativos que quieran ayudarme celebrando o procurando que otros celebren las que les sugiera la posibilidad de su corazón.

Por tanto, aquellos sacerdotes que puedan contribuir a esta obra caritativa tengan la bondad de comunicarlo al Rvdo. don Luis Deppert, prefecto de la sacristía de María Auxiliadora en Turín.

Ruego, pues, a V. S. tenga a bien indicar a dicho sacerdote el número de misas que piensa celebrar y entregar la limosna para la obra que se le propone en el espacio de un año.

Los muchachos protegidos oirán cada día la santa misa, rezarán oraciones especiales y comulgarán frecuentemente por sus bienhechores.

Yo me uniré a ellos invocando las bendiciones del cielo sobre estos beneméritos donantes y sus familias.

Profundamente agradecido se profesa en J. C.

Turín, 31 de octubre de 1884

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Los lectores esperarán noticias sobre los efectos del antídoto de don Bosco. No parece exagerado afirmar que obró verdaderos prodigios. El «buen Víctor», de Pinerolo, fue atacado por el mal mientras

[1] Turín, 10 de septiembre de 1884.

oía misa y, obligado a salir de la iglesia, volvió después con gran dificultad al chalet para pedir a Viglietti una medalla bendecida. El buen hombre se la colgó al cuello e, inmediatamente, se sintió perfectamente curado. Las hermanas de San José, **[239]** antes de salir de Pinerolo para ir a asistir a los atacados del cólera, quisieron recibir de don Bosco la medalla y la bendición. El les prometió que todas volverían incólumes, y así fue. El Obispo atribuía a la ida de don Bosco a su diócesis el que hubiera sido preservada del contagio.

Relaciones llegadas a don Bosco o al Oratorio de mil lugares testimoniaban hechos individuales y colectivos, que demostraban la portentosa eficacia de la medalla. Don Esteban Trione había administrado en Turín la unción de los enfermos a un atacado del cólera, cuya familia no quería oír hablar de médicos por los consabidos miedos.

El pobrecito estaba ya en las últimas. Y, sin embargo, así que se le hizo poner la medalla al cuello, cesaron los vómitos y desapareció en breve todo síntoma alarmante.

Los Salesianos repartieron muchas medallas el veintitrés de agosto a los muchachos internos y externos de La Spezia, y ninguno de los que, dóciles a las sugerencias, se pusieron la medalla bendecida, fue atacado. Murieron, es verdad, algunos alumnos externos; pero se descubrió que no habían hecho ningún caso de la medalla.

Un hecho trágico confirmó que la inmunidad no se debía más que a la bondad de María. Una pobre mujer, que se enteró de las maravillas de la medalla, corrió a hacerse con ella y se la puso al cuello de una hija de seis años, que luchaba contra las embestidas del mal. Mejoraba la pequeñita a ojos vistas, cuando llegó el padre y, al ver aquel objeto religioso, se lo arrancó y lo tiró vomitando blasfemias. Recuperó entonces el cólera su violencia y ya no se detuvo. Cuando el enloquecido padre vio que la niña, próxima a morir, juntaba sus manecitas en ademán de oración, la obligó a extenderlas para no verla acudiendo a Dios.

Más sensato se nos mostró el presidente del círculo anticlerical que ostentaba la figura de Satanás en el asta de la bandera. Al ser atacado por los calambres, fue trasladado al lazareto y, aunque no quiso confesarse ni se confesó, mandó buscar la medalla, se la puso al cuello y curó. Era tan evidente en la ciudad la incolumidad de todos **[240]** los que llevaban la medalla, que los radicales, para distraer la atención del público, se dedicaron a divulgar entre el pueblo que eran los católicos los que esparcían el cólera.

Es interesante lo que sucedió en Génova. La masonería había organizado grupos de enfermeros en los barrios, para que procurasen

alejar al sacerdote del lecho de los atacados por el cólera. Un intrépido ciudadano, Franco De Amicis, organizó, con la bendición del Arzobispo, grupos de católicos y se presentó al alcalde para notificárselo. Este le preguntó qué señal empleaban los de sus grupos para ser reconocidos y respondió:

—La medalla de María Auxiliadora.

Los presentes soltaron una carcajada; pero es el hecho que el veintidós de octubre escribía el señor De Amicis a don Bosco, diciendo: «Su amabilísima Virgen ha librado de la epidemia a todos los miembros de mis grupos y a mi pobre persona». Y téngase en cuenta que, durante unos cincuenta días, se alternaron en el servicio varios cientos de personas entre hombres y monjas [1].

También en Francia las medallas de María Auxiliadora, bendecidas por don Bosco, fueron portadoras de la salvación. El Inspector, don Pablo Albera, escribía a don Bosco desde Marsella [2]: «La ciudad está casi despoblada. Más de cien mil habitantes huyeron; muchas calles están completamente desiertas. A pesar de esta disminución, mueren cada día por término medio de noventa a cien personas. Pero se dice que solamente dos tercios son víctimas del cólera, lo cual no quita que la epidemia sea un gran azote y cause gran mortandad en Marsella, donde la media de muertos, cuando están en ella todos sus habitantes, es de treinta y tres a treinta y cinco. Algunos de los atacados por el cólera mueren a las pocas horas, otros duran algo más. Se ha logrado salvar a algunos. Pero, en nuestra casa, gracias a la protección de María Auxiliadora, que usted nos prometió y gracias también a las precauciones que se tuvieron, no hemos tenido todavía ni un solo caso. Mejor; cuatro veces **[241]** vimos en algún pobre muchacho todos los síntomas del cólera, pero tuvimos la satisfacción de verlos desaparecer a las pocas horas. ¡Es un milagro de la Virgen! Tenemos en casa todavía más de ciento cincuenta muchachos que, al parecer, no saldrán, ni aun cuando se recrudeciera el cólera, unos porque son de la misma ciudad de Marsella y otros porque los padres no pueden retirarlos. Los que marcharon a sus casas disfrutan de magnífica salud, y ninguno de ellos ha sido atacado todavía por la terrible peste. Todos llevan al cuello la medalla de María Auxiliadora y hacen lo posible por practicar el remedio que usted ha sugerido. Otra noticia consoladora es que ninguno de nuestros bienhechores y amigos ha caído enfermo hasta ahora».

---

[1] Puede leerse una extensa relación del señor De Amicis, fechada el 13 de noviembre, en LEMOYNE: *La Virgen poderosa, o sea, algunas gracias, etc.* Turín, Tip. Sal., 1885, pág. 128 y ss.

[2] *Boll Sal.*, septiembre 1884.

Don Pablo Albera alude a la promesa hecha por don Bosco. Es realmente sorprendente el tono de seguridad, con que el Santo prometía la preservación también a los franceses. Había escrito el día primero de julio a don José Ronchail, director de la casa de Niza: «Parece que Dios quiere hacernos una visita. Procura que nuestros muchachos y amigos lleven consigo el antídoto seguro del cólera: la medalla de María Auxiliadora y recen *María Auxilium Chirstianorum ora pro nobis*». Pues bien, el día dieciocho de agosto podía escribir a la señorita Louvet: «Tengo una buena noticia que darle. Todas las casas de Francia, todos los bienhechores de nuestros jovencitos, gracias a María Auxiliadora, han sido preservados del azote que aflige a Francia».

Por el contrario, en el mes de noviembre, dirigió a don Pablo Albera unas palabras de sentido obscuro para el año siguiente.

Queridísimo Albera:

He escrito las cartas a las personas señaladas y en el sentido indicado. Espero que produzcan buen efecto.

Hazme el favor de saludar afectuosamente a nuestros hermanos y, de manera especial, a nuestros muchachos. Di a todos que este año lo hemos pasado bien y que debemos dar gracias a Dios de todo corazón. Temo que, el próximo año, nos visite de nuevo el mismo azote; pero no me atrevo a prometer que no venga a molestarnos el cólera, salvo que vengáis vosotros en mi auxilio. ¿Y cómo? Que vengáis **[242]** en mi auxilio con la buena conducta, la comunión frecuente y, particularmente, huyendo rigurosamente de todo lo que va contra la modestia.

Dios nos bendiga a todos y reza por mi siempre precaria salud.

Turín, 15 de noviembre de 1884

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Durante el verano de 1885 reapareció el contagio en Marsella. Pero ya el treinta y uno de enero había dicho don Bosco hablando del cólera:

—El año pasado podía asegurar con certeza que las medallas de María Auxiliadora, llevadas con las condiciones prescritas, librarían a las personas del cólera. Pero no sé si todavía este año querrá la Virgen mostrarse igualmente compasiva en esta circunstancia.

Son palabras que dan motivo para pensar que la anterior seguridad del Santo tenía su fundamento en alguna indudable inspiración o revelación celeste; sobre todo, al ver que, en la circular de enero de 1885 a los Cooperadores y Cooperadoras, pudo con toda sencillez y seguridad formular la siguiente afirmación:

«No ignoráis que, durante algunos meses, muchas ciudades y pueblos de Italia y Francia se vieron infestados por el terrible morbo asiático, el cólera, y que la muerte segó muchos miles de vidas. Pero el Señor quiso, por su bondad, preservar del temido azote a todas las casas salesianas y a las personas que las habitaban; es más, me halaga creer que haya tenido la misma misericordia con vosotros y vuestros seres queridos».

No faltaría, sin duda, especialmente entre ciertos periodistas, la mala voluntad de dar un mentís a su afirmación; pero nadie, en ninguna parte, levantó el grito para contradecirlo.

[243]

CAPITULO IX

DON BOSCO Y LA EXPOSICION NACIONAL DE TURIN

EL día 26 de abril de 1884 Turín estaba de fiesta. Los Soberanos de Italia con la intervención de toda la familia real, del cuerpo diplomático y de los dignatarios del Estado, inauguraban solemnemente en esta ciudad la Exposición nacional de la industria, la ciencia y las artes. Presidía la comisión de honor el príncipe Amadeo, hermano del Rey, y, la comisión ejecutiva, el diputado Tomás Villa. Los edificios de la exposición se levantaban en la orilla izquierda del Po, en el amenísimo parque que rodea el castillo Valentino.

Don Bosco había pensado presentar únicamente la tipografía salesiana, exponiendo su ya rica producción. Hizo su petición para ello en mayo de 1883 y, el día dieciséis de julio, recibió la carta de admisión y se le asignaba un puesto conveniente en la galería (así decíase entonces comúnmente, en lugar de pabellón) para la didáctica y la librería, en la que figuraban los productos de las artes gráficas. Allí, pues, mandó trasladar mil volúmenes de todo tamaño y calidad: científicos, literarios, históricos, didácticos, religiosos, ediciones ilustradas; el *Boletín Salesiano* en tres lenguas: italiana, francesa y española [1]; además, ensayos de dibujo y de todo lo que se refería a escuelas elementales, técnicas y de bachillerato clásico. Todo este material fue colocado en estantes de elegante estructura, donde se destacaban muy bien variadas y preciosas encuadernaciones. **[244]** Todo este conjunto estaba ya preparado, cuando tuvo lugar la inauguración [2].

Pero, más adelante, el plan primitivo tomó mayores proporciones. El honorable Villa, de viaje por Suiza durante el otoño anterior para

[1] El Boletín en español se imprimía en Buenos Aires.

[2] *Il Capitan Fracassa* de Roma, en el número del día cinco de mayo, en un artículo titulado *La Exposición de la literatura* escribía: «Dos editores descuellan por encima de todos. El Sonzogno, que, si no por otro motivo, es un especulador en grande y trafica con la literatura como los negreros con los esclavos, y don Bosco, editor de la *Biblioteca Salesiana,* el cual sirve al Vaticano mucho mejor que los treinta editores, admirándose en ella las vitrinas historiadas y ostentosas en la sección didáctica».

visitar la exposición de Zurich, fue a ver una de las más renombradas fábricas de la ciudad y le impresionó una valiosa máquina, que estaba en construcción para la fabricación de papel. Preguntó para quién se construía y al oír que para el señor Bosco de Italia, replicó el diputado:

—Diga usted mejor para don Bosco, porque no hay quien no conozca a este hombre.

Y, en realidad, don Bosco había encargado aquella nueva máquina para su fábrica de papel en Mathi Torinese. A su regreso a Turín, Villa instó para que la estupenda máquina luciera en las galerías de la Exposición. Don Bosco, sin titubear un instante, asintió, poniendo como única condición que se le asignase una galería entera, donde colocaría y haría funcionar también las máquinas necesarias para la producción del libro. Aunque al principio pareció excesiva su exigencia, dejó de serlo cuando explicó detalladamente su grandioso plan; es más, la Comisión determinó construir una galería a propósito en un patio a lo largo de la inmensa galería del trabajo. La nueva galería medía cincuenta y cinco metros de longitud por veinte de ancho. Sobre la puerta de entrada se leía:

DON BOSCO

FABRICA DE PAPEL, TIPOGRAFIA, FUNDICION, ENCUADERNACION Y LIBRERIA SALESIANA

No se equivocaba el señor Villa al decir que don Bosco era conocido; sin embargo, para aquellos tiempos, parecía un verdadero anacronismo un cura expositor en una exposición nacional y en la sección del trabajo. **[245]** Por eso muchos, al pasar por delante y leer aquella inscripción, sonreían, imaginando que se iban a encontrar con objetos de sacristía, que no les interesaría lo más mínimo. Pero, cuando superando las prevenciones, se decidían a entrar, quedaban al punto impresionados por dos novedades: el trabajo y los obreros. Estos, jóvenes de diversas edades, se ganaban la simpatía de los visitantes por la aplicación, compostura y serenidad con que cada uno atendía a cumplir bien su papel. El trabajo a su vez cautivaba la atención general desde el primer momento hasta el fin. De suerte que aquel departamento constituyó para el público una de las más interesantes atracciones en la gran exposición.

La intención de don Bosco había sido dar una demostración práctica del múltiple trabajo que requiere la producción material del libro. Y allí la curiosidad del público asistía al proceso gradual, por el que

desde un montón de trapos sucios se llega a ver salir, por ejemplo, un elegante volumen de poesía. No faltaban, como hemos indicado, los preliminares más realistas; división y selección de los trapos, su desempolvadura, lixiviación y reducción a pasta [1]. Venía después toda una compleja acción mecánica; los cilindros refinadores de la pasta, la caldera con los accesorios para introducir la pasta en los engranajes, el aparato para producir papel continuo, el cortapapel para dar a las hojas el formato pedido; el laminador, la prensa y todo lo necesario para disponer el papel por paquetes y resmas. Ver aquella pasta láctea purificarse paso a paso de toda clase de impurezas, despojarse de los últimos restos fibrosos, soltar el agua, tomar la forma de tejido, consolidarse y, una vez seca, alisada, satinada, enrollarse y rayarse, ofrecía un espectáculo que casi nadie había tenido ocasión de contemplar. Un periódico dijo que ésta era la reina de las máquinas que se encontraban **[246]** en la Exposición [2]. Lo dijo un mes antes de que estuviese expuesta, pero otros periódicos hicieron suya la calificación, cuando se la vio funcionando el día veintiuno de junio. Don Bosco asistió personalmente a la inauguración, acompañado por el teólogo Margotti y por don Celestino Durando y recibió las felicitaciones más entusiastas de muchos señores de consideración, que le fueron presentados.

Junto a la calandria o rodillo para dar lustre al papel, había una prensa de cuatro columnas con un indicador dinámico, original de don Carlos Ghivarello. Venían inmediatamente después dos maquinitas para la fundición de caracteres; veíanse salir de ellas bonitas y limpias las letras para pasar a las vecinas cajas de los cajistas. Seguía después una gran máquina tipográfica en movimiento (imprimía la novela *Fabiola* y el catecismo breve); a continuación todos los utensilios para encuadernar y, por último, la venta del libro [3].

Dos siniestros incidentes amenazaron con enlutar la exposición de don Bosco en los primeros días; hubo que dar gracias a María Auxiliadora por haberse evitado dos defunciones.

---

[1] La pasta que se preparaba en la Galería no era suficiente para la producción diaria; por lo cual se adquirió a este propósito un carro-cuba, para llevar cada día la cantidad necesaria. La máquina producía unos diez quintales de papel diarios.

[2] *Unità Cattolica,* 22 de mayo de 1884.

[3] También se adquirió un carro de cuatro ruedas, como los que se utilizan para el servicio a domicilio de las mercancías llegadas por ferrocarril y, con él, se llevaba cada mañana el material necesario para las diversas secciones y el abastecimiento del personal, que hacía allí mismo la comida del mediodía. Entre adultos y muchachos atendían a los trabajos unas veinte personas. Las noticias de estas dos notas nos las da el caballero José Mascarelli, que vive todavía (mayo 1934) y era entonces alumno fundidor.

El día treinta de junio hubo un joven de diéciséis años, llamado Marciano Bertotti, natural de Tortona, el cual fue a limpiar el largo y ancho foso existente bajo la máquina de papel; cansado de trabajar, descansó un instante, mirando hacia el centro de la galería. Distraído como estaba, apoyó la mano derecha sobre un gran cilindro en movimiento. Lo hizo sin darse cuenta y, al advertir el peligro, ya no tuvo tiempo para apartar la mano, pues al girar el cilindro se la llevó bajo un segundo cilindro. Entre uno y otro apenas podía pasar una hoja de papel. La pobre mano, aplastada entre aquellas dos potentes moles de hierro, quedo destrozada y en un santiamén desollada y machacada; **[247]** iba el brazo a seguir la misma suerte, cuando la manga de la camisa del brazo izquierdo, con el que el joven había intentado ayudar el derecho, era asida y arrastrada por las dos mismas mordazas. El muchacho tuvo tanta serenidad como para no gritar y espantar a la gente; pero, por el excesivo dolor, lanzó un profundo suspiro. Esto bastó para llamar la atención del maquinista, hombre práctico, que providencialmente se encontraba en aquel momento junto al lugar del peligro. Con mucha destreza quitó la correa, que ponía en movimiento los dos cilindros, y éstos pararon al instante. Llevaron al muchacho al puesto de socorro urgentemente y, al verlo en graves condiciones, condujéronle en un coche al hospital de San Juan, donde le aplicaron rápidamente las curas del caso. Gracias al Cielo, en pocos días desaparecieron los síntomas alarmantes, de suerte que volvió al Oratorio, y, al cabo de un mes, estaba perfectamente curado.

La segunda desgracia le tocó el día tres de julio a Egidio Franzioni, de Milán, que tenía unos quince años. Atendía a la guillotina de papel. Aquel día el fieltro no funcionaba bien y no lanzaba al sitio exacto las hojas cortadas. El muchacho alargó el brazo y quiso agarrar las hojas, que no bajaban como tenía que ser; pero no acertó a hacerlo en el momento justo y la cuchilla le llevó el índice de la mano derecha. El recuerdo de la desgracia, ocurrida tres días antes a su compañero, hizo que tampoco él gritase para desahogar el dolor, sino que dio unos golpes con los pies contra el suelo y corrió a la asistencia médica, donde le vendaron la mano y le llevaron al Oratorio. A las pocas semanas tampoco él tenía mal alguno, salvo la pérdida del dedo. Era hijo de una actriz y, antes de abrirse la exposición, había recibido una señalada gracia. A punto de morir por una fiebre tifoidea, se había confesado y preparado con mucha devoción para recibir la Unción de los enfermos, porque, como declaró después, temía mucho morir. En cambio, tras recibir el último sacramento, empezó a mejorar de tal manera que, al día siguiente, el médico, sumamente

maravillado, lo declaró próximo a la convalecencia y, a los pocos días, lo encontró perfectamente sano.

[248] Al concurrir de una manera tan grandiosa a la Exposición, don Bosco esperaba sacar dos ventajas de orden religioso y moral, a saber: demostrar que el clero apreciaba las artes y su progreso y dar un buen ejemplo con la santificación de los días festivos. Por esta obediencia al precepto de la Iglesia, los diarios de la oposición pasaron tragos amargos, aunque, por un acuerdo más o menos tácito, para no perjudicar la Exposición, evitaron levantar el grito en contra. El *Fischietto,* por ejemplo, que, en otros tiempos, no hubiera tenido pelos en la lengua, con cierta sutil malicia imaginaba una pregunta y respuesta entre un visitante y uno de la Comisión. Decía el primero:

—¿Cómo se explica que las máquinas de don Bosco están paradas, y todas las demás están en movimiento? ¿No forma parte de la galería del trabajo su exposición?

—Sin duda, contestaba el otro. Pero, mire usted, hoy es domingo; en la galería del trabajo don Bosco representa el descanso festivo.

—¡Dichoso quien tiene rentas como para poder hacerlo!, exclamaba el visitante.

No se crea que a don Bosco le fue fácil que aceptasen esta condición. Pero, por un lado, se mantuvo firme en repetir que no quería profanar los días del Señor y, por otro, la Comisión ejecutiva estaba muy interesada en no dejarse escapar la espléndida máquina, y así ésta cedió y él se salió con la suya.

También tropezó don Bosco en la Exposición con los protestantes. Repartían éstos a la puerta de entrada unos folletos, con las direcciones de sus correligionarios en Turín, Caserta, Civitavecchia, Florencia, Génova, Livorno, Nápoles, Roma, Tívoli y, al mismo tiempo, despachaban opúsculos y libros de propaganda. Nos interesan particularmente un opúsculo y un libro.

El opúsculo se titulaba: *Carta respetuosa de G. P. Meille, pastor de la iglesia evangélica valdense, a Su Eminencia Reverendísima el Cardenal Alimonda, Arzobispo de Turín.* El **[249]** pastor evangélico se aprovechaba de un caso recientemente ocurrido en la ciudad. Un falso doctor, Augusto de los Barones de Meyer, oriundo de Ginebra, había abjurado junto con su esposa de los propios errores ante Su Eminencia, en presencia de más de cien sacerdotes, en la iglesia del palacio episcopal. Ahora revelaba el señor Meille que se trataba de un tal César Augusto Bufacchi, de Roma, que había apostatado ya tres veces y otras tres había abjurado para mofarse de la generosidad de los católicos engañándolos. La indigna estafa servía al valdense para de-

mostrar cómo los católicos estaban fácilmente dispuestos a tomar lo falso por verdadero también en sus apologías contra los protestantes. Pero había algo más; el poco escrupuloso ministro pretendía desacreditar ante el público al Arzobispo, que el día de la llegada de sus Altezas Reales a Turín para la Exposición había sido objeto de insólitos honores por parte de sus Majestades y del Duque de Génova. Por varios motivos, desagradó a don Bosco la fea maniobra; por lo cual encargó a don Juan Bonetti que escribiera y publicase una respuesta. Don Juan Bonetti que, en este género literario, se encontraba en su elemento, contestó devolviendo la pelota con un opúsculo titulado: *Verdades y estafas.* Pero al leerlo, se advierte en él cierta moderación de ideas y expresiones, que no debió ser espontánea, sino inspirada y querida por don Bosco.

Por el contrario, se dejó sin respuesta un libro de trescientas cuarenta y tres páginas muy apretadas, escrito por otro valdense, esta vez anónimo, y que se vendía fuera de la Exposición por una lira. Del principio al fin era una diatriba contra *El Joven Instruido* de don Bosco [1]. Lo extraño del título *«Las bochas de don Bosco o sea el joven provisto de confusión»* es explicado en estos términos por el autor en la *Advertencia,* que sirve de prólogo: «Tomé de nuestro dialecto la palabra *boccia* (bocha) y sus derivados, porque difícilmente se encuentra otra en el diccionario italiano que encierre una síntesis más viva y popular del libro de don Bosco; en efecto, así como aquí en Piamonte *boccia* no tiene más significado que una de las nueve bolas de madera, que constituyen el juego de las bochas; así los continuos cambios dogmáticos **[250]** de la Iglesia Romana, representada hoy día por el constructor *don Bosco,* se asemejan a bochas, que ruedan continuamente por el suelo, chocan y rebotan unas contra otras en las populares y clamorosas partidas del juego; y, por eso, forman un doloroso y muy audaz contraste con las inmutables, serias, consoladoras y nunca contradictorias doctrinas evangélicas. Jamás se edificó una casa con bochas u otros materiales redondos». Comenzando por el retrato de san Luis, con que se abre el precioso manual de piedad, el discípulo de Valdo va pasando página tras página del libro de don Bosco y señala los errores, contradicciones, locas teorías, sofismas, mentiras y doctrinas heréticas, según él. La tesis y, al mismo tiempo, el fin de esta verdadera «albóndiga» (utilizamos el mismo término con que desacredita al *Joven Instruido*), se puede deducir del siguiente

[1] Es el devocionario *El Joven Instruido,* titulado *El Joven Cristiano* en las últimas ediciones en español *(N. del T.).*

apóstrofe de la página sesenta y seis: «Jóvenes, dejad las silicuas [1] de este doctor tenebroso y contradictorio y recibid lo que la fuente viva, la fuente que sube al cielo, el verdadero Maestro os dice». Es decir, abandonad la enseñanza católica y abrazad el Evangelio según Pedro Valdo. Un fruto del Evangelio valdense, como este libro, basta por sí solo para dar a conocer la planta que lo ha producido; el mismo lenguaje descarado contra don Bosco será muy valdense, pero no es nada evangélico.

Un sacerdote de la región de Trento que tuvo ocasión de conocer al Santo en la Exposición de Turín, publicó y divulgó un buen opusculito sobre *Don Bosco y sus obras.* Tuvo la idea de hacerlo por lo que leyó en una *Guía de la Exposición,* en la que se decía, al describir la galería del trabajo: «El célebre don Bosco, un sacerdote cuya actividad brindamos a todos los liberales, ha ocupado en la Exposición un patio entero a la derecha [2]». El autor presentaba al Siervo de Dios de esta manera: «¿Quién es este sacerdote, que ha llegado a imponerse a los mismos liberales? Si lo vierais, nada hallaríais en él que os revelara un genio sublime; es un simple sacerdote que, si bien acaba de cumplir los **[251]** sesenta y nueve años, a primera vista, le daríais más de setenta. Contempladle un instante y leeréis claramente en su frente la inspiración del espíritu divino que lo anima y lo ha elegido para realizador de obras tan estupendas; miradle un momento y os será imposible no sentiros embargados de veneración y de amor por este encanecido anciano. Recibe con franqueza, mira con perspicacia, encanta con su sonrisa, conversa con gracia e irradia de su fisonomía y de toda su persona un no sé qué de bondad que hechiza y enamora». Fue a visitarle en Valdocco y refirió que le dijo estas palabras: «En mi casa hay pan, porque nos lo envía cada día la Providencia; hay tanto trabajo que cada uno ha de trabajar por tres; y hay Paraíso, porque quien come y trabaja por Dios tiene derecho a un rinconcito de Paraíso». Impresas con llamativos caracteres, sus trece páginas se devoran de un tirón y debieron servir en muchas ocasiones para tapar la boca a detractores mal informados.

Ya se sabe que las exposiciones dan ocasión para fiestas y banquetes muy diversos. En la galería del trabajo exponía sus productos un tal José Torretta, fabricante de turrones y paisano de don Bosco, a quien se gloriaba de conocer desde la niñez. Organizó la Comisión

[1] *Silicuas* son, en Botánica, unos frutos simples, secos, abrideros, cuyas semillas se hallan alternativamente adheridas a las dos suturas *(N. del T.).*

[2] *Guía de la Exposición italiana de Turín.* Tip. Ed. Sonzogno, Milán 1884, pág. 105.

expositora de aquella sección un gran banquete para los expositores, previa entrega de la cuota de veinticinco liras. Torretta se encargó de invitar a don Bosco a suscribirse, por lo que le escribió una carta llena de ruegos y exhortaciones. Pero don Bosco, vistos y considerados el pro y el contra, determinó que don Miguel Rúa entregase las veinticinco liras y que, dada la distancia, excusase su ausencia. Por entonces pasaba él unos días de descanso en Pinerolo [1].

Encontrar a don Bosco entre los expositores era una sorpresa o una revelación para quien apenas lo conociese; mientras que, para el que ya tenía noticias de él, era un motivo más de admiración. **[252]** Así, uno que regresaba de Turín manifestó su estupor en un periódico popular de Reggio Emilia y, por él, sabemos que la galería de don Bosco era una de las pocas donde se apiñaban los visitantes y se advertían en sus caras señales evidentes de satisfacción y maravilla [2].

Se aproximaba la clausura de la Exposición y había que asignar los premios a los expositores. Cada sección había nombrado su jurado y, en la segunda quincena de septiembre, se procedió al correspondiente examen y se constituyó el jurado de revisión, que debía examinar las reclamaciones contra los fallos formulados, pero que todavía no eran definitivos. Cuando don Bosco se enteró del fallo que le concernía, le pareció que se le adjudicaba un premio muy inferior al merecido. De la máquina de papel no se hacía ninguna mención, por no ser de fabricación italiana, y se le concedía por los productos del arte tipográfico en general una simple medalla de plata. En realidad, los manejos para minusvalorar la actividad editorial de don Bosco habían comenzado con anterioridad; en efecto, el diario oficial de la Exposición había publicado que, en la galería de don Bosco, no se imprimían más que «obras vulgares, mejor dicho, vulgarísimas». Se hizo observar en seguida la falsedad de aquel juicio, contra el que clamaba también el hecho de que allí mismo se estaba imprimiendo precisamente *Fabiola,* obra elegante, ilustrada con cien grabados. Pero no se quiso reparar el error y el jurado premió simplemente la Tipografía Salesiana con medalla de plata «por su gran difusión de prensa en todo el mundo, por lo módico de los precios y, también, por la grandiosa instalación de la galería especial, con la que, del trapo al papel y de éste a la impresión y encuadernación, se obtiene el libro».

Don Bosco salió en defensa de sus derechos, elevando primero a la Comisión ejecutiva sus observaciones; presentó a continuación **[253]**

---

[1] Carta de Viglietti a don Bosco, Pinerolo, 17 de agosto de 1884.
[2] *Il Reggionello,* 4 de octubre de 1884.

sus protestas al Jurado de revisión, añadiendo que, si no se cambiaba el fallo en los puntos discutidos, él renunciaría a todo reconocimiento oficial, satisfecho con el aplauso, que con abundancia habíale rendido el público. Aquí tiene el lector su carta.

Honorabilísima Comisión Ejecutiva:
(Oficina del Jurado de revisión).

Con fecha del veintitrés de los corrientes, se escribió en mi nombre a esa Honorable Comisión una carta, en la que se hacían algunas observaciones acerca del fallo del Jurado y del premio de la Medalla de Plata, que se adjudicaba a las múltiples obras de mis Tipografías, expuestas en la Galería de la Didáctica en la Exposición Italiana.

Volviendo sobre el tema, me permito añadir, para norma del mismo Jurado algunas observaciones, como éstas: la publicación mensual de Clásicos Italianos expurgados para uso de la juventud y científicamente anotados que, hace dieciséis años, se está imprimiendo en mi Tipografía de Turín, cuyos ejemplares sobrepasan ya los trescientos mil; la publicación mensual de nuestras *Lecturas* populares en edición económica, que alcanzó desde su origen el año trigésimo tercero y cuyos ejemplares superan la cantidad de dos millones; la centésima reimpresión del *Giovane Provveduto* (El Joven Instruido), cuyos ejemplares alcanzaron los seis millones y otras obritas de menos bulto y de igual naturaleza, cuya difusión es incalculable; y los Clásicos Latinos y Griegos con sus correspondientes Gramáticas, compuestos por Profesores de mis Institutos, apreciados y elogiados por personas competentes y universalmente aceptados, como lo prueban las abundantes y frecuentes ediciones, que de ellos se hicieron. Además, otras obras de Historia, Pedagogía, Geografía, Aritmética, apreciadas y muy difundidas, cuyos módicos precios están al alcance de personas de toda condición y se prestan a gran difusión; un discreto número de ediciones de diverso formato y cantidad, con grabados o sin ellos, pero siempre elegantes por el papel y la impresión; y muchas otras publicaciones que, por brevedad, dejo de mencionar, me parecen motivos suficientes para interesar al Jurado responsable, e inducirlo a adjudicar un premio no inferior a los concedidos a expositores, cuyas publicaciones son inferiores a las mías, en calidad y en cantidad.

También hago notar al Jurado que los trabajos arriba mencionados se realizan, en todas mis Tipografías, por jóvenes pobres internados en mis institutos y preparados de esta manera para ganarse honradamente, más adelante, el pan de la vida; y, eso no obstante, la ejecución de los trabajos no es inferior (a juicio de los peritos en el arte) a otras obras expuestas por varios **[254]** editores que obtuvieron un premio, no sólo igual, sino, como me fue referido, *superior al mío.*

Tampoco he de omitir que mis obras no fueron consideradas y valoradas adecuadamente por el Jurado, por lo cual, me parece que no pudo emitirse su juicio con pleno conocimiento de causa sobre su mérito, tal como se expresaron algunos expertos editores en el cotejo de nuestros libros con los ajenos, amén de los elegantes grabados ejecutados en la galería de mi máquina de papel y a la vista del público.

Por lo que se refiere a mi máquina de papel, si fue bien comprendida, se me ofrecería simplemente un certificado de benemerencia, excluyéndome de esta forma del número de los concursantes y de los premiados. Aun suponiendo que no se deba tener en cuenta la máquina de papel por ser extranjera, me parece, no obstante, que deba tomarse en consideración el trabajo perfeccionado de la misma y la industria del que la adquirió y firma la presente, el cual promueve de este modo, con ingente

menoscabo de su trabajo, en la actual Exposición Italiana el arte y el trabajo con más amplia producción.

Además, me causa sorpresa también que el Jurado no haya prestado ninguna atención a mi función tipográfica, a la composición e impresión de los libros y a su correspondiente encuadernación, cuya ejecución estuvo plenamente presentada, en plan de funcionamiento constante en la galería misma y, mediante la cual, se puso ante los ojos del público el ingenioso proceso, con que *se obtiene el libro, pasando del trapo al papel, a los tipos, a la impresión y a la encuadernación.*

Por todas estas razones, fue unánime el juicio favorable del público, el cual también tendría que pesar en la balanza utilizada por el Jurado al asignar los premios.

Ruego, por tanto, a la Honorable Comisión que, por medio del Jurado de Revisión, tenga a bien otorgar un fallo más conforme con el mérito de las obras arriba mencionadas y no dé ningún motivo al público para pronunciar juicios desfavorables a este propósito.

Espero se tomen en consideración estas mis observaciones. Y, si así no fuera, renuncio desde ahora *a cualquier premio o certificado,* añadiendo que esa Comisión dé las órdenes oportunas para que no se haga mención alguna en la prensa, *del fallo, del premio, ni del mismo certificado.*

En este caso, me basta haber podido concurrir con mi obra a la grandiosa Exposición del ingenio y la industria italiana y haber demostrado con los hechos el interés que, en el curso de más de cuarenta años, he tenido siempre por promover, junto con el bienestar moral y material de la juventud pobre y desamparada, el verdadero progreso también de las ciencias y de las artes.

Son premio suficiente para mí las apreciaciones del público, que tuvo ocasión de cerciorarse por sus propios ojos de la índole de mi obra y de mis colaboradores.

[255] Aprovecho esta favorable ocasión para desear a la Honorable Comisión y al respetable Jurado todo bien de Dios y profesarme con todo aprecio

De sus Ilmas. Señorías

Turín, 25 de octubre de 1884

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Pero el Jurado de Revisión no se dignó dar ni siquiera una ojeada a las razones aquí aducidas; únicamente añadió a la medalla de plata por la producción tipográfica un irrisorio certificado de benemerencia por la máquina de papel, equivalente a una pura y seca muestra de agradecimiento, como la que se entregaba a todos los expositores de la Galería del Trabajo. Contra la monstruosa injusticia se alzó la prensa católica [1]; pero, con la presencia de tantos masones que intervenían en comisiones, juntas y jurados, necesariamente el insulso espíritu anticlerical del siglo diecinueve tenía que imprimir carácter partidista

[1] *Amico del popolo* de Prato, (31 de octubre, 8 y 15 de noviembre); *Eco d'Italia* de Génova (9 de noviembre); *Diritto Cattolico* de Módena (11 de noviembre); *Corriere de Torino* (13 de noviembre); *Libertà Cattolica* de Nápoles (13 de noviembre). *L'Unitá Cattolica* se calló; pero es muy probable que así lo quisiera don Bosco, amigo de Margotti y enemigo de polémicas.

a una obra emprendida en la capital de Piamonte bajo los mejores auspicios de común concordia y alegría. «Hombres de sano juicio e inteligencia, escribió el *Corriere de Torino,* afirmaban que don Bosco era digno del *Diploma de honor*», pero «ahí tienen ustedes la gran culpa del venerando sacerdote, explicaba el *Eco d'Italia,* él contraría e impide poderosamente la propaganda radical y republicana entre la juventud y trabaja incansablemente y con espléndido éxito por la solución cristiana (esto es, la única posible) de la tremenda cuestión social» [1].

[1] Un Cooperador de Lyon, muy probablemente sacerdote, visitó a don Bosco, el Oratorio y la Exposición y daba después sus impresiones en una hermosa carta publicada en el *Boletín* francés de diciembre (Ap. Doc. 28).

[256]

CAPITULO X

TESTAMENTO PATERNO Y DISPOSICION DEL PAPA

LA disminución de las fuerzas y el aumento de los achaques hacían que don Bosco considerase cercano su fin. En una carta, del día diecisiete de octubre a don Joaquín Berto, ponía esta posdata: «No olvidemos nunca que no está muy lejano el tiempo en que tú y yo tendremos que dar cuenta al Señor de nuestras acciones». Pensaba entonces en lo que podría suceder después de su muerte y, de vez en cuando, confiaba al papel lo que le parecía debían tener en cuenta los suyos, cuando él partiera para la eternidad.

No tenía sobre este punto un plan prefijado, ni tampoco un orden de ideas que exponer sistemáticamente, pero fue escribiendo, durante el mes de septiembre, en un sencillo cuaderno aquello que, de vez en cuando, le dictaba la mente. Y que lo hacía de esta manera a la ventura, se ve también por el hecho de que acá y allá intercaló una o más cartas, que su sucesor debería después recoger, transcribir y enviar a determinadas personas, cuyo recuerdo se le representaba casualmente. Dejadas por ahora estas cartas, publicaremos con la mayor escrupulosa integridad los avisos paternales que, a manera de testamento espiritual, dirigía el buen Padre a sus amados hijos ante la eventualidad de tener que dejarlos pronto huérfanos.

[257] A mi muerte, el Sucesor, por algún tiempo, dispondrá que:

1.º Se suspendan las obras en construcción.

2.º No se abran nuevas casas, no se exageren las deudas; sino que, de común acuerdo, hagan todos las necesarias diligencias para pagar la sucesión, extinguir las deudas, completar el personal de las casas existentes.

3.º Con una carta especial, se notifique mi muerte, se den las gracias a nuestros bienhechores principales y se les ruegue que continúen. Asegúreseles que, si por la misericordia de Dios puedo ir al cielo, invocaré sobre todos, y a cada instante, las divinas bendiciones... sobre todos.

4.º Hágase una invitación a todos los socios para mantenerse [serenos] en esa ocasión. Nada de lágrimas, sino ánimo y sacrificio de todo género para perseverar en la sociedad y sostener las obras, que la Providencia de Dios nos ha confiado.

5.º Invítese a los jóvenes a rezar para que Dios me abrevie las penas del Purgatorio, si, como espero, Dios me concede morir en su santa gracia.

6.º Dígase a todos los socios salesianos que espero verlos a todos en la bienaventurada eternidad [1].

CAPITULO SUPERIOR [2]

Cuando ocurra mi fallecimiento reúnase el Capítulo, esté normalmente dispuesto para toda eventualidad y no se ausente ninguno como no sea por motivos absolutamente necesarios.

Mi Vicario, de acuerdo con el [3] Prefecto, prepare y lea en Capítulo una carta que será enviada a todos los hermanos, en la que se notifique mi muerte, se les recomienden oraciones por mí y por la normal elección de mi sucesor.

Determine el día para la elección del nuevo Rector Mayor y dé tiempo para que los de América y de otros países lejanos puedan intervenir, si no se lo impiden *absolutamente* [4] graves motivos.

Advierto aquí dos cosas de la mayor importancia.

1.º Guárdese el secreto sobre las deliberaciones capitulares y, si hay algo que comunicar a otros, encárguese a uno expresamente este cometido. Pero éste ponga mucha atención para no mencionar miembro alguno del Capítulo, que haya dado voto afirmativo o negativo o haya dicho una frase o palabra determinada.

2.º Manténgase como principio invariable el no conservar propiedad alguna de bienes inmuebles, excepto las casas y las **[258]** dependencias, que sean necesarias para la salud de los hermanos y la de los alumnos. La conservación de inmuebles rentables es una ofensa, que se hace a la divina Providencia que, de manera maravillosa, y diría prodigiosa, acude siempre en nuestra ayuda.

Al permitir la construcción o reparación de casas, procédase con todo rigor para impedir el lujo, la magnificencia y la elegancia. Apenas empiecen a aparecer las comodidades burguesas en el vestido y alimentación, en las habitaciones o en las casas, principia la decadencia de nuestra Congregación.

A TODOS MIS QUERIDOS HIJOS EN J. C.

Después de mi entierro *mi Vicario de acuerdo con el* Prefecto envíe a todos los hermanos estos mis últimos pensamientos de mi vida mortal.

Mis queridos y amados hijos en J. C.:

Antes de partir para mi eternidad debo cumplir con vosotros algunos deberes y saciar así un vivo deseo de mi corazón. Ante todo, os agradezco, con el más ardiente afecto del alma, la obediencia que me habéis prestado y lo que habéis trabajado para sostener y propagar nuestra Congregación.

Os dejo aquí en la tierra, mas sólo por poco tiempo. Espero que la infinita misericordia de Dios haga que nos podamos encontrar todos un día en la dichosa eternidad. Allí os espero.

---

[1] Estas seis recomendaciones no están en el cuaderno de apuntes, sino en una hoja aparte.

[2] Los subtítulos son también de don Bosco.

[3] Las palabras en letra cursiva (salvo las latinas) fueron añadidas después por don Bosco; éstas y otras parecidas, cuando don Miguel Rúa actuaba como Vicario.

[4] También este adverbio es una añadidura posterior.

Os recomiendo que no lloréis por mi muerte. Es ésta una deuda que todos debemos pagar, pero después se nos recompensará con largueza todo trabajo realizado por amor de nuestro Maestro el buen Jesús.

En vez de llorar, haced firmes y eficaces propósitos para perseverar firmes en la vocación hasta la muerte. Vigilad y haced que ni el amor del mundo, ni el afecto a los parientes, ni el deseo de una vida más cómoda os muevan al gran disparate de profanar los santos votos y traicionar de este modo la profesión religiosa, con la que nos hemos consagrado al Señor. Nadie vuelva a tomar para sí lo que hemos dado a Dios.

Si me habéis amado en el pasado, seguid amándome en el porvenir, con la exacta observancia de las constituciones.

Vuestro primer Rector ha muerto, pero nuestro verdadero superior, Jesucristo, no morirá. El será siempre nuestro maestro, nuestro guía, nuestro modelo; pero recordad que, a su tiempo, él mismo será nuestro Juez y remunerador de nuestra fidelidad a su servicio.

Vuestro Rector ha muerto, pero será elegido otro que cuidará de vosotros y de vuestra salvación eterna. Escuchadle, amadle y obedecedle; rezad por él como lo habéis hecho conmigo.

Adiós, queridos hijos, adiós. Os espero en el Cielo. Allí hablaremos de Dios, de María, Madre y sostén de nuestra Congregación, allí bendeciremos eternamente esta nuestra Congregación, que **[259]** contribuyó poderosa y eficazmente a salvarnos con la observancia de sus reglas. *Sit nomen Domini benedictum ex hoc nunc et usque in saeculum. In te, Domine, speravi; non confundar in aeternum.*

ELECCION DEL NUEVO SUPERIOR

Inhumados mis restos mortales, reunidos y llegados los electores al lugar establecido, se cumplirá lo prescrito para los sufragios del Rector difunto, para efectuar la inminente elección y para el *reconocimiento* del nuevo Superior de la Congregación.

Bueno será que todo sea comunicado rápidamente al Padre Santo y que se pida una bendición especial para este importantísimo acto.

Después, dará cada uno su voto al que juzgue más idóneo para promover la mayor gloria de Dios y el provecho de nuestra pía Sociedad, sin mirar a afectos humanos o cálculos de ninguna clase. Por consiguiente:

1.º Que sea conocido por su ejemplaridad en la observancia de nuestras reglas.

2.º No haya intervenido nunca en asuntos que lo hayan comprometido ante las autoridades civiles o eclesiásticas o lo hayan hecho odioso o despreciable a los socios de nuestra misma Sociedad.

3.º Se haya distinguido por su adhesión a la Santa Sede y para todo lo que de alguna manera se relacione con ella.

Una vez hecha la elección y sea conocido, es más, proclamado el nuevo Rector Mayor, todos los electores besarán su mano, luego se arrodillarán y cantarán el *Te Deum*. Después darán una señal ostensible de sumisión, renovando los votos, como se hace en los ejercicios espirituales.

EL NUEVO RECTOR MAYOR

1.º Dirigirá algunas palabras a los electores, les dará las gracias por la confianza que han puesto en él, y les asegurará que quiere ser el padre, el amigo, el hermano de todos; pida su cooperación y, cuando haga falta, su consejo.

2.º Comunicará en seguida al Padre Santo su elección y se pondrá a sí mismo y a la Sociedad Salesiana a las órdenes y a los consejos del Supremo Jerarca de la Iglesia.

3.º Enviará después una carta circular a todos los Hermanos y otra a las Hijas de María Auxiliadora.

4.º Escribirá otra carta a nuestros bienhechores y a nuestros Cooperadores, agradeciéndoles de mi parte todo lo que han hecho por nosotros, mientras yo vivía en esta tierra; rogándoles sigan prestándonos su ayuda para sostén de las obras salesianas. Siempre con la firme esperanza de ser recibido en la misericordia del Señor, rogaré desde allí incesantemente por ellos. Pero adviértase, dígase y predíquese siempre que María Auxiliadora **[260]** ha obtenido y obtendrá siempre gracias particulares, hasta extraordinarias y milagrosas, a los que ayudan a dar educación cristiana a la juventud en peligro mediante las obras, el consejo y el buen ejemplo o, simplemente, mediante la oración.

Una vez cumplidos estos primeros e importantes deberes, el nuevo Rector aplíquese con toda solicitud a conocer bien el estado económico de la Congregación. *Examine* si hay deudas y cuándo hay que pagarlas.

Conviene que, al menos por algún tiempo, no se abran nuevas casas, no se comiencen nuevas construcciones, ni siquiera trabajos nuevos, que no sean estrictamente necesarios.

Particularmente pido que no se dé publicidad a las deudas, que dejó el Rector difunto. Esto se prestaría a suponer una mala administración de los administradores y del mismo superior y causaría alguna desconfianza en la opinión pública.

RECUERDO IMPORTANTE PARA EL CAPITULO SUPERIOR

Si antes de la elección del nuevo Rector, falleciese algún miembro del Capítulo, el Rector haga uso de su derecho y complete el número con consejeros suplentes para el tiempo que debe transcurrir antes del sexenio establecido para la elección general de cada uno de los consejeros o miembros del Capítulo.

Pero el recuerdo importante, y que considero fundamental, es que se haga de modo que ningún miembro tenga ocupaciones ajenas y no relacionadas directamente con la administración de nuestra pía Sociedad. Es más, pienso que no exagero al afirmar que nuestra Congregación tendrá siempre un vacío hasta que cada uno de los miembros del Capítulo no esté exclusivamente dedicado a lo determinado por el reglamento aprobado en las deliberaciones capitulares.

Habrá que superar para este fin muchas dificultades, pero háganse sacrificios y concédase este gran beneficio a toda la Congregación.

UN RECUERDO PARA EL RECTOR MAYOR

El Rector Mayor lea y practique los avisos que acostumbro dar a todos los Directores de nuevas casas, especialmente en cuanto al tiempo necesario para el descanso y la alimentación.

AL DIRECTOR DE CADA CASA

El Director de cada casa tenga paciencia y trate de conocer a fondo las personas o, mejor, *examine con diligencia* cuánto valen los Hermanos que trabajan a sus órdenes. Exija lo que pueden hacer y no más. Es indispensable que conozca el reglamento que debe practicar cada hermano **[261]** en el cargo que tiene confiado, para lo cual tenga cada uno a su disposición al menos la sección de las reglas que le corresponden.

Aplique su solicitud de una manera particular a las relaciones morales de los maestros y asistentes entre sí y con los alumnos, que les están confiados.

AVISOS ESPECIALES PARA TODOS

1.º Recomiendo encarecidamente a todos mis hijos que vigilen para no decir ni afirmar nunca, de palabra o por escrito, que don Bosco haya obtenido gracias de Dios o haya realizado milagros. Quien esto hiciese cometería un error pernicioso. Aunque la bondad de Dios haya sido generosa conmigo, sin embargo, nunca he pretendido conocer o realizar cosas sobrenaturales. Yo no he hecho más que rezar y hacer que las almas buenas pidiesen gracias al Señor. *Eso sí, siempre he experimentado la eficacia de las oraciones y comuniones de nuestros jóvenes.* Dios compasivo y su Santísima Madre nos prodigaron ayuda en nuestras necesidades. Esto se cumplió especialmente siempre que nos encontrábamos en apuros para proveer de lo necesario a nuestros muchachos pobres y abandonados, y, más aún, cuando éstos se encontraban en peligro para sus almas.

2.º La Santísima Virgen María seguirá ciertamente protegiendo a nuestra Congregación y a las obras Salesianas, si seguimos confiando en Ella y promoviendo su culto. Sean siempre encarecidamente inculcadas en público y en privado sus fiestas y más todavía sus solemnidades, sus novenas, sus triduos y el mes a Ella dedicado; con hojitas, libros, medallas, estampas y publicando o simplemente contando las gracias y las bendiciones que esta nuestra celestial bienhechora concede en cada momento a la doliente humanidad.

3.º Dos fuentes de gracias para nosotros son: recomendar preventivamente en todas las ocasiones que podamos aprovechar para inculcar a nuestros jóvenes alumnos que se acerquen, para honrar a María, a los santos Sacramentos o hagan siquiera alguna obra de piedad.

Que el oír con devoción la santa misa, visitar a Jesús Sacramentado, recibir con frecuencia la comunión sacramental o, al menos, espiritualmente, son cosas que agradan mucho a María y un medio poderoso para alcanzar gracias especiales.

LAS VOCACIONES ECLESIASTICAS

Dios suscitó a la pobre Congregación Salesiana para promover las vocaciones eclesiásticas entre la juventud pobre o de inferior condición.

Las familias acomodadas están generalmente demasiado contaminadas por el espíritu del mundo, que desgraciadamente beben muy a menudo sus hijos, a los que hacen perder de este modo el germen de vocación, que Dios **[262]** ha sembrado en su corazón. Si este espíritu se cultiva y se desarrolla, llega a madurez y da abundantes frutos. De lo contrario, no sólo el germen de vocación, sino a menudo la vocación

misma, ya nacida y crecida con buenos auspicios, queda ahogada o languidece y se pierde.

Los periódicos, los libros malos, los compañeros y las conversaciones indiscretas en familia son, a menudo, causa funesta de la pérdida de las vocaciones y, no raras veces, por desgracia, el estrago y extravío de los mismos, que han hecho ya la elección de estado.

Recordemos que nosotros regalamos un gran tesoro a la Iglesia cuando procuramos una buena vocación y hacemos que esta vocación o este sacerdote vaya a la Diócesis, a las Misiones o a una casa religiosa; siempre será un gran tesoro que se regala a la Iglesia de Jesucristo.

Pero no se aconseje a cualquier jovencito, si no está seguro de conservar la virtud angélica en el grado establecido por la sana Teología. Transíjase en cuanto a la mediocridad de talento; pero no en cuanto a la falta de la virtud de que hablamos.

LA OBRA DE MARIA AUXILIADORA

Cultivad la obra de María Santísima Auxiliadora, de acuerdo con el programa que ya conocéis. Por falta de medios, no dejéis nunca de recibir a un joven, que dé buenas esperanzas de vocación. Gastad todo lo que tenéis; si es preciso, id incluso a pedir limosna y, si después de esto os encontráis faltos de medios, no os apesadumbréis, pues la Santísima Virgen os auxiliará de alguna manera, aun prodigiosamente.

VOCACION A LA CONGREGACION SALESIANA

El trabajo, la buena y ejemplar conducta de nuestros hermanos ganan y, por así decir, arrastran a sus alumnos a imitar sus ejemplos. Háganse sacrificios económicos y personales, pero practíquese el sistema preventivo y tendremos vocaciones en abundancia.

Si no se pueden suprimir, procúrese al menos disminuir los días de vacaciones, por cuanto fuere posible.

La paciencia y la dulzura, *las cristianas relaciones de los Maestros con los alumnos,* despiertan muchas vocaciones entre *ellos.* Pero también aquí póngase mucha atención para no aceptarlos nunca entre los Socios, y menos todavía para el estado eclesiástico, si no hay certeza moral de conservar la virtud angelical.

Cuando el Director de una de nuestras casas descubra a algún alumno de costumbres sencillas, de buen carácter, procure ganarse su amistad. Dígale a menudo alguna palabra, escúchele de buena gana en la confesión, encomiéndese a sus oraciones; asegúrele que reza por él en la santa misa; invítele, por ejemplo, a comulgar en honor de la Bienaventurada Virgen o en sufragio de las almas del Purgatorio, por sus parientes, por sus estudios y cosas parecidas.

[263] Al acercarse el final de sus estudios de bachillerato, convénzale para seguir la vocación, el lugar que *él considera más provechoso para su alma y que* más le consolará en la hora de la muerte.

Compare la situación de su conciencia y observe si era mejor en su casa, durante las vacaciones o en el colegio, etc.

Pero trate de impedir la vocación eclesiástica en aquellos que quisiesen abrazarla para ayudar a la propia familia *por el motivo* de ser pobre. En estos casos, aconséjese tomar otro camino, *otra profesión, un arte, un oficio,* pero jamás el estado eclesiástico.

ASPIRANTES

Entendemos aquí por aspirantes a los jovencitos que desean seguir un plan de vida cristiana, que los haga dignos para ingresar en su día en la Congregación Salesiana, bien como clérigos, bien como hermanos coadjutores.

Dedíquese a ellos especial cuidado. Pero admítase únicamente en esta categoría a los que tienen intención de hacerse Salesianos o que, al menos, no se opongan a ello cuando sea ésta la voluntad de Dios.

Déseles una conferencia especial por lo menos dos veces al mes.

Trátese en estas conferencias de lo que un jovencito debe hacer o evitar para llegar a ser un buen cristiano. El *Joven Cristiano* proporciona los principales temas sobre esta materia. Pero no se les hable de nuestras reglas en particular, ni de los votos, ni de abandonar su casa o a sus padres; son cuestiones que se abrirán paso en su corazón, sin convertirlas en tema de razonamiento. Téngase muy presente el gran principio: hay que darse a Dios más temprano o más tarde; y Dios llama bienaventurado al que se consagra a Dios en la juventud. *Beatus homo cum portaverit iugum ab adolescentia sua.* Al fin y a la postre, más tarde o más temprano, por amor o por fuerza, con todos sus halagos, parientes, amigos y casa hay que dejar el mundo, hay que dejarlo todo y dejarlo para siempre.

ACEPTACION DE LOS NOVICIOS

Los aspirantes, probados y conocidos como se acaba de decir, pueden fácilmente admitirse entre los novicios. No así, cuando se trate de los que viven o hacen sus estudios fuera de nuestras casas. Estos deben seguir fielmente las normas establecidas por nuestras constituciones para los aspirantes.

LOS NOVICIOS

El tiempo de la prueba verdadera o noviciado es para nosotros como una criba para conocer el buen trigo y quedarnos con él *si conviene.* Por el contrario, hay que escardar la mala hierba y, después, echarla con la cizaña fuera de nuestro jardín.

[264] Nótese bien que nuestra Congregación no ha sido fundada para los que llevaron una vida mundana y luego quieran venir con nosotros para convertirse. Nuestra Congregación no es para ellos. Nosotros necesitamos socios seguros y probados en la virtud. Vengan, mas no para perfeccionarse a sí mismos, sino para ejercitarse en la perfección cristiana y librar de los inmensos y graves peligros, en que generalmente se encuentran los muchachos pobres y abandonados. Los que ya fueron víctimas de las miserias humanas, que naufragaron en la fe o en las costumbre; ésos no se hagan sacerdotes o encaminénse a órdenes claustrales o penitentes. Durante el año de prueba, obsérvese cuidadosamente su salud, su moralidad, su ciencia y dése cuenta exacta de ello al Capítulo Superior. Pero el Director del Noviciado procure no presentar nunca para la aceptación a aquellos novicios de cuya moralidad no estuviese seguro *concienzudamente* [1].

[1] Subrayado por don Bosco.

ACEPTACION

Para la aceptación, síganse las normas prescritas por la santa Iglesia, *por nuestras Constituciones y por las deliberaciones capitulares,* ya sea para la aceptación al noviciado, ya sea para la aceptación definitiva a la profesión religiosa. Dígase el pro y el contra de cada candidato, pero la votación *sea siempre secreta* [1], de modo que un miembro del Capítulo no conozca el voto del otro.

DESPIDOS

En los despidos debemos imitar al jardinero, que escarda y echa fuera de su jardín las hierbas malas o *simplemente inútiles.* Pero téngase muy presente que, a menudo, la conciencia meticulosa induce a temer sobre la vocación, hasta cuando no hay motivo alguno para temer. Por consiguiente, examínese a fondo el motivo o motivos por los que se pide el despido. Y no se conceda sino cuando lo reclame un *motivo grave* [2]; esto es, cuando la permanencia del socio en la Congregación fuese de grave daño espiritual o también temporal para él mismo o para la Congregación.

En estos casos obsérvese si basta un despido *ad tempus* o si debe ser *definitivo.* Pero guárdense siempre todas las consideraciones con el que va a ser despedido y háganse incluso sacrificios, a fin de que el socio salga en buena armonía y amistad con la Congregación. Pero, de ordinario, no se tengan con él más relaciones que las que convienen al buen cristiano. Y no se le ofrezca hospitalidad, sino en los casos de verdadera y demostrada necesidad, y siempre momentáneamente.

[265] Cuando un socio se marcha, ayúdesele a encontrar una colocación o por lo menos un puesto, donde pueda ganar honestamente el sustento.

VIDA COMUN

Hágase toda clase de esfuerzos para mantener la vida común. Los Superiores manden y exijan lo que cada uno puede hacer y no más. Pero, cuando a un novicio le falta la salud para cumplir los deberes que prescriben nuestras reglas, no se le puede aceptar para la profesión religiosa y, si su mal parece crónico, devuélvasele a la casa paterna. Pero si se trata de un profeso, quédese con nosotros y guárdensele los debidos miramientos. Pero no se olvide nunca que somos pobres y nadie pretenda atenciones superiores a la condición de una persona, que está consagrada a Dios con el voto de pobreza. Sin embargo, guárdense especialísimos miramientos con aquellos que, con sus trabajos o de otra manera, hayan aportado notable provecho a la Congregación. Es más, cuando pueda serles útil un cambio de clima, de alimento o ir a respirar el aire de su pueblo natal, hágase esto, mas siempre con el dictamen del médico.

Pero limítense estos miramientos al tiempo de la enfermedad y de la convalecencia, y cuídese para que no se conviertan en una segunda mesa. Esto sería la peste de la vida común. Por consiguiente, cuando un convaleciente puede volver a la mesa de los hermanos, hágase; pero guárdesele siempre atención especial en las ocupaciones y no se le confíen trabajos superiores a sus fuerzas.

---

[1] Subrayado por don Bosco.

[2] Letra cursiva de don Bosco.

En este importante asunto, procédase con suma caridad, prudencia y energía, pero en todo y siempre con la debida discreción, caridad y dulzura.

LA PRENSA

En mis sermones, en mis conversaciones y en los libros que escribí, hice siempre cuanto pude para sostener, defender y propagar principios católicos. Sin embargo, si se encontrase en ellos alguna frase, alguna palabra, que contuviese una sola duda o no quedase suficientemente explicada la verdad, quiero revocar, rectificar todo pensamiento o sentimiento menos exacto. Someto, además, todo dicho, escrito o impreso a cualquier determinación, corrección o simple consejo de la santa Madre Iglesia Católica.

En cuanto a los impresos y reimpresos recomiendo todavía más.

Algunas de mis obritas fueron publicadas, sin que yo las revisara y otras contra mi voluntad; por lo cual:

1.º Recomiendo a mi sucesor que haga o mande hacer un catálogo de todas mis obritas, pero de la última edición de cada una.

2.º Y, si fuese necesario reimprimir alguna, donde hubiera errores de ortografía, cronología, lenguaje o sentido, corríjanse para bien de la ciencia y de la religión.

[266] 3.º Si hubiese que imprimir alguna de mis cartas en italiano, póngase gran atención al sentido de las palabras y a la doctrina, porque la mayor parte de ellas fueron escritas precipitadamente y, por tanto, con peligro de muchas inexactitudes. Tocante a las cartas en francés, por cuanto se pueda, quémense; pero, si por acaso alguien quisiera imprimir algunas, recomiendo que sean leídas y corregidas por quien conozca la lengua francesa a fin de que las palabras no expresen un sentido no querido y proporcionen la burla o el desprecio de la religión, en defensa de la cual se escribieron.

Y quien supiera noticias o hechos conservados de memoria o recogidos taquigráficamente, sean atentamente examinados y corregidos, de modo que no se publique nada que no esté exactamente conforme con los principios de nuestra santa religión católica.

EL DIRECTOR DE UNA CASA CON SUS HERMANOS

El Director debe ser modelo de paciencia y de caridad con los hermanos que de él dependen y por tanto:

1.º Debe asistirlos, ayudarlos, instruirlos acerca de la manera de cumplir sus propios deberes, pero nunca con *palabras ásperas u ofensivas* [1].

2.º Demuestre que les tiene gran confianza; trate con benevolencia los asuntos que les interesan. No haga nunca un reproche ni dé jamás avisos severos en presencia de otros: procure hacerlo *in camera caritatis,* es decir, suavemente y siempre en privado.

3.º Cuando los motivos de estos avisos o reproches fuesen públicos, también será necesario avisar públicamente; pero, lo mismo en la iglesia que en las conferencias especiales, no se hagan alusiones personales. Los avisos, los reproches, las alusiones hechas en público ofenden y no consiguen la enmienda.

[1] Letra cursiva de don Bosco.

4.° No se olvide nunca el coloquio mensual por cuanto sea posible; y, en el mismo, todo Director sea el amigo, el hermano, el padre de sus subordinados. Dé tiempo y libertad a todos para exponer sus reflexiones, manifestar sus necesidades y sus intenciones. El, por su parte, abra a todos su corazón sin manifestar rencor alguno, ni recordar las faltas pasadas, si no es para dar paternales avisos o llamar caritativamente al cumplimiento del deber a quien fuese negligente.

5.° No trate nunca de materias relacionadas con la confesión, a no ser que el hermano se lo pida. En estos casos no tome nunca determinaciones que hayan de llevarse a cabo en el fuero externo, sin estar muy de acuerdo con el socio de quien se trata.

6.° Las más de las veces el Director es el confesor ordinario de los hermanos. Procure con prudencia dar amplia libertad a quien necesitase confesarse con otro. Pero quede bien claro que estos confesores particulares **[267]** deben ser siempre conocidos y aprobados por el Superior, *según nuestras reglas.*

7.° Como quiera que quien va en busca de confesores extraordinarios demuestra tener poca confianza con el Director, debe éste abrir los ojos y prestar particular atención sobre la observancia de las otras reglas y no confiar a aquel hermano ciertas incumbencias, que pareciesen superiores a sus fuerzas morales o físicas.

N. B. Lo que digo aquí no tiene que ver nada con los confesores extraordinarios, que el Superior, Director, Inspector, tendrán cuidado de proporcionar en tiempo oportuno.

8.° En general, el Director de una casa trate a menudo y con mucha familiaridad con los hermanos, insistiendo en la necesidad de la observancia uniforme de las Constituciones y, por cuanto es posible, recuerde incluso las palabras textuales de las mismas.

9.° En los casos de enfermedad, obsérvese lo que prescriben las reglas y establecen las deliberaciones capitulares.

10.° Sea fácil en olvidar los disgustos y las ofensas personales y, con la benevolencia y los miramientos, esfuércese por vencer, o mejor, por corregir a los negligentes, desconfiados y sospechosos. *Vincere in bono malum.*

A LOS HERMANOS QUE VIVEN EN LA MISMA CASA

1.° Todos los hermanos Salesianos, que viven en la misma casa, deben formar un solo corazón y una alma sola con su Director.

2.° Pero tengan grabado en la memoria que la peor peste a evitar es la murmuración. Háganse todos los sacrificios posibles, pero nunca se toleren las críticas acerca de los Superiores.

3.° No censurar las órdenes dadas por los Superiores en familia, ni desaprobar lo oído en los sermones, en las conferencias escritas o impresas en los libros de algún hermano.

4.° Sufra cada uno para la mayor gloria de Dios y en penitencia de sus pecados, mas, para provecho de su alma, huya las críticas en las cosas de administración, en el vestido, en la comida y habitación, etc.

5.° Recordad, hijos míos, que la unión entre el Director y los súbditos y el acuerdo entre los mismos forma en nuestras casas un verdadero paraíso terrenal.

6.° No os recomiendo penitencias o mortificaciones especiales; tendréis gran mérito y seréis la gloria de la Congregación, si sabéis soportar recíprocamente los trabajos y disgustos de la vida con cristiana resignación.

7.º Dad buenos consejos siempre que se os presente la ocasión, especialmente cuando se trata de consolar a un afligido, ayudarle a superar alguna dificultad o hacer algún servicio, ya sea cuando uno goce de salud como cuando se encuentre enfermo.

[268] 8.º Cuando se llega a saber que se acusa a la casa de algo reprochable, especialmente si pudiera interpretarse contra la santa ley de Dios, comuníquese con respeto al Superior. Este sabrá usar la debida prudencia para promover el bien e impedir el mal.

9.º Con respecto a los alumnos, aténgase cada uno al reglamento de la casa y a las deliberaciones tomadas para mantener la disciplina y la moralidad entre los estudiantes y los aprendices.

10.º Cuide cada uno con toda la solicitud posible de cumplir los cometidos que le fueron confiados, en lugar de hacer observaciones acerca de lo que hacen los demás.

RECUERDO FUNDAMENTAL OBLIGATORIO PARA TODOS LOS QUE TRABAJAN EN LA CONGREGACION

Se manda y se recomienda a todos estrictamente, ante Dios y ante los hombres, tener cuidado de la moralidad entre los Salesianos y entre aquellos que, de cualquier manera y bajo cualquier título, nos fueren encomendados por la Divina Providencia.

ANOTO AQUI LO QUE HUBIERA DEBIDO DECIR EN OTRA PARTE

Se aconseja al Director de la casa y a todos los demás Superiores ordinarios que, durante los ejercicios espirituales, dejen de confesar a sus subordinados y, por cuanto fuere posible, se sirvan de los confesores o predicadores extraordinarios. Si éstos no bastan, procúrese que los ayuden otros confesores conocidos. Y, si en ciertos casos fuese necesario hacer alguna excepción en esto, queda a juicio del Superior.

Cuando un hermano choca con la autoridad eclesiástica de una ciudad, lugar o diócesis, proceda el Superior con la necesaria prudencia y destínele a otro empleo.

Asimismo, cuando un hermano tropezase con la rivalidad u oposición de sus hermanos, es conveniente que se le cambie de casa o de ocupación.

Pero sea siempre amigablemente avisado de sus defectos y dénsele las normas para regularse mejor en adelante y evitar las discordias.

CON LOS EXTERNOS

Hay que tolerar mucho a los externos e, incluso, resignarse a recibir algún daño antes que llegar a pleitos.

Súfrase cuanto se pueda honradamente con las autoridades civiles y eclesiásticas, pero no se acuda a pleitos en tribunales laicos.

Pero, como quiera que, a pesar de los sacrificios y de toda buena voluntad, a veces hay que afrontar pleitos y litigios, aconsejo y recomiendo que se **[269]** confíe la contienda a uno o dos árbitros con plenos poderes, sometiendo el fallo a su parecer, cualquiera que éste sea.

De este modo, queda a salvo la conciencia y se pone término a negocios que, de ordinario, son muy largos y costosos y en los que difícilmente se mantiene la paz del corazón y la caridad cristiana.

Por el bien de cada socio y de toda nuestra Congregación, no se mezcle ninguno con dineros, empleos o recomendaciones que tengan relación con parientes o amigos.

Si se presentan graves motivos, por los que alguien deba ocuparse de semejantes asuntos, hable de ello con su Superior y aténgase estrictamente a su parecer.

Obsérvese sin alteración la norma de no firmar nunca letras de cambio, ni salir fiadores de pagos ajenos. La experiencia nos dio a conocer que siempre nos produjo daño y disgusto.

Si se puede, hágase algún servicio, dése también algún subsidio, pero dentro de los límites que aconseje y permita el Superior respectivo.

PARA LAS HERMANAS DE MARIA AUXILIADORA

Los Salesianos deben observar fielmente con las Hijas o Hermanas de María Auxiliadora lo que ha sido establecido en las deliberaciones capitulares.

No hay que parar mientes en trabajos, gastos, ni molestias de ningún género a fin de regular nuestras relaciones con la Iglesia y nuestras mismas constituciones lo han establecido.

Para tratar asuntos materiales, no estén nunca solos los religiosos y las religiosas, sino que procuren estar siempre asistidos, o estén por lo menos a la vista de otros. *Numquam solus cum sola loquatur.*

Para ingresar en el Instituto de María Auxiliadora evítese recibir a quien no goce de buena salud y no dé fundada esperanza de verdadera obediencia.

Téngase presente que las virtudes no adquiridas durante el tiempo del noviciado, de ordinario, ya no se adquieren.

Ninguna Hermana conserve después de la profesión religiosa bienes inmuebles, ni para sí ni para la comunidad religiosa a que pertenecen. Se hará excepción de las posesiones necesarias para fundar casas de educación o sanatorios para conservar la salud.

Ni de veras ni de burlas, ni por otras razones o pretextos se digan palabras, que sirvan para mover a risa o despertar estimación y benevolencia de personas del otro sexo. Léanse y compréndase bien estas palabras y dense de ellas repetidas explicaciones.

La Superiora General, las Directoras de las casas no permitan familiaridad alguna con personas seglares de cualquier género.

[270] Cuando haya verdadera necesidad intervenga una asistenta y obsérvense las prescripciones de las reglas respectivas.

No guarde consigo la Superiora ninguna cantidad de dinero si no es para determinados asuntos y solamente el tiempo necesario para los asuntos a resolver.

Lo que se dice de la Superiora General debe decirse de todas las Directoras de las demás casas.

En estas y otras cosas semejantes, aténganse todas sin resistencia a los consejos y órdenes del Superior mayor.

Nunca se hagan construcciones, sin ponerse de acuerdo previamente con el mismo.

1.º Cuando hay que tratar asuntos de cierta importancia en el Capítulo Superior o

en el Capítulo General, así los Salesianos como las Hermanas, procúrese proponer previamente por escrito o de viva voz, lo que se quiere tratar.

2.º Dése a todos amplia libertad para hablar sobre los temas a favor o en contra, según el propio parecer de cada uno ante Dios, mas, para las deliberaciones, empléese la votación secreta.

3.º Pónganse secretamente en una bolsita o recipiente cualquiera, nueces o avellanas o alubias, etc., de distinto color y saque cada uno un fruto. El negro será negativo y el blanco afirmativo.

4.º Pero, una vez establecida la mayoría en una deliberación, ya no se cambie si no es con otra deliberación, en la que tome parte todo el Capítulo.

5.º Téngase mucho cuidado en ejecutar pronto las cosas deliberadas y vigilen todos atentamente para que las deliberaciones no se contradigan unas con otras.

Es un gran error y un trabajo inútil, cuando no se ejecutan las cosas propuestas en Capítulo y aprobadas y después echadas en olvido.

Procuren todos evitar la novedad de las propuestas en las conferencias o en los capítulos; y hágase de modo que (se) admitan normalmente las cosas aprobadas anteriormente por la tradición, las reglas o los capítulos generales y particulares.

EN LAS DIFICULTADES

Cuando, en un pueblo o ciudad, se os presente alguna dificultad por parte de una autoridad espiritual o temporal, procurad proceder de modo que os podáis presentar para dar razón de lo que habéis hecho.

La explicación personal de vuestras buenas intenciones disminuye mucho y, a menudo, hace desaparecer las hostiles ideas, que pueden formarse en la mente de algunos.

Si se trata de infracciones legales, pídase disculpa o, por lo menos, dése una respetuosa explicación; pero, si es posible, siempre a solas.

[271] Esta manera de proceder es muy conciliadora y, muy a menudo, gana la benevolencia de los mismos adversarios.

Esto es lo que recomienda Dios: *responsio mollis frangit iram.* O también la máxima de san Pablo: *Cháritas Dei benigna est, patiens est, etc.*

Sigan la misma regla los Directores de las Casas con sus inferiores. Hablaos, daos las explicaciones debidas y, fácilmente, os pondréis de acuerdo, sin llegar a romper la caridad cristiana contra los intereses de nuestra misma Congregación.

Y si queréis alcanzar mucho de vuestros alumnos, no os mostréis nunca agraviados ni ofendidos contra alguno. Tolerad sus defectos, corregidlos, pero olvidadlos.

Mostraos siempre afectuosos con ellos y hacedles ver que todos vuestros esfuerzos tienen por mira hacer el bien a sus almas.

RECOMENDACION FUNDAMENTAL A TODOS LOS SALESIANOS

Amad la pobreza, si queréis mantener en buen estado las condiciones económicas de la Congregación.

Haced que ninguno tenga que decir: Este mueble no está conforme con la pobreza; esta mesa, este vestido, esta habitación no es la de un pobre. Quien da motivos razonables para estos juicios, ocasiona un verdadero desastre a nuestra Congregación, que debe gloriarse siempre del voto de pobreza.

¡Ay de nosotros, si aquellos de quienes esperamos caridad, pueden decir que llevamos una vida más acomodada que la suya!

Se entiende que esto debe practicarse rigurosamente, siempre que nos encontremos normalmente sanos, porque, en caso de enfermedad, han de guardarse todos las atenciones, que permiten nuestras reglas.

No olvidéis que siempre será para vosotros un día feliz, cuando logréis vencer con favores a un enemigo o ganaros la amistad de alguno.

Que nunca se ponga el sol sobre vuestra ira, ni recordéis jamás las ofensas perdonadas; no volváis a mentar el daño, la ofensa olvidada. Digamos siempre de corazón: *Dimitte nobis debita nostra sicut et nos dimittimus debitoribus nostris.* Pero con un olvido absoluto y definitivo de todo lo que en el pasado nos haya ocasionado algún ultraje. Amemos a todos con amor de hermanos.

Todo esto sea observado ejemplarmente por los que ejercen alguna autoridad sobre los demás.

RECOMENDACIONES PARA MI MISMO

Queridos jóvenes, os recomiendo a vosotros, que habéis sido siempre la delicia de mi corazón, la comunión frecuente en sufragio de mi alma.

Mediante la comunión frecuente, seréis estimados por Dios y por **[272]** los hombres y María os concederá la gracia de recibir los santos sacramentos en los últimos momentos de vuestra vida.

Vosotros, sacerdotes y clérigos salesianos; vosotros, parientes y amigos de mi alma, rezad, recibid a Jesús Sacramentado en sufragio de mi alma, para que me abrevie el tiempo del purgatorio.

Así expresados los pensamientos de un padre a sus amados hijos, me vuelvo ahora a mí mismo para invocar la misericordia del Señor sobre mí en las últimas horas de mi vida.

Quiero vivir y morir en la santa católica religión, cuya cabeza es el Romano Pontífice, Vicario de Jesucristo sobre la tierra.

Creo y profeso todas las verdades de la fe, que Dios ha revelado a la Santa Iglesia.

Pido humildemente perdón a Dios de todos mis pecados, especialmente de todo escándalo, dado a mi prójimo con mis acciones, con mis palabras dichas a destiempo; pido, además, de una manera particular, perdón de los excesivos miramientos tenidos conmigo mismo con el especioso pretexto de conservar la salud.

Debo, además, pedir perdón si alguno observó que muchas veces fui demasiado breve en la preparación y en la acción de gracias de la santa misa. A veces me obligaba a ello, en cierto modo, la multitud de personas, que me rodeaban en la sacristía y me quitaban la posibilidad de rezar antes y después de la santa misa.

Sé que vosotros, amados hijos, me queréis, que vuestro amor, vuestro afecto no se limite a llorar después de mi muerte; rezad por el eterno descanso de mi alma.

Recomiendo que hagáis oraciones, obras de caridad, mortificaciones, santas comuniones, todo para reparar las negligencias cometidas en hacer el bien o impedir el mal.

Elevad vuestras oraciones al cielo con el fin especial de que yo encuentre perdón y misericordia, en el primer momento en que me presente ante la tremenda Majestad de mi Creador.

EL PORVENIR

Nuestra Congregación tiene ante sí un feliz porvenir preparado por la Divina Providencia, y su gloria será duradera mientras se observen fielmente nuestras reglas.

Cuando empiecen entre nosotros las comodidades y el aburguesamiento, nuestra pía Sociedad habrá llegado al término de su existencia.

El mundo nos recibirá siempre con agrado, mientras nuestros afanes vayan encaminados a los salvajes, a los niños más pobres, más abandonados por la sociedad. Este es nuestro verdadero bienestar, que ninguno vendrá a arrebatarnos.

No se funden casas, si no se tiene el personal necesario para su dirección.

[273] No haya muchas casas próximas. Si una casa está distante de la otra, los peligros son mucho menores.

Una vez comenzada una misión en el extranjero, hay que continuarla con energía y sacrificio. El esfuerzo tenga siempre por mira crear y organizar escuelas y sacar de ellas alguna vocación al estado sacerdotal eclesiástico o alguna Hermana entre las niñas.

A su debido tiempo, llegarán nuestras misiones a China y precisamente a Pekín. Pero no se olvide que nosotros vamos para atender a los niños pobres y abandonados. Allí, entre pueblos desconocidos e ignorantes del verdadero Dios, se verán maravillas hasta ahora desconocidas y que nadie creería, pero que Dios poderoso manifestará al mundo.

No se posean propiedades inmuebles, salvo las habitaciones que necesitamos.

Cuando en una empresa religiosa vengan a faltarnos los medios necesarios económicos, suspéndanse; pero prosíganse las obras comenzadas, tan pronto como nuestras economías y sacrificios lo permitan.

Cuando suceda que un Salesiano sucumba y deje de vivir trabajando por las almas, entonces diréis que nuestra Congregación ha alcanzado un gran triunfo y, sobre ella, descenderán copiosas las bendiciones del cielo.

Al comienzo de este largo escrito, en una nota posterior autógrafa, dice don Bosco: «Téngase en cuenta que estas páginas fueron escritas en septiembre de 1884, antes que el Padre Santo nombrase un Vicario con derecho a sucesión; por consiguiente, modifíquese todo lo que sea necesario» [1].

León XIII, preocupado por el porvenir de la Congregación Salesiana, si por acaso llegaba a faltar el fundador, hizo una propuesta que venía a modificar el régimen de la misma y también las normas establecidas para lo sucesivo.

Entretanto, es curioso comprobar que, mientras el Papa se interesaba de una manera positiva por nuestro Santo, don Bosco, en la noche del 9 al 10 de octubre, tuvo un sueño que le ocupó todas las horas del descanso hasta el amanecer.

Apenas se hubo quedado dormido, le pareció salir del Oratorio,

[1] Estas modificaciones se referían a los párrafos, donde se hablaba del Prefecto que, después de la muerte de don Bosco, ya no sería el árbitro de la situación. El mismo introdujo más tarde las modificaciones, como hemos visto.

atravesar el patio, recorrer las calles de Turín, encontrándose con muchos **[274]** conocidos y llegando finalmente a la estación central del ferrocarril. Subió al tren y se dirigió a Roma, encaminándose inmediatamente al Vaticano. Iba pensando para sí que le sería muy difícil poderse entrevistar con el Santo Padre, porque Monseñor Macchi pondría un mundo de dificultades para impedir la audiencia. Con todo, se presentó a dicho prelado, que estuvo amabilísimo con él; al pedirle una audiencia con Su Santidad, le contestó que tratándose de asuntos de tanta importancia, habría que pasar necesariamente por encima de las formalidades de rigor y, sin más, le hizo entrar a ver al Papa. La entrevista duró dos horas. El Pontífice se entretuvo con don Bosco en prolongados y variados coloquios y entre otras cosas le dijo:

—Tened cuidado de que los que piden formar parte de la Congregación sean: 1.º de carácter dócil; 2.º que estén dotados de espíritu de sacrificio, que no estén apegados a la patria, a los parientes, a los amigos y que renuncien incluso al regreso a la patria; 3.º que sean de moralidad segura.

Este fue el argumento principal que ocupó la mayor parte del coloquio de la audiencia. Terminada ésta, don Bosco volvió a la estación, tomó el billete para Turín y, cuando estaba a punto de llegar, se despertó.

Pues bien; en el mismo tren de aquella noche, de Roma a Turín iba una carta escrita por voluntad del Papa y dirigida a don Bosco. Servía de intermediario el Cardenal Alimonda. En ella, Monseñor Jacobini, secretario de Propaganda, decía entre otras cosas: «Su Santidad me ha ordenado en esta ocasión que le escriba sobre otro punto interesantísimo. El ve que la salud de don Bosco desmejora de día en día y teme por el porvenir de su Instituto. Quiere, pues, que Vuestra Eminencia Reverendísima, de la forma que lo sabe hacer, hable a don Bosco inculcándole la idea de designar la persona que él creyese idónea para sucederle, o para que desempeñase el cargo de Vicario con derecho a sucesión. El Santo Padre se reservaría el proveer de uno u otro modo, según creyese más prudente. Desea, pues, que Su Eminencia haga esto que se relaciona tan de cerca con el bien del Instituto».

[275] En la posdata rogaba al Cardenal le diese una inmediata respuesta.

Recibida esta carta, el Cardenal Alimonda, la misma noche del 10 de octubre, acudió a hablar con don Bosco, deteniéndose a cambiar impresiones con él por espacio de una hora. El Santo acogió con muestras de vivo agradecimiento la invitación que se le hacía en nombre del Papa y prometió que informaría del caso lo más pronto posi-

ble a los Capitulares y, una vez formulada la respuesta, sería enviada a Roma. Por tanto, en la primera reunión celebrada por el Capítulo Superior, el 24 de octubre, al final de la misma, se dio conocimiento de los deseos de Su Santidad y el mismo Siervo de Dios pidió el parecer de los presentes sobre la elección de la persona que le había de suceder, con estas palabras:

—Tengo que exponer aún una cosa de gravísima importancia. El Santo Padre me ha comunicado que es deseo suyo que don Bosco se elija un Vicario con derecho a sucesión y administración. Con esto, el Vicario de Cristo demuestra el gran amor e interés que profesa a nuestra Congregación, siendo también una prueba de benevolencia al mismo don Bosco, queriendo que dependa de él la elección de su sucesor. Yo habría deseado que, después de mi muerte, los Hermanos, según las reglas, usasen de su derecho eligiendo el sucesor; pero, después de la carta del Papa, no sabría decir nada que no estuviese de acuerdo con ella. Cuando estuve este año en Roma, Su Santidad me dio a entender esta idea suya, diciéndome: «Vuestra salud no es buena; tenéis necesidad de ayuda, de ser asistido; es conveniente que tengáis a vuestro lado una persona que recoja vuestras tradiciones, que pueda hacer revivir tantas cosas que no están escritas y que, si lo están, no se interpretarían en su justo sentido».

He meditado mucho sobre esto; por eso, pido al Capítulo me indique qué es lo que debo responder al Santo Padre. El Capítulo contestó que don Bosco escogiese a quien le pareciese mejor y todo se daría por bien hecho.

El preguntó que, si antes de presentar al Papa el nombre de quien sería elegido, convendría consultar el voto de los Hermanos. La respuesta fue que no era necesario, que don Bosco nombrase su Vicario administrador con derecho a sucesión **[276]** y enviase el nombre del designado al Papa, el cual ciertamente lo aprobaría. Don J. B.ª Lemoyne, que fue testigo presencial de esta reunión, escribe: «Hubo un momento de solemne silencio, pues todos comprendían la importancia de esta decisión del Papa. Un sentido de ternura profunda invadió todos los corazones, porque parecía que los acontecimientos de cada día nos anunciaban, cada vez con más precisión, que don Bosco se aprestaba a abandonarnos».

Don Bosco se tomó tiempo para deliberar y explicó mejor su pensamiento en la sesión capitular del día veintiocho en la que habló así:

—Ahora se trata de nombrar un Vicario para don Bosco y que éste lo represente en todo: ante la Iglesia por la institución canónica, ante las leyes civiles por poder. Tal vez agradaría al Papa que don

Bosco se retirase del todo y descansase; pero si yo me mantengo todavía en mi puesto ante el mundo, si no me equivoco, todavía podré hacer algún bien a la Congregación. Si continúo como Rector Mayor, aunque sólo sea de nombre, esto basta ante Francia, España, Polonia, etcétera. Solamente mi pobre existencia sirve para atraer la beneficencia. Pero necesito que haya uno a quien yo pueda confiar la Congregación y cargarla del todo sobre sus hombros, dejándole a él toda la responsabilidad. En este sentido, he hecho escribir al Sumo Pontífice, remitiéndome, empero, plenamente a sus decisiones. Hubiera escrito yo mismo, pero no logré acabar, sino después de varias peripecias y, por último, me di cuenta de que había terminado de escribir en otro papel, que estaba debajo de la carta. Mi pobre cabeza ya no aguantaba. Ya se ha enviado la carta. En cuanto llegue el rescripto pontificio, es preciso que cuidemos de poner al frente de la Congregación a uno que asuma la regencia con su plena responsabilidad.

Don Juan Cagliero observó que, si el elegido fuese don Miguel Rúa, sería necesario que dejase el cargo de Prefecto y se buscase otro para aquel cargo.

Don Bosco siguió diciendo:

—Ahora hacemos todos lo que podemos; yo no tengo queja de ninguno; todos tienen buena voluntad, pero, hasta ahora, no había responsabilidad individual. **[277]** La única preocupación era juntar todas las fuerzas, para que uno no paralizase al otro. Tan pronto como tenga la contestación del Padre Santo, os la comunicaré.

Al llegar a este punto, pidió a don Miguel Rúa que leyera la carta que el Padre Santo había hecho escribir a monseñor Jacobini con este fin. En ella, como hemos visto, se le proponía una de estas dos opciones: designar aquél, a quien don Bosco juzgase idóneo para sucederle, o bien, indicar a quien pudiese tomar en seguida el título de Vicario con derecho a sucesión. Don Bosco, pues, siguió diciendo.

—Yo he propuesto al Padre Santo un Vicario general con derecho a sucesión, pero dejando todo en manos de su Santidad. Yo entregaré todos los poderes a este Vicario, pero con la intención de que sea completamente responsable, porque repito que esta responsabilidad no existía hasta ahora. Este Vicario tome para sí a otro Prefecto. Yo entonces me retiraré, veré, hablaré con mi Vicario y él hablará y mandará a otros hermanos *ex officio.*

No sabemos a quién encargó escribir la carta para el Padre Santo; ciertamente no fue a don Joaquín Berto, el cual habría conservado el borrador original. Tal vez destruyó este borrador y, no queriendo que la noticia saliera todavía fuera del ámbito del Capítulo Superior, en-

cargó a don Juan Cagliero, de quien también se ocupaba la carta de monseñor Jacobini. La carta de don Bosco se entregó al cardenal Alimonda, quien, por medio del cardenal Nina, la entregó al Papa el día veintisiete de noviembre. En ella presentaba el nombre de don Miguel Rúa; pero, en la reunión capitular, no había dicho de ello nada, sin duda porque antes quería esperar el beneplácito del Padre Santo. «El jueves pasado, escribía a Monseñor Alimonda el cardenal Nina con fecha treinta de noviembre, día de mi audiencia ordinaria, cumplí el deber de presentar al Padre Santo la carta de don Bosco junto con la de Vuestra Eminencia. Su Santidad quedó muy satisfecho y tranquilo, al saber que el porvenir del Instituto Salesiano quedaría bastante bien asegurado, confiando su gobierno a don Miguel Rúa, cuando llegare a faltar el egregio don Bosco, **[278]** a quien, empero, conserve Dios muchos años; para él me encargó el Padre Santo le enviara una particular bendición apostólica». El Arzobispo informó de todo ello a don Bosco; después volvió a escribir al cardenal Nina el día diecinueve de diciembre, diciéndole acerca del asunto del Vicario:

«Y, ante todo, tengo que darle las gracias por su última venerada carta, en la que tenía la bondad de comunicarme cómo el Padre Santo había aceptado gustoso el nombramiento del bonísimo don Miguel Rúa para Vicario general del Rvmo. don Bosco, con derecho a sucederle en el gobierno de la Congregación Salesiana. Don Bosco y sus religiosos se alegraron mucho con la buena noticia y mucho más con la bendición apostólica, por V. E. comunicada, y manifiestan por ello el agradecimiento a su amado Protector».

Don Bosco no se apresuró a dar publicidad a la cuestión. El Padre Santo no había impuesto ni aconsejado ningún límite de tiempo; por otra parte, acostumbraba el Santo dejar que precediera un período de prueba a las decisiones importantes. Y, en este caso particularmente, al ampliar la esfera de la actividad de don Miguel Rúa, sin declarar el verdadero motivo de ello, preparaba los ánimos de los hermanos a aceptar de buen grado la medida que tomaba. Mientras tanto, don Bosco iba insinuando la idea de la necesidad de que don Miguel Rúa debía ocupar su puesto en muchas cosas y lo repetía con creciente frecuencia, presentando como motivo para ello su propia salud y la necesidad de ordenarlo todo poco a poco.

Transcurrió así un año y, entonces, procedió don Bosco a la proclamación oficial; primero, en el Capítulo Superior; después, de viva voz a los hermanos del Oratorio y, por último, con una carta circular a todas las casas.

El 24 de septiembre de 1885 habló a su Capítulo en estos términos:

—Lo que debo deciros se reduce a dos cosas. La primera se refiere a don Bosco, que ya está medio acabado y necesita uno que haga sus veces. La segunda se refiere al Vicario general, que sustituya a don Bosco en lo que éste hacía y se encargue de todo lo que es necesario para la buena marcha de la Congregación; aunque, al tratar los negocios, estoy seguro de que él recibirá **[279]** siempre de buen grado las sugerencias de don Bosco y de los hermanos y, al tomar sobre sí esta carga, sólo querrá ayudar a la Pía Sociedad Salesiana, de suerte que, cuando yo muera, mi muerte no altere en absoluto la marcha de la Congregación. Por consiguiente, el Vicario debe tomar las providencias oportunas para que las tradiciones, que actualmente tenemos, se mantengan intactas. Así lo recomendó encarecidamente el Padre Santo. Las tradiciones se diferencian de las reglas, en cuanto que enseñan la manera de explicar y practicar las mismas reglas. Hay que procurar que estas tradiciones se mantengan después de mí y las conserven los que vengan después de nosotros. Mi Vicario general en la Congregación será don Miguel Rúa. Este es el pensamiento del Padre Santo, que me ha escrito por medio de monseñor Jacobini. Deseaba él proporcionar a don Bosco toda la ayuda posible y me preguntó quién me parecía que podría hacer mis veces. Yo respondí que prefería a don Miguel Rúa, porque es, además, uno de los primeros en orden al tiempo en la Congregación, porque hace ya muchos años ejerce este cargo y porque este nombramiento sería del agrado de todos los Hermanos. Su Santidad contestó, no hace mucho, por medio del eminentísimo cardenal Alimonda: *Está bien,* aprobando de este modo mi decisión. Por tanto, de hoy en adelante, don Miguel Rúa hará mis veces en todo y, lo que yo puedo hacer, puede hacerlo él; tiene los plenos poderes del Rector Mayor, a saber: aceptaciones, imposiciones de sotana, elección de secretario, delegaciones, etc. Pero, al nombrar Vicario a don Miguel Rúa, es preciso que siga totalmente en mi ayuda y ha de renunciar al cargo de Prefecto de la Congregación. Por consiguiente, valiéndome de las facultades que las reglas me otorgan, nombro Prefecto de la Congregación a don Celestino Durando, hasta ahora Consejero Escolástico.

A continuación, don Miguel Rúa, don Celestino Durando y otros miembros del Capítulo, después de haber sido leído allí mismo el § 2.º, cap. III de la Parte I de las Deliberaciones del segundo Capítulo general, observaron que era necesaria una modificación temporal del primer período de dicho párrafo segundo, concebido en estos térmi-

nos: **[280]** «El Prefecto de la Sociedad, según nuestras Constituciones, es el que hace las veces del Rector Mayor. Lo suple en el gobierno ordinario de la Sociedad en caso de ausencia y en todo lo que le fuere encargado particularmente». Se propuso la siguiente modificación de este período: «El Prefecto de la Sociedad es el que hace las veces del Rector Mayor y de su Vicario en el gobierno ordinario etc.». El Capítulo aprobó esta añadidura.

Don Bosco volvió a tomar la palabra:

—Queda nombrado Consejero escolástico en lugar de don Celestino Durando don Francisco Cerruti, director de la casa de Alassio e inspector de la Inspectoría Ligur. Don Luis Rocca tomará la dirección de aquel colegio. Don Francisco Cerruti seguirá en el cargo de Inspector de Liguria, por lo mucho que debe tratar con las autoridades escolásticas y civiles de Alassio y de la provincia y porque lleva personalmente muchos asuntos aún sin terminar. Tan pronto como pueda, fijará su residencia en el Oratorio. Es de notar que estas variaciones sólo durarán hasta la celebración del Capítulo General, el cual nombrará según las reglas los miembros del Capítulo Superior.

Por último, encargó al secretario don Juan Bautista Lemoyne que redactara la circular para la comunicación oficial del nombramiento del nuevo Vicario General.

A los hermanos del Oratorio les hizo la comunicación en la fiesta de la Inmaculada. Aquella tarde dioles don Bosco la conferencia en el coro de la iglesia de María Auxiliadora; pero, antes, leyó don Juan Bautista Francesia la carta circular preparada para todas las casas, habló después el Siervo de Dios de otros temas, mas no sabemos que añadiera ningún comentario sobre la circular.

En esta circular, apareció por vez primera el escudo oficial de la Congregación [1]. Había sido impresa con la fecha de «Todos los Santos 1885»; pero no se envió en seguida, porque don Bosco quiso volver a leerla y retocarla minuciosamente y entonces, puesta en ella la fecha definitiva, **[281]** «Fiesta de la Inmaculada Concepción de María Santísima de 1885», la mandó imprimir así:

Carísimos hijos en Jesucristo:

Atormentado por diversos achaques y sintiendo que merman cada día más mis fuerzas, experimentaba hace algún tiempo la necesidad de tener un alivio y un sostén en el cumplimiento de la misión, que la Divina Providencia me ha confiado. Veía la necesidad de tener uno, que me ayudase eficazmente a cumplir mis diversas ocupa-

[1] Véase más adelante, pág. 316.

ciones y, además, estuviese encargado de todo lo que es indispensable para la buena marcha de la Pía Sociedad de San Francisco de Sales. Por eso, con este fin, pensé elegirme un Vicario, que me represente y sea otro yo; un Vicario, que tenga esto como cargo especial, a saber, que se mantengan intactas las tradiciones que hemos observado hasta ahora y se conserven después de mí por los que nos seguirán. Hablo de las tradiciones que son las normas prácticas para entender, explicar y practicar fielmente las reglas, tales y como fueron definitivamente aprobadas por la santa Iglesia y que forman el espíritu de nuestra Pía Sociedad. Porque es mi más vivo deseo que, llegada la hora de mi tránsito a la vida eterna, no se turben o cambien nuestras cosas lo más mínimo.

Hace algún tiempo, mientras meditaba este plan, el Sumo Pontífice *motu proprio* me escribió por medio de S. E. monseñor Domingo Jacobini, arzobispo, preguntándome quién de nuestros hermanos me parecía más apto para hacer mis veces en la dirección suprema de la Pía Sociedad Salesiana. Yo, agradeciendo la benevolencia al Padre Santo, contesté proponiendo para Vicario mío a don Miguel Rúa, porque también, en orden al tiempo, es uno de los primeros de la Sociedad, porque hace ya muchos años que ejerce en gran parte este cargo y porque, por último, este nombramiento encontraría el pleno agrado en todos los Hermanos. Y el Padre Santo, hace pocas semanas, por medio de nuestro amadísimo Arzobispo, se dignaba declararme que esta propuesta era de su mayor agrado. Por lo cual, queridísimos hijos, después de haber rogado por mucho tiempo al Dador de todo bien, después de invocar las luces del Espíritu Santo y la especial protección de María Santísima Auxiliadora y de nuestro Patrono san Francisco de Sales, valiéndome de la facultad, que me concedió el Supremo Pastor de la Iglesia, nombro Vicario General mío a don Miguel Rúa, actualmente Prefecto de nuestra Pía Sociedad. De aquí en adelante, pues, hará mis veces en el pleno y entero gobierno de nuestra Pía Sociedad y, todo lo que yo puedo hacer, puede hacerlo él también con plenos poderes en todos los asuntos públicos y privados que se refieren a la misma Sociedad y sobre todo el personal, de que se compone la misma. No me cabe la menor duda de que el nuevo Vicario, al tratar de asuntos relevantes, aceptará siempre con gratitud los benévolos avisos y consejos que le fueren dados.

[282] Y a vosotros, mis queridísimos Hijos, os recomiendo que le prestéis la misma obediencia, que siempre habéis profesado al que llamáis Padre y os ama con amor paterno, esa obediencia que ha sido hasta ahora y será siempre, así lo espero, mi consuelo.

Además y como consecuencia de esta elección, os notifico que, valiéndome de la facultad que me confieren nuestras Reglas, nombro Prefecto de la Pía Sociedad Salesiana a don Celestino Durando, exonerándolo del cargo de Consejero Escolástico que ocupaba hasta ahora, mientras, en su lugar y para el cargo de Consejero Escolástico de nuestra Pía Sociedad, elijo y nombro a don Francisco Cerruti, actualmente Inspector de la Inspectoría Ligur y Director del Colegio de Alassio. Este, sin embargo, seguirá conservando todavía el cargo de Inspector hasta nuestras nuevas disposiciones.

Con respecto a nuestras misiones de América del Sur, nombro a monseñor Juan Cagliero mi Provicario con plena autoridad sobre todo el personal y sobre todas las casas e inspectorías de aquellas regiones.

En esta misma ocasión, creo haceros cosa grata, participándoos que mi salud ha mejorado bastante, y lo atribuyo a las caritativas oraciones que sé habéis elevado a Dios por mí. Os lo agradezco de corazón y os aseguro que las fuerzas y el tiempo que

Dios compasivo se digne concederme todavía, quiero que sean totalmente para bien de nuestra humilde Congregación y de nuestras almas.

El Señor bendiga al nuevo Vicario, a los demás Superiores y a todos nuestros hermanos y haga de manera que todos seamos siempre un solo corazón y una sola alma para promover la gloria de nuestro Padre del Cielo y la santificación de nuestras almas.

Fiesta de la Inmaculada Concepción de María Santísima.
8 de diciembre de 1885

Afectísimo en Jesucristo,
JUAN BOSCO, *Pbro.* [1]

Don Miguel Rúa, por su parte, no había tardado tanto en asumir el cargo de Vicario. A mediados de octubre, se estableció junto a don Bosco, en la habitación que había ocupado antes don Joaquín Berto. **[283]** Don Bosco se mostraba visiblemente muy contento y aliviado [2].

Tenía don Miguel Rúa cuarenta y ocho años cumplidos, cuarenta de los cuales los había pasado con don Bosco. Hacía treinta años que gozaba de su intimidad, tenía plena devoción por su persona, estaba capacitado como ningún otro para comprenderlo y resuelto a dedicar toda su vida para ayudarlo en su misión. A todos les pareció el más idóneo que podía encontrarse en la Congregación para asumir el delicado cargo. Se vio en seguida cómo dejaba el porte severo exterior, pedido hasta entonces en él por los deberes de su cargo de Prefecto, y cómo se presentaba con la amabilidad de quien tenía la obligación de representar dignamente la persona del Padre. El mismo don Bosco le iba preparando a ello con sus consejos. Un día conversaba el Santo con algunos de los principales Superiores y dijo:

—Esta noche soñé que me encontraba en la sacristía y quería confesarme. Vi a don Miguel Rúa de rodillas, pero casi no me atrevía a acercarme a él, porque le temía por ser demasiado riguroso.

Todos se volvieron sonriendo a don Miguel Rúa y dijeron:

—¡Bravo, bravo! ¡Mete miedo hasta a don Bosco!

Reía él también, pero en las palabras de don Bosco veía más que

---

[1] A la carta seguían dos notas: «*Nota 1.* Los Directores de cada una de las casas leerán esta carta, en la primera conferencia que den a nuestros queridos hermanos. *Nota 2.* Recuerdo lo que ya he recomendado en otras ocasiones, a saber, que en la dirección de las cartas y de todos los demás escritos públicos o privados, que no tratan de relaciones con la Autoridad Eclesiástica, no se usen nunca los títulos de la Congregación, sino únicamente los títulos civiles como *Director, Doctor, Profesor, Maestro, Prefecto,* etc. Así los misioneros, cuando escriban de América a Europa a un hermano, no usen el título de *Padre*, sino el de *Rvdo.* o *Señor.*

[2] Carta de don José Lazzero a monseñor Cagliero, Turín, 23 de octubre de 1885.

un sueño o una broma, una advertencia a despojarse de todo residuo de severidad [1].

Pronto llegaron cartas de felicitación de todos los hermanos más representativos de la Congregación. Expresó muy bien el sentimiento general don Carlos Bellamy, que escribió desde París a don Miguel Rúa el día quince de diciembre:

«Siempre fue un día feliz para nuestra pía Sociedad el de la Inmaculada Concepción y, este año, nuestra buena Madre nos ha regalado una noticia, que fue aceptada por todos los Salesianos como el más precioso, el más querido, el más deseado de los regalos, quiero decir su nombramiento oficial para el laborioso, pero dulce cargo de ser el Padre de nuestra Sociedad (...). Esta ha sido para nosotros una nueva prueba de que el Señor nos ama, un nuevo impulso para trabajar cada día **[284]** más, pues ya no se puede temer por el porvenir, sintiéndonos en las manos paternales, fuertes y santas de aquel a quien todos consideraban como otro don Bosco, como la regla salesiana viviente, como la forma de todo salesiano bueno y verdadero».

La aceptación de los primeros meses continuó siendo viva y ardorosa después de la muerte del Santo, como se vio cuando el unánime sufragio de los electores llamó a don Miguel Rúa para recoger entera la herencia. En realidad, no había ninguna necesidad de esta elección; pero en el último volumen diremos cómo y por qué se hizo.

[1] J. B. FRANCESIA. *Don Miguel Rúa*, pág. 89.

[285]

CAPITULO XI

EL PRIMER OBISPO SALESIANO

EN el volumen anterior, hemos hablado de la erección de un Vicariato Apostólico en la Patagonia septentrional, de una Prefectura Apostólica en la Patagonia meridional y Tierra del Fuego, y del nombramiento de los respectivos titulares; seguiremos ahora la narración de las vicisitudes que siguieron a aquel hecho tan glorioso para nuestra Congregación, cuando apenas concluía el primer decenio después de la aprobación oficial canónica.

El primer acto importante realizado por el nuevo Provicario Apostólico, don Juan Cagliero y por el nuevo Prefecto Apostólico, don José Fagnano, fue una respetuosa protesta contra una disposición llevada a cabo en Italia con perjuicio para las misiones católicas. En enero de 1884 una sentencia definitiva, dictada por el Tribunal de Casación en Roma, había declarado a la Sagrada Congregación de Propaganda sujeta a la ley de conversión o plusvalía de los bienes inmuebles. Era éste un atentado contra la dignidad y libertad de la Santa Sede; pues, siendo la Congregación de Propaganda un noble instrumento para la difusión del Evangelio en el mundo, la sentencia hería directamente al papado en su misión apostólica y en el uso de los medios que a ésta se referían.

Los documentos de la fundación consideran precisamente a la Congregación de Propaganda como una emanación del supremo ministerio apostólico y, por tanto, debe ser mirada en la esfera de su actividad como una institución eminentemente cosmopolita y su patrimonio es propiedad de la gran **[286]** familia católica. No podía, pues, tolerarse la pretensión de sujetarla a las leyes particulares de un Gobierno aislado y al juicio de un tribunal local, declarándola incapaz de poseer jurídicamente y despojándola de sus bienes. Y como las vertientes de la cuestión eran dos, una diplomática y otra religiosa, la Secretaría de Estado dirigió para la primera una nota a los Nuncios ante los Gobiernos europeos, mientras que, para la segunda, la misma Congregación de Propaganda envió una relación a los Obispos de la catolicidad; para remate, el día dos de marzo, aniversario del naci-

miento y coronación de León XIII, dejó el Papa oír su voz de condena ante el Sacro Colegio de Cardenales, llegados para ofrecerle el homenaje de sus felicitaciones.

Los Obispos de todo el mundo enviaron a la Santa Sede manifestaciones de adhesión, pero protestaron sobre todo los Superiores eclesiásticos de las misiones, con los cuales tenían el derecho y el deber de mostrarse solidarios los dos noveles Prelados misioneros salesianos. Don Juan Cagliero, una vez preparado el documento, refrendado también con la firma de don José Fagnano, lo envió el día primero de junio al Cardenal Simeoni, prefecto de Propaganda, deplorando en el atentado, no sólo el daño para la religión y la civilización, sino también la humillación de la patria italiana que, de este modo, iba a sufrir gran menoscabo en su prestigio e influjo en el extranjero [1].

Don Juan Cagliero tenía que ir a su misión con el título de Provicario, pero no de Obispo; sólo más tarde sería elevado a la dignidad episcopal. Don Bosco, en cambio, acariciaba la idea de volver a enviarlo a América condecorado con el carácter episcopal; y los hechos inmediatos, como veremos, y otros posteriores demostraron la sabia oportunidad de este consejo. Este plan constituyó tema de conversación con el Cardenal Arzobispo, que, en Roma, había sido miembro de la Comisión cardenalicia encargada de estudiar el proyecto del Vicariato y de la Prefectura; por lo que, convencido él también de la conveniencia de que don Juan Cagliero fuera consagrado en seguida Obispo, **[287]** tenía naturalmente abierto el camino para ocuparse del asunto, pidiendo para ello la gracia del Padre Santo; como lo hizo con su carta del veintiséis de septiembre. Suplicaba al Papa aquel favor por tres motivos, a saber: como una satisfacción para don Bosco, para honra de la Congregación y para mayor facilidad y eficacia en el ejercicio del sagrado ministerio por parte del elegido [2]. Después, como lo pedían las normas rituales, el cardenal Alimonda dejó la gestión en manos del Cardenal Protector, constituyéndolo árbitro de la oportunidad de dar paso o no a su súplica [3].

El cardenal Nina juzgó que la cuestión era oportuna y de efecto seguro; por lo que pasó rápidamente la súplica al Prefecto de Propaganda para la debida presentación. Se encontró en el camino un momentáneo escollo; el cardenal Ferrieri, prefecto de Obispos y Regulares, se opuso a ello a brazo partido, convencido, como siempre, de

[1] Apéndice, Doc. núm. 29.
[2] Ap. Doc. núm. 30.
[3] Ap. Doc. núm. 31.

que la Pía Sociedad Salesiana tenía una existencia precaria y que, a la muerte de don Bosco, se desharía. Pero el Eminentísimo Nina decía y repetía que, de grado o por fuerza, había dos razones para hacer llegar a la conclusión de lo contrario, a saber, el extenderse maravilloso de los Salesianos y el bien incontestable que hacían; un poquito más tarde, pudo añadir todavía una tercera razón, es decir, el caso, único en la historia de las Ordenes religiosas, de que, viviendo el fundador, hubiese un acuerdo tan completo en la elección del sucesor.

Vencidos fácilmente los obstáculos, la respuesta de Roma no podía ser más rápida ni más satisfactoria, tal y como se apresuraron a comunicar al cardenal Alimonda el cardenal Nina [1] y monseñor Jacobini, secretario de Propaganda. Este último le escribió el día nueve de octubre: «En la audiencia del pasado domingo escuchó el Padre Santo la súplica de don Bosco y consintió en dar el carácter episcopal a don Juan Cagliero, nuevo Provicario Apostólico en Patagonia. Creo que, después de esto, habrá que quitar al mismo el *Pro,* mas para ello aguardo a hablar del asunto **[288]** con el cardenal prefecto. Mientras tanto, ruégole avise al querido don Bosco, el cual se alegrará muchísimo. Le pido, si no es atrevimiento, felicite a don Bosco de mi parte por el nuevo honor que obtiene el Oratorio».

Después de esta comunicación oficiosa, llegó la oficial de parte del cardenal Simeoni al cardenal Alimonda y a don Juan Cagliero. Decía al primero que el Santo Padre se había dignado consentir, en atención a la petición hecha por Su Eminencia y a los méritos de don Bosco; y notificaba al segundo que la finalidad de la elevación era para que la mayor potestad y dignidad hiciese su obra más eficaz y provechosa para la Misión. Don Juan Cagliero cumplió su deber dando las gracias a monseñor Jacobini, a los cardenales Simeoni y Nina y al Padre Santo [2].

El Papa, con Breve del treinta de octubre, comunicado por el cardenal Prefecto de Propaganda, nombró a don Juan Cagliero Obispo titular de Mágida [3], publicando después el nombramiento en el Consistorio del trece de noviembre, en cuyo día anunció don Bosco oficialmente al Capítulo Superior la elección recientemente efectuada y los cambios que ella comportaba. La partida de monseñor Cagliero para América dejaba vacante el puesto de Catequista de la Congregación; pero don Bosco no quiso exonerarlo del cargo hasta el Capítulo General de 1886. Para el despacho de los asuntos fue su deseo, en un

[1] Ap. Doc. núm. 32.
[2] Ap. Doc. núm. 33 A-B-C-D.
[3] Ap. Doc. núm. 34.

primer momento, llamar a don Juan Bautista Francesia, pero después prefirió que lo supliera don Julio Barberis, maestro de novicios. Había motivos para temer, como diremos, que Monseñor tuviese que volver a Italia por causas políticas, después de una corta residencia en Argentina.

La sede episcopal de Mágida, como comúnmente se dijo y escribió, o de Mágido, como consta en los documentos oficiales, fue antiguamente sufragánea de Perge en Panfilia, provincia del Asia Menor. Se erigió en el siglo quinto, tuvo insignes Obispos **[289]** hasta el siglo noveno; después, arrastrada por el cisma de Oriente, quedó reducida a un mero título episcopal como muchas otras. El último titular había sido monseñor Bernardino Caldaioli, que había renunciado a ella en 1883 al asumir el gobierno de la iglesia de Grosseto.

Un primer Obispo Salesiano, hijo del Oratorio en toda la extensión de la palabra, casi constituía la solemne consagración de la eficacia educativa de don Bosco. Sólo un educador como don Bosco podía sacar de un natural tan exuberante y rebelde a toda sujeción y en un ambiente tan falto de comodidades materiales un pastor de la Iglesia tan celoso. Había nacido en Castelnuovo de Asti en enero de 1838, quedó huérfano de padre en la infancia y su madre lo puso en manos de don Bosco el año 1851. Aquel año fue nuestro Santo a Castelnuovo a predicar el día de Difuntos y se encontró por vez primera con el jovencito revestido de monaguillo, que le acompañó hasta el púlpito. Después del sermón, su ojo sagaz advirtió en la sacristía que el muchacho lo miraba silencioso, como si tuviese ganas de hablarle y no se atreviese. El mismo le dirigió la palabra y le dijo:

—Parece que tienes algo que decirme, ¿verdad?

—Sí, señor, respondió rápidamente el muchacho. Quiero decirle que deseo ir con usted a Turín para seguir los estudios y hacerme cura.

—Bueno, vendrás conmigo. El señor Párroco ya me ha hablado de ti. Di a tu madre que te acompañe esta tarde a la casa rectoral y allí nos entenderemos.

La madre lo llevó. Don Bosco, que la conocía, díjole bromeando:

—Mi buena Teresa, ¿es verdad que quiere venderme a su hijo?

—¡Ah, no!, exclamó la buena mujer. En Castelnuovo se venden los terneros, pero los hijos se regalan.

—Mejor todavía, si me lo regala, replicó don Bosco. Prepárele unos vestidos y un poco de ropa blanca y mañana me lo llevo conmigo.

[290] Don Bosco lo llevó a Valdocco, le hizo cursar el bachillerato y le impuso la sotana, enviándolo más tarde al seminario arzobispal para hacer los estudios filosóficos y teológicos. Era un joven lleno de vida y dirigía la sacristía, la música, la gimnasia y la catequesis. Todavía clérigo, fue elegido por los socios de la naciente Congregación para formar parte del Capítulo Superior. Se ordenó de sacerdote el año 1862, mas no se dejó halagar por ciertas proposiciones de empleos lucrativos, sino que determinó quedarse para siempre con don Bosco. Hizo un curso de moral casuística bajo la dirección de su paisano don Juan Bautista Bertagna, se doctoró en Teología por la Regia Universidad de Turín y enseñó moral y hermenéutica en el Oratorio, al tiempo que atendía con celo al ministerio de la palabra de Dios y de las confesiones y se ocupaba sin descanso de la música, como ejecutante y compositor. En 1875 lo vimos al frente de la primera expedición de Salesianos a Argentina, donde en dos años de permanencia fundó cinco casas y preparó el terreno para la Misión patagónica. Recibió la orden de volver a Turín, dirigió el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora y en calidad de visitador de la Congregación, recorrió toda Italia y, en nombre de don Bosco fundó diversas casas; para cuyo fin estuvo también dos veces en Francia, tres en España y una en Portugal. Era, pues, lo que ahora se dice, en el buen sentido de la palabra, un hombre experimentado.

Ya elegido Obispo, picábale una curiosidad. Unos treinta años antes, en 1855, estaban seis clérigos alrededor de don Bosco sentado a la mesa y, bromeando, conversaban con él sobre su porvenir. Don Bosco dijo:

—Uno de vosotros será Obispo.

Los clérigos eran Juan Anfossi, Juan Cagliero, Juan B.ta Francesia, Félix Reviglio, Miguel Rúa y Juan Turchi; todos ellos tomaron la cosa a broma, pues su humilde condición social y la modesta posición de don Bosco y del Oratorio parecían excluir toda verosimilitud de que les pudiese tocar tan alto honor. Además, en aquel tiempo, ninguno pensaba en las Misiones extranjeras. Pero una palabra de don Bosco no se olvidaba fácilmente; por eso, Cagliero se desvivía por saber qué se escondía bajo **[291]** aquel lejano vaticinio, que acababa de cumplirse en su persona. Preguntó, pues, al Santo por ello, y éste le contestó que se lo diría la víspera de su consagración. Aquella tarde le reveló el misterio en su habitación.

El hecho se remontaba al 1854, cuando el joven Cagliero asistiendo a los atacados por el cólera, había contraído una infección tifoidea. Su estado no dejaba ya un hilo de esperanza. Don Bosco fue a verle

para disponerlo a una buena muerte y se detuvo en el umbral; una improvisa aparición cautivó su mirada. Una fulgurante paloma con un ramito de olivo en el pico revoloteaba por la estancia hasta que, dirigiéndose a la camita del enfermo y deteniendo el vuelo sobre la cabeza, tocóle los labios con las verdes hojitas, dejó caer el ramito sobre la cabeza y, lanzando destellos de luz deslumbradora, desapareció. Siguió después una segunda visión. Desaparecieron las paredes y una multitud de caras de salvajes se apiñaban alrededor de la cama y fijaban los ojos sobre el moribundo, casi temerosos por su suerte. Dos hombres especialmente se diferenciaban de los demás, uno de horrendo aspecto negruzco y el otro cobrizo muy alto y de aspecto guerrero; también ellos estaban inclinados con ansiedad sobre el muchacho. Todo se desarrolló con fulmínea rapidez y ninguno de los presentes se dio cuenta de nada. Comprendió el Santo que todavía no había sonado la hora suprema para Juanito. Parecióle poder reconocer en la paloma la plenitud de la gracia sacerdotal, en el ramito de olivo la predicación del evangelio de paz y, en aquellos bárbaros semblantes, tribus salvajes por convertir. Y he aquí que entonces se realizaba todo conforme a sus presagios.

Monseñor Cagliero escuchó enternecido la narración; rogó después a don Bosco que tuviese a bien repetirla durante la cena a los Superiores del Capítulo. Don Bosco, que no sabía negarse cuando descubría algún bien, condescendió [1].

[292] La consagración episcopal quedó fijada para el siete de diciembre, de modo que el novel Obispo pudiera celebrar su primer pontifical al día siguiente, festividad de la Inmaculada. Para proveerle de vestiduras, objetos y ornamentos envió don Miguel Rúa una circular impresa invocando el caritativo concurso de señoras que conocían al nuevo Prelado [2]. Y la Madre General de las Hijas de María Auxiliadora, considerando como suya la misma circular, contribuyó a su mayor difusión. Don Bosco envió la siguiente invitación impresa a los principales bienhechores:

---

[1] Lo que aquí decimos en breve, queda narrado con todos los pormenores por Lemoyne en *Memorias Biográficas* vol. V pág. 86 y ss. El concluye la narración diciendo: «Nosotros escribimos estas páginas aquella misma noche al dictado de monseñor Cagliero». Las dos figuras características ostentaban las contraseñas de los fueguinos y los patagones.

[2] Ap. Doc. núm. 35. La circular llegó a manos de un masón, el cual se enfureció tanto al leerla que escribió una carta, como sólo podía hacerlo un energúmeno. Es también un documento del ciego anticlericalismo del siglo pasado, que de tantas maneras puso trabas a don Bosco y a su obra (Ap. Doc. núm. 36).

Benemérito Señor:

Conozco la benevolencia que V. S. mostró siempre al Oratorio de San Francisco de Sales y el vivo interés que tuvo, en toda ocasión, por cuanto le concierne.

Por ello, tengo la gran satisfacción de comunicarle que el día siete de los corrientes, domingo, a las siete y media de la mañana se celebrará en la iglesia de María Santísima Auxiliadora la Consagración Episcopal de Monseñor Juan Cagliero, alumno del mismo Oratorio, preconizado por Su Santidad León XIII, en el consistorio del trece de noviembre pasado, Obispo titular de Mágida, en Panfilia y Provicario Apostólico de Patagonia Septentrional.

Será consagrado por Su Eminencia Reverendísima el señor Cardenal Cayetano Alimonda, nuestro veneradísimo Arzobispo, con asistencia de sus excelencias Reverendísimas monseñor Juan Bautista Bertagna, Obispo titular de Cafarnaún, y monseñor Emiliano Manacorda, Obispo de Fossano.

Sería algo muy grato para mí que V. S. pudiera asistir a dicha función; mas si no se lo permitiesen sus ocupaciones, ruégole tenga a bien aceptar la cordial invitación que le hago de venir a honrar nuestra comida a las doce y media.

Por la tarde, a eso de las seis, habrá un breve acto académico en honor del nuevo Obispo.

Con la esperanza que V. S. tendrá a bien acceder al vivo deseo **[293]** de tenerle con nosotros aquel día memorable, le doy las gracias anticipadas, y deseándole de Dios y de la Virgen Inmaculada toda suerte de bienes, me profeso con mucho agradecimiento y aprecio,

De V. S. B.

Turín, 3 de diciembre de 1884

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P.D. Si V. S. pudiese venir a nuestra casa para la hora de la comida, ruégole tenga la bondad de advertírmelo.

Un cuarto Obispo asistió a la ceremonia: fue monseñor De Macedo Costa, de Belem del Pará, en Brasil, el cual iba de viaje desde París a Roma y se detuvo en Turín para visitar a don Bosco y pedirle la ayuda de los Salesianos. Encorvada por el peso de sus ochenta y ocho años asistía anegada en lágrimas al sagrado rito la madre del elegido y, en la penumbra del presbiterio, su gran padre espiritual atraía hacia sí las miradas conmovidas de los numerosos amigos y admiradores. Hubiera deseado también la asistencia de un padrino y una madrina, cuyo honor había ofrecido a los condes Colle [1]; pero el estado de su salud no les permitió emprender el largo viaje.

Al término de la solemne función, mientras el Cardenal y los cuatro Obispos, precedidos por el clero, entre dos apiñadas hileras de pueblo, se encaminaban a través de la iglesia a la primera sacristía, el

[1] Carta, 7 de noviembre de 1884.

consagrado se separó del cortejo, y se volvió hacia donde sabía que estaba su madre. La amable viejecita, sostenida por uno de sus hijos y por un nieto, salió a su encuentro e intentó arrodillarse; pero el hijo se anticipó, apretó contra su pecho la venerable cabeza y, en medio de la emoción de los presentes, la volvió delicadamente al asiento. Poco tiempo tenía que sobrevivir a tanto gozo la afortunada mujer, pues el día de Navidad cesó de latir su cansado corazón.

Con dificultad siguió entre el gentío hacia la segunda sacristía y vio entonces a don Bosco que, con la cabeza descubierta, se acercaba y se arrodillaba para besarle el anillo. Monseñor, que ocultaba **[294]** la mano entre los pliegues de los ornamentos se lanzó a sus brazos. ¡Fue una escena dulcísima, embellecida por las lágrimas! El Santo pudo después estampar su beso en aquel anillo, que el Obispo no había permitido besar antes a ninguno. A partir de entonces, don Bosco guardó siembre con monseñor Cagliero los mismos miramientos que tenía con los demás Obispos, besándole el anillo y dándole las preferencias debidas al carácter episcopal.

En el banquete dado aquel día en su honor, tomaron parte muchos. Nos parece digno recordar entre los brindis el del padre barnabita Denza, insigne físico y astrónomo, que sacó de su ciencia una imagen genial.

—Parecíame, dijo, que me encontraba durante el banquete observando el cielo en mi terraza y contemplando una de las más hermosas constelaciones, la del Tauro [1], y, cerca de ésta, las Pléyades, y debajo, Argos. Pues bien, veía delante la estrella principal del Tauro en la persona del Eminentísimo Arzobispo de Turín; las cuatro estrellas, que le hacen corona, en los cuatro Excelentísimos Obispos aquí presentes; la estrella, que apenas se ve a simple vista por la gran distancia, pero que, en realidad, es grandísima, simboliza a don Bosco. Las Pléyades me representan los colegios de don Bosco, el número infinito de los alumnos y Cooperadores salesianos; y como acá y allá brillan entre las nebulosas algunas fúlgidas estrellas, descubro en ellas a los egregios Directores de los colegios llegados aquí para la fiesta. Por último, la constelación de Argos, llamada así por la mítica expedición de los argonautas, está representada por monseñor Cagliero, que, conquistador como Jasón y, al mismo tiempo, músico como Orfeo, se lanza intrépido con los suyos a una conquista, de la que un vellocino de oro no puede ser más que un pálido símbolo de la realidad.

[1] Alusión a la ciudad de Turín.

El festejado respondió a los que le habían brindado evocando un episodio, que hemos de recoger para nuestra historia.

—Hace veinte años, dijo, don Bosco acompañado por unos veinte jóvenes, después de una pesada marcha por la Liguria, llegaba al pueblo de Gavi. Allí se encontraron él y los suyos con un magnífico **[295]** banquete, preparado por un piadoso canónigo de Génova, que solía pasar en Gavi alguna temporada. Al atardecer, despidióse don Bosco y se alejó del pueblo con su comitiva. El piadoso canónigo deseaba verlo un poco más y acompañarle un trecho; pero don Bosco ya se había adelantado tanto por los valles que conducen a Orba, que aquél, acompañado por don Juan Cagliero, en vano intentó alcanzarlo. Entonces el piadoso canónigo exclamó que con mucho gusto vería una vez más al providencial don Bosco, porque sólo las montañas no se encuentran en este mundo. Pues bien, aquel piadoso canónigo es el cardenal Alimonda de hoy, que después de veinte años encuentra otra vez a su lado al sacerdote don Bosco [1].

Desde el año 1841 solía don Bosco dar una conferencia a sus hijos en el día de la Inmaculada, reuniendo en un primer momento a los muchachos, después a los catequistas, más tarde a los clérigos y, por último, a los Salesianos, a medida que el desarrollo de su institución iba dando a unos preponderancia sobre los otros. El año 1884 las fiestas del Obispo habían absorbido los pensamientos del Oratorio antes, durante y después del día ocho de diciembre; pero él, que no quería renunciar a la buena costumbre, convocó la reunión para el día trece. Aquella tarde, a eso de las seis, reunidos todos los hermanos en el locutorio junto a la portería, el Siervo de Dios, después de recordar con alegría el gran acontecimiento de la semana anterior, dejóse llevar en alas de los recuerdos hasta los remotos orígenes del Oratorio, para venir a parar a los tiempos recientes. Al principio, con su mamá Margarita, él lo era todo: cocinero, maestro, jefe, asistente. Una misma sala servía para escuela, taller, refectorio, dormitorio. Después llegaron los primeros ayudantes; don Miguel Rúa, don Juan Cagliero, don Juan Bautista Francesia, don Celestino Durando, don José Lazzero. Sacrificios y trabajo continuo en todas las dependencias de la casa y en oratorios festivos, y **[296]** estudiar teología para sí mismos y seguir la carrera de letras en la Universidad para enseñar a los demás.

---

[1] Fue éste el último paseo otoñal y el más largo de los que dio don Bosco con sus muchachos. Pertenece al año 1864. Lemoyne lo describe en tres capítulos (LXXIII, LXXIV y LXXV) del volumen VII, haciendo mención también de este episodio. Pero no dice palabra de otro pequeño episodio sucedido en Cremolino; véase Ap. Doc. núm. 37.

Por último, la situación presente de las cosas, las comodidades introducidas, la mayor facilidad para mantener el orden, gracias a la oportuna división de los superiores, unos para dirigir a los aprendices, otros para dirigir a los estudiantes. Proclamó como vínculo indisoluble para promover y mantener este orden la santa obediencia.

—Muchos, siguió don Bosco, vienen a hablarme y me dicen: «Padre, yo ahora, descargado de esa o de esotra ocupación, relegado a aquel colegio, lejos de su cuidado paternal, necesito un recuerdo». Y yo les doy el que creo más oportuno; pero, creedme, hijos míos, ¡guardad nuestras santas Reglas! Ese es el mayor y más querido recuerdo, que este vuestro pobre y anciano padre puede dejaros. Las Reglas están aprobadas por la Santa Madre Iglesia que no se equivoca nunca; por consiguiente, obedeciéndolas, nosotros obedecemos inmediatamente a Dios. ¿Cuántos hay en este mundo que tengan la suerte de poder decir: «Estoy seguro de que, obrando de esta manera, alcanzaré la salvación de mi alma?». No me detengo a desarrollar puntos tan bellos y tan importantes, que necesitarían por sí mismos libros enteros. Mis escasas fuerzas no aguantarían largos razonamientos; por otra parte, estas verdades ya os fueron explicadas. Concluiré, pues, con un pensamiento, que me interesa muchísimo. El Apóstol san Juan, cuando pasaba ya de los cien años y no podía hablar largo rato de las cosas de Dios, se hacía llevar a la iglesia y repetía a los discípulos reunidos: *Dilígite alterutrum* (Amaos unos a otros) y nada más. A veces los discípulos le preguntaban: «¿Y después de esto, qué más hemos de hacer?» *¡Dilígite alterutrum!,* repetía. Pero cansados los cristianos de oírle siempre el mismo consejo, le rogaron humildemente que les diera alguna explicación de su insistencia. «Porque, contestó el santo Apóstol, quien cumple el precepto de la caridad, ¡lo ha hecho todo!». Lo mismo os digo yo a vosotros, queridos hijos míos. Amaos los unos a los otros, socorreos los unos a los otros con toda caridad; no suceda nunca que uno tenga rencor contra su hermano o lo **[297]** desacredite con palabras incorrectas. ¡Ay de quien procede de este modo! Tenemos que perdonar a nuestro hermano, como deseamos que Dios nos perdone nuestros pecados. ¿Y cómo podremos decir: *dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris,* si después alimentamos en el corazón sentimientos de odio? ¡Ah!, no olvidemos las palabras de Jesucristo a los Apóstoles: *Os reconocerán como discípulos míos, si os amáis unos a otros.*

En la novena de Navidad, salió Monseñor para Roma. Ya se había entendido con monseñor Jacobini para tener audiencia del Padre Santo entre el día veinte y el veintidós de diciembre. Fue recibido por

el Papa el día veintidós y salió de ella muy animado. León XIII, a más de la gran benevolencia que le demostró, volvió a hacer una recomendación para don Bosco:

—Decid a don Bosco que se cuide, porque su salud es preciosa para nuestra Congregación y para toda la Iglesia [1].

Monseñor Cagliero regresó a Turín y no perdía tiempo; no paraba de celebrar funciones y dar conferencias. Así, el día treinta y uno de diciembre consagró la iglesia de María Auxiliadora en Nizza Monferrato [2]; habló a los Cooperadores en la iglesia de San Juan Evangelista, substituyendo a don Bosco; habló también en Lu, en Casale y en otras partes.

Cuando se aproximaba el día de su partida y se activaban los preparativos, fue testigo de la calma inalterable de don Bosco en los casos adversos e imprevistos. El día 24 de enero de 1885, estaba a la mesa con él, cuando se oyó gritar desde el patio:

—¡Fuego, fuego!

Todos se levantaron de la mesa y corrieron a la galería, menos don Bosco, que no se movió. El fuego había prendido en el taller de encuadernación. Parecía que había llegado el fin del mundo a la casa; unos corrían, otros gritaban. Había un barullo espantoso, pidiendo agua y yendo por ella; todo era confusión, azoramiento. Mientras tanto el incendio crecía, amenazando invadir los dormitorios. Don Bosco, recogido en profunda oración, sin sombra de espanto, preguntaba de vez en **[298]** cuando si había peligro para los muchachos, si había víctimas, y, al contestársele siempre que no, dijo al fin:

—Si es así, ¡hágase la voluntad de Dios!

Y así quedó, constantemente dueño de sí mismo y por nada mostróse turbado.

La mayoría de los Superiores, incluido el Obispo, habían bajado y se acercaron al lugar del incendio. Llegaron los bomberos, que dominaron en poco tiempo las llamas. Inesperadamente llegó también el conde de Sambuy, Alcalde de Turín. Monseñor le acompañó hasta la habitación próxima al comedor, donde encontraron a don Bosco tranquilo como siempre. Dirigiéndose al Alcalde, le dijo:

—Agradezco su atención, señor Conde. Siempre ha querido a nuestro Oratorio y ahora nos da una prueba más de ello. Me dicen que ya han aislado el fuego y que no peligra el resto de la casa. Demos gracias a Dios. En medio del susto de todos, sólo don Bosco permane-

---

[1] *Sum. sup. virt.* núm. XIX, 10

[2] Ap. Doc. núm. 38.

ció impasible y resignado a la santa voluntad de Dios. El día veintiséis escribía al príncipe Czartoryski: «Se enterará por los periódicos que el sábado se incendió una parte notable de nuestra casa. Los daños son muy graves; pero las personas se han salvado. Bendito sea Dios en los éxitos y en los fracasos». Un rasgo amoroso de la Providencia vino pronto a premiar su confianza en Dios y a alentar a los pusilánimes. Se necesitaban inmediatamente diez mil liras para reparar lo antes posible la encuadernación y llegó inesperadamente una carta de Francia con un cheque para cobrar precisamente aquella cantidad.

Los alumnos del colegio Manfredini, conmovidos al oír la narración de la desgracia que les hizo don Juan Baùtista Tamietti, improvisaron una colecta con la que recogieron ciento noventa y cinco liras. El Director las envió a don Juan Bautista Lemoyne, para que las presentase a don Bosco, el cual quedó vivamente emocionado y encargó al mismo Lemoyne que les diera las gracias, indicándole el esbozo de la carta [1]. Hasta el Papa, informado de la desgracia, **[299]** envió a don Bosco una bendición especial para consolarle [2].

Llegóse, entre tanto, a la víspera de la partida. A lo largo de toda la jornada, seguía don Bosco con la idea puesta en Monseñor y los otros que iban a marchar tan lejos, y en la absoluta imposibilidad de acompañarlos, como las veces anteriores, hasta el embarque. Esto y más aún la imposibilidad de darles al menos el adiós en la iglesia de María Auxiliadora le causaban sobresaltos de conmoción, que por momentos le oprimían y le dejaban abatido. Y he aquí que, en la noche del treinta y uno de enero al primero de febrero, tuvo un sueño semejante al de 1883 sobre las Misiones. Lo contó a don Juan Bautista Lemoyne, el cual lo escribió inmediatamente. Es el siguiente:

Me pareció acompañar a los misioneros en su viaje. Hablamos durante unos momentos antes de salir del Oratorio. Todos estaban a mi alrededor y me pedían consejo; y me pareció que les decía:

—No con la ciencia, no con la salud, no con las riquezas, sino con el celo y la piedad, haréis mucho bien, promoviendo la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Poco antes estábamos en el Oratorio y después, sin saber qué camino habíamos seguido y de qué medios habíamos usado, nos encontramos inmediatamente en América. Al llegar al final del viaje, me vi sólo en medio de una extensísima llanura, colocada entre Chile y la República Argentina. Mis queridos misioneros se habían dispersado tanto por aquel espacio sin límites que apenas si los distinguía. Al contemplarlos, quedé maravillado, pues me parecían muy pocos. Después de haber mandado tantos Salesianos a América, pensaba que vería un mayor número de misioneros.

[1] Ap. Doc. núm. 39.

[2] Carta de don Francisco Dalmazzo a don Bosco, Roma 3 de febrero de 1885.

Pero seguidamente, reflexionando, comprendí que el número era pequeño porque se habían distribuido por muchos sitios, como simiente que debía ser transportada a otro lugar para ser cultivada y para que se multiplicase.

Aparecían en aquella llanura muchas y numerosas calles formadas por casas levantadas a lo largo de las mismas. Aquellas calles no eran como las de esta tierra, ni las casas como las de este mundo. Eran objetos misteriosos y diría casi espirituales. Las calles se veían recorridas por vehículos o por otros medios de locomoción que, al correr, adoptaban mil aspectos fantásticos y mil formas diversas, aunque todas magníficas y estupendas, tanto que no sería capaz de describir ni una sola de ellas. Observé con estupor que los vehículos, al llegar junto a los grupos **[300]** de las casas, a los pueblos, a las ciudades, pasaban por encima, de manera que el que en ellos viajaba veía al mirar hacia abajo los tejados de las casas, las cuales, aunque eran muy elevadas, estaban muy por debajo de aquellos caminos, que mientras atravesaban el desierto estaban adheridos al suelo y, al llegar a los lugares habitados, se convertían en caminos aéreos, como formando un mágico puente. Desde allá arriba, se veían los habitantes en las casas, en los patios, en las calles y en los campos, ocupados en labrar sus tierras.

Cada una de aquellas calles conducía a una de nuestras Misiones. Al fondo de un camino larguísimo que se dirigía hacia Chile, vi una casa [1] con muchos Salesianos, los cuales se ejercitaban en la ciencia, en la piedad, en los diferentes artes y oficios y en la agricultura. Hacia el Mediodía estaba la Patagonia. En la parte opuesta, de una sola ojeada, pude ver todas nuestras casas de la República Argentina. Las del Uruguay, Paysandú, Las Piedras, Villa Colón; en Brasil pude ver el Colegio de Niterói y muchos otros institutos esparcidos por las provincias de aquel imperio. Hacia Occidente se abría una última y larguísima avenida que, atravesando ríos, mares y lagos, conducía a países desconocidos. En esta región, vi pocos Salesianos. Observé con atención y pude descubrir solamente a dos.

En aquel momento, apareció junto a mí un personaje de noble aspecto, un poco pálido, grueso, de barba rala y de edad madura. Iba vestido de blanco, con una especie de capa color rosa bordada con hilos de oro. Resplandecía en toda su persona. Reconocí en él a mi intérprete.

—¿Dónde nos encontramos?, le pregunté señalándole aquel último país.

—Estamos en Mesopotamia, me replicó.

—¿En Mesopotamia?, le repliqué. Pero, si esto es la Patagonia.

—Te repito, me replicó, que esto es Mesopotamia.

—Pues a pesar de ello... no logro convencerme.

—Pues así es: Esto es Me... so... po... ta... mia, concluyó el intérprete silabeando la palabra, para que me quedase bien impresa en la memoria.

—¿Y por qué los Salesianos que veo aquí son tan pocos?

—Lo que no hay ahora, lo habrá con el tiempo, contestó mi intérprete.

Yo, entretanto, siempre de pie en aquella llanura, recorría con la vista aquellos caminos interminables y contemplaba con toda claridad, pero de manera inexplicable, los lugares que están y estarán ocupados por los Salesianos. ¡Cuántas cosas mag-

[1] Todos los detalles topográficos anteriores y los que siguen, parecen indicar la casa de Fortín Mercedes, a la orilla izquierda del Colorado. Es la casa de formación de la Inspectoría de San Francisco Javier, con estudiantado numeroso, escuelas profesionales, escuela de agricultura, y santuario, meta de peregrinaciones.

níficas vi! ¡Vi todos y cada uno de los colegios! Vi como en un solo punto el pasado, el presente y el porvenir de nuestras misiones. De la misma manera que lo contemplé todo en conjunto de una sola mirada, lo vi también particularmente, siéndome imposible dar una idea, aunque somera, de aquel espectáculo. Solamente lo que pude contemplar en aquella **[301]** llanura de Chile, de Paraguay, de Brasil, de la República Argentina, sería suficiente para llenar un grueso volumen, si quisiese dar una breve noticia de todo ello. Vi también en aquella amplia extensión, la gran cantidad de salvajes que están esparcidos por el Pacífico hasta el golfo de Ancud, por el Estrecho de Magallanes, Cabo de Hornos, Islas de San Diego, en las islas Malvinas. Toda la mies destinada a los Salesianos. Vi que entonces los Salesianos sembraban solamente, pero que nuestros seguidores cosecharían. Hombres y mujeres vendrán a reforzarnos y se convertirán en predicadores. Sus mismos hijos, que parece imposible puedan ser ganados para la fe, se convertirán en evangelizadores de sus padres y de sus amigos. Los Salesianos lo conseguirán todo con la humildad, con el trabajo, con la templanza. Todas las cosas, que yo contemplaba en aquel momento y que vi seguidamente, se referían a los Salesianos, su regular establecimiento en aquellos países, su maravilloso aumento, la conversión de tantos indígenas y de tantos europeos allí establecidos. Europa se volcará hacia América del Sur. Desde el momento en que en Europa se empezó a despojar a las iglesias de sus bienes, comenzó a disminuir el florecimiento del comercio, el cual fue e irá cada vez más de capa caída. Por lo que los obreros y sus familias, impulsados por la miseria, irán a buscar refugio en aquellas nuevas tierras hospitalarias.

Una vez contemplado el campo que el Señor nos tiene destinado y el porvenir glorioso de la Congregación Salesiana, me pareció que me ponía en viaje para regresar a Italia. Era llevado a gran velocidad por un camino extraño, altísimo, y de esa manera llegué al Oratorio. Toda la ciudad de Turín estaba bajo mis pies y las casas, los palacios, las torres me parecían bajas casucas: tan alto me encontraba. Plazas, calles, jardines, avenidas, ferrocarriles, los muros que rodean la ciudad, los campos, las colinas circundantes, las ciudades, los pueblos de la provincia, la gigantesca cadena de los Alpes cubierta de nieve estaban bajo mis pies y ofrecían a mis ojos un espectáculo maravilloso. Veía a los jóvenes allá en el Oratorio, tan pequeños que parecían ratoncitos. Pero su número era extraordinariamente grande; sacerdotes, clérigos, estudiantes, maestros de talleres lo llenaban todo; muchos partían en procesión y otros llegaban a ocupar las vacantes dejadas por los que se marchaban. Era un ir y venir continuo.

Todos iban a concentrarse en aquella extensísima llanura entre Chile y la República Argentina, de la cual había vuelto en un abrir y cerrar de ojos. Yo lo contemplaba todo. Un joven sacerdote, parecido a nuestro don José Pavía, pero que no lo era, con aire afable, palabra cortés y de cándido aspecto y encarnadura de niño, se acercó a mí y me dijo:

—He aquí las almas y los países destinados a los hijos de San Francisco de Sales.

Yo estaba maravillado al ver la inmensa multitud que se había concentrado allí en un momento, desapareciendo seguidamente, sin que se distinguiese apenas en la lejanía la dirección que había tomado.

Ahora noto que, al contar mi sueño, lo hago a grandes rasgos, no siéndome posible precisar la sucesión exacta de los magníficos espectáculos **[302]** que se me ofrecían a la vista y las varias circunstancias accesorias. El ánimo desfallece, la memoria flaquea, la palabra es insuficiente. Además del misterio que envolvía aquellas escenas, éstas se alternaban, se mezclaban, se repetían según diversas concentraciones

y divisiones de los misioneros y el acercarse o alejarse de ellos a aquellos pueblos llamados a la fe y a la conversión.

Lo repito: veía en un solo punto el presente, el pasado y el futuro de aquellas misiones, con todas sus fases, peligros, éxitos, contrariedades y desengaños momentáneos que acompañaban a este apostolado. Entonces lo comprendía claramente todo, pero ahora es imposible deshacer esta intriga de hechos, de ideas, de personajes. Sería como quien quisiese condensar en un solo capítulo y reducir a un solo hecho y a una unidad el espectáculo del firmamento, describiendo el movimiento, el esplendor, las propiedades de todos los astros con sus relaciones y leyes particulares y recíprocas; mientras que un solo astro proporcionaría materia suficiente para ocupar la atención estudiosa de la mente mejor dotada. Y he de hacer notar que aquí se trata de cosas que no tienen relación con los objetos materiales.

Reanudemos, pues, el relato: dije que quedé maravillado al ver desaparecer tan inmensa multitud. Monseñor Cagliero estaba en aquel momento a mi lado. Algunos misioneros permanecían a cierta distancia. Otros estaban a mi alrededor, en compañía de un buen número de Cooperadores Salesianos, entre los cuales distinguí a Monseñor Espinosa, al Doctor Torrero, al Doctor Carranza y al Vicario General de Chile [1].

Entonces el intérprete de siempre vino hacia mí, mientras yo hablaba con monseñor Cagliero y con muchos otros intentando aclarar si aquel hecho encerraba algún significado. De la manera más cortés, el intérprete me dijo:

—Escucha y verás.

Y he aquí que, al instante, aquella extensa llanura se convirtió en un gran salón. Yo no sería capaz de describir su magnificencia y riqueza. Solamente diré que si alguien intentase dar una idea de ella y lo consiguiese, ningún hombre podría soportar su esplendor ni aun con la imaginación. Su amplitud era tal que no se podía abarcar con la vista, ni se podían ver sus muros laterales. Su altura era inconmensurable. Su bóveda terminaba en arcos altísimos, amplios y resplandecientes en sumo grado, sin que se distinguiese el lugar sobre el que se apoyaban. No existían pilastras ni columnas. En general, parecía que la cúpula de aquella gran sala fuese de candidísimo lino a guisa de tapiz. Lo mismo habría que decir del pavimento. No había luces, ni sol, ni luna, ni estrellas, pero sí un resplandor general que se difundía igualmente por todas partes.

La misma blancura del lino resplandecía y hacía visible y amena cada una de las partes del salón, su ornamentación, las ventanas, la entrada, la salida. Se sentía en todo el ambiente una suave fragancia mezclada con los más gratos olores.

[303] Un fenómeno se produjo en aquel momento. Una serie de pequeñas mesas formaban una sola de longitud extraordinaria. Las había dispuestas en todas las direcciones y todas convergían en un único centro. Estaban cubiertas de elegantísimos manteles y, sobre ellas, se veían colocados hermosísimos floreros con multiformes y variadas flores.

La primera cosa que notó monseñor Cagliero fue:

—Las mesas están aquí, pero ¿y los manjares?

En efecto, no había preparada comida alguna, ni bebida de ninguna especie, ni había tampoco platos, ni copas, ni recipientes en los cuales se pudiesen colocar los manjares.

---

[1] Tal vez quería decir monseñor Domingo Cruz, Vicario Capitular de la diócesis de Concepción.

El intérprete replicó entonces:

—Los que vienen aquí *neque sitient, neque esurient amplius.*

Dicho esto, comenzó a entrar gente, vestida de blanco, con una sencilla cinta a manera de collar, de color rosa, recamada de hilos de oro que les ceñía el cuello y las espaldas. Los primeros en entrar formaban un número limitado, sólo un pequeño grupo. Apenas penetraban en aquella gran sala se iban sentando en torno a la mesa para ellos preparada, cantando: ¡Viva! ¡Triunfo! Y entonces comenzó a aparecer una variedad de personas, grandes y pequeños, hombres y mujeres, de todo género, de diversos colores, formas y actitudes, resonando los cánticos por todas partes. Los que estaban ya colocados en sus puestos cantaban: ¡Viva! Y los que iban entrando: ¡Triunfo! Cada turba que penetraba en aquel local representaba a una nación o sector de nación que sería convertida por los misioneros.

Di una ojeada a aquellas mesas interminables y comprobé que había sentadas junto a ellas muchas hermanas nuestras y gran número de nuestros hermanos. Estos no llevaban distintivo alguno que proclamase su calidad de sacerdotes, clérigos o religiosas, sino que, al igual de los demás, tenían la vestidura blanca y el manto de color rosa.

Pero mi admiración creció de pronto cuando vi a unos hombres de aspecto tosco, con el mismo vestido que los demás, cantando: ¡Viva! ¡Triunfo!

Entonces nuestro intérprete dijo:

—Los extranjeros y los salvajes, que bebieron la leche de la palabra divina de sus educadores, se hicieron propagandistas de la palabra de Dios.

Vi, en medio de la multitud, grupos de muchachos con aspecto rudo y extraño, y pregunté:

—¿Y estos niños que tiene una piel tan áspera que parece la de los sapos, pero tan bella y de un color tan resplandeciente? ¿Quiénes son?

El intérprete respondió:

—Son los hijos de Cam que no han renunciado a la herencia de Leví. Estos reforzarán los ejércitos para defender el reino de Dios que ha llegado finalmente a nosotros. Su número era reducido, pero los hijos de sus hijos lo han acrecentado. Ahora escuchad y ved, pero no podréis entender los misterios que contemplaréis.

Aquellos jovencitos pertenecían a la Patagonia y al Africa Meridional.

[304] Entretanto aumentaron tanto las filas de los que penetraron en aquella sala extraordinaria, que todos los asientos aparecían ocupados. Sillas y escaños no tenían una forma determinada, sino que tomaban la que cada uno quería. Cada uno estaba contento del lugar que ocupaba y del que ocupaban los demás.

Y he aquí que, mientras de todas partes salían voces de: ¡Viva! ¡Triunfo!, llegó finalmente una gran turba que, en actitud festiva, venía al encuentro de los que ya habían entrado, cantando: ¡Aleluya, gloria, triunfo!

Cuando la sala apareció completamente llena y los millares de reunidos eran incontables, se hizo un profundo silencio y, seguidamente, aquella multitud comenzó a cantar dividida en coros diversos:

El primer coro: *Appropinquavit in nos regnum Dei, laetentur Coeli et exultet terra, Dominus regnavit super nos, alleluia.*

El segundo coro: *Vicerunt et ipse Dominus dabit edere de ligno vitae et non esurient in aeternum, alleluia.*

Y un tercer coro: *Laudate Dominum omnes gentes, laudate eum omnes populi.*

Mientras cantaban estas y otras cosas alternando los unos con los otros, de pronto se hizo por segunda vez un profundo silencio. Después comenzaron a resonar voces

que procedían de lo alto y de lejos. El sentido del cántico era éste y la armonía que le acompañaba era difícil de expresar: *Soli Deo honor et gloria in saecula saeculorum.* Otros coros, que resonaban siempre en la altura y desde muy lejos, respondían a estas voces: *Semper gratiarum actio illi qui erat, est et venturus est. Illi eucharistia, illi soli honor sempiternus.*

Pero, en aquel momento, los coros bajaron y se acercaron. Entre aquellos músicos celestes estaba Luis Colle. Los que estaban en la sala comenzaron entonces a cantar y se unieron, mezclándose las voces de manera que semejaban instrumentos músicos maravillosos, con unos sonidos cuya extensión no tenía límites. Aquella música parecía compuesta al mismo tiempo por mil notas y mil grados de elevación que se unían formando un solo acorde. Las voces altas subían de una manera imposible de imaginar. Las voces de los que estaban en la sala bajaban sonoras y alcanzaban escalas difíciles de expresar. Todos formaban un coro único, una sola armonía, pero tanto los bajos como los contraltos eran de tal gusto y belleza y penetraban en los sentidos produciendo tal efecto, que el hombre se olvidaba de su propia existencia y yo caí de rodillas a los pies de monseñor Cagliero exclamando:

—¡Oh, Cagliero! ¡Estamos en el Paraíso!

Monseñor Cagliero me tomó por la mano y me dijo:

—No es el Paraíso, es una sencilla, una débil figura de lo que en realidad será el Paraíso.

Entretanto las voces humanas de los dos grandiosos coros proseguían y cantaban con indecible armonía: *Soli Deo honor et gloria et triumphus, alleluia, in aeternum, in aeternum!*

[305] Aquí me olvidé de mí mismo y no sé qué fue de mí.

Por la mañana, a duras penas me podía levantar del lecho; apenas me daba cuenta de lo que hacía cuando me dirigía a celebrar la Santa Misa.

El pensamiento principal, que me quedó grabado después de este sueño, fue el de dar a monseñor Cagliero y a mis queridos misioneros un aviso de suma importancia relacionado con la suerte futura de nuestras Misiones:

—Todas las solicitudes de los Salesianos y de las Hijas de María Auxiliadora han de encaminarse a promover vocaciones eclesiásticas y religiosas.

Cada vez que al contar este sueño repetía las palabras: ¡Viva! ¡Triunfo!, la voz de don Bosco, como nos asegura Lemoyne, asumía un acento tan vibrante que hacía temblar. Cuando al final nombró a su querido monseñor Cagliero, suspendió por unos instantes la narración, un sollozo le truncó la palabra y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Don Santiago Castamagna, al dar las gracias a Lemoyne que le había enviado copia de éste y de otro sueño, le decía: «Diga también a don Bosco que no obedeceremos las palabras que nos escribió en su última carta [1]: «No creáis lo que expresan mis sueños», pues nosotros, contentos de hacer la profesión de fe de Urbano VIII, creemos en las visiones de nuestro Padre, el cual, nunca lo olvidaré, me dijo un día:

»—Entre tantas Congregaciones y Ordenes religiosas, tal vez la nuestra fue la que recibió con más frecuencia la palabra de Dios».

[1] Carta sin fecha; mas, por el contexto, se arguye que fue escrita a primeros de mayo.

El día primero de febrero por la mañana Monseñor ordenó en la iglesia de María Auxiliadora a ocho sacerdotes, dos diáconos, cuatro subdiáconos y confirió las órdenes menores a diez clérigos; algunos de estos recién ordenados iban a partir con él. En la ceremonia vespertina del adiós, él mismo pronunció el discurso; vino después el Cardenal a bendecir a los que iban a emprender el viaje. Don Bosco tuvo que obedecer la prescripción de los médicos de no salir en absoluto de su habitación. Sólo al día siguiente, se comprendió cuál fue el motivo del malestar que le inquietaba.

Monseñor, después de despedir a sus compañeros de viaje en la misma tarde **[306]** del día primero de febrero, se quedó todavía en el Oratorio, porque se encontraba demasiado cansado y contaba con alcanzar a los otros en Sampierdarena al día siguiente. Esta breve demora le proporcionó la satisfacción de un último afectuoso coloquio con don Bosco.

Aquella tarde, pues, hacia las siete, fue a verle y sin decir palabra se sentó a su lado. También don Bosco callaba. ¡Cuántos recuerdos debieron acudir a la mente de ambos en aquellos momentos solemnes!

Por fin, preguntó don Bosco:

—¿Han salido tus compañeros?

—Sí, señor; han salido.

—Me parecían muy preocupados por mi salud. Tan pronto como los veas, diles que no tengan pena. Yo no estoy malo. Era sólo la emoción lo que me hacía aparecer como tal. ¡Pobrecitos! Se veía que les daba pena mi estado.

—Esté usted seguro, les diré lo que sea necesario para liberarlos de todo siniestro presentimiento.

—¿Y tú cuándo vas a salir?

—Mañana tengo que estar en Sampierdarena.

—¿En qué tren irás?

—No hablemos de la hora. Ya lo pensaremos.

—Si pudieses salir algo tarde y descansar con tranquilidad...

—Don Bosco, no piense en esto. Me encuentro bien; déjelo de mi cuenta. Esta tarde nos veremos otra vez y combinaremos todo.

Después empezaron a hablar de las misiones hasta la hora de la cena. Monseñor se retiró, y don Bosco, que no aguantaba más, tuvo que acostarse. A las nueve y media, volvió Monseñor a verle y haciéndose violencia para aparentar su acostumbrada desenvoltura, se acercó a la cama.

—¿Qué quieres, mi querido Monseñor?, dijo don Bosco algo vacilante.

—Vengo, contestó Monseñor, a recibir su bendición.

[307] —¡Cómo así! ¿Esta noche? ¡Ven mañana por la mañana! Podremos hablar todavía y con más comodidad.

—Puede que mañana por la mañana no me dé tiempo.

—¿Pues a qué hora has determinado salir?

—Pronto, muy pronto.

—Quédate todavía hasta las dos de la tarde... Estás cansado... Después de un conveniente descanso, el viaje se te hará menos pesado.

—Si don Bosco no tiene nada en contra, le rogaría me dejase elegir la hora.

—Haz como mejor te parezca.

—Entonces bendígame y bendiga una vez más a mis compañeros.

Monseñor se arrodilló. Don Bosco le tomó por la mano y le dijo:

—Que tengas feliz viaje. Si no volvemos a vernos en esta tierra, hasta vernos en el Paraíso.

—No hablemos de esto. Antes de vernos en el Paraíso, volveremos a vernos en esta tierra. Recuerde que he prometido volver para sus bodas de oro sacerdotales.

—Será lo que Dios quiera. El es el amo. En Argentina y en Patagonia, tendréis mucho que hacer, trabajaréis mucho y la Virgen os ayudará a sacar mucho fruto de tu misión. Después te llamarán y te darán una diócesis [1].

Y dicho esto, comenzó la fórmula de la bendición. Su voz era lenta y entrecortada. Monseñor le apuntaba las palabras, añadiendo frases para la circuntancia, que don Bosco repetía como un niño, a quien la mamá enseña las oraciones. Recibida la bendición se levantó el Obispo y le dijo:

—Entonces, buenas noches, mi querido don Bosco.

—Salúdame a tus compañeros de viaje, a los hermanos de América, a los cooperadores que encuentres por todas partes...

[308] —Sí, sí, y ahora que descanse, don Bosco.

—¡Tengo todavía tantas cosas que decirte! Pero en Marsella encontrarás... Ea, que tengas feliz viaje, Dios os bendiga a ti y a tus compañeros.

Dijo estas últimas palabras, mientras salía Monseñor con el cora-

---

[1] En 1915 monseñor Cagliero fue llamado a Roma, recibió el Capelo Cardenalicio y cinco años después obtuvo la diócesis Tusculana, renunciada por ocho cardenales, que tenían derecho a la opción. Esta predicción que le hizo don Bosco antes de partir, la relató él mismo en una carta a don José Vespignani (Roma, 21 de enero de 1921). Los otros detalles están sacados del *Bollettino* (marzo 1885).

zón henchido de emoción. A las seis de la madrugada, dejó el Oratorio. Don Bosco no pudo levantarse de la cama en ocho días; un ataque de bronquitis, cuyos primeros síntomas amenazaron un mal desenlace, lo tuvo clavado en ella.

La expedición debiera haber salido de Europa un mes antes, si el cólera no hubiese cerrado los puertos de Brasil, Montevideo y Buenos Aires a los barcos procedentes del Mediterráneo. Verdad es que a fines del año 1884, se admitía a los barcos postales italianos y franceses; pero tenían que pasar cuarentena, lo cual suponía, molestias, gastos y hasta algún peligro. Por eso, prefirió Monseñor aguardar hasta que hubiera libre circulación [1].

Después de dar una vuelta por las casas de Liguria y Francia, llegó el día once de febrero a Marsella, donde encontró reunidos a los Salesianos y las Hermanas, que tenían que embarcarse con él [2]. Quiso don Bosco hacerse presente en esta ciudad, enviando a don Juan Bonetti para llevarles su último saludo y entregar al Obispo una carta autógrafa. Es una carta de muchísima importancia.

Mi querido Cagliero:

Espero en el Señor que tu salud sea buena; te recomiendo que tengas todos los miramientos que tú mismo juzgues posibles con tu actual condición.

Recibo una carta del Arzobispo de Buenos Aires. Contiene cosas, de las que ya hemos tratado. Guardo copia, y te servirá de **[309]** norma para presentarte al Arzobispo y tratar con plenos poderes como mejor te parezca en el Señor. No se te olvide que Chile tiene puestos los ojos en los Salesianos y que, de la misma manera, los Salesianos miramos amistosamente a aquella nación. Pero no abras muchas casas próximas unas a otras.

Don Juan Bonetti te lleva el corazón y los saludos de todos los Salesianos de Europa, que tú harás extensivos a nuestros hermanos de América. Cuenta mucho con la prudencia de don Luis Lasagna, de nuestros hermanos ancianos y de los Obispos que nos quieren en Jesús. Pero sé muy cauto al tomar deliberaciones relacionadas con las autoridades civiles.

Todos los Cooperadores de Europa rezan y seguirán rezando por vuestro feliz viaje y por la continuación de vuestros asuntos para mayor gloria de Dios y salvación de las almas. Dios está con nosotros. No temáis.

Recomienda a todos los nuestros que dirijan sus esfuerzos hacia dos puntos cardinales: hacerse amar y no hacerse temer; hacer toda clase de sacrificios personales y

---

[1] Carta de monseñor Cagliero a monseñor Jacobini, Turín, diciembre de 1844.

[2] Eran seis Hermanas y dieciocho Salesianos; seis sacerdotes: Nicolás Badariotti, José Betti, Antonio Ferrero, Evasio Rabagliati, Antonio Riccardi, secretario de Monseñor y Angel Savio; diez clérigos: Juan Aceto, Angel Cavatorta, Pedro Cogliolo, Carlos Dállera, Juan Fossati, Miguel Grando, Francisco Ramello, Fabricio Soldano, Ambrosio Turriccia, Alejo Stefenelli; y dos coadjutores: Silvio Milanese y Marcos Zanchetta.

todos los gastos necesarios para promover las vocaciones sacerdotales y de monjas [1].

Recomiendo una vez más que no se haga mucho caso de los sueños, etc. Si ayudan a entender algunas cosas morales o nuestras reglas, bien está, aprovéchense. De lo contrario, que no se tengan en cuenta [2].

Dios te bendiga, mi querido monseñor Cagliero, y contigo bendiga a toda la expedición salesiana, y sea María vuestra guía para ganar muchas almas para el cielo.

La gracia de N. S. J. C. esté siempre con nosotros. Amén.

Rezad cada día por el que siempre será en J. C. vuestro.

Turín, 10 de febrero de 1885

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Por aquellos días enviaba el Santo otro precioso escrito a monseñor Cagliero. Estaba redactado en estos términos: «Palabras que sirvan de letra para una pieza de música, que compondrá monseñor Cagliero, cuando llegue a orillas del Río Negro en Patagonia, y que, Dios mediante, cantaremos en su día en la iglesia de María Auxiliadora en Turín. *O María, virgo potens, tu magnum et praeclarum in Ecclesia praesidium; tu singulare Auxilium Chistianorum; tu terribilis ut castrorum acies ordinata; tu cunctas haereses sola interemisti in universo mundo; tu in angustiis, tu in bello, tu in necessitatibus nos ab* **[310]** *hoste protege, atque in aeterna gaudia in mortis hora suscipe*» [3]. Con paternal pensamiento, quería el Santo disipar de este modo en el ánimo de los expedicionarios los temores por su salud. Poco antes de subir a bordo del *Bourgogne,* pidiéronle una vez más telegráficamente una bendición. El barco zarpó el sábado día catorce de febrero por la tarde.

Hasta entonces todo había marchado sin contrariedades y había motivos para esperar que la navegación sería feliz; pero ¿qué iba a suceder cuando llegasen a tierras de América? Los compañeros de Monseñor ignoraban algo que éste conocía y le causaba preocupaciones.

---

[1] En aquel entonces solíase decir en el Oratorio más comúnmente *monjas* que *hermanas.*

[2] A estas palabras aludía don Santiago Costamagna cuando escribía a don Juan Bautista Lemoyne lo que hemos visto más atrás en la pág. 265.

[3] Don Juan Cagliero, siendo ya Cardenal y para el cincuentenario de la basílica de María Auxiliadora el año 1918, mandó a don Juan Pagella poner música a esta letra:

«Oh María, Virgen poderosa, tú que eres nuestro grande y glorioso auxilio; ayuda extraordinaria de los Cristianos, terrible como un ejército formado en campo de batalla; tú que sola has aniquilado las herejías en todo el mundo, defiéndenos del enemigo en las dificultades, en las luchas, en los aprietos y, en la hora de la muerte, acógenos en los goces eternos».

A partir del día 3 de septiembre de 1884, habían alterado la paz en la misión de Patagonia graves contratiempos. Era gobernador del territorio el general de brigada Winter, que mandaba también las tropas de la frontera a lo largo de los ríos Negro, Neuquén y Limay. Mientras fue amigo de los Salesianos, todo marchó a las mil maravillas; pero cuando el Gobierno nacional declaró, por manejos sectarios, la guerra religiosa y rompió las relaciones con la Santa Sede, expulsando al Delegado Apostólico, monseñor Matera, so pretesto de no ser persona grata, el Gobernador, dominado por falsos principios y, tal vez, inducido también por el Presidente, aprovechó en seguida la ocasión que le ofreció una imprudencia cometida por puro celo de don Domingo Milanesio, y comenzó a perseguir sin tregua ni cuartel a los pobres misioneros. Durante la lucha, denunció a los Salesianos ante el Ministro de Gracia y Justicia, como personas sin educación y escandalosas y como traficantes, aconsejando al Gobierno central que no admitiera a ninguno de ellos en las parroquias del territorio argentino. Los calumnió también, por medio de sus dependientes, ante el Arzobispo de Buenos Aires, intentando por todos los medios expulsarlos totalmente de Viedma y Patagones, como ya había comenzado a hacer incluso a mano armada.

[311] Don cosas salvaron a los Salesianos de la ruina; la energía de don José Fagnano y una feliz previsión del mismo. Mientras hacía cuanto podía para calmar al Gobernador, envió a las autoridades eclesiásticas y civiles una fuerte autodefensa, ya que la prensa masónica apuntaba principalmente contra su persona. Desgraciadamente los periódicos católicos, que entraron en liza para defender a los Salesianos, emplearon un lenguaje agresivo y violento, acometiendo al Gobierno e irritando así más y más los ánimos. Las familias de Patagones y Viedma y toda la población de las orillas del río Negro sabían cuán infame era el proceder de los adversarios, pero no se atrevían a levantar la voz contra el enemigo por miedo a sus propios intereses, que estaban a merced de las autoridades nacionales. Don José Fagnano no se acobardó, antes al contrario organizó las cosas de tal modo que incluso podía oponer una valiente defensa material, si la violencia llegaba hasta el extremo. Y esto podía hacerlo en puntos donde residía en terreno propio, pues había comprado tierras y había construido en ellas a fin de que nadie tuviese derecho para obligarle a marcharse legalmente de allí. Esta conducta audaz y firme salvó a los Salesianos de un asalto improviso, ya planeado en el hervor de la pasión por sus enemigos, y dio tiempo para sopesar acusaciones y defensas en Buenos Aires. El Ministro, debido también a la intervención de la Curia,

no hizo caso de la nota del Gobernador, de suerte que éste juzgó prudente avenirse a un arreglo conciliatorio [1].

Volvió la bonanza, pero no la seguridad. La cuestión religiosa se agravaba en la capital; además, el general Roca, Presidente de la República, cesaba en su cargo en octubre de 1886 y ya se advertían los amagos de encarnizadas campañas políticas para la sucesión. Aquel era el mal momento en que llegaba a Buenos Aires el nuevo Vicario Apostólico. Ya en diciembre de 1884 había escrito al Secretario de Propaganda: «La actitud del actual gobierno argentino, hostil y tiránico, **[312]** contra la Iglesia y su Representante, ¿no será un obstáculo para nosotros? Esperamos que no sea así; por otra parte, la divina Providencia velará, como en el pasado, por el porvenir de nuestras misiones».

Más tarde, el día treinta y uno de enero, escribía don Luis Lasagna a don Bosco desde Villa Colón, manifestando también sus temores para el Uruguay. «Hace algunas semanas que el Gobierno está enfadado con la Curia y amenaza con leyes opresoras para los religiosos. Ya salió un decreto que prohíbe la fundación de nuevas casas religiosas, sin previo permiso del Gobierno». El conflicto se ampliaba, pues, más allá de las fronteras argentinas.

La eventualidad de un impedimento para que monseñor Cagliero se estableciera en Argentina, asomaba en el horizonte; tanto que habíase tratado de ello en Turín con ocasión de pasar por allí el Vicario General de Concepción (Chile). Este Prelado, cuyo Obispo estaba desterrado por desafueros del Gobierno, paró el mes de enero en Turín y concertó con los Superiores la preparación de una casa en su ciudad para el Vicario Apostólico, si se le impedía el acceso al lugar donde le había destinado la voluntad del Santo Padre.

La primera cuestión se había agravado con otra. Había hecho alusión a ello el Arzobispo de Buenos Aires el día dos de enero al responder a ciertas comunicaciones que, a este propósito, le había hecho don Bosco; era la carta que el Santo había incluido en la suya del día diez de febrero dirigida a monseñor Cagliero [2]. «Tendré, decía, sumo gusto en ver un Obispo salesiano y espero que podrá hacer mucho bien, ya que es muy numerosa su familia por aquí. Pero me veo obligado a añadir que, en todo tiempo y ahora más que nunca, nuestro Gobierno no aprobará jamás que se erija un Vicariato en sus dominios sin su

---

[1] Ap. Doc. núm. 40 A-B-C. Son tres documentos, dos cartas de don José Fagnano y una de don Domingo Milanesio, que se completan e ilustran la desavenencia.

[2] Veáse más atrás pág. 268.

beneplácito. Se tienen por más señores que los mismos reyes de España. Es ésta una dificultad que yo no puedo resolver, pues pertenece al Sumo Pontífice; pero hoy es muy difícil. Nunca perdonarán que, en este asunto, se haya querido prescindir de ellos. Deseo que V. R. procure que el Ilmo Cagliero se presente **[313]** sin este título de Vicario de Patagonia. Por mi parte, yo le doy todas las facultades para que pueda ejercer toda potestad episcopal, tanto aquí como en Patagonia, y procuraré que se le rinda el honor y el respeto que le corresponde como Obispo; pero hemos llegado a unos tiempos en los que se echa al Nuncio del Papa, se persigue y expulsa en parte a los Salesianos de Patagones y, por consiguiente, no puedo convencerme de que se vea con buenos ojos o se tolere un Obispo con un título, que contraríe el arrogante liberalismo nacional. V. S., que ha superado tantas dificultades, arregle también este asunto, procurando que, por ningún lado, se aproveche un pretexto para hacer la guerra contra la familia Salesiana. V. S. nos honra demasiado, mandando aquí a un Obispo, y yo no quisiera que esto fuese causa de disgustos».

Don Bosco recibió esta carta entre el mes de enero y febrero, y contestó apenas dejar la cama; no tocó, sin embargo, el punto delicado y únicamente quiso reforzar las benévolas disposiciones del Arzobispo.

Excelencia Rvma.:

No puedo escribir tan extenso como quisiera, pues no me lo permite mi estado de salud. Ahora debo limitarme a darle humilde y cordialmente las gracias por la protección dispensada en tantas ocasiones a los Salesianos.

Nuestro veneradísimo Arzobispo, que me habla a menudo de V. E., me encarga personalmente le envíe sus saludos y le diga que él, cardenal Alimonda, abriga en su corazón la esperanza de que, a no tardar, alguna alegre ventura traerá a V. E. aquí hasta nosotros para consolar con su presencia a nuestros muchachos, que en gran número se acuerdan de V. E. Monseñor Cagliero y sus compañeros le darán detallados informes de nuestras cosas; pero quieren ponerse todos en sus manos paternales y seguir sus consejos y mandatos.

Yo voy envejeciendo mucho, pero tengo plena confianza de poder volver a verle en esta tierra, antes que la misericordia de Dios me llame a la vida eterna.

Todos los Salesianos, conmigo a la cabeza, pedimos su santa bendición, mientras con la mayor gratitud, tengo la gran satisfacción de poderme profesar a V. E.

Turín, 9 de febrero de 1885

Afmo. y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[314] Contemporáneamente la campaña de prensa diaria, sin limitarse a los misioneros de Patagonia, acometía de lleno a todos los Salesianos y buscaba la forma de hacerlos odiosos a los argentinos.

Decía que pertenecían a una raza de vagabundos, que eran gente reclutada a la ventura, hombres ineptos para el progreso de la civilización, estafadores, turbulentos, codiciosos, fanáticos, individuos sin vínculos de familia o de nacionalidad, capaces solamente para timar dinero y denigrar a Argentina en el extranjero; que su *Boletín* era un medio para fomentar el espíritu de secta entre los lectores y propalar noticias estrafalarias sobre la República; que se debía expulsar a los Salesianos que ya se encontraban en ella y cerrar las puertas a los que iban a llegar.

Preocupado por el sesgo que iban tomando las cosas, el Arzobispo, cuando monseñor Cagliero ya había puesto pie en tierras de Montévideo, reclamó la atención del Cardenal Prefecto de Propaganda sobre el peligro, a cuyo encuentro se iba, de peores represalias del Gobierno. Por lo cual, Su Eminencia escribió a don Bosco el día 6 de mayo de 1885: «En cuanto al Vicario Apostólico, monseñor Cagliero, me escribe el Obispo de Buenos Aires que teme mucho no sea recibido por el Gobierno, por haber sido enviado allí sin su previo consentimiento. No puedo negar a V. S. que semejante noticia me tiene en alguna aprensión, mientras otros actos del mismo Gobierno me la hacen muy probable. Vea, pues, V. S. la manera de disponer las cosas de modo que se aleje este peligro, y recomiende a sus misioneros la máxima prudencia».

Cuando don Bosco recibió esta carta, monseñor Cagliero ya se encontraba en Buenos Aires. Había llegado a Montevideo el día doce de marzo y, después de visitar las casas de Uruguay, siguió adelante *in nomine Domini.* Don Santiago Costamagna comunicaba a don Bosco el día treinta y uno: «Hasta ahora, el viaje, la llegada y la recepción de Monseñor fueron un verdadero triunfo. Los periódicos católicos no hablan de ello porque así lo pide la prudencia; algunos periodicuchos escupen veneno, pero no hay que hacerles caso. El Delegado Apostólico no sólo recibió con amabilidad a nuestro Obispo, sino que le hizo **[315]** preciosos regalos contra lo que se esperaba [1]. Monseñor Aneyros

[1] Monseñor Matera, con quien se encontró en Montevideo. Para los antecedentes, a que aquí se hace alusión, véase Vol. XVI, pág. 317. Sobre el encuentro escribía Monseñor a don Bosco el día veintitrés de marzo: «Me entretuve con él más de una hora a solas, disipando con la luz de la verdad todas las nubes, que podía tener con respecto a nosotros en el horizonte de su cabeza. Me deseó toda suerte de éxitos felices en mi dificilísima misión de Patagonia, porque le constaba que el Ministro de Chile había telegrafiado al de Montevideo a fin de que preguntase al de Argentina y así conocer la novedad de Vicario apostólico de Patagonia y del Obispo Salesiano y con orden de expulsarlo tan pronto como asomara por allí. Yo le contesté que iría allí vestido no de *frate* (fraile), sino de sacristán; por consiguiente no me podría *sfratare* (expulsar) y que María Auxiliadora no lo permitiría».

se mostró y sigue mostrándose siempre igual, esto es, como un verdadero y tiernísimo padre de monseñor Cagliero y de los Salesianos». En espera de los acontecimientos, Monseñor se aposentó en San Carlos de Almagro e iba haciendo un gran bien por las casas de los Salesianos y de las Hermanas. A menudo le invitaban en la ciudad para celebrar funciones y presidir reuniones de asociaciones, cuando faltaba el Arzobispo. Pero, sabedor de su excepcional posición y de su estancia provisional en Buenos Aires y atacado por añadidura por los periódicos, furiosos contra las misiones salesianas y contra su llegada a la República, procedía con la mayor prudencia y circunspección. Callaba y trabajaba.

En 1875 sólo algunos periódicos arremetieron contra la Iglesia; pero entonces, hasta los mismos Gobiernos se habían lanzado a una abierta campaña contra ella. Escribía a don José Lazzero el día cinco de mayo: «Su odio satánico contra la Iglesia es indescriptible, pues pisotean todo lo que es razón, derecho, justicia, sentido común y la misma honestidad, con tal de salirse con la suya y lograr que prevalezca su loco y furioso orgullo contra la Religión (...). Hay un periódico que ya está incitando al pueblo para asaltar las casas religiosas, incendiarlo todo y degollar a todos».

Pero su anhelo era siempre Patagonia; con tal de poder plantar en ella sus tiendas, se manifestaba dispuesto a ir allí vestido de sacristán, que no de Obispo. Parecíale haber dado un gran paso, si conseguía entrevistarse con el presidente Roca. Para obtenerle esta visita, trabajaba en mayo don José Fagnano, reconciliado, al menos aparentemente, con su **[316]** Gobernador y que había ido a Buenos Aires para tratar asuntos de la misión [1]. Las dificultades para recibirlo eran cada día menores por parte del primer Magistrado de la República, porque la prensa se calmaba al verlo ir de una a otra parte sin aparatosas formas, sino «como el resto de los mortales» [2]. Por fin, se avisó a Monseñor que podía presentarse. Se presentó con don Santiago Costamagna y pasaron a la audiencia los dos juntos. El general Roca, sentado, preguntó altivamente a Monseñor:

—¿Es usted Obispo?

—Sí, contestó, soy Obispo titular de Mágida.

—¿No sabe usted que el Papa no puede enviar Obispos a la República, sin previo entendimiento con el Gobierno?

—Señor Presidente, yo soy Obispo *in partibus infidelium* y no

[1] Carta de Monseñor a don José Lazzero, 5 de mayo de 1885.

[2] Carta de Monseñor a don José Lazzero, Buenos Aires, 15 de junio y al cardenal Alimonda, Buenos Aires, 25 de junio de 1885.

tengo diócesis ni jurisdicción. Estuve algunos años aquí en esta República como Misionero Salesiano de don Bosco y ahora regreso para dedicarme a la misión de Patagonia.

Don Santiago Costamagna terció para recordar al Presidente la expedición al desierto en 1879, cuando él se había encontrado tantas veces al lado del General. Este no pudo ocultar cierta complacencia ante aquellos recuerdos. Entonces Monseñor recobró ánimos y siguió:

—La república Argentina está abierta a todos los que desean trabajar; por eso nosotros venimos junto con muchos otros inmigrantes, no sólo para trabajar, sino también para enseñar a trabajar. He traído conmigo treinta misioneros, entre los cuales hay algunos salesianos seglares que ejercen toda clase de artes y oficios; iremos así a enseñar, unos agricultura y la cría del ganado y otros a cuidar de las almas en aquellas tierras conquistadas a la civilización por Vuestra Excelencia.

—Pero vosotros formáis una Congregación religiosa.

—Sí, pero a manera de Sociedad o Asociación privada, cuyos **[317]** miembros conservan todos sus derechos civiles, sin pretender ningún privilegio o reconocimiento del Estado. Somos ciudadanos como los demás, unidos en Sociedad para educar a la juventud pobre en asilos, hospitales y escuelas profesionales. Don Bosco, nuestro fundador, ha sido aconsejado por los ministros Rattazzi y Cavour para instituir su Sociedad de forma que se adaptara a los tiempos modernos.

El Presidente observó riendo:

—¡Don Bosco ha sido verdaderamente muy listo!

Se levantó del sillón, estrechó la mano a monseñor Cagliero y le dijo:

—Seremos amigos.

Monseñor, cobrando ánimo, le pidió una tarjeta de presentación o de recomendación para el general Winter. El Presidente se la entregó con términos de alabanza y benevolencia.

Don José Vespignani, que sabía perfectamente cómo habían ido las cosas, cuando contaba el hecho, solía concluir:

—Fue ésta una feliz campaña ganada con el método de don Bosco; con prudencia, sencillez y lealtad.

La amistad entre los dos personajes se mantuvo sincera hasta el fin. El gran crédito del general Roca ayudó mucho a monseñor Cagliero, durante los años de su apostolado en Patagonia, y le proporcionó en seguida dos grandes ventajas.

Entre las dificultades para el viaje de Monseñor a Patagonia, estaba la no pequeña de los pasajes. Las casas salesianas estaban cargadas de deudas y no podían proporcionarle el dinero suficiente; don José

Fagnano, que se encontraba en Buenos Aires para resolver asuntos con el Vicario Apostólico, obtuvo del gobierno hasta diez pasajes gratuitos. Y, en segundo lugar, ¿de qué le serviría ir a Patagonia y quedar allí reducido a la impotencia por la autoridad local? Pero sus buenas relaciones con el General le valieron de salvoconducto para el cuartel del Gobernador militar con quien tenía que contar de todos modos, si quería desarrollar en paz su misión. Llegó a Patagones el día nueve de julio y se apresuró para ir a visitarle, vestido con los hábitos prelaticios. Aquél, informado ya de sus buenas relaciones con el general Roca, le recibió con todos los honores y, después de invitarle a que se sentara, díjole con la franqueza propia de un militar:

—Tendrá usted **[318]** muy mala opinión de mí, Doctor. Yo soy muy malo.

—Muy al contrario, replicó rápidamente el Obispo. Hemos leído en los *Boletines Geográficos* muchas cosas bonitas de Vuestra Excelencia, cuando hizo sus exploraciones. En Italia se leen estos Boletines con gusto e interés. Hemos visto en ellos a un hombre inteligente y de corazón. También tenemos noticias de lo que V. E. ha hecho en favor de los misioneros salesianos.

Este exordio amansó al hombre violento. Después presentóle Monseñor las cartas del presidente Roca y del Ministro de la Guerra y Marina, que recomendaban con benevolencia al Obispo para todo lo que concerniese a los oficios de su sagrado ministerio. El Gobernador prometió ayuda en todo lo que de él dependiese. Convencióse inmediatamente con aquella visita de que los Salesianos no tenían más finalidad que el bien de las almas y la predicación del Evangelio sin mezclarse para nada en la política; lo cual no era poco en un país donde la política ocupaba un lugar predominante en la vida de los ciudadanos [1].

Alegrábase de vez en cuando el corazón de don Bosco durante aquellos primeros meses con cartas de unos y de otros que le llevaban noticias preponderantemente buenas; pero hubo una que debió consolarle más que ninguna otra. Monseñor, que había visitado desde mediados de marzo a primeros de julio todas las casas de los Salesianos y de las Hermanas, excepto la de Niterói en Brasil, le pudo escribir [2]: «Don Bosco puede gloriarse de tener en América un gran número de hijos, que lo representan hasta ahora excelentísimamente, que lo aman y hacen amar».

---

[1] Carta de don Antonio Riccardi a don Bosco, Patagones, 25 de julio de 1885.
[2] Patagones, 30 de julio de 1885.

[319]

CAPITULO XII

PROPUESTAS DE FUNDACIONES EN ITALIA Y ALGUNOS DETALLES DE CASAS ITALIANAS DURANTE EL AÑO 1884

LA educación cristiana de la juventud era combatida en Italia por todos los medios. En consecuencia, don Bosco parecía a los ojos de los buenos el hombre providencial enviado por Dios para oponer un dique a la invasión del laicismo en las escuelas; y, por eso, volvían a él la mirada eclesiásticos y seglares, deseosos de cooperar en asunto tan importante y tan urgente, como era la preservación de la juventud. Las continuas peticiones, índice del malestar moral, que afligía a toda la península, hacían que los Salesianos midiesen cada vez mejor la grandiosidad de su misión ante la Iglesia y la sociedad civil; pero, al mismo tiempo, se afligía su ánimo ante la imposibilidad de responder adecuadamente a la universal confianza, por la insuficiencia de personal y de personal titulado, como lo exigían las leyes del Estado.

No ha de extrañar, por tanto, que, a pesar de las múltiples solicitudes, no pudiera hacerse o comenzarse en Italia ninguna fundación a lo largo del año 1884; pero se mantuvieron en vigor las ya existentes y se dio a algunas notable desarrollo. Lo mismo que en los volúmenes anteriores, también en éste hablaremos de algunas propuestas, que quedaron encalladas en su curso, para conocer la parte que tomó don Bosco en ellas; narraremos a continuación **[320]** algunos detalles de casas, que ya nos son muy conocidas.

Empezaremos por las Hijas de María Auxiliadora, puesto que el santo Fundador, con su Capítulo, seguía ocupándose directamente de sus obras.

Cierto día manifestó don Celestino Durando la idea de abrir internados para niños de los cuatro o cinco años hasta los siete bajo la dirección de las Hermanas: así se podría ayudar a ciertas familias, en las que, por muerte del padre, de la madre o de ambos, quedaban demasiados niños para ser atendidos por el cónyuge superviviente o por los tutores. Pero don Bosco contestó:

—Esto no pertenece a nuestro fin [1].

Solamente mencionaremos tres propuestas para las Hermanas, dos de las cuales procedían del norte de Italia y la tercera de Sicilia.

Escribió a don Bosco desde Sicilia el juez auxiliar de Francavilla, rogándole enviara a aquella población dos Hermanas para atender a la escuela y a las niñas; pero todo quedó en una cortés contestación. Llegaron discretas propuestas de Castel San Giovanni, en el distrito de Piacenza, pero don Bosco temió enfrentarse con grandes gastos, en un momento en el que el Capítulo ya tenía demasiados. De todos modos, una visita de don Juan Cagliero proporcionaría en su día los datos necesarios para una contestación definitiva [2].

El párroco de Moncrivello, en la zona de Vercelli, propuso en nombre de la viuda Persico una institución femenina para confiarla a las Hijas de María Auxiliadora. La anciana señora quería dejar en testamento a don Bosco una hermosa casa de su propiedad, más una renta de setecientas liras anuales y la de una viña valorada en doce mil liras. La casa pasaría a la Congregación tal como estaba, quedando a cargo de la misma las reparaciones y los impuestos, lo cual absorbería gran parte de la renta. Ahora bien, la experiencia de Lu, Chieri y Vallecrosia había demostrado que, en semejantes condiciones, las casas de las Hermanas quedaban siempre con un saldo deudor; **[321]** por lo que se determinó que era mejor para las Hermanas habérselas con administraciones, que satisficiesen su obligación con una cuota fija convenida como en los asilos infantiles. La experiencia había enseñado que suceden a veces casos imprevistos, en los que, sin un estipendio fijo, no se podía seguir adelante. Así, aquel mismo año, en Lu hubo una escasa cosecha, y la mitad de las familias retiró a los niños y a las niñas, por lo cual, la pobre comunidad vivía con dificultad a falta de las correspondientes cuotas mensuales. La salvó después una subscripción promovida por el párroco y por el alcalde.

—Si es así, advirtió don Bosco, me parece que la propuesta de Moncrivello no conviene. Hay que pedir una retribución suficiente.

Don Juan Cagliero fue encargado de ir a aquel lugar en noviembre y concertar una renta anual de tres mil liras [3].

Los Salesianos sólo recibieron dos propuestas de algún interés en Piamonte. El señor Marengo, hermano del difunto canónigo, habría querido que se aceptasen un internado y una iglesia, entonces cerrada,

---

[1] *Actas del Cap. Sup.*, 28 de febrero de 1884, por la tarde.
[2] *Actas del Cap. Sup.*, 22 de enero de 1884.
[3] *Actas del Cap. Sup.*, 28 de octubre de 1884.

en Carmagnola, histórica villa en el distrito de Turín. Después de una larga discusión sobre ello, dijo don Bosco:

—Empiécense las negociaciones a condición de que se aguarde para concertar la fecha y que se nos deje la libertad de poner las condiciones que se juzguen más oportunas.

Se trató, pero no se llegó a ninguna conclusión.

El ayuntamiento de Carignano, importante centro en los aledaños de Turín, hizo un ofrecimiento materialmente halagüeño. Había quedado vacío el convento de los Franciscanos, porque se habían retirado los religiosos sobrevivientes y el Provincial manifestó legalmente la satisfacción del General de que entraran en su lugar los Salesianos. La junta municipal, por unanimidad, invitó a don Bosco a abrir en seguida en él las escuelas elementales y más tarde, por grados, los cursos del bachillerato; cedería el edificio y daría seis mil liras anuales. Una persona prometía diez mil liras para las obras de adaptación. Además, había dos casas próximas, propiedad de dos buenos sacerdotes muy amigos de don Bosco, que se las traspasarían a él más adelante **[322]** por testamento. Don Bosco habría dado su consentimiento, si se le hubiese concedido comenzar dentro de poco; pero allí no se tuvo paciencia para esperar [1].

El Obispo de la capital de las Marcas, monseñor Aquiles Manara, ofreció, primero, una casa, que se rechazó por falta de personal, y, después, una parroquia de seis mil almas en Borgo Pío. Los feligreses, escribía el Prelado, eran «en su mayoría gente tosca, forasteros, empleados ferroviarios, que daban poco quehacer al párroco, pero tenían gran necesidad de ser atendidos espiritualmente». Don Bosco escribió en el margen superior de la carta: «Léala don Celestino Durando en Capítulo». Y don Celestino Durando la leyó en la reunión capitular del día veinticuatro de octubre; pero, desgraciadamente, hubo que rechazar la invitación por falta de persona apta en el momento. Sin embargo, no se dejó perder la idea para Ancona; por eso, como sucedía cuando después de una primera negativa, no se perdía en seguida toda esperanza, sino que se volvía de vez en cuando a la carga con otros proyectos, el cardenal Manara, ya anciano decrépito, pudo ver surgir en 1901 el actual instituto junto con la nueva iglesia, convertida por él en parroquia y fue testigo de la transformación radical realizada por un oratorio festivo en un barrio lamentable.

En la sesión capitular del día veintiocho de febrero, don Bosco mandó leer cuatro peticiones: tres de las cuales se tratarán en el capí-

[1] *Actas del Cap. Sup.*, 21 de febrero y 19 de mayo de 1884.

tulo siguiente, eran para el extranjero, y la última, escrita por el cardenal D'Avanzo, obispo de la diócesis, era para Teano de Campania: ordenó contestar cortésmente a ésta que no se podía. En el curso de la discusión, don Bosco tuvo oportunidad para recordar una norma de prudencia que le había dado el Papa.

—Recordad, dijo a los Superiores, un aviso, que nos dio el Pontífice Pío IX. Nunca abráis demasiadas casas en el mismo lugar. Esto causa envidia a otras clases de personas y celos a las autoridades civiles.

No se procedió tan sumariamente para Penne en la extremidad de los Abruzos. El reverendo De Nardis insistía desde 1882 en favor de la fundación **[323]** de un centro escolar en su patria chica. Las cartas que escribió a don Bosco y a don Celestino Durando revelan el ardor sincero de su celo en favor de la juventud. El rayo de esperanza, que se le dio en un principio, aunque sin determinación de tiempo, le dio tanta alegría que, en octubre, fue a Turín, donde encontró que «la realidad de las cosas era superior a la fama», y vio que don Bosco había «transfundido en todos su corazón de padre». Así lo declaraba él en un memorial que presentó al ayuntamiento, al que pedía, siguiendo instrucciones del mismo don Bosco, la cesión legal de un antiguo convento del Carmen y la ejecución de las obras necesarias para transformarlo de acuerdo con la nueva finalidad y la garantía del sustento para seis Salesianos. El ayuntamiento aceptó con aplauso la petición, pero sustituyó aquel edificio por el antiguo convento de los Menores Reformados, que era más apto. Se obtuvo la autorización de la Santa Sede para este fin y ésta mandó ponerse de acuerdo con el Provincial residente en Aquila. Levantóse entonces una férrea oposición [1], mas por fin se venció la resistencia, gracias a la intervención del cardenal Bilio, protector de la Orden.

El ayuntamiento presentó entonces sus condiciones, que el reverendo De Nardis transmitió a Turín. Impaciente por tener contestación, la pidió con apremio a don Bosco, que a la sazón estaba en Roma. Lemoyne escribió por él a don Miguel Rúa: «Adjunto la carta del reverendo De Nardis, de Penne. Tratad vosotros el asunto por carta o personalmente. Don Bosco no puede ocuparse de ello porque su cabeza no lo resiste. Tenéis plenos poderes y no os falta la prudencia. Haz el favor de ver si don Celestino Durando se interesa por ello».

De aquí puede deducirse que don Bosco se inclinaba a aceptar;

[1] Ap. Doc. núm. 41.

más aún, había prometido hacer una visita a Penne si las circunstancias no le hubiesen quitado el tiempo. Las gestiones se prorrogaron todavía algunos años, estorbados por una minoría masónica de la Junta Municipal, que anteriormente no se había quitado la careta. **[324]** El celo industrioso y desinteresado del buen sacerdote de Penne no pudo lograr su intento.

No se había recibido ninguna propuesta de Nápoles hasta 1884; llegó entonces una de singular importancia. Don Lorenzo Apicella, sacerdote muy apreciado por sus paisanos, había fundado cuatro casas para sordomudos, muchachos y muchachas, que las dirigía por medio de seis sacerdotes y veinticinco seglares con hábito talar. Quería agregar esta obra suya a la obra salesiana [1]. Tratóse el asunto en Capítulo en la sesión de la tarde del día 27 de diciembre. Es interesante leer en las actas la marcha de la discusión.

Dice DON BOSCO: —Póngase la cuestión *en principio*. En este caso no parece que haga falta enviar mucho personal. Se podría escribir a don Lorenzo Apicella que venga aquí a tratar el asunto y desde aquí enviaremos alguno con él a Nápoles para que vea y se haga cargo de ello. Podríamos poco a poco organizar el asunto.

DON CELESTINO DURANDO observa que, para cuatro casas, se requiere mucho personal.

DON BOSCO: —Yo no propongo aceptar, sino ver si nos conviene encargarnos de la instrucción de los sordomudos. Venga don Lorenzo Apicella a tratarlo personalmente; pero, como ahora hace mucho frío, difiera su venida hasta después de Pascua.

DON CELESTINO DURANDO: —Antes de que el reverendo Apicella venga a Turín es mejor que nos cercioremos de si sus compañeros están de acuerdo con hacer esta fusión.

DON JUAN CAGLIERO: —Antes de discutirlo, obsérvese si las reglas nos permiten dedicarnos a la educación de los sordomudos.

DON CELESTINO DURANDO: —Las reglas dicen que nuestra finalidad son los jóvenes pobres y abandonados. ¿Quién más pobre que los sordomudos?

DON MIGUEL RUA: —San José de Calasanz que, al fundar sus orfanatos, tenía el mismo fin que nosotros, aceptó también a los sordomudos.

DON JULIO BARBERIS: —Hago observar que los Salesianos destinados a los sordomudos tendrían que dedicarse sólo a ellos y ya no se les podría destinar a otro servicio, porque se necesita instruirse muy bien para impartir una educación de esta clase.

DON CELESTINO DURANDO: —Observo que haría falta instituir una inspectoría únicamente para sordomudos.

DON BOSCO: —Hace tiempo se me hicieron muchas instancias para que aceptara institutos de ciegos, pero nunca quise aceptar. Me pareció una propuesta muy útil por su fin, pero no me siento suficientemente **[325]** inclinado para dedicarme a ello. En cambio, los sordomudos son un asunto muy distinto. Desearía hacer todo lo que sé y puedo en su favor. Por eso, me dirijo al Capítulo, para que vea si es posible dedicarnos al cuidado de esta nueva clase de niños y niñas.

[1] Ap. Doc. núm. 42.

DON JUAN BONETTI: —No veo la posibilidad de éxito en esta empresa. Parece que es más urgente la necesidad de que nos dediquemos cada vez más a los niños destinados a vivir en la sociedad para reformar la sociedad misma.

DON ANTONIO SALA: —Una gran parte del personal sería el que está en aquellas casas y esos coadjutores, vestidos de clérigos, podríamos unirlos a nosotros como terciarios.

DON CELESTINO DURANDO: —Estoy seguro de que una parte de estos coadjutores no querrán agregarse a nosotros y más tarde o más temprano se marcharán. Y, si después de enviar a Nápoles algunos de los nuestros, aquellos viejos coadjutores los dejasen plantados, ¿cómo nos las compondríamos para llevar adelante cuatro casas? ¿Retirarnos con deshonra? ¿Hacer una de las cuatro? Esto sería cargar sobre nosotros una vergonzosa odiosidad.

DON BOSCO: —Déjense las gestiones para después de Pascua. Mientras tanto, averíguese si los coadjutores del reverendo Apicella acceden a la fusión y a vivir con nosotros y quiénes y cuántos son de sentir contrario.

DON JUAN CAGLIERO: —Hay que pensar bien la cuestión. Son cuatro casas: algunos de esos coadjutores ciertamente se irán porque no querrán sujetarse, y otros seguramente serán despedidos por nosotros, según nos lo enseña la experiencia.

DON JUAN BONETTI: —Si se quiere abarcar la nueva institución de los sordomudos, fúndese antes una pequeña casa con dos o tres niños y así podremos, con el tiempo, formar un personal docente capaz, experto, ejercitado. Pero no se asuma en seguida, sin más, una empresa de tal envergadura. Averígüese, además, por qué Apicella insiste tanto en la fusión. A lo mejor tiene deudas con las que no puede seguir adelante y busca que los Salesianos le saquen las castañas del fuego...

DON CELESTINO DURANDO: —Apicella no tiene deudas, sino que cuenta ya con sesenta y cinco años de edad y teme que, después de su muerte, se venga abajo su institución.

DON JUAN BONETTI: —En este caso, no hay que darle esperanzas de apoyo, porque, de lo contrario, con esta ilusión no buscará otros medios para sostener su obra y ésta vendrá a menos por culpa nuestra. Si queremos dedicarnos también a los sordomudos, adaptemos la nueva institución a nuestra raíz.

DON BOSCO: —Propongo se conteste a Apicella en estos términos: al presente, no se podría aceptar el ofrecimiento por falta de personal; se estudiará a lo largo del año qué procede hacer; mientras tanto, piense también Apicella de qué otra manera puede asegurar la supervivencia de su instituto; si es de parecer que debe confiar sus hospicios a la Congregación **[326]** salesiana, ésta no tendría dificultad en aceptar lo que dejara después de su muerte.

DON MIGUEL RUA: —Me parece que conviene ir despacio al hacer estas insinuaciones. El sacerdote que ha fundado aquel Oratorio en Belluno, ya ha hecho testamento en nuestro favor. Podría llegarle el fin de su vida de un momento a otro y entonces ¿cómo quedaríamos nosotros, si no pudiésemos aceptar la herencia?

DON ANTONIO SALA: —El reverendo Rossi ha hecho ya su testamento dejando su magnífico Oratorio de Schio a don Bosco. Por lo que se refiere a Apicella, yo creo que quiere unirse a nosotros para tener nuestro apoyo moral, de suerte que sus bienhechores, al ver asegurada la existencia de la Obra, se animen a mayores donativos.

DON BOSCO: —Añádanse al menos a la respuesta las palabras *por ahora no podemos aceptar.*

EL CAPITULO aprueba esta respuesta.

DON CELESTINO DURANDO propone que también se añada a la carta esta promesa: *Pasará alguno de nosotros por Nápoles, camino de Randazzo, y se detendrá para ver el Instituto.*

EL CAPITULO aprueba.

De las cuatro casas una estaba en Nápoles, otra en Casoria a poca distancia de Nápoles, y dos en Molfetta. Con el tiempo la benéfica obra sufrió modificaciones y traslados, hasta que el cardenal Sanfelice hizo que se constituyera en un ente moral bajo la presidencia del Arzobispo *pro tempore,* concentrando a los niños en un gran edificio situado en el barrio de Tarsia, y a las niñas en Casoria. Después de varias vicisitudes, su segundo sucesor, el cardenal Prisco, logró que don Miguel Rúa enviara a los Salesianos, que han proporcionado gran prosperidad a la sección masculina, interesándose también por la femenina, dirigida por religiosas.

En Catania (Sicilia) estaban siempre a la espera. El arzobispo Dusmet pedía en el mes de enero que, en la próxima primavera, se abriese en su ciudad un colegio para aprendices: pero don Bosco mandó contestar que no se podía tan pronto; recomendando que se emplearan términos que suavizaran la demora. Más tarde el celoso Pastor pidió que enviara **[327]** en seguida un Salesiano al menos para dirigir un oratorio festivo y unas escuelas elementales. Se deliberó buscar el sujeto idóneo.

—En Catania es necesario tener una casa, decía don Juan Cagliero. Cuando uno de los nuestros llega a aquella ciudad tiene que ir a la fonda. Ahora que ya estamos en Sicilia, hemos de pensar en echar allí buenas y hondas raíces. Si no se abre la casa en Catania, estoy decidido a mandar regresar a las Hermanas, porque tal como están, carecen de apoyo. El Arzobispo se conforma con que vayamos, aunque no sea más que para comenzar. Ya no es posible dar largas, pues él tiene la obligación de darlo a otros, si nosotros no aceptamos.

Don Bosco, después de oírlo todo y a todos, dijo la última palabra; era absolutamente necesario abrir aquella casa; y si faltaba personal, se disminuyese el de otras casas; porque se habían hecho promesas al Arzobispo y no se habían cumplido. Y así quedó determinado [1].

Mientras tanto los sectarios de Catania no dormían y como se olían la llegada de los Salesianos, intentaron desacreditarlos ante la opinión pública. Apareció de improviso en su periódico esta tendenciosa noticia [2]. «Los periódicos de Génova refieren que el Colegio de

[1] *Actas de Cap. Sup.,* 22 de enero, 4 de julio y 30 de agosto.
[2] *Gazzetta di Catania,* 3 de febrero de 1884.

don Bosco en Bosco Marengo, junto a Novi, provincia de Alessandria, fue cerrado por orden de la autoridad, por haberse descubierto en él ciertos asuntos feos, a los que parece se han dedicado los curas y frailes educadores, en menoscabo de las buenas costumbres y de la moral, cayendo dentro del... Código penal».

Don Juan Bonetti escribió al gerente un mentís, redactado por mandato de don Bosco en términos serenos y corteses. El punto principal era éste: «Don Bosco me encarga comunicarle que V. S. ha incurrido en un error, al asegurar lo que de él afirma. El Colegio de la población de Bosco Marengo es un Reformatorio para jóvenes díscolos; y ni don Bosco ni ninguno de sus maestros tuvo nunca nada que ver ni que decir con ese Instituto».

El mentís se hubiera debido publicar según la ley en el periódico de Catania, pero éste se limitó a una cínica e hipócrita **[328]** mención en un suelto redactado en estos términos [1]: «DRAMAS Y COMEDIAS. Hace tiempo hemos copiado de los diarios del continente la noticia de la clausura del Colegio de don Bosco en Bosco Marengo, por orden de la autoridad, a causa de ciertos hechos que es mejor callar. Ahora un tal don Juan Bonetti, secretario de don Bosco, nos escribe que aquel Colegio es un reformatorio de jóvenes díscolos y que ni don Bosco, ni ninguno de sus maestros tuvo nunca nada que ver con aquel Instituto. Como se trata de fruslerías, que especialmente los curas suelen hacer, y que habrán hecho, los periódicos de Génova, de Roma, etc. habrán metido en ellas a don Bosco y a los suyos, que no entran en ese asunto».

Don Pedro Guidazio escribía [2]: «Aquí haría falta una buena lección. Si yo no fuese sacerdote, me encargaría de dársela por mi cuenta». Pero don Bosco era de parecer contrario. Las intrigas de la logia se hicieron más patentes al año siguiente, como veremos más adelante.

Rehaciendo ahora el camino hacia atrás, visitaremos de Sur a Norte algunas casas, de las que tuvo que ocuparse don Bosco de algún modo durante el año 1884.

Empezaremos por Roma. Aunque estaba todavía lejos de llegar a término la construcción de la iglesia del Sagrado Corazón, no quiso el Santo que se tardara más tiempo en emprender las obras del hospicio tantas veces mencionado. De acuerdo con los planos del ingeniero

---

[1] *Gazzetta di Catania* núm. 37. Lo publicó el periódico *Campana* el día veintiuno de febrero.

[2] Carta a don Juan Bonetti, 17 de febrero de 1884.

turinés Vigna, el maestro de obras Cucco, de Biella (Don Bosco evitó para su nuevo edificio tener que tratar con Romanos), empezó las excavaciones para construir primero la parte que daba hacia la calle Porta San Lorenzo, hoy Marsala. Aquella ala del edificio con dos plantas solamente, la tercera se añadió no hace mucho, y sin subterráneos, tenía que unir la casa antigua en la esquina de la calle Marghera con el pasadizo al lado de la iglesia. Don Bosco deseaba que fuese el conde Colle para colocar la primera piedra y encargó a don Juan Bonetti que tomara con él los acuerdos del caso, al ir a Marsella con el último saludo del Santo para monseñor **[329]** Cagliero y los misioneros; pero, al fin, se celebró la ceremonia en la primavera de 1885 sin don Bosco y sin el Conde [1].

Cerca de Roma está Magliano. El tiempo y la experiencia tenían que enseñar cuán difícil es continuar en los seminarios, especialmente una vez que desaparece el Obispo que llamó. El seminario de Magliano fue el primero en demostrarlo. Comenzaron a asomar las contrariedades a principios del año escolar 1883-84 y partieron del colegio anejo al seminario. El canónigo Pagani, miembro de la Comisión tridentina, ganaba a su partido y a su persona a los colegiales, apartándolos de don José Daghero; lo mismo hacía con los clérigos, asegurando que procedía según instrucciones del cardenal Bilio.

—El cardenal Bilio, dijo don Bosco cuando supo esto, no es capaz de dar tales órdenes, si no es azuzado por alguien.

Desgraciadamente el día treinta de enero falleció este Purpurado y le sucedió el cardenal Martinelli, el cual estaba tan a favor de los Salesianos que envió una solemne reprimenda al perturbador de la paz y a los seminaristas partidarios suyos. Sin embargo, el cardenal Bilio había permitido abrir un colegio para mediopensionistas, que restaba colegiales a los Salesianos y que su sucesor dejaba subsistir. Era una especie de hospicio, cuyos alumnos iban gratuitamente como externos a las escuelas salesianas. Con este proceder se invalidaban los pactos concertados al abrir y confiar el colegio internado a los nuestros. Un incidente agravó la disensión. Don José Daghero había expulsado a un seminarista insubordinado y huidizo y se pretendía su readmisión. En una palabra, no parecía posible vivir en paz con el canónigo Pagani. Don Bosco, después de ponderar a fondo el asunto, comenzó en mayo a presentar la notificación para despedirse del colegio. Pero el nuevo Obispo se opuso y el Papa le apoyaba; es más, quitó

[1] Véase en el Ap. (Doc. núm. 43) la discusión en la que el Capítulo Superior deliberó el inmediato comienzo de las obras.

su protección y apoyo económico al colegio de medio pensionistas abierto con daño del nuestro.

Entonces el canónigo Rebaudi, que lo dirigía, recomendó con una carta habilísima a la caridad de don Bosco los alumnos recogidos por él, **[330]** intentando por este camino salvar su propia institución e influencia en la ciudad. Don Bosco hizo que se le respondiera con toda claridad y sencillez: 1.º que los Salesianos estaban dispuestos a dejar no sólo el internado, sino también el seminario, que habían tenido hasta la fecha únicamente por voluntad y expreso mandato del Padre Santo y del Cardenal; 2.º que los sacrificios hechos por los Salesianos en aquel colegio demostraban su buena voluntad con la población; 3.º que, para la instrucción de los muchachos pobres de la ciudad, ya tenían los Salesianos las escuelas de los externos; 4.º que, por lo que se refería a los internos pobres, unos serían socorridos por el Santo Padre, otros por el cardenal Martinelli y los restantes por el mismo don Bosco, si tenían buena conducta.

Esta contestación fue completamente desatendida, con la circunstancia agravante de que las promesas del Obispo se convirtieron en letra muerta. En efecto, él permitió igualmente y favoreció al hospicio Rebaudi, obligó a los jóvenes por quienes pagaba él la pensión a salir del internado episcopal y entrar en aquel hospicio; y se decía, además, que había entregado a Rebaudi cinco mil liras destinadas por el Papa al seminario; por fin, insistía en la readmisión incondicionada del seminarista expulsado. Ante estos hechos, dijo don Bosco:

—Convendría escribir el Cardenal que, siéndonos imposible continuar en este plan, nosotros nos retiramos del seminario en cuanto empiece el año escolar, dejando que otros atiendan a la enseñanza. Evidentemente es ésta una determinación que debe ponderarse con madurez. Con el Cardenal es preciso insistir en este punto: *nosotros tenemos tantas deudas que ya no nos permiten seguir adelante.* Son ya veinte mil las liras que debe pagar la casa de Magliano, sin contar los honorarios del personal, que también deberían figurar en la lista. ¡Parece imposible que todos busquen la manera de roer poquito a poco a estas pobres Congregaciones religiosas!

Pero antes de actuar, pareció oportuno adquirir ulteriores informes.

Y estos llegaron por medio de don Francisco Dalmazzo y don José Daghero. El Cardenal se profesaba amigo de don Bosco y dispuesto a **[331]** pagar las deudas y deseoso, además, de atenerse al contrato estipulado. Pero, en el punto más importante, a saber, la promesa de pagar las deudas, se escondía un equívoco, pues él entendía referirse a

las deudas que tenía el colegio con la comisión tridentina, no las de don Bosco por muebles, papel, libros, vestidos y otros artículos de esta clase. Pero la verdad era que con la comisión no había deudas, sino créditos; el Cardenal hablaba de aquel modo apoyándose en erróneas aserciones del canónigo Rebaudi. Y en casa de éste vivía el famoso seminarista preparándose para el presbiterado, que recibiría pronto, aun antes que sus compañeros de curso.

El Cardenal había dado una buena prueba de su aprecio a don Bosco al apoyar su petición de los privilegios; pero entonces, como obispo de la diócesis, sufría la influencia de las camarillas del lugar, que jugaban con su buena fe. ¿Acaso no le habían dado a entender incluso que el ayuntamiento era contrario a los Salesianos y favorable al hospicio? En cambio, el ayuntamiento tenía tanto interés por el colegio que habría hecho todo lo posible para evitar su clausura. No porque el alcalde tuviese simpatía por sacerdotes docentes, pues, al contrario, se habría deshecho de ellos de buen grado; pero, no sabiendo cómo encontrarlos entre los seglares y tan baratos, se contentaba con los Salesianos.

Pero, mientras tanto y a causa de todos estos manejos, los alumnos habían bajado de noventa a cincuenta y tres y parecía que la intención del Cardenal era la de prescindir de los Salesianos tan pronto como fuese posible. Más aun, quería tomar medidas todavía más radicales, no sólo cerrando el colegio, sino reduciendo el seminario a unos veinte seminaristas que consideraba suficientes para las necesidades de su diócesis.

Se informó de todo aquel litigio al Cardenal Protector quien, después de examinar los documentos, juzgó que la razón estaba de parte de los Salesianos. Don Bosco, sin perderse en el laberinto de la controversia, no se apartaba de su punto de vista, el más concreto y el menos engorroso. Dijo así:

—Demos de lado toda otra afirmación y hagamos hincapié en este punto; **[332]** si no nos pagan las deudas, no podemos continuar. Y esto basta; si se quiere que continuemos, fíjennos una subvención.

Sin embargo, se determinó seguir en buena amistad hasta el término del curso, escribiendo al Cardenal que se aceptaban sus generosas propuestas de liquidar las deudas, que se deseaba saber en qué época del año se haría el pago y, en todo caso, que no fuera más tarde del mes de mayo.

Cuando el Cardenal recibió esta comunicación, contestó negando el déficit que se afirmaba existir, rehusando admitir que el hospicio

Rebaudi perjudicaba al internado salesiano y concluyendo que era necesario repasar las cuentas del colegio.

Esta conclusión desagradó a don Bosco, el cual dijo:

—Nunca permitiré que otros vengan a revisar nuestras cuentas. Ya estudiaré yo diariamente lo que conviene contestar.

Don José Daghero intentó llegar a un acuerdo para un futuro *modus vivendi* con el canónigo Pagani, «diplomático de astucia poco corriente», como lo definió don Miguel Rúa; y, aunque con mucha dificultad, lo consiguió. Pero don Bosco no quedó satisfecho.

—No podemos tratar, dijo, del futuro, si antes no diligenciamos el presente.

Y, puesto que el Capítulo intentaba nadar y guardar la ropa, replicó don Bosco:

—Preveo ya que no se llegará a la determinación de irnos de este colegio, porque nos toca cargar con las consecuencias del deseo que siempre tenemos de contentar a todos. Aquí, en resumidas cuentas, el personal del colegio trabajó siempre gratuitamente. Se podría, pues, escribir a don José Daghero: tú tienes que pagar veinte mil liras; págalas, porque nosotros no podemos endeudarnos por ti y hacer mayores sacrificios.

Y como se insistía para continuar las negociaciones, con el fin de llegar a un arreglo, don Bosco remachó su concepto:

—La única forma de arreglar las cosas es que nos paguen las deudas y nos dejen ir en el plazo más corto posible. No aceptamos ni rehusamos el tratar; pero tratar con el canónigo Pagani no me parece en absoluto conveniente.

[333] Se veía demasiado claramente que Su Eminencia y los de su corte habían perdido la confianza en los Salesianos. También, por este motivo, opinaba don Bosco que, al término del curso escolar, se repartiría por uno y otro lado el personal de Magliano. Don Miguel Rúa temía una reprobación por parte de la Sagrada Congregación, si no se mantenía lo convenido de dar la notificación de despedida cinco años antes.

—Nadie, replicó don Bosco, puede obligarnos a seguir en Magliano con pérdidas y a prestar servicio gratuitamente. Hay que escribir a don José Daghero para que convenza a esos señores de que nos dejen en libertad de irnos lo antes posible. El único medio para que podamos seguir todavía por algún tiempo es que nos paguen las deudas. Nosotros no nos comprometimos en el contrato a enseñar en el colegio que se levantó frente a nosotros; en efecto, sus alumnos acuden a nuestras escuelas.

Era realmente extraño que «aquellos señores», después de haber causado el menosprecio del colegio salesiano, pretendieran todavía que los Salesianos impartiesen la enseñanza a sus colegiales.

La cuestión continuó de la misma manera durante todo el curso escolar 1884-85. En 1885 don Miguel Rúa visitó en Roma al cardenal Martinelli para indagar sus intenciones y se convenció de que convenía ajustarse al *statu quo*. Pero don Bosco pensaba de otro modo. En junio dijo:

—No se puede seguir así. La fuerza mayor es una razón para romper el contrato. No se puede resolver el debate ante las Sagradas Congregaciones, puesto que el cardenal Martinelli tiene mucha influencia en todas. Escribámosle, pues, diciendo que estamos dispuestos a una indemnización de cinco, diez, veinte mil liras. Daremos lo que quieran, con tal de que nos dejen libres.

Don Miguel Rúa presentó algunas observaciones para justificar su oposición y don Bosco, resignado, exclamó:

—¡Haced como queráis!

Y luego prosiguió diciendo:

—Por lo demás, nos resignaremos a cualquier pacto, seguiremos todavía uno o dos años para no dejar metido en líos al Cardenal, pero conviene que nos marchemos. Más tarde o más temprano, podría suceder una catástrofe. La razón para irnos es que no se ha cumplido el convenio, **[334]** la salud maltrecha de los Salesianos, el pequeño colegio Rebaudi y las deudas, con que nos encontramos.

Dicho esto, escuchó la serie de nuevas consideraciones, que le hizo don Miguel Rúa sobre un proyecto del canónigo Pagani para un ulterior acuerdo. En una palabra, un escrúpulo de justicia hacía titubear a don Miguel Rúa y, según su entender, los Salesianos no debían retirarse de Magliano hasta que se cumplieran los cinco años previstos en el contrato; el retirarse antes redundaba en su deshonra; el asunto de los Conceptinos, de Albano y de Ariccia ya los había perjudicado en opinión de muchos. Don Bosco rechazó sus observaciones y las de otros e insistió en que los Salesianos debían marcharse de Magliano.

Pero dejó al Capítulo toda la responsabilidad de las consecuencias.

Se decidió aceptar el plan del Cardenal de aceptar en el seminario a sacerdotes de la ciudad capacitados para dar clase, adiestrarlos en la enseñanza y ponerlos en lugar de los Salesianos, de suerte que éstos pudiesen retirarse poco a poco sin molestia ni perjuicio para el seminario.

Nadie podía entonces imaginar cuánta razón darían los hechos a

don Bosco un año después de su muerte, cuando se vieron obligados a salir de mala manera de Magliano. Pero don Juan Bonetti, impresionado por la insistencia de don Bosco en sostener la necesidad de marcharse, había recordado con inquietud el caso de Cremona; en efecto, un año antes de los hechos que conocemos, también había dicho y repetido don Bosco, sin motivo aparente, que era urgente retirarse. No se hubieran podido dar dos casos más parecidos [1].

Tampoco respondían a las intenciones de don Bosco las condiciones de la casa de Lucca. Situada en el centro de la ciudad, no permitía libertad ni desahogo a los alumnos, que estaban en el patio de recreo a la vista de cuantos se asomaban a las ventanas desde los edificios que lo rodeaban. Estaba el Oratorio pero, dada la oposición **[335]** de los párrocos, no iban a él más que unos cuarenta muchachos cuando más. Estaba también la iglesia, pero no pertenecía a los Salesianos y necesitaba reparaciones. En cambio, don Bosco hubiera deseado que en Lucca se fuera creando una obra parecida al Oratorio de Turín. Por todos estos motivos y estando a la venta la finca del Colegio Real, fuera de la ciudad, deliberó vender el inmueble que se ocupaba entonces y comprar aquélla. Se mostró tan resuelto a ello que rápidamente se hizo la opción de compra; pero no se pudo formalizar el contrato, por la intervención del Ministerio, que impuso sacar la finca a subasta, lo cual importaba que había de pagar mucho más de las dieciocho mil liras ya concertadas. En aquellas condiciones, el colegio no pudo tener larga vida [2].

Otra casa, que sostenía una verdadera lucha por la existencia era la de Faenza. Cuando vieron sus enemigos que fracasaban uno tras otro sus ataques, cambiaron de táctica y montaron un centro de recreo festivo laico, donde entretener a los niños para que abandonasen el oratorio salesiano. Según la costumbre del pueblo romañol, en esta ocasión al menos, se habló claro: el día cuatro de marzo, se hizo la propuesta a la Junta municipal y se dijo públicamente cuál era el fin preciso del centro de recreo. Como el ayuntamiento estaba en manos de los republicanos y sus partidarios, la propuesta se aprobó por unanimidad. Se destinó al objeto un local, que había pertenecido anteriormente a unas monjas, se asignaron quinientas liras y se abrió una suscripción [3]. La juventud se dividió, como era lógico, en dos parti-

---

[1] *Actas Cap. Sup.* 16 de enero, 19 de mayo, 26 de agosto, 28 de octubre; 5, 9, 18 de diciembre de 1884; y 12 de junio de 1885.

[2] *Actas del Cap. Sup.*, 19 de mayo de 1884.

[3] Se publicaron también una circular y un estatuto (Ap. Doc. núm. 44).

dos. Los periódicos atizaban el fuego; pero la indiferencia de la mayoría redujo poco a poco a la nada la ridícula intentona.

En cambio, don Juan Bautista Rinaldi trabajaba con la esperanza de un éxito mayor para dar a Faenza un internado. Al hacerse con la casa y el terreno anejo, cometió la imprudencia de pedir autorización al Real Delegado de Rávena el cual, como era de esperar, la rechazó. Cuando don Bosco se encontró con el Director en Bolonia, **[336]** le mostró el disparate y le enseñó la manera de remediarlo. En aquel entonces, expresó él mismo su norma de conducta en los siguientes términos:

—De aquí en adelante, en Italia abriremos casas para aprendices, que servirán de escudo para los estudiantes. Por tanto, por mera cortesía, se podrá dar aviso de ello a la autoridad civil, aunque ni eso conviene. Si fuere menester, acudiremos al Ministerio de Gobernación, del que dependen las obras de beneficencia. Son Obras que recomienda el Ministerio.

Sugirió, pues, a don Juan Bautista Rinaldi que explicara en este sentido al Delegado de Enseñanza la carta, que le había enviado para pedir una licencia que no era necesaria. Además, como aquí se empezaban los cursos elementales, bastaría que los encargados de la enseñanza fuesen maestros titulados. Así, pues, en los comienzos sólo se habló de escuelas profesionales.

La apertura del colegio suponía el traslado de los Salesianos desde el Borgo a la ciudad. Los sectarios espiaban sus movimientos. Un semanario recién aparecido y titulado *Lamone,* por el río que pasa por Faenza, publicó en su número del día cinco de octubre, fiesta del Santo Rosario, un violento artículo de fondo contra ellos. Personas dignas de crédito aseguran que un delincuente comprado tenía orden de penetrar durante la noche en el patio del oratorio, poner unas bombas en la cantina subterránea y hacer saltar la casa. Pero la Providencia detuvo al facineroso. Hacía unos días que bajaba el río con tanta agua que metía miedo y, además estaba vigilado por guardias. Precisamente se desbordó a eso de la medianoche y sus aguas inundaron cada vez más el terreno. Las campanas de la ciudad tocaron a rebato; a sus sones contestaban los cuernos desde el campo; toda la población se levantó sobresaltada, de suerte que la confusión general impidió la ejecución de la fechoría. Don Juan Bautista Rinaldi, por consejo de personas amigas, pidió y obtuvo que los soldados montasen guardia en la casa durante algunos días.

Creyó también necesario contestar a las insolentes amenazas del periódico y envió al gerente un escrito para que lo publicase en el

número del domingo siguiente. Pero el periódico, en vez de acatar la respuesta, aumentó la dosis de los insultos. Entonces inundó la ciudad con **[337]** un folleto compuesto por él, en el que se aplastaban con decorosa firmeza las acusaciones y calumnias lanzadas contra los hijos de don Bosco. La publicación gustó a la gente proba; y sirvió para dar a conocer los Salesianos a gran parte de la gente buena que aún no los conocían e ignoraban quiénes eran y qué hacían.

Preparada por fin la nueva casa, se entró en ella el día diecinueve de noviembre [1]. Pero hubo que tomar algunas precauciones. Los muebles fueron trasladados de noche en carros. El personal fue allí antes del alba, con los guardias y la policía apostados, dispuestos a la defensa si acaecía algún acto hostil. Algún tiempo después, iban casi a diario los representantes del orden para ver si había novedades.

A primeros de mes, había estado en Valdocco don Pablo Taroni y había contado a don Bosco y a los Superiores las batallas y victorias de los Salesianos en Faenza. El Santo, después de oírlo todo, se volvió a los presentes y dijo:

—¡Ved lo que son los caminos del Señor! Para entrar en la región de la Romaña parecía que, de acuerdo con los cálculos y la prudencia del mundo, teníamos que comenzar de lejos y acercarnos poco a poco, plantando las tiendas primero en las fronteras; y, en cambio, el Señor nos ha lanzado de improviso a Faenza, precisamente al centro de la región, a luchar y a vencer. Benditos sean el señor y María Auxiliadora.

Algunas cosas preguntó el director, don Juan Bautista Rinaldi, a los Superiores. Ante todo en qué condiciones debía aceptar los alumnos internos. Don Bosco contestó:

—Envíese el programa del Oratorio. La edad de los muchachos sea de los once a los doce años; la pensión de veinticuatro liras al mes. Pero el director tiene facultad para condonarla a quien crea conveniente, y se las arreglará como pueda, como se hace en nuestro Oratorio.

Preguntó después qué era lo primero que debía ponerse en marcha. Se determinó que se abriesen inmediatamente los dos talleres de sastrería y zapatería. En tercer lugar, qué obras había que hacer para adaptar al fin propuesto el grupo irregular de edificios, que se había adquirido. **[338]** Don Bosco envió a don Angel Savio para que viera el lugar y trazara un plano de conjunto, pero según esta norma:

—Cambios, sí; añadiduras no.

---

[1] Ap. Doc. núm. 45.

Deseaba saber por último el Director si la Casa madre acudiría en ayuda de la de Faenza, dado caso que se encontrase en apuros por aquellos trabajos. Don Bosco contestó:

—Nosotros vivimos de la Providencia, por consiguiente nos encontramos siempre en sus brazos, sin recursos fijos y seguros; pero no nos negamos a dar a la casa de Faenza parte de lo que la Providencia nos dé y acudir en su ayuda.

A pesar del cambio de casa, no se suspendió el oratorio festivo ni un solo domingo.

Mientras tanto seguía el *Lamone* clamando contra los Salesianos, llegando al extremo de escribir que no era verdad que don Bosco hubiera recogido en sus hospicios a muchachos que habían quedado huérfanos por el cólera. Don Juan Bautista Rinaldi recogió y presentó nombres y apellidos de los que habían sido atendidos porque quería refutar con pruebas ésta y otras falsedades. Pero don Bosco, que era del parecer contrario, observó:

—Para contestar a estos periódicos no debemos aducir pruebas; basta un simple mentís. Si se presentan pruebas, se da pie a sus artículos y materia para nuevos insultos. En lugar de esto, protéstese y dígase que, si quieren saber cómo está la cuestión, que busquen pruebas. Si, para ello, tienen que escribir cartas a sus corresponsales, gastar tiempo y dinero en sellos de correo y viajes, a buen seguro que no se lanzan a la empresa o se cansan pronto [1].

Esta prudente conducta fue más eficaz que cualquier polémica.

Antes de volver a Turín, mencionaremos tres cosas de Liguria y, ante todo, el hospicio de Sampierdarena. Aunque en un principio don Bosco casi no parecía propenso a la institución de la parroquia de San Cayetano [2], sin embargo, más tarde modificó su actitud y hasta llegó al decreto de erección. Este decreto le causó en seguida una contrariedad. El Capítulo Superior había fijado **[339]** los límites de la nueva parroquia y la curia de Génova los había aceptado; pero el canciller arzobispal los redujo después a su arbitrio, como se echaba de ver por el texto del documento. Entonces se devolvió el decreto con la exposición de los motivos. A este propósito, hizo don Bosco las observaciones siguientes:

—La Curia de Génova hubiera debido enviarme primeramente el proyecto para poderlo examinar, estudiar, aprobar y firmar. Después era necesario escribir a Roma, para que también la Sagrada Congregación hiciese sus observaciones y aprobase. Es esencial que la parro-

[1] *Actas del Cap. Sup.;* 1 y 9 de diciembre de 1884.

[2] Véase Vol. XVI, pág. 351.

quia sea instituida canónicamente. Si la aprueba solamente el Obispo, puede éste quitárnosla a su beneplácito. Por el contrario, si la aprueba Roma, el derecho parroquial es perpetuo. Además, sean cuales fueren las cuestiones a tratar con las Congregaciones Romanas, es necesario haber estudiado bien la materia y estar seguros de tener derecho a lo que se pide, pues, de lo contrario, no se puede alcanzar. Los Curiales no se cuidan de estar al día de los Breves, Decretos, decisiones, etc.

Por consiguiente, encargó a don Juan Cagliero que escribiera a monseñor Magnasco para prevenir cualquier posible error.

Cuando el Vicario General vio cómo se había introducido el cambio, no llevó a mal que se hubiese rechazado el decreto. Procedióse después al nombramiento del párroco y el Arzobispo aceptó que éste recayera en don Miguel Angel Braga, catequista en Roma. Sin embargo, la Congregación no había recibido todavía la investidura de la parroquia; por consiguiente, don Bosco insistió:

—Háganse los trámites cuanto antes. Pónganse de acuerdo en primer lugar el Obispo y el Rector Mayor; envíese después a Roma el borrador del convenio, para que sea aprobado. Con este procedimiento, entraremos en plena posesión de los derechos que nos corresponden. De todos modos, para proceder con seguridad en el desarrollo de las negociaciones, se encarga a don Juan Cagliero de que estudie en la obra *De collatione parochiarum ad regulares* de Bouil lo que procede hacer y que informe de ello al Capítulo. En cuanto al *placet* del Gobierno, habrá el inconveniente de que, a veces, algún párroco regular pueda oponerse a ceder a otro la parroquia o a cambiar de casa, si el Superior lo mandase. **[340]** Para evitar este invonveniente, es mejor poner las parroquias a nombre de los Directores, que serían siempre las personas más estables. Si ellos no pueden cumplir los deberes, elíjanse un Vicario [1].

Los asuntos de Sampierdarena proporcionaron una larga discusión el día nueve de diciembre, bajo la presidencia de don Bosco, que intervino con alguna frecuencia. Resultará agradable leer el resumen, que hizo de ella el secretario en las actas. Tomó parte en la sesión don Domingo Belmonte, director de la casa.

II. DON DOMINGO BELMONTE tiene la palabra. Dice que ya casi no existe en Sampierdarena el oratorio festivo para los externos, por ser incompatible que los muchachos internos y externos estén mezclados. Era floreciente antes, pero ahora apenas si tiene una docena de muchachos. El patio es ya demasiado pequeño para los internos, que llegan a trescientos, entre estudiantes y aprendices; hacen juntos el

[1] *Actas del Cap. Sup.* 4 de julio y 24 de octubre de 1884.

recreo y hay accidentes a menudo porque juegan con verdadero frenesí. Si se quiere que florezca el oratorio festivo, no hay más remedio que destinar una parte de la huerta para patio o comprar la casa colindante, que da al mar y tiene un terreno espacioso anejo, que era antaño propiedad del marqués Ignacio Pallavicini. Como quiera que ese terreno sería para nosotros demasiado amplio, ya hay quien está dispuesto a comprar una parte, si la vendemos. La señora Garibaldi ha comprado casi todo el terreno junto a la colina, detrás del Hospicio y edificó en él unos veinte chalets para alquilarlos. Esta Señora nos compraría el terreno que nos parezca sobrante. Hay un proyecto, no aprobado todavía, pero defendido por los ayuntamientos de Génova y de Sampierdarena para hacer pasar una magnífica calle detrás del Colegio por la ladera de la colina, la cual quedará rápidamente abierta al tráfico. Los terrenos colindantes aumentarán de precio tres veces más. Sería, pues, muy conveniente para nosotros poder cerrar cuanto antes este contrato.

DON BOSCO: —El propietario actual es el Marqués Marcelo Durazzo, heredero de Pallavicini, que hasta ahora no quiso nunca vender a don Bosco, por miedo a que no se lo pague, y que no venderá de ningún modo, si no obtiene un gran lucro de este contrato. De todos modos, autorizo a don Domingo Belmonte para tratar este asunto.

DON DOMINGO BELMONTE: —Corren voces de que ya hay otros que quieren comprar la finca de Durazzo para poner una fábrica de cintas. Mientras tanto hay que lamentar que la masonería ha abierto en Sampierdarena un magnífico parque de recreo festivo, dotado con toda clase de diversiones, gimnasia, tiro al blanco, teatro, música, etc. etc. y de esta **[341]** manera tiene en sus manos a toda la juventud de la ciudad. Todos llevan al cuello como distintivo un pañuelo rojo, dan paseos con la banda de música a la cabeza, etc.

DON BOSCO: —Pues bien tú, Belmonte, trata con el marqués Durazzo sobre la compra de ese terreno y no os preocupéis por el precio. Acude a alguna persona amiga, que se preste a hacer de intermediario y que explique claramente al Marqués de qué se trata. Junto a él está en Pegli don Gaspar Olmi. Hay que lograr que se interese a nuestro favor.

DON DOMINGO BELMONTE narra que don Miguel Angel Braga propuso redactar una súplica para que la firmen todos los párrocos del contorno, don Bosco y también el Arzobispo. Esta súplica se enviaría a don Bosco para que la examine y, después, se hará presentar al marqués Durazzo.

DON BOSCO: —Envíeseme esa súplica de don Miguel Angel Braga; estúdiese a fondo, hable de ella don Domingo Belmonte con el señor Dufour y llévese a efecto el proyecto.

DON MIGUEL RUA añade que, entretanto, se entienda don Domingo Belmonte con la señora Garibaldi.

III. DON DOMINGO BELMONTE presenta la cuestión del campanario que debe levantarse en Sampierdarena. El toque de las campanas no se oye a doscientos metros de distancia. Una persona desconocida envió mil liras para levantar esta torre. El párroco de Teglia vino para presentar el deseo de la población de nuestra parroquia por esta construcción. El propone formar tres comisiones, presididas por los capellanes de los dos oratorios y el rector de la Capilla Rolla, con el fin de recoger limosnas y dar comienzo a las obras. El Caballero Borgo ha venido a hablar y le pareció que se puede levantar el campanario donde está el actual, porque las paredes aguantarán el nuevo peso, y ya encargó a su yerno que hiciera el plano.

DON BOSCO dice a don Domingo Belmonte: —Sigue adelante. Tenemos ahora

entre manos la rifa de Roma, pero es cuestión de unos meses y pronto quedará acabada. Con los premios que sobren, haremos otra rifa en Sampierdarena, enviando los boletos a los cooperadores y a las cooperadoras. Ya hemos despachado doscientos mil a una lira. Nadie lo sabe o no hace caso. Hasta ahora sólo los hemos enviado a los cooperadores. Todo se hizo con la menor publicidad. El mismo Gobierno Civil de Roma nos advirtió que procediéramos a toda prisa a la exposición de los premios, porque estaba muy cerca la fecha de la rifa. Temía que fuera nula la ganancia con este retraso y nos exhortaba a darnos prisa. La respuesta fue que don Bosco daba las gracias y apresuraría el despacho de los boletos. Estos señores no saben que ya está todo hecho.

DON MIGUEL RUA opina que será mejor ordenar las comisiones para el campanario. La rifa podrá servir para otros fines.

DON BOSCO y el Capítulo aprueban esta observación y añade don Bosco: —Aconsejo ir despacio en la construcción **[342]** del campanario, ábranse los cimientos, espérese después algún tiempo antes de reanudar las obras y luego sígase adelante poco a poco.

IV. DON DOMINGO BELMONTE pide que se nombre al que deba hacer de párroco, porque la población no sabe a quién debe dirigirse y se queja.

DON MIGUEL RUA observa que don Francisco Cerruti, inspector de Liguria, ya visitó al Arzobispo para tomar acuerdos sobre este punto.

DON BOSCO viene a decir como de paso: —Mientras no esté hecha la estadística de los feligreses, no existe la parroquia. Hay que visitar todas las casas, incluso las de los judíos y de los protestantes. Hay que tratar a éstos cortésmente, decirles la propia condición, añadir que no se les visita para hablar de temas religiosos, sino para conocerse, etc. A las familias católicas se les pregunta: ¿Tenéis hijos? ¿Van a la iglesia en las fiestas? ¿Están ya preparados para la primera comunión? Es así como se dan los primeros pasos para una parroquia.

DON MIGUEL RUA pregunta si el párroco sería movible o inamovible.

DON DOMINGO BELMONTE: —El párroco será movible. El Superior presentará al Obispo el nombre de los que sucesivamente destinará a este cargo y, si alguno de ellos no pareciere apto, el Obispo dará conocimiento de ello al Superior para que lo cambie.

DON BOSCO añade: —No importa qué título pueda tener el que sea destinado a la cura de almas; pero no recibirá la investidura como párroco, sino como Ecónomo espiritual. Una vez que se establezca la manera de conceder el cargo a este sacerdote, se presenta al Obispo y éste lo reconoce y lo destina como representante suyo en la parroquia; y, después, como representante del Obispo, se hace reconocer por la autoridad civil. Don Francisco Dalmazzo me asegura que en Roma los párrocos son nombrados *por un año* y sólo con el título de párrocos; por consiguiente, los párrocos religiosos pueden cambiarse cuantas veces lo estime el Superior. Por lo cual, el Obispo nombrará a uno que hará las veces de párroco y se verá qué título se le da, de forma que no comprometa a ninguno y lo señale como Vicario parroquial.

DON MIGUEL RUA manifiesta que parece que los votos de todos para este cargo son a favor de don Miguel Angel Bragà.

El Capítulo asiente.

DON ANTONIO SALA pregunta si hay rentas fijas.

DON DOMINGO BELMONTE contesta que hay un título del Estado por valor de novecientas liras de renta, concedido por la Curia, y los derechos de estola. Pero no hay nada por parte del Gobierno y, por tanto, nada se tiene que ver con él.

DON MIGUEL RUA propone que se haga firmar a la Curia un documento, en el que se declare nuestra libertad para quitar y poner un sacerdote u otro para la cura de almas.

DON DOMINGO BELMONTE afirma que eso es precisamente lo que la Curia de Génova desea hacer, pero ésta querría que el destinado a la cura de almas tuviese el título de Párroco, o Vicario, porque quisiera que el Gobierno lo aprobase y fuese reconocida su firma para ciertos casos.

[343] DON BOSCO concluye: —El elegido será verdadero párroco, pero provisional ante la Curia y Vicario ante el Gobierno.

V. DON DOMINGO BELMONTE expone que hay que rehacer el tejado de la iglesia y que eso acarrea un gasto enorme.

DON BOSCO: —Inténtese presentar una súplica al Ayuntamiento, al Gobierno, a la Obra Pía, al Real Economato.

Como se acaba de ver, la posición del párroco cara a la Congregación fue un tema de repetido examen. En el catálogo del año 1885 aparece el nombre de don Miguel Angel Braga entre los capitulares de la casa después del consejero escolástico, con el título de «consejero y párroco».

En Varazze, hacía algún tiempo que algunos elementos anticlericales azuzaban a las autoridades de Génova contra el colegio. El edificio pertenecía al ayuntamiento, el cual propuso a don Bosco la compra del mismo, pero pedía ochenta mil liras, cuando un informe pericial lo valoraba en veintiocho mil. Las condiciones impuestas eran cuatro: 1.ª, don Bosco tenía que entregar cuarenta mil liras; 2.ª, ceder gratuitamente al ayuntamiento el primer piso y el segundo para escuelas municipales; 3.ª, el local tenía que servir siempre para internado; 4.ª, si don Bosco lo quería cambiar de destino tenía que desembolsar otras cuarenta mil liras. Mientras tanto el ayuntamiento no quería hacer más gastos en reparaciones, a pesar de que el tejado, las paredes, y las escaleras se encontraban en pésimo estado.

Ante aquellas desorbitadas pretensiones, que parecían pensadas para obligar a los Salesianos a marcharse, dijo don Bosco:

—Principalmente hay que examinar si nos conviene este contrato por el lado material y por el lado moral, esto es con respecto a la autoridad civil. Mientras tanto, escríbase al administrador de la Duquesa de Galliera, en Voltri, para saber cómo andan las negociaciones para abrir un colegio en aquel pueblo. La respuesta que él nos dé servirá de norma para guiarnos en nuestra conducta con el ayuntamiento de Varazze. Si consideramos las reparaciones que necesita el edificio del colegio, vistas las amenazas de la autoridad escolástica de cerrar nuestras escuelas elementales y de proveerlas de maestros titulados, y teniendo en cuenta la falta de personal, sería sin duda conve-

niente retirarnos. Es verdad que había que haber notificado **[344]** nuestra retirada hace dos años; pero, atendida la grave necesidad de reparaciones imprescindibles en el edificio, atendido que el Ayuntamiento no las hace y que nosotros no estamos obligados a tales gastos ni a quedar aplastados bajo los escombros del tejado, parece que ninguno podría impugnar nuestra falta de notificación. Sin embargo, conviene que don Celestino Durando y don Francisco Cerruti vayan a Varazze, examinen la situación y propongan al ayuntamiento que, puesto que ellos no quieren hacer las reparaciones necesarias en el colegio, lo vendan al precio del informe pericial o nosotros nos veremos obligados a retirarnos. Los delegados sólo se encargarán de informar; el Capítulo decidirá.

Así quedó determinado.

El ayuntamiento, que ni se había dignado contestar a las repetidas instancias para las reparaciones, cuando vio llegar la intimación en forma legal, acusó el golpe y se preocupó. El alcalde era verdaderamente una buena persona, pero débil y engañado; con todo no quiso cargar con la odiosidad de la población, si salían los Salesianos a los que apreciaba mucho. Oído su informe, el cabildo municipal ordenó la reparación desde los cimientos hasta el tejado y así se evitaron medidas extremas [1].

La casa de Vallecrosia tenía muchas deudas después de las recientes construcciones. Don Bosco resolvió acudir a su acostumbrado recurso de una rifa benéfica. Reunió un millar de premios, pidió la autorización al jefe del distrito de Ventimiglia, pero fue denegada. Envió entonces la petición al Gobernador de Portomaurizio [2]; al mismo tiempo, rogó al honorable Biancheri, diputado por aquel colegio electoral, que tuviese a bien recomendar su súplica. El diputado lo hizo pero no obtuvo ningún buen resultado, pues la instancia se oponía al decreto de 1881, que, como dijimos para Roma, no permitía más rifas que las promovidas y dirigidas por entes legalmente instituidos. Como no se pudo encontrar ningún otro medio, no quedó más remedio que poner a la venta los objetos recogidos.

Y terminaremos en Turín esta nuestra vuelta **[345]** por Italia, de arriba abajo. El hecho más saliente de aquí fue el traslado de los Hijos de María desde Mathi al hospicio construido junto a la iglesia de San Juan Evangelista. En Mathi había que rechazar demasiadas peticiones por la estrechez del local; y, por tanto, era menester construir o emi-

[1] *Actas del Cap. Sup.* 21 de febrero, 27 de junio, 26 de agosto y 11 de septiembre de 1884.
[2] Véase Ap. Doc. núm. 46.

grar. Pareció preferible la segunda solución. En el mes de noviembre quedó todo preparado para recibir en el nuevo edificio a sus moradores. A lo largo de la avenida del Rey, no se levantaban todavía a la sombra de los plátanos los grandes edificios, que entonces empezaron a formar el paseo de Víctor Manuel II; así que resaltaban la iglesia y la casa de San Juan y formaban un conjunto de edificios urbanos de elegante aspecto. Pasó un día por delante el rey Humberto I, camino de la Exposición, admiró la novedad y, volviéndose al alcalde, preguntó:

—¿De quién es esta casa?

—Es uno de los hospicios de don Bosco, contestó el conde de Sambuy.

—¡Don Bosco!, exclamó el Soberano. Todos hablan de él y yo no he podido verlo nunca.

El ambiente parecía demasiado suntuoso para la condición de los huéspedes, a quienes les pareció pasar de una rústica vivienda a un palacio. Su presencia se aprovechó para el servicio del culto de la hermosa iglesia, la asistencia de los muchachos y la catequesis del oratorio festivo. Don Bosco, por su lado, se alegraba de tener cerca una obra, que tanto le había costado y de la que tanto fruto esperaba; por eso, durante el primer año escolar, iba por allí con cierta frecuencia, observaba cómo se arreglaban las cosas y bajaba a veces a visitar la cocina; y, cuando tenía que pasar algún lapso de tiempo notable sin poder ir, mandaba llamar al director, don Felipe Rinaldi, para informarse de todo y darle normas.

Una de éstas fue que cada miércoles o jueves diese el Director a los Hijos de María una conferencia familiar, enseñándoles, por ejemplo, a dar clase de catecismo y, en general, supliendo todo lo que no podía decir en los sermones; en una palabra, que les hablase de todo lo que le pareciere mejor. «Algo que no hay que **[346]** olvidar, pues enseñó la experiencia que es muy útil», anota don Felipe Rinaldi en un cuadernito.

Otra norma anotada en él, se refería a las admisiones.

—Hay que poner como principio, le dijo el Santo, que la pensión no cuesta nada, si los informes son buenos. Tómese lo que se pueda.

En octubre de 1885 fue a su casa el joven Zanella y el prefecto le escribió que no volviera si no pagaba su deuda. El escribió entonces a don Bosco, el cual le hizo contestar que, en San Juan Evangelista nunca se expulsaba a ninguno por el único motivo de no poder pagar. Zanella volvió, llegó a ser clérigo salesiano y, obtenido el permiso para marchar a América, dejó allí óptimo recuerdo de su celo.

En Valdocco hizo don Bosco una adquisición, anhelada mucho tiempo atrás. Se había advertido muchas veces la conveniencia de comprar el terreno que rodeaba la casa de la señora Bellezza, contigua al oratorio festivo [1]. Mientras vivió la dueña no fue posible entablar negociaciones; muerta ella, los hijos pedían un precio exagerado. Don Bosco ofrecía setenta mil liras, y ellos pedían cien mil más. Después comenzaron a bajar hasta las ciento veinticinco mil. A fuerza de presionar, se avinieron a las cien mil redondas, y don Bosco quedó muy satisfecho. La casa podía servir para usos diversos; pero el espacio servía, sobre todo, para un nuevo patio que se había hecho necesario para el recreo del Oratorio festivo y quedaba todavía un trecho para regular el espacio destinado a los aprendices. En cuanto al dinero para el pago, ya hemos visto cómo le sacó del apuro la generosidad del conde Colle [2]. Después de esta ampliación, el área del Oratorio que, en 1848, apenas medía dos mil doscientos diecinueve metros cuadrados, llegó en 1884 a los cincuenta y dos mil treinta y cinco. Nunca se llegará a bendecir como lo merece la previsión de don Bosco por enriquecer, como lo hizo, a su Oratorio de terreno edificable.

[1] *LEMOYNE, M. B.* volumen II, pág. 406 y IV pág. 466 y ss.
[2] Véase *LEMOYNE, M. B.* volumen XV, pág. 95.

[347]

CAPITULO XIII

INVITACIONES Y FUNDACIONES FUERA DE ITALIA EN 1884

DESDE dos extremos opuestos de Europa, llegáronle invitaciones a don Bosco en 1884: desde la solitaria isla de Malta y desde la inmensa Rusia. Querían en Malta un colegio, donde fuesen aceptados gratuitamente muchachos para la enseñanza profesional. Un rico señor pedía, para este fin, un programa y manifestaba su deseo de entablar negociaciones. Don Bosco le envió la *Breve Noticia* sobre la fundación del Oratorio de Turín [1], dándole a conocer su buena voluntad. Sin duda, se habría arreglado el asunto mucho más deprisa, de no haber tenido que entablar gestiones con el Gobierno inglés, celoso por la influencia italiana en aquella su posesión; pero, tras largos y laboriosos intercambios de opiniones, se llegó finalmente a un acuerdo en 1903 con el instituto de San Patricio, centro educativo floreciente con escuelas primarias y profesionales muy bien organizadas.

Sobre la posibilidad de penetrar, en Rusia, no se podía ni hablar. La obra salesiana era conocida en las esferas gubernativas, pero se la miraba con malos ojos. Había disposiciones policiales que vedaban la entrada del *Boletín* en el Imperio con la orden de secuestro en las fronteras. Don Pedro Pozzan se atrevió a pedir razones de ello al Director general de Correos del Imperio; y así se pudo saber que semejante ostracismo dependía de las ideas religiosas de la revista. **[348]** También estaba prohibido, en todo el territorio ruso, vender y distribuir estampas de María Auxiliadora. Sin embargo, tanto el *Boletín* como las estampas, pasaban de contrabando desde Polonia austríaca a Polonia rusa con tan buen resultado que los rublos enviados por los buenos polacos sostuvieron válidamente aquel crítico año las obras salesianas. Un día llegó una carta sin firmar con unos rublos y estas palabras: «Polonia a los pies de María Auxiliadora en Turín. ¿Cuándo se romperán nuestras cadenas?». Pero más admirables toda-

[1] Véase Vol. XV, pág. 602.

vía parecieron otras dos cartas, una de las cuales pedía para San Petersburgo, hoy Leningrado, un sacerdote salesiano y Hermanas de María Auxiliadora, y la segunda proponía la fundación de un hospicio salesiano en Odessa [1]. Rusia no vería a los primeros salesianos hasta después de la primera gran guerra europea [2], cuando tres de ellos formaron parte de la misión pontificia, encargada de dar de comer en aquel país a los hambrientos con los medios que proporcionaba la caridad del Papa.

El primer centro salesiano en Bélgica, dedicado a San Juan Berkmans, se abrió en Lieja en 1891 por don Miguel Rúa; pero su promotor hasta alcanzar la meta, desarrolló una acción que no interrumpió durante ocho años. El Obispo de aquella ciudad eminentemente industrial, monseñor Víctor José Doutreloux, nombre ilustre en la historia de la Iglesia belga, anhelaba dar vida a una obra semejante al Oratorio de Turín con su doble objetivo de asegurar educación cristiana a la juventud menesterosa, mediante unas escuelas profesionales, y atender las vocaciones eclesiásticas, con unas escuelas secundarias. A su primera instancia de 1883, se contestó con buenas intenciones y para tiempo indefinido; sin embargo, don Bosco, consciente del bien que su obra podría hacer en un ambiente como aquél, quiso alimentar las esperanzas del Obispo y le propuso un encuentro en Niza, adonde él pensaba ir a fines de septiembre. Pero Monseñor, **[349]** a pesar de sus grandes deseos, no prometió acudir a la cita; se entrevistaron, en cambio, al año siguiente en el Oratorio, durante la novena de María Auxiliadora. Monseñor, en viaje a Roma, se detuvo en Turín expresamente para conferenciar con nuestro Santo.

Recibióle don Bosco con la respetuosa y fascinadora cordialidad que le caracterizaba; y salió Monseñor de su habitación con el corazón henchido de consuelo y enardecido de afecto hacia su persona, como se echa de ver por la correspondencia epistolar que mantuvo con él. Antes de salir del Oratorio, fue una vez más a rogar fervorosamente a María Auxiliadora que tomara en sus manos el asunto. Después, en Roma, habló de don Bosco a León XIII, el cual se alegró recordando que le había visto pocos días antes y dijo al Obispo que le escribiese, diciéndole que el Padre Santo, gran conocedor de la ciudad de Lieja, la quería mucho y deseaba vivamente que hubiera en ella un orfanato dirigido por los Salesianos. Estas palabras, pronunciadas con energía, impresionaron a monseñor Doutreloux y le convencieron de

[1] *Actas del Cap. Sup.*, 28 de febrero de 1884.
[2] La de 1914 a 1919.

que, con su súplica a don Bosco, había favorecido los designios de Dios, y, por consiguiente, no faltarían los medios. «¡Ojalá, añadía el Prelado, no sea yo indigno de tan gran favor!».

Aunque le acuciaba una santa impaciencia por ver cumplidos sus deseos, sin embargo, convencido de que también don Bosco participaba de los mismos, pero no tenía todavía el personal necesario, no le molestó con insistencias prematuras. Mas no perdió nunca de vista su ideal. Dos años más tarde, durante la novena de María Auxiliadora de 1886, presentóse al Santo en su nombre, el abogado Doreye, denodado organizador de las obras católicas en Lieja. Este, que se interesaba igualmente por la anhelada fundación y deseaba formarse un concepto cabal de la Obra de don Bosco, visitó detenidamente el Oratorio.

Mientras tanto, el Obispo no se había quedado mano sobre mano, sino que ya tenía preparado un amplio local destinado a *Patronato* y rodeado de un terreno libre, que permitiría cualquier ampliación. Estaba, además, convencido de que la diócesis daría **[350]** en breve a don Bosco más hombres que los que él enviaría a Lieja. A pesar de todo, como era hombre de gran fe, ponía toda su confianza en la eficacia de la oración. «¡Ah!, escribía a don Bosco, dígnese pedir a María Auxiliadora que le ilumine sobre mis instancias, que no dudo están de acuerdo con la voluntad de Dios» [1].

Don Bosco había prometido para 1884 abrir en Oporto (Portugal) una casa de artes y oficios, dedicada a San José [2], y ahora el conde de Samodaes le recordaba el asunto uniendo a su carta una recomendación del Nuncio Apostólico, monseñor Vicente Vannutelli [3]; pero desgraciadamente hubo que aguardar todavía para más tarde, ya que no sabía dónde encontrar las personas a enviar.

También desde Lisboa, en nombre del cardenal Patriarca Neto, anunciaba el Barón Gomes que había a disposición de don Bosco en aquella capital una discreta cantidad de dinero y un edificio ya construido para seminario. No satisfecho con la respuesta, replicó el mismo Cardenal el día veintinueve de septiembre: «Tenga a bien hacer un esfuerzo por contestar favorablemente a mi instancia. Quién sabe si el Señor, en su misericordia por Portugal, le proporcionará los medios, que le faltaban y que tal vez le faltan todavía. Búsquelos, se lo suplico; su caridad, tan bendecida por la Providencia, haga que los descubra para destinarlos a mi país, cuyas necesidades religiosas son

---

[1] Ap. Doc. núm. 47 A-B-C.
[2] Véase Vol. XIV, pág. 669 y ss.
[3] *Actas del Cap. Sup.*, 28 de febrero de 1884.

muy grandes. Ruégole ponga al Patriarcado de Lisboa en la lista de los países protegidos por María Auxiliadora, ¡tenemos mucha necesidad de este socorro y de sus oraciones para obtenerlo! ¡Por favor! Consagre usted mismo a María Auxiliadora esta diócesis, pidiendo a Dios la conversión y reforma de su clero». Un llamamiento tan caluroso debió conmover el corazón de don Bosco, que no veía la manera de responderle tan pronto en el sentido por él también deseado.

[351] En la vecina España habían madurado los acontecimientos para una fundación destinada a un gran porvenir: don Bosco había predicho el año 1880 que una rica señora quedaría un día viuda e invitaría a los Salesianos para ir a fundar una gran casa en Barcelona y dar así principio a muchas otras fundaciones [1]. Pues bien, las dos primeras cosas, esto es, la viudedad y la invitación, se realizaron en 1882; la tercera, es decir la fundación, tuvo lugar relativamente poco tiempo después.

Vivía en Barcelona una señora, rica en abundancia de bienes materiales, pero no menos rica en caridad cristiana; doña Dorotea Chopitea de Serra. Era hija de un acaudalado español domiciliado en Santiago de Chile. Su padre, después de la guerra de independencia, se vio obligado por sus propios intereses a trasladarse con toda la familia a España, y se estableció en Barcelona. El año 1832 se casó Dorotea con don Mariano Serra, regresado también de Chile. Después de una larga convivencia, exactamente en el año de sus bodas de oro, murió el marido. La viuda, que era una mujer sensible a las necesidades del prójimo, convencida de que, en los tiempos que corrían, urgía sobre todo atender a la juventud pobre, e impulsada, además, por la piadosa intención de sufragar el alma de su difunto esposo, determinó emplear con liberalidad sus bienes para crear una obra que respondiese a su intención. Tenía pensado para ello adquirir una casa, poner al frente un digno sacerdote y buscar buenos obreros, que enseñaran en ella un oficio a los niños del pueblo más necesitados de asistencia.

Pero no quiso obrar por su cuenta, sino que se aconsejó con un miembro de su familia. Este le hizo ver las dificultades que había para organizar de aquella forma la noble empresa y, especialmente, para que fuera duradera; añadió, después, que había leído, pero no recordaba en qué periódico, que un sacerdote italiano había fundado con idéntico fin una Congregación religiosa. A doña Dorotea le pareció **[352]** que tocaba el cielo con las manos. Rogó encarecidamente a su

[1] Véase Vol. XV, pág. 288.

pariente que le buscara en seguida aquel periódico. Así supo quién era don Bosco y qué pretendía con su Obra; y se enteró de que uno de sus hijos, don Juan Branda, se encontraba hacía dos años en España, en Utrera, llamado allí por el marqués de Ulloa. Escribió inmediatamente a Sevilla para informarse. Enterada después de que, en Marsella, había unos talleres salesianos, sin aguardar la respuesta, escribió también a esta ciudad, pidiendo noticias sobre la institución de don Bosco. Una vez sabido cuanto deseaba, escribió a don Juan Branda, rogándole tuviese a bien indicarle qué condiciones se requerían para fundar una casa salesiana en Barcelona. Parecíale que una fuerza misteriosa la apremiaba a darse prisa.

Don Juan Branda recordó entonces la predicción que le había hecho don Bosco y se la contó, al responder a la señora; pero, en cuanto a la fundación, le sugirió que tratara directamente con don Bosco. Fuera de sí por la alegría, al comprender que sus planes coincidían de este modo con los designios de la Providencia, doña Dorotea escribió el día 20 de septiembre de 1882 a nuestro Santo, manifestándole su intención de contribuir a fundar en los aledaños de Barcelona una escuela profesional y confiársela a los Salesianos. Don Bosco no pudo responderle en seguida; por lo que ella, casi impaciente por toda demora, volvió a escribirle el día doce de octubre proponiéndole que enviara rápidamente a Barcelona un representante suyo, para tratar la cuestión con ella y con otras personas y particularmente con el Obispo; que ella hospedaría al enviado y le reembolsaría los gastos del viaje [1]. Don Bosco le hizo contestar que no podía atender en seguida la petición por la escasez de personal y el gran número de nuevas fundaciones, pero que esperaba hacerlo en un porvenir no lejano.

Ante aquella respuesta, la alegría de doña Dorotea se convirtió en **[353]** profunda tristeza; mas no se dio por vencida y recurrió hasta el Padre Santo. Don Bosco, rindiéndose a sus deseos, envió a la capital de Cataluña a don Juan Cagliero y a don Pablo Albera con la misión de tratar y llegar a una conclusión, a la que se llegó en pocas horas. La espléndida dama compró inmediatamente por veinte mil duros (cien mil pesetas) una finca en Sarriá, junto a Barcelona; después mandó realizar en la quinta de los propietarios las obras más indispensables para transformar el edificio en colegio. Acudió don Juan Branda desde Utrera para dirigir las obras y se hospedó durante un mes en casa de la bienhechora. Todo procedió a la perfección, de modo que el día 15 de febrero de 1884 se abría la casa, con el mismo don Juan Branda

[1] Ap. Doc. núm. 48.

como director. Lo mismo que el Oratorio de Turín, los *Talleres* salesianos de Sarriá aparecieron en sus principios como una miniatura de lo que llegaron a ser con el tiempo. Doña Dorotea fue hasta el 1891, año de su santa muerte, la mamá afectuosa y generosa de sus queridos Salesianos.

Cuando don Miguel Rúa comunicó oficialmente al Capítulo Superior que ya estaba abierta la casa de Barcelona, se preguntó a don Bosco si no era preferible elegir para España un Inspector propio. El Santo contestó:

—Por ahora déjense las cosas tal como están. Dentro de unos meses, veremos qué conviene hacer y a quién elegir. Las circunstancias nos aconsejarán qué partido tomar. Mientras tanto siga España dependiendo directamente del Capítulo Superior.

Los meses se convirtieron en años, aunque no muchos; el año 1889 tuvieron las casas de España su primer Inspector en la persona de don Felipe Rinaldi.

Dos fundaciones hubo en Francia el año cuya historia narramos, una en Lille y otra en París; pero hay el recuerdo de varias propuestas, que ocasionaron negociaciones sin resultado positivo. En Antibes, ciudad de la costa en el distrito de Grasse, ofrecían un terreno de diez mil metros cuadrados sin ninguna carga. Don Bosco hubiera querido aceptar, porque la localidad se prestaba para residencia de los muchachos de La Navarre y de Niza **[354]** durante las vacaciones, para los ejercicios espirituales de los Hermanos y para los clérigos estudiantes de filosofía; pero cuatro mil metros cuadrados pertenecían a una sociedad inmobiliaria de Cannes, que los cedía gratuitamente, mas con ciertas condiciones que obstaculizaban la libertad, por lo que no se hizo nada. En Gevigney, cerca de Besançon, se habían aceptado de una manera general los inmuebles del anciano señor Villemont, para organizar en ellos una escuela agrícola; pero no se logró un entendimiento para acabar de una vez con las negociaciones y llegar a firmar la escritura. Volveremos a hablar de ello hacia el fin del volumen. Un sacerdote de la diócesis de Angulema, fundador de un orfanato, con un centenar de muchachos, carecía de personal seguro, por lo que estaba dispuesto a entregarlo todo incondicionalmente y hacerse él salesiano; pero como se requería inmediatamente numeroso personal, don Bosco aconsejó al fundador que continuara su obra y dispusiera después por testamento de lo suyo. La señora Cambulat, residente en Lourdes, quería regalar a don Bosco un castillo de su propiedad, pró-

[1] Ap. Doc. núm. 48.

ximo a Toulouse, para que dispusiera de él a su gusto. Estaba enferma del corazón y tenía prisa por llegar a una conclusión. Don Bosco encargó a don Pablo Albera que visitara el edificio, autorizándolo para aceptar sin compromiso de ninguna clase. Al anunciarle la visita de su representante, añadía que se aceptaría el castillo para destinarlo a lo que pudiese servir a la mayor gloria de Dios. Pero unos consejeros de distinto parecer le hicieron poner la condición de que el inmueble debía transformarse en colegio y, por tanto, ya no se habló más del asunto.

Con mejor suerte se llevaron a cabo las negociaciones para Lille. Unos excelentes cooperadores habían preparado el terreno. El viaje de don Bosco a Lille en 1883 ayudó admirablemente para acelerar las gestiones. Se esperaba a los Salesianos en el orfanato de San Gabriel, que lo había hospedado. Aquel centro benéfico proyectado en 1871 y abierto en 1874, albergaba muchachos huérfanos de la guerra franco-prusiana y lo dirigían las Hermanas de la Caridad. Los asilados, que habían ingresado de pequeñitos, pasaban ya de los quince años y no podían seguir al cuidado de aquellas religiosas. Por eso se **[355]** llamaba a los hijos de don Bosco, para convertir el asilo en un centro de artes y oficios.

La aceptación formal se realizó el día 16 de enero de 1884, por el Capítulo Superior; pero se prorrogó la apertura por algún tiempo para acabar de regular la propiedad, mediante una sociedad civil compuesta de franceses e italianos, en parte salesianos y en parte ajenos a la Congregación [1]. El señor de Montigny, celosísimo cooperador salesiano [2], fue quien más contribuyó a la nueva fundación.

La elección del Director recayó en don José Bologna. Don Bosco lo recomendó al señor Felipe Vaud, riquísimo industrial y cristiano ejemplar, que él llama su gran amigo [3]; escribió también a monseñor de Quesnay, arzobispo de Cambrai y ordinario a la sazón de Lille, para pedirle las debidas autorizaciones. El Director tomó posesión del orfanato el día veintinueve de enero. Las hermanas no podían mostrarse más solícitas para darle toda suerte de informes y prestarse a lo necesario para el traspaso de poderes. El Arzobispo trató al hijo de don Bosco con la más afectuosa contesía [4]. La mayor pena para don José Bologna era ver a los muchachos ir a la ciudad para aprender el

[1] Ap. Doc. núm. 49.

[2] Ap. Doc. núm. 50.

[3] *Actas del Cap. Sup.* 16 de enero de 1884. (Se trata de introducir la causa de beatificación de los hermanos Vaud).

[4] Sobre el recibimiento del Arzobispo y otras cosas. Véase Ap. Doc. núm. 51.

oficio, pues no había talleres en casa; se propuso entonces no ahorrar sacrificios hasta que la casa de Lille pudiera estar a la par en todo con las de Niza y Marsella.

No se crea que resultara fácil imponer a aquellos muchachos el nuevo orden de cosas. Se requirieron seis meses de paciencia para empezar a ganárselos y acostumbrarlos poco a poco a nuestro reglamento; y no porque se tratase de muchachos traviesos y alocados, sino porque daban muestras de desconfianza y frialdad. Algo se amansaron, recordándolos a don Bosco, cuya presencia los había impresionado mucho y deseaban volver a verlo. También ayudó a ello **[356]** la música instrumental a la que se dedicaron con gusto y aprovechamiento. Ayudaron finalmente las fiestecitas de casa. Había ocho niños que debían hacer la primera comunión para la solemnidad de la Asunción: el Director aprovechó la ocasión para que todos hicieran tres días de ejercicios espirituales. A falta de predicadores salesianos, se invitó a dos jesuitas. Era una novedad, que dio buenos frutos. Estas y otras industrias sirvieron para afianzar firmemente la casa, que no iba en zaga a la de Marsella por la multiplicidad de quehaceres y de estructura; no había más que un sacerdote, tres clérigos y un coadjutor y, además, no se gozaba en ella de libertad alguna de movimiento, pues vivían apretados como sardinas en banasta. A pesar de todo, en agosto ya no iba ninguno a trabajar fuera de casa. Don José Bologna había montado, lo mejor que pudo, talleres para sastres, zapateros, carpinteros, encuadernadores, impresores, litógrafos y cerrajeros. Fue un verdadero esfuerzo salesiano el que hizo en tan estrechos límites de espacio y de tiempo [1].

Se imponía la necesidad de ampliación; no faltaba terreno, pero faltaban los medios. «Los de Lille no son los de Marsella, escribía el Director; no se mueven. Dicen que no hay nada que hacer, que las gentes de esta tierra necesitan ver, antes de decidir si deben ayudarnos». Y así, cuando vieron que se hacía, ayudaron. Para más estimular todavía la beneficencia pública, organizó en Lille una comisión de señoras, como la que había admirado en Marsella, con un reglamento muy sencillo y práctico, que revisó y aprobó don Bosco [2], el cual envió a cada una el diploma de cooperadora y el *Boletín*. La casa creció, ensanchó su esfera de influencia y llegó a ser una de las mejores instituciones de la ciudad.

La buena marcha de la casa de San Gabriel inspiró en el primer

[1] Carta de don José Bologna a don Bosco, Lille, 6 de agosto de 1884.
[2] Ap. Doc. núm. 52.

año un noble discurso ante un público muy distinguido. En noviembre de 1884, se celebraba en Lille un **[357]** Congreso de los Católicos franceses del Norte y del Pas-de-Calais bajo la presidencia de monseñor Langénieux, arzobispo de Reims, ayudado por los Obispos de la provincia eclesiástica de Cambrai. En él propuso el señor Houzé de Aulnoit que se diese a conocer ampliamente la superioridad del método empleado por don Bosco en sus centros educativos. Narró la historia de la obra salesiana de Lille, expuso el desarrollo de la institución de nuestro Santo y destacó su peculiar carácter, invitando por último a los Congresistas a dar nueva vida con su aliento al renovado orfanato de San Gabriel. «La ciudad de Lille, concluyó el orador, contaba con la cooperación del gobierno para fundar una escuela de artes y oficios. Faltó esta cooperación; pero la Santísima Virgen no abandona las obras puestas bajo su patrocinio. No pierdan nunca de vista los Católicos del país que la educación católica de la juventud es la salvación de la sociedad; hagan, pues, que tantos huerfanitos hoy desamparados gocen los beneficios de una formación cristiana y preparen para nuestras industrias jefes hábiles y creyentes en Dios, cuya sola presencia en nuestras fábricas anuncie la aurora de una próxima renovación social. Por esto, nosotros tenemos el honor de someter a los sufragios del Congreso de los Católicos del Norte y del Pas-de-Calais reunidos en Lille el voto de que el orfanato de San Gabriel de Lille, dirigido por los sacerdotes salesianos de don Bosco, sea protegido y apoyado con todos los medios posibles».

El voto fue aprobado por unanimidad.

Acerquémonos ahora a París. El viaje triunfal de 1883 había despertado esperanzas seguras de una próxima llegada de los Salesianos a la capital francesa. Había dicho don Bosco desde el púlpito de San Agustín:

—¿No habrá modo de fundar en París un centro como los de Marsella, Niza y Turín? Yo creo que aquí se necesita una casa de este género y que es preciso abrirla.

Sus palabras no cayeron en el vacío. El señor de Franqueville se encargó espontáneamente de buscar un local para un hospicio salesiano. Y, mientras el cooperador parisiense buscaba por su ciudad, llegaron a Turín **[358]** dos propuestas para los alrededores. Se referían a la fundación de una casa entre Saint-Ouen y Saint-Denis, y de otra en Châtillon; el ofrecimiento para esta última procedía de la piadosa condesa Stacpoole, domiciliada en Roma en la quinta Lante. Como se trataba de donativos, don Bosco declaró que aceptaba las dos. En la primera creía que podría colocar a los Hijos de María; pero después se

vio que el lugar era insalubre. Para la segunda surgieron dificultades por parte de una arrendataria, que tenía allí un internado femenino y amenazaba con una catástrofe o poco menos; por lo cual se suspendieron las negociaciones y, por último, se abandonaron. La Providencia quería a don Bosco dentro de los muros de la gran metrópoli y en una zona donde la obra salesiana se encontraría en su elemento.

El nido estaba ya preparado y acabado hasta el último detalle. En el barrio obrero de Ménilmontant, pocos años antes foco de pasiones antirreligiosas en tiempos de la *Commune* [1] existía un *Patronato,* fundado en 1878 por el abate Pisani, dedicado a San Pedro y en poder de una sociedad civil, de la que él era jefe. El oratorio floreció hasta el año 1884, cuando el fundador fue nombrado secretario de monseñor D'Hulst, rector del Instituto Católico de París, y corrió riesgo de desaparecer. Como no tenía quién lo sustituyera y sentía en lo más íntimo del corazón ver destruido el fruto de tantos sacrificios, se entendió de mil amores con el señor de Franqueville para vender a don Bosco el edificio y el terreno. Se hicieron los tratos a toda prisa. Se valoró la casa con todo el mobiliario en ciento setenta y cinco mil francos; hubo que aportar cincuenta y cinco mil en el acto mismo del contrato. El representante de don Bosco ya tenía treinta mil, recogidos precisamente para comprar en París una casa para darla a los Salesianos. Las otras entregas se harían a plazos, con largo intervalo entre uno y otro y al interés del tres por ciento. Las acciones eran nominativas y se encontraban en poder del abate Pisani, que las pondría al portador y las entregaría al representante de los Salesianos, a medida que se entregasen las cantidades de suerte que, efectuada la última entrega, todas las acciones quedarían en poder de dicho representante.

[359] Se exigía primeramente que don Bosco remitiese al abate Pisani un escrito en forma privada, obligándose a adquirir todas las acciones; al mismo tiempo el abate remitiría a don Bosco otro escrito, obligándose a entregarle todas las acciones, cederle el local y darle posesión antes de que se hiciere la liquidación completa.

Convenía, por tanto, que un delegado del Capítulo Superior se trasladara a París para entrevistarse con el señor de Franqueville y con el abate Pisani y observara el vecindario de la casa y otros detalles. Al tratar este asunto, habló don Bosco en estos términos [2]:

—Vaya don Pablo Albera a París y hable con el señor de Franqueville y con el abate Pisani; examine el lugar, averigüe si hay hipo-

[1] *La Commune:* el poder revolucionario de París en 1871 *(N. del T.).*
[2] *Actas del Cap. Sup.* 12 de septiembre de 1884.

tecas, si los alrededores son sanos, si se habla de alguna quiebra, qué fama tiene la institución y otras cosas por el estilo. Para estos informes, diríjase también al vicario d'Hulst, que tiene muchísimas relaciones y medios. Cuando yo estuve en París, me ofreció quinientos mil francos para fundar un colegio de niñas; pero no creí oportuno aceptarlos. Visite don Pablo Albera al Arzobispo y a su coadjutor Richard, que nos es muy adicto y desea que vayamos. El Vicario General es entusiasta de don Bosco. Pero el cardenal Guibert vacila en llamarnos a París, porque teme que tengamos que sufrir en el trato con la gente; por eso don Pablo Albera háblele sólo después de que la cosa esté hecha. Hay que comprar esta casa en consideración de la benevolencia que la ciudad de París demostró a don Bosco.

Don Pablo Albera estaba comprometido con los ejercicios espirituales de los hermanos y no pudo ir a París; fueron en su lugar don Celestino Durando y don Camilo de Barruel, que cumplieron bien su misión. Encontraron, entre otras cosas, que el párroco del lugar se oponía a ello. El Cardenal les recomendó, en la visita que le hicieron, mucha prudencia, les aconsejó que fueran despacio en hacer gastos e insistió **[360]** en la necesidad de abrir bien los ojos para aceptar franceses en la Pía Sociedad, porque se corría peligro de encontrar estafadores, gente sin buen nombre, fácilmente hipócritas, que se darían a conocer demasiado tarde, cuando sería imposible remediar el mal causado por ellos. Algunos buenos seglares, que ya acudían antes para asistir a los muchachos y enseñarles el catecismo, se ofrecían entonces para seguir prestándose. La casa no estaba sujeta a la indiscreción de miradas extrañas, pero sí el jardín desde ciertas casitas, que se podrían comprar fácilmente. La finca se encontraba en una colina y era un lugar sanísimo. No tenía cargas de ningún género. Todos los amigos animaban a la compra y decían que era un contrato bonísimo, pero que había que darse prisa, para que no se presentaran concurrentes al divulgarse la noticia. El Capítulo oyó el informe [1], y determinó que se hiciera en seguida la escritura con las modalidades, arriba mencionadas.

El abate Pisani presionaba para que se enviara el personal antes de la Inmaculada. Don Bosco dijo en la sesión capitular del día cinco de diciembre, por la tarde:

—Me encuentro entre los brazos de una tenaza, que me sujetan con fuerza. Por un lado, la escasez de personal y, por otro, la opción favorable que no se debe dejar escapar. Preciso es también tener en

[1] *Actas del Cap. Sup.* 28 de septiembre de 1884.

cuenta que muchas de las limosnas, que nos dieron en París en 1883, eran principalmente con miras a la casa que se pedía en aquella capital. Hoy el entusiasmo por don Bosco está algo adormecido, pero será fácil volver a despertarlo. El próximo año el personal salesiano en Francia quedará duplicado con los novicios de la *Providencia* [1] y esperamos proporcionar a las casas de Francia nuevos y valiosos refuerzos.

No fue posible contentar al abate Pisani para la Inmaculada; don Bosco no envió hasta fines de diciembre a París a don Pablo Albera para firmar el contrato y presentar al director don Carlos Bellamy [2]. Los recibimientos fueron en todas partes muy agradables [3]. Sin duda que la siguiente carta de agradecimiento, en cuyo borrador no hay ningún nombre, debió estar **[361]** dirigida a monseñor d'Hulst, vicario general y gran amigo del abate Pisani.

Ilustrísimo y Rvmo. Monseñor:

La bondad con que V. S. trató a los Salesianos, especialmente para la fundación de un *Patronato* en París, merece especialmente todo nuestro agradecimiento. Querría demostrarle nuestra común gratitud, pero no sé cómo hacerlo.

Lo único que puedo y hago de todo corazón es ofrecer a V. S. Rvma. nuestros servicios, y rogarle tenga a bien considerar las casas salesianas como totalmente suyas. Cuando venga por Turín, tenga a bien honrarnos con su presencia y morar con nosotros el mayor tiempo posible.

Mientras tanto, ruégole siga prestando su eficaz protección a la casa, que se acaba de abrir en París y ayudándola con los consejos y con los medios, que en su iluminada prudencia juzgue oportunos para mayor gloria de Dios y salvación de las almas.

Que el Señor le conserve con buena salud a fin de que pueda continuar sus obras de caridad, y recomendándonos todos a sus valiosas y santas oraciones tengo la satisfacción de poder profesarme con profunda gratitud,

De V. S. Ilma. y Rvma.

Turín, 10 de enero de 1885

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

En la casa prestaron en seguida una preciosa ayuda algunos estudiantes de escuelas superiores, que iban allí a pasar la tarde con los muchachos y colaboraban en las clases y en las catequesis [4]. Vivía allí

---

[1] *La Providencia.* Se refiere al Noviciado de Santa Margarita de Marsella, Vol XV, pág. 55 *(N. del T.).*

[2] Véase Vol. XVI, pág. 262 y ss.

[3] Ap. Doc. núm. 53.

[4] Estaba entre ellos el futuro padre Pablo Virion, Inspector salesiano en Bélgica y a la sazón oficial del ejército.

el abate Hugot y siguió viviendo y trabajando en la casa durante unos meses, hasta que fue encargado de una parroquia y la dejó. El señor de Franqueville se ocupaba de recaudar los medios de subsistencia y los obtenía en medida suficiente. Don Bosco había dicho:

—En París no faltará la caridad. Diez personas solas darán en un mes muchísimo. Fueron muchos los señores que prometieron enviar ayuda cuando se abra la casa y darán ciertamente con generosidad.

[362] Su previsión no quedó completamente fallida, por lo menos en los comienzos; a ello contribuyó la siguiente circular que él envió a los cooperadores más destacados.

Beneméritos señores Cooperadores
y señoras Cooperadoras de París:

Corre el segundo año desde que tuve la gran satisfacción de encontrarme entre vosotros, caritativos Cooperadores y Cooperadoras. En aquella memorable ocasión, me convencí profundamente de que florece entre vosotros el espíritu de religiosidad, de caridad y de generosidad, y di gracias a Dios por ello. Cada uno de vosotros manifestaba aquellos días el vivo deseo de que don Bosco fundase una casa en París, para recoger a los niños de calles y plazas, e instruirlos, educarlos y hacer de ellos buenos cristianos y honrados ciudadanos.

Vuestro deseo fue escuchado y hoy es una realidad. Se acaba de abrir la casa, con el nombre de Patronato de San Pedro, en Ménilmontant, calle Boyer, número 28.

Por ahora nos hemos limitado a un Patronato dominical y a albergar algunos jovencitos de los más pobres y abandonados. Pero, con la ayuda del buen Dios y con el apoyo de vuestra caridad, espero que podremos aumentar su número y favorecer en más amplia proporción a la querida juventud de esa grandiosa capital.

Se ha comprado una vivienda bastante capaz, con una devota capilla, un local para escuelas y un patio para recreo; pero todavía está por pagar en gran parte. Además de esto, hay que sostener y consolidar la obra. He ahí un campo abierto para vuestra caridad. Vosotros lo sabéis; mis riquezas y mi fortuna, o mejor, el principio y la continuación de mis obras en beneficio de la juventud pobre se apoyan en vuestra bondad, en la ayuda que me prestáis. No tengo más que la buena voluntad de hacer el bien a los jovencitos pobres, que fueron y serán siempre la delicia de mi corazón, y la labor de los sacerdotes, que consagraron su vida al mismo fin. El resto está en vuestras manos.

No os propongo cuotas anuales; cada uno de vosotros tiene plena libertad para dar lo que la bondad del corazón le inspire cuando pueda y como pueda.

El sacerdote Carlos Bellamy, director del Patronato, está encargado de recibir los donativos que vosotros tendréis la bondad de hacer en favor de la obra mencionada.

Conociendo por experiencia el ardor con que los hijos de Francia acuden en auxilio de las obras buenas, no añado más para animar vuestro celo. Digo solamente que, después de Dios, confío a vosotros mi primera casa de París y vivo tranquilo con la seguridad de que mi esperanza no quedará frustrada.

Por mi parte, os aseguro que cada día rezaré y haré rezar **[363]** a mis muchachos ante el altar de María Auxiliadora, para que cubra con su manto a todos vosotros y a

vuestras familias, proteja y bendiga vuestro cuerpo y vuestra alma en esta vida y os obtenga finalmente de su Divino Hijo Jesús ir a recibir a su tiempo en el cielo el premio de vuestra caridad.

Con la más profunda gratitud, tengo el alto honor de profesarme de vosotros, señores Cooperadores y señoras Cooperadoras,

Turín, 29 de enero de 1885

Seguro servidor [1],
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Un rasgo notable de la Providencia habíase manifestado poco antes de tener que firmar el contrato. El señor de Franqueville era depositario de treinta mil francos; pero se necesitaban y sin dilación cuarenta mil más. Don Miguel Rúa no tenía ni esperaba tener pronto nada para enviar; por lo cual escribió al señor de Franqueville exponiéndole el apuro y rogándole indujera al abate Pisani a esperar todavía un poco. Apenas terminó de escribir la carta, llególe otra certificada de Roma. La abrió y la leyó: la señora Stacpoole decía que tenía preparadas cuarenta mil liras para la casa de París y preguntaba a quién debía entregarlas su agente en París. Don Miguel Rúa conmovido, le respondió que las mandara entregar en seguida al señor de Franqueville.

Aquella residencia interina en París fue providencial para el desarrollo de la Congregación en Francia y en los dominios franceses, pues aquella obra, de tan humildes principios, alcanzó un desarrollo gigantesco que, no sólo inspiró confianza en los bienhechores, sino que dio una alta idea de la Congregación y de su eficacia social. El *Patronato de Ménilmontant,* arrollado en la ruina general por efecto de las **[364]** leyes persecutorias, resurgió y volvió a la vida en otra sede, gracias especialmente a la buena voluntad de los antiguos alumnos.

El día doce de noviembre conversaba don Bosco con don Juan Bautista Lemoyne y don Juan Bonetti, habló del gran porvenir que

---

[1] Seguía esta posdata: Para comodidad de los donantes pueden entregar sus donativos al Rvmo. señor Le Rebours, cura párroco de la Madeleine; al señor Marqués de Franqueville, Château de la Muette; al señor Adolfo Josse, librero, calle Sèvres número 29-31. Estos beneméritos Señores recogen los caritativos donativos a favor del Patronato y los transmiten después al rector del mismo.

La traducción al francés fue hecha por don Carlos Bellamy y aprobada por don Bosco (Ap. Doc. núm. 54).

La circular inspiró un artículo del *Figaro,* que puede leerse en el Apéndice, Doc. núm. 55.

Tres cartas de don Carlos Bellamy contienen minuciosos informes sobre el primer mes después de la llegada a París (Ap. Doc. núm. 56 A-B-C).

esperaba a la Congregación e hizo una observación importante sobre los oratorios festivos. Sus palabras vienen aquí como anillo al dedo para cerrar estos dos últimos capítulos.

—Veo cada vez más claramente, dijo, el glorioso porvenir que espera a nuestra Congregación, destinada a propagarse y hacer mucho bien. A pesar de los actuales disgustos, infidelidades y deserciones, está destinada a grandes cosas. Cuando la actual situación entre en un período de calma, entonces Uruguay, Argentina, Patagonia serán para nosotros un campo magnífico. Pero téngase por base que nuestro fin principal son los oratorios festivos. Mientras nos dediquemos a la juventud pobre y abandonada, nadie nos envidiará. De estos oratorios saldrán sacerdotes, que serán modelo de los demás y serán bien vistos hasta por los enemigos del clero y serán bien recibidos en todas partes. Serán expeditivos y conocedores del mundo. Quiero que se procure poner en los oratorios festivos Directores, que no tengan injerencias en los colegios. ¡Qué gran cosecha de almas se hará! [1].

[1] El padre Semería, que había ido al oratorio festivo de San Luis en Turín desde 1875, escribió: «Uno de aquellos pilluelos era yo. ¡No comprendía el *bien* que, con estos Oratorios, se hacía! Pero de entonces arranca mi ferviente simpatía por los Salesianos. Orden verdaderamente providencial, llegada cuando entrábamos en el ciclo de la vida civil moderna, y era preciso evangelizar a los pequeños burgueses y a los obreros más selectos. El Apóstol de estos dos mundos, que entonces se asomaban a la vida económica, social, política, fue don Bosco por medio de sus hijos y sus hijas. Por esto la Orden tuvo el rápido y admirable incremento, que todos conocemos. La Obra del Cottolengo siguió siendo turinesa, la de don Bosco se hizo mundial. Arraigó en todas partes; don Bosco siguió, con sus falanges espirituales, la avanzada del Piamonte por toda Italia; y, desde Italia, se lanzó a todo el mundo. Fue muy afortunado en el Nuevo Mundo, en América, principalmente en América del Sur. Los Salesianos son la única gran Orden religiosa italiana, que haya alcanzado en el siglo XIX una expansión mundial». P. Juan Semería, *Mis recuerdos del oratorio.* Casa Edit. Amatrix, Milán-Roma, págs. 17-18.

[365]

CAPITULO XIV

ALGUNAS NORMAS PRACTICAS Y DOS SUEÑOS

LA Congregación no había elegido todavía un escudo oficial, según costumbre de todas las familias religiosas; como sello de la misma se imprimía la figura de san Francisco de Sales envuelta en una inscripción latina que designaba la Pía Sociedad Salesiana. Sólo el día 12 de septiembre de 1884, don Antonio Sala presentó al Capítulo Superior el boceto del emblema salesiano, urgido a ello por la oportunidad de fijarlo en la iglesia del Sagrado Corazón entre los de Pío IX y León XIII. Lo había dibujado el profesor Boidi. Era un escudo, con una gran ancla en el medio; a la derecha de ésta, el busto de san Francisco de Sales; a la izquierda, un corazón inflamado; arriba, una estrella resplandeciente de seis puntas; debajo, un bosque; y detrás de él, unas altas montañas; desde abajo, dos ramas, una de palmera y la otra de laurel, entrelazadas en el tallo, abrazaban el escudo hasta la mitad. De la parte inferior, salía una cinta flotante que llevaba la leyenda: *Sinite parvulos venire ad me* (dejad que los niños vengan a mí).

Se observó que esta leyenda ya había sido adoptada por otros. Don Julio Barberis propuso sustituirla por *Templanza y Trabajo,* que le sugería el sueño de don Bosco, en el que este binomio es propuesto cabalmente como lema o distintivo de la Congregación. Don Celestino Durando prefería *María Auxilium Christianorum, ora pro nobis.* Don Bosco solucionó la cuestión diciendo:

—Desde los comienzos del Oratorio, ya se adoptó un lema **[366]** en tiempos del Convictorio (Residencia sacerdotal), cuando yo iba a las cárceles: *Da mihi animas caetera tolle.*

El Capítulo aplaudió a don Bosco y aceptó el histórico lema.

No le gustó al Santo la estrella que dominaba el escudo, porque le parecía que tenía algún sabor masónico y mandó sustituirla por una cruz irradiando luz. Después, se introdujo la estrella a la izquierda sobre el corazón. De este modo, quedaron unificados los símbolos de las tres virtudes teologales.

El lema elegido, como depusieron en los procesos los más antiguos alumnos del Oratorio, el canónigo Ballesio y el cardenal Cagliero entre ellos, ya se veía desde el principio, cuando ellos eran muy pequeños, escrito con grandes caracteres sobre la puerta del cuartito de don Bosco. No se podía expresar mejor lo que había constituido el supremo objetivo del Santo al actuar y al sufrir, al escribir y al hablar; objetivo que debería formar el programa esencial de la Sociedad por él fundada. Basta leer su biografía para ver claramente que su mayor preocupación fue siempre el bien de las almas; lo mismo se podrá reconocer también en este capítulo, en el que nos proponemos engarzar las preciosas palabras, que profirió en reuniones capitulares, en conversaciones familiares o al narrar algunos de sus sueños.

Oigamos antes algunas de sus normas sobre las vocaciones que hay que cuidar, examinar o sostener.

En el Oratorio o en los colegios se encontraban muchachos que daban buenas esperanzas, pero faltos de medios económicos, de modo que tenían dificultad para pagar la módica pensión y se encontraban en apuros para proveerse de lo necesario. Don Bosco dijo el día dieciocho de julio en sesión capitular:

—Cuando hay un muchacho, que da esperanzas de llegar a ser un buen salesiano, pueda o no pueda pagar la pensión, no se repare en gastos. Provea la casa. Estoy seguro de que el Señor vendrá en nuestra ayuda con medios extraordinarios e inesperados, si se hacen todos los esfuerzos por tener vocaciones. No reparemos, pues, en gastos. Sirva esto también de norma para los demás colegios nuestros. Si un joven da esperanzas de éxito y los padres no pueden **[367]** pagar; si presentan dificultades, si se quejan a los Superiores de que pasan apuros y no pueden proveerle de lo necesario, entonces en razón de la buena conducta del muchacho condónesele fácilmente una mensualidad, un trimestre; con tal de que haya siempre la esperanza de una probable vocación. Cada día van escaseando más las vocaciones. Con el mismo celo impídase que sigan la carrera eclesiástica los que no son llamados a ella y los indignos. Procédase en esto con la máxima prudencia. No se acepten nunca a prueba aquellos que no dieron antes buen resultado.

Más de una vez tomó la palabra, cuando se trataba de aceptar aspirantes para entrar en el noviciado. Un clérigo de veinte años cumplidos, procedente del seminario de Ivrea, a las pocas semanas de estar en San Benigno, pedía ser admitido entre los novicios. Don Bosco dijo:

—Como hace sólo un mes que está con nosotros, y no hemos

podido conocerle todavía, acéptese como aspirante. Si persevera y corresponde como es debido, podrá ser novicio el día de la Inmaculada.

Otro clérigo del mismo seminario, hijo de familia religiosa y rica, no tenía, como el anterior, la licencia y el certificado del Obispo, sino una simple declaración en la que se decía que no podía volver al seminario por razón de estudios. El documento despertó alguna duda, sobre todo, porque el postulante no había hecho muy bien los ejercicios espirituales en San Benigno, pues charlaba en la iglesia con el compañero. Don Bosco razonó de este manera:

—Por regla ordinaria, no se debe transigir nunca con la moralidad. Si hay dudas sobre ello, es preferible no aceptar antes que introducir en casa a un individuo con dudas de inmoralidad. Se puede transigir en cuanto a la disipación, la escasa educación, la poca aplicación al estudio. El punto cardinal es la moralidad. La experiencia nos demuestra que una señal de inmoralidad es la huida de los Superiores.

Un tercer clérigo, llegado del seminario de Milán, había deseado siempre entrar en una congregación religiosa y afirmaba haber encontrado su nido en la Pía Sociedad. **[368]** El Santo aconsejó tratarlo con cierta cautela según el espíritu de san Francisco de Sales, hablarle de la excelencia de una congregación en general y del favor que hace el Señor a un sujeto con la vocación.

Un muchacho del Oratorio había aprobado el examen de reválida del bachillerato, pero no daba indicios seguros de vocación. Don Bosco observó:

—He hablado con él mismo y está totalmente de acuerdo en no tomar la sotana este año. Me manifestó que estaba dispuesto a ponerse a barrer, antes que salir de nuestras casas. Se le podría poner con los aprendices, y también he hablado de esto con él. Por ahora ocúpesele en la tipografía, en el *Boletín* o en alguna otra incumbencia de la casa. Si sigue llevando una vida ejemplar, será admitido; si diese motivo de queja, salga en seguida. Si se mantiene bueno y se decide por el estado eclesiástico, entonces se le propondrá entrar en la Congregación.

Fueron aceptados dos jóvenes que habían terminado el quinto curso de bachillerato en Varazze, y tres que habían acabado el cuarto en Borgo San Martino. Don Bosco supo que algunos de ellos encontrarían fuerte oposición por parte de sus familias e hizo estas sugerencias:

—Hay que preparar a estos jóvenes acerca de las respuestas a dar.

Digan con mucha serenidad: «He estudiado mucho mi vocación y me he convencido de que, para ser feliz, necesito ingresar en una congregación. A mí me gusta la salesiana. Siento que la conciencia me llama a ella y tengo que obedecer a mi conciencia, si no quiero ser víctima de remordimientos y tener un mal porvenir». Podrán hablar también de las ventajas espirituales o materiales, según las disposiciones de ánimo de los parientes.

Un alumno de Borgo San Martino, de unos diecisiete años, que sólo había cursado hasta el tercer año del bachillerato, pedía ser admitido. Don Bosco preguntó a su Director, don Angel Bordone, que estaba presente:

—¿Es inteligente y aplicado?

—Es flojito.

[369] —¿Hay esperanza de que pueda estar a la altura de los compañeros que tendrá en el curso de filosofía?

—Aunque con dificultad, sin embargo, si se aplica, podrá lograrlo.

—Entonces, digan a este joven, que, si estudia, podrá ir adelante; con estas palabras se le darán ánimos.

Un joven, hermano de un sacerdote salesiano, pedía también ser admitido en San Benigno como novicio. Pero don Bosco hizo notar que su madre era pobre y pedía continuamente ayuda.

—El hijo sacerdote, añadió, hace el papel de la madre. Nos toca hacer gastos enormes para la formación de los que se encuentran en las mismas condiciones y después, cuando llegan a sacerdotes, les parece a los padres que tienen derecho a ser tratados como señores y llegar a serlo de hecho. Si se acepta a muchachos en estas condiciones, le toca a la casa proveerlos de todo e incluso comprometerse a formar su vocación. La familia exige dinero y que se le costeen los arriendos, quiere boletos de la Obra de San Pablo, la dote para las hermanas y, si hay otros hijos, pretende que sean admitidos gratuitamente en nuestros colegios. En cuanto a este joven, he intentado acercarme a él, habría deseado cuidarme especialmente de él y ya se lo dije años atrás; pero no le vi casi nunca, porque no se acercaba a mí. Este año lo encontré una sola vez, y por casualidad, en las escaleras. Póngasele, pues, a aprender un oficio; cuando lo haya aprendido, podrá mantener a su madre. Por otra parte, no dio indicios de vocación al estado eclesiástico [1].

Una vez volvió don Julio Barberis a proponer la aceptación de un

[1] *Actas del Cap. Sup.* 30 de agosto de 1884.

aspirante, que había sido rechazado en la sesión anterior. Don Bosco, que lo conocía y había examinado seriamente el caso, dijo:

—Me daba buenas esperanzas y, por eso, se le envió a Lanzo. Tenía buen concepto de él, porque se acercaba regularmente a los santos sacramentos. Ahora me dicen que es algo raro. Pero me parece muy bueno. ¿Qué piensa de él su maestro?

[370] —Está muy atrasado en clase y no es muy aplicado; es más, por sus modales parece falso. Sin embargo, los hechos no lo demuestran. Mientras tanto, ha terminado el cuarto curso del bachillerato.

—Mírese, pues, si da alguna esperanza.

—Por su capacidad, no es inferior a otros que han sido admitidos.

—Pues bien, propóngasele estudiar durante estas vacaciones, para examinarse a principio del próximo curso, por el profesor que se le señale. Anímese a esperar. Si aprueba el examen, será admitido [1].

Para la admisión de los novicios a la profesión religiosa, hubo tres casos en los que don Bosco manifestó su manera de ver. Un novicio, que procedía del colegio de Alassio, había sido rechazado dos veces por el capítulo de la casa de San Benigno, en razón de que no tenía carácter para llegar a ser un buen sacerdote. Don Bosco no se conformó con un juicio tan sumario y, en la sesión del día seis de septiembre, hizo una investigación detallada e instructiva.

—Vayamos despacio, dijo, y con ponderación para tomar decisiones. Pregunto, pues: ¿cómo se ha portado este joven?

—Es muy desobediente, respondió don Julio Barberis. No acepta nunca los avisos y es muy perezoso.

—*Et de vita et de moribus?*

—Siempre tuvo amistades particulares con los más atrasados en los estudios; pero no consta que hubiese en ello nada malo.

—¿Tiene talento?

—Poco.

—¿Qué cultura posee?

—Escasa. Pero tiene muy buena letra y, en gramática, sale suficientemente de apuros.

—¿Qué opinión tiene de él el capítulo de San Benigno?

—Le ha dado calabazas por unanimidad.

—Sin embargo, a primera vista me parece condescendiente y fácil para escuchar los avisos.

[371] —Admito que tiene buenos modales; es más, repite conti-

---

[1] *Actas del Cap. Sup.* 6 de septiembre de 1884.

nuamente que está siempre dispuesto a obedecer y ruega que se le avise; pero, una vez avisado, se disculpa con los compañeros, murmura y no reconoce nunca su culpa; es la desesperación de los asistentes.

—¿Y cómo anda de salud?

—No tiene mucha y padece de hernia.

Al llegar aquí informó don Celestino Durando de que, ya en Alassio, no lo querían en absoluto y se habían negado a tenerlo aun pocos días durante las vacaciones. Don Miguel Rúa declaró que estaba convencido de que, si se le aceptaba, sería una carga para la Congregación. Pero don Bosco, sin darse por vencido, preguntó:

—¿No se podría sacar provecho de él como coadjutor?

—Sabe apañárselas en el mundo, contestó don Julio Barberis, y suele tener éxito en casi todo.

—¿Se le podría colocar en la librería?

—No me parece conveniente. Podría ser peligroso en medio de los jovencitos. Es muy poco seguro en la virtud y su pasado no da seguridad.

—Y en cuanto a fidelidad, ¿se puede estar seguro de él?

—Su padre, notó don Miguel Rúa, dejó en Alassio una deuda de seiscientas liras.

Don Julio Barberis insistió en que se tomase una decisión, pues ya se le había negado la profesión dos veces. El Santo concluyó:

—Bueno; dígasele que don Bosco le ha defendido, pero que se opuso el Capítulo y don Bosco no puede hacer prevalecer su opinión contra la del Capítulo.

La sentencia del Capítulo fue que el joven dejase la sotana y pasase, por entonces, a la tipografía, como coadjutor [1].

Don Juan Bautista Lemoyne dejó escrito este comentario acerca del acta de esta discusión: «Nótese la minuciosa investigación, **[372]** hecha por don Bosco en torno a la conducta de este joven. Y siempre hizo lo mismo para todos los que eran rechazados de la Congregación. Quería que cada votación se apoyase en los datos discutidos y comprobados, y no en voces vagas y en la simple opinión, aun cuando ésta fuera la de la mayoría. Con sus interrogatorios controlaba los votos, aun los que parecían más justos. Con este proceder, enseñaba a sus hijos el método prudente y desapasionado a seguir en estos juicios. Pero él muchas veces se convertía en abogado defensor de los jóvenes y, a veces, se le vio recomendarlos a los miembros del Capítulo antes

[1] *Actas del Cap. Sup.* 6 de septiembre de 1884.

de la votación, cuando los veía a todos contrarios a su protegido, para que no le dieran voto desfavorable».

Otra vez [1] se trató de la petición para la profesión, presentada por un coadjutor de veintinueve años, que anteriormente había contraído deudas y todavía no las había pagado. Don Miguel Rúa lo calificaba de bonísimo; don Juan Cagliero apelaba al Derecho Canónico, el cual prohíbe el ingreso en las congregaciones religiosas a los responsables de alguna deuda. Don Bosco se expresó de esta forma:

—Este podría ser admitido a los votos en tres casos: 1.º Si los acreedores perdonaran su deuda. 2.º Si él pagase la deuda. 3.º Si la Congregación misma la liquidara, mas él no puede, los acreedores no quieren y la casa no está obligada. Ahora bien, considerando que él es bueno y no puede pagar, podría el joven pedir a los acreedores la remisión de una parte, la casa pagaría la otra y los acreedores harían el recibo del total. Hecho esto, podría ser admitido a los votos.

El Capítulo deliberó en este sentido.

Entonces don Bosco hizo la siguiente declaración:

—Esta es la última admisión hecha bondadosamente, de acuerdo con la licencia temporal concedida por Pío IX. A partir del próximo enero, se procederá a las admisiones de acuerdo con las normas santísimas dadas por Pío IX en sus decretos de 1848, formando las comisiones indicadas en el mismo decreto. El secretario don Juan Bautista Lemoyne **[373]** queda encargado de recordar al Capítulo la voluntad de don Bosco.

Otro coadjutor [2], de setenta y dos años, había hecho la misma petición, aprobada ya por el Capítulo local de San Benigno. Don Juan Cagliero preguntó rápidamente:

—¿Bajo qué título pueden aceptarse viejos de setenta y dos años?

—Es una excepción, respondió don Bosco.

—Se hacen excepciones de éstas todos los días, replicó don Juan Cagliero, y esto es sentar el principio de que los jóvenes mantengan a los viejos. En estas cosas, hace falta algo más de ponderación.

—Por lo menos, si fueran sacerdotes, contestó don Bosco, me parece que la edad no debiera ser obstáculo para la aceptación.

—Aunque sean sacerdotes, exclamó don Juan Cagliero, no nos convienen estos viejos.

Don Miguel Rúa ayudó a deshacer el nudo, examinando el catálo-

---

[1] *Actas del Cap. Sup.* 3 de octubre de 1884.

[2] *Actas del Cap. Sup.* 12 de septiembre de 1884.

go, donde encontró que el postulante no había sido todavía novicio regularmente.

—Dígasele, concluyó don Bosco, que puede gozar de todos los privilegios de los Salesianos, siendo cooperador.

El día seis de septiembre expuso don Miguel Rúa, con respecto a los coadjutores, una idea, que ya había expresado anteriormente, pero en ausencia de don Bosco. Era del parecer de que hubiese dos clases de coadjutores; porque le parecía bochornoso que un abogado, un médico, un farmacéutico, un profesor estuviese junto a un «bendito cualquiera». Don Bosco contestó:

—No puedo admitir dos clases de coadjutores. Póngase atención para no recibir en la Congregación a ciertos individuos, que aun siendo buenos, son rudos y hasta de pocos alcances, capaces, si se les ofrece la ocasión, de ir tranquilamente a la taberna sin miramiento alguno. Si se recibe en casa a esta gente, no se la designe con el calificativo de coadjutor, sino con el de criado. No se admitan nunca en la Congregación, y mucho menos a la profesión de los votos.

Don Miguel Rúa explicó su idea, preguntando si no se podía instituir para éstos una clase **[374]** semejante a la de los terciarios, como la tienen los Franciscanos en sus conventos.

—Por ahora no hace falta, contestó don Bosco.

La caridad paternal de don Bosco brilla en un caso de admisión a las órdenes. Es preciso saber que, aquel año por vez primera, desde septiembre en adelante, había dejado de confesar a los ejercitantes porque no se sentía ya con fuerzas, y había confiado este ministerio a don Miguel Rúa, por cuyo motivo dijo el día doce de aquel mes:

—En esta tanda de ejercicios me encuentro mucho más libre para tratar sobre las vocaciones, puesto que no he confesado. Así, puedo preguntar y valerme de las respuestas para dar las disposiciones que crea útiles a quienes vienen a pedirme consejo.

Entonces anunció don Juan Cagliero que tres clérigos no habían sido admitidos a las órdenes por los capítulos locales. Oídos sus nombres, dijo don Bosco de uno de los tres:

—El asegura que desea pertenecer al estado eclesiástico y que no tiene ninguna intención de dejar la Congregación. Dice que se siente desalentado, al verse considerado como un ser inútil en la casa y que, por eso, descuidando el coloquio personal o rendición de cuentas, ha perdido la confianza con el Director, y sólo va a él en los casos de necesidad. Empero, que se ha confesado regularmente cada diez días y recibido con frecuencia la comunión; y que no hay nada que merez-

ca ser reprochado en su conducta moral. Tiene diploma de maestro para los cursos elementales de tercero y cuarto.

—El Director, contestó don Juan Cagliero, se queja de su desobediencia y falta de disciplina. Es mejor que los otros dos, pero es que, además, fue despedido del seminario. Sin embargo, no desea ser ordenado ahora, sino que se remite, en cuanto a la fecha, al juicio de los Superiores, es decir, a cuando juzguen que está preparado.

—¿No se le podría probar en otra casa?, preguntó don Bosco.

—Ya se le cambió de casa tres veces.

—Si se encontrara en él, aunque sólo fuera una sombra de inmoralidad, entonces lo despediría sin más de la Congregación. Pero parece que en este punto no hay nada que decir. Tiene los diplomas. ¡Cualquier Congregación lo aceptaría!

—¡Y nosotros dispuestos a regalarlo!, replicó don Juan Cagliero.

[375] Observó después don Miguel Rúa que estaba algo enfermo y dijo don Bosco:

—Pues bien, no nos carguemos con responsabilidades; veamos si puede cumplir sus obligaciones como profesor. Si su salud no le permitiese seguir dando clase, entonces se le podrá decir que busque otra solución. Déjese pasar algún tiempo y, después, veremos.

Es útil para todos los socios en general saber qué pensaba sobre el coloquio mensual o rendición de cuentas. Se trató de ello cuando hubo que regular la marcha del Oratorio bajo el régimen de dos directores [1]. Dio normas para los hermanos de la casa madre; y hay en ellas algo aprovechable para todas las casas.

—El Capítulo Superior, dijo, junto con el secretario, tendrán el coloquio con don Bosco. Todas las tardes, a partir de las seis, estoy a su disposición para oírlos y confesarlos; mas, para las confesiones fijaría especialmente el jueves por la tarde. Me gustaría mucho poder ir buenamente, como antes, a la sacristía, pero vendrían muchos otros y me cansaría pronto. Don Juan Bautista Francesia podría tener el coloquio con todos los sacerdotes, que no tienen ocupación fija con los estudiantes o con los aprendices y de todo el personal dedicado a los estudiantes. Don José Lazzero tendría los de aquellos que se dedican a los aprendices. Don Miguel Rúa encárguese de los hermanos más ancianos, a los que otro tendría dificultad para hacer el coloquio. Serán cuatro o cinco.

Don José Lazzero hizo notar que no serían menos de ochenta los

[1] *Actas del Cap. Sup.* 24 de octubre de1884.

que tendrían que ir a coloquiar con él, y no sabía cómo podría escuchar a todos en el espacio de un mes. Don Bosco le respondió:

—No hay que tomar literalmente la palabra *mensual;* procede con la libertad de quien busca el bien y procura obtenerlo. Al principio, los coloquios podrán ser largos; pero muchos acaban por ser brevísimos. Para bastantes hermanos hará falta ser exactos, una vez al mes; para otros bastará hacerlo cada dos meses, pero no se deje pasar más tiempo; a unos pocos convendrá llamarlos aun antes de que **[376]** acabe el mes. Aconsejo que no se tenga este coloquio, paseando por el patio; sino que el encargado llame a su despacho al hermano, para que pueda hablar con toda libertad y sin molestias. El coloquio tiene tanta importancia que puede calificarse de llave maestra del edificio de la Congregación. El encargado de recibirlo cumpla este cometido con la mayor caridad posible, con diligencia y puntualidad. ¡Cuántos contestan a mis preguntas: hace seis meses, un año, dos años (que no tengo el coloquio) que no doy la cuenta! Esta negligencia hace que decaiga el espíritu de la Congregación. El Superior no dé señal de impaciencia, cuando se trata de hermanos pesados. No se diga de algunos: ¡es inútil que les hable! Hay que llamarlos sin cansarse y repetir los avisos. Procédase con paciencia, con un corazón guiado por la piedad.

Tienen una importancia singular siete avisos, que escribió de su puño y letra y repartió a los Directores, al terminar las tandas de los ejercicios espirituales. «Avisos para los Directores de nuestras casas: 1.º Promover la asociación y difusión de las *Lecturas Católicas* y, en general, de nuestros libros. 2.º Economía en el papel ya usado, enviando los papeles rotos a la fábrica de papel y, los que pueden servir, a nuestros hospicios o a las tipografías. 3.º Disponer las cosas de manera que ninguna persona de otro sexo tenga, por ningún motivo, ocupaciones y habitación en nuestras casas. Vigílese severamente en este punto. 4.º Cumplir lo que ya está determinado con respecto a nuestras hermanas. 5.º Apartar de nuestros alumnos todo libro prohibido, aun cuando fuese prescrito para nuestras escuelas, y no se ponga a la venta. Cuando sea necesario, hágase una excepción, mas sólo para los que tuviesen que presentarse a exámenes oficiales. Pero, en estos casos, empléense autores expurgados. 6.º Léanse y dense a leer con preferencia las biografías de nuestros alumnos. 7.º Industriarse y esforzarse por introducir y practicar el sistema preventivo».

¡Con qué insistencia recomendaba don Bosco las lecturas salesianas en los colegios! El día once de septiembre dijo también en el Capítulo:

—Promuévase la asociación y difusión de las **[377]** *Lecturas Católicas,* de la *Biblioteca de la Juventud,* del *Boletín,* y en general, de todos nuestros libros o de los publicados por nuestras tipografías. En muchos colegios se descuida recomendarlos a nuestros jóvenes. No hay que obligarles, pero sí exhortarles a adquirirlos. Ofrecer a su consideración el bien que harían enviándolos a casa, prestándolos o regalándolos a los amigos, o recompensar el servicio prestado por alguna persona con ciertos libritos de las *Lecturas Católicas,* en vez de dar una propinita. La suscripción a las *Lecturas Católicas,* recomiéndese al principio del curso; los alumnos nuevos se entusiasman al saber que sólo cuesta la módica cantidad de una lira y media. Y todos los jóvenes traen sus ahorros, cuando vienen al Oratorio. Cuando ellos envían a casa estos libritos, este envío no tiene el aire de una lección a los padres y a los amigos, sino que se presenta como un regalo. Podrían también escribir a los padres que, después de leerlos, los lleven al párroco, para que los regale a los muchachos de la catequesis o a alguna familia pobre y otras industrias por el estilo.

La recomendación de liberar las casas de las personas de otro sexo seguía también a otras semejantes. La última fue el día once de septiembre, cuando dijo tajantemente en Capítulo:

—Deseo que, cueste lo que cueste, se dispongan las cosas de modo que ninguna persona de otro sexo, por ningún motivo, tenga ocupaciones o habitación dentro de nuestras casas. Vigílese severamente en este punto. Una mujer, aunque sea madre, o hermana de un Salesiano, siempre es una mujer. No habrá inconvenientes por las que ahora están, todas ellas personas dignas de aprecio, pero sí los habrá, si se sienta como principio que pueden tenerse en casa, como llegará poco a poco a sentarse, si ahora no se establece una regla fija de exclusión. Hay que pensar en la posteridad, para que haya una norma absoluta a que atenerse. Obsérvese también con cuidado lo que está escrito en las deliberaciones con relación a nuestras Hermanas y obedézcase estrictamente lo establecido.

De acuerdo con la voluntad de don Bosco el Capítulo Superior, en la sesión del día treinta de septiembre, determinó no permitir ya, **[378]** como en tiempos anteriores, a los Directores llevar a residir a sus madres en los respectivos colegios.

Era sistema de don Bosco proceder de manera que nadie tuviera que quejarse por no haber sido oído, cuando creyese oportuno hacer una observación. De dos hechos notables en torno a esto se hace mención en las actas del Capítulo Superior. El coadjutor Graziano, vuelto recientemente de América, había dicho a don Bosco que en las

oficinas de la librería y del *Boletín* había demasiado personal. No todos eran del mismo parecer, especialmente don Juan Bonetti en cuanto al *Boletín.*

—Aquí hay un trabajo inmenso, observaba. Escribir, contestar, registrar cooperadores nuevos, rehacer direcciones, añadir otras, vender. Ninguno de los presentes puede formarse una idea del trabajo que hay que hacer.

—Y, sin embargo, siguió diciendo don Bosco, Graziano afirma que él sería capaz de despachar los asuntos de esa oficina con dos personas nada más; que hay mucho trabajo únicamente dos o tres días al mes y que, los demás días, no hay mucho que hacer.

—Temo, dijo don Miguel Rúa, que Graziano no tenga todavía suficiente experiencia para dar semejantes juicios.

—Don Anacleto Ghione y el coadjutor Branda, replicó don José Lazzero, son del mismo parecer que Graziano.

—Examínese, ordenó don Bosco, lo que piensan don Ghione, Graziano y Branda.

Se menciona otro hecho con fecha del día trece de noviembre. Don Juan Cagliero había entregado el acta del Capítulo general, celebrado por las hermanas durante los ejercicios y las observaciones hechas a sus Reglas, según las deliberaciones de los Capítulos generales salesianos de 1879 y 1883. Proponía él que el Capítulo Superior nombrase una comisión, que examinase las actas y las observaciones, para que, según su parecer, el Rector Mayor aprobara, modificara, cambiara a su gusto los artículos, según lo juzgase mejor en el Señor. Procedióse después al nombramiento de la comisión y quería don Bosco que fuese también miembro de la misma cierto Director de las **[379]** Hermanas, el cual había motivado el año anterior una serie de críticas acerca de la estructuración general de sus comunidades. Don Juan Cagliero hizo notar que un Director de Hermanas tiene solamente la alta dirección *a consiliis* (de consejo), pero que no debe inmiscuirse en la dirección interna, más que en cuanto es Director espiritual. Parecía, pues, más oportuno que a aquel Director se le diesen no oficialmente, sino oficiosamente, las reglas de las Hermanas para que hiciese sus observaciones por escrito y las trasmitiese al Capítulo Superior. De una manera o de otra, don Bosco era indiferente, con tal de que también fuera oído aquel Director [1].

[1] La comisión resultó compuesta por don Juan Cagliero, don Juan Bonetti y don Juan Bautista Lemoyne.

Hemos mencionado las confesiones. Don Bosco ya no estaba en condiciones para llevar el acostumbrado trabajo de confesar en los ejercicios espirituales de los Hermanos y en la misa diaria de la comunidad. Por esto, don Miguel Rúa rogóle, en la reunión del día veintiocho de octubre, que dijera cómo quería arreglar la cuestión. La respuesta del Santo fue la siguiente:

—Confío las confesiones de los hermanos a don Miguel Rúa, el cual confesará en mi confesonario en la sacristía. Será muy difícil que yo pueda volver a ocuparlo; pero, si ocurriese tal cosa, don Miguel Rúa pasaría a confesar en la iglesia, debajo del púlpito. Yo confesaría en mi cuarto, las tardes del jueves, viernes y sábado, al Capítulo, a los sacerdotes que quisiesen venir y a los alumnos del cuarto y quinto curso de bachillerato. Confesaría también a estos muchachos las vísperas de las fiestas y del ejercicio de la buena muerte. Los confesores de las comunidades religiosas deben ser aprobados no sólo por el Obispo, sino también por el Superior. Por consiguiente, los confesores de los jóvenes sean de mi confianza. Lo que no recomendaré nunca con bastante insistencia es que nos pongamos y vayamos todos de acuerdo sobre ciertos puntos y en que no se tenga deplorable indulgencia con los escandalosos. Hay que procurar con prudencia que las víctimas den parte al Director, al Prefecto o a algún asistente de su confianza. Yo desearía que no se los absolviera hasta que hayan hecho la denuncia. Así lo quiere la sana teología.

[380] Don Juan Cagliero encontraba muy delicada la cuestión, especialmente si el que fue víctima estuviese verdaderamente resuelto a evitar el trato con los depravados.

—Se puede insistir, dijo, haciendo ver que, por el bien del compañero, se desea esta denuncia. ¿Y cuando se confiese el que dio el escándalo? Entonces es necesario que todos procedan de la misma manera. Si el autor es reincidente, niéguesele la absolución, hasta que se haya enmendado. Por mucho que vaya de confesonario en confesonario, estén todos de acuerdo en la forma de pensar y actuar.

Don Bosco no encontró nada más que replicar y concluyó:

—Insístase a menudo a los alumnos del cuarto y quinto curso para que vayan a confesarse con don Miguel Rúa. Para los otros, además de los dos Directores, están destinados don Celestino Durando y don Juan Bautista Lemoyne. En cuanto a los aprendices y su conducta moral, hable mucho don José Lazzero con el Catequista. Se dice que éste exagera demasiado; pero esto no es motivo para no tener en cuenta sus palabras. No se actúe en seguida, pero puede prestarse fe al demasiado, porque así se encontrará el poco. Dése también a los asis-

tentes mucha oportunidad para hablar. Obsérvese si hay aprendices, que van a confesarse rarísimas veces.

De la misma fuente, de la que hemos sacado hasta ahora abundantes noticias, tomaremos también esta última. El día dos de octubre, estando reunido el Capítulo en San Benigno bajo la presidencia de don Miguel Rúa, se discutió sobre la eventualidad de preparar en el Oratorio un refectorio para don Bosco y los Capitulares. La discusión tendría escasa importancia para nosotros, si no fuera por algunos detalles que salieron en el curso de la misma. Copiamos textualmente de las actas.

DON JUAN BONETTI propone que se destine una sala aparte para comedor de don Bosco y del Capítulo, separándolo así del de la comunidad. De este modo, el Capítulo podría tener libertad para hablar con don Bosco sobre los asuntos de la Congregación.

DON MIGUEL RUA advierte que, para tener esta utilidad del refectorio proyectado, haría falta que don Bosco siguiese el horario de la comida, pues los asuntos le obligan a retrasar siempre su llegada diez o veinte minutos. Este retraso comportaría: 1.º Mucha molestia **[381]** a quien siempre tiene cosas urgentes que despachar, porque se perdería mucho tiempo. 2.º No se podría hacer recreo con perjuicio para la digestión. 3.º Quedarían pocos para entretener a don Bosco después de la comida, ya que frecuentemente algunos miembros del Capítulo han de acudir a otra parte inmediatamente después de comer. 4.º A veces, podría ocurrir que don Bosco se quedase solo para comer, dado que los miembros del Capítulo se ven obligados, a menudo, a ausentarse de casa. 5.º No se lograría la finalidad, pues habrá a menudo sacerdotes, párrocos o amigos seglares, que será conveniente invitarlos a comer y no podremos librarnos de llevarlos a la mesa con don Bosco y, por consiguiente, no se podrá en estos muy frecuentes casos hablar de nuestras cosas. 6.º Podría suceder, como es muy natural y hasta inevitable, que el menú del Capítulo fuese más delicado, y esto influiría en los otros comedores, en los que, a imitación del Capítulo, llegaría a ser más espléndido o daría ocasión a murmuraciones. 7.º Don Bosco acabaría por estar como secuestrado para sus hijos, los cuales, en fin de cuentas, lo ven pocas veces al año, con sus viajes a Roma, a Francia, a las casas, a los ejercicios; y sólo lo ven en el refectorio y, por añadidura, sin poderle hablar. Sin embargo, dada la maltrecha salud de don Bosco, parece que nos veremos obligados a llegar a la necesaria, aunque dolorosa, propuesta de don Juan Bonetti.

DON CELESTINO DURANDO, propone que, si se divide el actual refectorio, se haga con un tabique de madera movible, que podría quitarse en los días de gran solemnidad y, así, se destinaría una parte del mismo sólo para el Capítulo. Establézcase empero el principio de que al mediodía en punto, esté o no esté don Bosco, el Capítulo se siente a la mesa. El tiempo es precioso para quien está agobiado por el mucho trabajo.

DON MIGUEL RUA advierte que hace veinticinco años, un día se disgustó don Bosco porque, habiendo tardado, como de costumbre, en bajar a comer, se rezaron las oraciones y se empezó a comer sin él. Y, sin embargo, lo estaba aguardando toda la comunidad.

DON JUAN BAUTISTA LEMOYNE propone y don Miguel Rúa presenta el

proyecto para que se destine a refectorio del Capítulo la última habitación del primer piso próxima a la iglesia de San Francisco, cuyas ventanas dan a la terraza.

El Capítulo aprueba la propuesta, pero vacila en realizarla, pues sería éste un nuevo paso que alejaría totalmente al padre de sus hijos. La vida del Rector Mayor de los Salesianos debe agotarse en medio de sus hijos, y es necesario que todos, hasta donde sea posible, tengan la oportunidad de acercarse a él y hablarle.

Fue preciso hacer caso omiso de todas las dificultades alegadas, cuando don Bosco ya no podía sin gran fatiga subir y bajar las escaleras para sentarse a la mesa con la comunidad; lo cual sucedió al poco tiempo. Entonces se convirtió en refectorio del Capítulo **[382]** Superior la antesala de la biblioteca, es decir, donde hoy está situado el despacho inspectorial.

En una conversación familiar del día quince de diciembre, don Bosco narró dos episodios de carácter opuesto, para sacar de ellos una sola e idéntica moraleja. Aquel día le había visitado, entre otras personas, una mujercita, que, a primera vista, parecía ir en busca de limosna; tanto es así que, después de presentarse varias veces, nunca había logrado llegar hasta don Bosco. También aquella mañana iba a sucederle lo mismo, cuando el Santo, que oyó hablar algo agitadamente en la antesala se asomó a la puerta y vio que el secretario quería rechazar a la visitante. Pasó ésta y le pareció entrar en el paraíso, pues quedó como encantada. La invitó don Bosco cortésmente a sentarse, pero ella se echó primero atrás, juzgándose indigna de sentarse en la habitación de don Bosco. Después comenzó a decir:

—Por tres veces he intentado llegar hasta usted, pero siempre inútilmente. Finalmente aquí me tiene, y casi con trampa, porque yo levanté la voz adrede. He venido para molestar a don Bosco. Sólo deseo que me prometa rezar por esta y estotra intención mía. Tome esta limosna; pero no quiero dársela con ninguna obligación.

Y, al decir esto, le entregó un billete de mil liras.

Don Bosco quedó admirado y le habló del bien que ella hacía con su caridad; le expuso las necesidades del Oratorio, le explicó el mérito que adquiría ante Dios, siguiendo su inspiración de emplear en vida para obras buenas el fruto de sus ahorros. La mujer, colmada de alegría y consuelo, exclamó:

—¡Oh, si yo tuviese aquí cien mil liras! Se las daría de buena gana. ¡Pero no se preocupe; déjelo a mi cargo! Ya lo pensaré. No tengo familia, no tengo herederos y me queda algún ahorro. Si me lo permite, volveré otra vez a molestarle.

Narrado este hecho, contó otro que era el revés de la medalla. Un quídam, ricamente vestido y a quien recibió como a un gran señor, se

manifestó pronto como un indigente y hambriento y quedó muy contento al recibir de sus manos dos panecillos, que comió **[383]** allí mismo con avidez. Besó después su mano, se arregló de nuevo y salió.

—Estoy seguro, dijo don Bosco, que la gente de la antesala, habrá pensado al verle pasar: ¿quién sabe la gran limosna que este señor habrá dejado a don Bosco? Por el contrario, era uno de ésos que, perdido todo lo que poseía, conservaba sólo las apariencias de gran señor para tener acceso en los palacios y obtener un empleo.

La moraleja era obvia. El Santo la manifestó en estos términos:

—Mirad cómo engañan las apariencias. Por esto, yo he dicho al que atiende las visitas en la antesala que no haga distinción entre personas, sino que se dé paso a todo el que venga. ¡Cuántos hubo, que parecían andrajosos y eran generosos bienhechores!

Ricos en enseñanzas son dos sueños que tuvo el Siervo de Dios en los meses de septiembre y diciembre respectivamente. El primero, en la noche del veintinueve al treinta de aquel mes. Es una lección para los sacerdotes.

Le pareció dirigirse hacia Castelnuovo a través de una llanura; junto a él iba un venerando sacerdote, cuyo nombre dijo que no recordaba. Comenzaron a hablar sobre los sacerdotes:

—¡Trabajo, trabajo, trabajo! decían, éste debe ser el objetivo y la gloria de los sacerdotes. No cejar jamás en el trabajo. De esta manera ¡cuántas almas se salvarían! ¡Cuántas cosas se harían para gloria de Dios! ¡Oh, si el misionero cumpliese en verdad con su papel de misionero, si el párroco cumpliese con su misión de párroco, cuántos prodigios de santidad resplandecerían por todas partes! Pero, desgraciadamente, muchos tienen miedo al trabajo y prefieren las propias comodidades.

Razonando de esta manera entre sí, llegaron a un lugar llamado Filippelli. Entonces, don Bosco comenzó a lamentarse de la falta de sacerdotes.

—Es cierto, asintió el otro, los sacerdotes escasean, pero si todos los sacerdotes cumpliesen con su oficio de sacerdote, habría bastantes. ¡Cuántos sacerdotes hay que no hacen nada por el ministerio! Algunos no son más que el sacerdote de la familia; otros, por timidez, permanecen ociosos; mientras que si, por el contrario, se dedicasen al ministerio, si se examinasen de confesión, llenarían un gran vacío en las filas de la Iglesia... Dios proporciona las vocaciones según las necesidades. Cuando se impuso el servicio militar a los clérigos, todos estaban asustados, como si ya nadie pudiese llegar a ser sacerdote;

pero cuando **[384]** los ánimos se serenaron se comprobó que las vocaciones, en lugar de disminuir, aumentaron.

—Y ahora, preguntó don Bosco, ¿qué es lo que hay que hacer para promover las vocaciones en medio de la juventud?

—Ninguna otra cosa, respondió el compañero de viaje, más que cultivar celosamente entre ellos la moralidad. La moralidad es el semillero de las vocaciones.

—¿Y qué es lo que deben hacer especialmente los sacerdotes para obtener que la propia vocación produzca frutos?

—*Presbyter discat domum suam regere et sanctificare.* (El presbítero aprenda a gobernar y santificar su casa). Que cada uno sea ejemplo de santidad en la propia familia y en la propia parroquia. Que no se entregue a los desórdenes de la gula, que no se engolfe en las cosas temporales... Que sea, ante todo, modelo en su propia casa y después lo será fuera de ella.

A cierto punto, aquel sacerdote preguntó a don Bosco adónde se dirigía y don Bosco le indicó Castelnuovo. El compañero, entonces, dejándole proseguir, se quedó con un grupo de personas que le precedían. Después de dar algunos pasos, el siervo de Dios se despertó.

En este sueño podemos ver como un recuerdo de los antiguos paseos que solía organizar Don Bosco con sus jóvenes por aquellos lugares.

El segundo sueño se refiere a la Congregación y pone en guardia contra los peligros que podrían amenazar su existencia. En realidad, más que un sueño es un argumento que se va desenvolviendo en sueños sucesivos.

En la noche del día primero de diciembre, el clérigo Viglietti se despertó sobresaltado al oír los gritos desgarradores que partían de la habitación de don Bosco. Se arrojó del lecho y se puso a escuchar.

El Siervo de Dios, con voz sofocada por lo sollozos, gritaba:

—¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡Auxilio! ¡Auxilio!

Viglietti, sin más, entró en la habitación y preguntó:

—¡Don Bosco! ¿Se siente mal?

—¡Oh, Viglietti!, respondió el siervo de Dios despertándose. No, no me siento mal, pero no podía respirar, sabes. Mas ya pasó; vuelve tranquilo a la cama y duerme.

Por la mañana, cuando Viglietti, según lo acostumbrado, le llevó el café después de misa, don Bosco comenzó a decir:

[385] —¡Viglietti, no puedo más, tengo los pulmones deshechos por los gritos de esta noche! Son cuatro noches consecutivas en las

que sueño cosas que me obligan a gritar y me fatigan demasiado. Hace cuatro noches que veo una larga fila de Salesianos, unos detrás de otros, llevando cada uno una lanza en cuya parte superior había un cartel y en el cartel un número estampado. En uno se leía setenta y tres, en otro treinta, en un tercero sesenta y dos y así sucesivamente. Después que desfilaron numerosos carteles, apareció la luna en el cielo, en la cual, a medida que iban apareciendo los Salesianos, se veía una cifra no superior a doce y detrás numerosos puntos negros. Todos los Salesianos que yo veía iban a sentarse, cada uno sobre una tumba preparada.

He aquí la explicación dada a aquel espectáculo. El número que aparecía sobre los carteles era el tiempo de vida asignado a cada uno; la aparición de la luna en distintas formas y fases, representaba el último mes de vida; los puntos negros significaban los días del mes en los cuales morirían. A algunos los veía reunidos en grupos: eran los que habían de morir juntos, en un mismo día. Si hubiese querido narrar minuciosamente todas las cosas y las circunstancias accesorias, aseguró que habría necesitado emplear al menos diez días completos.

Hace tres noches, siguió, soñé de nuevo. Te contaré lo que vi en pocas palabras.

Me pareció estar en una gran sala, donde muchos diablos celebraban un congreso tratando el modo de exterminar a la Congregación Salesiana. Parecían leones, tigres, serpientes y otras diversas clases de animales; pero tenían una forma indeterminada, más bien semejante a la figura humana. Semejaban sombras, que unas veces crecían y otras menguaban, que se estilizaban o se ensanchaban como sucedería con los cuerpos que tuviesen detrás de sí una luz que fuese llevada de una parte a otra, colocada a ras del suelo o levantada.

Y he aquí que uno de los demonios se adelantó y abrió la sesión. Para destruir a la Sociedad Salesiana propuso un único medio: *la gula.* Hizo ver las consecuencias de este vicio: inercia para el bien, **[386]** corrupción de costumbres, escándalo, falta de espíritu de sacrificio, descuido de los jóvenes... Pero otro diablo replicó:

—El medio que propones no es general ni eficaz, ni se puede asaltar con él a todos los miembros en conjunto, pues la mesa de los religiosos será siempre parca y el vino se servirá en medida discreta; las reglas señalan su comida ordinaria; los Superiores vigilan para que no entren desórdenes. Quien se excediese en la comida o en la bebida, en vez de escandalizar causaría desprecio. No es ésta el arma que se ha de emplear para combatir a los Salesianos; yo propondía otro me-

dio, que será más eficaz y con el que se podrá lograr mejor nuestro intento: *el amor a las riquezas.*

En una Congregación religiosa, cuando entra el amor a las riquezas, penetra también en ella el amor a las comodidades, se busca la manera de disponer de peculio, se rompe el vínculo de la caridad, no pensando cada uno más que en sí mismo; se echan en olvido los pobres para atender únicamente a los que tienen bienes de fortuna, se roba a la Congregación...

Aquél quiso continuar, pero surgió un tercero que exclamó:

—Pero, ¡qué gula, ni qué riquezas! Entre los Salesianos el amor a las riquezas puede subyugar a pocos. Los Salesianos son todos pobres, tienen pocas ocasiones de procurarse un peculio. Además, en general, están constituidos de tal forma y son tantas sus necesidades por los muchos jóvenes que atienden y las casas que tienen que abastecer, que cualquier cantidad, por gruesa que fuese, sería inmediatamente empleada. No es posible que atesoren dinero. Pero yo tengo un medio infalible para ganar a nuestra causa a la Sociedad Salesiana, y éste es *la libertad.* Inducir, pues, a los Salesianos a despreciar las Reglas, a rechazar ciertas ocupaciones por pesadas y poco honoríficas, a producir cismas entre los Superiores con opiniones diversas, a ir a visitar a los parientes, so pretexto de invitaciones, y cosas semejantes.

Mientras los demonios parlamentaban, don Bosco pensaba:

—Ya, ya me percato de todo cuanto estáis diciendo. Hablad, hablad, pues así podré frustrar vuestras tramas.

Entretanto se adelantó un cuarto demonio que dijo:

—Pero qué, esas armas que proponéis son inútiles. Los Superiores sabrán poner freno a esa libertad, despidiendo de casa a los que se muestren rebeldes contra las Reglas. **[387]** Alguno será tal vez deslumbrado por el deseo de la libertad, pero la gran mayoría se mantendrá en el cumplimiento de su deber. Yo tengo un medio para poder arruinarlo todo desde sus cimientos; un medio tal que a duras penas los Salesianos podrán precaverse de él. Escuchadme con atención. *Persuadirlos de que la ciencia debe ser su gloria principal.* Por tanto, inducirlos a estudiar mucho para sí, para adquirir fama, y no para practicar lo que aprenden, no para usufructuar la ciencia en ventaja del prójimo. Así, procurar que traten con desprecio a los pobres e ignorantes y que no atiendan en absoluto el sagrado ministerio. Nada de oratorios festivos, ni de catecismo a los niños; nada de clases primarias para instruir a los pobres niños abandonados; nada de largas horas de confesonario. Atenderán sólo a la predicación, pero raras veces y de una forma medida y estéril, pues en ella buscarán solamen-

te un desahogo de la soberbia con el fin de alcanzar las alabanzas de los hombres y no la salvación de las almas.

Esta propuesta fue recibida con aplausos generales. Entonces don Bosco entrevió el día en el que los Salesianos podrían llegar a creer que el bien de la Congregación y su honra tenía que consistir en el saber y se sintió lleno de espanto sólo al pensar que sus hijos llegasen a proceder según esta idea, proclamando a voz en cuello que éste debería ser el programa a seguir.

También en esta ocasión el Siervo de Dios permanecía en un rincón de la sala escuchándolo y observándolo todo; cuando uno de los demonios lo descubrió y gritando lo señaló a los demás. Al oír aquel grito, todos se arrojaron contra él vociferando:

—¡Acabemos de una vez!

Era una danza infernal de espectros que lo empujaban, lo agarraban por los brazos y por la persona, mientras el Siervo de Dios decía a gritos:

—¡Dejadme! ¡Auxilio!

Finalmente se despertó, con los pulmones deshechos de tanto gritar.

La noche siguiente se dio cuenta de que el demonio había atacado a los Salesianos en la parte más esencial, induciéndoles a las trasgresiones de las Reglas. Entre ellos, se le presentaba delante distintamente quién las observaba y quién las quebrantaba.

En la noche última el sueño había sido espantoso.

[388] Don Bosco vio un gran rebaño de corderos y de ovejas que representaban a otros tantos Salesianos. El Siervo de Dios se acercó para acariciar a los corderos, pero se dio cuenta de que su piel, en vez de ser lana de cordero, era solamente una especie de cobertura que escondía u ocultaba a otros tantos tigres, leones, perros rabiosos, cerdos, panteras, osos y que cada uno tenía a su lado a un monstruo horrible y feroz. En medio del rebaño, había algunos reunidos en consejo. Don Bosco, sin ser visto, se acercó a éstos para oír lo que decían; estaban concertando la manera de destruir la Congregación Salesiana. Uno decía:

—¡Hay que desollar a los Salesianos!

Y otro guiñando siniestramente, añadía:

—¡Hay que estrangularlos!

Pero, cuando menos se esperaba, uno de ellos vio al Siervo de Dios que estaba allí cerca escuchando. Dio la voz de alarma y todos a una comenzaron a gritar que había que comenzar por don Bosco. Dicho esto se dirigieron hacia él como para destrozarlo.

Entonces fue cuando lanzó el grito que despertó a Viglietti.

Además de las violencias diabólicas, había otra cosa que oprimía el espíritu del buen Padre: había visto desplegada sobre aquel rebaño una gran enseña que llevaba escritas estas palabras: *Bestiis comparati sunt.* (Fueron comparados a las bestias). Al contar esto, inclinó la cabeza y lloró.

Viglietti le tomó la mano y estrechándosela contra el corazón:

—¡Ah!, don Bosco, le dijo, nosotros con el auxilio de Dios le seremos siempre fieles y nos comportaremos como buenos hijos, ¿no es cierto?

—Querido Viglietti, respondió el siervo de Dios, sé bueno y prepárate a ver grandes acontecimientos. Apenas si te he esbozado estos sueños; pues si hubiese tenido que contar todos los detalles tendría aún para mucho tiempo. ¡Cuántas cosas vi! Hay algunos en nuestras casas que no llegarán a celebrar la Novena de Navidad [1] ¡Oh!, si pudiese hablar a los jóvenes, si dispusiese de fuerzas suficientes para poderme entretener con ellos, si pudiese dar vueltas por las casas como lo hacía en otro tiempo y revelar a algunos el estado de su conciencia, como lo vi en sueños, y decir a otros: Rompe el hielo, haz de una vez una buena confesión. Los tales me contestarían: Pero si me he confesado bien. **[389]** En cambio yo les podría replicar diciéndoles que han callado y lo que han callado, de forma que no se atreverían a negármelo. También algunos Salesianos, si pudiese hacer llegar hasta ellos una palabra mía, verían la necesidad que tienen de ajustar las propias cuentas repitiendo sus confesiones. Vi a los que observan las Reglas y a los que no las observan. Vi a muchos jóvenes que irán a San Benigno y se harán Salesianos y después desertarán de nuestras filas. También nos abandonarán algunos que al presente son Salesianos. Habrá otros que desearán solamente la ciencia que hincha, que les proporciona las alabanzas de los hombres y que les hace despreciar los consejos de aquéllos a los que consideran menos que ellos en el saber.

Con estos desconsoladores pensamientos, se entrelazaban providenciales consuelos que alegraban su corazón. La tarde del día tres de diciembre llegaba al Oratorio el Obispo de Pará, es decir del país central en el sueño de las misiones. Al día siguiente decía a Viglietti:

—¡Qué grande es la Providencia! Escucha y dime después si no somos protegidos por Dios. Me escribía don Pablo Albera que no

[1] En el Oratorio el día dieciocho de diciembre murió el aprendiz Antonio Garino y, el día veinticinco, el aprendiz Esteban Pisano.

podía ir adelante porque necesitaba en seguida mil francos; aquel mismo día una señora de Marsella, que anhelaba volver a ver a un hermano suyo religioso en París, satisfecha por haber obtenido la gracia de la Virgen, llevó mil francos a don Pablo Albera. Don José Ronchail se encuentra en graves estrecheces y necesita absolutamente cuatro mil francos; una señora escribe hoy mismo a don Bosco y pone a su disposición cuatro mil francos. Don Francisco Dalmazzo no sabe a qué santo acudir para tener dinero; hoy una señora regala para la iglesia del Sagrado Corazón una cantidad muy considerable.

Y después, el día siete de noviembre, hubo la gran fiesta de la consagración de Monseñor Cagliero. Todos estos acontecimientos eran muy alentadores, porque eran visibles señales de la mano de Dios en la Obra de su Siervo.

[390]

CAPITULO XV

VARIEDAD DE CORRESPONDENCIA DURANTE EL AÑO 1884

AL ordenar las pocas cartas que quedaban para completar la documentación del año 1884, han aparecido algunos detalles biográficos de relativa importancia. La necesidad de ilustrar el contenido de dichas cartas nos ha animado a publicarlas también.

A BIENHECHORES Y BIENHECHORAS

El ingeniero turinés Ceriana tenía un hijo gravemente enfermo y lo recomendó a las oraciones de don Bosco, el cual le contestó, el día mismo de María Auxiliadora, en estos términos.

Ilustrísimo señor Ingeniero Ceriana:

Hoy hemos ofrecido a la Santísima Virgen las oraciones y comuniones de nuestros huerfanitos para obtener de Dios la gracia de la curación de su hijo. Mañana continuaremos. Quiera Dios escuchar nuestras plegarias comunitarias.

Siempre suyo, señor Ingeniero, y de toda su familia, con todo mi aprecio.

Turín, 24 de mayo de 1884

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO. *Pbro.*

Pero esta vez no se obtuvo la gracia pedida; el pequeñito murió pocos días después. Entonces el Santo consoló al padre con esta otra carta.

[391] *Ilmo. señor Ingeniero:*

Su carta me ha causado profundo dolor. Hemos rezado y también nuestros huerfanitos han rezado y comulgado para que Dios guardara con vida a su hijito. Pero el Señor no lo determinó así; ha querido trasplantar esta florecilla al ameno jardín del Paraíso. Desde allí protegerá ciertamente a sus padres y a toda su familia y la protegerá hasta que, superadas las miserias de esta vida, vayan a unirse con él en los eternos goces del cielo.

No dejaré de seguir ofreciendo mis pobres oraciones por la prosperidad del resto

de la familia y de todos sus asuntos. Agradecido a su caridad, queda muy reconocido, y se profesa con todo aprecio de usted y su señora.

Turín, 31 de mayo de 1884

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

La marquesa de Fassati, apenas regresó de su casa de campo, envió a don Bosco una limosna para monseñor Cagliero, que iba a recibir al poco tiempo la consagración episcopal. El Santo se apresuró a darle las gracias:

Benemérita señora Marquesa:

Bendigo al Señor que ha concedido a usted y a toda su familia unas buenas vacaciones en el campo y un feliz regreso a nuestra ciudad. Tengo que agradecerle que se haya dignado acordarse en seguida de nuestras cosas con su caritativo donativo.

Doy, pues, las gracias a usted y a la señora Acelia y pido al Señor que recompense a todos con largueza.

No he podido ir a visitarla en la casa de campo, pero espero en breve saludar a todos en su casa, o hacerles una visita especial con don Juan Cagliero, que desea darles las gracias personalmente.

Desciendan abundantemente las bendiciones del cielo sobre usted, la baronesa Acelia, el barón Carlos y dígnense rezar también por este pobrecito, siempre suyo en J. C.

Turín, 27 de octubre de 1884

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

La Marquesa era más generosa de lo acostumbrado con el Santo, porque había recibido aquel año una gracia señalada. Había estado muy enferma y los médicos habían prohibido a cualquier **[392]** extraño acercarse a su lecho para no obligarla a hablar. Pero ella quería a toda costa ver a don Bosco. El, que sabía la prohibición, creyó oportuno no acceder a sus primeras invitaciones; pero, después, ante su insistencia, fue y le dio la bendición de María Auxiliadora. Entonces la enferma le dijo:

—Estoy dispuesta a hacer todo lo que María Auxiliadora desee que yo haga para su mayor gloria.

Quería decir con esto que ayudaría al Oratorio. Desde aquel momento entró, contra toda esperanza, en convalecencia y, recuperada en breve su salud, cumplió escrupulosamente su promesa.

Al acercarse la fiesta de la Inmaculada, titular de la casa de Floren-

cia, escribió a la condesa Uguccioni, agradecido a su maternal caridad con los Salesianos.

Nuestra buena Madre en J. C.:

Nos hallamos ante la gran solemnidad de la Inmaculada Concepción y deseo que no quede en olvido nuestra Mamá. Todos los sacerdotes y los muchachos procuran hacer cada día oraciones especiales según su santa intención. Y esto, para recompensar un poquito la caridad, que siempre nos ha dispensado, especialmente a nuestra pobre casa de Florencia.

Dios la bendiga con toda su grande y pequeña familia y dígnese siempre creer a este su pobre y afmo. hijo,

Turín, 28 de noviembre de 1884

JUAN BOSCO, *Pbro.*

Al principio de la novena de Navidad, envió felicitaciones a los bienhechores franceses por medio del Director de la casa de La Navarre.

Muy querido don Pedro Perrot:

Te constituyo portador o remitente de estas cartas. Una es para el señor conde Colle y la otra para el señor León.

Asegura al señor Reymond que siempre he rezado y sigo rezando por él, por sus asuntos y por toda su familia.

Lo mismo hacemos por la familia del señor Botiny. Llevamos tres días pidiendo a Dios, en la iglesia de María Auxiliadora, la lluvia para La Navarre y tierras limítrofes y esperamos ser escuchados. Redacta un breve artículo para **[393]** el Mariscal de Breiteville y envíamelo; dame la dirección exacta de la señora del Mariscal.

Que Dios os bendiga a ti y a tus hijos y míos; felicita y saluda a todos nuestros bienhechores, diles que rezamos por ellos y que nos encomendamos a las oraciones de todos.

Don Miguel Rúa ya no tiene dinero; piensa tú en enviarle. Rezad por mí, siempre vuestro en J. C.

Turín, 17 de diciembre de 1884

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P.D. La carta para el señor Colle fue enviada por correo.

A COOPERADORAS FRANCESAS

Durante el año 1884 envió dos paquetitos de cartas en francés a tres cooperadoras de Francia. Una ya nos es conocida, la señora Quisard de Lyon. Una de las cartas era para su hijo, a quien don Bosco

animaba y aconsejaba en vísperas de ciertos exámenes. Enviaba a la madre, entre otras cosas, el «antídoto seguro contra el cólera» y le prometía oraciones especiales para el casamiento de la hija [1].

Otras cinco cartas, escritas en la misma lengua, eran para las señoras Lallemand, madre e hija, de Montauban. El año 1891, al morir la madre, escribió su hija a don Miguel Rúa, enviándole copia de las mismas y diciéndole que, de no haberle sido rebelde la mano, hubiera querido transcribirlas con mejor caligrafía, es decir, de una manera más adecuada para expresar todo su respeto *por une si sainte mémoire* (por un recuerdo tan santo). Alguna laguna, señalada con puntitos, es de la misma copista, que dejó en blanco el importe de las limosnas enviadas al Oratorio y noticias de asuntos muy conocidos por don Miguel Rúa. Ya avanzada en años también ella y delicada de salud, prorrumpía en este apóstrofe: «Ah, querido don Bosco, vos lo sabéis; ya no tengo piernas, ni brazos, ni nada; sólo me quedan las aspiraciones de celo de una alma agradecida, pero imposibilitada para todo lo que no sea rezar».

[394] Son dignos de mención los consejos que daba don Bosco a las dos en la primera carta: «En cuanto a las penitencias corporales, no son para ustedes. A las personas entradas en años les basta aguantar los achaques de la vejez por amor de Dios; a las personas enfermas les basta soportar tranquilamente por amor de Dios las propias incomodidades y conformarse con el parecer del médico o de los parientes, con espíritu de obediencia; agrada más a Dios tomar un manjar delicado por obediencia que ayunar contra la obediencia». Y decía en particular a la madre: «No veo nada en su conciencia que necesite reforma. Reciba con la mayor frecuencia posible los santos Sacramentos y, cuando no pueda, no se inquiete; haga entonces comuniones espirituales más a menudo y confórmese del todo con la santa voluntad de Dios, amabilísima en todas las cosas».

En la segunda carta, las animaba a esperar, contra toda otra idea, el descanso eterno de una alma muy querida por ellas, de la que hablaremos más adelante, y les hacía este razonamiento: «Bien ponderadas las cosas ante Dios, que es todo bondad y misericordia, tenemos motivo para consolarnos. El que no haya habido expresiones de arrepentimiento para con la señora, no excluye sus buenos deseos interiores; hay que creer que, sin duda, los tuvo y que su condición no le permitió manifestarlos a nadie más que al confesor, ya que no estaba en condiciones de hacer reparación alguna. Recibió los santos

[1] Ap. Doc. núm. 57 A-B-C.

Sacramentos; el sacerdote, que se los administró, quedó conmovido por sus buenas disposiciones. Son cosas consoladoras. Mis numerosos hijos y yo hemos rezado por él y seguimos haciéndolo cada día. Tengo, además, plena confianza en que toda la caridad, que ustedes han hecho y tienen intención de hacer a nuestros huerfanitos, habrá contribuido mucho para abreviar el Purgatorio de aquella alma querida. Quizás sea ella deudora de su eterna felicidad a la caridad de ustedes, que le ganó en sus últimos momentos la misericordia de Dios» [1].

[395] A COOPERADORES DE VERONA

La noble señora Laura Bottagisio, de Verona, reflexionaba en su viudez, si debía o no dejar el mundo y retirarse a un convento. Era una buena cooperadora y pidió consejo a don Bosco. El Santo le contestó: «No peligra su alma en el mundo y, al mismo tiempo, puede ganar muchas almas para el Cielo. Pero no es mi intención hacer cambiar ningún consejo, que le hubiese dado una mente mejor». Además de esta nota, hemos encontrado copia de una carta, que le dirigió don Bosco en el mes de junio.

Respetable Señora:

Recibo su carta, en la que me recomienda diversas personas enfermas. Le agradezco la confianza, que se digna depositar en nuestras pobres oraciones. Con plena fe en la bondad del Señor, rezaremos y haremos rezar a nuestros huerfanitos ante el glorioso trono de María. Haremos oraciones especiales por el señor marqués Fumanelli y estamos seguros de ser escuchados, si nuestra petición no se opone al bien eterno de las almas.

Le recomiendo que tenga usted a bien observar que Dios dijo más de una vez: *Dad y se os dará,* y que *nuestra fe, sin obras de caridad, es cosa muerta en sí misma.* Por mi parte, la espero en Turín con mucho gusto y pido a la Santísima Virgen que le depare un feliz viaje y le prepare gracias especiales para llevarlas consigo a Verona. Que Dios les bendiga a usted, al señor Salomoni, a su hermano y créame en J. C.

Turín, 10 de junio de 1884

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

La señora fue a Turín en junio, como se deduce también en una carta del caballero José Salomoni, mencionado en la carta anterior. Este otro cooperador veronés había enviado a don Bosco dos mil liras

[1] Ap. Doc. núm. 58 A-B-C-D-E.

sin recibir respuesta. Aun atribuyéndolo a falta de tiempo, sin embargo, por miedo a un extravío, volvió a escribir y así recibió del Siervo de Dios la siguiente contestación.

[396] *Muy apreciado en el Señor:*

Su bondad ha tenido la caridad de enviar dos mil liras para nuestras misiones de América del Sur, y ahora se ha dignado hacer otra obra de caridad, perdonando mi retraso en comunicarle que recibí enseguida el dinero. Mi salud algo deteriorada y el vivo deseo de contestar yo mismo a su apreciada carta fueron la causa de mi tardanza. De buen grado le doy las más rendidas gracias por la ofrenda que hizo y le agradezco también la manera verdaderamente cristiana con que la hace. Dios le bendiga y recompense con largueza su caridad.

Usted coopera para salvar almas y asegura ciertamente la suya. El primer salvaje de la Tierra del Fuego que sea bautizado llevará su nombre y, mientras él viva en esta tierra, no dejará de rezar cada día de una manera especial por usted, que suministró los medios materiales con los que pudo proporcionar su eterna salvación.

He visto a la señora Bottagisio, algo apresuradamente por mi estado de salud en aquel día. Si vuelvo a verla, espero poder encargarle también algo para usted. Don Miguel Rúa, don Juan Cagliero y todos los Salesianos quedaron edificados de su breve estancia entre nosotros y esperamos poder tenerle muchas otras veces en esta casa, que quiero sea totalmente suya.

Dígnese también recomendar al Señor mi alma y creerme siempre suyo en J. C.

Turín, 29 de junio de 1884

Afmo. y s. s. y amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Por diciembre envió don Bosco al Caballero quinientos boletos de la rifa de Roma para que los colocase; pero se los quedó para él, desembolsando sin demora la cantidad correspondiente y recibiendo, con la misma prontitud, la acción de gracias.

Muy querido señor Caballero:

Me atrevía a recomendarle el despacho de quinientos boletos de la rifa, pero usted resolvió todas las dificultades quedándoselos, y me envió al momento el importe correspondiente.

Lo he recibido con especial gratitud, porque en estos días nos encontramos en verdaderos apuros, especialmente para vestir a muchachos y sacerdotes, que, dicha sea la verdad, van todavía muchos de ellos con ropa de verano.

[397] Que Dios se lo pague dignamente y le conceda felices Navidades, buen fin y principio de año. Que la salud y la santidad le acompañen hasta el último día de su vida. Si tuviere la suerte de encontrar y ver a la señora Laura Bottagisio, le ruego que le presente mil felicitaciones de mi parte y le asegure que mantengo mi palabra haciendo un *memento* especial cada día por ella en la santa misa.

Querido señor Salomoni, agradezco muy mucho la caridad, que nos hace; tenga a bien asimismo añadir una oración por este pobrecito, siempre suyo en J. C.

Turín, 22 de diciembre de 1884

Afmo. y agradecido amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

El Caballero había encomendado, por medio de la señora Bottagisio, a las oraciones de don Bosco a la condesa Manuela Cartolari, necesitada de una gracia especial. Iba a ser madre y su familia estaba con tal motivo en la mayor aprensión por miedo a una grave desgracia; también la Condesa temblaba. El Santo encargó a la señora Bottagisio que comunicara a Salomoni lo siguiente:

—Diga a la señora Cartolari que deseche todo temor: que se encomiende a María Auxiliadora y tenga fe en Ella, pues todo irá bien hasta el último momento.

Envió juntamente una estampa de María Auxiliadora para la Condesa con unas palabras alusivas al dorso.

Mientras tanto, sobrevino un caso que podía tener consecuencias fatales; murió improvisamente en Cágliari su padre, el conde Saint-Just de Teulada. Contra toda previsión, la Condesa recibió la dolorosa noticia con tan buenas disposiciones y resignación que ella misma recomendaba a los suyos que no tuviesen miedo, porque don Bosco le había mandado a decir que todo iría bien. En efecto, el resultado no pudo ser más feliz. Dio a luz un niño, al que se impusieron los nombres de Juan y Mario, el primero como recuerdo de don Bosco y el segundo en honor de la Virgen. El padre y la madre acudieron después personalmente a cumplir el voto en la fiesta de María Auxiliadora del año 1885 [1].

[398] CONDECORACIONES PARA COOPERADORES

Esta vez le tocó a don Bosco trabajar mucho para obtener las cinco condecoraciones, que pidió al Pontífice en la audiencia del día nueve de mayo. Después de las benévolas expresiones del Padre Santo y la orden dada a monseñor Macchi, parecía que todo estaba resuelto; en cambio, pasó un mes y estaba todo por hacer. Para conseguir algo, comenzó por acudir al cardenal Nina.

[1] Carta del caballero Salomoni a don Bosco, Verona, 20 de enero 1885.

Eminencia Reverendísima:

Mientras estoy esperando que se otorguen las condecoraciones, que el Padre Santo se dignó conceder a algunos beneméritos católicos, con fecha del nueve de mayo pasado, me encomiendo encarecidamente a su benévola mediación, para que sea pronto una realidad. Ya sabe V. E. que carecemos de medios para continuar las obras de la iglesia y hospicio del Sagrado Corazón en Roma y que las personas presentadas a la clemencia del Padre Santo son precisamente las que nos han ayudado en el pasado y están dispuestas a ayudarnos al presente; además, estos caballeros han trabajado y siguen trabajando mucho todavía para el óbolo de San Pedro; por consiguiente, me interesa mucho que puedan tener esta señal de alta benevolencia por parte del Jefe supremo de todos los fieles.

Ruego, por tanto, a V. E. que me ayude ante el Eminentísimo Cardenal Secretario de Estado o ante el Jefe de Congregación a quien corresponda nuestra petición.

Me encomiendo a V. E. como a nuestro benévolo y benemérito Protector y no dejaremos de rezar por la conservación de su preciosa salud y la prosperidad de los grandes y complicados asuntos que la divina Providencia confía al Supremo Jerarca de la Iglesia.

Con esta misma fecha, he escrito a monseñor Masotti para que se acabe con la cuestión de nuestros Privilegios, que necesitamos absolutamente para preparar la próxima expedición a Patagonia, sin los cuales no se podría llevar a efecto.

Tengo sumo gusto en poder participar a V. E. que mi salud ha mejorado mucho, desde hace unos veinte días, gracias a la eficaz bendición que el Padre Santo se dignó impartirme.

Permita que con la más profunda gratitud pueda profesarme,
De V. E. Rvma.

Turín, 8 de junio de 1884

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[399] Mientras tanto recibió noticias poco satisfactorias del Procurador, que escribía desde Roma el día 13 de junio: «Fui cuatro veces a ver al Emmo. Cardenal Jacobini, secretario de estado, y no pude hablarle; después, dos veces a monseñor Mocenni, que trató el asunto con el Padre Santo y con el cardenal Jacobini y acabó diciéndome que ni uno ni otro saben nada de lo que V. P. desea, y esto, probablemente, por haberse extraviado los papeles presentados para tal asunto. Por lo cual, ahora es necesario que V. P. envíe cuanto antes, pues así lo quieren ellos, la exposición detallada de los méritos de cada unò, apellido, filiación y lugar de nacimiento y así se espera que se pueda conseguir algún buen resultado».

Uno de los que debían ser condecorados, el conde Colle, iría próximamente a Turín para la fiesta onomástica de don Bosco; y también era esperado don Francisco Dalmazzo para la misma ocasión. Si éste se hubiese presentado con las manos vacías, habría sido un verda-

dero fracaso, pues todos los interesados sabían que la negociación seguía su curso y con éxito seguro. Por lo cual insistió don Bosco inmediatamente.

Queridísimo Dalmazzo:

Me escribes una bonita carta, pero no me contestas a la que yo dirigí a monseñor Masotti sobre nuestros privilegios y a la que escribí al cardenal Nina sobre las condecoraciones.

Has de advertir que los que van a ser condecorados son personas que han hecho mucho por el Sagrado Corazón y están dispuestas a seguir haciéndolo; pero, presentarnos a ellos sin las condecoraciones, que les anuncié en nombre del mismo Padre Santo, no es de buen tono. Recuerda, pues, la carta a monseñor Masotti y al cardenal Nina y, después, si hay alguna dificultad, procura tener una entrevista confidencial con monseñor Macchi y recuérdale que hacia la mitad de la audiencia, que el día nueve de mayo me concedió el Padre Santo, éste lo llamó y le dijo que recibiera la nota con el memorial sobre los cinco candidatos a la condecoración favorecidos por Su Santidad; y que *estas memorias* fueron entregadas en manos del caritativo Pontífice. De entonces acá nadie pudo decirme qué se hizo.

Imagino que, tal vez, el Padre Santo quisiera evitar ciertas gestiones de oficio, pero conviene que se hagan los sacrificios que fueren menester, y que se acuda a monseñor Macchi y se siga.

Cuando vengas aquí, procura traer algo en concreto sobre nuestros privilegios, como han sido concedidos a los Oblatos y Redentoristas, **[400]** y sobre las condecoraciones concedidas por el Padre Santo, que son para nosotros importantes letras de cambio para el Sagrado Corazón.

No puedo seguir escribiendo. Dios nos bendiga. Amén.

Turín, 15 de junio de 1884

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Don Francisco Dalmazzo únicamente llevó la Encomienda de San Gregorio Magno para el conde Colle, como ya hemos visto. Se fue el Procurador, y no tardó don Bosco en volver a insistirle, para que se diera maña en resolverlo.

Muy querido Dalmazzo:

He recibido el diploma del doctor Giraud de Niza y ya pensará don José Ronchail cómo ofrecérselo con una fiesta adecuada.

He recibido también el decreto sobre nuestros privilegios. Faltan los detalles, pero la sustancia está toda; si ves a monseñor Masotti, dale las más humildes gracias de mi parte y de toda nuestra Congregación.

Para las condecoraciones que ya sabes, bueno será tener presente que todos ellos son personas que han dado mucho dinero y están dispuestos a seguir dándolo para el Sagrado Corazón. Por ejemplo, el señor de Montigny tiene todavía preparados diez mil francos para entregar en el momento en que reciba el diploma de Conde.

Bueno es también recordar que el fervoroso católico doctor Carlos D'Espiney está propuesto para caballero por el Obispo de Niza; y que monseñor Guigou hizo llegar, por mi medio, al Padre Santo una estupenda carta comendaticia del obispo de Fréjus.

Todo esto ya se manifestó al Padre Santo quien me autorizó, como lo hice, para dar comunicación de ello a los correspondientes aspirantes a la condecoración. Estos detalles aumentan la importancia de los trámites en el sentido de que estos personajes son fervientes católicos y promotores del óbolo de San Pedro.

Puedes comunicar todo esto al benemérito monseñor Mocenni; sírvete de ello con muchísima prudencia, de la manera y en la medida que él te diga.

Comprendo que tenemos deudas y debemos acudir a todos los medios para seguir las obras, pero actualmente la única fuente de dinero son las condecoraciones arriba mencionadas.

Gratitud, agradecimiento y oraciones para monseñor Mocenni. Dios nos bendiga a todos y créeme

Turín, 10 de julio de 1884

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[401] Al ver que no llegaba nada, y como le urgiera especialmente para el señor de Montigny, el día catorce de agosto encomendó el asunto a monseñor Mocenni, Sustituto en la Secretaría de Estado. Aunque la Secretaría de Estado sólo proponga condecoraciones para los diplomáticos y no sea lícito a un dicasterio inmiscuirse en los asuntos pertenecientes a otro, sin embargo, monseñor Mocenni, como atención personal a don Bosco, se atrevió a referir el asunto al Padre Santo y recibió una negativa, porque el recomendado no era todavía ni siquiera caballero. Pero el Papa ignoraba que Montigny era noble, condición que suplía a todo lo demás [1]. Don Bosco habría debido, por tanto, acudir a la Secretaría de los Breves; sin embargo, creyó oportuno consultar antes a monseñor Boccali, tanto más que monseñor Mocenni había manifestado la posibilidad de que los correspondientes documentos pudieran encontrarse en su poder.

Excelencia Reverendísima:

Un asunto de bastante importancia para mí me obliga a acudir a su reconocida bondad para recabar una solución. Se trata de lo siguiente.

En la audiencia, que obtuve del Padre Santo el día nueve de mayo de este año, me atreví a pedirle humildemente unas condecoraciones en favor de los más insignes bienhechores de nuestras casas y especialmente de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús en Roma. Su Santidad se dignó aceptar las humildes propuestas y las cartas comendaticias de cada uno y respondió favorablemente a todas. Y como la negociación se juzgaba cumplida, me autorizó para dar comunicación de ello a cada uno.

[1] Véase Ap. Doc. núm. 59.

En aquel momento, Su Santidad hizo llamar a monseñor Macchi para que le fueran remitidas las distintas memorias ya preparadas. Pero, desgraciadamente, la enfermedad y la ausencia de V. E. paralizaron estas negociaciones, y hace sólo unas semanas llegué a saber que los expedientes habían sido depositados en la oficina de V. E. a la espera de su regreso [1].

[402] Durante este tiempo, don Francisco Dalmazzo se encomendó a monseñor Mocenni, quien, con gran bondad, quiso hablar del asunto a Su Santidad aun sin cartas comendaticias. Se concedió la Encomienda de San Gregorio Magno al conde Colle de Tolón. Para las demás, fue el mismo Padre Santo quien contestó que se acudiera a la Congregación.

Ahora me encomiendo a la eficaz protección de V. E. para que me ayude en estas diligencias. En general, estos bienhechores han hecho y están dispuestos a hacer considerables donativos y yo había asegurado a Su Santidad que estas beneficencias las dedicaría al Obolo de San Pedro, pero a cuenta de la construcción de la fachada de la iglesia del Sagrado Corazón, que Su Santidad se comprometió a levantar a sus expensas.

El Padre Santo, que no tenía a su alcance los documentos necesarios, notó al aludido monseñor Mocenni que el señor de Montigny no parecía pertenecer a familia noble, mas consta por memorias exactas que las grandes obras de caridad de este generoso señor son verdaderamente dignas de un noble. En Francia se ensalza su celo por las obras públicas de caridad y de religión y, particularmente, por el Hospicio de San Gabriel en la ciudad de Lille, administrado por él como director y presidente hasta el día en que la obra fue confiada a los Salesianos. Tiene ahora preparada la cantidad de doce mil francos para entregarlos a favor de la iglesia del Sagrado Corazón.

Adjunto copia de su genealogía que, partiendo de él, se enlaza con los antiguos Reyes de Francia.

Expuesto esto, suplico a V. E. se digne aconsejarme, si le parece del caso seguir la negociación con el Padre Santo o acudir directamente a la Secretaría de los Breves, como lo sugirió el mismo Padre Santo. De todos modos, yo me atendré puntualmente a los consejos que V. E. se digne sugerir a don Francisco Dalmazzo.

Tenga a bien, por fin, perdonar la gran molestia que le causo; le aseguro, para recompensar de algún modo su gran bondad, que haremos cada día especiales oraciones a Dios por su preciosa salud, al tiempo que, con la más profunda gratitud, tengo el alto honor de poderme profesar,

De V. E. Rvma.,

Turín, 28 de agosto de 1884

Muy humilde y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

---

[1] Monseñor había contestado en estos términos a don Bosco, que le había escrito durante su enfermedad:

Rvmo. don Bosco:

Estoy agradecidísimo al interés que tiene por mi persona y agradezco sus oraciones y las que mandó hacer también a otros al Señor por mí. Gracias a usted, las condiciones de mi salud han ido mejorando poco a poco. Me hará algo muy grato, si tiene a bien seguir dispensándome el favor de sus santas oraciones y, en compensación, yo no dejaré de implorar del cielo para usted

[403] En el mes de noviembre recibieron el barón Héraud la Encomienda de San Gregorio Magno y el doctor D'Espiney el grado de Caballero de la misma Orden. Para el condado al señor De Montigny se quiso todavía interpelar al Nuncio de París, después de lo cual se obtuvo la concesión. La última en llegar fue la promoción de monseñor Guigou [1].

AL CIRCULO CATOLICO DE PRATO

En una de sus primeras reuniones del mes de octubre, los socios del Círculo Obrero Católico de Prato aclamaron entusiasmados el nombre de don Bosco, en quien reconocían un grande y providencial bienhechor de los obreros, venerado por ellos como un padre. Al notificarle el suceso, rogaban les enviara su bendición. Don Bosco contestó al presidente, señor César Natali, en estos términos:

Honorabilísimo señor Presidente:

He recibido la amable carta, que V. S., en nombre propio y en el del Círculo Católico Obrero recién constituido en esa ciudad, me envió con fecha del veintidós de los corrientes:

No puedo exteriorizar de forma incompleta la satisfacción que experimenté al leer la carta mencionada, y no por las benévolas expresiones con que me trata, sino por la noticia que me da sobre la fundación del Círculo Católico de Obreros, cuyo bienestar moral y material estuvo siempre en la cumbre de mis pensamientos y afectos.

Agradezco, por tanto, a V. S. y a todos los socios del mismo Círculo por haber querido dedicar uno de sus primeros pensamientos a mi pobre persona, y les aseguro que pediré de todo corazón a Dios que los bendiga y ayude. Bajo la protección del Cielo, a la luz de los consejos de su óptimo Pastor, con la seguridad de la benevolencia del Supremo Jerarca de la Iglesia, el sabio León XIII, espero que este *Círculo Católico* seguirá ampliándose cada vez más y recogiendo en su centro a muchos otros obreros de buena voluntad, librándolos así de las insidias de los enemigos de la religión y de la sociedad civil que, so pretexto de mejorar su suerte, la empeoran por el contrario mucho más, quitándoles la paz de la conciencia y la esperanza de los bienes imperecederos de más allá de la tumba.

---

la abundancia cada vez mayor de selectísimas gracias en el desempeño del gran oficio del ministerio sacerdotal.

Aprovecho con gusto también esta ocasión para declararme, una vez más, con los sentimientos de mi distinguido saludo,

Vaticano, 14 de julio de 1884

Su atento y seguro servidor,
G. BOCCALI

[1] Ap. Doc. núm. 60.

[404] En su apreciada carta, me otorga V. S. diversos títulos muy honrosos y entre ellos el de padre; a todos ellos renuncio, salvo a este último y, como padre, me daré por muy dichoso, si puedo serles útil de alguna manera como a hijos míos.

Acepte, por último, mis cordiales saludos, al tiempo que, con mis mejores deseos de todo bien de Dios y de la Santísima Virgen Auxiliadora para V. S. y para todos los socios del Círculo, me complazco en profesarme,

De V. S. Ilma.,

Turín, 31 de octubre de 1884

Afmo. amigo en J. C.,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

El semanario católico de Prato *L'Amico del popolo* publicó esta carta en su número del ocho de noviembre.

A LA CASA MADRE DE LAS HERMANAS

Para evitar diversos inconvenientes, don Bosco había autorizado a don Luis Bussi, director de la Casa Madre de las Hijas de María Auxiliadora, para tratar con el Ayuntamiento sobre la cesión de un espacio de la callejuela, que corría por el lado del Torrente Belbo. Además, como se necesitaba hacer un patio de recreo para las niñas de la población que acudían al oratorio festivo, había determinado comprar un campo situado ante la primitiva casa del Director, que también pertenecía al Ayuntamiento. Para abrir paso a los trámites, don Bosco mismo escribió al alcalde, comunicándole sus intenciones y las correspondientes razones.

Ilmo. señor Alcalde,
y honorables Concejales de la Ciudad de Nizza-Monferrato:

El que suscribe, Juan Bosco, presbítero, con intención de ampliar el instituto femenino de Nuestra Señora de las Gracias en esa ciudad, y precisamente por el lado del Torrente Belbo, en una longitud de casi treinta metros, suplica respetuosamente a sus Señorías Ilmas. tengan a bien cederle un trozo de la callejuela, en una longitud de unos treinta y dos metros aproximadamente, y el camino que va junto al Convento, con los correspondientes veintiocho planos todos ellos incluidos.

El peticionario, por su parte, se obligaría a hacer construir **[405]** a sus expensas el camino señalado en rojo en el anejo Tipo-Bocca, con la longitud de cuatro metros, que podría servir de camino y alameda. Dicha ampliación le parece necesaria al peticionario por las siguientes razones:

1.º Para alejar el peligro de rotura de cristales en el Instituto.

2.º Para evitar molestias casi continuas durante las clases y las funciones religiosas.

3.º Por el inconveniente de los carros que, por la excesiva proximidad del camino a la pared, rozan con ella y con las persianas de las ventanas, causando daños considerables.

4.º Por el peligro de toda suerte de inmoralidades, a causa de las conversaciones no siempre limpias, que en este camino y precisamente bajo las ventanas del Instituto, se tienen con demasiada frecuencia.

5.º Para proveer a la higiene, ampliando los patios hacia el mediodía, donde el aire es más sano, formando alamedas más amplias y nuevos jardines para las alumnas del Instituto.

6.º En fin, para tener a libre disposición un taller y un patio de recreo, exclusivamente destinados a las niñas más necesitadas de la ciudad, puesto que desea el peticionario abrir una escuela profesional de costura, gratuita y diaria, para muchachas de los doce a los quince años y también reunirlas a manera de Oratorio en los días festivos y darles instrucción moral, civil y religiosa.

Sabedor del mucho cuidado e interés que sus Señorías Ilmas. tienen por el bien moral y civil de la población que administran y especialmente en favor de la juventud, abriga el peticionario la firme esperanza de que le sea concedido lo humildemente expuesto,

Turín, 16 de octubre de 1884

JUAN BOSCO, *Pbro.*

AL CONVENTO DE CARMELITAS EN CARTAGO

Animado por el fervor apostólico de su celo para hacer progresar la misión africana, el cardenal Lavigerie pensaba que sería sobremanera útil trasplantar a las tierras de la antigua Cartago, bañadas en otro tiempo por la sangre de los mártires, una comunidad, que se dedicase a la oración y a la penitencia. «Sé por experiencia, escribía él, que el hombre es impotente, si no lo sostiene la gracia de Dios y sé también que hace falta hacer violencia al Corazón de Nuestro Señor, por medio de la **[406]** penitencia y de la oración, si se quieren obtener de El las gracias del apostolado». Así se expresaba el gran Cardenal en una carta a la madre María de los Angeles, superiora del Convento de la Avenida de Mesina en París, cuando le instaba encarecidamente en 1884 para que enviara un grupo de sus religiosas a fundar allí un monasterio, a fin de que, desde la cumbre del monte, se levantaran las manos al Cielo, mientras él trataba las batallas del Señor en la llanura.

Ahora bien, la madre María de los Angeles era priora del monasterio, donde don Bosco había celebrado la primera misa a su llegada a París, y fue la que agregó espiritual y oficialmente a los Salesianos a la Orden [1]. Así, pues, en asunto de tanta importancia, aunque tenía ple-

[1] Véase Vol. XVI, págs. 144 y 409.

na confianza en el Cardenal, sin embargo, la buena Madre experimentaba alguna vacilación; por este motivo, determinó consultar a don Bosco, enviándole copia de la carta de Su Eminencia. El Santo mandó redactar la respuesta, la firmó y dictó aparte estas palabras: «Le agradezco mucho que me haya comunicado la admirable carta de Su Eminencia el cardenal Lavigerie. Tenga fe; con la fe no le puede faltar nada. El Señor le envía esta fundación. El lo hará todo, sin lugar a duda. Pero oremos mucho y actuemos con toda confianza en el auxilio de Dios» [1].

El consejo de don Bosco dado en términos tan tajantes, animó a la Madre que, a partir de aquel momento, no tuvo la menor duda. «Las palabras de su Beato Padre, nos escribe desde el Convento de Cartago la actual Superiora [2], venían del mismo Dios. El Señor quería ciertamente aquella fundación. El lo hizo todo y nada nos faltó. Ha velado siempre sobre nosotras de una manera especial y lo hace particularmente en estos tiempos tan difíciles». Este año se ha celebrado el cincuentenario de la fundación efectuada en 1885, y se ha dado gran publicidad a las palabras dirigidas por nuestro Santo.

[407] A UN RENEGADO

Un salesiano, natural de Lucca, ya desde que cursaba el bachillerato en el Oratorio, no se había distinguido por ser de raza de santos; sin embargo, los Superiores lo habían ido tolerando siempre, hasta admitirle a la profesión perpetua y a las sagradas órdenes, porque su conducta exterior no tenía nada de escandalosa. Era de carácter más bien cerrado y evitaba expansiones de toda clase. Sucedió, pues, que habiendo sido enviado, ya sacerdote, a la casa de Magliano Sabino, un buen día desapareció sin dejar rastro. Después se supo que había ido a Florencia, cuyo Arzobispo no quería admitirlo en su clero de ningún modo.

Al encontrarse en mala situación, envió una carta amenazadora a don Bosco, anunciándole que escribiría a Roma y revelaría cosas deshonrosas para la Congregación. Don Bosco le contestó que, si deseaba unas palabras de respuesta, escribiese una carta adecuada. El desgraciado, por el contrario, envió a la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares una serie de acusaciones deshonrosas contra los Salesianos;

[1] Ap. Doc. 61.
[2] Carta, 17 de agosto de 1935.

pero, al mismo tiempo, no tenía reparo en afirmar, para su propia deshonra, que había fingido el consentimiento para entrar en el noviciado, hacer la profesión religiosa y recibir las sagradas órdenes.

Como Roma no le contestaba, escribió de nuevo a don Bosco, pidiendo la exclaustración y lo hizo por conducto del canónigo Martini, que pertenecía a la colegiata de San Lorenzo en Florencia. El Santo contestó que él no podía hacer nada, puesto que el asunto estaba en manos de la Sagrada Congregación. Se enteró, entretanto, de que dicha Congregación pedía explicaciones a don Francisco Dalmazzo y él recibió también una copia de la denuncia. A mediados de enero, le llegó otra instancia del mismo canónigo para que tuviese a bien transmitir al fugitivo la dispensa de los votos y una carta comendaticia. Con esta admirable cartita, don Bosco contestó al intercesor.

[408] *Carísimo señor Canónigo:*

He recibido su carta y siento que el sacerdote Bianciardi no se encuentre bien de salud. También he recibido la relación hecha a Roma de sus cosas. Ha inventado cuanto ha podido para denigrar a la Congregación, que le hizo todo el bien que pudo y le ha dado lo que tiene.

No me imaginaba que, después de haber demostrado de palabra ilimitada confianza y benevolencia con sus Superiores, hubiese podido fingir en la emisión de los votos de la profesión religiosa y en la misma ordenación sacerdotal.

Podría reparar de algún modo la gran calumnia, escribiendo a Roma o a don Bosco una carta pidiendo perdón y prometiendo reparación.

Tenga usted paciencia, si vuelvo a molestarle y si no puedo añadir, a la dispensa que acompaño, una carta de recomendación como desearía.

Créame en el Señor,

Turín, 17 de enero de 1884

Su humilde servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

No podía haber dificultad para conceder la dispensa de votos al perjuro; pero ¿qué carta de recomendación se le podía entregar? Hizo, pues, una relación en la que se le declaraba libre de todo vínculo con su familia salesiana, pero manifestando dos gravísimas consideraciones de hechos concretos.

El abajo firmante, habiendo considerado su relación en la que afirma que el sacerdote Augusto Bianciardi ha hecho todo por ficción, hasta la profesión religiosa y las prácticas de piedad, y reconociendo que es una verdadera calumnia cuanto escribió a la Congregación de Obispos y Regulares a Roma, accede a su petición y lo declara totalmente libre de todo vínculo con la Congregación Salesiana. Esto se mani-

fiesta para exponer la situación de las cosas, pero el abajo firmante se remite a cualquier decisión que emita dicha Congregación de Obispos y Regulares.

Turín, 17 de enero de 1884

JUAN BOSCO, *Pbro.*
Rector

[409] AL PRINCIPE AUGUSTO CZARTORYSKI

Ya hemos narrado en el volumen anterior su primer encuentro con don Bosco en París; durante los dos años siguientes, maduró su vocación, entre luchas interiores y exteriores, de las que hablaremos ahora, después de anteponer una breve noticia en torno a su linaje. Hay siete cartas de don Bosco que nos permitirán proceder con la obligada exactitud histórica.

El origen de la familia Czartoyski se pierde en la obscuridad de los tiempos. Se admite como fundador de la dinastía al príncipe Basilio, que vivió a principios del siglo XV. Poco a poco su estirpe llegó a sobresalir, por parentescos y riquezas, entre la más alta aristrocracia polaca. Sucedió que su gran esplendor declinó momentáneamente en el siglo XIX, cuando el abuelo de Augusto, príncipe Adán [1], expuso la fortuna y la vida por la patria durante la desesperada revolución del 1830. Caída Varsovia, los rusos lo condenaron a muerte y confiscaron sus bienes. El generoso héroe logró ponerse a salvo atravesando las fronteras. Después, emigrado a París, rehizo paso a paso el patrimonio y llegó a ser un válido apoyo de sus compatriotas, que habían establecido en Francia una segunda patria. Su segundo hijo Ladislao, convertido en jefe de la estirpe, se casó con la princesa María Amparo, hija de María Cristina, reina de España. De su unión nació Augusto el día 2 de agosto de 1858 en el magnífico palacio Lambert, donde se encontraría en 1883 por ver primera con el futuro padre de su alma.

Después de la entrevista tenida con él en París, deseaba visitarle en Valdocco, durante el verano, y hacerse así una idea de su obra; pero no le fue posible. Se le presentó la ocasión en septiembre, camino de Roma, como miembro de una delegación, que llevaba a León XIII los homenajes de Polonia en el segundo centenario de la victoria de Juan

[1] Príncipe Adán Jerzy Czartoryski (1770-1861): general polaco, nacido en Varsovia. Sirvió al Zar e hizo causa común con sus compatriotas al estallar la revolución de 1830, que le nombró presidente del gobierno provisional. Pero, aplastada ésta y condenado a muerte por el Zar, se refugió en París *(N. del T.)*.

Sobieski contra los Turcos. Hizo a la ida una breve parada en Turín, pero no encontró allí a don Bosco; **[410]** visitó, sin embargo, detalladamente el Oratorio, acompañado por don Miguel Rúa, quien le aconsejó volviera en mayo para la fiesta de María Auxiliadora. Y así lo hizo. Pasó entonces en el Oratorio todo el día veinticuatro, asistió a las funciones religiosas y se sentó a la mesa con don Bosco. Todo lo que veía dentro del Oratorio le conmovía, de modo que determinó retrasar la salida para tener facilidad de hablar a su gusto con el Santo. Se hospedó en el Gran Hotel de Europa, desde donde iba todas las mañanas a hacer sus devociones en el santuario de María Auxiliadora; después se quedaba a tomar el café con don Bosco, a quien acompañaba a menudo de paseo en las horas de la tarde. Prolongó así su estancia hasta san Juan. Desde entonces, siempre consideró aquel mes como uno de los períodos más hermosos de su vida y una de las mayores gracias, que le había concedido el Señor. El pensamiento de la vocación embargaba continuamente su espíritu. Oponíasele un grave obstáculo en la familia. Era intención del padre establecer el mayorazgo, que correspondía a Augusto como a primogénito; por lo cual, quería que el hijo se ejercitase en el manejo de los negocios y se acostumbrase a alternar más asiduamente con la alta sociedad. Este pensaba en otra cosa completamente opuesta, pero no se atrevía todavía a hablar de ella. Mientras tanto, habiendo caído enferma su segunda madre en otoño, pidió oraciones a don Bosco para su curación, y don Bosco le contestó:

Muy querido y benemérito Príncipe:

Tan pronto como recibí su preciosa carta, inmediatamente organicé oraciones especiales, mañana y tarde, ante el altar de María Auxiliadora. Yo tendré cada mañana un *memento* especial en la santa misa. Confiemos en la divina bondad. Que la Santísima Virgen María le proteja, querido Príncipe, conceda la salud y la santidad a la augusta enferma, su madre, y obtenga a su piadoso padre todas las gracias necesarias para su eterna salvación.

Me encomiendo a la caridad de sus oraciones y tengo el alto honor de poderme profesar, con la más profunda gratitud en Jesucristo

Suyo, señor Príncipe,

Turín, 5 de octubre de 1884

Atento y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[411] Recobró la Princesa la salud y él, por complacer al padre que quería distraerle de los graves pensamientos, en que le veía sumido, emprendió un viaje a Londres; pero, cuando volvió a París, su estado

de ánimo no daba indicios de haber cambiado. Sentía necesidad de conferenciar con don Bosco; por lo cual, le escribió sobre este asunto, pidiéndole también consejo acerca de varias cosas. Don Bosco dictó la respuesta siguiente.

Querido señor Príncipe:

Como ando algo mal de la vista, he de servirme de un secretario para darle una respuesta, ya con algún retraso. Ha hecho usted bien en diferir todavía la elección de estado. Yo rezaré con usted y por usted y Dios nos guiará ciertamente para conocer su divina voluntad.

Con respecto al Secretario que se le asignaría, creo yo que puede servirse de él cuando lo necesite, pero sin comprometerse definitivamente en seguida. Me gustaría que, al menos, dedicase algún tiempo para conocer el carácter y la religiosidad de la persona.

He recibido los cien francos y los cien boletos, que le envié en favor de la iglesia y del hospicio del Sagrado Corazón en Roma. Se lo agradezco y el Sagrado Corazón de Jesús se lo recompensará con largueza.

Me alegro mucho de que Mamá esté fuera de peligro. He pedido a María Auxiliadora que le devolviese la salud primera; ahora sigo rezando, y conmigo lo hacen todos nuestros muchachos, a fin de que pueda disfrutar de salud para satisfacción de la familia por largos años. Si, por acaso, me fuera posible ir este invierno a Niza, será para mí un gran honor presentarle personalmente mis humildes saludos y la seguridad de nuestras oraciones. ¿Y usted, señor Príncipe, no irá también a pasar algunos días con sus padres?

Todos los de nuestra casa, que tuvieron la suerte de conocerle y saludarle en Turín, se unen a mí para ofrecerle las felicitaciones de unas buenas fiestas de Navidad y próspero año nuevo y todos se encomiendan a la caridad de sus santas oraciones.

Dios nos bendiga a todos y nos ayude a caminar constantemente por la senda del Cielo.

Siempre suyo, querido señor Príncipe.

Turín, 17 de octubre de 1884

Seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P.D. Con respecto al Mayorazgo procure secundar a papá hasta donde le sea posible; pero espero que hablaremos de esto en otra ocasión.

[412] La ansiedad del Príncipe iba en aumento; la necesidad de ver más claro su porvenir lo indujo a pedir ulteriores consejos, máxime acerca del asunto, que podía considerar como central en aquel momento, esto es, la aceptación del mayorazgo. Don Bosco le expuso llana y claramente su manera de ver [1].

[1] Esta y las demás cartas están escritas en francés (Ap. Doc. núm. 62 A-B-C-D-E).

Querido Augusto:

Su carta pide ciertamente una respuesta rápida, pero no resulta fácil darla en una carta. Sin embargo, he aquí mi parecer.

Si usted siente en su corazón una fuerte propensión al sacerdocio, ha de renunciar a todos los mayorazgos; pero, si esta voluntad no fuese todavía bien firme, haría bien en secundar a su padre, y aceptar el mayorazgo con todas sus consecuencias; para las otras determinaciones, es necesario que nos escribamos más cartas o que tengamos al menos una entrevista personal, la cual podría ser en la próxima primavera.

Entre tanto, rezamos, rece también usted y el Señor nos dará a conocer claramente su santa voluntad.

Sabrá por los periódicos que el sábado se incendió una parte considerable de nuestra casa. El daño es muy notable, pero las personas no han sufrido ningún daño. Bendito sea Dios en las alegrías y en las desgracias.

Que la Santísima Virgen nos proteja y nos guíe por el camino del Paraíso. Así sea.

Turín, 26-1885

Su seguro servidor y amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Augusto le dio las gracias y le comunicó que, por consejo del confesor, iría a Turín para hacer los ejercicios espirituales bajo su dirección. Don Bosco alabó la idea con esta carta.

Señor Príncipe:

Mucho celebraré verle por aquí y apruebo totalmente la idea de hacer un retiro espiritual. Sólo siento no podérselo dirigir; pero espero que puedan hacerlo otros en mi lugar, dado que mi salud, todavía delicada, no me lo permite. Venga, pues, venga; le espero con ansias.

Le agradezco las noticias que me da de sus queridos parientes; es una **[413]** verdadera alegría para mí saber que todos se encuentran bien. Dé la enhorabuena al Príncipe Adán por su primera comunión.

Que el Señor le bendiga, le mantenga siempre en su santa gracia y haga de él un valiente protector y defensor de la religión, un santo.

Ruégole presente mis humildes saludos a SS. AA. el Príncipe y la Princesa y a toda la familia, sin olvidar al querido principito Vitoldo, por quien ruego de todo corazón. Hasta vernos pronto.

Que el Señor le bendiga y acompañe. Acepte mis saludos y tenga a bien creerme,
Señor Príncipe,

Turín, 27 de mayo de 1884

Su afmo. en el Señor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Augusto fue a Turín en la primera quincena de junio. Se hospedó en el hotel; pero, unos días después, rogó a don Bosco que le diese hospitalidad en el Oratorio.

—¿Podrá usted, le preguntó riendo el Santo, adaptarse a nuestra mesa?

—No tema, contestó; lo que sea suficiente a don Bosco también lo será para mí.

—Si así lo desea, venga en hora buena. Don Bosco no niega nunca un puesto en su mesa.

Así, al lado de don Bosco, pudo con toda comodidad manifestarle sus sentimientos y observar de cerca su santidad y la vida de sus hijos. Pasaba la mayor parte del tiempo en la meditación, en la oración y haciendo piadosas lecturas. Pero el padre, preocupado por su porvenir, interrumpióle tan suave morada y lo obligó a repatriarse. Recompensadas, pues, generosamente las molestias que creía haber causado al Oratorio, volvió a salir para Polonia. Llegado a Sieniáwa [1], donde estaban los bienes de la familia, actuó según le había dicho don Bosco y, para obedecer la voluntad del padre, se dedicó a la administración de sus bienes, en cuya posesión había entrado, de acuerdo con los derechos del mayorazgo. Mas su corazón estaba en otra parte. Tan pronto como se repuso del viaje, dio cuenta **[414]** de sí mismo y de sus cosas a don Bosco, que le contestó más bien vagamente; pero no se podía hacer de otro modo por carta.

Muy querido señor Príncipe:

Su apreciada y valiosa carta ha satisfecho a todos los Salesianos. Parece que la divina Providencia le guía de algún modo en la Iglesia de Dios. Nosotros pedimos de todo corazón que la gracia del Señor y la protección de la Santísima Virgen le acompañen siempre. Las ideas, las intenciones de su señor Padre son verdaderamente las de una persona muy prudente y usted puede llevarlas a cabo con tranquilidad, cuidando especialmente su fortuna. Su marcha algo precipitada nos impidió resolver algunas cuestiones; pero espero que alguna buena ocasión o una carta nos permitirán explicarnos con más claridad. Mi salud es siempre floja y la encomiendo a sus oraciones.

Le agradecemos la caridad que generosamente nos ha hecho. Nuestros muchachos harán continuas oraciones y comuniones según su intención.

Que Dios le bendiga, mi querido y óptimo amigo, permítame este trato; y que la Santísima Virgen le proteja siempre en el camino del Paraíso.

Turín, 3 de julio de 1885

Su humilde y agradecido servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

---

[1] *Sieniáwa:* Población de Polonia, en Galitzia, dist. de Yaroslaw, a orillas del San. Tiene un castillo del príncipe Czartoryski y 3.500 h. polacos. *(N. del T.).*

El padre gozaba sobremanera al verle tan dedicado al cuidado del patrimonio y alimentaba halagüeñas esperanzas para sus planes; pero, si hubiese podido leer en su corazón, habría descubierto el esfuerzo de voluntad que le costaba doblegarse a aquel género de vida tan opuesto a sus aspiraciones. La carta de don Bosco no amortiguó sus ansias, sino que las avivó más. Por ello, invocó de nuevo en agosto el auxilio de sus consejos y recibió una respuesta todavía más indeterminada que la anterior y escrita, por añadidura, con mucha prisa, como lo prueba el texto original. Don Bosco estaba entonces muy atareado con los ejercicios de San Benigno y no se encontraba bien.

Muy querido y respetable señor Príncipe Augusto:

Me ha gustado muchísimo su carta, que ha constituido un preciosísimo regalo para todos los Salesianos, y no dejaremos de rezar por usted y por toda su familia.

[415] En este momento, hacemos los ejercicios.

Mi salud no es buena, pero todos los sacerdotes tienen cada mañana un *memento* según su intención. Tendré la satisfacción de escribir lo más pronto posible. Los consejos del Señor Príncipe, su Padre, son muy prudentes; no se puede decir nada mejor. Si yo no pudiere, ya le dará don Miguel Rúa los detalles, que usted desea en su carta.

Que la Santísima Virgen le guíe en todas sus decisiones. Me encomiendo a sus caritativas oraciones y que Dios nos guíe por el camino del Paraíso. Así sea.

San Benigno Canavese, 26 de agosto de 1885

Su humilde servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Para no tenerlo en suspenso por más tiempo, dos días después encargó don Bosco a don Miguel Rúa que le comunicara su pensamiento, y éste escribió al Príncipe, el veintiocho de aquel mes: «Nuestro querido don Bosco está mal y, por eso, le escribo yo en su lugar. En cuanto a los consejos de su honorable Padre, respecto al queridísimo Príncipe, me dice don Bosco le recuerde que el Señor bendice siempre a los hijos que obedecen la voluntad de los padres y reza para que la bendición de Dios descienda también sobre usted. Mientras tanto, don Bosco y nuestros muchachos rezan y ofrecen la santa comunión para que la Santísima Virgen Auxiliadora le ilumine y conceda todas las gracias necesarias para estas importantísimas cuestiones. Nuestro querido padre don Bosco le asegura que muy gustoso reza por usted y por toda su familia».

La prudencia no permitía decir más. El padre no ignoraba ya cuáles eran las intenciones de Augusto; por eso, mientras le pareció que persistía en él la indecisión, multiplicó los asaltos, sobre todo

poniéndole delante el asunto del casamiento. Más angustiado que nunca, el Príncipe volvió a apelar a don Bosco en diciembre y el Santo le contestó:

Querido señor Príncipe Augusto Czartoryski:

Estábamos todos deseando sus noticias y ahora estamos la mar de contentos por las buenas nuevas que nos da de sí y de su familia. Me parece que el asunto del matrimonio se reduce a encontrar una persona como debe ser y creo que para esto hará muy bien en **[416]** seguir los consejos del papá y de la tía, de que me habla. Sin embargo, no dejaré de rezar y hacer que recen y comulguen nuestros muchachos en la iglesia y ante el altar de María Auxiliadora.

Hay muchas cosas que podríamos decirnos personalmente, pero que no pueden explicarse bien por carta; la Santísima Virgen, que nos ha guiado hasta aquí, no dejará que nos falte su maternal protección. Confío plenamente en que, durante el próximo año, nos veremos con la gran satisfacción de todos los Salesianos, que le quieren como a padre y bienhechor.

Que Dios le bendiga, mi queridísimo Augusto, y el deseo de su eterna felicidad guíe sus palabras y sus obras.

Me he quedado medio ciego y, por eso, ejercite un poco la paciencia para leer mi mala letra.

En su gran caridad tenga a bien rezar por mí y por toda la familia salesiana, con la cual seré siempre en J. C.

Turín, 15 de diciembre de 1885

Humilde y agradecido servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

No debe extrañarnos que don Bosco no emplease con el Príncipe un lenguaje más tajante; para hablarle de este modo, esperaba a que se formara en el ánimo de Augusto una visión clara y una resolución firme sobre lo que intentaba hacer. Hasta entonces, su espíritu fluctuaba entre dos sentimientos; por un lado, la piedad filial, que le frenaba para no tener un conflicto con el padre y, por otro, una inclinación cada vez más fuerte, aunque todavía algo vacilante, para abrazar la vida religiosa en la Congregación Salesiana, en lo cual veía perfectamente dificultades de diversa naturaleza. Pero la confianza del Santo en que la solución definitiva vendría en el año 1886, iba a tener su pleno cumplimiento.

[417]

CAPITULO XVI

VIAJE DE DON BOSCO A FRANCIA EN 1885

UN periódico de Milán, que gozaba de mucha fama en el mundo financiero y político, lanzó en el mes de febrero esta sensacional noticia [1]: «En el pasado otoño salía don Bosco de Turín con dirección a América, para visitar los colegios fundados allí por él. De algún tiempo acá circula, con insistencia, la voz de que don Bosco haya muerto en América. Se quiere que se mantenga oculta su muerte, para no malograr ciertos intereses del partido, cuya alma era don Bosco». La extraña y quizás también tendenciosa noticia conmovió a la prensa, pero mucho más a los amigos del Santo. Verdad es que el *Corriere di Torino* se apresuró a dar un mentís [2]; pero la falsedad, por no llamarla mentira, llegó muy lejos. Merecen disculpa los periódicos extranjeros, a los que llegó tarde la rectificación [3], pero ciertos periódicos italianos, más aún, turineses, sin dignarse buscar informes, siguieron copiando uno de otro, hasta el punto de que un **[418]** semanario de la ciudad, quince días después, aún no había sospechado siquiera la patraña [4].

Así pudo ocurrir que don Bosco el día trece de marzo por la tarde, al salir de paseo con el clérigo Viglietti, se encontrase en la portería

---

[1] *Corriere della Sera,* 28 de febrero de 1885.

[2] En el número de marzo.

[3] *L'Echo du Nord* publicaba en Lille el día cinco de marzo: «Se recuerda la estancia en París, de don Bosco, el famoso predicador que fue, durante tres meses, ídolo de las devotas parisienses. Después de haber pasado algún tiempo en Italia, partió para América, donde, según los periódicos italianos, debió morir tras una corta enfermedad. Se pretende que se ha guardado el secreto de su muerte, para no comprometer los intereses del partido, cuya alma era don Bosco».

[4] La *Cronaca dei Tribunali,* del día catorce de mayo, escribía intrépidamente en Turín: «Hemos hecho oportunas y diligentes pesquisas y nuestras investigaciones concuerdan perfectamente con las del diario lombardo. Pero hemos escrito a un conocido nuestro, que está en condiciones de darnos una noticia segura desde Patagonia. Aguardamos la respuesta, y nos apresuraremos a comunicarla a nuestros lectores. Nosotros que, hasta ahora, por sentimientos innatos, somos anticlericales sin restricciones, ante el cadáver de un hombre tan grande, acallada toda cuestión de partido, nos inclinamos reverentes y nos reservamos, cuando recibamos informe seguro, para hablar del difunto con la imparcialidad y el respeto con que los hombres honestos juzgan a los filántropos de la humanidad».

con varias personas deseosas de averiguar la verdad, pues habían oído por las calles a los vendedores de periódicos anunciando a grito pelado la muerte de don Bosco por cinco céntimos. El, contestando graciosamente a los parabienes, dijo:

—Hace ya unos días me han hecho morir en Buenos Aires; después en Marsella, ayer en Pavía; y hoy, o mejor esta mañana, he muerto según ellos en Turín, y ¡esta tarde voy de paseo! ¡Eh! Mientras oigamos con nuestros propios oídos contar nuestra muerte, no estamos todavía en peligro.

También la gente del pueblo, al verle pasar, se paraba a mirarlo estupefacta y manifestaba después su alegría al convencerse de que era verdaderamente él.

El siguiente párrafo, de una carta del Director del Patronato de París [1], es un testimonio del efecto producido por la noticia de su muerte en los hijos lejanos.

¡Hace unos días publicaba un diario francés la muerte de nuestro querido Padre don Bosco! No podía tener mayor desgracia nuestra querida Congregación. Juzgue usted nuestro dolor, nuestra inquietud, esperando respuesta al telegrama, que en seguida enviamos a Marsella para saber la verdad.

Pero bendito sea Dios y bendita sea la Santísima Virgen Auxiliadora; la noticia no tenía fundamento y esto prueba una vez más la ligereza de los periodistas que, sólo por el gusto de anunciar rápidamente noticias sensacionalistas y sin previos informes seguros, no tienen escrúpulo para sumir en amargas angustias el corazón de hijos devotísimos, anunciando falsas noticias de su padre tan tiernamente amado.

[419] Puede usted imaginar nuestra alegría, al recibir ayer su carta, por la que hemos sabido que el querido Padre está algo mejor de salud y se proponía venir a visitar a sus hijos, a sus casas de Francia y también a la de Ménilmontant. A la verdad esta esperanza se nos presenta como una estrella en medio de la borrasca y la saludamos con el más vivo regocijo. Puedo decir también que nuestros muchachos sienten en su corazón una alegría tan grande como la nuestra, porque empiezan a reconocer en don Bosco a su afectuoso Padre.

Le rogamos, por tanto, que cuente a don Bosco esta alegría de sus hijos de París y le diga también que una visita suya me parece siempre necesaria para el bien de la nueva casa. Pedimos a María Auxiliadora que conceda esta bendición, esta fortuna a la casa de Ménilmontant.

El periódico francés, que había esparcido el falso rumor de la muerte de don Bosco, confiesa esta mañana su error; es más, anuncia la venida de don Bosco mismo a Francia para fines del mes corriente.

A Francia, sí; pero no a París. Haciendo caso omiso de las recomendaciones de los médicos y sin rendirse a las amables protestas de los hijos, impelido por la necesidad de solicitar la caridad para soste-

[1] Don Carlos Bellamy a don Miguel Rúa, París 10 de marzo de 1885.

ner sus obras de caridad [1], salió el día veinticuatro de marzo por la mañana en compañía de su secretario Viglietti y de don Juan Bonetti. Mientras iban del Oratorio a la estación, preguntó de repente al primero:

—¡Viglietti, ¿a dónde vas?

—Voy con don Bosco.

—¿Y sabes a dónde va don Bosco?

Como vacilara Viglietti en responder, continuó el Santo:

—Ni yo sé a dónde va don Bosco. Está en brazos de la Providencia.

Durante el viaje de Turín a Sampierdarena en el tren, se mostró jovial en la conversación y, al llegar allí, celebró durante la comida los donaires de monseñor Scotton, predicador de la cuaresma. Aquella misma tarde, siguió viaje hasta Alassio. Era el tiempo en que la costa de Liguria empieza a ser un jardín esmaltado de flores. Don Bosco, asomado a la ventanilla, se alegraba como un niño al ver por todas partes margaritas y melocotoneros en flor.

[420] Pernoctó en Alassio y siguió viaje hacia Niza. Don Francisco Cerruti sustituyó a don Juan Bonetti, que se quedó en Sampierdarena. En Ventimiglia se encontró con su gran amigo el barón Héraud, que había acudido a su encuentro con don César Fasani, prefecto del *Patronato.* Los hermanos de Vallecrosia apenas si pudieron besar su mano e intercambiar unas palabras. En la estación de Niza le esperaban muchos señores y señoras con sus coches. Una rica marquesa tuvo la ansiada suerte de llevarlo en su coche a la casa salesiana.

Una vez allí, terminados los alegres y afectuosos agasajos, subió a la habitación y se detuvo de pronto en el umbral como asustado a la vista del lujo señorial, y ordenó que quitaran inmediatamente la alfombra que cubría parte del pavimento. Le había parecido al Director que aquello no era un lujo, sino una debida atención para don Bosco y también para las personas de calidad que fueran a visitarlo. Pero don Bosco, en cambio, pensaba de manera muy distinta. Sentóse y contó con su tranquila llaneza un episodio del marqués Fassati. Este su noble amigo y bienhechor, al ver un día ciertos adornos en el edificio de la portería, le había dicho que ya no se atrevía a darle dinero, porque le parecía que tenía de sobra. Y eso que aquel arreglo no tenía nada de extraordinario y estaba además justificado por las

[1] Al finalizar el año 1884, para juntar dineros había mandado a don Juan Bonetti escribir y publicar como *Suplemento* en el *Boletín Salesiano* una carta, que él firmó y en la que suplicaba a los sacerdotes aplicaran misas según su intención, cediéndole la limosna (Ap. Doc. núm. 63).

exigencias urbanas del Ayuntamiento y por la conveniencia de dejar acabado el adorno de la plazoleta de María Auxiliadora.

—¿Quién va a moverse, siguió diciendo el Santo, a darnos limosna, si ve que nos hemos hecho ricos? Podrían creer que nos hacían una ofensa o que lastimaban nuestra susceptibilidad. ¿Y cómo nos atreveríamos a implorar la caridad pública, si se nos pudiese contestar que nuestras habitaciones, nuestras casas no necesitan nada y que nosotros vivimos a lo grande en ricas viviendas?

Después, pasando a otra cosa, recomendó que en los pórticos del patio se escribieran sentencias bíblicas como en el Oratorio de Turín.

Tras un ratito de conversación, pasó las **[421]** restantes horas del día en reposo absoluto. Parecía que estaba bastante bien, dada su gran alegría; sólo le molestaba un dolor en la parte izquierda de las encías; más adelante llamó a Viglietti y le mandó que escribiera a don Miguel Rúa en estos términos: «Don Bosco le recomienda que tenga a bien encargar a alguno del Oratorio que copie y envíe a Niza las inscripciones que están en los pórticos. Me encarga saludos para usted, para don José Lazzero, cuyas noticias le urgen mucho, para don Juan Bautista Lemoyne, al que dice enviará pronto una buena cesta de hortalizas [1] y para todos los Superiores de ahí, juntamente con los muchachos del Oratorio, a los cuales recomienda que esperen sólo en Dios el feliz resultado de sus exámenes».

Se refería a los exámenes semestrales, que solían celebrarse antes de Pascua.

El día veintiséis por la mañana, lo dedicó a visitas ilustres. Al mediodía asistió don Bosco con don José Ronchail y Carlos Viglietti a una comida íntima en casa del Conde de Montigny, que prolongó su acostumbrada temporada invernal en la Costa Azul para esperar al Santo. A eso de las cuatro, fueron a la iglesia de Notre-Dame para asistir al sermón, que el jesuita predicador de la cuaresma iba a pronunciar sobre la finalidad del viaje de don Bosco a Niza. En su diario escribe Carlos Viglietti: «¡Bendito sea el Señor! De no haberlo visto con mis propios ojos, nunca lo hubiera creído. Había oído contar los viajes de don Bosco a Francia; pero estaba muy lejos de imaginar la realidad. La gente se para extática por las calles para ver a don Bosco; se aglomera a su paso, quiere tocarlo. Unos lloran de satisfacción por haber oído una sola palabra, por haber recibido una mirada suya; otros se contentan con mirarlo de lejos, juzgándose indignos de acer-

[1] El buen Padre pensaba en la gran afición de don Juan Bautista Lemoyne por esta clase de alimento.

carse a él. La iglesia de Notre-Dame estaba repleta de gente. Omito el discurso que pronunció el orador y los elogios que hizo de don Bosco y todo lo que acaeció después, porque don José Ronchail hará una amplia reseña de todo ello, que se publicará con el *Boletín Salesiano*».

[422] El predicador, aunque conocía las simpatías de su auditorio por don Bosco, jamás hubiera imaginado un entusiasmo como el que estaba presenciando; aquel espectáculo enardeció su elocuencia. Después de demostrar la necesidad de proporcionar educación cristiana a los hijos del pueblo, hizo patente el gran vacío que venían a llenar las obras de don Bosco, al que calificó de agente de cambio de la Providencia; pues, en efecto, cambiaba los bienes pasajeros por los bienes eternos. Su palabra resultó tan eficaz que la colecta alcanzó la bonita cantidad de más de cuatro mil francos.

Terminada la ceremonia, don Bosco volvió a casa del conde de Montigny, que celebró en su honor una espléndida cena con unos treinta convidados, todos ellos bienhechores insignes de las casas de Niza y Lille. A los postres, después de expresar su gran satisfacción por tener a don Bosco en su mesa, entre tan selecta corona de amigos, y narrar de qué manera el orfanato de San Gabriel en Lille había pasado a manos del Santo, siguió diciendo:

—Hace catorce meses que aquella casa está en manos de los Salesianos y hoy aquí, a punto de volver a mi ciudad, tengo la dicha de decir a don Bosco ante tan distinguidos señores, que nosotros estamos agradecidísimos por el bien que ha hecho a la juventud de Francia y, particularmente, a la de Lille.

Le respondió el Santo y, después de describir su primer encuentro con el conde de Montigny en Niza y referir la magnífica recepción que le habían tributado el año anterior en la «Roma del Norte», alabó la caridad de los franceses en favor de sus obras y puso de relieve el interés general de la ciudad de Lille por la casa de San Gabriel; se detuvo un instante y, después, siguió diciendo:

—Su gran caridad invadía mi corazón y no sabía cómo podría atestiguar mi gratitud. Expuse con toda sencillez al Padre Santo en mi último viaje a Roma lo que había visto y hecho en aquella ciudad tan cristiana, y el Papa, que conoce muy bien la caridad de los católicos de Lille y su cariño a la Santa Sede, quiso dar a aquellos fervientes católicos y, en particular, a los **[423]** bienhechores de nuestras obras un testimonio de su paternal benevolencia, concediendo al que fue el primero en llamarnos allí y que sigue siendo siempre nuestro más valioso colaborador, al señor Alfredo de Montigny, el título de *Conde*

Romano, honor transmisible a sus descendientes, y prueba imperecedera del amor que tiene el Padre Santo a las obras católicas de caridad.

Dicho esto, le entregó en sus propias manos el Breve pontificio. Los comensales felicitaron cordialmente al nuevo Conde, aclamaron la soberana bondad del Sumo Pontífice e hicieron fervientes votos por la recuperación de la salud de don Bosco y la prosperidad de sus caritativas empresas. Cuando el Santo regresó a casa, eran más de las once de la noche. Se caía de cansancio.

Los lectores conocen suficientemente las vicisitudes, que precedieron a la concesión de ésta y otras condecoraciones pontificias. Añadiremos aquí únicamente que el Breve para el conde de Montigny estaba en Turín un mes antes y que don Bosco lo había enviado a don José Ronchail, para que se lo entregase solemnemente, acompañando el envío con esta carta.

Muy querido Ronchail:

Por fin terminó la anhelada negociación para el Conde de Montigny. Aquí tienes el Breve, que ha ido dando vueltas por Roma y que costó las tasas establecidas y otras que no lo eran tanto; pero ya ha terminado todo.

Si este señor está todavía en Niza, hay que prepararle y celebrar una bonita fiesta. Si ya está en Lille, ponte de acuerdo con su hermana.

Recuerda que todo fue en atención a la iglesia del Sagrado Corazón de Turín en Roma.

Mi salud va mejor, pero aún no he podido salir de casa; por lo que no es seguro mi viaje a Niza.

Encomiéndame a todos nuestros cooperadores, diles que rezo mucho por ellos y que trabajo por el Padre Santo, esto es, por el hospicio y la iglesia del Sagrado Corazón.

Cuéntame muchas cosas. Quiéreme en el Señor y que Dios nos bendiga a todos.

Turín, 24 de febrero de 1885

Afmo.,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[424] Aquel Director prefirió aplazarlo, aguardando la llegada de don Bosco, para que el acto de la entrega resultase más solemne y agradable.

A la misa del día veintisiete, asistieron muchos señores. Cuando éstos se marcharon, comenzó un continuo ir y venir de coches que llevaban a damas y señores de Niza o forasteros residentes en la ciudad. La antecámara no quedaba vacía nunca. Iban a dar gracias por favores recibidos o a pedir la obtención de otros y entregaban limos-

nas. Al salir de la habitación de don Bosco, llevaban la alegría pintada en el rostro.

«He visto a una señora, escribe Viglietti, salir de la audiencia de don Bosco completamente radiante de alegría y, cosa que ciertamente no se avenía con su edad, saltaba a brincos recorriendo el patio».

Le visitaron entre otros la madrastra del Príncipe Czartoryski y el señor Harmel.

Hacia las cinco de la tarde llegó toda una familia de Cannes, compuesta por siete u ocho personas. Llevaban una niña maltrecha, tullida y jorobada y suplicaban una bendición para ella. Cuando don Bosco terminó de pronunciar la fórmula, todos rompieron a llorar y decían entre sollozos que la muchacha estaba curada. En efecto, se marchó con sus parientes, sin apoyo de nadie y plenamente enderezada. Don Bosco se quejaba de estas curaciones repentinas, y decía que se alegraba cuando la gracia venía después de un triduo o una novena.

Este año no abundaban las limosnas; veíase, como siempre, el buen corazón y no faltaba la generosidad, pero ésta era relativa, porque escaseaba el dinero con motivo de la crisis económica. Así hubo un señor que, después de ayudar la misa a don Bosco el día veintiséis, se excusó porque aquella vez, debido a la escasez de la cosecha, tenía que reducir a sólo trescientos francos su contribución anual. Años atrás no le llevaba menos de mil, que representaban el diez por ciento de sus entradas, como había prometido unos años antes por una gracia recibida: se encontraba don Bosco en La Navarre; aquel señor había llevado allí, con dificultad, a su mujer ya desahuciada por los médicos **[425]** y quedó instantáneamente curada, al darle don Bosco la bendición. Fiel al voto hecho, hubiera querido también estar siempre en condiciones de ayudar con largueza al Hombre de Dios.

Dicha señora fue al día siguiente con el marido para recomendar a su madre que, por todos los indicios, estaba ya con un pie en la sepultura. Don Bosco les dio la bendición llevando el pensamiento también a la enferma; pues bien, antes de anochecer, un telegrama les anunciaba la curación, efectuada, como después se averiguó, en el preciso instante en que don Bosco daba la bendición.

Su oración benefició también a otro ausente. Un señor de Niza padecía de insomnio hacía unos meses y estaba sumido en la más desconsoladora desesperación. A petición de sus parientes, don Bosco celebró por él la misa del día treinta. Y, aquel mismo día, el enfermo durmió cuatro horas seguidas.

No podemos pasar por alto algunas gracias espirituales. Fue recomendado al Santo un joven, que se burlaba de él y de los Salesianos y,

lo que es peor, se mofaba también de la religión. Llevaba haciéndolo varios años con gran disgusto de los familiares. Aún no habían transcurrido cuatro días después de la recomendación, cuando volvieron a decirle que, después de su bendición, aquel descarriado había sentado la cabeza y había ido espontáneamente a confesarse.

El domingo día veintiocho, don Bosco celebró la misa en la capillita de las Hijas de María Auxiliadora; se la ayudó un muchacho de once años, hijo del ingeniero Levrot, muy amigo de nuestro Santo. Había asistido a ella un grupo de amigos íntimos y, entre ellos, el padre del monaguillo. Todos aguardaron después al celebrante, con quien hicieron tertulia en un saloncito contiguo. Don Bosco, sentado en un sillón de brazos, preguntaba, escuchaba y contestaba. De repente volvió la cabeza a uno y otro lado, como si buscase a alguien. Levrot le preguntó qué deseaba. El calló. Pero repitió el gesto otras dos veces. A la tercera, interpelado de nuevo por el mismo, preguntó don Bosco:

—¿Y dónde está León?

León era el nombre de su hijo, que se encontraba en el patio con sus hermanos y otros muchachos. Le llamaron en seguida. **[426]** Algo tímido se presentó al Santo, el cual, sin decir nada, lo hizo sentar a su derecha sobre un taburete, poniéndole la mano largo tiempo sobre la cabeza y sobre el hombro. Por último, al despedir a los presentes, repartió un recuerdo a cada uno; a Leoncito le dio una crucecita hecha con palma diciendo:

—Esta es para mi monaguillo.

Pero empleó la frase *enfant de choeur,* que el niño interpretó como *enfant de coeur.* Al oír la supuesta afectuosa expresión, éste se envaneció un instante, pero después ya no pensó en ella; es más, la olvidó completamente. Pero volvió a recordarla en el invierno de 1892, cuando un violento ataque de gripe y una obstinada hemorragia lo extenuaron de tal modo que se le prohibió todo esfuerzo y hasta cualquier lectura. Entonces fue cuando, de improviso, viniéronle a la memoria las palabras de don Bosco, interpretadas en su justo sentido y acompañadas por una resonancia interior, con la fuerza de una llamada y el valor de una previsión, por lo cual le pareció descubrir en ellas trazado su camino con seguridad. Esta fue la vocación del Salesiano don León Levrot y también la eficacia de una palabrita de don Bosco.

Aunque, por estar muy avanzada la estación primaveral, muchos forasteros habían vuelto ya a sus ciudades, seguía la afluencia de visitantes distinguidos, pues los había que llegaban de lejos y esperaban

horas y jornadas enteras, para poder hablarle. Vióse entre otros a la Duquesa de Parma y al Príncipe Czartoryski que acudía diariamente. Este hubiera querido oírle decir en términos explícitos que se hiciese Salesiano y, al punto, hubiera volado al Oratorio; pero don Bosco evitaba de intento pronunciarse.

Nada digamos de las cartas, que le seguían por doquiera y que, las más de las veces, contenían petición de oraciones. Hasta de Rusia le enviaba una mahometana una carta, escrita en buen francés, suplicando le impetrara la curación a un mahometano [1]; él mandó que le contestaran en la misma lengua, **[427]** el día veintiocho de marzo, agradeciendo su modesta ofrenda de tres rublos y prometiendo oraciones.

Se acercaban las fiestas de Pascua y el buen Padre, que no sabía apartar el pensamiento de Valdocco, quiso recibir de allí para el gran día un presente, que representase de manera sensible la comunión espiritual con la familia lejana. Escribía Viglietti a don Juan Bautista Lemoyne [2]: «Don Bosco me encarga explícitamente que le haga llegar a Marsella, para el domingo de Pascua, tres o cuatro panecillos del Oratorio».

Antes de trasladarse a Marsella, fue a Tolón, donde le esperaba con los brazos abiertos el conde Colle. Salió de Niza el día primero de abril. Faltaba poco para la partida, cuando se le presentaron tres señoras, una de las cuales padecía de vértigos, de suerte que no salía de casa hacía tiempo; estaba, además, baldada en todo su cuerpo, y tenía los brazos y las manos doblados y retorcidos como un ovillo. Sólo tenía libres las piernas. Quisieron la bendición de don Bosco, el cual, cediendo a sus ruegos, volvióse a la enferma y le dijo:

—Haga lo mismo que yo. Extienda los brazos hacia adelante, abra las manos y golpee una con otra, gritando: ¡Viva María!

—Pero, ...yo estoy enferma, contestó la mujer, y no puedo hacerlo.

—Ea, ea, obedezca, replicó don Bosco.

—No puedo, me duelen todos los miembros.

—Usted no tiene fe. Haga lo que le digo.

Entonces alargó ella los brazos, abrió los dedos y palmoteaba libremente gritando: ¡Viva María! Sus dos compañeras, fuera de sí por el estupor, no paraban de llorar.

Para animar a don Bosco a emprender el viaje a Tolón, el Conde

---

[1] Ap. Doc. núm. 64.

[2] Niza, 31 de marzo de 1885.

le había prometido una considerable cantidad para la iglesia del Sagrado Corazón y para las Misiones. «Su carta, habíale contestado el Santo [1], me obliga a dar un paseo hasta su casa, a pesar de mi delicada salud». Allí se fue, pues, acompañado únicamente por el secretario. La estación de Niza estaba abarrotada de damas y señores, **[428]** que habían acudido a despedirle. El conde de Montigny, que había retrasado el viaje a Lille, por el gusto de acompañarlo, le entregó unas botellas de sus excelentes vinos, para que le sirvieran de alivio en sus peregrinaciones. Subió con él al tren y estuvo a su lado hasta Tolón, donde se separaron con calurosas demostraciones de afecto, ya que él seguía viaje hacia el norte.

Don Bosco y el secretario creían que iban a encontrar al conde Colle en la estación; pero no había nadie. Don Pedro Perrot de La Navarre no le había avisado con tiempo. El pobre Viglietti pasó sus apuros. Llevaba bajo el brazo una gran palma del Domingo de Ramos para el Conde, un maletón en cada mano, dos gabanes sobre un hombro y apenas si podía andar. También don Bosco caminaba con dificultad; sin embargo, estaba de buen humor y reía. Se dirigían de esta manera hacia la casa del Conde, cuando los alcanzó la condesa Elena de Sampoulé con su coche; los mandó subir a los dos y los llevó al palacio de los señores Colle. El Conde y la Condesa quedaron atónitos al verlos; pero se deshicieron en seguida en cortesías con ternura imposible de describir. Sentáronse junto a él, felicísimos por verle y oírle hablar. Aquella misma tarde, le entregaron el dinero prometido.

El día dos de abril coincidía con el Jueves Santo: don Bosco fue aquella mañana a la catedral con el Conde y con Viglietti para cumplir el precepto pascual. A lo largo del camino la gente se paraba para mirarlo. La calle, la subida al presbiterio y las genuflexiones acabaron con sus fuerzas. Después de la misa, cuando se encaminaba hacia la puerta para salir, los que estaban más cerca de él se agolparon a su alrededor. Se corrió la voz y, en pocos minutos, una muchedumbre lo rodeó al pie de la escalinata, arrodillándose, gritando y llorando, con gran molestia para los sacerdotes, que continuaban sus ceremonias. Para librarse y salir, tuvo que impartir su bendición. Viglietti escribe: «Por las calles se arremolina la gente; nadie pasa sin detenerse y observar curiosamente a don Bosco. Se preguntan unos a otros si es realmente él. Todos quedan como prendados **[429]** de su persona. Conmueve verlo, ya un poco encorvado, ayudarse con su bastoncito.

[1] Turín, 3 de marzo de 1885.

Tiene, además, una mirada tan penetrante que hay en él algo de extraordinario».

Desde el silencioso remanso de la casa Colle, su pensamiento iba al Oratorio y volvía a ver a éste o a aquél, a cada uno con sus peculiares características. Así hizo que su secretario escribiera a don Juan Bautista Lemoyne, gran consumidor de hortalizas: «Don Bosco ha sabido hoy, por medio de don José Lazzero, que usted saborea, mejor devora (son palabras de don José Lazzero), las verduras llegadas desde Sampierdarena; y esto le alegra mucho; es más, dijo que esta mañana, al salir se topó con un cesto de magníficos tomates y su pensamiento corrió al punto hasta don Juan Bautista Lemoyne». Y le hizo escribir otra al mismo don José Lazzero, el gran tenor del Oratorio y hombre de candorosa sencillez: «Don Bosco me encarga que conteste a la graciosa carta de don José Lazzero, cuya lectura cortó más de una vez con exclamaciones de admiración. Dice, por ejemplo, que don José Lazzero se ha vuelto *ampuloso* en su estilo, elegante y hasta enfático. Y a cierto punto: "¿Y si desapareciese de la escena de este mundo don José Lazzero?". Don Bosco se interrumpió y dijo: —¿Quién cantaría?».

Aquel día llegó a Roma la Providencia en su socorro de una manera prodigiosa. Don Francisco Dalmazzo había escrito a Turín que le enviasen dinero, porque, el sábado santo, tenía que pagar doce mil liras. El Banco Tiberino, que ya le había entregado ochenta mil sin hipoteca, se negaba a darle más. Pues bien, el jueves santo al mediodía, fue llamado a la portería por una señora que le era muy conocida y a la que siempre había recurrido inútilmente, la condesa de Stacpoole. Mandó a decirla que le permitiese acabar de comer, pero ella contestó que acudiera en seguida. Así que llegó, le dijo que llevaba una cantidad para entregársela urgentemente porque le interesaba mucho hacerlo en el día de la institución de la Santísima Eucaristía. Don Francisco Dalmazzo esperaba cuando más un billete de cien liras, y, en cambio y con gran sorpresa, recibió un paquete de cincuenta billetes de a mil del Banco Nacional. **[430]** Olvidó la comida, corrió al Banco Tiberino y allí empezó a insistir para que le facilitaran dinero dentro de la semana. Pero el tesorero se disculpaba, diciéndole que incluso se había telegrafiado oficialmente al Director Caranti, a Turín, y que la respuesta había sido negativa; que era, por tanto, imposible obrar de otra manera.

—Y si yo hiciera un depósito, replicó don Francisco Dalmazzo, ¿podría venir a retirar una parte del mismo?

—Y todo también, contestó el empleado.

—No lo necesito.

Y le entregó las cincuenta mil liras. «No puedo expresar, depone él en los procesos, la sorpresa del tesorero señor Angelois en aquel instante. Sólo recuerdo que exclamó:

»—A don Bosco le llueven verdaderamente los dineros del cielo».

El viernes santo anduvo por Turín el nombre de don Bosco, extrañamente asociado con el de un glorioso difunto. Había muerto en Nápoles el lunes por la mañana el padre Ludovico de Casoria, apóstol de la caridad y fundador de los Frailes Grises. La misma prensa anticlerical ensalzó sus méritos. Ahora bien, en la *Gazzetta di Torino,* del tres de abril, hubo un corresponsal que, después de cantar las alabanzas del difunto, quizás para no desmerecer del espíritu del periódico, prorrumpía en esta desvergonzada afirmación:

«La Iglesia, que santifica a los perezosos y sucios Labre, a buen seguro que no se dará por enterada de este santo». El Director habría podido muy bien suprimir la insulsa digresión, pero la dejó pasar; sin embargo, se creyó en el deber de añadir un correctivo y creyó encontrarlo en un elogio a don Bosco; elogio que, si en realidad no corregía nada, adquiere con todo para nosotros un valor especial, por proceder *ex inimicis nostris* (de nuestros enemigos). Añadía al mezquino período la siguiente nota: «Precisa decir que, en Turín, tenemos en una esfera más elevada y más extensa a todo un don Bosco, que ha hecho y hace milagros en favor de la humanidad doliente y de la niñez indigente; también él es un simple sacerdote y nunca ha solicitado ni aceptado siquiera honores y grandezas».

El sábado santo dijo don Bosco la misa en el salón **[431]** del Conde que, ayudado por su señora, lo había convertido en capilla, colocando en él el altar. Asistieron a ella muchos señores y señoras y se la ayudaron don Francisco Cerruti, que llegó la tarde anterior, y Viglietti. Casi todos recibieron de sus manos la santa comunión. Durante la comida don Bosco ordenó a don Francisco Cerruti que compusiera un elegante epígrafe para esculpirlo en una lápida de mármol, que se colocaría en la iglesia del Sagrado Corazón para perpetuar el recuerdo de los generosos donativos del Conde [1].

En las primeras horas de la tarde de aquel día, se despidió de los condes Colle y salió para Marsella, adonde llegó a las seis y fue recibido entre entusiastas aclamaciones por los muchachos, que hicieron en

[1] Cumplióse la intención del Santo más tarde, en 1893, con la inscripción latina, que hemos consignado en el volumen XV, pág. 116, en la nota.

su honor una graciosa veladita [1]. Nunca se había celebrado en el oratorio de San León una Pascua tan alegre.

Aquel día le llegaron a don Bosco dos cartas. Una era de la citada condesa Stacpoole, comunicándole que tenía preparadas las cincuenta mil liras. Don Bosco le contestó:

Benemérita señora Condesa:

Estoy convencido de que V. S. Benemérita hizo una preciosa obra sin conocer tal vez su valor y magnitud; gracias a ella, existe la casa de París; gracias a ella, se levantará una iglesia entre los salvajes, y las almas que en ella se salvarán serán fruto de su caridad.

Para su comodidad, puede usted entregar la cantidad de cincuenta mil francos en manos de don Francisco Dalmazzo, nuestro Procurador General, quien hará lo que precisa para el cumplimiento de esta gestión.

El Señor esté siempre con usted y la Santísima Virgen la traiga a hacernos una visita en la casa de Turín, donde se reza cada día por usted ante el altar de María Auxiliadora.

Dígnese también rezar por mí, siempre suyo en J. C.

Marsella, 5 de abril de 1885

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[432] Acababa de enviar esta respuesta, cuando llegó otra carta de don Francisco Dalmazzo, dándole la noticia de las cincuenta mil liras ya entregadas. Volvió a tomar la pluma el Santo y escribió de nuevo a la Condesa:

A la señora Condesa de Stacpoole-Roma:

No puede ciertamente imaginar V. S. Ilma. la alegría que ha dado a mi corazón el generoso donativo de cincuenta mil liras que usted hace en favor de nuestros misioneros de Patagonia. Se lo agradezco de corazón y le prometo que la iglesia, que ya se está construyendo entre aquellos salvajes, se dedicará al *Santísimo Sacramento,* como usted desea precisamente.

Además, es mi intención que todas las misas, comuniones y prácticas religiosas que se celebrarán en este sagrado edificio sean ofrecidas a Dios de una manera particular, según su piadosa intención; y nunca se olvidarán los Salesianos de usted en las oraciones comunitarias y privadas.

He escrito en este sentido a monseñor Juan Cagliero, Obispo de la vastísima y dificilísima diócesis de Patagones.

Que Dios la bendiga y María Auxiliadora la proteja y guía en todos los peligros de la vida.

Créame, con el debido respeto y con la más profunda gratitud,

Marsella, 5 de abril de 1885

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[2] Se leyeron, en nombre de los Salesianos y de los alumnos, dos saludos muy afectuosos (Ap. Doc. núm.65).

La cantidad según la intención de la donante estaba destinada, como se ve, a otros fines distintos de las obras de la iglesia del Sagrado Corazón; pero su voluntad no comportaba una ejecución inmediata; el empleo de aquel dinero en Roma permitiría más adelante emplear otra cantidad equivalente según la intención de la Condesa. Pero se dio en seguida noticia de ello a monseñor Cagliero, el cual escribió en seguida a la Condesa dándole las gracias [1].

Don Bosco había llevado consigo tarjetas de visita, impresas en el Oratorio, en francés, para presentar saludos, ofrecer oraciones e invocar bendiciones. El día de Pascua **[433]** envió una a la señora Prat, comunicándole que el segundo día de Pascua celebraría la misa según su intención [2]. Aquella gran bienhechora que, sin conocer todavía personalmente a don Bosco, se había percatado de su santidad mientras él celebraba [3], no podía desear un don más precioso.

Las fiestas pascuales espaciaron las visitas y proporcionaron a don Bosco algún alivio. Lo necesitaba mucho. «La salud de don Bosco es muy mediana, escribía el secretario; tiene algo de tos y dolor de cabeza». Y, más adelante, decía: «La caridad de don Bosco, que no tiene límites, por así decir, hace que se encuentre extraordinariamente cansado. Hace unos días que parece más encorvado» [4].

Una de las primeras visitas fue la de la señora Baroni, que el año anterior le había presentado una hija suya desahuciada por los médicos, víctima de tuberculosis incurable y de epilepsia; pero, después de la bendición de don Bosco, había comenzado una progresiva mejoría, que no se interrumpió hasta la completa curación. Venía, pues, la madre para darle las gracias.

En la noche del día seis tuvo un sueño.

Le pareció estar conversando con un grupo de Salesianos cuando he aquí que se acercó y se introdujo en el corro una hermosísima doncella vestida de blanco y de singular modestia. Al verla, Don Bosco se turbó; después, dirigiéndose a ella le hizo comprender que aquél no era su sitio y que, por tanto, debía alejarse de allí. Ella, riendo y bromeando se alejó para reaparecer de allí a poco. Entonces don Bosco,

---

[1] Carta de monseñor Cagliero a don José Lazzero, Buenos Aires, 15 de junio de 1885.

[2] «*Caritativa Señora Prat.* El reverendo Juan Bosco le saluda respetuosamente, ruega y hace rogar a sus huérfanos por usted y según sus intenciones, e implora para usted y los suyos las mejores bendiciones del cielo. *Se considera feliz, al celebrar la santa misa por usted en la iglesia de nuestro orfanato, mañana día 6 de abril de 1885, a las ocho.*

[3] Véase Vol. XIII, pág. 454.

[4] Cartas a don Miguel Rúa, 5, y al padre Febbraro 6 de abril. A este último le enviaba una cartita de don Bosco, diciéndole: «Le envío un precioso documento, prenda del gran afecto que le tiene nuestro querido padre. Me encargó que mirase si había alguna falta; pero creo que, aun cuando las hubiera, sería sacrílega mi mano, si quisiese tocar estos santos caracteres».

acercándose **[434]** a ella, le ordenó imperiosamente que se marchase. Y dicho esto se despertó.

La noche siguiente, apenas se hubo dormido se encontró delante de un campo sin cultivar. Al encaminarse por él volvió a ver a la doncella que le entregó una sierra, diciéndole que, para dejar expedito el sendero, había que cortar la hierba que dificultaba el paso. El echó mano a la sierra y la empleaba riendo, pero el camino continuaba en igual estado.

La tercera noche se le presentó la doncella que le dijo:

—Los Superiores deben estar de acuerdo siempre entre sí y no diferir nunca la corrección cuando la crean necesaria.

El santo contó inmediatamente a Viglietti este triple sueño, dándole la explicación unos días después. La hierba que ocupaba el sendero eran los libros malos, las malas conversaciones y todo aquello que pude servir de obstáculo al servicio de Dios y a la salvación de las almas. En esto, dijo, estriba la ciencia del Director y de los demás Superiores: en saber quitar de delante de los jóvenes estas hierbas venenosas. Y no es cosa tan fácil prevenir, descubrir y cortar. Es un trabajo de sierra y no de hoz, pues se encuentran con frecuencia grandes zarzales y troncos disecados. La unión, pues, entre los Superiores y las correcciones hechas a tiempo, si no consiguen impedir todo el mal, evitarán que el campo se llene de abrojos.

Aceptó algunas veces, aunque a disgusto, invitaciones para banquetes. El día siete fue con Viglietti a casa de la señora Broquier. Paseando con ella por el jardín, se paró ante un arriate de flores, cortó una siempreviva y ofreciéndosela a la señora, le dijo:

—Aquí tiene una flor; es un pensamiento.

—¿Qué pensamiento?

—El de la eternidad. Es un pensamiento que no hemos de perder nunca de vista. Todo lo que hagamos y digamos debe estar encaminado siempre a este fin. Todo pasa en este **[435]** mundo; sólo la eternidad dura y no acabará nunca. Hagamos que nuestra eternidad sea feliz y colmada de todo bien.

Al día siguiente, fueron a casa de los señores Olive. ¡Qué familia más buena era aquélla! Tenían nueve hijos. A pesar de una prole tan numerosa, el padre daba abundantes y generosas limosnas.

En aquel cristiano hogar, todos veneraban a don Bosco como a un santo. Mientras se esperaba en un magnífico salón la hora de la comida, el señor Olive atendía a don Bosco y la señora se entretenía por detrás en recoger de sus espaldas los cabellos que le habían caído; pero, no satisfecha con ello, fue a buscar un par de tijeras, y rizo tras rizo, diestramente, convencida de que no se daba cuenta de la indiscreción, casi le rapó la nuca. Don Bosco, con la cara colorada, fingía estar muy interesado en la conversación con el señor, para no abochornar a la señora.

Después de la comida, los hijos, uno a uno hicieron con don Bos-

co el examen de su propia vocación. Dijo después el Santo que allí se habría podido formar una casa salesiana; los hijos querían ser todos Salesianos y las hijas Hermanas de María Auxiliadora.

Al ir a marcharse, no se encontraba el sombrero de don Bosco. Después de buscarlo por todas partes, se acabó por echar la culpa a don Pablo Albera, que se había marchado antes. Apareció después un hermoso sombrero nuevo.

—Pero éste no es el mío, dijo don Bosco.

—Sí, sí; es éste, póngaselo, contestó la señora, autora de la treta. Cúbrase porque, de otro modo, se enfriará y se pondrá malo.

—Esto es demasiado, susurró a don Francisco Cerruti con el rostro encendido y casi llorando.

—Tenga paciencia, murmuró don Francisco Cerruti. Mientras sea usted don Bosco, es preciso que se resigne también a esto.

—Tienes razón, concluyó el Santo, ¡paciencia! todo sea por amor de Dios.

Así dejó don Bosco aquella afortunada casa, mas no sin que antes le diera el señor Olive una generosa limosna. **[436]** Don Bosco llamaba a la familia Olive la de la olla o del *padrenuestro, avemaría y gloria* a don Bosco, aludiendo al hecho que ya hemos narrado más atrás [1].

El día nueve fue a comer en casa del conde de Villeneuve. Había muchos invitados y reinó entre ellos la más franca alegría, mantenida por los donaires de don Bosco. Hablando de la lotería dijo que a veces iban a él algunos a preguntarle a qué números debían jugar y que él reía y les contestaba:

—¡Amigos míos, si yo supiera estos números, sería el primero en jugarlos!

Contó después que, en una ocasión, para librarse de ciertos importunos, escribió sobre un billete: *Fe, Esperanza, Caridad,* y se lo entregó doblado, recomendándoles que no lo abriesen hasta después de pasar un determinado tiempo, que ellos cumplieron. Cuando fueron a buscar en la lista de los números premiados vieron que los correspondientes a las tres virtudes teologales habían sido favorecidos por la suerte y tornaron a él para darle una discreta limosna.

Al volver a San León, se encontró allí con una señora que le presentaba un hermoso niño. Nadie hubiera jamás imaginado que era el mismo que el año anterior le había llevado la madre, completamen-

[1] Véase más atrás págs. 57-58.

te tullido y que, después de la bendición de María Auxiliadora, había curado instantáneamente.

Pasó gran parte del día diez en el noviciado de Santa Margarita. Aquellos jóvenes, que aún no vestían sotana, le recibieron con inmenso regocijo. Aceptó un breve acto académico que le habían preparado; se lo agradeció como un padre sabe hacerlo y les prometió un paseo a Turín para ver la iglesia de María Auxiliadora y el noviciado de San Benigno, una vez que hubiesen tomado los hábitos. La emoción le cortó la palabra varias veces, y rodaron por sus mejillas gruesas lágrimas. Después de la comida, se llenó la casa de forasteros. Llegó también en coche una hidrópica paralítica que dos personas llevaron en vilo dentro de casa. Don Bosco la bendijo y luego le dijo:

—Ea, intente caminar un poco.

Y ella, que hacía años no podía moverse, caminó por sí sola de una a otra parte de la habitación; **[437]** salió después por sus propios pies, apoyándose todavía en un bastón que le ofrecieron. Los que la habían llevado alababan a Dios y lloraban. Don Bosco dijo a Viglietti:

—Le habría podido decir: —Ea, arroje ese bastón y vaya a trabajar, pero un hecho semejante habría llamado demasiado la atención.

Encontramos en la crónica el recuerdo de unas palabras y de un hecho, con fecha del día once. Fue en el comedor de San León y delante del célebre abogado Roland, cuando repitió unas palabras, que ya había dicho en otra ocasión [1].

—El año pasado, dijo, esperando que el cólera hiciese algún bien a las almas, di como antídoto la medalla de María Auxiliadora; pero el efecto fue muy distinto del que esperaba. En las ciudades no anduvieron mejor las cosas; al contrario, mucho peor. Por consiguiente, no sé si este año podré hacer lo mismo.

Estas palabras encerraban también un siniestro presagio, que debía cumplirse, a saber, la repetición del contagio.

Salidos los comensales, se adelantó una señora con su hija. El año 1884 había ido don Bosco a bendecir a la niña, que padecía terriblemente de los nervios y tenía las piernas tan arqueadas que no podía dar un paso. Después de recibir la bendición, desaparecieron los dolores y luego caminaba derecha y gallardamente con gran sorpresa de los que la conocían.

Desde el día de su llegada a Marsella, no había podido el Santo saludar personalmente al Obispo. Fue, pues, a visitarle el día doce por la mañana. Ante su gran bondad y cortesía, se lamentó Monseñor de

[1] Véase más atrás págs. 211-212.

que, a pesar de sus achaques, se le hubiese anticipado ya que él tenía intención de ir a verle en San León. Se ofreció, mientras tanto para todo y prometió asistir a la reunión de los Cooperadores y hablar en ella. Dignóse, asimismo, pedir noticias detalladas de la Congregación y quiso informarse de algunos Socios en particular, como por ejemplo de don Celestino Durando.

Al mediodía ocurrióle a don Bosco un caso curioso. Aquella **[438]** semana le había visitado una joven, que, aun cuando parecía de familia acomodada a juzgar por el vestido, sin embargo, no sabía cómo ganarse la vida, pues nadie la quería en su casa por estar afectada de cierta enfermedad. Don Bosco la bendijo y la despidió. Invitado a comer en casa de la familia Martín, se encontró de pronto en el umbral de la puerta con dicha joven la cual, en un ímpetu de agradecimiento, se echó a sus pies. ¿Qué había sucedido? Después de la bendición, se había sentido libre de su mal y, a pocos pasos de la casa de San León, un caballero la había detenido para preguntarle si quería ir de criada a su casa. Aquel caballero era precisamente el señor Martín.

En casa de esta misma familia, se volvió a encontrar con una señorita que actuaba de institutriz, a quien, el año anterior, bendijo y curó de una grave enfermedad.

Está fechada el día doce una afectuosa cartita a don Juan Bautista Francesia, que era, según la reciente reestructuración, Director de los estudiantes en el Oratorio. Debía tener sus molestias y, sin duda, se había desahogado con don Bosco, el cual tomó la pluma para serenar su espíritu.

Mi querido Francesia:

No puedo escribir a otros, pero sí una palabra al menos para Francesia, la niña de mis ojos.

Ante todo, procura no crearte penas y molestias donde no las hay; y, si las encuentras, tómalas como venidas de la mano del Señor.

Di a nuestros queridos muchachos y hermanos que trabajo por ellos, que mi último aliento será para ellos y que recen por mí; que sean buenos y huyan del pecado, a fin de que todos podamos salvarnos eternamente. ¡Todos! *Que Dieu nous bénisse et que la Sainte Vierge nous protège* (Que Dios nos bendiga y que la Santísima Virgen nos proteja).

Marsella, a 2 de abril de 1885

Afectísimo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

El día trece ofreció don Bosco una comida... diplomática. Asistieron los condes Colle, el comendador Rostand, presidente de la Socie-

dad Beaujour, el señor Bergasse y otros más. En el **[439]** brindis final, dirigióse don Bosco especialmente al señor Bergasse, manifestándole su alegría por la preciosa visita que le hacía, agradeciéndole su inagotable caridad con los Salesianos y presentándole a sus dos mayores bienhechores, los condes Colle; recomendó después a su alta protección la obra salesiana e invocó sobre él las bendiciones y los premios celestiales. «Es de notar, observaba Viglietti, que don Bosco, cuando habla así sin prepararse, a veces mal y con errores, causa más impresión que cuando se ha preparado».

El conde Colle se excusó de los elogios tributados a su persona y dijo que el poder servir y ayudar a don Bosco era una de las mayores suertes que se podían tener. Habló después el señor Bergasse. Poseía una elocuencia natural, sencilla y arrolladora. Declaró con cuánto gusto hacía todos los esfuerzos posibles para cooperar al bien realizado por los Salesianos, pero añadió que en esto era ayudado por las Sociedades, que estaban bajo su presidencia y daba prueba de ello, ofreciendo a don Bosco seiscientos francos en nombre de la Refinería de azúcares. Habló del dolor que experimentaba su corazón, al ver la ruina en que se hundía la sociedad contemporánea, y ensalzó el celo de don Bosco, enviado por la Providencia para remediar poderosamente tantos males. Su amor a don Bosco lo arrebató de tal modo que arrancó aplausos y lágrimas.

Pero no había terminado. Pasó después a alabar la educación que daban los Salesianos a la juventud, recogida por plazas y calles, y citó periódicos que elogiaban a los alumnos de los Salesianos, porque aquellos muchachos hacían amar a la Iglesia y sus funciones con cantos de paraíso y ceremonias ejecutadas a la perfección.

—Estos muchachos, siguió diciendo, son queridos y admirados por todos. El párroco de San José se hace lenguas de ellos públicamente desde el púlpito, los elogian Marsella y Francia y bien merecen ser queridos. Los muchachos de esta casa aprecian sobremanera el canto llano, e incluso lo prefieren a la música. Basta oírles cantar... ¡qué bien cantan! **[440]** Basta verlos en la iglesia respetuosos, modestos, disciplinados, para decir: ¡Estos son los hijos de don Bosco! ¡Ah!, No es, por tanto, verdad que todo vaya francamente mal. ¡Tenemos a un don Bosco! Que Dios nos lo conserve aún por mucho tiempo, nos lo bendiga, nos lo haga prosperar. Francia y el mundo entero lo necesitan.

Don Bosco se alegró mucho al oír que sus jóvenes gozasen de tanto aprecio y que supieran hacer gustar el canto y las funciones sagradas. En cuanto al señor Bergasse, a quien ya hemos mencionado

varias veces en otros lugares, añadiremos que era una perla en el mundo católico de Francia. Teníanle como presidente casi todas las Sociedades católicas. Estaba siempre tan atareado que daba raras audiencias y raramente escribía; mas, por don Bosco, hubiera hecho cualquier sacrificio; le enviaba largas y frecuentes cartas y era feliz cuando podía estar a su lado.

Mientras tanto, la muchedumbre de visitantes crecía sin medida. Cuando el secretario veía las habitaciones y corredores llenos de gente, avisaba a don Bosco, hacía arrodillarse a todos y les decía que iban a recibir su bendición. Entonces salía don Bosco, dirigía una palabras a todos juntos, los bendecía y les daba una medalla. Una aglomeración continua le asediaba. «Admiro en don Bosco, notaba Viglietti en su diario, una habilidad extraordinaria para ocultar sus propios males.

»Sufre, a veces, graves dolores y, si sufre al exterior por ello y forzosamente se hace manifiesto su mal, ríe y dice:

»—No es nada. Es que don Bosco anda falto de dinero.

»Por otra parte tiene un desapego del dinero que es maravilloso. Una vez que lo adquiere con tantos sudores, con tanto trabajo, lo reparte contento siempre a las casas». También el abate Guiol había puesto de relieve el año anterior que, al acabar sus más laboriosas jornadas, se limitaba a decir:

—Estoy cansado [1].

Parecía olvidarse de sí mismo y preocuparse únicamente por los demás. «Me dice, escribía a don Juan Bautista Lemoyne el mismo secretario, que dé muchos saludos a don Juan Bonetti, que agradece a usted los panecillos y le recomienda que se cuide mucho» [2]. Eran los panecillos del Oratorio para Pascua.

[441] Las invitaciones para ir a comer se sucedían una a otra. El día catorce le esperaba la familia Gavotti. Al entrar en el salón y ver tanto lujo, dijo a los que le acompañaban:

—Habría que escribir sobre esta puerta: Aquí no entra la pobreza.

El conde Colle, que todavía no se había marchado, le prometió que, si volvía a pasar por Tolón, le regalaría otros veinte mil francos, además de que también destinaría una buena cantidad a La Navarre para acabar allí las obras. No hay que pasar por alto que la Condesa, tan rica como noble, estimulaba continuamente al marido a ser generoso con don Bosco, a quien quería con amor de madre. Efectivamente, él mismo se firmaba en sus cartas siempre «su afmo. hijo».

---

[1] Actas, 20 de febrero de 1885.

[2] Carta, 13 de abril de 1885.

La víspera de la salida cenó el Conde con la comunidad. Resultó curioso que después de servirle a la mesa cuatro huevos, sólo el quinto fuera aceptable. Todos quedaron avergonzadísimos. A la mañana siguiente, mandó el Conde llamar a don Pablo Albera, todavía lleno de confusión por su mala cocina, y le dijo:

—Tenga, estos cien francos son por el primer huevo, estos otros cien por el segundo...

Y así contó hasta los quinientos.

También don Bosco bromeó un poco aquella mañana. Una mujer muy apesadumbrada le suplicaba que la bendijera, porque su marido la apaleaba.

—Pero, si yo la bendigo a usted, le contestó, bendigo también los garrotazos que pesan sobre sus espaldas y, por tanto, se multiplicarán.

Riéronse los presentes y el Santo la despidió animándola a rezar, tener paciencia y a no contestar cuando su marido se encolerizaba.

El día quince de abril cenó con don Bosco el óptimo abogado Michel, que regresaba de su tercer viaje alrededor del mundo [1]. La conversación se desarrolló sobre el naturalismo a lo pagano de naciones, en otro tiempo, muy cristianas; pero se habló especialmente de ciertos católicos intelectuales, que hablaban muy bien de la religión, **[442]** e, incluso, observaban sus prácticas exteriores, mas sin cuidarse de practicar lo más esencial; *católicos,* como entonces se decía, *teóricos y no practicantes.* Don Bosco preguntó al abogado:

—¿Cuál cree usted que es la causa de tamaña aberración? ¿Cuál el origen de mal tan grande?

Michel dio explicaciones algo accesorias y el Santo replicó:

—No, no, mi buen abogado. La causa del mal es una sola: la educación pagana, que suele darse en las escuelas. Apoyada toda ella sobre la base de clásicos paganos, empapada de máximas y sentencias paganas, impartida con método pagano; hoy, cuando la escuela lo es todo, esta educación no formará nunca verdaderos cristianos. He luchado toda mi vida contra esta perversa educación, que vicia la mente y el corazón de la juventud; siempre fue mi ideal reformarla sobre bases netamente cristianas. Por esto, he emprendido la publicación expurgada de los clásicos latinos profanos más empleados en las escuelas; por esto, he comenzado la publicación de escritores latinos

---

[1] Las *Lecturas Católicas* de 1877 publicaron la obra de E. Michel: *La vuelta al mundo en doscientos cuarenta días,* en cuatro números dobles (I. Canadá y Estados Unidos.— II. Japón.— III. China.— IV. Indostán).

cristianos. Me he esmerado en ello con muchas advertencias dadas a los Directores, maestros y asistentes salesianos. Y, ahora, ya viejo y casi sin tenerme en pie, me muero con la pena de no haber sido suficientemente comprendido.

Al hablar así, escribe don Francisco Cerruti, que estaba sentado a su lado, su palabra tenía un acento, «lleno de suavidad e intrepidez» [1].

El día dieciséis asistió don Bosco a la reunión de la Comisión de señoras en casa del párroco Guiol. Fue una simple reunión, no una sesión normal, como otras veces; tanto es así que no se levantó acta: en lugar de la acostumbrada relación, se hizo en esta ocasión una simple mención con fecha del quince de mayo, cuando don Bosco ya estaba en Turín. Pero es una alusión significativa, que dice así: «Las esperanzas de nuestra última reunión por ver a don Bosco entre nosotras se han cumplido y la Comisión ha tenido la gran satisfacción de verle presidiendo una sesión, recogiendo de ella las pocas palabras, cuyo número pudo disminuir su escasa salud, pero no mermar su preciosa eficacia; **[443]** al contrario, esa brevedad es un motivo más para nuestra piadosa gratitud y profunda veneración. Don Bosco llegó a nosotras agotado de fuerzas, como consecuencia de su celo apostólico, más que de la edad o de la enfermedad. Parecía por sus palabras que no abrigaba la esperanza de volver a Marsella y así lo hacía temer su estado; pero las previsiones humanas están afortunadamente sujetas a ser modificadas por la Providencia de Dios. Tampoco esperaba poder venir esta vez. Su presencia y sus consejos son tan necesarios que hemos de esperar de la Providencia divina la continuación de su asistencia, aunque por el momento parezca improbable. El señor Cura párroco recomienda que se rece mucho por la salud de don Bosco, a fin de que restableciéndose ésta, se prolongue su vida. Es un deber por muchas razones y es un deber muy dulce, pero hay que cumplirlo con fervor. Aunque la idea de rezar por un santo parece fuera de propósito y poco aceptable, es preciso pensar que está de por medio el bien de una obra grande y que se trata de seguir teniendo en la tierra un padre, cuya corona en el cielo ya está preparada».

El diario del clérigo Viglietti ha conservado las líneas generales de su breve discurso. Habló de la pobreza, tan deplorada en aquellos días; habló del bien, que ellas podían hacer recogiendo limosnas con las cuales mantener a tantos jóvenes que, junto con el pan material,

[1] *Ideas de don Bosco sobre la educación y la enseñanza y la misión actual de la escuela.* Dos cartas. San Benigno Canavese, 1886.

recibían el alimento del alma. Habló de las vocaciones al estado eclesiástico que, sofocadas durante tanto tiempo en el pasado, van reavivándose en las casas de educación abiertas por él en Francia. Consoló finalmente a todas con la promesa de sus oraciones y las de sus numerosos huerfanitos.

Fue a comer en casa de cierta familia, cuyo nombre dejó el secretario en blanco. Había en ella una enferma de los nervios que pasaba la vida tendida en una silla poltrona portátil. Después de la comida, pidió don Bosco que se la presentaran. La hizo levantarse, mas desgraciadamente, cuando estaba para echar a andar, los que la querían ayudar la hicieron tropezar, con tan mala suerte que la pobre se desmayó y estuvo así una hora. Durante este tiempo, don **[444]** Bosco visitó a otra enferma y volvió después a la desmayada, que ya había recobrado los sentidos. En casos como éste, solía decir:

—Hay que tener fe; sólo así se obtiene la gracia, siempre que no se oponga al bien del alma.

No podía dejar Marsella sin reunir a los Cooperadores, ya que, precisamente por aguardarle, habíase diferido la conferencia de San Francisco de Sales. Fueron convocados para las cuatro de la tarde del día diecisiete en la capilla del oratorio [1]. Tenía que hablar primero don Bosco, pero le aquejaba un fuerte dolor de cabeza. Don Carlos Viglietti, a quien se lo dijo, le propuso que se lo pasara a él.

—Bueno, pues sea así, contestó.

Y, al instante, le dio una tremenda jaqueca que, no pudiendo aguantarla, le obligó a echarse en cama. Después de la reunión, fue a verle el Santo, lo bendijo y desapareció todo dolor [2].

Presentóse, pues, a hablar y enterneció al auditorio con su voz senilmente fatigada, pero llena de afecto y, a veces, vibrante por la emoción.

—No subo al púlpito, dijo, para haceros un discurso, pues no me lo consiente la salud; el discurso será pronunciado por otra lengua más elocuente que la mía. Vengo sólo para agradecer primeramente a Dios y luego a los Cooperadores la caridad con mis huerfanitos, no interrumpida tampoco este año, aunque no hay quien no lamente miserias. La gratitud será eterna por mi parte, lo mismo que por la de los jóvenes patrocinados. Quién sabe si no será ésta la última vez que puedo encontrarme entre vosotros; pero, si Dios me llama a la eterni-

---

[1] Ap. Doc. núm. 66.

[2] El mismo don Carlos Viglietti se lo contó a don Esteban Trione. Don Federico Rivière hace mención del hecho en una pequeñísima crónica, que está en nuestros archivos.

dad, mi primer pensamiento, si Dios quiere recibirme con él en el cielo, será pedir a Jesús y a María y a todos los Santos, que bendigan y protejan a los que cooperan al bien de tantas almas.

Expuestos sumariamente estos conceptos, bajó del púlpito. Tomó entonces la palabra el Obispo, que hizo un espléndido elogio de don Bosco, llamándolo santo. En la colecta se obtuvieron setencientos francos; pero, según costumbre, **[445]** hubo muchos donativos particulares. Don Bosco mismo pasó el cepo para recoger limosnas, diciendo:

—Para mis pobres huerfanitos.

Y respondía a todos:

—Que Dios se lo pague.

Era una escena conmovedora.

Después de la conferencia, se formó un corro de señores alrededor de don Bosco y el conde de Villeneuve contó un prodigio, recientemente sucedido en su casa. Un criado suyo, con más de ochenta años, estaba casi a punto de exhalar el último aliento, cuando se le puso al cuello una medalla de María Auxiliadora bendecida por el Santo y quedó perfecta e instantáneamente curado.

Una multitud de señores y señoras rodeó por largo tiempo a don Bosco y le iban presentando quién a un hijo, quién a una hija, quién al marido, quién al nieto, y diciendo:

—Mire, don Bosco ¿lo conoce? Es el tal o la cual, lo curó o la curó usted el año pasado.

Y él corregía:

—No, no, lo curó María Auxiliadora... Don Bosco es un pobre cura cualquiera.

Con fecha del día dieciocho, menciona el diario de Viglietti cuatro hechos dignos de nota. Un oficial, apenas vio a don Bosco, se echó a su pies y, sacando fuera una estampa de María Auxiliadora, le dijo:

—¡Mire, don Bosco, quién me ha salvado de la muerte y de las heridas en la guerra de Túnez!

Era una estampa, en cuyo dorso, antes de que él partiese para el Africa, había escrito: «Que María sea vuestra salvación en todo peligro».

La madre del conde de Villeneuve, que se presentó poco después, creíase deudora a él de la vida. En efecto, se la podía calificar de milagro viviente; porque, desahuciada por los médicos y estando ya en las últimas, había vuelto de la muerte a la vida, en cuanto le pusieron al cuello una medalla de María Auxiliadora, regalada por el Santo.

Recibió, además, algunas personas distinguidas, que afanosamen-

te recomendaban a sus oraciones un hijo del general Colombe. El joven oficial, gravemente herido **[446]** en la guerra de Tonquín, estaba a punto de someterse a una difícil operación; pero el padre, que se encontraba en Marsella, no conocía todavía toda la verdad. Ignoramos qué sucedió después.

El día anterior una señora le había conjurado, con los ojos arrasados en lágrimas, a que rezase por su marido, que no quería cumplir el precepto pascual ni quería oír hablar de la Iglesia o de los sacerdotes. Don Bosco le dio dos medallas, una para ella y otra para su marido; pero ella, conociendo sus sentimientos, decía que no se atrevería a presentársela a su consorte: don Bosco insistió en que lo hiciera. La señora obedeció y volvía para decir que su marido, después de tener la medalla en sus manos, la contempló un rato, se la acercó a los labios, la besó, lloró, se conmovió y, aquella misma mañana, había ido a confesarse y recibir la comunión.

Divulgóse la noticia de que don Bosco salía de Marsella el día veinte, lunes. La víspera quedó invadida la casa. Los pasillos, la iglesia, el patio estaban atestados a ciertas horas. Una circunstancia extraordinaria aumentó el entusiasmo. Mientras don Bosco se revestía para salir al altar, le anunciaron que había llegado en coche la señorita De Barbarin, que todo el mundo sabía estaba enferma en cama desde hacía cinco años. Don Bosco habíale enviado recado el sábado por la tarde para que fuera a oír su misa el día siguiente. Parecióle a la madre que no se debía dar importancia a aquella invitación, y no quería que se moviese. Pero la hija no le hizo caso. Al acercarse la hora, llamó a las camareras, se vistió, subió al coche y llegó a San León con estupor de todos. Cuando entró en la iglesia, sus conocidos no podían dar crédito a sus propios ojos. Asistió, casi todo el tiempo de rodillas, al santo Sacrificio, desayunó con don Bosco y después, alegre como unas pascuas, dio vueltas por el patio sin apoyo de ninguna clase.

Al llegar aquí y por no repetir lo ya dicho en ocasiones análogas cederemos la palabra a Viglietti. «Me resulta ya imposible, escribe el día diecinueve, anotar todas las gracias extraordinarias que se dan... Todos los que vienen a casa tienen **[447]** alguna que contar, fruto de bendiciones recibidas los días pasados. Traen a don Bosco lisiados ya enderezados, sordos que ahora oyen, enfermos y moribundos que gozan de perfecta salud; pecadores que, arrepentidos, quieren o imploran la bendición de don Bosco. Han dejado hasta ahora trece mil liras, únicamente en limosnas menudas, a la casa.

»En dos o tres días, los visitantes se han llevado todas las plumas,

que, a cada momento del día, me veía obligado a reponer sobre el escritorio de don Bosco; se me fueron siete docenas por lo menos. El bonete se lo han quitado tres o cuatro veces de la cabeza. Las sábanas, las mantas, las almohadas de la cama han sido cortadas a pedazos de mil maneras».

Y, aquel mismo día, escribía el buen secretario a don Juan Bautista Lemoyne: «Me resulta imposible despachar todos los asuntos. A veces tengo veinte, treinta cartas, que esperan contestación; hay quince, veinte hechos que registrar; debo preparar esto o aquello para don Bosco; tengo que calmar a la gente, que llena la casa y quiere ver a don Bosco; he de despedir a otros, que ya fueron recibidos o no conviene que lo sean. ¿Y cómo arreglármelas para escribir al querido don Juan Bautista Lemoyne? Me es imposible registrar todas las gracias obtenidas por mediación de don Bosco y de María Auxiliadora. Todos los que vienen al oratorio no hacen más que contar a don Bosco los saludables efectos de sus bendiciones, recibidas durante los días pasados» [1].

[448] No hay colegio cristiano, por disciplinado que sea, donde el *inimicus homo* no intente arrojar su cizaña.

En Marsella un sueño revelador puso a don Bosco sobre aviso. No encontramos registrada la fecha en que tuvo lugar, mas no por ello podemos dudar de su certeza, pues en los procesos existen declaraciones juradas de quien tuvo noticia directa y segura del mismo.

Era cerca de la medianoche. Don Francisco Cerruti estaba para irse a acostar, cuando oyó un grito. Al principio creyó que se trataba de un sacerdote forastero que estaba algo enfermo y hospedado en la casa. Lo volvió a oír aún más fuerte a modo de alarido; poco después, todavía más fuerte. Indudablemente partía de la habitación de don Bosco separada de la de don Francisco Cerruti por un débil tabique y una puerta de comunicación. Se puso éste la sotana, fue a la puerta y,

---

[1] Entre los papeles de don Bosco relacionados con sus viajes a Francia, se encuentra esta memoria que parece del año 1885 y que había sido enviada del Oratorio de Turín: «La señora Dessernois, de Couches-les-Mines, envía veinte liras para una misa, que quiere sea celebrada por don Bosco el día de Pascua o antes.

»La señora condesa de Cessac-Montesquieu, de París, pide oraciones urgentes por su marido enfermo.

»La señorita Emilia Isnard pregunta si don Bosco pasará por Lyon. Ella vive a seis leguas de Lyon e iría a verle en esta ciudad para entregarle su limosna de dos mil francos. Por tanto, si don Bosco va a Lyon, haga Viglietti el favor de comunicárselo a la señorita Isnard, en Saint-Julien, por Brace (Rhône), diciéndole dónde podrá encontrarse con don Bosco.

»De repente nos encontramos preocupados por falta de dinero, cuando el señor Lorenzo Busca, de Alba, por medio del exprior, caballero Rocca, envió la limosna de seis mil liras, encomendándose a las oraciones de don Bosco. *Deo gratias et Mariae*».

al abrirse, encontró a don Bosco sentado en el lecho y despierto. Entonces le preguntó con inquietud:

—Don Bosco, ¿se siente mal?

—No, no, respondió con tranquilidad. Está tranquilo; vete a dormir.

Por la mañana, apenas se hubo levantado, fue a visitarlo. Estaba sentado en el sofá en un estado de grandísima postración.

—Don Bosco, ¿ha sido usted quien ha gritado esta noche?, le preguntó don Francisco Cerruti.

—Sí, he sido yo, replicó con el rostro aún demudado.

—¿Y qué le ha sucedido?

Viendo que dudaba aún, le pidió que, por favor, se lo dijese:

—He visto, le dijo muy serio, al demonio que entraba en esta casa. Estaba en un dormitorio y pasaba de una cama a otra diciendo de vez en cuando:

—*¡Este es mío!*

Yo protestaba. De pronto se precipitó sobre uno de aquellos jóvenes para llevárselo. Yo comencé a gritar y él se arrojó contra mí, como para estrangularme.

Dicho esto, el siervo de Dios, conmovido y derramando lágrimas continuó:

—Querido Cerruti, ayúdame. He venido a Francia a buscar dinero para nuestros jóvenes y para la iglesia del Sagrado Corazón, pero aquí existe ahora una necesidad más grave. Hay que salvar a estos **[449]** pobres jóvenes. Lo dejaré todo y pensaré en ellos. Hagamos un buen ejercicio de la buena muerte.

Aquella noche el Director de la casa anunció el ejercicio de la buena muerte, añadiendo también que don Bosco confesaría a quienes lo deseasen. Confesó, en efecto, en su habitación, sentado en el sofá, porque la postración de fuerzas que sufría no le permitían usar la silla.

Todo procedió tan bien que don Bosco dijo después bromeando:

—Mira, el demonio me ha hecho perder una noche, pero ha recibido un buen estacazo.

También don Pablo Albera, al tener noticias por don Francisco Cerruti del sueño de don Bosco, confirmó lo dicho por el Santo, añadiendo:

—Don Bosco tiene razón. Hay algunos jóvenes que me hacen llorar con su mala conducta.

Más tarde don Francisco Cerruti quiso saber de labios del Siervo de Dios, si había visto entrar al demonio en otras casas y respondió que sí, señalando algunas.

—Pero ¿los jóvenes que el demonio se quería llevar consigo, son los que no se confiesan?

—No, respondió el Santo. Son especialmente los que se confiesan mal, los que cometen sacrilegios en las confesiones. No lo olvides: cuando prediques, especialmente a la juventud, insiste mucho sobre la necesidad de hacer buenas confesiones y especialmente sobre la contrición.

La causa principal de los lamentados inconvenientes en el oratorio de San León parece que se puede deducir suficientemente de una observación, que hizo don Bosco el día dieciséis del siguiente mes de septiembre ante el Capítulo Superior. Tratábase de la admisión de algunos franceses a los votos, y dijo lo siguiente:

—En Francia, es necesario facilitar la entrada en la Congregación a nuestros jóvenes, imponiéndoles la sotana hasta en el tercer curso de bachillerato, cuando son buenos. Necesitamos sustituir y echar de casa a toda esa basura o escoria, que hemos tenido que emplear por necesidad en las escuelas. Estos jovencitos harán un gran bien.

La estancia de casi quince días hacía que don Bosco **[450]** fuese ya considerado como uno de casa, que no tuviera que marcharse; pero se impuso la realidad cuando, la tarde del día diecinueve, se vieron los preparativos para la salida. Una indescriptible melancolía pesaba sobre hermanos y muchachos. Durante las primeras horas del día veinte, hubo escenas conmovedoras. Unos lloraban, otros daban vueltas en torno a su habitación, otros se acercaban a él pidiendo una palabra, un recuerdo, una bendición. Pronto empezó a llegar la gente. Un ruido confuso llenaba el oratorio. A eso de las once, bendijo a los Salesianos reunidos en un salón y les dio como recuerdo: ¡Acordaos de que sois hermanos!

Bendijo a los jóvenes arrodillados en el patio. Don Pablo Albera lloraba como un niño.

Se despidió de la casa de Marsella y, a la una, estaba en Tolón. Al anochecer, Viglietti, que acababa de despachar la quincuagésima carta, escribía otra por su cuenta a Lemoyne, comunicándole el deseo de don Bosco de que escribiese una carta en su nombre, para leérsela a los jóvenes, porque nadie mejor que él sabía interpretar sus sentimientos hacia ellos. «Escríbala, seguía diciendo el secretario, pero en seguida, corta, enjundiosa, expresando que el pensamiento de don Bosco está siempre en el Oratorio y que por las tardes, se divierte con el secretario pasando lista de los muchachos, de los superiores y de todos y que reza por ellos». Don Juan Bautista Lemoyne cumplió el encargo como él sabía hacerlo, de suerte que nadie sospechó que don

Bosco hablase por medio del intérprete [1], sino que todos creyeron que don Bosco había dictado la carta a Viglietti [2].

La parada en Tolón no pasó de las veinticuatro horas. Celebró la misa en casa de los condes Colle y allí recibió los veinte mil francos prometidos. Al volver a Niza, se encontró esperándole en la estación de Cuers a los superiores, alumnos y hermanas de La Navarre, que habían acudido allí para saludarle. Observaban ansiosamente el paso del tren y agitaban los pañuelos; don Bosco contestaba desde la ventanilla **[451]** del mismo modo; apenas pudo bendecirlos y ya el tren se puso en marcha.

Del día veintiuno al veintiocho de abril estuvo en Niza. El día veintitrés por la tarde se reunieron en la capilla los Cooperadores para oír su palabra; pero don Bosco estaba demasiado fatigado. Tuvieron, por consiguiente, que hacer de necesidad virtud y conformarse con la conferencia de monseñor Guigou, llegado expresamente de Cannes. Era él un salesiano de corazón.

Entre los participantes, descollaba la figura marcial del general Périgo, que se había coronado de laureles en las campañas de Africa; disfrutaba entonces en Niza un merecido descanso. Después de la conferencia, pidió ver a don Bosco con su familia. Fue introducido y encontró la habitación atestada. Don Bosco estaba sentado e intercambiaba con dificultad algunas palabras, ora con uno ora con otro, hasta que los presentes, por no cansarlo más, pidiéronle la bendición. Todos se arrodillaron; sólo permaneció en pie el viejo soldado. Don Bosco se levantó lenta y dignamente y comenzó a recitar la fórmula. Ante aquellas palabras, dichas con gran dulzura y unción, ante el espectáculo de don Bosco en pie en medio de aquella gente arrodillada, el altivo soldado se emocionó, cayó a plomo de rodillas y se portó en todo como los demás. Al salir decía:

—¿Quién se podría resistir ante este espectáculo? He endurecido mi corazón en los campos de batalla, pero no lo he acostumbrado a resistir semejantes escenas.

También él había recibido con gozo una estampa de María Auxiliadora y obtenido que don Bosco, como recuerdo de aquel día, escribiese al dorso alguna palabra de su puño y letra.

El desfile de las personalidades más destacadas no le permitía descansar. Llegó de Cannes para verlo y hablarle un riquísimo señor, el Duque de Vallombrosa. «Nunca había visto, escribe nuestro cronista,

[1] Véase Ap. Doc. núm. 67.

[2] Carta de Viglietti a don Juan Bautista Lemoyne, Alassio, 29 de abril de 1885.

un hombre tan alto y tan bien proporcionado como él. Es guapo y no mide menos de dos metros de altura; es un verdadero gigante de los tiempos de Homero».

El día veintisiete quiso darse un solemne banquete en honor de don Bosco en la sede del Círculo Católico. Acudió a él con **[452]** don José Ronchail, don Pedro Perrot y Carlos Viglietti. Había más de treinta convidados, de lo más escogido de la nobleza y presidentes de otras asociaciones parecidas en Lyon, Marsella, Menton y Cannes. Como la salud y el tiempo no lo permitían aceptar invitaciones particulares, le convencieron para contentar de esta manera a todos. Hubo varios brindis muy expansivos [1].

Después de la comida, se retiró a una quinta cercana para descansar, mas sin resultado; porque, sabido su refugio, en seguida lo tomaron como por asalto sin compasión. El secretario, después de aguantar con paciencia un rato, les hizo entender que don Bosco necesitaba reposo. Ante su resuelta actitud, todos desalojaron la sala; después los señores de la quinta llevaron a Viglietti a otro apartamento. Y, en cuanto éste estuvo lejos, comenzó de nuevo el desfile, hasta que, llegada la hora del acto académico preparado para él por los socios del Círculo, se dejó acompañar. Volvió a encontrarse en medio de un gran número de señores y señoras de la más encopetada sociedad.

Oradores y poetas le saludaron como ángel del siglo y san Vicente de Paúl redivivo. Al fin, servidos los refrescos y hecha una colecta, don Bosco, después de bendecir al público reunido, se encaminó lentamente a pie hacia casa. Estaba cansado a más no poder.

Fue aquélla, en cierto modo, una fiesta de despedida de Francia, puesto que, a primera hora de la tarde del día veintiocho, salió para Alassio. Al llegar allí e ir a pie, de la estación al colegio, veía el edificio iluminado y oía los vítores de los muchachos. Allí asistió a la distribución de premios a los alumnos que se habían distinguido en los exámenes semestrales, reunió a los Cooperadores y escribió una carta al cardenal Alimonda. En Alassio, todo le recordaba al que había sido Obispo de Albenga, el cual, conmovido por el cortés recuerdo, le contestó inmediatamente, diciendo que ansiaba volver a verle y abrazarle fraternalmente y que le saludaba, mientras tanto, con «veneración y aprecio» [2].

Comenzaba el mes de María y algunas gracias extraordinarias,

---

[1] El señor Beaulieu, presidente, recordó con agradecimiento la hospitalidad concedida por don Bosco en su casa al incipiente Círculo (Ap. Doc. núm. 68 y volumen XIII, pág. 113).

[2] Ap. Doc. núm. 69.

[453] que se comunicaron a los muchachos, enardecieron su piedad hacia María Auxiliadora. El primer día presentaron a don Bosco un niño de cinco años, llamado Ernesto María Demaistre, de Diano Marina, víctima de congestión cerebral y con medio cuerpo paralizado; al recibir la bendición del Santo, el enfermito curó instantáneamente. Poco después bendijo a un hermano suyo de nueve años, que no podía articular palabra, y se desató su lengua. Una tal Airoldi, joven de quince años de Alassio, estaba imposibilitada para caminar desde pequeñita; sus padres fueron a pedir una bendición especial para ella y, aquel mismo día, se supo que caminaba y gozaba de perfecta salud [1].

El dos de mayo por la mañana, emprendió viaje para Varazze. Afortunadamente don Francisco Cerruti se había adelantado a la estación, cuyo jefe, siempre complaciente con don Bosco, al ver que tardaba en llegar, hizo esperar al tren. Causaba gracia verle apresurar el paso por el camino, con insólita agilidad. Bromeando decía:

—Corre, Viglietti, ¿Qué haces ahí? ¡Ea, corre! Vete a buscarme un coche de alquiler en la plaza de «La Consolata». Allí los hay siempre.

En la estación, dio las gracias al jefe, tomó asiento y partió el tren.

En Varazze no paró más que el tiempo necesario para comer con alguna comodidad y, después, siguió viaje a Sampierdarena. Describir cómo fue sitiado en seguida al día siguiente por una multitud de visitantes, sería repetir lo que los lectores pueden fácilmente imaginar. No faltó la buena señora Ghiglini. Aguardaban allí a don Bosco muchas cartas, entre las cuales la ya mencionada del cardenal Alimonda, una de monseñor Cagliero con las esperadas noticias de los Misioneros y otra de la princesa **[454]** Doria Solms, que, encarecidamente, aunque en balde esta vez, le invitaba a acercarse a Pegli [2]. Pudo, en cambio, ir a Sestri Ponente con Viglietti a casa de la señora Luisa Parodi. Esta caritativa señora, casi ciega, llevaba una vida solitaria en su chalet, donde no recibía nunca a nadie; mas, para don Bosco, a

---

[1] Don Bosco tomó nota de los tres hechos, como lo vemos por el siguiente autógrafo: «Ernesto María Demaistre, de Diano Marina, congestión cerebral y paralítico de una parte. Recibió la bendición de María Auxiliadora y está perfectamente curado, 1 de mayo de 1885. De cinco años.

»José Demaistre, hermano del otro, no podía articular palabra. Como el otro (es decir, fue bendecido). Ahora, perfectamente curado, está en Savona, sin dolencias. Nueve años.

»Airoldi hija, una Americana, no había podido caminar hasta los quince años. Bendecida, etc. Ahora camina perfectamente. Reside en Alassio».

[2] Ap. Doc. núm. 70. Prima del Emperador Guillermo II, era católica y su marido era protestante, el cual le había permitido educar en el catolicismo sólo a las hijas, mientras los hijos tenían que seguir la religión del padre. Véase más atrás, pág. 152.

quien profesaba suma veneración, solía decir que siempre estaban abiertas las puertas.

La noticia de su llegada a Sampierdarena fue divulgada por los dos periódicos católicos genoveses, el *Cittadino* y el *Eco d'Italia;* por eso, no tenía fin la afluencia al hospicio. Acudió también el capitán Bove, gran admirador del Santo. Hoy día sólo los estudiosos conocen a este atrevido explorador, pero entonces se hablaba muchísimo de él. Había nacido en Marenzana, provincia de Alessandria, y, después de renunciar a su cargo en la marina real, dirigía en Génova una compañía de navegación. Sus primeros viajes de explorador databan del año 1878, cuando dio la vuelta a los mares árticos sobre el barco *Vega,* en compañía del célebre Nordenskiöld. Intentó, a continuación, la exploración de las regiones polares antárticas, mas, por falta de medios, fracasó la empresa. En cambio, visitó diligentemente Patagonia y Tierra del Fuego; después recorrió aguas arriba el gran río Paraná hasta el interior del territorio de Misiones. Ante aquellas ilimitadas extensiones de tierras deshabitadas, concibió también, lo mismo que don Bosco, el plan de establecer en ellas una colonia italiana; pero no pudo encontrar en Italia los capitales necesarios. Mientras tanto se había constituido el estado libre del Congo y el Ministerio envió al capitán Bove para ver si era posible establecer allí una colonia; mas le pareció demasiado estéril la región del bajo Congo y juzgó prematura cualquier tentativa en el alto Congo. Entonces volvió más resueltamente a la idea primera de hacerlo en Argentina. Surgiéronle en contra muchas dificultades. Parece que la imposibilidad de vencerlas trastornó su cabeza hasta arrastrarle al suicidio en 1887. Sólo así nos explicamos **[455]** esta catástrofe final; porque él, además de ser hombre de coraje inquebrantable, era hombre de fe, la cual entraba también en abundante proporción en su devoción a don Bosco.

Dos hechos estraordinarios sucedieron durante su estancia en San Cayetano. El primero lo recuerda Viglietti en su diario. Dos mujeres llevaron a don Bosco una enferma, la cual recibió su bendición y exclamó:

—Estoy curada; quiero ir a casa por mi propio pie.

—Te volveremos a llevar nosotras, contestaron aquéllas, que no podían sospechar un cambio tan radical.

—No, de ningún modo; quiero ir por mí misma. ¡María Auxiliadora me ha curado!

Varias personas, entre las cuales el señor Bellagamba, amigo de casa, aseguraron después haberla visto caminando sin dificultad, llamando la conmovida atención de cuantos la conocían.

También la señora Ana Chiesa sintióse inspirada para llevar a su hija Sabina, de quince años, que, después de una pulmonía, había quedado siempre enfermiza, y no se encontraba remedio alguno para reponerla; antes, al contrario, todo hacía temer que degeneraría en tuberculosis. Don Bosco la recibió amablemente y dijo sin más que le recetaría una medicina eficaz. La madre se figuraba quién sabe qué medicamento; en cambio, prescribió a la muchacha que rezara cada día, durante todo el mes de mayo, siete *Avemarías* a la Virgen Auxiliadora. El efecto obtenido fue realmente admirable; la enferma se recuperó tan plenamente que, trece años después, atestiguaba la madre que su hija, llegada a ser madre también, seguía disfrutando de perfecta salud.

El diario menciona también a dos señoras, Carlota Odero y Mary Bellagamba, para decir que, aquejadas de una enfermedad en el pasado y habiéndose encomendado a las oraciones de don Bosco, volvían ahora satisfechas a darle las gracias, reconociéndose deudoras a él por la salud recobrada.

El, que había recibido de Dios en tan gran medida *gratias curationum,* **[456]** el don de curar a los demás, llevaba con resignación a la voluntad de Dios la pesada cruz de sus crecientes achaques; sin embargo, dispuso la Providencia que, al término del viaje, se sintiese menos agobiado, de suerte que, al partir de Sampierdarena y llegar a Valdocco, pudo producir con su semblante en el ánimo de sus hijos una impresión que no fuera de desaliento.

Así, pues, acompañado del antiguo secretario don Joaquín Berto, que había salido a su encuentro, y del novel secretario Viglietti, se encaminó, la tarde del día seis de mayo, hacia Turín. Llegó al Oratorio cuando la comunidad estaba en la iglesia para la bendición y fue él mismo a darla. Después, escribe el cronista, «fue recibido por todos los muchachos, que lanzaban jubilosos vítores al padre que volvía a ellos, mientras atravesaba el patio, espléndidamente iluminado y adornado con oportunas inscripciones». El afecto hacía que se diese un valor particular a circunstancias fortuitas. Así, otra crónica nos informa que, una hora antes de la llegada de don Bosco, mientras se estaba adornando el patio, un ruiseñor posado en un árbol llenaba el aire con sus alegres gorjeos, y todos los que lo oyeron, lo aclamaron como mensajero e intérprete de la próxima común alegría [1].

[1] El poeta de ocasión dedicó al pájaro canoro estas dos estrofas de su himno «Ha vuelto don Bosco».

Mas en la noche, con divino encanto,
un ruiseñor cantaba entre los ramos,

Monseñor Cagliero, en una carta no llegada todavía a destino, pero escrita el día cinco de mayo y enviada desde Buenos Aires, decía a don José Lazzero: «Nuestro querido don Bosco estará ciertamente de regreso de Francia cargado con rico y santo botín, pero herido en su salud, rendido de cansancio como los **[457]** grandes compañeros de armas de Jesucristo. ¡Ah!, que el Señor y María Auxiliadora nuestra buena Madre nos lo conserven *ad multos,* sí, *ad multos annos.* ¡Y, en cuanto a quererlo, ciertamente, no nos dejaremos vencer por vosotros; el corazón trabaja mucho más que la pluma! Os desafiamos a que le queráis más que nosotros». Esta porfía de afecto filial, a la que, el correr de los años y el sobrevenir de los afanes, no quitaba nada de su ingenua vivacidad a los hijos, perduró a la muerte del Padre en aquellos que él alimentó con su pan y nutrió con su fe.

---

como anunciando el fin de nuestro llanto,
pues los hijos de Adán, al fin, lloramos.
Parecía decir en sus acentos:
«¡Ya está aquí vuestro Padre, estad contentos!»

Y, al escuchar su voz tan armoniosa,
sentimos el placer con maravilla.
¿Qué nos dirá su anunciación preciosa?
¡Y el llanto resbalaba en la mejilla!
Que hemos oído y visto al ruiseñor,
de plumas tan florido embajador.

[458]

CAPITULO XVII

EN EL ORATORIO, DESDE EL ORATORIO Y PARA EL ORATORIO. ESTANCIA EN MATHI

CAUSABA gran lástima en el Oratorio, sobre todo a los más ancianos, ver caminar a don Bosco encorvado de forma tal que, sin un apoyo, hubiera caído. La noche del día treinta y uno de diciembre, mientras daba el aguinaldo para 1885 a los muchachos del Oratorio reunidos en la iglesia de María Auxiliadora, un extremado cansancio de la mente le impedía a veces acabar la frase; al terminar, después de invitar a los presentes a rezar juntos un *padrenuestro, avemaría y gloria* por aquél de los de casa que moriría primero, no rezó más que una *avemaría.* Era tal la postración de sus fuerzas que necesitaba el auxilio de fuertes brazos para cualquier movimiento. Le pesaba mucho molestar de esta manera a sus hijos, cuyo celo, por otra parte, no estaba exento de inconvenientes. Algunos, en su afán de querer ayudarle, le proporcionaban con su inexperiencia más estorbo y molestia que apoyo. Quien, por ejemplo, lo ayudaba a caminar, tenía que levantar su propio brazo, de modo que él, agarrándose con sus manos a la suya, pudiese mantener derecho el cuerpo y encontrar en su ayudante resistencia para apoyarse en él con plena seguridad. Por consiguiente, sucedía que los menos prácticos, en vez de ayudarle a moverse, lo arrastraban y le hacían daño. Precisamente como uno se diera cuenta de que le había hecho sufrir y le pidiera apresuradamente perdón, **[459]** contestó él:

—¡No te apures, porque la pieza más gruesa queda siempre pegada!

Otra vez le salió un molesto divieso en el sobaco derecho y sucedió que, cuando ya comenzaba la curación, un hermano quiso ayudarle a bajar las escaleras y puso tan desgarbadamente la mano sobre la llaga que ésta se abrió de nuevo, causándole un gran dolor; después de poco tiempo, se repitió el mismo caso en idénticas circunstancias y con los mismos efectos. Ambas veces dijo sonriendo:

—Tengo yo la culpa por permitir que me saliese el divieso en castigo de mis pecados.

En aquel estado, que continuamente le obligaba a necesitar el valimiento ajeno, actuaba como un verdadero hijo de obediencia. Si en la mesa se le preguntaba:

—Don Bosco, ¿quiere esto, quiere aquello?

—Dadme lo que queráis, contestaba. Mientras tenga los dientes bastante fuertes, como de todo.

—Don Bosco, ¿vamos a tal sitio o a tal otro?, preguntábale el que le acompañaba de paseo.

—Yo voy adonde me llevéis, era su invariable respuesta.

—Pero este sitio no es bonito, se le observaba a veces; ¿no sería mejor ir allí?

—Vamos allí, decía enseguida y volvía sobre sus pasos.

Sufría al pensar en el gran trabajo que podía hacer en años anteriores, mientras entonces no le valían las fuerzas ni la vista para hacer la vigésima parte.

Había días, recordaba a veces melancólicamente, que escribía más de cien cartas.

En efecto, su correspondencia epistolar era algo fenomenal. Un motivo de la misma era que, con ella, lograba los medios para sostener sus obras; por eso, no olvidaba el día onomástico u otros aniversarios de sus bienhechores. Sin embargo, entonces suplía la Providencia a sus consabidas industrias; baste decir que sólo en veinte días, del siete al veintisiete de mayo, le llegaron por carta **[460]** hasta setenta mil liras de limosna que no estaban previstas ni eran previsibles [1].

No disminuía, sin embargo, su actividad mental, aunque también ésta le cansaba bastante por causa de la edad. «El buen don Bosco realmente ha envejecido, leíase en un semanario toscano [2]; pero su mente se mantiene siempre serena, y habla con aquella jovialidad tan amable y preciosa que recuerda a su ejemplar san Felipe Neri». Pero su jovialidad no se parecía completamente a la del Apóstol de Roma. Un día en una conversación familiar llegó a decir que él había sido siempre de índole y carácter muy serio desde niño y que, incluso en medio de las cosas ridículas que hacía o decía, nunca se reía a carcajadas [3].

Obligado a estar solo e inactivo, meditaba sus proyectos. Y no se limitaba a cosas de una próxima actuación, sino que se adelantaba

---

[1] Diario de C. Viglietti, 27 de mayo de 1885.

[2] *El Amigo del pueblo,* de Prato, 4 de julio de 1885.

[3] Diario de C. Viglietti, 25 de junio de 1885. Impresiona, a los que lo miran, la seriedad de su rostro en un retrato de cuando era joven sacerdote, expuesto hoy en sus habitaciones.

también con el pensamiento a posibilidades incluso remotas. Así discurría cómo celebrar el tercer septenario de la consagración de la iglesia de María Auxiliadora, de lo que conversó varias veces con Lemoyne, aunque en 1885 faltaran todavía cuatro años para aquella fecha. Quería que se celebrase con la mayor solemnidad y con extraordinario concurso de fieles; es más, estaba ya pensando en pedir, para aquella ocasión, billetes de ferrocarril reducidos, a fin de que los devotos se sintieran atraídos a la peregrinación. Ya había hecho el intento de obtener una rebaja excepcional sólo para los alumnos de sus colegios con ocasión del primer septenario [1]. No se le concedió lo que pedía; pero aquella negativa no le acobardaba, y, por eso, acariciaba esta otra instancia de alcance mucho mayor.

Pero es obvio suponer que más a menudo su actividad mental **[461]** tenía por objeto la marcha y los asuntos de la Congregación. Un día, por ejemplo, conversando con Lemoyne y Viglietti [2], decía, a la manera de quien expone ordenadamente el resultado de anteriores reflexiones, qué reglas había que seguir para responder a los muchachos del Oratorio, que pidieran consejo en torno a su vocación.

«Cuando los jóvenes, dijo, piden consejo sobre su vocación, hay que observar en las respuestas las reglas siguientes: —1.º Si se llega a saber que faltan a la bella virtud, no se les aconseje nunca que se hagan Salesianos. —2.º Si faltaron a la moralidad con otros y quieren ir al Seminario, déseles solamente el certificado de estudios. Si llegados a casa, piden el certificado de buena conducta, no se les conteste. —3.º Prudencia en aconsejar a los jóvenes que se hagan Salesianos, por las oposiciones continuas que hacen los Obispos, los párrocos, los padres. Ellos dirán en seguida: Es don Bosco quien te lo ha metido en la cabeza. Por tanto, cuando el joven pregunta, hágase de modo que él mismo se dé la respuesta. Es el camino más expedito, porque un examen de la vocación trae objeciones, respuestas, preguntas y el joven está dispuesto a llevar la contraria, especialmente si los padres lo quieren a su lado.

»Así pues, pregúntese sencillamente:

»—Dime, ¿eres mejor en tu casa o eres mejor aquí?

»Si el joven contesta que era mejor en su casa, pregúntesele por

---

[1] El original de la súplica, inédita hasta hoy, no lleva fecha; pero don Joaquín Berto lo transcribe junto con documentos de este género, posteriores al 1875 y antes del 1876. Los muchachos ya tenían rebaja del cincuenta por ciento; él pedía entonces el setenta y cinco por ciento (Ap. Doc. núm. 71).

[2] Diario de C. Viglietti, 27 de mayo de 1885.

qué. Contestará que aquí encontró compañeros, leyó libros, etc. Dígasele entonces:

»—Si quieres ir al Seminario, vete a casa pero aconséjate con persona prudente. Si contesta, como en general lo hacen, que es mejor aquí, replíquesele:

»—¿Crees que podrás mantenerte bueno fuera, como lo eres aquí? Decide tú mismo lo mejor para ti, yo no te digo más. ¿Dónde has encontrado la salud del alma? Así el joven se dará a sí mismo la respuesta y, en casa, podrá decir con razón: don Bosco no me ha sugerido hacerme Salesiano; soy yo el que elijo».

[462] Alguien, al verle ocupado en mil pensamientos, le dijo:

—Usted, don Bosco, ¡tiene mil asuntos en que pensar! ¿Cómo puede llegar a todo? A la fuerza tendrá que abandonar pronto ciertas bagatelas.

Contestó humildemente:

—¡No sólo abandono las bagatelas! ¡Temo olvidar lo más importante de todo, lo único necesario, la salvación de mi alma!

Fue una doble lección para quien le había hecho la pregunta.

Tras su regreso de Francia, no había podido bajar a la iglesia de María Auxiliadora a celebrar la misa; pero, el día veinticuatro de mayo por la mañana, no la quiso celebrar en el altar que tenía guardado en un armario junto a su habitación. Aquel año coincidía el día veinticuatro de mayo con la solemnidad de Pentecostés, por lo que la fiesta de la Virgen había sido trasladada al dos de junio. El Santo, pues, apareció como de costumbre en el altar de san Pedro, a cuyo alrededor se colocó muy pronto una multitud de devotos.

Eran innumerables las personas de Italia y del extranjero que acudían a don Bosco para recibir consuelo en sus penas, consejo en sus dudas, auxilio de oraciones en sus enfermedades. Aquel año el superior de una comunidad religiosa de Caen (Francia-Normandía) le envió una pobre señorita, atormentada desde hacía varios años por duras pruebas espirituales. «En mis cuarenta años de sacerdote, escribía aquél, nunca encontré una persona tan dolorosamente probada, mas, a pesar de todo, siempre tan resignada a la voluntad de Dios para su gloria y para la salvación de su alma. Durante toda su vida, ha sido tan fiel a Dios que nunca ha perdido, según creo, la inocencia bautismal» [1]. Parecía que el espíritu del mal la atormentaba, especialmente impidiéndole asistir a funciones religiosas o practicar ejercicios devo-

[1] Para esta misma persona escribió también entonces a don Bosco una carta el párroco de Saint-Gilles (Ap. Doc. núm. 72 A-B).

tos; en el curso de estos años, hacíale prorrumpir en blasfemias contra el Señor. Asistió el día cuatro de junio por la mañana a la misa de don Bosco, y se sintió desde el introito perfectamente libre y sana. Después de recibir la comunión, se quedó largo rato en oración ante **[463]** el altarcito de la Virgen en la habitación contigua a la capilla, mientras otras señoras, que la habían acompañado desde Francia, esperaban para poder hablar con don Bosco. Rezaba con mucha devoción y, diríase, con la avidez de quien goza de algo ansiado en vano por largo tiempo y no se alteró en absoluto en medio de las molestias. De entonces en adelante, se encontró siempre perfectamente [1].

Nadie esperaba que don Bosco lograse hacer oír su voz de nuevo en la conferencia a los Cooperadores y a las Cooperadoras; por eso, resultó muy agradable la sorpresa general cuando se asomó al púlpito ante el numeroso auditorio. Su circular de invitación decía: «Dos motivos especiales tenemos este año para esta reunión y para celebrar mañana con gran fervor y devoción la fiesta de María Auxiliadora, y éstos son: la acción de gracias y la gratitud que debemos a la Augusta Reina del Cielo, por habernos liberado el año pasado del cólera, y la necesidad de que nos preserve todavía en el año que corre, si por divina disposición reapareciese el terrible mal en nuestras tierras». La reunión, que también este año fue única, se tuvo la víspera de la fiesta en la iglesia de María Auxiliadora. El discurso del Santo nos ha sido transmitido de la forma siguiente:

Me presento a vosotros, respetables señores Cooperadores y señoras Cooperadoras, no para haceros un largo razonamiento que no resistirían mis débiles fuerzas, sino para exponeros brevemente algunas cosas, que me parece necesario sepáis. Y ante todo, ¿qué quiere decir ser Cooperador Salesiano? Ser Cooperador Salesiano quiere decir concurrir junto con otros al sostenimiento de una obra fundada bajo los auspicios de san Francisco de Sales, la cual tiene por fin ayudar a la santa Iglesia en sus más urgentes necesidades. De este modo, se concurre a promover una obra sumamente recomendada por el Padre Santo, porque prepara los jovencitos a la virtud, al camino del santuario. Tiene ésta como fin principal instruir a la juventud, que, hoy en día, se ha convertido en blanco de los malos, y promover en medio del mundo, en los colegios, en los hospicios, en los oratorios festivos, en las familias, el amor a la religión, las buenas costumbres, la oración, la frecuencia de los Sacramentos y otras cosas.

[464] Preguntaréis muchas cosas. Preguntaréis, por ejemplo, si las obras, en las que tomáis parte con vuestra beneficencia, aumentan o disminuyen. Alegrémonos en el Señor, beneméritos Cooperadores, porque nuestras obras toman cada día mayores

[1] Habla de ella también el *Boletín* francés de julio en su primer artículo. Parece que la agraciada se llamaba Leodegaria. San Léger o Legerio es un mártir, que fue obispo de Autun (Saône-et-Loire, Francia).

proporciones. Las casas, las iglesias, los muchachos recogidos se multiplican de día en día. De todas partes nos llaman para nuevas fundaciones, para albergar muchachos que vagabundean por calles y plazas con peligro de perder la fe y la moralidad, y en camino del deshonor y de la cárcel. Por este consolador aumento y progreso de buenas obras, sean dadas ante todo alabanzas al Señor y, después, a vosotros, caritativos señores y señoras. Sí, de vosotros depende también la salud del cuerpo y del alma de tantos muchachos y muchachas. En vuestras manos está su suerte temporal y eterna.

Pero nuestra institución toma proporciones gigantescas en Patagonia, adonde acaba de ir monseñor Juan Cagliero. En todas partes hay trabajo, hay escuelas, asilos, iglesias; y después de lo que se ha hecho, se ha trabajado, se ha provisto, hay que comenzar de nuevo, porque las peticiones y las tareas aumentan cada día. Os baste saber que, si tuviésemos dos mil misioneros a nuestra disposición, los podríamos emplear a todos; si tuviésemos dos mil iglesias, podríamos llenarlas todas de fieles y aumentar así el número de los elegidos. Monseñor Cagliero, rodeado de tanta mies, escribe desde allí y exclama: ¡Europeos, vosotros que estáis en la flor del catolicismo, venid aquí y veréis. Veréis una inmensa multitud de personas, que os sigue, que os pide caridad, no la caridad del dinero o del pan, sino la caridad espiritual, esto es, instrucción, religión, civilización, la salud del alma.

Pero ¿en qué obras se os invita a participar especialmente a fin de ser buenos Cooperadores y buenas Cooperadoras? Os diré que son muchas las casas que se deberían abrir y que, a pesar nuestro, no podemos hacerlo por falta de medios. Actualmente absorben gran parte de nuestros cuidados la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús en Roma y el hospicio, que se levantará a su lado para dar albergue a varios centenares de muchachos pobres de la ciudad. Esta obra reclama precisamente vuestra caridad, beneméritos Cooperadores y Cooperadoras, y el Santo Padre León XIII, por mi medio, os la recomienda encarecidamente. Además de ésta, están las muchas casas que tenemos en Liguria, en las regiones del Véneto, de la Romaña, en Sicilia y en esta nuestra tierra, están las obras de ampliación que necesita cada una de estas casas. ¿Y qué os diré de las casas de Francia, España y América? Recibo noticias consoladoras de allí y, entre éstas, la de que en Brasil se va a abrir una casa en São Paulo para recibir en ella a muchos pobres muchachos abandonados. Todas estas obras, próximas y lejanas, reclaman para sostenerse el auxilio de vuestra caridad.

Hay otra obra que también atrae al presente nuestra atención, es la casa de París. En la gran capital de Francia, que casi cuenta **[465]** tres millones de habitantes, hay una enorme cantidad de jóvenes, que vagabundean por calles y plazas con peligro de perderse; es, pues, un campo inmenso, donde puede ejercerse la caridad. Con la ayuda de Dios, aquella casa salvará a miles de jóvenes de la perdición y enjugará las lágrimas de muchos padres, que ya no saben a qué medio recurrir para alejar a sus hijos del camino del vicio y encauzarlos por el de la virtud.

En todas nuestras casas, además, hubo este año un extraordinario aumento de peticiones para ingresar. En una sola de ellas, hecho el recuento de todas, ¿sabéis a cuántas llegan? Hasta cinco mil, hubo que contestar con nuestro gran pesar: *Ya no hay plaza.* ¡Cuánto mayor bien podríamos hacer si fundásemos nuevas casas, si pudiésemos tener los medios con que proporcionar alimento y vestido a tantos jóvenes desamparados! ¡Cuántos buenos hijos, cuántos padres cristianos y honrados, cuántos ciudadanos mejores podríamos dar a las familias, a la Iglesia, a la sociedad!

Me doy cuenta de que ya no puedo hablaros más tiempo; por tanto concluyo diciendo: convenceos, la mies es mucha, y vuestra obra, vuestra caridad, vuestro

óbolo no sólo es útil, sino necesario. Ayudadnos, pues, en la medida de vuestras posibilidades. Además de la recompensa del Cielo, tendréis también en esta tierra la satisfacción de cooperar al aumento de la religión, al bienestar de las familias, de la sociedad. Muchos muchachos y muchas niñas alabarán y bendecirán a Dios gracias a vosotros y, por el contrario, lo maldecirían en la vida, para odiarlo en la eternidad junto con los demonios. En estos tiempos, los malos trabajan para propagar la impiedad y la inmoralidad y quieren corromper especialmente a la incauta juventud con organizaciones, con la prensa, con reuniones, cuyo fin es más o menos abiertamente apartarla de la religión, de la Iglesia, de la sana moral. Pues bien, esfuércense los Cooperadores Salesianos y las Cooperadoras para oponerse a estos atentados. ¿Cómo? Propaguen buenas doctrinas, libros, grabados, sociedades católicas, catequesis y cosas parecidas.

Otra cosa más os recomiendo. Rezad los unos por los otros. Por mi parte, cada día os recuerdo en la santa misa y rezan también por vosotros nuestros muchachos. Vosotros les dais un poco de pan material para sostener su vida; y ellos os dan el pan espiritual de sus oraciones. Tal vez vosotros no podáis rezar mucho. Pues bien, estos muchachos, los Salesianos, las Hermanas de María Auxiliadora rezarán por vosotros, y obtendrán del cielo las gracias que necesitáis. Por otra parte, muchos Cooperadores y Cooperadoras son llamados cada año a la eternidad, y nosotros unimos nuestras oraciones a las vuestras en sufragio de sus almas. Lo que hacemos ahora por los demás, tal vez el próximo año necesitaremos que otros lo hagan por nosotros.

Por último, mis buenos Cooperadores y Cooperadoras, esforcémonos por hacer todo el bien posible para nosotros y para los demás, a fin de que María Auxiliadora pueda alegrarse al ver subir por nuestra mediación muchas almas **[466]** al cielo. Cuando estéis en el paraíso, con qué entusiasmo exclamaréis cada uno de vosotros: Bendito el día en que ingresé en los Cooperadores y Cooperadoras de San Francisco de Sales, porque cada acto de caridad que hice en favor de esta obra, fue como el anillo de una cadena de gracias, por medio de la cual he podido subir a este lugar de consuelo y de gozo.

Cuando volvió don Bosco a la sacristía, después de la conferencia, le aguardaba allí mucha gente para pedirle la bendición. Entre la multitud, vio a una mujer con un muchacho, que llevaba los ojos vendados, y, después de mandarle que se acercase, le preguntó qué enfermedad tenía el muchacho. Eran madre e hijo y habían ido desde Poirino.

El muchacho se llamaba Juan Penasio, tenía ocho años y hacía veinte meses que padecía tal inflamación de los ojos que debía estar siempre en las obscuridad. Dos especialistas muy renombrados, los doctores Sperino y Peschel, consultados ya varias veces, le habían visitado también aquel mismo día y habían dictaminado que el único remedio era extirpar el bulbo del ojo izquierdo para salvar el derecho. La buena mujer, consternada, lo llevaba allí para que don Bosco lo bendijera.

El Santo lo bendijo y aceptó la limosna para una Misa, prometiendo que rezaría por el enfermo.

Volvieron a casa, y aquella misma tarde comenzó el hijo a sentirse mejor. A la mañana siguiente abrió los ojos y, al ver la luz del sol, llamó, embargado de júbilo, a la madre, gritando que estaba totalmente curado. Acudieron los parientes, corrieron los vecinos y todos comprobaron la curación realizada. Inmediatamente todo el pueblo, donde se conocía perfectamente el estado del muchacho, pudo confirmar, con general admiración, la realidad del prodigio. Desde entonces, el muchacho gozó siempre de óptima vista, tanto que fue admitido como empleado en la tipografía de los hermanos Canónico en Turín.

La alegre solemnidad, aunque trasladada y celebrada en un día laborable, superó a los años anteriores por afluencia de fieles. Don Bosco había recomendado que se hiciera todo lo posible **[467]** para que la fiesta resultase espléndida [1]. La *Unità Cattolica* del día cuatro de junio decía, entre otras cosas, en un largo artículo: «El venerando don Bosco, aunque delicado de salud, quiso bajar de sus habitaciones y celebrar la santa misa en el altar de la Virgen. Los buenos Salesianos querían ahorrar a su Padre la grave molestia, pero don Juan, que quiere tanto a María Auxiliadora y que lo espera todo de su patrocinio, quiso también festejarla. Y su presencia aumentó la fiesta. Los turineses se agolparon en la sacristía y por los pasillos para besar la mano a don Bosco. Era un espectáculo conmovedor».

Acompañaron a don Bosco en la comida, preparada en la sala magna de la biblioteca, el cardenal Alimonda, los obispos Pampirio de Alba y Valfré de Cúneo, algunos nobles señores y señoras de Francia y numerosos sacerdotes del clero turinés. Su Eminencia dirigió al fin del banquete unas breves y preciosas palabras al Siervo de Dios. Escribía el citado periódico: «Hubo brindis, se leyeron poesías, en una palabra fue un día de fiesta y regocijo para todos, pero especialmente para el venerabilísimo don Bosco, que necesita estos consuelos».

No era una ligera ocupación presidir las reuniones capitulares, en las que tomaba parte activa, como ya hemos visto y veremos más todavía. En la sesión del día cinco de junio, con sorpresa de todos, presentó una memoria escrita por él, con seis normas a seguir en adelante para la fiesta de María Auxiliadora y mandó leerla. Su contenido era el siguiente: «1.º No más alfombras y tapices que los pertenecientes a la misma iglesia.— 2.º Ver la manera de que el número de músicos externos se reduzca a los estrictamente necesarios; por consi-

[1] Carta de don José Lazzero a monseñor Cagliero, Turín, 26 de mayo de 1885.

guiente, canto sencillo acompañado por el órgano [1].— 3.º Tocante a la comida, limitarse concienzudamente a las deliberaciones capitulares.— 4.º Los objetos de escritorio, despáchense en las oficinas correspondientes, y no en los llamados *banchini* (tiendecillas) donde suelen lamentarse **[468]** verdaderos inconvenientes y, a veces, desórdenes [2].— 5.º Si la necesidad pide colocar alguna tienda, confíese a alguno de honradez y fidelidad conocida; las más de las veces, no son conocidos los hurtos que se cometen en tales días de fiesta.— 6.º Máxima vigilancia para que los alumnos internos no puedan alternar libremente con los externos». El Capítulo juzgó que el primer punto sobre alfombras y tapices era de difícil cumplimiento, pero don Bosco dijo tajantemente:

—Tocante a esto, véase lo que fuere mejor; pero ésta es mi opinión.

Los muchachos, que no le veían más que algunas veces y de paso, seguían siendo objeto de sus paternales solicitudes. Un día hizo anunciar que conocía sus conciencias y que todos los que quisiesen aprovechar la ocasión podían hablar con él, en el confesionario o fuera; dijo especialmente que les hablaría de su porvenir. Los primeros en rodearle impacientes fueron los alumnos de los cursos superiores. Muchos de ellos quedaban maravillados y se comunicaban después, en las recíprocas confidencias, lo que habían oído, o, cuando menos, se repetían uno a otro cómo les había mostrado con exactitud el estado en que se encontraban. Don Pablo Ubaldi nos hablaba emocionado de ello en los últimos días de su vida. Al acabar el coloquio con el Santo le había dicho:

—Ten cuidado con la serpiente, que intenta envolverte en sus anillos.

En su ingenuidad, narró casualmente este detalle a otro muchacho, que palideció y exclamó:

—¡Ah!, la serpiente soy yo. Tú no te has dado cuenta; pero es así.

De alguna velada expresión suya, se trasluce que don Bosco le dijo en aquella ocasión y le repitió después que, si se hacía salesiano, daría gran lustre a la Congregación [3].

---

[1] Quiere decir exclusión de instrumentos musicales de metal y violines, que, a la sazón, se acostumbraba admitir en todas partes en las grandes solemnidades.

[2] En aquellos tiempos hacíase una gran feria de libros y objetos religiosos y escolares, para comodidad y provecho de los alumnos, que compraban con las llamadas *marcas* o sellos. (Fue fantástica después en España, la feria de María Auxiliadora de Sarriá, con «tiendecillas» de mercancías de toda suerte, en las que sólo se compraba con billetes que se adquirían en el Banco de María Auxiliadora. Había música y podía entrar el público de la calle). *(N. del T.).*

[3] Pero se lo dijo en términos vagos. La segunda vez, siendo don Pablo Ubaldi ya clérigo, don

Dos alumnos del quinto curso, Maffei y Manelli, ambos lombardos **[469]** e íntimos amigos, se presentaron juntos a don Bosco para pedirle consejo sobre su vocación. Maffei habría querido hacer los tres cursos de Liceo y los de Universidad para encaminarse a una profesión civil; Manelli, en cambio, deseaba hacerse salesiano o, por lo menos, sacerdote secular. Don Bosco, después de pensarlo un rato, contestó al primero:

—Tú, Maffei, llegarás a ser un buen párroco.

Y dijo al otro:

—Tú, Manelli, no serás salesiano ni sacerdote; sino que irás a las escuelas del Estado y esperamos que sigas siendo bueno y te distingas.

Los dos salieron descontentos y resueltos a seguir su inclinación. Maffei fue admitido en el liceo de Alassio; pero, a fines del curso, fue enviado a su casa, tal vez por motivos de salud e ingresó después en el seminario donde llegó a ser sacerdote. A Manelli le sucedió al revés: ingresó en el Seminario, se cansó pronto y pasó al liceo de su ciudad natal, donde murió siendo estudiante universitario después de una vida algo borrascosa.

He aquí otro caso parecido, que despertó gran sorpresa. El joven Esteban Ghigliotto, de Varazze, primo del salesiano don Francisco y alumno externo de aquel colegio, había decidido hacerse salesiano. Guiábale cuidadosamente en su vocación el catequista de la casa don José Descalzi. Una vez obtenido el consentimiento de los padres y preparado el equipo, su primo le presentó en el colegio al Santo, con estas palabras:

—Aquí tiene, don Bosco, a este primo mío, que quiere hacerse salesiano.

Don Bosco, sin hacer al joven ninguna de las consabidas preguntas, respondió a don Francisco:

—Bien, dale un *Giovane provveduto* [1]. No añadió más y se despidió de él. Aquella respuesta, tan seca, dejó pasmado al presentador, que, para sus adentros, sacó en seguida esta consecuencia:

—Mi primo no llegará a ser salesiano, sino que se quedará seglar. Ese deber ser el significado del ofrecimiento de aquel libro.

En efecto, Esteban, firme en su propósito hasta casi la víspera de la salida para Turín, de improviso dio marcha atrás y no quiso ir, por

---

Bosco cortó bruscamente la conversación y, en tono severo y mirándolo fijamente a la cara, profirió una expresión, que lo dejó desconcertado. —¿Quién te crees ser, por quién te tienes? le preguntó seriamente. Tal vez quiso ahogar en él cualquier posible principio de vanidad.

[1] Título del libro de oraciones, compuesto por don Bosco y usado en todas las casas salesianas, titulado más tarde en la traducción española *El joven cristiano (N. del T.)*.

más que don José Descalzi intentara animarlo. Entró, en cambio, en el Seminario **[470]** diocesano; de donde salió después de dos meses y, en su día, contrajo matrimonio.

Fue también a don Bosco, para pedirle consejo sobre su vocación, el alumno Juan Masera, que era uno de los primeros de su curso y acostumbrado a distinguirse en los certámenes públicos. Contestóle el Santo entre bromas y veras:

—¡A ti no te quiero!

El joven se doctoró en letras, es profesor en las escuelas del Estado y recuerda con afecto y agradecimiento a aquél, que guió sus primeros pasos por el camino del saber y del honor [1].

Sin duda, don Bosco recibía a menudo luces superiores para el discernimiento de las vocaciones. En la tarde del día 31 de octubre de 1885, dijo a don Juan Bautista Lemoyne que, a veces, mientras estaba en la iglesia, veía salir del altar una especie de lamparita, que, después de dar vueltas y más vueltas, se posaba sobre la cabeza de algún muchacho; y que aquello era para él señal evidente de vocación en el designado.

Se mantenía siempre en el Oratorio más o menos viva la curiosidad por saber qué veía don Bosco en las conciencias; también el clérigo Viglietti estaba interesado en ello. Y, como entonces gozaba de familiaridad con el Siervo de Dios, llevaba a veces la conversación a este tema. Así, un día, le preguntó sobre el sueño de las horcas, en el que había visto el interior de muchos [2], y el Santo le contó un episodio acaecido en aquel tiempo. Se le presentó un joven, que le hizo una especie de exposición de su estado de conciencia, pero callándole las cosas más importantes, de las cuales se avergonzaba.

—Pero ¿no ves, le dijo don Bosco, que tú me callas esto y aquello?

—¡Ah!, exclamó como indignado el joven, usted ha hablado con mi confesor; no puede ser de otro modo.

—¡Te aseguro que no! ¿No sabes que yo leo en tu conciencia como en un libro?

—No, no, usted ha sabido estas cosas por mi confesor.

[471] —¡Pobrecito! Se ve que no conoces a don Bosco.

No hubo manera de desengañarlo. Se marchó confuso y muy malhumorado; pero, al día siguiente, domingo, volvió muy arrepentido y

---

[1] Como era rápido en escribir, estaba encargado por don Miguel Rúa, con otros, de tomar nota de las charlas públicas de don Bosco.

[2] Véase Vol. XI, pág. 224.

pesaroso para pedirle perdón, agradeciendo a Dios y a don Bosco la gracia de su sincera conversión [1].

Todavía se recuerda en Carignano un hecho extraordinario, que sucedió precisamente el día dos de junio, fiesta de María Auxiliadora. El clérigo novicio de Carignano, Luis Nicola, había caído gravemente enfermo en San Benigno Canavese, y había vuelto a su casa por voluntad de sus padres. Sus condiciones de salud empeoraban continuamente. Don Miguel Angel Chiatellino, el gran amigo de don Bosco, fue a Turín con ocasión de la fiesta de María Auxiliadora y, al encontrarse con el Santo, recomendó el enfermo a sus oraciones. Don Bosco respondió sonriendo:

—Tranquiliza a su familia; el clérigo Nicola no necesita de nuestras oraciones; al contrario, ya está rezando por nosotros. A estas horas, está en el paraíso. Ha pasado a saludarme en el momento de la elevación en la misa.

Don Miguel Angel Chiatellino sacó el reloj, miró la hora, hizo el cálculo y, al llegar por la tarde a Carignano, se enteró de que el clérigo había muerto durante el tiempo que don Bosco celebraba la misa.

Nos parece que no debemos pasar por alto el testimonio de otro hecho prodigioso, sucedido por aquellos mismos días y referido por una persona que lo vio y lo oyó y a la que don Bosco apreciaba mucho por su piedad y caridad. En las cercanías de La Réole, cabeza de partido en el departamento de Gironde (Francia), vivía una religiosa, que sufría cada viernes los dolores de la Pasión de Nuestro Señor. La señorita Lallemand y su madre, a pesar de su desconfianza, quisieron ir a verla. Se encontraron allí con eclesiásticos y seglares que colocaban sobre el lecho de la extática cartitas pidiendo gracias. Hicieron ellas lo mismo, pidiendo en su escrito por las necesidades espirituales y temporales de don Bosco. **[472]** La extática que, después de sufrir los dolores de la Pasión, recibía el consuelo de la visita de María Santísima, se arrodilló, rebuscó entre el gran montón de cartitas y, cuando tocó la que hablaba de don Bosco, se puso a alabar a Dios por su celo apostólico y por la multitud de almas que arrancaba a Satanás con el ardor de su caridad. Dijo: «¡Qué necesario sería que hubiese ministros de Jesucristo semejantes a él! El os suplica continuamente, oh María, poder servirlos hasta su último aliento a través de sus pruebas y enfermedades». Después, postrándose sobre la cartita, siguió: «En cuanto a mí, este ardiente siervo de María nunca saldrá de mi espíritu ni de mi corazón hasta mi último suspiro». Terminado el

[1] Diario de Viglietti, 13 de noviembre de 1885.

éxtasis, la Cooperadora se acercó y aquélla le dijo algo que le causó gran consuelo. Hacía poco que había muerto su padre, sin poder recibir los sacramentos, por lo que lo mismo ella que su madre, estaban angustiadas con la duda de su eterna salvación. Pues bien, la vidente le dijo que el alma de su padre no esperaba más que alguna misa y alguna oración para ir al paraíso; que se había salvado porque ella, su hija, había rezado mucho por él y había hecho muchas obras buenas en el momento de su muerte. Poco más o menos, había hablado como antes lo había hecho don Bosco [1].

El día nueve de junio por la tarde, llegó una visita de Francia totalmente inesperada. En la portería del Oratorio había un Purpurado, de noble presencia y luengas barbas, acompañado por un sencillo familiar, que preguntaba con ansiedad al portero si estaba don Bosco en casa. Al responderle que sí, exclamó:

—¡Soy feliz! Temía no encontrarlo.

Era el cardenal Lavigerie, arzobispo de Cartago [2]. Estuvo cerca de una hora con don Bosco, renovándole el ruego, que le había hecho en París, de enviar algunos de los suyos para atender a los italianos residentes en Africa. Después de visitar las escuelas y los talleres, fue a la iglesia de San Francisco de Sales, donde habló a los aprendices, animándolos **[473]** a manifestarse siempre cristianos abiertos y generosos en todas las circunstancias de su vida. Cuando vio el retrato de monseñor Cagliero, preguntó quién era aquel Obispo. Se le dijo todo y se le recordó el 1871, cuando había pasado por el Oratorio y se había cantado en su presencia un himno en honor de Pío IX.

—¡Ah! dijo, ¿es el autor de aquel himno? Lo recuerdo muy bien.

En efecto, recitó los primeros versos y hasta cantó la melodía de *A Roma, fieles...* [3]. Al dejar el Oratorio, prosiguió hacia Roma adonde se dirigía.

Otro distinguido Prelado visitó, tres días después, a don Bosco; era monseñor Juan Marangò, arzobispo de Atenas y Delegado Apostólico en Grecia para los católicos orientales. También éste tuvo con él un largo coloquio.

Finalizadas, con sus correspondientes consecuencias, las fiestas en honor de la Madre del Cielo, los corazones se anticipaban presurosos con el deseo a las del querido Padre de la tierra; se había introducido la costumbre de que don Miguel Rúa avisase del acontecimiento a los

[1] Véase más atrás, pág. 341. El hecho, que aquí se narra, se encuentra en una relación a la señora E. Lallemand de Montauban, 7 de junio de 1885.

[2] Véase vol. XVI, pág. 216.

[3] Carta de don José Lazzero a monseñor Cagliero, Turín, 11 de junio de 1885.

Cooperadores turineses junto con el anuncio de la fiesta de san Luis. La forma poco más o menos solía ser ésta: «Al enviarle esta sacra invitación para la fiesta de san Luis Gonzaga, se permite notificarle el que suscribe que, el día veinticuatro de los corrientes, fiesta de san Juan Bautista, es el día onomástico de nuestro amadísimo Rector y Padre don Bosco, que será solemnizado por sus hijos con composiciones musicales y literarias. Con el fin de dar mayor realce a la fiesta, invita respetuosamente a V. S. para que bondadosamente se digne honrar con su presencia nuestro entretenimiento, que tendrá lugar el día veintitrés, a las ocho de la tarde, y el día de la fiesta, hacia las siete y media de la tarde». Es digno de notar el modesto estilo de la invitación, con la connotación de «sacra».

La renovación de esta fiesta ocasiona siempre nuevo regocijo. «Es una fiesta, escribió un semanario ya citado [1], que tiene un no sé qué de grandioso y poético. Huelga decir que hay música y música **[474]** escogida; pero lo que allí supera a todo y domina el ambiente es la cordialidad. Desde la víspera, los muchachos del Oratorio preparan los regalos para presentar a su buen Padre»

Hubo uno que agradó muchísimo y fue el retrato al óleo de mamá Margarita, obra de Rollini, que se admira hoy día en las habitaciones del Santo. Este, después de examinar detenidamente la pintura, exclamó:

—¡Realmente es ella; sólo le falta hablar! [2].

Ya hemos recogido, en otras ocasiones, simpáticas expresiones de cartas de muchachos del Oratorio sobre la cordialidad [3]; haremos aquí un florilegio, entresacado de las cartas escritas para la misma ocasión en 1885, por los hijos de América. Son otros tantos documentos que atestiguarán a los venideros, la gran verdad de que don Bosco era un «ladrón de corazones» [4].

---

[1] El *Amico del Popolo,* 4 de julio.

[2] Carta de don José Lazzero a monseñor Gagliero, Turín, 3 de julio de 1885.

[3] Véase Vol. XIV, págs. 434 y sigts.

[4] Con las letras que forman la aclamación *Viva don Bosco Giovanni* se compusieron las iniciales de dos anagramas, uno en latín y otro en italiano.

*V*ivi,	*O*vunque	*A*ttollite	*D*ulcissime	*G*radisci
*I*n eterno	*S*pandi	*N*omen	*O*ptime	*I*ntimi
*V*ivi,	*C*aritatemque	*N*ostri	*N*oster.	*O*nomastici
*A*ugusto	*O*mnibus,	*I*oannis,	*B*enevolentiam	*V*oti,
*D*olcissimo	*G*audio,	*V*ale	*O*stendis	*A*uguri
*O*ttimo	*I*uvenes,	*I*terumque	*S*ingulis	*N*ostri,
*N*ostro Padre.	*O*mniumque	*V*ale	*C*onfortando	*N*ovello
*B*enedizioni	*V*oce	*A*uguste Pater	*O*gnuno.	*I*nviato.

El Vicario Apostólico no dejaba, por ser Obispo, de considerarse un buen hijo de don Bosco. «¡Sus hijos, escribía [1], en este día onomástico *"guerréggiano e garéggiano"* (guerrean y porfían) **[745]** intentando superarse, uno a otro, en santos arrebatos de afecto filial, alabanzas, bendiciones, promesas y vítores de años sin fin al que es su Superior, Bienhechor y Padre! ¡Envidiable porfía, noble certamen y justo alborozo de los hijos, los hermanos y de toda la familia salesiana! ¡Para su primogénito y para sus hijos de América (¡qué lejos está!) no queda, en este día de santa y común alegría, más que el dulce recuerdo del *pasado,* que quisiéramos convertir en dulcísimo *presente,* para demostrarle también nosotros que abrigamos valor en nuestro pecho y tenemos en el corazón los mismos sentimientos que todos los demás! Porque, aunque estamos lejos, llevamos grabadas con nosotros, en nosotros y dentro de nosotros las palabras: DON BOSCO - ORATORIO - VALDOCCO Y MARIA AUXILIADORA, capaces de excitar los deseos de nuestro corazón más que todos los discursos, poesías y músicas! Nuestros hermanos de Europa y los Benjamines de Turín disfruten en hora buena de las hermosas fiestas, gocen y alborócense; pero nunca nos ganarán en amor, agradecimiento y sacrificio por aquél que Dios nos dio como guía, maestro, pastor y padre. Bendiga a sus hijos de América y a su primogénito».

En nombre de los hermanos dedicados a las misiones de Patagonia y a las dos casas de Buenos Aires el secretario de Monseñor se unía, a todos los otros hijos de don Bosco, para expresar «con júbilo y satisfacción de su corazón» los más ardientes votos para que Dios misericordioso conservase todavía mucho tiempo su preciosa vida en paz y felicidad y: «¡Quiera el Cielo, exclamaba, queridísimo padre don Bosco, que por muchos y muy felices años continúe dirigiendo, gobernando y sosteniendo a sus numerosos hijos!».

Durante su forzada permanencia en Buenos Aires, el infatigable misionero don Domingo Milanesio, después de ofrecerle sus felicitaciones y mencionar sus propias penas, en las que, después de Dios le consolaba más que nada el recuerdo de las peripecias de don Bosco

---

Traducción:

Anagrama en latín: *Salve/de nuevo/salve/Augusto/dulcísimo/óptimo/Padre nuestro/Benevolencia/muestras/a cada uno/y caridad/a todos/Con gozo los jóvenes/y todos/la voz/elevad/al nombre/de nuestro/Juan.*

Anagrama en italiano: Vive/por siempre/vive/Augusto/dulcísimo/óptimo/Padre nuestro/ Bendiciones/por doquier/ esparce/confortando/a todos/Agradece/íntimas/fiestas/votos/augurios/nuestros/novel/enviado.

[1] Buenos Aires, 23 de mayo de 1885. Encabezando la carta: *Viva San Giovanni.*

para fundar el Oratorio y la Congregación Salesiana, seguía diciendo: «Querría ofrecerle algo en esta ocasión; pero no sé qué elegir. Si le agrada, le recordaré los tres mil indios, que **[476]** sus hijos bautizaron durante el curso de unos años en Patagonia, de entre los cuales algunos centenares de niños pasaron ya a la gloria del Cielo. Ello será para su buen corazón motivo de satisfacción en su avanzada edad, al ver que el buen Dios comenzó ya a coronar sus sacrificios en las misiones de Patagonia».

Don Evasio Rabagliati, desde el colegio de San Nicolás, decía al veneradísimo y amadísimo Padre: «Aquí no cesamos de rogar por usted, a fin de que el Señor nos lo guarde muchos años todavía para bien de la Madre Congregación, de las almas y de toda la Iglesia; pero en este mes de junio, con ocasión de celebrar su fiesta onomástica, procuraremos aumentar estas oraciones en número y en fervor. ¡Es tan grato, tan dulce rezar por el Padre y por un Padre que tanto nos quiere y al que tanto debemos! Rece también usted por nosotros, amadísimo don Bosco, pues lo necesitamos; lejos del Oratorio, faltos de sus consejos, y de su bendición, es fácil perder el fervor salesiano».

Desde Argentina, se elevaba jubilosa la voz de su inspector, don Santiago Costamagna, con cordiales felicitaciones y una buena noticia: «Nos es imposible, queridísimo y veneradísimo Padre, manifestar nuestro júbilo en este momento, cuando todos unidos con Monseñor podemos gritar desde lejos, sí, pero con todo el corazón: ¡Viva nuestro Padre amadísimo! ¡Quiera el Señor conservárnoslo hasta después del cincuentenario! Acabamos de imprimir hace poco la vida de Miguel Magone en castellano y todos, especialmente los jóvenes, la leen con tal avidez que no hay ejemplares suficientes. ¡Cuánto bien hace esta biografía! ¡Bendita la mano que la escribió! ¡Padre! Tenga a bien recomendarnos al Señor para que todos podamos imitar a Magone en su arrepentimiento y en su invencible constancia hasta la muerte. Que san Juan le obtenga una corona de millones y millones de hijos más, a usted, el más querido de los Padres!» A la firma del Inspector seguían otras firmas de Salesianos.

La locura de la persecución religiosa en Uruguay se había **[477]** apoderado de los gobernantes, por lo cual el inspector, don Luis Lasagna, luchaba enérgicamente para defender los inmuebles y las personas. Escribía así: «No cabe duda de que no somos blanco de las iras sectarias de una manera especial, debido a nuestro rápido desarrollo. Colón, Paysandú y Las Piedras molestan a cierta gente (...). Por tanto le enviamos nuestra felicitación para su fiesta onomástica en momentos de gran zozobra, pero siempre muy sincera y fervorosa. ¡Qué nece-

sidad tendríamos de una palabra de don Bosco en estos días! ¡Por favor, ruegue por nosotros!».

Hay tres cartas de hermanos sacerdotes que también proceden de Uruguay. Don Luis Calcagno había esperado poder celebrar la fiesta onomástica de don Bosco en el Oratorio de Villa Colón, pero había hecho las cuentas sin contar con la huéspeda. Y declaraba:

«No pierdo, por esto, el buen humor; pero sentiría mucho que no pudiésemos hablarnos ya en esta tierra». Volvió a ver a don Bosco en 1887. Las otras dos cartas procedían de Paysandú. Una era del Director don Juan Allavena, y comenzaba con estas palabras:

«Hace cinco años que sus hijos trabajan en esta ciudad, y pueden por fin presentarse a felicitarle en su día onomástico, pero no sólo esto; al enviarle un filial saludo, desde las orillas del Uruguay, un coro de voces infantiles, expresión del más sincero afecto, se une a las nuestras para felicitarle en este día y bendecir al Señor rogándole nos lo conserve todavía largos años. Son nueve hijitos recogidos bajo el manto de María Santísima Auxiliadora, que reconocen en usted al enviado de la Celestial Señora para enseñarles a amarla y ser buenos». Y don Juan Bautista Rossetti recordaba las frecuentes recomendaciones de don Bosco a sus hijos para que le ayudasen a salvar sus almas y ponía a los pies de la Virgen, en la faustísima ocasión, el doble voto de corresponder siempre a sus santos deseos y a sus paternos cuidados y de ver conservada por Dios largo tiempo su preciosa existencia.

Seis clérigos le manifestaban, desde diversas partes, su tierno afecto con toda el alma. Cavaglià escribía: «Siempre llevo en el corazón y en **[478]** la mente su recuerdo (...). Su recuerdo me impidió, más de una vez, caer en pecado. El pensar en usted en ciertos momentos de tentación, de sufrimiento, de tristeza, me animaba a luchar, a trabajar; me devolvía la alegría perdida (...). Desearía tener algo escrito por usted, sólo unas palabras, un pensamiento como recuerdo suyo».

Giovannini decía: «Yo, carísimo Padre, querría ser literato, poeta, para poder decirle muchísimas cosas; mas soy un pobre clérigo, carente de todo lo que quisiera. Pero, en este día tan hermoso, quiero, por lo menos, hacerle un regalo, una santa comunión fervorosa, pidiendo al Señor que me conceda escribirle muchísimas veces más en este día, tan hermoso para usted y para sus hijos. Bendiga, carísimo Padre, a su hijo para que sea cada vez mejor y fervoroso imitador de sus virtudes».

Grando se expresaba así: «Tengo ante todo que dar gracias al Señor y a usted por haberme destinado a esta casa. Durante dos años seguidos, pedí al Señor poder venir a estas tierras. Verdad es que, por

mi escasa salud y mi poco talento, no puedo servir para nada; pero no faltan en la Congregación ocupaciones adaptadas a mi condición. Hago de buen grado lo posible para cumplir bien mi cargo de asistente general. No olvidaré sus saludables consejos en los momentos en que la práctica de la virtud requiera algún esfuerzo. Le aseguro, Padre, que no me falta la buena voluntad con el auxilio del Señor».

Milanese, entonces clérigo, más tarde coadjutor y meteorólogo, escribía: «Don Bosco es para mí toda mi riqueza, y yo no querría a nadie más que a él: pienso siempre en él, hablo de él continuamente con todos y toda exageración me parece pequeña... Tengo consagrados a Dios todos mis trabajos, mis fatigas y tribulaciones; y a pesar de eso la débil naturaleza quiere vencerme en toda ocasión. Pero, si me apresuro para volverme a mirar el modelo, que me he propuesto en mi papá don Bosco, el cansancio me parece ligero y toda tribulación me parece en estos lugares un premio a mi sacrificio (...). Tal vez, querido Padre, le parezcan algo exageradas mis palabras; pero no es así. Sentía necesidad de un desahogo y me **[479]** permito hacerlo precisamente en un tiempo en el que todos recuerdan sus beneficios y el amor que demuestra a sus hijos. Si yo supiera, en este día, que, entre todos sus hijos, hay alguno que le quiere más que yo, sentiría un gran disgusto, porque yo le amo a más no poder, pues tengo ante Dios una deuda sagrada de amarle y serle agradecido».

El irlandés O'Grady decía en su carta: «Me uno de todo corazón a mis hermanos de estas lejanas tierras para expresarle mi afecto y mi devoción y desearle con todo el ardor de mi alma una fiesta buena y feliz, seguida de muchas otras más. Sí, querido y amadísimo Padre, los más ardientes deseos que un hijo pueda tener para un Padre amado, los tengo yo por usted; se alegrará, querido Padre, cuando sepa que me encuentro muy bien aquí, contento con mi vocación y con la esperanza de la perseverancia gracias al Señor. No olvido, no, a quién debo, después de Dios, este tan gran favor, esta felicidad tan cumplida. Quisiera, amadísimo Padre, poderle manifestar toda la gratitud que siento por usted; pero sinceramente me faltan palabras para hacerlo. Espero, sin embargo, lograrlo de otra manera, esto es, con los hechos, procurando ser un verdadero salesiano y digno hijo suyo».

Soldano se manifiesta así: «¡Felices días los que pasé en el Oratorio! Han quedado tan profundamente grabados en mi alma que no puedo olvidarlos; es tan grande el bien que en ellos se me hizo que jamás lo olvidaré; más aún, al conocerlo cada vez mejor, cada día crecerá mi afecto, mi gratitud hacia usted, querido Padre, que tanto se preocupó por mi felicidad! (...). Queridísimo Padre, no puedo mani-

festarle con la pluma la satisfacción que experimento con mi vocación y lo feliz que me siento en mis trabajos».

Y, por fin, Stefenelli: «El día veinticuatro de junio espero encontrarme ya en mi querida Patagonia. Pues bien, querido Padre, aquel día pediré a Dios que le consuele en esta tierra llegando a ver aquellas míseras regiones convertidas, si no del todo, por lo menos en gran parte, a la verdadera religión por obra de sus hijos. Por mi parte, le prometo que quiero sacrificar toda mi vida para gloria de Dios; pero los peligros son muy grandes y mi debilidad mayor todavía. Obténgame, querido Padre, de María Auxiliadora **[480]** la conservación de la bella virtud y una verdadera humildad, y yo cumpliré sus deseos».

Tres coadjutores comunican también su afecto a don Bosco. Uno es Nicolás Fasciolo, el cocinero: «Pensando que también yo, aunque indigno, soy su hijo, le escribo la presente saludándole de todo corazón y como verdadero hijo. Le ruego que, cuando le venga bien, me escriba alguna palabrita usted mismo o por medio de su reverendo secretario, con tal de que usted se digne firmarla con su propia respetable mano y, al mismo tiempo, me bendiga, pues lo necesito mucho. ¡Reverendísimo Padre, ayúdeme, ayúdeme! Dígnese saludar a su gran ayudante de campo don Miguel Rúa y a don Celestino Durando. Dígales que pidan por su antiguo cocinero Nicolás Fasciolo, que ahora se encuentra en San Nicolás de los Arroyos. Le saludo de todo corazón y envío un beso con todo mi corazón en su bendita mano diestra que me bendice».

Otro, Jardini, escribía: «Siempre me acuerdo de usted y jamás le olvido. Acepte mi gratitud por todo el bien que recibí de usted desde que me encuentro bajo su dirección. Le recomiendo mi alma, y, si me salvo, lo deberé a sus oraciones».

El tercero Zanchetta: «Fui afortunado porque pude estar a su lado algún tiempo y, más todavía ¡por servirle la comida! Espero más adelante llegar a conocer cada vez mejor qué afortunado fue aquel tiempo; hasta ahora todavía no me di cuenta de que estoy fuera de Italia, de Europa, y esto porque aún no me separé del que lleva el retrato de don Bosco en sí mismo [1]; me daré cuenta, repito, cuando en medio de los salvajes se necesite mucha fuerza para meterse en el espíritu de don Bosco; pero yo estuve junto a él y esto bastará para ponerme pronto el retrato de su espíritu ante los ojos de la mente y llenarme de él con la ayuda de Dios. Concédale el Señor suficiente salud para poder venir a encontrar aquí en América, en Patagonia, en *su Patago-*

[1] Alusión a monseñor Cagliero.

nia, a sus queridos hijos. Yo querría pretender si fuese lícito, pero no sé si lo será, querría decirle que, cuando escriba a Monseñor no se olvide de que, **[481]** en un rinconcito, está también el familiar *barbudo:* no me niegue una palabrita, un rengloncito siquiera, querido padre, si está bueno y que pueda escribir alguna cosa *para mí,* que María Auxiliadora se lo diga y usted me la repita».

Los hijos más cercanos a él asistían a la fiesta con la alegría pintada en el rostro, pero con un gran dolor en el corazón. Veían que, sin un milagro de Dios, el desgaste físico de su Padre, en vez de disminuir o por lo menos detenerse, aumentaba cada día más. En el acto académico de la víspera, había podido hablar al público reunido en el patio con cierta fuerza y vigor; en la tarde siguiente, por el contrario, apenas dijo unas palabras, limitándose a dar una bendición en nombre del Padre Santo León XIII [1].

Entre los que acudieron a la fiesta onomástica de don Bosco estuvo el joven sacerdote bávaro Juan Mehler, que adquiriría mucha fama con sus numerosas publicaciones de sociología y educación cristiana popular. Todo lo observó y atesoró para difundir, al volver a su patria, sentimientos de calurosa simpatía por don Bosco y por su obra en los ambientes de actividad católica. En la XXXIII asamblea anual de los católicos alemanes, reunida en Münster, del treinta de agosto al tres de septiembre, habló de las instituciones y métodos del Santo ante aquella imponente representación del catolicismo alemán. Lo que más impresionó a los congresistas fue la organización de los oratorios festivos por su carácter social. El ardoroso propagandista llevó al Congreso la bendición de don Bosco y escribió: «Los alemanes aprecian y apreciarán a don Bosco como se quiere a un padre» [2]. Mientras tanto se dedicaba con ardor a hacer cooperadores salesianos, especialmente en Baviera [3], y hubiera querido que don Bosco lo autorizara a firmar él los diplomas en su nombre; **[482]** pero don Bosco no creyó conveniente conceder esta autorización. Tratóse este asunto en la sesión capitular del día diecisiete de septiembre, y dijo:

—Los diplomas se imprimirán en alemán y se firmarán en Turín. Al enviar los diplomas a los nuevos Cooperadores, podrá unirse a ellos una carta, en la que se ruegue a estos señores, todos ellos personas distinguidas, que tengan a bien buscar ellos mismos otros Coope-

[1] Carta de don José Lazzero a monseñor Cagliero, Turín, 3 de julio de 1885.

[2] El *Bollettino* de noviembre publicó, traducida, una carta suya, sin una palabra siquiera de presentación y sin fecha (Ap. Doc. núm. 73).

[3] Un señor, que se había hecho cooperador por mediación de Mehler, pidió a don Bosco la agregación espiritual de su Patronato de Münich a la Sociedad Salesiana (Ap. Doc. núm. 74).

radores, que nosotros podemos agregar. No tenemos que dejarnos escapar esta circunstancia. Yo deseaba entablar relaciones con Alemania, pero no sabía cómo lograrlo. Este hecho es providencial. Intentar introducirnos de otra manera habría sido ridículo. Hay ahora dos biografías de don Bosco escritas en alemán que han abierto cada vez más el camino. Ya veréis que se hará mucho bien y nos llegarán socorros.

Don Bosco, decíamos, había recibido de Dios en sumo grado el don de hacerse querer. Lo puso de relieve encarecidamente el teólogo Antonio Berrone en un cordialísimo discurso. Hablando en la gran velada, en nombre de los antiguos alumnos, dijo [1]: «También tú, oh don Bosco, puedes con razón ufanarte de enseñorearte de los corazones. Permite que te lo diga y lo repita: eres un ladrón y un ladrón incorregible, porque siempre has robado y sigues robando los corazones de todos los que te conocen. Pero este hurto, quede bien claro, no se comete *invito domino,* es decir contra la voluntad del dueño, todo lo contrario; es más, todos los que te quieren están orgullosos de quererte y de ser queridos por ti».

Don José Bologna había ido desde Francia a la fiesta y se llevó consigo a un alumno del colegio de Lille, Mauricio Berthe, el cual pasó ocho días en el Oratorio. La víspera de partir sentía, más que el deseo, una verdadera necesidad de hablar con don Bosco para consultarle sobre su vocación. Una voz interior le llamaba a servir al Señor de cerca; pero era una voz incierta y sin indicación alguna, que le permitiera orientarse. **[483]** Sucedióle que, mientras se paseaba lentamente y pensativo por la galería, que conducía a la habitación del Santo, esperando una persona caritativa que lo introdujese hasta él, salió inesperadamente de ella don José Bologna, el cual, adivinando su intención, lo hizo entrar. Tímido y preocupado por lo que más le interesaba, no puso atención a las primeras palabras de don Bosco al recibirlo, hasta que, al poco rato cobrando ánimo, le dijo:

—Yo quisiera consagrarme al Señor, pero no sé adónde encaminarme.

Respondióle don Bosco:

—Dentro de poco, tendrás que ir a filas como soldado. Ve allí y, después, harás lo que te indiquen tus superiores.

Frustradas sus esperanzas de oír una palabra clara y precisa, que lo librara de toda incertidumbre, aun cuando fuese la sugerencia de

[1] Teol. Antonio Berrone, *Don Juan Bosco ladrón de corazones.* En el faustísimo día onomástico de este año, sus antiguos alumnos. Turín Tip. Sal. 1885.

abrazar la vida salesiana, salió descontento; pero, más tarde, comprendió que don Bosco había sido profeta. Tenía todavía que pasar el sorteo militar, podría tener la suerte favorable que le acarrease la exención del servicio militar; después, por tener todavía un hermano suyo en el servicio activo, quedaba legalmente libre; en todo caso, tenía otras dos razones de baja por defecto físico, ser corto de vista y cierta deformidad en ambas piernas. Don Bosco debía ignorar todo esto, puesto que ni se había dicho una palabra de quintas. Todo ello, pues, dio pie al interesado para no prestar fe a la contestación recibida. Pero las dos circunstancias se realizaron exactamente. Berthe sacó un número bajo; por disposiciones recientes no le valió tener un hermano en el servicio y la junta de reclutamiento no tuvo en cuenta las anormalidades mencionadas, de modo que tuvo que ir a prestar el servicio militar; después, acabado éste, una persona autorizada le dijo que ingresara en la orden de los Cistercienses; así lo hizo y en ella vive actualmente [1].

Don Pedro Perrot llevó también al Oratorio, poco después de la fiesta de san Juan, a un joven de Tolón, que deseaba hacerse salesiano [2]. Pidió a don Bosco licencia para ir y recibió la siguiente respuesta:

[484] *Queridísimo Perrot:*

Estoy muy contento de que vengas a verme con el hijo del señor Marquand, para quedarse definitivamente con nosotros si ésta es su voluntad. Por consiguiente, si se quiere, puede diferirse el viaje; pero, que sea cosa resuelta y que su hijo esté con nosotros para hacer una verdadera prueba. Está muy bien lo que dices y lo que haces. Que Dios os bendiga a ti y a nuestros queridos hijos y créeme en J. C.

Turín, 14 de junio de 1885

JUAN BOSCO, *Pbro.*

P.D. Cordialísimos saludos al Conde y a la condesa Colle, al señor Marquand.

Los exalumnos, por otra costumbre que casi se convirtió en ley, fueron invitados por Gastini, de acuerdo con don Bosco, para una reunión especial, el día veintiséis de julio los seglares, y los sacerdotes el treinta. El día onomástico habían regalado a don Bosco dos grandes candeleros dorados, para adorno del altar mayor de la iglesia de María Auxiliadora.

[1] Carta a don Agustín Auffray, Romont (Suiza), noviembre 1934.
[2] Véase carta de don Bosco a los condes Colle, 14 de julio de 1885.

Pero, antes de que llegasen aquellas dos fechas, don Bosco dejó Turín. Los fuertes calores de la ciudad habrían acabado por agotarlo; por eso, los Superiores del Capítulo, y también por consejo del médico, le rogaron que tomara un período de descanso en un clima más templado. El quiso contentarlos, trasladándose el día quince de julio a Mathi. Monseñor Alimonda, más como amigo afectísimo que como Cardenal Arzobispo, tuvo la bondad de ir en persona a saludarle. En el curso de la conversación, preguntóle Su Eminencia:

—¿Cómo van las cosas de casa? ¿Hay dificultades económicas?

—Mírelo, contestó don Bosco. Aquí tengo una letra de cambio urgente. He de devolver en el día de hoy treinta mil liras, y no las tengo.

—¿Y cómo hará, pues?

—¿Cómo? Espero en la Providencia. Hay aquí una carta certificada que acaba de llegar. Algo habrá dentro.

—¡A ver, a ver! exclamó el Cardenal.

Abrió el sobre y apareció un cheque de treinta mil liras. **[485]** No es para dicho que al Arzobispo, que era hombre de corazón, se le saltaron las lágrimas.

Cuando don Bosco contó este hecho [1] a sus íntimos, añadió otro ocurrido dos días atrás ante los ojos de don José Lazzero. Tenía éste que liquidar en el Oratorio una deuda muy grande; pero después de recoger todo el dinero, todavía le faltaban mil liras. La única esperanza descansaba en don Bosco. Corrió a Mathi.

—Mira, le dijo el Santo, todo mi haber está aquí, en esta carta certificada.

La abrió y contenía justamente un billete de mil liras. Don Bosco intercalaba, en estas ocasiones, acciones de gracias a la Providencia de Dios, animando a todos a agradecérselo y a poner en ella toda confianza.

Por asociación de ideas, nos parece oportuno referir aquí la conversación que tuvo don Bosco con el conde Pablo Capello de San Franco, el cual dejó escrita la relación auténtica [2]. El Conde no conocía todavía al Santo el 1885; por esto, aprovechando una breve parada que hizo en Turín porque debía entregarle un donativo, pensó valerse de esta circunstancia para acercarse a él. Fue introducido por monseñor Cagliero y encontró a don Bosco sentado en un sillón con las piernas tendidas sobre dos sillas. Se arrodilló, besó varias veces sus

[1] Diario de Carlos Viglietti, 16 de agosto de 1885.
[2] Carta de don Juan Bautista Lemoyne, Parma, 9 de febrero de 1888.

manos y le entregó cien liras en oro. El Siervo de Dios, después de recibirlas, le enseñó un montón de cartas y sobres acabados de llegar y le dijo estas textuales palabras:

—Ha venido esta mañana a verme don Miguel Rúa y me ha presentado la urgencia que tenía de encontrar una considerable cantidad de dinero, porque vencía hoy una letra de gran valor y no contaba ni con un centavo. Le contesté que también yo estaba sin blanca, pero que confiaba en la divina Providencia, la cual proveería. Salió don Miguel Rúa de mi aposento visiblemente preocupado. Mientras tanto, me llegó el correo con un enorme montón de cartas. Abrí la primera que vino a mi mano y **[486]** me encontré una cantidad bastante considerable, que me enviaba un Cooperador y que superaba la pedida por don Miguel Rúa. Tomé otra del montón y era de un anónimo, que me ofrecía otra cantidad considerable. Entonces hice llamar a don Miguel Rúa, quien se maravilló de lo sucedido y hubo de palpar con la mano la intervención de la divina Providencia.

El evidente origen providencial de sus medios pecuniarios nos explica el concepto que don Bosco tenía del dinero. Un día preguntóle el arcipreste Della Valle sobre el rápido desarrollo de la Congregación, gracias al continuo auxilio que le suministraba la Providencia, y contestó:

—Mientras los Salesianos sepan valorar el dinero, la Congregación florecerá.

Estas palabras deben interpretarse en sentido espiritual: apreciar el dinero significa para él tenerlo muy en cuenta, porque es Dios quien lo envía, a fin de emplearlo según el espíritu y el fin de la Congregación.

Allí, a la orilla izquierda del río Stura, a una altura intermedia entre Turín y Lanzo y cerca de este ayuntamiento, en una habitación tranquila junto a la fábrica de papel, le volvieron las ganas de comer y recobró las fuerzas. El ruido de las máquinas no le molestaba. Gozaba paseando por el jardín y se recreaba contando bonitos pasajes de su vida. Aliviábale también la compensación del sueño.

Este bienestar le permitía ocuparse más intensamente de los asuntos, por lo cual deseaba tener siempre a su lado algún miembro del Capítulo Superior; los Capitulares se turnaban en Mathi, y pasaban con él hasta algunos días. «También yo estuve cuatro días enteros, escribía don José Lazzero a monseñor Cagliero el día primero de agosto; comprenderás fácilmente lo felices que fueron para mí aquellos días».

Pero la noche del diecisiete de julio, no pudo descansar; desde que

cerró los ojos, una representación de la fantasía lo tuvo ocupado hasta el amanecer.

—No sé, dijo a la mañana siguiente, hablando con algunos Salesianos, si estaba despierto o dormido, pues me parecía estar en contacto con la realidad.

[487] Le pareció salir del Oratorio, con su madre y con su hermano José, encaminándose hacia la calle Dora Grossa, hoy Garibaldi, dirigiéndose después a San Felipe, donde entraron para rezar. A la salida le aguardaba una gran muchedumbre de gente y cada uno de los presentes le invitaba a que pasase a su casa; pero él les decía que no podía, porque tenía que hacer algunas visitas. Un buen obrero, que descollaba entre todos, le dijo:

—Pero deténgase un momento a hacer la primera visita en mi casa.

Don Bosco accedió.

Después continuaron el camino en compañía de aquel obrero hacia el Po. Al llegar cerca de la gran plaza de Víctor Manuel, vio en una plazuela próxima un grupo de niñas que se divertían y el obrero, señalándole el lugar:

—He aquí, le dijo, que en estos terrenos usted tiene que fundar un Oratorio.

—¡Oh, por caridad!, exclamó don Bosco. No me diga eso. Tenemos ya demasiados Oratorios, tantos que no podemos proveerlos de personal.

—Pues, aquí se necesita un Oratorio para las niñas. Para ellas hay solamente oratorios privados, pero un verdadero oratorio público hasta ahora no se ha visto.

Continuando el camino hacia el Po, junto a los soportales de la plaza, a mano derecha, he aquí que todas aquellas niñas, suspendiendo los juegos se agruparon en torno de él gritando:

—¡Oh, don Bosco, acójanos en un Oratorio! Nosotras estamos en las manos del demonio que hace de nosotras lo que quiere. ¡Vamos! Socórranos; abra también para nosotras una arca de salvación, abra un Oratorio.

—Pero, hijas mías, mirad, ahora no puedo; me encuentro en una edad en la que no me es posible ocuparme de semejantes cosas... Pero, rezad al Señor, sí, rezad y El proveerá.

—Sí, rezaremos, rezaremos, pero usted debe ayudarnos, cobíjenos bajo el manto de María Auxiliadora.

—Sí, rezad. Pero decidme, ¿cómo queréis que yo haga para abrir aquí un Oratorio?

—Mire, don Bosco, dijo la que parecía más decidida: ¿ve esta calle

que corre a lo largo del Po? Pues, vaya al número 4. Es una casa donde ahora hay militares. Al frente de ellos está un tal señor Burlezza, **[488]** que está dispuesto a vender dicho local; se lo cederá, pues, de buena gana.

—Bien, bien, veré de hacer algo; vosotras, entretanto, rezad.

—Sí, sí, rezaremos, respondieron a coro las niñas; pero usted acuérdese de nosotras y de nuestras necesidades.

El Siervo de Dios entonces se alejó, quiso observar el local, encontró los militares, pero, al señor Burlezza, no. Después de esto dirigióse al Oratorio y, al llegar a él, se despertó.

Una vez que hubo contado el sueño, ordenó a Viglietti que tomara nota y que comprobase si, en realidad, existía aquel local, pues él no había visto nunca el número 4 a lo largo del Po, y si existía el señor Burlezza. Viglietti rogó inmediatamente al Rev. Bonora que se dirigiese al sitio indicado e hiciese las consiguientes averiguaciones. El Rev. Bonora encontró las cosas como don Bosco las había soñado, pero al parecer, según hace notar Lemoyne, el local en cuestión no estaba en venta.

El día veintitrés todos los alumnos del colegio de Lanzo fueron a ver a don Bosco, al que rodearon con afecto filial y de cuyos labios oyeron paternales recomendaciones. Su ingeniosa jovialidad los entusiasmó. Y, en realidad, el restablecimiento de la salud le devolvía también algo del antiguo encanto que ejercía en las masas juveniles. También podía trabajar. Un día estuvo hablando cuatro horas seguidas con el doctor Turina, director del hospital de San Mauricio Canavese, que había ido a tratar sobre un legado testamentario de interés común. Otro día escribió cinco cartas sin la dificultad de antes; después contó un montón de cosas divertidas y, recordando sus juegos de prestidigitación de los años juveniles, dio muestra de ellos con una varita, que, apoyada simplemente sobre el pulgar de la derecha, hizo saltar y dar vueltas de todas las maneras.

Este nuevo vigor lo movió a interrumpir la tranquila y fresca morada de Mathi para bajar a Valdocco el día veintiséis de julio y tomar parte en el banquete fraterno de los exalumnos seglares. Aquel día el estro poético de don Juan Bautista Francesia, tomando pie del mencionado discurso del teólogo Antonio Berrone, estableció en elegantes versos piamonteses un ingenioso **[489]** paralelo entre Napoleón y don Bosco, dando a éste en más de un punto la palma de la victoria sobre el otro [1]. Don Bosco puso fin al acto con unas breves palabras.

---

[1] *Don Bòsch e Napoleon, canson piemontéisa.* J. B. FRANCESIA, Turín, Tip. Sal. 1885. El

Mis queridos amigos. Os agradezco la demostración de afecto que me dais, por haber venido aquí a pasar estas cortas horas en mi compañía. Bendito sea Dios en vosotros, por vosotros y en medio de vosotros. Dios os conserve siempre con salud y en su santa gracia. Mi vida camina a su término; no sé si el Señor me dejará todavía en esta tierra, de modo que podamos encontrarnos una vez más en esta querida reunión. Pero, si yo me adelantare en la eternidad, os ruego me recordéis en vuestras oraciones, pues os aseguro que no os olvidaré en las mías. Si mi vida en la tierra hubiese de prolongarse todavía algunos años, podéis estar seguros de que seguiré queriéndoos y ayudándoos en lo poco que pueda. Mientras tanto, adonde quiera que vayáis y estéis, recordad siempre que sois hijos de don Bosco, hijos del Oratorio de San Francisco de Sales. Sed verdaderos católicos con sanos principios y buenas obras. Practicad fielmente la religión, que es la única verdadera y servirá para juntarnos a todos un día en la eterna bienaventuranza. Dichosos vosotros, si no olvidáis nunca las verdades, que me esforcé por grabar en vuestros corazones cuando erais jovencitos. Rezad por mí, que también rezo por vosotros. Concluyo uniéndome a vosotros para enviar un ¡Viva! al sapientísimo Pontífice León XIII y otro a nuestro Emmo. Cardenal Arzobispo, Cayetano Alimonda, que tanto cariño nos tiene.

Aquella misma tarde volvió a Mathi, rendido por el calor y el malestar. En Mathi recibió muy pronto la dolorosa noticia de que precisamente aquel día había fallecido en Roma el cardenal Nina, protector de la Congregación. Tenía setenta y tres años. Insigne por su ciencia y prudencia, prestó a la Santa Sede relevantes servicios en las prelaturas menores y, especialmente, cuando fue Cardenal. Fue Secretario de Estado bajo León XIII y más tarde Prefecto de la Congregación del Concilio. Firme en sus principios, tenía toda la moderación y longanimidad, que pedían los tiempos para el buen gobierno **[490]** de los asuntos eclesiásticos, y que se ajustaban del todo al espíritu de don Bosco. El último intercambio de devotos sentimientos por un lado, y de benévolas disposiciones por el otro, fue con ocasión del jubileo sacerdotal de Su Eminencia. Todos los colegios salesianos, hasta los de América, avisados con tiempo por don Bosco, se hicieron presentes con saludos y felicitaciones. El Cardenal telegrafió en seguida a don Bosco, el día veintidós de diciembre, dando las gracias a todos cordialísimamente; pero, cuando pudo hacerlo con más comodidad, escribió al Santo una preciosa carta, última demostración de la benevolencia otorgada por el amabilísimo Purpurado a nuestro querido Padre [1]. Como obligado tributo de agradecimiento, mandó el Santo celebrar en la iglesia de María Auxiliadora un solemnísimo funeral, al que

primero en comparar a don Bosco con Napoleón I fue en 1881 monseñor Forcade, arzobispo de Aix (véase vol. XV, pág. 54). Este gran cooperador y amigo de nuestro Santo murió en 1885, víctima de su celo por asistir a los apestados del cólera. Don Bosco hizo su conmemoración en Valsálice en el Capítulo Superior, el día dieciséis de septiembre.

[1] Ap. Doc. núm. 75.

asistió pontificalmente el Arzobispo, y dispuso que se aplicaran múltiples sufragios en las casas de la Congregación.

No se pudo impedir que regresara al Oratorio en la mañana del día treinta de julio para encontrarse con los exalumnos sacerdotes. Nada más aparecer en el patio, salió a su encuentro monseñor Berchialla, arzobispo de Cágliari y miembro de la Congregación de los Oblatos de la Virgen María, con quien subió a su habitación y se entretuvo durante casi una hora. Lo más importante para nosotros fue su plática final después de la comida, no tan breve como la anterior. He aquí el buen resumen, que ha llegado a nosotros.

No es mi intención deciros muchas palabras, sólo deseo haceros notar una cosa muy importante, que os recomiendo tengáis siempre grabada en la memoria. Es necesario remediar la falta de sacerdotes. No debiera haber un sacerdote que no se industriase por procurar, por favorecer, aun a costa de sacrificios, el espíritu de vocación en otros, para dejarlos como herederos sucesores en el ministerio de salvar almas. La falta de sacerdotes en muchos lugares es demasiado sensible y causa gran daño a los fieles. Nosotros, con nuestras débiles fuerzas, hemos hecho lo que nos fue posible en el pasado, para poner remedio a este inconveniente. Hemos instituido la Obra de los jóvenes adultos para encaminarlos a la carrera eclesiástica; recordaréis que Pío IX, en el último año de su Pontificado, bendijo la nueva Institución de los hijos de María Auxiliadora, destinada a proporcionar sacerdotes celosos a la Iglesia. **[491]** Esta obra fue aprobada por los Obispos y aplaudida por todos los que comprendieron la importancia de su finalidad. Algunos de los aquí presentes deben a esta institución haber sido elevados a la dignidad sacerdotal. Todos vosotros sabéis cuál es la naturaleza de la obra de los hijos de María Auxiliadora. Es una obra en favor de los jóvenes ya crecidos, que, por falta de medios económicos, de tiempo o impedidos por el servicio militar para seguir los estudios, no pudieron encaminarse al estado eclesiástico como habrían deseado y al que estaban llamados. Muchos de éstos esperan una mano amiga, que los ayude a recorrer el camino de su vocación. Esta mano, que los debe guiar, ya apareció, ya se les tendió y fundó su obra según la mente del gran Pontífice Pío IX. Por consiguiente, si os encontráis con un joven de buena voluntad, no le desatendáis; buscad los medios oportunos para que pueda llevar a cabo su carrera. Es necesario dotar a la Iglesia de misioneros, de párrocos, de coadjutores; es preciso remediar mil necesidades grandes, urgentes, que aumentan de día en día. Más de una vez encontraréis en vuestros pueblos, en vuestras parroquias, a jóvenes de quince, dieciséis, veinte años, que todavía no han comenzado los estudios y, sin embargo, tienen vivo deseo de estudiar. Estos no serían admitidos en los colegios ordinarios de educación por su edad; ellos mismos tendrían reparo para sentarse en los bancos de la escuela en medio de compañeros menores que ellos; encontrarían, por el escaso ejercicio de sus facultades mentales, enorme dificultad para seguir un curso regular de estudios. Estos acudirán a vosotros, pidiendo que los ayudéis a llegar al sacerdocio. Es un hecho que se repite cada día. Recibidlos amablemente, animadlos. Enviadlos adonde queráis. Si tenéis lugares aptos para este fin, adonde enviarlos y pueden pagar la pensión, bien; asunto concluido. Mas, si no sabéis dónde colocarlos, si no tienen medios suficientes, enviadlos a don Bosco, que buscará la manera de ayudarlos. Cuidad únicamente de observar si tienen vocación y si su conducta permi-

te presagiar un buen resultado. Para éstos siempre estarán abiertas las puertas de nuestras casas.

Eso es lo que quería deciros. Bendito sea el Señor que, una vez más, ha permitido que nos encontráramos todos juntos. Esmeraos, con el consejo que os doy, por acrecentar los méritos de vuestro ministerio sacerdotal. La gloria de la Iglesia es nuestra gloria, la salvación de las almas es nuestro interés. Todo el bien, que los otros harán por causa nuestra, acrecentará el esplendor de nuestra gloria en el Paraíso. La Virgen Santísima os proteja y esté Dios siempre con vosotros.

Antes de separarse, aquellos buenos hijos pidieron y obtuvieron que su querido Padre se sentase en medio de ellos para sacar un hermoso grupo fotográfico. Al caer de la tarde, estaba de nuevo en su refrigerante morada.

[492] También consintió en Mathi posar un rato para un pintor de Brescia, que se lo pidió para retocar un retrato tomado de una pequeña fotografía. Cuando hijos y amigos le pedían que les dejase reproducir sus facciones, imitando también en esto la incomparable condescendencia del Santo de Sales, no se mostraba reacio en absoluto. Es una realidad indiscutible que aquella efigie hacía un gran bien. Y por lo que toca a aquel pintor, le debió parecer un acto de caridad el contentarlo, pues tenía un hijo aprendiz en San Benigno Canavese y, como escaseaba de medios económicos, intentaba, con plena condescendencia de don Julio Barberis, suplir de este modo a pagar el saldo de sus deudas por la escasa cuota mensual. Admitido, pues, a su presencia, le dijo:

—Esmérese por hacerme guapo; de lo contrario, nadie querrá ser amigo mío.

Siguió después bromeando durante todo el trabajo. Aquel señor marchó muy contento; pero tuvo que decir que retratar a don Bosco tal cual era, resultaba difícil y que la dificultad consistía en reproducir fielmente la expresión angelical que irradiaba de su rostro y de toda su persona.

—No es una fisonomía clásica la suya, añadió; pero tiene un no sé qué de sobrenatural, que cuesta mucho lograr.

El día cinco de agosto fue a Mathi la señora Dominica Garelli, de Caramagna, con la confianza de que don Bosco le obtendría de María Auxiliadora una gracia, por la que prometía tres mil liras. Su gran seguridad se fundaba en un prodigio sucedido anteriormente en su familia. Un tío suyo, que el invierno anterior había ido a Turín para someterse a una difícil operación quirúrgica, no había podido inducir a los médicos al acto operatorio, porque éstos no creían que el paciente estuviera en condiciones de soportarlo. Fue entonces a don Bosco,

recibió su bendición y el Santo le aseguró que curaría después de la novena que le indicaba. Y en efecto, hizo la novena y curó. Ahora, pues, aquella señora intercedía por una sobrina suya desahuciada por los médicos. Don Bosco le contestó:

—Jesús dijo: *Date et dabitur vobis.* Empiece usted, pues, por dar la mitad de la ofrenda; el Señor actuará después.

Aquélla salió la mar de contenta, prometiendo **[493]** cumplir el consejo. Volvió, en efecto, a la semana siguiente y no con las manos vacías.

Apenas salió la señora, don Bosco contó a Carlos Viglietti y a otros que le acompañaban un episodio muy reciente. Pocos días antes le había escrito otra señora y le enviaba dos mil quinientas liras por una gracia que había recibido. Ante una cantidad tan considerable, le dio las gracias con una carta especial y con la promesa de ulteriores oraciones suyas y de sus muchachos. La caritativa señora, conmovida por tanta dignación, le respondió con un segundo donativo de tres mil liras. Don Bosco volvió a escribir con renovada acción de gracias y expresiones de aliento sobre el Paraíso. Pues bien, aquel mismo día, doce de agosto, recibía de la misma, una tercera ofrenda de diez mil liras.

—¡Ahora, exclamó, me encuentro en un gran aprieto! Temo que, si vuelvo a escribir, me mande una cuarta limosna y no contestar nada sería una descortesía. Verdaderamente no sé cómo salir del paso.

La señora Dominica Garelli presentóse de nuevo en Valsálice el día dieciséis de septiembre y contó a don Bosco que la última vez, después de cumplida una parte de la promesa, la sobrina había curado casi instantáneamente; en efecto, llegada a casa, la había encontrado levantada de la cama comiendo con los demás.

—Pero ayer, añadió, acometida repentinamente por el mal, se quejó conmigo, achacando la recaída a la tardanza en cumplir el resto de la promesa. Estoy ahora aquí para cumplir tolo lo prometido.

Pero don Bosco le contestó que no se atrevía ya a repetirle la seguridad que le había dado la primera vez; a pesar de todo, que siguieran rezando y que también él rezaría. No hemos tenido más noticias de este asunto.

Poco a poco sus condiciones de salud volvían a hacerse inquietantes. Atormentábanle continuos dolores de cabeza, una molesta disentería y la inflamación de los ojos. «Y sin embargo, leemos en el diario, está siempre risueño y no se queja de nada». No sólo esto; sino que sus sufrimientos no le impedían pensar en las necesidades físicas de

los demás; en efecto, en una cartita del día cinco de agosto a don Joaquín Berto, decíale: «Creo que te sentaría muy bien alguna semana de paseo y de respirar los aires de la montaña».

[494] El cardenal Alimonda multiplicaba las muestras de su benevolencia con don Bosco. El día siete de agosto obsequiado por el arzobispo de Milán monseñor Calabiana, pensó que no podía hacer al ilustre huésped un regalo mejor que llevarle a ver las maravillas del Santo, a quien no había vuelto a ver desde 1867. Los dos prelados estuvieron en el Oratorio una hora entera y fueron saludados por la banda musical en el momento de la despedida. También don Bosco había enviado sus felicitaciones a Su Eminencia, el cual le contestó con esta hermosísima carta:

Muy reverendo y querido don Juan:

Los Salesianos me han colmado de atenciones en mi fiesta onomástica; incluso me han regalado unas buenas botellas para pasar alegremente la fiesta; pero nada comparable con el querido autógrafo de V. S. Rvma. y carísima. No obstante los achaques y la necesidad de descanso, se ha dignado enviarme cumplidísimos augurios con el afecto que distingue su buen corazón. ¡Lástima que su escrito se aleja mucho de la verdad y sirven para mi confusión las mismas palabras con que me asegura su amistad! El amor cubre los ojos con un velo. Que Dios le perdone.

Acepte, por tanta bondad y cortesía, mi vivísima acción de gracias que se extiende del Superior a todos los Salesianos sacerdotes, cooperadores, alumnos y bienhechores.

Pido de corazón al Señor que prolongue los preciosos días de V. S. Rvma. y carísima, que bendiga y haga prosperar la Congregación y sus santas empresas.

Los impresos para la fachada de la iglesia del Sagrado Corazón ya están repartidos por todas las diócesis y algunos Obispos me han manifestado su compromiso para contribuir a ello con mucho gusto.

Monseñor Cagliero me ha proporcionado la satisfacción de enviarme una hermosísima y afectuosísima carta, escrita desde Buenos Aires. Considero como un deber mío enviársela a V. S. carísima, rogándole me la devuelva, para poder responder a su cortesía en el primer momento que tenga libre [1]. Si quisiese tener una copia o publicarla completa o en parte en el *Boletín,* es dueño de hacerlo.

Le ruego que se cuide mucho y no se preocupe de nada. Me parece que le convendría un clima más fresco.

[495] Le abrazo en el Señor; me encomiendo a sus oraciones; le presento los saludos de toda mi familia y, con la pastoral bendición, me repito,

De V. S. Rvma. y carísima

Turín, 9 de agosto de 1885

Afmo. servidor en J. C.,
+ CAYETANO, *Card. Arzobispo*

---

[1] En su respuesta, el Cardenal hablará de dos cartas que le escribió monseñor Cagliero; pero nosotros hemos encontrado una sola (Ap. Doc. núm. 76 y 77). El contenido de la carta al Cardenal se deduce de esta respuesta del mismo y de otra carta a León XIII, que reproducimos más adelante.

Con mucha razón consideraba el Cardenal que don Bosco necesitaba todavía aire fresco y descanso; pero él, en cuanto se sentía un poco mejor, se entregaba con su habitual energía a sus ocupaciones, con lo que volvía a recaer. Estaba ya determinado que el día de la Asunción volvería a Turín para asistir a la distribución de premios y, al mismo tiempo, ser felicitado por su cumpleaños. Pero la antevíspera tuvo que someterse a la operación del corte de un divieso que le salió en una axila; operación que, en sus delicadas condiciones de salud, le causó fiebre, de suerte que no se movió. Las invitaciones impresas, que hablaban también de su cumpleaños, ya no se enviaron. Es más, rogaba Viglietti a don Miguel Rúa que tomara las medidas oportunas para que don Bosco renunciase a la idea de ir, el día diecisiete de agosto, a San Benigno Canavese a los ejercicios espirituales de los aspirantes; informábale también de que era su propósito ir a todas las tandas, pero que, no se encontraba con las fuerzas necesarias y los médicos lo calificaban de gran disparate. La recomendación surtió efecto. Don Bosco no se movió, de suerte que, también el año 1885, estuvo fuera de Turín para la fiesta de su cumpleaños y la distribución de premios. Por respeto a don Bosco, que estaba indispuesto, no se quiso armar mucho ruido, y se celebró en familia. Pero la jornada del Oratorio se alegró con la imprevista llegada del Obispo de Novara y el teólogo Margotti [1]. Una representación de jóvenes estudiantes y aprendices salió del Oratorio hacia las alturas de Mathi para llevarle las felicitaciones.

Ya sabemos cuánto le interesaba no faltar **[496]** a los ejercicios espirituales de las señoras en Nizza Monferrato; pero ya había renunciado a ello espontáneamente, haciéndose representar por don Juan Bonetti.

Muy querido Bonetti:

Me han sobrevenido nuevas molestias que me privan totalmente de la satisfacción de poder ir a los ejercicios espirituales de Nizza. Te encargo que me disculpes y digas a las señoras ejercitantes mi imposibilidad de asistir.

Pero he rezado por ellas durante todo el curso de los mismos y, el día de la clausura, celebraré la santa misa según la intención de todas ellas.

Que Dios las proteja a todas y sea María su guía en todos los peligros de la vida hasta el cielo y que, algún día, se digne recibirlas a todas a su alrededor en el Paraíso.

Tenga a bien rezar por este pobre y cecuciente sacerdote, que se compromete a tener cada día un *memento* especial por ellas en la santa misa.

Saluda, además, particularmente a nuestras muy queridas hermanas, y diles que,

[1] Carta de don José Lazzero a monseñor Cagliero. Turín, 13 y 21 de agosto.

si mejora un poco mi salud, les haré una visita durante sus ejercicios, porque les he de comunicar cosas de alguna importancia.

María nos proteja a todos y créeme en J. C.

Mathi, 9 de agosto de 1885

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

La hábil actuación de don Miguel Rúa ahorró a don Bosco emociones peligrosas a juicio de los médicos, en su cumpleaños y en la salida de los jóvenes para vacaciones; pero, en cuanto a prorrogar el veraneo, sólo obtuvo la ganancia de una semana. El veintidós de agosto, como veremos, fue a Nizza Monferrato y el día veinticinco a San Benigno, pero sin cansarse con los acostumbrados trabajos que antes se tomaba.

Entre la fiesta de la Asunción y su salida llegaron a Mathi doce personas de la familia Olive, de Marsella. Oyeron la misa de don Bosco, recibieron la comunión de sus manos y estuvieron con él durante el desayuno y la comida. En el intervalo tuvo cada uno de ellos su coloquio espiritual con él, lo mismo que en Marsella. Otra visita digna de mención fue la del Delegado Provincial de Enseñanza de Niza. Quedó admirado de la fábrica de papel y dijo a Viglietti que realmente don Bosco era el hombre del siglo **[497]** y que había sabido resolver la cuestión social. Este era precisamente el aspecto, bajo el cual se consideraba con preponderancia en Francia la Obra salesiana. El último en visitarlo fue su antiguo compañero e íntimo amigo el canónigo Nasi, que pasó con él una jornada.

Desde el día veintidós de agosto hasta el doce de octubre, tuviéronle bajo su techo las tres casas de Nizza Monferrato, san Benigno y Valsálice; pero hablaremos de estas estancias en otro lugar. Pasó breves intervalos en el Oratorio, como el cuatro de septiembre, al ir de San Benigno a Valsálice. Reclamaba su presencia allí un apremiante motivo.

Enrique Olive, de nueve años, el más pequeño de la familia, salió de Marsella algo enfermo, empeoró en Turín y tuvo que guardar cama en el hotel. El padre manifestó a don Bosco el temor de que el hotelero le avisase en cualquier momento que saliera a fin de que la estancia del enfermo no alejara a los clientes. Don Bosco, «con su acostumbrado carácter piadoso y caritativo», como escribe don José Lazzero [1], ofreció alojamiento en el Oratorio para el muchacho y para

[1] Carta a monseñor Cagliero, Turín día 1.º de octubre de 1885.

quien tuviese que asistirle. Los padres lloraron de satisfacción; llenos de fe, tuvieron por cierto que el hijo curaría a la sombra de María Auxiliadora. Pero, a primeros de septiembre, parecía próximo a fallecer. Pasó dos días y dos noches en continuo delirio. Los doctores Fissore y Albertotti respondían a las preguntas con ciertas muecas, como queriendo decir que no había esperanza. Ya otros tres hijos habían padecido también la misma enfermedad del tifus y habían muerto.

Los padres telegrafiaron a don Bosco, que se encontraba en San Benigno. El les contestó, asegurando oraciones y animándoles a estar tranquilos. Efectivamente, poco a poco cesó el delirio y comenzó una sensible mejoría. Don Bosco, como decíamos, lo visitó al ir a Valsálice. El enfermo ya se movía en el lecho, pero todavía con dificultad. Después de darle la bendición, el Santo añadió:

—Déjalo de mi cuenta, Enrique, quiero que **[498]** hagamos juntos una gran fiesta. Cuando estés curado, haremos un banquete y tú ocuparás el puesto de honor.

Llegó aquel día y fue el veintiocho de octubre, víspera de la salida. Se dio realmente una comida, en la que el rapaz, perfectamente restablecido, ligero y alegre como el que más, estaba sentado en el centro de la mesa. Puede fácilmente imaginarse la satisfacción de todos. Se leyeron poesías, hubo música, se cantó y todos quedaron convencidos de que las oraciones de don Bosco habían obtenido un milagro de María Auxiliadora.

Hacía tiempo que don Bosco maduraba un proyecto de innovación en el Oratorio. Para comprender el porqué, hay que tener en cuenta dos cosas: que, en el concepto y en la práctica del Fundador, el Oratorio era esencialmente un lugar de beneficencia para la juventud y que, según su ideal, la sección de estudiantes había de ser, ante todo, un vivero de vocaciones eclesiásticas y religiosas. Dado este doble carácter de su obra primitiva, consideraba él como un error y un peligro mantener en ella el quinto curso del bachillerato. Poco a poco, pues, había madurado en su mente la determinación de suprimirlo. Intuyó, sin duda, las dificultades que se le opondrían; por lo cual no cortó de un golpe el nudo, sino que fue preparando anticipadamente los ánimos. Manifestó su plan, por vez primera, en la sesión capitular, tenida en San Benigno el día veinticuatro de agosto por la tarde, concluyendo de este modo:

—Podré tener opositores en este punto, pero yo no cambiaré de opinión. El que quiera cursar el quinto año, vaya a otros colegios y pague la pensión normal. No es justo que algunos coman el pan de

nuestros sudores para abrirse paso a una carrera, a la que no queremos encaminar a nuestros muchachos.

La discusión se planteó después en Valsálice, en la sesión capitular de la mañana del día dieciséis de septiembre. Extractamos de las actas el interesante debate.

DON MIGUEL RUA presenta el proyecto propuesto por don Bosco para la abolición del *quinto curso de bachillerato* en el Oratorio.

DON BOSCO explica: —Mi intención es que esta abolición concierna a todas nuestras casas de beneficencia y sólo a éstas.

[499] DON JUAN BONETTI pide que se expongan razones en favor y en contra, porque el Capítulo debe estar al corriente en una cuestión tan importante.

DON MIGUEL RUA hace una breve relación de sus observaciones. El ha examinado el resultado en los exámenes de los alumnos del *quinto* curso de bachillerato, ya sea respecto a la vocación religiosa, ya sea respecto a los que, después de aprobar el examen de grado, no siguieron los estudios eclesiásticos. Ha revisado los registros de las escuelas de ocho cursos consecutivos y encontró que todos aquellos, en los que hubo un buen profesor en *quinto* curso, resultó bien el examen de grado o reválida y hubo un gran número de vocaciones. Por el contrario, los años en los que hubo un profesor poco apto o menos hábil, fallaron las vocaciones y el resultado del examen fue muy escaso. El florecimiento de las vocaciones depende, por tanto, del profesor. Cuanto más empeño se pone en hacer estudiar por la gloria mundana, tanto menor es el contingente que queda para la Congregación. Si pasamos, después, a hablar de lo que se oye decir contra el *quinto curso,* se repite que los jóvenes no piensan más que en los estudios y en el examen de grado o reválida, cuidándose muy poco de la piedad y la vocación; que los profesores, para animar a los alumnos a estudiar, machacan continuamente el tema de salir airosos en el examen de reválida y brillar en el mundo con una profesión distinguida. Dice que ha hablado con don Domingo Belmonte, el cual, sin ser preguntado sobre el particular, propuso la abolición del *quinto* curso. También don Albino Carmagnola afirmó que cuatro o cinco de sus alumnos en Sampierdarena no quisieron ir al Oratorio, halagados por el examen de grado.

DON BOSCO: —Hace ya algunos años que pienso y medito en el rompecabezas que son para mí esas manías del examen de reválida. Hemos de considerar la cuestión desde un punto de vista importantísimo. Estos jóvenes están gratuita o semigratuitamente en el Oratorio. ¿Dónde va a parar a la postre esta caridad? No para la promoción de vocaciones o para el provecho de la religión, como querrían los bienhechores. ¡No debemos exponernos a merecer e incurrir en sus reproches! Gastar tanto dinero para mantener a quienes, después, aprovechan sus estudios para llegar a ser periodistas de la peor prensa, es algo intolerable. Los que conocen la conducta de estos desgraciados dirán: ¿Quién los ha educado? Y se contestará: ¡Fueron educados por don Bosco! ¡Es una vergüenza para nosotros! Mas, para abolir el *quinto curso* de bachillerato, tenemos muchas otras razones que conciernen a la moralidad. El espíritu de los muchachos se pervierte al pasar del *cuarto* al *quinto curso* por las esperanzas de un porvenir más risueño, por la libertad soñada, por las ambiciones que se despiertan. Córteseles, pues, este camino para pasar al *quinto* curso. El que quiera cursar el *quinto* curso, vaya a los colegios especiales como Alassio y Lanzo. ¿Que no puede pagar la pensión? No nos corresponde a nosotros pensar en esto. Piénsenlo ellos. Mas si alguno, por circunstancias de mérito particular, fuese digno de miramiento, podrá

hacerse una excepción extraordinaria. **[500]** Recuerdo que Rho, el Delegado Provincial de Enseñanza, nos acusaba de perjudicar a los jóvenes, al darles esperanzas con la reválida para poder continuar unos estudios, que después no conseguían llevar a cabo por falta de recursos. El no era juez en esta materia, pero se colige de ello cómo razonan otros acerca de nuestro proceder. Así pues, al llegar los jóvenes al cuarto curso, darlo por concluido. Este año sólo uno del *quinto curso* se ha quedado para la Congregación.

DON MIGUEL RUA hace notar que, si nosotros quitamos del *tercero* y *cuarto* curso los mejores para la carrera religiosa y eclesiástica, es natural que nos queden los peores para el *quinto.*

DON JUAN BAUTISTA FRANCESIA observa que, si el Capítulo toma esta deliberación, los Colegios Episcopales de Bra, Giaveno y el del Cottolengo nos harían una competencia fatal y se llevarían los muchachos, porque ellos tienen el *quinto* curso. El Cottolengo mismo envía a sus alumnos al examen de reválida. Si determinamos suprimir el *quinto* curso, los muchachos vendrán para estar uno o dos años y después se irán a otra parte. Los mismos párrocos dirán que no tenemos los cursos completos. También los padres ignorantes repetirán que nosotros no tenemos todos los cursos y tendremos falta de alumnos y, en consecuencia, falta de vocaciones.

DON MIGUEL RUA le contesta que no podría correr esta voz, porque los muchachos tendrían oportunidad para ir a otros colegios nuestros, donde completarían los cursos.

DON JUAN BAUTISTA FRANCESIA replica que, si enviáramos a otros colegios a los que han hecho el *cuarto* curso en el Oratorio, sería para ellos una grata y peligrosa sorpresa, no prevista por ahora. El cambio de dirección es algo que merece reflexión. Muchachos de otros colegios, llegados al Oratorio con certificados honoríficos, dieron aquí mal resultado. Propone, por tanto, elaborar un nuevo programa únicamente para el Oratorio. Consérvese el *quinto* curso, pero suprímanse las asignaturas accesorias de historia, ciencias naturales, etc. excepto matemáticas; dedíquese el tiempo a las tres literaturas griega, italiana y latina. Para admitir al examen previo a la toma de sotana en los seminarios, exigen el certificado de haber hecho el *quinto* curso. Este año los párrocos hicieron una declaración de haberles hecho cursar bajo su dirección el *quinto* año a todos los del *cuarto* curso que salieron del Oratorio y querían entrar en el Seminario. Insístase para que los profesores enseñen bien las tres literaturas y habrá gran progreso en nuestros estudios, que ahora andan atrasados. Vigílense bien las clases.

DON BOSCO: —Yo mantengo siempre mi opinión. Si no se toma esta medida, nos veremos obligados a instituir las escuelas apostólicas.

DON JUAN BONETTI apoya la propuesta de don Juan Bautista Francesia.

DON CELESTINO DURANDO sostiene que, si se suprime el *quinto* curso, acabarán por quedarse con nosotros solamente los peores alumnos.

DON BOSCO: —¡Los que vengan de sus casas con libros malos o principios malos, fuera, fuera al momento del Oratorio!

DON JUAN BONETTI observa que se podría hacer un año de prueba, **[501]** siguiendo el programa de don Juan Bautista Francesia. Así se lograría la finalidad de don Bosco, porque semejante *quinto* curso no puede servir para los que no quieren hacerse sacerdotes.

DON MIGUEL RUA hace notar que, si se quitan en gran parte las asignaturas accesorias, se quitará a los profesores la ocasión de hablar, al explicar las lecciones del

examen de reválida y, por tanto, de despertar en los alumnos ansias de gloria en el mundo.

DON CELESTINO DURANDO hace notar que nosotros necesitamos enviar a clérigos a examinarse de reválida, como preparación para los títulos y diplomas universitarios.

DON JULIO BARBERIS le contesta que los cursos podrán completarse en San Benigno.

DON BOSCO: —Pues bien, acepto lo que propone don Juan Bautista Francesia por un año, como prueba y como paso para realizar mi intención de suprimir el *quinto* curso. Mientras tanto, pregunto cómo se presentan en las escuelas los escritores latinos cristianos. Los sentimientos paganos de los clásicos perjudican a los jóvenes.

DON JUAN BAUTISTA FRANCESIA contesta que se explican en las clases los escritores cristianos.

DON MIGUEL RUA pasa a hablar del catecismo en las escuelas. Dice que ha hecho la visita a todas las casas y que es algo vergonzoso ver cómo éste se descuida en los cursos del bachillerato. En los cursos elementales los niños lo saben bien, especialmente en aquéllos donde los maestros son seglares. Cita ejemplos. Vigilen los inspectores. Inculque don Julio Barberis estos deberes a los clérigos.

DON BOSCO vuelve a hablar de los autores clásicos paganos y dice entre otras cosas: —Habrá profesores que los expliquen con delicadeza, pero hay otros que explican a trochemoche (con pelos y señales) y, cuando encuentran pasajes inconvenientes, tiran adelante y los explican por ignorancia o por sorpresa. El latín de los escritores cristianos, como algunos pretenden, no será clásico, pero quien lee a san Agustín, a san Bernardo, queda sorprendido por la belleza del lenguaje, aunque no sea ciceroniano.

EL CAPITULO concluye: —Consérvese el *quinto curso* del bachillerato, quitando las asignaturas secundarias, pero manteniendo las matemáticas.

DON CELESTINO DURANDO insiste en que se procure que los alumnos adquieran confianza con los Superiores y se asignen buenos profesores especialmente en los cursos *cuarto* y *quinto*.

DON BOSCO: —Desearía que se escribiese una breve circular para los profesores y que se enviase este año a todas nuestras casas, acerca de la conducta que deben observar los profesores en las clases. En esta circular, se repetirá lo que yo solía decir a los profesores en particular y, como de pasada, en las conferencias y lo que está escrito en las reglas. Asimismo, comience la clase el profesor con el *Avemaría* rezada con devoción, lo cual es de muy buen ejemplo para los muchachos, y también sean cautos los docentes en las explicaciones de los autores **[502]** profanos y, cuando encuentran algo religioso ajustado a la verdad, no se pase adelante sin hacer notar que, aunque paganos, reconocían la divinidad etc., etc. Esto se llama saber sacar el bien de lo que no es totalmente bueno. Asimismo, insinuar algún buen consejo en la víspera de alguna fiesta, pero con brevísimas palabras, por ejemplo: Hoy es la fiesta de la Santa Cruz y nosotros somos cristianos; no olvidemos que la cruz nos recuerda nuestra redención. Y esto basta; no hay que hacer ningún sermón. Don Francisco Cerruti queda encargado de preparar esta circular.

La prueba, propuesta por don Juan Bautista Francesia y aceptada por don Bosco, se hizo en el curso 1885-1886; pero, a partir del año

siguiente, desapareció para siempre el quinto curso del bachillerato en el Oratorio.

No hay que creer que don Bosco, al hablar en estos términos de los clásicos paganos, tuviese la intención de quererlos desterrar de las escuelas para substituirlos por escritores cristianos. Sus temores procedían de preocupaciones de orden moral por las «cosas indecentes», que en ellos podían encontrar los jóvenes; mas, para eliminar todo peligro de este género, estaban los textos expurgados. Por otra parte, él conocía perfectamente también en esta materia la tradición de la Iglesia, recién confirmada en el mes de mayo anterior por León XIII, en una carta al cardenal Parocchi acerca del estudio de los clásicos [1].

En la tipografía del Oratorio seguía imprimiéndose desde 1869, la *Biblioteca de los clásicos italianos* expurgados para la juventud. La colección, dirigida por don Celestino Durando, había llegado al volumen doscientos cuatro. Pareció que había que terminarla, por no responder ya a una verdadera utilidad práctica, pues podía darse por agotada la serie de los autores más necesarios para las escuelas. Se determinó, por tanto, su suspensión. Don Bosco dijo entonces:

—Convendría empezar ahora una publicación de libros amenos. Pero es una empresa, en la que reflexionaremos todavía cómo hacerlo. Ya veremos.

Tenía motivos para oponer lecturas agradables y sanas al aluvión de cuentos y novelas, que respetaban poco o nada **[503]** la religión y la moral y corrompían especialmente a la juventud estudiantil. La nueva colección, anunciada por la librería del Oratorio el año 1886, comenzó al año siguiente.

En cambio, tiene su origen en 1885 la *Pequeña Colección de Lecturas Dramáticas, para centros de educación y la familia,* dirigida, como se leía en el programa publicado en la cubierta del primer volumen, «por sacerdotes expertos, bajo la guía y por encargo del Rvdo. Juan Bosco». Aparecía un fascículo de unas cien páginas cada dos meses. El primero en ver la luz fue el conocido drama de Lemoyne. *Los molinos de Roma y la última hora dèl paganismo.* El Santo intentaba formar una pequeña biblioteca dramática de obritas escogidas y representables «por jóvenes de un solo sexo, hombres o doncellas, en los colegios y centros de educación cristianos». Tambien en esto fue don Bosco un precursor; siguiendo su ejemplo, salieron a luz colecciones del mismo tipo en Milán, Turín y otras partes.

[1] Puesto que estas *Memorias Biográficas* son principalmente para los Salesianos, es muy conveniente que todos conozcan el importante documento Pontificio (Ap. Doc. núm. 78).

A más del nuevo quinto curso de bachillerato, estaba ya en marcha otra prueba en el Oratorio; nos referimos a la doble dirección. Don Bosco, que había seguido muy de cerca su funcionamiento, dio al comenzar el curso unas normas prácticas sobre las relaciones entre los dos directores. Habló, en estos términos, en la reunión capitular del día dos de octubre, tenida en San Benigno:

—En cuanto al gobierno del Oratorio, don Juan Bautista Francesia, director de la sección de estudiantes, llevará también la alta dirección de la cocina, cantina e iglesia; en cambio, no tendrá ninguna ingerencia en los talleres de los aprendices, que dependen completamente de don José Lazzero. Pero los dos directores serán solidarios. Si don José Lazzero entra en la cocina y ve un desorden, ponga remedio en seguida, y, viceversa, si don Juan Bautista Francesia, entra en un taller y ve la transgresión de una regla, llame al orden a los transgresores. Sean los dos una sola cosa. Don Juan Bautista Francesia, dejará la presidencia del comedor de los Salesianos a don Antonio Notario, nuevo consejero escolástico para los estudiantes, e irá a comer todos los días con los miembros del Capítulo Superior.

«Don Bosco, comenta al llegar aquí el secretario don Juan Bautista Lemoyne, expresa en todo esto su firme voluntad y en términos resueltos».

[504] No hay que pasar por alto una innovación introducida en el Oratorio, sin conocimiento de don Bosco. Hasta 1885 no se acostumbraba que los alumnos formaran filas para ir del patio de recreo al estudio, a la iglesia, a las clases, al comedor, al dormitorio, ni de estos lugares al patio. La ordenanza disciplinar de ir en fila debió su origen en aquel tiempo a don Esteban Trione, catequista de los estudiantes. Al enterarse don Bosco de la novedad, se disgustó muchísimo y se lo reprochó al Director de los estudiantes, deplorando que desapareciese poco a poco del Oratorio el sistema de familia; sin embargo, don Juan Bautista Francesia no volvió al sistema antiguo e ignoramos la razón.

En cambio, acariciaba don Bosco la esperanza de poder actuar otra innovación. Habló de ella en la sesión capitular del día veinte de marzo. Veía él la conveniencia de que, al correr del tiempo, estudiantes y aprendices pudiesen tener capilla distinta y separada para sus funciones, dejando la iglesia de María Auxiliadora sólo para los fieles; esperaba de ello dos ventajas, una, para la instrucción religiosa de los jóvenes y, otra, para la comodidad de los devotos. Sólo las obras de ampliación en curso en la basílica harán posible la actuación de este deseo.

Hacía pocos días que don Bosco había regresado definitivamente

al Oratorio, cuando tuvo un sueño en el que pudo ver la suerte diversa de dos de la casa. Yacía en la enfermería, y en graves condiciones, el clérigo irlandés Francisco O'Dónnellan. La noche del 19 de octubre fue el Santo a visitarlo y lo encontró en las últimas, pero muy tranquilo. Aunque oprimido por el mal, el enfermo se sintió grandemente aliviado por la presencia de don Bosco, que le preguntó:

—Y bien, ¿no tienes ningún encargo que hacerme para esta tierra?... ¿Recibirías alguno que yo te hiciese para el Paraíso?

—Estoy tranquilo, respondió el paciente. Para este mundo no tengo encargo alguno. En cuanto al otro, usted me dirá.

—Nosotros rezaremos por ti, a fin de que puedas estar pronto en el Paraíso y allí le dirás a la Virgen que nosotros la queremos mucho.

[505] Murió la noche del día siguiente y fue enterrado por la mañana del 22, día en el que se hizo también el ejercicio de la buena muerte.

Pues bien, don Bosco tuvo la noche siguiente un sueño que contó a sus hijos, expresándose en los siguientes términos:

Fui a acostarme obsesionado con el pensamiento de O'Dónnellan, de su tranquilidad, de la esperanza de que iría al Paraíso, del deseo de saber algo de él y, yendo de imaginación en imaginación, mi mente se detuvo a considerar un segundo individuo, de personalidad incierta, confusa, desconocida, que se iba perfilando cada vez con mayor claridad. Cuando estuve completamente dormido, comencé a soñar: me pareció caminar llevando a mi lado a O'Dónnellan, tan bello que parecía un ángel, su sonrisa era de paraíso y su persona resplandecía toda de luz. Yo no me saciaba de contemplarlo. A mi izquierda, caminaba un joven con la cabeza gacha, de forma que no podía distinguir su fisonomía: parecía como desesperado.

Yo entonces le dirigí la palabra:

—¿Quién eres?, le pregunté.

Pero él no me contestó.

Volví a insistir y él permaneció en silencio, como quien se obstina en no querer hablar.

Después de caminar largo rato, llegué ante un palacio estupendo, cuyas puertas estaban abiertas de par en par, distinguiéndose en el interior un pórtico inmenso, recubierto, al parecer, por una cúpula muy alta, de la cual descendían torrentes de luz tan viva que no se podría comparar a la del sol, ni a la producida por la electricidad, ni a ninguna otra de este mundo. También los pórticos resplandecían, pero la luz de éstos era un reflejo de la que provenía de lo alto.

Una gran multitud de personas, todas resplandecientes, estaban reunidas en el interior del palacio y, en medio de ellas, había una Señora vestida con mucha sencillez; cada punto de su vestido brillaba con multitud de rayos que destacaban de una manera muy notable entre todos los demás resplandores.

Toda aquella asamblea parecía estar a la espera de alguien. Entretanto, me di cuenta de que el joven que me acompañaba buscaba siempre la manera de esconderse detrás de mí.

Yo entonces comencé a repetir mis preguntas:

—Pero dime, ¿quién eres? ¿Cuál es tu nombre?

El joven me respondió:

—Muy pronto lo sabrás.

—Pero ¿qué tienes que estás tan triste?, insistí.

—Lo sabrás.

—Dime al menos tu nombre.

—Muy pronto lo sabrás.

Su voz tenía un tono iracundo.

Entretanto, al acercarse O'Dónnellan a la puerta de aquel gran palacio, la bella Señora que yo había visto le salió al encuentro y, con Ella, toda aquella muchedumbre que la rodeaba. La Señora, vuelta a O'Dónnellan, exclamó con armoniosa voz:

—*Hic est filius meus dilectus, qui fulgebit tanquam sol in perpetuas aeternitates!*

[506] Y después, como si hubiese entonado un cántico, toda aquella muchedumbre comenzó a cantar aquellas mismas palabras. No se oían voces humanas ni instrumentos musicales, sino una armonía tan suave, tan distinta, tan inenarrable, que no sólo el oído, sino toda la persona notaba su influjo.

O'Dónnellan penetró en el palacio.

Entonces, de un foso de aquella llanura salieron dos monstruos espantosos. Eran de cuerpo largo y muy abultado y se lanzaron contra el joven que estaba escondido detrás de mí. Toda la luz había desaparecido, sólo se veían a mi alrededor los rayos que emanaban del cuerpo de la Señora.

—¿Qué es esto?, dije yo; ¿quiénes son estos mostruos?

Y detrás de mí la voz oscura y airada:

—Dentro de poco lo sabrás, dentro de poco lo sabrás.

Aquella Señora exclamó:

—*Filium enutrivi et educavi, ipse autem factus est tanquam iumentum insipiens.*

Y, detrás de mí, la voz continuaba:

—Dentro de poco lo sabrás, dentro de poco lo sabrás.

Inmediatamente aquellos dos monstruos se lanzaron sobre aquel joven, uno le mordió en un hombro y, el otro, en la nuca y el cuello. Los huesos crujieron como si hubiesen sido molidos en un mortero.

Yo miraba a mi alrededor y buscaba gente que viniese en mi auxilio y, no viendo a nadie, me lancé contra aquellos dos monstruos diciendo:

—Ya que no hay nadie, acudiré yo en su socorro.

Pero los dos monstruos se revolvieron contra mí abriendo sus fauces. Aún veo el blanquear de sus dientes y el rojo fuego de sus encías.

Mi espanto fue tal que me desperté.

El secretario, que dormía en la habitación contigua, se despertó al oír los gritos de auxilio y acudió en defensa de don Bosco, al cual encontró como quien desea sacudir el sueño para verse libre de una pesadilla. Movía los brazos, hacía esfuerzos para sentarse, tocaba el lecho y tiraba de la ropa, como para comprobar si, en realidad, estaba despierto o dormido.

El sueño entero lo contó el Siervo de Dios a los Capitulares duran-

te de la cena del día veinticinco; y, a los Superiores principales de la casa, les dio a conocer la segunda parte, causando en ellos la más honda impresión. El Director, don Juan Bautista Francesia, dio unas «buenas noches» que llenaron de terror a los jóvenes, de forma que los pocos, que no se habían confesado en la reciente jornada de las Cuarenta Horas o durante el ejercicio de la buena muerte, lo hicieron en la mañana de veinticuatro, siendo también muchos de los que ya se habían confesado, los que repitieron la confesión.

Entretanto el Director no perdía de vista a uno que no quería saber **[507]** nada de recibir Sacramentos. En la duda de que fuese el indicado por don Bosco, lo llamó a su habitación antes de que se fuese a descansar, lo amonestó y se hizo prometer por parte del muchacho que, al día siguiente, se iría a confesar. En efecto, así lo hizo, pero como habían sido muchos los que estuvieron delante de él y como, por otra parte, ya no tendría tiempo para hacer la comunión, el mismo Director le dijo que aguardase y que volviese a la mañana siguiente.

¡Ay si hubiese esperado tanto tiempo! Pero su suerte estaba en buenas manos. Don Esteban Trione, catequista de los estudiantes, que todas las noches, después de recorrer los dormitorios, solía ir al comedor del Capítulo para buscar a don Bosco y acompañarlo a su habitación, pudo enterarse aquella noche, según él mismo contaba, del nombre del desgraciado al que había visto en el sueño al borde del infierno. Se llamaba Arquímedes Accornero, alumno del segundo año, el mismo al que había amonestado don Juan Bautista Francesia. Ya el año anterior su conducta había sido tan poco laudable que los Superiores habían determinado dejarlo en su casa después de las vacaciones. Mas lo volvieron a admitir, pero no dio muestras de quererse corregir. El incomparable catequista, pues, lo estuvo observando por la mañana y, al darse cuenta de que no se había confesado, lo llamó aparte y le hizo tales razonamientos que lo indujo a no salir de la iglesia sin haberlo hecho.

Fue algo providencial. Por la tarde, el pobre joven jugaba subiendo a unas camas de hierro que estaban bajo los pórticos, cuando el montón cedió y lo pilló debajo. Librado inmediatamente de aquel peso, fue llevado a la enfermería, permaneciendo sin sentido durante varias horas, quejándose de fuertes dolores. A las cuatro, había perdido el conocimiento por completo, dejando de existir hacia la medianoche. Su madre, que había sido llamada con toda urgencia, apenas llegó al Oratorio, preguntó si su hijo se había suicidado. ¡Tan convencida estaba ella misma de que el joven iba por mal camino!

Este trágico fin señaló la realización de la predicción hecha por nuestro Santo.

[508] Don Calógero Gusmano, secretario del Capítulo Superior y a la sazón estudiante en el Oratorio, recordaba que don Bosco, al dar el aguinaldo para 1885, había anunciado que durante el próximo año morirían seis de los allí presentes; recordaba perfectamente que, entre sus compañeros, se decía en el mes de octubre:

—Cinco han muerto ya, ¿quién será el sexto?

El sexto fue Arquímedes Accornero [1].

Un gran misionero, monseñor Sogaro, Vicario Apostólico de Africa central, fue huésped del Oratorio del día catorce al quince de noviembre.

Era un admirador de don Bosco y escuchaba con humildad las descripciones que el Santo le hacía de Africa, tal y como él la había visto en sueños. El celoso apóstol habría querido hacerse Salesiano y unirse a los hijos de don Bosco para redimir aquellas tierras. Un día contestó enérgicamente al cardenal Simeoni, Prefecto de Propaganda, al objetarle que sus misiones pasarían de este modo a otras manos y él dejaría de ser el verdadero jefe:

—¿Y eso a mí qué me importa, con tal de que se salven almas?...

Su queja era que los misioneros, al no estar ligados por el voto de obediencia, iban allí para unos meses y, después, cambiaban de parecer y volvían a Europa.

—Hace falta el vínculo de la obediencia, decía don Bosco. Lo que espanta a los misioneros es el pensamiento de: «Vamos y, después, si caemos enfermos o llegamos a viejos o no triunfamos, es preciso quedarse allí o volver a nuestra tierra. Allí, unos infelices; y aquí, ¿quién nos dará de comer?». Los Salesianos, en cambio, encuentran hermanos allí, hermanos aquí y no piensan en su porvenir, que está asegurado.

Aún no había llegado para la Congregación el momento de lanzarse a aquella empresa apostólica [2].

---

[1] He aquí sus nombres: 1.º don Fernando Demartini, sacerdote salesiano (24 de febrero).- 2.º Francisco Siparelli, librero (24 de mayo).- 3.º Carlos Bai, estudiante (31 de julio).- 4.º Francisco Alemanno, fámulo, herrero (6 de septiembre).- 5.º Francisco O'Dónnellan, clérigo salesiano (20 de octubre).- 6.º Arquímedes Accornero (24 de octubre). En los registros falta la fecha del fallecimiento de Alemanno, pero lo hemos encontrado en el Necrologio turinés de la *Unità Cattolica* (8 de septiembre). El día tres de noviembre murió también el jovencito José Torretta, del primer curso inferior; pero, en diciembre de 1884, cuando hablaba don Bosco, él no estaba todavía en el Oratorio.

[2] *Actas del Cap. Sup.* 26 de mayo de 1886.

[509] Los periódicos franceses anunciaban una visita del Obispo de Orleáns, aun antes de que éste llegase a Turín. El día veintiuno de noviembre, en efecto, llegó monseñor Coullié. Al entrar en la habitación del Santo, se echó a sus pies y quería su bendición; pero don Bosco hizo lo mismo, inclinándose profundamente sentado como estaba y juntando las manos. La porfía terminó cuando ambos vieron cumplido su deseo. El futuro Cardenal, después de un largo coloquio, partió para Roma.

En la segunda mitad de noviembre, la prensa mundial se ocupaba difusamente de la mediación de León XIII entre Alemania y España por la posesión de las Islas Carolinas, pertenecientes a España, pero ocupadas por Alemania. El arbitraje del Papa, aceptado por ambas partes, puso fin a un litigio que, sin duda habría degenerado en una guerra. La cuestión romana, que era para Italia una espada de Dámocles, también en esta circunstancia dejó ver cuán viva y amenazadora era siempre. Con respecto a ella, los gobernantes italianos solían hacer gala de seguridad, considerando que no era posible ni deseable su solución; pero cualquier zurrir de las frondas vaticanas los alarmaba. Por eso, el hecho de que Bismark invocase la mediación pontificia y la acatase, de forma que acreditaba de cara al mundo la posición internacional de la Santa Sede, pareció un precedente cargado de consecuencias para la unidad italiana teniendo a Roma como capital Por consiguiente, los órganos de los partidos se agitaban y ponían el grito en el cielo con sus trasnochados discursos contra el Papado. Don Bosco gozó con aquel triunfo de la Iglesia. Y después, partiendo de las repercusiones que el hecho tendría en la Italia masónica de entonces, manifestó su pronóstico acerca de la solución de la cuestión romana. El pronóstico se refería a la fatalidad de la misma solución y a la manera como podría realizarse. Formuló él dos hipótesis, la segunda de las cuales ni los católicos, razonando de tejas abajo, tendrían como probable, mientras fue la que eligió la Providencia. El día veintiuno de noviembre, después de oír lo que se decía sobre el tema del día, habló así **[510]** ante algunos de sus íntimos:

—Sin duda, Alemania y España no dejarán sin recompensa el señalado servicio que el Papado les prestó. Italia tiembla, tiene miedo. Si el Papa eligiese ahora a Alemania como mediadora entre él e Italia, pidiendo de algún modo su protección, ¿qué pasaría? Italia teme y considera su mejor partido callarse, pero, tal vez dentro de poco, temiendo a las grandes potencias de Europa, llamará a alguna de ellas como intermediaria entre sí misma y el Papa o también *apelará al mismo Padre Santo, al que ahora se ve obligada a respetar, para que*

proponga la manera de arreglar con el menor deshonor la abstrusa cuestión.

Sin embargo, cuando en un nuevo clima político se emprendió el segundo camino más honroso, no actuó como causa determinante el temor, sino la sabiamente reconocida importancia del problema y de una buena solución del mismo.

Hermosa jornada fue para el Oratorio el día ocho de diciembre. Don Bosco alegró a todos, tomando parte en la comida con los Hermanos. Muy raras veces daba él la bendición con el Santísimo Sacramento en la iglesia, pero, aquella tarde, la impartió. La gente se subía incluso a los bancos para ver al venerando anciano que, encorvado y a paso lento y vacilante, avanzaba hacia el altar. Al atardecer, dio a los Salesianos la tradicional conferencia en el coro de María Auxiliadora. Pero este año había algo más, fuera de lo tradicional: había que comunicar oficialmente la designación de don Miguel Rúa como Vicario General [1]. Después de leer don Juan Bautista Francesia la circular concerniente a esta medida, habló el Santo. Dijo que nosotros somos deudores a María Auxiliadora de todo y que todas nuestras grandes cosas tuvieron su comienzo y su cumplimiento en el día de la Inmaculada. Describió lo que era el Oratorio cuarenta y cuatro años antes y comparó el estado actual con el anterior. Notó que todas las bendiciones, llovidas del cielo por mediación de la Virgen, eran el fruto de aquella primera *avemaría,* rezada con fervor y con recta intención junto con el jovencito Bartolomé Garelli, en la **[511]** iglesia de san Francisco de Asís. Concluyó, afirmando que nuestra Congregación estaba llamada a cosas grandísimas y a extenderse por todo el mundo, si los Salesianos eran siempre fieles a las Reglas, que les dio María Santísima. Viglietti escribe en el diario que don Bosco habló aquella tarde con extraordinaria vehemencia y dijo que se encontraba mucho mejor desde algún tiempo atrás. Parece que este bienestar le duró bastante, porque el día trece reunió en la biblioteca a los alumnos del cuarto y quinto curso de bachillerato, les habló de la vocación y los despidió contentos, regalándoles muchas avellanas. El día de Navidad volvió a bajar para impartir la bendición eucarística. Mientras los fieles salían de la iglesia y estaba la plaza atestada de gente, llegó de improviso el Cardenal en su coche. Iba a agradecer personalmente a don Bosco las felicitaciones recibidas por escrito.

Otro indicio de que la salud de don Bosco iba mejor, se tuvo el día treinta y uno, cuando dio a todos, después de las oraciones de la

[1] Véase más atrás pág. 245.

noche, el aguinaldo para el nuevo año, desde el púlpito de María Auxiliadora.

Dos palabras consabidas, queridos hijos, van repitiendo esta noche parientes, compañeros y amigos al desearse: *Buen fin y buen principio de año.* Sin embargo, cuando yo celebraba esta mañana la santa misa, no podía apartar de mi mente el pensamiento de lo que había de augurar esta tarde a mis queridos hijos y, mientras lo pensaba, sentía como una inspiración que me decía:

—Bien está, buen fin y buen principio; esto bastará para la gente, mas no para mis hijos.

Y parecía que el Señor me decía interiormente:

—Este augurio no es para ti. ¿Por qué no les auguras algo tuyo y que dependa de ellos? Porque eso ciertamente no depende de ellos.

¿Qué podré yo auguraros? ¡La oración! Rezad... Yo rezaré al Señor para que os conserve todavía mucho tiempo; para que podáis terminar bien el año viejo y comenzar bien el nuevo y pasarlo bien y santamente. ¡Es algo muy grande la oración! Pero hay que decir algo más detallado. Pues bien, os diré que este año está para acabar y no volverá jamás, irá a parar *in perpetuae aeternitatis annos,* a los años eternos. Vendrá el año nuevo; si lo empezamos bien, será todo para la mayor gloria de Dios, para bien de vuestros parientes, amigos, bienhechores y superiores. Si no lo pasamos bien, irá mal, será tiempo perdido...

He aquí lo que os digo muy brevemente.

[512] Y si tuviera tiempo y mis fuerzas lo permitieran, os hablaría de lo que sucederá este año. Diría que, como el año pasado, algunos que estaban aquí escuchándome ya no están entre los vivos, así el año que viene por estos días no estarán aquí al menos seis de los presentes esta noche. Ellos comparecerán ante el Señor para dar cuenta de sus acciones, que esperamos habrán sido buenas.

Querría hablaros de las grandes calamidades que sufrirá alguno de esta misma casa y de las muchas alegrías para otros de los que están presentes. De los desastres públicos, que afligirán a nuestros países... Pero dejemos todo esto oculto en el secreto consejo de Dios y que El permitirá para gran gloria de los buenos, para temor y corrección de los malos. El es nuestro buen Padre, nos bendice siempre y no nos envía estos castigos más que para movernos a acudir a su misericordia.

Más bien prefiero deciros dos palabras acerca de lo que practicaréis en el curso de este año. Primera: frecuencia de la santa Comunión, pero bien hecha, dígnamente, con la conciencia limpia; vaya cada uno a recibir la Comunión después de una buena confesión. Así, pues: *frecuencia de la santa Comunión.*

Segunda: hay una virtud, que los Santos y los Directores de espíritu dicen que engendra las demás y las conserva todas: *la obediencia.*

Querría yo explicaros qué se quiere entender con la palabra obediencia, pero os lo explicarán otros. Vosotros, haced todo lo posible para practicarla de la manera que os la expliquen y sacaréis de ello gran fruto para el alma y para el cuerpo. Pero la verdadera obediencia no se llama *seguir los propios gustos,* no. El que os predique, os explicará en qué consiste esta virtud.

Puestas así las cosas, yo rezaré cada día por vosotros, y os ruego que recéis por mí. Porque si yo os digo que no estáis seguros de estar todavía con vida el próximo año, con mayor razón debe decirse esto del pobre don Bosco. Para él, de mes en mes, de día en día, resulta cada vez más claro que es tiempo de que piense en su eternidad.

En todas vuestras oraciones y comuniones, acordaos, pues, de mí. Y termino. Si

pasamos bien el tiempo de nuestra vida mortal, tendremos firme esperanza de juntarnos todos en la otra vida inmortal; tendremos la dicha y el consuelo de dejar el tiempo para reunirnos todos juntos en los esplendores del Señor, *in sempiternos annos aeternitatis.*

Añadiremos un epílogo a lo que hemos venido exponiendo en este capítulo, que no podía venir más a la medida. Nos lo ofrece un periódico liberal de la región de Emilia en un **[513]** artículo del mes de noviembre [1]. El corresponsal pone por delante, a manera de conjuro o de imprecación, una declaración de principio, es decir, hace sus reservas sobre la diversidad de fe religiosa y política y sobre su personal disconformidad respecto a la conveniencia política y social de la orientación dada por don Bosco a sus institutos; pero el reconocimiento de la obra en sí misma y de su creador, por parte de uno que militaba en campo contrario, es más, con arreglo a la índole de los tiempos, en campo belicosamente hostil, adquiere a nuestros ojos doble valor.

Después de este exordio, tiene aquí el lector una representación topográfica del Oratorio visto por un profano: «Imaginad una de nuestras aldeas de la Emilia, agrupada alrededor de una iglesia majestuosa; agrandad, pintad, embelleced esos edificios que, en nuestras aldeas, ofrecen tan pobre imagen; añadid la limpieza, el orden y la actividad febril del taller y de la escuela y tendréis el Instituto de Valdocco. ¡Es un encanto! Viven allí más de mil personas y crecen para el trabajo, para la familia, para sí mismos. Los más son pobres desgraciados, que se preparan un porvenir menos triste bajo una disciplina rígida, pero mesurada y caritativa, porque educa y alimenta a los necesitados. Es también maravilloso que, en el Instituto de Valdocco, encontráis juntos tantos establecimientos, cada uno de los cuales bastaría para acarrear honra y estima a cualquier provecto industrial.

»Aquí un taller de cerrajeros, allí otro de carpinteros. Más acá una completísima y estupenda tipografía; más allá una fundición de tipos. A la derecha una librería riquísima y bien seleccionada; a la izquierda un taller de zapateros, otro de sastres y otro de encuadernadores de libros. Reina en todas partes un silencio, diría yo, alegre y confiado; un orden admirable y espontáneo, porque allí puede más el sentimiento que la fuerza del deber y de la disciplina. Y, lo que es todo en esta clase de institutos, reina en todas partes y en todos un aire sereno de paz, de bienestar, de salud, que satisface y alegra».

[1] La *Stella d' Italia,* 13 de noviembre de 1885.

Aquí brotaba espontánea en los lectores, desconocedores de la institución salesiana, **[514]** el deseo de conocer cómo había podido surgir aquella octava maravilla, es decir, cómo había podido un hombre crear, gobernar, alimentar aquel pequeño mundo.

«Convendréis conmigo, amables lectores, seguía diciendo el corresponsal, que, sin una llama sagrada, no se saca todo esto de la nada; sin una inteligencia superior, no se hacen estos milagros. Mas, tampoco basta para ello la osadía, la sublimidad del concepto, la seguridad de la ejecución. El jefe de un ejército no vence la batalla, si no cooperan con él sus generales. El Instituto de Valdocco no florecería si, además de la mente, que lo ha creado y lo rige y anima, no hubiese allí brazos suficientes que proporcionan el orden, la vida. Y, a la verdad, don Bosco debe tener también ojo avizor para conocer a sus hombres, puesto que ha sabido seleccionar a los que fueron para él valerosos ministros y supieron llevar adelante y conservar su obra».

En la reunión de los exalumnos, don Juan Bautista Francesia había presentado, con sus versos en dialecto, una valiente comparación entre don Bosco y Napoleón. Pues bien, nuestro periodista, que había tenido, no sabríamos decir cómo, alguna noticia de la atrevida comparación, hizo sobre ella sus reflexiones: «Don Bosco ha sido comparado con Napoleón I. Hizo la laudatoria comparación un *general* de don Bosco y, por eso, no pudo poner de relieve la mayor prenda por la que es posible la comparación, a saber, la de saber seleccionar bien a sus *generales*. Yo no tengo el honor de conocerlos a todos. Pero, si todos tienen la sabiduría y la experiencia, la dulzura y la fuerza de espíritu del sacerdote y profesor Francesia, que en aquel Instituto es director de estudios, no me extrañan tan espléndidos resultados. Es él un latinista provecto, como quedan ya pocos en Italia; es un comentarista profundo de Dante y otros muchos autores latinos e italianos; es un poeta inspirado y elegantísimo, escritor en prosa atildado y doctísimo; es un hombre exquisitamente cortés en sus maneras; es una gran autoridad por su vida intachable y su santidad de costumbres, es, en aquel centro, un mentor, un padre, un modelo».

El artículo terminaba recomendando a sus lectores que, cuando fuesen a Turín, no dejaran de visitar **[515]** el «Instituto de Valdocco». Tal vez encrespaba los nervios de los liberales decir sencillamente Oratorio de San Francisco de Sales u Oratorio de don Bosco más que Instituto de Valdocco; pero, a la distancia de cincuenta años, podemos afirmar que la prosa de la pluma liberal merecía, como lo fue, ser conservada en nuestros archivos.

Si la vista del Oratorio impresionaba tanto a personas extrañas, su

recuerdo quedaba tenazmente arraigado en el ánimo de quien había vivido en él. «No obstante las altas montañas y los inmensos mares, que nos separan, escribía un misionero de China, estudiante allí durante tres años, desde 1865, no me canso de correr a menudo con el pensamiento al querido Oratorio y me parece ver uno por uno a mis amados compañeros» [1].

[1] Carta del padre Pacífico Fenocchio, franciscano, a don Bosco, Chan-Toung, 22 de septiembre de 1885. Don Bosco mandó que se le contestara el día veinticuatro de noviembre.

[516]

CAPITULO XVIII

EL DUQUE DE NORFOLK

APENAS regresó don Bosco de su último viaje a Francia y bajó del coche en el patio del Oratorio, se le presentó el capellán del Duque de Norfolk, que departió unos minutos con él, hablando en italiano. El Santo le pidió noticias de la Duquesa, que había llegado recientemente a Turín, pero que no estaba bien del todo y se sentía cansada del viaje, igual que su hijo. Luego preguntó por el Duque, llegado igualmente a Turín, y rogó a su cortés interlocutor que le diese muchos saludos de su parte. El sacerdote llevaba el plan preciso de fijar una audiencia para sus Señores; pero don Bosco, tomando al vuelo la propuesta, afirmó que estaba totalmente a su disposición en cualquier momento. Y, puestos de acuerdo sobre ello, se despidieron.

Mientras éste se disponía a marchar, vio don Bosco a dos extranjeros que se acercaban por detrás del sacerdote y les saludó, creyendo que perteneciesen al séquito del Duque; pero el capellán, al verlos, le dijo señalando a uno de los dos:

—Mire, padre, éste es el Duque de Norfolk; habla muy bien el francés.

Don Bosco quedó maravillado, al contemplar un tan insigne personaje, vestido sencillamente y tocado con un gran sombrero. Realmente el Duque no tenía nada de la aristocrática severidad, propia de la nobleza británica, sino que vestía como un modesto burgués. Parecían mejor trajeados sus servidores.

[517] Se estrecharon cordialmente la mano e intercambiaron palabras de saludo. El Santo pidió excusas por su equivocación. Y conversaron unos minutos con gran satisfacción del gentilhombre, que había ido allí precisamente de incógnito para formarse en seguida un concepto de don Bosco.

Antes de seguir adelante, presentamos aquí algunos datos que complementen los ya dados en el volumen XV [1]. Su Alteza el Duque

[1] Véase Vol. XV, pág. 482.

Enrique Fitzalan-Howard, décimoquinto Duque de Norfolk, Conde de Arundel, Surrey y Norfolk, Conde-mariscal de Inglaterra, Caballero de la Orden de la Jarretera, primer duque y conde del reino y, por último, miembro de la Cámara de los Pares, era uno de los personajes más influyentes de la comunidad católica en Gran Bretaña. Con dignísimo sentido de responsabilidad había conservado el depósito de la fe católica, heredada de sus antepasados desde los tiempos de Enrique VIII. Contaba entonces treinta y ocho años. En 1877 se había casado con la señora Flora Abney-Hasting, de los Barones de Donnington. Ambos se mostraban fervientes servidores de la Iglesia Romana. Poseedores de inmensa fortuna, empleaban gran parte de sus rentas en beneficencia, en el sostenimiento de monasterios y favoreciendo la propaganda católica.

Su matrimonio no fue afortunado respecto a la descendencia, pues no tuvieron más que un hijo, ciego de nacimiento y afectado, además, por una enfermedad incurable a juicio de los médicos. Era indecible la desolación de ambos piadosísimos cónyuges, ante aquella desgraciada criatura, que frisaba ya en el quinto año de edad. Pero no era su estado físico el único pesar. Si se le hubiese llevado la muerte, los bienes de los Duques hubieran pasado, según la ley inglesa, a una rama familiar protestante. Atraídos por la fama de santidad de don Bosco, decidieron ir a visitarlo, llevando consigo al niño, con la confiada esperanza de que su bendición lograría darle la vista y la salud. Con esta intención había escrito su madre a don Bosco en abril [1].

[518] *Mi apreciado don Bosco:*

Por fin hemos decidido ir a verle en Turín y aplazar así nuestra peregrinación a Lourdes hasta el próximo otoño.

Hemos elegido el mes de mayo como tiempo más oportuno, pues el calor aún no habrá comenzado y, por eso, estaremos en Turín el día cinco de dicho mes. Tenga la bondad, reverendo don Bosco, de comunicarnos si tendremos la suerte de encontrarle en dicha fecha, ya que, si usted estuviera ausente, resultaría inútil nuestro viaje. Tenemos, además, que agradecerle muchísimo la cordialísima carta que se dignó escribirnos y la promesa de reservar para nosotros un rinconcito en su corazón. ¡Oh, cuántas calamidades, cuántos dolores se habrán depositado ya en su caritativo corazón, al lado del cual, son nada los nuestros! Y ahora, Padre, le voy a decir una cosa con toda confianza y es ésta: yo soy de familia protestante (hoy ya convertida), y muchos de mis antepasados se comportaron mal, muy mal. Ahora bien, cuando llegué a ser madre y madre de un niño, recé al Señor casi formulando el deseo de que le enviase cualquier enfermedad, incluso la muerte, antes de permitirle que cometiera un pecado. Este voto lo hice, cuando estaba ya mal e, incluso, sin hacer sabedor de

[1] De esta carta, escrita acaso en inglés, sólo hemos encontrado la versión italiana.

ello a mi esposo; y es por lo que, a veces, me encuentro angustiada y atormentada con dudas. De todos modos, como usted ve, no debo quejarme si el buen Dios ha querido mandar tamaña desgracia a mi pobre hijo; pero esto no quita que yo no sienta este peso y que, de vez en cuando, no encuentre dificultad para resignarme a su divina voluntad.

Siento tener que escribirle en inglés; de su carta se deduce que usted me confunde con la madre de mi marido, que conoce perfectamente el italiano, mientras que yo *no sé ni palabra.*

Esperando poder verle pronto en Turín, créame, querido don Bosco,

Arundel, 15 de abril de 1885

Su segura servidora,
FLORA, *Duquesa de Norfolk*

Don Bosco recibió esta carta el día veinticuatro de abril, cuando estaba en Niza, adonde se la reexpidió don Miguel Rúa; por eso, anticipó en algunas fechas su regreso a Turín [1]. Al leer expresiones de tanta humildad y tan lisonjeras para él, había quedado sumamente confuso [2].

Pero la Duquesa, no sabiendo a qué atribuir la tardanza **[519]** de la respuesta, que esperaba a vuelta de correo, recurrió a la mediación del señor Alberto du Boys, el segundo biógrafo francés de don Bosco. Hizo que la abadesa de las Clarisas de Londres, convento que estaba bajo la protección del Duque, escribiera en tal sentido al señor Du Boys. La sugerencia de dirigirse a Du Boys le vino de la maestra de novicias que lo conocía, pues, convertida al catolicismo por monseñor Dupanloup, había hecho la abjuración en la capilla del escritor. Este, por tanto, escribía el 28 de abril a don Bosco: «No se trata de satisfacer los deseos y la ternura de un inglés buen cristiano y de ilustre estirpe. Es una causa que usted, reverendísimo Padre, debe patrocinar *totis viribus* (con todo ahínco) ante María Auxiliadora y que su Reverencia ganará, como estoy seguro de creer. Sería realmente, como suele decirse, una *conclusion subsidiaire* (un pacto alternativo) a someter a la Madre Divina, es decir que, de no sobrevenir la curación del hijo primogénito, la Virgen se dignase conceder a la Duquesa de Norfolk el nacimiento de un segundo hijo. En cuanto a los intereses católicos, este segundo hijo arreglaría todo; pero la ternura materna, por este medio, quedaría escasamente satisfecha».

Acabamos de ver cómo, por una parte y por otra, se fue puntual a la cita. La visita se fijó para el día siete de mayo a las once de la

[1] Carta al conde Colle, Niza 25 de abril de 1885.
[2] Diario de Viglietti, 24 de abril de 1885.

mañana. Faltaban pocos minutos, cuando entraban en el Oratorio cuatro coches, llevando al Duque, a la Duquesa y a su hijo, al capellán y a camareros y criados: en total, dieciocho personas. El niño ciego fue llevado inmediatamente a la iglesia, a las gradas del altar mayor; después subieron a la habitación de don Bosco. Al asomarse los Duques a la galería, la banda entonó el himno inglés: *God save the queen* (Dios salve a la reina). Detuvieron sus pasos un momento en señal de complacencia. El Duque había dicho a don Bosco el día antes:

—Me quedaré aquí, hasta que haya curado a mi hijo.

A lo que don Bosco, respondió con toda sencillez:

—Bien, bien. Esto quiere decir que yo lo voy a nombrar Mayordomo de la fiesta de María Auxiliadora.

Al oír el niño que estaba al lado de don Bosco, buscó su mano y se la besó, estrechándosela y riendo con vivacidad, **[520]** mientras la mamá conmovida exclamaba:

—No lo he visto así en toda su vida. Ni cuando va en brazos de su papá, da tantas muestras de gozo.

El día ocho por la mañana asistieron todos a la misa de don Bosco en su capillita; a continuación, los Señores tomaron café con él. Contemplaban éstos admirados tanta cantidad de muchachos, pero lo que más les atraía era don Bosco con sus actitudes y palabras.

Acudían al santuario mañana y tarde, edificando con su piedad a los presentes. El día diez marcharon para Florencia y Roma [1].

—Venir a Italia y no ir a Roma, decía el Duque, es como para un italiano ir a Roma y no ver al Papa.

Marcharon para volver de nuevo. Don Bosco hubiera querido que estuvieran en Valdocco el día dos de junio, fiesta trasladada de María Auxiliadora; pero, como ellos no podían permanecer hasta aquella fecha en Italia, acudieron de nuevo para hacer sus devociones el día veinticuatro de mayo. Ya hemos dicho que, aquella mañana, don Bosco celebró la misa en el altar de San Pedro; pues bien, los Duques oyeron su misa, situándose dentro de la balaustrada y comulgaron con gran fervor. Absortos en oración durante la acción de gracias, no advirtieron un prodigio que tuvo lugar allí mismo delante de ellos. Todavía vive el monaguillo que ayudaba a misa y que fue testigo ocular y prudente; cursaba ya el cuarto curso de bachillerato y se llamaba José Grossani; hoy es párroco de Moncucco di Vernate, en el

[1] Carta del Santo al conde Colle, Turín, 10 de mayo de 1885.

arzobispado de Milán. Tal recuerdo le llena siempre de santa emoción.

Como suele hacerse cuando algunas personas han de comulgar *infra missam,* en un altar donde no hay sagrario, se puso sobre el ara un pequeño copón con las formas suficientes para que comulgaran los Duques y su séquito: es decir, no más de unas veinte. El Santo las consagró. Al llegar el momento de la comunión, las numerosas personas devotas que se agolpaban fuera de la balaustrada y en los bancos más próximos, **[521]** apenas vieron que el celebrante, aquel celebrante, después de dar la comunión a los Señores, la repartía también a los de su acompañamiento, que uno tras otro subían y se arrodillaban en la grada del altar, se acercaron ellos también para comulgar. El monaguillo y el sacristán hicieron lo posible para convencer a aquellas personas de que no había formas suficientes y convenía reservar a los ingleses las que se habían consagrado; pero todo fue inútil, pues nadie estaba dispuesto a ceder. Era una suerte nunca vista, la de poder comulgar de manos de don Bosco. Y éste, notando el nerviosismo por disuadir a las personas extrañas, dijo al ayudante:

—Déjalos, no te preocupes...

—Pero es que las hostias están contadas... ¿Quiere usted que diga que las traigan del altar mayor?, preguntó el monago.

—Deja, deja..., repitió él.

El monaguillo no se atrevió a insistir, pero contemplaba mientras tanto con creciente estupor un verdadero milagro de multiplicación, puesto que don Bosco, sin partir ni siquiera una hostia, iba dando la comunión a decenas de fieles. Asegura don José Grossani que los comulgantes superaron la cifra de doscientos. Ni ingleses ni italinaos se dieron cuenta de ello y el aludido párroco no sabe explicarse cómo nadie haya prestado crédito hasta ahora a su tantas veces repetida narración. Es ésta, en efecto, la primera vez que se publica este acontecimiento.

Los peregrinos británicos abandonaron Turín el veinticinco de mayo. Escribía don Bosco el veintiséis al Conde Colle: «Todos ellos han quedado muy contentos de su estancia entre nosotros y de la mejoría experimentada por su hijo enfermo». Ciertamente, ya durante la primera visita, don Bosco había logrado en la tarde del día veintitrés, que el niño anduviese unos cuantos pasos, lo cual nunca le había sido posible hasta entonces. También don Carlos Viglietti refiere en su diario, el día veintiocho: «Don Bosco me dice que el Duque de Norfolk le ha escrito satisfecho porque encuentra mejorado al niño. Pero él declara que deja las cosas en manos de Dios. No se trata de

curación, sino de crear en él una inteligencia y una visión de las que carece por completo». El mismo don Bosco dijo luego a los Superiores que el Duque le había entregado algo con que alegrar a los muchachos en su nombre. El secretario **[522]** anota que entregó diez mil liras de limosna antes de partir.

Algunos periódicos, especialmente la *Nazione* de Florencia, hablaron de su paso por aquella ciudad y de su posterior viaje a Roma, pero ninguno señala la verdadera causa de su venida y permanencia en Turín. Unicamente la señala *L'Unità Cattolica* del día veintisiete de mayo. Espiguemos algunos detalles de su reseña: «Con admiración nuestra y ajena, leemos, que el Duque y la Duquesa, con todo su séquito de dieciocho personas, se acercaron varias veces a los santos sacramentos en el santuario de María Auxiliadora y participaron en todos los otros cultos del mes de María, que allí tenían lugar por la mañana y por la tarde. El primer día de la novena (veinticuatro de mayo), se puede decir que el Duque lo pasó por entero en dicha iglesia y en la casa aneja del Oratorio de San Francisco de Sales, donde reside el venerando don Bosco. Hablar de su veneración al hombre de Dios es algo imposible; parecía no poder separarse de su lado; no es para dicho el efecto que él y los suyos sintieron por las diversas obras de beneficencia a que ha puesto mano nuestro queridísimo don Bosco, El Duque, que es un hombre generoso y práctico, sobre todo, no olvidó ningún detalle cuando visitó el Oratorio: quiso ver de cerca los comedores, la cocina, los talleres, la panadería, etc. Agradeció todo lo que don Bosco y sus hijos procuraron hacer para que le resultase grata su visita. Conmovióse su corazón de súbdito fiel de Inglaterra, al oír a aquellos jovencitos interpretar con la banda el himno nacional. Visiblemente conmovido, aplaudió y agradeció a don Bosco su delicada iniciativa y aseguró que jamás en su vida había escuchado aquel himno con mayor satisfacción».

También el semanario católico de Prato, en su número del día treinta de mayo, escribía entre otras cosas: «Era digna de admiración la Duquesa que, realmente *di lacrime atteggiata e di dolore* [1] (abrumada de llanto y de dolor), parecía querer coaccionar a la Reina de los afligidos para que tuviese compasión de su triste situación. Me di cuenta de que su religiosidad no era simple apariencia, sino realidad. Se acercaron muchas veces a los santos sacramentos en dicho templo con toda la familia; y, excepción hecha de la rápida excursión **[523]** a

[1] Es un verso del Dante. *(N. del T.).*

Roma, en los quince días que permanecieron en Turín, sus pasos se dirigían siempre a la iglesia de María Auxiliadora. ¡Oh, si la Virgen escuchase su plegaria, qué sacudida para la herejía en Inglaterra!».

Después, hasta 1887, no hay más datos que sepamos sobre las relaciones habidas entre don Bosco y el Duque de Norfolk. El veintitrés de mayo de dicho año, el Duque, camino de Roma, hizo una parada en Turín para ver a don Bosco. Lo visitó en el Oratorio, tuvo con él un largo coloquio y estuvo comiendo con los Superiores.

Es del mismo año la noticia de un hecho portentoso, relacionado con la familia del Duque. Lo comunicó el jesuita P. Cirilo Martindale, en el año de la canonización, a don Eneas Tozzi, inspector salesiano de Inglaterra. Se sabía que el venerando Padre tenía mucha simpatía a don Bosco; por lo mismo, don Eneas Tozzi pensó en él para que compusiera el himno con ocasión de las fiestas en honor del nuevo Santo, y efectivamente lo compuso; rogóle después tuviese a bien manifestar de dónde le venía a su familia tanta simpatía por don Bosco. El hecho causaba mayor extrañeza por la circunstancia de que Lord Martindale es aún protestante y el Padre Cirilo, su hijo, es un convertido. Y éste es el relato que él hizo.

La Duquesa de Newcastle, pariente lejana de su padre y amiga de los Norfolk, había ido a Lourdes para implorar la tan suspirada curación de su niño. Mujer, nada fácil a las emociones ni dotada de calenturienta fantasía, sucedióle allí un fenómeno, por el que temió sentirse alucinada. Mientras rezaba en la gruta, le pareció escuchar una voz que le decía:

—Reza por la madre, no lo hagas por el hijo.

Volvió la vista alrededor para cerciorarse de que no hubiese personas que hablasen por allí cerca; pero no había ni una alma. De allí a pocos instantes, se le repitieron interiormente las mismas palabras, por lo que quedó un tanto impresionada y esta impresión la acompañó hasta Turín, a donde fue con la misma intención para visitar a don Bosco. Llegada aquí, obtuvo audiencia con el Santo. Cuando entró en su habitación, estaba él escribiendo y siguió haciéndolo, **[524]** sin atender a la visitante, que no sabía explicarse aquella actitud en un sacerdote tan estimado por ella. Por fin dejó don Bosco con toda calma la pluma y, volviéndose a la Duquesa, le dijo de repente y en tono sosegado:

—Rece por la madre, no rece por el hijo...

¡Igualísimo que en Lourdes! Hondamente pensativa, la señora rezó en la iglesia de María Auxiliadora como se le había recomendado y, así que regresó a Londres, su amiga la duquesa de Norfolk moría a

los cuatro días. Aquí tuvo su origen, entre los anglicanos Martindale, el afecto por don Bosco y la veneración por su memoria.

En el mismo año de esta muerte, abrió don Bosco la casa de Battersea, en Londres, como se verá en su lugar, y, en noviembre, envió allí dos salesianos ingleses, a quienes proveyó de una carta de presentación y recomendación para el duque de Norfolk.

Alteza:

Cuando Vuestra Alteza honró con su presencia nuestro humilde hospicio, la piadosa y llorada señora Condesa, su esposa, contemplaba con satisfacción a los muchachos de esta casa cómo practicaban la religión cristiana, y manifestó el gozo que habría podido experimentar de haber podido ver instalado un internado semejante al de Turín en Londres, donde también abundan los jovencitos pobres, abandonados y en peligro, especialmente en su formación religiosa. Por entonces, no contábamos aquí con personal suficiente; actualmente estaríamos dispuestos a intentar dicha fundación y ya ha empezado con una iglesia en Battersea.

Por ahora comenzaremos enviando al menos cinco Salesianos y seguirán otros más a continuación, si fuere menester. Ciertamente una obra de este género exige entusiasmo, especialmente en la gran ciudad de Londres. Pero Dios, que nos ayudó en otras fundaciones, vendrá también en nuestra ayuda para ésta, que espera el apoyo de Vuestra Alteza. Dicha iglesia está ya provista de algún mobiliario, merced a algunos ciudadanos caritativos; mas, por lo que respecta a la residencia de nuestros sacerdotes maestros, hay muy poco hecho. Y es para estas primeras necesidades, para las que imploro a Vuestra Alteza ayuda y asesoramiento. Nuestro sacerdote Carlos Macey y don Eduardo-Patricio Mac-Kiernan se permiten la confianza de presentarle personalmente mis saludos y consultarle directamente sus sabias sugerencias.

Aquí recordamos con gozo su venida hasta nosotros y hacemos cada día especiales plegarias, para que Dios derrame sus bendiciones sobre usted **[525]** y toda su familia y, especialmente, sobre el precioso vástago que constituye en todo momento el objeto de nuestras oraciones y de las comunes solicitudes.

Con el máximo respeto y veneración, tengo el alto honor de poderme agradecidamente profesar con gratitud, de V. Alteza

Turín, 13 de noviembre de 1887

Humilde Servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Existe copia en nuestros archivos de otra carta, escrita en francés, dos semanas antes de que el Santo pasara a la eternidad. Eran los días en que los corazones abrigaban todavía buenas esperanzas, porque su enfermedad no sólo estaba en una pausa, sino que parecía tender a una extraordinaria mejoría. El siete de enero, don Carlos Viglietti anotaba que era «casi capaz de levantarse, escribir, trabajar». No es verosímil que la escribiera don Bosco de su puño y letra, si bien la frase entre paréntesis se encuentra exclusivamente en sus cartas. Decía, pues, al Duque el día 13 de enero de 1888:

«Aquí me tiene dándole noticias mías. Estoy siempre en cama, mis condiciones de salud son, en todo momento, inseguras y no sé cuándo podré levantarme. ¡Hágase la voluntad de Dios! Una cosa me preocupa en este momento: la deuda de la iglesia del Sagrado Corazón de Roma. Hace ya diez años que dirigimos a ella nuestros esfuerzos y, sin embargo, restan aún por pagar doscientos cincuenta mil francos y, en estos mismos días, me veo apremiado para efectuar el pago. Este es uno de mis mayores disgustos. Si Vuestra Alteza puede acudir en mi ayuda, en la medida que su caridad y las circunstancias se lo permitan, sería para mí un alivio y V. A. haría un favor grandísimo a nuestra pobre Sociedad Salesiana y a toda la Iglesia universal y, por ende, gratísima a Dios y a su Vicario en la tierra, el Santísimo Padre, que nos ha confiado directamente esta obra del Sagrado Corazón de Roma. Nuestros pobres huerfanitos (más de doscientos cincuenta mil) rezarán siempre conmigo por su felicidad espiritual, temporal y eterna. Dios le bendiga y consuele, señor Duque, y le recompense dignamente por todo el bien **[526]** que haga en favor de las Obras Salesianas» [1].

¡Hasta los últimos días de la vida, le abrumó el acuciante pensamiento de la iglesia del Sagrado Corazón!

La carta lleva la dirección de Roma. Allí se encontraba efectivamente el Duque. El año 1888 se inauguró con mundiales demostraciones de adhesión a León XIII, que celebraba su jubileo de oro episcopal. Los Soberanos y Jefes de Estado enviaban solemnes embajadas al Vaticano para rendir homenaje y presentar ricos y variados donativos al Papa. También la Reina Victoria de Inglaterra destacó una brillante misión, compuesta por nobles personajes, a cuya cabeza iba el Duque de Norfolk. Su Alteza, a su paso por Turín, se detuvo en el Oratorio, visitó al Santo en su lecho de dolor y estuvo casi media hora arrodillado sobre el pavimento, junto a su cabecera. La carta que acabamos de reproducir invitaba al Duque a esta visita. El ilustre enfermo le confió algunos encargos para el Padre Santo y le pidió noticias de la nueva casa de Londres. Un deseo le expresó encarecidemente el Duque: que aquella casa se calcase sobre el modelo del Oratorio. Se habló lógicamente de la patria del Duque y de la misiones en China. Don Bosco añadió algo respecto de Irlanda. Finalmente, el humilde Señor pidió su bendición, pensando, sin duda, que era la última de un Santo casi agonizante.

El hijito, objeto de tantas preocupaciones, no curó. En 1904, el

[1] Apéndice, Doc. núm. 79.

padre contrajo segundas nupcias con la Baronesa de Herries que le dio, en 1908, el actual heredero Bernardo de Norfolk. El Duque murió serenamente a los setenta años en 1917. En una carta suya dirigida al salesiano don Eugenio Rabagliati, que pasó la mayor parte de su vida en Inglaterra, decía el cristianísimo Señor que si don Bosco no le había curado al hijo, le había dicho cosas tan consoladoras que valían mucho más aún que la misma curación [1].

[1] Don Juan Boselli, salesiano, que aún vive, vio y leyó con sus propios ojos en Londres esta carta, cuyo fin era agradecer a don Eugenio Rabagliati, un ejemplar de la obra *Cinque lustri,* que le había enviado como regalo.

[527]

CAPITULO XIX

LAS OBRAS DE LA IGLESIA Y EL HOSPICIO DEL SAGRADO CORAZON

EMOCIONAN las expresiones de don Bosco en la mencionada carta al Duque de Norfolk implorando su ayuda para la iglesia del Sagrado Corazón. Si pensamos que se expresaba de esta manera en su última enfermedad, sólo dieciocho días antes de dejar la tierra, puede afirmarse con razón que aquella empresa romana fue su pesadilla desde 1881 hasta su último respiro. Por ella arrostró, en deplorables condiciones de salud, viajes pesadísimos, que contribuyeron no poco a reducirlo a aquel estado de extrema postración. Depone don Francisco Cerruti en los procesos [1]: «Acompañé varias veces a don Bosco en los viajes por Italia y por el sur de Francia, en busca de dinero para la construcción de aquella iglesia y pude contemplar los enormes trabajos y los inmensos sufrimientos físicos y morales, a que se sometió para cumplir el deseo del Papa. Es más, estoy íntimamente convencido de que aquellos trabajos y sufrimientos acortaron su vida».

Hay que repetir aquí el consabido estribillo: las obras de la iglesia avanzaban y también los preparativos para el hospicio; pero, con ello, aumentaban los gastos, y los donativos recogidos no eran suficientes para pagarlos. Cuando don Bosco propuso a la esplendidez del Santo Padre que se dignase asumir los gastos de **[528]** la erección de la fachada, quiso crearse un nuevo expediente, con que estimular más y más la generosidad de los fieles. Comenzó por dar la pura y simple noticia de ello a los Cooperadores de Turín, en la conferencia del día 23 de mayo de 1884, y, después, a todos los Cooperadores con la circular del día treinta y uno del mismo mes. El augusto ejemplo venido de tan alto constituía por sí mismo un estímulo para colaborar en la obra. Pero don Bosco no se paró ahí. La *Unità Cattolica* del día veinte de junio exhortaba a los católicos italianos con dos artículos, inspirados por él, a enviar donativos para ayudar al Papa en el compromiso asumido.

[1] *Summ. sup. virt.* Núm. III, § 67.

Decía en el primero: «A la par del Soberano Pontífice, también don Bosco es un mendigo y vive de limosna. Invoca la caridad católica, mas no para sí. ¿Sabéis cuánto gasta don Bosco al año? Tres millones y, si los gasta, tiene que buscarlos de algún modo y los encuentra, porque el Señor se los envía. Ahora tiene que gastar en Roma dos millones para la iglesia del Sagrado Corazón y el Oratorio anejo; y el primero que acude en su auxilio es un pobre augusto, es el Romano Pontífice, el beneficentísimo León XIII, el cual, en la última audiencia concedida a don Bosco, tomó a su cargo los gastos de la fachada de la iglesia. Y éstos tal vez pasarán de las cien mil liras, porque en la Roma papal se fabrican las iglesias con gran magnificencia, y la del Sagrado Corazón será también digna de Roma. Esta iglesia quedará como una reparación a semejanza de la capilla expiatoria de París y como un recuerdo del dinero de San Pedro y de la caridad de los católicos en favor del Pontífice despojado».

En estas últimas palabras estaba delineado un concepto más amplio, madurado ya en la mente de don Bosco, pero todavía no lo bastante maduro para su divulgación. Se convirtió en portavoz de don Bosco ante la Santa Sede, ante todo, el cardenal Alimonda, el día 15 de octubre de 1884, al proponer que se invitara a los italianos la erección de la fachada como un voto nacional al Sagrado Corazón de Jesús, contribuyendo a ello con sus donativos. La invitación fue favorablemente acogida, como lo demuestra esta carta del Secretario de Estado al Arzobispo de Turín.

[529] *Emmo. y Rvmo. Señor mío:*

Con mucho gusto he tenido la atención de participar al Padre Santo el proyecto de que habla Su Eminencia, en carta del quince de los corrientes, y celebro poderle comunicar que ha sido plenamente aprobado por Su Santidad, el cual bendice cordialmente a sus autores y animadores y también a todos los piadosos fieles italianos que contribuyan con sus donativos al indicado Voto nacional del Sagrado Corazón de Jesús. Si, como no hay que dudar, el proyecto tiene éxito, quedará su perenne recuerdo en la fachada, que con estos donativos se realizará en la iglesia del Sagrado Corazón en esta capital. Y advirtiéndole que, en la invitación a publicar sobre el particular, puede hacerse mención de la aprobación del proyecto y de la bendición del Padre Santo para los que suscriben el Voto nacional, me cabe el honor de confirmarle los sentimientos de profundo respeto con que beso humildísimamente sus manos. De V. E.

Roma, 20 de octubre de 1884

Su atento y seguro servidor,
L. Card. JACOBINI

Pero antes que la invitación fuera comunicada al público, León XIII hizo el día 1.º de febrero de 1885 una modificación al proyecto de Alimonda. Quiso que se estableciese un centro único para recoger los donativos destinados a la construcción de la fachada, en la persona del mismo Cardenal, y que todo el dinero de los donantes italianos fuese remitido al Vaticano. Don Bosco captó en seguida los inconvenientes que podrían surgir de esta disposición, tanto más cuanto que sus preocupaciones recibieron muy pronto una elocuente confirmación. El Superior General de los Hermanos de la Doctrina Cristiana, cuando fue a Turín el día quince de febrero con las veinte mil liras de sus religiosos [1], no las pudo entregar a don Bosco, sino que debió llevarlas a Roma, pues tenían carácter de contribución a los gastos de la fachada, y sabía por el Santo cuál era la voluntad del Papa. ¡Pero cuántas vueltas y revueltas debió dar don Francisco Dalmazzo para lograr disponer de aquella cantidad! [2].

Mientras tanto aumentaban las deudas. Por añadidura, la contabilidad **[530]** marchaba muy mal, porque don Francisco Dalmazzo no entendía mucho de obras ni tenía tiempo para ocuparse seriamente de las cuentas, de modo que las salidas quedaban sin registrar. Don Miguel Rúa, que había ido a visitar en el mes de mayo a los Salesianos y a las Hermanas de Sicilia, habría querido examinar el estado de los gastos hechos, pero necesitaba para ello más días de los que él disponía. Por tanto, propuso en la sesión capitular del día doce de junio la suspensión de las obras, hasta llegar a un arreglo total de las cuentas. Don Bosco dijo:

—Escríbase a don Francisco Dalmazzo en este sentido: suspéndanse los trabajos, y, mientras tanto, averígüense cuánto cuestan las obras y compras ya hechas y, después, si hace falta, irá a Roma don Antonio Sala para cerrar personalmente el contrato con el contratista Cucco. Hay que pensar seriamente en los medios. El Padre Santo ha entregado las veinte mil liras ofrecidas por los Hermanos de la Doctrina Cristiana de Francia. En cuanto al proyecto del Cardenal Alimonda para la invitación a los católicos italianos por medio de los Obispos, el Papa lo ha aprobado; pero ahora parece que el Secretario de Estado lo ha limitado a la diócesis de Turín. El cardenal Alimonda piensa volver a escribir. Mientras tanto, yo escribiré al cardenal Secretario de Estado, para que nos ayude, ya que son muchas las limosnas que van al Papa para la iglesia del Sagrado Corazón.

---

[1] Véase Vol. XV., pág. 358.
[2] Véase, Ap., doc. núm. 80.

Dicho esto, leyó las siguientes observaciones, que él había redactado en 1884, cuando estaba en Roma: «1.º, Registrar lo que entra y lo que sale. 2.º, Vigilar los precios que se han fijado. 3.º, Vigilar qué materiales podrían ser llevados a otra parte, dado que el maestro de obras tiene otras construcciones comenzadas en otros lugares; como carretillas, ladrillos, cal, etc. 4.º, Vigilar para que no se malgaste o sobre material, especialmente tablas» [1].

Pero el proyecto entero de don Bosco, sobre la fachada del Sagrado Corazón, esperaba todavía el momento oportuno para **[531]** hacerlo público. Lo había estudiado durante el invierno con el cardenal Alimonda, con monseñor Bertagna y monseñor Cagliero y con el teólogo Margotti; obstáculos que luego se presentaron retrasaron su publicación, hasta que llegó el día veinticinco de mayo; aquel día se inauguraron los festejos mundiales por el octavo centenario de la muerte de San Gregorio VII y, bajo este título, los diarios católicos de Italia abrieron suscripciones de donativos para el Santo Padre León XIII. Precisaba, pues, dejar pasar la agitación de la conmemoración. Así transcurrieron otros dos meses y medio, antes de que llegara el momento de actuar.

Hasta que, por fin, con la intención de dar importancia y solemnidad a la manifestación, apareció el día nueve de agosto la *Unità Cattolica,* sin el marco de luto con que solía verse desde el día 20 de septiembre de 1870, sino engalanada de fiesta y dedicaba al tema toda la primera plana y más de la mitad de la segunda.

El artículo de fondo se titulaba: UNA DEMOSTRACION DE ITALIA CATOLICA PARA LA IGLESIA Y PARA EL PAPA LEON XIII. Empezaba de esta manera: «Ya ha llegado el tiempo oportuno para renovar en Italia una de las espléndidas protestas que se hicieron varias veces bajo el pontificado de Pío IX y del reinante León XIII. Pero la nueva protesta no debe aparecer solamente en los diarios que pasan, sino quedar plasmada en un monumento duradero, que se muestre de pronto al viajero, apenas entra en Roma por la estación ferroviaria. Concibió la grandiosa idea un ilustre patricio piamontés, el conde César Balbo, en quien vive la valerosa y noble fe de su abuelo y de su padre. Hace la propuesta nuestro Arzobispo, el eminentísimo cardenal Alimonda, que obtuvo la aprobación y bendición del Soberano Pontífice».

---

[1] Se supo, en efecto, que carros de materiales, entrados por una parte en el cerco de la construcción, salían por otra para destinos desconocidos. Estos y otros hurtos, perpetrados a mansalva, duraron desgraciadamente mucho tiempo.

Como se ve, se eclipsaba don Bosco y aparecía en su lugar como inventor el conde Balbo y como presentador de la propuesta el Arzobispo. Era su táctica acostumbrada, la de hacer que trabajaran otros para sus fines y quedarse él entre bastidores.

—Este es, dijo a don Carlos Viglietti, el único medio para ir **[532]** adelante y salir airosos con los enormes gastos que requiere la iglesia del Sagrado Corazón.

El mencionado artículo, después de presentar el ejemplo de Francia con su basílica de Montmartre y recordar los comienzos de la del Castro Pretorio, seguía diciendo: «Confiada la construcción de la iglesia al celo inteligente e incansable de nuestro don Bosco, no tardó en progresar y ya puede darse por terminada. El Padre Santo León XIII, en junio de 1884, tomaba a su cargo los enormes gastos, que pedía la magnífica fachada. Pero aquel mismo año llegó de improviso el cólera, que amenazaba a Roma, y el amoroso y generoso Pontífice, no obstante su pobreza, prodigaba una gran cantidad de dinero para abrir en el mismo Vaticano un hospital, al que él pudiese acceder fácilmente. Fue entonces cuando se le ocurrió al conde César Balbo la hermosa idea de proponer a la Italia católica un donativo extraordinario para el dinero de San Pedro que sirviera para llevar a término la fachada, y fuese como un voto nacional de los italianos que creen, rezan y esperan, y al mismo tiempo un acto de gratitud y amor al Pontífice reinante que, como un monumento, atestiguase que no había necesidad de una conciliación de la verdadera Italia con el Papa, puesto que no reina entre ellos la discordia, sino que viven en la más hermosa, paternal y filial armonía [1]. Comunicado el hermoso pensamiento al Padre Santo éste se dignó aprobarlo y recomendarlo y ahora añade nuestro Arzobispo la autoridad de su nombre y de su categoría y propone su ejecución al Episcopado católico de nuestra Italia».

El artículo iba acompañado de una serie de documentos, entre los cuales había una invitación al pueblo católico de Italia y una carta del Cardenal a los Arzobispos de todo el reino. La carta, cuyo fin era la presentación de la invitación, había sido enviada ya hacía **[533]** más de tres semanas con ejemplares de los módulos para las suscripciones. La carta al Episcopado decía:

---

[1] Esta es una ligera puntada política contra los liberales que soñaban con una conciliación en la que para nada tuviese que tomar parte la Italia oficial, sino que el Papa renunciase pura y simplemente a sus derechos. En la prensa católica de entonces, hacíase distinción entre una Italia real, la de los buenos católicos, y otra legal, la de los gobernantes.

Excelencia Reverendísima:

Al enviar a Vuestra Excelencia Reverendísima la adjunta invitación para aligerar al Padre Santo los grandes gastos de la fachada de la nueva iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, que se está levantando en Roma a cargo de la Congregación Salesiana, y que, en parte, está ya abierta como parroquia, me atrevo a algo, que sobrepasa los límites de mi poder, pues no tengo con V. E. más relaciones que las de mi alta admiración, fraterna caridad y humilde servidumbre. A pesar de ello, espero se me perdone, si se piensa que me encuentro muy cerca y unido con plena confianza al muy distinguido don Juan Bosco, en esta su primera y principal Casa, y que comparto con él la penosa ansiedad por la conservación de tantas grandes obras de caridad y la fundación de otras muchas, entre las que se halla la iglesia del Sagrado Corazón en Roma y los edificios anejos para la salvación de los niños pobres y del pueblo romano.

Por otra parte, ¿por qué no va a agradar al amabilísimo Corazón de Jesús el concurso unánime de todas las diócesis de Italia, consagradas a su nombre, para el embellecimiento de su iglesia como un *voto nacional* y como confirmación de la consagración ya hecha, ahora que nos apremian nuevas necesidades y nuevos peligros? Pero lo que más me alienta a ello es que me presento suplicante y confiado a Vuestra Excelencia Reverendísima, en nombre del mismo Padre Santo, el cual, en atención a la especial necesidad de la zona del Castro Pretorio, tan desarrollada en construcciones y población e invadida ya por los ministros del error, está impaciente por ver acabado, y lo más pronto posible adornado, el templo monumental, que se empezó con una primera llamada de su Cardenal Vicario a las diócesis de Italia y del mundo. Por esto la propuesta, para la que invoco el concurso de Vuestra Excelencia Reverendísima obtuvo el favor de sus alientos y bendición apostólica.

No es pequeña la molestia que le va a causar el ruego que le hago de enviar a sus Rvmos. sufragáneos una copia de la presente carta, de la invitación y de los módulos adjuntos. Pero confío que la santidad de la obra moverá el celo de sus más distinguidos eclesiásticos y de los buenos seglares que, en medio de tantas pruebas, se han mantenido fieles a la Iglesia y al Sumo Pontífice; espero que no pasará mucho tiempo sin que yo pueda colocar a sus pies una cantidad que le permita construir una fachada del templo del Sagrado Corazón, no inferior a las de las más famosas basílicas, la cual, según los estudios del muy distinguido y llorado arquitecto comendador Vespignani, costará unas *doscientas mil* liras. La invitación *al pueblo católico de Italia,* que, como es lógico, se une a la presente a V. E. Rvma., será también publicada **[534]** en los diarios católicos, cuya colaboración queremos esperar sea útil para el feliz resultado de nuestra empresa. Y ahora no me queda más que agradecer muy cordialmente a V. E. Rvma. el caritativo celo que se dignará tener para promover una obra santa y, recomendada como tal por el Sumo Pontífice. Y besando con todo respeto sus manos, tengo el honor de suscribirme,

De V. E. Rvma.

Turín, 16 de julio de 1885,
fiesta de la B. Virgen del Carmen

Muy atento y seguro servidor,
+ CAYETANO, Card. Arzobispo

La invitación, redactada por el mismo Arzobispo, desarrollaba elocuentemente el concepto apenas enunciado en la referida carta, insertando este magnífico elogio de don Bosco: «Hay un hombre en Italia, un digno eclesiástico, a quien parecen encomendados múltiples preciosos designios de la divina Providencia. En este sacerdote puso los ojos el santísimo Pontífice León XIII y le dijo:

»—Os confiamos la construcción del gran templo a dedicar en Roma al culto del divino Corazón. Nosotros concurriremos con nuestro patrimonio, reservándonos la construcción de la fachada.

»Y don Juan Bosco se aprestó resueltamente a la obra».

Pasaba después a hablar del estado de las obras y seguía diciendo Su Eminencia:

«La nueva iglesia ya se levanta airosa y tiene a su lado una amplia construcción para vivienda de sacerdotes y albergue de niños pobres, que tendrán escuelas diurnas y nocturnas; está situada en el barrio del Castro Pretorio, frente a las capillas y escuelas de los protestantes, como Arca Santa frente a Dagón; allí donde comienza la nueva Roma profana, la Roma burguesa, obrera, comerciante e industrial, donde no hay todavía templo católico y se sufren las consecuencias de la falta de religión; allí se levanta, como una atalaya, desde donde parece que deba mirar al mundo y donde, mientras tanto, por la proximidad de la estación central de ferrocarriles, es incesante la llegada de forasteros. El templo que va surgiendo parece de gran porvenir para quien lo mira y promete ser digno hermano de los monumentos romanos; pero está esperando que se termine; espera los ornamentos y adornos que lo decoren; el admirable don Bosco, **[535]** a una con sus hijos de la Congregación Salesiana, ya ha empleado en él verdaderos tesoros; y se requieren más todavía para dotarlo de lo necesario. Sin embargo, aun cuando la industria y el trabajo de los Salesianos lleguen a esto, no todo quedará terminado. El templo aguarda del Papa su clásica fachada».

Y aquí exponía lo que ya se había hecho lo que quedaba por hacer para la ejecución de la propuesta [1].

Viglietti leyó en Mathi, durante la comida, a don Bosco y a los comensales las dos páginas del periódico, que contenían el largo artículo. Mientras se hacía esta lectura, todos advertían la indiferencia y tranquilidad del Santo, al oír su letanía de alabanzas; es más, en el momento culminante, como tenía el vaso en la mano, se puso a beber como si tal cosa. Después encargó que se escribiera a Lemoyne para

[1] Ap. Doc. núm. 81.

que se imprimiese todo en un opúsculo aparte para enviarlo a los Cooperadores [1].

Las respuestas de los obispos no se hicieron esperar [2]. Don Bosco se alegraba de ello con el conde Balbo, atribuyéndole todo a él, pero, al mismo tiempo, revelando sin quererlo quién era el verdadero animador, en una frase que lo pinta de cuerpo entero.

Muy querido señor Conde César:

Como seguramente ha podido saber, su pensamiento, su proyecto fue aceptado por el Padre Santo y esperamos que tenga feliz resultado, como nos lo aseguran las primeras pruebas. Sin armar bulla trabajaremos incansablemente por el Sagrado Corazón de Jesús. Nos está asegurada amplia recompensa ¿no es verdad?

El sábado haremos oraciones especiales a María Santísima para que bendiga a toda su familia, la proteja, la conserve con salud y santidad, y así pueda usted verla toda unida algún día a su alrededor en el Paraíso.

Humildes saludos para usted, la mamá, la condesa María y todo el grupo de sus angelitos, y dígnese rezar también por mí, que tengo el honor de poderme profesar.

Turín, 12 de agosto de 1885

Afmo. y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[536] También se dejó oír la voz del Papa. En la fiesta de san Joaquín, su día onomástico, hablaba con los Cardenales y, después de lamentar la destrucción de algunas iglesias en Roma por exigencias de urbanismo, recomendó *expresamente* las colectas para poder edificar la fachada de la iglesia del Sagrado Corazón [3].

Como el Padre Santo había manifestado su voluntad de que los donativos se dirigieran a manos del Arzobispo y que éste los enviara al Vaticano, nada más se había dicho que indicase ningún cambio de opinión. En consecuencia, don Bosco, totalmente de acuerdo con el Cardenal, se dispuso a organizar esta cuestión y lo hizo muy cumplidamente. Se instituyó en Turín, bajo la presidencia del Arzobispo una majestuosa Comisión encargada de recibir los donativos de las diócesis italianas y remitirlos a Roma. Dicha Comisión, que tenía su sede en el palacio arzobispal, debía dar cuenta de los donativos a medida que se recogiesen cantidades notables para enviar; la *Unità Cattolica* publicaría listas de donativos con los nombres de los donantes. En cuanto a los módulos, las Curias los pedirían al secretario de la Comi-

[1] Diario Viglietti, 9 de agosto de 1885.
[2] Carta del Cardenal a don Bosco, Turín, 9 de agosto de 1885.
[3] *Unità Cattolica,* 21 de agosto de 1885.

sión y cada párroco se proveería de ellos en la Curia de su respectiva diócesis [1].

Parecía que todo marchaba viento en popa, cuando el infierno maquinó un golpe, que pudo tener desastrosas consecuencias. El día veintinueve de septiembre, a las siete de la tarde, una mano incendiaria intentó destruir la obra comenzada prendiendo fuego a los andamios y al armazón de la iglesia. Las diversas columnas del armazón exterior constaban **[537]** de cuatro vigas cada una, unidas entre sí por trozos de viguetas clavadas. Algún maleante echó entre dos vigas un líquido inflamable y aplicó después un cerilla. En pocos minutos las llamas invadieron todo el cañizo colocado para seguridad de los transeúntes, hasta la altura del tejado. Si el fuego hubiese penetrado en el interior, se habría apoderado de todo el armazón valorado en sesenta mil liras, amén de otros daños. Pero la Providencia no permitió tamaña ruina; llegaron a tiempo cinco bombas y, trabajando intensamente, cortaron el incendio. Nunca constó que la policía se diese por enterada del grave atentado para descubrir al autor. Aquella fachada tenía que ser un monumento papal; pero, en aquellos tristes tiempos, toda demostración papal en Roma atizaba feroces iras sectarias.

La invitación produjo la cantidad de ciento setenta y dos mil liras; y se hubiera recogido mucho más, si no se hubiese creído prudente suspender la colecta en julio de aquel año.

Don Bosco discurrió todavía otra forma más de colaboración. Había de ser una honra para toda casa salesiana tener una representación en la obra monumental. Por tanto, al aproximarse la inauguración del nuevo curso escolar, escribió a los Directores, proponiéndoles los medios para que le ayudaran; destinar a este fin los donativos que los alumnos internos y externos solían entregar en la fiesta onomástica del Director e invitar a colaborar a las personas amigas de cada colegio.

---

[1] Lista de los miembros de la Comisión con los títulos de cada uno, al estilo de don Bosco: «Reverendísimo Monseñor Caballero don *Luis* de los barones *Nasi,* doctor colegiado, canónigo de la Metropolitana.–Reverendísimo monseñor *Estanislao Schiapparelli,* prelado doméstico de Su Santidad, asistente eclesiástico del Circulo de la Juventud Católica.–Reverendísimo comendador don *Augusto Berta,* doctor colegiado, canónigo de la Congregación de la Santísima Trinidad, asistente eclesiástico de las Uniones obreras católicas.–Muy reverendo señor teólogo *Mauricio Arpino,* cura párroco de la parroquia de los santos Pedro y Pablo de Turín.–Ilustrísimo señor conde *Francisco Viancino de Viancinó,* Presidente de la Comisión regional piamontesa de los Congresos católicos.–Ilustrísimo señor barón *Carlos Ricci des Ferres.*– Ilustrísimo señor banquero *José Antonio Musso,* tesorero.–Canónigo *Rafael Forcheri,* secretario». Todos ellos eran antiguos amigos de don Bosco.

Muy querido Director:

Es mi vivo deseo que cada casa de nuestra pía Sociedad esté de alguna manera representada en la iglesia monumental del Sagrado Corazón de Jesús, que se está acabando en Roma.

A tal efecto, te ruego encarecidamente promuevas una suscripción entre los alumnos externos e internos de esa casa en el próximo curso escolar, dedicando a este santo fin el donativo en dinero que los alumnos suelen entregar en la fiesta onomástica del Director.

[538] Para el mismo fin estudia también cómo invitar a los Cooperadores salesianos, que tienen relación con la familia confiada a tus particulares cuidados. Estos donativos serán para mí una satisfactoria colaboración en las fatigas y molestias, que sostengo para esta grandiosa construcción y, al mismo tiempo, serán muy útiles para atraer sobre esa tu casa y sobre todos los beneméritos donantes los abundantes favores prometidos por el Sagrado Corazón de Jesús. Puesto que él aseguró que derramaría abundantes bendiciones sobre todas las empresas de sus devotos y sería su refugio seguro en la vida y, especialmente, en el momento de la muerte.

El dinero recogido de este modo me lo enviarás aquí a mí, determinando, además, si lo deseas, qué objeto quisieras se proveyera con este dinero, para que quedara en aquella iglesia como donativo de esa Casa.

Que las bendiciones divinas desciendan abundantemente sobre ti, sobre todos nuestros beneméritos Cooperadores y la piadosa Virgen María nos guíe seguros por el camino del cielo. Así sea.

Turín, septiembre de 1884

Afmo. en J. C.,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Poco tenemos que decir del hospicio en cuanto a las obras. En diciembre estaban terminados los cimientos, de modo que, el día de la Inmaculada, monseñor Manacorda, obispo de Fossano, bendijo solemnemente la piedra angular. Hubieran debido ser el conde y la condesa Colle los padrinos de la ceremonia, pero, al no poder ir ellos personalmente, hizo sus veces un amigo de la familia domiciliado en Tolón, el general conde de Oncieu de la Bâtie con su esposa y la suegra, la condesa Soardo de la Serraz. En el pergamino de rúbrica, quiso don Bosco que constara ante todo la finalidad del edificio que se iba a levantar y que era la de «asilar y así librar de la corrupción y de la perdición a la juventud de cualquier país, que, atraída a la metrópoli del mundo católico con la esperanza de encontrar en ella fortuna o, al menos, trabajo, quedaba allí expuesta, la mayor parte del tiempo, a los más graves peligros». Pero las tres cuartas partes del documento estaban dedicadas a elogiar a los condes Colle. Después de hablar separadamente de sus personas, seguía diciendo: «La caridad que los animaba no les podía permitir ignorar el hospicio construido por don Bosco, a quien tenían un aprecio y un afecto indefectibles,

sobre todo porque apreciaban **[539]** altamente la suerte de haber sido asociados por él a todas sus obras de caridad y de religión. Aunque es verdad que Dios misericordioso ha escrito en el libro de la vida todos sus actos de virtud y El sabrá darles una recompensa proporcionada al mérito, sin embargo, nosotros hemos querido perpetuar aquí un breve recuerdo para ejemplo de quien abriere un día este documento y quede así memoria de nuestra gratitud y de la de todos por los inagotables beneficios del señor conde y de la señora condesa Colle. Y, mientras se eleve cada día la oración del agradecimiento, como perfumado incienso, de los labios de los niños hasta el trono de Dios por sus bienhechores, nosotros tenemos la firme esperanza de que Dios en su bondad suscitará entre su pueblo otros hombres, que imitarán tan hermoso ejemplo y mostrarán los mismos sentimientos de caridad por la juventud pobre y desamparada. Esperamos que este ejemplo contribuya a excitar el celo de nuestros Cooperadores y que, mediante su generosidad, podremos terminar pronto la obra comenzada con el fin de llevar a Dios a tantos pobres jovencitos expuestos al peligro de quedar para siempre alejados de él» [1].

La rifa seguía, mientras tanto, su curso. Completaremos aquí la narración comenzada y proseguida en dos de los capítulos anteriores [2]. Los Cooperadores y las Cooperadoras tuvieron amplio campo para ejercitar su caridad con la venta de boletos. Don Bosco ya había encomiado su celo e interés en la circular de enero de 1885. Decía en ella: «Muchísimos, no satisfechos con quedarse y despachar los primeros paquetes recibidos, pidieron otros más; no pocos me remitieron el importe y con él los mismos boletos, para que los repartiera a otras personas, volviendo así a cobrar su importe. Este desinterés y este impulso de tantas personas al prestarme su mano para obrar el bien me produce gran satisfacción y me hace ver la intervención de Dios; pues, dada la escasa cosecha del año, este sentimiento y esta sincerísima prueba de caridad no pueden explicarse **[540]** sin acudir con el pensamiento a Dios, que es el dueño de los corazones, pues les hace fáciles las obras mismas que de suyo les resultarían arduas y dificilísimas».

A lo largo del año 1885, se organizó la exposición de los donativos para premios. Era tan interesante esta exposición que atraía a muchos visitantes, que generalmente no salían sin adquirir boletos. Todos

[1] Véase *Bulletin Salésien*, enero de 1886.
[2] Capítulos III y IV.

declaraban que nunca se había visto en Roma una exposición como aquélla. Hagamos de ella una breve descripción.

Ocupaba los nuevos locales contiguos a la iglesia, entre los cuales figuraban el paseo que la rodea y las dos sacristías inauguradas el día veinte de enero, que formaban los tres primeros y mayores salones. El primero, para cristalería, contenía todos los objetos de cristal grandes y pequeños, con el centelleo de mil colores, de suerte que se experimentaba la ilusión de atravesar una sala de Murano [1]. En el segundo, destinado a la madera, se veían obras de marquetería en caoba y nogal de India, variadas y exquisitas tallas en el arte del calado, finísimos trabajos en concha y en marfil. El tercero, el del libro, ofrecía el aspecto de una rica biblioteca; había en él autores de teología, de filosofía, de ciencia, de literatura, de ascética; y hasta se encontraban algunos incunables de los siglos quince y dieciséis, que despertaban la codicia de los anticuarios.

Venían, a continuación, otras cinco salas más pequeñas. En una colgaba de las paredes y cubría anchas mesas una magnífica colección de cerámicas y porcelanas; admirábanse en ella colosales y espléndidos jarrones japoneses, servicios de té y de café, mil figurillas de animales, desde el elefante al ratoncillo y desde el águila a la mariposa, amén de reptiles y peces; estatuas, estatuitas, estatuillas sobre pedestales de mármol o de madera tallada. Otra sala encerraba los objetos preciosos y brillaban en ella, encerrados en escaparates y vitrinas, objetos de plata y de oro, algunos de los cuales tachonados de piedras preciosas; además, estuches, cajoncitos, cofres, neceseres con adornos de plata y de piedras preciosas; por último relojes y joyas. Los Cooperadores de Italia y de Francia habían ido a porfía en el envío de collares, pendientes, broches, brazaletes y anillos de valor. **[541]** Abundaban, además, objetos de menor valor en bronce y otros metales. Las últimas tres salas estaban reservadas para las labores de confección casera, enviadas con profusión: bordados en seda, en hilo, en lana y una gran variedad de encajes.

No había una sala destinada exclusivamente a la pintura; pero en todas se veían abundantes cuadros colgados de las paredes y algunos de autores célebres; sobresalían, entre éstos, dos flamencos valorados en veinticinco mil liras cada uno.

El catálogo impreso registraba cinco mil setecientos premios; pero se añadieron después otros dos mil seiscientos. El sorteo fijado para

[1] *Murano:* famosa ciudad italiana del Véneto, famosa por su cristalería artística *(N. del T.)*.

fines de abril fue prorrogado, con licencia de la autoridad competente, hasta el día treinta y uno de diciembre. Tres motivos habían obligado a don Bosco a pedir esta autorización; la gran cantidad de boletos que quedaban por despachar, la llegada continua de nuevos objetos y la necesidad de dinero para las obras de construcción y liquidación de las deudas.

Durante los últimos meses del año, don Bosco se industriaba a más no poder para recoger los boletos enviados y no vendidos y para despacharlos por todas partes, escribiendo, incluso, a personalidades italianas y extranjeras [1]. Con este doble fin, difundió por Italia una circular.

Benemérito Señor:

Pido a V. S. bondadoso perdón, por recurrir especialmente a su experimentada caridad y benevolencia. El día treinta y uno de diciembre tendrá lugar el sorteo de la rifa, organizada hace tiempo en favor del hospicio e iglesia del Sagrado Corazón de Jesús en Roma. Todos los Cooperadores y Cooperadoras salesianos han querido colaborar con laudable porfía en esta obra de caridad y religiosidad, recibiendo boletos, colocándolos entre sus conocidos y amigos y enviando el importe a su destino, a medida que estaban en condiciones para ello. Celebro poder contar también a V. S. entre estas beneméritas personas y le doy gracias por ello de todo corazón.

Pero, acercándose el día fijado para dicho sorteo y teniendo todavía algunos millares de boletos por repartir, me veo obligado a pedir a V. S. un nuevo favor. Si, por ventura, le fuera posible todavía aceptar algunos o colocarlos **[542]** por esas tierras, tenga la bondad de indicármelo para ayudarme en esta obra como lo ha hecho hasta ahora. Y si tuviese aún algunos de los que ya recibió y no quisiera quedarse con ellos, me haría igualmente un gran favor si tuviese a bien colocarlos lo antes posible, cobrando el importe y enviándolo a Turín. Si, por el contrario, no lograse despacharlos de ningún modo, tenga la bondad de devolvérmelos en seguida, para intentar despacharlos en otra parte en tiempo útil.

Reconozco haber abusado demasiado de su bondad y benevolencia, pero no ignora V. S. que invoqué su caridad en favor de tantos pobres jovencitos vagabundos, abandonados y en graves peligros para el alma y el cuerpo; la invoqué para cumplir una obra de caridad y de religiosidad, que interesa mucho al Sumo Pontífice León XIII y que será para gloria del Sagrado Corazón de Jesús, honor de la Iglesia Católica y utilidad de la sociedad civil. Por estas razones, que en una alma noble valen más que ninguna otra, abrigo la firme esperanza de que V. S. no querrá negarme el favor que le pido sino que, por el contrario, será feliz de poder cooperar de este modo al remedio de las miserias humanas, con la dulce esperanza en el corazón de recibir como premio el céntuplo prometido por Dios en este mundo y la vida eterna en el otro.

Lleno de profunda gratitud pido a Dios y a la Santísima Virgen Auxiliadora que

[1] Ap. Doc. núm. 82 A-B-C.

extiendan sobre V. S. y familia el manto de su divina y celestial protección, mientras tengo el honor de profesarme con alta estimación y gran respeto,

De V. S. B.

Turín, 10 de noviembre

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, Pbro. [1]

El *Boletín* llevaba casi en cada número un encarte que servía para mantener despierta la atención. Por fin, anunció el sorteo de los boletos; pero el resultado no se pudo publicar en seguida, porque hubo que trabajar mucho para ordenar, registrar y publicar con la debida exactitud **[543]** los números de la suerte. La publicación se hizo en un suplemento del *Boletín* de febrero.

La venta de numerosos premios no retirados produjo todavía una cantidad considerable. Pero no hemos podido averiguar el resultado neto de la rifa; lo cierto es que don Bosco quedó satisfecho, pues, en su circular de enero de 1886 a los Cooperadores, dijo: «El mayor recurso de todo el año para la continuación de las obras fue el de los boletos vendidos».

[1] Una instrucción aneja decía: «Quien tuviese que devolver boletos, tenga la bondad de meterlos en un sobre cerrado, con los ángulos cortados, con sello de dos céntimos, escribiendo sobre un papel aparte solamente el nombre, apellido, dirección de aquél a quien habían sido enviados anteriormente desde Turín.

»Quien guardase todavía el primer sobre con los billetes dentro, bastaría que los devolviese sin sello y con la sola palabra "*Devueltos*". Pero, si se quisiese añadir algún escrito, conviene franquear la carta, de acuerdo con el franqueo del reglamento postal, y el dinero se debe enviar por giro postal o por carta certificada. El número de premios supera los ocho mil y su valor oscila desde una lira hasta veinte mil cada uno. Se ha impreso ya el primer catálogo y se enviará a quien lo pida».

[544]

CAPITULO XX

SOBRE ALGUNAS CASAS Y PROPUESTAS EN ITALIA

VAMOS a mencionar en este capítulo solamente algunas casas y propuestas que ofrecen la ocasión de referir algún pensamiento, algún gesto notable de nuestro Santo o bien cosas escritas por otros a favor o en contra de él y de su Obra, a más de lo ya expuesto y narrado en páginas anteriores.

Había algunas casas, esparcidas por territorios distantes que formaban una Inspectoría *sui generis,* dependiente directamente del Capítulo Superior; eran, además de las de España, las casas de Este, Mogliano Véneto, Faenza, Roma, Magliano Sabino y Randazzo. Las gobernaba don Miguel Rúa; pero el cúmulo de asuntos que pesaban sobre él y absorbían sus laboriosas jornadas, le indujeron a proponer en 1885 el nombramiento de un hombre prudente, a quien confiar aquel cometido.

Don Bosco, sin embargo, era de otro parecer, mas no creyó llegado todavía el tiempo para tomar aquella medida; sólo la autoridad de don Miguel Rúa le daba confianza de que, en aquellas casas, situadas fuera de la órbita de los Superiores inmediatos, se mantenía el espíritu de la Congregación. Don Miguel Rúa, conocido el parecer de don Bosco, inclinó dócilmente la cabeza.

Hablaremos ahora brevemente de algunas casas de Italia, que don Bosco visitó entre fines del verano y comienzos del otoño, y de diversas obras a las que tuvo que atender en el curso del año 1885. Durante los meses mencionados, sólo visitó personalmente tres casas: **[545]** Valsálice, Nizza Monferrato y San Benigno. No consta, por documentos escritos ni por memorias precisas, que fuera a la más próxima de todas, a San Juan Evangelista; pero trató de ella con su Capítulo por una cuestión, que se podía considerar de vida o de muerte, y que después eligió para morada hospitalaria de un eminente Prelado dimisionario (monseñor Basilio Leto).

La salud de los Hijos de María, que se habían instalado en San Juan Evangelista en otoño de 1884, no era tan buena como en Mathi y en Sampierdarena; don Bosco estaba preocupado por ello. En la sesión capitular del día diez de julio llamó la atención de los Capitulares sobre el particular, diciendo:

—Son ya bastantes los Hijos de María que han vuelto a sus pueblos por enfermedad. ¿Será debido a los aires o a la humedad del local nuevo? ¿Será por estudiar demasiado o por las otras ocupaciones? Conviene que don Miguel Rúa invite a nuestro médico, el doctor Albertotti, al médico de aquella casa y al doctor Fissore a que hagan una visita sanitaria y comuniquen después el resultado. También es digno de atención que aquella casa ofrece dificultades con respecto a la modestia por causa de las ventanas.

Sin aguardar el parecer de los médicos, se juzgó que podían contarse, entre las causas del malestar: la mala distribución de las ocupaciones, el bajar sudados a los sótanos donde estaban el comedor y la capilla, el ponerse a trabajar demasiado pronto después de la comida, el afán por los estudios, el cambio total del género de vida, pues había de resultar duro para jóvenes, acostumbrados en su mayoría a las faenas del campo, el vivir encerrados entre cuatro paredes. Los tres médicos, después de examinar las condiciones higiénicas del ambiente, sugirieron remedios de fácil aplicación, excluyendo el traslado de la sede; puesto que incluso habíase discutido la idea de adquirir en Cirié un edificio capaz para este traslado eventual. **[546]** Efectivamente todo se redujo a modificar el régimen o dieta, y ello bastó para que ya no se repitieran los inconvenientes que se lamentaban.

Esta paternal solicitud arroja nueva luz sobre la gran importancia que don Bosco seguía dando a sus Hijos de María; es más, en aquella misma sesión capitular confirmó su manera de ver, observando:

—La mayoría de los Hijos de María se quedan con nosotros y tenemos muchas ventajas cuidándolos. Ante todo, no chocamos con los Obispos, que generalmente no se preocupan de ellos por miedo a su conducta y prefieren a los jovencitos; después, los padres se oponen menos a su vocación y ellos mismos tienen pocos proyectos en la cabeza, mientras que, en los jovencitos, la fantasía forja mil esperanzas; en fin, las autoridades escolásticas no se entremeten tanto y no recelan de escuelas de este tipo.

Volvió a hablar de esta su querida Obra en la reunión del día diecisiete de septiembre, desarrollando otro aspecto de su pensamiento:

—Los Hijos de María, dijo, son para la acción, mientras que los que vienen de niños a nuestras casas, serán para la ciencia.

Pensaba don Celestino Durando que, con el correr del tiempo, podrían desalentarse los Hijos de María, al darse cuenta de ser inferiores en ciencia a los recién llegados, más jóvenes que ellos; pero los hechos dieron la razón a don Julio Barberis, el cual aseguraba que no pasaría eso. Formados como los había ido plasmando don Felipe Rinaldi, no ambicionaban figurar por su doctrina, sino que deseaban sobre todo dedicarse a las obras de celo sacerdotal. No faltaron, sin embargo, aun entre los Hijos de María, hombres de talento que salieron muy bien en los estudios.

La casa de San Juan Evangelista tuvo por voluntad de don Bosco el honor de ofrecer en 1885 digna morada a un venerando huésped, obligado por la perfidia de los hombres a cerrar en silencioso retiro su vida de apostolado. Brilla en este hecho la caridad agradecida de un Santo y la humildad edificante de un virtuoso Prelado. Monseñor Basilio Leto, obispo de Biella, había querido, admirado y favorecido desde hacía muchos años a don Bosco. Su episcopado chocó desde los comienzos con dos dificultades graves: **[547]** una sucesión difícil y la aversión del Cabildo. Suceder a monseñor Losana era una ardua empresa, porque, durante sus casi treinta años de gobierno, se habían introducido en la diócesis diversos abusos, de suerte que el recién elegido comprendió al momento que debía sacrificarse a sí mismo para facilitar el camino al que fuera después de él. Monseñor Leto tenía un carácter dulcísimo, era afable con todos y muy humilde; lo cual disgustaba a cuantos estaban acostumbrados a los aires aristocráticos de monseñor Losana. Decíase que el nuevo Obispo no respetaba su dignidad, porque, a veces, dirigía el rosario de la tarde en la Catedral y hasta se le había visto encendiendo las velas del altar y arreglando la lámpara del Santísimo Sacramento. Un día fue don Santiago Costamagna a visitar a las Hijas de María Auxiliadora, que atendían al seminario, donde se hospedó: cuando bajó a la sacristía a las cinco de la mañana para celebrar la misa, encontró todo preparado. Monseñor, que acostumbraba levantarse muy temprano, había colocado cada cosa en su sitio. Después, como quiera que don Santiago tenía que salir en seguida, se encontró con que la mano paterna del Obispo le había preparado hasta el café.

Pues bien, presentaron en Roma acusaciones gravísimas y calumniosas contra un hombre tan bueno. Su ama, una vieja gibosa y derrengada, de instintos salvajes, había sido colocada por él en la cocina de las Hermanas para que les enseñara a preparar la comida para el

seminario; pero las pobrecitas temblaban ante aquella vieja fea y malvada, que llegaba incluso a blandir rabiosamente el cuchillo persiguiéndolas. Por fin, cuando el *exequátur* permitió a Monseñor dejar el seminario para tomar posesión del Palacio episcopal, cedió a los ruegos de don Santiago Costamagna y la quitó de la cocina; pero, en vez de despedirla, movido por su gran caridad, la dejó en el palacio como cocinera suya.

Pero desgraciadamente la caridad no amansa a las fieras. Una noche oyó Monseñor, a eso de la medianoche, un alboroto en la cocina; bajó y se encontró a aquella mujer bebiendo con algunos criados. Indignado, mandó a todos retirarse a sus habitaciones y salió a pasear por el patio para calmar su espíritu **[548]** agitado con tan desagradable sorpresa. Pero lo peor vino después. Cuando quiso entrar, la puerta estaba atrancada y llamó en vano para que le abrieran. Afortunadamente llevaba en el bolsillo la llave del seminario y así pudo ir a dormir allí a su antigua habitación. Y precisamente sobre este hecho fabricaron sus adversarios un disparatado castillo; lo cual les resultó muy fácil, puesto que la mansedumbre del Obispo aun después de semejante infamia, no procedió a echar a la maléfica mujer.

En Roma se examinó la cuestión y, ante la pertinacia de los opositores y la imposibilidad de un acuerdo, por miedo a inconvenientes y escándalos, se juzgó prudente invitar a Monseñor a presentar la dimisión, pero, al mismo tiempo, se le ordenó que siguiera ocupando la Sede y administrando la diócesis hasta que se nombrara sucesor. Aunque esta solución le devolvía el honor, porque demostraba que se consideraban inexistentes las acusaciones, cargó sobre sus hombros una cruz muy pesada, al tener que moverse entre enemigos que cantaban victoria. Acometióle inapetencia, un agudo dolor de cabeza traspasaba sus sienes día y noche y el santo varón parecía alelado en ciertos momentos.

Pero la Providencia velaba por él. Nada más firmar la dimisión, exclamó para sus adentros:

—¡Oh, si don Bosco me permitiese retirarme a la iglesia de San Juan Evangelista, me parece que recobraría mi tranquilidad y acabaría mis días en paz!

Pero no manifestó a nadie su pensamiento. Mas hete aquí que, al llegar a Turín la noticia de su dimisión, don Bosco que la recibió cuando estaba sentado a la mesa, dijo:

—¡Pobre Obispo! ¡Era un gran amigo y bienhechor nuestro! ¿No sería conveniente, más aún, no deberíamos escribirle que venga a vivir con nosotros?

—¿Dónde se le podría alojar?, preguntó don Celestino Durando. Aquí en el Oratorio no sería posible.

—En San Juan, contestó don Bosco. Allí se le podría preparar un apartamiento de acuerdo con la condición de un Prelado. **[549]** Escríbele tú, Durando, en seguida e invítale en mi nombre a que acepte nuestro ofrecimiento.

Pero hubo quien presentó dos sabias consideraciones. Dos canónigos de la Catedral de Biella habían estado en el Oratorio para pedir a don Bosco que apoyara su causa contra el Obispo ante la Sagrada Congregación. Naturalmente don Bosco se había negado. Ahora bien, el ofrecimiento de la casa de San Juan a monseñor Leto, ¿no sería como un bofetón para aquel Cabildo y no parecería que era entremeterse en tan espinosa cuestión, excitando temibles adversarios contra los Salesianos? Además, una invitación, aunque fuera gratuita, creaba obligaciones, si era aceptada; una persona invitada en la propia casa adquiere el derecho a ser tratada como lo pide su dignidad y, por mucho que se haga, nunca se hace demasiado. ¿No sería, pues, mejor aguardar a que tal vez monseñor Leto pidiera ir a vivir con don Bosco? Entonces no habría que temer protestas, como si se hubiese querido condenar la conducta de sus adversarios, y los miramientos que con él se tuviesen le resultarían siempre más agradables. Oídas estas observaciones, don Bosco reflexionó un rato y después dijo:

—Bueno, sea; no se escriba la carta; nos guiaremos por los acontecimientos que tengan lugar.

Mientras tanto la Santa Sede nombró Obispo de Biella a monseñor Cumino, con lo que monseñor Leto tenía que dejar la diócesis. Este había determinado a última hora retirarse con el abad Faá de Bruno; pero el Papa encargó al cardenal Alimonda que le buscara una residencia en una casa religiosa. El Cardenal pasó aviso a don Bosco, proponiéndole también que lo recibiera en la iglesia de San Juan Evangelista. Don Bosco asintió inmediatamente, de suerte que monseñor Leto vio cumplido su primer deseo de modo providencial.

El buen Obispo llegó a Turín y fue a comer al Oratorio. Parecía profundamente abatido, como quien se siente sometido a un duro castigo. Habló poco y comió poquísimo. Después de la comida, fue a la habitación de don Bosco y allí, **[550]** de rodillas a sus pies le pidió la bendición. Don Bosco no quería; pero tanto se lo pidió que, al fin, lo bendijo. Después le puso la mano sobre la cabeza. En aquel instante desapareció el dolor, que hacía meses lo atormentaba, y ya no lo volvió a sentir.

Fue a San Juan, y tan pronto como se encontró con el Director, don Juan Marenco, le dijo:

—Vengo para que me cuente entre sus hijos y sea mi padre.

—Monseñor, contestóle don Juan Marenco, yo y todos los míos seremos sus hijos, usted es aquí el padre y el amo.

Todos los superiores y los alumnos le habían recibido de rodillas. Monseñor estaba emocionado. Don Juan Marenco le acompañó al mejor aposento de la casa, que don Antonio Sala, por orden de don Bosco, había amueblado con buen gusto. Constaba de una amplia sala para visitas [1], y varias habitaciones. Después le presentó un sacerdote y un joven elegantemente vestido, para servirle de secretario y de camarero respectivamente [2].

—Por lo demás, añadió don Juan Marenco, todos los muchachos de la casa están a su servicio.

En la misa y en todas las funciones se le daba el tratamiento correspondiente a un Obispo. Y como él declarara, desde la primera mañana, que estaba dispuesto a celebrar privadamente y sin asistencia, contestó el Director:

—¿Qué dice, Excelencia? Hágase cuenta de que está en su Palacio episcopal. Esta es la intención de don Bosco y nosotros somos muy felices de compartir con su Excelencia nuestra vivienda.

Monseñor no tenía palabras para expresar su gratitud. Recobró el apetito, volvió a su jovialidad y se sentía feliz. Don José Lazzero, en julio de 1886, escribía sobre él a monseñor Cagliero: «¡Pobrecito! Se creía que, al retirarse de este modo, iba a ser olvidado por todos y se disponía a una vida triste y melancólica; mas, al verse invitado a cada paso para alguna función, se siente aliviado, está contento y expresa su alegría con efusión de corazón **[551]** y exclama:

»—Doy gracias con toda mi alma a don Bosco. No podía encontrar mejor suerte».

Al leer con cierta frecuencia su nombre en el *Boletín* y en los periódicos, obispos y párrocos no experimentaban esa especie de vacilación, que fácilmente nos tiene alejados de quien se supone caído en desgracia; por lo cual, iban a menudo a visitarlo y, al ver cómo lo trataba don Bosco, colmaban de elogios la bondad del Santo. Pero su altura moral brilló especialmente cuando supo que se encontraba en Turín para una cura de los ojos su principal adversario, un canónigo

---

[1] Esta sala ha desaparecido para convertirla en habitaciones.

[2] Era el hijo de María Cardano, que llegó a ser más tarde Inspector de las casas salesianas de Palestina.

que le había hecho una guerra encarnizada. Monseñor Leto fue en seguida a visitarlo.

Este rasgo de humilde caridad conquistó a aquel eclesiástico, el cual en presencia de un confidente suyo, que nos contó el hecho, no se contuvo y exclamó:

—¡Hemos perdido a un Obispo santo!

VALSALICE

Don Bosco estuvo en Valsálice veintitrés días seguidos, del cinco al veintiocho de septiembre. Desde el principio, notó una mejoría en la salud, que aumentaba gradualmente, al extremo de que, durante una tanda de ejercicios, pudo hablar con los Hermanos y al final celebrar él mismo la clausura con una breve exhortación. En ésta contó conmovido la visita del emperador Otón a san Nilo y, después de un oportuno comentario, acabó diciendo con lágrimas en los ojos:

—No os pido a vosotros más que salvéis vuestra alma.

Allí presidió hasta quince sesiones capitulares. En días señalados trasladábanse los Superiores y tenían una sesión por la mañana y otra por la tarde, salvo el día veinticuatro de septiembre, en que se reunieron una sola vez. Don Bosco llamaba también a las sesiones a Hermanos no capitulares; así leemos una y más veces en las actas los nombres de don Julio Barberis, don Francisco Dalmazzo, don Pablo Albera, don Juan Bautista Francesia, don Francisco Cerruti, don Juan Branda, don Pedro Pozzan; este último **[552]** tenía que dar, como veremos, un informe sobre una fundación propuesta por los Cooperadores de Vicenza. El Santo tomaba parte en las discusiones, dejando, como siempre, a todos libertad para manifestar y defender su propio parecer, aunque no estuviera de acuerdo con el suyo.

Subió dos veces a Valsálice en aquellas semanas el cardenal Alimonda, acompañado por el teólogo Margotti y otros destacados eclesiásticos turineses, para conferenciar con don Bosco acerca de los asuntos de la iglesia del Sagrado Corazón [1]. La segunda vez, Su Eminencia y los acompañantes se quedaron a comer. Estaban todos asombrados y gozaban al ver con qué familiaridad trataba al Siervo de Dios, el cual paseaba después a su lado bajo los pórticos e iba del brazo con él casi amistosamente. El magnánimo Cardenal sostenía

[1] Véase el capítulo anterior.

entonces su cuerpo desfallecido, con la misma caridad con la que en todo tiempo había sostenido su Obra.

Por su parte, el denodado Director de la *Unità Cattolica* manifestaba de palabra y con los hechos el cariño que hacía tantos años le unía al Santo. Una de aquellas veces, en el primer encuentro, le besó la mano en presencia de don Francisco Cerruti, que, enternecido ante aquella demostración de respeto, se acercó a él, mientras don Bosco iba a sentarse lejos de la ventana, porque la luz le dañaba los ojos, y le dijo:

—Señor teólogo, personalmente y en nombre de los Salesianos, le agradezco el afecto que demuestra a don Bosco.

Y aquél respondió:

—¿Es posible conocer a este hombre y no quererle?

Aquella tarde llegó a Valsálice el pintor Rollini. Con una pequeña fotografía, recibida de América con monseñor Cagliero en medio de sus primeros bautizados, dos guapos muchachos patagones auténticos, había logrado una pintura muy interesante y se la llevaba a don Bosco. El buen Padre gozaba mirando y enseñando las queridas primicias cosechadas por su gran hijo en la tierra de sus sueños.

[553] NIZZA MONFERRATO

Don Bosco y su Capítulo seguían cuidándose directamente de los intereses materiales de las Hijas de María Auxiliadora. En la sesión del día veinte de marzo de presentó una comunicación del médico de Nizza, que ponía de relieve las condiciones antihigiénicas de los dormitorios en la casa madre; por lo cual, se autorizó en seguida a las Hermanas para hacer obras y airearlos suficientemente. El día cinco de junio, con el beneplácito de don Bosco, se tomó en consideración la propuesta de don Juan Bonetti, su director general después de la partida de monseñor Cagliero, según la cual, para dar cabida al creciente número de postulantas y de novicias, era necesario construir nuevos locales, y, puesto que el médico protestaba contra el excesivo hacinamiento, el día veintidós de aquel mismo mes el ecónomo, don Antonio Sala, presentó los planos para levantar un piso sobre la casa, al que los Capitulares, con el consentimiento de don Bosco, dieron voto favorable.

El año 1885 ha quedado inolvidablemente marcado en los anales del Instituto, porque el santo Fundador hizo en él su última apari-

ción. A pesar de las vivas instancias de don Juan Bonetti [1], no había podido ir allí, como solía, para los ejercicios de las señoras. El Director general insistió de nuevo el día veinte de agosto, cuando tocaban a su fin los de la toma de hábito y profesión, enviando a Mathi al director local don Luis Bussi, con una carta para que se la entregara en mano y que empezaba así: «Permita que un hijo insista repetidamente y, si me fuese lícito, mande respetuosamente al Padre. Yo, que me encuentro aquí mismo, veo no sólo útil sino necesario que V. S. venga a Nizza. Hay aquí trescientas hermanas llegadas de todas partes para los ejercicios, y más aún, precisamente por la fundada esperanza y por la promesa que V. S. hizo. Hace días escribió que tenía cosas importantes que decirles. Venga y hará un gran bien a cada una en particular **[554]** y a todo el Instituto. Así lo exigen la gloria de Dios, la salvación de las almas y mi tranquilidad también. Me he cargado con la cruz y la encuentro muy pesada. Tengo gran necesidad de una ayuda eficaz para no sucumbir y no desalentarme. Después de Dios, espero este consuelo de usted. No me lo niegue».

También la Madre General escribió a la madre Petronila, que se encontraba en Lanzo, para que se presentase a don Bosco y le dijese que un crecido número de postulantas y novicias, que todavía no le conocían, ansiaban verle. El recibió paternalmente a la embajadora y, oído su mensaje, contestó en tono jovial:

—¡Ay sí! ¡Ya no mando yo en don Bosco! Ahora don Bosco obecede a don Miguel Rúa y al médico; y, si ellos me lo permiten, con gusto iré a Nizza y me colocaré muy alto para que todas me vean.

Era todavía muy de mañana cuando la madre Petronila llegaba a Mathi. La acompañaban dos o tres hermanas de la casa de Lanzo. Después de oír la embajada y dar la respuesta, don Bosco pensó que podían estar todavía en ayunas y les preguntó:

—¿Habéis desayunado?

—Sí, señor, por el camino; contestó la Madre en nombre de todas.

—¿Y qué habéis comido?, añadió don Bosco.

—Pan con salchichón.

—¿Cómo es eso?, replicó don Bosco poniéndose muy serio. ¿Así observáis la vigilias? ¡Buena la habéis hecho!

—¡Pobres de nosotras!, exclamaron a una voz asustadas las hermanas; no lo sabíamos, no hemos mirado el almanaque.

—Pero debíais saber que hoy... es ¡la vigilia de mañana!

---

[1] Ap. Doc. núm. 83 y más atrás, págs. 425-427.

Sonrió don Bosco y las hermanas, recobrándose, rieron con todas sus ganas, dichosas por haberle encontrado de tan buen humor.

Salió, pues, de Mathi el día veintidós por la mañana con don Luis Bussi y los clérigos Viglietti y Festa y llegó a Nizza hacia el mediodía. Al día siguiente, celebró la misa de comunidad, pero sólo dio la comunión a las Madres y a unas pocas más. Después asistió a la ceremonia de la toma de hábito y de la profesión. **[555]** Pero parecía agotado. Para subir a la pequeña tribuna, desde donde hablaban los predicadores, tuvo que ser llevado casi en volandas por los sacerdotes que le acompañaban. Ante aquella escena, muchas lloraban. El también estaba emocionado, tanto que tardó un rato en recobrarse y tomar la palabra. Habló en estos términos:

Veo que estáis en la flor de la edad y deseo que lleguéis a viejas, mas sin las molestias de la vejez. Siempre creí que se podía llegar a viejo, sin tener tantos achaques; pero se comprende demasiado bien que esta edad es inseparable de ellos; pasan los años y vienen los achaques de la vejez; tomémoslos como nuestra cruz.

Esta mañana he tenido la dicha de repartir cruces y habría deseado repartir muchas más; pero algunas ya la tienen y otras la recibirán más tarde. Os recomiendo que todas queráis llevarla a gusto, y no queráis llevar la cruz que nosotros queremos, sino la que quiere la santa voluntad de Dios; y que la llevéis con alegría, pensando que, así como pasan los años, así pasa también la cruz; digamos por tanto: ¡Oh, cruz bendita, ahora pesas un poco, pero este tiempo será breve y esta cruz será la que nos hará ganar una corona de rosas para la eternidad! Tened esto bien grabado en la mente y en el corazón y repetid a menudo con san Agustín: «¡Oh, cruz santa! Haz norabuena que yo sude para llevarte en la tierra, con tal que, después del sufrimiento de la cruz, venga la gloria». Sí, hijas mías, llevemos con amor la cruz y no la carguemos sobre otros, antes al contrario, ayudémosles a llevar la suya. Decíos a vosotras mismas: Es verdad, seré cruz para los demás como ellos lo son a menudo para mí; pero yo quiero llevar mi cruz y no quiero ser cruz de los demás. Y notad bien que, al decir cruz, no entiendo hablar únicamente de la crucecita que he repartido esta mañana; sino que entiendo hablar cabalmente de la cruz que manda el Señor y que, generalmente, contraría nuestra voluntad y nunca falta en esta vida, especialmente a vosotras, maestras y Directoras, que os ocupáis también de la salvación de los otros. Esta tribulación, este trabajo, esta enfermedad, que, aunque ligera es siempre una cruz, quiero llevarla alegremente y con gusto porque es precisamente la cruz que Dios me manda.

A veces se trabaja mucho y se contenta poco a los demás; pero trabajad siempre por la gloria de Dios y llevad siempre bien vuestra cruz, porque así agrada al Señor. Es verdad, habrá espinas, pero espinas que se transformarán después en flores, que durarán por toda la eternidad.

Algunas diréis: —¡Don Bosco, déjenos un recuerdo! —¿Qué recuerdo puedo dejaros? Helo aquí; os dejaré uno que podría ser el último que os doy; puede ser que volvamos a vernos todavía; pero, ya lo veis, soy viejo, soy mortal como todos y, **[556]** por consiguiente, no puedo durar mucho. Os dejaré, pues, un recuerdo que nunca os arrepentiréis de haberlo practicado. Haced el bien, haced obras buenas; trabajad,

trabajad mucho por el Señor y todas con buena voluntad. ¡Oh, no perdáis tiempo, haced el bien, haced mucho bien y nunca os arrepentiréis de haberlo hecho!

¿Queréis otro? ¡La observancia de la santa regla! ¡Practicad vuestra Regla! Y os repito que nunca os arrepentiréis. Mirad, queridas hijas, nuestras reglas son infalibles y nos proporcionan mucha ganancia, pero la más importante de todas es la segura salvación de nuestra alma. No os sorprenda la palabra *infalible,* porque estando nuestras reglas aprobadas por el Romano Pontífice, que es infalible, cada artículo de las reglas aprobado por El, es infalible. Leedlas, meditadlas, procurad entenderlas bien y practicarlas; y haced esto especialmente si sois Directoras o Maestras o si tenéis alguna obligación con la gente de la calle.

¡Yo rezaré siempre por vosotras! En la santa misa hago cada día una oración especial por vosotras, porque siento que sois mis queridas hijas en el Señor; pero vosotras esforzaos por practicar vuestras reglas. Su observancia os dará tranquilidad en la vida y felicidad en la eternidad; consolará a vuestras Superioras y será una gran satisfacción para vuestro pobre don Bosco. Cuando se sabe que se practican las reglas en todas las casas, entonces se puede vivir tranquilos y plenamente satisfechos. Don Bosco, como sabéis, no puede estar siempre aquí con vosotras; pero, no lo olvidéis, os acompaña continuamente y en todas partes con la oración; y, cuando practicáis vuestras reglas, contentáis y seguís la voluntad de Dios y la de don Bosco.

Estad alegres, queridas hijas mías, sanas y santas y estad constantemente de acuerdo entre vosotras. Y aquí necesitaría volver a empezar otra plática, pero estoy cansado y es preciso que os contentéis con este poco.

Cuando escribáis a vuestros padres, saludadlos a todos de mi parte y decidles que don Bosco reza siempre y, de una manera especial, por ellos, para que el Señor los bendiga, dé prosperidad a sus intereses y se salven, a fin de que puedan ver en el cielo a las hijas que han regalado a mi Congregación, tan querida por Jesús y por María como la de los Salesianos.

Todo esto sea para gloria de Dios y sirva también para nuestra eterna salvación. ¡Rezad por vuestro don Bosco, por el Papa y por la Iglesia! Ahora recibid mi bendición y la de María Auxiliadora; os la doy para que podáis mantener las promesas que habéis hecho en estos días de los santos ejercicios espirituales.

Después de la función, mientras atravesaba el pasillo que iba de la iglesia al apartamiento de los Salesianos, un grupo de hermanas lo rodeó. El, mirándolas con bondad y posando la mirada especialmente en una de ellas, agitada por ciertas **[557]** luchas interiores, dijo con acento inspirado:

—¡Hagámonos santos, si queremos que el mundo hable de nosotros!

El sentido era claro; lejos de nosotros las veleidades de la vanagloria, la única gloria verdadera es la que procede de la santidad.

Antes de seguir su camino y retirarse, condescendió a las instancias de quien le suplicaba dirigiera una palabra especial a las Capitulares; así que, con don Juan Bonetti a su lado, entró en el locutorio, donde las Madres aguardaban ansiosas aquella gracia especialísima, y les dijo:

—¿Así que deseáis que os diga algo? Si pudiera hablar, cuántas cosas os diría. Pero soy viejo, viejo decrépito como veis; incluso, con dificultad para hablar. Sólo quiero deciros que la Virgen os quiere mucho, muchísimo. Y... ¿no lo sabéis? ¡Ella en persona se encuentra aquí en medio de vosotras!

Entonces don Juan Bonetti, al verle conmovido, lo interrumpió y empezó a decir sólo para distraerlo:

—¡Sí, así..., así...! Don Bosco quiere decir que la Virgen es vuestra Madre y que os mira y os protege.

—¡No, no, reanudó el Santo sus palabras; quiero decir que la Virgen está realmente aquí, en esta casa; que está contenta de vosotras y que, si perseveráis con el espíritu de ahora, que es el que desea la Virgen...

El buen Padre se enternecía más que antes, y don Juan Bonetti volvió a tomar la palabra:

—Sí; ¡así..., así...! Don Bosco quiere deciros que, si sois siempre buenas, la Virgen estará contenta de vosotras.

—Que no, que no, se esforzaba don Bosco por explicar, intentando dominar su propia emoción. ¡Quiero decir que la Virgen está realmente aquí, aquí mismo en medio de vosotras! La Virgen se pasea por esta casa y la cubre con su manto.

Al decir esto, extendía los brazos, levantaba los ojos envueltos en lágrimas a lo alto y parecía querer convencer a las Hermanas de que él veía a la Virgen ir de un lado para otro como en su casa y que toda la casa estaba bajo su protección.

La escena merecería ser reproducida por un buen pincel, a fin de que, igual que quedó indeleblemente grabada en el ánimo de los presentes, **[558]** se perpetuase en el futuro la actitud del santo Fundador, cuando con tan solemne afirmación se despedía por última vez de sus hijas mayores.

Dejó por siempre aquella casa bendita el día veinticuatro por la mañana.

SAN BENIGNO CANAVESE

Don Bosco estuvo dos veces en San Benigno en el tiempo cuya historia narramos: del veinticuatro de agosto al cuatro de septiembre y del veintiocho de septiembre al doce de octubre, durante las tandas de ejercicios espirituales. Cuando llegó la vez primera, estaba a punto de acabar la tanda de los jóvenes aspirantes, a los que empezó a dar

audiencia en seguida. El día de la clausura celebró la misa de comunidad, interrumpida de cuando en cuando por fuertes emociones interiores. Al *Domine, non sum dignus* el llanto le impedía seguir; al *Ecce Agnus Dei,* antes de dar la comunión, las lágrimas regaban su rostro. Hacía ya algún tiempo que se notaba en él una gran ternura durante la celebración del santo sacrificio con derramamiento de lágrimas; y que, al dar la bendición, siempre lloraba. A veces también en la conversación, si quería evitar el llanto, tenía que evitar ciertos temas, que pudiesen excitar los afectos.

La manutención de la casa de San Benigno comportaba gastos muy elevados y, para hacer frente a ellos, don Julio Barberis, que era su director, casi no tenía más recursos que la paterna caridad de don Bosco. Pero también don Bosco, que se encontraba a veces sin dinero, tenía que someter a su vez a prueba la generosidad de sus bienhechores. Uno de ellos, hacía mucho tiempo, era el reverendo Benone, nonagenario párroco del lugar. Aquí tiene el lector con qué confianza invocaba el Santo su auxilio para remediar las urgentes necesidades de don Julio Barberis.

Muy querido señor Cura:

Hace ya unos días que don Julio Barberis anda pegado a mi sotana para que le dé dinero con que pagar algunas deudas y hacer provisiones de urgencia. No sabemos de dónde sacarlas y necesita cinco mil liras. Si usted, **[559]** querido señor cura, puede ayudarnos, aunque sólo sea momentáneamente, haría una gran caridad a la obra, en la que estamos trabajando y de la que esperamos buenos operarios para la santa Madre Iglesia.

Si es preciso, el mismo don Julio Barberis repetirá conmigo: *Date et dabitur,* especialmente a quien nos da pan.

María le proteja.

San Benigno, 27 de agosto de 1885

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Después de los ejercicios, quedóse ocho días más en San Benigno, mientras se celebraba otra tanda para los Hermanos. Estaba muy cansado. «Pocas veces, escribe Viglietti [1], le he visto sufrir tanto». El mismo Viglietti, teniendo que ir a Turín con don Juan Bautista Lemoyne y don José Ronchail, fue a despedirse con ellos y el Santo exclamó sollozando:

—¡Todos me dejáis aquí solo!

[1] Diario, 30 de agosto.

Pero, al atardecer, volvieron a verle y le encontraron alegre y contento; acaso también porque, como sospechaba el secretario, se esforzaba por parecerlo, como solía hacer habitualmente. Su tranquilidad se reveló en una jovial respuesta a una observación pueril. Un muchacho le había dicho:

—Al explicar el Evangelio, ha dicho el predicador que los pájaros no trabajan, no hacen nada y, sin embargo, Dios les da con qué comer y con qué vestirse [1]. ¡Qué bonito!

Y don Bosco añadió al punto:

—Pero el Señor, querido amigo, también les deja engordar e ir después a freírse en la sartén para servir de alimento a quien trabaja.

El día treinta y uno de agosto dijo que, pocos días antes, después de la consagración en la misa le había abrumado una luz fulgurantísima, que no le dejaba seguir: en efecto, Viglietti recordaba que exactamente aquella mañana, cuando le asistía en el altar, lo había visto turbarse y después, casi fuera de sí, suspender la celebración.

—Después de aquella luz, prosiguió don Bosco, vinieron unas densísimas tinieblas y, cuando éstas se disiparon, continué y terminé **[560]** la misa. Yo pensaba despúes en lo que me había acaecido y decía:

—¿Estas tinieblas, que vinieron de repente después de tanta luz, no serán un aviso de que me he de morir pronto, en seguida? Con este pensamiento llamé por la noche a don Julio Barberis a mi cuarto y le mandé escribir unos recuerdos importantes, antes de que me encontraran cadáver en la cama al día siguiente.

En la segunda estancia, recibió el día cuatro de octubre, fiesta del santo Rosario, la profesión religiosa de cuarenta y cinco novicios y, el día once, impuso la sotana a sesenta nuevos clérigos. Para los primeros pronunció esta plática:

Huelga, hijos míos, que os diga la alegría y el gusto que experimento al veros, porque veo en vuestras personas, en vosotros, que habéis hecho los votos, un puntal de la Congregación. Los que os precedieron, unos están ya destinados en diferentes casas y otros partirán para las misiones. Por consiguiente, necesitamos que vengan otros para ser columnas de la Congregación, a la que todos hemos jurado fidelidad.

Soy feliz, porque habéis jurado fidelidad, pero deseo que este juramento no sea algo vaporoso o apoyado en un frívolo pretexto, sino apoyado en la infalibilidad de nuestras reglas, porque las ha aprobado la Iglesia, que es infalible.

¿Hemos hecho acaso los votos para auxiliar a don Bosco o a otros Superiores? No, Hemos hecho los votos porque nuestra vocación fue ésta.

---

[1] Evangelio de la XIV domínica después de Pentecostés, que aquel año caía el treinta de agosto.

En otros tiempos, algunos solían hacerme esta pregunta: ¿Es mejor hacer los votos y observarlos o no hacerlos y observarlos lo mismo que si los hubiésemos hecho?

A esta pregunta hay que dar una respuesta que satisfaga. Una cosa hecha con voto tiene más valor que la que se hace sin voto; la diferencia, entre una cosa hecha con voto y otra sin él, es la misma que la que hay entre quien da un fruto de su campo y el que da el fruto y el campo a la par. Por consiguiente, el que hace un voto a la Virgen, como vosotros, le da todo lo que tiene.

Pero así como hay doble mérito, si se observa la ley de Dios con voto, si se la quebranta después de hacer el voto, se peca doblemente. Y, por consiguiente, no crea alguien que ligarse a Dios con voto sea un juego donde siempre se gana y nunca se pierde, no; si cumplimos las promesas hechas, tenemos doble mérito; pero, si no las cumplimos, tenemos doble demérito.

[561] Hay, además, otra gran cosa que suelo hacer notar a quien emite los votos perpetuos. Cuando uno hace los votos perpetuos, según los mejores teólogos con Santo Tomás de Aquino, recupera la inocencia bautismal. El que pronuncia los votos perpetuos hace lo mismo que si fuese un niño llevado a la pila bautismal.

Y pienso que debo deciros todavía otra cosa; el que hace los votos se encuentra con la obligación de cumplirlos y, por consiguiente, ya no es hijo del mundo, sino que es hijo predilecto de Jesús, de María y de san Francisco de Sales.

Cada uno debe decir para sí mismo: ¡Ya no soy hijo del mundo! Y si nos acometen las tentaciones, contéstese: ¡No, soy hijo de María! Y, por tanto, ni una mirada, ni un pensamiento, ni una palabra contra los votos que hice.

Alguno me preguntará: ¿Hay obligación de cumplir con rigor estos votos? Si alguien hiciese los votos con la intención de no cumplirlos, mentiría; sería una burla hecha a Dios y traicionaría su propia conciencia. Por eso se hacen los votos, con la firme voluntad de mantener esta promesa hasta la muerte, para obtener después en el Paraíso la justa recompensa de lo que hemos hecho en esta vida.

Me dirá alguno: ¡Es difícil guardar los votos! ¿Pues qué? Acaso aquel Señor y aquella madre del Cielo que vinieron a este mundo a recogernos y, mientras el mundo vive en la iniquidad vinieron a inspirarnos y nos sostuvieron para hacer estos votos, ¿no nos ayudarán también a cumplirlos con tal de que nosotros hagamos todo lo posible para el?

Lo cierto es que, si se hiciese el voto y luego se profanase, el que faltara a su palabra, insultaría a su Creador, causaría grandísimo disgusto a María Santísima Auxiliadora, haría un daño incalculable a su propia alma y, en una palabra, cometería un gran sacrilegio.

Espero que vosotros cumpliréis lo prometido y que no querréis manchar vuestra alma, faltando a la fidelidad que prometisteis con juramento.

Y, si queréis la llave para guardar vuestros votos, os la doy. Todas las virtudes están encerradas en la obediencia. Las demás perecen, si no hay exactitud en la virtud de la obediencia, especialmente en las cosas pequeñas, pues éstas guían a las grandes: *Si vis magnus esse, a minimo incipe.*

Al llegar a este punto, dejo que otros completen, desarrollen y expliquen lo que yo me limité a mencionar.

Os aseguro, por lo demás, que rezaré por todos, pero especialmente por vosotros, los que habéis hecho hoy los votos, para que no os suceda ninguna desgracia. Concluyo diciéndoos que sois hijos de Jesús y de María y que quiero lo seáis siempre. Permaneced, pues, firmes en no profanar los votos, que habéis hecho hoy, y estad dispuestos a sufrir mil veces la muerte antes que manchar estos lazos de oro, que os

unen a Dios. Rezad también vosotros por mí y por vuestros compañeros, como encarecidamente os lo recomiendo. Adiós, hijos queridos.

[562] El día doce de octubre, a punto de salir para Turín, quiso hacer a todos los clérigos una exhortación, diciéndoles lo siguiente, según nos refiere la crónica.

Estamos empezando el curso; y se dice que el que bien empieza tiene andada la mitad del camino; pero se añade al punto: no se empieza bien si no es desde el cielo. Vosotros, sin duda, habéis empezado desde el cielo; seguid, pues, adelante. Espero que, si al empezar habéis sido bendecidos por el Señor, lo seréis continuamente y así podréis dar gran satisfacción a vuestros superiores y a vuestro amigo don Bosco, que cada día tiene un memento especial en la santa misa por vosotros, para que el Señor os conserve con salud y santidad.

Porque, creedme, aunque estuvieseis sanos y robustos, si no estuviese bien arraigado en vuestro corazón el santo temor de Dios, no podríais hacer nada. Por el contrario, tened por cierto que con la ayuda de Dios, lo podréis todo.

Mientras tanto, aquí se hará todo lo posible y aun más, para que no os falte nada de lo que se necesita para el servicio del Señor y para la bucólica [1].

Sin duda tendré una gran satisfacción cuando pregunte a don Julio Barberis o a algún otro superior cómo estáis de salud, de piedad y de estudio y me den buenas noticias.

Pero, mientras os aseguro que rezaré mucho por vosotros, me encomiendo a vuestras oraciones especialmente en la santa comunión de la que espero mucho; y espero que María Santísima tendrá muchísimo cuidado para que no falte nada de lo que necesitamos.

Una cosa, que deseo tengáis como la primera para vosotros y que la recomendéis también a vuestros parientes, es que todos los que acudan en nuestra ayuda espiritual y materialmente, serán visiblemente protegidos por la Santísima Virgen y Ella no dejará de escuchar sus oraciones.

Dicho esto, los bendijo y regresó al Oratorio. También los Superiores se habían reunido varias veces con él en San Benigno para celebrar consejo. Fueron siete las sesiones y todas, menos una, bajo su presidencia.

No podemos seguir todavía a don Bosco fuera de San Benigno; hubo en torno a aquella casa el año 1885 un ruidoso debate entre el anticlericalismo patriotero de la época y la caridad cristiana de don Bosco; pero el ruido no partió de don Bosco, sino de sus adversarios y de sus defensores. Es una página de historia, que revive el duelo **[563]** de Goliat, armado de los pies a la cabeza, y de David inerme, con el mismo éxito final en la contienda.

---

[1] Jocosamente emplea la palabra *bucólica* (del griego *bucólos,* boyero), género literario que canta la vida campestre, para indicar la *comida.* (Aquí es un juego de palabras: *boca* en latín es *bucca*) *(N. del T.).*

Diremos en seguida que el nuevo Goliat no era un luchador individual, sino un ente, entonces temible, que entraba en liza como un solo hombre para defender contra don Bosco las pretensiones alegadas por el nuevo alcalde del Ayuntamiento de San Benigno Canavese. Muy diferente de su antecesor, el señor Parisi, que había pasado a jefe de la administración municipal, se jactaba de ser un tragacuras y proclamaba paladinamente que trataría de tragarse también a don Bosco, porque los Salesianos no habían votado a su favor en las recientes elecciones. Quería a toda costa que se le echase de la abadía de Fruttuaria, lo cual no era posible lograrlo, sin rescindir antes el contrato legalmente estipulado cinco años antes. Para llegar a esta anulación, él intentó primero los caminos cortos. Se industrió, pues, por ganar a su favor al Consejo municipal, pidiéndole que votase contra don Bosco; pero, tanteó el terreno y se dio cuenta de que casi todos los concejales se le declararían contrarios. ¿Qué hizo entonces el prodigioso alcalde? Quiso hacer pasar lo negro por blanco. Levantada la sesión en que con escasos votos a su favor había preanunciado su propuesta, supo procurarse la complaciente redacción de una acta en sentido diametralmente opuesto al sentir de los más, la firmó y la envió al Gobernador de Turín, insistiendo en la expulsión de don Bosco. Pero los Concejales municipales, oliéndose la trampa, se apresuraron a contraponer el informe genuino de la sesión, de suerte que el Gobernador negó el visto bueno del acta falseada.

A pesar de esto, aquella perla de alcalde no se dio por vencido. Alióse con algunos amigos suyos, que gozaban en Turín y en Roma de alguna autoridad, y sacando a relucir de nuevo la acusación de la afrenta que los alumnos del instituto habían hecho a los soldados del ejército italiano [1], y, aprovechando una ocasión favorable, confió el asunto a los Veteranos de la guerra por la Patria. Creyó que con esto había dado **[564]** con el camino real para conseguir su intento.

Los veteranos, o soldados que habían participado en las guerras por la independencia de la Patria, se habían constituido en Sociedad bajo la presidencia del general Crodara Visconti y, a la sazón, querían crear un instituto destinado a recoger a los huérfanos de los militares. El señor Parisi propuso sin más al Presidente que se expulsara a los Salesianos de la abadía de Fruttuaria para dedicarla después a este fin. La propuesta se recibió con entusiasmo, pero luego no se aireó.

Don Bosco, que nada sabía de estos manejos, fue informado de ellos por el señor Asti, teniente de los bomberos en Turín, antiguo

[1] Véase más atrás, págs. 190 y ss.

alumno y clérigo del Oratorio y secretario entonces de dicha Sociedad. El Santo concertó inmediatamente un plan de acción con el venerando párroco de San Benigno para conjurar la amenaza. Este escribió en seguida a Constantino Nigra, embajador del Rey ante la corte imperial de Viena. El célebre diplomático, natural de San Benigno y amigo suyo, le prometió apoyo. Don Bosco, por su lado, interesó al señor Bartolomé Casalis, gobernador de Turín, el cual le contestó que, en esta cuestión, se lavaría las manos. También se pidió apoyo a algunos Diputados.

Mientras tanto, estalló la bomba fragorosamente. El día veinticinco de octubre se inauguró en Venecia el tercer Congreso de los Veteranos, presidido por Benito Cairoli, y, el veintiséis, se sometió a discusión la propuesta sectaria. El señor Asti, sacrificando la conciencia a su posición, y el señor Peretti, miembro de la Comisión elegido por el segundo Congreso de Turín, defendieron la necesidad de que la histórica abadía, monumento nacional, fuese arrancada de las manos de don Bosco y abierta a los huérfanos de los soldados italianos. Tomaron también la palabra sobre el tema el ponente Mussa, empleado en el Ayuntamiento de Turín y el famoso escritor Paulo Fambri. Resonaron en la sala palabras fuertes sobre las actitudes antipatrióticas de don Bosco. Un congresista propuso a la presidencia que pidiera a la asamblea un voto de alabanza pública para el **[565]** Ayuntamiento de San Benigno, que había demostrado ser uno de los ayuntamientos más liberales de Italia. Un telegrama de la gaceta del anticlericalismo masónico de Turín [1] publicaba que «la asamblea aplaudió frenéticamente». Y el diario de los católicos italianos comentaba [2]: «Hace falta, sin duda, estar frenéticos para atormentar a don Bosco, que ya ha perdido la salud, sacrificándose a sí mismo por los jóvenes pobres. Los que lo acusan de antipatriotismo no han hecho ni harán jamás por la patria lo que ha hecho nuestro don Bosco a lo largo de cincuenta años».

En el intervalo, el Director, don Julio Barberis, había ido a toda prisa a Roma para convencer al diputado Ercole a que saliera en defensa de don Bosco. Este honorable diputado que, a pesar de ser sacerdote secularizado, favorecía de buen grado a los Salesianos, se entregó a ello con fogoso aliento y tanto trabajó ante el Ministerio que le arrancó la seguridad de que la petición de los Veteranos no llegaría al Parlamento. El mismo Asti que, como secretario de la Asociación

[1] *Gazzetta del Popolo,* 27 de octubre de 1885.
[2] *Unità Cattolica,* 28 de octubre de 1885.

se había creído en el deber de hacer el papel contrario en público, convenció a Cairoli de que era un acto injustificable quitar a don Bosco el usufructo de la abadía.

No todos, sin embargo, actuaron borreguilmente en aquel Congreso. No se portó así el abate Bernardi, conocido patriota veneciano y liberal moderado, que desterrado en Piamonte durante el dominio austríaco, había sido Vicario General en Pinerolo y se había sentado varias veces a la mesa con don Bosco en el Oratorio. En aquella ocasión, desplegó toda su influencia en defensa y favor de don Bosco.

Por último, un informe pericial, dado por orden del Gobierno Civil de Turín, certificó que, por las obras de mejora realizadas por iniciativa de don Bosco en el antiguo edificio, tendría que desembolsar sesenta mil liras el Gobierno, si se posesionaba del mismo. Esto fue el golpe de gracia contra el proyecto. Atendió el rey Humberto a los hijos de los militares, ofreciendo a los Veteranos el magnífico edificio de Superga para el instituto por ellos anhelado.

[566] El nombre de don Bosco fue blanco de la animosidad sectaria con motivo de otras dos casas, la de los Salesianos en Faenza y la de las Hermanas en Catania.

FAENZA

En Faenza no se había entablado una nueva lucha, sino que se proseguía la campaña iniciada cuatro años antes contra don Bosco y los Salesianos. La continuación de las hostilidades coincidió con la llegada del nuevo Obispo, monseñor Joaquín Cantagalli, que, en su primera carta pastoral, escrita en latín clásico, había dedicado unos párrafos a los hijos de don Bosco en términos muy elogiosos que significaban ilimitada confianza [1]. La ira reprimida por algún tiempo se desbordó en forma abiertamente delictiva. El día doce de abril apareció en el *Lamone* un artículo acometedor y azuzador, cuyo efecto no se hizo esperar mucho. El día quince, por la tarde, una tarde nublada y melancólica, mientras los Salesianos asistían a los muchachos en el patio de recreo, resonó por los aires un disparo, salido por el lado del muro de la cerca. No hicieron mucho caso; pero, de allí a poco, vieron asomar una cabeza por encima de la tapia y oyeron otro disparo, lanzado esta vez en su dirección. La bala silbó sobre sus cabezas, rozó una columna próxima y se clavó en tierra. La noticia

[1] Véase Ap. Doc. núm. 84.

del atentado se esparció rápidamente por toda la ciudad y despertó gran horror. Intervinieron las autoridades, recogieron el grueso proyectil, hubieran podido fácilmente saber a quién responsabilizar, pero, ante la presunta imposibilidad de encontrar las pruebas, se detuvo la actuación, de suerte que, salvo una mezquina acta de la comisaría de policía, el hecho no tuvo ninguna actuación judicial.

Pero sí tuvo sus consecuencias en las polémicas que surgieron entre periódicos católicos y liberales de la península; los primeros, gritando contra el criminal atentado y, los otros, calificando el acto de muchachada y denunciando a los Salesianos como calumniadores, provocadores y perturbadores del orden público. **[567]** La cuestión del orden público alterado por culpa de los Salesianos se convirtió en el estribillo de la prensa contraria con el intento manifiesto de mover las autoridades públicas al cierre del oratorio. El *Lamone* del día tres de mayo tuvo la osadía de escribir:

«Antes de la llegada de los Salesianos, los desafíos a pedradas entre muchachos, como sucedía en otro tiempo bajo los auspicios del triste gobierno papal, ya nunca tuvieron lugar, y ahora los hay entre los que van al colegio salesiano y los que no van. Evidentemente la causa es el oratorio salesiano, donde los muchachos sorben odio contra sus semejantes y corrompen todos sus generosos sentimientos; ciérrese, pues, el oratorio salesiano y habremos quitado sus deplorables y sangrientos efectos».

En el artículo del día diez, había párrafos menos vulgares y que podemos citar, como los siguientes:

«Mientras se persigue y se intenta estorbar toda clase de propaganda a los que son considerados como radicales, se deja amplia libertad a los jesuitas, camuflados bajo cualquier orden frailuna, para insultar a una región entera, lanzar a luchas fratricidas a muchachos de un mismo pueblo y, conscientes de los males que de ello podrán resultar algún día, inocular en cada uno de los arbolitos, que incautas manos les confían, sentimientos antipatrióticos, antihumanitarios, cuyas tristes consecuencias recuerda todavía con horror nuestra Faenza».

Ayudaba al periódico de Faenza en la capital de la provincia su digno compinche, el *Ravennate.*

Continuaba todavía la lucha, cuando llegó a Faenza el día dieciocho de mayo don Miguel Rúa, que volvía de su viaje a Sicilia. Al recorrer las calles de la ciudad leía por las paredes el letrero garrapateado a mano o también impreso: *Abajo los Salesianos. Fuera los Salesianos.* El discípulo de don Bosco, que visitaba por vez primera al

pueblo de la Romaña, en lugar de alterarse, parecía alegrarse por ello y no hacía más que repetir:

—¡Oh, cuánto bien se hace en esta ciudad! ¡Cuánto bien!...

Tampoco don Bosco se asustó al enterarse de estos desmanes. En efecto, en la sesión capitular del día veintinueve de mayo, al presentar don Antonio Sala un plano de las obras a realizar **[568]** para convertir en colegio la casa de Faenza y temiendo algunos de los presentes que, una vez terminadas las obras, las sectas echarían a los Salesianos, habló don Bosco en estos términos:

—Los muchachos recogidos serán nuestra defensa. Además, los tiempos están en manos de Dios, lo mismo que los cambios políticos y la gente del país. Las amenazas no vienen de las autoridades, las cuales nos defienden. No hemos de temer a la plebe, puede que sea prudente acariciarla. Mientras tanto, hágase ver al pueblo que se pone manos a alguna obra y que se comienza la instalación de algún taller de aprendizaje; pero poco a poco.

Haciéndose las cosas lentamente, se daba tiempo a la beneficencia para prestar ayuda. Por consiguiente, por entonces, se determinó hacer sólo lo necesario para la conservación de los locales, sin amontonar gastos y más gastos. Planteada, después, la cuestión de si había que pedir permiso o no al Gobierno para abrir el hospicio y recordada la denegación de la autorización para abrir escuelas externas, el Santo manifestó su pensamiento en estos términos:

—Mi opinión es que conviene pedir este permiso, pero sin que aparezca la palabra *internado.* Diríjase el Director al subgobernador y dígale que hay muchachos muy pobres y desamparados, que piden ser recogidos; que en otras partes no se acostumbra pedir semejante permiso, pero que nosotros lo hacemos por deferencia a la Autoridad; que se acabaría por tener que entregar estos muchachos a la policía con lo que, en definitiva, serían mantenidos a expensas del Estado en algún reformatorio... Conclúyase diciendo que nosotros, sin embargo, nos remitimos al sabio parecer del subgobernador...

En otra circunstancia, expresó don Bosco su sentir sobre la casa de Faenza. Fue cuando el director don Juan Bautista Rinaldi acudió a Turín para la fiesta onomástica del Santo. En aquella ocasión, le dijo para animarle [1]:

—María Auxiliadora os ayudará. Seguid adelante, como si nada hubiese ocurrido. La mayor batalla la tenemos hoy en América y en

[1] Las palabras de don Miguel Rúa, que acabamos de referir, y éstas de don Bosco las registra monseñor Taroni en su crónica.

Romaña [1]. ¡Pero ánimo! **[569]** También yo fui el blanco de disparos. Estaba yo solo. El Ayuntamiento, el Gobierno, las gentes estaban contra mí. Los buenos me querían llevar al manicomio. Y sin embargo... Aún hace pocos meses, hubo amenazas; me enviaron recado de que me quieren matar y, por tanto, que me vaya fuera de Italia. Pero yo respondí: —Quiero estar en mi casa. María Auxiliadora me ayudará.

Sin más se comenzaron las obras de la iglesia y el teatrito. Cuando don Antonio Sala fue a inspeccionarlas, se encontró con que, por falta de solidez del terreno, se habían echado unos cimientos de metro y sesenta centímetros de anchura. Don Bosco desaprobó en la sesión capitular del día dos de noviembre unos cimientos tan enormes y observó:

—Se hubieran podido construir pilastras y enlazarlas con arcos de gruesas piedras a flor de tierra. Sígase este principio en las construcciones.

Es digna de mención la discusión capitular del día catorce de diciembre, respecto a los asuntos de Faenza. El director, don Juan Bautista Rinaldi, proponía una especie de convenio con los jefes de taller externos para evitar que los artesanos de la ciudad, temiendo la competencia, se levantasen contra los Salesianos. Los muchachos del taller serían como aprendices del jefe, el cual les pasaría un pequeño jornal proporcionado al rendimiento, quedándose él las ganancias y comprometiéndose a buscarles trabajo.

Cuando don Bosco oyó la lectura de los artículos, tomó la palabra:

—Con este proyecto se quita autoridad al Director. Sobre las bases que aquí se exponen, ya hice yo todos los ensayos posibles en los comienzos de este nuestro Oratorio, pero comprobé que ocasionaban gravísimos inconvenientes, incluso materiales. Primero obligué a los jefes a que proveyesen las herramientas del oficio a los muchachos; esta obligación se limitó después personalmente al jefe y la casa estaba obligada a proporcionar las herramientas a los muchachos; a veces se convenía que yo pusiera a disposición de los jefes sólo ciertas herramientas determinadas, mientras que ellos traerían consigo de su casa las demás; otras veces el jefe tenía que proporcionar a los muchachos parte de los instrumentos del oficio y **[570]** el Oratorio corría con el resto. Pero siempre había gastos al arbitrio de los jefes y, unas veces, los muchachos no recibían herramientas; otras, usaban los jefes las de

[1] Región del norte de Italia, al sur del río Po, donde se encuentra Faenza. Hoy forma parte de la región Emilia-Romaña. *(N. del T.).*

los aprendices y ahorraban las suyas... Un día se discutía por las herramientas rotas, otro por las que habían desaparecido o porque se habían usado fuera del taller y del tiempo del trabajo. Asimismo surgían disensiones sobre la modalidad de los trabajos, la negligencia en enseñar a los muchachos y altercados por las ganancias cuando estaban interesados en una empresa. Ensayé enviar a los muchachos a los talleres de la ciudad, después establecí los talleres en casa. Puse también a todos los muchachos con jefes, que ejerciesen en nuestros talleres la autoridad de dueños del negocio; pero entonces los muchachos se convertían en verdaderos criados suyos y quedaban fuera de la autoridad del Superior. No se podía ejercer una vigilancia directa, los muchachos no escuchaban más que al jefe; a veces corría peligro de ser alterado el horario mismo, por la urgencia de un trabajo. En fin, todo eran líos y dificultades.

Parecíale a don Miguel Rúa que los Salesianos de Faenza se encontraban en circunstancias especiales, que convenía tener en cuenta. Don Bosco replicó:

—¿Qué necesidad hay actualmente de talleres en Faenza? Por ahora, limítese don Juan Bautista Rinaldi al oratorio externo y a las escuelas nocturnas. Siga los reglamentos que hemos tenido aquí en el Oratorio en los comienzos, y así no habrá choques con las autoridades y con la gente. Los primeros internos del Oratorio fueron los estudiantes y después vinieron los aprendices para ayudar a los gastos de los estudiantes. Por eso, primero tuvimos los zapateros. El primer encuadernador fue Bedino, apodado *Gobierno.* Cuando hubo que comenzar las construcciones vinieron los carpinteros y los herreros. Cuando fue necesario organizar asociaciones de lecturas católicas, de textos para las escuelas, aparecieron los cajistas e impresores. El trabajo para los aprendices lo dan los estudiantes; éste es el principio, que debemos seguir, especialmente en las ciudades pequeñas. Los choques, que tuvimos en Turín cuando el Congreso de los Tipógrafos, que querían se acabara con la tipografía del Oratorio, nos indica el peligro que hay, si se quiere competir con otros en los trabajos, aun en las grandes ciudades.

[571] Por todas estas razones, el Capítulo rechazó el plan de don Juan Bautista Rinaldi, que, sin apartarse de las normas trazadas por don Bosco, encaminó muy bien su casa.

El *Mattino,* periódico liberalísimo de Turín, publicaba en el número del día diecisiete de abril un artículo titulado *Don Bosco y las Salesianas,* en el que decía:

«Se sabe que el famoso don Bosco, no satisfecho con ir plantando por todas partes sus centros de educación, que no son más que centros de ignorancia y de superstición, ha fundado conventos de monjas, llamadas Salesianas. Tiene conventos de éstos en algunas ciudades y es útil saber cómo se tortura a las muchachas para que se hagan monjas. No somos nosotros los que lo contamos: es la *Gazzetta di Catania*»

Y copiaba un artículo de este otro periódico, de la misma calaña y mucho más impío. Desde el día siete de marzo, había disparado contra don Bosco y sus obras una serie de ataques, que fueron sucediéndose hasta el día veintinueve de mayo. El hecho insignificante, que dio lugar a ello, fue un mero pretexto de los anticlericales de Catania para indisponer la opinión pública de los ciudadanos contra los Salesianos, cuya llegada a Catania se sabía o se consideraba próxima.

Una pobre joven del pueblo, admitida por las Hijas de María Auxiliadora como postulanta en Bronte y después en Nizza Monferrato, al ver su desequilibrio mental, fue devuelta a su madre, tras una breve estancia en el manicomio de Turín. Las habladurías de semejante loquilla encontraron fácil audiencia y crédito en la redacción del periódico que, sobre aquella trama, urdió la tela de una tragedia monjil con escenas de todo punto picarescas. Encontrábase entonces en Sicilia don Miguel Rúa, el cual recogió en seguida los datos necesarios para un informe, que fue publicado por la prensa [1]. Una brizna de buena **[572]** fe hubiera bastado para hacer abrir los ojos; pero la *Gazzetta,* desmentida hasta la evidencia por una larga carta abierta de don Juan Bonetti [2], no se desconcertó ni escribió una palabra de retractación. Antes al contrario, en una polémica de partido con el Consejo municipal de Bronte, satirizaba la cuestión de las «Hijas de don Bosco» y se desataba contra quien había confiado a «aquellas hienas camufladas de ovejitas» la dirección del colegio femenino de Bronte.

Pero a la *Gazzetta* le importaban muy poco las Hermanas y su

[1] Ap. Doc. núm. 85. Fue publicado por el *Amico della Verità,* diario católico de Catania, en el número del día veintisiete de abril.

[2] Dirigida a la *Gazzetta,* y no publicada, apareció en el *Amico della Verità* del día primero de mayo.

presunta víctima; lo que quería era herir a don Bosco. Por lo cual, dejando en paz a las Hijas de María Auxiliadora, recogió y difundió una odiosa noticia sobre don Bosco mismo, publicada por el blasfemo periódico romano *Capitale.* Había muerto en la parroquia del Sagrado Corazón de Roma Terencio Mamiani della Róvere, natural de Pésaro, poeta y filósofo, ministro de Pío IX en 1848, ministro de Instrucción Pública del reino de Italia en 1860 y por último senador. Pues bien, dicho periódico había acusado a don Bosco de conducta irregular, más aún, de impertinente, con respecto a la condesa Mamiani a la muerte del esposo, acompañando la acusación de malvadas insinuaciones de otra clase, y la desatinada *Gazzetta di Catania* en su número del día veintinueve de mayo descubrió a sus lectores anticlericales el sabroso, por más que estúpido artículo, pero guardándose muy mucho, según su caballerosa costumbre, de insertar ni una tilde de rectificación, cuando llegó a saberse el hecho hasta en sus más nimios detalles. Y en el suceso no aparecía para nada don Bosco, sino uno de sus hijos, el párroco don Francisco Dalmazzo, quien a su vez no había cometido en absoluto nada que pudiese tacharse de irregular o impertinente. La impertinencia había consistido en una carta, hija del celo pastoral y redactada con respetuosa cortesía. Enterado de que el desenlace se aproximaba presurosamente, el acongojado pastor que ya había intentado inútilmente acercarse al lecho del moribundo, se quejaba amargamente de no haber sido llamado todavía, como había prometido la señora y como su consorte deseaba [1]. **[573]** En aquellos tiempos y todavía muchos años después, era más fuerte que todo y que todos la vigilancia masónica junto a la cabecera de los agonizantes.

Entonces como siempre, en Catania y en todas partes, para evitar la infamia y guardar la buena fama, don Bosco sólo se preocupó de hacer el bien, el bien que entendía querer de él la Providencia [2], por lo cual, en la carta de enero de 1885 a los Cooperadores, pudo anunciar serenamente: «A instancia de personas muy distinguidas, se aceptó en Catania la dirección de escuelas nocturnas para jóvenes mayores, la administración de una iglesia pública y, al mismo tiempo, bajo el título de San Felipe Neri, se abrió un oratorio festivo para instruir

[1] Ap. Doc. núm. 86.

[2] Como para reparación de las difamaciones de los sectarios de Catania, se hizo en Randazzo un caluroso recibimiento a don Miguel Rúa y desde allí se envió a don Bosco el día dieciocho de abril, el siguiente telegrama: «A don Bosco, óptimo conocedor de los tiempos, que extiende beneficios, ciencia y religión a toda clase social. Alcalde y Ayuntamiento, Arcipreste, Rúa, Salesianos, Colegiales unidos fraternal banquete, envían afectuoso saludo».

cristianamente y reunir a los niños, apartándolos de este modo de vagar por las calles y plazas de la ciudad». Aludía a la iglesia de San Felipe y al oratorio llamado de los Filipenses en la calle del Teatro Greco, oratorio muy floreciente hasta el día de hoy.

LA SPEZIA

Parecía correr por la península un santo y seña sectario para contrariar por doquier a don Bosco. Dos periódicos de La Spezia, el *Muratore* y el *Lavoro,* se lanzaron contra él, tomando como pretexto una deliberación municipal. Don Bosco había recibido del Ayuntamiento de La Spezia y colocado en la casa de aquella ciudad a ocho muchachos huérfanos por el cólera; nada, pues, más natural que pasar a la casa una pequeña subvención. Se pensó fijar una cuota anual de mil liras; pero, cuando se trató el asunto en Consejo, algunos concejales, amigos de los Salesianos, propusieron subir la cantidad a cuatro mil. Irritó esto a liberales y **[574]** demócratas y elevaron protestas al estilo del tiempo, por medio de sus correspondientes órganos. El liberal *Muratore* del treinta y uno de mayo, después de dar la noticia del hecho, exclamaba: «¿Es posible que nuestra Representación Municipal haya decaído hasta el extremo de conceder una subvención a quienes cantan himnos al Poder Temporal, contra las más hermosas tradiciones de La Spezia? Actos de esa índole, más que censura, merecen ser calificados como temerariamente inconsiderados y provocan un justificado y enérgico resentimiento por parte de toda la población». El mismo día publicaba el demócrata *Lavoro* un vergonzoso articulejo en el que se escarnecía a don Bosco con lenguaje sucio y obsceno e ignominiosas alteraciones de su nombre.

Pero también aquí don Bosco seguía derecho hacia adelante, sin dar muestras de oír a los que ladraban a sus talones. En el mes de septiembre, se presentó al Capítulo Superior el proyecto de permutar un terreno con el Ayuntamiento, a propuesta de la misma corporación municipal. El terreno cedido a los Salesianos era mayor que el que iba a recibir a cambio. Con esto se encuadraba nuestra propiedad y el Ayuntamiento suprimía una calle, trazada en el plano, que habría atravesado la finca del colegio. Pero esta supresión estaba subordinada a la construcción de una iglesia, que don Bosco, junto con el caballero Bruschi, se había comprometido a levantar en aquel sitio [1];

[1] Véase Vol. XIII, pág. 577.

una iglesia tan grande como la de San Juan Evangelista y cuya construcción había de comenzarse en fecha todavía no fijada. Pues bien, al discutir sobre dicha permuta con referencia también a la iglesia que debía construirse, don Francisco Cerruti puso de relieve que, puesto que el sagrado edificio debería servir después de parroquia, habría que inducir al Ayuntamiento a contribuir en los gastos. Don Bosco contestó:

—Pediremos una ayuda al Ayuntamiento de La Spezia cuando se empiecen las obras. Preveo que obtendremos poco o nada. Hay que trabajar en favor de los Ayuntamientos, aun cuando ellos no nos proporcionen más que contrariedades; pero actualmente hay que proceder así, si se quiere trabajar por las almas. Pasemos al **[575]** proyecto. Se acepta la permuta propuesta por el Municipio de La Spezia pero sin condiciones ni compensaciones. No se permita que en la escritura notarial se pongan condiciones respecto a la iglesia ni tampoco que el terreno en más, que se nos da, sea con vistas a la construcción de la iglesia. No se acepte esta frase. Quede bien entendido que no se deben comenzar las obras hasta que no estén concluidas las iglesias de Roma y de Bordighera. Pero hágase esta promesa al señor Bruschi de viva voz y no por escrito.

La iglesia es hoy el hermoso santuario dedicado a la Reina de La Spezia, la Virgen de las Nieves. Se comenzó diez años después de la muerte de don Bosco, el día 17 de enero de 1898, y se consagró el 27 de abril de 1901.

Deseoso de desarrollar la obra de La Spezia de acuerdo con la amplitud de sus planos y recordando la casi promesa, que le había hecho Benito Brin, Ministro de Marina, escribió a Su Excelencia con la esperanza de obtener de él alguna ayuda.

Excelencia:

Cuando tuve el alto honor de hablar con V. E. sobre la gran necesidad de organizar escuelas para los obreros empleados en el Arsenal de La Spezia, V. E. me alentó a ello con gran bondad y me aseguró que, si fuera necesario, acudiría en mi ayuda.

Actualmente, como V. E. puede deducir por la adjunta exposición que hace el Director del Hospicio y de las escuelas, nuestros comunes deseos están cumplidos, aunque con muchos sacrificios y grandes cuidados del personal y de los gastos a realizar.

Con este fin, recurro a V. E. suplicándole nos ayude con los medios que considere oportunos para una obra altamente implorada y que promete óptimos resultados.

Con gran estimación, tengo el honor de poderme profesar de V. E.

Turín, 25 de mayo de 1885

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

No sabemos nada de la contestación del Ministro; pero sí conocemos cómo terminó la providencial subvención de la Santa Sede. Primeramente León XIII había continuado **[576]** con su donativo mensual de quinientas liras, concedido por su Predecesor; pero, cuando en 1885 se presentó para cobrar el donativo de septiembre la persona encargada de retirar las asignaciones, obtuvo por respuesta que la administración Vaticana no tenía facultad para pagar nada más que hasta el mes de agosto transcurrido. Con el deseo de obtener la continuación de la asignación, don Bosco presentó al Padre Santo, a través del Secretario de Estado, el cardenal Jacobini, la súplica siguiente:

Beatísimo Padre:

La ciudad de La Spezia, que pasó en poco tiempo de un pequeño número de habitantes hasta los treinta mil, se encontró hace casi dos lustros, en grandísima penuria de instrucción religiosa. Su Santidad el Papa Pío IX, de santa memoria, movido especialmente por los peligros en que se encontraba la juventud, propuso al abajo firmante que pusiera remedio a ello de algún modo y aconsejó la fundación de unas escuelas y un orfanato. Con tal fin, señaló la cantidad de quinientas liras mensuales como subvención. De acuerdo con esta invitación y aliento, el que suscribe abrió allí las escuelas llamadas de *San Pablo* el día 10 de diciembre de 1877 y, con dicha subvención, pudo comenzar a hacer frente a los gastos entonces necesarios.

Fallecido Pío IX, la inagotable caridad de Vuestra Santidad dignóse, en un rasgo particular de benevolencia, continuar desde los comienzos de su Pontificado con el mismo donativo mensual y así no sólo se pudo continuar con las escuelas externas y el Oratorio festivo en sus primitivas proporciones, sino que se les dio un desarrollo tan grande que, a los pocos años, al no ser suficientes la capilla y el local ocupado por los niños de la escuela, cuyo número crecía de día en día, y ante las necesidades espirituales de la numerosa población fue necesario buscar otro lugar más amplio y apto también para el orfanato.

Fue entonces cuando Vuestra Santidad contribuyó a la construcción del nuevo Instituto con la cantidad de seis mil liras el día 10 de septiembre de 1880, a extinguir mediante la entrega de *cien* liras mensuales sobre la mencionada subvención de quinientas liras, que de esta manera nos fue caritativamente entregada hasta el mes de julio del año corriente.

Añadió a ello todavía Vuestra Santidad la limosna de *dos mil* liras para otras tantas misas, que fueron solícitamente celebradas. Así se pudo construir una capilla más amplia con el hospicio anejo, donde se encuentran asilados unos ciento cincuenta muchachos, algunos de los cuales son pobres huerfanitos necesitados de sustento y de educación religiosa y de aprender un oficio para ganarse honradamente el pan, y otros son muchachos de distinguida bondad y talento que aspiran a la carrera eclesiástica y no podrían hacer en otra parte sus estudios por falta de medios. Así procedían las cosas con frutos **[577]** realmente consoladores en favor de las almas, cuando, a primeros de agosto del corriente año, nos participó el Cajero Ecónomo que esta

subvención, único recurso de aquella paupérrima Casa, quedaba suspendida hasta nuevas disposiciones de Vuestra Santidad [1].

Agobiado por las dificultades e impotente para proseguir yo solo la obra emprendida, acudo a Vos, Beatísimo Padre, a fin de que os dignéis continuar con la caridad y benevolencia, que hasta ahora tuvisteis, enviándonos la mencionada subvención mensual. Mucho me dolería ver desaparecer un Instituto, comenzado con tan felices auspicios, encaminado hasta ahora tan felizmente, gracias al auxilio de Dios y a la generosa caridad de Vuestra Santidad, y llegado a ser cada día más necesario por la escasez de clero en La Spezia, por la excesiva cantidad de niños pobres y abandonados y por las insidias de los vecinos protestantes, cumplidamente provistos, por desgracia, de Hospicio, Escuelas y Templos por la secta. Por nuestra parte, Beatísimo Padre, estaremos eternamente agradecidos a la caridad, que imploramos de Vuestro paternal corazón, y Salesianos y alumnos, sobre todo los de la casa de La Spezia, elevarán cada día a Dios y a María Auxiliadora las más fervientes oraciones por la incolumidad de Vuestra Santidad, nuestro generoso bienhechor.

Dignaos, Beatísimo Padre, aceptar los sentimientos de la más sincera gratitud y devoción, con la que, implorando sobre mí y sobre toda la Congregación Salesiana Vuestra apostólica bendición, me siento feliz al profesarme de Vuestra Santidad,

Turín, 1 de diciembre de 1885

Humildísimo y obedientísimo hijo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

El Cardenal informó sobre la carta al Papa y escribió después a don Bosco el día 24 de febrero de 1886: «Su Santidad siente mucho no poder acceder a su ruego más que en parte, pues el gravísimo peso, que la maldad de los **[578]** tiempos le obliga a sostener aquí en Roma, ponen un límite a su caridad y frenan los ímpetus de su corazón de padre. Mas, para demostrarle lo mucho que aprecia a la Institución que usted tan dignamente dirige, me ordenó le remitiera, por una sola vez, la cantidad de cinco mil liras que, obedeciendo a los Soberanos mandatos, me honro enviarle por giro postal sobre el Banco Nacional».

---

[1] Aquí se ha incurrido en un error con respecto al mes de la suspensión, como se deduce de esta carta al señor Sigismondi, fechada en el Vaticano a 10 de octubre de 1885.

Excelentísimo señor Alejandro:

Me apresuro a comunicarle que, habiendo vuelto a monseñor Folchi para la acostumbrada asignación, me ha contestado que la administración tenía facultad para pagar la asignación al Instituto de La Spezia hasta el mes de agosto del corriente año, esto es, hasta cumplirse la restitución del préstamo. Y, para que dicha asignación pudiera continuar, es necesario pedir directamente al Padre Santo una nueva concesión, que debería hacer el Rvmo. don Bosco o quien haga sus veces. Rogándole acepte mis saludos extensibles a su digna esposa, me repito

Su seguro servidor,
C. ROSSIGNARI

El señor Alejandro exhortaba a don Bosco, en la cartita con que le remitía el comunicado, a pensar en seguida en lo que debía hacerse.

Pasemos ahora a propuestas, que quedaron sobre el papel. Mencionaremos solamente aquéllas en las que, a lo largo de las negociaciones, podemos recoger el eco de palabras dichas por don Bosco o la noticia de alguno de sus gestos. Hablaremos, pues, de Rímini, Vicenza, Trento y Cúneo.

RIMINI

Monseñor Alejandro Chiaruzzi, obispo de Rímini, quería que don Bosco aceptase una parroquia rural en su diócesis. Ofrecimientos de esta índole le llegaban de diversas partes; pero éste podía, además, ofrecer la oportunidad de proporcionar a los Salesianos de Faenza una casa de campo para reponer las fuerzas durante las vacaciones. Sin embargo, el Santo dijo en la sesión capitular del día veinte de marzo:

—En los comienzos de la Congregación, aceptábamos casas sin limar demasiado las condiciones que nos ponían. Pero ahora necesitamos ordenarnos, organizarnos, dejar pasar dos años sin abrir casas. América absorbe demasiado personal. Las defecciones y los fallecimientos nos han quitado varios miembros.

El Capítulo votó contra la propuesta.

VICENZA

Ya el año 1879, el senador Fidel Lampertico, en su calidad de presidente de la Congregación de Caridad, había hecho suyo el pensamiento de algunas dignas personas, de llamar a los hijos de don Bosco a dirigir el orfanato masculino de Vicenza, venido a menos. **[579]** El Santo encargó a don Celestino Durando, en el mes de diciembre, que visitara el instituto, pero no se llegó a ninguna conclusión. Después, a partir del 1880, comenzó una comunicación epistolar entre el señor Juan Sala, presidente de la Sociedad de San Vicente de Paúl y el mismo don Celestino Durando para la apertura de un hospicio. Don Antonio Sala hizo una visita y juzgó oportuno el local adquirido para este fin por los miembros de la Asociación; pero no vio de dónde se podían sacar los medios para llevar adelante la obra. El día 29 de enero de 1883, recibió don Bosco una petición firmada por doscientos doce «Cooperadores» de Vicenza; la encabezaba monseñor Farina, obispo de la diócesis, y la cerraba monseñor Horacio Lampertico, hijo

del Senador, calificándose de «secretario de los Cooperadores de Vicenza». El Santo demoró la respuesta, y, después, emprendió el viaje a Francia. En Vicenza estaban impacientes. El, por fin, apremiado por nuevas cartas, tan pronto como pudo después del regreso, respondió en estos términos:

Ilmo. señor Presidente:

He recibido, por medio del reverendo Pedro Pozzán, ferviente defensor de las causas buenas, la carta de V. S. fechada el día cuatro de los corrientes junto con la súplica firmada por un buen número de personas distinguidas de todas las clases sociales de la población de Vicenza, con S. E. Rvma. el Señor Obispo a la cabeza.

Todos piden la gracia de una Casa de Salesianos en esta ilustre ciudad para cuidarse de los jovencitos en peligro. Ya conocía la benevolencia de los Cooperadores Salesianos y de los miembros de la benemérita Sociedad de San Vicente de Paúl con la humilde Sociedad de San Francisco de Sales; y, si hubiese tenido todavía alguna duda, este último acto de confianza me la hubiera disipado del todo.

Con el vivo deseo de corresponder a esta confianza, se hizo tema de atenta discusión su amable petición y todos, de común acuerdo, hemos examinado si estábamos en condiciones de satisfacerla; pero, con mi gran sentimiento, debo comunicarle que hemos tenido que concluir con la negativa, no por falta de buena voluntad, ni tampoco por las condiciones propuestas, sino por carencia de personal. El reclutamiento militar, que nos quita cada año de quince a veinte maestros y jefes de taller, los compromisos ya contraídos para abrir casas en diversos lugares, la necesidad de enviar ayuda a los misioneros de Patagonia y de Brasil, nos merman el personal de tal manera que nos es imposible comprometernos para nuevas fundaciones.

[580] Siento todavía que no hayamos podido entendernos hace años, cuando disponíamos de personal para la dirección del orfanato; pero hemos de confiar en la divina Providencia, que entonces parecía querer abrir el camino para la vida de los Salesianos en esa tierra, quiera volver a abrírselo en otra ocasión y darnos los medios para cumplir el común deseo.

Sin embargo, como no podemos saber cuándo podremos estar en condiciones de dar a este propósito una respuesta afirmativa, yo sería del parecer de que V. S. Ilma. exhortase a los miembros de la Sociedad de San Vicente para que lograsen lo antes posible su laudable finalidad, del bienestar religioso y moral de tanta juventud, con otro medio, que su industriosa caridad les sugiera.

Mientras tanto, al dar las gracias a V. S. y por su medio a los miembros de la Sociedad de San Vicente y también a todos cuantos firman la atenta súplica, pido a Dios que bendiga sus caritativos esfuerzos en favor de la juventud pobre, les haga recoger centuplicado el fruto de sus trabajos y prepare a cada uno en el cielo una espléndida y gloriosa corona.

Encomendándome, al mismo tiempo, junto con mis muchachos, a la caridad de sus oraciones le saludo respetuosamente y celebro poderme profesar con mi mayor aprecio, de V. S. Ilma.

Turín, 20 de junio de 1883

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Pero los hombres buenos de Vicenza no pudieron resignarse ni sosegarse. Presentaron una tercera petición en 1885 y, a lo largo de aquel año, el Capítulo Superior, presidido por don Bosco, se ocupó del asunto hasta seis veces. Repitióse también para Vicenza uno de los consabidos cambios de escena.

En un principio, todo era de color de rosa: cantidades considerables a disposición, varios terrenos para regalar o para comprar baratos, locales magníficos para poderlos tener a buen precio, expectación general de los ciudadanos; después, al pasar del dicho al hecho, abandonos y desilusiones. Don Juan Tamietti, enviado por don Bosco para ver cómo estaban realmente las cosas, recibió siempre espléndidos agasajos; se encontró con que los gastos serían en realidad mayores que los que podía dar un cálculo superficial, pero, considerando que algunos señores se mostraban dispuestos a contribuir con generosidad, concluyó que se podía aceptar a condición de que se comenzase con el oratorio festivo y se dejase para más adelante la fundación del colegio. Don Bosco oyó el informe de **[581]** su enviado y dijo el día veintidós de junio en sesión capitular:

—Estando las cosas como están, se puede aceptar, porque fácilmente se podrá ir adelante por algún tiempo con un solo sacerdote.

Pero, el trece de julio, surgió la primera contrariedad. La hija de uno de aquellos señores, el abogado Ruffo, que quería regalar una de sus fincas, escribió a don Bosco una carta de protesta, porque, estando ella en mala situación económica y no sabiendo cómo sufragar los gastos para la instrucción de sus hijos, no podía tolerar que se mermara de este modo el patrimonio paterno. En realidad, su padre estaba encolerizado con ella y no se cuidaba de sus necesidades, porque había contraído matrimonio contra su voluntad con un hombre no acomodado; sin embargo, don Bosco mandó escribirle que estuviese tranquila, porque no se había determinado nada y jamás se haría algo que pudiere perjudicarla.

Entre julio y octubre, hubo otras combinaciones sobre el local, otras promesas de donativos de dinero, otra discusión en la sesión capitular del veintidós de septiembre por la tarde. Preguntado don Bosco por don Miguel Rúa qué pensaba de todo ello, contestó:

—Ya hay demasiada carne en el asador. Sin embargo, estoy dispuesto a aprobar lo que el Capítulo decida.

Don Celestino Durando recordó, en apoyo de este parecer, que san Ignacio comenzó a abrir con excesivo apresuramiento sus casas, y después cerró quince de golpe para consolidar su Compañía. Don

Miguel Rúa pidió que se propusiera la ida para 1889; pero don Bosco replicó:

—¿De qué sirve fijar, aun cuando sea el 1890? Ahora no podemos, pues falta personal. Por consiguiente, hagan ellos, mientras tanto, algún donativo, algún legado o cesión y nosotros nos comprometemos a hacer el bien que podamos a la juventud lo antes posible.

Nuevas dificultades, que surgieron más tarde, convencieron a los mismos amigos de Vicenza de que era preferible aguardar. Y el Santo, confirmando lo que ya había dicho, repitió el día veintiséis de octubre:

—Bien consideradas las cosas, es mejor por ahora que el tiempo nos dé tiempo. No se rehúsa, pero se aplaza.

El día cinco de noviembre, don Antonio Sala informaba sobre el viaje que acababa de hacer, en el que había visitado también Vicenza, y describió **[582]** lo que había visto y oído. Entre otras cosas, las cuatro hermanas Caldonazzi, solteras y bastante ricas, darían en seguida veinte mil liras y después más; otrosí, cuando se abriese la casa sería abonado un legado de veinte mil liras, hecho por la condesa Drusila Dal Verme, viuda de Loschi. Pero, frente a las insuperables dificultades, que retrasaban mucho la actuación del deseo común, don Bosco expuso su pensamiento:

—¿No se podría escribir a las hermanas Caldonazzi que, en vista a la larga duración de estas negociaciones, se les rogaría tuviesen a bien dar las veinte mil liras para el Sagrado Corazón de Roma o para las Misiones? Les escribiría yo mismo prometiendo que, al abrir la casa de Vicenza, se consideraría como entregada aquella cantidad.

—Los de Vicenza, contestó don Antonio Sala, no quieren saber nada que no sea su pueblo.

—De todos modos, insistió el Santo, lo intentaré y escribiré también al heredero del Duque de Parma, que debe pagar el legado Loschi, tanto más cuanto que la Duquesa de Parma vino a visitarme, cuando yo estaba en Niza. En cuanto a Vicenza, contéstese que dejen descansar el proyecto hasta la primavera. La beneficencia, en estos tiempos, es mucho más incierta que cuando se abrieron las casas de Sampierdarena, Alassio y Marsella. En la primavera, lo dejaremos descansar hasta otoño y así sucesivamente.

Y como lo dijo, lo hizo. Escribió el día dieciséis de noviembre a las hermanas Caldonazzi, invitándolas a destinar la cantidad en favor de monseñor Cagliero que, con muchas Hermanas y Misioneros, se encontraba en pleno desierto patagónico, sin medios económicos para llevar a cabo muchas obras de beneficencia, allí necesarias; pero ellas

siguieron firmes en su propósito de destinar aquel dinero a una institución salesiana en su patria chica: sin embargo, le enviaron una limosna de mil liras para las misiones [1].

[583] La tenacidad de los de Vicenza se manifestó una vez más, en vida de don Bosco. El que coordinaba la acción de los promotores y se comunicaba oficialmente con Turín era, desde el principio, el canónigo Cavedan, vicario general de la diócesis. «Todos, buenos y malos, escribía don Moisés Veronesi a don Bosco en 1886 [2], están ansiosos por ver una casa salesiana en Vicenza. Las autoridades civiles y eclesiásticas están dispuestas a ayudarnos; más aún, el señor gobernador de la provincia desearía confiar a los Salesianos algunos jovencitos huérfanos con una cuota mensual de veinte liras». El canónigo fue al Oratorio en junio de 1887, con el reverendo Gennari, párroco de San Esteban, y le invitaron a exponer el estado de la situación ante el Capítulo Superior, presidido por don Miguel Rúa. Todo parecía concertado; pero todo fracasó. «Si la obra no resultó, escribió dicho párroco [3], no fue por falta de buena voluntad, sino, como lealmente dijo el veneradísimo don Bosco, porque no es según su espíritu». No era del espíritu de la Congregación ocuparse también de los niños menores de ocho años, como querían los que lo proponían. Otros intentos tuvieron la misma suerte, de modo que hasta el día de hoy no se pudo fundar en Vicenza una obra salesiana.

TRENTO

El Alcalde de Trento notificaba a don Bosco en una carta muy bonita que, de acuerdo con las autoridades eclesiásticas y civiles, la población pedía a los Salesianos para la dirección de un reformatorio de la juventud; que ya estaba preparada la casa; que ésta dependía de la Congregación de la Caridad y del Ayuntamiento; que comunicara su sistema de educación y la distribución que debía darse a los locales para no partir de puntos de vista diferentes; que se había de comenzar en el próximo mes de **[584]** noviembre con un grupito de muchachos ya asilados allí. Le gustó a don Bosco que, de una forma tan inesperada, se abriesen a la Congregación las puertas del imperio austrohúngaro; le gustó también que ello fuera en un lugar fecundo en

[1] Carta del señor Eugenio Panizzoni a don Bosco, Vicenza, 23 de noviembre de 1885. Es probable que recibiera idéntica respuesta sobre el legado Loschi.

[2] Mogliano, 23 de septiembre de 1886.

[3] Vicenza, 29 de agosto de 1887.

vocaciones. Dijo, en la sesión capitular del día trece de julio, que se redactase una respuesta, en la que se preguntase también por la retribución destinada a los Salesianos, si era individual o colectiva. Entretando, confió a algunos de los miembros del Capítulo el encargo de estudiar el proyecto y, en otoño, quiso que don Antonio Sala fuera a informarse sobre el terreno.

Don Antonio Sala fue recibido muy bien, pero el Alcalde y los señores de la Congregación de la Caridad se mantuvieron intencionadamente reservados, de suerte que no le fue posible comprender nada en torno a la marcha del orfanato y no logró saber ni qué comida se daba a los asilados. El local era bellísimo, amplio y nuevo. El señor Obispo, Della Bona, deseaba la fundación de los Salesianos por una razón suya particular. Entre el Ayuntamiento y la Congregación de la Caridad existía cierto antagonismo perjudicial para el bien común; él esperaba que los Salesianos establecerían entre los dos entes un lazo de unión. En la casa había veinticinco huerfanitos y otras tantas huerfanitas. Los jefes de los talleres actuaban como amos, ya que las ganancias eran para ellos. Algunos de los muchachos iban a las escuelas de la ciudad, sin que ello diese lugar a inconvenientes; alumnos y alumnas asistían juntos a las prácticas religiosas en la misma capilla. El Director no parecía un hombre capacitado. Pero todo daba a entender que en Trento los Salesianos serían generalmente mirados con buenos ojos.

El Alcalde hubiera deseado que se redactase en seguida un anteproyecto de convenio; pero don Antonio Sala prudentemente no consintió; sólo expuso de viva voz el objeto de algunos artículos, que presentaría después a examen al Capítulo Superior: la cesión gratuita a los Salesianos del palacio Crosina y Sartori, **[585]** que así se titulaba el edificio; traslado de las huérfanas a otro local; reparaciones exteriores y modificaciones con cargo al Ayuntamiento y a la Congregación de Caridad; inventario de todos los objetos existentes en el instituto con obligación de devolverlos en el estado en que se encontraran si los Salesianos tuviesen que retirarse; obligación para los Salesianos de aceptar únicamente veinticinco muchachos, pagando el Municipio y la Congregación de Caridad ochenta céntimos diarios, por cualquier otro huérfano, que fuese recomendado por ellos; los muchachos a aceptar no debían tener menos de diez años ni más de doce y debían estar sanos y robustos; facultad de los Salesianos para aceptar el número de muchachos y con las condiciones que deseasen; libertad del Director para dedicar al estudio o a las artes a los muchachos que les confiasen el Ayuntamiento o la Congregación de

Caridad; establecer exclusivamente talleres y escuelas internas; aviso anticipado de cinco años, si el Ayuntamiento quisiese rescindir el contrato: pertenecer sólo al Director la dirección y administración interna; tener libertad para separar a los recién llegados de los huérfanos ya asilados o incorporarlos a ellos.

Cuando don Antonio Sala regresó a Turín dio su informe y leyó los artículos aquí sumariamente expuestos. En la discusión, al hablar de las reparaciones del edificio, dijo don Bosco:

—Para obligar a un Ayuntamiento a hacer estas reparaciones, hay que estudiar bien la cuestión, pues ya nos hemos encontrado en apuros en muchos lugares. Los Ayuntamientos prometen y no atienden. Podría formularse un artículo en estos términos: «El Director comunicará al Ayuntamiento las reparaciones que se necesitan. El Ayuntamiento lo comprobará y, si no las manda realizar, el Director tendrá derecho a hacerlas, remitiendo la nota de gastos al Ayuntamiento». Estúdiese bien la frase para obligar a los interesados.

Acerca de las cautelas a tener para tratar con Ayuntamientos don Bosco había hecho, en otra circunstancia, la observación siguiente [1]: **[586]** —En los contratos con los Ayuntamientos hay que poner mucha atención, porque siempre hay algunas condiciones que, por no parecer onerosas, no se tienen muy en cuenta y, luego, acarrean las peores consecuencias para nosotros.

Don Bosco nombró una comisión, compuesta por don Antonio Sala, don Celestino Durando y don José Lazzero, para que redactaran un esquema de convenio y lo sometieran a examen en una próxima sesión. Esta se celebró el día primero de diciembre. Tras larga discusión, se fijaron dieciséis artículos que, después en 1887, sirvieron de base para el convenio definitivo [2].

CUNEO

El reverendo Peana deseaba ceder a don Bosco un grandioso hospicio, levantado por él en Cúneo y provisto de todo lo necesario para un centenar de asilados. También allí había su pro y su contra. Por un lado, las consabidas razones desaconsejaban aceptar el nuevo ofrecimiento; por otro, la importancia del lugar y la necesidad de disminuir el exceso de gente en la casa de San Benigno, reduciendo el número

[1] *Actas del Cap. Sup.*, 25 de agosto de 1885.
[2] Ap. Doc. núm. 87.

de aprendices para ensanchar el espacio destinado a los clérigos, que ya no cabían, eran dos apremiantes motivos para no dejar escapar la propuesta. Como estaban divididos los pareceres, don Bosco solucionó la cuestión diciendo:

—No podemos seguir adelante por falta de personal. Escríbase al reverendo Peana que nos deje su instituto en testamento y, a su muerte, le sucederemos y continuaremos su obra. Hay que lamentar que algunos Salesianos no tienen ni un adarme de espíritu salesiano. Todos los años hay defecciones y, después de tanto trabajo para educar a estos sujetos, nos encontramos defraudados. Apenas llegan a sacerdotes, hay que repartirlos por las casas y no tienen tiempo para formarse. Algunos sacerdotes fueron ordenados, porque lo requería la necesidad. Será preciso ir despacio en las ordenaciones y, antes de recibirlas, obligar a los clérigos a un año de estudiantado. El amor **[587]** a la familia y las mismas familias ayudan siempre a arrancarnos los hermanos. Hemos de consolidarnos.

Las negociaciones para Cúneo no continuaron. Cerraremos el capítulo con dos observaciones sobre las palabras que don Bosco pronunció en dicha circunstancia.

Las deserciones son un hecho en todas las Congregaciones religiosas. Don Bosco tuvo de ello una dura experiencia desde los comienzos cuando de los ocho jóvenes preparados por él en dos ocasiones con mil cuidados y sacrificios para el estado clerical, sólo uno quedó por fin a su lado, don Miguel Rúa. Más tarde, a medida que la Sociedad Salesiana adquiría forma y estabilidad, el número de estas deserciones era relativamente menos considerable; pero las hubo, sin embargo, y muy dolorosas. Recuerdan todavía con dolor los más antiguos el caso de los tres hermanos Cuffia, los cuales, dotados de excelente ingenio y objeto durante muchos años de las paternas solicitudes de don Bosco, cuando llegaron al sacerdocio dos de ellos y el tercero estaba próximo a alcanzarlo, le volvieron fríamente las espaldas los tres. Pero, ante semejantes hechos, ligábanse más estrechamente a él sus fieles, formando aquel glorioso estado mayor y aquel magnífico grupo de veteranos, que fueron verdaderas piedras fundamentales del edificio; por otro lado, con estas eliminaciones espontáneas se quitaron de en medio elementos perturbadores, que hubieran podido resquebrajar su trabazón en el período de ajuste. También, por este motivo, se realizó lo que don Miguel Rúa puso magníficamente de relieve ante los jueces del tribunal apostólico [1], atestiguando que «jamás se produjeron

[1] *Summa* de la *Pos. Sup. Virt.* núm. IX, § 5.

en vida de don Bosco escisiones entre sus diferentes casas y tampoco se manifestó a su muerte movimiento alguno colectivo ni individual contra sus disposiciones, y la marcha siguió su camino como cuando él las gobernaba».

Con las palabras dichas más arriba el Santo apunta también a la inmadurez de los sujetos enviados a las casas. Si don Bosco hubiese esperado para actuar hasta haber tenido hombres perfectos, habría muerto **[588]** dejando una triste herencia; pero, sobre este punto, es claro y decisivo el juicio de monseñor Tasso, obispo de Aosta, exalumno del Oratorio y sacerdote paúl. En su deposición sobre la prudencia del Siervo de Dios, se expresó en los términos siguientes [1]: Pareció a algunos que traspasaba los límites de la prudencia, al emprender obras grandiosas sin los medios adecuados y al enviar para dirigir los primeros colegios e institutos a hombres que no parecían suficientemente preparados; pero en esto yo admiro más su gran confianza en Dios y, visto el óptimo resultado de aquellos institutos, puedo y debo deducir que poseía luces especiales del cielo».

[1] *L. c.* § 94.

[589]

CAPITULO XXI

EN ESPAÑA Y FRANCIA

DURANTE la primera fase de las gestiones para una fundación en Dinan, (Côtes-du-Nord) llevada a cabo mucho más tarde, todo iba tan a pedir de boca, que don Bosco escribió al abate Martín, gran promotor de la obra: «Ante el bien inmenso que veo por hacer en Bretaña, una sola cosa me sorprende, y es la falta de pruebas» [1]. Pero el enemigo del bien no dormía; efectivamente las pruebas no se hicieron esperar. Si, por lo demás, las pruebas no lograban entorpecer en seguida los preparativos de las empresas, las contrariedades no faltaban generalmente en los períodos iniciales y eran tales y tan grandes como para poner en apuro el ánimo de los Hermanos destinados para comenzar. Esto es lo que hemos visto hasta ahora y que continuaremos comprobando. Escasez de personal, dificultades económicas, hostilidades de diversa índole obligaban a sacrificios que, empero, se convertían de ordinario en elemento fecundador de vida y de vitalidad para las instituciones.

La casa de Utrera topó con las dificultades de siempre. Ciento cincuenta niños de la clase más pobre frecuentaban aquellas escuelas como externos; pero el Director se lamentaba de no tener consigo más que al sacerdote don Carlos Pane, que le prestaba una valiosa, pero insuficiente colaboración. Además, el marqués de Ulloa no seguía dando, como solía, las doscientas pesetas mensuales, porque su situación económica no le permitía **[590]** proseguir indefinidamente aquel desembolso. Al concluir, en 1885, el cuatrienio del contrato, se estudió por parte de los Superiores si todavía se debía permanecer allí o no. Don Celestino Durando proponía para proveer a la subsistencia, que se enviaran algunos profesores de valía y así montar unas clases aparte para alumnos de familias acomodadas; estaba persuadido de que así se lograría tener el colegio más distinguido de la ciudad. Don Bosco escuchaba y callaba. Pero, después de todos, tomó la palabra monseñor Cagliero, que había trabajado tanto para aquella funda-

[1] Carta a don Miguel Rúa, sin fecha, pero escrita después de la muerte de don Bosco.

ción, y rechazó enérgicamente la propuesta del Consejero Escolástico, porque, de tal forma, se hubiera atraído a los Salesianos los alumnos de otros centros de enseñanza de la ciudad, fomentando envidias y hostilidad contra nosotros.

—Limitémonos, concluyó, sólo a los pobres. Así el Ayuntamiento nos favorecerá siempre y nos ayudará. Pero no nos enfrentemos con las escuelas municipales. La iglesia puede dar lo suficiente para vivir. El Marqués dijo que, en caso de necesidad, no dejaría de ayudarnos. El clero nos ve con buenos ojos y nos da limosnas. Por tanto, no hay ningún motivo para abandonar Utrera. Que don Ernesto Oberti tenga un poco de paciencia, y ya proveeremos.

Don Bosco aprobó esta conclusión y todos los presentes aceptaron sin más su parecer [1].

El Director, una vez que supo la voluntad de don Bosco, recuperó de tal modo su optimismo que, para el 29 de enero, no obstante la extrema carencia de personal, pudo, mediante la ayuda de Cooperadores y Cooperadoras, organizar una novena de predicación y celebrar con gran solemnidad la fiesta de San Francisco de Sales. Dio esplendor a las ceremonias la presencia de un Cooperador insigne, llegado de Sevilla, monseñor Marcelo Spínola, consagrado por aquellos días Obispo de Coria. Llegado el día antes, predicó, confesó, pontificó, administró la confirmación y dio la conferencia a los Cooperadores. Por la reseña publicada en el *Diario de Sevilla* del 4 de febrero, se comprueba, con grata sorpresa, la exacta noción que él tenía de la cooperación salesiana **[591]** y cuánto era el afecto que profesaba a don Bosco y a sus instituciones. Con él, como escribía el Director [2], los Salesianos de Utrera perdían «al padre, al amigo, al confidente y al colaborador para cualquier emergencia».

Una prueba muy ardua, tanto más ardua por repetida, esperaba también a aquellos Hermanos en el verano: la reaparición del cólera. Se denunciaron los primeros casos en Madrid el día ocho de junio. La noticia de la peste produjo una extraordinaria conmoción general. El contagio comenzó en seguida a causar estragos en las provincias de Castellón, Valencia y Murcia. El ochenta por ciento de los afectados moría. La nación se vio invadida por el terror. Con los calores de julio, el mal se recrudeció hasta el punto de que las tres provincias infectadas ofrecían un trágico espectáculo de desolación y de luto. Des-

[1] *Actas de Cap. Sup.*, 9 de enero de 1885.
[2] Carta a don Bosco, Utrera, 1 abril 1885.

pués se propagó la epidemia de modo que poquísimas provincias resultaron inmunes. Seis largos meses duró la plaga.

En tan graves circunstancias, el Director del colegio no podía ciertamente dejar su casa para ir a Turín en la época de ejercicios espirituales. En previsión precisamente de esta imposibilidad, don Bosco le dirigió esta carta paternal.

Mi querido Oberti:

Pensé que podría verte en estas vacaciones con algunos de nuestros hermanos, pero las públicas calamidades nos privarán tal vez de esta satisfacción.

En tanto que nos sometemos a los planes del Señor, no nos desanimanos. Dios está siempre con nosotros, y todos los Salesianos se hallan dispuestos a hacer cualquier sacrificio para acudir en tu ayuda.

Si por acaso te encuentras en apuros para atender a muchachos que queden huérfanos por el cólera, dímelo y buscaremos el modo de prestarte socorro.

Eso mismo intentamos hacer en Francia y en Italia, donde hasta ahora, gracias al cielo, nos vemos ilesos del terrible azote; al menos nosotros hasta ahora.

Espero noticias detalladas de nuestros queridos hijos, y, si puedes, prepara en España alguna vocación al estado eclesiástico; y dame los nombres y apellidos de nuestros bienhechores, especialmente de la familia Ulloa.

Recuerda que un poderoso antídoto contra el cólera es el siguiente y que tú te darás maña para practicar y recomendar:

[592] —Llevar todos al cuello una medalla de María Auxiliadora.

—Comunión frecuente.

—Rezar cada día la jaculatoria Maria Auxilium Christianorum, ora pro nobis.

Saluda cordialmente a tus muchachos y a todos nuestros bienhechores y asegúrales que yo rezo cada día por su felicidad espiritual y temporal.

Dios nos bendiga a todos y nos conserve en su santa gracia, y haced que se rece también por mí, que seré siempre en J. C.,

Turín, 10 de agosto de 1885

Afectísimo amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

La casa de Sarriá se debatía en no menores dificultades, tanto internas como externas; pero la serenidad de su Director hacía que fuese adelante sin desalientos. Precisamente a él le escribió nuestro Santo:

Mi querido Branda:

Los periódicos vienen publicando cómo el cólera os va amenazando cada día. Es una prueba que Dios nos manda. Tenemos con nosotros el antídoto: sepamos servirnos de él. Aprovéchate de él y recomiéndalo: Cada día: *Maria Auxilium Christianorum, ora pro nobis,* tres veces. Frecuente comunión. Llevar su medalla al cuello. Por lo que a ti toca, ofrécete a recibir a muchachos huérfanos a causa del cólera, hasta donde lo permita tu casa. Dirás a la familia de los Señores Chopitea que don Bosco

reza y hace rezar a todos sus muchachos huérfanos, ciento sesenta mil, cada día en la santa misa según sus intenciones y que les agradece mucho la caridad que nos están haciendo.

Si los acontecimientos lo permiten, nos veremos y trataremos de nuestros problemas, que no son pocos. Entre tanto, comienza por enviar a don Miguel Rúa una nota de lo que necesitas para el curso próximo y nos daremos maña para proveer lo necesario con que seguir trabajando a mayor gloria de Dios.

Saluda a todos esos mis queridos muchachos, a los que envío una especial y santa bendición.

Mi salud va mejorando y puedo despachar algunos asuntos importantes. Que María nos asista a todos, nos proteja y nos defienda de todo peligro del alma y del cuerpo; pero rezad también por mí, que siempre seré para vosotros en J. C.

Turín, 10 de agosto de 1885

Afectísimo amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[593] Los primeros Directores salesianos, formados en el Oratorio y salidos del mismo con el corazón rebosante de afecto y veneración hacia don Bosco, sabían valerse de estos sentimientos para ganarse a los muchachos e influir fuertemente en ellos. Con este fin, no sólo inculcaban en ellos las mismas disposiciones de ánimo hacia el Santo, sino que también las favorecían y dirigían en su nombre e incluso les ponían en relación epistolar con él, como ya hemos podido poner de relieve varias veces en los volúmenes precedentes. No era, pues, por mero cumplimiento que don Juan Branda escribía al Siervo de Dios en el mes de diciembre: «Aquí se piensa y se habla continuamente de nuestro padre don Bosco y se está con el vivo deseo de tenerlo con nosotros algún día no muy lejano. ¡Oh, si fuese posible tal viaje! Don Bosco es deseado con idéntico afán en el otro extremo de España, es decir, en Andalucía».

Los Cooperadores barceloneses miraban con estupor la nueva forma de caridad, ejercida ante sus ojos, por los hijos de don Bosco y su admiración iba en aumento a la vista de los resultados. Dos hermanitos, que quedaron huérfanos a causa del cólera e ingresaron en el colegio, no podían sosegarse y rechazaban a los que enviaba la Providencia para suplir a sus padres. Pero el ambiente de la vida salesiana obró en ellos un cambio tal que, quien los había contemplado antes, no los reconocía: se habían hecho dóciles, aplicados y piadosos. Otro huerfanito del cólera vivía junto a la playa, pidiendo de comer a los marineros y, si se terciaba, robando carbón u otras cosas por el muelle o en las barcas y vendiendo después lo que lograba atrapar para acallar el hambre. Un día le encontraron medio muerto en la arena los aduaneros y lo llevaron al hospital, donde recobró las fuerzas que había

perdido por el hambre. Compadecióse de él un Cooperador salesiano y se lo entregó a don Juan Branda, con el ruego de que sacara a aquel infeliz del sendero de la mala vida. Don Juan Branda lo admitió y, por lo que le manifestó el muchacho, supo que no tenía a nadie en el mundo. Poco a poco, el salvajito aprendió a rezar, leer, escribir y el oficio de sastre. Otro muchacho, todo corazón, oyendo hablar de don Bosco en todo **[594]** momento, hubiera deseado escribir una carta aquellos días para agradecerle el grandísimo favor que le hacía residiendo en el colegio de Sarriá. El pobrecillo había sido sacado de debajo de dos gruesos tablones, donde, con las manos atadas a la espalda y un pañuelo oprimiéndole la boca, hubiera muerto asfixiado. Un *sereno* o vigilante nocturno, al pasar milagrosamente por allí, oyó sus gemidos y le sacó del apuro. La perversidad de cierta persona quería verle muerto para no tener que devolverle unos muebles de sus padres difuntos. Fue recomendado secretamente a los Salesianos, donde daba pruebas muy notables de bondad y talento. Ante hechos tan elocuentes, un aplauso general saludaba la llegada de los nuevos religiosos, que la caritativa señora Chopitea había logrado que le enviase don Bosco para cuidarse de los pobres hijos del pueblo.

La noticia del bien que hacían los Salesianos en Utrera y en Barcelona, se propagaba por España y despertaba, como era natural, también en otras ciudades el deseo de tenerlos. El sacerdote Casimiro Vázquez solicitaba, desde Vigo, la fundación de una escuela profesional para la juventud pobre y abandonada de su patria chica. Pero no se pudo hacer más que invitarle a pedir al Señor que se dignase bendecir a la Congregación, enviándole personal español; sólo así podría ser menos difícil echar raíces también en Vigo [1].

En el mes de agosto, algunos Salesianos hacían los Ejercicios Espirituales en la casa de los Jesuitas de Jerez de la Frontera, en Andalucía. El día seis, don Carlos Pane escribía desde el lugar de su retiro a don Bosco: «Si usted supiese, queridísimo Padre, cuánto le quieren estos buenos Cooperadores y cuánto desearían verle en medio de ellos... Pienso que, en pocas ciudades del mundo, es don Bosco más querido y deseado. Qué cantidad de pruebas de afecto nos han dado, sólo al saber que somos hijos de don Bosco... Y, ya que no pueden tenerle con ellos a usted, desearían al menos **[595]** tener a su disposición una casa de sus hijos, para demostrarles a ellos el afecto que tienen al padre. Y, al decirles yo que era absolutamente imposible abrir una casa en Jerez, me dijeron ellos:

[1] La respuesta fue dictada por don Bosco en italiano y traducida al español (Apéndice, Doc. 88). Los Salesianos fundaron en Vigo en 1894.

—Diga al Padre don Bosco que nos envíe al menos un sacerdote y un clérigo, o como mínimo un coadjutor; que podamos contar entre nosotros con un hijo de San Francisco de Sales, de don Bosco, para comenzar a hacer un poco de bien a los miles de jovencitos que se van a perder. Jerez necesita enormemente obreros católicos».

Junto a esta carta, llegaba una ferviente invitación, escrita en latín por el padre Manuel Cuelenos, superior de los Jesuitas, para el cual encargó don Bosco a don Juan Bautista Lemoyne que redactara una hermosa respuesta, firmada por él, de la que por desgracia no hemos hallado constancia.

Como también se deduce de este último documento, en el ánimo de los buenos españoles se abría camino entonces la persuasión de que, si se querían ahorrar días tristes a la católica España, había que tomar muy a pechos, y con amplitud de miras, la abandonadísima educación de los hijos del pueblo. Esto, sobre todo al difundirse la llamada *mano negra,* secta anarquista que asolaba con crímenes atroces el país, muchos señores bien intencionados, elevándose por los efectos a la causa, intuían que el origen de tantas calamidades estaba en la ignorancia, en el abandono y en la seducción de la juventud; fue por eso que personas nobles y con recursos se reunieron en Madrid en una comisión, presidida por el senador Silvela, que había sido Ministro de Estado y luego embajador en París, y, considerando que el Gobierno se encontraba en la imposibilidad de poner adecuado remedio, decidieron ofrecer por sí mismos un ejemplo a la nación entera, tomando a su cargo el compromiso de construir con sus propios medios en la capital un Reformatorio juvenil. No se desinteresó el Estado enteramente de ello, puesto que una ley del día 4 de enero de 1883, autorizaba la fundación de un gran instituto privado con la denominación de *Escuela de reforma para jóvenes y asilo de corrección paternal* y bajo el patrocinio de Santa Rita.

Antes de poner manos a la obra, se quiso considerar qué sistema de educación debería adoptarse. Para ello **[596]** el diputado, y más tarde senador, Lastres y otro personaje madrileño hicieron un viaje por toda Europa, recurriendo a los diplomáticos de la propia nación, que les presentaron a los Gobiernos ante quienes estaban acreditados. Adonde quiera que fueron, no les mostraron más que correccionales de toda clase y regresaron a su patria con la idea predominante de un tipo de establecimientos que tenían más de cárcel que de casas de educación. De don Bosco no oyeron hablar en absoluto. Por tanto, una vez que tuvieran reunidos a los jóvenes, pensaban dividirlos en cuatro categorías: 1.ª, los abandonados; 2.ª, los que estaban en peligro;

3.ª, los peligrosos, pero aún no incursos contra la ley, por no ser todavía responsables de sus actos; 4.ª, los muchachos díscolos de familias acomodadas que precisaban educación especial, a fin de no manchar la buena fama de sus respectivas familias.

En este punto estaban las cosas, cuando un senador donó a la Comisión, para esta finalidad, un buen espacio de su finca, cerca de Madrid, en cuya área se comenzó a construir un grandioso edificio. Estaban ya levantadas dos alas del mismo, cuando llegó a oídos del señor Lastres la noticia de la casa salesiana de Barcelona. Mandó suspender inmediatamente las obras y escribió a un banquero de aquella ciudad, el cual envió primeramente a Sarriá un secretario suyo y luego fue él en persona. Estos señores no hablaban más que de Reformatorio, según el estilo de las conocidas casas de corrección; pero don Juan Branda les respondía que no era aquélla la finalidad de los Salesianos y les regaló el libro de D'Espiney, para que se percatasen del sistema de don Bosco. Hubiera preferido darles la obrita de Du Boys, pero no tenía ningún ejemplar.

Refiriendo más tarde a don Bosco este último detalle de los libros, díjole el Santo:

—En estos casos, es mejor ofrecer el de Du Boys. El del doctor D'Espiney es bueno para las personas piadosas e induce a abrir los bolsillos, en tanto que el otro da a concer mejor nuestro sistema y ha acertado a interpretar el espíritu de nuestra Sociedad. Al principio, don Bosco sentía aversión a permitir que se publicaran cosas que le afectaban personalmente; pero ahora que la suerte está echada, hay que ir adelante. Hay que difundir el libro de Du Boys cuanto **[597]** se pueda, venderlo, regalarlo si es necesario, porque nos da a conocer con nuestro auténtico aspecto.

Volvamos a nuestro relato. Dos meses después de aquellas visitas, don Juan Branda vio llegar a Sarriá al diputado Lastres con otro señor, y le rogaban poder visitar detenidamente la casa. También estos señores no pensaban más que en Reformatorios. Don Juan Branda, por el contrario, no se cansaba de repetir que, si se trataba de casas correccionales, buscasen por otro lado, puesto que no era tal la finalidad de la Congregación de don Bosco; que fueran, por ejemplo, a visitar la cercana institución oficial de corrección, dirigida por los Hermanos de San Pedro ad Víncula.

Fueron allí efectivamente, por pura formalidad; pero regresaron de nuevo y estuvieron un día entero en la casa, examinando su funcionamiento, sus reglamentos y costumbres, y concluyeron que era preciso escribir a don Bosco.

Regresaron a Madrid y, un mes después, escribieron a don Juan Branda, invitándole a que fuera a la Capital. Don Juan Branda se excusó diciendo que consideraba inútil el viaje y que tenía personas enfermas en casa. Ocho días más tarde, recibía una carta de monseñor Rampolla, Nuncio Apostólico, renovándole la invitación. Ya no pudo negarse. Le esperaban en la estación los señores Lastres y Silvela.

Presentóse en la Nunciatura y el señor Nuncio le exhortó a comenzar los trámites, asegurándole que era expreso deseo del Rey, quien prometía su apoyo.

Al día siguiente se reunió toda la Comisión, compuesta por senadores, diputados y banqueros. Asignóse a don Juan Branda el puesto de preferencia. Los criterios de aquellos señores no concordaban con los principios que regulan nuestro sistema educativo, totalmente desconocido para ellos; no obstante, con tal de conseguir su intento, manifestaban que querían dejar total libertad de acción. Que la ley había sido aprobada por las *Cortes,* pero que ellos podrían remodelarla o modificarla; que su intención era que la juventud fuese atendida; que la obra no iba a ser del Gobierno, sino privada. Que se escribiese a don Bosco, asegurándole que la casa en construcción sería de su propiedad. Que se haría la escritura notarial correspondiente y que don Bosco sería muy libre de actuar como más le agradase; que no tendría el más mínimo obstáculo en la dirección de la misma. **[598]** Que, si quería que se le ayudase, le ayudarían; pero que, si no quisiese, sino que desease obrar por sí mismo, se inhibirían. Así se expresaba, en nombre de los demás, el ministro Silvela.

Cuando se discutió la propuesta en Capítulo (y esto fue el día 22 de septiembre de 1885), don Bosco, después de oír la relación, exclamó:

—¡París, Madrid, Trento! ¡Qué nuevo e inmenso horizonte tiene la Congregación Salesiana!

Don Celestino Durando observó que, si se hiciese una pequeña pausa en la fiebre expansiva, se podría cómodamente haber podido abrir una casa cada año, sin debilitar a la Congregación.

Pero don Bosco, haciendo caso omiso de la intervención, repuso:

—Ved cómo la Providencia guía a la Congregación Salesiana. Pensad que, al abrir casas, dábamos cuenta exacta de lo que íbamos a hacer. Más aún: no debemos considerar sólo el bien que se hace en nuestras casas o a los jóvenes, sino el que de rechazo hacen los demás a través de nuestro influjo, sin ningún trabajo por nuestra parte... ¡La Spezia! Fuimos allí sin ayuda de nadie y fue un golpe mortal para el

Protestantismo... ¡Faenza! Fuimos recibidos al grito de *¡Muerte a los Salesianos!,* grito que continuó y continúa todavía. Observad: aquel seminario iba de mal en peor y estaba reducido casi a cero. *Los hijos del porvenir:* ése era el caos en que se sumía la pobre juventud [1]. Nosotros salimos al paso, puesto que nadie paraba mientes en nosotros. En la diócesis de Faenza casi no había sacerdotes y algunos de aquellos pocos eran demócratas. La esperanza del clero se apoyaba en algunos seminaristas desperdigados por la ciudad. Pero, desde que hemos ido allí nosotros y gracias a las iniciativas del admirable don Pablo Taroni, el seminario resulta pequeño para dar cabida a todos los seminaristas. Y notad bien que el Rector había propuesto al Obispo cerrar el seminario y que don Pablo Taroni, por el contrario, había dicho: Haced venir a don Bosco y ya veréis. Antes, el seminario no tenía más de veinte o treinta seminaristas, y ahora tiene ciento veinte internos y cincuenta o sesenta externos. Y nosotros precisamente tenemos ya en la **[599]** Congregación algunos clérigos de Faenza y espero que, pronto, tendremos en nuestras escuelas una abundante mies de vocaciones también para nosotros. El oratorio continuará teniendo cada vez más fuerza y con los internos y externos se hará también mucho bien en la diócesis.

Tras una breve pausa de don Bosco, intervino don Miguel Rúa, poniendo de relieve lo que él mismo había visto hacía poco con sus propios ojos, es decir, que la presencia de los Salesianos había devuelto el entusiasmo al clero, antes totalmente amilanado; en algunos pueblos, los párrocos, animados con el ejemplo del oratorio salesiano, habían abierto también oratorios festivos que eran florecientes.

Don Bosco continuó diciendo:

—Y todo esto se debe a la pobre Congregación Salesiana... Cuando fui a Faenza, el Obispo estaba inquieto, porque temía que su seminario quedase enteramente vacío por culpa de los Salesianos. Le respondí que, cuando don Bosco iba a un sitio cualquiera, lo hacía siempre con la bendición del Obispo. Y que, por tanto, estábamos dispuestos a marcharnos en seguida, si Su Excelencia no quería a don Bosco en la diócesis. Que quería estar en Faenza de acuerdo con el Padre Santo y si éste le pedía cuentas de ello, estaba obligado a responder con sinceridad lo que había visto. El Obispo se calmó al oír esta conclusión; declaró que estaba contento de que don Bosco hubiera fundado en Faenza, pero que temía por su seminario. Entonces don Pablo Taroni, lleno de fe, exclamó que, desde el punto y hora en

[1] Alusión al socialismo.

que don Bosco había entrado en Faenza, él prometía que, dentro de pocos días, el número de seminaristas diocesanos se vería incrementado en unos veinte. Y sucedió precisamente así, sin que pudiera explicarse la causa de tan consolador fenómeno. Y ahora, volviendo a la propuesta de Madrid, creo que se puede delegar a alguno que estudie el punto de partida para decidir este asunto, examinando la posibilidad de su realización y manifestando, acto seguido, a aquellos señores toda nuestra buena voluntad. Convendrá incluso que vaya alguien a Madrid para, sobre el terreno, ver, hacerse una completa idea y sacar conclusiones.

Don Juan Branda, que asistía a la sesión, hizo saber que los **[600]** señores de Madrid estaban dispuestos a recurrir al Padre Santo, si el Capítulo Salesiano se oponía a la realización de su proyecto.

Y don Bosco respondió:

—Establézcase, pues, una comisión para examinar el proyecto de Madrid y el modo de adaptarlo a nuestro sistema. Queden encargados de eso don Celestino Durando, don Francisco Cerruti y don Juan Branda, y presenten luego sus conclusiones al Capítulo. Nosotros condescenderemos en todo lo que no afecte a la sustancia de nuestro sistema, y no se repare en los medios; pero manténgase firme nuestra costumbre de tener en todos nuestros hospicios las dos secciones de estudiantes y aprendices.

El Capítulo, tras haber escuchado las conclusiones a que llegaron los tres, decidió responder a la Comisión y al Nuncio, mostrándose favorable a entablar negociaciones y poniendo como única condición que todo pudiera llevarse a cabo según las normas directivas de la Congregación Salesiana. Se adjuntó, al mismo tiempo, un ejemplar del Reglamento de las casas. El Nuncio, después de una entrevista con el senador Silvela, presidente de la Comisión, manifestó a don Bosco que los deseos de la Comisión estaban en perfecta armonía con las exigencias de los Salesianos; y, en cuanto a sí mismo, aseguró que estaba dispuesto en todo momento a prestarse, hasta donde pudiese, para llegar a un resultado positivo en la fundación propuesta [1].

En el mes de noviembre siguiente, celebróse en Roma un Congreso penitenciario internacional, al que asistieron los señores Sivela y Lastres, ambos juristas y penalistas de fama, como representantes del Gobierno español. En su viaje a Roma, pasaron por Turín y visitaron a don Bosco; pero ignoramos por completo toda clase de pormenores de esta visita.

---

[1] Carta del Nuncio a don Bosco, Madrid, 11 de octubre de 1885 (Apéndice, Doc. 89).

Tres meses de trabajo fueron suficientes para terminar el gran edificio; por lo que, el día 5 de marzo de 1886, Silvela renovó sus instancias, acompañadas con el envío de un memorial en francés, que contenía la historia de la obra, el texto de la ley del día cuatro de enero **[601]** de 1883 y el elenco de los patronos fundadores [1]. Don Bosco respondió solícitamente desde Alassio con esta carta, que dictó a don Francisco Cerruti.

Excelentísimo Señor:

He examinado atentamente el proyecto de la Escuela de Santa Rita, que V. S. tuvo la bondad de enviarme, acompañado de la ley del día 4 de enero de 1883 que la autoriza, y no puedo dejar de manifestar a V. S., y a los otros dignísimos señores de esa Comisión, mi más cordial agradecimiento por su benevolencia en favor de los Salesianos y la más sincera admiración por la exquisita caridad cristiana que les anima. Bien sabe Dios que quisiera aceptar la invitación que V. S. me reitera, con su muy atenta carta del día cinco de los corrientes, para asumir la dirección. Pero, dejando a un lado la escasez de personal por los compromisos ya contraídos, la calidad de este Instituto y su modalidad disciplinaria no me permiten secundar este recíproco deseo. A pesar de toda la voluntad de hacer el bien, nosotros no podemos apartarnos en la práctica de cuanto establece nuestro Reglamento, del que he remitido un ejemplar en septiembre pasado. Para nosotros, sería factible ahí un Colegio, según el modelo de los *Talleres Salesianos* de Barcelona-Sarriá; pero no podría ser una escuela-reformatorio sobre las bases de ése de Santa Rita.

Espero que, con la ayuda de Dios, podré acercarme el próximo abril a Barcelona y me será muy grato, si posible fuere, volver a ver en tal ocasión a V. S. y al bonísimo señor Francisco Lastres, ya que guardo muy grato recuerdo de ambos, al tiempo que pido de corazón al Señor que los conserve en su santa gracia.

Créame, Exmo. Señor, con la más sentida estima y reconocimiento para con V. E.

Alassio (Génova), 17 de marzo de 1885

Humildísimo servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

El Santo estaba entonces de viaje hacia Francia, con intención de proseguir, como lo hizo en efecto, hasta España. Apenas se supo su llegada a Barcelona, el señor Lastres se encaminó allí, siendo portador, además, de una carta del Nuncio. El Prelado, para complacer al señor Silvela, que le suplicaba les facilitase una vez más el cumplimiento de su proyecto, repetía que era su vivo deseo que don Bosco estuviese en grado de establecer a los Salesianos al frente de un Colegio tan benéfico e importante; **[602]** y eso tanto más, cuanto que la

[1] Ap. Doc. núm. 90.

Comisión estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario para disponer las cosas de modo que se respetase el Reglamento de la Congregación [1]. Don Bosco, al remitir a Turín la carta del Nuncio, escribió al margen del primer pliego: «Vea el Capítulo y haga todo lo posible».

Don Miguel Rúa, que acompañaba a don Bosco en su viaje a España, conferenció largo rato con el señor Lastres el día dieciocho de abril. De tal coloquio conocemos los puntos esenciales, por algunas notas que él transcribió inmediatamente al papel. Una vez sentada la premisa de que don Bosco y su Capítulo tenían toda la buena voluntad de ir a fundar en Madrid, pero que escaseaba el personal, concretó todo en estas cinco condiciones esenciales: 1.ª Libertad de la futura dirección para destinar a los muchachos al oficio que, de acuerdo con la inclinación de cada uno, pareciesen más aptos, teniendo en cuenta las necesidades y condicionamientos del establecimiento; libertad, además, para destinar a estudiar a los que, por su conducta e inteligencia, se hicieran merecedores de ello. 2.ª Necesidad de alguna medida para poder segregar de la masa general a aquellos alumnos que sirviesen de estorbo. 3.ª Conveniencia de asignar una gratificación a cada Salesiano o, mejor aún, una cantidad anual determinada para todos los Salesianos que trabajasen en el Colegio. 4.ª Oportunidad de establecer una pensión para cada muchacho. 5.ª Necesidad de pensar seriamente en el modo de procurar trabajo a los talleres.

Establecidos estos puntos fundamentales, don Miguel Rúa prometió que, en Turín, se presentaría el asunto al Capítulo Superior y que, si la propuesta fuese aceptada, se redactaría y remitiría al señor Silvela o al señor Lastres un proyecto de convenio, para que lo examinasen e hicieran sus observaciones al respecto. Pero, al mismo tiempo, tuvo buen cuidado en recalcar que no era posible enviar inmediatamente los Salesianos a Madrid.

Llegó la Semana Santa y, como estaban prohibidas en España las visitas en sus últimos días, don Bosco se vio un poco **[603]** más libre y pudo responder el Jueves Santo la carta del Nuncio.

Excelencia Ilustrísima y Reverendísima:

He recibido con sumo agrado su venerada carta, referente al Colegio de esa Capital, cuya dirección se proyecta confiar a los Salesianos. Con muy buena voluntad, nos disponemos a esta empresa, sobre todo después de las reiteradas recomendaciones de V. E. Rvma. Hablando con el ilustrísimo señor Lastres, hemos encontrado la forma para superar algunas dificultades que hubieran podido surgir más adelante. De modo que ahora no queda más que redactar un convenio entre nuestra Pía Sociedad y la

[1] Ap. Doc. núm. 91.

Comisión promotora de dicha obra, y, apenas regrese a Turín, será ésta una de mis primeras preocupaciones: la de formular un proyecto de contrato y remitirlo al egregio señor don Manuel Silvela, para que lo someta al examen de dicha Comisión.

Actualmente, la dificultad verdaderamente grave que tenemos es la de la escasez de personal, pero esperamos que, con la ayuda de la Providencia, también ésta se podrá superar. Vuestra Excelencia Reverendísima, por tanto, puede asegurar al citado señor don Manuel Silvela que, por nuestra parte, se hará cuanto se pueda para secundar sus deseos y los de los demás miembros de la Comisión.

Reciba, Excelencia, mis humildes saludos y dígnese bendecir conmigo a mi numerosa familia. Por nuestra parte, no cesaremos de pedir fervorosamente al Señor que le conserve muchos años para bien de la Iglesia.

Créame, como tengo el honor de profesarme con todo respeto,

De V. Excelencia Ilustrísima y Reverendísima.

Barcelona-Sarriá, 22 de abril de 1886

Humildísimo y segurísimo servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

El Capítulo Superior no se pudo ocupar de este tema hasta el día veinticinco de junio. Presidía don Bosco la sesión. Escuchada la relación de don Miguel Rúa, los Capitulares votaron en principio a favor de la aceptación de la casa, con tal de que quedase a salvo ante todo la independencia de los Salesianos en la dirección y administración de la entidad. Se pasó luego a examinar el proyecto presentado en sus líneas generales. La discusión se centró en el carácter de verdadero Reformatorio que, por parte de la Comisión madrileña, se daría, a toda la obra. Al final, se determinó presentar **[604]** las siguientes condiciones preliminares: 1.ª Quitar a la casa el nombre y aspecto de correccional, para que los muchachos no se sintiesen menospreciados. 2.ª Limitarse por entonces solamente a jóvenes abandonados o en peligro. 3.ª No recibir por el momento jóvenes procedentes de la Comisaría de Policía. 4.ª Que los candidatos no tuviesen más de catorce años ni menos de nueve. 5.ª Que pudieran dedicarse a los estudios los muchachos que los Salesianos considerasen aptos. 6.ª Que se remitiese a Madrid, con algunas modificaciones, el programa redactado antes para Trento.

Don Miguel Rúa, cuando sus muchas ocupaciones se lo permitieron, envió el proyecto de contrato, elaborado por don Celestino Durando sobre el de Trento [1], uniendo a él una carta muy expresiva para el senador Silvela. No nos parece superfluo o embarazoso traer aquí en su integridad esta carta, tanto más que don Bosco la hizo suya, prestando su propia firma.

[1] Ap. Doc. núm. 92.

Excelencia:

Tenga la bondad de perdonarnos, si hemos tardado tanto en enviar el proyecto de convenio entre esa Excelentísima Comisión y el que suscribe. Al regresar de mi largo viaje, me he encontrado apremiado por tantas ocupaciones que no me fue posible hasta hoy cumplir con mi deseo. Adjuntamos el proyecto que V. E., con la mencionado Comisión, tendrá a bien examinar y hacernos las observaciones que le parezcan oportunas. El texto es incompleto; falta, por ejemplo, señalar la fecha en que debería abrirse el Colegio; esto se ha hecho de intento, puesto que, cuando estemos de acuerdo en los puntos esenciales, se podrá fácilmente completar, añadiendo lo que ahora se ha omitido.

Encontrarán en el mismo algo que, acaso, hallará dificultad ante la Comisión, por ejemplo, lo que se establece en el artículo segundo de no admitir a ninguno que *esté pendiente de sentencia de condena.* A este propósito, le daré algunas explicaciones: nuestro deseo sería que los jóvenes que salgan de este nuevo Colegio, destinado a su educación civil y cristiana, no tengan que soportar ninguna marca infamante. Si se dijese que salen de una casa de corrección, de un reformatorio, sería una mancha para toda su vida. Nosotros deseamos que sea abolida toda marca que pueda inducir al público a creer que es un correccional. Para lograr este intento, somos **[605]** del parecer que el centro se denomine Residencia o Instituto y no Reformatorio o Patronato, etc.; deseamos también que, al menos durante cinco años, no sea admitido ninguno que esté sujeto a condena, precisamente para acostumbrar al público a no considerarlo como correccional. Se desea también esto para tener mayor comodidad de proporcionar al nuevo Instituto un buen conjunto de jóvenes bien preparados, que sirvan para encaminar más fácilmente al trabajo y a la virtud a los que entrarán posteriormente. Tras el primer quinquenio, esperamos poder admitir también en corto número cada vez, a muchachos que hayan sufrido condena; pero convendrá que también entonces se haga lo posible para que la cosa no trascienda al público. Así se actúa en diversos colegios de otros países, donde, a la chita callando y sin decir nada en público, la Dirección de Policía recomienda de vez en cuando jóvenes desgraciados, sin que las instituciones o los interesados tengan nada que perder de su buen nombre. Espero que también V. E. y la Comisión sabrán apreciar estas razones.

En cuanto a la pensión diaria a asignar a los muchachos y a la cantidad anual para el personal dirigente, etc., lo hemos dejado en blanco, esperando la propuesta que nos haga la Comisión. Quizás habrá que tener en cuenta la distancia del viaje.

Nos resta aún un detalle que hacer notar y es que, tratándose de un instituto para muchachos, nos parecería más oportuno darle el título de un santo, mejor que el de una santa. Se podría, por ejemplo, ponerlo bajo la protección y el título de San Isidro.

Otra cosa me queda por decir, con gran pesar por mi parte, y es que, dada la escasez de mi personal, aún no me será posible acceder a su deseo y mío hasta dentro de algún tiempo. Habrá que esperar acaso hasta 1888 o 1889, antes de que yo pueda tener personal disponible para esa empresa.

En espera de las consideraciones que V. E. y la Comisión hagan a este proyecto, ruego al Señor juntamente con mis hijos, que colme de sus dones a V. E. y a todos los honorables Miembros de la Comisión y, con toda estima, tengo el gusto de profesarme,

De V. E. Ilma.

Turín, 8 de julio de 1886

Seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Después de esta comunicación, pasaban los meses y no había respuesta. Don Bosco, al presentar sus felicitaciones navideñas al Nuncio Apostólico, debió aludir a este inexplicable silencio, puesto que Monseñor le escribía el día 5 de enero de 1887 [1]: «No sé decirle por qué motivo no **[606]** se haya dado adecuada respuesta a la comunicación con que usted remitió al senador Silvela el proyecto de contrato que se le pidió; creo que, uno de estos días, tendré ocasión de ponerme al habla con algún miembro de la familia del indicado señor, y esté usted seguro de que no dejaré escapar la ocasión de confirmar mi personal benevolencia hacia la Congregación Salesiana». No faltarían aclaraciones orales o escritas, pero es el hecho que aquí se acaban nuestros datos de archivo. Puesto que fueron llamados para dirigir el colegio los Terciarios regulares franciscanos, que mantuvieron íntegramente el estilo de Reformatorio, no es aventurada la hipótesis de que la Comisión se negara a acceder a la exigencia fundamental de don Bosco sobre este punto. Los Salesianos llegaron más tarde a Madrid, con su talante genuino, once años después de la muerte del Santo.

Desde España, se propagó el cólera a las regiones del sur de Francia, por donde se difundió rápidamente, aunque con menor violencia que el año anterior. Una víctima notable del mismo fue monseñor Forcade, arzobispo de Aix, que cayó enfermo en pleno ejercicio ministerial, asistiendo a los apestados. Esta pérdida afectó a los Salesianos, ya que no sólo era un celoso cooperador, sino también un gran bienhechor. En 1881 [2] había ido expresamente a Marsella para dar a los Cooperadores Salesianos aquella conferencia, en la que comparó a don Bosco con Napoleón I, proclamándolo más grande que el Emperador francés por haber llevado sus huestes de combate apostólico hasta Patagonia. Don Bosco tuvo un recuerdo de él en una sesión del Capítulo, el día dieciséis de septiembre, y ordenó que se hiciese una oportuna reseña en el *Boletín* italiano y en el francés.

Cuando supo las primeras noticias de la epidemia, escribió a don Pablo Albera:

Queridísimo Pablo:

Parece ser que tampoco escasean las tribulaciones en nuestras casas de Marsella. Cuando Dios pasa, hace ciertamente justicia; pero siempre deja tras de sí su misericordia y su bendición. Primero fue **[607]** la viruela [3]; ahora nos viene el cólera. Con-

[1] Ap. Doc. núm. 93.
[2] Vol. XV, pág. 53.
[3] La viruela visitó la casa en el mes de julio; hubo en seguida unos treinta casos. Desde allí

fiemos en Dios, que es nuestro padre; implorémosle, pero no nos apartemos del camino recto; *buena conducta y frecuente comunión* y la Sma. Virgen cumplirá su oficio de madre, no tengamos miedo.

Ignoro si podremos hablar en los ejercicios espirituales; pero, mientras tanto, comienza por enviar a don Miguel Rúa una relación de cuanto necesitas y, luego unos con otros, proveeremos a todo. Creo que ya tendrás noticia del problema de La Navarre. Por lo que respecta a nosotros, se ha procedido rápidamente. Ahora tú, da curso a lo de Santa Margarita.

Dime a grandes rasgos si nuestro querido, pero pobrecito don Camilo de Barruel sigue con sus ideas fijas o si da señales de alguna remota mejoría, ya que a sus parientes les parece que, en su estado actual, no está en condiciones de poder atender a las confesiones de los fieles [1].

Ofreceos para acoger a los huérfanos del cólera como el año pasado. Dios nos ayudará.

Mi salud iba empeorando cada día desde hace algún tiempo, pero ahora, mientras te escribo, me parece estar perfectamente. Pienso que ello sea efecto del gran gusto con que te escribo.

Dirás a nuestros amigos y bienhechores que, cada día, hacemos por ellos oraciones en la misa y en las prácticas de piedad que rezamos por la mañana y por la tarde ante el altar de María Auxiliadora. Me darás un gran gusto si me comunicas noticias de los de ahí y me encomiendas a sus oraciones particulares.

Dios os bendiga, a ti y a tu comunidad, a los novicios, a las hermanas, y os conserve a todos en su santa gracia.

Todos te saludan en J. C. Siempre tuyo

Turín, 9 de agosto de 1885

Afectísimo amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P.D. Muchos de Marsella prometieron venir contigo a los ejercicios espirituales. Pienso que ahora es imposible. Haz como mejor puedas en estos casos. Te doy todos los poderes necesarios.

Esta carta fue de gran satisfacción para don Pablo Albera, ya que tenía mucha necesidad de consuelo. Las enfermedades, las deudas, las diversas preocupaciones por las tres casas cercanas de San León, Santa Margarita y la de las Hermanas, si no le hacían perder la paciencia, abatían **[608]** ciertamente el ánimo del pobre Inspector que, el 4 de julio, había escrito a don Juan Bonetti: «Te aseguro que no puedo más. No escribo a don Bosco porque le apenaría demasiado. No me siento con ánimos para continuar hasta septiembre de esta manera.

---

escribieron a don Bosco en demanda de oraciones y de una bendición especial. Pocos días después, le volvieron a escribir diciendo que, tras las plegarias y la bendición de don Bosco, no se había dado ningún otro caso y que los afectados se encaminaban todos a la recuperación (Carta de don José Lazzero a Mons. Cagliero, Turín, 7 de agosto de 1885).

[1] Don Camilo de Barruel no se rehízo ya de aquella especie de enajenación mental.

Pide al Señor que me mande una enfermedad que me saque de esta situación, y si fuese posible... Pero hágase la voluntad de Dios».

Sin embargo, forjado en la escuela de don Bosco, nunca perdió su confianza en la divina Providencia. A su invencible constancia se debió la gradual organización de los talleres que, año tras año, fueron haciendo notables progresos. En casa, los muchachos le querían mucho, incluso lo veneraban como santo; y, fuera, se ganaba las simpatías de cuantos tenían que tratar con él: lo llamaban *le petit Dom Bosco.* También le consolaba el noviciado de Santa Margarita que, en 1885, contaba ya con dieciséis novicios franceses, todos clérigos, menos uno.

Habíase determinado que, en septiembre, fuera don Miguel Rúa a Francia para los ejercicios espirituales de aquellos Hermanos, pero las condiciones sanitarias aconsejaron la suspensión del viaje.

—El cólera se propaga, dijo don Bosco en la sesión capitular del día dieciocho de septiembre. Escríbase, por tanto, a don Pablo Albera que no es prudente este viaje a Francia: las noticias de los periódicos aconsejan no cometer imprudencias. Si, por culpa nuestra, se tuviese el más mínimo inconveniente, se levantaría en aquellas tierras un rumor peligroso. Que ajuste don Pablo Albera lo que sea menester de cara a los ejercicios, según su leal saber y entender. Don Juan Bonetti, que está en Saint-Cyr, puede ir a confesar al menos a una de aquellas casas. Una vez amainado el temporal, irá don Miguel Rúa sin falta a Francia y arreglará todo, incluso lo del personal. Notifíquese este acuerdo a las cuatro casas de Francia y a don Juan Bonetti.

No hubo más remedio que renunciar al viaje de don Miguel Rúa.

En París caminaban poco a poco las cosas, y todo se encauzaba, tras muchas dificultades, hacia su arreglo definitivo. En junio había dado a conocer don Bosco su deseo de que la casa de Ménilmontant se titulase *Oratorio Salesiano de San Pedro y* **[609]** *San Pablo;* por lo que, poco después, se celebró en ella muy solemnemente la fiesta de los dos Apóstoles con la bendición de sus estatuas, costeadas por los Condes de Cessac. La adquisición de un solar colindante importó un desembolso de cuarenta mil francos; pero aquella compra aseguraba al Oratorio una superficie edificable de mil cien metros cuadrados. El Director tuvo que sudar lo suyo para hacerse con la cantidad necesaria.

De él se acordó afectuosamente el Siervo de Dios en noviembre, enviándole por San Carlos, su felicitación. Este paternal recuerdo provocó en don Carlos Bellamy una larga carta, repleta de noticias. Hablaba también al Santo de sus muchachos: «Nuestros queridos jóve-

nes se muestran cada vez más afectuosos con los Salesianos y con su padre el reverendo don Bosco; y dan pruebas evidentes de este cariño en toda ocasión, sobre todo, con su asidua asistencia al Oratorio y con la mayor frecuencia de sacramentos. Celebraron mi día onomástico. Sería difícil describir la espontaneidad de la fiesta, su entusiasmo y su fervor, los hermosos regalos y otras pruebas de afecto. Pero lo que resultó más agradable para mi corazón fue que aprovecharon la ocasión de la fiesta para manifestar su deseo de ver a don Bosco, besar su mano, recibir su bendición y oír sus santos consejos. ¡Cuánto disfrutaba yo, al ver cómo quieren a don Bosco estos buenos muchachos, aunque no le conocen!».

Se habían emprendido de repente nuevas obras en favor de los estudiantes. Anteriormente se juntaban en el oratorio los jueves; pero, los domingos, no encontraban sitio, porque, en dicho día, acudían numerosos hijos de los obreros. Se remedió esta necesidad, destinando un patio aparte para los estudiantes con el personal necesario y con diversiones, fiestas y premios especiales. En el mes de noviembre, frecuentaban el oratorio los domingos unos ciento veinte alumnos de las escuelas públicas, con misa, catequesis, predicación y funciones para ellos, distintas de las de los demás. Don Carlos Bellamy había ingresado en la Congregación siendo ya sacerdote, pero había estudiado a fondo los métodos salesianos, **[610]** e instituyó entre los externos de Ménilmontant las compañías religiosas, como las había visto funcionar en Turín.

Pero la atención de los externos no podía ni debía agotar toda la actividad de los Salesianos y mucho menos en París. En todas partes se esperaba también la actividad salesiana con alumnos internos. Llegaban ya a cuatrocientas las peticiones de alojamiento, comida, aprendizaje de oficios y de formación cristiana y ciudadana. Por todo ello, confiando en María Auxiliadora, don Carlos Bellamy entabló gestiones para recoger cuantos más pudiese. La Providencia, no obstante, lo sometió a una dura tribulación: excepto poquísimos, que eran generosos, todos los demás Cooperadores de París se hacían los sordos a sus llamadas. «Por tanto, rece por nosotros, queridísimo Padre, decía en la carta antes citada; escriba a nuestros Cooperadores; y nosotros iremos de buena gana a tender nuestra mano en favor de la juventud pobre y abandonada y, sin perder la confianza ni el entusiasmo, seguiremos haciendo el bien que la Providencia nos propone realizar».

Naturalmente trató de interesar a los dos grandes amigos, primeros bienhechores y casi fundadores de la obra, el abate Pisani y mon-

señor D'Hulst; pero, el día veinticuatro de noviembre, recibió una respuesta que nos explica la frialdad encontrada hasta entonces. Personalmente, ni el uno ni el otro disponían de medios suficientes para prestar una ayuda que mereciera la pena. Y, en cuanto a hacer ellos propaganda, objetaban: «El único medio para sacar de apuros la obra de Ménilmontant es reparar el error cometido en sus comienzos. Una obra de don Bosco, presentada como tal, habría recogido desde un principio medios relevantes en París. Por el contrario, vuestro venerable Padre se persuadió de que la casa de París andaría por sí sola y ha dedicado a otras obras el prestigio de su nombre y de su intervención personal. De donde resultó que la obra nació inadvertida y, aun ahora, es algo casi universalmente ignorado. Para sacarla del anonimato que la hiere de muerte, es preciso algo más que un llamamiento protagonizado por dos hombres, cuyo crédito está más que agotado en beneficio de otras obras. Se impone una convocatoria de don Bosco en persona».

[611] Así opinaban aquellos dos hombres insignes; por lo demás, la historia, de las obras de don Bosco nos enseña, vez por vez, que éstas no se consolidaban por el mérito y la influencia de los hombres, sino con la próvida ayuda de María Auxiliadora; la obra de París iba a dar de ello una nueva prueba. Informado don Bosco en Turín, por don Carlos Bellamy, de los asuntos económicos que atravesaba su casa, le había dicho con su acostumbrada sencillez y cordialidad:

—Arranque de Dios milagros y ya verá cómo no le faltan los medios.

Don Carlos Bellamy tomó al pie de la letra sus palabras. Antes de que terminase el año, hizo con los muchachos de Ménilmontant una novena a María Auxiliadora por la curación del hijo de una familia rica, el cual había recibido una gravísima herida, y vino la curación de un modo verdaderamente prodigioso [1]. Este hecho providencial fue el principio de muchas bendiciones.

Hemos nombrado hace poco a los condes de Cessac-Montesquiou. Don Bosco había dicho de la Condesa, en carta al director don Carlos Bellamy: «Trátela como a una madre; ella será verdaderamente tal para los pobres hijos de don Bosco en Ménilmontant». La señora lo entendió exactamente así; tal era la estima en que tenía al Siervo de Dios. Dos o tres veces por semana, se presentaba allí para informarse minuciosamente de todo. No hubo rincón de la casa que no recordase después algún rasgo de su esplendidez. Había perdido un hijo de vein-

[1] *Bull. Sal.*, enero 1886.

ticinco años; y, olvidada después del rango que le correspondía en sociedad, por su nacimiento y sus cualidades personales, se despidió del mundo, para vivir retirada y entregada a las obras de beneficencia. Como gratitud para con ella, aquel oratorio, llamado primero de San Pedro, pasó a denominarse de los Santos Pedro y Pablo, por ser Pablo el nombre del hijo difunto [1].

[1] Ibid., noviembre 1886.

[612]

CAPITULO XXII

EN URUGUAY, BRASIL Y ARGENTINA

DON Bosco es el primero de todos los Santos canonizados que se interesó por la meteorología. Aunque en la cumbre de sus pensamientos estaba la salvación de las almas, sin embargo, al enviar a sus misioneros, no tuvo a menos el favorecer los progresos de una ciencia, que estaba todavía en sus comienzos; en efecto, como ya hemos narrado, concertó en 1881 con el gran meteorólogo padre Denza, la manera práctica de extender el estudio de los fenómenos atmosféricos en regiones completamente inexploradas en esta clase de investigaciones [1]. El profesor Cosme Bertacchi que, antes de presentar entonces al Tercer Congreso Geográfico Internacional de Venecia la propuesta de pedir su colaboración, había querido examinar sus disposiciones sobre el asunto, se había imaginado que le respondería que sus misioneros tenían que emplearse en otras cosas muy distintas; pero don Bosco, después de recibirle con una misteriosa sonrisa y oírle paternalmente, le dijo que lo pensaría [2]. En realidad, y ésa era la razón de su sonrisa, él ya había pensado en ello; puesto que, en el mes de julio, había enviado a don Luis Lasagna para entrevistarse con el padre Denza en Moncalieri, con el fin de manifestarle el proyecto de instalar una buena estación meteorológica en el colegio Pío de Villa Colón. Los acuerdos fueron tan fáciles y tan rápidos **[613]** que, el día dieciséis de diciembre siguiente, partían rumbo a Montevideo [3] los aparatos y los operarios que los habían de manejar.

El Observatorio de Villa Colón adquirió en breve extraordinario renombre en América del Sur. Su Boletín mensual, que empezó a publicarse casi en seguida, contenía, además de los datos del Observatorio, artículos que le daban el carácter de una verdadera revista de meteorología. Y aquel observatorio no quedó aislado y solo; sino que don Bosco quiso muy pronto que se instalaran otros en conexión con

---

[1] Véase Vol. XV, págs. 40 y ss. y 532.
[2] *L'Italia* de Milán, 29 de marzo de 1934 (artículo de Bertacchi).
[3] *Bolletino mensuale* del padre Denza, Serie II, Vol. II, núm. 1, págs. 3-4.

la Sociedad Meteorológica Italiana, ante todo los de Buenos Aires y Carmen de Patagones. Este último comenzó a funcionar el día 1.º de enero de 1884 bajo la dirección de don José Fagnano, que escribía el día veinticinco al padre Denza: «Hago tres observaciones al día, una a las nueve de la mañana, la segunda a las tres de la tarde y la tercera a las nueve de la noche. Las observaciones se toman con exactitud escrupulosa y con constancia».

En el Observatorio de Carmen, se distinguió don Alejandro Stefenelli, que salió con la expedición de monseñor Cagliero en enero de 1885. Habíale designado para ello el mismo don Bosco; y, por eso, había dispuesto que se adiestrara seriamente en las observaciones bajo la disciplina del padre Denza. En consecuencia, don Alejandro Stefenelli acudió asiduamente a la escuela del insigne maestro, desde septiembre de 1884 al quince de enero del año siguiente. Cuando llegó a América, instaló el Observatorio de Almagro, al que atendió hasta junio, cuando don José Fagnano lo llevó a Carmen. Allí construyó un edificio, no muy grande por cierto, en una localidad como aquélla, pero lo suficiente para las más esenciales exigencias científicas. Así, aydado por los oficiales de Marina y manteniéndose constantemente en relación con el padre Denza, que le ayudaba de mil modos, pudo organizar un estudio completo sobre la presión atmosférica, termopluviométrica e higrométrica de la región [1].

Más tarde, surgieron otros observatorios **[614]** salesianos en la Boca (B.A.), en San Nicolás de los Arroyos, en Paysandú, en Punta Arenas, hoy capital de la región chilena de Magallanes.

El ejemplo de don Bosco en este campo fue también fecundo; siguiéronle, en efecto, otros Institutos Eclesiásticos de nuestro país y extranjeros, y fue el primero entre todos el padre Ludovico de Casoria a fines de 1882 [2].

Los Observatorios salesianos formaban una red, cuyo centro estaba en Villa Colón. Desde aquí se enviaban las observaciones al padre Denza, que se cuidaba de que fuesen publicadas en el *Boletín Internacional Polar* de Petrogrado y en el de la Sociedad Geográfica Italiana. Obtuvieron un puesto sobresaliente en la Exposición Nacional de Turín de 1884. Las redactaba el clérigo Domingo Albanello, a quien escribió el padre Denza el día 6 de diciembre de 1883: «He recibido

---

[1] Véase el artículo del padre Denza *La meteorología en América del Sur*, en *Corriere di Torino*, 8 de marzo de 1884.

[2] Don Bernardo Paoloni, benedictino. *La meteorología y el clero italiano* en *Vita e Pensiero*, noviembre 1934.

con gran entusiasmo las observaciones regulares que se han hecho en ese Observatorio; están redactadas con gran esmero y suma diligencia y confieso que son verdaderamente preciosas. Estoy seguro de que darán óptimos resultados para la ciencia, la fama y el honor de V. S. y de su Instituto religioso».

Al colegio Pío no sólo le proporcionó fama y honor, sino que le aportó la salvación su Observatorio en 1885. Por una ley de supresión de las Ordenes religiosas aprobada por el Parlamento, también los Salesianos estuvieron a pique de ser expulsados del Uruguay. Ya las Hermanas del Buen Pastor habían experimentado sus efectos; pues ellas y sus chicas habían sido expulsadas del asilo. Pero todo el odio del Gobierno sectario apuntaba a los Salesianos. Nada más barruntar el peligro, don Bosco había hecho escribir a don Luis Lasagna y a don Santiago Costamagna (pues también en Buenos Aires amenazaba el mismo peligro) cómo habían de proceder para parar el golpe y les enviaba a la par útiles documentos [1]. Al primero envió, además del resto, el texto del diploma, con el que el jurado **[615]** de la Exposición de Turín concedía la medalla de plata a don Domingo Albanello, y copia de una carta, que el padre Denza había pedido al ministro Mancini en alabanza del Observatorio. Estos documentos llegaron a conocimiento del público, a través de la prensa, e indujeron a creer que el observatorio era una obra promovida y apoyada por el Gobierno italiano; por consiguiente, los gobernantes del país, temiendo una ruptura con Italia, se batieron en retirada y dejaron en paz a los nuestros. Así, pues, el Observatorio de Villa Colón hizo entonces un señalado servicio a la Congregación [2].

Mientras dirigía los ejercicios espirituales de los Hermanos, don Bosco surcaba con el pensamiento el Océano, imaginándose las nece-

---

[1] Ap. Doc. núm. 94.

[2] En Roma debía verse con simpatía la actividad del Observatorio, a juzgar por el hecho de que los oficiales de la marina militar de Italia, cuando arribaban a Montevideo, visitaban el colegio y aceptaban agasajos, que intercambiaban invitando a don Luis Lasagna a bordo; lo cual, con los aires que a la sazón soplaban por Italia, no hubiera sido imaginable siquiera, de no haber sabido con certeza que aquellos actos de cortesía no desagradaban al Gobierno. Verdad es que, en cierta ocasión, un periodista italiano publicó en Montevideo un artículo contra los oficiales que alternaban con los curas; pero mal se las hubo. En efecto, una tarde, al salir del teatro, fue apaleado con todas las de la ley por cuatro marineros, que, después de la paliza, le dijeron:

—Pase usted el recibo a la oficialidad del *Vittor Pisani.*

Pero hay más. Don Domingo Albanello, director del Observatorio, estuvo un mes en una corbeta italiana para arreglar sus aparatos meteorológicos, que se habían echado a perder en una tempestad; y, como él había sido declarado prófugo, obtuvo, por este servicio, la licencia militar absoluta por mediación del comandante.

sidades de sus hijos más lejanos; y esto lo movía a escribirles individualmente cartas henchidas de afecto paterno y llenas de santas exhortaciones. Dirigió dos desde Valsálice a Uruguay. Una para don Juan Allavena, párroco de Paysandú y director del hospicio y colegio anejos a la parroquia.

Muy querido Allavena:

Con gran placer y a su tiempo he recibido las cartas que me has escrito. Como ahora no puedo tener la satisfacción de tenerte conmigo en los ejercicios espirituales de Valsálice, creo oportuno escribirte al menos una carta, que te recuerde el afecto que éste tu padre te ha tenido siempre y sigue teniéndote.

Cuando nos separamos, antes de tu partida para América, te recomendé encarecidamente la observancia de nuestras **[616]** reglas; las reglas con que te consagraste para siempre al servicio del Señor. Yo confío que las habrás practicado fielmente, para tu provecho y edificación de tus compañeros. Además de la lectura de las reglas te aprovechará que leas frecuentemente las deliberaciones tomadas en nuestros Capítulos Superiores [1], que quiero esperar te hayan sido comunicadas.

Como cura párroco, trata con toda caridad a tus sacerdotes para que te ayuden con celo en el sagrado ministerio y atiende, especialmente, a los niños, a los enfermos y a los ancianos. Y si, en las Misiones o de cualquier otra manera, llegas a descubrir algún jovencito que da esperanzas de vocación al sacerdocio, ten entendido que Dios pone en tus manos un tesoro.

Toda solicitud, todo trabajo, todo gasto para lograr una vocación no es nunca excesivo; hay que considerarlo siempre como un gasto oportuno.

Praebe teipsum exemplum bonorum operum; pero procura que este buen ejemplo resplandezca en la reina de las virtudes, en la castidad. Todo cuidado en las palabras, las miradas, las obras encaminadas al cultivo de esta virtud, nunca será excesivo.

Me limito a recordarte estas cosas; pero tú estás en condiciones de explicarlas donde sea necesario.

Que Dios te bendiga, mi siempre querido Allavena. Te encomiendo cada día en la santa misa y reza tú también por mí, que he envejecido mucho y estoy casi ciego; y hagamos de manera que si no volvemos a vernos en la tierra, nos veamos ciertamente en la eterna bienaventuranza.

Muchos saludos a todos nuestros hermanos, a cuyas oraciones me encomiendo encarecidamente, puesto que todos son *gaudium meum et corona mea.*

Turín, desde el Colegio de Valsálice, 24 de septiembre de 1885

Afmo. en J. C.,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Don Juan Allavena agradecía esta agradable carta a don Bosco el día veinticuatro de noviembre y le felicitaba las Navidades en estos términos: «Nos causó gran alegría, y sorpresa a la par, su preciosa y venerada carta del día veinticuatro de septiembre, escrita de su puño

[1] Quiera decir, seguramente, «Generales».

y letra, y, dicha sea la verdad, nos pareció algo totalmente extraordinario, dadas sus innumerables ocupaciones y el peso de los grandes trabajos que gravitan sobre su delicada salud. La leí en la conferencia a nuestros queridos hermanos; todos hemos apreciado su autógrafo, con los tres relevantes recuerdos que contiene sobre la fidelidad a las reglas y deliberaciones de los Capítulos Superiores, el cultivo exquisito **[617]** de la castidad y el cuidado especialísimo de las vocaciones religiosas, como un verdadero testamento; y, en este sentido, lo he comentado e inculcado a mis buenos compañeros, tanto más cuanto que recibíamos, al mismo tiempo, idénticas recomendaciones de nuestros amadísimos superiores de aquí, don Luis Lasagna y monseñor Cagliero. Debemos, pues, darle las más sinceras gracias y procurar practicar tan santas enseñanzas lo mismo yo que los hermanos puestos bajo mis cuidados».

La segunda carta fue para el inspector don Luis Lasagna. Recuérdese que, por aquellos días, don Bosco se sentía más agobiado que de costumbre; ello ayudará a comprender el tono de testamento, que da a su escrito.

Mi querido Lasagna:

Hace varios meses que deseaba escribirte, mas mi vieja y perezosa mano me ha hecho diferir este gusto. Pero ahora me parece que el sol declina al ocaso; por tanto, deseo dejarte algunos pensamientos escritos, como testamento de quien siempre te ha querido y sigue queriéndote.

Tú has obedecido la voz del Señor y te has consagrado a las misiones católicas. Has acertado. María será tu guía fiel. No te faltarán las dificultades y tampoco la maldad por parte del mundo, pero no te preocupes. María nos protegerá. Nosotros queremos almas y nada más. Procuro que esto llegue a los oídos de nuestros Hermanos. Señor, dadnos cruces, espinas y persecuciones de toda clase, con tal de que podamos salvar almas y con ellas salvar la nuestra.

Se acerca la época de nuestros ejercicios en América. Insiste en la caridad y dulzura de san Francisco de Sales, a quien debemos imitar; en la exacta observancia de nuestras Reglas, en la lectura constante de las deliberaciones capitulares, meditando atentamente los reglamentos especiales de las Casas. Créeme, querido Lasagna, he tenido que tratar con ciertos hermanos, que ignoraban completamente estas nuestras deliberaciones, y con otros, que nunca han leído estas partes de las reglas o disciplina, que conciernen a los deberes a ellos confiados.

Otra plaga nos va amenazando y es la del olvido, o mejor, el descuido de las rúbricas del Breviario y del Misal. Estoy convencido de que una tanda de ejercicios espirituales produciría óptimos efectos, si llevase al Salesiano al rezo exacto de la Misa y del Breviario.

Pero lo que he recomendado encarecidamente a aquellos a quienes he podido escribir en estos días, es el cultivo de las vocaciones, tanto para los Salesianos cuanto para las Hijas de María Auxiliadora.

[618] Discurre, haz proyectos, no repares en gastos, con tal de obtener algún sacerdote para la Iglesia, especialmente para las Misiones.

Cuando tengas ocasión de hablar con nuestras hermanas o con nuestros hermanos, diles de mi parte que he recibido con satisfacción sus cartas, sus saludos, y que me causó gran alegría y resultó un eficaz consuelo para mi corazón el saber que todos han rezado y siguen rezando por mí.

Animémonos todos. María bendice y protege nuestra Congregación; el auxilio del Cielo no faltará; aumentan los operarios, parece que crece el fervor, no abundan los medios materiales, pero son suficientes.

Dios te bendiga, querido Lasagna, y contigo bendiga a todos nuestros hijos e hijas, religiosos y Alumnos, y María asista y proteja a la familia Buxareo y Jackson y a todos nuestros bienhechores; nos guíe a todos con seguridad por el camino del cielo.

Estoy en Valsálice para los ejercicios espirituales; todos gozan de buena salud y te saludan.

Mi salud anda renqueando algún tanto, pero tiro adelante. Que Dios nos conserve a todos en su santa gracia.

Turín, 30 de septiembre de 1885 [1].

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Don Luis Lasagna respondió el día treinta de diciembre, al enviar para algunos meses a Italia a don Luis Calcagno y a don Pedro Rota. Su carta es tan cariñosa que no podemos dejar de reproducir aquí un fragmento, aunque sea un poco largo. Don Luis Lasagna presentaba a don Bosco a sus dos noveles sacerdotes en estos términos: «Aquí tiene usted a dos de sus queridos hijos, que van desde estas lejanas tierras para recibir su paternal bendición y ofrecerle los homenajes más tiernos y afectuosos de todos nosotros. Usted se despidió de ellos, cuando eran jovencitos todavía y vuelven a sus pies ya sacerdotes, después de haber ejercido con grandes frutos su ministerio apostólico. Para las conferencias podrá usted servirse de ellos con toda confianza, pues los dos poseen palabra fácil y clara, espíritu verdaderamente salesiano y fervoroso; especialmente don Pedro Rota, que improvisa con éxito sorprendente. Todos nosotros los **[619]** envidiamos y los acompañamos de corazón y con toda el alma; mientras usted bendice a estos sus dos afortunados hijos, puede bendecir a todos, porque todos estamos postrados ante usted. Postrados, sí, amadísimo Padre, para agradecerle tantos beneficios como nos ha hecho, especialmente al habernos aceptado y mantenido en su querida congregación, beneficio tan grande que no le recompensaremos ni dando la vida por usted».

---

[1] En el ejemplar de don Joaquín Berto (nos falta el original) se lee treinta de *septiembre*, pero, desde el día veintiocho, don Bosco no se encontraba en Valsálice, sino en San Benigno. Es, pues, un *lapsus cálami* del Santo o del copista.

Venía después el acto de sumisión a don Miguel Rúa y a monseñor Cagliero, nombrados sus vicarios por don Bosco, el primero para toda la Congregación y el segundo para América del Sur: «Tenemos también que agradecerle su solicitud, al darnos, en la persona del amadísimo don Miguel Rúa, un segundo Padre en Italia y otro en América, en la persona del veneradísimo monseñor Cagliero. Nosotros sus hijos de la Inspectoría uruguaya y brasileña los aceptamos y reverenciamos como el don más excelente que haya podido hacernos, les obedeceremos en todo y siempre y los querremos tanto que nos proponemos no darles nunca jamás el menor disgusto».

Venía, por último, la parte personal con alusión a la reciente carta: «¿Y qué le diré a usted, mi querido y venerando Padre? A medida que el Señor me da a conocer mejor el inmenso tesoro que me había concedido con su afecto y su guía, ¿tendré que resignarme a perderlo? ¡Y sin embargo usted me lo repite en sus cartas y en sus circulares! Si al menos hubiera aprovechado mejor sus consejos! ¡Si supiera portarme de manera que pudiese corresponder a sus queridas esperanzas! (...) ¡Por favor, ayúdeme con sus oraciones! ¡No me abandone bajo el peso de las grandes responsabilidades que me agobian!».

Don Luis Lasagna habla de monseñor Cagliero como Vicario para América. Don Bosco después de tomar la decisión de constituir a don Miguel Rúa como su Vicario General, había dicho:

—Don Miguel Rúa es mi Vicario en Europa y monseñor Cagliero en América.

Cuando Monseñor supo ésta su intención respecto a él mandó decir a don Bosco que no era el caso de constituirle **[620]** como superior a los Inspectores, gozando ya de innata superioridad; pero la carta del Obispo se cruzó por el camino con circulares enviadas desde Turín a los Inspectores, en las que se anunciaba que monseñor Cagliero estaba constituido por don Bosco como su inmediato superior [1]. Por eso, en el Catálogo del 1886, bajo el título AMERICA se lee: «Pro-Vicario General, para todas las casas de América del Sur, S. E. Rvma. monseñor Juan Cagliero, Obispo de Mágida».

La jurisdicción inspectorial de don Luis Lasagna se extendía, como ya dijimos, al Brasil; por eso, le tocó llevar adelante las negociaciones para abrir una casa en São Paulo. Invitado por el celosísimo obispo monseñor Lino, había vuelto allí el día 19 de junio de 1884 para asistir a la bendición solemne de la nueva iglesia dedicada al

[1] Cartas de don José Lazzero a monseñor Cagliero, Turín, 7 de agosto y 6 de octubre de 1885.

Sagrado Corazón de Jesús y entregada a los Salesianos. Los Cooperadores construían junto a la iglesia un gran edificio con capacidad para cien internos, por lo menos, y sin contar los externos. El buen Prelado hubiera querido extender en seguida la escritura de entrega de la iglesia y del colegio; pero no lo consintió don Luis Lasagna, pues le faltaba todavía la explícita aprobación de don Bosco. Pero, íntimamente convencido de la necesidad de apresurar aquella fundación, escribió una cariñosísima carta al amado Padre, suplicándole encarecidamente que procediera a ello sin demora. El Obispo cobró tanto aprecio a don Luis Lasagna en las dos visitas que solía decir que era él para con don Bosco lo que Francisco Javier había sido para con san Ignacio de Loyola.

La llegada de monseñor Cagliero a Montevideo había sido celebrada por los Salesianos con doble júbilo, por la dignidad episcopal de que estaba investido y por el refuerzo de personal que llevaba a la Inspectoría; era, además, portador de la alegre noticia para la Inspectoría de que don Bosco dejaba a la prudencia del propio Monseñor decidir sobre la fundación de la casa de São Paulo. Después de maduras reflexiones e invocar las luces del Cielo, se estableció **[621]** poner en seguida manos a la obra. La nueva casa debía titularse *Liceo del Sagrado Corazón;* fue propuesto como director don Lorenzo Giordano, vicedirector de Villa Colón. Don Luis Lasagna, que le había conocido en el colegio de Lanzo como un jovencito piadoso e inteligente, lo apreciaba mucho y no quedaron frustradas sus fundadas esperanzas.

Don Lorenzo Giordano zarpó de Montevideo con dos compañeros el día quince de mayo. Después de cinco días de navegación llegó a Niterói; desde allí, pasó, el día primero de junio, a la capital del Estado de São Paulo. Como en otras partes, los principios se presentaron humildes y laboriosos. Pasados los primeros entusiasmos con que los habían recibido, faltó el dinero para proseguir la construcción. Los mismos Salesianos no encontraron preparadas ni las habitaciones para su vivienda, de modo que don Lorenzo Giordano se hospedó en el hospital, repleto de italianos, y los otros dos recibieron caritativa hospitalidad en casa de las Hermanas de Nuestra Señora de la Luz. Pero no se quedaron mano sobre mano; además de atender a la iglesia y al hospital, se dedicaban a visitar colonias de emigrantes italianos, donde encontraban amplio campo para su celo [1].

[1] Carta de don Lorenzo Giordano a don Bosco y a don Miguel Rúa, São Paulo, 14 de agosto y 5 de septiembre de 1885.

María Auxiliadora parecía asistirlos de una manera tangible. En la colonia de San Cayetano, constituída por unas cincuenta familias, había una pobre enferma, que llevaba cuatro días sin comer, beber, ni hablar y era víctima de unas contorsiones nerviosas tan violentas, que les costaba mucho trabajo a cuatro hombres frenar su agitación. El médico no podía comprenderlo. Habiendo rogado repetidas veces a don Lorenzo Giordano que fuese a visitarla y, no pudiendo de momento ausentarse de casa, aconsejó que comenzaran una novena en honor de María Auxiliadora. Por fin, el día veinte de junio fue a la colonia y, al entrar en la habitación de la enferma, la encontró rodeada de unas treinta personas. No respondía a las preguntas que se le hacían más que rechinando los dientes y agitándose. Don Lorenzo Giordano hizo que los presentes se arrodillaran y rezó con ellos tres avemarías y la invocación *María Auxilium Christianorum, ora pro nobis.* **[622]** Después la bendijo e invitó a todos a salir por ver si era posible disponerla para recibir la absolución, puesto que, antes de encontrarse en aquel estado, había expresado el deseo de confesarse. Pues bien, de pronto, mientras volvía él a recomendarla a María Auxiliadora, la oyó exclamar:

—¡Me siento mejor!

La confesó, volvieron a entrar los parientes y amigos y ella se mostraba tranquila y con ganas de hablar. Se apoderó de todos una honda emoción y don Lorenzo aprovechó la ocasión para decir dos palabras sobre la intercesión de María Santísima. Despertóse en los corazones la fe adormecida y vacilante, y la gracia material vino a ser fuente de copiosas gracias espirituales.

Mientras tanto, don Lorenzo Giordano y los suyos estaban impacientes por dedicarse a la obra, que constituía el objeto principal de su llegada; por lo cual, suplicaban al Inspector que volviese a São Paulo y, con su fogosa palabra, despertara la buena voluntad de los adinerados. Don Luis Lasagna quiso contentarlos. Volvió, pues, a ver a los antiguos conocidos; tanto hizo y tanto dijo que no mucho tiempo después se volvieron a acometer y activar las obras de construcción.

Don Bosco, durante los ejercicios de los hermanos en San Benigno, pensó también en el nuevo director, don Lorenzo Giordano, a quien escribió esta hermosa carta.

Muy querido Giordano:

Con mucha alegría y junto a tus compañeros he recibido tus cartas y se las he leído en estos ejercicios espirituales. Nos serán muy gratas estas cartas siempre que las envíes.

Ciertamente encontrarás muchas dificultades, especialmente al principio de una misión tan extensa como la de São Paulo, ¿no es verdad?

Tienes, pues, que industriarte para buscar compañeros y formar vocaciones. Me aseguran que éstas son muy raras; por lo cual, si logras descubrir alguna, tendrás que hacer cualquier trabajo y cualquier gasto de dinero, que nos sea posible para salir bien en el intento.

Aquí tenemos muchas y, sin embargo, si pudieses enviarme un centenar más de ellas nos darías un alegrón, y nosotros procuraríamos instruir a esos jóvenes y devolvértelos, pero a condición de que puedan ayudarte en las misiones hasta el *Mato Grosso.*

En los próximos ejercicios o cuando tengas ocasión para poder hablar a nuestros Hermanos, diles que estoy informado de que la mies es mucha y **[623]** escaso el número de los operarios, pero que nosotros rezaremos y la ayuda de Dios no nos faltará para proporcionar cuantos sean necesarios.

Estoy aquí en San Benigno con ciento sesenta novicios que hacen los ejercicios para emitir sus votos. Los predican don Juan Bautista Francesia y don Juan Bautista Lemoyne, que han hablado de ti y de tus compañeros varias veces.

Otros tantos hubo en la tanda anterior, que era para los que empezarán su año regular de noviciado la próxima semana.

Adiós, mi querido Giordano, cuida tu salud. Que Dios os bendiga a ti y a esos hermanos nuestros, que trabajan contigo y ganan muchas almas para el cielo. Saluda a todos de mi parte y diles que pido cada día en la santa misa a Jesús y a María que nos ayuden a ganar muchas almas y ser felices en el tiempo y en la eterna bienaventuranza. Amén.

Todos nuestros Hermanos te saludan y rezan por ti. Vosotros rezad también incesantemente por vuestro,

San Benigno, 30 de septiembre de 1885

Afmo. amigo en J. C.,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Don Lorenzo Giordano, fuera de sí por la alegría, contestó el día veintidós de diciembre: «¡Una carta de don Bosco!... ¡¡¡Escrita de su puño y letra!!! Me parecía soñar... Al leerla, me parecía estar delante de usted, ¡oír aquellas palabras realmente de sus labios! Gracias infinitas por este regalo, que guardaré como preciosa reliquia. La leí en conferencia, y usted, que sabe cuánto le quieren y veneran sus hijos de América, puede fácilmente imaginar los efectos que ha producido en mí y en todos. Sí, procuraremos practicar sus santos consejos, buscar vocaciones y cuidarlas, esforzarnos por amar y hacer amar cada vez más a Jesús y (añadimos) amar y hacer amar al que es su representante y su querida imagen, don Bosco».

El Director dice que había leído la carta de don Bosco en conferencia; efectivamente tenía consigo tres hermanos, pues a los dos primeros habíaseles añadido el padre Cavatorta. Los otros dos eran el clérigo Cogliolo y el coadjutor Bologna.

Pedro Cogliolo murió en 1932 encargado de asuntos en la Internunciatura Apostólica de Costa Rica. Era entonces un joven de excelentes **[624]** esperanzas y, el día cuatro de diciembre, escribía a don Bosco una carta, en la que daba las noticias siguientes: «Como ya sabrá V. P. se firmó el contrato, por el que los Salesianos son propietarios absolutos de esta casa e iglesia; por una gracia especial del Señor, desaparecieron las dificultades y se admitieron las condiciones propuestas por nosotros. Ahora somos dueños del campo, pero estamos faltos de todo: esto nos alienta porque sabemos cómo comenzó ese Oratorio y cómo sigue adelante toda la obra de don Bosco.

»La catequesis del domingo prospera mucho; los muchachos acuden de muy buena gana, tanto más cuanto que se instalaron *el tiovivo, el columpio* y otros juegos. La iglesia es muy frecuentada, los italianos de la ciudad y de las colonias próximas vienen muy a menudo a cumplir aquí con sus devociones. En São Paulo, como en todo Brasil, hay mucho mal, producto de la grandísima ignorancia de la religión, pero el carácter de los brasileños es muy amable y, en general, se ve mucha fe en esta pobre gente (...). Haría falta que los Salesianos se lanzaran al asalto de Brasil; sin duda, V. P. lo haría en seguida, si los Salesianos fuesen muchos más de los que son ahora».

La actividad de los Salesianos sacudió y llevó a la exaltación el encono de los protestantes, que los rodeaban por todas partes. Alarmados especialmente por el oratorio festivo, se dieron a maniobrar ocultamente, esparciendo la ridícula voz de que se atraía allí a los muchachos para enrolarlos en la marina. Pero los Salesianos dejaron que corriera la bola; más aún, aprovecharon esta hostilidad para dar un impulso más vigoroso a su actividad en favor de la juventud [1].

Mientras los hijos de don Bosco se iban consolidando en Brasil, monseñor Cagliero desplegaba todo su ardor en el extremo opuesto del continente sudamericano, para cumplir el mandato que le había confiado la Santa Sede. A lo largo de las orillas del Río Colorado y del Río Negro, estaban formándose colonias mixtas de europeos y argentinos, que no importaban **[625]** de la vieja Europa más que la indiferencia religiosa, el orgullo y la inmoralidad. Los indios, que bajaban siguiendo el curso de los dos grandes ríos, acababan por caer muchas veces en malas manos. Nada más llegar a Patagonia, monseñor Cagliero oyó contar y vio con sus propios ojos cosas dignas de bárbaros contra aquellas pobres criaturas, consideradas como pertenecientes a otra humanidad. Para obtener que se les concediera un mínimo de

[1] Carta de don Lorenzo Giordano a don Bosco, São Paulo, 22 de diciembre de 1885.

libertad suficiente para instruirlos y bautizarlos, tuvo que sostener inicialmente luchas encarnizadas.

Aquellas incipientes poblaciones, compuestas de indios convertidos y de cristianos pervertidos, al oír la noticia de su llegada, ansiaban ver al enviado del Papa y conocer a un Obispo; pero no iban más allá de la simple curiosidad. Monseñor se dio cuenta muy pronto de que sus esperanzas tenían que fundarse sobre las nuevas generaciones; por lo cual, encaminaba sus esfuerzos a granjearse el afecto de los muchachos y las muchachas. Los Salesianos y las Hermanas ya habían obtenido algo con sus dos colegios en Patagones y en Viedma; en ellos, encontraba una encantadora confianza y sencillez. Los numerosos alumnos de las mismas unos eran internos y otros externos. El oratorio festivo completaba la obra.

Pero era necesario que el Vicario Apostólico pensara, al propio tiempo, en las misiones propiamente dichas. Envió para ello al intrépido don Domingo Milanesio, en compañía de un coadjutor, a hacer una excursión para preparar el terreno de su próxima visita; don José Fagnano, por su parte, había despertado gran expectación entre los indios Linares. Antes de lanzarse a la empresa envió una relación oficial a Propaganda sobre el estado de su escabrosa misión, y también a la Propagación de la Fe.

Monseñor Cagliero daba estas y otras noticias a don Miguel Rúa en una carta del día treinta de julio, en la que decía de los Salesianos de allí: «Puede gloriarse don Bosco de tener en América un gran número de hijos, que lo representan, hasta ahora, magníficamente, **[626]** que le aman y le hacen amar». Esta carta le mereció otra bellísima de don Bosco.

Mi querido Cagliero:

Tu carta me ha dado un gran alegrón y, aunque mi vista se ha debilitado mucho, he querido leerla yo mismo de punta a cabo, a pesar de esa caligrafía, que dices haber aprendido de mí, pero que ha degenerado de su forma primitiva. A las cuestiones de administración, ya contestarán otros por mí. Por mi parte, te diré lo que sigue.

Cuando escribas a la Propagación de la Fe y a la Obra de la Santa Infancia, procura que entre en el cálculo todo lo que en diversos tiempos han hecho los Salesianos. Creo que tienes los módulos que te han de servir para exponer nuestras cosas a estos Presidentes, que también reciben de buen grado los escritos en italiano, cuando hubiese dificultades en la lengua francesa. Si no basta una carta, escribe también varias en torno a las excursiones de don José Fagnano, don Domingo Milanesio, don José María Beauvoir, etc. Nótese particularmente (el número de) bautizados, confirmados, instruidos, albergados en internados en el pasado o en el presente. No olvidar que, en la exposición para la Propaganda, se diga todo, pero de modo general. Para la Propaganda de la Fe, viajes, comercio y descubrimientos; para la Santa Infancia se

diga detalladamente lo que se refiere a los niños, a las niñas, a las Hermanas y a los Salesianos.

Si por acaso os faltan módulos para extender estas relaciones, dímelo y te los enviaremos. Hay mucha tendencia a acudir en nuestra ayuda, per conviene que yo sepa lo que escribís, por lo menos en términos generales; repito, lo que escribís desde ahí, porque puede ser que me pregunten acerca de ello en cualquier momento.

En cuanto a los Obispos Auxiliares, necesito tener alguna petición positiva [1] y, en este momento, espero lograr algo. La gestión de *una Púrpura* para el Arzobispo era algo muy bien encaminado por el cardenal Nina; pero ahora, por desgracia, ha pasado a la eternidad. He buscado ya otro camino, y a su tiempo te diré algo.

Preparo una carta para don Santiago Costamagna y para tu norma, yo tocaré en particular el espíritu salesiano, que queremos introducir en nuestras casas de América.

Caridad, paciencia, dulzura, nunca reproches humillantes, nunca castigos, hacer bien a todos los que se pueda y mal a ninguno. Esto valga para con los Salesianos entre sí, con los alumnos y con los demás de casa o de fuera. Para las relaciones con nuestras Hermanas, ten mucha paciencia, pero rigor en la observancia de sus reglas.

En cuanto a nuestros apuros económicos en general, haremos toda suerte de sacrificios para acudir en vuestra ayuda; pero recomienda a todos que eviten la construcción o **[627]** la compra de inmuebles, que no sean estrictamente necesarios *para nuestro uso.* No comprar nunca nada para revender: campos, terrenos o casas para lucrarse con ellos.

Procurad que nos ayudemos en este sentido. Haced cuanto podáis para tener vocaciones, lo mismo para las Hermanas que para los Salesianos; pero no os comprometáis, asumiendo demasiados trabajos. Quien mucho abarca poco aprieta y lo estropea todo.

Cuando tengas ocasión de hablar con el Arzobispo, con monseñor Espinosa o con otros personajes similares, diles que estoy totalmente a su servicio, especialmente con respecto a cosas de Roma.

Di a mi sobrina Rosina [2] que cuide mucho de su salud, que se libre de ir sola al Paraíso. Que vaya, sí; pero acompañada de muchas almas salvadas por ella. Que Dios bendiga a todos nuestros hijos Salesianos y a nuestras hermanas Hijas de María Auxiliadora.

Que conceda a todos salud, santidad y perseverancia en el camino del cielo. Mañana y tarde rezaremos por todos vosotros ante el altar de María y reza tú también por este pobre semiciego, que siempre será para ti en J. C.

Turín, [3] *5 de agosto de 1885*

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P.D. Una multitud de amigos pide que te diga sus nombres y te ofrece sus saludos.

---

[1] Se trataba de hacer que fuesen creados como Obispos Auxiliares para las necesidades de la vastísima archidiócesis algunos buenos sacerdotes, amigos de los Salesianos.

[2] Era de las Hijas de María Auxiliadora.

[3] En realidad don Bosco no estaba entonces en Mathi, sino en Turín. Pero la clave debe estar en una cartita del día cinco de agosto a don Joaquín Berto, a quien decía: «Haz con esta carta (*esto es,* aquí incluida) lo mismo que con las otras, y entrégala a don Miguel Rúa». Quizás no quería dar a conocer que estaba fuera, para no dar motivo a preocupaciones por su salud.

La carta para don Santiago Costamagna, mencionada más arriba, es un documento de valor capital. Cualquiera que fuese el motivo, en las casas de la Inspectoría Argentina, sobre todo en el Colegio San Carlos de Almagro, prevalecían tendencias a un rigor disciplinar en desacuerdo con las buenas tradiciones salesianas y, por esto, fue desaprobado por don José Vespignani y otros. Don Miguel Rúa ya había escrito el día treinta de junio a monseñor Cagliero: «Hemos oído hace tiempo que no todos los colegios y casas salesianas de ahí son dirigidos con la dulzura y el sistema preventivo, sino que, en algunos sitios, se emplea más el sistema represivo». Cuando don Bosco se enteró de que las cosas iban realmente de este modo, se decidió a intervenir directamente ante el Inspector.

[628] *Mi siempre querido Costamagna:*

Se acerca la época de nuestros ejercicios espirituales y, al verme en la vejez, querría poder tener conmigo a todos mis hijos y a nuestras hermanas de América. Pero, como esto no es posible, he pensado escribirte una carta, que pueda serviros de norma a ti y a otros hermanos nuestros para llegar a ser verdaderos Salesianos en vuestros ejercicios, que tampoco están muy lejos de los nuestros.

Ante todo, debemos bendecir y agradecer al Señor que, con su paciencia y poder, nos ha ayudado a superar muchas y graves dificultades, que nosotros solos éramos realmente incapaces de resolver. *Te Deum, Ave María,* etc.

Después querría dirigir yo mismo a todos un sermón o mejor una conferencia sobre el espíritu salesiano, que debe animar y guiar nuestras acciones y todas nuestras palabras. El sistema preventivo debe ser realmente el nuestro. Nunca castigos penosos, ni palabras humillantes, ni severas reprimendas en presencia de otros. Antes al contrario, óiganse en las clases palabras de dulzura, caridad y paciencia. Nunca palabras mordaces, nunca un bofetón, ni fuerte ni ligero. Empléense los castigos negativos y siempre de manera que, los que reciben un aviso, sean más amigos nuestros que antes y no se separen de nosotros desanimados. No se murmure contra las disposiciones de los superiores; tolérese, por el contrario, lo que no es de nuestro gusto, que es trabajoso o desagradable. Todo Salesiano hágase amigo de todos, no busque nunca la venganza; sea fácil en perdonar y, después, no eche en cara las faltas ya perdonadas.

No se critiquen nunca las órdenes de los Superiores y procure cada uno dar y promover el buen ejemplo. Incúlquese y recomiéndese constantemente a todos la promoción de las vocaciones religiosas para las Hermanas y para los Salesianos.

La dulzura al hablar, al actuar, al avisar lo consigue todo y gana a todos. Este sería el derrotero a seguir por ti y por los demás que tomarán parte en la predicación de los próximos ejercicios.

Dar a todos mucha libertad y mucha confianza. Quien quisiese escribir a su Superior o recibiese una carta de éste, no la lea nadie en absoluto, a no ser que el que la recibe lo deseare. En los puntos más difíciles aconsejo encarecidamente a los inspectores y directores que den conferencias sobre el particular. Es más, recomiendo que don José Vespignani esté muy bien informado de todo esto y lo explique a sus novicios o candidatos con la debida prudencia.

Hasta donde me sea posible deseo dejar la Congregación sin problemas embarazosos. Por lo cual pienso nombrar un Vicario general mío, que sea un *alter ego* para Europa y otro para américa. Mas, por lo que respecta a esto, recibirás a su tiempo instrucciones oportunas.

Conviene que algunas veces, a lo largo del año, reúnas a los Directores de tu Inspectoría para sugerir las normas prácticas más arriba **[629]** indicadas. Leer e inculcar la lectura y el conocimiento de nuestras reglas, especialmente el capítulo que trata de las prácticas de piedad, la introducción que hice a nuestras mismas reglas y las deliberaciones tomadas en nuestros Capítulos Generales y particulares.

Ya ves que mis palabras requerirían mucha explicación, pero ciertamente tú estás en condiciones de comprender y, donde sea necesario, insistir en tus comunicaciones a nuestros hermanos. Tan pronto como puedas, preséntate al señor Arzobispo, a monseñor Espinosa, a sus Vicarios Generales, al señor Carranza, al doctor Ferrero y a otros amigos y ofrece a todos y cada uno de ellos, mis humildes y afectuosos saludos, como si hablara a uno sólo. Que Dios te bendiga, mi querido Costamagna, y contigo bendiga y conserve en buena salud a todos nuestros hermanos y hermanas y María Auxiliadora os guíe a todos por el camino del Cielo. Amén.

Rezad todos por mí.

Turín, 10 de agosto de 1885

Vuestro afmo. amigo en J. C.,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Es preciso haber conocido de cerca el afecto y la docilidad de nuestros antepasados a don Bosco para comprender plenamente la importancia que don Santiago Costamagna dio a estas paternales amonestaciones. He aquí en qué términos se las agradecía al amado Padre el día once de noviembre: «Le quedo muy agradecido por la preciosísima carta de cuatro páginas que V. P. se dignó escribirme de su puño y letra, pese a su delicada salud. ¡Qué satisfecho me ha dejado! Le prometo, en nombre de mis hermanos, que será el tema de muchas conferencias y que la consideraremos siempre como una prenda de amor, que quiso enviarnos nuestro querido Padre en su vejez».

Y no fueron sólo palabras. Don José Vespignani decía que fueron muchos los que copiaron la carta; que algunos quisieron agradecer personalmente a don Bosco tan saludables advertencias, prometiéndole practicar escrupulosamente el sistema preventivo; que varios, sintiéndose con más defectos o encontrando mayor dificultad para ser caritativos y pacientes, se obligaron a ello con voto, considerado por ellos como un cuarto voto salesiano y renovado cada mes al hacer el ejercicio de la buena muerte. El mismo don José Vespignani solía repetir que a esta carta de don Bosco **[630]** se atribuía la prosperidad espiritual y material de la Inspectoría Argentina. Estuvo, pues, muy inspirado don Santiago Costamagna al dar la máxima publicidad al

texto de la carta y a cada una de las partes de su contenido, multiplicando sus copias y haciendo de ella tema de conferencias, circulares y sermones a los Hermanos.

Bueno será añadir aquí a las dos cartas anteriores una tercera dirigida por aquellos mismos días al Director del colegio de San Nicolás de los Arroyos, porque, además de llevar aproximadamente la misma fecha, revela también las mismas preocupaciones.

Mi querido Tomatis:

Raras veces recibo carta tuya, por lo que pienso que tienes mucho que hacer, y así lo creo; pero me parece que no debes descuidar en medio de tus ocupaciones dar noticias tuyas a tu querido don Bosco. ¿Preguntas qué vas a escribir? Pues mira. Escribe sobre tu salud y la de nuestros hermanos; si se observan fielmente las reglas de la Congregación; si se hace y cómo se hace el ejercicio de la buena muerte. Di el número de alumnos y las esperanzas que te ofrecen de éxito. ¿Haces algo para cultivar las vocaciones, esperas sacar alguna? ¿Sigue siendo monseñor Ceccarelli verdadero amigo de los Salesianos? Recibiré con placer estas respuestas.

Como mi vida camina a paso acelerado hacia su término, quiero escribirte en esta carta las cosas que te recomendaría en los últimos días de mi destierro. Mi testamento para ti.

—Querido Tomatis, ten grabado en la mente que te has hecho salesiano para salvarte; predica y recomienda a todos nuestros hermanos la misma verdad.

Recuerda que no basta saber las cosas, sino que hay que practicarlas. Dios nos ayude a fin de que no sean para nosotros las palabras del Salvador: *Dicunt enim et non faciunt.* Procura mirar tus asuntos con tus ojos. Cuando uno comete faltas o tiene descuidos, avísale en seguida y no aguardes a que se multipliquen los males.

Con tu ejemplar manera de vivir, con la caridad en el hablar, en mandar, en soportar los defectos ajenos, se ganarán muchos para la Congregación. Recomienda constantemente la frecuencia de los Sacramentos de la confesión y comunión.

Las virtudes, que te harán feliz en el tiempo y en la eternidad, son la humildad y la caridad.

Sé siempre el amigo, el padre de nuestros hermanos; ayúdales todo lo que puedas en las cosas espirituales y materiales; pero que sepas servirte de ellos en todo lo que puede contribuir a la mayor gloria de Dios.

[631] Cada uno de los pensamientos que expreso en esta carta necesita alguna explicación; tú puedes hacerla para ti y para los otros.

Dios te bendiga, mi siempre querido Tomatis; un cordialísimo saludo para todos nuestros hermanos, amigos y bienhechores. Diles que, cada mañana, en la santa misa rezo por ellos y que me encomiendo humildemente a las oraciones de todos.

Haga Dios que después podamos un día alabar el santo nombre de Jesús y de María en la eterna bienaventuranza. Amén.

Dentro de poco te escribiré o haré que te escriban otras cosas de alguna importancia.

María nos tenga a todos firmes y nos guíe por el camino del cielo. Amén.

Mathi, 14 de agosto de 1885

Vuestro afmo. amigo en J. C.,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Seguramente no ha pasado inadvertido a los lectores con cuánta insistencia recomienda don Bosco el cuidado de las vocaciones. El día cinco de noviembre le hacía observar don Domingo Tomatis sobre este particular: «Desgraciadamente se buscan las vocaciones con poquísimo éxito. Es raro que un padre permita que su hijo se haga sacerdote; ésta es la razón por la que, a pesar de los muy florecientes colegios de los Jesuitas, Franciscanos, Paúles y otros, los sacerdotes, que trabajan por estas tierras son casi todos extranjeros; algunos de los de aquí que eran buenos fueron enviados a Roma a estudiar y han vuelto sacerdotes. Cada año ingresan en el Seminario veinte muchachos y se salen dieciocho o diecinueve; si llega alguno a ordenarse es español o italiano. Por este lado, estamos peor que en tierra de infieles. Hay que exceptuar algunas provincias, como Córdoba, donde las vocaciones son algo más abundantes. De San Nicolás ya han salido hasta la fecha cuatro o cinco Salesianos y están en Buenos Aires como novicios o profesos trienales. Pero al presente abrigamos muchas esperanzas».

Estas esperanzas se realizarán. También Patagonia dará en este campo óptimos frutos contra las previsiones pesimistas de otros religiosos, que trabajaban desde hacía muchos años en la República. Como habían fracasado siempre sus experiencias en Buenos Aires, meneaban la cabeza cuando oían que los nuestros preparaban aspirantes; pero también aquí el espíritu de don Bosco **[632]** superó todas las dificultades. Ya desde entonces, el venerando don Mario Migone era una buena primicia. En 1885 fue a Italia con algunos de sus ricos parientes, asistió a la fiesta de don Bosco, después de la cual volvió a Buenos Aires, y don José Lazzero escribía de él [1]: «También América estaba representada por el clérigo Migone, el cual, en los pocos días que estuvo con nosotros, edificó a todos los que tuvieron la suerte de verle y tratarle. Si hay en América vocaciones como ésta ya no es el caso de que las hagamos salir de Europa».

El buen clérigo Juan Beraldi, hoy celoso sacerdote en la casa de Bahía Blanca, había escrito a don Bosco desde Almagro, quejándosele, digámoslo así, porque no le escribía. Ciertas angustias de espíritu, unidas a las dificultades inseparables de todos los comienzos, hacían que sintiera la necesidad de recibir una palabra de consejo y de aliento del anciano padre de su alma. El Santo le contestó con una de esas cartas que son bálsamo para el corazón durante toda la vida.

---

[1] Carta a monseñor Cagliero, Borgo San Martino, 3 de julio de 1885.

Mi querido Beraldi:

He recibido tu gratísima cartita de agosto. No pierdas la calma si no te escribo; ya estoy incapacitado para ello por mis achaques. Estoy medio ciego. Y casi no puedo caminar, escribir, ni hablar. ¿Qué quieres? Soy viejo, y hágase la santa voluntad de Dios. Pero rezo cada día por ti, y por todos mis hijos, y quiero que todos sirvan con gusto al Señor con santa alegría, aun en medio de las dificultades y molestias diabólicas; éstas se ahuyentan con la señal de la Santa Cruz, con el *Jesús, María, misericordia;* con el *Viva Jesús* y, sobre todo, con el desprecio, con el *vigilate et orate* y con la fuga del ocio y de toda ocasión próxima. Y en cuanto a los escrúpulos, sólo la obediencia a tu Director, a tus Superiores, puede hacerlos desaparecer; no olvides por eso que *vir obediens loquetur victoriam.*

Apruebo que promuevas la devoción al Santísimo Sacramento. Haz también por ser y hacer que tus alumnos sean verdaderos hijos devotos de María Santísima y amantes de Jesús Sacramentado y, con el tiempo y la paciencia, *Deo iuvante,* haréis maravillas.

Animo, pues. Hazlo todo y sopórtalo todo para agradar a Dios, para cumplir su santa voluntad, y te prepararás un tesoro de méritos para **[633]** la eterna bienaventuranza. No te faltará el apoyo de mis oraciones. Dios te bendiga, bendiga a todos tus alumnos y María Santísima Auxiliadora os proteja a todos y os guíe por el camino del cielo.

Reza también por tu viejo amigo y padre,

Turín, 5 de octubre de 1885

Afmo. en J. y M.,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Volvamos ahora a monseñor Cagliero. Hacía escasamente un mes que había desembarcado a orillas del Río Negro, cuando tuvo la satisfacción de administrar solemnemente el bautismo a dos muchachos indios de dieciséis a dieciocho años. Uno pertenecía a la tribu de Namuncurá y otro a la de Payue. Habían sido arrancados por la fuerza de las armas de los soldados argentinos a sus familias y tribus, cruelmente dispersadas, y habían sido colocados, como tantos otros pobres jóvenes de ambos sexos, en casas privadas, donde atendían al servicio doméstico. Monseñor, que desde los primeros días de su llegada había establecido contacto con las poblaciones, los conoció, se informó de su condición moral y supo que muchos otros indios vivían lo mismo que ellos y estaban sin bautizar. Obtuvo de sus respectivos amos que los dos pudieran ser instruidos en las verdades de la fe. Ignoraban el español; pero los preparó don Domingo Milanesio, que había aprendido su lenguaje indio en las misiones realizadas a lo largo del curso del Río Negro.

Facilitó mucho su cometido la óptima voluntad de los dos muchachos. Con toda la solemnidad del ritual, recibieron el sacramento del bautismo el día de san Cayetano. Eran las dos primeras flores cultiva-

das por el Vicario Apostólico en el ilimitado campo de su misión, y pensó hacer con ellos un regalo a dos grandes amigos de don Bosco, imponiendo a los neófitos el nombre del cardenal Cayetano Alimonda y de Luis Colle. El domingo siguiente les administró la confirmación y la primera comunión; después fueron retratados a un lado y otro de Monseñor, y se enviaron copias de la fotografía a don Bosco, a Su Eminencia y al Conde [1]. **[634]** Por ésta y otras atenciones, el Cardenal dictó y envió a Monseñor una carta con el sello de aquella cordial elocuencia totalmente suya [2].

La impresión producida por aquella ceremonia animó a muchísimos a pedir el mismo favor; entre otros, se presentó el hijo de veinte años de un cacique, un mozo alto y membrudo, al que se añadieron seis indias, ya grandecitas. El día señalado, que fue el dieciséis de agosto, festividad del santo del Papa, recibieron todos juntos el bautismo. Al hijo del cacique púsole el Vicario Apostólico el nombre de Joaquín como homenaje al Pontífice y a las hijas del desierto los de Margarita Bosco, Teresa Cagliero, Manuela y María Fassati, Gabriela Corsi y Carolina Callori. La ceremonia se celebró en Viedma con toda la solemnidad posible; a lo largo de la jornada se repitieron ritos sagrados, cantos y piezas de música en honor de León XIII. Fue la primera fiesta del Papa, que se celebró en aquellas remotísimas tierras. El Vicario envió una relación de todo ello al Padre Santo [3].

Los bautizos administrados a semejantes grupos de indios, con la imposición de nombres y apellidos de personas beneméritas de don Bosco y de los Salesianos, se repitieron a continuación con breves intervalos, puesto que, después de predisponer de esta manera los ánimos, Monseñor encargó a algunos que diesen vueltas por el campo y por los centros de población, rogando en su nombre a los amos que le enviaran los indios dependientes de ellos para instruirlos y acristianarlos.

Don Bosco había recomendado a los misioneros de Patagonia que atendieran sobre todo a la juventud; las condiciones locales confirmaron la oportunidad de esta recomendación. Precisamente por esto el activísimo don José Fagnano, secundado por los hermanos y eficazmente ayudado por las Hijas de María Auxiliadora, había llevado unos a Carmen y otros a Viedma, a más de cuatrocientos entre mu-

[1] Don José Lazzero escribía a don Antonio Riccardi (Turín, 29 de septiembre de 1885): «La otra (foto) en la que vi entre ellos (los dos bautizados) a monseñor Cagliero la hice rehacer por Rollini, que ha realizado un excelente trabajo». Véase más atrás, pág. 475.

[2] Ap. Doc. núm. 77.

[3] Ap. Doc. núm. 95.

chachos y muchachas de diversa procedencia y de vario color, los cuales acudían allí a las escuelas y a los oratorios festivos. Monseñor encontró, a su llegada a estas dos localidades, **[635]** las cosas tan bien encaminadas que, después de visitar aquellas comunidades juveniles en la orilla derecha e izquierda del río, exclamó:

—¡Aquí tenemos nuestro Oratorio de Turín en pequeño!

Siguiendo el ejemplo de don Bosco, Monseñor esperaba que, por los hijos, vendría la salvación de los padres. Desgraciadamente los hombres, sin excluir a los italianos, habían perdido hasta la idea de las prácticas religiosas. Estaban, como solía decirse por allí [1], «llenos de cumplimientos, pero vacíos de sacramentos». El ansia de lucro y el abandono en que habían vivido, durante tanto tiempo, de todo lo espiritual, habían producido sus desastrosas consecuencias.

Ya en cierta ocasión, había dicho don Bosco:

—Si yo tuviese dos mil sacerdotes para enviarlos a Patagonia y a las Pampas, sabría en qué emplearlos.

Hubo entonces quien sonrió al oírle decir esto, como si hubiese exagerado; pero los Salesianos, cuanto más exploraban aquellas tierras, más se convencían de que las palabras de don Bosco encerraban un gran fondo de verdad. Al recorrer a caballo tan inmensas extensiones, encontraban colonias alejadísimas unas de otras y lejos de todo consorcio propiamente civil, que no eran visitadas nunca por el sacerdote y casi reducidas, en cuanto a religión, al estado salvaje; además de esto, el país iba camino de poblarse cada día más. Quedaban por añadidura numerosas tribus de indios, que se agolpaban a los pies de la Cordillera y a los que nadie buscaba más que para esclavizarlos. A la vista de tantas miserias espirituales, don Angel Piccono, enviado en agosto a Viedma para substituir al párroco don Tadeo Remotti, enfermo, escribía el veinticinco de aquel mes a don José Lazzero: «Envíen sacerdotes, envíen clérigos, envíen seglares, envíen incluso familias enteras, con tal que sean buenas, porque aquí hay infinita necesidad no sólo de catecismo y sermones, sino también de buenos ejemplos; esta tierra tiene pan y companage para todos, con tal que se la quiera explorar y trabajar».

¡Pobres indios, cuya existencia incluso se hubiera querido **[636]** negar ante el mundo civilizado! Pero los hechos podían más que las reticencias burocráticas. La *Nación* de Buenos Aires publicaba, en el número del día primero de noviembre, la relación de una discusión habida en el Parlamento Argentino, sobre si había indios y cómo se

[1] Carta de don Antonio Riccardi a don Bosco, Carmen de Patagones, 20 de agosto de 1885.

los trataba. En el barrio de la Boca se había producido un bárbaro y escandaloso espectáculo. Un montón de aquellos infelices, desembarcados de una nave, estaban militarmente alineados en dos hileras; de un lado las mujeres con sus hijitos, del otro los hombres. Las mujeres estaban deshonestamente vestidas; pero no fue esto lo que causó mayor horror. Llegado el momento de repartir a aquellos desgraciados entre los compradores, se arrancaba a los pequeños de sus madres entre el llanto desesperado de unos y otras. Una multitud de gente asistía a la vergonzosa escena. Dos diputados tuvieron el valor de alzar la voz en la Cámara, en nombre de la humanidad, contra trato tan inhumano, y el Ministro de la Guerra se vio obligado a contestar, prometiendo castigar a los responsables.

Pero durante la discusión parlamentaria salió a la luz otro hecho. Cierto diputado denunció a un comandante, que había fusilado a doscientos cincuenta indios, incluídas las mujeres, acribilladas a balazos mientras estrechaban contra el pecho a sus hijos para resguardarlos. Actos repugnantes de semejante jaez se perpetraban en la inmensidad del desierto patagónico, sin que se tuviese en la Capital el menor conocimiento de ellos. ¡Cuántas veces, *manu militari,* se juntaba violenta y apresuradamente a caravanas de indios, a los que se obligaba a trabajos de esclavos por cuenta de municipios o de particulares, sin más recompensa que el mísero alimento! La *Nación* del día diez de noviembre narraba este episodio. Ciento cincuenta indios viajaban por ferrocarril hacia una localidad, donde necesitaban sus brazos. En una estación más allá de Tucumán bajó para apagar la sed el sargento que mandaba los soldados de la escolta. En el figón se le acercó un señor y le ofreció una botella de cerveza a cambio de un indiecito. El militar agarró la botella con una mano, abrió con la otra la puerta **[637]** del furgón, donde estaban amontonados los indios, echó mano del primer muchacho que alcanzó y, sin hacer ningún caso de sus gritos ni de la desesperación de la madre, se lo dio al que se lo había pedido. El tren partió y el pobre chiquillo quedó en poder del que lo había comprado por una botella de cerveza.

Son cosas que no debíamos callar, para que hoy se comprenda mejor cuáles eran las verdaderas condiciones en las que ejercieron su ministerio en la misión de Patagonia los primeros Salesianos. Escribía en torno a ellas, con el corazón desgarrado, don Antonio Riccardi, secretario de monseñor Cagliero, en una carta del día doce de noviembre a don Juan Bautista Lemoyne, director del *Boletín Salesiano:* «Tendría que contarle hechos atroces sobre cómo tratan las autoridades militares a los pobres indios que caen en sus manos; pero le envío

un periódico, donde los podrá ver narrados por los mismos diputados en la Cámara. Unicamente añadiré que lo que se dice como sucedido una sola vez y solamente con algunos individuos, se puede afirmar con toda verdad que es cosa de todos los días y, poco más o menos, con todos los indios. No son considerados ni como bestias. Estas reciben por lo menos el sustento necesario para vivir cada día y no son obligadas a trabajar más de lo que consienten sus fuerzas. ¡Ah, si pudiésemos revelar todos los crímenes atroces, las torpezas, las infamias cometidas de algunos años a esa parte! Pero, si Dios lo permite, algún día hablará la historia y dará a conocer al mundo quiénes son los verdaderos salvajes de Patagonia».

El día cuatro de noviembre salió Monseñor para la primera misión por el campo con don Domingo Milanesio, un catequista y dos coadjutores. El Gobernador, aunque era duro con los misioneros, prestóle la atención de enviarle un soldado, que le sirviese de guía y ordenó a los comandantes de los diversos puestos que atendiesen al Obispo. Monseñor estuvo fuera hasta el día treinta y recorrió doscientos kilómetros a lo largo del Río Negro. Visitó con resultado satisfactorio diez estaciones, en las que predicó, catequizó y bautizó a buen número de indios. Comprobó **[638]** en seguida que, si se quería hacer algún bien en aquellas colonias y tribus, hacían falta muchos medios materiales. El misionero podría poner de su parte molestias, fatigas, hambre, sed y más cosas aún; pero, sin buenos caballos, sin guías expertos, sin ornamentos y vasos sagrados, sin nada para repartir a las familias, se obtenía muy poco. Para remediar estas necesidades, los misioneros hacían continuos llamamientos a la generosidad de los Cooperadores [1].

Una atrevida avanzada fue la de don Angel Savio, el cual, con un coadjutor, zarpó de Buenos Aires el día veintidós de noviembre y navegando hacia el sur desembarcó felizmente, el día veintinueve, en Puerto Santa Cruz, capital en embrión de la provincia homónima y situada en la desembocadura del río de este mismo nombre, que señalaba el límite meridional del Vicariato. El Gobernador había pedido a monseñor Cagliero un capellán. Monseñor, que no quería mandar a tanta distancia a un sacerdote solo, determinó enviar a don José María Beauvoir como capellán y con él a don Angel Savio; pero, previendo dificultades por parte del Gobierno central para conceder autorización a éste último, le obtuvo el permiso bajo el título colorado de agrónomo. Y, en realidad, don Angel Savio entendía en agronomía y

[1] Ap. Doc. núm. 96.

aprovechó más adelante sus conocimientos. El Gobierno, por su parte, como escribía Monseñor, pensaba más en la persecución que en la religión.

Salió, pues, primero el cura agrónomo. Se encontró con un tabuco de madera para habitación. Celebraba la misa en su propia alcoba, donde preparaba cada día el altar sobre una mesita y apartando la cama. La población de Santa Cruz se reducía a diez familias, más los empleados de la gobernación, los de la comandancia del puerto y los de la comisaría de la colonia; en total un centenar de personas.

Los indios vivían apartados, en tierras adentro, por el miedo que tenían; pero, de vez en cuando, se acercaban con pieles de guanaco, plumas de aves, capas y mantas hechas por ellos para cambiarlas por aguardiente, mate, tabaco, arroz, azúcar y otros productos. **[639]** Llegaban en pequeños grupos y sin armas, porque las tribus no querían exponerse al peligro de encontrarse con los soldados y temían ser deportados a Buenos Aires. También allí había malos tratos por parte de los civilizados, que los consideraban como bestias, y creían lícito servirse de ellos para su propia ventaja. El misionero, por el contrario, pensaba que, si se los trataba con caridad, pronto llegarían a hacerse amigos y cristianos. En una de sus primeras excursiones, don Angel Savio se encontró con uno que hablaba español y lo tomó como intérprete para acercarse a sus compañeros y hablarles de religión. Nunca habían oído hablar de cosas semejantes y daban indicios de escuchar con gusto. En cuanto a su número y al trato que se les daba, escribía a don Bosco el día 6 de enero de 1885: «Aquí hay muchos indios, aunque las (Autoridades) en sus relaciones (oficiales) traten de hacerlos desaparecer (...). Se quiere aniquilar a los indígenas; unos de una manera, otros de otra. ¡Querido don Bosco! Pocas esperanzas hay de que los Gobiernos presten válido apoyo para civilizar a estos desgraciados; mucho es si dejan la necesaria libertad de acción. Teniendo en cuenta las condiciones en que yo estoy aquí, he de proceder con mucha cautela. Tal vez más adelante la Providencia presentará medios, y abrirá caminos que yo ignoro». De un modo general ya había escrito al Vicario Apostólico [1]: «Querido Monseñor, hay mucho mal por aquí abajo».

Monseñor, a su vez, hubiera podido responderle:

—También por aquí arriba hay mucho mal.

Cincuenta años después, nos preguntamos con espanto qué habría sido de Patagonia en el aspecto religioso, si hubiese llegado al desarro-

[1] Carta, Santa Cruz, 26 de diciembre de 1885.

llo actual sin que, en los comienzos de su progreso, no hubiese enviado la Providencia denodados operarios evangélicos capaces de cualquier sacrificio para vincularla estrechamente a Cristo y a la Iglesia.

Sin lugar a duda, la vida misionera es esencialmente vida de sacrificio; pero los pioneros de las misiones patagónicas alcanzaron con sus sacrificios las cumbres del heroísmo, puesto que tuvieron que hacer muchos muy duros y por mucho tiempo. **[640]** Sin duda que aquellos sacrificios fueron escritos por Dios en el libro de la vida; pero sería de desear que, para común edificación, los pudiéramos registrar también en el libro de la historia. Algo se ha hecho, aunque tarde, y se está haciendo todavía para conservar su recuerdo; sin embargo, lo más sólo Dios lo conoce.

El afecto de los misioneros por don Bosco y por la Congregación era en aquellos años de dificultades y sufrimientos una fuente perenne de santa energía. Es increíble el poder que ejercía en los ánimos acobardados el pensar en don Bosco y en la eficacia de sus oraciones y, además, el deseo de aumentar el honor de la naciente Congregación, a la que se sentían tanto más vinculados cuanto más difícil y alejado era el puesto asignado a su celo. Ayudaba mucho a mantener viva esta llama el intercambio de correspondencia epistolar, que no habría podido ser más íntima ni más frecuente [1].

Monseñor Fagnano (así llamaremos en adelante a don José Fagnano, Prefecto Apostólico) no veía el momento de embarcarse para las islas Malvinas y Tierra del Fuero; pero se vio obligado a diferir la salida hasta el año siguiente. Don Bosco pensaba también en él y en su misión; en efecto, en agosto le envió un verdadero programa de vida para su provecho individual y para el ejercicio del apostolado. Es también una carta preciosísima.

Muy querido Fagnano:

Antes de que salgas para tu gran empresa de la Prefectura Patagónica, donde Dios te tiene preparada copiosísima mies, también yo deseo dirigirte unas palabras, que tal vez sean las últimas, del amigo de tu alma.

En este tu nuevo sagrado ministerio, serás más libre para actuar por ti mismo, ya que estarás lejos de los Hermanos que pueden velar y ayudarte en los peligros especialmente espirituales; por eso, tienes que meditar sin descanso y guardar en la mente y en el corazón el gran pensamiento: *Dios me ve.* Dios te ve. El tiene que juzgarnos a mí, a ti y a todos nuestros hermanos y a todas las almas por las que trabajamos.

[641] En tus excursiones, lo mismo cortas que largas, no mires nunca a las ventajas materiales, sino únicamente a la gloria de Dios. Recuerda que tus esfuerzos estén

[1] Valga para muestra una carta de monseñor Cagliero, Ap. Doc. núm. 97.

siempre encaminados a remediar las crecientes necesidades de tu Madre. *Sed Mater tua est Ecclesia Dei,* dice San Jerónimo.

Adondequiera que vayas, preocúpate por fundar escuelas y seminarios menores con el fin de cultivar o, al menos, buscar alguna vocación para las Hermanas y para los Salesianos. Además, procura, en todas estas difíciles empresas, ir muy de acuerdo con monseñor Cagliero.

Tus lecturas diarias sean: nuestras reglas, especialmente el capítulo sobre la piedad, la introducción que yo mismo puse, las deliberaciones tomadas en los Capítulos tenidos en las diversas épocas.

Ama mucho y esmérate por sostener a los que trabajan por la fe.

Para facilitar el desempeño de los asuntos, tengo pensado establecer un Vicario Salesiano en América, como deseo hacerlo para los Salesianos de Europa. Pero sobre esto, recibirás cartas e instrucciones, si Dios misericordioso concede todavía algún tiempo a mi decrépita edad.

Te encargo formalmente que saludes de mi parte a las monjas, nuestras hermanas, a mis hijos, los Salesianos, y a sus alumnos y les comuniques lo que escribo y pueda concernir a su provecho espiritual o material.

Una cosa más. Guarda celosamente el secreto de cuanto te confíen los hermanos y las hermanas y dales plena libertad y secreto a sus cartas, como prescriben nuestras reglas.

Dios te bendiga, mi siempre querido Fagnano, y contigo bendiga también a todos los Superiores civiles y a los demás, con quienes tienes ocasión de tratar; bendiga tus obras, y rezad todos por mí. Espero veros a todos en la tierra, si Dios quiere; pero, con más seguridad, veros con Jesús y María en la eterna bienaventuranza. Así sea.

Turín, 10 de agosto de 1885

Afmo. amigo en J. C.,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Durante la espera, dedicaba su tiempo a excursiones apostólicas y a la construcción. Construía la iglesia de Viedma, edificaba capillas de madera en los centros de población, hacía casas de estilo algo menos patagónico que las otras y, como es natural, contraía deudas, que confiaba pagar con ayuda de la Providencia.

Fácil es imaginar el estilo patagónico, si se piensa que los materiales de construcción eran barro y palos. Así, por ejemplo, el palacio episcopal, que era de la misma arquitectura, constaba de dos habitaciones de cinco metros de longitud por seis de anchura y cuatro de altura a ras del suelo; **[642]** una para el Obispo y otra para el secretario. Las ventanas, una en cada habitación, cerraban tan bien que, cuando soplaba el viento, y era cosa de cada día y cada noche, entraba la arena y cubría cuando menos muebles y pavimento con una capa de un centímetro.

Hacíamos mención de las deudas. También estaba muy endeudado en Buenos Aires el Inspector don Santiago Costamagna; pero le asustaba tan poco que abrió casi en el centro de la ciudad una nueva

casa, convertida después en el actual colegio de Santa Catalina. Había en ella escuelas nocturnas y oratorio festivo, al que acudían en el primer mes ciento treinta muchachos, totalmente en ayunas de toda noción religiosa. Había aneja una iglesia, que resultaba muy cómoda para reunir a los niños en el catecismo. Don Bosco había dado permiso para aceptar aquella obra en el mes de junio de 1884; pero dificultades imprevistas ocasionaron más de un año de retraso.

Sólo dos meses después de su apertura, pasó aquella casa por una dolorosa prueba. El día once de noviembre murió su director don Juan Paseri. Sólo tenía veintiséis años. Dos años antes le había escrito don Bosco: «Te quiero muchísimo en la tierra y te querré más todavía en el cielo». Los muchachos le apreciaban tanto que algunos de ellos ofrecieron a Dios su propia vida para que conservara la suya. Hacía siete años que trabajaba en América. Su Inspector escribió de él [1]: «Moría consciente de no haber dado ningún disgusto a los Superiores y de haberlos ayudado siempre a soportar amargas aflicciones; era enemigo declarado de toda remuneración, modesto como un ángel y celoso como un apóstol». Una pulmonía fulminante cortó su existencia. Poco antes de expirar exclamó:

—¡Qué feliz me siento por morir salesiano!

Estas palabras eran el eco de las luchas sostenidas con los parientes para no traicionar su vocación [2]. Don José Lazzero escribió [3]: «La pérdida del bueno de don Juan Paseri fue como una grave herida en el corazón de todos, **[643]** y, especialmente, en el de don Bosco».

De varias partes de América del Sur escribían a don Bosco pidiéndole Salesianos.

El Gobierno del Ecuador le hizo petición oficialmente por medio de su representante en París, para confiar a los Salesianos la dirección de unas escuelas en Quito. Desde la misma República los pedía el Obispo de Coja para Cariamanga y Loja, donde no faltarían casas, iglesias ni medios. El Capítulo Superior contestó a todos, en nombre de don Bosco, que por entonces no se podía aceptar, pues faltaba personal, pero que, tan pronto como fuera posible, se iría. Al tratarse este asunto en una sesión del día dieciséis de septiembre dijo don Bosco:

---

[1] Carta a don Bosco, Buenos Aires, 12 de noviembre de 1885.

[2] Para más noticias sobre don Juan Paseri y la actividad de los Salesianos y de las Hijas de María Auxiliadora en Buenos Aires, remitimos a una carta de don José Vespignani (Ap. Doc. núm. 98).

[3] Carta a monseñor Cagliero, Turín, 27 de diciembre de 1885.

—Estas peticiones tienen que animarnos y convencernos de que nuestra Congregación es bendecida por Dios y por los hombres. Se nos invita y nos proporcionan los medios los que nos llaman; de lo contrario, ¿cómo podríamos ir a fundar en tan lejanos países? Y ved que nos lo ofrecen todo, absolutamente todo a nosotros, que carecemos de todo medio. Tenemos la beneficencia, es verdad, que viene a llamar a nuestra puerta; no falta la Providencia para esto; pero sólo podemos contar con ella; recursos humanos no contamos con ninguno.

La divina Providencia no cesaba de descorrer, de vez en cuando, delante de los ojos de Don Bosco el velo de la suerte futura de la Sociedad Salesiana en el campo sin límites de las Misiones.

También en 1885 un sueño revelador vino a manifestarle cuáles eran los designios de Dios para un porvenir remoto.

Don Bosco lo contó y comentó en presencia de todo el Capítulo Superior la noche del 2 de julio; Don Juan Bautista Lemoyne se apresuró a tomar nota.

Me pareció, dijo el Siervo de Dios, estar delante de una montaña elevadísima, sobre cuya cumbre estaba un Angel resplandeciente de luz que iluminaba las regiones más apartadas. Alrededor de la montaña había un extenso reino de gente desconocida.

El Angel tenía una espada en su diestra que mantenía levantada, **[644]** espada que brillaba como una llama vivísima y con la izquierda señalaba las regiones circundantes. Entonces me dijo:

—*Angelus Arfaxad vocat vos ad proelianda bella Domini et ad congregandos populos in horrea Domini.* (El Angel de Arfaxad os llama a combatir las batallas del Señor y a reunir a los pueblos en los graneros del Señor).

Su palabra no tenía como otras veces forma de mandato, sino que parecía una propuesta.

Una turba maravillosa de ángeles, de los cuales no supe ni pude retener el nombre, lo rodeaba. Entre ellos estaba Luis Colle, al cual hacía corona una multitud de jovencitos, a los que enseñaba a cantar alabanzas a Dios y él mismo también las cantaba.

Alrededor de la montaña, a los pies de la misma y en sus laderas, habitaba multitud de gentes. Todos hablaban entre sí, pero su lenguaje era desconocido, ininteligible. Yo sólo comprendía lo que decía el Angel. Me sería imposible describir lo que vi. Veía al mismo tiempo objetos separados, simultáneos, los cuales transfiguraban el espectáculo que se ofrecía a mi vista. Por tanto, aquello unas veces me parecía la llanura de la Mesopotamia, otras un monte altísimo, y aquella misma montaña sobre la cual estaba el Angel de Arfaxad, a cada momento tomaba mil aspectos diferentes, hasta convertirse en una serie de sombras vaporosas, pues tales parecían los habitantes que la poblaban.

Delante de este monte y durante todo este viaje me parecía estar elevado a una altura grandísima, como si me encontrase sobre las nubes circundado de un espacio inmenso. ¿Quién podrá expresar con palabras aquella altura, aquella anchura, aquella

luz, aquella claridad, en suma, un espectáculo semejante? Se puede gozar de él, pero no se puede describir.

En éste y en otros recorridos había muchos que me acompañaban y que me animaban y animaban también a los Salesianos para que no se detuviesen en su camino. Entre los que me llevaban de la mano y me obligaban, por así decirlo, a seguir adelante, estaba el querido Luis Colle y muchos escuadrones de ángeles, los cuales hacían eco a los cánticos de los jovencitos que estaban alrededor de él.

Me pareció, pues, estar en el centro del Africa en un extensísimo desierto viendo escrito en el suelo con grandes caracteres: «Negros». En medio estaba el Angel de Cam, el cual decía:

—*Cessabit maledictum* y la bendición del Creador descenderá sobre sus hijos réprobos y la miel y el bálsamo curarán las mordeduras causadas por las serpientes; después serán cubiertas las torpezas de los hijos de Cam.

Todos aquellos pueblos estaban desnudos.

Finalmente me pareció estar en Australia.

Aquí había también un ángel, pero no tenía nombre alguno. El guiaba, caminaba y hacía caminar a la gente hacia el mediodía. Australia no era un continente sino un conjunto de numerosas islas cuyos habitantes diferían en carácter y formas externas. Una multitud de niños, que vivían allí, intentaban venir hacia nosotros, pero se lo impedían la distancia y las aguas que nos separaban.

[645] Tendían las manos hacia don Bosco y hacia los Salesianos, diciendo:

—¡Venid en nuestro auxilio! ¿Por qué no continuáis la obra que vuestros padres han comenzado?

Muchos se detuvieron; otros, haciendo mil esfuerzos, pasaron en medio de los animales feroces y vinieron a mezclarse con los Salesianos, a los cuales yo no conocía y comenzaron a cantar:

—*Benedictus qui venit in nomine Domini.*

A cierta distancia se veían grupos de innumerables islas, pero yo no podía distinguir sus características. Me pareció que todo aquel conjunto indicaba que la Divina Providencia ofrecía una porción del campo evangélico a los Salesianos, mas para un futuro lejano. Sus fatigas darán su fruto, porque la mano del Señor estará constante con ellos, si saben agradecer sus favores.

Si pudiera embalsamar y conservar vivos a unos cincuenta Salesianos de los que ahora están entre nosotros, de aquí a quinientos años verían qué destino tan estupendo nos reserva la Providencia, si somos fieles.

De aquí a ciento cincuenta o doscientos años, los Salesianos serán dueños de todo el mundo.

Nosotros seremos bien vistos siempre, aun de los malos, porque nuestro campo especial es de tal naturaleza que se atrae las simpatías de todos, buenos y malos. Habrá alguna mala cabeza que nos quiera destruir, pero serán intentos aislados que no tendrán el apoyo de los demás.

Todo estriba en que los Salesianos no se dejen llevar del amor a las comodidades y de la desgana en el trabajo. Manteniendo solamente nuestras obras ya existentes y evitando el vicio de la gula, la Congregación Salesiana ha asegurado su porvenir.

La Congregación prosperará, aun materialmente, si procuramos sostener y extender el *Boletín* y la obra de los Hijos de María Auxiliadora. ¡Son tan buenos muchos de estos hijos! Su institución nos dará Hermanos decididos a mantenerse en su vocación.

Estas son las tres cosas que don Bosco vio más claramente y que mejor recordó y narró la primera vez; pero como expuso sucesivamente a Lemoyne, vio mucho más. Vio todos los países, a los que serían llamados los Salesianos con el tiempo, pero en una visión fugaz, haciendo un viaje rapidísimo, en el que saliendo de un punto volvía al mismo. Decía que había sido algo así como un relámpago; con todo, al recorrer aquel inmenso espacio había distinguido en un momento las regiones, las ciudades, los habitantes, los mares, los ríos, las islas, las costumbres y mil hechos que se entremezclaban y un sinfín de espectáculos simultáneos imposibles de describir. Por eso, de todo aquel viaje fantástico conservaba un recuerdo poco preciso, no pudiendo hacer de él una **[646]** descripción detallada. Le había parecido que tenía al lado muchos que le animaban a él y a los Salesianos a no detenerse en el camino. Entre los más decididos a estimular a los demás a proseguir adelante, estaba el joven Luis Colle del cual escribía al padre el diez de agosto: «Nuestro amigo Luis me ha llevado a dar un paseo por el centro del Africa, tierra de Cam, decía él, y por las tierras de Arfaxad, esto es, por la China. Si el Señor nos permite una entrevista, tendremos muchas cosas de que hablar».

Recorrió una zona circular alrededor de la parte meridional de la esfera terrestre. He aquí la descripción del viaje, según asegura Lemoyne haberla oído de sus labios. Partió de Santiago de Chile y vio Buenos Aires, São Paulo, en el Brasil, Río de Janeiro, Cabo de Buena Esperanza, Madagascar, Golfo Pérsico, orillas del Mar Caspio, Sennaar, Monte Ararat, Senegal, Ceilán, Hong-Kong, Macao a la entrada de un mar sin límites y ante la alta montaña desde la cual se descubría la China; después, el Celeste Imperio, Australia, las islas Diego Ramírez, terminando el recorrido con la vuelta a Santiago de Chile. En aquel rapidísimo viaje don Bosco distinguió islas, tierras y naciones esparcidas por todos los grados y otras muchas regiones poco habitadas y desconocidas. De muchas de las localidades que había contemplado en el sueño no recordaba los nombres; Macao, por ejemplo, la llamaba Meaco.

De las regiones más meridionales de América habló con el capitán Bove; pero éste, no habiendo pasado del cabo de Magallanes por falta de medios y al haberse visto obligado a volver atrás por varias circunstancias, no le pudo dar alguna aclaración.

Hemos de decir algo de aquel enigmático Arfaxad. Antes del sueño, don Bosco desconocía quién era; después de él, hablaba en cambio de este personaje con bastante frecuencia. Encargó al clérigo Festa de buscar en diccionarios bíblicos, en historias y geografías, en perió-

dicos con qué pueblos de la tierra había tenido relación aquel supuesto personaje.

Al fin, creyóse haber dado con la clave del misterio en el primer **[647]** volumen de Rohrbacher, el cual asegura que de Arfaxad descienden los chinos.

Su nombre aparece en el capítulo décimo del *Génesis*, donde consta la genealogía de los hijos de Noé, que se repartieron el mundo después del diluvio. En el versículo veintidós se lee: *Filii Sem Elam et Asur et Arphaxad et Lud et Gueter et Mas.* Aquí, como en otras partes del gran cuadro etnográfico, los nombres propios designan individuos que fueron padres de pueblos, relacionados también con las extensas regiones que ocuparon. Así, por ejemplo, *Elam,* que significa *país alto,* indica la región de Elimaida, que con Susiana, fueron después provincias de Persia; *Asur* es el padre de los Asirios. Sobre el tercer nombre los exégetas no están acordes al afirmar el pueblo a que se refiere. Algunos, como Vigouroux, señalan a Arfaxad la Mesopotamia. De todas formas, estando considerado como uno de los progenitores de pueblos asiáticos, siendo nombrado precisamente después de dos de ellos que poblaron la costa más oriental de la tierra descrita en el documento mosaico, se puede asegurar que también *Arfaxad* indique una población que ha de colocarse seguidamente detrás de las precedentes, que se extendió cada vez más hacia el Oriente. No sería, pues, improbable que el Angel de Arfaxad sea el de India o el de China.

Don Bosco se fijó de una manera más particular en China diciendo que, en dicho territorio, trabajarían de allí a poco los Salesianos; y otra vez dijo:

—Si yo tuviese veinte misioneros para enviarlos a China, seguro que serían recibidos triunfalmente a pesar de la persecución.

Por eso, desde entonces se preocupó grandemente de todo lo relacionado con el Celeste Imperio.

Pensaba con frecuencia en este sueño, hablaba de él con cierta satisfacción y veía en él como una confirmación de los otros sueños que había tenido sobre las misiones.

[648]

CAPITULO XXIII

ANECDOTAS, NORMAS DIRECTIVAS Y CARTAS

ULTIMADA la crónica de 1885, quedan algunas cositas dispersas, que trataremos de compendiar y ordenar lo mejor posible en este último capítulo. Damos preferencia a un manojo de anécdotas que, directa o indirectamente, pertenecen a don Bosco.

Las enfermedades de su ancianidad, agravadas por largas indisposiciones, no tienen por qué hacernos creer que don Bosco estuviese absolutamente extenuado y casi reducido a la impotencia. La dignidad del porte, la veneranda compostura de su rostro y, sobre todo, la penetrante viveza de su mirada no lo abandonaron nunca hasta el final de su vida: en aquel cuerpo gastado y agotado, se veía que albergaba siempre una alma presente de por sí y que se sobreponía a toda fragilidad. Un día se encontró con él un pastor o ministro protestante, bastante conocido en Turín, especialmente por las relaciones que tenía con la *Gazzetta del Popolo* y por una casa de salud que había abierto para atender a los niños. Pues bien, cuando se cruzaron en la acera de la calle, el Santo le clavó una mirada tan fulminante que aquél se sintió turbado como por una conmoción imprevista de todo su ser. Se dice que, después de la muerte del Siervo de Dios, se convirtió [1].

No menos eficaz de lo acostumbrado era siempre su palabra, de lo que nosotros mismos fuimos testigos. La palabra de don Bosco **[649]** obraba, por así decirlo, incluso a distancia. Un antiguo alumno, apartado del buen camino, estaba dando gravísimos escándalos. Un día viajaba con el Santo el inspector don Francisco Cerruti. Tenía éste que hacer transbordo en cierta estación; mientras se apeaba del tren, tomóle don Bosco por la mano y apretándosela de modo que lo conmovió, le dijo:

---

[1] El doctor Laura nos contó este hecho el 14 de abril de 1891, en la sobremesa de la fiesta de la dedicación de la nueva capilla de Valsálice.

—Te encontrarás con Fulano. Dile que consuele por fin a don Bosco.

Don Francisco Cerruti se lo prometió y, cuando se encontró con tal señor, le refirió las palabras de don Bosco. Quedóse aquél como aturdido y, llevándose las manos a la cara, exclamó nerviosamente:

—¡Lo que estoy haciendo! ¡Cuántos disgustos he dado a don Bosco!

Y no fue una emoción momentánea, puesto que, como contaba don Francisco Cerruti, aquella misma tarde fue a confesarse; después mudó de vida, reparó los malos ejemplos y, a partir de entonces, vivió cristianamente.

¿Y qué decir de ciertos rasgos suyos, cuya incomparable finura nunca le faltó a pesar de cualquier decadencia física? Un joven clérigo destinado a asistirle especialmente para la correspondencia epistolar, al manifestarle sus propios defectos, le reveló que alguna vez, vencido por una curiosidad indiscreta y abusando de la confianza, había leído ciertas cartas que consideraba podían interesarle; le pedía, pues, perdón, prometiendo que no haría semejante cosa nunca más. Don Bosco, por toda respuesta, apretó, sonriendo, contra su pecho la cabeza del clérigo, tomó todas las cartas que estaban encima de la mesa y las puso en sus manos.

Don Esteban Trione fue catequista de la sección de estudiantes en el Oratorio, y tenía entonces frecuentemente la suerte de poder conversar con don Bosco, que apreciaba su candorosa y regocijada bondad. Pues bien, recuerda él algunos sucesos de dicho año, dignos de mención.

El primero se refiere a una de las molestias que más hacían sufrir al Santo. Era la época más calurosa del verano y don Esteban Trione paseaba con él en la biblioteca. El Siervo de Dios caminaba lentamente y muy recogido en sí mismo, escuchando más que hablando. A cierto punto, se detuvo y, encogiéndose de hombros con un movimiento **[650]** convulsivo, se dejó escapar, como si gimiese en sus adentros, estas palabras:

—Si no le llevan pronto a algún sitio, don Bosco, arde, arde...

Fue cosa de un instante y en seguida se serenó; pero don Esteban Trione comprendió que era víctima de un agudo sufrimiento. Y debía ser así, puesto que el eczema que le inflamaba, desde hacía tiempo, la piel de la espalda, se le irritaba por efecto del calor y le producía una insoportable picazón. Marchó, después, como ya hemos narrado, a respirar las refrigerantes auras de Mathi.

Una tarde, en presencia de don Esteban Trione y de Carlos Vigliet-

ti, sacó del bolsillo tres cosas que siempre llevaba consigo: el rosario, las *Rubricae missalis* y una cajita metálica con tapadera atornillada, en la que guardaba agua bendita. De las rúbricas dijo:

—Todavía son las de la primera misa. He renovado varias veces la encuadernación. Cada semana leo algún párrafo y, rara vez, sucede que no advierta algo que corregir o perfeccionar en la celebración de la santa misa.

Era una edición Pomba de 1830, en formato pequeño y de doscientas dos páginas.

Otro día se encontraba don Esteban Trione en la habitación de don Bosco cuando le llevaron el correo. Por entre el montoncito de cartas puestas sobre la mesa, asomaba un sobre grande, que seguramente contenía valores declarados. La mano del Santo, casi de un modo instintivo, comenzó en seguida por aquél, aproximando el pulgar y el índice para sacarlo; pero, nada más tocarlo, retiró los dedos y, sin interrumpir la conversación, comenzó a tomar las cartas por arriba, quitar el sello y abrirlas una tras otra. Acostumbrado a proceder siempre con orden en todo, le pareció a don Esteban Trione que, con aquella especie de rectificación, trató de corregir un movimiento que tenía algo de imperfecto.

En uno de aquellos numerosos coloquios, don Bosco le contó, familiarmente, un caso que le había ocurrido a él en tiempos pasados. Le dijo:

—Vino Festa a pedirme una bendición porque le dolían las muelas. Le impartí la bendición, pero no **[651]** recé pidiendo que el mal me pasase a mí. Lo hice una vez y tuve tan atroces dolores que me vi obligado a ir de noche al dentista y hacerme extraer la pieza que dolía.

El Clérigo Festa completó la narración a don Esteban Trione, que le refería la anécdota, y aseguró que, apenas se puso en la cabeza el bonete del Santo, se había sentido mejor.

Este episodio del bonete nos trae a la memoria otro hecho similar. En 1885, don Bosco estuvo a punto de perder a su confesor. Aquejado de gravísima dolencia, efecto de un aflujo de sangre a la cabeza, ocasionado por un agravio que le hicieron ciertos maleantes, don Francisco Giacomelli entró en agonía. Aunque ya había recibido la Unción de los enfermos, su hermana, consternada ante el pensamiento de tener que perderlo, iba y venía a don Bosco para encomendarlo a sus oraciones, y una vez le presentó un solideo del hermano para que lo bendijese. Don Bosco la atendió caritativamente. Vuelta de nuevo a casa, se lo puso en la cabeza al enfermo sin decirle nada. Desde aquel momento, don Francisco Giacomelli comenzó a recuperarse y, finalmen-

te, curó del todo. Hay que hacer constar que el Siervo de Dios había tranquilizado a la afligida señora, diciéndole:

—No muere todavía; tengo que irme yo primero.

Es más, unos días antes de que don Francisco Giacomelli se metiese en cama, don Bosco le había invitado a comer y, al verle oprimido por una profunda depresión, le había dicho para animarle un poco y en presencia de todos los miembros del Capítulo Superior:

—¡Estáte tranquilo, no temas, buen hombre! Te tocará asistir a don Bosco en punto de muerte.

Y, tal como lo predijo, así sucedió.

Otra predicción hecha al salesiano don Augusto Amossi se cumplió al pie de la letra. En otoño del 1885, había sido trasladado de Lanzo a Randazzo. Como tenía a su madre anciana y enferma, temía fundadamente no poderla volver a ver, ante la dificultad para acudir desde Sicilia a Piamonte, dado el caso de un inminente desenlace. Manifestó su pesadumbre a don Bosco, pero él, después de escucharle con bondad, le respondió:

—Vete tranquilamente a Randazzo. Te aseguro **[652]** que, mientras los Superiores te tengan allí, no pasará nada.

Y luego, parándose un poquito a pensar, añadió:

—Ahora vas a Randazzo, pero no estarás allí mucho tiempo. Regresarás a Lanzo.

El joven sacerdote estuvo en Randazzo tres años; en todo aquel tiempo, su madre no empeoró lo más mínimo; en cambio, tan pronto como volvió destinado a Lanzo, ella se puso mal de nuevo y falleció el día cuatro de abril de 1889 [1].

Se atribuye el mérito de otra curación a don Bosco. El último día del año 1884, tras una fiebre reumática y un catarro bronquial, el teólogo Leonardo Murialdo era atacado por una pulmonía de carácter maligno y los médicos desesperaban de poderla vencer. Los Josefinos, consternados, recordando las antiguas relaciones de su Padre con don Bosco, pensaron recurrir a él, con la confianza de obtener un milagro. Así, pues, el día ocho de enero, perdida toda esperanza humana para el enfermo, escribieron a don José Lazzero que suplicase a don Bosco una bendición especial; llegó inmediatamente la respüesta de que aquella tarde iba don Bosco en persona a llevar la bendición pedida..

Fue, efectivamente, con don Juan Bautista Lemoyne; entró en la habitación del enfermo, estuvo una media hora con él y lo bendijo.

[1] Carta de don Augusto Amossi a don Juan Bautista Lemoyne, Lanzo, 8 de abril de 1889.

Apenas salió, todos le rodearon ansiosos por saber si su fundador moriría. El padre Reffo se lo preguntó. Y don Bosco respondió:

—Por esta vez, todavía saldrá bien; por lo menos, así lo pienso. Tiene que seguir cuidando esta planta.

Quería decir su familia religiosa. Los presentes se arrodillaron para que los bendijera y se levantaron con la seguridad de que el teólogo Murialdo curaría.

En efecto, a partir de aquella tarde, mejoró progresivamente. Tres días después, le visitó el cardenal Alimonda y comprobó su buen estado, que fue progresando cada día más hasta recobrar la perfecta salud.

[653] Conversando después con los Padres de la Comunidad dijo:

—Don Bosco y el teólogo Murialdo son dos perlas de mi diócesis [1].

A finales de mayo, don Bosco recibió de Tolón una carta del canónigo Rouvière, párroco de San Luis, proponiéndole iniciar las gestiones para introducir en Roma la causa del jovencito Luis Colle. Uno de los motivos que impelían a aquel eclesiástico a formular tal iniciativa era lo que le habían referido en el monasterio del Buen Pastor de aquella ciudad. La Superiora, sor María de Santa Leocadia, en el día aniversario de la muerte de Luis, convencida de que sus padres estuviesen en Tolón, se atrevía a escribirles con el fin de suavizar un poco su dolor, cuando una voz interior le dijo clarísimamente:

—Es inútil que les escribas, pues están ahora en Turín, donde don Bosco les proporciona en abundancia los consuelos que necesitan.

Estas palabras produjeron en la religiosa una certeza tan absoluta que entró una hermana instantes después en su celda y le afirmó con total seguridad:

—No escribo a los señores Colle porque no están aquí, sino con don Bosco en Turín.

—¿Y quién se lo ha dicho a usted, Madre?, preguntó la monjita.

—Su ángel, el mismo Luis: estoy segura de ello.

Y así era en verdad. Más tarde, como escaseara el agua en el convento, recurrió la Superiora confiadamente a Luis y parecióle oír de sus labios la promesa de que su petición sería escuchada y que llegaría el agua. Y, en efecto, llegó veinticuatro horas después. En

---

[1] E. REFFO, *Il teol. Leonardo Murialdo, Fondatore dei PP. Giuseppini* (1828-1900), 3.ª ed. Turín, Tip. «La Salute», 1931, págs. 306-308.

otros apuros, en los que se encomendó con creciente confianza a Luis, obtuvo lo que deseaba.

Aparte de este motivo ajeno, el abate Rouvière contaba con otro totalmente personal para apoyar su iniciativa. El hijo del conde Colle no había tenido nunca más director espiritual que él, que con conocimiento de causa, lo llamaba hijo de bendición y ponderaba su vida santa y su muerte angelical. En Roma no se hizo nada; pero lo dicho hasta aquí garantiza, como no se podría hacerlo mejor, la opinión que don Bosco **[654]** tenía del joven y sirve no poco para dar credibilidad a cuanto dijimos en el capítulo tercero del volumen XV.

La siguiente anécdota es anterior, pero la contó Lady Herbert en 1884 en un autorizado periódico londinense [1], y nosotros no tuvimos noticia de ella hasta ahora. La escritora, emparentada con el Marqués S. de Turín, escuchó de este mismo la narración del hecho.

Un joven de buena familia iba irremediablemente a la ruina, debido a tremendas pérdidas de dinero en el juego. Horrorizado ante la idea de tener que declararse en quiebra, recurrió al Marqués en demanda de ayuda. El generoso señor le prestó una crecida cantidad. Y entonces desapareció, sin dejar rastro de sí ni esperanza de restitución.

Pasaron así algunos años, cuando un día el Marqués, camino de la estación de Porta Susa, se encontró impensadamente con su hombre de bien. ¡Hombre de bien de verdad! La dura lección de la experiencia había producido su efecto: se había entregado a una vida seria y laboriosa, había recuperado un buen patrimonio y volvía expresamente a Turín para cumplir su deber devolviéndole el dinero recibido.

El Marqués continuó su camino, pero el tren ya había partido. Decidido a tomar el tren siguiente, pensó aprovechar las horas de espera haciendo una visita a don Bosco. Nótese que no había hablado nunca de aquel asunto con nadie. Apenas penetró en la habitación de don Bosco y, antes de que abriese la boca para preguntarle cómo estaba, oyó que le abordaba con estas palabras:

—Precisamente le estaba esperando... Quiero que me dé el dinero que tiene en ese bolsillo.

Y, mientras decía esto, le señalaba el bolsillo y la cantidad exacta. El Marqués, fuera de sí por el estupor, exclamó:

—¿Cómo ha podido usted enterarse de esto? Es dinero que he recibido hace pocos minutos del modo más inesperado... ¿Conoce usted al joven conde B.?

---

[1] *The Month,* enero 1884, en un artículo rotulado *Don Bosco,* págs. 43-59.

[655] —No, respondió don Bosco, pero sé que usted tiene la cantidad exacta que necesito para pagar una deuda. Se la devolveré la próxima semana.

—Si es así, dijo el Marqués, aquí tiene usted el dinero.

Don Bosco le firmó un recibo y, a la semana siguiente, le hizo puntual devolución [1].

A pesar de que los carismas sobrenaturales, principalmente en los ocho últimos años, acompañaban a don Bosco por doquiera, sin embargo, él no dejaba de temer los juicios de Dios, por lo que incluso entonces seguía encomendándose más que nunca a las oraciones de los demás para alcanzar la salvación de su alma. Una vez se encomendaba don Bosco en San Benigno a las oraciones de un señor, el cual se creyó en el deber de contestarle:

—Don Bosco, usted no las necesita.

Entonces él adoptó un talante serio, apuntaron unas lágrimas a sus ojos y dijo con firme convicción:

—Las necesito mucho [2].

De las anécdotas pasamos ahora a exponer o, mejor, referir algunos pensamientos de don Bosco, que, al tiempo que nos revelan algunos principios que guiaban su modo de obrar, constituyen ciertamente otras tantas normas directivas para todo el que se encuentre en idénticas circunstancias. Sacamos estas afirmaciones suyas de las Actas del Capítulo Superior, procurando únicamente disponerlas con cierto orden que haga más agradable su lectura.

[656] —La organización interna de la Sociedad Salesiana, dijo en la sesión capitular del 24 de febrero, necesita desarrollarse poco a poco, a medida que lo exija la naturaleza misma de las cosas. Esta regla de alta prudencia, que él se impuso desde el principio, al ir formando y organizando la Congregación, le había servido de guía al

---

[1] A Lady Herbert se había dirigido don Bosco para que le enviase jóvenes ingleses que dieran señales de vocación religiosa. «Intentamos hacerlo, escribe ella en el artículo citado. Un muchacho que le enviamos, aunque excelente por todo concepto, no estaba dispuesto, como inglés castizo y pragmático, a creer nada que se saliera de lo ordinario. No llevaba todavía un año en el Oratorio, cuando escribía así a un sacerdote, antiguo director espiritual suyo: "Ya sabe usted lo refractario que yo era a admitir las cosas extraordinarias que me habían dicho cuando vine aquí. Pero ver es creer, y los milagros extraordinarios que don Bosco hace casi cada día son tan evidentes que sólo un hombre ciego y necio no se da cuenta de que está en presencia de uno que, si no es santo, es favorecido ciertamente por Dios de manera extraordinaria. Porque él obtiene todo lo que pide en sus oraciones, ya sean medios materiales para llevar a cabo sus grandes empresas, ya sean curaciones de males espirituales y temporales"». El joven, cuyo nombre aquí no se dice, era el futuro primer director de la casa de Battersea, en Londres, don Francisco Macey.

[2] *Summ. Sup. Virt.*, núm. 6, § 161, *De heroica spe* (testigo, don Luis Piscetta).

preparar el nuevo tipo de noviciado que respondiese a su ideal. A través de una serie de experimentaciones, de las que hemos hablado en otra parte [1], se había llegado a crear una casa a propósito para los novicios, la de San Benigno; pero quedaba todavía por conseguir la plena regularidad, en lo que también se fue avanzando por grados. Pareció, pues, llegado el momento de organizar las admisiones, estableciendo para Italia e islas adyacentes las correspondientes Comisiones, exigidas en los Decretos Pontificios de 1848. Don Bosco había tardado tanto, valiéndose de las facultades concedidas por el Papa, como ya hemos dicho varias veces.

Las Comisiones para admitir al noviciado eran de dos clases: una general con voto deliberativo y otras más, particulares o provinciales, con voto simplemente consultivo. Se decidió que la primera estuviese integrada por los mismos miembros del Capítulo Superior; las otras deberían ser tantas como las Inspectorías. Pero, como en Italia, sólo tenía casa de noviciado la Inspectoría Piamontesa (abierta, eso sí, a novicios de todas las inspectorías), se juzgó que, de momento, sólo era necesario establecer una comisión. Cuando se trató este tema en la sesión capitular del día veintitrés de febrero, don Bosco, una vez leídos los dos decretos de Pío IX, observó:

—Tratándose de la casa de noviciado, hay que dejar a un lado todo rigor en cuanto al modo de establecerla. Así me lo puntualizaron los Sumos Pontífices Pío IX y León XIII. Es más, Pío IX consultó esto personalmente a una Comisión de Prelados convocada al efecto. Para fundar una casa de noviciado, bastan dos o tres novicios, reunidos en ella, aunque haya además otros cincuenta novicios diseminados acá y allá en otras casas, por pedirlo así la necesidad, ya que ellos **[657]** no están entonces materialmente en la casa de noviciado por razones de trabajo urgente y no han sido destinados definitivamente a los lugares donde se encuentran. De este modo, resulta fácil poner casas de noviciado, incluso en otras Inspectorías de Italia.

Se deliberó, pues, que se pudiera tener en cada Inspectoría de Italia una Comisión inspectorial; no obstante, por entonces, se constituyó únicamente la Comisión de la Inspectoría Piamontesa, sede del único noviciado de San Benigno.

Pero este noviciado, según las Reglas, dependía directamente del Capítulo Superior, donde nacían las cuestiones de a quién correspondía hacer las gestiones para obtener documentos e informaciones, quién debía convocar la Comisión para el primer escrutinio y quién

[1] Véase Vol. XI, págs. 234 y ss.

tenía que ocuparse de la aceptación de sujetos procedentes de otras Inspectorías. Don Bosco y el Capítulo declararon y deliberaron el día veinticuatro: 1.º, que el Inspector de la Inspectoría de Turín era igual en autoridad a los demás Inspectores y su inspección no sobrepasaba los límites de la Inspectoría piamontesa; 2.º, que el Inspector de la Inspectoría piamontesa no comprendía en su jurisdicción la casa del Oratorio de San Francisco de Sales, la cual, mientras fuese sede del Capítulo Superior, dependía de éste; 3.º, que el Inspector de la Inspectoría piamontesa no tenía jurisdicción sobre la casa de noviciado, sino que ésta dependía directamente del Capítulo Superior, a través del Catequista de la Congregación; 4.º, que se eligiese, mientras tanto, una sola Comisión provincial, que examinase a los novicios de toda la Congregación.

Puestas así las cosas, fueron elegidos para formar parte de dicha Comisión ocho miembros, dos de ellos inspectores [1].

[658] A decir verdad, de acuerdo con lo legislado, esta elección se debería haber hecho por votación secreta y no se observó este detalle; pero don Bosco dijo que, por entonces, se trataba únicamente de poner las bases; apreciación con la que él intentaba expresar que, como de costumbre, deseaba hacer preceder un período de prueba y, así, llegar después a la sistematización regular y definitiva.

Quedaban por resolver dos cuestiones, es decir: quién debía recabar los documentos requeridos para la admisión de los novicios, si el Director del noviciado o el Inspector de la Piamontesa, y quién tenía que presidir la Comisión provincial. Respecto a la primera, dijo don Bosco y aprobó el Capítulo:

—Recabará los documentos el Director del noviciado, el cual se servirá de los demás miembros de la Comisión para agenciarlos y al mismo se entregarán todos los que al propósito llegaren al Capítulo Superior. A su debido tiempo, reunirá la Comisión, que bastará esté compuesta por cuatro miembros; por tanto, podrá ir a Liguria y reu-

---

[1] He aquí los nombres de todos los componentes:

1. Don Julio Barberis, Director de la casa de noviciado.
2. Don Francisco Cerruti, Inspector de la Inspectoría ligurina y Director de la casa de Alassio.
3. Don Juan Bautista Francesia, Inspector de la Inspectoría piamontesa y Director de la casa del Oratorio, sección estudiantes.
4. Don José Bertello, Director de la casa de Borgo San Martino.
5. Don Domingo Belmonte, Director de la casa de Sampierdarena.
6. Don Juan Marenco, Director de la casa de San Juan, en Turín.
7. Don Luis Nai, Prefecto de la casa de noviciado.
8. Don Eugenio Bianchi, Maestro de novicios con don Julio Barberis.

nir allí a cuatro de los miembros de la Comisión provincial que ha de constituirse y que pertenezcan a aquella Inspectoría, para no obligarles a desplazarse a Piamonte, con la consiguiente incomodidad, y allí examinar todos los documentos y hacer el primer escrutinio.

En cuanto a la presidencia, don Bosco resolvió el asunto de este modo:

—Debe presidir el Director de la casa de noviciado. No obstante, por ahora, hasta que no esté todo bien organizado, la presidencia la ostentará un miembro del Capítulo Superior, a designar; pero éste no formará parte de la Comisión general, según los decretos.

Sucedía, a veces, que algunos aspirantes aprendices no se sentían dispuestos a inscribirse por la repugnancia que tenían de ir a San Benigno. La razón estribaba en que, deseosos de aprender su oficio, advertían que allí faltaban medios y comodidad para ello. Don Bosco, oído el reparo, dijo el día veinticuatro de agosto:

—Tratándose de estudiantes, no haría jamás excepciones; pero, tratándose de aprendices, no tendría dificultad para inscribirlos en ciertos casos concretos, dispensándolos de ir a San Benigno.

No era suficiente aceptar los coadjutores que solicitasen **[659]** ir, sino que también había que buscarlos.

—Es preciso que encontremos buenos coadjutores, dijo don Bosco el día dieciocho de septiembre. Para ello pongámonos en contacto con los párrocos y preguntémosles si hay en sus pueblos algún buen mozo de confianza, de moralidad segura, piadoso y deseoso de retirarse del mundo, y roguémosles que tengan a bien dirigirlos a nosotros.

Don José Lazzero objetó que, más bien, sucedía que los mismos párrocos acudían a los Salesianos para tener a su servicio este tipo de personas.

—Eso no importa, replicó don Bosco, hágase igualmente esta pregunta a los párrocos más conocidos. Don Moisés Veronesi ha hecho así y ha logrado tener cierto número de coadjutores verdaderamente buenos y de confianza.

Ya hemos visto cómo don Bosco sugería, de vez en cuando, normas prácticas para proceder con toda la cautela posible en la admisión al noviciado. En la sesión de la tarde del día veinticuatro de agosto, tomó la palabra y dijo así:

—Cuando se trata de jóvenes que quieren entrar como novicios en la Congregación Salesiana y, especialmente como clérigos, hay que hablarles con toda confianza sobre la moralidad. Dígaseles: ¿Te parece bien que te haga una pregunta? Responderá afirmativamente.

Dime, ¿cómo has estado este año en moralidad, de obras o de pensamientos? ¿Hace mucho tiempo que te has corregido? O bien: ¿hace mucho que tienes esa costumbre? Si uno hubiese estado manchado hasta los últimos días, es necesario disuadirle de seguir adelante, a menos que ofrezca indicios suficientes de vocación y se manifieste en él una voluntad resuelta de acudir a los medios necesarios para triunfar. Estad atentos, sin embargo, e id con tiento al interrogar a los tímidos: ayudadles con caridad, pero mirad bien antes con quiénes se abren, para no cometer imprudencias. Se puede iniciar así: Si quieres que te dé un buen consejo sobre tu vocación, ¿me permites que te pregunte cómo va tu moralidad? etc. Esta pregunta hay que hacerla siempre en tal examen.

En la sesión del día siguiente, tocó el tema de la imparcialidad en las admisiones y dijo:

—Hay que estar muy atentos a la hora de aceptar, **[660]** para no dejarnos sorprender por la benevolencia o la malevolencia; que no sirva de norma, para aceptar o rechazar a alguno, la inclinación personal del votante. Digo esto, porque me parece haber notado que algunos han sido admitidos por miramientos personales o de amistad. Prefiérase siempre el bien general al particular. No debe pesar en nosotros el amor propio y no hay que dejarse llevar por si las personas nos resultan simpáticas o antipáticas. No hay que seguir ideas preconcebidas, por si congeniamos o no. Nuestro bien particular no tiene que ver nada con el bien general.

Respecto a cierta clase de postulantes, los hijos ilegítimos, tenía una palabra de León XIII, que expresó el día trece de julio:

—Cuando se trata, dijo, de hijos ilegítimos, *naturales o bastardos,* si son secretos, no hace falta pedir dispensa para ingresar en una Orden religiosa; estos defectos quedan anulados con la profesión religiosa. Si hay que pedir esta dispensa, hágase escribir al mismo individuo que quiere entrar en Congregación, pero no se exprese en la petición en qué Congregación desea ingresar. Estúdiese, sin embargo, la cuestión, desde el punto de vista moral y canónico para saber a qué atenerse. No se olviden nunca las palabras que León XIII dijo a don Bosco a propósito de los bastardos: «No permitáis que éstos entren en vuestras casas, pues no sacaréis de ellos más que escándalos y disgustos. Guardaos también de admitir a los hijos naturales. Pero, si la Iglesia concede ahora licencia para las ordenaciones de los hijos naturales, la da con mucha dificultad y rara vez a los bastardos».

De todo esto había hecho una especial recomendación a don Celestino Durando el cardenal Guibert, arzobispo de París. Cuando fue

aquél a la capital francesa, el año anterior, el Purpurado le había dicho que convenía estar muy atentos, especialmente en Francia, ante los que solicitaban entrar en Congregación; es más, antes de aceptarlos, debían informarse seriamente sobre la conducta del padre y de la madre y, más aún, estudiar los antecedentes de su familia. Sobre este punto, Su Eminencia había discurrido ampliamente y con énfasis.

[661] El día veintiséis de octubre, don Miguel Rúa, en nombre de don Pablo Albera, proponía la admisión de un sacerdote y de un clérigo, ambos franceses; parecía que hubiese buenas referencias sobre su conducta. Don Bosco quiso que se averiguase ante todo, dada su condición de eclesiásticos, si se habían cumplido los trámites prescritos ante las respectivas autoridades diocesanas. Y, luego, prosiguió diciendo:

—Escríbaseles que se les acepta con sumo agrado por los buenos antecedentes que tienen; pero que, como somos una Congregación religiosa, es preciso que antes se cumplan los requisitos mandados por las Reglas.

Recordemos, sin embargo, que en Francia no tienen vigor los decretos de Pío IX *Super statu regularium.*

También don José Bologna proponía a algunos de su casa de Lille como novicios y a otros como aspirantes. El Capítulo los admitió, pero surgió después la dificultad de que formaban parte del personal que necesitaba la casa de Lille. ¿Había que enviarlos necesariamente a Santa Margarita o sería válido el noviciado hecho en una casa no destinada a tal finalidad? En otros términos, las casas donde hubiere novicios por necesidad de funcionamiento, ¿podían considerarse como agregadas a las de noviciado? Don Bosco habló así:

—Cuando aprobó Roma las Reglas, se quería que los novicios transcurriesen un año entero, ocupados en estudiar las Reglas y ejercitándose únicamente en las prácticas de piedad. La Sagrada Congregación no quería ceder en este punto. Don Bosco pasó la cuestión al Padre Santo.

—¿Y qué, me dijo Pío IX un día, apenas me vio; ha terminado vuestra batalla o acaba de comenzar?

—Padre Santo, le respondí, depende de Vos disparar el último cañonazo o canon.

—Id adelante, dijo. El demonio tiene más miedo a una casa donde se trabaja que a otra donde sólo se ora. En éstas reina muchas veces el ocio. Hay otras Ordenes que admiten, tras la primera prueba, y envían a sus sujetos a casas donde son destinados al trabajo. ¿Por qué se le ponen tantas dificultades al pobre don Bosco?

Después de narrar esto, continuó diciendo el Santo:

—Por lo demás, seamos **[662]** fáciles para aceptar a un aspirante, salvo el caso en que se trate de un comprobado bribón. Mas, para admitir a un novicio, obsérvense todas las formalidades prescritas por la Iglesia. Sin embargo, para nosotros son suficientes los decretos. Obsérvese también si, en el aspecto material y moral, pueden éstos resultar de utilidad para toda la Congregación. Si esto no queda claro por un lado o por otro, espérese, prolónguese la prueba, no se tenga miedo en ir más despacio.

El día veintinueve de noviembre, dio cuatro normas especiales para la admisión a los votos. Fueron las siguientes: 1.ª El servicio militar inminente, a un año vista por ejemplo, no debe ser obstáculo para la profesión religiosa. Para muchos, es un freno en el ambiente del cuartel. Quien pierde la vocación puede ser dispensado y algunos se desligan por sí mismos, no regresando ya a la Congregación. 2.ª. En cuanto a los votos trienales, que don Juan Bonetti propone imponer a todos antes de los votos perpetuos, respondo que todo el que no estuviese dispuesto a hacer los votos perpetuos, después del año de noviciado, *remittatur*. Estos podrán esforzarse momentáneamente, pero luego estamos como al principio. Se puede hacer excepción cuando se prevé que un individuo será muy útil a la Pía Sociedad y siempre que, al mismo tiempo, sea de intachable moralidad. 3.ª. Respecto de la moralidad, téngase mucho más rigor con quien va a recibir las órdenes sagradas que con quien desearía hacer los votos. Pero, en ambos casos, siempre rigor. Si se trata sólo de pensamientos y lecturas, se podrá ver, esperar, suspender el juicio. Si se trata de acciones consigo mismo y costumbres, entonces mayor severidad; si se trata sólo de casos esporádicos, raros, déjese pasar el tiempo y ya se verá. Si se trata de faltas habidas con otros, resulta dificilísimo que uno cambie. Las recaídas se repiten también cuando el interesado se ha consagrado a Dios. 4.ª. Recuérdese siempre que hoy no se ponen dificultades a los que son simplemente ilegítimos; pero, tanto la Iglesia, como el Papa y los Obispos, recomiendan tajantemente que los bastardos sean excluidos de las órdenes y de los votos.

Pasemos ahora a normas más específicas para los ordenandos. Dos recomendaciones hizo don Bosco el día nueve de septiembre, ambas **[663]** referidas al momento de la petición. En la sesión de la mañana, insistió en la necesidad de que un superior, antes de despedir a un clérigo que desea recibir órdenes mayores, lo llamase a un coloquio confidencial para poderle dar un consejo oportuno y no proceder a ciegas.

—Podrá hacerle, dijo, las siguientes preguntas: ¿Te parece estar bien preparado ante Dios? ¿Cómo te regulas en cuanto a moralidad? ¿Has tenido caídas voluntarias? Si contesta afirmativamente, averígüese si fue fruto del hábito o consecuencia de circunstancias extraordinarias. Otra pregunta: ¿Cómo te has conducido con tu confesor? Y, si es el caso de aplazar la decisión, decirle: Mira, esto nos obliga a ti y a mí; prepárate mejor, etc.

En la sesión de la tarde, hizo don Bosco esta advertencia para cuando los clérigos tienen que hacer por escrito la petición de órdenes.

—No hay que pretender que los clérigos, llegado el tiempo, pidan por sí mismos las sagradas órdenes. Es función del Catequista de la Congregación el preparar esto y avisárselo a los interesados.

El día diez de septiembre tocó un tema delicado. Puede siempre acaecer (puesto que somos hombres) que, en vísperas de la recepción de órdenes, un clérigo tenga un choque con su superior inmediato. He aquí el pensamiento de don Bosco para estos casos:

—Cuando se hubieran producido roces entre el ordenando y su superior inmediato, antes de proceder a las ordenaciones, si se trata de cosas no esenciales, désele al interesado una nueva oportunidad, enviándolo a otra casa. No es conveniente que, bajo los ojos del superior, ofendido con razón o sin ella, se conceda al súbdito esta señal de estimación, admitiéndolo a las órdenes sagradas: parecería como una condena infligida a la conducta del superior interesado.

Una vez que se ha aplazado la recepción de órdenes, ¿qué norma debe seguir el Capítulo, al enviar a otra casa al sujeto? La fijó don Bosco durante la misma reunión, expresándose así:

—Cuando a un clérigo, con vocación cierta o dudosa, con defectos no graves, pero notables, convenga diferirle las órdenes, dése aviso de ello al Director de la **[664]** casa a donde se le envía, para que lo tenga en observación sobre una u otra cosa. Pero, antes de mandar al individuo al puesto de destino, dígasele francamente: —Vete, y ten en cuenta que tus defectillos exteriores han sido notificados a tu nuevo Director; si él te avisa de algo, no te inquietes, porque somos nosotros quienes le hemos encargado de ello. Sigamos esta norma, cuando se trata de uno, cuya vocación es incierta, pero que tiene ingenio suficiente y no hay nada que objetar sobre moralidad. Conviene vigilarlo, avisarlo, formarlo y, luego, hacer que vaya adelante. Es, por tanto, necesario hacerle saber que el Capítulo, al informar sobre su conducta al Director, actuó por propio deber y por su bien.

Naturalmente, no era opinión de don Bosco que los antes aludidos exámenes se hicieran la víspera del presbiterado:

—Recomiendo, sobre todo, dijo el día dieciocho de septiembre, que, cuando un clérigo ha de recibir las sagradas órdenes, se le observe bien y se le examine antes de recibir el subdiaconado y se tomen las decisiones en conciencia. Pregúntesele: ¿Has estudiado? ¿Cómo ha ido tu conducta? ¿No has perdido inútilmente ningún curso? Hay que exigir moralidad y teología a la vez: que las calificaciones de los tratados, de los que se examinó, sean aceptables: que nadie se duerma en los estudios, etc.

Algunas de sus normas se refieren a los deberes en general o en particular. Podía afectar a todos los hermanos en general esta sabia advertencia, hecha el día veinticinco de agosto:

—Téngase en cuenta que, a veces, uno que parece inepto para un cargo, auxiliado por la gracia de Dios, tiene después éxito, si los superiores de una casa le ayudan.

Menos genérica, mas sí de amplia comprensión, fue esta otra advertencia del día dieciocho de septiembre:

—Antes que cualquier otra cosa, en la marcha del funcionamiento de los cargos y de los intereses, mírese por la salvación espiritual de los clérigos.

Tenemos, además, instrucciones pormenorizadas para algunos cargos. El día trece de julio, habló con insistencia sobre la necesidad de cambiar, cada seis años, a los Directores de las casas. No se le escapaban los inconvenientes que acarreaba semejante determinación, pero deseaba que **[665]** esto quedase como un principio práctico, no obstante las excepciones que oportunamente debieran hacerse. El día diez de septiembre recordó encarecidamente a los Directores el deber del coloquio espiritual mensual.

—Hay que insistir, dijo, a los Directores para que no dejen de estimular a que se tenga el cologuio espiritual y, para que sea provechoso, preparen anticipadamente lo que deben decir. Es una obligación que algunos olvidan. Ciertos Directores, cuando son reprendidos por este descuido, responden: No sé qué decir. ¿Acaso el preguntar si se hace la meditación, si se estudia, si se asiste a los alumnos, si se tienen dificultades en el cumplimiento del propio cargo, no da ocasión y proporciona tema suficiente y fecundo para dialogar? Los Directores sensatos bendicen mil veces el momento en que fue instituido el coloquio espiritual. Y, sin embargo, a duras penas se obtiene de algún superior que lo haga y a veces no se hace. Es la clave de la buena marcha de la casa y de la Congregación.

El día dos de octubre recomendó a los Inspectores y al Catequista hacer frecuentes visitas a las casas; pero que dichas visitas no fueran

de simple cumplimiento, sino que se ejecutaran como las reglas disponen.

El día veinticuatro de septiembre trató de regular algunas atribuciones del Ecónomo General, precisándolas de este modo:

—El Ecónomo deberá poner por obra lo que la Regla le encomienda y ajustarse a la misma. No tiene por qué vigilar los trabajos, sino a los que los llevan entre manos. Entiéndase con las casas para las obras que hay que realizar, pero no mande personalmente ejecutarlas. No permita que se haga ninguna obra de albañilería o modificación, si no ha sido aprobada previamente por el Capítulo, y todo ello siguiendo un plano preestablecido y claro, que haya sido aprobado por el Capítulo mismo; y procure que los trabajos se ejecuten fielmente según el plano presentado.

El día dieciséis de noviembre se puso a discusión una función del Consejero Escolástico, cargo conferido a don Francisco Cerruti desde el día siete de noviembre, en sustitución de don Celestino Durando, que había sido nombrado Prefecto. Entonces los diversos destinos de los hermanos, en todas las casas, **[666]** se asignaban a través de cartas firmadas por este miembro del Capítulo; parecía, por el contrario, de suma importancia que las obediencias emanasen de la suprema autoridad, cuando se trataba de traslados; mientras que la distribución de cargos era mejor reservársela a los Directores de las casas. Don Bosco dijo:

—Hasta ahora hemos ido adelante con un sistema paternalista; pero, de ahora en adelante, convendrá proceder con estilo reglamentario, si se quiere mantener el orden en la Congregación.

Sin embargo, se suspendió toda propuesta de innovación hasta el inmediato Capítulo General.

Sobre las nuevas atribuciones de don Miguel Rúa, en su calidad de Vicario, no es preciso añadir nada a lo ya expuesto. Antes incluso de que el nombramiento se hiciese efectivo, había declarado don Bosco en Capítulo, el día veintidós de junio:

—Es necesario que don Miguel Rúa se libere de todo quehacer y esté únicamente a las órdenes de don Bosco; permanezca siempre a su lado, ya que don Bosco, tal como está, no puede seguir adelante. Si don Bosco puede delegar todo en don Miguel Rúa, liberado de toda incumbencia directa, podrá asesorar con su experiencia y caminar todavía un poco más. Es preciso que alguien se ocupe de la beneficencia, con cartas, visitas, no sólo en Turín sino en Génova, Milán, Roma. Hasta ahora lo ha hecho don Bosco, pero ya no es capaz de más y se requiere otro que lo haga en su nombre.

Estas palabras eran como el pregón de la toma de posesión, acaecida cinco meses y medio después.

Los que quieren casas salesianas en sus pueblos, para animar a la aceptación, frecuentemente insinúan perspectivas de herencias de personas ricas sin herederos forzosos. Don Bosco ponía sobre aviso a los Superiores, el día diez de septiembre, advirtiendo:

—No debemos apoyarnos en ciertas vagas esperanzas de herencias. Las voluntades cambian fácilmente de parecer. Si luego hay que abandonar una fundación, estas herencias producirán muchos quebraderos de cabeza. Se convierten en malevolencias y pleitos y pérdidas de diverso género. El que quiera testar a favor nuestro, guarde bien lo que es suyo y, al morir, deje en orden sus cosas. Porque, si se ponen de por medio los municipios, las leyes los favorecen.

[667] En la sesión de tarde de la misma fecha, don Antonio Sala presentó un plano para la construcción de un panteón salesiano en el cementerio de Turín y el Capítulo le concedió plenos poderes. Tomando pie de este tema, don Bosco tuvo un oportuno recuerdo de los hermanos que ya habían pasado a la eternidad y dijo:

—Hay que tomar en consideración la tarea de recopilar las biografías de los salesianos difuntos, revisando las reseñas que aún pueden completarse y entregándoselas a alguien que las complete. Imprímanse, después, y léanse durante los ejercicios espirituales. Véase quién puede dedicarse a este trabajo, para que lo haga más o menos literariamente, pero con responsabilidad; luego distribúyanse ejemplares, por Italia y América. Envíense también a Francia, por ahora en italiano; pero, con el tiempo, tradúzcanse a idiomas extranjeros, al español, al francés, al inglés, etc. Hay que encargar este trabajo a uno que tenga tiempo y se preste a ello. He tenido en mis manos y hojeado alguno de estos folletos con las breves biografías de nuestros hermanos jóvenes y he leído algunas de ellas, donde se exponen sus virtudes, saboreando cosas verdaderamente edificantes. No trato de afirmar que estos escritos sean perfectos, pero me conformo con un trabajo modesto, al menos por ahora. Para llevarlo a cabo, se podrán encargar personas que, aun sin ser grandes doctores, recojan los datos que puedan y escriban como sepan hacerlo. Más adelante se mejorará la tarea. Por ahora, nómbrense estos recopiladores y se comience el trabajo.

El día dieciséis de septiembre, leyó don Miguel Rúa una circular de un tal Casimiro Mazzo, que publicaba un *Annuario d'Italia,* en el que enumeraba todas las instituciones de beneficencia italianas, ciudad por ciudad, y que habría deseado incluir, en el mismo, breves

reseñas sobre cada una de las casas salesianas, exigiendo veinte liras por cada colegio.

—Es una artimaña para hacerse con dinero, observó alguno.

—Las órdenes religiosas no hacen esa clase de publicidad, añadió otro.

Don Miguel Rúa estaba a favor de semejantes publicaciones. Don Bosco dejó hablar y, luego, se expresó así:

—Propongo que se responda que estamos **[668]** siempre dispuestos a tomar parte en todo lo que concierne al bien común, pero que no podemos hacer lo que quisiéramos, pues vivimos de beneficencia. Sin duda, será indispensable que cada una de nuestras casas adquiera un ejemplar de esta obra. Dígase, pues, que por ahora, nos limitaremos a estas dos cosas: 1.ª, adquiriremos algunos ejemplares; y 2.ª, colaboraremos a través de nuestra librería a difundir el libro, con tal de que no contenga nada contra la Iglesia Católica. Demos por asentado que nos conviene participar en estos catálogos, siempre que no sean contrarios a nuestras instituciones; pero hay que estar muy sobre aviso, pues, a veces en tales libros, hay alguna página contraria al espíritu católico. ¡Saben intercalar tan bien su veneno! Estemos atentos a no cooperar nunca en eso.

Es interesante para nosotros conocer una manifestación del pensamiento de don Bosco sobre el *Boletín Salesiano.* Se la hizo a los Capitulares en la tarde del día diecisiete de septiembre. Escuchemos, por última vez, su palabra.

—El *Boletín* no debe ser una revista particular para cada nación, como Francia, España, Italia, etc... sino el órgano general de todas las naciones, es decir, de toda la Obra Salesiana, no en particular, sino en general. Recójanse las noticias de modo que tengan interés para todas las naciones y que todas las ediciones en las diversas lenguas sean idénticas. Para ello, imprímase el *Boletín* en sus diversas lenguas en la casa madre, porque así se dará a todos la misma dirección. Es una arma poderosísima que no debe escapar de las manos del Rector Mayor.

Estas palabras de don Bosco, defendiendo la libertad, a la que él no ponía límite para expresar el propio parecer, despertó oposición de la que se hizo intérprete don Miguel Rúa, objetando que el *Boletín* tenía la finalidad de pedir limosnas y que, para estimular a que las dieran los que vivían fuera de Italia, convenía aludir a temas locales; que él había escrito a Francia y a América sobre este punto y le habían respondido aquellos salesianos que se atendrían a la idea de don Bosco haciendo todo lo posible para obtener este fin, pero que

ciertos relatos, oportunos **[669]** para el *Boletín* italiano, serían comprometedores en el español; que, además, para publicar ciertas relaciones o festejos suyos, habría que enviarlos a Europa e imprimirlos en Turín y, desde aquí, volver a enviarlos a América; con lo que los Cooperadores americanos leerían sus acontecimientos cuatro meses después de sucedidos. Además, ciertos avisos, dirigidos a los Cooperadores de aquellas regiones, no sería posible que llegaran a tiempo y tendrían que haber previsto ciertas cosas con cuatro meses de anticipación.

Hubo quien propuso reducir el *Boletín* a unas páginas menos y añadir suplementos para las exigencias locales; si no siempre, al menos, alguna vez. Don Miguel Rúa propuso, sin embargo, que el *Boletín* constase siempre de dos partes, una de interés general para la Obra Salesiana y otra, de interés local, según los países, imitando a los periódicos que tienen la sección de *Noticias varias.*

Don Bosco rechazó estas propuestas e insistió diciendo:

—Sostengo la necesidad de un *Boletín* único. Mis razones para no dejar de las manos, en toda su extensión, este poderosísimo medio para mis fines y la seguridad de que el *Boletín* puede, a veces, estar expuesto a desviarse del fin que me he propuesto alcanzar con él, me confirman en mi opinión. ¿Qué es lo que agrada a los Cooperadores en el *Boletín*? La historia del Oratorio y las cartas de los misioneros. Redáctense, pues, con este material las otras noticias de conferencias o fiestas en otros países, e incluso en Italia, publíquese un breve noticiario compendiado. Si hay algo extraordinario, al publicarlo se agradará a todos, incluso a los extranjeros. Y si hay que hacer alguna convocatoria urgente, preocúpense los Salesianos de ponerse en relación con los periodistas católicos y publiquen en sus diarios las citaciones y demás reseñas de urgencia. Y, si ni esto resuelve su asunto, recurran a la carta circular. Tal es mi pensamiento. No se olvide que el *Boletín* es el órgano principal de la Obra Salesiana y de todo lo que se relaciona con nosotros, tanto vocaciones como colegios.

El Santo consideró siempre el *Boletín* como el mejor vehículo **[670]** de propaganda salesiana; había intuido que una buena publicación sería con el tiempo el púlpito más eficaz. No sabemos a ciencia cierta si fue en el 1884 o en el 1885, cuando aquel santo varón, que fue el abogado Bartolomé Longo, fundador de la Obra de Pompeya, fue a ver a don Bosco y, con aquel estilo propio de los napolitanos, le espetó:

—Don Bosco, dígame en seguida su secreto; ¿cómo ha hecho usted para conquistar el mundo?

—Querido señor abogado, le respondió, helo aquí: envío el *Boletín Salesiano* a quien lo quiere y a quien no lo quiere.

Don Bartolomé cazó al vuelo la idea. El publicaba una revista bimestral titulada *El Rosario y la Virgen de Pompeya,* pero no había imaginado todavía el concepto del poder ya alcanzado por la prensa. De regreso a Valle di Pompei, mejoró la tipografía, aumentó la maquinaria y multiplicó los ejemplares de la revista: de cuatro mil en 1884, pasó a setenta y dos mil en los dos lustros siguientes. Por eso, don Bosco es considerado allí como el que «marcó el paso a la segunda etapa de la revista y de la tipografía de Pompeya» [1].

Tenemos quince cartas, guardadas hasta ahora en el archivo por carecer de conexión con los temas precedentes o, en todo caso, inoportunas si se intercalaban en otro lugar, que vamos a reproducir aquí finalmente, entrelazadas con un abanico de noticias biográficas que traemos para ilustración de aquéllas.

MISIONES Y GOBIERNOS

Hemos visto, en el undécimo y vigésimo segundo capítulos, cómo los Gobiernos de Argentina y Uruguay legislaban contra la Iglesia, y asestaban sus tiros principalmente contra las corporaciones religiosas. Don Bosco, apenas oyó de lejos el tronar de la tormenta, corrió al abrigo, dando instrucciones los dos Inspectores sobre la conducta a seguir; entre otras cosas, al acercarse **[671]** el momento del peligro, deberían recurrir a los representantes diplomáticos de Italia en ambas capitales. Pero entonces, dadas las relaciones existentes entre el Estado y la Iglesia en Italia, no era tan fácil para los eclesiásticos encontrar apoyo ante hombres a menudo sectarios y, generalmente, liberales más o menos ardorosos. Por eso, el Santo se industrió para conseguir del Gobierno italiano alguna útil declaración. So pretexto, pues, de implorar una subvención, extendió un memorial sobre las escuelas fundadas por él en América y lo remitió al Ministro de Asuntos Exteriores. Ya sabemos lo bien dispuesto que estaba siempre para favorecer al Siervo de Dios el israelita piamontés, Santiago Malvano, secretario general de dicho ministerio. A él, pues, dirigió don Bosco su escrito, rogándole lo transmitiera a su Ministro, que era el honorable Mancini.

---

[1] *El Rosario y la Virgen de Pompeya,* año LI, núm. 5 (sep.-oct. 1934) pág. 280.

Ilustrísimo señor Comendador:

Ya sé que Su Señoría ilustrísima aprecia y protege nuestras escuelas de América del Sur y que estará muy al tanto del notable desarrollo que van tomando.

Me limito a recomendarle todo a su reconocida bondad y rogarle muy de corazón al Señor del cielo y de la tierra que le conserve en buena salud por el bien de la sociedad civil y, en especial, de tantos compatriotas nuestros que residen en aquellas lejanas y extranjeras tierras.

Con los sentimientos de la más profunda gratitud, tengo el alto honor de poderme profesar,

De V. S. Ilma.

Turín, 9 de febrero de 1885

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

El señor Malvano le respondió, con fecha del diez de febrero, acusando recibo y asegurando que no dejaría de presentar dicho asunto ante Su Excelencia. En efecto, con gran solicitud, el Ministro escribió a don Bosco la siguiente carta.

Reverendo Señor:

Sería muy grato poder atender, según mi deseo, la instancia, que su Señoría Reverendísima ha dirigido a este Ministerio para obtener una subvención en favor de las escuelas que ha instituido en el extranjero; realmente la tarea **[672]** tan positivamente cívica de la instrucción en nuestras colonias de emigrantes nunca podrá ser suficientemente alabada. Es lástima que los gastos que, para ese mismo fin, sostiene el Ministerio, son tales que absorben casi enteramente los fondos que anualmente vota el Parlamento; y el escaso resto de que dispone, después de sufragar todos los subsidios fijos, queda absorbido por los gastos extraordinarios que siempre se presentan con destino a remodelación de edificios, suministro de material escolar, etc.

De todas formas, con el gran deseo de ofrecer a su Señoría Reverendísima una pequeña muestra del interés que este Ministerio tiene por la buena marcha de las diversas escuelas que V. S. ha establecido, sobre cada una de las cuales le agradecería unos breves y concisos datos, no dudo en poner a su disposición la cantidad de quinientas liras, que su V. S. Rvma. puede retirar de esta caja, a cambio del correspondiente recibo y mediante la exhibición de la presente. Reciba las expresiones de mi más cordial consideración.

MANCINI

La carta ministerial era cuanto don Bosco pretendía y la cuantía de la suma contaba poco; ésta, sin embargo, acreditaba la carta al demostrar cómo el Gobierno de la patria tomaba en consideración la labor que realizaban los Salesianos en América. Y el divulgar esta noticia en los países donde amagaban amenazas, no podía dejar

de producir cierto consuelo a los interesados, como efectivamente sucedió [1].

HIJAS DE MARIA AUXILIADORA

Como ya saben los lectores [2], don Bosco no tenía prisa por solicitar de Roma la aprobación de las Reglas del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora. Tal aprobación tendría como efecto el sustraerlas a la jurisdicción del Santo, en tanto que él consideraba necesario seguir teniéndolas todavía vajo su tutela hasta la consolidación de la obra. Añadiremos que don Bosco habría preferido mantener siempre o, al menos, el mayor tiempo posible, a las Hermanas bajo la dependencia del Rector Mayor de los Salesianos. Existía entonces un significativo ejemplo de semejante dependencia en la Iglesia y era la vigente **[673]** en las Hijas de la Caridad, mantenida constantemente bajo la jurisdicción ordinaria del Superior de los Paúles. De este tema trataba un opúsculo del padre paúl Stella, asistente de Italia ante el Superior General de París. Esperando, pues, poder recabar de tal publicación algo de luz para su propósito, se la pidió al autor.

Reverendísimo Señor:

Tenía la esperanza de verme honrado con una visita de su Señoría Rvma. a nuestro hospicio; pero, como me parece que ello va a ser un poco difícil, le hago por escrito mi humilde petición.

Tenemos en nuestra Congregación la sección de las hermanas, denominadas Hijas de María Auxiliadora, y desearía que tuviese poco más o menos, respecto del Superior de los Salesianos, la misma dependencia que tienen las Hijas de la Caridad del Superior de los Paúles. Su Señoría podría proporcionarme un importante servicio, prestándome un ejemplar del Opúsculo que, según me dicen, ha hecho imprimir [3].

Compadezca la escritura de este anciano semiciego; Dios haga florecer la Congregación, que tan dignamente dirige, y, con su gran bondad, dígnese también rezar por este pobrecito que será siempre para usted en J. C.

Turín, 13 de junio de 1885

Seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

---

[1] Véase más arriba, pág. **[528]**.

[2] Véase Vol. XV, pág. 527.

[3] A pesar de las muchas pesquisas realizadas, no hemos logrado hallar un ejemplar de este opúsculo.

Precisamente, aquel mes de junio, se hacía la segunda edición de las Reglas redactadas por don Bosco en 1876 para las Hijas de María Auxiliadora; esto explica su interés por la cuestión de la dependencia. La nueva edición tenía modificaciones notables, pero siempre partiendo de la base de la anterior. La había preparado don Juan Bonetti en colaboración con monseñor Cagliero y con el consejo del Capítulo Superior. Antes de llevar el original a la imprenta, fue examinado por el cardenal Alimonda, que lo retuvo largo tiempo, pero lo devolvió sin añadir ni quitar una sílaba. Luego don Bosco, diciendo que, al formularlas, no había podido hacer sobre ellas **[674]** un atento estudio (lo cual debía servir, sobre todo, para no mostrar desconfianza con el trabajo de don Juan Bonetti), quiso que se las leyeran de punta a cabo e introdujo algunas enmiendas. Finalmente, para que no faltase nada a la seriedad del trabajo, ordenó que se leyeran al Capítulo en pleno para oír las observaciones de todos. Y así, por distintos caminos, se insertaron en ellas diversas modificaciones aptas para mejor conseguir el fin del Instituto, que es la santificación de las Hermanas y la salvación de las almas. Ultimada la impresión, se rogó todavía a monseñor Cagliero y a don Santiago Costamagna que las examinasen atentamente y anotaran y comunicaran cuanto creyesen oportuno para la tercera edición. Durante los ejercicios espirituales, se retiró el texto antiguo y se distribuyó el nuevo [1].

EL CONDE EUGENIO DE MAISTRE

Tenemos tres cartas que don Bosco le escribió en 1885. Tenía el Conde varios enfermos en la familia, entre ellos su madre, Carlota du Plan de Sieyès. La veneranda señora debía dejar este mundo pocos meses después. En la primera carta, el Santo le consuela y agradece un generoso donativo.

Muy querido señor Conde E. de Maistre:

El señor Vergan, su representante en Borgo, me ha traído noticias de su familia, que hace mucho tiempo deseaba, pero no tan buenas como hubiera sido mi gusto.

Hemos redoblado las oraciones que diariamente se hacen ante el altar de María Auxiliadora. Y tales plegarias serán muy especiales por aquellas personas de su familia a quienes Dios mandó cruces.

Su aludido agente me entregó un generoso donativo con la caritativa cantidad de

[1] Cartas de don José Lazzero a monseñor Cagliero, Turín, 10 de abril y 9 y 27 de junio de 1885.

dos mil francos. Tales regalos son para nosotros verdaderamente excepcionales; por lo cual, corresponderemos con plegarias excepcionales al Señor, del que esperamos también bendiciones especiales, ya que fue El quien dijo: *Date et dabitur vobis.*

Sí, querido Conde Eugenio, la Santísima Virgen María, que, de tantos modos y tantas veces, bendijo y protegió a toda su familia, querrá **[675]** seguir mostrándose poderoso y piadoso auxilio de los Cristianos con usted y con toda su familia.

Hágame la gran caridad de rezar también por mí y por toda nuestra familia, mientras, con la mayor gratitud, tengo el honor y la satisfacción de poderme profesar de usted, queridísimo señor Eugenio,

Turín, día 1.º de marzo de 1885

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P.D. Llega en este momento la señora marquesa Fassati con la baronesa Ricci, que disfrutan de óptima salud, y me dan las últimas noticias de la familia de V. S., al tiempo que me facilitan la dirección exacta para esta carta.

Mi salud, como tal vez ya sepa, no fue muy buena este año; ahora va un poco mejor y ya he podido salir de paseo un par de veces. Le envío unas medallitas de María Auxiliadora, que he bendecido y han estado depositadas sobre el altar de esta piadosa Madre, mientras celebraba la misma, especialmente aplicada por sus enfermos.

El encuentro aquí mencionado sucedió una tarde cuando don Bosco regresaba al Oratorio después de su acostumbrado paseíto. Vio a la puerta un lujoso carruaje, del cual descendieron la marquesa Fassati y la baronesa Ricci. Las dos nobles damas hablaron largo rato con él, dejándole, al irse, una considerable limosna, para las casas de noviciado.

En 1884, la marquesa de Fassati se encontraba a punto de muerte. Los médicos, convencidos de que iba a morir de un momento a otro, habían prohibido que entrasen a visitarla personas ajenas a la familia. Sin embargo, la enferma mandó, con gran insistencia, llamar a don Bosco. Tras insistentes llamadas, a las cuales conociendo él la prohibición de los médicos, creyó oportuno no acudir, finalmente fue y le dio la bendición de María Auxiliadora. La Marquesa le dijo entonces:

—Estoy dispuesta a hacer lo que María Auxiliadora quiera que yo haga para su mayor gloria.

Con estas palabras quería decir que ayudaría al Oratorio. Pues bien, desde aquel momento y contra toda esperanza, entró en convalecencia, recobró en breve la salud y, después, cumplió escrupulosamente su promesa. A ella dirigió don Bosco una graciosa cartita con la que **[676]** le ofrecía un cestito de fruta recogida, según parece, en el huerto del Oratorio.

Benemérita Marquesa:

Fruta crecida bajo la sombra y protección de María Auxiliadora. Crezca así su salud y la de su familia. Así sea.

Sea María nuestra guía hasta el cielo.

Rece por este pobrecito, que será siempre en J. C.

Turín, 24 de noviembre de 1885

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

El Conde, a su regreso de Francia, donde pasaba algún tiempo durante el verano, antes de dirigirse a Borgo Cornalese, había hecho una visita al Oratorio con la esperanza de volver a ver a don Bosco; pero el Santo se encontraba hacía cerca de un mes en Mathi. Cuando éste lo supo, escribió con la mayor cortesía al Conde.

Muy querido señor conde Eugenio:

Recibo con gran satisfacción la noticia de que, al llegar a Turín, nos obsequió con su deseadísima visita. Espero poder de algún modo acercarme a su castillo de Borgo para saludarle; pero, entre tanto, quiero muy de veras hacer en estos días oraciones especiales por usted y por toda su familia.

Que la Santísima Virten tenga a todos bajo su particular protección y les ayude a seguir en la tierra los virtuosos ejemplos de María hasta ir un día todos a hacerle gloriosa corona en el Paraíso.

Tengo alguna dificultad para escribir, léame, pues, con paciencia. Dígnese rogar por mí y por toda la creciente familia Salesiana, junto con la cual tengo el gran honor de poderme profesar en N. S. J. C.

Mathi, 12 de agosto de 1885

Humilde y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Para bien de las familias establecidas en Borgo Cornalese, pequeño arrabal de Villastellone, los condes De Maistre mantenían a sus expensas un maestro sacerdote, que hacía, al propio tiempo, de capellán del castillo durante la estancia de los Señores. Primeramente había estado don Miguel Angel Chiatellino, enviado allí expresamente **[677]** por don Bosco [1]; al retirarse éste, hacía falta buscar otro. El Conde se lo pidió de nuevo al Siervo de Dios, quien le respondió en estos términos:

[1] Véase LEMOYNE M. B. Vol. IX. pág. 446.

Queridísimo señor conde Eugenio:

Con muchísimo gusto me preocupo de buscar un maestro para Borgo. No resulta muy fácil encontrarlo, pero haré cuanto pueda, de acuerdo con otros sacerdotes nuestros, y luego le comunicaré el resultado.

Le escribo todo esto por si tardáramos en lograr algo. Muy querido Eugenio, rezo cada día por usted y por su familia. Dios les bendiga a todos y les conceda salud y santidad, pero siempre por el camino del Paraíso. Amén.

Turín, 22 de octubre de 1885

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Los señores Ceriana, de Turín, bienhechores del Oratorio y mencionados muchas veces anteriormente en otros volúmenes, lloraban la pérdida de otro hijo suyo [1]. Don Bosco les envió su palabra de cristiano consuelo.

Muy apreciados señores José y Teresa Ceriana-Racca:

Siento con toda mi alma la dolorosa pérdida de su hijo Marcelino, a quien Dios llamó a Sí en los primeros albores de su vida. Adoremos sus divinos decretos.

Pido al buen Dios que les compense con otros consuelos, otros herederos de sus virtudes en la vida futura.

Que María Auxiliadora les conserve en buena salud, les proteja y obtenga de su divino Hijo días felices.

Con gran estima, tengo el honor de poderme profesar,

Turín, 10 de mayo de 1885

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[678] El profesor Miguel Messina, de Nápoles, buen cooperador salesiano, tenía sus cruces. En 1883 había confiado sus cositas a don Bosco, de quien recibió una estampita de María Auxiliadora con esta dedicatoria al dorso:

Muy querido en el Señor:

Que Dios le bendiga y María le consuele en las penas de la vida. Ayúdele a superar los peligros de este mísero destierro y les lleve a usted y a su hermana a gozar un día los verdaderos bienes que el mundo no podrá negarnos ni arrebatar jamás. Así sea.

Rece por este pobrecito,

Turín, 17 de noviembre de 1883

JUAN BOSCO, *Pbro.*

[1] Véase anteriormente pág. 338.

Las cruces seguían afligiéndole dos años después, cuando envió a don Bosco un recordatorio de Tierra Santa. Era una de esas estampas adornadas con flores tomadas en los lugares de la Pasión, desecadas y pegadas a cartoncitos de modo que representen diversos temas. El Siervo de Dios aprovechó aquel motivo para consolar al donante.

Muy querido en el Señor:

Recibo muy agradecido la preciosa corona del Getsemaní, que se digna enviarme y que guardaré como grato recuerdo de usted. ¡Sea ésta presagio de la corona que la misericordia del Señor nos dará un día como esperamos en el Paraíso!

Me entero por su carta de que no le faltan cruces. Haga así. Véngase conmigo. Viviremos como hermanos: pan y trabajo no nos faltarán; el consuelo nos lo dará el Señor. ¿Le parece bien? Que Dios nos bendiga y ayude a sufrir con El por el camino del cielo. Siempre suyo de corazón en J. C.

Turín, 24 de febrero de 1885

Afectísimo amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

ORACIONES

Lo mismo que se recurría a don Bosco personalmente para implorar su bendición, así también de todas partes, incluso de países lejanísimos, recibía cada semana centenares **[679]** de cartas, que imploraban la caridad de sus oraciones y de las de sus muchachos. El, según los casos y las circunstancias, respondía personalmente o por medio de otros. Las tres contestaciones que aquí presentamos son un pobre testimonio de dicha correspondencia, que resultaría riquísima, si fuera posible seguir los rastros; sin embargo, también éstas, unidas a las ya publicadas, tienen el valor de preciosas reliquias, salvadas de la dispersión.

En el mes de febrero, la señora Rosita Ferrerati, de Turín, había pedido un triduo de oraciones para la curación de un hijo suyo, que estaba en una situación muy grave y ofrecía muy pocas esperanzas. Ya se le habían administrado los últimos sacramentos y, cuando se esperaba con temblor la hora fatal, si no inminente y segura, llegó dirigida al enfermo una estampa de María Auxiliadora con estas líneas de puño y letra, firmadas por don Bosco: «Dios le bendiga y la Santísima Virgen le lleve por sí misma una bendición especial. Le encomendaré fervorosamente en la santa misa».

Cuál fue el efecto de todo esto nos lo describe el mismo joven [1]:

[1] Relato del abogado Mario Ferrerati, Turín, 21 de enero de 1886.

«Encontrándome siempre en tan doloroso estado, se reunieron en consulta varios médicos, y mientras les preguntaba mi madre sobre mi enfermedad, me llegó la estampa de la Virgen Auxiliadora que amablemente se dignó enviarme don Bosco. Cuando abrí el sobre y leí las bonitas frases que me escribió, sentí como una sacudida interior y un gozo que me hacía olvidar mis dolores. Mientras tanto, los médicos decían a mi madre que ellos no podían dar un fallo definitivo, pues era imposible hacerme un examen concienzudo (algo que resultaba inadmisible, dado mi estado), sin que yo estuviera levantado y sentado en la cama.

»—¿Cómo he de levantarme?, exclamé yo entonces. ¿Así?

»Y de repente, me senté en la cama sin ayuda de nadie. Los médicos se miraron unos a otros y quedaron atónitos, exclamando a una voz que aquello era un auténtico milagro y que, **[680]** ellos no acertaban a explicarse cómo había podido hacer tal cosa, y recuerdo muy bien que ni yo mismo sabía dar razón del hecho».

La curación, sin embargo, no fue inmediata; pero siguió la mejoría hasta recobrar por completo la salud. La madre voló en seguida a contarle la gracia a don Bosco, añadiendo que también sus vecinos habían obtenido favores prodigiosos de María Auxiliadora. Pocos minutos después, como atestiguaba el reverendo Festa a don Juan Bautista Lemoyne, hablando el Santo de esto con quien estaba a su lado en aquel momento se conmovió y dijo:

—Verdaderamente se ve que la Virgen es siempre nuestra buena Madre. Son cosas que vemos con nuestros propios ojos, cosas de todos los días y de varias veces al día.

Otra señora, Carolina Gori, cooperadora salesiana de Massa Carrara, le había pedido que celebrara una misa para obtener una gracia temporal en favor de una familia de Roma, donde residía entonces la interesada. El Santo le respondió:

Muy apreciada señora Carolina Gori:

Con mucho gusto, rezo por el feliz resultado de esa piadosa intención. Haga Dios que todo salga bien y para provecho de la familia que usted me recomienda. Celebraré gustosamente la Santa Misa y nuestros huerfanitos harán conmigo oraciones y comuniones con este fin.

Que Dios nos bendiga y conceda lo que mejor sea para nuestra alma.

Me encomiendo a la caridad de sus oraciones y me profeso.

Turín, 5 de agosto de 1885

Humilde servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

No se obtuvo la gracia, pero, como escribía la señora al *Boletín Salesiano* el día 2 de abril de 1891, nació entonces en dicha familia una confianza extraordinaria en las oraciones de don Bosco, tanto que, después de su muerte, encontrándose en excepcionales apuros, recurrió a María Auxiliadora, poniendo por intercesor al Siervo de Dios y puede decirse que fue casi milagrosamente librada **[681]** de las aflicciones que la atormentaban. Todo esto se ve también confirmado por una relación del reverendo Cagnòli, párroco del Sagrado Corazón.

La señora Maggi Fannio, de Padua, pretendía, ni más ni menos de don Bosco, que mandase a María Auxiliadora que le concediera inmediatamente una gracia deseadísima y recibió la siguiente respuesta:

Respetabilísima Señora:

Querría mandar a la Santísima Virgen y decirle que le conceda inmediatamente la gracia que desea. Pero no puedo hacer más que pedírselo humildemente.

En este sentido, junto con mis huerfanitos, suplicaré que esta Celestial Madre oiga su súplica, y usted será ciertamente escuchada en todas las peticiones que no sean contrarias al bien eterno de su alma.

Estoy semiciego y escribo con dificultad; compadezca, por tanto, mi mala letra.

Dios la bendiga, benemérita Señora; acuda en mi ayuda con su caridad y Dios se lo recompensará abundantemente.

Dígnese, además, rezar por este pobrecito, que será siempre en J. C., su

Turín, 15 de septiembre de 1885

Humilde servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

La misma señora, poco después, le envió a Turín una discreta limosna, insistiendo en que le obtuviese la suspirada gracia. Se acusó recibo en nombre de don Bosco ausente; pero, cuando él se informó de ello, quiso escribirle de su puño y letra.

Respetabilísima Señora:

Me encuentro fuera de Turín, pero creo que se le ha hecho el oportuno acuse de recibo de su generoso donativo de quinientos francos.

Le renuevo mi más vivo agradecimiento, asegurándole que seguiremos haciendo nuestras humildes plegarias comunitarias y privadas y, por mi parte, cada mañana en la santa misa, no dejaré de hacer un memento según su piadosa intención.

Tengo plena confianza en que obtendrá la gracia que pedimos al Señor, pero siempre con la condición de que nuestra petición no sea contraria al bien de nuestras almas. ¿Le parece bien así?

Con mucho gusto, pues, celebraré la santa misa según las intenciones que usted manifiesta.

[682] Dios la bendiga, benemérita Señora, y, con usted, bendiga a todos sus parientes y amigos, y María guíe a todos hacia el cielo.

Acepte nuestra sincera gratitud y nuestras oraciones diarias según sus intenciones; Pero tenga la bondad de rezar por este pobre y achacoso sacerdote, siempre suyo en N. S. J. C.,

Oratorio de San Benigno Canavese, 2 de octubre de 1885

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Había llegado desgraciadamente el momento, en que las fuerzas no le bastaban para responder vez por vez de su puño y letra a la petición de oraciones; por lo que, en 1885, acudió al expediente de formular ciertas respuestas para diversos casos, litografió un buen número de ejemplares y los enviaba a los interesados. Los destinatarios, comprendiendo que aquella letra era ciertamente la suya, tanto si se daban cuenta o no de la reproducción litográfica, conservaban aquellas cuartillas como si fueran auténticos autógrafos. Una de dichas circulares era de este tenor:

Muy apreciado Señor:

Respondiendo a su respetable carta, tengo la satisfacción de asegurarle que rezo con sumo gusto, juntamente con mis queridos huerfanitos, por usted y que, según todas sus intenciones, comenzaremos una novena de oraciones y comuniones el día... Dígnese unirse a nuestras piadosas plegarias: 1.º, recitando diariamente tres *padrenuestros, avemarías, glorias y salves,* con las jaculatorias: *Corazón Sacratísimo de Jesús, ten piedad de nosotros* y *María Auxiliadora de los Cristianos, ruega por nosotros;* 2.º, recibiendo la sagrada comunión, fuente de todas las gracias; 3.º, haciendo alguna obra de caridad.

Encomiendo nuestros pobres muchachos a su generosa caridad y ruego, al Señor que dijo: *Dad y se os dará,* que recompense abundantemente todo cuanto usted haga por ellos, que tanto lo necesitan.

Tengamos, entre tanto, plena confianza en que nuestras oraciones serán escuchadas del modo más conveniente para el verdadero bien del alma.

Dios le bendiga y la Santísima Virgen nos consuele a todos con su maternal protección. Con particular estima y respeto, quedo de usted

Día..... 1885

Seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[683] AGRADECIMIENTO

Las cartas de agradecimiento llegadas hasta nosotros forman una serie muy numerosa en el epistolario de don Bosco. He aquí todavía algunas.

A una cooperadora de Villastellone, Clara Giuganino, que le había enviado una limosna, le daba las gracias con esta cumplidísima cartita.

Muy apreciada señora Clara:

Que Dios bendiga y recompense su caridad. Al acudir en nuestro socorro, ayuda usted a salvar a muchos chicos pobres y abandonados. Tenga buen ánimo y continúe sirviendo al Señor. Yo encomendaré cada día al Señor todos sus asuntos, sus familiares y su alma.

Pida también por mí, que soy en J. C.,

Turín, 18 de mayo de 1885

Humilde servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Al acercarse el día veintiséis de julio, escribía a la buena cooperadora Ana Fava, para felicitarle su día onomástico y agradecerle su constante generosidad.

Santa Ana, rogad por nosotros.

Muy apreciada señora Fava:

Dios la bendiga hoy y siempre, y la Santísima Virgen le recompense abundantemente por la caridad que nos ha hecho y hace en favor de nuestros huerfanitos. Que santa Ana, además, le obtenga de Jesús la paz del corazón, la tranquilidad de conciencia y la perseverancia en el camino del paraíso, juntamente con su doncella, María.

Espero poder volver a verla en breve personalmente.

Tenga la bondad de rezar por mí, que el próximo domingo celebraré la misa por usted, de quien me profeso en J. C.

Fábrica de papel San Francisco, Mathi, 22 de julio de 1885

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[684] El señor Julio Felisi, de San Pedro de Lavagno, en la comarca de Verona, enviaba, de vez en cuando, pequeñas limosnas, encomendando, al mismo tiempo, sus intenciones particulares. Su familia conserva dos cartitas de agradecimiento escritas por el Santo en el año 1885. En la primera decía don Bosco: «He recibido la limosna que usted nos hace para nuestros misioneros. Dios recompense abundantemente su caridad. Rezaremos todos según su piadosa intención». Y en la segunda: «Con gran agradecimiento, he recibido la cantidad que, en su bondad, nos ha hecho llegar, como importe de los boletos de la rifa, organizada en favor de las obras del Sagrado Corazón de Jesús en Roma. Dios se lo premie cumplidamente, mientras que yo

no dejaré de rogar cada día por la buena marcha de su salud y la de todas las personas y asuntos que le afectan».

Dos cartas, rebosantes de gratitud, dirigió al benemérito ingeniero Levrot, de Niza. El día diecinueve de julio, al dorso de una estampita de María Auxiliadora, escribió para él estas líneas: «Oh, María, llevad Vos misma una bendición especial a vuestro hijo, Vicente Levrot, y a toda su familia, y sed para todos ellos guía segura hasta el Cielo». En la primera cartita, agradece a él y a otro señor enfermo los donativos que ambos le habían hecho.

Muy querido señor Caballero:

Creo que, a estas horas, don Miguel Rúa ya habrá dado de mi parte las debidas gracias a usted, querido señor Levrot, y al generoso señor Montbrun.

Mi vista y las demás energías vitales han mermado mucho y apenas si puedo valerme de ellas; sin embargo, la bondad de dicho benemérito Señor merece especiales expresiones de gratitud y, también, plegarias especiales a Dios por su salud [1].

Con este fin, he dispuesto que, hasta Navidad, se celebre diariamente una misa en el altar de María Auxiliadora con las correspondientes oraciones y comuniones por parte de nuestros jóvenes.

Tantas plegarias no resultarán ciertamente infructuosas ante el trono de María y espero abundantes bienes espirituales y temporales para nuestro querido enfermo.

Por lo demás, a usted, señor Caballero, le doy mis humildes gracias por la especial **[685]** protección que nos presta en favor de nuestros huerfanitos; y rogando a Dios que conserve a usted y a su familia en buena salud y en su santa gracia, tengo el sumo placer de poderme profesar en J. C.

Turín, 21 de septiembre de 1885

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

La segunda carta anticipa la felicitación de Navidad y año nuevo. Manifiesta también su amistad con el ingeniero por el esfuerzo que ha de hacer para escribir con motivo de su salud.

Muy ilustre y querido señor Caballero:

No quedaría satisfecho si no escribiera al menos unas palabras a V. S. carísima. Rezamos cada día por V. S. y su familia; pero, durante esta novena, en este final y comienzo de año, deseo que se intensifiquen dichas oraciones y comuniones, a fin de que el Señor les conserve a todos en buena salud y en el camino del Paraíso, para que allí se vea ampliamente recompensada la gran caridad que ha hecho y sigue haciendo a los pobres Salesianos.

Quieran ustedes también rezar por mí y considerarme en J. C.

Turín, 13 de octubre de 1885

Afmo. y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[1] De otra carta de don Bosco a Levrot, se deduce que este insigne bienhechor murió el día primero de agosto de 1886.

De algunas cartas francesas únicamente poseemos las copias, casi todas ellas, a no dudarlo, con retoques; pero la dicción y el estilo son seguramente de don Bosco [1]. Tres van dirigidas a la ya conocida cooperadora de Lyon, la señora Quisard. La primera es para felicitarle el año nuevo e invitarla a que vaya a Turín para la fiesta de san Francisco de Sales; la segunda abunda en sentimientos piadosos en torno a la concesión de conservar el Santísimo Sacramento en su oratorio privado, obtenida por mediación de don Bosco; en la tercera, pide noticias de «su salesiano», es decir de su hijo Antonio, que la madre entregaría enormemente contenta. Vemos cómo estas tres cartas **[686]** tienden a ser cada vez más cortas, a medida que el declive de fuerzas se hace más ostensible.

También se han mencionado en estos últimos volúmenes los nombres de las señoras Lallemand, madre e hija, las dos muy devotas de don Bosco; a comienzos del año 1885, les enviaba expresiones de su profunda gratitud. Unas dos semanas antes, había confiado graciosamente un encargo a su gran amigo, el conde Boulanger de Villeneuve, estimulándole a aceptarlo con un argumento muy original. Don Antonio Varaia, director de la casa de Saint-Cyr, necesitaba dinero para pagar a los albañiles. Don Bosco encargaba de ello al Conde y le daba todas las facultades necesarias al caso para sufragar todas las deudas que los Salesianos tenían en Saint-Cyr.

«—¿Acepta, señor Conde, le preguntaba, este honroso encargo? Quedo a la espera para conocer su valor y su entusiasmo, no militar, sino pecuniario».

Una sexta carta, a un destinatario que desconocemos, agradece un donativo e invita al donante a ir a Turín.

Tampoco podemos dejar de aludir a una carta, que don Bosco no escribió, pero que, tal vez, inspiró directamente y firmó. El abate Fociéré-Mace, rector de Léhon, en la provincia de Côtes-du-Nord, le había regalado un manual del *Via Crucis,* compuesto por él, encomendándose a sus oraciones para poder llevar a término la construcción de una iglesia. Al agradecerle el obsequio, le anuncia que, en el Oratorio, se comenzará una novena a María Auxiliadora según su intención el día catorce de enero.

Toda la correspondencia de don Bosco transpira confianza en el

[1] Apéndice, doc. núm. 99, A, B, C, D, E, F y G.

valor de la oración: indicio también éste de la estima y del uso frecuente que habitualmente hacía él de ella.

El día 30 de agosto de 1885, durante la comida, recayó la conversación sobre la *Historia de Italia,* escrita por el Santo y sobre el éxito que la misma tuvo, a pesar de los comentarios que corrían cuando se **[687]** publicó, cuando hombres, sectas y partidos, en desacuerdo con otros temas, se daban la mano para una sola cosa: para atacar a la Iglesia y a sus instituciones. A un cierto punto, don Bosco se explayó manifestando cuál había sido su gran secreto para realizar el bien que había hecho y salir ileso en medio de tantas fuerzas adversas:

—Nunca me he dejado arrastrar por las corrientes del día. Me tracé un plan de acción que tuvo aceptación desde el comienzo de mi apostolado; lo seguí en los tiempos vertiginosos y lo continué incluso cuando todo amenazaba inestabilidad. No cambié nunca de método y esto ha dado y da todavía los buenos frutos que, con la protección de la Virgen, estamos viendo.

Esta conducta no impidió que él tuviera molestias y persecuciones; pero le libró de verse arrollado. Valiente adalid de Jesucristo, militó con Dios durante todo el curso de su vida, sin entremeterse en asuntos mundanos y, por haber luchado legítimamente de este modo, mereció alcanzar la corona de los vencedores, no sólo en la otra vida, sino también en ésta [1].

[1] Véase 2 Tm 2, 3-5.

APENDICE DE DOCUMENTOS

[691]

1 *(El original en francés)*

Don Bosco a la señora Quisard

A

Caritativa Señora:

Don Camilo de Barruel está ausente y lleva entre manos nuestros asuntos; por eso, no puedo enviarle los objetos que usted pide.

Lo que sí puedo es asegurarle mi gran agradecimiento por todas las bondades que usted, señora Quisard, nos prodiga tan a menudo.

Que Dios la bendiga y, con usted, a toda su familia; y que la Santísima Virgen sea siempre la guía y protectora de mi querido amiguito Antonio.

Los más respetuosos saludos para todos los que le hablan de mí y rece por este pobre sacerdote, siempre suyo en J. C.

Turín, 8-1884

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

B

Señora Quisard:

Comprendo muy bien, señora, sus sentimientos, que son también los míos. Una casa salesiana para los pobres huérfanos de la ciudad de Lyon. Pero hay que rezar todavía un poco. Por mi parte, haré todo lo posible. Mas, con toda prudencia, hay que preparar a la autoridad eclesiástica. Mi salud va algo mejor, pero sigo siempre encerrado en mi habitación.

No dejaré, señora, de rezar cada mañana en la santa misa según sus intenciones.

[692] Que Dios la bendiga con su señor y caritativo marido, su familia y todos sus intereses, para su felicidad.

Que Dios nos conserve en su gracia. Así sea.

Turín, 16-2-1884

Su atento y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

C

Caritativa señora Quisard:

Su atenta carta y su generoso donativo nos obliga a aumentar nuestras oraciones y nuestros actos de piedad según su intención.

Le doy las gracias de todo corazón y seguiremos rezando sin descanso a la Santísima Virgen a fin de que le bendiga, proteja y guíe con su familia, y muy especialmente con su marido, en buena salud, y siempre por el camino del Paraíso.

Mi salud en este momento va algo mejor y los médicos me han dicho que el sábado podré salir para Niza, como pienso hacer. Pero usted puede dirigir las cartas siempre aquí, a Turín.

Con la mayor gratitud y la seguridad de que continuaremos nuestras pobres oraciones, se profesa siempre en J. C.

Turín, 28 de febrero del 1884

Su atento y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

2

Cardenal Ludovico Caverot

El cardenal Ludovico-María-José-Eusebio Caverot, sucesor de san Potino y de san Ireneo en la iglesia metropolitana y primada de Lyon, nació en Joinville, pequeña ciudad de la diócesis de Langres, el 28 de mayo de 1806. Cursó sus estudios en los colegios de Troyes y Dôle y los terminó en Saint-Acheux, diócesis de Amiens. Estuvo en París, donde se doctoró en derecho y se empleó por algún tiempo en el Ministerio de la Guerra. En 1831 se ordenó sacerdote y fue a Besançon con el cardenal Luis de Rohan Chabot; en 1832 fue vicario de la iglesia arzobispal y, tres años después, cura arcipreste de la misma. Desde que entró al servicio de la Iglesia, consagró toda su vida a la gloria de Dios y a la salvación de las almas. El ministerio eclesiástico, el estudio, la oración, la predicación, las obras de caridad fueron sus ocupaciones sacerdotales y siguieron siéndolo como Obispo y Cardenal. El eminentísimo cardenal Mathieu, una de las glorias de la Iglesia en Francia, no tardó **[693]** en reconocer en el abate Caverot la gran virtud que se escondía bajo las más humildes apariencias y lo promovió a canónigo en 1841 y en 1846 lo nombró su Vicario General. Su conducta en el ejercicio de este cargo abrióle el camino al episcopado.

El 20 de abril de 1849, Su Santidad Pío IX, en el consistorio celebrado en Gaeta, después de pronunciar la alocución *Quibus quantisque procellis malorum* contra la República romana, preconizaba a algunos Obispos y, entre ellos, al canónigo Caverot, confiándole la iglesia de Saint-Didié. El nuevo Pastor fue a tomar posesión de su diócesis, en la que permaneció veintisiete años. La diligencia y el interés por todo cuanto se refería a la Iglesia, la devoción a la Santa Sede, que ya había distinguido entre los eclesiásticos de Francia a Caverot, brillaron todavía con más luz; la dulzura y la bondad, con que gobernaba paternalmente la diócesis, le ganaron todos los corazones. Creían en Saint-Didié que lo iban a tener por siempre; pero Dios disponía las cosas de otro modo y, cuando fue trasladado a Lyon, la separación de tan buen Padre fue sobre manera dolorosa.

Monseñor Caverot se preocupó en Saint-Didié por los institutos de educación eclesiástica: Autrey y Châtel fueron objeto de sus atenciones. Promovió las conferencias eclesiásticas y estableció la liturgia romana obligatoria, fundó una caja de socorros para los sacerdotes ancianos, promovió la romería al santuario del beato Fourier, apóstol de Lorena, y convocó el sínodo diocesano.

Fue a Roma, con ocasión de la fiesta para la canonización de los mártires japoneses, y firmó el célebre mensaje que los Obispos allí reunidos presentaron al Padre Santo, rindiendo espléndido homenaje a su infalible magisterio, y volvió con ocasión del Concilio Vaticano, en el que despertó admiración por su devoción a la autoridad del Papa.

Al quedar vacante la diócesis de Lyon, por muerte de monseñor Guenouilhac, el gobierno francés, a quien correspondía proponer el nombramiento del sucesor, presentó a la Santa Sede al Obispo de Saint-Didié. Pío IX aceptó la elección que habían hecho y, en el consistorio del 26 de junio de 1876, monseñor Caverot fue promovido Arzobispo de Lyon y Vienne. Era un nombramiento merecido y fue recibido con aplauso universal. No tardó en trasladarse a su archidiócesis y cooperó eficazmente a la inauguración de la nueva Universidad católica de Lyon, cuyos comienzos habían sido bien asegurados por monseñor Thibaudier, hoy obispo de Soissons, y que había sido por algún tiempo obispo auxiliar y vicario capitular encargado del gobierno diocesano durante la enfermedad y después de la muerte de monseñor Guenouilhac.

Su Santidad Pío IX creó a monseñor Caverot cardenal presbítero de la Santa Iglesia Romana el 12 de marzo de 1877 con el título de San Silvestre *in Cápite,* y lo llamó para formar parte de la Congregación del Concilio, de Propaganda, del Indice y de las Indulgencias y Sagradas reliquias. Fue designado para llevarle **[694]** la birreta cardenalicia monseñor José Fráncica-Nava, camarero secreto de Su Santidad; y el Mariscal Mac-Mahón, valiéndose de la facultad concedida por la Santa Sede a algunos jefes de Estado, se la impuso, rindiendo con bellas frases el merecido homenaje a las virtudes del novel Purpurado.

DON BOSCO *Il più bel fiore del collegio apostolico,* pág. 230.

3

Himno al cardenal Alimonda

DON BOSCO Y SUS HIJOS APLAUDEN AL UNISONO A SU VENERADISIMO ARZOBISPO, SU EMINENCIA EL CARDENAL CAYETANO ALIMONDA, FELICES DE RECIBIR EN EL ORATORIO, EL DIA DE LA FIESTA DE SU PATRONO, AL QUE ES VIVO EJEMPLO DE LA SABIDURIA, LA MANSEDUMBRE Y LA CARIDAD OPERANTE DE SAN FRANCISCO DE SALES.

Esta dicha que miras grabada
En la frente de tantos muchachos
Te dirá que esta hora es la ansiada,
Como un salto o suspiro de amor.

Nuestro anhelo de verte era tanto
Y tan viva y tan larga la espera
Que hoy prorrumpe de amor nuestro canto
Aclamando al ilustre Pastor.

¿Quién al verte su pecho no siente
Palpitar de alegría y de afecto?
Tu presencia es cual arco esplendente,
Signo fiel del mejor porvenir.

Si hablas tú, es el amor el que vibra
Con su dardo en tus labios sagrados,
Y el amor mueve el alma y su fibra
Que a Dios alza su afán y sentir.

¡Amor eres! Tu pecho enriquece
De ternura la Virgen María,
Y en tus ojos la luz resplandece
Del que arcanos purísimos ve.

Los arcanos de dulce hermosura
Que destella la faz de María;
Tú, testigo de tanta dulzura,
Que Ella da al que la mira con fe.

[695] ¡Amor eres! Y el dulce semblante
De Francisco de Sales reflejas.
¡Cuál será Dios de bueno y de amante
Si tan bueno y amante eres tú!

Eres alba de paz, bella aurora,
Y al errante que vive en tinieblas
Eres cirio de luz redentora
Que lo guía al redil de Jesús.

¡Amor eres! Y al Padre de Roma
Nos descubre tu idílico canto:
El poder en que el Cielo se asoma,
La alegría que ciñe su sien.

Gloria e imperio que en cielos y tierra
El promueve con brazo divino:
Prisionero, dispersa la guerra
Y somete al potente a sus pies.

¡Amor eres! Y el mismo León Trece
Te arrancó con dolor de su lado,
Y cual prenda de amor te ha donado
A este pueblo que está junto al Po.

Aquí el Santo Sudario, memoria;
Aquí la Hostia radiante de gloria
Y la Virgen, Consuelo y Victoria
Contra el mal a sus hijos legó.

Gracias a este santísimo Aarón
Que en ti parte del alma nos dona,
Y al venir de la nueva Sión
Es señal de piedad y de paz.

¡Ven aquí, entre tus hijos, llamados
Salesianos, porción de María!
La pequeña semilla de un día
Hoy es árbol frondoso y en flor.

No fue cosa de humano destino
Fecundado por nubes terrenas;
Fue de Dios el deseo divino
El que este árbol gigante plantó.

[696] ¡Amor eres! Extiende tus alas
De ángel sobre este pueblo divinas,
Buen pastor que delante caminas,
Nube, llama, estandarte, blasón.

Caminando contigo, a la meta
Nuestros ojos en ti, irán seguros
Por los arduos senderos oscuros,
Mas siguiendo tus huellas de amor [1].

4

Discurso del cardenal Alimonda a los cooperadores de Turín

Muy queridos Cooperadores Salesianos y Cooperadoras, en Roma me ocupaba también de los asuntos de los Salesianos y, cuando nuestro querido don Juan Bosco celebraba sus conferencias anuales, en la iglesia de las Nobles Oblatas de santa Francisca Romana en Tor de'Specchi, también yo tomaba parte, decía alguna palabra y hacía alguna exhortación a las personas asistentes. Allí me entretenía en conversar con vivo interés en torno a la Obra Salesiana y a su fundador; ¿quién habría dicho entonces que la divina Providencia me enviaría de Arzobispo a Turín, donde esta obra ha nacido y crecido y desde donde se ha difundido por diversas partes para bien de la sociedad y de la religión? ¿Quién habría dicho que yo tendría la suerte de asistir en Turín a las conferencias salesianas a las que asistía en Roma y en las que hablaba a título de amistad y religión e intervenir en ellas, no ya como un hermano y amigo

[1] El poeta cantó especialmente el amor, inspirándose en la primera homilía pronunciada por el Cardenal en la Metropolitana el día de su entrada, y que fue impresa en la Tipografía Salesiana con el título *«Las dulzuras del amor en Roma y en Turín»*.

más, sino como pastor y padre? ¡Ah, sí!, Con mucho gusto, acepté la presidencia de esta selecta reunión, porque yo aprecio la obra de los Salesianos y, más ahora, que puedo llamarla también obra mía, y espero que don Bosco me permita usar esta palabra.

¿Y de dónde me viene a mí este afecto por la obra de los Salesianos? De que yo debo amar y favorecer todas las obras, que se ajustan al espíritu evangélico de Nuestro Señor Jesucristo. Por lo cual, si os demuestro que, en la obra de don Bosco, en la obra de los Salesianos, está el espíritu del Evangelio, el espíritu de Jesucristo, quedará demostrado también que debo amarla y favorecerla con todas mis fuerzas.

1.º La obra amada con predilección por Nuestro Señor Jesucristo, fue la de evangelizar e instruir a los pobres; pobres no sólo de bienes materiales, sino de virtudes, con el fin de enriquecerlos con su gracia y hacerlos partícipes de las riquezas celestiales. Por esto, decía el Maestro divino que había sido enviado precisamente **[697]** para aleccionar y curar a esta clase de personas: *Evangelizare pauperibus misit me, sanare contritos corde.*

Ahora bien, ved ahí la gran empresa, que los Salesianos han asumido. Don Bosco, al fundar su obra, se preocupó particularmente de socorrer a los pobres en bienes de fortuna, a los pobres de mente y corazón, a los pobres de instrucción religiosa y a los heridos en el alma. Desde el principio, sintió en su corazón un gran afecto hacia estos infelices, fue a buscarlos por calles y plazas y ejerció precisamente su ministerio para alivio espiritual y material de estos pobrecitos, los cuales, por estar abandonados a sí mismos, por dedicarse a oficios vulgares, por vivir oprimidos con la miseria, no se cuidaban de Dios ni de su alma y corrían abocados a la perdición. A este noble fin, tiende la institución de los Salesianos y la caridad de sus Cooperadores y Cooperadoras. Como véis, ésta es verdaderamente una obra según el Evangelio; por consiguiente, como Pastor, como Arzobispo, debo amarla y protegerla; y la amo y la protejo.

2.º Mantengámonos en el espíritu del Señor. El tenía también un amor entrañable a los niños, y éstos se lo tenían a él. Cuando Jesús recorría Palestina predicando, corrían a rodearle y lo festejaban. Los apóstoles, temiendo que molestaran al Maestro divino, los apartaban; pero esto no le gustaba a Jesús y mandaba que les dejasen acercarse, diciendo: *Sínite parvulos venire ad me* (Dejad que los niños vengan a mí) y que yo los acaricie.

Don Bosco, a su vez sintió arder en su corazón el amor a los niños, y puso aquí en Turín el campo de su apostólica misión dedicado a ellos. Acudieron a él los jovencitos, lo siguieron e hicieron de él la imagen de Jesucristo. Don Bosco y los Salesianos abren colegios para niños, escuelas, hospicios y oratorios festivos y se convierten en sus amigos, sus hermanos, sus padres. Es ésta una obra plenamente evangélica; y yo debo amarla, porque, además, me interesa muy de cerca.

Ahora vienen los muchachos con toda libertad a rodear al Pastor, al representante de Jesucristo en la diócesis; no hay apóstoles, que los aparten de nuestro lado; pero con todo puede haber un obstáculo que nos impida acariciarlos y bendecirlos. Este obstáculo sería su mala conducta, serían las malas pasiones, la envidia, la soberbia, la pereza, la inmoralidad. Mi carácter episcopal me impide abrazar a muchachos manchados con el pecado y jovencitos dañados por el vicio. Pues bien, ¿qué hacen don Bosco, los Salesianos y sus Cooperadores? ¡Ah, benditos sean! Ellos se afanan por mantener en la inocencia a estos hijos queridos; ellos los ayudan a combatir y vencer sus pecaminosas tendencias; a desalojar los vicios de su mente y de su corazón, si ya han penetrado en ellas; ellos me los hacen virtuosos, humildes, afectuosos, obedientes y puros, a fin de que yo pueda, como el Señor estrecharlos contra mi corazón. ¡Oh,

vengan, vengan a mí estos muchachos santificados de esta manera; vengan, porque quiero estampar en su frente un beso de padre. Pero, mientras tanto, es justo que yo ame y proteja la obra salesiana, que me proporciona esta felicísima suerte.

[698] 3.º Jesucristo recomienda en el Evangelio la oración y nos asegura que donde están reunidas en su nombre algunas personas se encuentra El en medio de ellas: *Ubi sunt duo vel tres congregati in nomine meo, ibi sum in medio eorum.* Las iglesias de una manera particular, los oratorios, las casas de educación, donde se juntan almas piadosas, donde se elevan fervorosas oraciones, donde resuenan cánticos sagrados, donde se piensa, donde se habla, donde se trabaja por la gloria de Dios, son las casas del Señor, son los lugares, a los que El tiene vueltas sus amorosas miradas, es más, son los lugares, donde El habita y se entretiene como padre en medio de sus hijos e hijas: *Ubi sunt duo vel tres congregati in nomine meo, ibi sum in medio eorum.*

—Ahora bien, ¿qué ha hecho don Bosco con sus Salesianos, con sus cooperadores y con sus cooperadoras? Ha levantado casas, oratorios, capillas, iglesias tan hermosas como ésta adonde acuden miles de personas para rezar y cantar himnos al Señor; ha multiplicado los lugares, donde habita personalmente Jesucristo en el sagrario, lugares donde El reside con su espíritu de bondad y de misericordia, donde concede perdón al pecador, perseverancia al justo, alivio al enfermo, ánimo al débil, consuelo al afligido. De esta manera, la obra de don Bosco, la obra de los Salesianos ha promovido y promueve eficazmente la práctica de la oración. Ella es, pues, una obra conforme al espíritu del Evangelio y, por tanto, yo debo amarla y fomentarla; amarla y fomentarla tanto más cuanto que muchos de estos lugares de oración se levantan en esta mi archidiócesis y en favor de las almas confiadas a mi pastoral cuidado.

4.º El santo Evangelio quiere que todos los hombres formen una sola familia, un solo rebaño bajo un solo pastor y padre; manda, por consiguiente, la unidad de fe y condena la discordia en religión, detesta las herejías. El divino Maestro pedía que sus discípulos estuviesen por gracia tan unidos de mente y corazón como para formar una cosa sola entre sí, como El y el divino Padre son una sola cosa por naturaleza: *Ut sint unum sicut et nos.* Para obtener esta unidad, El estableció jefes visibles de su religión a san Pedro y a sus sucesores, los Pontífices Romanos, y mandó a todo fiel obedecer a su Iglesia, bajo pena de ser considerado como un pagano y un excomulgado: *Si ecclesiam non audierit, sit tibi sicut ethnicus et publicanus.* La unidad de fe y de religión es, pues, según el espíritu del Evangelio; más aún, es querida y mandada por Jesucristo; por consiguiente, todo el que se industria por conservar esta unidad misma hace algo eminentemente evangélico y según la voluntad de Dios.

Y esto precisamente hace nuestro querido don Bosco. El trabaja con su institución por obtener esta unidad de fe de diversas maneras, pero especialmente oponiéndose de cerca a la herejía del protestantismo. Por eso, en Roma, en Florencia, en La Spezia, en Ventimiglia, junto a las escuelas e iglesias de los protestantes, se levantan escuelas e iglesias católicas para impedir que estos herejes siembren sus errores y perviertan la mente y el corazón de los católicos. **[699]** Aquí en Turín vemos lo mismo; también aquí don Bosco y los Salesianos promueven la unidad de fe y combaten la herejía. Recorriendo esta magnífica avenida, encontramos en cierto punto, más que una capilla, un templo protestante, y nuestro corazón queda dolorido; pero, a los pocos pasos, nos encontramos con alegría esta hermosa iglesia de San Juan Evangelista que, por obra de don Bosco y gracias a las aportaciones de sus cooperadores y cooperadoras, está aquí como centinela para impedir que avance el error llevando la división y la confusión a las almas de los turineses. Así, pues, la obra de los Salesianos

promueve la unidad de fe y yo debo amarla. ¿Y qué obispo podrá no amar, es más, no amar con predilección una obra como ésta?

5.° ¿Y dejaré yo de hablar de la gran obra de las misiones? Nuestro Señor Jesucristo envió sus apóstoles a predicar el Evangelio a todo el mundo: *Euntes in mundum universum, praedicate evangelium omni creaturae.*

Y don Bosco envía también a sus Salesianos a diversas partes de Italia, a Francia, a España, a América y acabamos de oír ahora mismo lo que el relator ha contado acerca de lo mucho que están haciendo los Salesianos en la lejana Patagonia. También don Bosco dice a sus hijos: *Euntes docete omnes gentes;* y, por su obra, resuena ya la voz del Evangelio y de la fe cristiana en aquellas remotas regiones, y las tribus y los pueblos ingresan en el seno de la Iglesia: *In omnem terram exivit sonus eorum et in fines orbis terrae verba eorum.*

Y no se diga que don Bosco, al enviar sacerdotes a las misiones extranjeras, los quita a nuestras tierras; puesto que el ejemplo y el sacrificio de estos apóstoles influye por un lado beneficiosa y eficazmente en los que quedan, enardece más y más su celo, multiplica su acción y, por otro lado, despierta mayor número de vocaciones consagradas a Dios, y nos proporciona más sacerdotes, que vienen a ocupar el vacío dejado por los héroes. Procuremos excitar el espíritu de fe y de piedad en las poblaciones católicas, y entonces éstas, como en otro tiempo, proporcionarán operarios evangélicos para nosotros y para enviar a los pueblos más apartados, todavía en las sombras de la muerte. Esto es lo que intenta obtener también la obra de los Salesianos en sus escuelas, y don Bosco envía también sus misioneros a las diversas partes del mundo para que, junto con los otros bienes, lleven y hagan nacer y desarrollarse la semilla de las vocaciones eclesiásticas entre las otras gentes, proporcionando así a la Iglesia Católica mayor número de pregoneros del santo Evangelio. Dejemos, pues, que partan de entre nosotros los nuevos apóstoles, porque Dios nos recompensará con creces.

Me parece haberos demostrado suficientemente que la Obra de los Salesianos es una obra según el espíritu del Evangelio, según el espíritu de Jesucristo, y así queda también demostrado que yo debo amarla y favorecerla. Es más, todos deben amarla y favorecerla, cooperando a su bienestar, haciendo de modo que se desarrolle más y se dilate. No haya quien diga:

—La obra marcha por sí misma, ya está extendida y no necesita de mi cooperación.

—No, porque ésta sería una fea palabra; **[700]** palabra que suele asomar a los labios de los que nunca quieren molestarse por la gloria de Dios. Precisamente porque la obra marcha, precisamente porque está ya extendida, precisamente porque vemos que Dios la bendice y la protege, nosotros tenemos que hacer lo posible por cooperar a su desarrollo, sabiendo que hacemos una cosa que es grata a Dios y útil para el prójimo. No cabe duda de que hay que hacer algún sacrificio con la limosna. ¿Y qué con esto? Se hacen muchos sacrificios parecidos por el lujo, por vanas diversiones y, tal vez, también para pecar, y ¿se querrá rehusar un sacrificio en favor de una obra tan bella? En todo tiempo, y hoy más que nunca, para oponerse al mal, para promover el bien hay que molestarse, hay que aguantar sufrimientos e incomodidades. Sin ello, no hay mérito ni hay gloria, sin ello la avalancha de los males derribará todo dique y nos ahogará.

Es oportuno recordar aquí, queridos hijos míos, lo que la Sagrada Escritura nos cuenta del profeta Elías. Este gran hombre había trabajado mucho en tiempos dificilísimos por la gloria de Dios y la salvación del pueblo de Israel, pero con escaso éxito;

por lo que, desalentado, resolvió vivir tranquilo y fue a encerrarse en una cueva. Estaba allí escondido, cuando oyó la voz del Señor que le decía: —*Quid hic agis, Elia?* (¿Qué haces aquí, Elías?). Tú estás aquí inactivo, mientras triunfan mis enemigos están abandonados mis hijos y es pisoteada mi ley; tú podrías luchar e impedir que mi enemigo arrastre a mi pueblo hasta su ruina total; podrías levantar a los caídos, alentar a los cobardes y prepararlos para una espléndida victoria y, en cambio, te encierras. *Egrédere,* sal de aquí.

Elías, al oír estas palabras, se avergonzó de sí mismo, salió de la cueva, regresó a su pueblo, volvió a defender con el acostumbrado ardor la causa de la religión, sometiéndose a las más duras pruebas.

También, en nuestros días, hay personas que, al ver en el mundo tantos desórdenes religiosos y sociales, se amedrentan, se desaniman y se encierran en sus casas, que no son ciertamente la cueva de Elías, y allí se contentan con lamentar los males de la sociedad; sin molestarse, sin poner manos a la obra, sin hacer sacrificio alguno para impedirlos o al menos aminorarlos. Pues yo ahora digo a éstos lo mismo que Dios a Elías:

—Salid, salid de vuestra inercia y, si no sabéis o no podéis bajar al campo de batalla y enfrentaros con los enemigos de Dios, ayudad siquiera con vuestras limosnas, con vuestra caridad a aquellos, que se encuentran en el campo y sostienen el peso de la batalla. Favoreced las buenas instituciones y, entre éstas, favoreced la obra de los Salesianos, obra según el Evangelio, según el espíritu de Jesucristo. Que os anime a esto el pensamiento de que si, con vuestra generosidad, crece el número de las almas salvadas, crecerá al mismo tiempo para vosotros el derecho a su agradecimiento, el derecho a mayores gracias para vuestra santificación, el derecho a una más espléndida corona, el derecho a la alabanza de Dios y también a la de los hombres. Y esta alabanza vosotros la habéis merecido hasta ahora, puesto que muy eficazmente habéis ayudado a los Salesianos y habéis obrado con ellos mucho bien. Seguid así, y yo os bendigo.

[701] **5** *(El original en francés)*

Carta de don Bosco a un señor francés

Señor:

Tengo la satisfacción de recibir su cristiana carta, querido señor, y no dejaré de rezar y hacer que recen nuestros muchachos según su intención. Cada mañana en la santa misa tendré muy gustoso un recuerdo por usted, por sus parientes sanos y enfermos y, en general, por toda su familia.

Encomiendo a su caridad a todos mis huerfanitos (ciento cincuenta mil) y tenga a bien ayudarnos con sus oraciones.

Rece cada día tres *padrenuestros, avemarías y glorias* al Santísimo Sacramento hasta San Pedro; y le ruego reciba a menudo la santa comunión con toda su familia.

Me pide mi dirección y aquí la tiene: reverendo Juan Bosco, en Marsella hasta el veintinueve de este mes, y después en Turín.

Que Dios le bendiga, querido señor, y recompense generosamente su caridad y

que la Santísima Virgen le conceda salud y santidad para toda su familia y dígnese también rezar por mí, que siempre seré en J. C.

Marsella, 17 de marzo de 1884

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

6 *(El original en francés)*

Carta a don Miguel Rúa después de la muerte de don Bosco

Reverendo Padre:

La triste noticia llegó aquí, ¡ay de mí!, a través de los diarios, la víspera de la Purificación y yo la supe el dos de febrero, jueves. Esta tarde, día tres, me llega su dolorosa carta y me confirma la mil veces triste realidad.

El dieciocho de enero, escribía yo al R. P. Director del oratorio de San León, de Marsella, preocupada por la lectura de unos renglones alarmantes publicados sobre el estado de salud del venerado y tan llorado don Bosco.

No se dijo más y yo esperaba que las noticias podrían haber sido falsas o al menos exageradas.

Desgraciadamente, después de unos días de esperanza, llegó el último boletín de los tres médicos tan afectos al venerado enfermo que comprobaban, después del tres de enero, una mejoría notable y progresiva hacia el *restablecimiento* (Esta expresión me había llenado de esperanza).

[702] Las fervorosas oraciones no han retardado, ¡ay de mí!, más que unos cuantos días esa muerte tan hermosa y edificante, después de una vida enteramente consagrada al bien y al ejercicio de las más altas virtudes de la caridad.

Esos trabajos incesantes, ese espíritu siempre dedicado a las grandes obras realizadas o por realizar, han acortado los preciosos días del santo y venerado siervo de Dios y de su santa Madre.

Lo repito ante usted, Padre mío: Dios es esencialmente justo y bueno en sus inescrutables designios y no hay más que inclinar la cabeza bajo su mano, que nos hiere para probar nuestra sumisión y nuestra fe. A pesar del vacío inmenso y el profundo dolor causado a todos sus hijos, a tantos muchachos, a patronatos y oratorios, a todos los que le han conocido personalmente o por sus admirables obras, no pueden ellos, sin embargo, dejar de gozar con el pensamiento de que posee la gloria y la felicidad perfecta y que la corona de los elegidos ciñó su cabeza en el instante mismo en que salió de esta tierra. Porque, ¿quién podrá poner en duda la inmediata entrada en el cielo de esta alma grande y selecta, de este siervo del buen Dios e instrumento constante de sus inspiraciones divinas?

Sin embargo, Padre mío, y de acuerdo con las reflexiones que le inspira el querido difunto, será para todos nosotros una dulce ocupación, un santo pensamiento presentar a menudo ante el Señor este querido recuerdo.

Desde el cielo será, y lo es ya, este venerado Padre, el guía, la fuerza y el inspirador vigilante de todas las obras, que él confía aquí abajo a todos sus celosos colaboradores. ¡No, sus obras no vendrán a menos jamás! Están fundadas (como lo acaba de

decir su santo protector) en la bondad de Dios, en la poderosa intercesión de María Santísima Auxiliadora y en la contribución de todos los cooperadores que nunca les faltarán.

En realidad sólo hace cuatro años, durante el invierno 1883-84 pasado en el Mediodía, que conocimos jubilosos a este santo, cuyo nombre llenaba una parte considerable del mundo por sus obras benéficas.

El buen Padre nos recibió en la casa de La Navarre, cerca de Hyères, durante largo rato; su bondad, sus oraciones y su bendición, dos veces en aquella visita que jamás olvidaremos, nos han llenado de valor y de fuerza en nuestros sufrimientos. Nos habló de sus obras colosales, de una rifa que empezaba a organizarse e hizo de nosotras cuatro cooperadoras; y se dignó, después de algún tiempo, recibir mis muchas peticiones de oraciones y siempre tuvo a bien contestar a mis indiscretas súplicas.

Este venerado Padre se dignó enviarnos palabras de consuelo, cuyo secreto poseía abundantemente, cuando el buen Dios quiso que le devolviésemos nuestro queridísimo hijo hace tres años.

Me son muy queridos estos recuerdos, y todos los muchos renglones, que el llorado y venerado don Bosco se dignó escribirme, están coleccionados, clasificados como una verdadera reliquia piadosamente guardada.

La *Semaine Religieuse* de la diócesis me trae la triste noticia, tomada del diario *(Le Monde);* habla de un ataque de parálisis **[703]** ocurrido el domingo por la mañana, y que le quitó, en las últimas horas de esta preciosa existencia, el conocimiento y la sensación de su fin.

Cuando hayan pasado unos días más, Padre mío, me será muy grato recibir algunos detalles de su hermosa muerte.

La llegada de monseñor Cagliero al lado del venerado don Bosco ha sido providencial; he leído con lágrimas la relación del *Bulletin* sobre esta entrevista emocionante de su amadísimo Obispo, arrodillado a los pies de su padre venerado y El, inclinando la cabeza sobre sus hombros, besando sin parar su anillo pastoral.

En medio de este profundo dolor ¡qué dichoso debe considerarse Monseñor por haberse encontrado en medio de todos y haber cerrado los ojos a este Padre queridísimo!

Animo, padre mío, su misión es hermosa; usted está destinado a continuar la obra de aquél, a quien desde hacía tanto tiempo ayudaba en todos sus trabajos. Desde lo alto del cielo, el santo y venerado fundador contempla a sus hijos, a todos los cuales ha confiado esta magnífica tarea para realizar aquí abajo; su recuerdo no morirá jamás; él animará sin tregua los alientos, espoleando a seguir sus ejemplos, sus eficaces consejos, y será para los cooperadores un modelo admirable para proteger la caridad en la medida de sus medios...

3 de febrero, a las nueve de la noche
Auxerre (Yonne), Rue Neuve, 15

L. REMACLE

7

Carta de don Esteban Febbraro a don Bosco

Amadísimo Padre:

Su carta me ha hecho conocer más su buen corazón de padre, y la obligación que tengo de ser un buen hijo suyo. Al considerar la solicitud amorosa y tranquila con que piensa en nosotros y en los jóvenes, que nos ha confiado, me avergüenzo de ser tan distinto de usted y de dejarme desconcertar tan a menudo por mis pequeñas dificultades, mientras usted sabe mantenerse tan sereno y tranquilo en medio de las graves ocupaciones y de los trabajos que le agobian.

Quiero pedir a Jesús y a María que me conserven siempre el ejemplo de tan buen padre y me concedan la gracia de poderle imitar. Y, si yo no puedo imitarle, procuraré al menos dar a conocer a los demás el corazón de nuestros padre y me esforzaré por infundir en los hermanos y en los muchachos el amor a don Bosco, para que aprendan de él a amar a Dios.

He cumplido su recado para los alumnos del cuarto y quinto curso de bachillerato, los cuales quedaron conmovidos con esta prueba de afecto, que les ha dado y parecen **[704]** dispuestos a arreglar el asunto de su vocación con seriedad y sinceramente. Tan pronto como yo tenga todas sus cartas, se las entregaré a don José Lazzero para que se las dé a usted a su vuelta.

He transmitido sus saludos a todos los estudiantes y me encargaron le diera las gracias, especialmente por la oraciones que hace por ellos y por la bendición que pedirá al Padre Santo. Todos le deseamos buena salud y que la bendición de Jesús y de María descienda sobre usted y sobre sus obras, para que, con el padre, sean bendecidos también sus hijos.

No me atrevo a escribir más, en atención a su salud y a sus ocupaciones. Comunicaré a don Juan Bautista Lemoyne noticias más detalladas respecto a la conducta de los muchachos. Todos sentimos la necesidad de tener con nosotros a don Bosco y pedimos a Dios cada día que nos lo devuelva pronto.

Tendrá usted disgustos con nosotros, pero pude estar seguro de que le queremos; como nosotros tenemos la seguridad de encontrar siempre en usted un padre afectuoso, que perdona todo y quiere a todos. Rece por nosotros para que seamos mejores cada día y especialmente para que yo sea bueno.

Oratorio, 26 de abril de 1884

Su afmo. hijo,
ESTEBAN FEBBRARO [1]

[1] Acerca de esta carta escribía don Juan Bautista Lemoyne a don Miguel Rúa el 28 de abril siguiente: «Dirás a don Esteban Febbraro que don Bosco ha recibido su carta y quedó contento y conmovido. ¡Qué corazón tiene don Bosco!».

8

Corona de comuniones por don Bosco, de los del clero infantil del Oratorio

Reverendo Padre:

Creerá que nos hemos olvidado de usted por no haber dado señal de vida, durante los días que estuvo lejos de nosotros; pero la culpa del silencio la tuvieron los exámenes; si callamos con los escritos, no callamos con las oraciones a Jesús y a María. Durante su dolorosa enfermedad, cuando se encontraba en el Oratorio, hicimos una corona de comuniones y de visitas a fin de que la Virgen le concediese la tan deseada salud. Y estas nuestras oraciones tampoco faltaron durante su viaje y, especialmente en el mes de nuestra querida Madre, quisimos redoblarlas, por su siempre delicada salud y para que el Señor se dignase asistirle en el viaje y en sus santos deseos por la propagación del bien.

Seguiremos haciendo dulce violencia a los Santísimos Corazones de Jesús y de María para que nos lo devuelvan pronto y sano para muchos años. Siga usted por su parte **[705]** queriéndonos y acordándose de nosotros en sus oraciones; sobre todo no deje de obtenernos una bendición del Padre Santo para que podamos dar gusto a usted, a nuestros queridos superiores y al Señor.

Diga al Padre Santo que rezamos de todo corazón por El, para que pueda recibir consuelo en las aflicciones que le causan los ingratos, y pueda vivir todavía muchos años felices para bien de la Iglesia y de nuestra sociedad.

Acepte, queridísimo Padre, estos sencillos deseos con su acostumbrada bondad, bendíganos, quiéranos y créanos siempre sus

Afectísimos y agradecidos hijos,
LOS DEL CLERO INFANTIL

Corona de comuniones

Antonio Amerio	4
Bernardo Chicco	4
Bartolomé Moretti	4
Amílcar Berlenda	4
Bartolomé Gaido	5
Juan Graffione	7
Juan Sfondrini	4
Cayetano Solita	6
Jorge Tomatis	6
Enrique Verghetti	6
Pedro Brassea	10
Pedro Buratti	10
Bartolomé Cravero	10
Antonio Dones	9
Domingo Giacoma	9
Enrique Marelli	9
Miguel Martina	8

Atilio Mazzuchelli 9
Luis Santi 1
Juan Sola 9
Camilo Barassi 9
Eduardo Baroni 9
Domingo Daira 7
José Grossoni 7
Ernesto Nicolai 5
Miguel Quaranta 6
Pedro Appiano 8
Domingo Batuello 10
Hermenegildo Bianco 10
Miguel Cerruti 9
Eugenio Chiaravalle 9
[706] Alfeo Dedionigi 9
Francisco Dellacroce 9
Salvador Fumagalli 5
Saúl Galbiati 8
Carlos Livio 8
Domingo Olivero 10
Alejandro Perni 10
Juan Piatti 10
José Pignocco 10
Félix Roncati 9
Enrique Scaltriti 10
Juan Fantardini 10
Ernesto Valz-Blin 9
Marcelino Bertolotto 9
Juan Grogno 8
Carlos Ranzani 9

9

San Juan Bosco y los nuevos sacerdotes ingleses

Monseñor Kolbe, antiguo alumno del Colegio Venerable Beda en Roma, escribió esta carta al padre salesiano Walsh:

Mi querido padre Walsh:

Le envío el párrafo que usted me pidió, y me siento feliz por poder contribuir, aunque sea tan poco, a la Vida de su Santo.

En tiempos de san Felipe Neri, es un recuerdo, los estudiantes del Colegio Inglés (el Venerable), que solían ser saludados por el Santo con el *Salvete flores Martyrum,* tenían la costumbre de ir a pedir su bendición antes de partir para la misión. Sólo un estudiante no fue y no quiso ir. Aquel estudiante manifestó la fe en el cadalso. Yo estuve en el Colegio Inglés y lo dejé en 1882. El año inmediato (tal vez, al año siguiente), uno de mis compañeros de estudios (el Rvdo. I. S. Chapman) me escribió:

«Hemos descubierto a un Santo y hemos decidido reanudar la antigua costumbre de ir a pedir una bendición». El Santo era don Bosco, y siempre lamenté que no le hayamos descubierto un año o dos antes.

Si el Obispo Leeds (D. Cowgill) se ha recuperado de su actual enfermedad, tal vez confirmará esta declaración. El estuvo un año después de mí.

The Monastery, Sea Point, 11-2-35

Muy sinceramente suyo,
F. C. KOLBE

[707] **10**

Carta del padre Pío Mortara a don Bosco

Rvmo. Padre:

No quiero salir de Utrera sin entregar a su queridísimo hijo, el padre Ernesto Oberti, Superior de los RR.PP. Salesianos de Nuestra Señora del Carmen, una cartita para V. S. Rvma.

El Señor ha permitido en su infinita bondad que, después de predicar en otras ciudades de la Católica España, viniera también a Utrera para conocer y trabar fraternas relaciones con los queridísimos hijos de V. S. Rvma., a quienes he visitado a menudo, quedando profundamente edificado de su caritativa bondad y simpatía y de su espíritu eminentemente religioso, celoso, generoso y magnánimo. En hijos como éstos se reconoce al Padre bueno e incomparable que es digno de ellos como éstos lo son de él. *Laus Deo perennis et indeficiens, qui dedit potestatem talem hominibus.*

Estoy, pues, en España (en Chiclana, Prov. y Dioc. de Cádiz), desde 1882, y, después de haber aprendido con sumo trabajo la lengua, ahora voy adonde el Señor me llama *trabajando y sufriendo,* puesto que un residuo de mi última gravísima enfermedad me hace pasar días de verdadero martirio. N. S. J. C. no habría salvado al mundo, si no hubiese sufrido y *non est discipulus supra Magistrum.*

Cuando usted me honró con su visita en Marsella, en casa de las señoras Maccorelles, en mi mencionada enfermedad, usted me dijo que el Señor podía *suspender el decreto de muerte* ya dictado para mí [1].

Fue suspendido el decreto; usted hizo que fuera retirado y ahora, ¡ay de mí! si no empleo toda la vida que me queda en *edificar, defender y extender el místico reino de Dios,* como me escribió el Santo e Inmortal Pontífice Pío IX, de feliz memoria. Me encomiendo para ello por cuanto sé y puedo, a sus eficaces oraciones. Quiero ser *un gran santo* y por el camino de una profunda humildad y grandes sufrimientos. Este es el único medio que tengo para hacer algún bien con la gracia de Dios y para convertir a mi pobre familia. Con esta intención, imploro de V. P. Rvma. una bendición especial.

El excelente padre Ernesto me ha inscrito en la lista de los Cooperadores de su querida Congregación. Desde este momento, procuraré por todos los medios, especialmente con la predicación, sostenerla, y hacerla conocer y amar. En *Chiclana*

[1] Véase Vol. XV, pág. 46.

somos seis sacerdotes, tenemos novicios españoles y escuelas *externas,* pero nadie nos ayuda, excepto la Providencia. **[708]** Sus hijos son más afortunados aquí en Utrera.

Sin más, de todo corazón y con el más profundo respeto, me profeso,
De V. Rvma.

Utrera, Santiago-Mayor, 9 de abril de 1884

Su humilde y seguro servidor en J. C.,
PIO MARIA MORTARA, *Pbro.*

11

Carta de don Juan Bautista Lemoyne a don Miguel Rúa

Carísimo Rúa:

¡Viva María SS. Auxiliadora!
O dies felix memoranda fastis
Gestiens Clerus, puerique puri
Corde Reginae celebrare coeli
Munera certent.

Hoy a las doce y cuarto, entraba don Bosco a la audiencia con el Padre Santo —Agasajos afectuosos, indescriptibles— Todo concedido, *Deo gratias.*— Narración detallada para otro momento.— También hoy llega la comunicación oficial de que el Alcalde de Roma ha hecho, en nombre del Ayuntamiento, petición formal al Gobernador para el permiso de la rifa.— Don Bosco está mucho mejor y, desde que salió de Sampierdarena hasta este instante, ha ganado mucho especialmente en los últimos tres días.

El día ocho se celebró la Conferencia en Torre de'Specchi, pero con un tiempo endiablado, que retuvo en su casa a la mayoría de los Cooperadores. El miércoles, catorce, nos pondremos en viaje hacia Turín. Os notificaremos el día y hora de la llegada, si don Bosco me lo permite.

Don Bosco os saluda y os bendice, anunciándoos que el Sumo Pontífice envía una bendición especial para todos los Salesianos.

Ruega por mí, que estoy impacientísimo por volver a mi celda.

Roma, 9 de mayo de 1884

Tuyo afmo.
LEMOYNE, *Pbro.*

12 *(El original en francés)*

Carta de don Bosco al conde de Villeneuve

Mi querido señor conde de Villeneuve:

Estoy en Roma, pero no les olvido, señor Conde, a usted y a toda su familia. Ya sabe que todas las mañanas les recuerdo en la santa misa y seguiré haciéndolo.

[709] Mañana tendré la audiencia con el Padre Santo [1] y no dejaré de pedir una bendición muy especial por sus intenciones.

Espero que la señora Condesa, mi pequeño prioste y toda la familia, sigan bien y que la Santa Virgen los proteja siempre.

Recibo carta de Saint-Cyr, diciéndome que las deudas obstaculizan seriamente la construcción de aquel orfanato. He escrito al señor Cura párroco de Laciotat y de Aubagne para que nos ayuden, diciéndoles que usted tratará con ellos para buscar el medio a seguir en estas necesidades.

Anímese, señor Conde. La gracia de Dios nos nos faltará. Nos veremos en Turín para la fiesta de María Auxiliadora, ¿verdad?

Que Dios nos bendiga y la Santísima Virgen nos ampare y ayude a caminar con seguridad por el camino del Paraíso. Así se.

Roma, 1.º de mayo de 1884

Su atento, seguro servidor y amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

13

Carta del obispo de Ventimiglia a don Bosco

Muy Rvdo. Señor:

¡Qué malo es don Bosco, que pasó dos veces por Ventimiglia y no se dejó ver por el obispo! En penitencia por esta falta, mando a V. S. M. R. a mi arcediano; no va a Turín únicamente para solemnizar la fiesta de María Auxiliadora, sino también para pedir su auxilio aquí y hacer a V. S. una propuesta, que yo recomiendo encarecidamente. No se requiere mucho personal, ni tampoco personas de mucho valer. Necesitamos quien se cuide un poco de los muchachos abandonados y traviesos. Confío en su caridad y uniéndome para alabar a María Auxiliadora, me profeso,

De V. S. M. R.

Su seguro servidor,
+ TOMÁS, *Obispo*

Don Bosco escribió al margen: *Responda Lemoyne y diga que soy realmente malo; que prometo hacerme bueno y reparar de alguna manera el pasado, etc.*

---

[1] Así lo esperaba, pero no la tuvo hasta una semana después.

Se trataba de un oratorio festivo en Ventimiglia y don Bosco envió un sacerdote de la casa de Alassio todos los domingos.

[710] **14**

Carta de don Juan Bautista Lemoyne al director de los ferrocarriles romanos

Ilmo. Señor:

El día dieciséis de los corrientes pasó don Bosco por Florencia. Habría deseado vivamente visitar a V. S. Ilma. para agradecerle la exquisita bondad tenida con él, concediéndole la reducción de la tarifa sobre los billetes de los ferrocarriles romanos. Pero se lo impidió su delicada salud y una obstinada inflamación de los ojos. Por ello, me encarga le sustituya en el cumplimiento de su deber ante V.S. Ilma. con esta carta, asegurándole que nunca menguará su gratitud por tan insigne favor y que él y sus muchachos asilados recordarán siempre a su bienhechor en las oraciones comunitarias. Al mismo tiempo, me encarga también le notifique que se ofrece para recibir en sus casas a los hijos de los empleados, que la dirección de ferrocarriles juzgase tener que internar en ciertos casos.

Renovándole de parte de don Bosco la expresión de sus más atentos saludos, me declaro,

De V. S. Ilma.

Turín, 21 de mayo de 1884

Su seguro servidor,
JUAN BAUTISTA LEMOYNE, *Pbro.*

15 *(El original en latín)*

Súplica de don Bosco a León XIII para los Privilegios

Beatísimo Padre:

Juan Bosco, presbítero, humildemente postrado a los pies de Vuestra Santidad, en favor de la Congregación Salesiana, expone:

Que el día 3 de abril de 1874, consiguió esta Pía Sociedad la aprobación absoluta de las Constituciones por clemencia de la Santa Sede; después, se le concedieron algunos privilegios. Sin embargo, como quiera que estos privilegios fueron concedidos unos temporalmente, condicionados otros y algunos de viva voz, surgieron muchas y graves dificultades para su aplicación. Por ejemplo: la facultad de entregar las cartas dimisorias, concedida para un decenio el año 1874 el día 3 de abril, termina este mismo año y día. **[711]** Sin esta facultad, ¿qué podrá hacer el Superior de una Congregación, que tenga comunión de casas?

Las demás Congregaciones, en general, no pudieron allanar estas dificultades sino mediante la Comunicación de Privilegios. Esta proporciona una eficacia reconocida

como segura y ha sido firmada por piadosos y doctos autores, llevada a la práctica durante siglos y admitida por los Ordinarios de los diversos lugares.

Pues bien, para que la Sociedad Salesiana pueda conseguir su fin, en medio de las dificilísimas circunstancias de tiempos y de personas, el Superior de esta Congregación pide la Comunicación de Privilegios como la concedió el Sumo Pontífice León XII a la Congregación turinesa de los Oblatos de la Bienaventurada Virgen María.

Esta Congregación obtuvo el día 22 de agosto de 1826 la absoluta y específica aprobación de León XII de feliz memoria. Ahora bien, el día primero de septiembre con cartas apostólicas y, después, el día doce del mismo mes y año, se dignaba conceder la Comunicación pedida con estas palabras:

«Su Santidad, colmando de especiales favores y gracias al Superior General y a los Oblatos de la infrascrita Congregación, comunica benignamente a los mismos Oblatos y a sus iglesias, capillas y casas todos y cada uno de los indultos, privilegios, indulgencias, exenciones y facultades concedidas a la Congregación del Santísimo Redentor, y las extiende y concede perpetuamente con todas las cláusulas y decretos necesarios y oportunos».

Se añaden aparte algunas particulares aclaraciones.

Turín, 20 de enero de 1884

16

Comunicación de los Privilegios desde el siglo XVI

Desde hace mucho tiempo la comunicación de los Privilegios suele concederse por los Sumos Pontífices a las Congregaciones eclesiásticas de votos simples.

León X concedió la recíproca comunicación de los Privilegios a todas las Ordenes mendicantes.

Clemente VII en el Breve de erección de los Teatinos, que comienza diciendo *Exponi Nobis* (24 de junio de 1524), les concede todos los privilegios y favores espirituales concedidos y por conceder a los Canónigos Regulares. El mismo Pontífice (1525), con la Bula *Dum fructus uberes,* concedió a los Religiosos de la *Regular Observancia* la Comunicación de los Privilegios y Gracias Espirituales con cualquier Orden *quibusvis Congregationibus et aliis ordinibus quibuscumque etiam non mendicantibus quomodolibet concessis aut concedendis, etc.*

En el mismo siglo, las Congregaciones de votos simples, aunque hubiesen **[712]** obtenido por concesión directa algunos privilegios, sin embargo, para que todas tuviesen una regla fija, estudiada, practica y uniforme, un camino ya conocido y trazado, se empezó a conceder también a las mismas los privilegios de las órdenes religiosas.

Así lo hizo Paulo IV (7 de octubre de 1555) a los Teatinos con estas palabras: *Ut omnibus, et singulis privilegiis, indulgentiis, praerogativis, exemptionibus, immunitatibus, gratiis et indultis Societati Iesu Almae Urbis tam in Spiritualibus, quam temporalibus in specie, vel in genere per quoscumque Romanos Pontifices predecessores suos, et dictam sedem quomodolibet concessis et concedendis, et quibus societas huiusmodi tam in vita quam in mortis articulo etiam circa peccatorum remissiones, et junctarum poenitentiarum relaxationes et alias quomodolibet utebatur, poliebatur et gaudebat ac uti, potiri et gaudere poterat, similiter nostra Congregatio et Clerici*

Nostrae Congregationis uti, potiri, et gaudere libere et licite possent et valerent ac illorum omnium participes esse deberent.

San Pío V, a su vez, con el Breve *Ad immarcessibilem* (7 de febrero de 1587) concedió a los mismos Teatinos la Comunicación de los Privilegios con todas las Ordenes y Congregaciones Religiosas.

Urbano VIII en la Bula de erección de la Congregación de los Presbíteros de la Misión *Salvatoris Nostri* (12 de enero de 1632), estableció que esta Congregación pudiese gozar de todos los Privilegios, Exenciones e Indultos, que disfrutan *aliae quaecumque similes vel dissimiles Congregationes.* Igual concesión hicieron otros Pontífices en favor de la Compañía de Jesús, de la Congregación de la Madre de Dios, de los Píos Operarios, de los Ministros de los Enfermos, del Oratorio, de la Doctrina Cristiana, de los Pasionistas y de los Redentoristas. Las últimas Congregaciones, a las que yo sepa les fueron concedidos los favores por Comunicación, son: la de los Oblatos de María, a la que León XII (12 de septiembre de 1826) se los concedió con los Redentoristas, y el Instituto de la Caridad, aprobado por Gregorio XVI en 1838.

La razón de estas comunicaciones de los Privilegios fue dada por Clemente VIII en su Bula (20 de diciembre de 1595). *Ratio Pastoralis efflagitat ut quorum religionem ac virtutem sedi Apostolicae, totique Ecclesiae non modo illustrem et praeclaram, sed utilem etiam ac necessariam esse animadvertimus, eosdem nostris et eius sedis Apostolicae honoribus ac beneficiis libenter prosequamur.* Un acreditado cronista, como paráfrasis de las palabras de Clemente VIII, dice lo que sigue: *Regulares qui, licet diversorum ordinum, unum in Deo et professione existant, equum etiam est, ut in iisdem indultis et privilegiis uniantur et sic uniti arctiori vinculo Sedi Apostolicae, et inter se ad nomen Dei in terris propagandum animarumque salutem procurandam copulentur; ut, quos coniungunt par labor et paria merita, paria etiam conjungant Privilegia. Ita ab Aragonia, Elucidatio Privilegiorum. Tract. 5, cap. 8.*

[713] **17**

Comendaticia del cardenal Alimonda para la concesión de los Privilegios

CAYETANO ALIMONDA,
CARDENAL DEL ORDEN DE LOS PRESBITEROS,
DEL TITULO DE SANTA MARIA IN TRASPONTINA
POR GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTOLICA
ARZOBISPO DE TURIN,
DOCTOR Y GRAN CANCILLER DEL COLEGIO
DE LOS TEOLOGOS

Vista la súplica del Rvdo. don Juan Bosco, fundador y Superior General de la Congregación Salesiana, con la que implora del Padre Santo, para la misma Congregación, la Comunicación de los Privilegios de que gozan los Oblatos de María Virgen de esta ciudad.

Con verdadera satisfacción de nuestra alma, confirmamos la verdad de los motivos respetuosamente expuestos a Su Santidad para alcanzar la gracia.

Damos nuestras merecidas alabanzas a la Congregación Salesiana por la ejemplaridad en la disciplina, que mantienen los miembros de la misma, por el gran bien que

hacen, tanto en esta ciudad, donde tuvo y sigue teniendo su cuna la casa madre, cuanto en las numerosas residencias fundadas, en breve tiempo, en otros lugares. Consideramos muy oportuna la pedida concesión de los Privilegios por cuanto en nuestra ciudad y diócesis hay una desoladora dispersión de los religiosos de otras órdenes, de suerte que importa mucho que la benevolencia de la Santa Sede aumente la prosperidad y firmeza a una Congregación que, providencialmente, repara tantas pérdidas y tiene la ventaja de sustraerse a los golpes de las leyes civiles.

Por consiguiente unimos nuestras súplicas a las de dicho Superior General para impetrar de la bondad del Padre Santo la implorada Comunicación de los Privilegios de los Oblatos de M. V.

Turín, desde el Palacio Arzobispal, 29 de febrero de 1884.

+ CAYETANO, *Card. Arzobispo*

(hay un sello)

RAFAEL FORCHERI, *Can. Secr. Arzobispal*

[714] **18**

Nueva petición y lista de privilegios

Beatissime Pater,

Jam undecimus annus agitur ex quo, Beatissime Pater, humilis societas a S. Francisco Salesio dicta absolutam et specificam constitutionum adprobationem consecuta est. Aliqua privilegia omnimode necessaria a Supremo Ecclesiae Antistite tunc elargita fuerunt. Hoc temporis decursu socii Salesiani toti in eo fuerunt ut eorum constitutiones ad praxim traducerent, novitiatum, studia perficerent, pietatis exercitia inter socios eorumque alumnos promoverent et ita societatis finem consequerentur, qui gloria Dei lucrumque animarum semper fuit. Post absolutam adprobationem, adiuvante Deo, factum est ut haec humilis societas, vere pusillus grex, mirum in modum citissime augeretur et in diversas Italiae partes, in Galliam, in Hispaniam, in Americam Meridionalem usque ad Indos et ad Patagones se se extenderit.

Cum haec Congregatio suam adprobationem est consecuta, sexdecim domos

Nueva petición y lista de privilegios

Beatísimo Padre:

Ya han pasado once años desde que la humilde Sociedad, llamada de San Francisco de Sales, obtuvo la definitiva y específica aprobación de las Constituciones. Le fueron concedidos entonces algunos privilegios, que le eran de todo punto necesarios, por parte del Supremo Pontífice de la Iglesia. A lo largo de este tiempo, los socios Salesianos se preocuparon de llevar a la práctica sus Constituciones, perfeccionar el noviciado y los estudios y observar sus ejercicios de piedad y los de sus alumnos para conseguir de este modo el fin de la Sociedad, que fue siempre la gloria de Dios y la salvación de las almas. Tras la definitiva aprobación, con la ayuda de Dios, es un hecho que esta humilde Sociedad, en realidad un pequeño rebaño, se ha expandido de forma milagrosa y rapidísima por las diversas regiones de Italia, Francia, España y hasta los indios y patagones de América del Sur.

dumtaxat habebat in quibus septem millia circiter adolescentuli Christianam educationem habebant; socii tercentum adnumerabantur.

Nunc vero Domus sive familiae alumnorum sunt centum quinquaginta: alumni ultra centum millia: religiosi quatuor centum supra mille.

Inter tot alumnos et socios, inter tot domus unam ab aliis tam dissitam magna difficultas exorta est ob deficientiam privilegiorum, quibus coetera Ecclesiastica instituta gaudere solent. Sed cum non amplius privilegiorum communicatio concedi assoleat, aliqua praecipua et pernecessaria privilegia aliis Congregationibus concessa in pagella hic adnexa descripta, et pro humili Societate nostra nunc fidenter postulo.

Per huiusmodi concessionem, Beatissime Pater, pia Salesiana Societas tutam et cognitam viam habet quam sequatur; facillime Ordinariis locorum innotescent privilegia quibus fruatur praecipue in Missionibus suscipiendis et domibus in externis regionibus adaperiendis.

Ob tantum beneficium, Salesiani omnes grato animo Deo et tibi quotidie laudem dicent; unusquisque pro virili parte ad vineam Domini excolendam operam dabit.

Ego vero videns solidatum opus, quod Sancta Dei Ecclesia mihi concredidit, cum gaudio cantabo: Nunc dimittis servum tuum Domine.

Taurini, die 1 aprilis 1884.

JOANNES BOSCO Sacerdos.

Cuando esta Congregación consiguió su aprobación, contaba únicamente con dieciséis casas, en las que recibían educación cristiana siete mil alumnos aproximadamente; y tenía trescientos socios.

Pero ahora las Casas o Colegios son ciento cincuenta; los alumnos, más de cien mil; y los religiosos, más de mil cuatrocientos.

En medio de tantos alumnos y religiosos y en medio de tantas casas, unas tan distantes de otras, ha surgido una gran dificultad por la carencia de los privilegios, que los demás Institutos Eclesiásticos suelen disfrutar. Pero, al no acostumbrarse más que la comunicación de privilegios, pido ahora confiadamente se concedan a nuestra humilde Sociedad algunos de los principales y más indispensables, concedidos a otras Congregaciones, según la relación del pliego adjunto.

Para esta concesión, Beatísimo Padre, la Pía Sociedad Salesiana tiene un camino seguro y conocido a seguir, dando fácilmente a conocer a los Ordinarios de los lugares los privilegios de que disfruta principalmente en las Misiones que ha de emprender y en las casas que ha de fundar en regiones extranjeras.

Por tan inmenso favor, todos los Salesianos, con sumo agrado, bendecirán cada día a Dios y a ti; y cada uno, con todas sus fuerzas, se entregará a desarrollar su tarea en la viña del Señor.

Al contemplar consolidada esta obra, que la Santa Iglesia de Dios me encomendó, cantaré gozoso: Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo irse en paz.

Turín, 1 de abril de 1884

JUAN BOSCO, *Pbro.*

Nonnulla Privilegia et gratiae spirituales Passionistis, Redemptoristis, et presbyteris Missionis a Sancta Sede concessa, quae pro Salesiana Congregatione humillime postulantur.

Algunos Privilegios y gracias espirituales, concedidos por la Santa Sede a los Pasionistas, Redentoristas y Sacerdotes de la Misión y que, para la Congregación Salesiana, se solicitan humildemente.

Nota.—*Advertimos al lector que las cuatro páginas siguientes [715-716-717-718 del original], todas ellas en latín, se repiten a continuaión [715 bis-716 bis-717 bis y 718 bis) traducidas al castellano.*

[715] *1.º Superior Generalis gaudet omnibus Privilegiis facultatibus et praerogativis, quibus gaudent caeteri Superiores generales cuiuscumque Ecclesiasticae Congregationis.*

2.º Superior Generalis et alii Superiores potestate quasi Episcopali gaudent in subditos etiam novitios. Saltem quoad disciplinam et directionem.

3.º Ecclesiae ac Religiosi nostrae Congregationis exempti sunt a iurisdictione, visitatione et correctione Ordinariorum, et gaudent iisdem privilegiis et exemptionibus quibus gaudent Caeteri Regulares. Clemens XIV R. 21 septembris 1771.

4.º Nostrae domus, Ecclesiae, Oratoria legitime erecta, auctoritate Apostolica erecta censentur.

5.º Litteras dimmissioriales ad recipiendos Ordines subditis suis Superiores concedere possunt. Haec facultas iam Salesianis concessa fuerat, sed tantum ad decennium, quod elapsum est die 3 aprilis anni currentis 1884.

6.º Clerici Salesiani dummodo necessariis praediti sint requisitis, Suorum Superiorum Litteris dimissorialibus Sacros Ordines extra tempora a sacris Canonibus instituta a quocumque Catholico Urbanus III; Bulla erectionis Cong. missionis; — Pius VI, Bulla Inter multiplices, *14 decembris 1792, pro Piis Operariis, in Bull. Rom. contin, t. IX p., 261. n. 3.*

Concessum Congregationi Missionis in Bulla erectionis, et Brevi Alexandri VII Ex commissa nobis septembris 1655, *pro Eadem Cong. in Bulla. Cong. Vilnae p. 15.*

Urbanus VIII Bulla Salvatoris Nostri, *pro erect. Cong. missionis. Alexander VII Brevi* Ex commissa nobis, *22 septembris 1655, et altero Brevi* Pastoralis officii, *7 octobris 1662, pro eadem Congregatione. Item pro Passionistis Clemens XIV, Rescripto S. C. EE. die 21 septembris 1771 et Oblatis B. M. V. Brevi Pii VI* Sacrosanctum apostolatus.

Concessum Cong. Missionis ex Communicatione privilegiorum Clericorum Regularium Minorum, citado in Comp. Privil, Piorum Operariorum, 1850 p. 116. — Insuper Brevi Licet debitum, *18 octobris 1549 Pauli III pro Soc. Iesu, in Bull. Rom. Taurini. t. VI, p. 398, n. 23.*

Concessum Cong. Missionis a Benedicto XIII in forma Brevis anno 1725 sub die XXVII septembris ad instantiam D. Ioan. Bonnet Sup. Gen.

Huiusmodi privilegium Clemens VIII die 23 novembris 1596 iam concesserat pro Congregatione S. Ioannis Evangelistae in Portugallio. Postea multi alii religiosi hoc idem sunt consecuti. Quo

[715 bis] *1.º El Superior General goza de todos los privilegios, facultades y prerrogativas, que tienen los demás Superiores Generales de cada una de las demás Congregaciones eclesiásticas.*

2.º El Superior General y los demás Superiores gozan de jurisdicción cuasiepiscopal respecto de sus súbditos, incluidos los novicios. Al menos, en lo que atañe a disciplina y dirección.

3.º Las iglesias y los religiosos de nuestra Congregación están exentos de la jurisdicción, visita y corrección de los Ordinarios del lugar y gozan de los mismos privilegios y exenciones que tienen los demás Religiosos. Clemente XIV, Rescripto del día 21 de septiembre de 1771.

4.º Nuestras Casas, iglesias y oratorios se consideran legítimamente erigidas por la Autoridad Apostólica.

5.º Los Superiores pueden conceder las dimisorias a sus súbditos para recibir las Ordenes. Esta facultad ya fue concedida a los Salesianos, mas sólo por diez años, plazo que ha vencido el día 3 de abril del año en curso, 1884.

6.º Los clérigos Salesianos, mientras estén provistos de los requisitos necesarios, pueden recibir lícitamente, servatis servandis, *las Sagradas Ordenes, contando con las dimisorias de sus Superiores, fuera de los tiempos establecidos por los sagrados Cánones, actuando cualquier Obispo,*

Urbano III: Bula de erección de la Congregación de la Misión;— Pío VI: bula Inter multiplices, *14 diciembre 1792, en favor de los Píos Operarios, tal y como se contiene en el Bul. Rom., tomo IX, pág. 261, núm. 3.*

Fue concedido a la Congregación de la Misión en la Bula de erección y por el Breve de Alejandro VII Ex commissa nobis *del 22 de septiembre 1655; y en favor de la misma Congregación en el Bullarium Cong. Vilnae, pág. 15.*

Urbano VIII, Bula Salvatoris nostri, *en favor de la erección de la Cong. de la Misión. Alejandro VII, Breve* Ex commissa nobis *del 22 septiembre 1655, y un segundo Breve* Pastoralis officii *del 7 de octubre de 1662, en favor de dicha Congregación. Item en favor de los Pasionistas, Clemente XIV, Rescripto de la S. C. de Obispos del 21 de septiembre de 1771, y de los Oblatos de María, Breve de Pío VI* Sacrosanctum apostolatus.

Concesión a la Congr. de la Misión por la Comunicación de los privilegios de los Clérigos Regulares Menores, especificada en el Compendio de los Privilegios de los Píos Operarios, 1850, pág. 116.— Hay, además, el Breve Licet debitum *del 18 de octubre de 1549 de Paulo III en favor de la Compañía de Jesús, en el Bulario Romano de Turín, tomo VI, pág. 398, núm. 23.*

Concesión a la Congregación de la Misión por Benedicto XIII en forma de Breve, de fecha 27 de septiembre de 1725, a instancias del Rvmo. Juan Bonnet, Sup. Gen.

Ya había concedido este privilegio Clemente VIII el 23 de noviembre de 1596, en favor de la Congregación de San Juan Evangelista en Portugal. Se hizo extensivo el mismo a muchos otros religiosos. Finalmente dicho

[716] *Episcopo gratiam et communionem habente cum Apostolica Sede suscipere ac licite, servatis servandis, possint et valeant.*

7.° Clerici Congregationis dimissi titulo Congregationis, sacros ordines extra tempora suscipere possunt.

8.° Deputati a Rectore alicuius domus ad confessiones nostrorum audiendas non indigent adprobatione Ordinarii ut valide absolvant eos qui de familia sunt et alumnos.

9.° Qui in alia Dioecesi iam sunt adprobati ad audiendas fidelium confessiones, alumnos et socios itineris valide absolvere possunt.

10.° Petitur facultas ut in Oratoriis privatis etiam alumni Paschali praecepto satisfacere possint.

11.° In omnibus Congregationis Ecclesiis iuribus Parochialibus gaudere possumus, quapropter oleum infirmorum conservare atque Sacramentum Extremae Unctionis omnibus de Congregatione et familia nec non alumnis administrare.

demum privilegio Pius IX adnotatis verbis ditare dignabatur Congregationem Missionis, Brevi Religiosas familias *13 maii 1859.*

Concessum Congregationi Missionis a Pio IX Brevi Religiosas familias *13 maii 1859.*

Concessum Cong. Piorum Operariorum Brevi 24 maii 1751 a Benedicto XIV, item Clemens XIV Brevi Supremi Apostolatus *16 novembris 1769 pro Passionistis. Idem etiam ampliori gratia statuitur pro Congregatione Doctrinae Christianae, in Brevi* Illius cuius *28 septembris 1725, cui expresse et directe communicat Congregatio Missionis vi specialis decreti 23 novembris 1729 relati in libro Privil, eiusdem 1815. p. 8. n. 17.*

Clemens X, Brevi Apostolici muneris, *io iulii 1671, pro Cong. Missionis in Bull. Cong. Missionis Vilnae p. 38, n. 4.*

S. Pius V, Bulla Ad immarcescibilem, *7 februarii 1571 pro Theatinis, in Bull. Cherub: V. II, p. 232, n. 17; —Clemens XIV, Brevi* Supremi apostolatus, *iam citato pro Passionistis, in Bull. Rom. contin. V. IV, p. 68, n. 4, et per Communicationem concessum Cong. Missionis. Vide Summarium Privileg. Missionis pag. 39, n. 67.*

Concessum ut supra Cong. Missionis. Vide Summarium Privileg. Missionis p. 39, n. 67. Et Oblatis B. M. Virginis a P. Leone XII 12 septembris 1826.

[716 bis] *que éste esté en gracia y comunión con la Sede Apostólica.*

7.º Los Clérigos de la Congregación, provistos del título de la Congregación, pueden recibir las sagradas Ordenes fuera de los tiempos señalados.

8.º Los autorizados por el Rector de una casa para oír las confesiones de los nuestros no necesitan permiso del Ordinario para absolver válidamente a los que pertenecen a la comunidad y a los alumnos.

9.º Los que han sido autorizados ya en otra diócesis para oír las confesiones de los fieles, pueden absolver válidamente en los viajes a los alumnos y a los socios.

10.º Se solicita la facultad de que puedan cumplir el precepto pascual en los oratorios privados.

11.º Podemos disfrutar de los derechos parroquiales en todas las iglesias de la Congregación; y, por tanto, conservar y administrar el óleo de los enfermos y el sacramento de la Extrema Unción a todos los miembros de la Congregación y también a los alumnos

privilegio, Pío IX se dignó extender en precisos términos a la Congregación de la Misión, Breve Religiosas familias *del 13 de mayo de 1859.*

Concedido a la Congregación de la Misión por Pío IX, Breve Religiosas familias *del 13 de mayo de 1859.*

Concedido a la Cong. de los Píos Operarios con el Breve de Benedicto XIV del 24 de mayo 1751; Clemente XIV, con el Breve Supremi apostolatus *del 16 de noviembre 1769 en favor de los Pasionistas. Asimismo se amplió la concesión en favor de la Congregación de la Doctrina Cristiana, mediante el Breve* Illius cujus *del 28 de septiembre 1725, a la que se lo comunica expresa y directamente la Congregación de la Misión, en virtud de un decreto especial del 23 de noviembre 1729, según consta en el libro de Privilegios de la misma, 1815, pág. 8, n.º 17.*

Clemente X, con el Breve Apostolici muneris *del 10 de julio de 1671, en favor de la Congregación de la Misión, en el Bulario de la Cong. de la Misión, Vilna, pág. 38, n.º 4.*

San Pío V, Bula Ad immarcescibilem *del 7 de febrero 1571 en favor de los Teatinos, en el Bulario Cherub, V, 11, pág. 232, n.º 17.— Clemente XIV, Breve* Supremi apostolatus, *antes citado en favor de los Pasionistas, en el Bulario Romano IV, pág. 68, n.º 4, y concedido por Comunicación de la Congregación de la Misión. Véase el Summarium Privilegiorum Missionis, pág. 39, n.º 67.*

Concedido ut supra a la Congregación de la Misión. Véase el Summarium Privilegiorum Missionis, pág. 39, n.º 67. También a los Oblatos de María Inmaculada por el Papa León XII, el 12 de septiembre de 1826.

[717] *12.º In itinere et in missionibus possumus missam celebrare in Oratoriis privatis, sine praeiudicio privilegii indultarii et absque eiusdem ac alterius personae praesentia.*

Pius VI, 8 octobris 1784 pro Cong. Missionis; idem Pontifex, 27 maii 1789, pro Passionistis, ex Rescripto relato in Elencho facultatum *Cong. SS. Redempt. p. 155; id. 20 iunii 1820 pro Cong. SS. Redempt. Vid. Elenchum praedictum. p. 128, n. 4.*

13.º Facultas benedicendi primarium lapidem ipsamque Ecclesiam Superiori Generali concessa est; Ecclesiae vero reconciliatio omnibus superioribus permittitur.

Coelestinus V, Bulla Etsi cunctos *17 septembris 1294 pro Cong. monach. Coelestinorum Ordinis S. Benedicti, in Bull. Rom. Taurini V. IV, p. 120, n. 17, et per comunicationem eorumdem Cong. Missionis. Vide Sommarium Privilegiorum p. 26, n. 35, sub titulo Benedictio primi lapidis ecclesiae Superiori Generali concessa.*

14.º Similiter benedictio vestium et vasorum, ubi non requiritur unctio, Superioribus permittitur.

Benedictus XIII, Brevi Illius cuius *28 septembris 1725 pro Cong. Doctr. Christianae, ex eius* Bullario *p. 93 et concessum per Communic. Cong. Missionis Capite V, n. 38 de facultatibus circa benedictiones sacras, eorumdem privilegiorum.*

15.º Superior Generalis mittere potest unum ex suis qui penes insigniores benefactores missam celebret, communicet in altari ad hoc parato, certiorato Ordinario de habita facultate, eiusdemque licentia requisita quoad honestatem loci et altaris.

Pius VI, 8 octobris 1784, pro Cong. Missionis; idem Pontifex 27 maii 1789 pro Passionistis, ex Rescripto relato in Elencho facultatum Cong. SS. Redemptor. *p. 155; — id. 20 iunii 1820, pro Cong. SS. Redempt. Vid. Elenchum praedictum p. 128, n. 4.*

16.º Superiores cum delegatione Superioris Generalis licentiam legendi libros prohibitos subditis possunt concedere, servatis servandis.

Societati Iesu Leo XII, Brevi Plura inter *et per communicationem Passionistis. Vide Summarium titulo 28* Libri prohibiti *n. 241.*

17.º Superior Generalis potest horas canonicas in alias preces vel pium opus suis subditis commutare quum propter infirmitatem aut nimiam defatigatio-

Pro Passionistis Clemens XIV, Brevi Supremi Apostolatus; *Leo XII, Brevi* Plura inter, II *iulii 1826: pro Soc. Iesu, in Bull, Rom. contin. V. XVI, p. 450, n. 3.*

[717 bis] *12.º En los viajes y en las misiones, podemos celebrar misa en oratorios privados, sin necesidad de acudir al privilegio de indulto y sin la presencia de ninguna otra persona.*

Pío VI, 8 de octubre 1784, en favor de la Congr. de la Misión; el mismo Pontífice, 27 mayor 1789 en favor de los Pasionistas, según el Rescripto referido en el Elenco de facultades *de la Cong. del Smo. Redentor, pág. 155; idem, 20 junio 1820, en favor de la Congr. del Smo. Redentor. Véase el citado Elenco, pág. 128, n.º 4.*

13.º La facultad de bendecir una primera piedra está concedida precisamente al Superior General; la reconciliación de un templo, en cambio, está permitida a todos los superiores.

Celestino V, Bula Etsi cunctos *del 17 de septiembre 1294, en favor de los monjes Celestinos de la Orden de San Benito, en el Bulario Romano, Turín, IV, pág. 120, n.º 17, y por comunicación de los mismos a la Congregación de la Misión. Véase el Summarium Privilegiorum, pág. 26, n.º 35, bajo el título* Bendición de la primera piedra de la iglesia, *concedida al* Superior General.

14.º Del mismo modo, la bendición de ornamentos y vasos, cuando no se requiere unción, está permitida a los Superiores.

Benedicto XIII, Breve Illius cuius *del 28 de septiembre 1725, en favor de la Congregación de la Doctrina Cristiana, según su* Bulario, *pág. 93, y que se hizo extensivo por Comunicación a la Cong. de la Misión, cap. V, n.º 38, acerca de las facultades sobre bendiciones sagradas, de dichos privilegios.*

15.º El Superior General puede enviar a uno de sus súbditos para celebrar misa en casas de eminentes bienhechores y dar la comunión en el altar preparado para el acto, y habiéndosele hecho sabedor al Ordinario y contando con su permiso en lo que se refiere a la licitud del lugar y del altar.

Pío VI, 8 octubre 1784, en favor de la Congregación de la Misión; el mismo Papa, 27 de mayo de 1789, en favor de los Pasionistas, según el Rescripto especificado en el Elenco de facultades de la Congr. del Smo. Redentor, *pág. 155; — id. 20 junio 1820, en favor de la Cong. del SSmo. Redentor. Véase el* Elenco *antes citado, pág. 128, n.º 4.*

16.º Los Superiores, con permiso del Superior General, pueden autorizar a sus súbditos para leer libros prohibidos, teniendo en cuenta las circunstancias de cada caso.

En favor de la Compañía de Jesús, Breve Plura inter *de León XII, y, por comunicación, a los Pasionistas. Véase Summarium, título 28.* Libros prohibidos, *n.º 241.*

17.º El Superior General puede conmutar las horas canónicas por otras preces o todo el oficio sagrado a sus súbditos, por causa de enfermedad o exceso de cansancio,

Clemente XIV, Breve Supremi apostolatus, *en favor de los Pasionistas; León XII, Breve* Plura inter, *11 julio 1826; en favor de la Compañía de Jesús, en el Bulario Romano, XVI, pág. 450, n.º 3*

[718] *nem, absque gravi incommodo, socii eas persolvere nequeunt.*

18.° Facultates in folio Sacrae Penitentiariae adnotatas, quibus Superior Generalis iam gaudet ad vitam, easdem suis communicare potest quotiescumque bonum in Domino iudicaverit.

19° Superior Generalis potest dispensare cum iis omnibus qui sub obedientia in Congregatione degunt, etiam cum Novitiis perseverantibus tamen in Congregatione et quousque perseveraverint, in omni inhabilitate et irregularitate tum ad effectum suscipiendi ordines, tum ad gerenda quaecumque munia Ecclesiastica, sive ante sive post ingressum in religionem ex quacumque causa irregularitas contracta fuerit.

20.° Superiores locales in foro conscientiae possunt dispensare cum suis subditis in iis in quibus possunt Episcopi iure communi circa Clericos et laicos sibi subiectos.

21.° Superiores nostrarum domorum possunt stationes Viae Crucis erigere in pagis et civitatibus, in quibus non commorantur nec facile Patres Franciscani haberi possunt.

22.° Petitur ut Missionibus addictis concedantur omnia privilegia gratiae et indulgentiae quibus Missionarii Apostolici gaudent.

23.° Ut omnibus superioribus locorum et sacerdotibus facultas detur benedicendi coronas, numismata, cruces et scapulares B. M. Virginis.

24.° Petitur ut quicumque utriusque sexus confessus et sacra synaxi refectus diebus festis, aliquam nostrae Congregationis ecclesiam vel oratorium visitaverit, indulgentiam plenariam consequi possit.

Clemens VII, Bulla Dudum pro parte, *7 martii 1535 pro Theatinis, in* Bull. Rom. *Taurini V. VI, p. 161, n. 2 et pro Communic. Cong. Missionis.*

Concessum Cong. Missionis ad Emmanuele S. R. E. Cardinale Gregorio Maiori Poenitentiario Anno 1856 et renovato post decennium.

Concessum Cong. Cassinensium 13 Iunii 1571 a S. Pio V Bulla Dum ad Congregationem *cum Clausula,* non obstantibus quibusvis apostolicis, ac provincialibus, et Synodalibus conciliis, *V. 2 Bull. Rom, Cherub. Gregor. XIV pro PP. Ministrantibus infirmis, in super. cit. Bulla* Illius cuius *et aliis et per communicationen Oblatis B. M. V. in cap. Dispensationis n. I.*

Concessum Minimis a Iulio II Bulla Virtute conspicuos *et fr. Praedicatoribus Pius V, Bulla* Romani Pontifices *et per communicationem Passionistis N. 161. Privilegiorum.*

Passionistis concessum a Pio VI 17 maii et Cong. nostrae, sed tantum occasione excercitiorum spiritualium.

Pius VI Brevi Sacrosanctum Apostolatus *21 aug. 1789 pro Cong. SS. Redempt. in Bull. Rom. contin. V. VIII p. 345, n. 3 et 5, et per Communicationem. Cong. Missionis. Vide Summ. Priv. n. 133, p. 79.*

A Benedicto XIV Rescrip. 18 novemb. 1753.

[718 bis] *cuando, sin grave incomodidad, los socios no pueden recitarlas.*

18.º Las Facultades, anotadas en el folio de la Sagrada Penitenciaría que tiene de modo vitalicio el Superior General, las puede transmitir siempre que lo juzgare oportuno en el Señor.

19.º El Superior General puede dispensar, en favor de todos los que viven bajo obediencia en la Congregación, incluidos los novicios, que perseveren hasta el fin en la Congregación y hasta el momento en que perseveren, de toda deficiencia e irregularidad, tanto a efectos de recibir órdenes como para desempeñar cualesquiera cargos eclesiásticos, ya sea antes o después del ingreso en religión y por cualquier motivo de irregularidad que hubieran contraído.

20.º Los Superiores locales, en el fuero de la conciencia, pueden dispensar a sus súbditos en todo aquello que tienen potestad los Obispos, por derecho común, respecto de los clérigos y laicos sujetos a ellos.

21.º Los Superiores de nuestras casas pueden erigir las estaciones del Viacrucis en pueblos y ciudades donde no residen los Padres Franciscanos ni sea fácil contar con ellos.

22.º Pide se concedan a los enviados a las Misiones todos los privilegios de gracia y perdón que tienen los Misioneros Apostólicos.

23.º Que se dé a todos los superiores locales y a los sacerdotes la facultad de bendecir rosarios, medallas, crucifijos y escapularios de la Virgen.

24.º Se pide que cualquier persona de ambos sexos, habiendo confesado y comulgado en días festivos y que visitase alguna iglesia u oratorio de nuestra Congregación, pueda lucrar indulgencia plenaria.

Clemente VII, Bula Dudum pro parte *del 7 de marzo de 1535, en favor de los Teatinos, según consta en el* Bulario Romano, *Turín VI, pág. 161, n.º 2, y en concepto de comunicación a la Congr. de la Misión.*

Concedido a la Congr. de la Misión por S. E. R. el Cardenal Gregorio Emanuele, Penitenciario Mayor, el año 1856, y renovado por otro decenio.

Concedido a la Cong. de los Cassinenses el 13 de junio de 1571 por San Pío V, Bula Dum ad Congregationem, *con la cláusula,* non obstantibus quibusvis apostolisis ac provincialibus el Synodalibus conciliis, *V. 2, Bull. Rom. Cherub. Gregorio XIV en favor de los PP. Ministros de los Enfermos, en la anteriormente citada Bula* Illius cuius *y en otras, y por comunicación a los Oblatos de la Bienaventurada Virgen María, en el cap. de la Dispensa, n.º 1.*

Concedido a los Mínimos por Julio II, Bula Virtute conspicuos, *y a los Dominicos, por Pío V, Bula* Romani Pontifices; *y por comunicación a los Pasionistas, n.º 161 de los Privilegios.*

Concedido a los Pasionistas por Pío VI el 17 de mayo, y a nuestra Congregación, pero únicamente con ocasión de los ejercicios espirituales.

Pío VI, en el Breve Sacrosanctum Apostolatus *del 21 de agosto 1789, en favor de la Cong. del SSmo. Redentor, en el Bull. Romanum, cont. V. VIII, pág, 345, núms. 3 y 5. y, por comunicación, a la Congr. de la Misión. Véase Summ. Priv., n.º 133, pág. 79.*

Por Benedicto XIV, rescripto del 18 de noviembre de 1753.

[719] **19** *(el original en latín)*

Ultima súplica de don Bosco para los Privilegios

Beatísimo Padre:

Ya estamos en el décimo año, desde que la humilde sociedad llamada de San Francisco de Sales, obtuvo la definitiva y específica aprobación de las Constituciones. Algunos privilegios, totalmente indispensables, le fueron concedidos entonces por el Supremo Pontífice de la Iglesia. A lo largo de este tiempo, los socios Salesianos se preocuparon de llevar a la práctica sus Constituciones, perfeccionar el noviciado y los estudios y observar sus ejercicios de piedad y los de sus alumnos, para conseguir de este modo el fin de la Sociedad, que fue siempre la gloria de Dios y la salvación de las almas. Tras la definitiva aprobación, con la ayuda de Dios, es un hecho que esta humilde Sociedad, en realidad un pequeño rebaño, se ha expandido de forma milagrosa y rapidísima por las diversas regiones de Italia, Francia, España y hasta los indios y patagones de América del Sur. Cuando esta Congregación consiguió su aprobación, contaba únicamente con dieciséis casas, en las que recibían educación cristiana aproximadamente siete mil alumnos; y tenía trescientos socios. Pero ahora las casas o colegios son ciento sesenta y seis; los alumnos externos e internos son aproximadamente ciento cincuenta mil; y los religiosos, más de mil cuatrocientos.

En medio de tantos alumnos y religiosos y en medio de tantas casas, unas tan distantes de las otras, ha surgido una gran dificultad por la carencia de los privilegios que los demás institutos eclesiásticos suelen disfrutar.

Pues como nuestros privilegios fueron concedidos unos temporalmente, otros condicionados y otros de simple viva voz, originaron graves dificultades para su puesta en practica. Por ejemplo: la facultad de poder expedir las dimisorias fue concedida el 3 de abril de 1874, **[720]** y, en esta misma fecha y año, ha quedado sin efecto. ¿Qué puede hacer sin esta facultad el Superior de una Congregación que tiene intercomunicación de casas?

Por consiguiente, tras madura reflexión sobre ello y contando con el consejo de un varón prudente e investido de autoridad, se impetró la Comunicación de los privilegios como necesarísima. En pliego aparte, se exponen la necesidad y las motivaciones de todo esto.

No se solicita la Comunicación de privilegios en general, sino de modo especial con los Oblatos de la Bienaventurada Virgen María, cuya Congregación obtuvo su aprobación definitiva y la Comunicación de los Privilegios de los Redentoristas por León XII, de feliz memoria, el día 12 de septiembre de 1826, en estos términos:

«Recompensando al Superior General y a los Oblatos por especiales favores, se comunican benignamente a los mismos Oblatos, a sus iglesias, capillas y casas, y se les extienden e imparten perpetuamente, con toda clase de cláusulas y decretos necesarios y oportunos, todos y cada uno de los indultos, privilegios, indulgencias, exenciones y facultades, que le fueron concedidos a la Congregación del Santísimo Redentor».

Pero, como ahora nuestra humilde Sociedad, tanto en cuanto a sus Constituciones y finalidad, como en su cultivo de la mies en el campo evangélico, puede asimilarse a las anteriormente alabadas Congregaciones, se solicitan simplemente idénticos privilegios.

Precisado brevemente todo esto, todos los Salesianos postrados a tus pies, Beatísi-

mo Padre, encarecidamente suplicamos que concedas a nuestra Congregación, a modo de comunicación o extensión, los privilegios, facultades y gracias espirituales, que tienen en general otras Congregaciones y, concretamente, la Congregación de los Oblatos de la Bienaventurada Virgen María.

Mediante tal comunicación, Beatísimo Padre, la Sociedad Salesiana tendría un camino seguro y conocido a seguir; sería facilísimo que los Ordinarios de lugar reconociesen tales privilegios, los cuales utilizaría principalmente en las Misiones que han de emprenderse y en las casas que han de fundarse en regiones extranjeras.

Por tal y tan gran favor, todos los Salesianos, con sumo agrado, darán gracias diariamente a Dios y a ti; y cada uno se entregará con todas sus fuerzas a cultivar la viña del Señor.

Y el que suscribe, contemplando ya consolidada la obra que la Santa Iglesia de Dios me confió, cantaré con gozo: «Ahora Señor, puedes dejar a tu siervo irse en paz...»

Turín, 16 de junio de 1884

JUAN BOSCO, *Pbro.*
Rector Mayor

[721] **20** *(el original en latín)*

Decreto para la comunicación de los Privilegios con los Redentoristas

Su Santidad el Papa, León XIII, en audiencia tenida con el infrascrito Secretario de la Congregación de Obispos y Regulares el 13 de junio de 1884, recompensando al sacerdote Juan Bosco, fundador y Superior General de la Pía Sociedad de Sacerdotes, denominada de San Francisco de Sales, y a sus socios, por favores especiales y gracias, se ha dignado extender y proveer perpetuamente todos y cada uno de los Indultos, Privilegios, Exenciones y Facultades, concedidos a la Congregación del Santísimo Redentor y a sus mismos Socios, Iglesias, Capillas y Casas, con todas las cláusulas y decretos necesarios y oportunos. Además Su Santidad ordenó, y por el texto del presente decreto se declara, que los Privilegios, Facultades y Gracias Espirituales, concedidos tanto temporal como verbalmente, queden totalmente abolidos y en suspenso. Sin que haya nada que obste en contrario. Dado en Roma, por parte de la Secretaría de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, el día 28 de junio de 1884.

I. *Card.* FERRIERI, *Pref.*

(Hay un sello)

I. MASOTTI, *Secretario*

21

Carta del padre rosminiano César Flechia a don Bosco

Muy reverendo y querido amigo don Bosco:

Como sé que V. S. está agobiado con muchas cartas y un sinfín de molestias y asuntos, aunque pienso a menudo en vuestra muy apreciada y venerada Señoría y deseo verle, sin embargo me abstengo y no me atrevo a aumentar sus molestias y hace mucho tiempo que ni siquiera le escribo. Pero ahora, deseando obtener un favor de V. S., me levanto de la cama, que me tiene atado por culpa de una pierna enferma, y le escribo.

No sé si V. S. está a favor o en contra de las doctrinas del padre Rosmini, pero como quiera que sea, esto aparte, cada uno es dueño de opinar como mejor crea; empero sé que V. S. conoció personalmente a Rosmini; ahora bien, como el padre Paoli, después de escribir su vida en compendio, está dedicado actualmente a escribir sus virtudes, desea y pide a las personas que lo conocieron (aunque ya algo tarde, pues la mayoría ha muerto), un testimonio de sus virtudes, según piensa cada uno ante Dios que las poseyó y distinguió con la gracia divina para gloria de Dios mismo. *Lauda post mortem,* y ya recibió más de trescientos por escrito; por eso, por mi medio, **[722]** le pide humildemente, y yo también le pido, que nos dé el suyo y el de aquéllos de su santo Instituto que lo conocieron. Digan y atestigüen todo lo bueno que sepan y puedan en conciencia atestiguar, sobre la virtud y santidad del padre Antonio Rosmini, con su firma.

Este es el precioso favor por el que le escribo y molesto y por el que, en consecuencia, le doy gracias anticipadas, suplicándole se digne honrar todavía una vez más el santuario de la *Sacra* con su presencia.

Beso con reverencia sus manos, imploro su santa bendición y encomiendo a sus santas oraciones, y a las del carísimo don Miguel Rúa y de todos los suyos, a este pobre anciano decrépito, que los quiere y se honra con ser

De V. S. Rvma.

12 de junio de 1884

Su humilde y seguro servidor,
CESAR FLECHIA, *Pbro.*

22

La pureza y medios para conservarla

Le pareció a don Bosco tener ante sí un inmenso y encantador collado, cubierto de verdor, en suave pendiente y completamente llano. En las faldas del mismo, se formaba un escalón, más bien bajo, desde el cual se subía a la vereda donde estaba don Bosco. Aquello parecía el Paraíso terrenal iluminado por una luz más pura y más viva que la del sol. Estaba todo cubierto de verde hierba, esmaltada de multitud de bellas y variadas flores y sombreado por un ingente número de árboles que, entrelazando las ramas entre sí, las extendían a guisa de amplios festones.

En medio del vergel y hasta el límite del mismo, se extendía una alfombra de

mágico candor, tan luciente que deslumbraba la vista. Tenía una longitud de muchas millas. Ofrecía toda la magnificencia de un regio estrado. Como ornato, sobre la franja que corría a lo largo de su borde, se veían varias inscripciones en caracteres dorados.

Por un lado se leía: *Beati immaculati qui ambulant in lege Domini.*

Bienaventurados los puros que andan por los caminos de la ley del Señor.

Y en el otro: *Non privabit bonis eos qui ambulant in innocentia.* No dejará sin bienes a los que viven en la inocencia.

En el tercer lado: *Non confundentur in tempore malo; in diebus famis saturabuntur.* No se sentirán confundidos en el tiempo de la adversidad y, en los días de hambre, serán saciados.

En el cuarto: *Novit Dominus dies immaculatorum et haereditas eorum in aeternum erit.* Conoció el Señor los días de los inocentes y la herencia de ellos será eterna.

En las cuatro esquinas del estrado, en torno de un magnífico rosetón, se veían estas cuatro inscripciones:

Cum simplicibus sermocinatio ejus: Su conversación será con los sencillos.

Proteget gradientes simpliciter: Protege a los que suben con humildad.

Qui ambulant simpliciter, ambulant confidenter: Los que caminan con sencillez, proceden confiadamente.

Voluntas eius in iis qui simpliciter ambulant: Su voluntad se manifiesta a los que viven sencillamente.

En mitad del estrado, había esta última inscripción: *Qui ambulat simpliciter salvus erit:* El que procede con sencillez será salvo.

[723] En el centro de la pradera, sobre el borde superior de aquella blanca alfombra, se levantaba un estandarte blanquísimo, sobre el cual se leía también escrito con caracteres de oro: *Fili mi, tu semper mecum es et omnia mea tua sunt:* Hijo mío, tú siempre has estado conmigo y todo lo mío te pertenece.

Si don Bosco se sentía maravillado a la vista del jardín, más le llamaron la atención dos hermosas jovencitas, como de doce años, que estaban sentadas al borde de la alfombra donde el terreno formaba el escalón. Una celestial modestia se reflejaba en todo su gracioso continente. De sus ojos constantemente fijos en la altura, fluía no solamente una ingenua sencillez de paloma, sino que también brillaba en ellos la luz de un amor purísimo y de un gozo verdaderamente celestial. Sus frentes despejadas y serenas parecían el asiento del candor y de la sinceridad; sobre sus labios florecía una alegre y encantadora sonrisa. Los rasgos de sus rostros denotaban un corazón tierno y fervoroso. Los graciosos movimientos de la persona les comunicaba un aire tal de sobrehumana grandeza y de nobleza que contrastaba con su juventud.

Una vestidura blanca les bajaba hasta los pies, sobre la cual no se distinguía ni mancha, ni arruga y ni siquiera un granito de polvo. Tenían ceñidos los costados con una faja bordada de lirios, de violetas y de rosas. Un adorno semejante, en forma de collar, rodeaba su cuello compuesto de las mismas flores, pero de forma diversa. Como brazaletes llevaban en las muñecas un hacecillo de margaritas blancas.

Todos estos adornos y flores tenían formas y colores de una belleza imposible de describir. Todas las piedras más preciosas del mundo, engarzadas con la más exquisita de las artes, parecerían un poco de fango en su comparación.

Sus blanquísimas sandalias estaban adornadas con una cinta blanca de bordes dorados con una graciosa lazada en el centro. Blanco también, con pequeños hilos de oro, era el cordoncillo con que estaban atadas.

Su larga cabellera estaba sujeta con una corona que les ceñía la frente y era tan

abundante que, al salir de la corona, formaba exuberantes bucles, cayendo después por la espalda a guisa de abundantes rizos.

Ambas habían comenzado un diálogo: unas veces alternaban en el hablar; otras, se hacían preguntas o bien prorrumpían en exclamaciones. A veces, las dos permanecían sentadas; otras, una estaba sentada y la otra de pie o bien paseaban. Pero nunca salían de la superficie de aquella blanca alfombra y jamás tocaban las hierbas ni las flores. Don Bosco, en su sueño, permanecía a manera de espectador. Ni él dirigió palabra alguna a las jovencitas ni las jovencitas a él, pues ni se dieron cuenta de su presencia; la una decía a la otra con suavísimo acento:

—¿Qué es la inocencia? El estado afortunado de la gracia santificante, conservado merced a la constante y exacta observacia de la ley divina.

Y la otra doncella, con voz no menos dulce:

—La conservación de la pureza, de la inocencia, es fuente y origen de toda ciencia y de toda virtud.

Y la primera:

—¡Qué brillo, qué gloria, qué esplendor de virtud, vivir bien entre los malos y, entre los malignos y malvados, conservar el candor de la inocencia y la pureza de las costumbres!

La segunda se puso de pie y, deteniéndose junto a la compañera:

[724] —Bienaventurado el jovencito que no va detrás de los consejos de los impíos y no sigue el camino de los pecadores, sino que su complacencia es la ley del Señor, la cual medita día y noche. Y será como el árbol plantado a lo largo de las corrientes de las aguas de la gracia del Señor, el cual dará a su tiempo fruto copioso de buenas obras: aunque sople el viento, no caerán de él las hojas de las santas intenciones y del mérito y todo cuanto haga tendrá un próspero efecto y cada circunstancia de su vida cooperará a acrecentar su premio.

Y, así diciendo, señalaba los árboles del jardín, cargados de frutos bellísimos, que esparcían por el aire un perfume delicioso, mientras unos arroyuelos de aguas limpísimas que, unas veces, discurrían por dos orillas floridas, otras, caían formando pequeñas cascadas o formaban pequeños lagos y bañaban sus pies, con un murmullo que parecía el sonido misterioso de una música lejana.

La primera doncella replicó:

—Es como un lirio entre las espinas que Dios acoge en su jardín y, después, lo toma para ornamento de su corazón; y puede decir a su Señor: Mi Amado para mí y yo para mi Amado, pues se apacienta en medio de lirios.

Y, al decir esto, indicaba un gran número de lirios hermosísimos que alzaban su blanca corola entre las hierbas y las demás flores, mientras señalaba en la lejanía un altísimo valladar verde que rodeaba todo el jardín. Este valladar estaba todo cuajado de espinas y, detrás de él, vagaban unos mostruos asquerosos que intentaban penetrar en el jardín, pero se lo impedían las espinas del seto.

—¡Es cierto! ¡Cuánta verdad encierran tus palabras!, añadió la segunda, ¡Bienaventurado el jovencito que sea hallado sin culpa! ¿Pero quién será el tal y qué alabanzas diremos en su honor? Pues ha obrado cosas admirables en su vida. Fue encontrado perfecto y tendrá la gloria eterna; pudo haber pecado y no pecó; hacer el mal y no lo hizo. Por esto, sus bienes han sido establecidos por el Señor y sus obras buenas serán celebradas por todas las congregaciones de los Santos.

—Y, en la tierra, ¡qué gloria les está reservada! Los llamará, les señalará un lugar en su santuario, los hará ministros de sus misterios y les dará un nombre sempiterno que jamás perecerá, concluyó la primera.

La segunda se puso de pie y exclamó:

—¿Quién puede describir la belleza de un inocente? Su alma está espléndidamente vestida, como una de nosotras, adornada con la blanca estola del santo Bautismo. En su cuello, en sus brazos resplandecen gemas divinas, lleva en su dedo el anillo de la alianza con Dios. Camina velozmente en su viaje hacia la eternidad. Se abre delante de sus ojos un sendero sembrado de estrellas... Es tabernáculo viviente del Espíritu Santo. Con la sangre de Jesús que corre por sus venas y tiñe sus mejillas y sus labios, con la Santísima Trinidad en el corazón inmaculado, despide a su alrededor torrentes de luz que le revisten de un esplendor mayor que el del sol. Desde lo alto, llueven pétalos de flores celestes que llenan el aire. Todo el ambiente se puebla de las suaves armonías de los ángeles que hacen eco a sus plegarias. María Santísima está a su lado pronta a defenderla. El cielo está abierto para ella. **[725]** Se ha convertido en espectáculo para las inmensas legiones de los Santos y de los Espíritus bienaventurados que le invitan agitando sus palmas. Dios, entre los inaccesibles fulgores de su trono de gloria, le señala con la diestra el lugar que le tiene destinado, mientras que, con la izquierda, sostiene la espléndida corona con que le ha de coronar para siempre. El inocente es el deseo, la alegría, el aplauso del Paraíso. Y, sobre su rostro, está esculpida una alegría inefable. Es hijo de Dios. Dios es su Padre. El Paraíso es su herencia. Está continuamente con Dios. Lo ve, lo ama, lo sirve, lo posee, lo goza, posee un rayo de las delicias celestiales; está en posesión de todos los tesoros, de todas las gracias, de todos los secretos, de todos los dones, de todas sus perfecciones y de Dios mismo.

—Por esto, se presenta tan gloriosa la inocencia en los Santos del Antiguo Testamento y en los del Nuevo, y especialmente en los Mártires. ¡Oh, Inocencia, cuán bella eres! Tentada, creces en perfección, humillada, te levantas más sublime; combatida, sales triunfante; sacrificada, vuelas a recibir la corona. Tú eres libre en la esclavitud, tranquila y segura en los peligros, alegre entre las cadenas. Los poderosos se inclinan ante ti, los príncipes te acogen, los grandes te buscan. Los buenos te obedecen, los malos te envidian, los rivales te emulan, los adversarios sucumben ante ti. Y tú saldrás siempre victoriosa, incluso cuando los hombres te condenen injustamente.

Las dos doncellas hicieron una pequeña pausa, como para tomar un poco de aliento después de haber desahogado tan encendidos anhelos, y luego se tomaron de la mano y se miraron una a otra.

—¡Oh, si los jóvenes conociesen el precioso tesoro de la inocencia, cómo cuidarían, desde el principio de su vida, la estola del santo bautismo! Mas, por el contrario, no reflexionan, no piensan lo que quiere decir mancillarla. La inocencia es un licor preciosísimo.

—Pero está encerrado en un frágil vaso de barro y, si no se le lleva con cautela, se rompe con la mayor facilidad.

—La inocencia es una piedra preciosa.

—Pero no se conoce su valor, se pierde y fácilmente se la cambia por un objeto vil.

—La inocencia es un espejo de oro, que refleja la imagen de Dios.

—Pero basta un poco de aire húmedo para empañarlo y hay que conservarlo envuelto en un velo.

—La inocencia es un lirio.

—Pero el solo contacto de una mano poco delicada puede marchitarlo.

—La inocencia es una blanca vestidura. *Omni tempore sint vestimenta tua candida.*

—Pero basta una sola mancha para hacerla perder su valor; por eso, es necesario caminar con mucha precaución.

—La inocencia queda violada, si es afeada por una sola mancha, y pierde el tesoro de su gracia.

[726] —Basta un solo pecado mortal.

—Y, una vez perdida, queda perdida para siempre.

—¡Qué desgracia la de tantas inocencias que se pierden cada día! Cuando un jovencito cae en el pecado, el Paraíso se le cierra; la Virgen Santísima y el Angel de la guarda desaparecen, cesan las músicas y se eclipsa la luz. Dios no está ya en su corazón, desaparece el camino de estrellas que antes recorría; cae y queda al momento solo como una isla en medio del mar, de un mar de fuego que se extiende hasta el extremo horizonte de la eternidad, abismándose hasta la profundidad del caos... Sobre su cabeza brillan en el cielo, amenazantes, los rayos de la divina justicia. Satanás se ha convertido en su compañero, lo ha cargado de cadenas, le ha puesto un pie en el cuello y, con el bidente levantado en alto, ha exclamado:

—¡He vencido! Tu hijo es mi esclavo. Ya no te pertenece. Para él se ha terminado la alegría.

Si la justicia de Dios le priva en aquel momento del único punto de apoyo con que cuenta, está perdido para siempre.

—¡Y puede levantarse! La misericordia de Dios es infinita. Una buena confesión le puede devolver la gracia y el título de hijo de Dios.

—Pero la inocencia, jamás. ¡Y qué consecuencias se originarán del primer pecado! Conoce el mal que antes no conocía; sentirá terriblemente el influjo de las malas inclinaciones; con la deuda enorme que ha contraído con la divina justicia, se sentirá más débil en los combates espirituales. Sentirá lo que antes no sentía, los efectos de la vergüenza, de la tristeza, del remordimiento.

—Y pensar que antes se había dicho de él: Dejad que los niños se acerquen a Mí. Ellos serán como los ángeles de Dios en el cielo. Hijo mío, dame tu corazón.

—¡Ah, qué delito tan espantoso cometen aquellos desgraciados que son culpables de que un niño pierda la inocencia! Jesús ha dicho: El que escandalizare a uno de estos pequeñuelos que creen en Mí, mejor le fuera que le atasen una piedra de molino al cuello y lo arrojasen a lo más profundo del mar. ¡Ay del mundo a causa de los escándalos! No es posible impedir los escándalos, pero ¡ay de aquellos que escandalizan! Guardaos de despreciar a uno de estos pequeños que creen en Mí, porque os aseguro que sus ángeles en el cielo ven perpetuamente el rostro de mi Padre que está en los cielos y piden venganza.

—¡Desgraciados! Pero no menos infelices son los que se dejan robar la inocencia.

Y aquí las dos jovencitas comenzaron a pasear; el tema de su conversación era sobre cuál es el medio para conservar la inocencia.

Una decía:

—Es un gran error el de los jóvenes, al creer que la penitencia la debe practicar solamente quien ha pecado. La penitencia es también necesaria para conservar la inocencia. Si San Luis no hubiese hecho penitencia, habría caído sin duda en pecado mortal. Esto se debería predicar, inculcar, enseñar continuamente a los jóvenes. ¡Cuántos más numerosos serían los que conservarían la inocencia, mientras que ahora son tan pocos!

[727] —Lo dice el Apóstol: Hemos de llevar siempre, por todas partes, en nuestro cuerpo, la mortificación de Jesucristo, a fin de que la vida de Jesús se manifieste en nosotros.

—Y Jesús, santo, inmaculado e inocente, pasó una vida de privaciones y dolores.

—Así también María y todos los Santos.

—Y fue para dar ejemplo a todos los jóvenes. Dice San Pablo: «Si vivís según la carne, moriréis; si, con el espíritu dais muerte a las acciones de la carne, viviréis».

—Por tanto, sin la penitencia no se puede conservar la inocencia.

—Y, con todo, muchos querrían conservar la inocencia, viviendo libremente.

—¡Necios! ¿Acaso no está escrito: Fue arrebatado para que la malicia no alterase su espíritu y la seducción no indujese su alma a error? Mas la ofuscación de la vanidad oscurece el bien y el vértigo de la concupiscencia pervierte al alma inocente. Por tanto, dos enemigos tienen los inocentes: las máximas perversas y las malas conversaciones de los malvados y la concupiscencia. ¿No dice el Señor que la muerte en plena juventud es un premio que evita al inocente los combates? «Porque agradó al Señor, fue por El amado y, porque vivía entre los pecadores, fue llevado a otro lugar. Habiendo muerto en edad temprana, recorrió un largo camino. Porque Dios amaba su alma, lo sacó de en medio de la iniquidad. Fue arrebatado para que la malicia no alterase su espíritu y la seducción no indujese su alma a error».

—Afortunados los niños que abrazan la cruz de la penitencia y con firme propósito dicen con Job: *Donec deficiam, non recedam ab innocentia mea.* Hasta que muera no me apartaré del camino de la inocencia.

—Por tanto, mortificación para superar el fastidio que sienten en la oración.

—Está escrito: *Psallam et intelligam in via immaculata. Quando venies ad me? Petite et accipietis. Pater noster!*

—Mortificación de la inteligencia mediante la humildad, obedecer a los Superiores y a los reglamentos.

—También está escrito: *Si mei non fuerint dominati, tunc immaculatus ero et emundabor a delicto maximo.* Y esto es la soberbia. Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes. El que se humilla será exaltado y el que se exalta será humillado. Obedeced a vuestros Superiores.

—Mortificación en decir siempre la verdad, en manifestar los propios defectos y los peligros en los cuales puede uno encontrarse. Entonces recibirá siempre consejo, especialmente del confesor.

—*Pro anima tua, ne confundaris dicere verum:* Por amor de tu alma no tengas vergüenza de decir la verdad. Porque hay una vergüenza que trae consigo el pecado y hay otra vergüenza que trae consigo la gloria y la gracia.

[728] —Mortificación del corazón, frenando sus movimientos desordenados, amando a todos por amor de Dios y apartándonos resueltamente de aquellos que pretenden mancillar nuestra inocencia.

—Lo ha dicho Jesús: Si tu mano o tu pie te sirven de escándalo, córtalos y arrójalos lejos de ti; es mejor para ti llegar a la vida, con una mano o con un pie de menos, que, con ambas manos o con ambos pies, ser precipitado al fuego eterno. Y si tu ojo te sirve de escándalo, sácatelo y arrójalo lejos de ti; es mejor entrar en la vida eterna, con un solo ojo, que con los dos ser arrojado al fuego del infierno.

—Mortificación en soportar valientemente y con franqueza las burlas del respeto humano. *Exacuerunt, ut gladium, linguas suas: intenderunt arcum, rem amaram, ut saggitent in occulis immaculatum.*

—Y vencerán estas mofas malignas, temiendo ser descubiertos por los Superiores, pensando en las terribles palabras de Jesús: El que se avergonzare de Mí y de mis palabras, se avergonzará de él el Hijo del hombre, cuando venga con toda su majestad y con la del Padre y de los santos Angeles.

—Mortificación de los ojos, al mirar, al leer, apartándose de toda lectura mala e inoportuna.

—Un punto esencial. He hecho pacto con mis ojos de no pensar ni siquiera en una virgen. Y en los salmos: Guarda tus ojos para que no vean la vanidad.

—Mortificación del oído y no escuchar malas conversaciones, palabras hirientes o impías.

—Se lee en el *Eclesiástico: Saepi aures tuas spinis, linguam nequam noli audire.* Rodea con un seto de espinas tus oídos y no escuches la mala lengua.

—Mortificación en el hablar: no dejarse vencer por la curiosidad.

—También está escrito: Coloca una puerta y un candado a tu boca. Ten cuidado de no pecar con la lengua, para que no seas derribado a vista de los enemigos que te insidian y tu caída llegue a ser incurable y mortal.

—Mortificación del gusto: no comer, no beber demasiado.

—El demasiado comer y el demasiado beber fue causa del diluvio universal y del fuego sobre Sodoma y Gomorra y de los mil castigos que cayeron sobre el pueblo hebreo.

—Mortificarse, en suma, sufriendo cuanto nos sucede a lo largo del día, el frío, el calor y no buscar nuestras satisfacciones. Mortificad vuestros miembros terrenos, dice San Pablo.

—Recordad el dicho de Jesús: *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum et tollat crucem suam quotidie et sequatur me.*

[729] —Dios mismo, con su próvida mano, rodea de espinas y de cruces a sus inocentes, como hizo con Job, con José, con Tobías y con otros Santos. *Quia acceptus eras Deo, necesse fuit ut tentatio probaret te.*

—El camino del inocente tiene sus pruebas, sus sacrificios, pero recibe fuerza en la Comunión, porque quien comulga frecuentemente tiene la vida eterna, está en Jesús y Jesús en él. Vive la misma vida de Jesús y El lo resucitará en el último día. Es éste el trigo de los elegidos y el vino que engendra vírgenes. *Parasti in conspectu meo mensam adversus eos, qui tribulant me. Cadent a latere tuo mille et decem millia a dextris tuis, ad te autem non appropinquabunt.*

—La Virgen Santísima a quien tanto ama es su Madre. *Ego mater pulchrae dilectionis et timoris et agnitionis et sanctae spei. In me gratia omnis* (para conocer) *viae et veritatis; in me omnis spes vitae et virtutis. Ego diligentes me diligo. Qui elucidant me, vitam aeternam habebunt. Terribilis ut castrorum acies ordinata.*

Las dos doncellas se volvieron entonces y comenzaron a subir lentamente la pendiente.

Y la una exclamó:

—La salud de los justos viene del Señor. El es su protector en el tiempo de la tribulación. El Señor los ayudará y los librará. El los librará de las manos de los pecadores y los salvará porque esperaron en El.

Y la otra prosiguió:

—Dios me dotó de fortaleza y el camino que recorro es inmaculado.

Al llegar ambas doncellas al centro de aquella alfombra, se volvieron.

—Sí, gritó una de ellas, la inocencia coronada por la penitencia es la reina de todas las virtudes.

Y la otra exclamó también:

—¡Cuán gloriosa y bella es la generación de los castos! Su memoria es inmortal y admirable a los ojos de Dios y de los hombres. La gente la imita cuando está presente y la desea, cuando ha partido para el cielo, y, coronada, triunfa en la eternidad,

después de vencer los combates de la castidad. ¡Y qué triunfo! ¡Qué gozo! Qué gloria al presentar a Dios, inmaculada, la estola del santo Bautismo, después de tantos combates entre los aplausos, los cánticos, el fulgor de los ejércitos celestiales.

Mientras hablaban de esta manera del premio reservado a la inocencia conservada mediante la penitencia, don Bosco vio aparecer legiones de ángeles que, bajando del cielo, se asentaban sobre el blanco tapiz. Y se unían a aquellas dos doncellas, conservando ellas el puesto del centro. Formaban una gran multitud que cantaba: *Benedictus Deus et Pater Domini Nostri Jesus Christi, qui benedixit nos in omni benedictione spirituali in coelestibus in Christo; qui elegit nos in ipso ante mundi constitutionem, ut essemus sancti et immaculati in conspectu eius in charitate et praedestinavit nos in adoptionem per Jesum Christum.*

Las dos niñas se pusieron entonces a cantar un himno maravilloso, pero con tales palabras y tales notas, que sólo los ángeles que estaban más próximos al centro podían modular. Los otros también cantaban, **[730]** pero don Bosco no podía oír sus voces, observando sólo los gestos y el movimiento de los labios al adaptar la boca al canto.

Las dos niñas cantaban: *Me propter innocentiam suscepisti et confirmasti me in conspectu tuo in aeternum. Benedictus Dominus Deus a saeculo et usque in saeculum; fiat, fiat!*

Entretanto, a las primeras escuadras de ángeles se añadieron otras y otras. Su vestido era de varios colores y adornos, diversos los unos de los otros y especialmente diferente del de las doncellas. Pero la riqueza y magnificencia de los mismos era divina. La belleza de cada uno era tal que la mente humana no la podría concebir en manera alguna, ni formarse la más remota idea de ellos. El espectáculo que ofrecía esta escena era indescriptible, pero sólo a fuerza de añadir palabras a palabras, se podría explicar en cierta manera el concepto.

Terminado el canto de las dos niñas, entonaron todos juntos un himno inmenso y tan armonioso que jamás se oyó cosa igual ni se oirá sobre la tierra.

He aquí lo que cantaban: *Ei, qui potens est vos conservare sine peccato et constituere ante conspectum gloriae suae immaculatos in exultatione, in adventu Domini nostri Jesu Christi: Soli Deo Salvatori nostro, per Jesum Christum Dominum nostrum, gloria et magnificentia, imperium et potestas ante omne saeculum, et nunc et in omnia saecula saeculorum. Amen.*

Mientras cantaban, iban llegando nuevas escuadras de ángeles y, cuando el canto hubo terminado, poco a poco, todos se elevaron en el aire y desaparecieron al mismo tiempo que aquella visión.

Y don Bosco se despertó.

23

Informe de la madre Daghero a don Bosco

Reverendo Padre:

Gracias a la Divina Providencia, que siempre nos asiste de modo admirable, esta mañana se clausuró nuestro primer Capítulo General, presidido en nombre de nuestro reverendo padre Rector Mayor, por don Juan Cagliero, y en el que tomaron parte algunas veces el reverendo señor don Juan Bonetti, nuestro Director, y el teólogo

Bertello. Las conferencias de este Capítulo fueron quince: en las primeras se leyeron nuestras santas Reglas, en las que, sin reformar nada, se coordinaron algunos puntos; se aclamaron otros según nos lo sugirió la práctica y, por fin, se introdujeron algunos puntos tomados de las reglas de nuestros hermanos los Salesianos. En las últimas conferencias, hemos procurado adoptar para nosotras las preciosas e importantísimas deliberaciones de los Capítulos Generales de los Salesianos, nuestros hermanos y dignísimos hijos suyos, de la observancia **[731]** de cuyas deliberaciones espero un óptimo resultado para la buena marcha de la querida Congregación.

Aquí tiene, Rvmo. Padre, lo que me interesaba comunicarle, en nombre también de este Capítulo y de las Directoras; las actas que se levantaron y las deliberaciones tomadas, serán enviadas cuanto antes, junto con la santa regla, a V. R. P., para que haga de ellas lo que *in Domino* estime oportuno y ponga el visto bueno si lo cree útil para sus hijas en Jesús.

Nuestros santos ejercicios tocan ya a su fin y, para su consuelo, apoyándome en lo que me dicen estos reverendos Superiores, puedo decirle que resultaron provechosísimos, gracias a la ayuda de sus oraciones, Venerado Padre, y al celo de estos buenos Predicadores. *Deo gratias!*

El próximo domingo, después de la Comunión general, que aplicaremos por la salud de nuestro querido Padre, tomarán el hábito unas veinte, unas treinta harán los votos temporales y, seis, los perpetuos. Tomaron parte en estos santos ejercicios unas doscientas cincuenta hermanas y unas sesenta postulantes. Me parece que el estado moral y físico de la Congregación es bastante bueno gracias a Dios. Asístanos usted con su fervorosa oración y con sus preciosos consejos, y así espero que seguiremos dándole buenas noticias. Acepte los respetuosos saludos de la Comunidad y especialmente de las futuras profesas y novicias; rece mucho por mí y por todas, para que ninguna, Dios no lo permita, se haga indigna de la divina misericordia.

Con todo el respeto y veneración de hija, me profeso ahora y siempre suya en Jesús.

Nizza Monferrato, 22-8-1884

Su humilde hija,
SOR CATALINA DAGHERO

24 *(el original en francés)*

Don Bosco

Diversos motivos nos han obligado, en estos últimos tiempos, a descender hasta los bajos fondos de la sociedad. Hemos palpado la miseria al vivo. Hemos penetrado con nuestra mirada asombrada en los abismos tan poco conocidos del vicio y de la ignorancia, hijo el uno de la otra, y nos ha sobrecogido el vértigo. No puede uno hacerse idea, en nuestro mundo, de la increíble profundidad del abismo del mal y de la ignorancia, en el corazón mismo de nuestra pretendida civilización. La miseria vergonzosa corroe nuestra pobre sociedad hasta el corazón; lo hemos visto, lo hemos palpado; pongámonos en guardia.

En el mismo momento en que considerábamos, pasmados, el horror de la llaga que nos devora, cayó en nuestras manos la vida de don Bosco, escrita por el señor du

Boys. **[732]** Hemos leído, con el más vivo interés, el relato sencillo y admirable de las obras inmensas de este santo sacerdote.

La vista del mal nos había espantado y la esperanza del remedio aportado por don Bosco ha reanimado nuestro espíritu.

Lo que este hombre ha hecho, lo que todavía está haciendo, tiene caracteres prodigiosos. Los comienzos de su obra, como casi todos los principios de las cosas grandes, han sido pequeños, casi imperceptibles. Durante mucho tiempo, don Bosco tuvo que limitar su campo de acción a los niños, que catequizaba en un prado a campo abierto. Llegó un día en que se le negó este último asidero. Pero confiaba en Dios; el desaliento no se apoderó de su alma. Continuó sus proyectos. Fue entonces cuando sus enemigos y hasta algunos sacerdotes lo tildaron de loco. El tiempo justificó a don Bosco.

Hoy se extiende su obra por los dos mundos. Cuenta con ciento cincuenta casas, donde se desconoce el castigo y todo funciona por la dulzura.

De estas casas salen cada año centenares y centenares de obreros cristianos, obreros cualificados, sacerdotes, hombres instruidos, que difunden, a su vez, la luz en el mundo y están a la cabeza de todas las buenas obras.

Es así como don Bosco saca de las calles a niños sin padre ni madre, arranca del presidio a millares de individuos y, de ellos, que habrían sido condenados a trabajos forzados, hace hombres sensatos, inteligentes y creyentes. Incluso se dice que, de todos los jóvenes que don Bosco recogió en sus casas, ni uno, entendedlo bien, ni uno solo ha visto ya la cárcel; y bien sabe Dios que algunos la conocieron antes que a él.

Al presenciar esta regeneración de la sociedad por el catolicismo, pueden renacer todavía nuestras esperanzas. De tejas abajo, me atrevo a decirlo ¡estamos perdidos! Pero Dios está ahí y, si el mal es inmenso, espantoso, don Bosco nos demuestra que no está todo perdido.

Gracias a Dios, hay muchos cristianos excelentes que lo comprenden bien, saben que ni la espada, ni un hombre puede sacarnos del atascadero; son conscientes de que una revolución política no serviría más que para distraer un momento a los atolondrados; comprenden que es necesaria una revolución social y que ésta no se puede hacer más que por el catolicismo. Por eso, protegen todas las obras buenas. Sí, pero no son todavía bastante numerosos. El mal es inmenso; es preciso que la caridad que prodiga la enseñanza, el bienestar y la fe sean inmensas.

Una vez más, un cambio de gobierno no haría nada; lo que hace falta es una revolución completa de ideas. Hay que instruir al pueblo, hay que guardar a la juventud, hay que destruir los prejuicios.

Hay que haber penetrado en los cuchitriles, que nosotros hemos visto para **[733]** hacerse una idea de la desconsoladora ignorancia en que se mueve gran parte del pueblo. Hay en plena Francia, en nuestras grandes ciudades, en Lyon, tabucos, donde la idea moral está muerta, donde el odio contra los curas ha llegado al colmo, porque no se los conoce en absoluto. Pues bien, sólo mediante obras análogas a las de don Bosco, es decir, mediante locuras de caridad y mansedumbre, se puede regenerar la nación; y no es posible conseguirlo de otro modo.

Entiéndase esto bien; toda reforma, sin el catolicismo por base, es necesariamente efímera e irrisoria.

Multiplíquense, pues, las obras en esta antigua tierra lionesa regada por la sangre de los mártires. La iniquidad amenaza devorar a Francia, levantemos diques en todas partes. Estos diques son las escuelas católicas, son los patronatos, las sociedades de San Vicente de Paúl, etc.

En nombre de la patria, no nos cansemos. Marchemos sobre las huellas de don Bosco, trabajemos y demos dinero.

¿Dinero? Sí, hace falta más todavía y mucho. Conozco una escuela de hermanos, conozco una escuela de hermanas, conozco un patronato, que carecen, todos ellos, de dinero y se ven en la necesidad de rechazar a niños; y notad que yo no conozco más que esta escuela de hermanos, esta escuela de hermanas, este patronato. ¿Qué tendremos que pensar, por tanto, de la caridad lionesa, si esto mismo se repite en todas partes?

¡Ah!, que no se detenga esa antigua caridad. Leía yo ayer en un artículo de Máximo de Camp, sobre las obras de beneficencia de París, que, sólo en la capital, las obras absorbían como mínimo de sesenta a ochenta millones por año. Lioneses, si París os ha dado tan buen ejemplo en las últimas elecciones municipales, no toleréis que os gane también en la caridad, a vosotros, cuya ciudad es conocida como la ciudad de las buenas obras.

Leed, pues, para animaros, esa obra tan bien escrita por el señor du Boys sobre don Bosco y, no satisfechos con la teoría, llevadla a la práctica inmediatamente. Así pues, una vez más, dad para nuestras escuelas, dad para nuestros patronatos, dad para todas nuestras obras.

(*Eclair,* 17 de mayo de 1884)

AGUSTIN REMY

25 *(el original en francés)*

El poema de don Bosco

Cada uno de los grandes poetas de la humanidad, Homero, Virgilio, Dante, Milton, etc. concibió el vasto plan de una epopeya, y lo realizó en cantos pletóricos de vida y de luz. Por extensión, se han considerado como poemas las obras maestras de las artes plásticas; y así se ha dado este nombre a la gran composición de Rafael **[734]** cuando desarrolla el tema teológico de la *Disputa* (discusión del Misterio de la Iglesia). Se han llamado igualmente poemas, y con más razón todavía, esas inmensas catedrales, levantadas a Dios por la fe de nuestros padres; son poemas en piedra, así se ha dicho, en los que el genio encuentra, para expresar sus conceptos, otro lenguaje distinto de la palabra y de los versos, pero en los que no los expresa con menos esplendor y grandeza.

Hay otra clase de poetas, verdaderamente épicos; son los que construyen un edificio moral con materiales vivos; tales son los hombres que fundan imperios o que instauran pueblos. En otro orden de cosas y por encima de estas cumbres misteriosas, que dominan desde tan altos vértices la naturaleza humana, aun la más grande, han aparecido en otro tiempo los fundadores de nuestras más fecundas familias religiosas, san Benito, san Francisco de Asís, santo Domingo, san Ignacio. Estos grandes santos, divinamente inspirados, han hecho obras magníficas que, en un principio, se han adaptado a las necesidades de sus contemporáneos y, después, tuvieron una acción duradera en el mundo.

Don Bosco ha sido un poeta al estilo de esos hombres de Dios; vio que los estragos de nuestros días reclamaban fundaciones nuevas, más bien que restauraciones, y

concibió de golpe, con una única visión de conjunto, un vasto plan, ordenando y combinando en su cabeza materiales destinados a su ejecución, para remediar grandes necesidades religiosas y sociales.

Tenía la previsión de transformar estos materiales, pequeñísimos y de ningún valor por sí mismos, en piedras preciosas dignas de adornar el templo del Señor. Arquitecto místico y grandioso, al tiempo que no poseía nada y no tenía más que dos o tres niños que siguieran sus lecciones, *se veía* organizando talleres, que llenaba con miles de niños y de alumnos; se veía preparando numerosas vocaciones sacerdotales, levantando cúpulas de iglesias en las ciudades más populosas y en los más apartados desiertos.

Su *poema* se iba elaborando en su pensamiento y acabó por encontrar su expresión visible y ponerla de manifiesto a los ojos de todos.

Dante hizo un esfuerzo sublime para situar el mundo *del más allá* ante los ojos del mundo presente; pero ¿llegó a algo más que a colorear con su mágico pincel unos reflejos de ultratumba, ya revelados por nuestros libros santos?

Don Bosco, verdadero *vidente,* ha dado vida a su idea poética; aquellas intuiciones que parecían de un espíritu enfermo, eran todas ellas una creación en germen. El capullo se abrió. Don Bosco ha podido dar a su pensamiento un cuerpo y una espléndida realidad.

Una vez más, ¿difiere mucho esta maravillosa creación, como concepción intelectual, de la que hubo de dibujarse, de algún modo, en los ojos de Homero, cuando estructuró y elaboró en su cerebro los ciento cincuenta cantos de su inmensa epopeya?

[735] Don Bosco compuso su poema con hombres, en lugar de hacerlo con versos o estrofas. ¿Acaso es más fácil de manejar esta materia poética?

Se percibe muy a menudo la efusión del Espíritu Santo en labios de don Bosco. Es un orador-poeta [1]; pero si él no supiera hablar hablarían por él sus obras.

Quiera Dios conservar muchos años a este Homero del apostolado católico. Por lo demás, su creación, suceda lo que suceda, continuará; no morirá con él; Elías dejará su manto a Eliseo, y Eliseo lo dejará a su vez a un nuevo elegido, suscitado por Dios entre los Salesianos.

(DU BOYS, *Dom Bosco* etc. págs. 317-320)

26

Carta del obispo de Pinerolo a don Juan Bautista Lemoyne

Muy reverendo Señor:

No puedo expresar a V. R. la emoción que experimenté al recibir su apreciadísima carta del día once de los corrientes en la que me anunciaba que el venerado don Bosco se dignaba tomar parte activa en la restauración de esta mi catedral. Le quedo

[1] Era preciso haber oído hablar a don Bosco su lengua natal, el italiano, para comprender los poderosos efectos que debió de producir en el púlpito, durante su juventud y con toda la pujanza de su fuerza.

muy agradecido, no sólo por el generoso donativo de cien liras, que hizo llegar a mis manos, sino más aún por las oraciones que me promete por parte de los hijos de esa Congregación. Un donativo de cien liras del venerado don Bosco vale más de diez mil liras de otros, pues es bien sabido que también él se encuentra en grandes apuros por parecido motivo, esto es, por la iglesia de Roma. No puedo hacer más que desear al generoso donante una centuplicada recompensa de su donativo a través de personas acaudaladas, comprometiéndome yo también a hacer algo por ese Oratorio, cuando me vea libre de estos grandes gastos, en que me he metido para la Catedral y el colegio Episcopal.

Dígnese V. S. aceptar la expresión de mi vivísima gratitud y presentarla también al venerando don Bosco, implorando una bendición especial suya para las obras de esta restauración.

Y puesto que V. S. Rvma. quiso recordar lo poco que he podido hacer por el Venerando don Bosco el año pasado, ruégole recuerde al mismo que mañana precisamente se cumple un año desde que vino a honrar mi casa de campo. Hágame el favor de decirle que, de nuevo, la pongo a su disposición, añadiendo a ello los más sinceros deseos de que **[736]** pueda venir a ella para lograr la mejoría de salud que alcanzó el año pasado. Dígale que iría yo mismo a invitarle, pero que, no pudiendo ausentarme por graves ocupaciones, le ruego lo acepte por carta. Queda V. S. encargado de obligarle a venir, pues tiene el deber de conservar muchos años al Padre de la Congregación, tanto más que están ya tomados todos los acuerdos para el cincuentenario de la primera misa.

Haga el favor de comunicarme el día en que vendrá don Bosco a comenzar su veraneo en San Mauricio para tomar las medidas oportunas y, si me fuera posible, ir a buscarle a Turín.

Renovándole, mientras tanto, mi agradecimiento, me profeso con gratitud.

D. V. S. muy Rvda.

Pinerolo, a 18 de julio de 1885

Su atento y seguro servidor,
+ FELIPE, *Obispo*

27

El Alcalde de Turín a don Bosco

Ciudad de Turín. Despacho del Alcalde número 9261

La condesa Sanseverino Vimercati y la princesa Stróngoli, que me hicieron vivísimas y reiteradas instancias para que colocara en algunos colegios de esta ciudad un determinado número de huérfanos, de padres muertos por el cólera en Nápoles, me remiten un telegrama, que acabo de recibir ahora mismo y tengo el honor de transcribir al margen de la presente, participando que ya no enviarán aquí ningún huérfano [1].

[1] Telegrama: Alcalde Turín. *A pesar vivas instancias, imposible convencer parientes huérfanos enviarlos ahí, aduciendo demasiada distancia. Agradecemos igualmente noble generoso ofrecimiento suyo.*

Sintiendo muchísimo que dichas señoras no repararan en la conveniencia de sondear las intenciones de los parientes de los huérfanos de que se trata, antes de entablar negociaciones para la colocación de los mismos y que, por consiguiente, yo haya debido causar serias e inútiles molestias a V. S. Ilma. y Rvma., me creo en el deber de presentarle *mi mayor agradecimiento* por haber aceptado con tanta cortesía mis instancias y, asegurándole que recordaré con la mayor complacencia la atención tenida y los sentimientos altamente humanitarios que la caracterizan y de los que dio nueva y espléndida prueba, ruégole acepte de nuevo el testimonio de todo mi aprecio.

El Alcalde,
DI SAMBUY

[737] **28** *(el original en francés)*

De un lionés que visitó a don Bosco, el Oratorio y su exposición

Mi querido amigo:

Le debo algunas explicaciones sobre mi viaje. Yo le había oído tan a menudo hablar de la gran obra de don Bosco que quería dar a mis ojos la satisfacción de contemplar y admirar lo que Dios ha hecho por su medio.

Llegué de noche a Turín, pero se me había anunciado un cicerone en la estación, cena en el Oratorio, aseo y buena celda, delicadas atenciones, cuidados y cortesía tan cristana como exquisita; nada de todo esto falta en la casa de don Bosco. Aun cuando no hubiese sido tan tarde, no habría necesitado ningún guía, pues, usted lo sabe, en Turín, todo forastero que pregunte a cualquiera el camino para llegar a la obra de don Bosco, oye en seguida las indicaciones más exactas: «Si usted va a casa de don Bosco, le dicen, siga usted tal calle y tal otra». Y no me extraña, pues esta obra es un honor para la ciudad de Turín, donde don Bosco es muy popular e incluso en los viajes por ferrocarril, he oído varias veces hablar de él.

El Oratorio de San Francisco de Sales me ha parecido un verdadero pueblo y, por cierto, no está mucho menos poblado, ¡unos ochocientos muchachos! Y, además, los jefes de taller, los empleados, los sacerdotes y clérigos salesianos, puestos al frente de la dirección del Oratorio y de la pía sociedad; es una pequeña ciudad dentro de otra grande. En este vasto establecimiento reina un orden perfecto; el reloj y la campana son obedecidos siempre puntualmente.

Mi primera visita fue a la iglesia del Oratorio, iglesia dedicada a María Auxiliadora. Este monumento espacioso imita a San Pedro de Roma, hasta en su hermosa cúpula. Es perfecto arquitectónicamente, bien decorado y embellecido, sobre todo por un cuadro magistral, el grande y magnífico cuadro de María Auxiliadora. No es demasiado llamar a esta iglesia la *Fourvière* de Turín, atendida la frecuencia con que la visitan cada día los buenos cristianos e incluso los curiosos. Supe que la gracia había tocado a veces en ella el corazón de algunos de estos últimos, que, habiendo ido como simples turistas, habían regresado a sus casas debidamente convertidos.

Me cupo la suerte de ver a don Bosco. Este santo sacerdote tiene siempre una deliciosa afabilidad y una bondad que hace pensar en la del divino Maestro. Le hablé, entre otras cosas, de sus sufrimientos, de su reciente enfermedad y de las oraciones

que consiguieron su recuperación: «Sí, me dijo, mis hijos son todavía muy pequeños; me necesitan todavía, pero si Dios pide mi renuncia, ya se encargará El de hacerlos crecer». Este buen padre se ve obligado a aceptar **[738]** los más atentos y minuciosos cuidados, así lo ha querido y ordenado expresamente Su Santidad León XIII.

Durante la jornada visité los talleres. El hermoso salón de imprenta con sus grandes máquinas podría despertar envidia en nuestros impresores de Francia. Junto a la modélica imprenta me entretuve con fruición en ver fundir los caracteres tipográficos que salían, limpios y perfectos, del taller en las manos de los jóvenes aprendices. Estos talleres, junto con los de encuadernación y dorado, alimentan y abastecen una rica librería en la que se exponen los más hermosos libros litúrgicos, las obras clásicas y las más útiles publicaciones italianas y francesas. Los talleres de sastrería, zapatería, carpintería tienen cuanto puede desearse; pero debo un elogio especial a los forjadores y cerrajeros, que realizan importantes trabajos y poseen los conocimientos de la mecánica.

No digo nada de los numerosos estudiantes que, al igual que los aprendices, están entregados en alma y cuerpo al trabajo, y sus caras sonrientes manifiestan la suave alegría y la tranquila felicidad producidas por la modestia y una sólida piedad. Produce grata impresión al atardecer oír un millar de voces que rezan y cantan juntas en la bendidión con el Santísimo Sacramento; este espectáculo y esos acordes refrescan el alma y llenan el corazón.

Este amplio establecimiento se quedó demasiado estrecho para don Bosco; su colegio de Valsálice, en la orilla derecha del Po, no era para su obra más que una insuficiente sucursal. Ha construido en el mismo corazón de Turín una grande, magnífica y elegante iglesia dedicada a San Juan Evangelista. Junto a esta iglesia, pronto se abrirá un nuevo Oratorio para trescientos o cuatrocientos jóvenes. Ahora comprendo cómo en Turín el nombre de don Bosco anda en labios de todos.

Tal vez habría salido de Turín para volver a Francia, sin cuidarme de visitar la Exposición, esta exposición tan perjudicada por el cólera, si no se me hubiese dicho (permítaseme esta expresión) que también allí estaba don Bosco. No dejé, pues, de ir allí.

Como en todas las exposiciones, se reserva mucho espacio para inventos y perfeccionamientos de escasa importancia y utilidad. Sin embargo, hay mucho bueno y muy bonito en las galerías para coches de ferrocarril y máquinas. En un amplio salón de esta última galería, se presenta y funciona ante el público una síntesis industrial completa, tan curiosa como instructiva, expuesta por don Bosco. Allí reunidas ante vuestros ojos, tocáis y abrazáis con una mirada todas las ramas de la industria relacionadas con él, desde la fabricación del papel hasta llegar a la librería, pasando por la fundición de caracteres, la impresión y la encuadernación; no falta nada en aquel conjunto y todo se desarrolla con su orden lógico.

A mano derecha, en un gran depósito, se ve la pasta destinada a ser convertida en papel con una máquina modelo, de muy reciente construcción **[739]** según los últimos progresos de la ciencia; a la izquierda se encuentra la librería, donde podéis encargar la confección de un libro con esa misma pasta que aguarda el momento para circular en la máquina y convertirse en papel.

Dad un paseíto; seguid esta pasta, que cae primero en una ancha cuba de ladrillo, donde se revuelve para mezclarse íntimamente con agua limpísima; seguidla, hecha líquida y blanquecina, por los diversos tamices que la separan del agua, sostenida después por telas sin fin; vedla pasar por debajo de grandes cilindros que la comprimen, la secan y la transforman en un papel fino y resistente que cortan ante vuestros

ojos, para entregarlo seguidamente en pliegos inmaculados a los jóvenes impresores. Estos han compuesto ya la plancha de impresión con caracteres hechos, cerquita de ellos, por sus compañeros de la fundición tipográfica; someten el pliego a la acción de la prensa y lo pasan al encuadernador, que lo dobla, lo cose y, en conclusión, forma un libro cubierto con tafilete y lo pasa al dorador; éste entrega, por último, al librero un magnífico volumen con los cortes dorados y artísticamente decorado con los más graciosos filetes de oro.

Se imprimía entonces una magnífica edición de *Fabiola,* con numerosos y finísimos grabados, cuya ejecución no dejaba nada que desear. Yo estaba estupefacto; aquel encantador conjunto, aquella embelesadora síntesis del trabajo y la confección rápida y económica que permite obtener, sin mermar la perfección del producto, es, sin duda alguna, lo más interesante que yo he visto y lo más útil en la exposición de Turín; éste será mi mejor e incluso, tal vez, mi único recuerdo.

Don Bosco ha demostrado al mundo que la Iglesia y el sacerdocio no son los enemigos, sino al contrario los mejores amigos de la sana civilización y del verdadero progreso.

Compendio mi viaje y mis impresiones en este único pensamiento que expresaba al principio de la carta. He visto lo que Dios ha hecho por medio de don Bosco: Dios ha otorgado sus bendiciones y su gracia: don Bosco, la cooperación de su abnegación caritativa e inteligente. Don Bosco no tenía más capital que a su pobre madre, a quien debía los generosos ardores de su noble corazón, un viejo reloj, regalo de la caridad de un amigo, unos céntimos y su celo.

Reciba, querido amigo, mis palabras de gratitud por su buena recomendación ante don Bosco y la expresión de mis más afectuosos sentimientos en J. C. Nuestro Señor.

Su amigo, que se honra al ser ahora

Un Cooperador Salesiano

(*Bull. Sal.,* dic. 1884)

[740] **29**

Protesta de don Juan Cagliero y de don José Fagnano por la conversión de los bienes de Propaganda.

Eminentísimo Príncipe:

Clama, ne cesses et quasi tuba exalta vocem tuam (Isaías 58,1), dijo el Señor a su siervo: «Llama a voz en grito, levanta tu voz como cuerno», reclama sin descanso los derechos del cielo sobre la tierra, de la justicia sobre la iniquidad, de la razón sobre la fuerza. «El hombre de Dios», el Vicario de Jesucristo, el gran Profeta, el Romano Pontífice, vengador de los derechos divinos y humanos de la Iglesia de Jesucristo, ha levantado repetidas veces el grito de protesta contra sus inicuos expoliadores, contra los opresores de su libertad, los dilapidadores del patrimonio eclesiástico. Esta voz resonó últimamente más fuerte que nunca, suscitando mil y mil veces más enérgica en todo el mundo la protesta contra la sacrílega sentencia con la que el tribunal de casación, haciéndose como árbitro del universo, en Roma, centro del mundo católi-

co, descargó el golpe de muerte contra la más cosmopolita de las instituciones, la institución más benéfica, la más humanitaria y civilizadora de los pueblos de la tierra, queremos decir la Congregación de Propaganda.

Todavía le quedaba a la revolución un delito por cometer y lo cometió el pasado mes de enero, sometiendo a convertirse en renta nacional italiana y, por tanto, a la eventualidad, al arbitrio y dependencia del Gobierno italiano, los fondos cosmopolitas de Propaganda, destinados a ser patrimonio sagrado universal e inviolable de la fe católica y medio para difundir el Santo Evangelio y, con él, la civilización a las naciones bárbaras e infieles.

Eminentísimo Príncipe, el eco de semejante atentado, consumado contra la libertad del Evangelio y de su propagación, y la protesta del mundo entero resonaron a orillas del Río Negro y han despertado en nosotros, misioneros italianos, sentimientos de dolor, indignación y humillación. ¡Y los mismos salvajes de nuestra remota Patagonia e incluso los más apartados isleños de la Tierra del Fuego tienen motivo para asombrarse ante semejante acto despótico y tiránico, perpetrado en detrimento de la fe divina que acaban de abrazar! ¿Y cómo podrán ellos comprender semejante conducta en un Gobierno que, siendo *italiano,* se hace perseguidor de un Papa *italiano,* en el mismo momento en que éste envía misioneros *italianos* a civilizarlos en sus tierras, las más australes del continente americano?

Y he aquí, entre tanto, la Propaganda protestante, que desgraciadamente se nos ha adelantado, promovida, ayudada y protegida por el Gobierno **[741]** inglés, aplaudir, sonriéndose en son de mofa al Gobierno italiano perseguidor de la Propaganda Católica. En cuanto a las razones que aduce el Ministro de Asuntos Exteriores en defensa de esta sentencia, antes que jurídicas, son, en el decir de eminentes jurisconsultos, ridículas; de suerte que, para desacreditarlas y refutarlas, basta cualquier protesta por parte de algún Estado, para que dicha cuestión de *orden* puramente *interior y nacional,* venga a ser de *orden exterior e internacional.* En efecto, una simple observación del Ministerio de los Estados Unidos, con respecto a su colegio existente en Roma, bastó para echar por tierra toda la jurisprudencia italiana en *sesión conjunta,* y no digamos su irrevocable veredicto.

Por lo cual, no teniendo en nuestras manos más medios para defender los sagrados derechos cosmopolitas de Propaganda, protestamos ante Dios y los hombres contra este acto *lesivo* de la *libertad* de la Iglesia, *dañoso* para la religión y la civilización y *humillante* para nuestra patria. Y decimos humillante para nuestra patria, porque si la lengua italiana resuena dulce y suave a orillas del Río Negro, en el Chubut, y Magallanes y más allá en la Tierra del Fuego; si sus glorias, sus artes y ciencias son aquí objeto de encantadora maravilla, es por obra e impulso y con los medios de esta Congregación de Propaganda Fide, pisoteada y atropellada por el Gobierno italiano.

Ea, pues; si no es por amor a la justicia y al derecho, siquiera por amor a la Patria y por el honor del nombre italiano, renuncie el Gobierno italiano en sus hostilidades contra la Iglesia y déjele la libertad y el derecho para instruir, civilizar, salvar a todo el mundo, que le corresponde por mandato de su Divino Fundador. *Euntes in universum mundum, praedicate Evangelium omni creaturae* (Mc. 16,15). Así no tendrán que ruborizarse los misioneros italianos de su patria y de su gobierno ante los salvajes de Patagonia; y si nuestros clamores unidos a los de la Iglesia del Sumo Pontífice y de los Pastores de todo el mundo no obtuvieren adecuado efecto ante las Potencias de la tierra, lo obtendrán muy cabal de la Potencia del cielo. Jesucristo, Rey de reyes, Dominador de los dominantes, nos lo aseguró con las plabras: *Nolite timere, ego vici*

mundum. Nuestras protestas y nuestros clamores seguirán mientras la fuerza del derecho esté oprimida por el derecho de la fuerza.

Bendecid, Eminentísimo Príncipe, a nuetros neófitos patagones y a nuestro vasto campo evangélico y a los misioneros Salesianos que trabajan a orillas del Río Negro.

1.º de junio de 1884

JUAN CAGLIERO, *Provicario apostólico*
JOSÉ FAGNANO, *Prefecto apostólico*

[742] 30

Súplica del cardenal Alimonda a León XIII para que don Juan Cagliero fuese hecho Obispo

Beatísimo Padre:

Puesto que, hace dos años, dignábase Vuestra Santidad confiarme el honroso encargo de estudiar con otros Emmos. colegas míos el proyecto de la fundación de un Provicariato y de una Prefectura Apostólica en la remota Patagonia para confiarlos a los cuidados de la Congregación Salesiana, que ya posee allí misiones y un número relevante de sacerdotes y de cooperadores, no pude dejar de alegrarme muchísimo al ser aceptado el proyecto por parte de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide y ante los nombramientos que Vuestra Santidad se dignó hacer en las personas de los dignos sacerdotes salesianos don Juan Cagliero, para Provicario Apostólico en la Patagonia Septentrional y central, y don José Fagnano, para Prefecto Apostólico en la Patagonia Meridional y Tierra del Fuego.

Como ya se acerca la partida del sacerdote Cagliero y de otros veinte entre sacerdotes y clérigos para aquella lejana misión, me atrevo a presentar a Vuestra Santidad el deseo de que el nuevo Provicario Apostólico salga de Europa investido con la Consagración Episcopal.

Esto sería de gran satisfacción para el corazón del incansable y benemérito fundador de la Congregación Salesiana, don Juan Bosco, y sería un honor que la misma Congregación no podría jamás apreciar bastante; y el nuevo elegido, fortalecido por la gracia del Espíritu Santo, condecorado con la nueva dignidad, tendría mayor ascendiente sobre los misioneros y sobre las autoridades del país y lograría superar con más facilidad los obstáculos que prevé tendrán que oponerse al ejercicio de su ministerio.

Después de los felices resultados de las misiones salesianas en las vastísimas regiones susodichas, no pasará mucho tiempo sin que sea necesaria la presencia de un Obispo para la administración de las mismas.

Ahora bien, el tener que recibir la consagración episcopal en América sería de gran molestia, por la distancia de trescientas leguas desde la residencia del Provicario Apostólico hasta Buenos Aires.

Expuesto en estos términos mi humilde ruego, remito toda resolución a la alta sabiduría de Vuestra Santidad, segurísimo de que cuanto se digne disponer será del mayor agrado y de la mayor gloria de Dios y contribuirá mejor a la salvación de las almas.

Postrado para besar el sagrado pie, imploro con la mayor reverencia la bendición apostólica.

De Vuestra Santidad,

Turín, 26 septiembre de 1884

(firma)

[743] 31

Carta del cardenal Alimonda al cardenal Nina

Emmo. y Rvmo. Señor:

El pobre don Bosco, agobiado por los trabajos, muy maltrecho en su salud, aspira, sin embargo, a una satisfacción para lustre de su Congregación y bien de las almas, que se van ganando para Dios en las lejanas misiones salesianas de Patagonia.

El prevé muy bien que su don Juan Cagliero, elegido por el Padre Santo provicario Apostólico de Patagonia Septentrional y Central, será de un día a otro condecorado con la Consagración Episcopal. Pero, siendo ya próxima la salida del mismo don Juan Cagliero y encontrándose su futura residencia bastante lejos de las tierras civilizadas, desearía que el Padre Santo lo hiciese Obispo, antes de dejar Europa. Con este fin, me ha pedido que, puesto que yo intervine algo en el asunto del Provicariato y de la Prefectura Apostólica, elevara una humilde instancia al Padre Santo.

Esta instancia ha de pasar por las venerables manos de V. E. Rvma. por ser protector y bienhechor insigne de los Salesianos y porque necesitamos de su consejo. Si cree que ello no disgustará al Padre Santo, me adelanto a pedir a V. E. la haga pasar al E. Prefecto de Propaganda para la presentación. Si, en cambio, no considera oportuna nuestra petición, no dé ningún paso, pues, tanto don Bosco como yo, le quedaremos tan agradecidos por su sabio aviso, como por el servicio.

Beso las manos etc.

Turín, 26 de septiembre de 1884

32

Carta del cardenal Nina al cardenal Alimonda

Emmo. y Rvmo. Señor:

El día veintinueve del mes pasado, recibí la muy agradable carta de V. E., junto con la instancia que tenía por objeto la promoción del Salesiano a Obispo titular. Ante todo, no acabaré nunca de darle las gracias más vivas por el interés que, en toda ocasión, se toma por esta benemérita Congregación. Después he de notificarle que, como tal asunto es de exclusiva competencia de la S. C. de Propaganda, lo presenté, sin demora alguna el día treinta a media mañana, al E. Prefecto y hablé primero con éste del asunto con todo interés, después con el Secretario y me pareció que, tanto el uno como el otro, [744] están muy dispuestos a apoyar la instancia ante S. S. Mien-

tras tanto, no perderé en modo alguno de vista la gestión hasta que llegue a buen término. Confiemos que el Señor ilumine al Padre Santo y, de este modo, el buen don Bosco recibirá una satisfacción en medio de tantas tribulaciones.

Con respecto a él, recibí esta mañana una carta de don Juan Bonetti, el cual me comunica una notable mejoría de la salud del mismo. Esperemos que el Señor le conceda todavía más años de vida para que pueda consolidar cada vez más una obra gigantesca, que me parece destinada a prestar muchos servicios a la Iglesia en estos calamitosos tiempos.

No me olvide en sus oraciones. Asegurándole mi fiel correspondencia y besándole humildemente las manos, téngame siempre con la más alta estimación, etc.

Roma, 4 de octubre de 1884

33

Cartas de agradecimiento escritas por don Juan Cagliero por su elección para Obispo

A

A MONSEÑOR DOMINGO JACOBINI

Excelencia Rvma.:

En las últimas disposiciones de la Santa Sede en Roma, con respecto a mi persona, veo cada vez mejor lo mucho que Vuestra Excelencia quiere a nuestra humilde Congregación y el afecto que le une a nuestro venerado Superior don Bosco.

Huelga le manifieste mi confusión por tan alta dignidad y cómo lo espero todo del auxilio divino para corresponder menos indignamente. Soy hijo de obediencia y debo obedecer.

Pero no cabe duda que nuestras misiones obtendrán con ello una considerable ayuda y que los Salesianos tendrán, con este bondadoso rasgo del Padre Santo, un motivo más para continuar siendo sus hijos afectísimos y trabajar con más ahínco en el campo evangéligo de Patagonia.

En lo tocante a mí, siento cada vez más el deber de mostrarme agradecido a las pruebas de afecto, que V. E. demuestra por mí y por nuestras misiones y la necesidad de someterme totalmente ahora y siempre a sus mandatos y sabios consejos.

Llega un despacho de Buenos Aires con noticias poco agradables **[745]** de aquel Gobierno, el cual, según se ve, ha decretado la expulsión del Delegado Apostólico. La víbora masónica siente aplastada su cola por la encíclica *Humanum genus.* Pero *est Deus in Israel.*

Nuestro querido y venerado don Bosco, muy restablecido, y todos los Salesianos experimentan el deber de agradecer a V. E. y atestiguarle su inalterable afecto por el bien que hace a nuestra Congregación.

Permita bese el sagrado anillo y me declare

De V. E. Rvma.

Turín, 15 de octubre de 1884

Su seguro servidor,
JUAN CAGLIERO, *Pbro.*

B

AL CARDENAL NINA

Eminencia Reverendísima:

Siento la necesidad y, al mismo tiempo, el deber de manifestar a V. E. Rvma. los sentimientos de mi pobre corazón, que son de profunda veneración y sincero agradecimiento por todo lo que ha hecho y hace en favor de nuestra Congregación y, especialmente, por su valiosa protección y cooperación en la reciente disposición del Padre Santo respecto a mi persona.

Como hijo de obediencia, no podía ni debía oponerme a los deseos de nuestro venerado Padre don Bosco. Y el Señor lo ha dispuesto así para que, como premio a sus muchas tribulaciones pasadas, pudiese ver en su vejez a uno de sus hijos, elevado a la dignidad Episcopal.

Sirva, pues, de confusión para mí, y de satisfacción para aquél a quien hace ya treinta y cuatro años llamo Padre.

Como ya escribí al Padre Santo y al Cardenal Prefecto de *Propaganda,* aparte mi indignidad, no me queda sino mirar el bien de nuestra Congregación y la mayor ganancia de nuestra misión de Patagonia, resignándome a los honrosos cargos y a las cargas de esta dignación Pontificia.

La Congregación Salesiana tiene en Vuestra Eminencia más que un protector, un padre que nos quiere como a amorosos hijos. ¡Ojalá pudiéramos corresponder dignamente a sus santas solicitudes. ¡Y, si Dios nos ayuda, corresponderemos!

Eminentísimo Príncipe, en la lejana Patagonia hay corazones que sienten la gratitud y quieren y rezan también, como sus hermanos de Europa, para que Dios conserve *ad multos annos* a Vuestra Eminencia Rvma. para bien y provecho de nuestra Congregación.

[746] Que Dios nos escuche.

Nuestro venerado Padre don Bosco, ya muy mejorado, me encarga le ofrezca sus saludos y su agradecimiento y encomiende, a sus fervientes oraciones, a toda la familia salesiana.

Postrado a los pies de V. E., beso la sagrada púrpura y deposito el testimonio de mi filial sumisión, declarándome

De V. E. Rvma.

Turín, 16 de octubre de 1884

Humilde y seguro servidor,
JUAN CAGLIERO, *Pbro.*

C

AL CARDENAL SIMEONI

Eminentísimo Príncipe:

Con el ánimo lleno de inmensa gratitud y, al mismo tiempo, de profunda confusión, presento a Vuestra Eminencia Reverendísima los sentimientos y afectos de mi pobre corazón.

La Congregación Salesiana debe a la solicitud y bondad de Vuestra Eminencia el nuevo esplendor que la adorna, y nuestro Veneradísimo Superior don Bosco, esta gran satisfacción que le compensa de sus pasadas tribulaciones.

Por mi parte, he de decir que mi corazón experimenta un sentimiento de confusión por la alta dignidad episcopal, que el Padre Santo, a propuesta de V. E., ha querido concederme a mí, el más pequeño de los Salesianos. Sólo me alienta el pensamiento de que Dios se sirve a menudo de instrumentos débiles y flacos en las más arduas empresas, para que resplandezca con mayor brillo su gloria y el poder de su divino brazo.

Por eso, confiando en el auxilio divino y en las oraciones de V. E., cobro ánimo y me lleno de esperanza, al tomar sobre mí la grave responsabilidad de Provicario Apostólico de Patagonia.

Me tomo la libertad de rogar a V. E. que sea remitido al Santo Padre el pliego adjunto, como testimonio de mi profundo agradecimiento y absoluta dependencia de su santa voluntad.

Bendecid, E. Príncipe, a nuestra humilde Congregación y a nuestro Veneradísimo Superior don Bosco, junto con nuestras misiones, y permitid que, al besar la sagrada púrpura, me profese,

De V. E. Rvma.

Turín, 16 de octubre de 1884

Humildísimo y seguro servidor
JUAN CAGLIERO, *Pbro.*

[747] **D**

AL SANTO PADRE LEON XIII

Beatísimo Padre:

La sublime dignidad episcopal, a la que Vuestra Santidad se digna llamarme, si por un lado glorifica a la humilde Congregación Salesiana, cuyo hijo soy, y sirve de consuelo a su venerado fundador, por el otro, me humilla en lo más hondo del alma, porque me sé indigno de tanto honor y porque me considero incapaz para tanta responsabilidad.

Pero, como *qui, in altis habitat, humilia respicit,* me recobro de mi confusión y, apoyado en la ayuda divina, alentado por Vuestra Apostólica Bendición, me someto, Beatísimo Padre, a vuestra disposición, como a disposición de la divina Providencia; y, considerando como ley todo deseo vuestro, como mandato todo vuestro querer, me reafirmo en el deber de una entera e ilimitada obediencia a Vuestra Santidad como a Vicario de Jesucristo.

Sin duda que, de este modo, resultará más fácil para mis hermanos Salesianos y para mí la difícil empresa de las misiones de Patagonia septentrional y central, de la que Vuestra Santidad se dignó nombrarme Provicario Apostólico.

Turín, 16 de octubre de 1884

Humilde y agradecido hijo,
JUAN CAGLIERO, *Pbro.*

34 *(el original en latín)*

Breve de preconización de don Juan Cagliero

P. P.
LEON XIII

Querido hijo, salud y bendición apostólica. El oficio apostólico que, a pesar de nuestros exiguos méritos, nos ha sido confiado de lo Alto y, con el cual, por la divina Providencia, intentamos ejercer útilmente el gobierno de toda la Iglesia, nos impele a estar vigilantes y solícitos de corazón, para que, cuando se trata de encomendar las rectorías de dicha Iglesia, nos afanemos en designar tales pastores, que sepan llevar al pueblo a ellos encomendado, no sólo la doctrina de la palabra, sino también el ejemplo del bien obrar, y para que, la Iglesia a ellos confiada, la quieran y puedan, en un ambiente pacífico y tranquilo, regir saludablemente y gobernar felizmente, siempre bajo la autoridad del Señor. Hace poco tiempo, ciertamente, la provisión de diócesis vacantes actualmente en la Iglesia y las que posteriormente hayan de vacar, la hemos reservado a nuestra autoridad y disposición **[748]** estimando que, por tanto, sería contra toda norma y carente de razón cuanto se quisiera intentar en este sentido, a sabiendas o con ignorancia, por parte de cualquiera otra autoridad. Ahora bien, como la denominada Iglesia de Mágida, sufragánea de la archidiócesis de Perge de Panfilia, hubiera quedado sin pastor, ya que fue servida últimamente por el Venerable Hermano, Bernardino Caldaioli, y que fue exonerado de la misma para trasladarse a la Iglesia Catedral de Grosseto, Nos, para proveer a dicha Iglesia, en lo que nadie, fuera de Nos, puede o podrá inmiscuirse, si no es incurriendo contra la premonición y el decreto que, sobre este asunto, hemos decidido con paterna y solícita reflexión, juntamente con nuestros Venerables Hermanos Cardenales de la S. R. I., designados para propagar la fe cristiana, y te hemos considerado apto a ti que, nacido de matrimonio legítimo y disfrutando actualmente de edad también legal, te has de encargar del celo de la Casa de Dios y de la solicitud por la salvación eterna de las almas, y te hacemos depositario de la predilección de nuestro espíritu. Así pues, queriendo que continúes con esa peculiar benevolencia tuya y que, si estuvieres incurso por acaso en pena de excomunión y entredicho, o en penas y censuras de alguna índole, originadas por cualquier motivo, de todo ello te absolvemos y, considerando que quedas absuelto, disponemos de tu persona para la antes citada Iglesia de Mágida, apoyándonos en la calidad de tus méritos, y te designamos como obispo y pastor de la misma, confiándote plenamente su cuidado, gobierno y administración, tanto en lo espiritual como en lo temporal, en virtud de nuestra autoridad apostólica y del debido consejo de nuestros aludidos Hermanos, confiando en que Aquel, que da la gracia y colma de dones, te proporcionará cuanto necesites para gloria de Dios y propagación del nombre cristiano. Es más, te prevenimos que, mientras la mencionada Iglesia se cuente entre las meramente titulares, no te dirijas a ella ni residas allí. Por lo demás, considerando benignamente cuanto puede redundar para facilitar tu acción, te concedemos plena y libre facultad para que, de cualquier obispo católico que esté en comunión con esta Sede Apostólica, con asistencia de otros dos obispos y, si éstos no pudieran asistir fácilmente, por dos presbíteros constituidos en dignidad eclesiástica y también en gracia y comunión con la Santa Sede, puedas recibir la Consagración, y a dicho Obispo prevenimos que, recibidos previamente la profesión de fe, según los artículos propuestos por la Sede Apostólica, y el acostumbrado juramento de fidelidad a Nos y a la Santa Iglesia, pueda serte conferido lícitamente el antes citado ministerio en

nombre de nuestra Autoridad. Queremos también y decretamos con nuestra autoridad apostólica que, si no tuviesen lugar los antes citados profesión de fe y juramento de fidelidad, a través de dicho Obispo, y éste te confiriese tal ministerio y tú presumieses recibirlo, dicho Obispo y tú quedaríais por lo mismo suspensos, tanto en el ejercicio del ministerio pontifical como en el gobierno y administración de vuestras iglesias. **[749]** Y, si fuera el caso, no obstan a cuanto antecede otras Constituciones y Ordenaciones Apostólicas de nuestro Predecesor, Benedicto XIV, de feliz memoria, ni tampoco otros usos y costumbres o cualesquiera otras causas en contra, incluso las que se apoyen o cuenten con juramento o confirmación apostólica de dicha Iglesia. Dado en Roma, junto a San Pedro, bajo el Anillo del Pescador, el día 30 de octubre de 1884, séptimo año de nuestro Pontificado.

A nuestro querido hijo JUAN CAGLIERO
Sacerdote de la Congregación Salesiana,
Provicario Apostólico de Patagonia Septentrional
en América del Sur.

F. Card. CHISIUS

35

Circular de don Miguel Rúa para una colecta en favor de monseñor Cagliero

Ilustrísimo Señor:

A estas horas, ya sabrá V. S. que el Padre Santo León XIII ha tenido la bondad de elevar a la dignidad episcopal al teólogo don Juan Cagliero, que pronto recibirá la Consagración Episcopal.

Para tan solemne ocasión, hay que proporcionar al elegido las vestiduras moradas y todos los objetos y ornamentos que reclaman la nueva dignidad y las sagradas funciones que deberá ejercer. Estos objetos son, entre otros, *la cruz pectoral, las diversas mitras, el báculo pastoral,* etc.

Ahora bien, sabiendo que V. S. tuvo y mantiene todavía relación personal con el nuevo Prelado, creo satisfacerle haciéndole saber que se está promoviendo una suscripción con el fin de proveer al mismo de los objetos mencionados, mediante algún donativo.

Un *Album,* expresamente preparado para el caso, recogerá el nombre de los donantes y será luego presentado al nuevo Obispo, que, no me cabe duda, además de considerar este acto como una nueva prueba de benevolencia que le dan personas por él muy apreciadas, se sentirá dulcemente estimulado a recordarlas ante el Señor en el curso del sagrado ministerio y, especialmente, en la primera Misa que celebre, investido con el Orden Episcopal.

Si V. S., en su bondad, piensa tomar parte en esta afectuosa demostración, puede enviar su donativo **[750]** directamente a don Bosco o, bien, al que suscribe, a Turín, calle Cottolengo, núm. 32, y, a ser posible, antes del día veinticinco de los corrientes.

Confiando en su colaboración, le doy anticipadamente las gracias y le deseo todo bien de Dios, a la vez que tengo el gusto de profesarme,

De V. S. Ilma.

Turín, 4 de noviembre de 1884

Su seguro servidor,
MIGUEL RÚA, *Pbro.*

36

Carta de un masón a don Miguel Rúa

Señor don Miguel Rúa:

Tengo ante mis ojos su, naturalmente, rastrera circular dirigida a todos sus hipócritas socios para cooperar a la adquisición de objetos sagrados para el teólogo Cagliero, nombrado Obispo por Su poca Santidad León XIII.

A todos nosotros, que estamos por la verdad de las cosas, nos parece que este acto no sirve más que para sonsacar el dinero a los pobres imbéciles creyentes, porque en ocasiones semejantes los curas pueden jactarse de poseer la exclusiva para traficar con la ley de Cristo, nuestro Redentor.

Por suerte, nuestra Sociedad se esforzará por dar a conocer a nuestro prójimo la grama que se esconde bajo esa negra sotana y estamos seguros de que los clericales tendrán que deshacerse, como la nieve al sol, con alegría de todo el mundo, cuando conozcan a fondo cuál es la ley que guía su religión, que no tiene de ello más que el nombre, mas, por desgracia, es sólo un mercado inmoral.

¿No os da vergüenza a vosotros, alpargateros de sandalias papales para el Vaticano, admirar la luz que os da la vida, cuando pensáis que, so pretexto de insinuar la virtud, prodigáis el más abyecto vivir?

Vosotros, que no conocéis el amor de la familia, que huís de la sociedad como de un demonio; que, en una palabra, no conocéis en el mundo más que a vuestras *Perpetuas* [1], ¿vosotros queréis, mediante vuestra *inmoralísima* confesión, convertiros en maestros de la civilización? ¡Malditos seáis!

Pobre Italia, que, en parte, te encuentras entre las garras venenosas de los curas, haz que surja un nuevo Redentor y ten la seguridad de que lo primero a destruir serán esas serpientes que te envenenan; serán los prelados de la iglesia.

Su Santidad (así lo llaman) vive encarcelado (eso dicen) entre doradas paredes de palacios reales y entre la pompa que corresponde a un ministro de Dios (pero no creado por Dios, sino por un demonio y nombrado por sus iguales), porque él vivió y murió humilde y pobre.

[751] Pensad, poco amigos nuestros, que no está lejos nuestro tiempo propicio y ya anticipamos el gusto de veros subyugados no por la fuerza, sino por la verdad que lucha contra vosotros.

Sería demasiado largo describiros vuestros vicios ocultos que, de todos modos, vosotros mismos conocéis mejor que nosotros. ¡Atención, cuervos belicosos, la catás-

[1] Amas o criadas. En la novela *Los Novios* de Manzoni, se llama Perpetua la criada de don Abundio el cura *(N. del T.)*.

trofe es inminente y el Papa podrá erigirse otro Vaticano junto a su majestad el diablo, porque allí (si el infierno existe) encontrará a todos sus súbditos, amén de sus iguales ya fallecidos.

Acepte de buen grado, poco Reverendo, las sinceras afirmaciones de un grupo de anticlericales deseosos de la libertad y no de la ignorancia que vosotros prodigáis para poder dominar siempre

21, 11, 1884

Por todos, el más anticlerical,
(FIRMA ILEGIBLE)

No considere la presente como personal, sino extendida a la masa negra de la que usted forma parte.

37

En Cremolino, con ocasión del paseo otoñal del año 1864

El salesiano don José Rossi escribía a don Pedro Ricaldone el día 27 de junio de 1934:

«Don Bosco llegó cansado, sudoroso, a una alquería próxima a este pueblo, donde se encontraba el marqués de Pallavicini [1], su bienhechor, que lo esperaba. Al llegar a esta casa, se paró y pidió como refresco un vaso de agua para él y para sus muchachos. El amo de la casa, hombre de buen corazón, ofreció al punto el lugar sombreado de su patio y, después, un buen vaso de vino para toda aquella numerosa comitiva. Don Bosco aceptó la rápida y generosa invitación; pero insistió en que sólo les diese agua. Después, sentado sobre un tosco banco, asistió al reparto de agua en un cazo para todos los suyos.

Aquella familia comprendió que había algo singular en aquel cura y, conquistada por sus bondadosos modales y su dulzura, al dar las gracias y por la breve conversación sostenida después, guardó religiosamente el banco en que se había sentado don Bosco y el cazo en que bebió.

Siendo yo un muchacho, estuve con mi padre en aquella alquería y oí contar este hecho al cabeza de familia, que era un muchachito en aquella ocasión y fue testigo de la encantadora escena».

[752] **38** *(El original en latín)*

Acta de consagración de la iglesia de Nizza Monferrato

Para perpetuo recuerdo del acto. El día treinta de diciembre, del año 1884 del nacimiento de Cristo, rigiendo la Iglesia de Dios, en la Cátedra de Pedro en Roma, el Sumo Pontífice León XIII; siendo Obispo de la insigne diócesis de Acqui el Excelen-

[1] El marqués de Pallavicini fue visitado en Pegli; en Cremolino, era el marqués Serra.

tísimo y Reverendísimo monseñor José María Sciandra, príncipe y conde del Sacro Imperio Romano; y gobernando, como Rector de la Congregación de los Salesianos, el Reverendísimo Sacerdote Juan Bosco, Padre y Fundador de la misma y también de la Sociedad de las religiosas que se llaman *Hijas de María Auxiliadora.*

El Excelentísimo y Reverendísimo monseñor Juan Cagliero, Obispo de Mágida y Provicario Apostólico de la región de Patagonia Septentrional, primero entre los socios salesianos promovido a la dignidad episcopal, consagró oficial y solemnemente este templo en la ciudad de Nizza para el culto de Dios, bajo el título de Nuestra Señora de la Gracia. Fueron ayudantes del Obispo consagrante: el Rvmo. Don Francisco Berta, Canónigo enviado para este acto por el Excmo. Obispo de la diócesis de Acqui; el Rvmo. don Antonio Sala, sacerdote salesiano y Ecónomo General de la misma Congregación; y el Reverendísimo don Luis Bussi, sacerdote salesiano, director espiritual y rector de la Casa madre de las Hijas de María Auxiliadora en esta ciudad de Nizza.

El solar, en que están asentados la Casa madre de las Hijas de María Auxiliadora y el templo, es propiedad de don Juan Bosco, quien lo adquirió por sus propios medios el año 1877. El mismo quiso, al año siguiente, tras haber edificado la residencia-colegio, que este templo, después de haber sido bendecido litúrgicamente, sirviera preferentemente para el culto de Dios y la celebración de la eucaristía.

\+ JUAN, *Obispo de Mágida*
ANTONIO RICCARDI, *Pbro., secr.*

Luis Bisio, párroco de San Juan y vicario Foráneo, testigo.
Carlos Denicolai, encargado de San Hipólito.
Eugenio Ricci, arcipreste de San Siro.

[753] **39**

Carta a los alumnos del colegio de Este, escrita en nombre de don Bosco

Queridísimo Tamietti:

He presentado a don Bosco tu carta y se conmovió ante la delicada caridad de tus muchachos. Te agradece el filial interés que tienes por su estado de salud y, por mi medio, envía estas palabras para tus alumnos:

Queridos hijos míos:

Me es imposible deciros la gran satisfacción que me ha proporcionado vuestra generosa actuación. He exclamado y repetido de corazón: ¡Bendiga el Señor a estos hijitos! Necesitaba un gran alivio y lo tuve con vuestra caridad. Ciertamente no pude quedar insensible ante el daño ocasionado por el incendio y lo que significaba para proporcionar el pan a muchachos, que no tuvieron como vosotros la suerte de tener padres acomodados. La partida de los misioneros había dejado también profunda impresión en mi alma y, ahora, hace una semana que guardo cama y no quiere el médico que me levante por mis continuas enfermedades. Pero, lo repito, vuestra prueba de afecto me ha traído mucho alivio, al pensar que en el Colegio de Este hay

muchos jovencitos buenos, con un corazón tan bien dispuesto que saben corresponder a los muchos cuidados que tienen con ellos el Director y los demás Superiores.

Nunca os olvidaré y rezaré, como siempre, al Señor para que se digne haceros crecer en piedad y en ciencia, para que continuéis siendo buenos y llenos de salud y os lleve un día al paraíso, donde también yo espero tomar parte en aquella fiesta eterna.

Rogad por mí a fin de que el Señor me ayude a trabajar todavía por su gloria los pocos años que me quedan de vida. Dándoos las gracias de todo corazón os bendigo y deseo un año feliz con la gracia de Dios. Sed obedientes, recibid a menudo la Santa Comunión, tened mucha devoción a nuestra Madre María Santísima y seréis dichosos en el tiempo y en la eternidad.

Aquí tienes, querido Tamietti, las palabras que don Bosco me ha dicho te escribiera. Está enfermo y necesita oraciones. Es la tercera vez que guarda cama en el breve espacio de un año.

Don Bosco te saluda y contigo a todos los Salesianos. Espera levantarse pronto, pero este frío no deja de ser una de las causas de su malestar. Muchos saludos.

JUAN BAUTISTA LEMOYNE, *Pbro.*

[754] **40**

Dificultades en Patagonia

A

CARTA DE DON JOSE FAGNANO A DON BOSCO

Queridísimo don Bosco:

Deo gratias. El Señor nos ha visitado con tribulaciones; ahora parece que se van calmando y que vuelven las cosas a su cauce normal. Le contaré brevemente la historia.

El territorio de Patagonia y las orillas del Río Negro están bajo la jurisdicción del Gobernador de Patagonia, general de Brigada Lorenzo Winter, que tiene, además, el mando del ejército de la frontera acantonado a orillas de los ríos Negro, Neuquén y Limay. Todo marchaba bien y el Gobernador era amigo nuestro. Pero ¿qué quiere usted? Se planteó la cuestión religiosa en Buenos Aires, capital de la República, por parte del Gobierno nacional, y el Gobernador, imbuido en falsos principios y quizá también obligado por el Presidente de la República, a causa de una imprudencia de don Domingo Milanesio, rompió con todos nosotros e hizo realmente cuanto pudo para echar a los Salesianos de Viedma, capital de Patagonia y también de Patagones, que pertenece a la provincia de Buenos Aires, donde tenemos la casa principal: llegó al extremo de hacer que se nos calumniase ante el Arzobispo por medio de personas dependientes de él.

Hice cuanto pude para calmar al Gobernador y, al mismo tiempo, envié al Arzobispo mi defensa, pues las acusaciones e injurias en los dos periódicos del país iban dirigidas contra mí.

Redoblamos las plegarias por las personas que nos perseguían y actuamos con prudencia en todo, pero en vano; porque los diarios católicos, enterados del hecho

salieron en nuestra defensa, arremetieron contra el General y contra los periódicos del país, irritando más con eso los ánimos.

Las familias de Viedma y Patagones y toda la población de las orillas del Río Negro conocieron el infame proceder de nuestros perseguidores, pero no se atrevían a levantar la frente ante el enemigo, temiendo por sus intereses, que dependen de las Autoridades nacionales.

Por suerte, el año pasado, hicimos levantar casas en terreno nuestro, de manera que no pudieron echarnos de ningún modo como habían determinado en la fiebre de la pasión. Confieso que incluso me había preparado para la defensa material de nuestras personas y de los muchachos y muchachas, que habíamos recogido. La actitud y el proceder enérgico nos salvaron y no se hizo caso alguno de lo que el Gobernador había escrito al Ministro de Culto. Nos acusaba en una nota de que éramos personas sin educación y escandalosas y aconsejaba al Gobierno nacional **[755]** que no aceptara a ningún salesiano en las parroquias del territorio argentino.

A pesar de todo, ahora ha aceptado el nombramiento de don Tadeo Remotti en Viedma y de don Raimundo Daniele en Pringles, que tomarán posesión de estas parroquias la semana próxima. Estos hechos han sucedido del 3 de septiembre de 1884 al día 1.º de febrero de 1885.

No sé cómo pasaremos este año. Me parece que la cuestión religiosa se está poniendo seria y, ahora, se añade la cuestión política para el candidato a la Presidencia de la República, dado que el actual Presidente termina su período el día 12 de octubre de 1886. Que el Señor preserve a este país de tantas discordias, en las que amenaza caer, y lo guíe al verdadero progreso moral, que es la santificación de todas las familias.

Los hermanos gozan de buena salud y le puedo asegurar que todos observan exactamente las santas reglas, lo mismo que las hermanas, las cuales nos dan a nosotros muy buen ejemplo de obediencia, pobreza, recogimiento y trabajo.

En cuanto a las necesidades de esta casa, nos convendría: 1.º Personal para recorrer el territorio de misiones. 2.º Mil liras al mes, por lo menos, para hacer frente a los gastos. 3.º Cuarenta mil liras, para preparar un local a monseñor Cagliero y a los nuevos misioneros.

Cuando llegamos aquí, teníamos dos casas y dos terrenos donde edificar. En cinco años, hemos vendido una casa por veinte mil liras y un terreno por tres mil cuatrocientas, cuyo importe se empleó para comprar dos terrenos en Patagones, edificar un colegio para chicos y otro para chicas en Viedma, gastando en ello todos nuestros recursos y contrayendo una deuda de treinta mil francos con el Banco, que se ha instalado aquí en Patagones en mayo del año pasado...

Patagones, 5 de febrero de 1885

JOSÉ FAGNANO, *Pbro.*

B

CARTA DE DON DOMINGO MILANESIO A DON BOSCO

Amadísimo Padre:

En América, estamos a menudo afligidos por el estado de su salud. Bien es verdad que las últimas noticias fueron buenas, pero la misma lejanía contribuye a aumentar nuestros temores. Aquí rezamos por usted y por la salud de los otros Superiores para que el Señor nos los conserve siempre sanos y santos.

Creo que le gustará saber detalles de la misión que di últimamente en Patagonia. Se extrañará, sin duda, de mi tardanza. Ello se debe a la vacilación del espíritu, que me dominó algunos meses, sobre si debía escribirle o no.

[756] Pero una carta, que me escribió el muy reverendo don Miguel Rúa, me decidió a tomar la pluma y escribir la presente para darle noticias de Patagonia.

En la relación enviada me abstuve de exponer la causa que originó los trastornos que narraba en ella. Es, a mi entender, la Divina Providencia, que nos quiere y permite un poco de guerra contra nuestra Misión, para corregir algunas imperfecciones o imprudencias nuestras. La causa, en resumen, fue que Viedma ve con malos ojos el estar sujeta a Patagones y, aunque en realidad no sea así, cualquier sombra les parece una realidad.

Ahora resultaba un indicio de malos augurios el continuo ir y venir de Viedma a Patagones y viceversa y, a menudo, por cosas insignificantes como serían las bagatelas de cocina y de lencería. Añádase a esto el habérseme impuesto renunciar a la parroquia, lo cual, si era laudable por una parte, ya que me dejaba libre para ir a misionar por el campo, pecaba de imprudencia por la otra, pues no se presentó a la Curia Eclesiástica mi renuncia para el nombramiento de otro párroco. Por lo cual desde el mes de abril de 1883 en adelante no hubo párroco en Viedma, sino un sacerdote de la Congregación que hacía las veces. Sucedió la desgracia de que se incendiara la iglesia en la noche del Jueves Santo del año pasado. Don José Beauvoir se retiró a Buenos Aires y don José Fagnano asumió la dirección completa de la parroquia. Esto encendió todavía más los ánimos ya excitados y dio el golpe de gracia. Cada vez que yo volvía de la misión, iba por orden del Superior a visitar al Gobernador, en calidad de capellán de la gobernación. En sus conversaciones siempre me manifestaba el disgusto que experimentaba, por salirme de los límites del territorio sin su permiso. Una vez me prometió poner a mi disposición soldados, caballos, y también un vaporcito para trasladarme a diversos puntos para dar la misión, a condición de que estuviese a sus órdenes. Refería yo todo esto al superior y me contestaba que no debía hacer caso de ello, sino obedecerle a él. Desde entonces, comprendí que yo no iba a salir libre de aquella encrucijada. En efecto, al ver el Gobernador que era inútil todo intento, comenzó a tenerme entre ojos y declararse enemigo mío.

Al morir el general Conrado Villega, fue elegido el señor Lorenzo Winter por el Gobierno como encargado general de las fuerzas acantonadas en la frontera de Patagonia y el territorio nacional, con lo cual tenía en sus manos nuevos medios para vengarse de los Salesianos y someter por la fuerza a los que no había podido doblegar con la palabra.

El año pasado, estaba yo con monseñor Espinosa en Norquín, a doscientas diez leguas de Patagones, cuando él recibió una carta del Señor Arzobispo en la que le

participaba que el Gobernador de Patagonia pedía consejo al Ministro de Gobernación, doctor don Bernardo Irigoyen, sobre cómo debía portarse con los Salesianos. Lo cual, decía el Arzobispo, hace suponer que dicho Gobernador está enojado con los Salesianos. **[757]** y le recomendaba que tratase de encontrar un arreglo. Emprendía yo solo otra expedición a fines de agosto, pues había vuelto de aquella misión, a mediados de junio; y esto fue el motivo y origen de cuanto allí está escrito.

El padre Fagnano, por desgracia, tiene un defecto, que produce y es fuente de gravísimos disgustos para él mismo y para los suyos. Quiero decir que el vender y el comprar son la ocasión de verdaderos calvarios para él y para los demás. Para probarlo, basta citar los hechos siguientes. En 1880 vendió una isla llamada de las Almas (que una persona caritativa había dejado en testamento a la Iglesia) con objeto de invertir el importe en una pequeña construcción para agrandar el local de la escuela y esto lo hizo con permiso de la Curia; pero el pueblo no se dio por enterado y murmuraba. En 1883, vendió un terreno de la misión y esto dio que hablar a los de Viedma. Vendió tres ornamentos sacerdotales para la misa y una capa pluvial propiedad del colegio de las Hermanas de Patagones y pertenecientes a la misión de San Francisco Solano y que pasó después a nuestro poder. En 1884, cometió el error de vender la iglesia de Patagones sin consultar a la Curia. Lo hizo con la buena intención de invertir el dinero en la construcción de una nave de la nueva iglesia; pero se murmuró de ello, se escribieron cosas increíbles en los periódicos, exagerando los hechos y, por fin, se llegó a la determinación de compilar un conjunto de acusaciones y presentarlo al Ministro de Instrucción Pública para solicitar la sentencia de que debía alejar de Patagonia a todos los Salesianos. Los cargos principales de la acusación eran que habían guardado una conducta inmoral, que traficaban, que habían vendido ornamentos de iglesia, que eran responsables de la venta de la capilla de Patagones y, por último, aducían, como prueba de que los Salesianos son unos traficantes, el taller de zapareros instalado en una sala del Colegio y abierto al público.

La primera y la última de estas acusaciones no tienen fundamento y son verdaderas calumnias. Monseñor Espinosa nos ha hecho un gran servicio, escribiendo a don José Fagnano que se defendiese, aconsejándole que dijese cómo había vendido la iglesia con licencia de la Curia eclesiástica. Con esta franquicia, el Padre se defendió, presentando un número bastante grande de firmas a su favor.

El Arzobispo envió en enero un representante suyo, don Luis Duprá, acompañado por el diácono Roca Carranza, los cuales lograron apaciguar al Gobernador y lo dispusieron a reconciliarse con don José Fagnano y aceptar a don Tadeo Remotti y a don Raimundo Daniele, para párroco de Viedma, el primero, y, el segundo, de Coronel Pringles. *Deo gratias.* En adelante, para estar a bien con las Autoridades, a mi entender, en las negociaciones *coram praesidibus* (ante los gobernantes), ha de tenerse más escondido el carácter religioso en los Salesianos de Patagonia.

Buenos Aires, 20-2-85

Su hijo en Jesús y María,
DOMINGO MILANESIO, *Pbro.*

[758] C

CARTA DE DON JOSE FAGNANO A DON BOSCO

Muy querido don Bosco:

Deo gratias. El Señor nos ha visitado, permitiendo una persecución muy seria contra nosotros y la Congregación y, sólo en estos días, parece que nos quiere consolar calmándola. Digo parece, porque, tal vez, podrá hacerse más cruda, siendo nosotros el blanco de las iras del Gobierno. Don Domingo Milanesio ya le ha escrito; pero no será inútil que yo le cuente, en compendio, lo sucedido.

Tenemos dos parroquias que administrar y cuatro colegios que dirigir. Una parroquia y dos colegios en Carmen de Patagones, población situada en la orilla izquierda del Río Negro, perteneciente a la provincia de Buenos Aires, de la que fui nombrado párroco en 1880. Uno de los locales destinados a colegio está actualmente alquilado.

La otra parroquia y los otros dos colegios están en Viedma, capital del territorio de Patagonia, que se halla en la orilla derecha del Río Negro; depende directamente del Gobierno de la República, representado por el Gobernador, que hoy es el general Winter. El padre Rizzo, primero, y, después, don Domingo Milanesio fueron nombrados párrocos de esta parroquia por el Arzobispo, monseñor Federico Aneyros, y eran, al mismo tiempo, Capellanes del Gobernador. Yo había obtenido del general Winter la licencia para mandar a misionar a don Domingo Milanesio, dejando en la población un sacerdote, que hiciera sus veces; tanto más cuanto que me había dicho el general que *deseaba entenderse conmigo en cuanto al servicio.*

Así estaban las cosas cuando, el día 12 de abril de 1884, se incendió la iglesia de Viedma. Me dijo el general, disgustado, que la negligencia de los Padres había ocasionado el incendio. Para aplacar un poco su indignación, alejé a don José María Beauvoir, quien, por otra parte, me había pedido ir a Buenos Aires. El general fue a Buenos Aires en julio y volvió en septiembre y, en su ausencia, se agitó la cuestión religiosa. Imbuído en falsos principios y empujado por los periódicos del Gobierno, buscaba motivos para entablar pleito con nosotros. El día siete de septiembre, don Domingo Milanesio se opuso a las pretensiones de la señora del Gobernador y, aquella misma tarde, era licenciado del cargo de capellán del gobierno. El día nueve se apoderó el Gobernador de la iglesia parroquial de Viedma y secuestró los ornamentos y vasos sagrados, mandando que salieran de ella los misioneros. Aquel mismo día, tuve una entrevista con el Gobernador, el cual olvidado de su dignidad y de la amistad que varias veces me había demostrado, se enfureció, profirió palabras violentas y groseras contra don Domingo Milanesio y don José María Beauvoir. No pudiendo calmarlo, me retiré y obligué a don Domingo Milanesio a retirarse a la casa de Patagones, donde el Gobernador no puede ejercer ninguna autoridad. Entretanto, don Raimundo Daniele y don Andrés Pestarino seguían celebrando las funciones [759] parroquiales en la capilla de las hermanas de Viedma, donde habían comenzado a hacerlo el día doce de abril.

Al cabo de unos veinte días, don Domingo Milanesio partió para una misión y, como era frontera militar, debía pedir licencia al general. Lo hizo en parte, porque sólo la pidió para Pringles, a ochenta kilómetros de Patagones, pero siguió más adelante sus excursiones apostólicas. Tan pronto como lo supo el Gobernador, que es también jefe de la frontera militar, dio orden terminante de que se le hiciese volver atrás y se le prohibiese ejercer el sagrado ministerio. Cuando don Domingo Milanesio

estuvo de vuelta, lo envié a Buenos Aires. Porque aunque tenemos nosotros la razón y la Curia Eclesiástica así lo ve, no sirven razones contra la fuerza. Y ahora hay que sufrir las consecuencias de una indignación injusta.

Mientras sucedía esto en Viedma, una revista semanal que aparece cada domingo en Carmen, la emprendió contra el Alcalde y contra mí, y era el general Winter quien atizaba el fuego en este periódico, por medio de algunos oficiales del ejército, haciendo que me insultasen y me acusaran después ante la Curia Eclesiástica. Me defendí en el periódico *La Voz de la Iglesia* y pedí que se enviase a Patagones algún encargado de la Curia para que se aclarasen las acusaciones. Al mismo tiempo, pedí licencia para demandar judicialmente, por calumniador, a quien me había injuriado, pero don Santiago Costamagna no me permitió dar este último paso y dejó que se enviaran personas para poner en claro la verdad de los hechos. Vinieron éstas, encontraron que, por nuestra parte, todo estaba en regla y así quedó reivindicado nuestro honor.

La población, que siempre estuvo de nuestra parte, quedó satisfecha con esta sentencia.

Mientras tanto, la casa ha perdido algunas ayudas, que los agentes del Gobierno nos prestaban bondadosamente y, tanto nosotros como nuestros huérfanos, pasamos grandes apuros para vivir.

Hemos comenzado a construir la nueva iglesia en Patagones o, mejor, a continuar las obras que empezamos el primer año de nuestra misión, pero van muy despacio por falta de medios. La población es muy pobre y el Gobierno no nos ha dado ninguna subvención hasta ahora.

Necesitamos preparar una morada, lo menos incómoda posible, para cuando venga monseñor Cagliero, ya que nosotros mismos no disponemos de vivienda suficiente y nos faltan medios para ampliarla. ¡Si Monseñor nos trajera alguna ayuda de Europa!

Recibí de don Miguel Rúa la noticia de que mi madre está recogida en el Oratorio. Le agradezco de corazón esta caridad y recompense el Señor a usted y a la Congregación cuanto han hecho por mi familia. Esto me consuela y me tranquiliza.

De todo corazón, le saludo y deseo felicidad, al mismo tiempo que haré todo lo posible para corresponder a cuanto me pide la Congregación. **[760]** Enviaré los retratos de los hermanos y de las hermanas, junto con los correspondientes a los colegios. Yo no estoy en ellos, porque, el día en que se hizo la fotografía, había ido a asistir a un enfermo a doscientos kilómetros de distancia.

Reciba los saludos de nuestros hermanos, de las hermanas y de nuestros huerfanitos y huerfanitas.

Patagones, 4 de marzo de 1885

Su afmo. hijo en J. y M.,
JOSÉ FAGNANO, *Pbro.*

41

El provincial de los Menores Reformados en los Abruzos a don Bosco

Muy Rvdo. Señor:

Mi fe ha experimentado un verdadero dulce y poderoso aliento siempre que tuve ocasión de leer relaciones y artículos que trataban, para edificación del prójimo, de las varias obras de exquisita caridad evangélica, que con incansable celo usted realiza.

Pero, si he de decir la verdad, la buena impresión anteriormente experimentada, ha quedado deteriorada notablemente, al saber que usted, junto con los Padres Salesianos, asumió el encargo de organizar en Penne, ciudad del territorio de Téramo, un centro de educación para hijos del pueblo, y quiere implantarlo precisamente en el convento de Santa María Cobromano, que desde hace más de tres siglos poseen los Menores Reformados de la Provincia monástica de San Bernardino de los Abruzos, y en el que yo ejerzo hoy día jurisdicción ordinaria.

Muy reverendo, si lo que cuenta la fama es verdad, opino que usted, víctima de un engaño, no ponderó bien la cuestión del lugar que iba a ocupar dicha institución, al mismo tiempo que no me atrevería a pensar siquiera que usted ignora que una obra, para poder ser calificada de acuerdo con la caridad, no debe ofrecer defecto de ningún género.

En efecto, no cabe duda alguna que la ocupación de un convento, poseído por otros canónica y legalmente, para instalar en él un centro humanitario, obra en apariencia caritativa, resultaría en realidad defectuosa y, por ende, no grata a Dios; porque, fundándose en la injusticia, nunca sería un verdadero bien, que sólo es tal *ex integra causa.*

Después de esto, confiando plenamente que usted como fervorosísimo sacerdote católico que es, no hará que se alce la voz contra el escándalo cuando acaeciese que yo hubiese de verle a usted, por dicho hecho, de todo punto despreocupado de los solemnes y terribles anatemas lanzados por el Vaticano contra los atrevidos usurpadores **[761]** de los bienes de la Iglesia, también por no verme obligado por el deber a formular pública y solemne protesta contra la inicua acción que se intentaría cometer, espero su respuesta inspirada en lo justo y lo honesto.

Acepte mientras tanto la expresión de mi aprecio.

Aquila (Abruzos), desde el convento de San Julián.
5 de septiembre de 1883

Seguro servidor en J. C.
Fray TITO de Scanno
Ministro provincial de los Menores Reformados.

42

Carta de don Lorenzo Apicella a don Bosco

Rvdo. Padre en Jesús:

Ante todo, deseo de corazón a vuestra Reverencia, a los RR. Superiores, a los colaboradores y a todos los amparados en sus casas las más exquisitas gracias de N. S. J. C. *ad multos annos* y pido a Dios misericordioso se digne hacer que no se pierda ninguno de los muchachos internados que aprendió o aprenderá las saludables doctrinas en todas sus casas, presentes y futuras. Yo, indignísimo pecador, pido a Dios bendito que las multiplique por todo el mundo, injertando, si fuera para honra y gloria de Dios, en su fértil viña, este pequeño racimo de uvas de nuestras casas para pobres sordomudos. *Messis multa, operarii pauci.* Sí, mi buen Padre en Jesús, nuestra buena Madre María Santísima le hace desde aquí la súplica. En Nápoles no faltan buenos muchachos ni medios providenciales. Por mi parte, seré feliz y estaré contento ocupando el último lugar.

Las casas de caridad son cuatro; una en Nápoles, otra en Casoria y dos en Molfetta, con unos ciento cuarenta sordomudos de ambos sexos; seis sacerdotes y veinticinco hermanos cooperadores, que visten hábito talar. Las casas son de nuestra propiedad, con la debida obediencia a los Ordinarios.

Para ulteriores aclaraciones, podrá escribirme o iré yo personalmente a ésa. *Ecce me,* dispuesto a la Santa obediencia. Beso la mano a V. Reverencia y a todos sus superiores y, arrodillado a sus pies, pido la bendición para la obra y para su,

Nápoles, 26, 12, 1884

Atento y seguro servidor e hijo en J. C.,
LORENZO APICELLA, *Pbro.*

Dios esté siempre con nosotros

[762]

43

El hospicio del Sagrado Corazón

(ACTAS DEL CAPITULO SUPERIOR, 12 DE SEPTIEMBRE DE 1884)

Preside don Bosco. Están presentes don Miguel Rúa, don Juan Cagliero, don Celestino Durando, don José Lazzero, don Antonio Sala, don Juan Bautista Francesia, don Julio Barberis. Después de las oraciones de costumbre, se abre la sesión a las once de la mañana.

1. DON ANTONIO SALA presenta los planos para la construcción del Hospicio del Sagrado Corazón en Roma. Son los de Vespignani, Cucco y Vigna. Declara que urge proceder a algunas deliberaciones. En primer lugar, expone que los lados del área que están a lo largo de la calle Marghera y calle Magenta están todavía cercados con una valla de tablas por la que se paga al Ayuntamiento un impuesto anual de quinientas cincuenta liras y ocasiona enojosas multas, que nos «regala» nuestro vecino el diputado Bonghi, que no puede tolerar el tener ante sus ojos aquellas tablas.

Propone, pues, quitar la valla y mandar hacer una tapia de ladrillo. Con el impuesto de un año, se paga el gasto. El Capítulo aprueba.

2. DON ANTONIO SALA propone la construcción del brazo del Hospicio del lado de la calle San Lorenzo que uniría la casa del ángulo con el ambulacro de la iglesia. Por este lado, el Hospicio tendría sólo dos plantas. La planta baja doble serviría para clases, talleres o pórticos; la planta superior abarcaría dos grandes salas. Para regularizar el patio interior y formar un patio perfectamente cuadrado, el plano del empresario Cucco pide que el lado de la construcción de la calle Puerta de San Lorenzo tenga la forma de un trapecio prolongado, de modo que los pórticos sean regulares, pero las habitaciones de atrás tengan el lado, que da a la calle, divergente y no paralelo a su opuesto. Por consiguiente, las dependencias irían progresivamente aumentando en anchura, pero, como es lógico, de forma irregular. Se sacrificaría la regularidad de las dependencias a la regularidad del patio.

El plano del ingeniero Vigna, por el contrario, descuida el patio, y busca la regularidad de las dependencias que, separadas por mamparas, servirían para su propio uso y quitando las mamparas se tendría la hermosa forma regular de salones. Además, en el reducido patio para recreo de los muchachos, se ganarían algunos metros cuadrados. Se economizaría casi la mitad.

DON MIGUEL RUA, se inclina por el plano de Cucco; y DON ANTONIO SALA por el de Vigna. DON BOSCO acepta el plano de Vigna.

EL CAPITULO aprueba la construcción inmediata del brazo que da a la calle San Lorenzo, de acuerdo con el plano de Vigna. En principio, se adopta también el plano de Vigna para todas las dependencias del Hospicio, que tiene en cada piso dos secciones de cinco metros de anchura, separadas en toda su longitud por un pasillo de dos metros de ancho. Se opina que cinco metros es el mínimo de anchura que pueden tener los dormitorios de los colegios.

[763] 3. DON ANTONIO SALA presenta dos planos para la fachada del brazo que da a la calle San Lorenzo, uno sencillo de Cucco; el otro más rico, de Vespignani.

Como este brazo forma fachada con la iglesia, DON JUAN CAGLIERO afirma que es conveniente enriquecer aquel lado.

DON MIGUEL RUA lo apoya, afirmando que lo pide el decoro de la casa de Dios.

EL CAPITULO apueba y adopta el plano de Cucco, adoptando el de Vespignani para las dos puertas de entrada situadas en las dos extremidades.

4. DON ANTONIO SALA propone que debajo del brazo que da a la calle de San Lorenzo no se construyan sótanos. Se ahorrarían así muchos gastos. a) No habría que trasladar tierras; b) no habría que profundizar los muros, como se tendrá que hacer de otro modo hasta los catorce metros por debajo del nivel del suelo, sino únicamente sobre pilares. También habría que tener en cuenta que la calle Puerta de San Lorenzo es muy frecuentada y, por tanto, estos sótanos serían causa de que un ruido continuo molestaría el interior del Hospicio.

DON MIGUEL RUA añade que como las alcantarillas están situadas en la calle de San Lorenzo tendríamos que encauzar hacia aquella parte los sumideros de nuestras aguas, y habría que cruzar el sótano con tubos de hierro para estos desagües. Esto ocasionaría gastos, molestias y, tal vez, inutilizaría en parte los sótanos, a lo menos para ciertos almacenes. Por otra parte, la iglesia y los otros dos brazos del edificio tendrán sótanos amplísimos.

EL CAPITULO decide no hacer los sótanos debajo de la construcción del lado de la calle Puerta San Lorenzo.

5. DON ANTONIO SALA presenta la cuestión, suspendida en la última sesión, sobre si la construcción del Hospicio tenía que confiarse a Cucco por contrata o por administración. Vuelve a recordar la gran cantidad de materiales que hay en el patio. Don Antonio Sala querría que se terminase primero la iglesia y se siguiera después con el hospicio; así no se enredarían dos obras. Si Cucco llevase la iglesia por administración y el hospicio por contrata, haría falta una valla, para separar los materiales de la iglesia de los del hospicio, harían falta dos fosos de cal, etc. Se necesitarían albañiles distintos para cada una de las dos partes; de lo contrario ¿cómo impedir que los albañiles de una parte fuesen llamados por el maestro de obras a trabajar en la otra, que los carreteros no descargaran en un patio el material destinado para el otro?, etcétera. La cuestión es muy grave para la economía.

EL CAPITULO delibera que el empresario Cucco edifique por administración la iglesia y el brazo que da a la calle de San Lorenzo. Al final, se hará el inventario exacto de todo el material que quede en el patio. Después, para la construcción del resto del edificio, se convendrá **[764]** hacerlo por contrata con Cucco y se le cederá el material existente valorando la cantidad que deberá sustraerse de la deuda total que se pactará con él para el pago de las obras.

6. DON BOSCO expone que el conde Colle de Tolón piensa ayudar todavía al gasto de la iglesia y el hospicio, pero que desea poner él mismo la piedra angular de dicho hospicio. Sería preciso fijar esta ceremonia para el mes de abril.

EL CAPITULO delibera que la piedra angular del hospicio se pondrá en el mes de abril sobre los cimientos del brazo de la calle de San Lorenzo.

7. DON BOSCO pregunta si el ingeniero Vespignani sabe que el ingeniero Vigna y el empresario Cucco han hecho los planos del hospicio que él deseaba construir.

DON ANTONIO SALA dice que Vespignani mismo cuando vino a ver el hospicio de San Juan, afirmó que no está enterado de nuestras necesidades. Por consiguiente, esto equivalía a dejarnos en plena libertad.

DON BOSCO advierte que hay que obrar con prudencia, porque, a estas gentes nunca les faltan pretextos. Hemos quedado bastante atados a él con la iglesia. Sin embargo, no hemos convenido nada para el hospicio con Vespignani, y él no puede inmiscuirse en ello. Hemos de buscar todos los medios para emanciparnos.

DON ANTONIO SALA observa que el ingeniero Grazioli, que va siempre a visitar las obras del Sagrado Corazón, cuando vea comenzar las excavaciones, podrá hacer alguna observación.

DON BOSCO dice que se cargue toda la responsabilidad sobre sus hombros: don Bosco lo ha ordenado. Terminada la iglesia, es preciso que todo quede en nuestras manos. En esto no tiene por qué inmiscuirse Vespignani.

DON ANTONIO SALA añade que, en un principio, Vespignani esperaba hacerlo todo; pero que, con las palabras que le dijo, parece haber renunciado a toda pretensión. Esta palabra nos pone a cubierto.

Con las oraciones acostumbradas, se levanta la sesión a las doce y veinte minutos.

Sala del Capítulo, Valsálice 12 de septiembre de 1884

JUAN BAUTISTA LEMOYNE, *Pbro. Secretario.*

44

Para un centro de recreo festivo en Faenza

Ilustrísimo Señor:

La Junta Municipal ha deliberado con diligente consejo organizar, de acuerdo con las normas adjuntas, un centro de recreo festivo, *donde, libres de los peligros del ocio y de las funestas consecuencias del abandono,* **[765]** *puedan los niños del pueblo crecer robustos de espíritu y de cuerpo con el sentimiento del honor, la conciencia de la propia dignidad, y los saludables afectos de la familia y de la patria.*

Mas, como para lograr tan elevado fin, no bastan la buena voluntad ni las generosas aportaciones del Ayuntamiento, es necesario que se unan a él en benéfica unión con los Institutos y todas las Asociaciones del País, todos los ciudadanos, por lo cual recurriremos cuanto antes directamente a V. S. demandando una válida ayuda para la más educadora de las Instituciones civiles.

Mientras tanto, le saluda y se suscribe atentamente

Faenza, a 2 de abril de 1884

La Comisión Municipal

Conde AQUILES LADERCHI, *Presidente*
Abogado ANDRES POLETTI,
Profesor JOSÉ CÉSAR ABBA
POMPEYO BABINI

Estatuto

PARA UN CENTRO DE RECREO FESTIVO
APROBADO POR EL CONSEJO MUNICIPAL DE FAENZA
EN LA SESION DEL 4 DE MARZO DE 1884

1.º El Ayuntamiento de Faenza se hace promotor de un consorcio instructivo benéfico, con el fin de apartar a los hijos del pueblo, con agradables y útiles ejercicios durante los días festivos, de los peligros del ocio y del abandono y funda, siguiendo el ejemplo de otras ciudades de Italia, un centro de recreo expresamente para este fin.

2.º Se admitirá en el centro de recreo indistintamente a todos los niños varones de la ciudad, y de los arrabales, que hayan cumplido los siete años y no pasen de los catorce.

3.º El centro de recreo estará abierto todos los días festivos a las horas señaladas por un reglamento destinado al efecto.

4.º Los niños encontrarán, en el centro de recreo, bajo la dirección de los encargados, instrucción y diversión; se procurará que la instrucción se dé en forma fácil y agradable; la diversión consistirá en los juegos que más favorezcan la salud física y moral de los muchachos.

5.º El centro procurará, especialmente, formar el carácter de los muchachos, infundir en su espíritu el sentimiento del honor y de la propia dignidad y educarlos en el amor a la Familia y a la Patria.

6.º Para facilitar la labor del Centro de Recreo, el Ayuntamiento proporcionará un local adecuado, y fijará, cada año, en el presupuesto una cantidad para ayudar a su mantenimiento.

[766] 7.º Para este mismo fin, se abrirá una suscripción pública por Acciones de unión municipal, de tres liras cada una al año, y el subscriptor quedará obligado a ella por tres años.

8.º Para la suscripción, indicada en el artículo anterior, se hará un llamamiento a los ciudadanos, a los centros benéficos y a los de crédito que tienen, además, un fin filantrópico.

9.º El Ayuntamiento hará también válidas gestiones para que no falte la contribución del Gobierno ni la de la Provincia para la benéfica Institución.

10.º La Administración del Consorcio y la Dirección interna del Centro de recreo se confiarán a una Comisión presidida por el Alcalde del Ayuntamiento y compuesta de cuatro ciudadanos, que se nombrarán como se indica a continuación.

11.º Dos miembros de la Comisión serán nombrados por el Consejo Municipal, aun fuera de su seno; los otros dos serán elegidos entre los accionistas en una asamblea general.

12.º Los cuatro ciudadanos componentes de la Comisión Directiva y Administradora permanecerán en el cargo tres años y podrán ser reelegidos.

13.º El Reglamento interno del Centro de Recreo será compilado por la comisión elegida de la manera arriba indicada.

14.º El nombramiento del personal remunerado, necesario para el Centro de Recreo, corresponde a la Comisión que lo dirige y administra.

45

Carta de don Juan Bautista Rinaldi a don Miguel Rúa

Amadísimo Padre:

Hace ocho días, le escribí con toda urgencia una carta, anunciándole la estipulación definitiva del contrato y nuestra pacífica entrada en la ciudad y toma de posesión de la nueva casa, en la que finalmente nos encontramos bastante bien para los admirables fines queridos por la divina Providencia.

Insistía en ella en la extrema necesidad de que usted u otro Superior entendido viniera para dar pronto a este caos de edificios un plan especial, una forma conveniente para su fin.

Hay que adaptar un lugar para capilla, que ahora la tenemos en dos habitaciones que se comunican por una puerta intermedia. Habría también que alquilar, por ahora, una parte de la casa y una huerta grandísima. Sería necesario preparar una sala para teatro, que nos resulta indispensable en estas tierras, como lo es el tambor para un titiritero.

Es preciso hacer algo en seguida para tapar la boca de los mal intencionados. Toda la ciudad está a la espera. Es más: amén de las múltiples peticiones **[767]** que me hacen para aceptar niños en casa, el Subgobernador mismo pide plaza para cinco y el Ayuntamiento, para uno o dos. Esto les daría motivo para justificar la protección

que nos prestan y sería para nosotros la mayor aprobación frente al Gobierno y al país, pues estos niños son verdaderamente abandonados y casi casi perdidos..

Faenza, 27 de noviembre de 1884

Afmo. hijo en J. y M.,
JUAN BAUTISTA RINALDI, *Pbro.*

46

Súplica de don Bosco al Gobernador de Portomauricio para la rifa de Vallecrosia

Excelencia:

El que suscribe, conmovido ante el mísero estado intelectual y moral en que yacía gran parte de la juventud de los llanos de Vallecrosia, cerca de Ventimiglia, abrió allí, y precisamente en la zona del Torrione, el año 1876, unas escuelas gratuitas elementales para niños de ambos sexos, donde, junto con la instrucción, pudiesen recibir la necesaria educación moral y cívica. Esta obra, iniciada con muchos sacrificios, encontró gran aceptación; acudieron a ella, especialmente los niños más distantes de las escuelas de la cabecera del ayuntamiento, con general satisfacción de los habitantes que veían de esta manera salvados de la ignorancia y del vicio a sus hijos. Pero las necesidades iban en aumento y, además del pan de la ciencia, muchos niños huérfanos y abandonados necesitaban también del pan material para la vida. Para resolverlo, el abajo firmante emprendió también la construcción de un asilo con locales separados, donde educar y albergar gratuitamente a los muchachos más necesitados de uno y otro sexo. Se terminó el asilo y ya se albergan algunos en él. Pero quedan muchas deudas por pagar y hay que completar el proyecto. Con este motivo, algunas beneméritas personas ofrecieron diversos objetos, que ya llegan al millar, para organizar una rifa benéfica en favor de aquel asilo. Confiando, pues, en la benévola solicitud, con que el real Gobierno suele acudir en ayuda moral y material de la juventud pobre y abandonada, me dirijo a V. E. para que se digne conceder la necesaria autorización de esta rifa.

Estoy convencido de que V. E. tendrá a bien acceder a los deseos del que suscribe, que son los mismos de la población de los llanos de Vallecrosia, y ofrecer con ella la manera de preservar a tanta juventud del vicio, de la miseria y de la holgazanería en que caería, si no **[768]** fuese convenientemente educada y albergada. Con esta grata convicción anticipo a V. E. las más cordiales gracias y le aseguro la más profunda gratitud en mi nombre y en el de tantos pobres muchachos, que serán de esta manera beneficiados. Profesándome agradecido, etc.

47 *(el original en francés)*

Tres cartas del Obispo de Lieja a don Bosco

A

Reverendísimo Padre General:

Agradeciéndole la respuesta que tuvo la bondad de enviarme y la caridad con que suaviza la pena que la dilación anunciada iba a causarme, tengo el honor de notificarle que no me será posible estar en Niza el día quince de septiembre. La próxima primavera iré a Roma y espero tener la dicha de visitarle en tal ocasión.

Mientras tanto rogaré al Señor para que le envíe numerosos operarios y le inspire reservar algunos para mis queridos huérfanos y para tantas vocaciones eclesiásticas como se pierden en mi diócesis. ¡Ojalá escuche la Virgen Inmaculada este ardiente deseo de mi corazón!

Dígnese aceptar, reverendísimo Padre General, el homenaje de mi más profundo respeto y de toda mi devoción en N. S. J. C.

† VICTOR DOUTRELOUX
Obispo de Lieja (Bélgica)

B

Muy reverendo Superior General:

Al salir de la audiencia del Padre Santo, siento el agradable deber de comunicarle que he cumplido puntualmente el encargo que me había confiado. El Padre Santo concede a usted y a toda su casa de Turín su paternal bendición. Me recordó que le había visto pocos días antes y no se sorprendió en absoluto, al oír de mis labios lo que son usted, sus religiosos y sus muchachos para el Padre Santo.

Le hablé de mis gestiones con usted y, al implorar su apoyo, me encargó le dijera «que conoce la ciudad de Lieja, que tiene mucho interés por ella, que la quiere mucho y desea vivamente verla dotada de un orfanato dirigido por sus religiosos».

[769] Estas palabras, dichas con una firmeza e insistencia que me impresionaron, me confirman en la confianza de que, al dirigirle mi ardiente súplica, he cumplido la voluntad de Dios y que, por consiguiente, no le faltarán los medios para realizar lo que me ha dicho que era un ardiente deseo de su corazón. ¡Ojalá no sea yo digno de tal favor! He puesto el asunto en manos de María Santísima Auxiliadora, al visitarla antes de salir de su casa; esta buena Madre escuchará las oraciones que le hice por mis pobres hijos que son muchos más todavía que los suyos; después de mi oración, me considero como un instrumento en sus manos para servirla en la empresa que Ella ha tomado como suya tras mi humilde petición.

Reciba, muy reverendo Padre, mi renovado agradecimiento por la benévola acogida que recibí de su Paternidad y de todos los suyos, de la que guardaré el más edificante y agradable recuerdo.

En Roma pido por todas partes que se cumpla la petición que le hice; se lo he pedido sobre todo a san Felipe Neri, a san Luis Gonzaga y a mi santo paisano el beato Juan Berchmans. Encomiendo continuamente mi petición a los Santos Angeles y a

los Santos Patronos de mi diócesis. Me permito contar también con sus oraciones. No sé si le dije que he encargado que llevara al cielo este mismo recado uno de mis santos sacerdotes, que me pedía la bendición antes de morir, hace unos dos meses. Perdone que le escriba con tanta naturalidad; su bondad me ha aficionado de tal manera a su persona, en el amor de N. S. J. C., que mi corazón no teme abrírsele con la más sencilla naturalidad.

Tenga a bien aceptar, muy reverendo Padre, el homenaje de mi profunda y devotísima veneración.

Roma, 31 de mayo de 1884

† VICTOR, *Obispo de Lieja*

C

Muy Rvdo. Superior General:

Recordando con tanta satisfacción como gratitud el recibimiento que tuvo la bondad de hacerme con tanta atención hace dos años, me tomo la libertad de pedirle audiencia por unos instantes para el portador de la presente. Se trata del señor abogado Doreye, organizador y sostén de muchas obras católicas en mi ciudad episcopal y en mi diócesis. Quiere recibir su bendición y repetirle una vez más mi vivo deseo de ver establecida una casa de su orden en esta industrial ciudad de Lieja. **[770]** Tuvo usted la delicadeza de prometérmelo para cuando tuviese personal; el Padre Santo, a quien hablé del asunto, me permitió le dijera que él conoce muy bien la ciudad de Lieja y que deseaba vivamente que aceptara mi súplica. Tengo un terreno y un amplio local que sirve para patronato y puede ser ampliado fácilmente; hay en él una capilla. Sería muy fácil instalar un establecimiento semejante al de Turín. Estoy convencido de que la diócesis le proporcionaría en poco tiempo más sujetos que los que usted me conceda.

Fue, durante la novena de María Santísima Auxiliadora, cuando le presenté mi súplica, y se la confié a esta buena Madre; a partir de esta tarde, me voy a preparar para su fiesta con un octavario de oraciones y espero que Ella le dirá a usted que la voluntad de su Divino Hijo es que venga en ayuda de mis pobres huérfanos, arrinconados todos ellos en los centros del Gobierno; otras muchas almas vendrán también a buscar la salvación junto a sus buenos religiosos. ¡Ah!, se lo suplico, dígnese pedir a María Auxiliadora que le ilumine sobre mis instancias que, no lo puedo dudar, son según la voluntad de Dios.

El señor Doreye desea informarse de sus obras en Turín; le quedará muy agradecido si tiene a bien ofrecerle uno de sus buenos religiosos que se las enseñe.

Acepte, se lo ruego, muy reverendo Superior General, mis más devotos y respetuosos saludos.

Lieja, a 17 de mayo de 1886

† VICTOR, *Obispo de Lieja*

48 *(en castellano en el original)*

Carta de doña Dorotea a don Bosco

Venerado Padre:

Además de haber escrito a usted pidiendo informes sobre las obras de la Congregación Salesiana, escribí al Padre Branda, superior de la casa de Utrera, el cual me ha dado muchas noticias sobre este asunto. Recordará usted que en la carta que le dirigí el día veinte de septiembre último, le decía que mi propósito era contribuir a fundar, en los alrededores de Barcelona, un establecimiento en que se enseñen artes y oficios bajo la dirección de la Congregación Salesiana.

Creo que lo mejor, para adelantar en este asunto, es que, en caso de que no pueda usted venir a Barcelona, se sirva disponer que venga pronto otro Padre Salesiano, entendido en materia de fundaciones, con el cual trataríamos de este asunto, de acuerdo de otras personas de esta ciudad y especialmente del Ilustrísimo señor Obispo, con cuya paternal benevolencia podemos contar indudablemente.

[771] El Padre Salesiano, que venga a Barcelona, podrá habitar en mi propia casa y yo abonaré los gastos de su viaje.

Se recomienda a las oraciones de usted su afectísima S. S.,

Barcelona, 12 de octubre de 1882
Calle de Cortes, 276

A.B.S.M.
DOROTEA CHOPITEA DE SERRA

49

Esquema de la convención entre don Bosco y la Sociedad Civil de Lille (19-12-1883 y 14-1-1884) [1].

1. Cesión de un edificio, clases, capilla y terreno de cuatro mil quinientos setenta y cinco metros cuadrados, por una parte, y
2. Don Bosco, por otra, toma posesión del mismo el día 1 de febrero de 1884. La continuación de la susodicha Sociedad.
3. La duración de la cesión a don Bosco es para quince años.
4. Durante este tiempo se hará otra por quince años.
5. Don Bosco asume el cuidado de los niños, de su aceptación, con facultad para no admitirlos mayores de dieciséis años ni menores de ocho años.
6. Don Bosco deberá aceptar hasta catorce niños, presentados por los fundadores. Don Bosco recibirá, mientras dure la permanencia, trescientos francos de renta del capital Destombes. La Sociedad retirará, en cambio, tres mil seiscientos francos anuales.
7. En compensación, se cederá a don Bosco una duodécima parte, la cual volverá

[1] Resulta una redacción extraña y poco clara, quizás por la traducción italiana de su original francés *(N. del T.)*.

al primer propietario si don Bosco no hubiera tenido la administración de la casa por lo menos tres años.

8. Se crearán doce partes que pertenecerán a don Bosco o a sus sacerdotes, sin tener que hacer entregas de dinero. Si se retirase don Bosco de la dirección, estas doce partes serán también anuladas por todo lo que exceda una cantidad igual al tercio del número de años transcurridos desde la toma de posesión. Las partes anuladas irán a favor de las actualmente existentes.

9. Don Bosco se propone construir un edificio y adquirir bienes muebles por valor de quince mil francos, que constituirán el activo de la sociedad civil, porque representan las doce partes.

10. La sociedad civil ha establecido a favor del señor Vandebenque la renta de mil trescientos francos del capital de veinte mil al cuatro y medio por ciento.

De estos títulos remitidos a don Bosco, éste vendrá a ser dueño. Si don Bosco cesara, tendrá que avisar antes y dar una suficiente garantía.

11. El Orfanato tiene una cartilla de ahorro con mil doscientos francos.

[772] 12. En caso de liquidación servirán a don Bosco para el pago las partes adicionales que se le confiaron.

13. La presente acta no podrá cambiarse, a no ser con mayoría de los dos tercios de la asamblea general.

50 *(el original en francés)*

Carta del señor Montigny a don Bosco

Muy querido y venerado don Bosco:

Le expreso mi vivo agradecimiento por la benévola y afectuosa carta que se ha dignado enviarme por medio del padre Bologna, nuevo director de nuestro orfanato de San Gabriel.

Como muy bien dice, hemos de dar gracias a Dios por haber permitido que se cumpliera el proyecto presentado hace casi un año y, a cuya realización, yo atribuía un gran valor.

Todo, pues, se ha llevado felizmente a término y, hoy mismo, ha quedado instalado don José Bologna en nuestra casa.

Este digno sacerdote se dignó pasar unos días en mi casa, antes de entrar en funciones, y puedo decir que he quedado edificado de su profunda piedad, su entrega a los niños y su deseo de hacer el bien. Triunfará, estoy seguro de ello, y le felicito a usted por su elección para continuar y desarrollar nuestra obra.

Así, pues, se ha realizado la entrada de don José Bologna en San Gabriel sin ruido y sin aparato, como él deseaba, y la Hermanas de la Caridad han sido muy buenas y serviciales en la trasmisión de sus poderes.

Ellas han proporcionado al nuevo Director los informes que necesitaba, y, como la Superiora continúa en Lille, podrá, más adelante, ser todavía útil para nuestra misión con las indicaciones que está muy dispuesta a dar.

Mi señora ha quedado emocionada con su paternal recuerdo.

Lo mismo que yo, está profundamente ligada al director de los Salesianos, y los dos le agradecemos de corazón la bendición especial que se digna conceder a nuestro queridísimo hijo.

Le ruego, reverendo Padre, acepte de nuevo los saludos de mi profundo y respetuoso afecto.

Lille, 29 de enero de 1884

A. DE MONTIGNY

P.D. El sábado, veintiséis de enero, he presentado a don José Bologna al Arzobispo de Cambrai, que tributó el más afectuoso recibimiento al representante de don Bosco.

[773] **51** *(el original en francés)*

Carta de don José Bologna a don Bosco

Muy querido don Bosco:

Estoy en Lille desde el lunes de esta semana. La familia de Montigny es muy buena conmigo. Visité a las familias de la ciudad que me parecía conveniente. Hasta el martes no iré a residir en el orfanato. Espero que se enviará alguno para aquel día.

No he visto a los muchachos y no pienso hablarles hasta no estar instalado del todo. Voy todos los días a pasar una hora con la Superiora del orfanato para que me informe. Las hermanas se portan muy bien para ello.

Todas las personas con quienes he hablado parecen recibir con agrado la noticia de nuestra instalación en San Gabriel. Los miembros del clero también parecen muy favorables... Me han dicho que el Arzobispo de Cambrai está en París hasta fin de mes. Pensé que convenía dirigirle allí las cartas que tenía para él y lo he hecho. Anteayer le he enviado su carta, la de monseñor Robert [1], etc. y otra que yo había pedido al abate Guiol (para darle gusto). El señor de Montigny ha añadido una palabra a la petición que dirigía a Monseñor, para que me concediese las facultades necesarias.

La suerte ha querido que Monseñor viniera a Lille ayer por la tarde. Y he ido esta mañana a verle con el señor de Montigny. Me ha recibido como un padre. Acababa de recibir todas mis cartas. Me abrazó y recordó que me había visto en el oratorio de San León cuando fue allí hace cinco años. Luego me dijo que tenía todas las facultades para confesar, etc. en el orfanato y en toda la diócesis. Mañana irá a comer en casa del señor Montigny y volveré a verle. Es un buen padre que nos desea todo lo mejor.

He ido a visitar al señor Vrau, pero no lo encontré; vino él dos veces a verme y tampoco me encontró. Aquí tiene usted la tarjeta que inmediatamente me envió [2].

---

[1] Obispo de Marsella.

[2] «F. Vrau saluda al Reverendo don José Bologna y le manifiesta expresamente su pesar por no haberle encontrado ayer en las visitas que le hizo en casa del señor de Montigny. Espera se presente pronto una ocasión más favorable para poder hablarle de la realización de los deseados proyectos de don Bosco para bien de nuestra población. Se encomienda a las oraciones de don José Bologna y le ruega acepte sus afectuosos saludos».

[774] No sé qué se podrá hacer con los muchachos que todavía quedan en el orfanato. Se les ha mejorado un poco la comida. Toman café con leche por la mañana, cerveza y dos platos en la comida principal, etc.

Lo que más nos ayudará en los comienzos, ya que no tenemos facultad para dar clase, será un sacerdote que pueda enseñar canto y música. Si don Miguel Rúa nos enviara uno, sería bien recibido.

El pequeño Alfredo de Montigny sigue a las mil maravillas.

Perdone mi larga carta y envíeme su bendición.

Su seguro servidor,
BOLOGNE, *Pbro.*

52

Reglamento del Ropero del Orfanato de San Gabriel

1.º El Ropero del Orfanato de San Gabriel tiene por fin atender a la manutención de los muchachos, confeccionar las prendas de vestir indispensables para una decorosa presentación y, en general, proporcionar cuanto pide la provisión de lencería.

2.º El Ropero está bajo al dirección de una Junta, compuesta por cuatro señoras: presidenta, vicepresidenta, tesorera y secretaria.

3.º Se sufragarán los gastos por medio de donativos voluntarios (en dinero o en prendas de vestir) y con suscripciones anuales.

4.º La cantidad para la suscripción es indeterminada, a partir de doce francos como mínimo.

5.º Las señoras hacen el trabajo en su domicilio.

6.º Las asociadas se dividen en activas y honorarias.

7.º Las señoras activas se reúnen una vez al mes en el orfanato para conocer las necesidades de los huérfanos y repartirse el trabajo. En esta reunión el sacerdote encargado de la dirección espiritual de la Obra, dirigirá a las señoras asociadas unas palabras edificantes.

8.º Las señoras honorarias no tienen más obligación que entregar una cantidad anual de doce francos, por lo menos.

9.º Cada año se celebrará una misa en el orfanato para invocar las bendiciones del cielo en favor de todas las asociadas, sus familias y por las señoras difuntas. Los huérfanos harán una colecta a beneficio de la obra.

[775] 10.º Los niños del orfanato asistirán a la santa misa todos los días en la capilla, rezarán el rosario y una oración especial por los bienhechores.

Las adhesiones pueden dirigirse a:

Señora de Aimé Houzé De L'Aulnoit, rue Royale, 61, Presidenta.

Señora de Charles Huet, 34 rue des Arts, Tesorera.

Señora de Ernest Loyer, place Tourcoing, Secretaria.

Y al Director del Orfanato.

53

Carta de don Pablo Albera a don Bosco

Muy querido Padre en J. C.:

Ya está fundada la casa de París. *Deo gratias!* Hoy sábado, hace ocho días, fuimos recibidos por el M. R. d'Hulst, rector de la Universidad, el cual nos invitó a comer con el conde de Franqueville y el abate Pisani. Nos trató con la más exquisita bondad y nos presentó al Cardenal, que tuvo a su vez palabras muy halagadoras para don Bosco y los Salesianos.

Después de comer, fuimos a casa del señor Olivier, abogado, que nos volvió a leer los diversos borradores preparados, que usted y don Miguel Rúa ya conocen. Se hicieron algunas observaciones y pequeñas variaciones, se dieron las aclaraciones necesarias y quedamos de acuerdo en que, el próximo martes, se firmarán las escrituras.

La Sociedad Anónima, que se constituirá dentro de unos días, no presenta ningún inconveniente pues está formada por don Bosco y sus amigos y no queda obligada a pagar intereses, como la de Marsella, que ya estaba constituida cuando don Bosco entró en ella.

La cesión del abate Pisani no podía estar mejor concertada para ahorrar gastos. El abogado Olivier y el conde de Franqueville están muy capacitados y animados de la mejor voluntad en favor de don Bosco.

El abate Pisani había puesto demasiada carne en el asador, por lo que será muy difícil poder continuar en la misma línea. Sin embargo, he recomendado a don Carlos Bellamy que no introduzca ningún cambio en los comienzos y aproveche la colaboración de los jóvenes que frecuentan el Patronato. El abate Hugot, que se encuentra allí, seguirá en su puesto; pero nosotros siempre tenemos plena libertad para despedirle.

Don Carlos Bellamy quedó francamente disgustado con la conducta del clérigo Berk y no quiso en absoluto que se quedara con él. He puesto la sotana a Bessière, el mejor de nuestros novicios, y se lo di por compañero. Hará mucho bien, aunque sólo sea con su ejemplo.

Para vivir por ahora se valdrán del dinero, **[776]** que tiene el conde de Franqueville y, mientras tanto, haciendo visitas, se podrá conseguir lo que haga falta. Si usted cree oportuno escribir a alguna persona para notificarle la instalación de la casa y sus necesidades, nos será muy favorable.

Ruégole también que escriba una cartita a monseñor D'Hulst para agradecerle el recibimiento que nos ha hecho y mantener siempre su amistad. Todo lo puede en París, ante las autoridades eclesiásticas, y puede sernos muy útil ante los seglares. Presenté al Cardenal los saludos de don Bosco, en cuyo nombre fui.

La casa de Saint Ouen sigue todavía en proyecto; es más, el cura párroco de la Madeleine propone abandonar el proyecto de esa casa y comprar otra en *Montmorency,* algo más lejos de París. La señora Meissonnier compraría un castillo, en lugar de construir. El Cura párroco se inclina por este nuevo proyecto. Haría falta pensar en ello y escribirle. El se funda en el principio de que ya se ha puesto *un pie en tierra* en París. Le ruego lo piense y manifieste a tiempo sus ideas al Cura párroco de la Madeleine.

Perdone esta larga carta, acepte nuestros buenos augurios y nos bendiga a todos

Su humilde hijo,
P. ALBERA

54 *(la traducción española de este original francés ya está en la pág. 313)*

Circular de don Bosco a los Cooperadores de París

A NOS CHERS COOPÉRATEURS ET COOPÉRATRICES DE PARIS

Il y a déjà deux ans que j'ai eu la grande consolation de me trouver au milieu de vous; et j'ai pu alors constater votre esprit de foi, de charité et de générosité, et en rendre grâces à Dieu!

A cette époque, plusieurs d'entre vous m'exprimaient le désir de voir fonder à Paris une œuvre qui offrirait aux enfants abandonnés un asile oú l'on pourrait leur donner l'instruction et l'éducation, afin de faire d'eux de bons chrétiens et d'honnêtes citoyens.

Votre désir a été réalisé et, aujourd'hui, c'est un fait accompli. La maison de Patronage, dite de Saint Pierre et qui prend désormais le nom d'*Oratoire Salésien Saint Pierre,* a été ouverte à Ménilmontant, rue Boyer, n.º 28.

Quant à présent nous nous bornons au patronage des apprentis et jeunes ouvriers, qui fréquentent l'œuvre le dimanche, et des écoliers, auxquels la maison est ouverte le jeudi. Nous recueillerons aussi quelques enfants pauvres et délaissés. Mais, avec l'aide de Dieu et le secours de votre charité, j'espère que nous pourrons augmenter le **[777]** nombre des patronnés et nous rendre utiles dans une plus grande mesure à la jeunesse de votre vaste Capitale.

Nous avons trouvé une maison modeste, une chapelle, une grande cour de récréation, des salles de classes; mais nous avons encore une notable partie du prix à payer. De plus il faut soutenir et développer l'œuvre, voilà donc un champ ouvert à votre charité.

Vous le savez, ma richese et ma fortune, c'est votre charité. Si j'ai fondé, si je continue à diriger tant d'œuvres en faveur des jeunes gens, c'est que je suis soutenu par vos aumônes; quant à moi, je n'ai que le désir de faire le bien aux pauvres enfants, pour lesquels mon cœur a et aura toujours un vif attrait. Voilà toutes mes ressources avec le dévouement des prêtres qui se sont voués à la même œuvre que moi; le reste est entre vos mains. Je ne viens pas vous demander de souscriptions annuelles, chacun de vous est libre de donner selon l'inspiration de son bon cœur et dans la limite de ses moyens.

Dom Bellamy, Directeur de l'ouvre, est chargé de recevoir les offrandes que vous aurez la bonté de faire à notre maison nouvelle. Sachant avec quelle ardeur les enfants de la France s'empressent de coopérer à toutes les bonnes œuvres, je crois inutile de rien ajouter. Je vous dis seulement que notre maison de Paris vous est confiée et je me plais à penser que ma confiance ne sera pas déçue.

De mon côté, je vous assure que chaque jour je prierai et ferai prier nos enfants devant l'autel de Notre-Dame Auxiliatrice, afin qu'elle vous reçoive tous, vous et vos familles, sous le manteau de sa maternelle protection; qu'elle vous et vos familles, sous le manteau de sa maternelle protectión; qu'elle vous obtienne du divin Jésus les bénédictions temporelles et spirituelles en cette vie et, à son temps, la gloire éternelle du ciel en récompense de votre charité.

C'est avec la plus vive gratitude que je me dis du plus profond du cœur

Votre très-obligé et très-reconnaissant serviteur.

Cada copia de la circular llevaba la firma de don Bosco y terminaba así: Los donativos pueden dirigirse:

Al reverendo señor Le Rebours, párroco de la Madeleine.
Al reverendo señor Pisani, del Institut Catholique, 74, rue de Vaugigard.
Al señor conde de Franqueville, Château de la Muette-Passy.
Al señor A. Josse, librería, 29 et 31, rue de Sèvres.

Los cuales se prestan a recoger los donativos y transmitirlos al Director.

[778] **55** *(el original en francés)*

Un artículo del *Figaro* sobre la casa de París [1]

Ayer dejamos que los anarquistas se reunieran en la alameda Magenta, los proscritos de 1851 en la casa consistorial del Louvre, los socialistas en Montparnasse etc. Nuestros lectores conocen ahora las diversas facciones del partido republicano. Será suficiente lograr que asistan, dentro de diez días, al banquete del día dieciocho de marzo, al que sólo faltará Luisa Michel. Hoy tenemos algo bueno que contar. Estamos en condiciones de mostrar el remedio.

¿Quién no conoce a don Bosco, ese venerable cura italiano que, para contener el movimiento socialista, tuvo la idea de crear talleres y círculos, donde se enseñase a los obreros «a contentarse con su suerte y resignarse al trabajo»? Estableció en Turín un primer taller, que puso bajo el patrocinio de San Francisco de *Sales,* de donde le viene el nombre de casa *Salesiana.*

Este taller tuvo tanto éxito que, hoy día, hay más de ciento veinte en Italia, en España y en el sur de Francia. El de Turín tiene más de dos mil obreros.

Hace unos años vino don Bosco a París. Muchos sacerdotes y bienhechores le suplicaron que fundara en esta ciudad una casa salesiana. Don Bosco buscó un lugar en el barrio más populoso, más activo. Lo encontró en la colina que fue el último y más temible baluarte de la «Comuna de París».

Ya el abate Pisani, sólo seminarista entonces, había comenzado a instalar una casa religiosa en la calle Boyer, 28, cerquita del cementerio Père-La-Chaise. Al nombrarle secretario de monseñor d'Hulst, se vería obligado a abandonar su obra. Don Bosco fundó una sociedad anónima, que compró el inmueble, donde se había creado esta institución. Lo compró pero no lo pagó. Para este último detalle, los bienhechores suelen contar con la Providencia.

El emplazamiento es amplio. Abarca más de cuatro mil metros de superficie.

Acabamos de visitarlo. Hemos encontrado allí unos ciento cincuenta obreros, el más joven de los cuales tiene doce años y el mayor veintitrés.

La finalidad de don Bosco es doble. En las grandes casas Salesianas se comienza por formar obreros. Se procura después **[779]** que no se marchen, poniendo al lado del taller una especie de círculo, donde puedan divertirse mejor y más honestamente

[1] Escribía don Carlos Bellamy acerca de este artículo (carta a don Miguel Rúa, 10 de marzo de 1885); «Un redactor del *Figaro,* periódico de gran difusión (ochenta mil ejemplares), vino a visitarnos el domingo pasado, nos hizo muchas preguntas, se interesó vivamente por nuestras respuestas y, después, escribió un largo artículo plagado de errores, pero rebosando entusiasmo por la obra de don Bosco».

que en el café. Desgraciadamente falta dinero en París. Don Bosco no ha podido hasta ahora realizar más que la segunda parte de su programa. Ha encontrado en Ménilmontant dos amplias salas y dos patios. Una de las salas la ha dedicado a teatro. Ha dividido la otra en varias aulas. El patio más pequeño sirve de gimnasio. En el otro triscan los jóvenes a sus anchas.

Allí están todos los días, de las ocho a las diez de la tarde, el sacerdote Bellamy, nombrado director de la casa, otros dos sacerdotes que le ayudan, más un arquitecto, un médico y dos estudiantes de derecho que dan clases de lengua francesa, de matemáticas, de canto, de dibujo, de higiene, de derecho común, etc.

El jueves y el domingo la casa está abierta desde el mediodía hasta medianoche. Allí hacen lo que les apetece. Mientras unos practican la gimnasia, otros juegan a la barra o al dominó. En fin, todos están en su casa, en una gran casa donde no hay una puerta interior cerrada.

Con todos los objetos que se pueden recoger o comprar se organiza una tómbola, cuyos boletos se pagan con puntos. Los premios consisten en prendas de vestir, herramientas, libros buenos.

Algunos jóvenes ensayan una comedia en una de las clases; en otra se prepara el vestuario y el attrezzo.

El teatro está abierto cada domingo para los padres; son precisamente ellos quienes han pagado hasta el presente los mayores gastos de la casa. Los padres pagan veinticinco céntimos por asiento o setenta y cinco por familia. No se representan más que piezas cómicas, antiguas obras de las que se han podido eliminar los papeles de mujer. El teatro ha llegado a dar cabida hasta a cuatrocientas personas.

Con una innovación que honra muchísimo a don Bosco, los tres sacerdotes que viven en la casa están allí más bien a título de conservadores que de directores. Los chicos lo hacen todo, ellos administran, ellos mandan y así aprenden a ser hombres. Hacen por turno de porteros, revisores, cajeros, administradores, etc.

En Ménilmontant no hay escuela comunitaria. Hay que hacer hincapié en este punto. Son los mismos jóvenes de las escuelas seculares los que componen el personal de la escuela salesiana. Doce de ellos pertenecen a los grupos escolares. El abate Bellamy no ejerce ninguna presión. Recibe al que se presenta. Incluso prefiere que le lleven muchachos difíciles. Pretende llegar pronto, con este sistema de libertad y camaradería, a transformarlos completamente.

Una vez, en Turín, don Bosco pidió permiso para dejar salir, desde por la mañana hasta la tarde, a los trescientos cincuenta jóvenes detenidos en el correccional.

—Quiero, dijo, llevarlos de paseo a la casa de campo real de Stupinigi.

Se le creyó loco. Fue a ver a Rattazzi, entonces Ministro de Gobernación, y pidióle con ardor el permiso. Por fin aquél consintió.

[780] —Pondré, le dijo, cincuenta policías en cabeza, otros tantos a derecha e izquierda. Y cincuenta mas cerrarán la marcha.

—No quiero ni un soldado, contestó don Bosco; respondo yo de ellos.

Tanto dijo que le concedió el permiso.

Imposible calcular la alegría de los trescientos cincuenta detenidos, cuando vieron abrirse las puertas de la cárcel. Pero don Bosco les había hablado. Le siguieron por la ciudad, como un rebaño de corderos sigue al pastor. Aunque los corderos tienen un perro que los lleva a raya, a don Bosco no le ayudaba ni un policía. Al caer de la tarde regresaron los jóvenes y no faltaba ni uno a la lista. Es así como este venerable sacerdote entiende la educación. Tiene ahora setenta años. Ha superado, pues, la edad de la experiencia. Considera a los niños como hombres. El hecho que hemos

expuesto, famoso en Italia, da una idea de lo que podría hacer don Bosco en París.

Desgraciadamente su obra es pobre. Se necesitaría dinero para levantar dos pisos sobre la casa. En uno se pondrían los dormitorios, en otro un comedor. Con el dinero sobrante se abriría el establecimiento a los huérfanos, a los hijos de padres pobres, a los indisciplinados.

Los donativos destinados a sostener esta hermosa obra se entregan al conde de Franqueville, en el castillo de la Muette (Passy-París), o al abate Bellamy, rue Boyer, 28. Señalamos estas dos direcciones a las numerosas personas que creen llegado el tiempo de luchar contra la degradación social.

París es una forja demasiado poderosa para el mal. Se puede encontrar al abate Bellamy todos los días, excepto miércoles y viernes, en la casa Salesiana. Los que quieran ayudarle a desarrollar este hogar para el bien, tómense la molestia de ir a Ménilmontant. Volverán a sus casas satisfechos de haber participado en una obra buena y con el orgullo de haber luchado de la mejor manera, mediante el socialismo religioso, contra el de los revolucionarios.

Figaro, 9 de marzo de 1885

CHARLES

56

Tres cartas de don Carlos Bellamy sobre la casa de París

A

Muy respetado y querido señor Prefecto [don Miguel Rúa]:

Verdaderamente puede o, mejor, debe estar muy descontento por mi largo silencio; pero me parece que, teniendo en cuenta el trabajo que aquí hay, no he podido hacer otra cosa, y le ruego me perdone.

[781] Después de estas obligadas disculpas, he aquí las aclaraciones que me pide.

He recibido la lista de los Cooperadores de París, por lo que le quedo muy agradecido.

He recibido también los boletos para enviar a estos mismos Cooperadores, mas no puedo decir que se lo agradezco, porque se dice por aquí que se abrió la casa de París, sobre todo para sacar dinero; y este envío, *desde París,* en el preciso momento de la apertura de la nueva casa, causa mal efecto entre nuestros bienhechores. Como prueba de lo que digo, he recibido esta mañana una carta, que adjunto a la presente, y que tal vez no sea la última de este género. ¡Pero paciencia!

También he recibido la hermosa carta, que nuestro venerado padre don Bosco dirige a los Cooperadores. Con la presente recibirá su traducción al francés. Mucho desearía que esta circular pudiese ser impresa y que me la enviara pronto, para que nuestros Cooperadores no reciban demasiado tarde la noticia de una fundación de la que hablan los periódicos.

En efecto, el conde de Franqueville ya ha escrito y enviado a los principales periódicos: *La Semaine Réligieuse de París, L'Univers, Le Monde, La Défense, Le Gaulois, Le Français...* la nota cuya copia le incluyo.

Esta nota ha producido gran efecto y recibo de todas partes visitas y cartas, presentando jóvenes necesitados para que los admita en nuestra casa. Y se ve que no se

podrá aguardar mucho para abrir el internado, que será el medio más eficaz para recibir limosnas y, sobre todo, para hacer el bien.

Dentro de poco, los asuntos de la Sociedad Civil, constituida para nuestra casa, llegarán a su término y, después, el conde de Franqueville se propone escribir a usted bien detallado cuanto se determinó para bien de nuestra casa.

Casi todos los señores, a quienes se propuso formar parte de la Junta de Patronato de nuestra casa, han dado su nombre, después de alguna vacilación, y, últimamente, el senador Chesnelong. *Deo gratias!*

Ahora se trata de organizar una Junta de señoras para recoger limosnas: pensamos poner como presidenta a la señora Marquesa de Rende.

Hablando de ella, es la ocasión para decir que esta bonísima señora, madre del *Nuncio Apostólico,* me ha manifestado su vivo deseo de que los Salesianos acepten el encargo de una obra en favor de los italianos residentes en París. Es una obra que ya la empezaron los RR. PP. Barnabitas, pero, como consecuencia de su expulsión, corre el riesgo de desaparecer y se trataría, por el momento, de encargarse de uno de los centros de misión, establecido en *la Villette,* lugar próximo a Ménilmontant, adonde habría que ir *los días festivos* para predicar, confesar y celebrar la misa... **[782]** con residencia habitual en Ménilmontant. Y este Salesiano tendría que actuar de acuerdo con el padre Barnabita, que quedaría encargado de la marcha general de todos los centros de apostolado, establecidos en los alrededores de París.

En cuanto a vivir allí, no se podría hacer nada de momento.

Por lo demás, he hablado ampliamente y al detalle con el inspector don Pablo Albera sobre esta propuesta, por la que se interesa mucho el Nuncio. Supongo que le habrá escrito a usted sobre este punto y espero una contestación, puesto que el Nuncio me preguntará pronto qué decide don Bosco respecto a esta cuestión, es decir, si don Bosco puede asumir este apostolado, en favor de los italianos residentes en París.

Aquí quisiéramos tener una primera reunión de los Cooperadores de París a fines de abril, en honor de María Auxiliadora. Sería como la sesión inaugural de la obra salesiana. Se espera que venga el señor obispo coadjutor Richard, para presidir, y monseñor d'Hulst (siempre tan bueno con nosotros) ha aceptado hablar en ella.

Muchos desean que haya en nuestra capilla una imagen de María Auxiliadora, pues dicen que sería una corriente poderosa de devoción y también de bendiciones espirituales, y hasta *materiales,* para nuestra casa. Por consiguiente, se piensa comprar una estatua semejante a la de Marsella y bendecirla en la sesión de inauguración.

Pero otra cosa muy deseada por todos y ardientemente esperada es la venida de nuestro queridísimo don Bosco en persona, y el señor de Franqueville en particular considera la cosa como segura y va a escribirle a usted sobre este punto dentro de unos días. ¡Nuestro corazón late... pensando en esta esperanza!

Nuestra querida casa nos ha presentado en sus albores algunas dificultades, desde el punto de vista material y moral, que siempre he sometido a nuestro buen Inspector. En particular, los gastos son mucho mayores de lo que se creía y las limosnas escasean... En la parte moral, parece que las cosas se encaminan mejor; es más, nuestros jóvenes han hecho todo lo posible en la fiesta de san Francisco para demostrarnos su gratitud y su buen espíritu. A los mayores les entregué la vida de don Bosco de D'Espiney, que es ahora la delicia de todos ellos, pues empiezan así a conocer y, por consiguiente, a amar a nuestro buen Padre. *Deo gratias.* El cleriguito Beissière sigue siendo muy bueno y el señor Víctor Rapetti también se porta bien.

El último sábado hemos hecho el ejercicio de la buena muerte y, aunque modestamente, fue muy consolador. Las cosas se van encaminando poquito a poco.

Rece por nosotros, carísimo señor Prefecto. Nosotros lo hacemos por usted, a quien queremos y veneramos mucho.

París, 6 de febrero de 1885

Suyo afmo. en Jesús y María,
C. BELLAMY

[783] **B**

Muy querido y buen Padre don Bosco:

¡Una carta de puño y letra del mismo don Bosco! ...Qué suerte, qué delicadeza de la divina Providencia para hacernos olvidar la distancia que nos separa de nuestro Padre y las angustias que aquí encontramos para el cumplimiento de nuestro deber.

Estos deberes nos reclaman mucho tiempo y, por eso, no hemos podido agradecerle antes su amabilísima y preciosa carta. ¡Sí, nos ha parecido bien sacrificar al deber de nuestro cargo el más dulce de nuestros gustos! Quiero decir el escribir a nuestro buen Padre.

Adjunto la versión al francés de la hermosa circular que tiene la bondad de dirigir a los Cooperadores de París. No podía decirse nada más oportuno y nuestras poquísimas correcciones sólo afectan a la forma, que nos ha parecido más oportuna para nuestros parisienses. Alégrese, queridísimo Padre, porque, aunque haya algunas dificultades para llevar adelante nuestra casa, sin embargo ya se cosechan muchos frutos, que dan motivo para confiar en el feliz porvenir de esta fundación.

Además, para vencer el mal, encuentro poderoso apoyo en la veneración singular que muchos le tienen aquí y basta presentarse como hijo de don Bosco para ver desvanecerse los obstáculos.

He informado detalladamente a nuestro inspector don Pablo Albera, del gran deseo que tiene el Nuncio Apostólico, monseñor de Rende, de que don Bosco participe en el apostolado en favor de los italianos residentes en París.

En su nombre, le he asegurado que esta obra simpatizaba con su corazón y que haría usted todo lo posible para satisfacer los anhelos del representante de la Santa Sede Apostólica. Dígame, veneradísimo Padre, si he de dar una respuesta afirmativa a las propuestas que, dentro de poco, me volverán a hacer.

Además, piensan aquí hacer la primera reunión de los Cooperadores de París, hacia el mes de abril o mayo. Será como la inauguración de la casa y, en ella, se bendecirá una estatua de María Auxiliadora; pero todos esperan una *especialísima gracia* del Señor, esto es, su venida hasta nosotros para bendecir y dar a la casa que empieza una prenda de futura prosperidad.

Pero dejo a otros el cuidado de alcanzar este favor.

Le diré para su satisfacción que nuestros muchachos nos proporcionan gran alegría con su buen espíritu y su confianza cada vez mayor con los Salesianos.

La fiesta de san Francisco, aunque modestísima en esplendor, fue muy consoladora por el fervor, y nuestros muchachos nos demostraron evidentemente sus buenos sentimientos para con nuestro buen Padre don Bosco, **[784]** a quien van conociendo cada día más y, por consiguiente, queriéndole más entrañablemente.

Confío en que podrá usted firmar las cartas que enviaremos a los Cooperadores: permítame le recomiende que se haga una buena impresión, porque nuestros pari-

sienses son muy delicados en estas cositas... Después, puede devolvérmelas y ya me encargaré yo de enviarlas a nuestros bienhechores lo antes posible. Haría falta guardar una buena cantidad de ejemplares de la misma. Son muchos los periódicos que han anunciado la apertura de nuestra casa, y ya llegaron muchas peticiones en demanda de plaza en nuestra casa para muchachos pobres. Se comprende que no se podrá retrasar mucho la fecha de abrir el internado.

Termino esta ya demasiado larga carta. Se reirá seguramente de mi italiano, pero usted necesita reír alguna vez para olvidar lo que a veces podría hacerle llorar; por tanto me alegro de ello y perdone mi buena voluntad.

Los tres que estamos aquí pedimos que nos bendiga y crea en nuestro ardiente amor. Bendiga también a nuestros bienhechores y a los jóvenes.

Suyo afmo. y humildísimo hijo en María Auxiliadora

París, 8 de febrero de 1885.

C. BELLAMY

C

Muy reverendo y querido señor Prefecto don Miguel Rúa:

Deseo tanto, digo más, necesito tanto ver la preciosa carta de nuestro buen padre don Bosco en manos de nuestros Cooperadores, que acabo de recibirla y la devuelvo a toda prisa con las pequeñas correcciones que me parecen convenientes. Permítame le recomiende una buena calidad de papel.

En cuanto al señor Josse, cuyo nombre se encuentra al pie de la carta, entre los de los principales bienhechores, no sé si será conveniente o no. Quizá fuera mejor reservarlo para otra circular que envíe la Junta de París. Temo que muchos se extrañen al ver este nombre; temo, además, que este señor emplee excesivamente *para su* negocio todo lo que hace don Bosco a su favor. Decidan ustedes como mejor les parezca [1].

[785] Confío que nuestro queridísimo don Bosco estampará su firma al pie de la circular, porque así será mucho mejor recibida.

Tenga la bondad de enviarme muchos ejemplares para poder enviarlos adonde parezca útil, aunque no sean Cooperadores los destinatarios.

En cuanto a la rifa, ya sabe usted el mal efecto que ha causado aquí. Muchos, y entre ellos también el señor conde de Franqueville, el barón Reille, etc. me han devuelto los boletos que les había enviado, de manera que tengo muchísimos y no sé qué hacer con ellos. Más aún: esto ha ocasionado descontento en muchas personas. Pero, paciencia, y esperemos que la divina Providencia venga en nuestra ayuda. Escríbame qué debo hacer con los boletos.

---

[1] Don Carlos Bellamy explica mejor su pensamiento en una carta del diez de marzo a don Miguel Rúa: «En cuanto al señor Josse era mi parecer que su nombre podía parecer casi una ofensa, puesto al lado de los de personajes tan distinguidos como los Rebours, los De Franqueville y, en efecto, ésta es la impresión que experimentan algunas personas, a quienes di a leer el texto de su carta. Además, este hombre, que es realmente una buena persona, parece que mezcla mucho lo sagrado con lo profano, quiero decir, el celo por el dinero con el celo por las obras buenas, y parece que se aprovecha del nombre de don Bosco: y yo temía abusos. Pero su opinión me parece muy justa; por tanto está bien no quitar el nombre de Josse de la lista de depositarios de los donativos».

El señor conde de Franqueville me ha encargado le avise que el dinero en su poder apenas si llega para pagar los primeros gastos de compra de la casa y está muy lejos de proveer a los gastos necesarios. Por otra parte, las limosnas son muy escasas y son muchos los que aguardan la llegada de don Bosco a París para entregarnos sus donativos. Por eso, creemos que la visita de don Bosco no sólo es utilísima, sino *necesaria;* de lo contrario no sabemos qué hacer para volver a despertar las simpatías que nos aportaría lo necesario para pagar la casa y sostenerla.

El momento más favorable para don Bosco sería a finales de abril, o a primeros de mayo, cuando se celebre la reunión de nuestros Cooperadores para la inauguración de la casa bajo la presidencia de S. E. Mons. Richard o del Nuncio Apostólico. En esta ocasión se bendecirá una estatua de María Auxiliadora.

Piense en este proyecto y tenga la bondad de darme una respuesta satisfactoria. Se dice que don Bosco recibió mucho dinero en su primer viaje y que recibiría mucho más todavía ahora que tiene una casa en París...

En cuanto a la obra de los italianos residentes en París, volví a visitar a la condesa de Rende y le transmití la respuesta que recibí de don Pablo Albera, que es precisamente la misma que usted me manda hoy.

Sin embargo, como parecía que la condesa estaba algo descontenta de nuestra imposibilidad para hacer algo positivo enseguida, he creído conveniente asegurarla que nos esforzaremos por empezar la obra, en pequeña escala al principio, cuando esté todo preparado en la Villette [1].

[786] El Nuncio Apostólico se ha puesto al frente del Patronato de esta obra y la aprecia mucho. Dentro de poco, tengo que ser presentado a él, que es muy bueno con nosotros y le hablaré de ella lo mejor que pueda, ateniéndome siempre a la respuesta de usted.

De todas maneras, el trabajo abunda y aumenta cada día más. Ya tenemos en nuestra casa un pobre muchacho desamparado, que parece tener vocación eclesiástica y, probablemente, salesiana y cuya vocación estaba en peligro. Quizás no hice bien, pero no pude contemplar tanta miseria, tanto peligro y no socorrer a un pobre abandonado. Estoy muy satisfecho de nuestros jóvenes, gracias a Dios.

El día quince celebraremos en nuestra casa la fiesta de San José, con la primera comunión de diez muchachos ya mayores y necesitados. El cura párroco de Ménilmontant vendrá a nuestra casa y le haremos un buen recibimiento. Rece por nosotros. Para Pascua tengo que predicar tres tandas de ejercicios espirituales. Rece por su pobre,

París, 28 de febrero de 1885

CARLOS BELLAMY

---

[1] En la carta citada escribía: «Querría tener la colección completa del *Boletín* en italiano y en francés, para que lo leyeran nuestros jóvenes, los cuales llegarían así a conocer la historia del Oratorio y aprenderían a admirar y amar la Obra Salesiana. Asimismo, me gustaría enormemente tener todas las *Lecturas Católicas,* con las que se podría comenzar una biblioteca para uso de los muchachos italianos, que vienen a nuestro Oratorio. En este momento, enseño el catecismo y preparo para la Comunión a cuatro chiquitos italianos».

57 *(el original en francés)*

Cartas de don Bosco a la señora Quisard y a su hijo

A

Mi querido amigo:

He recibido tu agradable carta y te doy las gracias. No dejaré de rezar según tu intención. Estarás seguro de la victoria, si te dedicas seriamente a tus deberes escolares y obedeces a Papá y Mamá.

Recibe la santa comunión cuantas veces puedas.

Que Dios te bendiga y mantenga siempre en el camino del paraíso.

Te suplico que reces por mí, siempre tuyo en J. C.

Turín, 24 de mayo de 1884

Tu buen amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[787]

B

Señora Quisard:

Sus cartas me resultan siempre muy agradables por las noticias que nos da de su familia y por los caritativos donativos en favor de nuestros huérfanos. Le diré, pues, que he recibido doscientos francos en su carta del día tres de este mes, y no dejaré de exhortar a nuestros muchachos para que recen y reciban con frecuencia la santa comunión según su intención.

Usted trabaja haciendo camisas para los muchachos de la futura casa de Lyon, y yo trabajo para vencer las dificultades, que continuamente se nos presentan. Dios nos ayudará a hacer todo lo que sea mejor para su gloria y para bien de nuestras almas.

Lamento mucho que su salud o, mejor, la de su señor marido no sea como usted desea. Paciencia. No olvide que el buen Dios le reserva consuelos que muy pronto le proporcionará; y ustedes mismos verán un progreso muy considerable en sus asuntos.

No dejaré de hacer oraciones muy especiales por su hija, a fin de que su casamiento la haga feliz en el tiempo y, más feliz todavía, en la eternidad que nos espera.

Aquí tiene el antídoto seguro contra el cólera:

1. Llevar una medalla de N. S. A.
2. Rezar cada día la jaculatoria: María, auxilio de los Cristianos, ruega por nosotros.
3. Recibir a menudo la santa comunión.

Dios nos bendiga y nos guarde en su gracia y con buena salud. Así sea.

Turín, 9 de julio de 1884

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

C

Señora Quisard:

Su bondadosa carta y su caritativo donativo han llegado aquí, a Pinerolo, donde paso unos días recuperando mi salud en casa del obispo de esta diócesis.

Gracias por su bondad; lo siento mucho, pero será difícil que mi salud me permita ir a Lyon para la fecha que usted dice; espero celebrar misa para invocar las bendiciones del buen Dios sobre los dos novios en la fecha fijada. Pero no dejo nunca **[788]** de tener cada mañana un recuerdo particularísimo en la santa misa por usted, señora, por su señor marido, sus negocios y su familia.

Que Dios la bendiga y la santísima Virgen la proteja y guíe por el camino del paraíso.

Pinerolo, 21 de agosto de 1884

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P.D. Perdone mi letra, realmente mala.

58 *(el original en francés)*

Cartas de don Bosco a las señoras Lallemand

A

Señora y señorita Lallemand:

He oído leer con atención sus relaciones y doy gracias a N. S. que les ha librado en muchos peligros de la vida y del mundo y pido sin cesar por ustedes a la Santísima Virgen, a fin de que les obtenga con su intercesión una completa victoria contra todos los obstáculos que se oponen a su tranquilidad y a su bienestar espiritual y temporal.

En cuanto a las penitencias corporales, no son para ustedes. A las personas entradas en años les basta aguantar los achaques de la vejez por amor de Dios; a las personas enfermas les basta soportar tranquilamente por amor de Dios las propias incomodidades y conformarse con el parecer del médico o de los parientes, con espíritu de obediencia; agrada más a Dios tomar un manjar delicado por obediencia que ayunar contra la obediencia.

No veo nada en su conciencia que necesite reforma. Reciban con la mayor frecuencia posible los santos Sacramentos y, cuando no puedan, no se inquieten; hagan entonces comuniones espirituales más a menudo y confórmense del todo con la santa voluntad de Dios, amabilísima en todas las cosas.

Que María Santísima Auxiliadora les ampare en todas sus molestias y apuros por el camino derecho del Paraíso. Así sea.

Antes de cerrar la presente, he recibido su última apreciada carta y añado que el abate de Laminette es realmente un amigo nuestro muy apreciado que procurará proporcionar al señor Wilz todo el bien espiritual que le sea posible; mientras tanto, nosotros, pequeños y grandes, hemos rezado por él y seguiremos rezando todos los días por la salvación de su alma.

Se dará orden para que las envíen normalmente el *Bulletin Salésien;* sentimos mucho que no lo hayan recibido todavía; **[789]** perdonen todo error u omisión en esto.

Pensaba yo indicarles alguno de nuestros buenos cooperadores de París para que les sirviera de representante; pero, puesto que ya no es necesario, asunto concluido. Apruebo del todo el consejo que el señor abogado les ha dado.

Que Dios las bendiga y consuele por medio de su Santa Madre, a usted y a su excelente mamá, a la que también presento mis respetuosos saludos con los que me declaro en Jesucristo,

5 de febrero de 1884

Seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

B

Señora y señorita Lallemand:

He recibido a su tiempo su última y apreciada carta con la del abate Laminette. Bien ponderadas las cosas ante Dios, que es todo bondad y misericordia, tenemos motivo para consolarnos. El que no haya habido expresiones de arrepentimiento para con la señora, no excluye sus buenos deseos interiores; hay que creer que, sin duda, los tuvo y que su condición no le permitió manifestarlos a nadie más que al confesor, ya que no estaba en condiciones de hacer reparación alguna. Recibió los santos Sacramentos; el sacerdote que se los administró quedó conmovido por sus buenas disposiciones. Son cosas consoladoras. Mis numerosos hijos y yo hemos rezado por él y seguimos haciéndolo cada día. Tengo, además, plena confianza en que toda la caridad que ustedes han hecho y tienen intención de hacer a nuestros huerfanitos, habrá contribuido mucho para abreviar el Purgatorio de aquella alma querida. Quizás sea ella deudora de su eterna felicidad a la caridad de ustedes, que le ganó en sus últimos momentos la misericordia de Dios. Bendito sea Dios.

Anímense, pues, y vivan tranquilas, sin inquietarse por su suerte, haciendo cada día una oracioncita por él y dedicándole todas sus buenas obras. El dinero, que ustedes quieran enviar, será siempre recibido con agradecimiento de acuerdo con lo convenido, a lo que añadiremos oraciones especiales por el alma del señor Wilz.

Que las bendiciones y las gracias del Señor desciendan abundantemente sobre ustedes, por quienes siempre pido en la santa misa. Tengan la bondad de rezar también por mí y acepten mis respetuosos saludos.

En Jesucristo,

24 de febrero de 1884

Atento y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[790] C

Señorita Lallemand:

Acuso recibo de su atenta carta del día veinticuatro y le aseguro que sigo con mis oraciones y las de nuestros huerfanitos de Turín, más las de las casas salesianas que estoy visitando en estos días, en las que también se reza por usted, por su querida madre, por todos sus difuntos y según todas sus buenas intenciones. Recibiré con mucha gratitud el envío que usted acaba de...

El primero será para San Juan Evangelista; perfectamente de acuerdo. Estaré ausente de Turín algunos días, pero le ruego envíe sus cartas a la calle Cottolengo, 32 (y no 33, como pone por equivocación). Permítame le advierta también que no basta un solo sello de lacre sobre las cartas certificadas para asegurarlas; *es prudente poner cinco.* Con estas precauciones las cartas certificadas están seguras. Le digo esto porque nos ocurre a menudo recibir cartas certificadas con un solo sello de lacre, lo cual no asegura suficientemente la abertura y podría intentarse la violación.

Pido para usted y para su excelente madre las mejores bendiciones del Cielo con todas las dichas, que no se opongan a la dicha eterna y le ruego me crea siempre en J. C.

28 de marzo de 1884

Seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

D

Señora Lallemand:

Llego de Roma y me apresuro a comunicarle que he visto al Soberano Pontífice León XIII, que envía una bendición especial a todos nuestros bienhechores y cooperadores salesianos y a sus familias y, por consiguiente, a las señoras Lallemand, madre e hija, y a sus parientes y familias. No sabría describirles ahora la afectuosa acogida que se dignó hacerme Su Santidad el Papa el día nueve de este mes y su indecible bondad con los pobres Salesianos.

Bendita y alabada sea la Santísima Virgen Auxiliadora, a quien doy gracias juntamente con el buen Dios, autor de todo bien.

Deo gratias et Mariae.

Si a usted le parece bien enviarnos... de que habla en su carta, lo aceptamos muy agradecidos, con la condición de devolvérselo si es menester, a su petición, ocho días después. En cuanto a las dificultades que teme hallar para el envío, puede vencerlas enviándonoslo por medio de una de nuestras casas en Francia, Niza, Marsella o Lille. Pero esperamos que **[791]** no haya obstáculos. Lamento mucho no haber tenido tiempo para encontrar en Roma las medallas.

Si desea leer la encantadora vida del Venerable padre Cottolengo, podré hacérsela enviar dentro de poco tiempo, apenas me lo diga. Si cambia de domicilio antes de San Juan, tenga la bondad de darnos con tiempo la nueva dirección exacta para los envíos que se le hayan de hacer.

Termino ofreciéndole, con las mejores bendiciones del Señor y de María Santísima Auxiliadora, mis más respetuosos y agradecidos saludos.

Tenga a bien, señora, rogar por mí, siempre suyo en J. C. N. S.

18 de mayo de 1884

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P.D. Mi secretario me asegura en este momento que las medallas (Madre abandonada) no existen en Roma; me dice que le ha enviado un paquete de medallas de la *Dolorosa,* que él mismo presentó al Padre Santo León XIII. Están, por tanto, bendecidas por el Sumo Pontífice con todas las indulgencias posibles.

E

Señora Lallemand:

De acuerdo con el consejo que le di en mi carta del día diecisiete, tengo el honor de adjuntarle...

No me queda más que confirmarle mi carta anterior y, renovándole mis mejores augurios para el año que viene y mil bendiciones del Niño Jesús, me encomiendo siempre a sus valiosas oraciones.

Mil respetuosos saludos para usted y para la señorita. Que la Santísima Virgen les consuele con su maternal protección.

Su atento y humilde servidor

27 de diciembre de 1884

JUAN BOSCO, *Pbro.*

59

Carta de monseñor Mocenni a don Bosco

SECRETARIA DE ESTADO
DE SU SANTIDAD

Rvmo. padre don Bosco:

Tuve el honor de recibir su carísima carta del día catorce de los corrientes. Hablé con don Francisco Dalmazzo sobre el destinatario de las condecoraciones, pero no quiero privarme del gusto de escribirle a usted.

[792] Le digo, ante todo, que, en atención a usted, me atreví a referir al Padre Santo la súplica en favor del conde de Montigny, y el Padre Santo no la quiso conceder. He dicho que me *atreví,* porque está absolutamente prohibido que un dicasterio se entremeta en los asuntos pertenecientes a otro. La secretaría de Estado no puede proponer condecoraciones más que para los diplomáticos.

Ahora bien, si monseñor Macchi o Boccali guardan los documentos del caso, como usted me indica, podría preguntar a los dos dichos Prelados por qué no siguen las negociaciones y se los guardan.

El dicasterio propio y encargado de las condecoraciones y títulos nobiliarios es la Secretaría de los Breves, de la cual recibe el Padre Santo las súplicas *ex officio.* Y nada impide que dicha Secretaría de los Breves implore del Padre Santo la exención del pago de impuestos. Le agradezco las oraciones que se digna hacer por mí, y me encomiendo mucho a usted, porque necesito inmensamente las oraciones de los buenos.

Con toda admiración me profeso,

Atto. y s. s.,
† MARIO, *Arzobispo de* HELIOPOLIS

60

Carta de don Francisco Dalmazzo a don Bosco

Veneradísimo Padre:

Ya se ha alcanzado la victoria sobre Ferrero, porque el cardenal Ferrieri que había propuesto una transacción, tuvo que guardar cama por un fuerte ataque de gota [1].

Sin embargo envío, una súplica del mismo (Ferrero), que vino a Roma expresamente para intrigar con objeto de que la causa fuese suspendida; pero los Cardenales no fueron del parecer de darle curso y fallaron. Todos, sin excepción alguna, votaron a nuestro favor. Pero no hubo el *amplius,* por el que podría apelar. A propósito de Ferrieri; está muy enfadado **[793]** con don Bosco, porque ha hecho un Obispo sin su consentimiento y sin comunicárselo. A su tiempo se lo diré todo.

El barón Héraud ya recibió la encomienda de San Gregorio. Se hizo de manera que el Papa procediera como por iniciativa propia y así, sin trámite alguno, entregó el Breve por su propia mano sin gasto alguno. También ha sido concedido el Condado al De Montigny, pero quisieron escribir al Nuncio y sólo cuando recibieron las comendaticias de allí se rindieron a la concesión. El Padre Santo dijo que se pagaran por ello ocho mil liras.

He renovado petición *pro gratia* o, por lo menos, para la reducción y, el lunes, tendré contestación.

También he presentado los papeles para monseñor Guigou que no hay duda se obtendrá.

---

[1] Este Ferrero, que después se descubrió era masón, estuvo tres años en el Oratorio. Fue despedido y entabló pleito contra don Bosco ante la Congregación de Obispos y Regulares, pretendiendo reparación de daños por no haber concurrido los Salesianos a la subasta de su casa en Saluzzo, como lo habían prometido, y por el servicio prestado por él. Habiendo subido la subasta a más de treinta mil liras, valor de la casa, los Salesianos, que se habían presentado la primera vez, no se presentaron la segunda. En cuanto a la retribución, no se le debía nada, pues, al entrar en la casa, había firmado la consabida declaración de servir gratuitamente. Además, se pudo demostrar que había causado daño y no ventaja por haberse hecho grandes gastos inútiles para complacerle en pretendidas búsquedas farmacéuticas, que no dieron resultado. Con anterioridad al tribunal eclesiástico, había desestimado su demanda el tribunal civil.

He recibido la invitación para la gran fiesta de la Consagración, pero ¿cómo arreglármelas, en la fiesta de la Inmaculada, con tanto confesonario, tantos enfermos como causa la viruela negra? Bien sabe usted cuánto deseo volver a verle, besar su mano, recibir su bendición y participar en tanta alegría, pero... Ya veremos, haré todo lo posible. El día de la Inmaculada, viene monseñor Sallua a predicar y el cardenal Gori a dar la bendición. Es más, monseñor Sallua viene también a la comida y ¿convendrá que yo falte? Aguardo sus órdenes. Por lo demás, tengo muchas cosas que contarle. Pero esperemos.

Reciba los saludos de todos mis queridos hermanos. Bendíganos a todos y nos tenga siempre suyos en J. C.

Roma, 29 de noviembre de 1884

Afmo. hijo,
FRANCISCO DALMAZZO, *Pbro.*

61 *(el original en francés)*

Don Bosco a una Superiora de las Carmelitas en París

TURIN, calle COTTOLENGO, n.º 32
Oratorio de San Francisco de Sales

Rvda. Superiora sor María de los Angeles
y sor María Inmaculada de Jesús.

Me cabe el honor de responder a su apreciada carta para asegurarles que rezo de todo corazón por ustedes. Mis pobres muchachos y yo empezaremos una novena según sus intenciones el día dos de agosto, fiesta de santa María de los Angeles y del Buen Socorro.

Tengan ustedes a bien unirse a nosotros rezando cada día tres padrenuestros, avemarías y glorias al Sagrado Corazón de Jesús y tres salves a nuestra Señora Auxiliadora con la invocación: *Cor Jesu Sacratissimum, miserere nobis; María Auxilium Christianorum, ora pro nobis.* Encomiendo a mis pobres **[794]** huérfanos a su generosa caridad. Dios nos ha dicho: «Dad y se os dará». Yo le pido que les haga comprobar, mediante una feliz experiencia, la verdad de esta divina palabra, recompensándoles generosamente todo lo que ustedes pueden hacer por estos muchachos.

Tengamos plena confianza en la bondad del Sagrado Corazón de Jesús y en el afecto maternal de Nuestra Señora Auxiliadora, y nuestras oraciones serán escuchadas de la manera más conveniente para la gloria de Dios y el verdadero provecho de nuestras almas.

Harán bien, si pueden, en acercarse también a la Sagrada Mesa.

Allí es donde está la fuente viva de todas las gracias.

Dios les bendiga a ustedes y también a todos sus seres queridos y la Santísima Virgen les cubra a todas con su maternal protección.

En J. C.

17 de julio de 1884

Su atento y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P.D. Le agradezco mucho que me haya comunicado la admirable carta de Su Eminencia el Cardenal Lavigerie.

Tenga fe; con la fe no les puede faltar nada. El Señor les envía esta fundación. El lo hará todo, sin lugar a duda. Pero oremos mucho y actuemos con toda confianza en el auxilio de Dios.

62 *(Estas cinco cartas ya están traducidas al español en el texto, págs. 356 y siguientes)*

Cartas de don Bosco al principe Augusto Czartoryski

A

Mon cher Auguste,

Votre lettre demande sans doute une prompte réponse mais ce n'est pas beaucoup facile la donner avec une lettre. Toutefois voilà mon avis.

Si dans votre cœur vous vous sentez une forte propension à la prêtrise, vous renoncerez à tous les majorats; mais, dans le cas que cette volonté soit pas encore fixé, vous ferez bien de seconder papa et d'accepter le Majorat avec les conséquences du même: pour les autres déterminations est necessaire de nous écrire des autres lettres, ou au moins d'avoir un entretien personnel que nous pouvons tenir au printemps prochain.

En attendant nous prions, vous priez et le bon Dieu nous fera connaître, clairement sa Ste. Volonté.

Vous apprendrez par les journaux que un incendie samedi a brûlé une remarcable quantité de notre maison. Le dommage est bien **[795]** considérable mais les personnes ont été toutes sauves. Que Dieu soit béni, soit dans les bonheurs, soit dans les malheurs.

La Sainte Vierge nous protège et nous guide dans le chemin du Paradis. Ainsi soit-il.

Turin, 26 - 1885

Humble serviteur ami,
Abbé J. Bosco.

B

Monsieur le Prince,

Je serai très heureux de vous voir ici et j'approuve entièrement la pensée que vous avez de faire una retraite. Je regrette seulement ne pouvoir pas moi-même ia diriger; mais j'espère bien que d'autres pourront le faire à ma place, car ma santé, bien précaire encore, ne me le permet pas. Venez donc, venez: je vous attends avec empressement.

Je vous remercie des nouvelles que vous me donnez de vos chers parents; c'est un vrai bonheur pour moi que de les savoir tous bien portants. Faites mes félicitations au Prince Adam pour sa première communion.

Oh! Que le Seigneur le bénisse, le garde toujours dans sa sainte grâce et en fasse un vaillant protecteur et défenseur de la religion, un saint.

Presentez mes humbles respects, je vous en prie, à LL. AA. le Prince et la Princesse et à toute la famille, sans oublier le cher petit prince Witold, pour qui je prie de tout mon cœur. Au revoir donc bien tôt.

Que le bon Dieu vous bénisse et vous accompagne. Agréez mes hommages et veuillez me croire

Monsieur le Prince

Le 27 Mai 1885

Votre tout dévoué en N. S.,
Abbé J. BOSCO.

C

Mon très cher M.r le Prince,

Votre bonne précieuse lettre a porté la consolation á tous les salésiens. Il semble que la divine providence vous guide quelque chose dans l'église de Dieu. Nous prions avec tout notre cœur que la grâce du bon Dieu et la protection de la Ste. Vierge vous guide à jamais. Les avis, les intentions de M.r votre père sont vraiment d' une personne très sage et vous les pouvez pratiquer tranquillement, **[796]** surtout en soignant votre fortune. Votre départ un peu précipité de chez nous, nous a empêché conclure quelques affaires, mais j'èspère que quelque bonne occasion ou une lettre nous permettront de nous expliquer plus clairement. Ma santé est toujours beaucoup faible, et je la recommande à vos bonnes prières.

Nous vous faisons bien des actions de grâces pour la charité que vous généreusement vous nous avez faite. Nos orphelins feront sans cesse des prières et des communions à votre intention.

Que Dieu vous bénisse, ô mon très cher et bon ami, vous me permettrez cette parole, et que la Ste. Vierge vous protège à jamais dans le chemin du Paradis.

Turin, 3 juillet 1885

Humble obligé serviteur,
Abbé JEAN BOSCO.

D

Mon très cher et très respectable Mr le Pr. Auguste,

Très agréable a été pour moi votre lettre qui pour tous les Salésiens a été un très précieux cadeau pour nous, et nous ne manquerons pas de prier pour vous et pour toute votre famille.

Dans ce moment nous faisons la retraite.

Ma santé n'est pas bonne, mais tous les prêtres font tous les matins un souvenir à votre intention. J'aurai la consolation de pouvoir écrire au plutôt. Les avis de Mr. le

prince votre Père sont très sages; on peut pas dire mieux. Dans le cas que je puisse pas moi-même, Don Rua vous dira tous les details desirés par votre lettre.

Que la sainte Vierge soit votre guide dans toutes vos resolutions. Je me recommande à vos charitables prières et que Dieu nous guide dans le chemin du Paradis, Ainsi soit-il.

De notre maison S. Benigne Canavese, 26 août 1885

Votre humble Serviteur,
Abbé J. Bosco.

E

Mon cher M.r le prince Auguste Czartoryski,

Tous nous étions très désireux de vos nouvelles et maintenant nous sommes tous bien contents des bonnes notices, que vous donnez de vous et de votre famille. Me semble que l'affaire d'un mariage soit reduit à travers une personne comme il faut et pour cela je crois que vous ferez très bien de vous remettre aux avis de papà et de la tante dont vous me parlez. Toutefois je ne manquerai pas de prier et faire des **[797]** priéres et des communions par nos orphelins dans l'Église et à l'autel de Notre D. A.

Il y a bien des choses que nous pourrions nous dire personnellement, mais que on peut pas expliquer convenablement par une lettre, mais la Ste. Vierge qui nous a guidés jusque ici, nous manquera pas sa maternelle protection. J'ai pleine confiance que dans le courant de cette année prochaine nous vous verrons avec la plus grande consolation de tous les Salésiens qui vous aiment comme père et bienfaiteur.

Que Dieu vous bénisse, ô mon très cher Auguste, et le desire de votre bonheur eternel soit le guide de vos paroles et de vos actions.

Je suis devenu demi aveugle et, pour cela, exercez un peu de patience à lire ma mauvaise écriture.

Dans votre grande charité veuillez aussi prier pour moi et pour toute la famille Salésienne avec laquelle je serai à jamais avec gratitude en J. C.

Turin, 13 décembre 1885

Humble obligé serviteur,
Abbé J. Bosco.

63

Suplemento al Boletín Salesiano de diciembre de 1884

Muy reverendo y caritativo Señor:

Las dolorosas vicisitudes, que afligieron este año nuestros pueblos han ocasionado muchas situaciones difíciles, especialmente en nuestras casas de beneficencia. Muchos, jovencitos, que quedaron abandonados a causa del azote general, iban pidiendo albergue y nosotros los hemos acogido.

Para proveer ahora a estos huérfanos y atenderlos, he resuelto recurrir a la caridad del Clero que, tantas veces y de tantas maneras, me ha ayudado.

Algunas piadosas personas me han encargado la celebración de un buen número de misas para cooperar a la beneficencia. Por eso, suplico a los caritativos sacerdotes que acudan en mi ayuda, celebrando o procurando que otros celebren el número de misas que les sugiera la bondad de su corazón.

Por tanto, se ruega a los eclesiásticos, que pueden concurrir a esta obra caritativa, que me lo notifiquen, indicándome el número de misas que piensan celebrar en el espacio de un año, cediendo la limosna para la obra que se les propone.

Estos jovencitos favorecidos oirán cada mañana la santa misa y rezarán cada día oraciones especiales y recibirán frecuentemente la comunión por sus bienhechores.

[798] Yo me uniré a ellos para invocar las bendiciones del cielo sobre estos beneméritos donantes y sus familiares.

Profundamente agradecido, me profeso suyo en Jesucristo.

Turín, fecha del timbre postal.

Seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Nota. Suplico a usted me conceda el insigne favor de dar a conocer la presente a los sacerdotes que conozca y estén en condiciones de prestarme esta caridad.

64 *(el original en francés)*

Carta de una mahometana a don Bosco

RUSIA-GOBIERNO DE VILNA LUKISZK CASA LIANCZEVSKI

Barrio de los Mahometanos / Jeszku Bogdanowicz

Muy reverendo Padre:

Me dirijo a usted con la más firme convicción de que tendrá a bien extender su caridad sin límites hasta mí y todos los que me son queridos y apoyarnos en sus oraciones.

Imploro su socorro para un enfermo que me es muy querido y tengo la fe más profunda de que Dios querrá escucharnos por su intercesión, aun cuando el enfermo y yo también somos de religión *mahometana.*

El enfermo es un joven de veintiséis años, llamado Zacarías, enfermo desde hace dos años. Comenzó a toser, a enflaquecer y a perder sus fuerzas, como consecuencia de un resfriado. Pero sobre todo desde el mes de mayo del año pasado, su enfermedad se ha agravado mucho; en septiembre se enronqueció su voz y al presente empeora cada día más. Hace cuatro semanas que padece de la garganta y devuelve después de cada comida. Hace ya un año que se arrastra, pero el mal empeora y los médicos no dan ninguna esperanza. Actualmente está en las últimas.

Desgraciadamente nada hemos sabido de usted hasta hoy y nos encontramos en la más horrible desesperación. No le enviamos más que tres rublos, porque el enfermo no tiene más medio de vida que su propio trabajo. Si Dios le devuelve la salud, nunca olvidará este beneficio.

Tenga compasión de nosotros, no nos rehúse el favor de sus oraciones que nos concederán nuestra mayor dicha y la salud de nuestro querido enfermo.

Su humildísima servidora,
ROSALIA BOGDANOWICZ

[799] **65** *(el original en francés)*

Los Salesianos y los alumnos de Marsella a don Bosco

A

Reverendo y muy querido don Bosco:

Habríamos considerado este año como muy desgraciado para nosotros, si no hubiésemos tenido la suerte de verle llegar hasta aquí. Pero, loado sea Dios, que hoy nos colma con la más dulce alegría. ¡Qué satisfacción la nuestra, amadísimo padre, saber que ha mejorado su salud y verle entre nosotros! Nos parece que todas las bendiciones del cielo descienden sobre nuestra casa en el momento en que llega nuestro amadísimo padre. Ciertamente no fue mayor el júbilo del Gobernador de Egipto cuando abrazó, en tierra extranjera y después de largos años, a su padre, el santo patriarca Jacob. Bendito, sí; mil veces bendito sea el Señor, y corone por fin nuestros deseos, devolviéndole una salud perfecta y conservándole todavía largo tiempo a nuestro cariño.

Encargado de presentarle los sentimientos de veneración y afecto filial de todos mis queridos hermanos, sólo encuentro estas palabras para decirle: Muy querido Padre, ya sabe usted que le queremos; no sabríamos repetirlo muy a menudo; pero buscamos la manera de amarle como se ama al padre más tierno y más querido. Nosotros sabemos tres nombres: Dios, María Auxiliadora y don Bosco.

Su nombre, queridísimo don Bosco, su recuerdo, nos anima en los momentos difíciles; porque aquí es abundante la mies y, en cambio, los operarios son pocos; muy querido Padre, permítame asegurarle, y se lo digo lleno de alegría; sus hijos los Salesianos de Marsella, desde su venerado superior hasta el más humilde novicio, han heredado en abundancia el fuego que devora su corazón, el del celo por la gloria de Dios: trabajan, luchan y rezan por el bien que no pueden realizar. Si Dios lleva cuenta de los trabajos y de los santos deseos que los santos ángeles de esta casa le presentan a lo largo del día, cada uno de sus hijos de Marsella podrá decir un día con san Pablo: *Reposita est mihi corona iustitiae.*

Una vez más, queridísimo padre; que sea usted feliz, que viva largos años, que viva siempre para dicha de sus hijos y pida por nosotros; bendíganos, a fin de que seamos siempre y cada vez más dignos hijos de don Bosco.

En nombre de todos los Salesianos de Francia, de Italia, de España y de América:

¡Viva, viva siempre don Bosco!

[800] B

Muy amado Padre:

Para expresar nuestra dicha al verle entre nosotros, sería menester que cada una de nuestras palabras no fueran sonidos emitidos por medio de los órganos vocales, sino que fuera cada una de ellas un corazón. Imagínese ver realmente los corazones de todos sus hijos de Marsella, divinamente reunidos para formar el nombre de don Bosco y no tendrá más que una débil imagen de nuestro amor.

Hoy es nuestro más hermoso día, querido don Bosco; reciba, pues, todos los deseos que unos hijos queridos pueden hacer por el más tierno de los padres.

Deje que nos alegremos y repitamos mil veces que le queremos; se lo hemos dicho a menudo, pero se lo diremos siempre, porque es verdad; le queremos, Padre.

Reciba, pues, los corazones de todos sus hijos que le piden su bendición, sígales prodigando su caridad y hágales unos buenos cristianos. Le prometemos que nuestra mayor dicha será decir: Soy un hijo de don Bosco; y, en este título, encontraremos nuestros deberes de hombres y de cristianos; encontraremos el recuerdo de todas las virtudes que su nombre nos recordará y cuyas huellas queremos seguir hasta nuestro último suspiro.

Amadísimo Padre, éste es el deseo de todos nosotros; tome los corazones de sus hijos de Marsella y lléveselos.

Prolongue el Señor sus días, padre tierno; que El le consuele en todas sus aflicciones; nosotros rezaremos mucho a María Auxiliadora, sobre todo mientras esté con nosotros; pero pida también usted por nosotros y bendiga a nuestros Superiores, bendiga a nuestros padres.

No nos rehúse este favor, buen Padre; los patriarcas bendecían a sus hijos y Dios los bendecía a ellos al mismo tiempo. Que esta bendición sea para todos los alumnos de esta casa, presentes y futuros; y recaiga también sobre usted mismo, amadísimo padre, durante todo el tiempo de su peregrinación aquí abajo, y pueda un día ver a todos sus hijos convertidos en su corona de rosas, por toda eternidad.

En nombre de todos los alumnos del Oratorio

Aprendices y estudiantes.

¡Viva siempre don Bosco!

[801] **66** *(el original en francés)*

Circular para los Cooperadores de Marsella

Señor:

Los tiempos que corren son muy difíciles para las obras que no tienen más recursos que la caridad pública. Tal es la obra, a la que he consagrado toda mi vida, obra sostenida por la generosidad de los Cooperadores Salesianos. Sobre todo el Oratorio de San León y el Orfanato de Saint-Cyr, en el departamento de Var, se encuentran en apremiantes necesidades. Por eso, a pesar de mi quebrantada salud, he decidido venir a Marsella para hacer un llamamiento a vuestra caridad, que nunca me ha faltado.

El viernes, día diecisiete de abril, a las cuatro de la tarde, tendrá lugar en nuestra

capilla una reunión de Cooperadores. El señor Obispo, nuestro insigne bienhechor, ha tenido la bondad de prometernos su asistencia y os dirigirá la palabra.

Me interesa recordar a nuestros queridos Cooperadores que el Padre Santo concede indulgencia plenaria a todos los que asistan a dicha conferencia.

Por mi parte le aseguro señor... que nuestros muchachos tendrán un recuerdo especial a los pies de María Santísima Auxiliadora por usted y por su familia.

Dígnese, señor, aceptar la seguridad de mi respetuoso saludo y de mi viva gratitud en Nuestro Señor.

Marsella, a 14 de abril de 1885

JUAN BOSCO, *Pbro.*

67

Carta para los muchachos del Oratorio, escrita por don Juan Bautista Lemoyne por orden y en nombre de don Bosco

Mis queridos hijitos:

He ido a Francia, pero no podéis adivinar por qué. Vosotros consumís panecillos y, si yo no fuera en busca de *cumquibus,* el panadero gritaría que no hay harina y no tiene nada para meter en el horno. Rossi, el cocinero, se llevaría las manos a la cabeza y gritaría que no sabe qué echar en la perola. Como el cocinero y el panadero tienen razón, y vosotros todavía más que ellos, por eso he tenido que ir en busca de fortuna para que no falte nada de lo necesario a mis queridos hijos. Es verdad que me cuesta mucho trabajo **[802]** ir de acá para allá, recibir audiencias de la mañana a la noche y hacer visitas a los bienhechores; hubo días en los que me encontraba muy mal por el cansancio y los achaques; pero, pensando en vosotros, me resultaba llevadera mi fatiga. Yo pienso siempre en el Oratorio y, especialmente, por la noche cuando puedo disfrutar de algún reposo, paso revista, uno a uno, a Superiores y muchachos; hablo de éstos con quien está a mi lado y rezo por ellos continuamente. Y vosotros: ¿pensáis también en mí, rezáis por mí? Sí, ciertamente; lo sé porque me lo ha escrito vuestro Director, cuyas cartas, con noticias de la casa, me han alegrado mucho.

Ahora tengo que haceros una recomendación. Pronto comenzará el mes de mayo, y quisiera que lo dedicaseis de una manera especial a María Santísima Auxiliadora. ¡Si supierais cuántas gracias ha concedido Ella en estos días a sus buenos hijos del Oratorio! Realmente, la Virgen merece que le deis una prueba de vuestra gratitud. ¡Si tuviese tiempo, cuántas cosas preciosas podría contaros!

Por consiguiente, os propongo que hagáis una florecilla en honor de María durante todo el mes y deseo que la practiquéis fielmente.

La florecilla es ésta: *Esfuércese cada uno, en honor de María, por alejar de su alma el pecado mortal, mediante la fuga de las ocasiones y la frecuencia de los sacramentos.*

El año pasado tuvimos el cólera en Italia, pero habrá algo peor en el porvenir. Por tanto, necesitamos que la Virgen extienda su manto sobre nosotros. Estemos preparados.

Espero estar pronto de vuelta con vosotros y recomiendo al Director que, aquel

día, nos haga estar de fiesta en el comedor. Porque os gusta la alegría, ¿verdad? A mí también y deseo y pido al Señor que, algún día, nos conceda, a todos vosotros y a mí, la alegría eterna, que tiene preparada para los que le aman.

El Señor os bendiga y creedme siempre

Turín, 20 de abril de 1885

Vuestro afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

68 *(el original en francés)*

El Presidente del Círculo Católico de Niza da las gracias a don Bosco

Reverendo Padre,
Señores,

Hoy es una gran fiesta para nosotros, brilla la alegría en todos vuestros rostros, se lee en todas las miradas; los hijos reciben a su bueno y venerado Padre.

[803] Sí, somos muy felices, y estoy muy contento por el honor que se me concede de decírselo, mi reverendo Padre. Nunca olvidaremos que, cuando Dios inspiró a unos hombres de corazón, de quienes no hablaré, por estar aquí presente algunos de ellos, el pensamiento de fundar nuestra obra, cuando nosotros éramos pobres y pequeños, usted quiso precisamente por eso, adoptarnos como hijos suyos, ayudarnos con sus consejos, animarnos y bendecirnos.

Precisamente este recuerdo es lo que nos inspira gratitud, lo que constituye nuestra alegría.

El niño recién nacido que usted tomó en brazos, abiertos por el amor paternal, ha crecido un poco, tiene ya ocho años, pero todavía es muy pequeño y muy pobre; es como decirle que el niño es siempre de los que reivindican, casi como un derecho de su pequeñez, la dulce y bondadosa paternidad de usted.

Os pido, señores, que brindéis conmigo por la salud de nuestro venerado Padre, que es Padre de los pobres, amigo de los obreros, misionero y siervo de Dios, a quien pediremos nos lo conserve todavía largos años para nuestra alegría y para su gloria.

69

Carta del cardenal Alimonda a don Bosco

Muy reverendo y querido don Juan:

¡Qué agradable y preciosa me resulta una carta de su puño y letra, tras el fatigoso viaje realizado para bien de la Congregación! Lo mismo que no he dejado de rezar para que V. R. y carísima paternidad pudiese aguantar, sin perjuicio de su salud, estas fatigas, así me alegro y doy gracias al Señor por haberle conducido, de nuevo, a nuestro lado sano y salvo y hasta quiero esperar que en mejor estado de salud.

Nos veremos, nos abrazaremos pronto como hermanos y hablaremos de la querida fiesta de María Auxiliadora para diferirla, pues Pentecostés con toda razón ocupa su lugar.

Mi familia le da las gracias, le ofrece sus saludos y felicísimos augurios.

Yo le abrazo en el Señor y le bendigo desde lo íntimo del corazón, con todos los Salesianos y sus santas obras y con veneración y estima me profeso,

De V. S. Rvma. y carísima,

Turín, 30 de abril de 1885

Afmo. hermano,
† CAYETANO, *Card. Arzobispo*

[804] **70** *(el original en francés)*

Carta de la princesa Doria Solms a don Bosco

Muy reverendo don Bosco:

Sólo dos palabras para manifestarle mi vivo deseo de volver a verle y rogarle nos proporcione esta gran satisfacción.

Nos encomendamos a sus santas oraciones, porque todos padecemos de algo.

Estamos llenos de viva gratitud y muy impresionados por el piadoso recuerdo que suplicamos tenga a bien guardarnos.

Rogando su santa bendición y besando humildemente su mano, me cabe el honor de profesarme con los más devotos sentimientos.

Pegli, Villa Doria, 3 de mayo

Su segura servidora,
E. Princesa SOLMS BRAUNFELS

71

Instancia a la Dirección de ferrocarriles

El que suscribe solicitaba, el pasado mes de abril, que se concediera, los días veinte, veintiuno, veintidós y veintitrés del corriente mayo, con ocasión de la feria y solemnidad de María Auxiliadora, una rebaja especial de la tarifa para el transporte de nuestros alumnos desde las estaciones de Alassio, Varazze y Borgo San Martino.

El día dieciocho del mismo mes se nos contestaba que los reglamentos, actualmente en vigor, se oponían a la concesión de rebajas de viaje, fuera de las contempladas por los estatutos de la Sociedad.

Se ruega, sin embargo, al señor Director General considere el número de muchachos que, entre ida y vuelta, ocupan unos ochocientos puestos, y que estos viajes originarían también un considerable movimiento de otros viajeros, parientes y amigos de los alumnos.

Por esto, suplico tenga a bien conceder, para este caso excepcional, la reducción

de una cuarta parte de la tarifa, como ya en otra ocasión lo concedió indistintamente esa benemérita administración a todos los alumnos de las casas mencionadas [1].

Este es el favor que se implora, teniendo también en cuenta la condición de los alumnos, muchos de los cuales son hijos de empleados en los ferrocarriles del Norte de Italia.

Atendidas las limitaciones del tiempo, añade el ruego respetuoso de una respuesta, dentro de los límites consentidos por la brevedad. Con profunda gratitud, etc.

[805] **72** *(el original en francés)*

Cartas a don Bosco desde Caen

A

Mi venerado Padre:

Esta cartita se la enviará una persona dolorosamente probada desde hace dos años por lo menos.

Las pruebas, de las que he sido confidente a menudo, me han revelado una alma muy recta, generosa y resignada a la voluntad de Dios. Si ella busca en usted un alivio para sus sufrimientos, es por obediencia, muy resuelta, pase lo que pase, a bendecir a Dios en todas las cosas.

Pronto hará cuarenta años que soy sacerdote y no he encontrado una alma tan dolorosamente probada y siempre sometida a la voluntad de Dios para su gloria y la salvación de las almas.

Durante toda su vida, ha sido fiel a Dios y ha conservado, así lo creo, la gracia bautismal.

Dígnese, mi venerado Padre, bendecir a quien le dirige estas líneas y acepte el obsequio de mi religioso respeto.

St. Marie C., 26 de mayo de 1885

R. VAUQUELIN
Sac. misionero, Superior de la Institución libre de Santa María en Caen

B

Mi reverendo Padre:

Le recomiendo muy encarecidamente a mi feligresa, que sale hoy para Turín con el único fin de ser oída, tranquilizada, consolada y curada por usted.

Su situación moral, como usted verá, es de lo más penoso, pero no cabe duda de su rectitud y buena fe.

Me atrevo a esperar, mi venerado Padre, que usted tendrá a bien hacerle el bien posible.

[1] Hasta junio de 1867 se disfrutó la reducción del setenta y cinco por ciento.

Acepte, se lo ruego, los saludos del profundo sentimiento de respeto y gratitud con que tengo el honor de profesarme

Caen, 1 de junio de 1885

Su atento y seguro servidor,
A. RECOY
Párroco de San Gilles.

[806] **73**

Carta del abate Mehler a don Bosco

Muy querido Padre:

El que suscribe es un sacerdote alemán, que tuvo la dicha de ser hospedado en el Oratorio de Turín y presenciar la hermosa fiesta del 24 de junio de 1885.

Con ocasión del Congreso general de los Católicos Alemanes en Münster (Westfalia), que se celebró del 30 de agosto al 3 de septiembre de 1885, tomé dos veces la palabra para hablar de su obra.

Estaban presentes cinco mil ilustres personajes, llegados de todas partes de Alemania, Austria, Países Bajos y Holanda. Después de presentar a la imponente asamblea los saludos de don Bosco, conté lo que había hecho este hombre del Señor en Turín, en Italia, en Francia, en España y en América del Sur por la salvación de la juventud. Los Congresistas, llenos de admiración por obras tan estupendas, prorrumpieron en aplausos y dieron gracias a la divina Providencia. Después de dar a conocer la obra social de los Oratorios y los grandes resultados que de ellos se pueden esperar, la asamblea decidió fundar asociaciones para salvar a la juventud pobre y abandonada.

Don Bosco, que ama también a la juventud alemana, rezará por nosotros. El ha bendecido nuestra asamblea y los alemanes aman y amarán a don Bosco como se ama a un padre.

Este fue el voto de la asamblea. Se empieza, por consiguiente, a fundar asociaciones de muchachos en Mönchen-Gladbach, en Munich y en Aix-la-Chapelle. Don Bosco, dígnese bendecir esta obra social. En esta ocasión, hice inscribir entre sus Cooperadores a ciento diez personas distinguidísimas. Preparo, mientras tanto, la traducción al alemán del diploma de Cooperador y hará falta también publicar un boletín en esta lengua.

Yo había llevado al gran Congreso la fotografía de don Bosco, la biografía de Espiney y de Alberto du Bois, la fotografía de la Inmaculada y de san Antonio, cuadros del maestro Rollini, alumno del Oratorio de Turín y la imagen de María Santísima Auxiliadora. Todos estos objetos fueron colocados en la exposición de las artes cristianas.

Los alemanes tenemos dos biografías de don Bosco en alemán: la de Espiney, traducida y publicada en Munich en 1883, y la de Alberto du Bois, traducida en Maguncia por la librería Kirhleim. Dentro de poco, recibiremos del seminario de misioneros alemanes de Stegl, en Holanda, un opúsculo sobre don Bosco.

Yo trabajo para dar a conocer su obra en la prensa y en los sermones. El Obispo de Ratisbona y el Arzobispo de Munich, en Baviera, me ayudan. Alemania necesita

unos cuantos don Bosco, **[807]** y tiene gran simpatía por la institución Salesiana. Actualmente vivo en Mönchen-Gladbach en Alemania septentrional, cerca de Aix-la-Chapelle, en casa del abate doctor Hitze, diputado en el Reichstag en Berlín y secretario general de asuntos sociales y de los obreros para toda Alemania. Para trabajar según la idea de don Bosco, es necesario conocer las necesidades de Alemania y estudiar las condiciones sociales de este país. En Mönchen-Gladbach encontré en el secretariado todas las teorías y prácticas de las diversas asociaciones que existen en esta ciudad, compuesta en su mayor parte de fábricas. Tenemos aquí un círculo con trescientos jóvenes obreros, otro con quinientas muchachas obreras y residencia y, un tercero, para obreros adultos. Pienso, a lo largo del año, estudiar la cuestión, aprender lo necesario y, después, empezar tal vez en Munich un primer oratorio Salesiano.

En Aix-la-Chapelle, ciudad de católicos fervientes, con muchas fábricas, hay algunos jefes de fábrica que desearían organizar asociaciones o círculos de jóvenes de los catorce a los dieciocho años. Un célebre fabricante, que se llama Beisl, me ha encargado le rogara que tenga la bondad de escribirle unas palabras de aliento y enviarle su bendición, porque así le parecerá fácil comenzar la obra. Todo es posible, si usted dice una sola palabra, porque, en Aix-la-Chapelle, ya hay muchos que le quieren. Por eso, le insto vivamente a que se digne enviar una cartita con esta breve frase: «Don Bosco se considera feliz al saber que se abre un círculo de jovencitos obreros en Aix-la-Chapelle y envía su bendición».

Su servidor,
I. MEHLER
sacerdote y cooperador salesiano
en Ratisbona

(*Bol. Sales.*, nov. 1885)

74 *(el original en latín)*

Carta del sacerdote bávaro, Werner, a don Bosco

Reverendo Padre:

Te doy mil gracias por haberte dignado inscribirme en los Cooperadores de San Francisco de Sales. No te he enviado aún el donativo por la admisión, porque espero que otros varios compañeros míos han de hacerlo también, de modo que formemos una o más decurias y, en tal caso deseo enviar todas las cuotas juntas.

Para una mayor propagación de nuestra obra, ruego a tu Reverencia me envíes algunos ejemplares de *Breve Notizia* y *Regolamento* en francés.

Contando con tu permiso y animado por el Rvdo. señor Mehler, **[808]** mi querido hermano, me he puesto a traducir al alemán el *Regolamento* y la *Breve Notizia* y, muy en breve, lo entregaré a la imprenta.

En el magnífico congreso católico de Alemania, que estos últimos días se celebraba en Münster (en el que me ha sido muy grato intervenir), se aprobó con unánime y gran aplauso la resolución, que recomienda la fundación de internados para muchachos pobres y que éstos sean dirigidos según el espíritu del Reverendo don Bosco. Con este motivo vi que muchos sacerdotes y seglares están preocupados por la salva-

ción de la juventud periclitante y que sólo la obra salesiana podría ser el remedio acertado para las regiones de Alemania.

Por lo que a mí respecta, indignísimo servidor, he sido nombrado, aquí en Munich, presidente de una asociación, denominada *Lehrlingsschutz*, es decir, *Patronato de los aprendices*. La intención de esta sociedad es fundar internados para jóvenes obreros y atenderlos y entretenerlos en su tiempo libre. Temo que las leyes de este reino no permiten la dependencia material de nuestra obra de la casa madre de Turín. Ruego, pues, que se nos puedan conceder los favores espirituales de la Asociación Salesiana a nuestros miembros, incluso en el caso de que permanezcan en comunión espiritual con la Pía Sociedad Salesiana y que dediquen los donativos que reciban para los muchachos aquí recogidos y alimentados.

Nuestra Asociación Lehrlingsschutz y su director obtuvieron ya la aprobación de nuestro Reverendísimo Arzobispo; asimismo, pensamos haber cumplido cuanto se ordena en la regla V, número 2 del diploma de inscripción, la cual se expresa así: *La Asociación se acoge humildemente a la benevolencia y protección del Sumo Pontífice, de los Obispos, de los Párrocos, etc.*

Implora humildemente tu bendición y se encomienda a las plegarias de la Congregación Salesiana.

Munich (Baviera), *19 sept. 1885*

Tu obedientísimo Cooperador,
Sac. JUAN NEPOMUCENO WERNER
Coop. del Espíritu Santo, Munich, Baviera

75

Ultima carta del cardenal Nina a don Bosco

Rvmo. don Bosco:

Han sido múltiples y muy cordiales las felicitaciones, que me llegaron de su parte y de las demás casas de los Rvdos. Salesianos, con ocasión de mi jubileo sacerdotal, junto con las oraciones **[809]** hechas por mí al Altísimo, las cuales, a la par que han llevado al colmo la alegría espiritual que experimenté aquel día, me han demostrado una vez más el afecto y benevolencia del Instituto, que ya me profesaron en otras ocasiones. Las excesivas ocupaciones no me han permitido dar a cada uno las gracias por carta; mas, no pudiendo ni debiendo pasar por alto un hecho tan solemne sin corresponder con una sincera demostración de mi alma, he resuelto dirigirme a usted con la presente, como a cabeza respetable de la Congregación Salesiana, y rogarle acepte el encargo de convertirse ante todos en fiel intérprete de mis sentimientos, ofreciendo a todos mi más viva acción de gracias y la seguridad de que, en mi misa, recordé y recomendé al Corazón de Jesús con toda la efusión de mi alma, al Instituto, a su cabeza y a todos sus miembros.

Uniendo a esto los augurios para el año nuevo, considéreme siempre con particular estima y veneración,

De usted, Rvmo. señor

Roma, a 7 de enero de 1885

Atento y seguro servidor,
L. Card. NINA *Protector*

76

Carta de monseñor Cagliero al cardenal Alimonda

Eminencia Reverendísima:

Era mi deseo y también mi deber haber escrito antes a Vuestra Eminencia desde esta Capital argentina. Pero no lo hice, apoyándome en el perdón de su generoso corazón y para poder darle mejores noticias sobre nuestras misiones.

Como ya sabe Vuestra Eminencia, nuestro viaje fue felicísimo y fue muy celebrada nuestra llegada por los hermanos Salesianos y nuestros numerosos amigos italianos y argentinos.

El señor Arzobispo y sus Vicarios Generales, el Clero secular y regular no sólo me dieron pruebas de cortesía, sino de verdadero afecto por el aprecio y veneración que conservan a Vuestra Eminencia y a nuestro Rvmo. padre don Bosco y porque tienen un corazón verdaderamente católico, que ama el bien y a los que desean hacerlo.

No así la prensa diaria impía, que domina en estas desdichadas repúblicas. Aún no habíamos desembarcado y ya se ponían en guardia porque sabían que iba a llegar un Capitán de la Falange Salesiana **[810]** y un General del ejército de Jesucristo, y azuzaron con algunos artículos al Gobierno y al pueblo contra nosotros y contra nuestras Misiones. En consecuencia, la prudencia me aconsejó irme a toda prisa al campo y darles a entender que las cosas marchaban muy diversamente de como ellos pensaban.

Por eso, primero fui a visitar a nuestros colegios, seminarios y las muchas casas que tenemos en estas dos Repúblicas; después me dediqué a predicar y administrar la confirmación con gran satisfacción de monseñor Aneyros, que verdaderamente necesita que Roma le asigne al menos un Auxiliar en la persona de uno de sus buenos Vicarios Generales.

Por fin, asistí a funciones públicas y aún oficiales, pero siempre como Prelado Salesiano simplemente y Obispo de Mágida.

De este modo, se calmaron y disiparon las nubes que amenazaban tempestad, al tiempo que se dejaba lugar a la divina Providencia para disponer bien las cosas de la Misión.

Y, en efecto, los tres meses que pasé en esta ciudad me fueron necesarios para poder conocer a los gobernadores y a otras autoridades militares de Patagonia y Tierra del Fuego, trabar relación con ellos y arrastrarlos a favorecer nuestros planes civilizadores de aquellos desiertos. También los aproveché para buscar ayuda económica entre los buenos católicos argentinos.

Nuestra buena Madre María Auxiliadora nos ha protegido y ha conducido las cosas de tal modo que dos gobernadores, el de Santa Cruz y el del Neuquén, ya aceptaron a nuestros Misioneros, y el padre Fagnano, nuestro Prefecto Apostólico, partirá pronto para el sur, las Malvinas y Tierra del Fuego.

Hemos obtenido de uno de los Ministros pasajes gratuitos para once salesianos, de los que ya han partido cinco; yo he podido obtener del Ministro de la Provincia una recomendación especial para las autoridades militares que están bajo su jurisdicción y mañana, Dios mediante, dejo Buenos Aires y salgo con una pequeña escolta hacia mi destino. Desde las orillas del Río Negro, le diré después cómo soplan los vientos pamperos y los céfiros del desierto.

Esta carta le llegará cuando yo esté en Patagonia y se oirán en Turín los vivas a

san Cayetano y al afortunado que tan dignamente lleva su nombre y copia su saber, sus virtudes, su inocencia, su caridad social, etc.

Así, pues, ese día de justa alegría para mis amigos los turineses, de santo gozo para Vuestra Eminencia, será también un día de suave recuerdo para los Salesianos de América y de viva alegría para los Patagones, que cantarán himnos a San Cayetano, a Vuestra Eminencia gritando: *Ad multos annos, ad multos annos,* nos lo guarde el cielo para nuestra veneración, para nuestro amor y para bien de nuestra Congregación; y guarde **[811]** también a mi queridísimo monseñor Bertagna.

Reciba, Eminencia Rvma., el testimonio de mi gratitud y todos los afectos de mi corazón, con los más sinceros y cordiales saludos para el queridísimo canónigo Forcheri, para don Antonio, don Maggia, para mi buen Remigio y para toda esa santa familia.

Permita que me encomiende a sus siempre fervorosas oraciones, junto con nuestras misiones, y que me profese

De V. E. Rvma.

Colegio Pío en San Carlos en Almagro Buenos Aires
30 de junio de 1885

Obediente y agradecido hijo de consagración,
† JUAN, *Obispo de Mágida y Provicario*
Apostólico de Patagonia.

77

Carta del cardenal Alimonda a monseñor Cagliero

Excelencia Rvma. y carísima:

A la muy apreciada carta de augurios que, para inmenso júbilo de mi corazón, me llegó por san Cayetano, ha querido V. E. Rvma. y carísima añadir otra todavía más consoladora. No sabía cómo contestar a la primera en la que me anunciaba la inminente salida para su querida Patagonia. Ahora que ya le sé establecido con sus queridos hijos y con los salvajes para ganarlos a Cristo, le manifiesto mi agradecimiento por los testimonios de amor que en ambas cartas ha querido darme y por las noticias, buenas unas, y prometedoras otras, con que ha querido obsequiarme.

Sigo con muchísimo interés los pasos evangélicos de V. E. y elevo cada día al cielo mis pobres oraciones para que sean abundantemente recompensados los sudores, los gloriosos trabajos, que lleva a cabo para ensanchar el reino de J. C. y de la Iglesia. Pido también para que no desfallezcan las fuerzas de V. E. y de sus dignos compañeros de misión, para que se sumen los cooperadores a enriquecer con abundante mies el inmenso campo que les asignó el Vicario de Jesucristo. ¡Ojalá llegue a ser Patagonia tierra de santos y jardín de todas las virtudes!

Entre los testimonios de afecto que ha querido darme, ninguno ciertamente es más grato a mi corazón que el de haber confiado a mi pobre protección y haber bautizado con mi nombre la primera flor recogida en ese campo. Tendrá un puesto de honor en mi casa el afortunado joven **[812]** Cayetano Santiago Nicolás Alimonda y lo tendrá su compañero Joaquín; a los dos impartirá usted la bendición en mi

nombre, les augurará perseverancia y toda clase de bienes, les dará el abrazo de la amistad y de la paz.

Veo alguna vez al venerando Superior don Bosco; no hace mucho he pasado casi todo el día con él. Su ánimo, siempre alegre y lleno de confianza, da motivo para esperar que, a pesar de las molestias, podrá todavía estar largo tiempo al frente de las empresas, de las que ha merecido ser prodigioso iniciador. Las de Patagonia y de la iglesia y hospicio de Roma son el tema más frecuente de nuestras conversaciones y el objeto del más vivo interés para nosotros y para todos los amigos admiradores de don Bosco.

Espero que V. E. Rvma. siga teniéndome presente en sus oraciones y me proporcione, de vez en cuando, alguna buena noticia. Permítame ahora ofrecerle los saludos de mi secretario, del teólogo Videmari y de toda esta mi familia. Por mi cuenta, le abrazo con fraterno afecto y veneración. Beso su mano, mientras celebro profesarme

De V. E. Rvma. y carísima

Turín, 9 de octubre de 1885

Afmo. hermano,
† CAYETANO, *Card. Arzobispo*

78

Carta de León XIII al cardenal Parocchi sobre el estudio de los clásicos

A nuestro amado hijo Lúcido María Parocchi, cardenal del orden de Presbíteros en la Santa Iglesia Romana con el título de San Sixto y nuestro Vicario en Roma.

LEON PAPA XIII

A nuestro amado hijo salud y bendición apostólica. Tú comprendes perfectamente lo que a menudo hemos venido diciendo, con todo esfuerzo y perseverancia, que los clérigos aumenten día a día el patrimonio de su doctrina. Y que ha crecido hoy su necesidad lo demuestra claramente la naturaleza de los tiempos que vivimos, puesto que, en un ambiente en el que brillan tan preclaros talentos y arde tan intenso afán de aprender, no podría, sin duda, el clero realizar su cometido con la dignidad y utilidad necesaria, si no diera importancia y descuidara la cultura que tan afanosamente codician y piden los demás. Por eso, hemos dedicado **[813]** nuestra atención a organizar los estudios, especialmente de los clérigos, y, partiendo de la ciencia que trata de cosas más graves, nos hemos esforzado por hacer volver al estudio de la filosofía y teología por los caminos que abrieron los antiguos y el sistema de santo Tomás de Aquino; el buen efecto obtenido con este plan demuestra su oportunidad. Pero, como gran parte de doctrina agradable y muy apta para ennoblecer las costumbres humanas se encierra en las buenas letras, hemos determinado establecer algunas cosas para su incremento.

Ante todo, es menester que el Clero guarde también en éstas el puesto que le

corresponde, puesto que la gracia de las letras es nobilísima, hasta el punto de que los que la alcanzaron creen poseer algo grande y los que no la poseen casi carecen ante los hombres de la prenda principal. De ahí puede deducirse la astucia y criminalidad del decreto del emperador Juliano que vedaba a los cristianos dedicarse a los estudios liberales. Pues preveía con acierto que serían fácilmente despreciados si ignoraban las letras y no podría florecer por mucho tiempo el nombre cristiano, cuando el vulgo lo creyese ajeno a las artes nobles.

Además, como nuestra naturaleza es tal que, por las cosas que percibimos con los sentidos, nos elevamos a las que superan los mismos sentidos, no hay nada que ayude tanto a la inteligencia como la fuerza y elegancia del escribir. En efecto, la elegancia de la lengua del país donde hemos nacido atrae admirablemente a los hombres a escuchar y a leer; y, de ahí, se sigue que la verdad de las palabras y de las sentencias, como si irradiara nueva luz, penetra más fácilmente y se asienta en los ánimos, lo cual tiene cierta semejanza con el culto externo que se presta a la divinidad, del que precisamente procede la gran utilidad, que la mente y el pensamiento humano se elevan por el esplendor de las cosas corpóreas a considerar la majestad de la luz suprema.

San Basilio y san Agustín ponderan y alaban uno por uno estos hermosos frutos de erudición; y, con mucha sabiduría, nuestro predecesor Pablo III prescribía que los escritores católicos tuviesen la elegancia del estilo para triunfar sobre los herejes, que pretenden ser los únicos que poseen doctrina y pericia en las letras. Y, cuando decimos que el clero debe cuidar con esmero el estudio de las letras, queremos hablar no sólo de las nuestras, sino también de las griegas y latinas; es más, entre nosotros debe tenerse mayor cuidado del estudio de las letras de los antiguos romanos, ya sea porque la lengua latina es compañera y vehículo de la religión católica para todo el Occidente, ya sea porque muchos la cultivan menos profundamente, de suerte que el mérito de escribir en latín con la debida dignidad y elegancia parece ir mermando paulatinamente. También deben estudiarse cuidadosamente los escritores griegos, porque las lumbreras griegas resplandecen con tanta preeminencia en cualquier género que no es posible pensar en nada mejor y más perfecto.

A esto debe atribuirse la costumbre **[814]** en vigor entre los Orientales, en virtud de la cual las letras griegas viven y se encarnan en los monumentos de la Iglesia y en las costumbres de cada día, y no se debe olvidar que los eruditos en las letras griegas asimilan más fácilmente la virtud latina por lo que saben de griego.

Considerando la utilidad de estas cosas, la Iglesia Católica que siempre acostumbró cuidar en la medida de su necesidad todas las cosas hermosas, nobles y dignas de encomio, se preocupó de las bellas letras y siempre dedicó gran parte de sus cuidados a favorecer su estudio y su incremento. En efecto, todos los santos Padres fueron expertos en las letras en la medida que lo consentían los tiempos en que vivieron, y algunos de ellos llevaron tan adelante su ingenio y su estudio que llegaron a cumbres tan altas como los antiguos literatos de Roma y de Grecia.

Además, la Iglesia ha hecho el gran beneficio de conservar gran parte de las obras antiguas latinas y griegas, obras de poetas, oradores e historiadores. En los tiempos en que las buenas letras yacían olvidadas por indiferencia o por descuido o también cuando estaban silenciosas por el estrépito de las armas en toda Europa, todos saben que, en medio de tantos trastornos y tanta barbarie de costumbres, las letras no encontraron más refugio que en las comunidades de monjes y sacerdotes.

Tampoco debe echarse en olvido que muchos romanos Pontífices, nuestros predecesores, deben ser colocados entre los que son llamados eruditos por el conocimiento

de estas nobles artes. Bajo este nombre, permanecerá, sin duda, imperecedera la memoria de Dámaso, de León y Gregorio Magno, de Zacarías, de Silvestre II, de Gregorio IX, de Eugenio IV, de Nicolás V, de León X. Y, en la larga serie de Pontífices que ostenta la Iglesia, a duras penas se encontrará uno solo de quien no sean muy deudoras las letras. En efecto, por su impulso y liberalidad se abrieron, de cuando en cuando, escuelas y colegios para la juventud ávida de literatura, se instalaron bibliotecas para alimento de los ingenios; se mandó a los Obispos que fundaran en sus diócesis academias literarias; se concedieron favores a los hombres eruditos y se los alentó a mayores cosas con las promesas de grandísimos premios. Y esto es tan verdadero y evidente que los mismos calumniadores de la Sede Apostólica hubieron de reconocer muchas veces que los Romanos Pontífices fueron muy beneméritos de los estudios clásicos.

Por lo cual, convencidos de la utilidad y guiados por el ejemplo de nuestros predecesores, hemos establecido aplicar nuestros cuidados y tomar medidas oportunas con todo esmero, para que estos estudios florezcan entre los clérigos y den esperanzas de volver a su antigua gloria. Confiando mucho en tu sabiduría y en tu colaboración, amado hijo, nos aplicaremos a llevar a la práctica el programa que hemos establecido en nuestro sagrado Seminario de Roma; y, por esto, queremos que se abran en él algunas determinadas escuelas para los jóvenes de más talento y aplicación, los cuales, después de terminar el curso normal de las letras italianas, latinas y griegas, puedan bajo **[815]** la guía de hábiles maestros, alcanzar, en ese triple genero de lenguas, toda la perfección y profundidad posible.

Y, para que esto se realice tal y como nos deseamos, te ordenamos que elijas hombres capacitados para ello, y así lograr con la ayuda de su consejo lo que nos hemos propuesto.

Mientras tanto, como señal de nuestra benevolencia y auspicio de los divinos favores, te impartimos, amado hijo, la bendición apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el día 20 de mayo del año 1885, octavo de nuestro Pontificado

LEÓN PP. XIII

79 *(el original en francés)*

Carta de don Bosco al duque de Norfolk

Alteza:

Heme aquí para darle mis noticias. Sigo siempre en cama, pues el estado de mi salud es variable, y no sé cuándo podré dejarla. ¡Hágase la voluntad de Dios! Pero lo que me intranquiliza mucho en este momento son las deudas de la iglesia y la casa del Sagrado Corazón de Roma. Hace unos diez años que nuestros esfuerzos se dirigen preferentemente a esa obra y quedan todavía doscientos cincuenta mil francos por pagar y, en estos mismos días, se me apremia para el pago. Esta es una de mis mayores penas.

Si V. A. puede ayudarme en la medida que su gran caridad y las circunstancias puedan sugerirle, experimentaría un gran consuelo y haría V. E. una obra enormemente útil para nuestra pobre sociedad salesiana y para toda la Iglesia Universal y,

por consiguiente, muy agradable a Dios y a su Vicario en la tierra el Santísimo Padre, que nos ha confiado en persona esta Obra del Sagrado Corazón en Roma.

Nuestros pobres huérfanos (más de doscientos cincuenta mil) rezarán siempre conmigo por su felicidad espiritual, temporal y eterna.

Que Dios le bendiga y consuele, señor Duque, y recompense dignamente todo el bien que quiera hacer a las obras Salesianas, al paso que yo seré siempre en N. S.

De V. A.

Turín, 13, 1888

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[816] **80**

Carta de don Francisco Dalmazzo a don Bosco

Veneradísimo Padre:

Ruégole no achaque mi silencio a negligencia. El trabajo de este tiempo pascual ha sido extraordinario y verdaderamente consolador. En nuestra iglesia, parecía que siempre era una día de fiesta. Eramos siete confesores y, aunque cuatro de nosotros estábamos en el confesonario hasta diez y doce horas cada día, siempre hubo trabajo. Bendito sea Dios. A esto se añadieron cinco tandas de ejercicios espirituales para la preparación de niños y niñas a la primera comunión y, después, una serie de enfermos tan grande que, la semana pasada, hemos dado la Santa Unción a veinticuatro. De seguir así algún tiempo más, adelgazaremos hasta quedar transparentes.

Estábamos esperando continuamente su presencia para nuestro consuelo. Lo desean también muchos, que han venido de Polonia, de Francia y de España y Portugal. Recuerdo entre éstos a los portugueses de Rasto, a los franceses de la Fontaine. También me retenía de escribir el pensamiento de que, un día u otro, vendría usted por aquí.

El Jueves Santo recibí las cincuenta mil liras de la Condesa de Stacpoole y, media hora después, estaban depositadas en el Banco Tiberino, esperando cubrir el saldo; pero quedaron todavía diez mil de deuda, hasta ayer que subieron a veinte mil. Pero, después de muchas vueltas y revueltas, obtuve las veinte mil del Papa. Lo intenté varias veces a través del Cardenal Vicario, pero fue en vano. Acudí al cardenal Nina y me rogó le dejase en paz. A decir verdad, está mal desde hace varios días. Monseñor Boccali hizo la prueba, después de recibir una larga carta mía, pero no lo logró. Vínome entonces el pensamiento de acudir al Cardenal Secretario de Estado, quien me pidió un *memorándum*. Lo hice y lo acompañé con una carta que, a mi petición, escribió el encargado de la fachada, que anteriormente me había enviado una nota de cuarenta mil liras, ya abonada en sus dos tercios, amenazando con las suspensión de las obras, si no se pagaban diez mil liras por lo menos dentro de una semana. El memorándum estaba humildísimamente redactado y no inspiraba más que dolor y pesar por encontrarnos en tantas angustias y deudas. Se alcanzó al punto el éxito, pues, aquella misma tarde, obtuvo el Cardenal Vicario las veinte mil liras y me las habría entregado al día siguiente, domingo, si yo hubiese podido ir a retirarlas.

Hoy las recibí y cerré la cuenta con el Banco Tiberino, donde convendría depositar alguna cantidad para cualquier caso imprevisto.

¿Y las cincuenta mil liras del conde Colle? Aquí se puede poner la piedra angular cuando se quiera. Usted verá cómo hace venir al conde Colle. Si no lo lograse, se lo encargamos al príncipe Pablo Borghese o al padre Marcantonio [1].

[817] Tenga la bondad de rogar a don José Ronchail que envíe lo antes posible los boletos de nuestra rifa, que se prorrogó hasta diciembre, con autorización para un mayor despacho de boletos.

Esperamos que llegue pronto don Miguel Rúa de Sicilia; pero le esperamos más a usted, Rvmo. Padre, a quien presentamos nuestros devotos saludos y besamos todos su mano implorando su paternal bendición.

Roma, 27 de abril de 1885

Su atto. y apreciado hijo en J. C.,
F. DALMAZZO, *Pbro.*

81

Llamamiento al pueblo católico de Italia

Es fruto de una celestial amabilidad y de una suprema disposición de la Providencia el aumento de fe y de piedad, que despierta en nuestros tiempos el culto del sacratísimo Corazón de Jesús. Parece que Dios quiera que, mientras el presente siglo, con su gran sensualidad, su orgullo y su nuevo descreimiento, aparta cada vez más del pensamiento de la vida eterna el corazón del hombre, hacia el bendito y divino Corazón de Jesús, tan fervorosamente amado y venerado por la Iglesia Católica, le esté al mismo tiempo reservado influir saludablemente en las miserias de este mismo siglo para conducir de nuevo al hombre al amor de las cosas espirituales y celestes. El episcopado católico quedó convencido de esto, principalmente en los últimos años cuando se realizaba sucesivamente la consagración de las diócesis al Corazón de Jesús; sintió que, con este acto devoto, proporcionaba para sí mismo y para los fieles un asilo seguro en los peligros, la fuerza en los combates y el oportuno consuelo en la desolación.

Para reconfirmarle en el suave pensamiento, añadióse la propuesta, destinada a cumplirse pronto, de dos monumentales iglesias a levantar, una en París y otra en Roma, en honor del Sacratísimo Corazón de Jesús. Se consideró esta idea como una inspiración del cielo, como una disposición admirable, puesto que París, la patria de Voltaire, calificada por muchos como metrópoli de la impiedad, parecía que debía dar al divino Corazón aquella reparación religiosa y nacional; por otra parte, Roma la histórica sede de San Pedro, metrópoli del catolicismo, consideraba muy conveniente tener que levantar ella, junto con el nuevo templo, su voz poderosa para el gran llamamiento a la fe y al amor, transmitiéndolo a todos los pueblos.

Celebramos que, para reparar de alguna manera los daños y para lavar, si es posible, las manchas de la incredulidad, se vaya levantando en la cima de Montmartre, verdaderamente bello y suntuoso, el templo parisiense; nosotros, los miembros del Episcopado italiano, sentimos el deber de aplicarnos más solícitamente, **[818]** y no

[1] Es decir, el padre del príncipe Pablo.

sólo con el tributo de la admiración, sino con el eficaz concurso de nuestra generosidad, a considerar el levantamiento del nuevo templo en la ciudad Eterna. Hay un hombre en Italia, un digno eclesiástico, a quien parecen estar confiados muchos preciosos designios de la divina Providencia. En este sacerdote puso los ojos el santísimo Pontífice León XIII y le dijo:

—Os confiamos la erección del gran templo para ser consagrado en Roma al culto del Corazón divino. Nos contribuiremos, reservándonos la construcción de la fachada.

Y don Juan Bosco puso resueltamente manos a la obra. Ya se levanta airosa la nueva iglesia con un amplio edificio a su lado para vivienda de sacerdotes y albergue de niños pobres, que tendrán en él escuelas diurnas y nocturnas; allí, en la zona del Castro Pretorio, frente a las capillas y escuelas de los protestantes, como nueva Arca Santa contra Dagón; allí donde se abre la nueva Roma profana, la Roma burguesa, obrera, comercial e industrial , donde no hay todavía un templo católico y se siente muchísimo la falta de religión; allí, desde la altura donde se levanta, parece que debe mirar al mundo y donde por la proximidad de la estación ferroviaria central, es continua la llegada de forasteros. El templo que se está levantando es prometedor para quien lo contempla, quiere ser digno hermano de los monumentos romanos, pero aguarda su acabamiento, aguarda los adornos y frisos que lo decoren; el admirable don Bosco, prodigándose, a una con sus hijos de la Congregación Salesiana, ya ha gastado en él muchísimo dinero; pero se requiere más todavía para dejarlo completamente acabado. A pesar de todo, aun cuando la laboriosidad de los Salesianos llegue a esto, no todo quedará cumplido. El templo aguarda del Papa su clásica fachada.

Las aguas del Po y del Dora, que vieron llegar a sus orillas al joven Bosco y que lo tienen ahora consigo, desde hace cincuenta años, convertido en educador del pueblo, se afanan por ser la cuna de no pocas magnánimas familias patricias. Ahora bien, a un ilustre vástago de estas familias, vínole un pensamiento digno del apostolado de don Bosco y adecuado a las tradiciones de su religiosa patria [1]. Pensó y dijo:

—La iglesia, que Roma ve levantarse para gloria del divino Corazón, debe contener la especial significación de la fe y de la piedad de nuestra Italia; conviene, pues, que los italianos concurran poderosamente a ayudar a su construcción. Y nuestro Santo Padre que se alzó como caudillo de todos, al aconsejar el glorioso templo, y prometió pagar la fachada, El, que se ve apremiado por gravísimas necesidades y vive de la limosna de los católicos, ¿no espera tal vez que nosotros hagamos algo? Además de esto, ¿no es conveniente que los italianos, atacados no ha mucho por el cólera y duramente amenazados siempre por todas partes, para obtener de Dios ser preservados del azote, se industrien en su honor y sean generosos hasta donde les sea posible? ¿No es esto conveniente, teniendo ante los ojos los ejemplos del Pontífice, el cual **[819]** dio la cantidad de un millón para el nuevo hospital de Santa Marta contiguo al Vaticano, mientras, combatido como es por el mundo, lo espera todo y pone toda su confianza en la divina Providencia, atento y absorto en el culto del divino Corazón? Pues bien, hágase un voto nacional; y resuélvanse todos los hijos de la creyente Italia, el pobre con su pequeño óbolo, el rico con su generoso donativo, a proporcionar el dinero necesario al Padre Santo, para que con la aportación de todos pueda construir la fachada del templo italiano de Roma.

Esta idea del patricio turinés agradó, corrió de boca en boca y encontró promotores. Alcanzó el honor de penetrar en las aulas del Vaticano, y el Pontífice reinante la

[1] El Conde César Balbo, nieto del célebre historiador del mismo nombre.

encontró buena y laudable, la recomendó con carta del E. Cardenal Secretario de Estado, enviada a Turín el día veinte del pasado octubre, tuvo la alta dignación de anunciar la bendición apostólica a todo el que colaborase en la noble y santa propuesta, que calificó de VOTO NACIONAL DE LOS ITALIANOS AL SAGRADO CORAZON DE JESUS.

Y ahora, cuando interesa cumplir la propuesta, convertida en sumamente autorizada y se nos presenta más simpática y atrayente, nos queda todavía algo por desear, y es que el Episcopado, para promover eficazmente el *Voto* del pueblo italiano, dé el primer paso. Por eso, con la esperanza de un bien grandísimo, se nos perdonará si nos atrevemos a contar con los excelentísimos y venerandos Arzobispos y Obispos de la Península, pidiéndoles que se nos unan como compañeros y protectores. La humilde súplica que les dirigimos es ésta:

—Procuremos, enardecidos todos por el mismo espíritu, recomendar a los fieles el ofrecimiento de su limosna y encargar a los reverendos párrocos que los animen y guíen al cumplimiento del voto; procuremos también con ayuda de las Comisiones, de los Congresos católicos, donde éstos se hallan constituidos y de las demás sociedades piadosas entre las que nos es grato recordar las de la Juventud Católica y las de los Obreros, que se fomente la obra y se abra, de la forma que se considere más oportuna, la suscripción nacional. Nos parece que prestarse a este acto solemne de fe y de amor divino equivale a renovar la consagración de nuestras diócesis al divino Corazón de Jesús.

Sobre el frontis del nuevo templo de Roma, en bellísima lápida de mármol, quedará grabada la actuación de las diócesis italianas concurrentes; figurará en el campo de la gloriosa lápida el augusto nombre y el escudo soberano de León XIII. Esa lápida, destinada a ser histórica y memorable para todos, hablará de nosotros y de nuestra fe hasta nuestros últimos descendientes. Italia es eminentemente católica y quiere ser y permanecer católica; quiere hacer de ello declaración nacional en Roma. ¡Hermosa idea, concepto evangélico! El Papa que, sobre la piedra del divino Corazón, abraza, como a hermanos, a los Obispos de Italia; y los Obispos de Italia que abrazan, a su vez, en sus propias diócesis y llevan a los pies del Papa a todos los hijos de Italia. El Corazón de Jesús, donde nosotros, padres e hijos, pastores **[820]** y rebaño, nos encontraremos unidos, será el centro de la vida común. La bendición, que el Vicario de Jesucristo anticipadamente nos comparte, es prenda segura para Italia de la bendición de Dios.

Turín, 16 de julio de 1885,
fiesta de la Bienaventurada Virgen del Carmen

Atento y seguro servidor,
† CAYETANO, *Cardenal Arzobispo*

82

Cartas relacionadas con la rifa de Roma

A

Muy apreciado y venerado don Bosco:

He tardado mucho tiempo en enviarle el dinero, que hallará incluido en la presente, a cambio de los boletos de la rifa que me envió. La verdad es que, en los tiempos que corren, no resulta fácil encontrar gente que pueda contribuir, a no ser con pequeñas cantidades, para obras católicas, escuelas, etc.

Todos somos pobres porque la clase inferior, los obreros, no tienen trabajo; la clase media, los comerciantes, no encuentran quien compre y resulta que nosotros, los hacendados, no cobramos nuestras rentas. Todo marcha mal.

Pero, poquito a poco, he logrado recoger doscientas cincuenta liras, que le envío para el fin propuesto de la nueva casa que se va a abrir en Roma y le pido para mí y para todos los que han contribuido un recuerdo en sus cotidianas oraciones. Nuestra pobre patria atraviesa por una situación muy crítica, amenazada con una revolución interior en Irlanda y guerras exteriores en Egipto y en la India.

Pido siempre que se cumpla la santísima voluntad de Dios y que todo resulte para su mayor gloria.

Mi esposa y mis hijos se encomiendan conmigo a sus buenas oraciones y me profeso siempre,

Londres, 2 Cromvell Home, 12 de marzo de 1885

Atento y seguro servidor y amigo,
DANBIGH

B

Señora Princesa:

Reciba, señora Princesa, los diez boletos de la rifa que su caridad me pide. Usted ganará, sin duda, el premio del Paraíso. Pido que le quede asegurado.

[821] Felices Pascuas, buen principio de año; y que la Santísima Virgen sea para usted y para toda su familia la guía segura en el camino del Paraíso.

Turín, 18 de diciembre de 1885

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

C

Reverendo Señor:

S.A.R. el Príncipe de Saboya ha recibido su carta del veintiocho de enero último. Se ha quedado con los doscientos boletos de la rifa, cuyo importe hice le fuera entregado anteayer.

Cumplo ahora el honroso encargo, que Su A. R. me confió, de expresar a V. S. su gratitud por los sentimientos de devoción que le ha manifestado y su aplauso por la actividad verdaderamente maravillosa de V. S. para hermanar de mil formas la religión y la caridad cristiana con la civilización y el progreso.

Ruégole acepte mi saludo de admiración y mis devotos sentimientos.

Turín, 1 de febrero de 1885

por el Intendente,
SALATI

83

Carta de don Juan Bonetti a don Bosco

Muy querido y Rvmo. Padre en J. C.:

Han comenzado los ejercicios y, al parecer, marchan bien y prometen dar su fruto. Asisten noventa y seis entre señoras, maestras y otras venidas *ad experimentum* y a estudiar su vocación.

Ahora aquí me tiene para pedirle un favor y se lo pido hoy, fiesta de la Virgen de las Nieves, seguro de que, si puede, lo hará como obsequio a María y para provecho de sus hijas. Las ejercitantes, lo mismo que las hermanas, quisieran ver a don Bosco en estos días. Muchas de ellas han venido con la esperanza de tener esta suerte y al volver a sus casas, además de su recuerdo, muchas se llevarían el deseo de volver también el próximo año, con un gran bien para sí mismas y para el Instituto. Le advierto que algunas, que vinieron el año pasado, y no le vieron como esperaban, no han vuelto, por miedo a que les sucediera lo mismo esta vez. **[822]** En efecto, el año pasado eran, según me dicen, ciento veinte; y, este año, sólo un centenar y aún es mucho.

Así, pues, si acaso su salud le permitiese hacer este viaje, le ruego, en nombre de todas, que venga. Si sale de Turín a las ocho y cuarenta de la mañana llegará aquí al mediodía. Y, si prefiere salir por la tarde, a las siete, llegará cuando ya refresca, a las diez, y nosotros le aguardaremos con el coche en la estación, lo mismo a una hora que a otra.

¿Y cuándo podría venir? Sería preciso buscar la forma de matar dos pájaros de un tiro. Dado que usted tendría que encontrarse en Turín el día quince, podría venir aquí el día doce, último día de los ejercicios de las señoras, o también el día trece por la mañana, día de la clausura. En ese día por la tarde y el catorce por la mañana ya se encuentran aquí muchas hermanas de otras casas, invitadas para sus Ejercicios, y llamadas precisamente con la esperanza de que usted se encuentre en ellos para que, al menos, tengan la fortuna de verle y conocerle, puesto que algunas no lo vieron nunca y se sienten en cierto modo apesadumbradas.

Después a las seis de la tarde, cuando ya refresca, podrá usted volver a Turín y estar allí para su día onomástico.

¿Qué responde don Bosco a esta propuesta? ¿Podría ser? ¿Puede aceptarla? Estas buenas hijas y hermanas han rezado mucho por su salud y esperan con fundamento ser oídas.

No digo más y sólo le ruego tenga a bien encargar a alguno de sus secretarios que

me conteste en su nombre. Si hace falta, iría a ésa don Luis Bussi para acompañarle; pero aguardo una indicación suya para saber a qué atenerme.

Dios le bendiga, ruegue por mí, que estoy bien hasta la fecha. Le saludan también los reverendos Olmi, Bussi, Campi y Bergese. Muchos saludos a la guardia de honor con todo afecto y profunda estima.

Nizza Monferrato, 5 de agosto de 1885.

Su atto. y s.s.,
JUAN BONETTI, *Pbro.*

84 *(el original en latín)*

Elogio del Obispo de Faenza a los Salesianos

Y no puedo por menos de hacer mención especial de vosotros que, bajo la guía del Santo de Sales, trabajáis con toda el alma por el bien de la juventud y, al mismo tiempo, participaros cuánta alegría me embargó tan pronto como corrió la voz de que habíais fijado domicilio estable en la misma ciudad de mi futura Sede. Hombres muy beneméritos de la juventud, seguid haciendo lo que hacéis, me alegro de que os dediquéis por completo al cuidado y educación de los niños que más necesitan de vuestro auxilio, a ejemplo de aquel dulcísimo Santo bajo cuyas banderas os habéis alistado; el cual recorría toda suerte de subidas y bajadas y angosturas de los montes y allí, con la incomparable dulzura de su palabra, instruía a los niños que, en tropel, acudían a él, los apartaba de la peste de Calvino **[823]** y, de manera admirable, los ganaba para Cristo. Sed, pues, esforzados y tened por seguro que siempre me tendréis a vuestro lado y cualquier cuidado y ayuda, que con el favor de Dios prestéis a la juventud de esta Diócesis, consideraré haberlo hecho a mí mismo.

25 de marzo de 1885

85

Relación de don Miguel Rúa sobre el caso de Catania

Mientras me encuentro aquí en Sicilia, leo en los diarios algunas noticias sobre las hermanas salesianas de María Auxiliadora y la joven Agueda Spanò.

Como Procurador General de la Sociedad Salesiana, me encuentro en condiciones de dar una explicación clara de los hechos que fueron el tema de tales noticias.

Para evitar cualquier falsa interpretación que hayan podido dejar, considero un deber dar una explicación pública.

La joven Agueda Spanò, de Catania, hizo apremiantes instancias durante el año 1881 para ser admitida entre las Hermanas Salesianas de María Auxiliadora. Después de repetidas peticiones, fue admitida.

Las condiciones de aceptación exigieron un equipo suficiente, una pensión de treinta liras mensuales durante el tiempo de prueba y, después, una dote no inferior a las mil liras.

Pero, en razón de la situación económica de la joven Spanò, se tuvo con ella la especial atención de aceptarla con un pobre equipo del todo insuficiente y con la escasa cantidad de trescientas dos liras, que servirían para pagar el viaje hasta la Casa Madre de Nizza Monferrato (Piamonte) y para la pensión, si sobraba algo. Sin detenerse en el Asilo Carcaci de Catania, la joven Spanò fue el día 15 de marzo de 1882 a la casa de las hermanas, en Bronte, donde entregó doscientas noventa y dos liras con veinticinco céntimos, por haber tenido que gastar el resto en el viaje.

Estuvo más de cuatro meses en Bronte. La mayor parte de este tiempo lo empleó en seguir bordando un pañuelo de linón, que había llevado consigo sin acabar y afirmaba ofrecer a la Virgen.

Como postulante, no podía continuar más tiempo en Bronte, sino que debía trasladarse a la Casa Madre de Nizza Monferrato.

Al anunciárselo unos días antes, la joven rompió a llorar.

Preguntáronle el porqué y respondió que no era verdad que la quisieran llevar a Nizza, sino a Catania para devolverla después a su familia.

[824] Aseguráronle repetidas veces que, en verdad, se la iba a llevar a la Casa Madre, pero nadie logró convencerla. No se serenó hasta dejar Catania a sus espaldas y tener la seguridad de que no sería expulsada de la Congregación.

Al llegar a la Casa Madre de Nizza, la buenas hermanas la trataron con toda la caridad y atenciones, que se suelen prodigar a las postulantas, pero, desgraciadamente, no tardó muchos meses en manifestar claros indicios de enajenación mental.

La llevaron a Turín, donde permaneció algunos días en casa de las Hermanas, con la esperanza de que el cambio de aire y el saber de los médicos pudieran ser útiles para su salud. Pero, al ponerse furiosa, fue menester poner a su lado una mujer fuerte y robusta para impedir que causase ningún daño a sí misma o a los demás; y se acudió al mismo tiempo a la Dirección del R. Manicomio para que le pusieran la camisa de fuerza. Mientras tanto, con muchas molestias y sacrificios, se hicieron los trámites necesarios con la Dirección de Seguridad para internarla en el manicomio, donde, asistida con los más solícitos cuidados, pudo recobrar después de dos años el uso de la razón perdido y ser llevada a su patria chica.

Los malos tratos y las torturas, de las que fueron acusadas las Hermanas, no fueron más que la violencia que hubo que hacer y la mencionada camisa de fuerza, empleada para bien propio y de los demás. Por otra parte, al salir del manicomio, renovó las más encarecidas súplicas para ser admitida de nuevo en la Congregación, lo cual, ciertamente no habría hecho, si en ella hubiese recibido los malos tratos y las torturas dichas.

En cuanto al dinero que llevó consigo, fácil es comprender en qué se gastó, y si tiene derecho a reclamar nada.

Por otra parte, la cuestión económica ya se examinó por la autoridad civil competente, la cual hubo de reconocer la gran caridad y discreción con que fue tratada Agueda Spanò por las Hermanas Salesianas de María Auxiliadora.

No estará fuera de propósito recordar que la Spanò, antes de pedir la admisión en el Instituto de las Hermanas Salesianas de María Auxiliadora, ya había sido despedida de otro instituto de Catania por su mala conducta y por indicios de locura, de lo cual no se enteraron las Hermanas de María Auxiliadora hasta mucho después de su aceptación, a saber, cuando ya se encontraba en el manicomio. Esta circunstancia explica lo poco o nada que se extrañó su madre, cuando se le notificó que la hija había sido llevada al manicomio.

Dadas estas aclaraciones, desistimos de toda otra publicación sobre el particular,

dispuestos a presentar los documentos a las autoridades competentes si fuera necesario.

MIGUEL RUA, *Pbro.*
Procurador General
de la Sociedad Salesiana.

[825] **86**

Carta de don Francisco Dalmazzo a la condesa Mamiani

Ilustrísima Señora Condesa:

V. S. Ilma. me había dado su noble palabra de que, al agravarse la enfermedad de su Ilmo. señor marido, me *llamaría inmediatamente* para que pudiera recibir los últimos sacramentos. Para mi dolorosa sorpresa hube de convencerme de que, no sólo no sería llamado en los supremos instantes del ilustre enfermo, sino que, aun cuando yo hubiera ido espontáneamente, no habría sido admitido. En efecto, volví, pero, después de reiterados intentos, me fue negado el favor que imploraba; y eso, a pesar de que el boletín sanitario indicaba *lenta agonía.* Lo mucho que me apesadumbró este hecho y la gran responsabilidad que asume V. S. ante Dios y ante los hombres lo dejo a su consideración; y también el escándalo que puede seguirse, dado que ningún gran hombre de Estado, muerto de un decenio acá, quiso verse privado de los últimos auxilios religiosos. Y el hecho me parece más grave por cuanto me consta, de fuente segura, que el señor Conde exclamó en los instantes de mayor desconsuelo: *Si los médicos son incapaces de curarme, no me queda más que llamar a mi Cura párroco.*

Perdone la franqueza que me imponen mi ministerio sacerdotal y el aprecio en que tengo al ilustrísimo profesor, y porque estoy íntimamente convencido de hacerme intérprete de sus propios sentimientos. Quiera el Señor que mi palabra encuentre eco en el corazón de V. S. Ilma. y que todavía lleguemos a tiempo para proporcionarle los consuelos que sólo la religión santísima puede dar.

Con mis mayores saludos, tengo el honor de profesarme
De V. S. Ilma.,

Roma, 20 de mayo de 1885

Su seguro servidor,
FRANCISCO DALMAZZO, *Pbro.*

87

Proyecto de convenio aprobado por don Bosco para el Orfanato de Crosina-Sartori, en Trento

1. El Ayuntamiento de Trento, de acuerdo con la Congregación de Caridad, cede gratuitamente al sacerdote Juan Bosco el uso del palacio Crosina y Sartori, con sus anejos y todos los muebles y enseres interiores.

[826] 2. Para las huerfanitas, que actualmente ocupan la parte sur del palacio, el

Ayuntamiento proporcionará otra casa donde queden albergadas antes de la apertura del Hospicio.

3. Todas las reparaciones que, según el código civil, corresponden al propietario y las modificaciones y adaptaciones del edificio correrán a cargo del Ayuntamiento, quedando a cuenta del sacerdote Juan Bosco las pequeñas reparaciones y el encalado de las paredes interiores. Quedan también a cargo del Ayuntamiento todos los impuestos o contribuciones de cualquier género que sean.

4. Será deber del Director del Hospicio, cuantas veces advierta la necesidad de alguna de las reparaciones a cargo del Ayuntamiento, avisar prontamente al Señor Alcalde, el cual estará obligado a hacerlas ejecutar en el más breve plazo posible.

5. Se hará un inventario exacto de todos los muebles, utensilios, enseres y lencería existentes al presente en el Instituto, que el sacerdote Bosco deberá devolver al Ayuntamiento, si *quod Deus avertat* (Dios no lo quiera), tuviese que dejar el Hospicio; pero en el estado en que entonces se encuentren, sin obligación de sustituir por otros los que se hubieren gastado con el uso.

6. La Dirección y Administración interior del Instituto, la disciplina y el horario de las diversas ocupaciones quedarán confiados totalmente al sacerdote Juan Bosco y al director nombrado por éste.

7. Seguirán viviendo en el Instituto los huérfanos, que actualmente se encuentran, y estarán facultados el Ayuntamiento y la Congregación de Caridad para enviar otros en cualquier época del año, previo acuerdo con el Director del Instituto. El Ayuntamiento o la Congregación de Caridad entregarán una lira diaria por cada asilado.

8. Para que un muchacho sea aceptado en el Hospicio, tendrá que ser sano, robusto y bien acondicionado en su constitución física; no deberá pasar de los catorce años, ni tener menos de diez, y deberá presentar los certificados de nacimiento, bautismo, vacunación y de conducta anteriormente tenida, otorgada por el párroco. Se exceptúan los asilados actualmente, los cuales serán incorporados a los que, de ahora en adelante, se acepten o formarán grupo aparte, como mejor parezca al Director del Instituto.

9. Si alguno de los asilados, a cargo del Ayuntamiento o de la Congregación de Caridad, sufriera enfermedad contagiosa o crónica, tuviera conducta inmoral o, por cualquier otro motivo, resultara perjudicial para los compañeros, el Director informará al Alcalde y al señor Presidente de la Congregación de la necesidad de que salga del Hospicio y ellos le enviarán a otra parte en el más breve tiempo posible.

10. El sacerdote Bosco estará facultado para admitir en el mismo Instituto, además de los asilados a cargo del Ayuntamiento y de la Congregación **[827]** de Caridad, a otros muchachos que le fuesen recomendados por los padres o bienhechores y con las condiciones que estimase más convenientes.

11. El Director del Instituto tendrá plena facultad para dedicar a un arte u oficio o a los estudios a cualquiera de los muchachos asilados.

12. Todos los talleres y clases estarán dentro del Instituto y, por consiguiente, no se permitirá a ningún asilado seguir los estudios o el aprendizaje fuera del Instituto.

13. Los muchachos del Instituto vestirán, para salir, el uniforme actual, si así lo desean el Ayuntamiento o la Congregación de Caridad.

14. El régimen de comidas y el horario de clases y talleres será, poco más o menos, igual al de los alumnos internos del Oratorio de San Francisco de Sales en Turín.

15. Este convenio entrará en vigor el mismo día de la apertura del Instituto y

durará cinco años. Si, a los tres años, no hubiera intimación por ninguna de las partes, se considerará renovado el convenio por otro quinquenio.

16. Si el Ayuntamiento quisiese revocar para sí el uso del colegio, tendrá que dar aviso formal de ello a don Juan Bosco cuatro años antes y compensarle por los gastos que tuviese que hacer para el viaje del personal y transporte de los muebles de su pertenencia.

88 *(el original en castellano y, tal y como se presenta)*

Respuesta dictada por don Bosco a una petición para abrir una casa en Vigo

Señor D. Casimiro:

Recibimos su carta fechada el 19 del mes pasado, en que solicita los Salesianos para que pongamos allí un establecimiento de niños aprendiendo artes y oficios.

Ojalá pudieramos satisfacer sus deseos de V. y llenar las necesidades de tanta pobre juventud desamparada y menesterosa de cristiana educación.

Mas las muchas casas que tenemos en Italia, Francia y América y las recién establecidas en Utrera y Barcelona nos han agotado todo el personal disponible y no nos es posible atender por ahora á la solicitud de V., aunque deseamos extender el reino de Dios en las almas de muchos niños.

Ruegue, pues, para que Dios bendiga nuestra Congregación y nos mande personal en las casas de España, y entonces no será dificil el que pongamos raices en Vigo tambien.

[828] Aprovecho la ocasión para agradecerle à V. los obsequios à nuestro Padre Superior D. Juan Bosco y para encomendar en sus fervientes oraciones á su A. S. y Capellán.

Turín, 7 de enero de 1885.

ANTONIO RICARDI Pbro., Secretario.

89

Carta del Nuncio en España, Rampolla, a don Bosco

Rvmo. Señor:

Me anima a favorecer la instalación de un Instituto Salesiano en esta Capital, para la corrección de la juventud pobre y abandonada, el sincero aprecio y particular benevolencia que profeso a la Congregación que usted tan dignamente preside. Me es, por tanto, grato renovar la manifestación de estos sentimientos de mi alma, al contestar a su apreciadísima carta del día cinco de los corrientes. Y como, por la comunicación hecha al señor Silvela, advierto con gusto el armónico acuerdo de los deseos de esta Comisión de Patronato con las sabias normas directivas a las que se ajusta la benemérita Congregación Salesiana, abrigo la confianza de que ésta pueda en breve extender el campo de sus obras a Madrid. Por mi parte, le repito gustoso lo

que tuve ocasión de manifestar al padre Branda, es decir, que siempre me encontrarán dispuesto a prestarme, hasta donde pueda, al buen resultado de la fundación propuesta.

Me encomiendo con confianza a las oraciones de V.S. y suplico al Señor bendiga a toda la Congregación Salesiana y colme de gracias y favores a su dignísimo Superior, mientras tengo el gusto de profesarme con los sentimientos de mi distinguido aprecio

Madrid, 11 de octubre de 1885

Su seguro servidor,
† M. *Arzobispo de Heraclea.*
Nuncio Apostólico

90 *(el original en castellano, tal y como se presenta)*

Carta del ministro Silvela a don Bosco

Muy Sr. mío y respetable Amigo:

Recordará la visita que tuvimos el honor de hacerle el señor Lastres y yo cuando nos dirijiamos a Roma para representar al Gobierno de España en el Congreso penitenciario, reunido en Noviembre último. **[829]** Entonces, reiterando el ruego que habíamos hecho al Padre Branda, Director de los Talleres de Barcelona, suplicamos á Ud. encarecidamente nos prestara el auxilio de la Congregación Salesiana para nuestra Escuela Santa Rita, consagrada a la educación correccional de la juventud y para que pudiese juzgar por completo nuestro pensamiento les entregamos ejemplares del folleto impreso en francés, donde constan los antecedentes, la ley que autoriza nuestra Escuela de Santa Rita y nombre de los patronos fundadores.

Como le dijimos, tenemos terminados dos edificios de los que han de componer la Escuela y en los cuales hay capacidad suficiente para albergar por ahora 25 niños enviados por la Administración y 4 sometidos a corrección por acuerdo del padre o Jefe de la familia. La opinión pública y la Junta que tengo el honor de presidir apremia para que la Escuela se abra y sólo esperamos la contestación de Ud., asegurándole nos sería por todo estremo satisfactorio se resolviese a concedernos su ausilio y alguno de los hermanos Salesianos y, de acuerdo con el Padre Branda, convendríamos los detalles para poder inaugurar immediatamente nuestra Escuela.

Por lo dicho comprenderá lo urgente de su contestación, que le suplico a la mayor brevedad para dar cuenta a la Junta, en nombre de la cual, del Señor Lastres y en el mío le envío un respetuoso saludo á la vez que tributo de admiración, y sabe que puede ordenar cuanto guste á su atento S. S.

Madrid, 5 marzo de 1886.
Su casa. Calle de Almagro 28.

q. b. s. m.
MANUEL SILVELA.

91

Otra carta de monseñor Rampolla a don Bosco

Reverendísimo Señor:

Mucho me alegro de saber que ha venido usted a España, pues no dudo que, conociendo más de cerca la piedad y religiosidad de las poblaciones españolas, se animará cada vez más con el deseo de procurarles el grandísimo bien que ciertamente recibirían con la extensión y multiplicidad de casas salesianas. El egregio señor don Manuel Silvela no ha perdido la esperanza de lograr que usted acepte, para la Congregación que dignamente preside, la dirección del Instituto de beneficencia que se desea fundar en los aledaños de esta Capital y del que usted ya está informado; no obstante, habiendo venido ayer a la Nunciatura, me renovó el ruego de que facilitara la satisfacción de su **[830]** deseo; y yo, por adherirme a tan respetable instancia, no puedo dejar de repetirle que hago votos para que se encuentre en condiciones de poner a su benemérita Congregación a la cabeza de un Instituto tan benéfico e importante. Dicho señor me ha confirmado que la Comisión iniciadora del conocido proyecto está dispuesta a hacer cuanto sea necesario para llevarla a cabo, de acuerdo con las normas y constituciones del Instituto Salesiano. En vista de esta afirmación, me es grato esperar que no esté lejos el día en que los beneméritos salesianos puedan extender sus cuidados en favor de la juventud pobre y abandonada de esta Capital y con esta esperanza le renuevo los sentimientos de la distinguida estimación con que me profeso.

Madrid, 17 de abril de 1885

Su atento y seguro servidor,
† M. *Arzobispo de Heraclea*
Nuncio Apostólico

92

Convenio entre la Excelentísima Comisión de Madrid y el sacerdote Juan Bosco para la fundación de un hospicio para muchachos pobres y abandonados

Con el caritativo fin de socorrer a la juventud pobre y abandonada de la ciudad de Madrid, se conviene entre la Exma. Comisión gubernativa y el sacerdote Juan Bosco, Fundador y Rector de la Pía Sociedad de San FRANCISCO DE SALES, cuanto sigue:

1.º La Comisión cede gratuitamente al sacerdote JUAN BOSCO el uso del edificio para el fin propuesto con sus dependencias y todos los muebles y enseres necesarios.

2.º Se abrirá el Instituto internado para muchachos huérfanos o abandonados por sus padres, pero que no hayan sido condenados por faltas cometidas.

3.º Todas las reparaciones que, según el código civil, corresponden al propietario, las modificaciones y adaptaciones del edificio correrán a cargo de la Comisión, quedando a cargo del sacerdote Juan Bosco las pequeñas reparaciones. Estarán también a

cuenta de la Comisión todos los impuestos y contribuciones de cualquier género que sean.

4.º Cuidará el Director del Centro, siempre que advierta la necesidad de muebles, enseres o de alguna de las reparaciones a cargo de la Comisión, de avisar enseguida al señor Presidente, el cual tendrá el deber de realizarlas en el más breve plazo posible.

[831] 5.º Se hará un inventario exacto de todos los muebles, enseres y objetos existentes en el Instituto, que el sacerdote Bosco deberá devolver, cuando tuviese que abandonar el Hospicio; pero en el estado y condición en que entonces se encuentren, sin obligación de sustituir por otros los que hubiesen quedado inservibles con el uso.

6.º La Dirección y Administración interior del Instituto, la disciplina y el horario de las diversas ocupaciones estarán totalmente confiados al sacerdote Juan Bosco y al Director por él nombrado.

7.º La Comisión abonará ...céntimos diarios por cada uno de sus recomendados y entregará anualmente la cantidad de ... liras para el director, maestros, asistentes y personas de servicio etc.

8.º Para que un muchacho sea aceptado en el Hospicio deberá ser sano, robusto y de constitución física bien acondicionada, con no más de catorce años y no menos de nueve. Tendrá que presentar los certificados de nacimiento y bautismo, de vacunación y de la conducta tenida anteriormente, otorgada por el párroco,

9.º El sacerdote Juan Bosco estará facultado para admitir en el mismo Instituto, además de los asilados a cargo de la E. Comisión a otros muchachos que le fueran recomendados por los padres o bienhechores y con las condiciones que juzgare más convenientes.

10.º El Director del Instituto tendrá facultad para dedicar a un arte u oficio o a los estudios a cualquiera de los muchachos asilados.

11.º Todos los talleres y clases estarán dentro del Instituto y, por consiguiente, no se permitirá a ningún asilado seguir los estudios o el aprendizaje fuera del Instituto.

12.º La Comisión ayudará, con todos los medios que le fuere posible al Director, para que no falte a los asilados el trabajo en que ocuparse y aprender de este modo un oficio para ganarse honradamente el sustento.

13.º El régimen de comidas, el reglamento y el horario de clases y talleres serán poco más o menos igual al de los alumnos internos del Oratorio de San FRANCISCO DE SALES en TURIN, a salvo los cuidados pedidos por la diversidad de clima y costumbres.

14.º Este convenio entrará en vigor el mismo día de la apertura del Instituto y durará cinco años. Si, a los tres años, no hubiera intimación por ninguna de las partes, se considerará renovado el Convenio por otro quinquenio.

15.º Si, más adelante, quisiese la Comisión revocar para sí el uso del edificio, tendrá que dar aviso formal de ello al sacerdote don Juan Bosco cuatro años antes y compensarle por los gastos que tuviese que hacer para el viaje del personal y transporte de los muebles de su pertenencia.

[832] 93

Tercera carta de monseñor Rampolla a don Bosco

Muy apreciado Señor:

Le doy cordiales gracias por la atenta felicitación que tuvo a bien dirigirme también este año con ocasión de las santas fiestas de Navidad y, correspondiendo a la misma, le deseo de Dios toda suerte de gracias y satisfacciones. Extiendo también mis augurios a toda la Congregación que usted preside, pidiendo al Señor que multiplique sus miembros y bendiga su trabajo en favor de la juventud, tan necesitada en nuestros días de una buena educación. El interés que tengo por España y la experiencia del gran bien que en ella realizan los Salesianos, tanto en Barcelona como en Utrera, me hace desear de una manera especial que su Congregación pueda extenderse hasta esta capital; no sé decirle por qué motivo no se haya dado adecuada respuesta a la comunicación con que usted remitió al senador Silvela el proyecto de contrato que se le pidió; creo que, uno de estos días, tendré ocasión de ponerme al habla con algún miembro de la familia del dicho indicado señor, y esté usted seguro de que no dejaré escapar la ocasión de confirmar mi personal benevolencia hacia la Congregación Salesiana.

Encomendándome, mientras tanto, a sus oraciones y a las de sus numerosos y dignos hijos, le renuevo el testimonio de afectuoso aprecio con que tengo la satisfacción de repetirme

Madrid, 5 de enero de 1887

Afmo. servidor,
† M. *Arzobispo de Heraclea*
Nuncio Apostólico

94

Carta de don José Lazzero a Monseñor Cagliero

Muy apreciado Monseñor:

Nuestro amado Padre don Bosco, con el fin de tomar las medidas para tutelar la situación de sus hijos, me encarga te notifique que, en el caso de algún vejamen por parte de las Autoridades del Estado contra las Congregaciones religiosas, entre las que estuviésemos nosotros incluidos, exhortes al Superior local de ahí a presentarse a las Autoridades competentes, al Cónsul italiano, etc., para exponer y hacer valer las siguientes razones.

1.º Se pone de relieve en nuestras mismas constituciones, que nosotros no debemos ser considerados como una Congregación religiosa, sino como una sociedad civil; **[833]** en efecto, somos propietarios individualmente, etc. y reconocidos como tales en Italia, Francia y España.

2.º Vivimos en nuestra casa; por consiguiente, gozamos de todos los derechos concedidos a los demás ciudadanos libres, aunque sean forasteros.

3.º Además, hemos ido a Amérca con el encargo particular de instruir y educar a

los italianos, según se concertó con el ministerio del Reino de Italia, del que formaban parte Crispi, Lanza y Depretis.

A ésta pueden añadirse todas las demás razones que puedan tener fuerza local.

Te adjunto copia de la carta dirigida a don Bosco por el mismo Mancini, cuyo original guardamos en nuestro archivo. Observa que en ella no hay límite y habla de América del Sur, de modo que dichas observaciones valen para Argentina, Uruguay, Brasil, etc.

Se envió directamente a don Luis Lasagna una copia de la presente, unida a la de Mancini.

Por ahora, nada más de particular. Esperamos recibir dentro de pocos días noticias de vuestra feliz llegada, sanos y salvos.

Todos los que me encuentran, me piden noticias de monseñor Cagliero y me encargan enviarte sus saludos y yo acepto muy gustoso el honroso encargo.

Pido tu pastoral y episcopal bendición para Papá, para mí y para toda esta casa. Beso espiritualmente tu sagrado anillo y me profeso

Turín, 10 de marzo de 1885

Afmo. en J. y M.,
JOSÉ LAZZERO, *Pbro.*

95

Carta de monseñor Cagliero a León XIII en su día onomástico

Beatísimo Padre:

El día dieciséis de agosto, dedicado al glorioso patriarca San Joaquín y día onomástico de V. S., fue una fecha de santos recuerdos y de júbilo extraordinario para nosotros los misioneros salesianos de Patagonia. Unidos con la mente y el corazón a todos vuestros hijos del orbe Católico, hemos celebrado también nosotros este día solemne a orillas del Río Negro. Nuestros buenos neófitos han rogado con nosotros al gran Padre que está en los Cielos, para que bendiga y guarde *ad multos annos* al gran Padre y pastor que nos ha dado aquí abajo en la tierra.

Y le hemos pedido mucho que consuele y aliente a V. S. en las presentes tribulaciones y apremiantes necesidades de la Iglesia.

[834] A primeros del pasado julio, después de superar no pequeñas dificultades, llegaba hasta mis salesianos en este inmenso campo evangélico.

Uno de mis primeros cuidados fue buscar, en este vastísimo desierto, una hermosa flor para ofrecérsela como prenda de nuestro inmutable afecto y profunda gratitud, a Vuestra Santidad. Y la divina Providencia me presentaba esta flor precisamente en su día onomástico, en el cual tuve la satisfacción de dar la vida de la gracia, con las aguas del Santo Bautismo al hijo de Likuful, príncipe de los Caciques de Angol.

Tiene veinte años de edad, y Jesús añadió a sus buenas prendas naturales las inefables bellezas de la gracia.

Y vestido así, de gracia y de inocencia, lo ofrecía a V. S., Beatísimo Padre, con el glorioso nombre de Joaquín Francisco Likuful.

Recibid, pues, Beatísimo Padre, esta primera azucena recogida en el vastísimo

Vicariato, que V. S. se ha dignado confiarme y bendecid a este hijo del desierto, convertido en hijo de la gracia y de V. Santidad.

Dignaos, Beatísimo Padre, bendecir a nuestra misión, a nuestros neófitos y a mis hermanos salesianos, sacerdotes, clérigos y catequistas y a las Hermanas de María Auxiliadora, que han ofrecido a María Inmaculada un hermoso y nutrido grupo de jovencitas.

Bendecid, por fin, a Patagonia y a su primer Vicario Apostólico, que, postrado ante Vos, besa el sagrado pie y se profesa

De V. S.

Carmen de Patagones, 27 de agosto de 1885

Afmo. y sumiso hijo,
† JUAN, *Obispo de Mágida*
Vicario Apostólico

96

Carta de monseñor Cagliero a don Bosco

Reverendísimo y amadísimo Padre en J. C.:

Acabo de llegar de mi primera excursión apostólica por las orillas derecha e izquierda del Río Negro. Hemos visitado diez estaciones, llegando hasta Conesa y pasando a la vuelta por Pringles.

Mi ejército se componía de un ayudante de campo, don Domingo Milanesio, de Zanchetta, un coadjutor de la casa, un soldado de escolta y doce caballos.

Mi uniforme era: botas hasta la rodilla, pantalones, sotana, cruz pectoral, faja y el famoso *poncho,* o capote negro, que me defendía del polvo, del viento y de la lluvia.

Comíamos lo que encontrábamos, cuando lo encontrábamos, y donde no podíamos encontrar nada, estábamos a merced de la Providencia. Y me vinieron de perlas **[835]** los recuerdos de las excursiones que V. P. nos acostumbró a hacer desde *I Becchi* a la ventura por las colinas del Monferrato.

Y la Providencia, como entonces, se portó también ahora como verdadera madre. No nos faltó nada: el agua del Río Negro, que corre abundantísima, es dulce, suave y refrigerante, máxime cuando uno está cansado, agotado y con la garganta llena de polvo.

Pienso poder escribir a don Julio Barberis las dificultades, bellezas y curiosidades de esta primera visita pastoral para temas de estudio, puntos de meditación y normas de sus novicios, los futuros apóstoles.

El viaje duró un mes sobre una extensión de cuarenta leguas, o sea doscientos kilómetros, como de Turín a Génova. Eso, sin contar el ir y venir de un *rancho* a otro, cabañas o colonias. A la vuelta devorábamos, a caballo de fuertes corceles, hasta sesenta kilómetros de un tirón. Y don Domingo Milanesio aguantó cien a continuo galope.

Me hospedé en casa de muchas familias de indios; hemos bautizado a sesenta y catequizado y confirmado a muchos más. ¡He logrado repartir doscientas comuniones! Cosa *rara* hasta ahora, pero que será más frecuente en el porvenir. En el pasado, sólo se hacían estas excursiones para bautizar y confirmar. Y vi la necesidad de

alimentar a estos bautizados y confirmados, si se quiere salvar sus almas. ¡Hubo muchas primeras comuniones de niños y niñas de cincuenta, sesenta y setenta años! Eran almas inocentes recién bautizadas y confirmadas. El sacramento del Matrimonio echaba las bases de una familia cristiana más y una *choza* menos de salvajes.

Todas estas satisfacciones compensan con creces nuestros sudores, fatigas, cansancios, incertidumbres e incomodidades sin cuento. He apresurado la vuelta para bendecir la iglesia de Viedma reconstruida y restaurada con primor. Verdad es que nos cuesta un ojo de la cara y hemos contraído una deuda con el Banco; pero era indispensable para el bien y el honor de la misión y de la Congregación.

Después de Navidad, iré a Buenos Aires y a Montevideo para los santos ejercicios. Tengo buenas noticias de Colón, no tanto de Brasil, y menos de Buenos Aires. Pero el Señor y María Auxiliadora nos ayudarán. Don Antonio Paseri desde el cielo defenderá nuestra causa ante la Divina Misericordia. El personal que tengo conmigo es bueno y también bueno para p...o...c...o. En la próxima excursión, que hará don José Fagnano a la Tierra del Fuego, le daré a don Evasio Rabagliati por compañero.

Don Angel Savio partió para Río Santa Cruz y don José María Beauvoir no pudo acompañarlo porque el gobierno piensa en la persecución y no en la religión. Note que don Angel Savio fue aceptado como agrónomo. Así que estoy sobre ascuas y aprovecharé el primer barco que salga para aquella región.

Nos acercamos a una época crítica ¡la de la elección del nuevo Presidente! ¡Muchos pierden el dinero, otros la razón y muchos han perdido ya la vida! ¡Me parece que habrá otra vez una lucha **[836]** cruenta! ¡¡¡Y están en el poder el arbitrio, el despotismo, el latrocinio, la impiedad y el asesinato!!!

¡Y eso en Chile, en Perú, en Buenos Aires y en Montevideo! ¡Los tiranos de Siracusa tienen aquí a sus condignos hermanos!

Aquí, en Carmen de Patagones, estamos en manos de la Providencia y con temor. En una visita, que hice al Gobernador, me habló claro de sus propósitos, que son apoderarse por la fuerza del territorio de la Provincia y hacer de Patagones y Viedma una sola Capital.

La prensa diaria nos insulta y él deja que se nos insulte. La política lo ciega, puesto que él pertenece al partido adverso a la religión. ¡Me recibe bien y dice que sí a todas mis propuestas; pero, después, no sé si, en fin de cuentas, saldré ganancioso! ¡Que Dios nos dé suerte!

El espíritu de las dos poblaciones va despertando poco a poco y adelantando en el bien, y ése es el motivo de la rabia de Satanás y de sus secuaces.

Ruegue por nosotros y por nuestras misiones y para que Dios me dé las luces oportunas y las necesarias virtudes para mi nuevo estado y situación. Don Remotti, Piccono, Pestarino y el clérigo Dallera del Sud; don Fagnano, Riccardi, Fassio, Daniele y el clérigo Stefenelli; don Milanesio y Panaro y Zanchetta y coadjutores y hermanas y niños y niñas le piden conmigo la Santa Bendición.

Patagones, 12 de diciembre de 1885

Afmo. hijo en J. C.,
† JUAN, *Obispo de Mágida*

97

Carta de monseñor Cagliero a don José Lazzero

Mi querido Lazzero:

Si llego a Papa, te haré Cardenal, aunque no sea más que por la puntualidad, rapidez, sinceridad y generosidad con que me pones al corriente de las cosas del Oratorio y de la Congregación. Tus cartas son tema de las Conferencias que tenemos todos los jueves.

Don Riccardi escribe por mí una carta a nuestro querido padre y yo le escribo otra por cuenta de monseñor Cagliero; y son nuestras cosas de familia. Por unas y por otras te enterarás de todo lo que hay que saber.

Da las gracias a Dogliani por su bonita carta y dile que la misa de Santa Cecilia, entregada a Buzzetti en propiedad, se ejecute, si es posible, como la de Haydn con acompañamiento de algunos instrumentos de cuerda y dedicada, **[837]** si os parece bien, a Su E. Rvma. el Cardenal. El autor no tiene que llevar más título que éste: J. Cagliero; y tú quedas nombrado ejecutor testamentario.

Dentro de poco, enviaré otra bonita misa fúnebre ferial para los muchachos de nuestros colegios, con bajo y tenor *ad libitum.* Y está compuesta según el género actualmente pedido por la Sagrada Congregación de Ritos.

Y sólo para que conste que el antiguo valor musical todavía no ha muerto y también para proporcionar a este mi Vicariato su repertorio.

Tan pronto como veas al *nuevo personajillo* (don Francisco Cerruti), llegado de Alassio para ocupar el sitial capitular de Turín, salúdale muy afectuosamente de mi parte y dile me perdone si, por falta de tiempo y de lugar, no he podido asistir a su recibimiento.

Salúdame al nuevo Prefecto de Turín, esto es, de la Congregación, don Celestino Durando y dile que me *encomiendo* a él por caridad; si hubiese heredado la caja de caudales, dile que soy pariente de Crispín [1]. Saluda y da las gracias a don Antonio Sala por su hermosa carta y su magnífico proyecto, *maternal.*

A don Juan Bonetti, don Juan Bautista Lemoyne y don Juan Bautista Francesia y al Vicario I preséntales mis saludos y diles que yo soy el Vicario I de Patagonia y el segundo de la Congregación.

Saluda a los alumnos que han comulgado por mí y a Suttil, a Pelazza, a Grasso y a Buzzetti.

Salúdame a las *magnas* [2] y a las hermanas y que recen por mí.

Patagones, 12 de diciembre de 1885

Afmo.,
† JUAN, *Obispo*

---

[1] Esto es, que estoy sin blanca, como el Crispín del divertido melodrama *Crispino e la Comare* (Crispín y la Comadre) de los hermanos Ricci, napolitanos.

[2] Lo mismo que en el Oratorio se llamaba *barbas* a los fámulos, así en las Hermanas se llamaba *magnas* (tías) a algunas señoras que convivían con ellas, no como sirvientas, sino como personas de la casa.

98

Carta de don José Vespignani a don Bosco acerca de las casas de Buenos Aires en 1885

Muy reverendo y venerando Padre:

¡Qué gusto poder empezar el año, escribiendo a nuestro carísimo Padre! Verdad es que las felicitaciones no llegan a tiempo, pero llegarán nuestras noticias para hacer más espléndida a su corazón de padre **[838]** la fiesta de san Francisco de Sales. Hemos llegado, gracias a Dios, al fin del curso escolar, que fue muy satisfactorio por la piedad y por la conducta de los muchachos. Su número aumentó mucho este año, lo mismo en este colegio que en los otros colegios y oratorios de la ciudad. El número de nuestros alumnos llegó a ciento noventa internos, entre aprendices y estudiantes, y setenta externos, la mayoría de los cuales está con nosotros desde la mañana hasta el anochecer. ¡Cuántas *primeras Comuniones* ha habido sólo aquí! Leo en el registro, expresamente destinado a ello, que se prepararon: para la fiesta de san José (la primera del curso aquí entre nosotros), trece primeras comuniones; para Pascua, veinticinco; para Pentecostés, catorce. En la fiesta de María Auxilidora, en la iglesia a Ella dedicada y por mano de monseñor Cagliero como conclusión de los ejercicios espirituales, treinta y dos; en la fiesta de la Asunción de María y *cumpleaños* de nuestro venerado padre don Bosco, treinta y cinco primeras comuniones; para san Carlos, titular de la Parroquia y con ocasión del tercer Centenario de la vocación de san Luis (dos de noviembre), veinticuatro. En la conclusión del mes de María, fiesta de la Inmaculada Concepción, veintinueve comuniones. En la noche de Navidad, ocho. Total de primeras comuniones entre estudiantes, aprendices y externos: ciento ochenta, además de otras, que, por motivos especiales, se hicieron aisladamente. El Señor nos ha hecho conocer este año la importancia de la primera comunión hecha en el colegio y, por eso, nos hemos esmerado todo lo posible para que no pase por el Colegio ningún muchacho sin recibir este divino Sacramento. Atribuimos a este feliz éxito de nuestra misión catequística el hecho excepcional de este curso, a saber, el no haber tenido que expulsar del colegio a ninguno, por faltas graves de irreligiosidad e inmoralidad, mientras que, otros cursos, nos vimos obligados a castigar con la expulsión hasta catorce en un solo mes, cuya conducta inmoral podía ser contagiosa e incorregible. Bendito sea por ello el Señor, que nos dio, este curso, una lección de pedagogía tan hermosa y elocuente.

Resultados parecidos se han obtenido en la Boca, donde acuden al Oratorio festivo unos doscientos muchachos; casi otros tantos van al de Santa Catalina, aún en sus comienzos, y más todavía a la Capilla Italiana, donde por cierto hay mayor número de primeras comuniones no sólo en las fiestas principales, sino casi todos los domingos. Podemos, pues, decir que, durante este curso, tuvimos constantemente un millar de jovencitos bajo nuestra dirección espiritual, que se educan según los principios de la santa Religión, santifican la fiestas y reciben con regularidad los santos sacramentos. Pero casi me atrevo a decir que los esfuerzos de los Salesianos son superados aquí, por la actividad con que trabajan las Hijas de María Auxiliadora, que son también dignas hijas espirituales de don Bosco.

Fui enviado por nuestro Superior a las casas de las Hermanas, para asistir a los exámenes, y quedé admirado al ver cómo el sexo débil nos gana en valor y alcanza

contra el demonio **[839]** triunfos mayores que los nuestros. Pienso que nuestro reverendo señor Inspector me envió adrede a sus casas para que refiriese a los hermanos el bien que vi hacer en ellas y así nos animáramos a hacer otro tanto con nuestros muchachos. Vi un grupo de muchachitas que saben el catecismo a la perfección, se glorían de llevar públicamente la medalla de *hijas de María,* ciento veinte en Morón, más de ciento en San Isidro, doscientas veinticinco en la Boca, y más de ciento en Almagro, sin contar nada más que las que frecuentan normalmente las escuelas. Para saber las que acuden al Oratorio festivo, hay que duplicar el número; en efecto, en la Boca se han visto algunos domingos hasta cuatrocientas y en Almagro, trescientas. Tenemos, pues, dos mil almas de ambos sexos (en Buenos Aires y alrededores), que son atendidas por los hijos e hijas de don Bosco. Los medios para fomentar la piedad son siempre los mismos que hemos aprendido de su paternidad, esto es, las Compañías de San Luis, Santísimo Sacramento, San José, Inmaculada Concepción y Angel Custodio para los pequeñitos; con la actuación ordinaria de estas asociaciones se ve florecer la frecuencia de los santos sacramentos, se logra una instrucción religiosa más cuidadosa por medio de conferencias y se consigue formar muchos celadores, custodios de la moralidad entre los mismos muchachos.

Entre las alumnas internas y externas de las Hermanas, se ve también un fervor admirable, promovido por la Asociación de las *Hijas de María,* que ofrecen un verdadero espectáculo en la Boca, en Almagro, en San Isidro, en Morón, y en otras casas de Hermanas Argentinas dirigidas por nosotros.

Alégrese, pues, don Bosco, ya que el Señor bendice a los Salesianos también aquí en estas lejanas regiones y nuestros pobres trabajos se ven coronados por un éxito que supera nuestras esperanzas. ¡Qué gusto se experimenta al trabajar por el Señor con una pobre juventud que corresponde tan bien y según el espíritu salesiano, que ofrece medios tan seguros y tan variados para hacer el bien a las almas! Me ha cabido en suerte la inmensa gracia de asistir hasta el último instante a nuestro llorado Paseri y soy testigo de una gran verdad, esto es, que una muerte dulcísima corona la vida de un buen Salesiano, que se sacrifica en favor de los niños pobres y abandonados. Esperamos que el ejemplo de este verdadero misionero será imitado por muchos de nosotros y que, por lo tanto, veremos florecer muchos y abundantes frutos en el campo salesiano.

No quiero dejar de relatar un acontecimiento que ha venido a coronar el curso escolar y que le agradará. Es el bautismo solemne de tres jóvenes ya creciditos, que nos envió la divina Providencia en estos dos últimos meses del curso y que van acompañados de circunstancias consoladoras y extraordinarias. El primero era de Santa Catalina, y lo llamamos todavía «el niño del padre Paseri», porque nos lo trajo él. Aquel buen salesiano se dio cuenta, apenas llegó a Santa Catalina, de que uno de sus alumnos llamado Aníbal Porcel, por negligencia de **[840]** su padres (o, más bien, impiedad del padre) no estaba todavía bautizado, a pesar de tener ya doce años y tener extraordinaria inteligencia y buenas cualidades morales. Se informó de la condición de la familia y sacó en conclusión que no se podía educar cristianamente a aquel jovencito, si no se le admitía como interno *gratuito* aquí en San Carlos. Fue admitido por nuestro Superior y la madre del jovencito colaboró al éxito de esta iniciativa. Don Antonio Paseri ya lo había instruido, aquí en el Colegio reformó más sus costumbres y moderó algo su desenfrenada vivacidad, para que comprendiera lo que se tenía que realizar en él; puede decirse que, hasta la hora de su agonía, el buen padre Paseri le fue preparando y se fijó la ceremonia del Bautismo para el día de san Martín. Se invitó para las tres de la tarde a los padrinos, que fueron los esposos *Paglieri,* padres

de uno de nuestro clérigos. ¿Quién hubiera pronosticado que, a la misma hora de las tres y media, cuando este jovencito *Martín Aníbal* nacía a la *gracia del Bautismo,* su catequista Paseri nacía, como esperamos, para la *gloria,* expirando a la misma hora? Nadie podía imaginar semejante coincidencia; por eso, fue para todos una admirable y dulce sorpresa al ver cumplirse aquello del *Animam salvasti, animam tuam praedestinasti.* Martín se hizo bueno, diligente y piadoso; se confesó e hizo la primera Comunión con gran transporte de devoción en la *Nochebuena;* sólo con tres meses de estudio, ganó dos premios en los exámenes y esperamos que, al comenzar el curso escolar, su padre lo dejará volver, pues también él parece reconocer el saludable efecto de los santos sacramentos en su hijo.

María Santísima nos preparaba otra admirable coincidencia para el quinto día de su mes, como para distraernos de la aflicción que nos causó la inesperada muerte del padre Paseri; porque, en el momento en que él expiraba, se presentó un joven que se decía protestante, acompañado por su padre, que quería aprender el oficio de encuadernador y conocer la religión católica. La sencillez del joven y la franqueza con que nos aseguró que sentía estímulos interiores, que lo movían hacia nuestra santa religión, nos hicieron pasar por alto sus dieciocho años de edad y otras pequeñas condiciones del programa del Colegio. Al principio se notaba en él mucha frialdad para decidirse, aunque se veía que hablaba sinceramente y deseaba instruirse; no faltaba nunca a los sermones del mes de María; durante el recreo de después de la comida, paseaba con un clérigo y se hacía explicar la religión; incluso, mientras trabajaba en el taller, pedía a los más pequeños explicación de alguna verdad o ceremonia religiosa. Mientras tanto, llegamos a descubrir algún enredo o estafa por parte de los presuntos protestantes. Supimos que el joven y toda su familia, de catorce personas, eran judíos de pura cepa; que el padre, que había educado al joven, era al mismo tiempo *Rabino* en su casa y con los judíos, y protestante (por lo menos en apariencia) en el templo público de los protestantes suizo-alemanes, que éstos **[841]** tienen en Buenos Aires. Este singular Ministro lee el Evangelio públicamente, sabe latín y hebreo y explica en alemán su hipócrita elocuencia, para embaucar a los pobres papanatas judíos y protestantes. Y no es eso todo, pues al examinar las creencias de su primer discípulo, el hijo, hemos encontrado que le enseñaba a dudar de todo, a negar la vida futura, la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo y así sucesivamente, de modo que los supuestos protestantes y judíos eran en realidad verdaderos ateos y materialistas, reconocidos, a pesar de todo, como maestros de la sinagoga y de la reforma. Nos contó el joven la bonita manera de bautizar que tienen. Se prepara lujosamente la cuna del niño y se juntan todos los parientes; después, el más respetable de éstos levanta tres veces en sus brazos al niño, llamándolo con el nombre que quiere ponerle y repitiéndolo todos los asistentes; después de esto, esparce algunas nueces o avellanas por la habitación y la función queda concluida. Nuestro Adolfo aseguraba que había visto bautizar (así llama él esta insulsa ceremonia) de esta manera a sus trece hermanos (dos de los cuales han muerto) y que, de esta misma manera, le habían dicho, había sido bautizado él mismo.

Habíamos fijado al catecúmeno dos meses para que se decidiera; pero, al término del primero, ya casi se sentía resuelto a ser católico; al principio de la Novena de Navidad, se presentó al Superior y le dijo que deseaba recibir el Bautismo en la noche de Navidad y, si era posible, deseaba hacer en aquella misma solemnidad la *primera comunión.* Fue examinado y se le encontró suficientemente instruido para este segundo Sacramento; se pidió al Exmo. señor Arzobispo la facultad para recibir la abjuración (dudándose todavía que fuese protestante no bien bautizado) y, en la noche de

Navidad, antes de la santa misa, ante una innumerable muchedumbre, nació a la gracia esta *segunda flor* plantada por María en nuestra casa durante su mes.

¡Qué cambio se efectuó entonces en el corazón de aquel judío-protestante! Decíame algunos días después del santo bautismo:

—Se extrañaban de que durante las primeras semanas fuese muy frío y titubeante, para el catolicismo: ¡si hubiesen visto cómo se encontraba entonces mi espíritu! Estaba oprimido por la más profunda tristeza y melancolía y cuando entraba en la iglesia me parecía ir a la muerte. Me encontraba entonces como en plena noche, encerrado en un cuarto obscuro; pero todo cambió, como cuando se enciende una luz o sale el sol; vino la alegría y la paz. Ahora sé que Jesús está en la iglesia, sé que lo recibo en la santa comunión; estoy en gracia de Dios y espero el Paraíso. No deseo más que hacer con mis pobres hermanos y con mi madre lo que los sacerdotes de este Colegio han hecho conmigo. Creo que si un sacerdote fuese alguna vez a mi casa y tratase de la religión, seguramente, al escucharlo mis hermanos y hermanas, alguno al menos se haría católico, **[842]** porque todos tienen gran deseo de saber cómo es la religión católica.

Efectivamente no hay sermón en *San Carlos,* al que no asista el padre de nuestro neófito, que dice de él:

—Se advierte la inquietud de su corazón, porque tiene gran deseo de oír hablar a algún sacerdote. Lo que más me impresionó es que, si hay un solo Dios, debe haber una sola verdad y una sola religión que nos haga *buenos y felices* eternamente.

No acabaría nunca , si quisiese referirle los buenos sentimientos de nuestro convertido; ya ha traído aquí alguna vez a un hermano suyo de doce años y espera convencerlo, lo mismo que a los otros doce miembros de su familia. Nosotros lo ayudaremos en esta saludable empresa con todo nuestro celo.

Me siento feliz al poder decirle, queridísimo y venerando Padre, que esta *flor de María* nos pareció tan hermosa que la quisimos ofrecer también a nuestro querido padre don Bosco y, por eso, el reverendo padre inspector, don Santiago Costamagna, puso al catecúmeno en el santo bautismo el nombre de *Juan* en recuerdo de usted. Este nombre será un indicio o señal de predilección de María Santísima Auxiliadora y una prenda de perseverancia y eterna salvación. Se nos llena el alma de satisfacción, al ver cómo el nombre de nuestro Padre común se reproduce en los varios países del mundo y suena ya a orillas del *Plata* y en las desiertas orillas del *Río Negro.* Acuérdese usted también de su *tocayo* (como dicen por aquí), impetrándole de Dios unas bendición que lo ayude a llevar dignamente su nombre Mientras tanto, pienso que, con la presente, recibirá usted una carta suya por la que conocerá sus sentimientos [1].

---

[1] El joven Bach escribió una carta a don Bosco desde el colegio Pío IX en Almagro. La transcribimos textualmente:

Al Reverendísimo padre don Juan Bosco.

Distinguido Padre mío:

Aunque no tenga el gusto de conocer a V. R., sin embargo le declaro la máxima satisfacción que tengo, por haber recibido aquí el santo bautismo y encontrarme en el colegio Pío IX, donde sigo recibiendo la educación que me confirme siempre más en la religión. Otro motivo tengo de gloriarme, porque he recibido el bautismo con el nombre de un Padre tan distinguido como es Vuestra Reverencia.

La tercera *florecilla* nacía también aquella noche de Navidad en la **[843]** iglesia de María Auxiliadora, donde se celebraban las sagradas funciones para nuestras Hermanas. Era una jovencita de trece a catorce años, no bautizada por perversidad de los padres y sustraída a su despiadada tutela por una Cooperadora salesiana, que la entregó a las Hijas de María Auxiliadora para que la educaran cristianamente.

Le diré de paso que no es ésta la primera Cooperadora salesiana que sabe arrancar de las garras de Satanás y de padres desnaturalizados e impíos a una tierna jovencita; ya han recibido otras las Hermanas de María Auxiliadora; y nosotros hemos admitido también a varios. Hace poco más de dos años, la señora Isabel Elerdondo, nobilísima matrona y madrina de la iglesia de María Auxiliadora, nos trajo un jovencito, que ella misma había liberado de los sufrimientos del cuerpo y de las miserias del espíritu, que le ocasionaba su inhumano padre. Este jovencito ya está bautizado y educado, es subjefe en nuestro taller de encuadernación y se porta muy bien; sabe perfectamente que debe la vida del alma y del cuerpo a esta Cooperadora, que fue verdaderamente su Angel Custodio y, todas las vacaciones suele dirigirse a su bienhechora, a quien respeta y quiere como a madre, pues no conoce otra en la tierra.

Volviendo, pues, a la afortunada niña, que simbolizó el nacimiento espiritual de Jesús entre nuestras hermanas, le notifico que se le impuso el nombre de *María* en recuerdo de sor María Mazzarello, que fue Superiora General de las Hermanas. El reverendo Inspector administró, pues, dos veces en ambas iglesias el sacramento del bautismo y los dos neófitos recibieron la santa comunión en la misma noche; se confesaron también para asegurar mejor las disposiciones necesarias para el bautismo y para recibir los consejos necesarios con que evitar el pecado.

Este es el ramillete de las tres hermosas flores, que hizo María Santísima que se abrieran en su mes, para depositarlas en la cuna del Niño Jesús recién nacido. Así fueron coronados los trabajos del curso escolar, y esperamos que sigan los frutos de bendición durante el nuevo curso recién comenzado.

Aquí tiene, pues, reverendo don Bosco, el aguinaldo que le ofrecemos para el nuevo año. Usted nos envió una hermosísima circular en la que nos nombraba a dos de sus lugartenientes, un Vicario en Turín y un Provicario en América, y, en esa circular, veíamos por vez primera el escudo de nuestra Pía Sociedad, ceñido con el epígrafe expresivo y característico que siempre leíamos sobre el dintel de la puerta de su cuarto: *Da mihi animas, caetera tolle.* No podemos, pues, dar a V. P. un gusto mayor que el de narrarle cómo la Divina Bondad nos ofreció los medios para salvar almas, especialmente de la juventud, a la que usted tanto quiere. Bendíganos, pues, y alcáncenos del Sagrado Corazón de Jesús y de María Auxiliadora la perseverancia en nuestra vocación y el celo necesario para cooperar con Ella a la salvación de las almas. **[844]** Le presento los saludos de mis Superiores y Hermanos, junto con las respetuosas y tiernas felicitaciones de nuestros novicios, estudiantes y aprendices, sobre los cuales invocamos una de esas patriarcales bendiciones, que los haga crecer

---

Ruegue usted por mí, para que corresponda a las gracias que Dios me ha hecho y lleve dignamente el nombre que me ha sido impuesto. No olvide tampoco a mis infelices Padres y a mis once hermanos que aún andan en la sombra del error. Bendiga, en fin, a su nuevo hijo que le ama tiernamente, y permita que, besándole la mano, me declare

D. S. P. Rvma. Obmo. hijo

Buenos Aires, 6 de enero de 1884 (sic)

ADOLFO JUAN BACH.

en número, piedad y bondad de todas maneras. Por último, beso su mano y tengo la dicha de profesarme de todo corazón,

De S. M. Rvda. Paternidad,

Día primero de 1886

Afmo. hijo en Jesús y María,
JOSE VESPIGNANI, *Salesiano*

P.D. He advertido un singular incidente, que le agradará mucho saber, en la conversión del joven, Adolfo Juan Bosco Bach. Le pregunté un día de dónde había sacado su primera idea del catolicismo y su primer estímulo para abrazar nuestra santa Religión; me contestó que había oído muchas discusiones en su casa, promovidas por su padre con algunos católicos y que, a veces, había estado hasta la una de la madrugada oyendo hablar a un católico. Le pregunté entonces:

—¿Pero, no ha visto nunca ningún libro de religión?

Y él, como recordando algo muy interesante, añadió:

—El único libro de religión que se ha visto en mi casa (además de la biblia *hebrea* y *protestante* de papá) es el *Joven Cristiano,* que un *amigo* mío, que había estado en este colegio de San Carlos, dejó olvidado.

—¿Pero ha leído usted ese libro?

—Sí, lo leí de cabo a rabo (dejando el latín, que no entendía, y las oraciones). En lo que más me fijé fue en las razones con que se demuestra que los judíos, mahometanos y protestantes no tienen la verdadera religión.

Y me recitó algunos trozos, que, a la par que demuestran la feliz memoria que posee este joven, atestiguan también el empeño con que leía y la ayuda de la gracia, que se servía de este libro, casualmente olvidado, para preparar la conversión de aquella alma. Después añadió:

—Recuerdo también los consejos que en él se dan a los jóvenes para evitar las malas lecturas, en particular el de echar al fuego los libros y hojas malas, porque más vale que arda ahora el libro que no el que vayan al infierno nuestras almas.

Me recitó otros puntos, que omito por brevedad.

Don Bosco, cuando nuestro reverendo padre Inspector pensó imponer el nombre de *Juan Bosco* a Adolfo Bach, él no sabía todavía este episodio; por eso, al enterarme de esta circunstancia, he alabado a Dios que providencialmente dispuso se pusiese al recién convertido el nombre de aquél, que, ¡por medio de *un libro,* el *Joven Cristiano,* llega a convertir judíos hasta en América!

Todos nuestros jóvenes se han convencido, al oír este hecho, de la preciosidad de este libro de oro y aprecian el *Joven Cristiano* **[845]** mucho más que antes. Quiera Dios que todos, jóvenes y adultos, católicos y herejes, conozcan el *tesoro,* que se esconde en ese librito.

Antes de terminar mi posdata, deseo darle a conocer quién era el amigo de nuestro Adolfo Bach, que, desgraciadamente (para él) olvidó el *Joven Cristiano.* Era un tal Víctor Braun (hijo también de alemanes y de padre judío, aunque hay quien piensa que es judaizante, por haberse hecho cristiano para casarse con una católica, que fue la madre de Víctor, también católico). Este Víctor, después de estar en una Academia militar (estudiando para artillero), se colocó al servicio de un naturalista protestante. Un día, tras una riña del amo, el joven irreflexivo y soberbio decidió suicidarse, diluyendo en un vaso de agua muchas cajitas de fósforos; lo bebió y, al momento, se sintió atacado de tales dolores, vómitos y espasmos que le parecía iba a reventar. Fue

llevado al hospital de San Luis, donde están las Hermanas del Huerto, a las que confesamos nosotros. Cuando fui allí para este ministerio, la Superiora me habló de dicho joven; me lo presentó, hablé con él, se confesó repetidas veces y dio un cambio tal en religión que todos quedaron admirados. El padre estaba lejos, la madre había fallecido; fue entonces cuando la Presidenta de las Damas de la Caridad, que es cooperadora salesiana, me encargó que hablara a nuestro Superior para que fuese admitido en el colegio Pío IX. Vino al Colegio, recibió aquí la primera comunión; tenía gran inteligencia y una alegría desenfrenada y volcánica. Le autorizamos para que, cuando se enfadaba con los asistentes o con los compañeros, corriera a la iglesia o al Superior; así lo hacía y nunca pasó nada; más aún, durante los dos años que estuvo aquí, nos dio muchos consuelos. Mientras tanto, llegó el padre judío de la provincia de San Juan; el hijo intentó convertirlo y no le fue posible; por fin, tanto hicieron los amigos del padre que lo sacaron del Colegio.

De amigo nuestro pasó a ser desagradecido y enemigo; y se dio a escribir en un periódico contra este Colegio que lo había salvado. Fue entonces cuando algunos alumnos nuestros y compañeros suyos tomaron nuestra defensa en otros periódicos y lo hicieron callar. Nosotros deplorábamos aquella desgracia, pero ahora vemos la trama de los designios de la Providencia. Braun, sin quererlo, ayudó a la conversión de Bach; y Bach, a su vez, parece dispuesto a hacer volver a Braun al buen camino, pues ya está arrepentido de haber cometido una ingratitud tan mostruosa por instigación de malos compañeros.

Bendiga, querido don Bosco, a esta pobre juventud y bendíganos también a nosotros para que, con celo puro y constante, podamos dedicarnos totalmente a su salvación.

[846] **99**

Cartas de don Bosco en francés

A

Señora Quisard:

Usted me llena de confusión; sus augurios, su donativo, la benevolencia de toda su familia, son para mí de gran satisfacción y aliento para las obras de mis huérfanos.

Mi salud ha mejorado mucho, pero no lo suficiente todavía para aventurarme a ponerme en viaje. Dado caso que no sea demasiado para usted darse un paseo hasta Turín para la fiesta de san Francisco, sería, sin duda, una gran fiesta, para todos nosotros. Ya me cuidaré de comunicarle el día fijado para esta solemnidad.

Le ruego, señora, presente mis más respetuosos saludos a su señor marido y a toda su familia. No dejo de recordarla muy particularmente todas las mañanas en la santa misa, a fin de que el Señor le prepare un venturoso porvenir que no creo lejano. Animo, paciencia, oración.

Le ruego, señora, tenga la bondad de entregar a mi amigo Antonio la cartita incluida en la presente.

Que Dios la bendiga a usted y a todos los suyos y que la Virgen sea su guía en el camino del paraíso.

Toda la familia salesiana le ofrece los mejores augurios de año nuevo y se encomienda a sus santas oraciones.

Siempre suyo en J. C.

Turín, 1, 1885

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

B

Caritativa señora Quisard:

Nuestros deseos se han cumplido. Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros? Espero que, estando en guardia, es decir; teniendo al buen Dios que realmente habita en su casa, usted llegará a ser, sin duda, su propietaria y, con una confianza sin límites, alcanzará de él todas las gracias y bendiciones que sean provechosas para usted y para toda su familia. Ese día, el diez del próximo mes, celebraré la santa misa según su intención, y nuestros muchachos rezarán también y comulgarán por todos los que tomen parte en esa fiesta.

[847] También don Miguel Rúa rezará y queda encargado de cumplir sus recados.

Que Dios le bendiga a usted, a sus parientes, a sus amigos y todos sus asuntos. Tenga la bondad de pedir por mí y por toda mi familia, con la que siempre seré suyo en N. S. J. C.

Turín, 27 de junio de 1885

Su humilde servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

C

Señora Quisard:

Mi poca salud me permite escribir muy poco. He recibido su amable y caritativa carta. Las buenas noticias de su familia me son muy agradables. Durante esta novena, haremos todos los días muchas oraciones por usted, por su señor marido y por toda su familia.

Gracias por su donativo para nuestros huérfanos.

¿Y mi salesiano?

Dios la bendiga y la Santísima Virgen sea su guía al paraíso. Tenga a bien rezar por mí.

Turín, 27 de noviembre de 1885

Su humilde servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

D

Mi querido señor Conde de Villeneuve:

Con gran satisfacción, he recibido noticias de su familia. Bendito sea Dios. Le agradezco con todo mi corazón las oraciones que hace por mí y por nuestros huérfanos. Ellos harán muchas oraciones y comuniones según su intención por todos los suyos. Ahora le ruego me saque de un apuro que me tiene molesto y que usted, como vecino, puede resolver.

Don Antonio Varaia pide dinero para pagar a los albañiles y yo le encargo a usted y le doy todas las facultades para pagar las deudas que tenemos en Saint-Cyr. ¿Acepta usted, señor Conde, este honroso encargo?

Espero conocer su valor y bizarría no militar, sino pecuniaria.

He escrito una carta a la señora Condesa y no sé si podrá entender mi mala letra. Tenga la bondad de ayudarla.

Que la Santísima Virgen Auxiliadora bendiga a usted, a toda su familia y le **[848]** ampare en los peligros espirituales y le guíe siempre por el camino del Paraíso.

Tenga a bien rezar por este pobre, pero muy afectuoso amigo con todo el agradecimiento en J. C.

Turín, 4-85

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

E

Señorita Lallemand:

Le agradezco su donativo y este caritativo envío tendrá su recompensa aquí mismo en la tierra, con favores espirituales y también temporales, porque el Señor lo ha prometido. Rezamos y hacemos rezar por todas sus intenciones y, en especial, para que el Señor conceda larga, muy larga vida a su señora madre y, a su tiempo, una santa muerte.

Nos alegra mucho saber que está usted rodeada de buenas personas; eso es una gran bendición, y damos por ello gracias al buen Dios. Acabamos de enviar a Poitiers el diploma a la Señorita Lemane; a su tiempo recibirá también el *Boletín Salesiano.*

Que el Señor le conceda sus mejores bendiciones, le haga feliz en la tierra hasta donde sea posible y le abra el cielo para una eternidad feliz. Presente mis saludos a su señora madre y acepte la expresión de mi profundo respeto, con el que tengo el honor de profesarme, su afectísimo servidor,

Turín, 16 de enero de 1885

JUAN BOSCO, *Pbro.*

F

Caritativo señor (?):

He recibido su donativo para nuestros huérfanos. Ellos rezarán y ofrecerán comuniones por usted y por toda su familia.

El Señor no dejará de recompensar generosamente todas sus buenas obras en esta vida con el verdadero y gran premio en la vida eterna.

Espero que la suerte le guíe hasta aquí, para honrar con su visita la obra que ha favorecido con tanta largueza.

Tenga a bien rezar también por mí, que siempre seré suyo en J. C.

Turín, agosto 85.

Su humilde servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[849] G

ORATORIO DE SAN FRANCISCO DE SALES
TURIN

Señor abate (Fociéré-Mace):

Déjeme ante todo agradecerle vivamente el haberme creído digno de enviarme su libro *Le Chemin de Croix des âmes du Purgatoire.*

Mis ocupaciones y una indisposición persistente no me han permitido hacerme cargo completo de él; pero, después de haber sabido lo que dicen de él tan distinguidos y venerados Obispos y personajes, no puedo dejar de desear sino verle difundirse rápidamente y por doquiera, para el mayor bien de las almas. Pido, pues, al Señor que le facilite todos los caminos para este fin. Pido también a Nuestra Señora Auxiliadora que le envíe poderosos bienhechores para su iglesia y, con este pensamiento, voy a comenzar con todos mis muchachos una novena a María el día catorce del corriente, a la que le ruego se una con sus mejores feligreses. Para ello rezamos tres *padrenuestros,* tres *avemarías* y tres *gloria Patri* al Sagrado Corazón de Jesús y tres *salves* a María Auxiliadora con las invocaciones *Cor Jesu Sacratissimum, miserere nobis y Maria Auxilium Christianorum, ora pro nobis.*

Durante la novena, nuestros huérfanos harán muchas comuniones según su santa intención.

Ruegue también por mí y acepte la expresión de mis más respetuosos sentimientos, llenos de agradecimiento, con los que tengo el honor de ser.

Señor Abate

a 3 de febrero de 1885

Su afectísimo y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[850] DOCUMENTOS Y HECHOS ANTERIORES

I

Peticiones de ayuda a la Real Obra de la Mendicidad Instruida

Dos cosas llaman nuestra atención en estas peticiones, ignoradas por todos los biógrafos y que se conservan en el archivo de la Real Obra: que no se haga, en la del año 1850, ninguna mención de las escuelas nocturnas entre los títulos de benemerencia aducidos para obtener ayuda, y el testimonio que da de ellas en la primera del año 1852, según la cual las escuelas nocturnas habían comenzado tres años antes. Aquel silencio y esta afirmación han proporcionado un doble argumento a la tesis de los Hermanos de las Escuelas Cristianas de que sus escuelas nocturnas se habían anticipado en varios años a las de don Bosco [1].

Hay que llamar la atención, ante todo, a cuatro cosas. 1.ª En la primera carta de 1852 hay una frase que hace tambalear la seguridad de la conclusión de los Hermanos; en efecto, don Bosco, como si en la súplica de 1850 hubiese mencionado también algo distinto de sus tres oratorios festivos, dice de sí mismo que «recordaba y agradecía el subsidio que los beneméritos señores» le habían concedido, tres años antes, «en favor de los tres oratorios organizados en esta ciudad para recoger o instruir, en las ciencias elementales *y en la religión, a la juventud abandonada y en peligro». 2.ª Las «Memorias del Oratorio», escritas por don Bosco en 1874 y conservadas en nuestros archivos, contienen una nota añadida posteriormente por él mismo que dice así: «Téngase presente que las primeras escuelas nocturnas que hubo en Turín fueron las que se abrieron en noviembre de 1842 en casa Moretta. No se pudieron recibir más que doscientos alumnos en tres habitaciones o clases. El buen resultado obtenido nos movió a volver a abrirlas el año siguiente, tan pronto como se pudo tener estancia permanente en Valdocco». 3.ª En las mismas «Memorias», don Bosco habla de escuelas dominicales y nocturnas, también en San Francisco de Asís (1841-4) y en el Refugio (1844-5). 4.ª Son anteriores en tres años al 1850 dos ensayos o exámenes públicos dados por los jóvenes.* **[851]** *de las escuelas dominicales y nocturnas, uno ante el abate Aporti y el otro ante una Comisión enviada por el Ayuntamiento* [2].

Por tanto, en cuanto a prioridad, no puede haber duda en favor de don Bosco. Los Hermanos, como resulta por documentos guardados en el archivo de la Obra antes dicha e ignorados también por todos los biógrafos de nuestro Santo, entablaron el día 2 de mayo de 1845 las negociaciones para la instalación de escuelas nocturnas, anunciaron su inauguración en diciembre del mismo año y las abrieron con el año nuevo [3].

¿Cómo se explica, pues, la frase citada de don Bosco? Don Bosco concibió primero, y mantuvo después varios años, sus escuelas dominicales y nocturnas como un medio para facilitar a los jóvenes el estudio y conocimiento de la doctrina cristiana.

En efecto, escribe en las «Memorias»: «Ya cuando estaba en la iglesia de San Francisco de Asís, advertí la necesidad de una escuela, pues hay jóvenes bastante avanzados en edad que ignoran totalmente las verdades de la fe. Para éstos, la ense-

---

[1] Véase: *Rivista Lasalliana*, septiembre 1934.

[2] LEMOYNE, *Mem. Biogr.* Vol. III, pág. 32 y ss.

[3] Véase *Caviglia, Nota preliminar* en la edición crítica de la *Historia Eclesiástica* de don Bosco.

ñanza verbal resulta larga y, de ordinario, pesada. Se hizo la prueba de darles algo de clase, pero no se prosperó por falta de local y de maestros que nos quisieran ayudar».

El método de esta enseñanza confirma la finalidad que se proponía don Bosco. El mismo añade: «En el Refugio, y más tarde en la casa de Moretta, comenzamos una escuela dominical estable e, incluso, una escuela nocturna regular cuando se llegó a Valdocco. Para obtener un buen resultado, se acometía una sola materia de enseñanza por vez. Por ejemplo, un domingo o dos se empleaba en dar o repasar el alfabeto o las sílabas, a continuación se echaba mano del Catecismo elemental *y, en él, se les hacía silabear y leer hasta que fuesen capaces de entender una o dos de las primeras preguntas del catecismo; ésta era la lección para la semana siguiente. Y cuando llegaba el domingo, se hacía repetir la misma materia, añadiendo nuevas preguntas y respuestas. De esta forma, pude conseguir que algunos llegaran en ocho días festivos a leer y a aprender por sí mismos páginas enteras del catecismo. Con esto ganamos tiempo, ya que los mayorcitos hubieran necesitado, de no haber aprendido a leer, bastante tiempo antes de alcanzar la suficiente instrucción para poder confesarse».*

La misma intención se echa de ver en la selección y uso de los libros; Catecismo elemental *e* Historia sagrada. *Sigue don Bosco: «La falta de libros constituía una gran dificultad porque, aprendido el catecismo elemental, ya no disponíamos de texto alguno. Examiné todos los compendios de Historia Sagrada, que se usaban en las escuelas, pero no encontré ninguno que resolviese satisfactoriamente mi problema (...). A fin de subsanar esta deficiencia en la educación de aquel entonces me entregué en cuerpo y alma a la redacción de una* Historia Sagrada, *que,* **[852]** *a más de poseer facilidad de dicción y sencillez de estilo, estuviese libre de los mencionados defectos». La publicó en 1846. En un principio, las escuelas nocturnas de don Bosco no fueron lo que después se quiso significar con esta denominación. Le faltaban entonces los maestros idóneos para ello y, por eso, improvisaba «maestritos» suficientes para su fin. En efecto, narra: «Para resolver el problema, me puse a preparar a cierto número de jóvenes. Les enseñaba yo a ellos el italiano, latín, francés y aritmética sin cobrarles nada, pero tenían la obligación de venir a ayudarme a enseñar el catecismo y dar la clase dominical y nocturna». Trae después el nombre de tres que lo ayudaron de este modo en la Residencia Sacerdotal y de siete que hicieron otro tanto en el Refugio.*

Comprobados los buenos resultados y consideradas las exigencias de los tiempos, don Bosco amplió su programa. «Animados por los progresos conseguidos, escribe, en las clases dominicales y nocturnas, se añadieron clases de aritmética y dibujo a la de lectura y escritura». Para el estudio de la aritmética, publicó en 1849 su Sistema métrico decimal.

Entonces ya tenía mejores maestros. Así hemos llegado al momento en que sus escuelas nocturnas alcanzaron una organización completa y llegaron a ser verdaderas escuelas independientes. Esto le fue posible gracias a un nuevo local, porque, en 1849, alquiló la casa Pinardi, que, como se echa de ver en la escritura de compra, estipulada en 1851, ponía a su disposición ocho dependencias de la planta baja y cinco de la superior. Es, pues, evidente que él partía de este punto, cuando en 1852 escribía: «Las escuelas dominicales y nocturnas, que llevan tres años funcionando...».

Concluyendo, diremos que, si se habla de escuelas nocturnas en sentido estricto, los Hermanos se adelantaron a don Bosco en algunos años; en efecto, ellos, que disponían de personal técnico, las comenzaron en enero de 1846 totalmente en regla. Por el contrario, si se habla de escuelas nocturnas sic et simpliciter, *esto es, de escuelas que fueran escuelas y que funcionasen por la noche, para obreros que habían pasado la jornada en los talleres, en las obras de construcción o en el campo, corres-*

ponde a don Bosco la prioridad, por lo menos en dos meses (noviembre de 1845).

Sin embargo, los biógrafos han insinuado dos cosas que no pueden sostenerse. Decir que los Hermanos sacaron del ejemplo de don Bosco la idea de las escuelas nocturnas es una afirmación gratuita. En el contacto con el pueblo a través de sus florecientes escuelas elementales, los Hermanos tuvieron que sentir por sí mismos la necesidad de resolver las exigencias, que ya se mascaban en el ambiente, de una instrucción popular más amplia también bajo esta forma. Peor todavía fue afirmar que los Hermanos sacaron de don Bosco el método; están muy firmes y uniformes los discípulos de La Salle en sus propios métodos, maduros tras una experiencia plurisecular, para inclinarse a mendigar metodología en otra parte. De todos modos, faltan en absoluto las pruebas de una y otra afirmación.

Volviendo a las súplicas, diremos que, a la primera Obra, se le concedió una subvención de mil liras y, a la segunda, de seiscientas liras; pero siempre con la cláusula de que tales concesiones no sentaban precedentes. Las tres **[853]** *súplicas sucesivas fueron «sepultadas», como está escrito por mano del secretario de la Pía Obra sobre los correspondientes folios. Admiramos también aquí la gran caridad de don Bosco, que no se ruborizaba de tender la mano humildemente adondequiera esperase obtener una ayuda para apoyo de sus obras de celo* [1].

A

Ilustrísimos Señores:

El sacerdote Juan Bosco, deseoso de proporcionar a los jóvenes más abandonados todos los beneficios civiles, religiosos y morales que le fuese posible, empezó a juntar durante el curso del año 1841 cierto número de ellos en un lugar contiguo a la iglesia de San Francisco de Asís. Por las circunstancias del lugar, se limitó el número de setenta a ochenta.

El año 1844, habiéndose trasladado el que esto expone, por razón de empleo a la pía obra del Refugio, siguió recogiendo a estos jóvenes a los que se unieron otros, hasta trescientos. Por carecer de lugar oportuno, hacíase la reunión, ora en un lugar ora en otro de esta ciudad, siempre con la venia de las autoridades civiles y eclesiásticas.

El año 1846, se pudo arrendar el lugar donde se abrió el Oratorio de San Francisco de Sales en Valdocco. Aquí aumentó la afluencia de jóvenes; a veces se reunían de seiscientos a setecientos muchachos, entre los doce y los veinte años, la mayor parte de los cuales procedía de las cárceles o corría el riesgo de ir a parar a ellas.

---

[1] En Roma existían estas escuelas, bajo el nombre de *Escuelas nocturnas* desde 1819; compendia su historia monseñor S. DE ANGELIS en *Los verdaderos amigos del pueblo,* biografía de varios sacerdotes del clero romano (Roma, Tip. Leonina, 1927, pág. 127-8). Una memoria de 1841 nos hace ver «al caer de la noche varios centenares de jóvenes aprendices, de diversa edad y diverso oficio, dejaban el trabajo, se lavaban las manos y, después de ponerse su chaqueta, acudían de buena gana a estas Escuelas para instruirse» *(Pío Instituto de las Escuelas Nocturnas de Religión para jóvenes aprendices en Roma,* Tip. del Hospicio Apostólico, junto a Marco Aurelio, 1841). Se enseñaba en ellas a leer, escribir, hacer cuentas y el catecismo. La institución se conectaba con los Oratorios de la juventud, florecientes acá y allá en los domingos y fiestas. Pío IX, el día 9 de marzo de 1847, acompañado solamente por el Camarero asistente, monseñor Piccolómini, visitó la escuela nocturna de la calle dell'Agnello ai Monti, y asistió al reparto de premios de los jovencitos fijado para aquella tarde.

Como el Señor bendijera la Obra y llegara a ser demasiado reducido dicho Oratorio, a fines de 1847 se abrió otro en Puerta Nueva, bajo el título de San Luis.

Como las necesidades de los tiempos demostraran cada vez más la necesidad de educar y atender a los muchachos abandonados, en octubre de 1849 se volvió a abrir en Vanchiglia el del Angel Custodio, **[854]** cerrado un año antes por el celosísimo sacerdote don Juan Cocchis, vicepárroco de N.ª Sra. de la Anunciación. Entre los tres oratorios se llega a menudo al millar de muchachos.

Por medio del recreo agradable, con la atracción de algunas diversiones, con clases de catecismo, instrucciones y canto, algunos adquirieron buenas costumbres y se dieron al trabajo y a la religión. Hay clases de canto todas las tardes y escuelas dominicales para los que pueden asistir y ya se dieron algunos ensayos y exámenes públicos, que dejaron plenamente satisfechas a las personas que intervinieron.

Hay también una residencia para albergar de veinte a treinta muchachos para casos particulares de extrema necesidad, en la que, a menudo, se encuentran algunos.

Hasta ahora se hizo todo con ayuda de algunas caritativas personas eclesiásticas y seglares. Los sacerdotes dedicados a esto de un modo particular son los teólogos Borel, Carpano, Vola, los reverendos Ponte, Grassino, Murialdo y Giacomelli y el profesor Marengo.

El que suscribe, teniendo a su cargo la dirección de estos tres oratorios, cuyos gastos, por el alquiler de los tres locales sube a dos mil cuatrocientos francos al año, atendida también la manutención de las tres correspondientes capillas, donde se hacen todas las funciones en los días festivos y los gastos, que la grave necesidad por la que atraviesan algunos muchachos se hacen necesarios, teme no poder continuar, por la excesiva frecuencia con que ha de recurrir a las personas, que hasta ahora socorrieron estas obras.

Y por eso, el que suscribe, considerando que el origen y las finalidades de dichos Oratorios son los mismos que los de la obra de la Mendicidad Instruida, humildemente invita a los Ilmos. señores de la Administración a que se dignen tomar en benigna consideración lo que arriba se expone y, considerando estos Oratorios como un apéndice de la Mendicidad Instruida, les suplica concedan la caritativa subvención que, según el saber y la bondad de Sus Señorías, parezca bien para continuar una obra que ya ha proporcionado, y se espera siga proporcionando cada vez más, el bienestar espiritual y aun temporal a muchos seres abandonados por la sociedad humana.

Esperando el favor, etc.

Turín, 20 de febrero de 1850.

JUAN BOSCO, *Pbro.*

B

Ilustrísimos señores:

Recordando todavía y agradecido a la subvención, que los beneméritos señores de la Pía Obra de la *Mendicidad Instruida* me asignaron hace ahora tres años en favor de los tres Oratorios fundados en esta ciudad, **[855]** para recoger e instruir en los conocimientos elementales y en la religiosidad a la juventud abandonada y en peligro, me encuentro en la necesidad de tener que recurrir de nuevo a Sus Señorías Ilmas. en esta necesidad.

El considerable aumento de muchachos que acuden (sólo en el Oratorio de San Francisco de Sales pasan a menudo de dos mil) a las escuelas dominicales y nocturnas que funcionan desde hace tres años, el alquiler de los locales, la manutención de las respectivas capillas, el gasto extraordinario de este año por la construcción de una iglesia, ya casi terminada, en el Oratorio de San Francisco de Sales en Valdocco, me han reducido a una situación económica muy apurada.

Por ello, poniendo mi confianza en su comprobada bondad, acudo de nuevo a Sus Señorías Ilmas. rogando tomen en benévola consideración esta necesidad especial y me concedan la subvención que parezca bien a su caridad para promover y hacer que pueda continuar estas obras de beneficencia que sólo miran al bien moral y religioso de la juventud abandonada y en peligro.

Con la expresión de la más sincera y profunda gratitud, agradezco de corazón cuanto han hecho y espero quieran hacer en mi favor y deseándoles abundantes bendiciones del cielo, me cabe el gran honor de poderme profesar,

De Sus Señorías Ilmas.,

Turín, 18 de noviembre de 1852.

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

C

Excelencia [1]*:*

La bondad con que S. E. atiende las obras que miran al bien común, me hace esperar se digne tomar en benigna consideración la memoria que le acompaño; me anima a ello el favor que me prestó hace tres años cuando defendió la subvención que caritativamente fue concedida por la R. Obra de la Mendicidad Instruida.

Entre las muchas obras favorecidas y sostenidas por la generosidad de S. E., dígnese integrar también a los Oratorios festivos erigidos en esta ciudad y, así, podrá alegrarse de haber librado de los peligros de plazas y calles a muchos jóvenes abandonados, a los que yo me uno y, no pudiendo hacer otra cosa, pediré de corazón al Señor se digne conceder a S. E. muchos y prósperos días y hacer descender **[856]** abundantes bendiciones del cielo sobre su respetabilísima familia.

Con la máxima veneración me considero honrado con el más alto honor al profesarme de V. E.

Desde el Oratorio Masculino de Valdocco, 22, de noviembre de 1852

Seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[1] Marqués César Alfieri de Sostegno, Presidente del Senado.

D

Ilmos. Señores [1]*:*

Algunos años atrás recurrí a V. S. Ilmas. pidiendo una subvención en favor de los tres oratorios organizados en esta ciudad, cuyo objeto es reunir y educar a los muchachos más pobres y abandonados; y, atendida la similitud de la R. Obra de la Mendicidad con estos Oratorios, mi petición fue acogida favorablemente y recibí una generosa subvención. Como quiera que ahora me encuentro en una situación crítica, me atrevo a exponer de nuevo mis graves necesidades, convencido de ser escuchado con bondad. Ellas son: 1.º El alquiler de dos de estos Oratorios, que son espacios cercados, lo bastante espaciosos para que quepa en ellos un considerable número de muchachos que se reúnen allí para jugar, después de asistir a las sagradas funciones de iglesia. El alquiler de estos locales asciende a mil doscientas cincuenta liras. 2.º Proveer a la manutención de las tres iglesias existentes en los tres cercados de los oratorios; sufragar los gastos de la escuela nocturna, organizada precisamente en el Oratorio de Valdocco, donde se enseña catecismo, escritura, lectura, elementos de aritmética y lengua italiana, 3.º Alojar y mantener algunos de los más pobres y abandonados, cuyo número se aumentó este año hasta noventa, por los muchos chicos que quedaron huérfanos y abandonados con la funesta invasión del cólera.

Apremiado por estas necesidades, acudo con respeto y confianza a V. S. Ilma., suplicándole se digne considerar bondadosamente el estado de total abandono en que se encuentran estos pobres muchachos y conceder en su favor la subvención que, en el caso excepcional de mi actual necesidad, les parezca conveniente.

Lleno de confianza en su conocida y probada bondad, con los sentimientos de la más sincera gratitud, es para mí un gran honor poderme declarar,

De V. S. Ilmas.

Turín, 13 de noviembre de 1854

Su atento y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[857] **E**

Ilmo. Señor:

Entre las muchas obras de caridad, a las que continuamente atiende V. S. Ilma., solicito se digne también incluir a los muchachos asilados en el Oratorio de Valdocco.

Se anuncia una escasa cosecha especialmente de trigo.

Dígnese, pues, recomendar y amparar la adjunta memoria ante la Administración de la Obra pía de la Mendicidad Instruida, tan dignamente presidida por V. S.; yo haré que los muchachos favorecidos recen, y me uno a ellos para pedir a Dios que colme de bendiciones a V. S. junto con toda su respetable familia.

---

[1] El original no es autógrafo y tampoco lo es la firma. La forma de ésta: «JUAN BOSCO» indica que es copia del original de Bosco, como lo confirma también el estilo.

Con profunda estima y sincera gratitud, me profeso lleno de confianza,
De V. S. Ilma.

Turín, 21 de noviembre de 1855

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

F [1]

Ilmo. señor Presidente:

Con los sentimientos de la más viva gratitud a V. S. Ilma. y a los señores de la Administración de la Mendicidad Instruida, por las subvenciones concedidas otras veces en favor de los muchachos pobres asilados en el Oratorio de Valdocco y de los que asisten a las escuelas nocturnas o a las instrucciones morales en los Oratorios de San Francisco de Sales en Valdocco, de San Luis en Puerta Nueva y del Santo Angel Custodio en Vanchiglia, me encuentro este año en la triste situación de tener que recurrir de nuevo a la misma fuente de beneficencia.

La subida de precio de los comestibles y el paro obrero pusieron en gravísimo apuro a algunos muchachos abandonados y en peligro que, probablemente, acabarían muy mal, si no se los ayuda con medios materiales y morales. Algunos de ellos, como unos ciento, quedados, en gran parte, huérfanos con la fatal invasión del cólera del año pasado, están actualmente internados en Valdocco; a otros se les ayuda lo mejor que se puede, y éstos pasan de los mil quinientos entre los tres Oratorios.

En favor de estos pobres y abandonados muchachos, recurro a la conocida y probada bondad de V. S. Ilma., suplicándole encarecidamente **[858]** tenga a bien tomar en benigna consideración su calamitosa situación y concederme en su favor la caritativa subvención que, según la gravedad del caso, le parezca bien.

Con verdadera gratitud y reconocimiento, en nombre de los muchachos agraciados, deseo a V. S., y a todos los señores de la Administración, abundantes bendiciones del cielo, mientras me cabe el alto honor de poderme profesar,
De V. S. Ilma.

Turín, 21 de noviembre de 1855

Seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[1] Esta es la memoria mencionada en la carta anterior. La letra es de otra mano; sólo la firma pertenece a don Bosco.

II

Dos cartas de don Bosco al Ayuntamiento de Turín

A

En la segunda mitad del año 1851, las obras para la construcción de la iglesia de San Francisco de Sales adelantaban con gran celeridad; pero, en agosto, se agotaron los fondos de don Bosco, de tal modo que tuvo que hacer un ardiente llamamiento a la beneficencia pública. Entre otras cosas, tenía que pagar todavía al Ayuntamiento los derechos de construcción; por lo que pidió ser dispensado de los mismos.

Muy ilustre y distinguido Señor:

Agradezco de todo corazón a V. S. Ilma. los numerosos favores hechos a nuestros oratorios y le suplico tenga a bien concedernos un nuevo favor, eximiéndonos del pago de la contribución debida por la concesión del permiso de construcción de la iglesia y ampliación de los locales anejos.

Lleno de los sentimientos de la más viva gratitud a V. S. y a todo el Ayuntamiento de la ciudad, me considero altamente honrado al profesarme con el mayor respeto

Turín, 22 de octubre de 1851

Su atento y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P.D. La nueva iglesia llega ya a la altura del techado. Señor Alcalde, siga favoreciéndonos y podremos acabarla.

El Alcalde G. Bellone dio atenta contestación, enviándole el permiso correspondiente (LEMOYNE, Vol. IV, 252).

[859] **B**

El cólera de 1854 produjo mucha miseria; mermó notablemente la beneficencia y aumentaron las peticiones de los pobres hijos del pueblo para obtener plaza en el Oratorio. Constituye un elocuente documento de ello esta carta.

Ilmo. señor Alcalde:

Teniendo en cuenta los grandes gastos que el Ayuntamiento tuvo que hacer, como consecuencia de la fatal aparición del cólera, estaba yo decidido a no presentar este año ninguna petición de subvención; pero me obligan a ello los presentes apuros. A más de los muchos gastos que he debido hacer para poner el local en las condiciones higiénicas que piden los tiempos, me encuentro con unos noventa y cinco muchachos que mantener, vestir y alojar. Quería reducir el número; pero los huérfanos

que nos ha dejado el cólera me obligaron a aumentarlo, de modo que, entre los que me envió la comisión de beneficencia pública como víctimas del cólera y los que yo mismo recogí por plazas y calles, he recibido unos cuarenta de estos desdichados.

No pido subvención para pagar el alquiler, para las escuelas ni para las obras hechas en ellas; sólo pido una subvención para poder dar pan a estos mis pobres muchachos hasta pasar el invierno; después, espero en el Señor que encontraré algún remedio y los podré colocar, al menos en parte, en otro lugar.

Con este fin, me encomiendo a la conocida bondad de V. S. Ilma. y le ruego tenga a bien ayudarme en este apuro excepcional, convencido de que no le faltarán a V. S. medios y voluntad para socorrer a estos pobres y abandonados hijos del pueblo.

Con los sentimientos de la más sincera gratitud, me profeso,
De V. S. Ilma.

Turín, 23 de enero de 1855

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Ignoramos el resultado de esta súplica.
Los originales de las dos cartas se encuentran en la Biblioteca Municipal de Turín.

III

Carta de don Bosco al conde Solaro della Margherita

El conde Solaro della Margherita, patricio de Mondovì, fue Ministro de Asuntos Exteriores de Carlos Alberto desde 1835 hasta 1847. Católico austero, capitaneaba el grupo de nobles piamonteses que se esforzaban por oponerse a la **[860]** *corriente del liberalismo anticlerical y, generalmente, dirigidos espiritualmente por el beato José Cafasso.*

El conde Lovera de Castiglione encontró el original de esta carta entre los papeles del destinatario y publicó una copia de la misma en un número único de Cúneo [1].

La carta había sido publicada por Lemoyne [2]*; pero éste, como sólo tenía a la vista una copia y no el original, no pudo advertir algunos detalles que nosotros vemos; ésta es la razón que nos mueve a publicarla otra vez. Y uno de estos detalles es que Solaro había escrito en el folio:* a conservar. *Debió, pues, intuir ya entonces algo nada común en el humilde peticionario.*

Lovera encabezó la reproducción con una introducción de dos páginas, de las que tomamos estas consideraciones muy dignas de notar: «El sacerdote de Valdocco escribe a un hombre célebre y muy conocido; pero ¡qué dignidad en su forma de pedir! Ni una palabra de vana adulación, tan común en este género epistolar (...). Escribe al severo patricio como pobre, pero como sacerdote (...). El sacerdote de Castelnuovo, después de todo, no es un ingenio, pero corre la pluma en su mano; no hay un descuido en la breve exposición, ni preocupaciones espirituales (ese «que padecen necesidad y pudieran ser peligrosos» *vale un potosí) o materiales; se siente al hombre que confía en la Providencia, pero que recuerda cómo la Providencia no ayuda a los*

[1] *Sacre Cuneesi a don Bosco,* pág. 24 Tip. Gros Monti, 1935. El conde Lovera se equivocó en la lectura de la fecha. La cifra del día en la escritura de don Bosco es cinco y no tres.
[2] *M. B.* Vol. V, pág. 16.

perezosos. El que ha nacido propagandista no pierde tiempo; aprovecha la ocasión para intentar que se le recomiende a otro; no a cualquiera, es perder tiempo recurrir a quien no puede comprender; quiere ser recomendado a personas propensas a esta obra de caridad. *La conclusión es digna y sobria sin desmayadas ternuras inútiles y superfluas. La carta está terminada; se ve que la escribió de un tirón, a toda prisa. La vuelve a leer. Se le ocurre una nueva idea: debajo del membrete impreso inserta una cálida recomendación para las nacientes* Lecturas Católicas [1] *(...). Estaba para cerrar el sobre y despertar en las memorias del antiguo hombre de Estado algún recuerdo sobre el cura de Valdocco... y entonces allí va la primera posdata; y así, al desgaire, despunta, como flor inesperada, el nombre de don José Cafasso. Pero, después, le acomete una duda más y aparece la segunda posdata... él es pobre; no tiene nada que ofrecer a cambio del esperado favor... mejor dicho, no; hay algo, lo tiene y lo ofrece... una localidad para el* drama que se representará mañana a la una y media *(...). Esta vez la carta podrá salir enriquecida con todos los carismas».*

[861] *Excelencia:*

Aunque nunca recurrí a Su Excelencia en demanda de ayuda, sin embargo, dado el interés que demuestra por las obras de caridad y la necesidad en que me encuentro, espero se digne leer cuanto le expongo.

La carestía de víveres, el aumento de muchachos necesitados y abandonados, la disminución de muchos donativos de personas que ya no pueden ayudarme, me han puesto en tal aprieto que no sé cómo salir de él: prescindiendo de muchos otros gastos, sólo la cuenta del panadero, correspondiente al presente trimestres, sobrepasa las 1.600 liras, y aún no sé de dónde sacar ni un céntimo: y, sin embargo, hay que comer, y, si no doy un pedazo de pan a estos pobres chicos, que padecen necesidad y pudieran ser *peligrosos,* los expongo a un grave riesgo de alma y cuerpo.

En tan excepcionales circunstancias, me ha parecido oportuno encomendarme a su Excelencia en demanda de la ayuda que pueda prestarme y, al mismo tiempo, para que me recomiende a personas bondadosas que, en su prudencia, estime encariñadas con estas obras de caridad. No se trata en esta ocasión de ayudar a una persona determinada, sino de proporcionar un pedazo de pan a jóvenes, a los que el hambre pone en peligro de perder la honradez y la religión.

Persuadido de que considerará bondadosamente mis tristes circunstancias, le aseguro mi eterna gratitud y pido al Señor para usted y toda su familia las mejores bendiciones del Cielo, mientras tengo el gran honor de profesarme,

De su Excelencia.

Turín, 5 de enero de 1854

Seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P.D. 1) Si su caridad creyese conveniente enviar alguna ayuda para el caso, puede hacerlo, si le parece bien, al dignísimo don José Cafasso.

2) Queda invitado, al mismo tiempo, a la representación de un drama religioso mañana, a la una y media, en el Oratorio de San Francisco de Sales.

---

[1] El folio lleva este membrete: DIRECCION GENERAL DE LAS LECTURAS CATOLICAS. Don Bosco escribió debajo de él: «encarecidamente recomendadas a los señores conde y condesa de la Margherita».

El conde Lovera concluye su comentario en estos términos: «Desde entonces han transcurrido ochenta y un años; el mundo ha cambiado radicalmente; el grano de mostaza, echado en los surcos de Valdocco, ha llegado a ser la soberbia planta salesiana, que expande sus auras de paz por todos los continentes. El curita, a quien venían como anillo al dedo mil seiscientas liras, ha subido a la gloria de los Santos; todo ha cambiado, ninguno de aquel tiempo vive ya. Pero el espíritu de don Bosco, tan vivo en la breve carta, se descubre en la brillante llama del primitivo ardor en la eterna primavera de los Santos».

IV

[862] Recuerdos del Oratorio festivo de Valdocco

A

Nací en Magnano en 1862. A los nueve años, por la cuaresma fui a Turín, como entonces se acostumbraba, para trabajar con los albañiles. En la primera fiesta, tal como había recomendado el Párroco a todos los muchachos que salían, fui con otros compañeros, que ya habían estado allí el año anterior, al Oratorio de don Bosco. Me gustó, y cada año, cuando volvía a Turín, desde principios de la Cuaresma hasta los Santos, para trabajar, seguí yendo al Oratorio hasta ir al servicio militar.

El Oratorio festivo, por aquellos años, tenía la entrada por la calle Cottolengo a la izquierda de la basílica de María Auxiliadora y, exactamente, en el ángulo de la actual tipografía. Estaba todo cercado. La entrada era un rústico portón de tablas, parecido a los que hacen los albañiles para las vallas. A mano izquierda del que entraba, había una caseta, de madera, donde estaba el portero asomado a una ventanilla, que sellaba nuestro carnet, apoyándolo en el alféizar. En aquel patio largo, que llegaba hasta detrás de la iglesia de San Francisco de Sales, hacíamos nuestros juegos. Estaban con nosotros tres o cuatro sacerdotes y algunos clérigos. Don Bosco venía ordinariamente con nosotros, por la mañana, para la misa y, por la tarde, para el catecismo.

Cuando volví a Turín por segunda vez, el Superior advirtió para hacer la primera Comunión. Como yo estaba ocupado en el trabajo desde las cinco y media hasta las diecinueve treinta, iba al catecismo sólo los días festivos. Llegó el día fijado. Todos tenían un traje limpio; el que no lo podía tener de su familia lo recibía de don Bosco y en el brazo llevaban la cinta blanca.

Ocupábamos en la iglesia los primeros bancos. Don Bosco en persona celebró la santa misa en nuestra capilla de San Francisco de Sales y nosotros nos acercábamos a la barandilla para recibir la Comunión. Con los niños estaban presentes también sus madres. Las oraciones se rezaban junto con el catequista, que nos dirigía.

Después, al salir de la iglesia, estaba preparada en el patio una mesa para nosotros. Y, en ella, nuestro desayuno: pan, queso y salchichón; y después, pasaban dos jóvenes con un canasto y daban más a quien no había comido todavía lo suficiente. Luego pasaba don Bosco a dar un cubilete de vino que servía a cada uno en el vaso, mientras un joven llevaba el cántaro. Repartió también bizcochos y una bebida.

En aquel tiempo, se comía mucho y cosas sólidas; no se estaba acostumbrado al café con leche.

Cada fiesta don Bosco daba el desayuno a los que comulgaban. Salían por la puerta de la sacristía y él estaba allí, sentado en un **[863]** taburete con un cesto de panecillos cortados y con salchichón dentro o también una loncha de jamón. Por la

tarde, especialmente durante el verano, había un encargado que daba a beber una bebida, una limonada, que estaba en un cubo cubierto con una tapadera de madera.

A fines de octubre, se recogían los carnets, se contaban los sellos y, de acuerdo con ellos, se daban los premios: relojes, trajes y otros objetos y, a los mejores músicos, también el instrumento.

Cuando un muchacho tenía la chaqueta, los pantalones o los zapatos rotos, él daba traje o zapatos, a veces remendados, pero buenos.

Muchos iban al Oratorio atraídos por el tíovivo, que en las plazas costaba diez céntimos por cabeza, por los pasavolantes y por los regalos que allí se recibían. Los pasavolantes estaban constituidos por cuerdas atadas a un anillo de hierro en el extremo de un palo vertical clavado en el suelo y terminaban con un nudo; después, los muchachos se agarraban al nudo e hincando los pies en el suelo se lanzaban al aire.

La música de la banda era otra buena atracción y no sólo para los muchachos, sino también para la gente que pasaba junto a la cerca del Oratorio y se paraba a escuchar.

En aquellos tiempos, don Bosco no tenía muchos chicos en el Oratorio y esto como consecuencia de ciertos choques tenidos con el clero y, especialmente con el párroco del «Ballôn», o sea el de San Simón y San Judas. A lo sumo, podían llegar a setenta. Nos recomendaban a menudo que lleváramos a otros compañeros. Casi todos eran peones de albañil, mecánicos, hojalateros.

Estos recuerdos han sido fielmente escritos por don Leonardo Beinat y están de acuerdo con cuanto yo guardo en mi memoria.

Turín, 2-VIII-1935, Oratorio D. M. Rúa.

ANGEL ENRIQUE BENA
de Magnano Biellese

B

Nací en Turín el día 19 de julio de 1866. En 1871 comencé a asistir al Oratorio. Don Bosco estaba siempre sereno y sonriente. Tenía unos ojos, que taladraban y penetraban en el alma. Cuando aparecía entre nosotros, era una alegría para todos. Don Miguel Rúa y don José Lazzero iban a su lado como si tuviesen en medio de ellos al Señor. Don Julio Barberis y todos los muchachos corrían a su encuentro y lo rodeaban caminando unos a sus lados, otros de espaldas para mantener la cara vuelta hacia él. Era una fortuna, un privilegio muy ansiado poder estar cerca y hablar con él. El paseaba despacio, hablando y mirando a todos con aquellos ojos que giraban a todas partes, electrizando de alegría los corazones.

Bajaba a veces de su cuarto y se ponía debajo del pórtico a mano izquierda del que baja la escalera. Esto ocurría hacia 1875. Don Miguel Rúa **[864]** y don José Lazzero estaban siempre a su lado. Los muchachos externos e internos se acercaban a él. Un día, mientras estaba en aquel lugar, me ofreció un polvo de rapé. Tenía yo unos nueve años. La mar de contento, metí mis dedos en su cajita o tabaquera negra y, mientras yo tomaba una pizca, cerró él la tapadera y me agarró los dedos en medio. Eran bromas que nos alegraban.

Una vez apareció solito a la puerta de entrada cerca del santuario. Entonces un

grupo de muchachos echó a correr hacia él. Pero él agarró el paraguas, que tenía un mango grueso como el de los campesinos, lo levantó y, esgrimiéndolo como una espada lo manejaba con destreza y rapidez para rechazar el asalto. Tocaba a uno con la punta, a otro en el costado, y, entre tanto, se acercaban los demás por el otro lado, y todos nosotros desbordábamos de alegría. Parecía un párroco de aldea de ésos que te tratan familiarmente y sin cumplidos. Caminaba despacio como si quisiese decir con su paraguas:

—¡Dejadme en paz! ¡Dejadme seguir mi camino!

Turín, 8 de noviembre de 1935

PEDRO PONS

C *(el original en francés)*

Era en el antiguo santuario franciscano de Nuestra Señora de los Angeles, que domina con su humilde cúpula el amplio valle de Stura, cerca de Coni, en Piamonte. Presentóse en la sacristía, un vejete muy aseado, con la cabeza y el porte de un artista para ayudar a misa, servicio que prestó por otra parte, con profunda y sencilla piedad.

Al volver del altar a la sacristía espetó a quemarropa al celebrante que él sabía que era salesiano [1].

—Yo también he sido educado por don Bosco.

—¿Por el mismo don Bosco?

—Sí, de 1870 a 1876, en el Oratorio de Turín.

—Entonces usted lo ha conocido muy bien, porque, en aquellas fechas, estaba todavía en pleno vigor.

—¡Vaya si lo he conocido!

—¿Y qué recuerdos le quedan de él?

El vejete se recogió un instante, un largo instante, hurgando minuciosamente en su memoria, para sacar de ella recuerdos claros y exactos, y respondió:

—He guardado de él dos recuerdos, sobre todo: *que siempre estaba de buen humor y que nunca nos castigaba.*

—¡Eso es imposible, porque usted haría alguna «gorda» de vez en cuando!

—Evidentemente, no éramos unos santos, ni mucho menos; pero tenía su manera peculiar de corregirnos.

[865] —¿Cuál?

—¡Muy sencilla, pero muy eficaz! Nos llamaba y, ser llamados por don Bosco cuando uno tenía algo de qué reprocharse, ya era un castigo. Después nos recibía con una sonrisa, nos miraba fijamente a los ojos y nos decía:

—Está bien claro que tú no quieres a don Bosco.

—¿Por qué dice usted eso, Padre?

—Está muy claro, es así.

—No.

—Sí.

—No.

[1] Narra el hecho don Agustín Auffray, director del *Boletín francés.*

—Tú no quieres a don Bosco, porque si le quisieras no habrías cometido esa falta.

Y esto bastaba, uno quedaba corregido, enmendado, contrito, cambiado.

¡Ah, don Bosco, querido don Bosco!

Y los ojos del vejete se arrasaron de lágrimas con el recuerdo de aquellos tiempos inefables.

Alegría y bondad, es cierto, si no son todo el arte de educar, son por lo menos una buena parte de él. La alegría que se abre, anima a la expansión, mantiene la atmósfera de la juventud; y la bondad, que conquista para transformar por dentro, desde que toma posesión del alma de un adolescente.

(Bull. Salésien, nov. 1935)

V

Dos cartas de don Bosco al conde Hugo Grimaldi de Bellino, patricio de Asti

A

Muy querido en el Señor:

La gracia de N. S. J. C. esté siempre con nosotros.

He recibido a su tiempo las dos cartas que tuvo la bondad de dirigirme, y no contesté por no estar seguro del lugar de su estancia.

Le adjunto el boleto rojo o, mejor, dos para que gane dos premios [1]. Los boletos que le había enviado no eran para despacharlos a otros, sino para que se los quedase usted y así ayudar al pobre don Bosco a dar pan a sus pobres muchachos.

En contestación a su primera carta, le diré que admiro mucho el arranque de su corazón por querer seguir ciegamente los consejos de un pobre sacerdote como yo [2]. La cosa es difícil para ambos; pero intentémoslo.

[866] ¿Qué tengo que hacer, decía usted, para emprender una vida que desprenda mi corazón del mundo y lo una con el Señor, de suerte que ame constantemente la virtud?

R.— La buena voluntad ayudada por la gracia de Dios producirá este maravilloso efecto. Mas, para lograrlo, debe industriarse por conocer y gustar la belleza de la virtud y la alegría que experimenta el corazón de quien tiende a Dios.

Considere, además, la nulidad de las cosas del mundo. Ellas no pueden darnos la más pequeña satisfacción. Junte todos sus viajes, todo lo que ha visto, gozado, leído y observado. Compárelo todo con el gozo que siente un hombre, después de acercarse a los santos sacramentos; y se dará cuenta de que todo ello es nada y de que, con lo segundo, lo tiene todo.

Así sentadas las bases, vamos a la práctica. Usted:

1.° Cada mañana, misa y meditación. 2.° Por la tarde, un poco de lectura espiritual. 3.° Cada domingo, sermón y bendición. 4.°... Despacio, dice usted, poquito a poco. Lleva usted razón; comience por practicar lo que le escribo como de paso y, si

---

[1] El día 30 de enero de 1862, don Bosco había anunciado una rifa a favor de los Oratorios.

[2] Solían encontrarse en los ejercicios espirituales en el santuario de San Ignacio.

usted se siente con ánimo para seguir mis pasos, espero que, con la ayuda del Señor, podré llevarle al tercer cielo [1].

Cuando usted venga a Turín, hablaremos de mayores proyectos. Mientras tanto no deje de rogar al Señor por mí, que muy cordialmente le deseo todo bien del Señor y me profeso,

De V. S.

Turín, 24 de septiembre de 1862

Afmo. servidor y amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

B

Muy apreciado Señor:

Tenga paciencia si no contesto, como quisiera, a sus cartas; me falta realmente tiempo.

Usted está en Maretto [2] y está con un santo varón, siga en hora buena sus ejemplos y consejos y hará la voluntad del Señor.

He leído y mandado leer las famosas profecías, pero no me parece que su publicación sirva para dar gloria a Dios. No trato de juzgar su mérito, mas no veo en ellas el espíritu del Señor, que es todo caridad y paciencia. Las transmitiré adonde usted me indique.

¿Quiere que hagamos una prueba con el joven Vaianeo? La mitad cada uno. Yo reduzco la pensión ordinaria de treinta liras a quince, y usted piense en el resto. Si da buenas esperanzas, le haremos seguir adelante; por lo demás, se hará lo que el Señor nos dé a conocer que es para su mayor gloria.

[867] Nosotros rezaremos por usted, Caballero. Ruegue usted también por nosotros; salude afectuosamente de mi parte al querido don Ciattino, su jefe. La Santísima Virgen de la Merced nos bendiga a todos en la tierra y nos haga dignos de la eterna merced en el cielo. Amén.

Turín, 24 de septiembre de 1863

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[1] Nos dice la hija del Conde que le gustaba a su padre conversar de buen grado con don Bosco sobre lo de llegar al tercer cielo.

[2] Ayuntamiento del distrito de Asti.

VI

Cartas de don Bosco a monseñor Moreno, obispo de Ivrea [1]

A

Al acabar en junio de 1852 las obras de la iglesia de San Francisco de Sales, don Bosco deseaba encontrar un Prelado para la bendición solemne. Se dirigió, pues, a monseñor Luis Moreno, obispo de Ivrea, con el que ya había tratado su plan para una asociación de lecturas populares. Le escribió la siguiente carta.

Ilmo. y Rvmo. Señor:

Los favores, que en diversas circunstancias ha hecho V. S. Ilma. y Rvma. a nuestro Oratorio, me animan a recurrir a su probada bondad en demanda de un nuevo favor.

La iglesia, que varias veces recomendé a su bondad, se encamina a su término, el domingo, veinte del mes de junio corriente, podremos entrar en ella para bendecirla y celebrar las funciones sagradas. ¿Vendría, Monseñor, a celebrar esta santa función? Esta es mi petición. Su bondad, su simpatía por semejantes obras de caridad me hacen confiar que sí y, por esto, me dirijo a V. S. El doctor Vallauri, prior de este año, y todos los miembros de la comisión lo desean; haga, pues, por contentar a todos.

He recibido del Rvdo. Gallenghe [2] el programa para nuestra biblioteca con las modificaciones que sabiamente ha hecho V. S.; cuando venga a Turín, hablaremos de lo que se necesite hacer más adelante. A principios de la próxima semana, le enviaré el manuscrito *Avisos a los Católicos* [3].

Mientras tanto, persuadido de que veré satisfecha mi esperanza, le agradezco de todo corazón todo cuanto ha hecho por mí **[868]** y por este Oratorio y, al desearle que el Señor le conceda toda bendición del Cielo, beso su veneranda mano y me profeso, con la más distinguida estima y la más alta consideración,

Turín, día del Corpus Christi 1852

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*
capitán de los pilluelos

Monseñor no pudo ir a Turín. Su respuesta se lee en LEMOYNE, *Mem. Biogr.* Vol. IV, pág. 332.

---

[1] Todos estos autógrafos se conservan en el archivo episcopal de Ivrea.

[2] Secretario del Obispo.

[3] Sobre este opúsculo de don Bosco escribe Lemoyne en *Mem. Biogr.* Vol. IV, pág. 178.

B

Una cuestión matrimonial, a la que daban largas, es el tema de esta carta. Para las noticias sobre la marcha de las Lecturas Católicas, *puede verse* 1. c. Vol. V, en varios lugares.

Ilmo. y Rvmo. Señor:

Tras una multitud de dificultades, todavía no se pudo celebrar el matrimonio del abogado Giudici con la señora Grida. Como está en manos de la Curia, aparecían siempre dificultades y no se podía razonar con este bendito Vicario para poder resolverlas. Parecía que todo estaba resuelto, y, en el instante en que me enviaban los papeles, surgió la dificultad de que, según la dispensa pontificia, se debían hacer las amonestaciones. Dije al Vicario que V. S. las dispensaría; pero él comenzó a repetir *no puede, no puedo, no puede, no puedo,* y tuve que irme con los papeles. Dejo el asunto en sus manos: si V. S. estimase, en este caso excepcional, celebrar personalmente este matrimonio, imagino que los contrayentes no tendrían ninguna dificultad en ir ahí. Quería haber tratado este asunto cuando fuera a ésa, pero no he podido. De todos modos, dígame qué debo hacer.

Nos hemos cruzado por el camino; diferí dos días mi salida para tener el gusto de verle y no he podido. Si desde aquí se pudiese tratar lo referente a las *Lecturas Católicas,* haré lo que me diga. Los mejores presupuestos son: el de Tortone, que hace la rebaja del catorce por ciento, y el de Paravía, el quince por ciento sobre los precios establecidos con Deagostini.

Alguna elección ya se hizo; otras se van haciendo. Antes de que termine esta semana, volveré a escribirle.

Créame, con la máxima veneración en el Señor,

De V. S. Ilma. y Rvma.

Turín, 16 de diciembre de 1855

Seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[869] **C**

Monseñor Moreno había enviado al Oratorio al joven Thomas Louis Jarach. El día 29 de diciembre de 1860, el alumno escribió al Obispo para darle las gracias y enviarle sus felicitaciones. La carta está en francés. La acción de gracias la daba de la manera siguiente: «¿Quién ha sido favorecido más que yo por V. S. que, con amor de padre, me ha proporcionado mi felicidad espiritual y temporal, que me ha puesto en estado de gracia, en medio de los hijos de María y me ha hecho capaz de ganar el Paraíso? Nunca olvidaré los beneficios que su magnánimo corazón se dignó hacer por mí y por toda nuestra familia».

Don Bosco añadió de su puño y letra:

P.D. Esta carta fue pensada y escrita por Jarach; es el primero del primer curso de retórica, que es una clase muy numerosa. Es un verdadero modelo en conducta.

Permítame unir mis felicitaciones a las del buen Jarach, que le ofrezco de todo corazón y con la más profunda gratitud en el Señor, mientras me profeso,

De V. S. Ilma. y Rvma.

30 de diciembre de 1860

Seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

D

El mismo Jarach volvió a escribir al Obispo, en italiano, el día 25 de octubre de 1861, para que lo ayudara, porque pensaba abrazar el estado eclesiástico. «Don Bosco, *escribe él,* mi amado Padre, me ha tenido hasta ahora gratuitamente en su casa y está dispuesto a hacer cuanto pueda por mí; pero, teniéndose que hacer gastos mayores para abrazar el estado eclesiástico y encontrándose la casa en grandes estrecheces, acudo a usted». *Y recordando el pasado, hace alusión a la caridad que le dispensó el Obispo asistiéndole en su* «renacimiento a la gracia de Cristo».

Otra vez añadió don Bosco unos renglones a la carta.

P.D. Esta carta fue pensada y escrita sin sugerencia de nadie. Se la envío a V. S. para que conozca los sentimientos de gratitud que alimenta en su corazón,

De V. S. Ilma. y Rvma.

Seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Monseñor contestó al joven: «Mi buen Tomasito: Con gusto me he enterado de su determinación de abrazar el estado eclesiástico y le concedo que vista el hábito clerical; al vestirlo, le convendrá repetir: *Dominus pars haereditatis meae.* De buen grado **[870]** seguiré contribuyendo a los gastos necesarios y ya me puse de acuerdo con don Bosco al respecto; esperamos que la divina Providencia seguirá ayudándonos. 30 de octubre de 1861».

VII

Carta a la condesa Passi

Esta carta iba dirigida a la condesa Isabel Passi Zineroni, de Bérgamo, que había implorado oraciones en favor de la nuera, la condesa Julia Passi Valier, gravemente enferma. El autógrafo obra en poder del conde Enrique Mateo Passi, presidente de la Sociedad Católica de Seguros de Verona.

Ilustrísima Señora:

He recibido su carta y no dejo de rezar y también hacer rezar a mis pobres muchachos por la persona que me recomienda; es más, he procurado ya que se hagan algunas comuniones en favor de la joven enferma por la que me escribe.

Dios es infinitamente bueno y todopoderoso: fe.

La Santísima Virgen Auxiliadora les bendiga a usted y a su familia; ruegue usted también por mí, suyo en J. C.

Turín, 9 de julio de 1867

Seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

VIII

Don Bosco en Verzuolo

Don Bosco fue a Verzuolo, distrito de Saluzzo, el día 9 de septiembre de 1866. Por qué fue allí lo dicen estas dos cartas. Una es del futuro cardenal Cagliero al caballero José de Rovasenda y la otra de la condesa Adela de Rovasenda al reverendo Botta, párroco del pueblo. Fueron publicadas en 1929 en un número único, con motivo del primer Centenario de la erección de la parroquia del Santísimo Nombre de María en Verzuolo. (Tip. Operaia, Saluzzo 1929).

A

Ilmo. Señor:

He comunicado a don Bosco el programa de la fiesta del Santísimo Nombre de María en Verzuolo, que le gustó y aceptó. Por tanto, *si no se viene abajo el mundo,* esperamos celebrar una bonita fiesta. El aceptó, además, predicar el panegírico, etc.

[871] También le he entregado el generoso donativo de V. S. y me dijo que puede quedar tranquilo, pues la Virgen (con la confianza que le tiene) le defendería y libraría del *cólera* con toda su familia.

Más aún, añadió que, si otras personas allegadas dan algún donativo para la iglesia de María Auxiliadora, les asegura la liberación del inminente peligro.

—Aviso al lector.

Supongo que también está ahí la señora Condesa y ruego le presente mis saludos y los de don Bosco, extensibles a su diminuta familia.

Nosotros dos por nuestra parte intercambiaremos los saludos por un fuerte apretón de manos que no dañará a ninguno. Ruegue por mí,

De V. S. Ilma.

Turín, 28 de agosto de 1866

Afmo. s. s.,
JUAN CAGLIERO, *Pbro.*

B

Muy reverendo Señor:

Acabo de recibir en este momento su apreciadísima carta y con mucho gusto me impongo el deber y la atención de responder en seguida, entrando en materia sin más preámbulos.

En 1865 se llamó a Verzuolo una famosa banda musical de un pueblo vecino: era muy buena y la misa solemne no dejó nada que desear y gustó a todos. Pero quizás la abundante bebida de la comida nubló los sentidos y la voz de los virtuosos, y la música de la tarde, en las ¡Vísperas y la Bendición resultó francamente espantosa!

Mi suegra, la condesa Josefina de Rovasenda, dijo al salir de la Bendición a la Baronesa Mongiardi, abuela del futuro Arzobispo de Génova, monseñor Eduardo Pulciano (que iba de muchacho todos los años a veranear en Verzuolo a casa de su santa abuela): «¡Es preciso que no se repitan semejantes escándalos en Verzuolo! Rogaremos a don Bosco que otro año venga con sus músicos a celebrar la fiesta del Santo Nombre de María. Yo hospedaré a don Bosco y a algunos de sus músicos. Tú hospedarás a algunos más, en las diversas casas hospedaremos a todos, y la fiesta resultará ciertamente hermosa y don Bosco nos predicará el panegírico». La Baronesa asintió muy gustosa y todos los veraneantes se ofrecieron a contribuir para dar hospedaje y atender en todo a los músicos. La noticia corrió de boca en boca por toda la población, con mucho agrado de todos.

Al año siguiente, 1865, estábamos, como de costumbre, veraneando en Verzuolo, pero antes de lo acostumbrado, creo que a fines de junio. Me parece que el *cólera* estalló en la primera mitad de agosto y, un día, el señor Emilio Boarelli, padre de la llorada señora Quagliotti, **[872]** que me parece era alcalde del pueblo, hombre bonísimo y que no se oponía a las fiestas de Iglesia, vino a ver a mi suegra y le dijo que había en el pueblo quien murmuraba contra la ida de don Bosco, como de algo imprudentísimo, porque se llenaría la iglesia de gente con gran peligro de que aumentara el contagio. Este, en efecto, poco tiempo después aumentó hasta presentarse nueve casos en un día, dando así mayor razón a los murmuradores.

Mi suegra, que había conocido de pequeñito al señor Boarelli, le aconsejó que no se dejara acobardar por las habladurías, puesto que la ida de don Bosco más que ocasionar un aumento del mal, sería capaz de librarnos de él.

Llegó, pues, don Bosco. Música maravillosa y enorme gentío en la iglesia. Por la tarde, el venerable Siervo de Dios predicó el panegírico. Después de hablar de la Virgen batalladora y del origen de la fiesta del Santo Nombre de María, añadió: «Pero la Virgen Santísima no sólo ha sido invocada en las guerras, sino también en las pestes. Vosotros estáis afligidos con el *cólera;* si he de deciros mi pensamiento o inspiración, todo el que rece la jaculatoria: *«Santa María Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores»,* no será atacado por el cólera.

He procurado decir las palabras que me parece son las del Venerable don Bosco; pero lo que me siento capaz de poder jurar es el sentido de las palabras, la segunda parte del *Avemaría,* que nos dio como jaculatoria sin la conclusión *«ahora y en la hora de nuestra muerte»* y haber oído decir que ya no hubo ningún caso más de cólera. Este es mi recuerdo exacto, que estoy dispuesta a jurar con la mano sobre el Evangelio.

Haga Dios que yo viva hasta verle en los altares...

De V. S. M. Rvda.

Génova, 20 de diciembre de 1917

Segura servidora,
Condesa ADELA DE ROVASENDA

El beneficio, aun sólo material, de la ida de San Juan Bosco a Verzuolo no se puede comparar en modo alguno con los gastos registrados en el libro de contabilidad de la sacristía, en el que se encuentra anotado para las fiestas de septiembre de 1866: A don Bosco, para el sermón del Santísimo Nombre de María, diez liras. *En efecto, consultando el Registro de defunciones se encuentran en aquellos días quince defunciones en la Parroquia de Santa María, disminuyendo después en seguida hasta llegar a la normalidad. Beneficio espiritual se realizó en un aumento general de confianza en la protección de María Santísima, de suerte que algunos años después, queriéndose instituir en la parroquia la Compañía de las Hijas de María, las Celadoras se presentaron a don Bosco en Turín y obtuvieron de él orientación y aclaraciones para hacerse con un cuadro de Rollini y establecer la Pía Asociación que sigue celebrando la fiesta de María Auxiliadora, como su Patrona especial, en el segundo domingo de octubre.*

[873] **IX**

Nueve cartas de don Bosco a la marquesa María del Carmen de Labrugnière nei Gondi (Florencia)

La primera de estas cartas es una de las breves circulares que don Bosco enviaba a los más insignes bienhechores cuando volvía de Roma. En las tres siguientes, intenta consolar a la Marquesa, que acababa de perder a su joven marido (1842-1869), con quien se había casado en 1865.

En la sexta se tiene, tal vez, una prueba de que la correspondencia de don Bosco era vigilada. Para que la carta no parezca que es suya, don Bosco hizo escribir la dirección por otra mano.

En la octava carta se habla de la suntuosa alfombra, ofrecida por las Cooperadoras florentinas en 1875 (Vol. XI, pág. 211). *Las donantes, temiendo una incautación de los bienes de la Iglesia, habían propuesto que la alfombra figurase como de su propiedad. En casa Gondi se guarda la escritura de entrega en depósito.*

Estas y otras noticias, que se encontraban al pie de algunas páginas, nos fueron facilitadas, junto con las cartas, por la marquesa Magdalena Patrizi Montoro, hija de la destinataria. A la misma debemos también el grupo de cartas que siguen.

A

Su Santidad el Papa Pío IX, queriendo conceder beneficios espirituales a las familias que, de algún modo, han ayudado a la institución de los niños pobres del establecimiento llamado Oratorio de San Francisco de Sales, concedía nominalmente a la familia de la Marquesa María Gondi y, por su medio, a todos los parientes afines y consanguíneos hasta el cuarto grado:

1. Bendición apostólica.
2. Indulgencia plenaria todas las veces que comulguen.
3. Indulgencia plenaria en el momento de la muerte.
4. Indulgencia aplicable a las Almas del Purgatorio.

Roma, 8 de febrero de 1870

JUAN BOSCO, *Pbro.*

B

Ilma. Señora:

He recibido su respetable carta, que me ha producido verdadera satisfacción. Por ella descubro que su corazón está lleno de amargura por la pérdida de su llorado marido, pero que se ha sosegado algún tanto para dar paso a la resignación **[874]** a la voluntad de Dios, a la que, quiérase o no, hay que someterse.

No tema que disminuya el afecto de su marido en la otra vida; por el contrario, será mucho más perfecto. Tenga fe; lo verá en una condición mucho mejor que cuando estaba con nosotros. Lo más agradable que puede hacer por él es ofrecer a Dios todo afán por el descanso de su alma.

Permita que le hable con un poco de libertad. Es verdad de fe que, en el cielo, se goza de una vida infinitamente mejor que la terrestre. ¿Por qué, pues, entristecerse, si su marido fue a la posesión de ella?

Es de fe que la muerte para los cristianos no es separación, sino dilación de la posibilidad de verse. Paciencia, pues, cuando alguno se nos adelanta; no hace más que ir a prepararnos el lugar.

También es de fe que, en todo momento, usted puede con las obras de piedad y caridad hacer un gran bien al alma del difunto; ¿no tiene, por tanto, que disfrutar su corazón por haberle Dios concedido sobrevivir?

Además, la asistencia de sus hijitos [1], el consuelo al suegro, la práctica de la religión, la difusión de los buenos libros, el dar buen consejo a quien lo necesita, ¿no son cosas que deben hacernos bendecir al Señor a cada momento por los años de vida que nos concede?

Y hay otros motivos más, que no creo, por ahora, conveniente manifestar.

En conclusión, adoremos a Dios en todo, en los consuelos y en las aflicciones, y tengamos la seguridad de que es un buen Padre y no permite pruebas superiores a nuestras fuerzas; que es todopoderoso y puede, por consiguiente, aliviarnos cuando quiere.

Mientras tanto, he recomendado siempre a usted y a su familia al Señor en la santa misa y seguiré haciéndolo en particular en las oraciones comunitarias ante el altar de María.

Me han comunicado que la señora Mariana del Turco [2] se encuentra mejor. Bendito sea Dios, sigamos pidiendo por ella con nuestras oraciones.

Le ruego participe mis saludos a toda su familia y también a la familia Ugucciono [3], si tiene ocasión de verla.

[875] Que Dios bendiga a usted y sus trabajos; ruegue por mí, que me profeso,

De V. S. Ilma.

Turín, 28 de marzo de 1870

Seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

---

[1] Magdalena, nacida en 1866 y casada con el marqués Felipe Patrizi en 1885; Carlos, nacido en 1868 y casado con Luisa Guicciardini en 1891. La marquesa Magdalena Patrizi nos ha facilitado las copias de estas cartas y las del número X.

[2] Mariana Gondi, casada en 1862 con Pedro Francisco Rosselli del Turco, hermana del llorado consorte y madre de Antonio, Pío, Esteban, Juan, María Teresa y Felipe.

[3] La familia Ugucciono se componía entonces de la señora Jerónima Ugucciono Gherardi

C

Benemérita Señora:

He tardado algo en responder a su respetable carta hasta tener la tranquilidad, que me faltó precisamente los días pasados.

Me alegro mucho de que la calma y la resignación empiecen a abrirse paso en su corazón. Nosotros solos no podemos nada, pero, con el auxilio de Dios, lo podemos todo. Siga dedicándose a hacer obras de caridad y alternando con personas piadosas y amigas; ello le ayudará moralmente.

Celebro que el R. P. Messi [1] le haya concedido comulgar varias veces por semana. Sea una por el marido difunto, otra por sus niños y la tercera a María Dolorosa, para alcanzar resignación a la voluntad de Dios.

Me insta para que le manifieste algunas razones providenciales con respecto a usted. Tendría muchas; empiezo por las que, a mi entender, no superan las fuerzas actuales. Heme aquí, pues, para hablarle con la voz del Señor.

1. Tu marido fue llamado a mí, porque yo le tenía preparado un puesto mucho mejor del que él tenía en la tierra, donde le aguardaban muchos peligros espirituales y temporales.

2. Tú misma lo necesitabas; si tú hubieses tenido que morir antes que él, la separación habría sido demasiado amarga y cruel; por el contrario, cuando llegue el último día, tendrás un gran consuelo con el pensamiento de que el objeto más querido te espera en el seno del Creador.

3. El pan, que hace casi un año mezclas con tus lágrimas y tu dolor, aunque la falta de resignación disminuye algo el mérito, sin embargo, fue un gran tesoro para aliviar a tu marido, hacerte conocer la nada de las cosas de la tierra y también para darte ocasión de hacer un poco de penitencia por la vida pasada y, mucho más, para evitar una larga serie de peligros espirituales que te habrían amenazado.

4. Para dar en el mundo ejemplo de la madre que, en la flor de los años, renuncia a toda idea terrena para dedicarse a sus hijos. Contrariamente a lo que hacen tantas madres desnaturalizadas que, al pasar a segundas nupcias, abandonan sus criaturas en manos de personas **[876]** asalariadas que, con servil educación, les dan a beber el vicio antes de que lo puedan conocer, etc.

No sé si la molestará todo esto, que habría querido manifestarle antes. Le escribiré muchas otras cosas a medida que su corazón la tenga preparada. Le advierto que hablo con usted con la más franca confianza. Estas cosas demuestran la bondad del Señor con respecto a usted.

Mil saludos para la señora Jerónima, para su señora cuñada y suegro [2]. Que Dios los bendiga a todos; ruegue también por mí, que de todo corazón la bendigo.

Turín, 17-7-70

Seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

(1812-1899) y de la hija Mariana, casada con José Rosselli del Turco (1837-1905) y madre de Juan Bautista, Gertrudis, María Isabel, Diana, Tomás.

[1] Filipense, su confesor y más tarde Obispo de Livorno.

[2] Señor José Gondi (1808-1882).

B

Benemérita señora Condesa:

Aunque no pueda encontrarme con los que, el viernes, rezan sobre la tumba de su llorado esposo, sin embargo no dejaré de hacer desde aquí cuanto sé que le interesa. Así, pues, esa mañana en la iglesia de María Auxiliadora, celebraré la santa misa; mis muchachos, que pasan de ochocientos, rezarán el Rosario y comulgarán, en sufragio de su alma, que, hablando en plata, creo está en el Paraíso hace mucho tiempo.

Mientras tanto consolémonos, como dice san Pablo, con la esperanza de que pronto veremos a nuestros seres queridos, pues la muerte no es para los cristianos una separación, sino una simple dilación de la posibilidad de verse, y usted tenga fe en ello; verá, es más, veremos en mejores condiciones a todos los que fueron instrumentos de afecto con nosotros y cuya felicidad nosotros podemos aumentar en la vida presente.

Ahora paso también a mis preocupaciones. El reclutamiento militar que se está efectuando alcanza a algunos de mis mejores clérigos, que, como no sea por una extraordinaria ayuda de la divina Providencia, tienen que cambiar el breviario por el fusil. He pensado más de una vez para mis adentros: ¿quién sabe si la señora condesa Gondi podrá echarme una mano en esta mi empresa? No hago más que exponer la cosa. Cada clérigo puede librarse con tres mil doscientas liras. Si usted, en sufragio del alma de su marido y de los demás parientes, pudiese hacer esta caridad, además del mérito que tendría ante Dios, este sacerdote se obligaría a tener cada día un recuerdo especial en la santa misa por usted y por toda su familia. La libertad con que escribo, dará a usted mayor libertad para contestar. Como quiera que proceda, no dejaré de invocar constantemente la bendición del cielo sobre usted, sobre sus hijos, sobre su señor **[877]** suegro, para que Dios colme a todos de sus dones y los haga felices en el tiempo y en la eternidad.

Me encomiendo con mis muchachos a sus santas oraciones y créame de V. S. B. agradecido

Turín, 19 de octubre de 1870

Seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

E

Benemérita señora Condesa:

Agradezco su buena voluntad y la esperanza que me da de acudir en mi ayuda para rescatar algún buen sacerdote que regalar a la Iglesia hoy tan atormentada. Rogaré a Dios que la bendiga y que prosperen sus negocios temporales, de modo que los recursos se hagan abundantes para satisfacer la bondad de su corazón y también las necesidades que, por desgracia, nos apremian continuamente.

Además, para favorecer su petición y conociendo su devoción a la gran Madre de Dios, haremos el próximo martes, octavo día de la novena, un servicio religioso. Reunidos ante el altar de María Auxiliadora, nuestros muchachos harán oraciones especiales, la santa comunión, el rezo del rosario; yo celebraré la santa misa a las siete de la mañana. Todo esto, según su piadosa intención, esto es, a fin de que Dios conce-

da el Paraíso, si todavía no estuviese en él, a su llorado marido; salud, valor, temor de Dios para sus hijos y, para todos, el precioso don de la perseverancia en el bien.

Que Dios la bendiga, señora Condesa, y le haga verdadera madre misericordiosa de los pobres en esta tierra, con el premio de los justos en el paraíso. Amén.

Ruegue por mi pobre alma y creáme en J. C.,

De V. S. B.

Turín, 3-12-70

Seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

F

Benemérita señora Condesa:

Voy a escribir la presente, la tercera que escribo desde aquí. No sé realmente explicarme. Escribo cartas y más cartas y muchas no llegan a su destino. En cambio, las suyas me llegan regularmente.

Si llega ésta, le llevará la noticia de que, probablemente, el día dieciocho de marzo de este mes pasaré por Florencia, donde me detendré casi una jornada y este tiempo sería para usted; así, ya que no podemos hablar por escrito, lo haremos personalmente.

Vuelvo a decirle que he recibido las doscientas liras que envió para **[878]** nuestras necesidades y hemos celebrado una misa, con el rosario y comunión de nuestros muchachos, según su piadosa intención.

Que Dios les bendiga a usted, a su familia, a su señor suegro, y créame agradecido

Turín, 8-6-71

Seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

G

Benemérita señora Condesa:

Se recibió la famosa alfombra y, como ya habrá sabido por los periódicos, fue el más hermoso obsequio de nuestra fiesta. Doy a usted y a todas las demás señoras las más expresivas gracias y pido a María se digne recompensar a todas dignamente, ayudándolas en vida, asistiéndolas en la muerte y recibiéndolas, en su día, en la eterna bienaventuranza, todas alrededor de Ella y conmigo en un rinconcito abajo muy abajo.

Tenga la bondad de decirme si, para enviar una carta a las personas cooperadoras nombradas en la suya, basta aquella sencilla dirección. Por mi parte, pensaré en cumplir mi deber.

Dios la bendiga, señora Condesa, y bendiga con usted a toda su familia. Rezare-

mos cada día por usted y ayúdeme con la caridad de sus santas oraciones mientras, con profunda gratitud, me es grato poderme profesar,

De V. S.

Turín, 27-5-75

Seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

H

Benemérita señora Condesa:

La señora condesa de Bricherasio me ha comunicado la escritura de entrega en depósito de la alfombra, caritativamente ofrecida a la iglesia de María Auxiliadora por las señoras florentinas. He examinado el escrito y, si la cosa quedase sólo entre nosotros, se calcularía, como usted se dignó escribir, que es una simple formalidad. Pero, cuando llegue a manos de los que vengan después de nosotros, parece algo humillante para el Rector de la iglesia y causa de disgustos para nuestros herederos; cosa muy lejana de nuestro común deseo.

Sin embargo, deseando condescender con sus santos deseos, suscribo con gusto la obligación mencionada, rogando solamente que se quiten dos palabras a la segunda condición y, por consiguiente, también la tercera, que es consecuencia de ésta; ruego, además, de manera particular, a V. S. Ilma. se digne perdonarme si miro el diente del caballo regalado, **[879]** como reprueba el refrán. Entre nosotros, es acaso la primera vez que se hacen escritos similares, especialmente para una iglesia, que pertenece a una congregación de personas, en las que la posesión se perpetúa con la más exacta garantía.

Como quiera que sea, no dejaré de hacer cada día un memento especial en la santa misa por usted, benemérita señora María, por toda su familia y por todas las caritativas señoras que pusieron su mano generosa en esta obra.

Me encomiendo a la caridad de sus oraciones y créame sumamente agradecido,

De V. S.

Turín, 28, 6, 75

Seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

I

Benemérita señora Condesa:

Me alegro de que V. S. y su familia disfruten de buena salud y pido a Dios se digne conceder a usted y a su niña largos años de vida.

No dejaré de hacer oraciones especiales por el viaje que va a emprender. No lo dude, será feliz.

En otoño estoy siempre aquí o muy cerca de Turín; por consiguiente, si antes de su regreso, puede cómodamente avisarme qué día pasará por esta nuestra ciudad, yo

podré fácilmente encontrarme en casa y sentiría mucho que llegara usted aquí en mi ausencia.

Que Dios les bendiga a usted, a su niña y a su suegro y recen por mí que soy

Turín, 8-9-72

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. Al llegar a Turín, basta que diga a cualquier cochero de punto: lléveme a don Bosco. Eso basta.

X

Seis cartas de don Bosco al marqués Juan Patrizi Montoro

A

En las conferencias anejas, de que se habla aquí, véase lo que Lemoyne escribe de ellas en el volumen V, pág. 338. Don Bosco había tratado de ellas en casa del marqués Patrizi (1. c. pág. 619), que presidía en Roma las Conferencias de San Vicente.

[880] *Muy apreciado en el Señor:*

Antes de salir de Roma, tenía vivo deseo de hablar una vez más con usted, para agradecerle las grandes atenciones que había tenido conmigo y para recomendarle las conferencias anejas, aunque estoy firmemente convencido de que hará lo que pueda sin más recomendaciones. Hablé de usted y tendré que hacerlo a menudo, porque me ha dado materia para ello, y sea esto para mayor gloria de Dios.

El teólogo Murialdo, mi colega, me ha participado que asistió a la Conferencia de Nuestra Señora de la Encina y que le pareció bien encaminada. *Deo gratias:* ánimo. Recomiende siempre la cosa al abate Biondi y al abate Cattini. Tan pronto como se encuentre con los jovencitos de la conferencia aneja, salúdemelos cariñosamente en el Señor y dígales que mis muchachos les tienen mucho afecto y, al tiempo que rezan por ellos, les recomienden firmeza y perseverancia.

Yo sigo recomendándole las *Lecturas Católicas* y necesitaría que alguien me tuviese al día de cuanto se hace a este propósito para saber si las expediciones llegan puntualmente, si se detienen, si hay que aumentar o disminuir el número de ejemplares de los asociados.

Sin duda que las graves y diarias ocupaciones a que atiende, le dejan poco tiempo libre, pero su caridad sabrá encontrar algún ratito para dedicarlo a las *Lecturas Católicas.*

Le ruego salude y dé las gracias a todos los buenos señores, que propagan estos libritos. Dios se lo tendrá en cuenta. Si usted viniese por estas tierras, no deje de acercarse a ver a nuestros muchachos y nuestras conferencias; usted mismo me dio alguna esperanza de ello.

Dios le guarde y la Virgen Inmaculada bendiga a usted y a toda su familia. Créame en el Señor.

Turín, 22 de mayo de 1858

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P.D. Si tiene ocasión, salúdeme al señor duque Salviati.

B

Por esta carta se ve que el Marqués tenía pensado emprender en Roma una publicación periódica, como la de las Lecturas Católicas.

Ilmo. señor Marqués:

Se acerca el otoño y yo voy hablando de V. S. como si ya estuviese entre nosotros. Pero quisiera que su visita no fuese de improviso; por esto, haría muy bien y me gustaría mucho que, antes, me enviase unas letras para estar yo seguro de que se encuentren en Turín otros amigos que, de lo contrario, **[881]** tal vez estarían ausentes. Quisiera también que pudiera estar siquiera un día festivo y así vería nuestras asambleas generales. He tenido también un gran olvido en el que debo detenerme: es rogarle se digne aceptar una habitación en nuestra pobre casa y considere como suyo cuanto en ella tenemos. La invitación es un poco atrevida; ahora veré si mis esperanzas no quedan frustradas.

Recibirá los fascículos de las *Lecturas Católicas,* de acuerdo con el número de los asociados de Roma. Los gastos, que usted tenga que hacer, descuéntelos de las cuotas de asociación. Me alegro mucho de que S. S. haya tomado en consideración las *Lecturas* y más aún el incremento que ahí van tomando. Pero mi parecer sería que, mientras no se puedan imprimir en Roma, se envíen desde aquí los fascículos a todos los que los piden, y eso para tener viva la idea, que parece haber entrado santamente en la mente de muchos; de lo contrario, pasa lo que al hierro, que se enfría a medida que se aleja del fuego. Debo, en todo caso, prevenirle que, al ser muchos los ejemplares que se imprimen, se ponga mucho cuidado para que los temas sean adaptados al pueblo con vocabulario, estilo y pensamiento sencillos, de lo contrario, las iniciativas mueren lo mismo que nacen. Los colaboradores que me indicaba no valen para estos trabajos; están acostumbrados a hablar a gente culta y sería una verdadera excepción si lograsen abajarse y hacerse entender por el pueblo. Podrían, al menos por algún tiempo, seleccionar los que parecen convenir más de entre los fascículos publicados hasta ahora y reproducirlos. Todo esto *in nomine Domini.*

He leído con verdadera satisfacción el progreso de la conferencia aneja de Roma; nuestros jóvenes, al oír la relación, rompieron a aplaudir y van diciendo y repitiendo a cada paso: demos gracias a Dios que multiplica sus bendiciones sobre la afortunada juventud de Roma. Hablaremos de esto cuando esté usted entre nosotros.

Le ruego eche al buzón de correos las cartas que le acompaño. Animo, señor Marqués, tiene usted una gran mies entre manos, pero no olvidemos que trabajamos por un amo, que paga con una medida colmada todo nuestro trabajo, aun el más

pequeño. Ruegue por mí y por mi familia y dígnese contarme entre los que, muy agradecidos, se profesan de V. S. Ilma.

Turín, 8 de agosto de 1858

Atto. y seguro servidor y amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

C

Mi querido don Juan en el Señor:

El reverendo Honorio Taramelli va a Roma para arreglar sus asuntos relacionados con su ministerio sacerdotal. Si usted puede facilitarle un momento de audiencia con S. E. el Cardenal Vicario, me haría un favor. **[882]** Tuvo la desgracia de caer en la herejía protestante; ahora la ha abandonado y quiere vivir y morir como un buen sacerdote. Lo recomiendo a la atención de sus buenos oficios.

Va con él también a Roma el doctor en derecho, José Barlani-Dini, para arreglar algunos asuntos de contabilidad que tiene con su Secretario de usted. Es persona de sanos principios y católico de pura cepa.

Nuestras conferencias anejas siguen alegremente a pesar de las dificultades. Los frutos son muy satisfactorios. ¿Sigue todavía la conferencia de Roma?

Los Oratorios florecen por su número y sus buenos resultados. En esta casa pasan de los seiscientos. Siempre que hablamos de usted, pido que la divina Providencia haga que un día u otro tengamos la suerte de tenerle con nosotros para edificarnos con sus palabras y con sus rasgos de caridad.

El conde Cays, el conde Collegno, el masrqués Fassati y el conde Giriodi, presidente de la conferencia de Turín, le envían sus saludos.

Me sumo a todos ellos para impetrarle del cielo salud, gracia y ánimo y encomendarnos todos a sus devotas oraciones, al tiempo que, con verdadera gratitud, considero como mi mayor dicha poderme profesar,

De V. S. en el Señor

Turín, 1862, 18 de agosto

Afmo. seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P.D. Le agradezco lo que hace por nuestra rifa y se la recomiendo.

D

Mi querido don Juan:

Le envío un recibo de la cantidad que me envió, de la forma y con las palabras que en su bondad se dignó indicarme. Celebro mi poca exactitud, porque así he tenido el gusto de recibir directamente sus noticias, ya que, aparte las que me trajo la benemérita duquesa Melzi, son muy raras las que podemos tener.

Queridísimo don Juan, el Señor quiere que pasemos por grandes pruebas; ¡es la

primera vez que, en esta nuestra ciudad, se ve a un propagandista protestante predicando en las plazas! Imagínese el escándalo y el daño que hacen; los libros, las hojas sueltas, catecismos, sermones, promesas de empleos, limosnas, donativos son los medios que suelen emplear los protestantes. El clero trabaja sin descanso y con firmeza, pero, preciso es decirlo, la juventud corre gran peligro.

[883] A pesar de esto, los oratorios se llenan hasta ahora en los días festivos y, ordinariamente, pasan de tres mil muchachos. En esta casa hay setecientos internos, que son los más desamparados y los que están en mayor peligro. Tenemos también dos muchachos que son de Roma.

Nuestra casa, gracias a Dios, marcha bien; muchos sacerdotes y clérigos, el caballero Oreglia, el conde Cays, el marqués Fassati se suman a mí para ofrecerle sus cordiales saludos y todos se encomiendan a sus fervorosas oraciones. Mientras me encomiendo, con mis muchachos, a la caridad de sus fervorosas oraciones, considero felicísimo el momento en que puedo profesarme suyo en el Señor.

Turín, 20 de junio de 1863

Afmo. y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P.D. Si la Divina Providencia le pusiera en condiciones de ofrecer un donativo, haría una gran obra de caridad para bien de las almas.

P.D. Esta carta fue detenida en Correos, fue abierta y devuelta a quien la escribe. Vuelvo a enviarla certificada.

Veremos si vuelve a ser interceptada.

Turín, 24 de octubre de 1863

JUAN BOSCO, *Pbro.*

E

Queridísimo señor Marqués:

Recibida su carta con la nota de las cargas y derechos señalados para el capellán de Montoro, di al punto comunicación a dos sacerdotes con los que había hablado antes. Tanto uno como otro encontraron la propuesta digna de consideración por todo concepto; mas, a la hora de decidirse, observaron que su situación económica quedaría menoscabada, puesto que, sólo con la escuela elemental, uno percibe mil doscientas liras y el otro mil. Su personal queda en libertad para ocuparse en cualquier cosa a su favor.

Le diré el motivo. La escasez de sacerdotes, en general, se nota también entre nosotros, pero los sacerdotes de la clase que usted desea y los únicos que yo quiero proponer, son muy solicitados por los Obispos y bien retribuidos por la importancia de los asuntos que se les pueden confiar. Si a lo largo del año, llego a encontrar alguno libre de todo compromiso que nos convenga, se lo notificaré, para saber si todavía hay necesidad de él.

[884] Ayúdeme a llevar adelante la iglesia de María Auxiliadora y yo le pediré que le prepare una preciosa corona en el Cielo.

Dios le bendiga; ruegue por mí que, agradecido, tengo el gusto de profesarme su

Turín, 12 de noviembre de 1863

Afmo. servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

F

Queridísimo señor Marqués:

He recibido con verdadera satisfacción su apreciada carta y me alegro en el Señor que le dé salud y voluntad para seguir con sus buenas obras.

Respecto al sacerdote de que le hablé, parece que hay esperanza de encontrar uno de buen espíritu, pero ya está empleado; queda por ver si su posición no sufre ningún quebranto con el cambio que se proyecta. Haga, pues, el favor de decirme:

1) Si se busca un sacerdote diplomado para dar clase y cuáles son las cargas precisas de su oficio.

2) Qué emolumentos percibirá y si la celebración de la misa lleva consigo la aplicación del santo sacrificio o si queda libre. Pregunto esto, porque el sacerdote de que se trata tiene una obligación que lo ata a la aplicación de algunas misas, pero sin obligación de residencia. En cuanto tenga estas aclaraciones, trataré pronto el asunto.

Estuve en Lonigo y he hablado mucho de usted en casa Sorango, donde usted había estado poco antes. ¡Qué buena y santa familia! También he pasado por Milán, donde paré unas horas para ver al señor duque Scotti y a la señora duquesa Melzi, pero ambos habían salido para Roma. Me haría un gran favor, cuando tenga ocasión de verlos, si se digna presentarles mis respetuosos saludos. Dios bendiga sus trabajos, querido señor Marqués; ruegue por mí y por esta mi familia y considéreme, con el más sincero aprecio y gratitud,

De V. S. Carísima.

Turín, 23 de octubre de 1865

Seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

XI

Carta de don Bosco al reverendo Oggero

Era párroco de Rivarolo Lígure. No nos consta que don Bosco fuera en otoño de 1870 a Génova, como manifestaba aquí que deseaba hacer.

Muy apreciado en el Señor:

Bendito sea Dios en todo. Sólo El puede consolarnos en las terribles angustias, que al presente orpimen la situación moral de la humanidad. Recemos y yo dispondré que se haga también alguna oración, **[885]** en honor y ante el altar de María Auxiliadora, para el fin que me indica.

Mientras tanto, como tengo que darme un paseo hasta Génova durante el próximo otoño, no dejaré de seguir su amable invitación y detenerme en la Cartuja de Rivarolo de la que es usted digno párroco.

Dios le bendiga y ayude a llevar a cabo sus proyectos; ruegue por mí y por mis pobres muchachos y créame en J. C.

Turín... 1870

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

XII

Carta de don Bosco a don Pedro Guidazio

Don Pedro Guidazio, fundador del colegio de Randazzo en Sicilia, estaba en 1870 en Lanzo, como clérigo y consejero de aquel capítulo. Entró en el Oratorio a la edad de veinticinco años, después de haber rodado mucho por el mundo; dotado como estaba de viva imaginación, sentía el peso de la nueva vida y, a veces, se dejaba vencer por el desaliento. Se deduce de esta carta que estaba tentado de volver atrás.

Muy querido Guidazio:

Siempre estarás inquieto y no serás feliz hasta que no lleves a la práctica la obediencia prometida y te pongas totalmente bajo la dirección de tus superiores. Hasta ahora te ha atormentado cruelmente el demonio, arrastrándote a hacer lo contrario.

Por tu carta y las conversaciones habidas entre nosotros, no se trasluce ningún motivo para dispensa de votos. Si éstos existieran, tendría que escribir a la Santa Sede, a la que están reservados. Pero *coram Domino,* yo te aconsejaría la consideración del *abneget semetipsum,* y asegurarte que *vir oboediens loquetur victorias.*

Cree a mi experiencia; el demonio quisiera engañarnos a ti y a mí; en parte, lo logró contigo; conmigo, por lo que a ti se refiere, ha fracasado completamente. Ten plena confianza en mí como yo la tuve siempre en ti, no de palabra, sino de hechos, de voluntad eficaz, de obediencia humilde, pronta, ilimitada. Esto es lo que causará tu felicidad espiritual y temporal y me reportará a mí verdadera satisfacción.

Dios te bendiga y te conceda el precioso don de la perseverancia en el bien; ruega por mí, que te aprecio con paternal afecto,

Turín, 13-9-70

Afmo. en J. C.,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[886]

XIII

Cartas de don Bosco a la condesa Carolina Gambaro

La condesa Carolina Gambaro, hija del barón Cataldi, era mujer del catolicísimo conde Francisco, genovés. Entre estas cartas, hay una dirigida al barón Julián Cataldi, padre de Carolina, renombrado banquero de Génova, en otro tiempo alcalde de la ciudad. Los autógrafos se conservan en el archivo del hijo, conde Julián Gambaro.

A

Mi buena señora Carolina:

La gracia de N. S. J. C. esté siempre con nosotros. Gracias a la bondad del Señor, me encuentro en un estado de salud como para poder volver a Turín y reanudar, al

menos, mis más apremiantes ocupaciones. Agradezco a usted, a Mamá, y a toda la familia el interés que tienen por mi curación; tengan a bien rezar para que pueda emplear toda mi salud para la mayor gloria de Dios.

Mientras tanto, le aseguro que, en cuanto llegue a Turín, no dejaré de celebrar las misas que me encarga en el altar de María. Asegure a Mamá que, en Turín, se hacen mañana y tarde oraciones especiales por ella; el domingo celebraré yo la misa y nuestros muchachos harán la santa comunión con el fin de arrancar de Dios que conceda a Mamá santa resignación con alguna sensible mejoría de su vista. Ella, por su parte, únase con su piadosa intención. No es posible que tantas oraciones no vayan a ser escuchadas.

Dios bendiga a su buena Mamá, a su santo papá y a toda la familia y conceda a todos buena salud y el santo don de la perseverancia en el bien.

Mi salud no me permite pasar por Génova o, mejor, pararme como desean. Espero hacerlo dentro de no mucho tiempo. Diga a Mamá que agradezco sus santas disposiciones para Sampierdarena.

Ruegue por mi pobre alma, yo rezaré por usted y créame con los sentimientos de mi profunda gratitud de V. S.

Varazze, 13-2-72

Don Cuffia le envía sus más respetuosos saludos y no dejará de darme noticias cuando vaya a Génova.

Seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[887] **B**

Ilmo. señor Barón:

El proyecto de una casa en Sampierdarena parece próximo a realizarse. Me escribe el Arzobispo que se ha fijado el día veinte de este mes para extender la escritura de la iglesia y casa aneja de San Cayetano. Ahora se trata de recoger dinero (unas treinta y siete mil liras).

Si en este caso excepcional puede ayudarme, se llevaría a efecto un proyecto ideado el año pasado en su casa de campo de Sestri. Mañana voy a Varazze; el viernes por la tarde, espero estar en Génova y uno de mis primeros pasos será para ir a su casa, a fin de que usted me ayude con su consejo y su acción.

Que Dios les conceda sus bienes, a usted y a toda su familia y, pidiéndole abundante voluntad para usted, me encomiendo a sus oraciones y me profeso,

De V. S. Ilma.

Turín, 11-6-72

Seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P.D. Ruégole remita la cartita adjunta a la Señora Carolina.

C

Muy apreciada señora Carolina:

Mañana voy a Varazze y el viernes por la tarde estaré en Génova, si Dios quiere, y nos veremos en su casa. Diga a su señora Mamá que se ha comprado el local para Sampierdarena y que no nos falta más que el dinero para hacer la escritura; pero de esto espero poder hablar con usted misma.

Ruégole ofrezca mis saludos a su señora Mamá y a toda la familia y créame con profunda gratitud,

De V. S. muy apreciada,

Turín, 11-6-72

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

D

Mi buena señora Carolina Cataldi:

No dejaré de encomendarla en la santa misa. Pida usted también por mí y esta mi familia, que crece cada día más, **[888]** y, por otra parte, al crecer el número y las peticiones, aumenta también la necesidad.

Dios la bendiga y con usted a toda su familia.

Turín, 16-6-77

JUAN BOSCO, *Pbro.*

E

Benemérita señora Carolina:

La señora Josefina Podestà, su hermana, me trajo su donativo de doscientas cincuenta liras y otras ciento, de parte de una persona piadosa.

No pude ver, como era mi deseo, a su hermana y, por eso, creo cumplir con mi deber, asegurándole que me llegó el dinero y que ya lo he gastado; pero me queda la obligación de agradecérselo de corazón y rezar mucho por usted y por toda la familia para que Dios les conserve en buena salud y en su santa gracia.

Ruégole presente mis humildes saludos al señor Francisco, su marido, y le asegure que me acuerdo de rezar en la santa misa cada mañana. Cuando tenga ocasión, ruégole salude a Mamá de mi parte y rece también por mí, que seré siempre en J. C.

Turín, 4-82

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

F

Benemérita señora Carolina:

Recibo su donativo de cien liras para nuestros muchachos, que se encuentran en verdadera necesidad, y, por eso, tenemos mayor motivo para agradecérselo y rezar por usted, por su marido y por toda su familia.

Que Dios la bendiga, benemérita señora Carolina y la Santísima Virgen Auxiliadora le obtenga perfecta salud.

Las mismas bendiciones desciendan abundantemente sobre el señor Gambaro y su creciente familia. Tenga a bien rezar también por mí y por mis huerfanitos (cien mil) y créame en N. S. J. C.

San Pier d'arena, 2-4-82

Seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[889] **XIV**

A los esposos Clara

Carta dirigida a los señores César y Paulina Clara, turineses. El original se conserva en el colegio de los Salesianos de Cúneo. La apremiante recomendación de rezar viene de la necesidad de superar las últimas dificultades que se oponen a la aprobación de las Reglas.

Estampa
de María Inmaculada

Llevad vuestra bendición
a los esposos Clara.

Muy apreciada señora Paulina:

Mañana comienza la novena de san José y deseo que renovemos nuestra confianza en este Santo. Yo rezaré, es más, tendré cada mañana un *memento* especial en la santa misa por el querido César que, según me escriben, no goza de buena salud. Pediremos salud y santidad para los dos; pero ayúdenme usted y el caballero César rezando con esa fe que traslada los valles a las montañas y las montañas a los valles.

Creo que su hermana, la señorita Polliotti, ya le habrá comunicado la bendición del Padre Santo; ahora he querido pedir otra especial para la señora Campana y su marido y, otra, para la señora Jano con objeto de alcanzar para las tres la salud y la fuerza de Sansón.

Yo seguiré todavía dos semanas en Roma; si necesita algo, dígamelo y cumpliré con mucho gusto sus encargos.

Tendría muchas cosas que decirle, pero no quiero confiarlas al papel y me las reservo para contarlas en Turín, a condición de que sea a la hora de la comida y después de un vasito de «barolo», ¿no es verdad?

Una de las razones que me mueven a escribirle es una necesidad especial de oraciones durante estas dos semanas. Tenga la caridad de rezar mucho y hacer rezar también a las almas buenas que conoce, por estos mis asuntos; que yo, además de la gratitud, procuraré recompensarla abundantemente con otras oraciones en otro momento.

Mientras tanto, le ruego salude a la señora Campana de mi parte, y espero encontrarla mejorada. Salude también a la señora Vacchetta, señora Jano, y señorita Polliotti. Saludos especiales para el caballero César, a quien deseo de corazón abundante salud y la alegría de una vida feliz.

Dios los bendiga a todos y créame en J. C.

Roma, 9-3-74
Calle Sistina, 104

Seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[890] **XV**

Carta de don Bosco al clérigo Enrique Morganti

El destinatario, maestro entonces en el Oratorio, era hermano de monseñor Pascual, arzobispo de Rávena y de don Maximino, salesiano también como él.

Mi querido Morganti:

Habla con don Miguel Rúa y él te dirá cuándo podrás ir a tu pueblo para el momento necesario del reclutamiento. Espero que te dejen definitivamente libre y, en este sentido, pido al Señor que te favorezca. Confiemos en María Auxiliadora, que hará lo que no podemos hacer nosotros.

Piensa en tu tercer curso de bachillerato para el próximo año.

Dios te bendiga y reza por mí, que siempre seré tuyo en J. C.

Turín, 29-9-76

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

XVI

Carta de don Bosco a don Juan Grosso

Es el mismo don Juan Grosso, que encontramos en Marsella como maestro de capilla. Era entonces clérigo en Lanzo, desde donde pasó, en otoño, al Patronato de San León, de Marsella.

Mi querido Grosso:

Nada se ha decidido hasta ahora; antes te hablaré de ello. Para el reclutamiento haremos todo lo posible para que quedes libre. Pero esto lo trataremos a su tiempo de palabra.

Tú, procura únicamente ser un salesiano modelo. La obediencia es la base y el apoyo de toda virtud. Espero de ti un milagro que me consuele con una multitud de aspirantes salesianos.

Faxit Deus,

Salúdalos de mi parte. Dios os bendiga a todos y créeme siempre en J. C.

Turín, 17-7-78

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[891] **XVII**

A un alumno de Varazze

El original de esta carta y de la siguiente están en poder del párroco de Albissola Superiore (Savona), don Luis Savina. El joven Simón Caviglia llegó a ser sacerdote y murió siendo párroco del mismo pueblo.

Mi querido Caviglia:

Tú, con una mano, y yo, con dos.

Por tanto, si estás de acuerdo, te cuento desde ahora entre mis queridos hijos de San Francisco.

Termina el curso escolástico y, después, haremos lo que sea menester.

Mientras tanto, tendremos ocasión de hablarnos de nuestras confidencias cuando vaya a Varazze; y, cuando sea necesario, escríbeme con toda libertad.

Dios os bendiga a ti y a todos los de tu casa y créeme siempre en J. C.

Turín, 16-4-75

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

XVIII

Al arcipreste de Stella san Martino

Es ésta una parroquia colindante con Albissola en los Apeninos. Era arcipreste don José Tobía, muerto en 1902.

Muy querido señor Arcipreste:

Don José Monateri, director del Colegio de Varazze, me trajo doscientas liras de parte de V. S. Rvma. para ayuda de nuestras crecientes necesidades.

Le doy gracias de todo corazón y, muy particularmente en este momento, en que tenemos que proveer de pan a nuestros huerfanitos y de ropa a nuestros clérigos, que carecen de ella para la inminente estación invernal.

Para agradecérselo, como hacen los buenos cristianos y usted desea, el día veintiu-

no de este mes, Presentación de la Santísima Virgen en el templo, celebraré por usted la santa misa, y nuestros muchachos rezarán y recibirán la santa comunión según su piadosa intención.

Cuando vaya a Varazze, espero que podré saludarle personalmente y darle las gracias.

[892] Dios nos bendiga a todos y dígnese rogar por mí, que siempre seré suyo en J. C. con gratitud y sincera veneración,

De V. S. Rvma.

Turín, 11 de noviembre de 1882

Seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

XIX

Carta de don Bosco a don José Fagnano

Es una de las muchas cartas enviadas por don Bosco a los Salesianos de América por medio de los hermanos que partieron de Turín a fines de enero de 1881.
De ésta nos llegó tarde el original. Véase Mem. Biogr. *Vol. XV, pág. 32.*

Queridísimo Fagnano:

Recibirás algún socorro de personal para tu inmensa necesidad. Espero que no pasará mucho tiempo hasta que podamos enviar otra expedición.

Aquí en Europa se nos llama con tal insistencia y, estoy por decir, con tal violencia, que no podemos ni respirar; esto es, no nos dan tiempo para formar el personal.

El pobre Rizzo ha llegado y fue a casa de su madre. No sé lo que será de él. Hago lo que puedo para impedir su desmoronamiento.

He recibido tu última. No me han llegado todavía los envíos. Deseo tenerlos. El preparar una estola con las palabras *Viva León XIII* y cosas parecidas es una maravillosa iniciativa que nos honrará mucho.

En cuanto a lo demás, queda tranquilo. La más grande empresa de nuestra Congregación es la Patagonia. Todo lo sabrás a su tiempo.

Pero no puedo ocultarte que pesa sobre ti una gran responsabilidad. La ayuda de Dios no te faltará. Rogaremos a Dios por ti y te ayudaremos con todos los medios a nuestro alcance.

He recibido ya dos cartas tuyas y espero recibir cuantas me escribas.

Don Antonio Debella te llevará cosas, noticias y ayuda para tu trabajo.

Dios te bendiga siempre, mi querido Fagnano, Dios te mantenga siempre en su santa gracia.

Observa y haz observar las reglas por cuanto te sea posible.

Reza por mí, siempre tuyo en J. C.

Turín, 31 de enero de 1881

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[893] P.D. Saluda a las hermanas, a los niños y a las niñas y di a todos que los bendigo y rezo por ellos de una manera especial.

P.D. El Capítulo Superior ha elegido a don Santiago Costamagna, inspector de América. Pero no está lejos el tiempo en que la provincia de Patagonia será convertida en Vicariato Apostólico, según la voluntad del Padre Santo, o Inspectoría Salesiana.

XX *(el original en francés)*

A una señora francesa

Una prima de don Bosco, religiosa benedictina en la Abadía de Pradines (Loira) escribía en estos términos el día 20 de enero de 1930 a su prima, la madre Eulalia Bosco, de las Hijas de María Auxiliadora: «Un sacerdote posee una carta autógrafa del Beato; ha tenido la bondad de dejármela durante dos días; es tan bonita que yo le envío la copia». De esta parienta del Santo se hará mención en el volumen XVIII.

Señora:

Espinas y flores forman la vida humana. Pero las espinas se cambiarán un día en flores con las que los ángeles entretejerán nuestra corona para la eternidad.

Sin embargo, no dejaré de rezar y hacer rezar a nuestros niños por su curación o, por lo menos, por una sensible mejoría.

Me pregunta qué debe hacer para lograr que la divina Providencia acuda en su ayuda. El mismo Dios nos lo dice: —Dad y se os dará, y la fe, sin obras buenas, es cosa muerta en sí misma.

Por esto, creo muy bueno para usted que haga un donativo en favor de la iglesia y del orfanato del Sagrado Corazón de Jesús, cuya propaganda le envié.

Mis muchachos (cien mil) y yo rezaremos por su curación o, al menos, por una notable mejoría.

Que Dios la bendiga.

Tenga a bien rezar por mí.

Roma, 5 de mayo de 1882
Porta San Lorenzo, 22

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[994] **XXI**

Fragmento de una circular para los salesianos sobre la unidad de espíritu y de administración

Este fragmento de circular no lleva fecha; la extractamos fielmente de un borrador de don Bosco.

A mis queridos hijos y hermanos de la Sociedad de San Francisco de Sales.

El mes de mayo, que solemos dedicar a María, va a comenzar y quiero aprovechar

esta ocasión para hablar a mis queridos hijos y hermanos y exponerles algunas cosas que no pude decir en la conferencia de San Francisco de Sales.

Estoy convencido de que todos tenéis la firme voluntad de perseverar en la Sociedad y, por consiguiente, de trabajar con todas vuestras fuerzas para ganar almas a Dios y salvar, en primer término, la vuestra. Para triunfar en esta santa empresa, hemos de procurar poner como base el máximo empeño en practicar las reglas de la Sociedad. Pues de nada servirían nuestras instituciones, si fuesen letra muerta olvidada en el escritorio y nada más. Si queremos que nuestra Sociedad siga adelante con la bendición del Señor, es indispensable que cada artículo de las constituciones sea norma de nuestra actuación. Sin embargo, hay algunas cosas prácticas y muy eficaces para alcanzar el fin propuesto y, entre ellas, os indico la unidad de espíritu y la unidad de administración.

Por unidad de espíritu, entiendo una determinación firme, constante en querer o no querer las cosas que el Superior juzga que sirven para la mayor gloria de Dios. Esta determinación no disminuye nunca, por grandes que sean los obstáculos que se oponen al bien espiritual y eterno, según la doctrina de san Pablo: *Caritas omnia suffert, omnia sustinet* (1 Cor 13,73). Esta determinación induce al Hermano a la puntualidad en sus deberes, no sólo por el mandato que se le impone, sino por la gloria de Dios que quiere promover. De ahí procede la prontitud para hacer, a la hora establecida, la meditación, la oración, la visita al Santísimo Sacramento, el examen de conciencia, la lectura espiritual.

Verdad es que todo esto está prescrito por las reglas; pero, si no se procura observarlo por un motivo sobrenatural, nuestras reglas quedan en el olvido.

Lo que poderosamente contribuye a mantener esta unidad de espíritu es la frecuencia de los santos sacramentos. Los sacerdotes hagan **[895]** todo lo posible para celebrar con regularidad y devoción la santa misa; los que no lo son procuren recibir la comunión con la mayor frecuencia posible. Pero el punto fundamental está en la confesión frecuente. Procure cada uno observar lo que prescriben las reglas respecto a esto. Es absolutamente necesaria una confianza especial con el Superior de la casa a que se pertenece. El gran defecto consiste en que muchos interpretan torcidamente ciertas disposiciones de los superiores o las consideran de escasa importancia y van aflojando en la observancia de las reglas con daño para sí mismos, disgusto de los superiores y omisión o, por lo menos, descuido de las cosas que habrían contribuido poderosamente al bien de las almas. Renuncie, por tanto, cada uno a su propia voluntad y al pensamiento del bienestar privado; asegúrese únicamente de que lo que debe hacer sirve para la mayor gloria de Dios y después vaya adelante.

Aquí, sin embargo, surge una dificultad: en la práctica, hay casos en los que parece mejor actuar diversamente a como había sido mandado. No es verdad. Lo mejor es hacer siempre la obediencia, sin cambiar nunca el espíritu de las reglas, interpretado por el respectivo Superior. Por lo cual esfuércese siempre cada uno en interpretar, practicar, recomendar la observancia de las reglas entre sus hermanos y hacer con el prójimo todo lo que el Superior juzgue que sirve para mayor gloria de Dios y provecho de las almas. Considero esta conclusión como la base fundamental de una sociedad religiosa.

La unidad de espíritu tiene que ir acompañada por la unidad de administración. Un religioso se propone cumplir el dicho del Salvador, es decir, renunciar a cuanto tiene o puede tener en el mundo por la esperanza de una recompensa mejor en el cielo. Todo: padre, madre, hermanos, hermanas, casa, bienes de cualquier género, todo lo ofrece al amor de Dios. Pero como todavía tiene el alma unida al cuerpo,

sigue necesitando siempre los bienes materiales para alimentarse, vestirse y trabajar.

Por eso, al tiempo que renuncia a todo lo que tenía, se industria por agregarse a una sociedad en la que pueda proveer a las necesidades de la vida, sin tener en modo alguno el peso de la administración temporal. ¿Cómo debe, por tanto, conducirse en sociedad en cuanto a lo temporal? Las reglas de la sociedad proveen todo, de manera que, practicando las reglas, queda satisfecha toda necesidad. Un vestido, un trozo de pan deben ser suficiente para un religioso. Cuando necesitase más, avise a los superiores y se lo proporcionarán. Pero aquí debe concentrarse el esfuerzo de cada uno. Quien aporta un beneficio a la Sociedad, hágalo; pero no se constituya en centro independiente; esfuércese por actuar de modo que haya una sola caja como debe haber una sola voluntad. Quien procurase vender, comprar, cambiar o guardar dinero para su propia utilidad; quien hiciera eso, sería semejante a un labrador que, al paso que los trilladores amontonan el trigo, él lo desparrama y lo tira. En cuanto a esto, debo **[896]** recomendar que no se guarde dinero ni con el aparente pretexto de sacar utilidad para la Sociedad. Lo más útil para la Sociedad es la observancia de las reglas.

El vestido, la habitación, los muebles y los enseres de la misma no tengan nada que sepa a lujo. El religioso debe estar preparado en todo momento para partir de su celda y presentarse ante su Creador sin que sienta abandonar nada...

XXII

El canónigo Belloni a don Bosco

El Osservatore Romano *del 21 de agosto de 1935, en un artículo anónimo titulado* Una era de caridad en Palestina, Abuna Antún Belloni, *al hacer una relación de la Obra del canónigo Belloni, escribía:*

¿Cómo perpetuar su obra? Creando la pequeña Congregación de la Sagrada Familia. Pero, queriendo asegurar mejor sus santas empresas, se trasladó en 1878 a Turín para ver a don Bosco, a quien ofreció su misma persona y su obra. Don Bosco lo recibió con gran bondad y muestras particulares y públicas de benevolencia, pero no pudo condescender con sus santos deseos. Ahora no puedo aceptar, decía, por falta de personal; irán mis hijos más tarde. Y don Bosco fue profeta. En efecto, en 1891, el primer Sucesor de don Bosco, el Siervo de Dios don Miguel Rúa, condescendía a las repetidas instancias de Abuna Antún Belloni y enviaba a Belén algunos Salesianos e Hijas de María Auxiliadora y así quedaba asegurada la continuación y el desarrollo de aquellas obras.

XXIII *(el original en francés)*

La duquesa de Aremberg

En el volumen XVI, pág. 129, escribíamos que la duquesa de Aremberg, el 23 de mayo de 1883, solicitaba una audiencia de don Bosco. Ella había visitado ya al Santo en Lille, en el convento de las Clarisas, el día veinte de aquel mes. En los archivos del

monasterio hay una relación de la visita de don Bosco al monasterio, en la que se lee este detalle.

La señora duquesa de Aremberg había venido de Bruselas para ver y hablar con el Santo religioso. Antes de la misa, entregó un sobre a las hermanas rogando se lo pasaran a don Bosco. Este, después de dar gracias, la mandó llamar para agradecerle **[897]** el generoso donativo que acababa de hacerle. Su Alteza le pidió algunos consejos respecto a la educación de los jóvenes duques, sus hijos (pues había perdido a su marido al que no se cansaba de llorar). Se despidió de don Bosco, fortalecida y reanimada, y quedó muy agradecida a la Comunidad por haberle gestionado esta entrevista.

La crónica de las religiosas del Sagrado Corazón, visitadas también por don Bosco, anota otra breve visita anterior de la Duquesa al Santo en su casa, el día nueve de mayo. Allí se hace mención del Duque; pero debe ser un error o quizá se trata del Duquesito.

XXIV *(el original en francés)*

Un consejo y una profecía de don Bosco

En el volumen XVI. págs. 165-66 presentamos una noticia que debemos al testimonio de la condesa Grocheslska, mas sin poder nombrar la persona, a la que se refería la noticia. Ahora, gracias a las diligencias de nuestro inspector polaco, el padre Kopa, estamos en condición de exponer con precisión las cosas, presentando la siguiente declaración de la señora que recibió el consejo y la profecía.

Propiedad de St-Sauveur
Roquebrune-Var

22 de diciembre de 1935

Durante el invierno de 1883 al 84, tuve la suerte de ver en Cannes a don Bosco. Le hablé de mi deseo de entrar en el Carmelo. El me miró y me dijo:

—No, no, no. Usted se casará dentro de dos años, irá a un país muy lejano, entrará en una familia numerosa y piadosa; usted tendrá también numerosa prole, será muy feliz y llegará a edad muy avanzada.

Esto es lo que me dijo don Bosco. Todo se ha cumplido. Aquel mismo invierno, conocí al conde Andrés Zamoyski, con quien me casé el 19 de noviembre de 1885. Aquel mismo día salí para Polonia, entré a formar parte de una familia numerosa y muy piadosa, que me ha tratado con mucho cariño.

He vivido con mi marido cuarenta y dos años muy, muy feliz, rodeada de mis hijos, nietos y biznietos a todos los cuales recomiendo a la protección de san Juan Bosco.

CAROLINA DE BORBÓN
Princesa de las Dos Sicilias
Condesa ANDRÉS ZAMOYSKI

[898] XXV

A propósito de los «grandes funerales en la corte»

En noviembre de 1854, cuando se preparaba la ley sobre los bienes eclesiásticos y la supresión de los conventos, tuvo don Bosco dos sueños, en los que se profetizaban grandes funerales en la corte, si el Rey sancionaba aquella ley. Lemoyne, que los cuenta en el quinto volumen, págs. 136-138, dice también cómo llegó a conocimiento del Soberano la amenaza. Ahora, un documento publicado por vez primera por Antonio Monti en la *Nueva Antología* (1.º de enero de 1936, pág. 65), nos permite hacer una interesante relación. La Reina Madre María Teresa, viuda de Carlos Alberto, inspirada por su piedad, se había adelantado cuatro años a don Bosco en parecido orden de ideas. En efecto, cuando en 1850 estaba a punto de ser aprobada la ley Siccardi sobre la abolición del fuero eclesiástico, la santa Dama, queriendo apartar a su hijo Víctor Manuel de que diera la sanción real, antes de entenderse con el Papa, le escribió desde Moncalieri, el día nueve de abril, una carta ternísima, en la que le decía entre otras cosas: «Dios te premiará por esto y te bendecirá; por el contrario, quién sabe cuántos castigos, cuántos azotes de Dios nos atraerá a ti, a la familia y al País, si la sancionas. Piensa en el dolor que experimentarías, si el Señor hiciese que enfermara gravemente o se llevase consigo a tu querida Adelaida, a quien con santa razón tú quieres tanto, o a tu Quiquina *(Clotilde)* o a tu Betto *(Humberto);* si pudieses ver en mi corazón cuán dolorida, angustiada y espantada estoy por miedo a que sanciones en seguida esta ley por las muchas desgracias que estoy segura nos traerá, si se hace sin el consentimiento del Padre Santo, tal vez tu corazón, que es verdaderamente bueno y sensible y que siempre ha amado mucho a su pobre Mamaíta, se dejaría enternecer». Cómo se han cumplido los funestos presagios puede verse en el volumen citado, pág. 142 (muerte de María Teresa), en la pág. 142 (muerte de la reina María Adelaida), en la pág. 149 (muerte del príncipe Fernando, Duque de Génova, hermano del Rey) y en la pág. 178 (muerte del último hijo del rey Víctor Manuel).

XXVI

Don Bosco en las memorias inéditas del general Juan Bautista Rolla

Juan Bautista Rolla, genovés, Mariscal, Comisario de Marina, ya octogenario, escribió sus propias Memorias, que se conservan inéditas en los archivos de sus nietos. Hombre muy culto y perfecto cristiano, conservó **[899]** *hasta última hora la más envidiable lucidez de mente. En su escrito dedicó un breve capítulo a don Bosco, refiriendo, junto con sus impresiones personales, algunos detalles útiles a la biografía del Santo.*

No fue más que una aparición, cuando vi por primera vez a don Bosco en 1880, pero la aparición de un Santo no se puede pasar por alto porque deja siempre una buena impresión en el alma.

Cuando en 1879 me trasladé de Roma a La Spezia, por haber sido nombrado relator en el Consejo de Administración del Hospital Marítimo, encontré que los

Salesianos tenían una escuela elemental en la calle de los Naranjos, fundada por don Bosco por voluntad del Padre Santo y subvencionada por éste. La escuela y la vivienda estaban en la primera planta y, en la planta baja, bastante amplia, cerca del pequeño pórtico de entrada, habían colocado la capilla con dos altares. Vivía yo a pensión en una casa cercana y acostrumbraba ir por la mañana a oír misa en aquella capilla y, a menudo también, a la bendición con el Santísimo por la tarde, pues la oficiaban muy bien aquellos religiosos a los que el pueblo había apodado los *curitas,* ya fuera porque algunos eran bajitos de talla, o porque eran muy jóvenes. En efecto, el mismo director don Angel Rocca era muy joven.

Con él, a quien veía a menudo, entré pronto en relación.

Cierta mañana, inesperadamente, me anunció que me había inscrito entre los Cooperadores Salesianos y me dio el librito de inscripción con la firma autógrafa de don Bosco, por lo que le quedé muy agradecido. Otro día se me acercó, después de la misa y me dijo que, si podía esperar un poco, vería a don Bosco de quien tanto había oído hablar y cuya breve biografía, escrita por Du Boys, había leído, pero nunca había tenido la suerte de ver.

El estuvo en Roma una vez, durante los años que habité allí, pero no tuve la suerte de serle presentado, a pesar de que entre mis amigos había quien lo conocía personalmente y de haber ido a visitarlo en el monasterio de Torre de'Specchi, donde se hospedaba. Uno de ellos, que lo había ayudado económicamente para la fundación de Sampierdarena y estaba entonces de paso por Roma, después de ver a don Bosco, me refirió que le dijo que había informado al Padre Santo en torno a las voces siniestras que corrían en Roma sobre la conducta (quiero creer de tiempos pasados) del cardenal Antonelli y que el Papa había contestado que, por desgracia, estaba enterado.

Recuerdo que, en aquellos días, la *Voce della verità,* pretendiendo ser más católica que el Papa, hizo alusión, con palabras ambiguas y amenazadoras, a la presencia en Roma de un cura piamontés, que se suponía encargado de tratar de la conciliación. ¡Los celadores querían imponerse, si les salía bien la jugada, a un cura Santo y a un Pontífice Santo!

Pero corto la charla que corre riesgo de hacerse amarga.

[900] Al entrar don Bosco en la casa de la calle de los Naranjos, don Angel Rocca me presentó como un Cooperador recién conquistado; yo me acerqué, besé su mano y tuve por contestación una benévola sonrisa. Sonrieron de la misma manera los dos que le acompañaban, esto es, un sacerdote que ciertamente era don Miguel Rúa, porque me quedó grabada su fisonomía, y el caballero José Bruschi, Director de Correos, que, a los pocos años, ingresó en los Salesianos y más tarde murió sacerdote en La Spezia. Después, todos juntos con don Bosco subieron las escaleras.

No fue más que una aparición; pero el haber conocido a un hombre, que ya era muy enaltecido y ahora está ciertamente entre los bienaventurados en el cielo, me pareció una gran fortuna, y, por habérmela proporcionado, así como por haberme inscrito entre los Cooperadores salesianos, doy mis más rendidas gracias a don Angel Rocca donde quiera que se encuentre.

Y como no es mi intención en estas charlas quedar vinculado, como declaré al principio, al orden de los tiempos, diré que, unos años después, volví a ver y saludar a don Bosco.

Entonces los Salesianos habían dejado el barrio y la calle de los Naranjos y se habían trasladado a una casa levantada por ellos en la avenida Garibaldi, con una iglesia aneja. Allí no tenían solamente escuelas para externos, sino un internado, algún taller y el oratorio festivo. La población acudía a las funciones que se celebra-

ban en la iglesia, especialmente porque guardaba la prodigiosa imagen de la Virgen de las Nieves, muy venerada en La Spezia, la cual había sido trasladada allí solemnemente desde la iglesia abacial de Santa María con una procesión, en la que tomó parte el mismo obispo de la diócesis, monseñor Rosati.

Don Bosco vino, pues, no recuerdo exactamente qué año, tal vez en el ochenta y dos o en los primeros meses del ochenta y tres, a visitar aquella obra salesiana que había hecho grandes progresos desde sus humildes principios y tenía que hacer más aún en el porvenir.

Recuerdo que lo saludé el día de su llegada y volví a besarle la mano, lo cual repetí probablemente el día de su salida, mas sin poder, si mal no recuerdo, intercambiar una palabra con él. Oí la conferencia, que él pronunció desde el púlpito de aquella iglesia ante un auditorio, por desgracia escaso, tal vez por ser día laborable y a una hora poco favorable. Pero aquel Santo varón me pareció cansado y algo enfermo de las piernas.

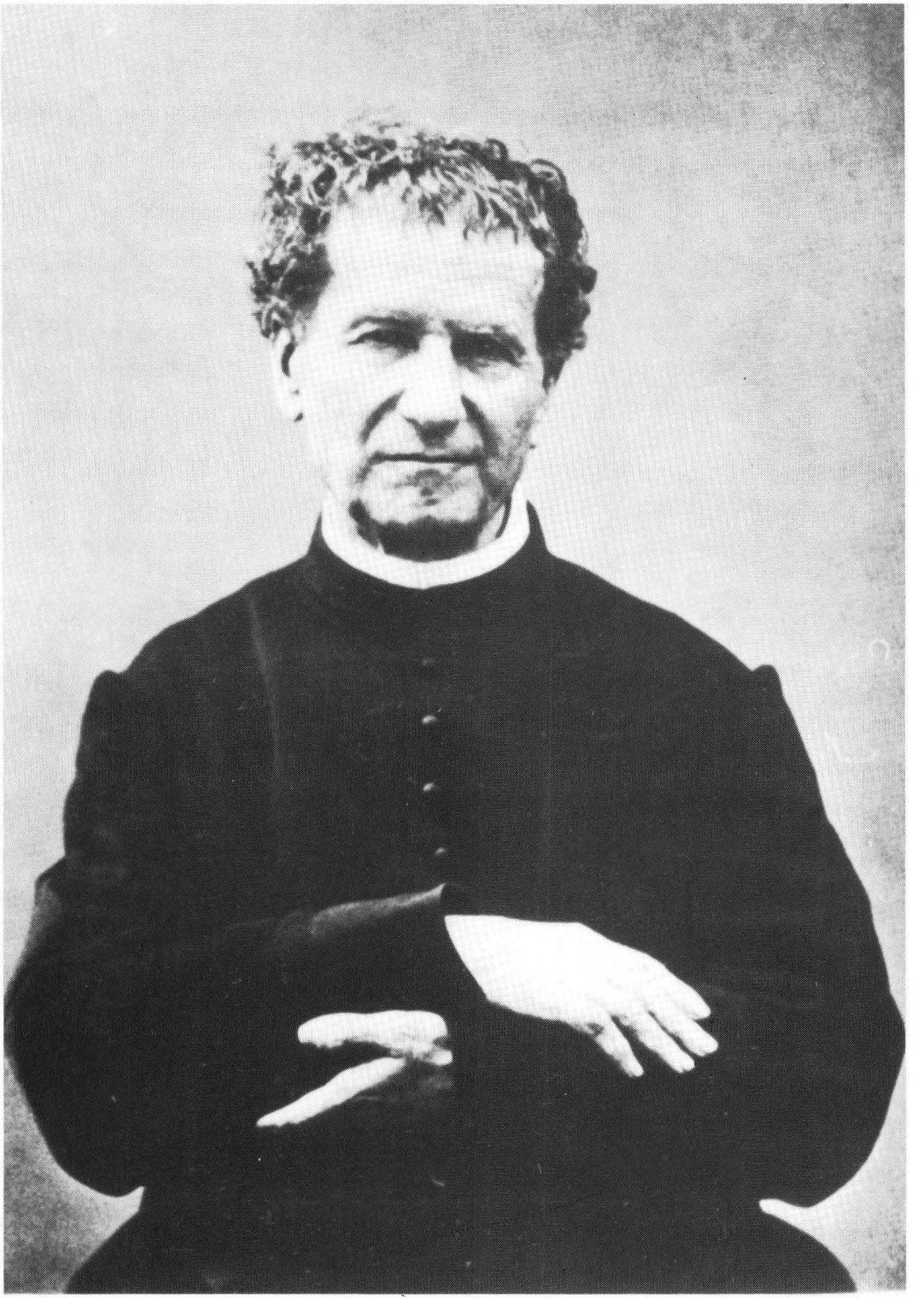
En el verano de 1884, tenía verdadera esperanza de tener una entrevista con él, pero también esta vez quedé decepcionado. Se había inaugurado en Turín una grandiosa exposición artística e industrial y fui con mi padre a visitarla. No dejamos de visitar la otra gran exposición de miserias humanas que es la pequeña Casa de la Providencia —El Cottolengo—, milagro perenne de caridad, prueba palpable de la divinidad de nuestra religión. Fuimos al vecino Oratorio Salesiano, con la firme intención de hablar con don Bosco, y pedimos este favor.

[901] Se nos contestó:

—Ahora está confesando a los muchachos; cuando termine, podrán hablar con él.

Y nos enseñaron, cuando nosotros estábamos en el patio, cómo estaba sentado cerca de la puerta abierta de la sacristía en la iglesia de María Auxiliadora, cercado de un gran grupo de muchachos, cuya confesión oía. Pero el tiempo pasaba y los pequeños penitentes se renovaban continuamente a su alrededor, de modo que renunciamos a la esperanza de verlo y nos retiramos.

Aquella fue, por desgracia, la última vez que vía a aquel santo; pero la visión, que de él queda en mi mente, es la del Apóstol de la juventud en el ejercicio del sagrado ministerio, por el que ha salvado a tantas almas y lanzó a tantos jóvenes a hacerse sus imitadores por el camino de la perfección.



San Juan Bosco. Fotografía auténtica: Niza, 1885.
(Se aprecia que el ojo derecho ya está apagado).



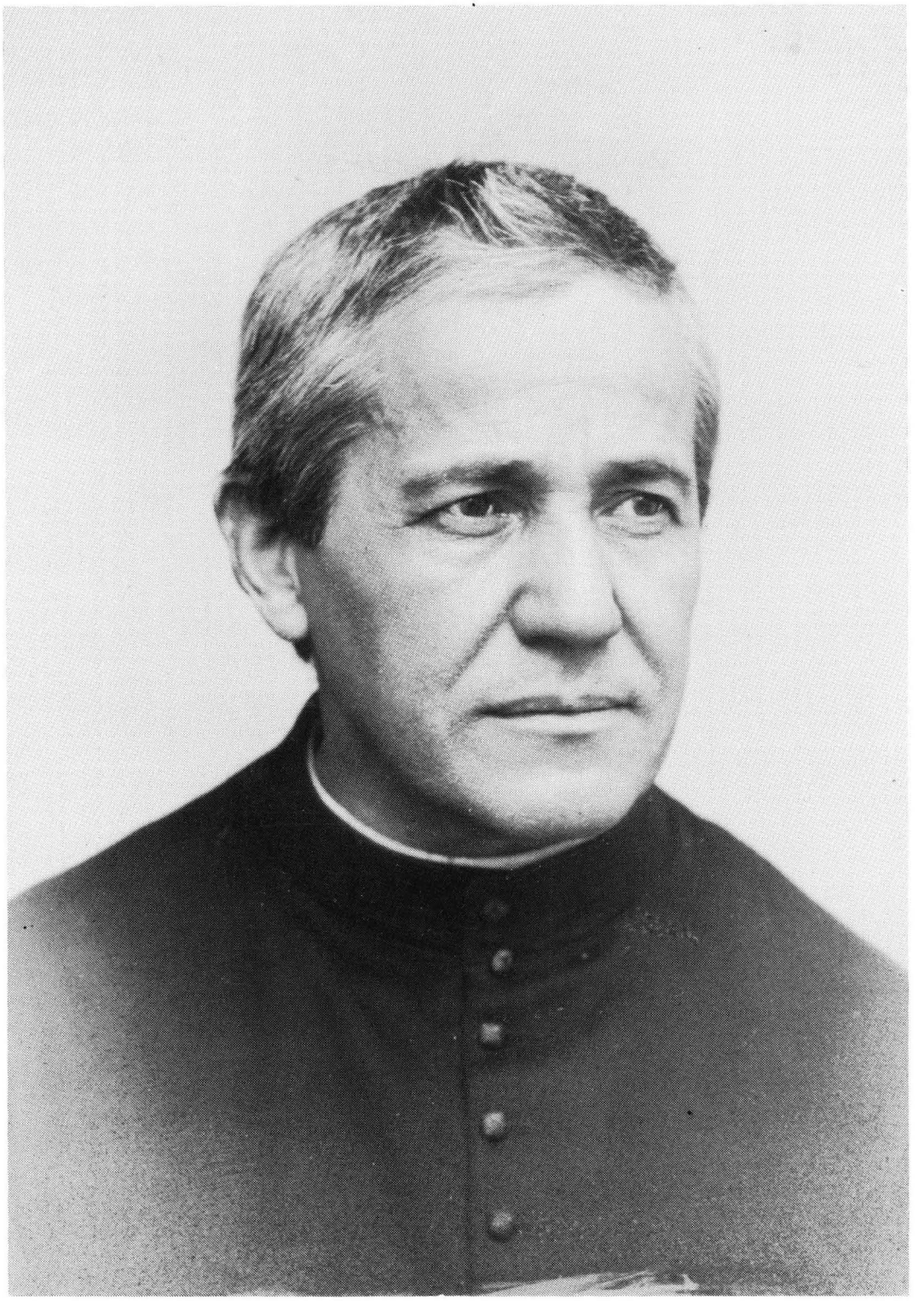
San Juan Bosco. Pintura de Enrique Benzoni en Mathi, 1885.
«Esmérese por hacerme guapo...»



Cardenal Cayetano Alimonda,
Arzobispo de Turín



Don Francisco Dalmazzo,
Procurador General.



Don Celestino Durando.



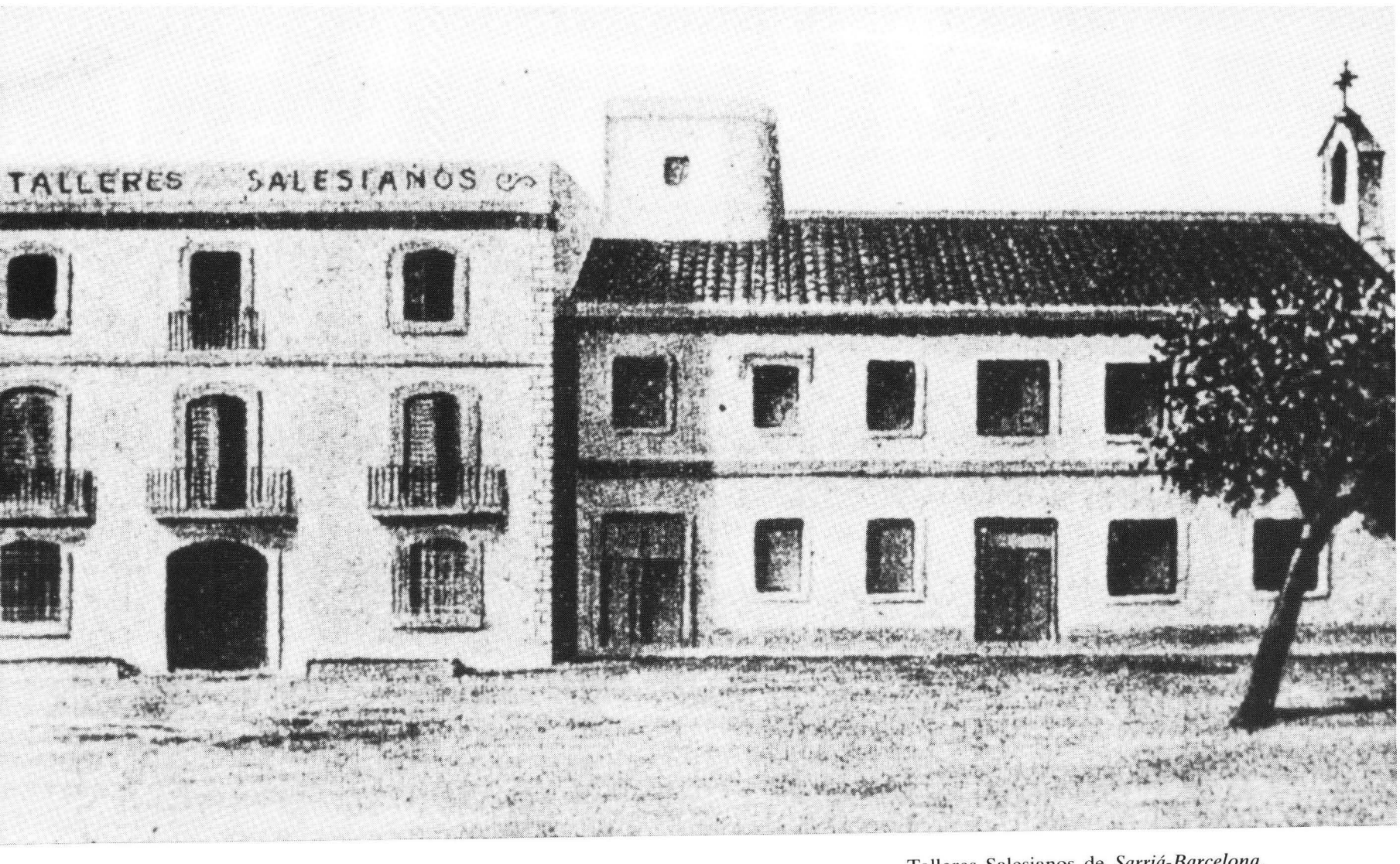
Don José Lazzero.



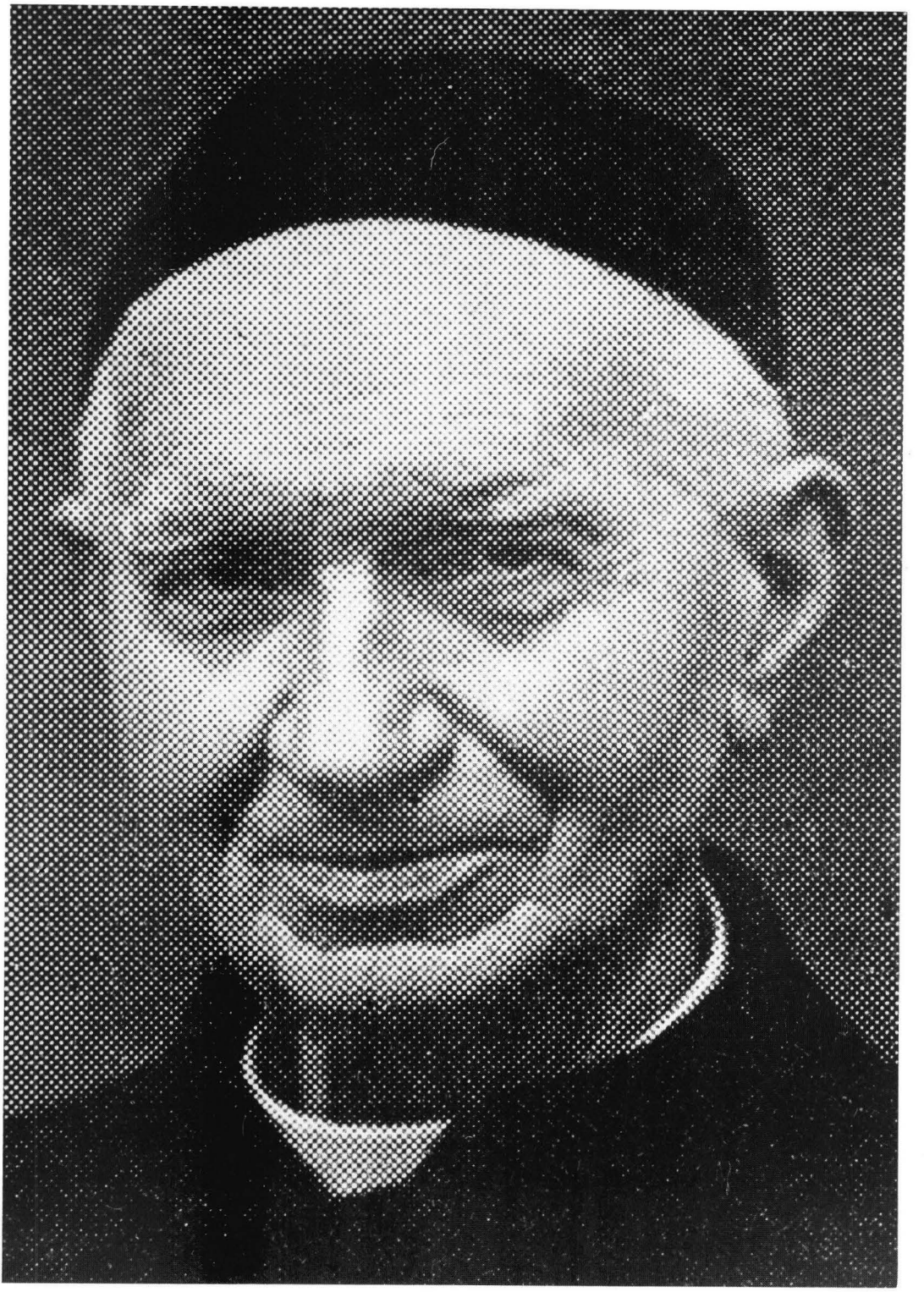
El príncipe *Augusto Czartoryski,* con su padre.



Doña Dorotea de Chopitea, viuda de Serra.



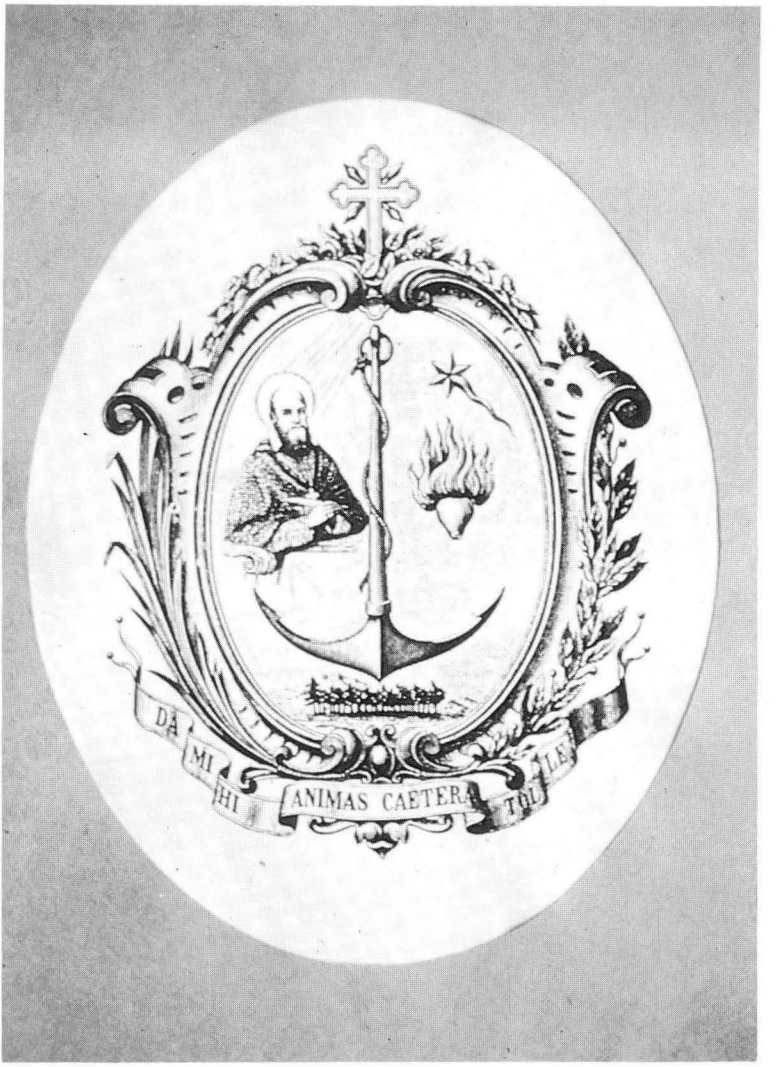
Talleres Salesianos de *Sarriá-Barcelona.*
Dibujo de Vicente Gutiérrez, 1885.



Don Juan Branda.



Colegio de Santa Rita. *Madrid.*
Vista interior de un pabellón.



ESCUDO SALESIANO *(Cap. XIV)*

Apareció por primera vez en la circular de don Bosco del 8 de diciembre de 1885. Fue dibujado por el profesor Boidi.

«La radiante estrella, la gran áncora, el corazón inflamado simbolizan las virtudes teologales; la figura de San Francisco de Sales recuerda el Patrono de la Sociedad; el bosquecillo, en la parte inferior, el Fundador; las altas montañas significan las cimas de la perfección a las que deben tender los socios; la palma y el laurel que, entrelazados en el tallo, abrazan el escudo hasta la mitad, son emblemas del premio reservado a una vida sacrificada y virtuosa. La leyenda ***Da mihi animas caetera tolle,*** expresa el ideal de todo Salesiano.»

INDICE

Página

Presentación 9
Prólogo 15

Cap. I.—Principio de año, visitas, conferencias. Enfermedad del Santo. 23
Cap. II.—Por Liguria a Francia y de Francia otra vez a Liguria 41
Cap. III.—Un mes en Roma. Iglesia del Sagrado Corazón y audiencia pontificia. Sueño sobre el pasado y el presente del Oratorio. Regreso por Florencia y Bolonia 72
Cap. IV.—La comunicación de los Privilegios 114
Cap. V.—Don Bosco en el Oratorio desde María Auxiliadora hasta San Juan. La gran rifa de Roma 131
Cap. VI.—Acerca de la marcha del Oratorio 162
Cap. VII.—Estancia de don Bosco en Pinerolo 185
Cap. VIII.—El cólera de 1884 202
Cap. IX.—Don Bosco y la exposición nacional de Turín 214
Cap. X.—Testamento paterno y disposición del Papa 225
Cap. XI.—El primer obispo salesiano 249
Cap. XII.—Propuestas de fundaciones en Italia y algunos detalles de casas italianas durante el año 1884 277
Cap. XIII.—Invitaciones y fundaciones fuera de Italia en 1884 301
Cap. XIV.—Algunas normas prácticas y dos sueños 316
Cap. XV.—Variedad de correspondencia durante el año 1884 338
Cap. XVI.—Viaje de don Bosco a Francia en 1885 361
Cap. XVII.—En el Oratorio, desde el Oratorio y para el Oratorio. Estancia en Mathi 395
Cap. XVIII.—El Duque de Norfolk 444
Cap. XIX.—Las obras de la iglesia y el hospicio del Sagrado Corazón . 454
Cap. XX.—Sobre algunas casas y propuestas en Italia 468
Cap. XXI.—En España y Francia 506
Cap. XXII.—En Uruguay, Brasil y Argentina 526
Cap. XXIII.—Anécdotas, normas directivas y cartas 556

APENDICE DE DOCUMENTOS

1. Don Bosco a la señora Quisard 593
2. Cardenal Ludovico Caverot 594
3. Himno al cardenal Alimonda 595
4. Discurso del cardenal Alimonda a los Cooperadores de Turín ... 597
5. Carta de don Bosco a un señor francés 601
6. Carta a don Miguel Rúa después de la muerte de don Bosco 602
7. Carta de don Esteban Febbraro a don Bosco 604

8. Corona de comuniones por don Bosco de los del Clero Infantil del Oratorio ... 605
9. San Juan Bosco y los nuevos sacerdotes ingleses ... 606
10. Carta del padre Pío Mortara a don Bosco ... 607
11. Carta de don Juan Bautista Lemoyne a don Miguel Rúa ... 608
12. Carta de don Bosco al conde de Villeneuve ... 609
13. Carta del Obispo de Ventimiglia a don Bosco ... 609
14. Carta de don Juan Bautista Lemoyne al Director de los Ferrocarriles romanos ... 610
15. Súplica de don Bosco a León XIII para los Privilegios ... 610
16. Comunicación de los Privilegios del siglo XVI ... 611
17. Comendaticia del cardenal Alimonda para la concesión de los Privilegios ... 612
18. Nueva petición y lista de Privilegios ... 613
19. Ultima súplica de don Bosco para los Privilegios ... 623
20. Decreto para la comunicación de los Privilegios con los Redentoristas ... 624
21. Carta del padre rosminiano Flechia a don Bosco ... 625
22. La pureza y medios para conservarla ... 625
23. Informe de la madre Daghero a don Bosco ... 632
24. Don Bosco ... 633
25. El poema de don Bosco ... 635
26. Carta del obispo de Pinerolo a don Juan Bautista Lemoyne ... 636
27. El Alcalde de Turín a don Bosco ... 637
28. De un lionés que visitó a don Bosco, el Oratorio y su exposición. 638
29. Propuesta de don Juan Cagliero y de don José Fagnano por la conversión de los bienes de Propaganda ... 640
30. Súplica del cardenal Alimonda a León XIII para que don Juan Cagliero fuese hecho Obispo ... 642
31. Carta del cardenal Alimonda al cardenal Nina ... 643
32. Carta del cardenal Nina al cardenal Alimonda ... 643
33. Cartas de agradecimiento escritas por don Juan Cagliero por su elección para Obispo ... 644
34. Breve de preconización de don Juan Cagliero ... 647
35. Circulares de don Miguel Rúa para una colecta en favor de monseñor Cagliero ... 648
36. Carta de un masón a don Miguel Rúa ... 649
37. En Cremolino en el paseo otoñal del año 1862 ... 650
38. Acta de consagración de la iglesia de Nizza Monferrato ... 650
39. Carta a los alumnos del colegio de Este escrita en nombre de don Bosco ... 651
40. Desavenencias en Patagonia ... 652
41. El Provincial de los Menores Reformados en los Abruzos a don Bosco ... 658
42. Carta de don Lorenzo Apicella a don Bosco ... 659
43. El hospicio del Sagrado Corazón ... 659
44. Para un centro de recreo en Faenza ... 662

Página

45. Carta de don Juan Bautista Rinaldi a don Miguel Rúa 663
46. Súplica de don Bosco al Gobernador de Portomauricio para la rifa de Vallecrosia 664
47. Tres cartas del Obispo de Lieja a don Bosco 665
48. Carta de doña Dorotea a don Bosco 667
49. Esquema de la Convención entre don Bosco y la Sociedad civil de Lille 667
50. Carta del señor de Montigny a don Bosco 668
51. Carta de don José Bologna a don Bosco 669
52. Reglamento del Ropero del Orfanato de San Gabriel 670
53. Carta de don Pablo Albera a don Bosco 671
54. Circular de don Bosco a los Cooperadores de París 672
55. Un artículo del *Fígaro* sobre la casa de París 673
56. Tres cartas de don Carlos Bellamy sobre la casa de París 675
57. Cartas de don Bosco a la señora Quisard y a su hijo 680
58. Cartas de don Bosco a las señoras Lallemand 681
59. Carta de monseñor Mocenni a don Bosco 684
60. Carta de don Francisco Dalmazzo a don Bosco 685
61. Don Bosco a una Superiora de las Carmelitas en París 686
62. Cartas de don Bosco al príncipe Augusto Czartoryski 687
63. Suplemento al Boletín Salesiano de diciembre de 1884 689
64. Carta de una mahometana a don Bosco 690
65. Los Salesianos y los alumnos de Marsella a don Bosco 691
66. Circular para los Cooperadores de Marsella 692
67. Carta para los muchachos del Oratorio escrita por don Juan Bautista Lemoyne por orden y en nombre de don Bosco 693
68. El presidente del Círculo Católico de Niza da las gracias a don Bosco 694
69. Carta del cardenal Alimonda a don Bosco 694
70. Carta de la princesa Doria Solms a don Bosco 695
71. Instancia a la dirección de ferrocarriles 695
72. Cartas a don Bosco desde Caen 696
73. Carta del abate Mehler a don Bosco 697
74. Carta del sacerdote bávaro Werner a don Bosco 698
75. Ultima carta del cardenal Nina a don Bosco 699
76. Carta de monseñor Cagliero al cardenal Alimonda 700
77. Carta del cardenal Alimonda a monseñor Cagliero 701
78. Carta de León XIII al cardenal Parocchi sobre el estudio de los clásicos 702
79. Carta de don Bosco al duque de Norfolk 704
80. Carta de don Francisco Dalmazzo a don Bosco 705
81. Llamamiento al pueblo católico de Italia 706
82. Cartas relacionadas con la rifa de Roma 709
83. Carta de don Juan Bonetti a don Bosco 710
84. Elogio del Obispo de Faenza a los Salesianos 711
85. Relación de don Miguel Rúa sobre el caso de Catania 711
86. Carta de don Francisco Dalmazzo a la condesa Mamiani 713

Página

87. Proyecto de convenio aprobado por don Bosco para el orfanato de Crosina-Sartori en Trento 713
88. Respuesta dictada por don Bosco a una petición para abrir una casa en Vigo 715
89. Carta del Nuncio en España, Rampolla, a don Bosco 715
90. Carta del ministro Silvela a don Bosco 716
91. Otra carta de monseñor Rampolla a don Bosco 717
92. Convenio entre la Excelentísima Comisión de Madrid y el sacerdote Juan Bosco para la fundación de un hospicio para muchachos pobres y abandonados 717
93. Tercera carta de monseñor Rampolla a don Bosco 719
94. Carta de don José Lazzero a monseñor Cagliero 719
95. Carta de monseñor Cagliero a León XIII en su día onomástico .. 720
96. Carta de monseñor Cagliero a don Bosco 721
97. Carta de monseñor Cagliero a don José Lazzero 723
98. Carta de don José Vespignani a don Bosco acerca de las casas de Buenos Aires en 1885 724
99. Cartas de don Bosco en francés 730

DOCUMENTOS Y HECHOS ANTERIORES

I. Peticiones de ayuda a la Real Obra de la Mendicidad instruida 734
II. Dos cartas de don Bosco al Ayuntamiento de Turín 741
III. Carta de don Bosco al conde Solaro della Margherita 742
IV. Recuerdos del Oratorio Festivo de Valdocco 744
V. Dos cartas de don Bosco al conde Hugo Grimaldi de Bellino, patricio de Asti 747
VI. Cartas de don Bosco a monseñor Moreno, obispo de Ivrea .. 749
VII. Carta a la condesa Passi 751
VIII. Don Bosco en Verzuolo 752
IX. Nueve cartas de don Bosco a la marquesa María del Carmen de Labrugnière nei Gondi 754
X. Seis cartas de don Bosco al marqués Juan Patrizi Montoro .. 760
XI. Carta de don Bosco al reverendo Oggero 764
XII. Carta de don Bosco a don Pedro Guidazio 765
XIII. Carta de don Bosco a la condesa Carolina Gambaro 765
XIV. A los esposos Clara 768
XV. Carta de don Bosco al clérigo Enrique Morganti 769
XVI. Carta de don Bosco a don Juan Grosso 769
XVII. A un alumno de Varazze 770
XVIII. Al Arcipreste de Stella San Martino 770
XIX. Carta de don Bosco a don José Fagnano 771
XX. A una señora francesa 772
XXI. Fragmento de una circular para los Salesianos sobre la unidad de espíritu y la administración 772

Página

XXII. El canónigo Belloni a don Bosco 774
XXIII. La duquesa de Aremberg 774
XXIV. Un consejo y una profecía de don Bosco 775
XXV. A propósito de los «Grandes funerales en la Corte» 776
XXVI. Don Bosco en las Memorias Inéditas del General Juan Bautista Rolla 776

ACABOSE DE IMPRIMIR
ESTE DECIMOSEPTIMO VOLUMEN DE LAS
MEMORIAS BIOGRAFICAS
DE SAN JUAN BOSCO
EN ESPAÑOL
EL DIA 2 DE JULIO DE 1988
CONMEMORACION DEL SUEÑO DEL ANGEL DE LAS MISIONES
D.M.A.C.T.